

Investigaciones históricas sobre la Edad Media

DON RODRIGO JIMENEZ DE RADA

GRAN ESTADISTA, ESCRITOR Y PRELADO

Estudio documentado de su vida, de los
cuarenta años de su Primacía en la Iglesia
de España y de su Cancillerato en Castilla;
y en particular, la prueba de su asistencia
al Concilio IV de Letrán, tan debatida en
la controversia de la venida de Santiago
:-: a España :-:

POR

JAVIER GOROSTERRATZU

REDENTORISTA

PAMPLONA 1925

IMP. Y LIB. DE VIUDA DE T. BESCANSÀ
DOÑA BLANCA DE NAVARRA, 25

DGCL
A

Don Rodrigo Jiménez de Rada

t. 165707
C. 1212759

EN EL MONASTERIO DE HUERTA

Don Rodrigo Jiménez de Rada

*El Arzobispo Don Rodrigo Jiménez de Rada
como se vió en Septiembre de 1907.*

*Rof. R. Jiménez de Rada Sedes Archie
p. Hcop. b. H. ania. p. mas. H. erg.*

Firma autógrafa de Don Rodrigo Jiménez de Rada.

EN EL MONASTERIO DE HUERTA



*El Arzobispo Don Rodrigo Jiménez de Rada
como se vió en Septiembre de 1907.*

*Ros. R. Signa a Letane sedis archie
p. R. cop. h. spania p. mas ff. et g. 3*

Firma autógrafa de Don Rodrigo Jiménez de Rada.



SELLO EN CERA DE D. RODRIGO

DON RODRIGO JIMENEZ DE RADA

GRAN ESTADISTA, ESCRITOR Y PRELADO

Estudio documentado de su vida, de los cuarenta años de su Primacía en la Iglesia de España y de su Cancillerato en Castilla; y en particular, la prueba de su asistencia al Concilio IV de Letrán, tan debatida en la controversia de la venida de Santiago

:- a España :-

POR

JAVIER GOROSTERRATZU

REDENTORISTA

PAMPLONA 1925

IMP. Y LIB. DE VIUDA DE T. BESCANSÀ

DOÑA BLANCA DE NAVARRA, 25

NIHIL OBSTAT

VICTORIANUS PÉREZ DE GAMARRA, C. SS. R.

CENSOR CONGREGAT.

IMPRIMI POTEST

NICANOR MUTILOA, C. SS. R.

SUP. PROV.

NIHIL OBSTAT

FR. FERDINANDUS A. MENDOZA, O. M. C.

CENSOR DIÆC.

IMPRIMASE

† MATEO, OBISPO DE PAMPLONA

POR

JAVIER GOROSTERRATU

REGENTORIS

1922

DE T. BESCANA
DE NAVARRA, 22



R. 130683

ÍNDICE

PÁGINA

Carta - prólogo de D. José Alemany, académico de número de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.	XI
Explicaciones necesarias al lector.	XIII
Fuentes de Información.....	1
Catálogo de obras.....	1
Archivos y bibliotecas.....	5
CAPÍTULO I. (1117 - 1180.) Patria y progenitores de D. Rodrigo Jiménez de Rada	7
CAP. II. (1170 - 1202.) Niñez de Rodrigo.—Sus estudios en España.—San Martín de Finojosa, su tío.—Estudios de Jiménez de Rada en Italia y Francia.—Extensión de conocimientos, que adquiere.....	19
CAP. III. (1202 - 1206.) D. Rodrigo en Navarra.—¿Fué cisterciense?—Sus relaciones en la Corte de su patria.—Concierta paces entre Navarra, Castilla y Aragón.—El poema de Roncesvalles.....	33
CAP. IV. (1206 - 1208.) Régimen del Obispado de Osma.—Creación de la Universidad de Palencia.....	43
CAP. V. (1208 - 1210.) Promoción al Arzobispado de Toledo.—La cruzada de Aragón.—Relaciones con Inocencio III.—Bula sobre la Primacía.—Excursiones por el Reino.—Colegiata de Talavera de la Reina.—Recibe Rodrigo donaciones.....	54
CAP. VI. (1211 - 1212.) Preparación de la gran cruzada de las Navas.—Fracasa la cruzada particular de Castilla.—El castillo de Salvatierra se rinde a Miramamolín.—Castilla pide al Papa y a la cristiandad una cruzada general.—La predica D. Rodrigo.—Las huestes en Toledo.—Rogativas universales.—El ejército Almohade.....	67
CAP. VII. (1212.) Julio. Jornada y triunfo de las Navas de Tolosa.....	91
CAP. VIII. (1212 - 1213.) En Burgos.—Ataques de los sarracenos en el campo de las Navas de Tolosa.—Causa de la Primacía.—Toma de Alcaraz.—Carestía en Castilla.—Mejora del culto divino en la Catedral Toledana.—D. Mauricio, Obispo de Burgos.—Campaña de Castilla y León contra los moros.—D. Rodrigo generalísimo de las fuerzas y sus actos heroicos.—Su gran caridad.—Muere San Martín.—Relaciones con Roma.—Cancillerato Mayor.—Muerte de Alfonso VIII.—Cultura en Castilla...	124
CAP. IX. (1214 - 1217.) Ejecución del testamento de Alfonso VIII.—Rodrigo hace donaciones en Fitero.—Orden de Calatrava.—Revolución de los Laras.—Cortes de Burgos.—Se humillan los Laras.—Rodrigo exige reparaciones.—Guerra contra Rodrigo y D. ^a Berenguela.—Muere Enrique I.....	144
CAP. X. (1215 - 1217.) Cuarto Concilio ecuménico de Letrán.—Tesis acerca del valor de las firmas de los documentos Reales en la dilucidación histórica.—Asiste D. Rodrigo al dicho Concilio.—Su famosa disputa sobre la Primacía de Toledo.—Las Actas célebres y la predicación de Santiago en España.—Viaje a Roma en 1217.—La recaudación por la cruzada	

general.—Obispo de Segovia.—Gestiones de D. Rodrigo en Roma.—Observación	160
CAP. XI. (1218 - 1220) Proclamación de San Fernando.—D. Rodrigo pacifica a Castilla y ordena la diócesis de Segovia.—Recibe donaciones Reales.—D. Rodrigo Legado del Papa y caudillo de la cruzada occidental.—Campañas de guerra por Extremadura y Valencia de 1218 a 1219.—Relaciones con Diego de Campos.—Cultura árabe de D. Rodrigo.—Su conducta con los judíos.—Resuelve las dos graves cuestiones de Osma y Calahorra.—D. Rodrigo es amonestado por el Papa.—Pacificación de la Sede Segobienense.—Sus derechos sobre Cuenca y Palencia.....	185
CAP. XII. (1220 - 1224) Honorio III inculca a D. Rodrigo la celebración de Concilios provinciales.—Solicitud pastoral del Prelado por la pureza de la fe, por el mejoramiento de su clero y por el fomento de la piedad y sanas costumbres en la plebe.—Su amor insigue por las Órdenes Religiosas.—Instituye él la de los Caballeros del Rosario.—Incremento del patrimonio temporal de su Sede.—Casamiento de Jaime I.—Concesión de Fueros.—Boda de Juan de Briena.—La familia de San Fernando.—La cuestión de la legacia.....	220
CAP. XIII. (1224 - 1229) Edicto de D. Rodrigo a la nobleza de Castilla.—Empieza las excursiones de guerra en compañía de San Fernando.—Intromisión del Rey en la elección episcopal de Segovia.—Campañas guerreras de 1225 y 1226.—Enfermedad de Rodrigo.—Como Prefecto general de misiones de Marruecos, las fomenta, y organiza la jerarquía eclesiástica.—Expedición de 1227.—El Obispado de Baeza.—Concilios en España.—Divorcio de Jaime I.—Otros asuntos.....	241
CAP. XIV. Fecundo periodo arquitectónico.—Fecha de la primera piedra en la Catedral de Toledo.—Plan.—¿Lo formó D. Rodrigo?—Gastos de la construcción y su avance.—Derechos.—Solemnidades de las funciones religiosas.—Acrecentamiento del Cabildo.—Fundación de Capellanías.—Oficio mozárabe.—Otras construcciones.....	261
CAP. XV. (1230 - 1233). Preparativos guerreros de D. Rodrigo.—Expedición a Jaén.—Procura D. Rodrigo la unión de Castilla y León.—Conquista del Adelantado de Cazorla y Quesada y otras guerras del Arzobispo en Andalucía.—El Bulario.—Asuntos con la Orden de Santiago.—Albarracín.—La Copiosa legislación foral.....	276
CAP. XVI. (1234 - 1237) Campaña de Ubeda.—Donaciones.—Asuntos calagurritanos.—El pleito de Santiago.—Relaciones con el Papa.—Reforma de Calatrava.—Viaje a Roma.—Acusaciones contra Rodrigo.—Córdoba.—Causa de Calatrava.—Segundas nupcias de San Fernando.—Rodrigo en Córdoba.—El Tudense.—Procura D. Rodrigo la paz entre Castilla y Navarra.—Cruzada al Oriente.—Un sobrino del Arzobispo.—Viaje a Navarra.—Negocia graves asuntos en Portugal y Pamplona.....	293
CAP. XVII. (1238 - 1241) D. Rodrigo va al Papa para reclamar la Sede de Valencia y trae copias de bulas.—Es excomulgado por el Concilio de Tarragona.—Asiste en Tudela al proceso sobre la Sede Valentina.—Su viaje a Roma en 1241.—Fin de varios litigios.—Sucesos particulares.—La residencia de Brihuega.—El Talmud.—Otros asuntos.....	323
CAP. XVIII. (1243) D. Rodrigo eminente escritor.—Lista de sus obras.—	

Su autenticidad.—Época de su composición.—Objeto de esas obras.—Método histórico de Jiménez de Rada.—Fuentes para obtener los elementos para la historia.—Sucinta idea de las obras históricas del Arzobispo.—Plan vasto de su producción histórica.—Sus notables cualidades.—Censuras y defectos.—Noticia del <i>Breviarium</i> o <i>Expositio Catholica</i> .—Otros escritos.—Notas bibliográficas.....	341
CAP. XIX. (1245 - 1247) Asuntos privados.—Organización del Consejo de Castilla.—Reformas legislativas.—Negocios de Huerta y Quesada.—Inocencio IV.—Tribulaciones del Cabildo toledano.—Concilio ecuménico de Lyon y D. Rodrigo.—Gracias pontificias.—Conquista de Jaén.—Nombramiento de un nuevo Obispo de Marruecos.—Correspondencia epistolar de Inocencio IV con D. Rodrigo.—Se prepara la expedición sobre Sevilla.....	374
CAP. XX. (1247) Santidad y virtudes de D. Rodrigo.—Objeciones.—Visita a Inocencio IV en Lyon.—Muere en el Ródano el 10 de Junio de 1247.—Aspecto físico de D. Rodrigo.—Sus testamentos.—Pleito sobre su sepultura.—Singular grandeza de D. Rodrigo.—Su siglo.—Provisión de Toledo a la muerte de Jiménez de Rada.—Historia de su cuerpo incorrupto... Bulario Pontificio relativo a D. Rodrigo.....	388 411
I. Bulas de Inocencio III.	411
II. Bulas de Honorio III.	419
III. Bulas de Gregorio IX.	439
IV. Bulas de Inocencio IV.	466
Fe de erratas.....	471

he logrado sacar a luz. Con estos e la vista, demuestra V. la inexactitud de especies que corrian como hechos ciertos entre los historiadores; y pone en evidencia la verdad histórica. Por ello, a la pregunta que me hace acerca de si su libro es digno de publicarse, le contesto que sí, porque merecerá, sin duda, las plácemes de cuantos se interesan por la historia de España y de la Iglesia en general, y de la vida y época de D. Rodrigo en particular.

Yo me dijo V., cuando nos vimos en esa ciudad de Pamplona, pronto haré saber de años, que el motivo que le había determinado a emprender las investigaciones cuyo fruto es este libro, no fue otro que el haber leído los artículos que el Sr. D. D. de Rada publicó por los años 1862 y 1863, en los cuales afirmaba el Sr. D. de Rada que la existencia de D. Rodrigo al Concilio de Lyon, era una fabula. Así lo creía yo, y, tal vez, como yo, muchos leyeron los dichos artículos. Pero lo que se tenía por fabula, quedó acreditado en realidad histórica, según demuestra el capítulo XX de su obra, realidad que ahora le voy a poner a prueba, para ver si los más apasionados en sostener y defender la existencia, también, la no existencia del celebrado arzobispo de Toledo.

CARTA-PRÓLOGO

DE D. JOSÉ ALEMANY, ACADÉMICO DE NÚMERO
DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA LENGUA
Y DE LA HISTORIA.

Revdo. P. Javier Gorosterratzu:

Mi distinguido y estimado amigo: Acabo de leer las capillas de su libro acerca de D. Rodrigo Jiménez de Rada, y me apresuro a felicitarle por la paciente labor realizada calladamente por usted en bien de la historia patria, y por el elevado y castizo espíritu con que en él nos expone el fruto de su trabajo. Más de la mitad de las noticias que en el libro nos da, referentes a la vida y época de tan preclaro varón, eran para mí desconocidas; y creo que lo serían también para muchos de los que a estos estudios se dedican, porque yacían olvidadas en los archivos junto con los documentos que las contenían, y que V. con su tenaz perseverancia ha logrado sacar a luz. Con éstos a la vista, demuestra V. la inexactitud de especies que corrían como hechos ciertos entre los historiadores; y pone en evidencia la verdad histórica. Por ello, a la pregunta que me hace acerca de si su libro es digno de publicarse, le contesto que sí; porque merecerá, sin duda, los plácemes de cuantos se interesan por la historia de España y de la Iglesia en general, y de la vida y época de D. Rodrigo en particular.

Ya me dijo V., cuando nos vimos en esa ciudad de Pamplona, pronto hará un par de años, que el motivo que le había determinado a emprender las investigaciones, cuyo fruto es este libro, no fué otro sino el haber leído en «Razón y Fe» los artículos que el venerable P. Fita publicó por los años 1902 y 1903, en los cuales afirmaba el docto jesuita que la asistencia de D. Rodrigo al Concilio IV de Letrán era una fábula. Así lo creía yo, y, tal vez, como yo, cuantos leyeran los dichos artículos. Pero lo que se tenía por fábula queda convertido en realidad histórica, según demuestra V. cumplidamente en el capítulo X de su obra; realidad que habrán de aceptar hasta los más apasionados en sostener y defender, por motivos plausibles también, la no asistencia del celebrado arzobispo a aquel Concilio.

El libro, pues, como le digo, será bien recibido y aplaudido; todo cuanto V. afirma en él, viene documentado; queda resuelta ya definitivamente la presencia de D. Rodrigo en el Concilio IV de Letrán; fija V. con precisión la fecha de erección de la catedral de Toledo; la de la creación del vicariato de las misiones españolas en el norte de Marruecos y da además preciosas noticias relativas a la composición de las obras históricas del arzobispo. La obra, además, arroja nueva luz sobre la historia de San Fernando en muchos puntos particulares; tales como sus relaciones con la Iglesia, las segundas bodas del Rey Santo, etc. etc.; y nos ofrece también la ciencia de D. Rodrigo, no contaminada ni en un ápice por la cultura semítica a pesar de conocerla y de haber vivido en el ambiente de su influencia. De valor es, asimismo, el bulario copioso del apéndice, que podrán utilizar los investigadores.

Espera, por lo tanto, la pronta publicación del libro su afectísimo amigo y s. s.

q. l. b. l. m.

José Alemany.

EXPLICACIONES NECESARIAS AL LECTOR

Sepa el lector en primer lugar el origen y la razón de la presente obra. Casi se la puede llamar hija de la casualidad. Allá, en la época de los fervidos estudios acerca de los principios del cristianismo en España, al profundizar la veneranda tradición española sobre la predicación de Santiago en nuestra tierra, el autor de este libro leyó en un trabajo eruditísimo (1) del más prestigioso y reputado investigador español moderno, el insigne P. Fidel Fita, la afirmación de que la asistencia del gran Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada al cuarto Concilio de Letrán, en el año 1215, era una *fábula*. Y sostenía el docto jesuita su aserción con el fin de mantener incólume la gloriosa tradición española, recriminando a la vez acerbamente la audaz ligereza del famoso catedrático de la Historia eclesiástica en Roma, Duchesne, que en los últimos días del siglo veinte había osado citar el testimonio de D. Rodrigo en aquel Sínodo ecuménico, para rechazar la venida del santo Apostol a España. Claro está que el P. Fita seguía en esto a los más eminentes críticos españoles, que desde el siglo diez y seis acá han defendido la predicación de Santiago en nuestra Península, como lo verá el lector en su lugar, si bien ninguno de estos llegó a calificar de *fábula* el célebre episodio de la asistencia de Jiménez de Rada a aquel Concilio. Examinada la argumentación del jesuita, como también la de los antiguos críticos, nos pareció deficientísima respecto de ese episodio, y fundada en postulados históricos inadmisibles. Nos propusimos entonces esclarecer y defender con un estudio a fondo tan famoso y controvertido episodio, por medio de una investigación adecuada y más completa, escrutando los Archivos y examinando las biografías publicadas sobre el Arzobispo.

Cuando de lleno profundizamos en el estudio de la materia y en el conocimiento de la vida y hechos de D. Rodrigo Jiménez de Rada el asombro nos dominó completamente. La investigación nos descubrió una cosa, que no nos imaginábamos. Que D. Rodrigo, el sabio y políglota sin par en la edad media española, el padre de la Historia patria, el guerrero eximio, que salvó a España en las Navas de Tolosa y ensanchó las fronteras de Castilla con gloriosas expediciones y conquistas, e inspiró y dirigió genialmente las empresas bélicas de Alfonso VIII y San Fernando durante cuarenta años, el Canciller incomparable, gran ministro y sumo político de Castilla durante la misma era, el divino consejero, que transformó en Héroe a Alfonso octavo, en Santo a Fernando tercero y en Sabio a Alfonso décimo, el que promovió y procuró la unión definitiva de Castilla y León, el Prelado asombroso, que encumbró a la mayor grandeza la Sede toledana, consiguiendo para ella el timbre de la Primacía con esfuerzos maravillosos, y dotándole de una Catedral incomparable y de bienes y territorios conquistados sin fin, la lumbrera admirada de los Concilios ecuménicos de Letrán y de Lyon, el oráculo incesantemente consultado por los grandes Pontífices Romanos, Inocencio tercero, Honorio tercero, Gregorio nono e Inocencio cuarto, el Pastor santo, portento de caridad, celo, sabiduría y prudencia, que iluminó con su doctrina a la Iglesia de Dios y santificó a su grey, el varón de más fecundas y variadas iniciativas y empresas en todos los

(1) *Razón y Fe*. Años 1902-1903.

órdenes de la vida, que tuvo la edad media española, era superficial y fragmentariamente conocido y estudiado; que la mayor parte de lo que aquella edad conservó respecto de nuestro Arzobispo yacía inédito en las apiñadas páginas góticas de los Archivos.

Este descubrimiento nos hizo variar de pensamiento y nos sugirió la idea irresistible de hacer un estudio más hondo y documentado de toda la vida y grandes empresas de varón tan glorioso y extraordinario, con el fin de contribuir al debido conocimiento de una de las más excelsas figuras de la Iglesia católica, y de uno de los patricios más eminentes de la Historia de España, para que así cooperáramos a la realización del plan de Menéndez y Pelayo, el cual tenía en tanta importancia el conocimiento previo de la vida y actos de D. Rodrigo, y de los antecedentes y consiguientes de su acción e influencia para poder acometer seriamente la redacción de la Historia española medieval, que proclamaba del todo necesario ese previo conocimiento para poder ejecutar empresa tan ardua. (1) Porque en verdad, Jiménez de Rada es la clave de la Historia eclesiástica y civil, y aún literaria en no pequeña parte, de la edad media española. Con esto, nuestro primer intento de esclarecer y determinar el famoso episodio controvertido de la asistencia de D. Rodrigo al cuarto Concilio de Letrán se transformó en el *atrevido e improbable* propósito de estudiar toda su accidentada y fecundísima vida. *Atrevido*; porque atrevimiento se necesita, y muy extremado, en quien por su profesión es tan ajeno a este linaje de estudios, para lanzarse por el áspero y dilatadísimo campo de las investigaciones históricas de la índole de las del presente libro. *Improbable*; porque todo lo que se ha escrito de D. Rodrigo es muy somero, a pesar de que al través de los siglos todas las generaciones han rememorado su nombre glorioso y sus hechos más culminantes y famosos entre continuos encomios, y los doctos han repetido el compendio de su vida. Mas nadie ha escudriñado seriamente los Archivos, ni los contemporáneos del Arzobispo nos dejaron pormenores de sus acciones y empresas, conforme lo exigía varón tan grande; y la documentación diplomática existente está dispersa y escondida en muchos lugares distintos y apartados. Caso por cierto extraño es que hombre de tanta grandeza, de tantos merecimientos, de tanto renombre, de tanta importancia, haya sido tan poco estudiado. Yo no veo otras causas que la apatía de su patria nativa y la tibieza de la adoptiva. En ninguna hirvieron afectos suficientemente poderosos, para que a su llama se inflamaran los ingenios. Por eso Jiménez de Rada tiene la mala suerte, que asombra en un varón tan inclito y esclarecido. No se piense empero que el presente escrito tiene la pretensión de reparar dignamente agravio tan grave a su memoria. Sólo aspira a estimular a los varones competentes para que se resuelvan a estudiar y escribir la vida y los grandes hechos del hombre más sabio, influyente y universal de la época más heroica y más gloriosa de la Historia de la edad media española.

Se verá en nuestro libro que escribimos con sujeción al dato contrastado por el documento diplomático o por la autoridad seria y fidedigna. No existe otro método para componer estudios históricos de índole fundamental y constructiva, como debe ser el que se dedique a la memoria del grande Arzobispo de Toledo. Por eso nuestro difícil y magno trabajo consistió en la colección previa de la documentación más amplia posible, que nos impusimos. Dos cosas debemos declarar aquí acerca de esto. Primero que no hemos sido del todo desafortunados. Segundo que es sin embargo muy deficiente e incompleta la colección diplomática

(1) *Ciencia Española*. T. I. n. 8. IV. p. 192.

REVISTA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA (1)

referente a Jiménez de Rada, que hemos logrado reunir, como lo vemos con toda claridad, y lo patentiza la siguiente observación.

En dos secciones grandes pueden dividirse los documentos relativos a D. Rodrigo, los de procedencia pontificia y los que provienen de otras fuentes ya eclesiásticas ya civiles. Los primeros constituyen lo que hemos denominado en el Apéndice *Bulario Pontificio relativo a D. Rodrigo*. De seguro que el lector entendido se pasmará al ver en mi Colección casi doscientas bulas referentes a D. Rodrigo, y confesará que la correspondencia de la Santa Sede Apostólica con Jiménez de Rada fué verdaderamente extraordinaria, sin par en los fastos de la Iglesia española. No se halla otro personaje español que en esto se le aproxime, o que se le pueda comparar. Y sin embargo puedo probar por medio de indicación de pistas y de otros datos e indicios ciertos, que en mi Colección falta por lo menos una quinta parte de las bulas pontificias referentes a nuestro Arzobispo que la colección completa subiría de doscientas cincuenta bulas. Y se ha de saber que las mejores Colecciones o Registros de bulas publicadas hasta ahora, son precisamente las de los cuatro Papas contemporáneos y amigos de D. Rodrigo. Porque Migne publicó el Registro de Inocencio III, Eubel y Pressutti el de Honorio III, Auvray el de Gregorio IX, y Berger el de Inocencio IV, y además Pottahst ha publicado su precioso Bulario sobre esos Papas y algunos otros posteriores. Pero en todas esas Colecciones faltan muchas bulas, como se demuestra repasando mi Colección, donde inserto un gran número, que esos autores no conocieron, y lo mismo ocurrirá con otros personajes e Iglesias particulares de la cristiandad. No hay que extrañarse de este fenómeno, tiene fácil explicación. En aquellos tiempos no estaban organizadas las Cancillerías pontificias, ni ordenado de una manera fija y bien reglamentada el método de registrar las bulas, que se expedían en las diversas oficinas de la Curia romana. Escribe Berger en la pág. XXVI de su introducción a *Les Registres D' Innocent IV*. «Les pieces contenues dans les registres, bien qu'elles soient loin de représenter toute l' activité de la chancellerie pontificale entre 1243 et 1254, forment un ensemble imposant.» Con más amplitud se ha de aplicar esto a los Registros de los pontificados anteriores.

En cuanto a los diplomas y documentos de origen civil y eclesiástico, relativos a D. Rodrigo, hoy día es más difícil la colección completa, aún para los que disponen de todos los medios apetecibles para su intento, porque todavía se halla en un estado rudimentario la exploración y publicación de los Cartularios y de otros documentos conservados en los diversos Archivos eclesiásticos y civiles de España. En tanto que no se publiquen los muchísimos que se ocultan en diversos archivos públicos y privados, civiles y eclesiásticos no podremos formar la Colección completa para hacer un estudio acabado de Jiménez de Rada, que en nuestros tiempos se pide con razón. ¡Cuánto merece semejante trabajo nuestro eximio personaje! Con afán hemos reunido varios cientos de esos documentos para publicarlos en este libro, después del Bulario. Pero al ver su gran número que abultaría enormemente este volumen, se nos ocurrió la idea de seleccionar los más importantes. ¿Más cómo acertar en la selección de lo más importante? Por lo que, juzgando arduo y arriesgado este empeño, hemos resuelto al fin, no dar en este volumen ningún documento de esta segunda sección, sino imprimir a parte una Colección, semejante a las *Memorias para la vida del Santo rey San Fernando*. Con el objeto de completar más la Colección suspendemos por algún tiempo su publicación. Mas a fin de que el lector no tenga que depender de su aparición para compulsar los datos consignados en este libro, he indicado al pie de las páginas oportunamente los lugares en que se encuentran los documentos de que proceden

las noticias insertadas. De esta suerte, si por cualquier accidente se frustrase su publicación no se padecerán los inconvenientes que de ello pudieran nacer.

Como se verá en el Apéndice, no se han impreso íntegramente gran número de bulas, por diversos motivos. Unas, porque están vertidas literalmente en la obra; otras, porque por su texto de tenor común no ofrecen interés alguno, y su impresión hubiera servido sólo para aumentar el volumen del libro; y otras finalmente porque no las hemos podido adquirir, a pesar de todas nuestras diligencias.

Observación. Tenga en cuenta el lector benévolo que el autor de este libro ha atendido principalmente, no a la literatura, sino a la composición histórica, y presume que en el uso del castellano se le habrán deslizado incorrecciones de lenguaje; porque no blasona de su perfecto dominio, puesto que la lengua materna que conoció y empleó exclusivamente durante su adolescencia fué la que D. Rodrigo Jiménez de Rada habló en su país natal, es decir, la misteriosa y admirada lengua vasca.

FUENTES DE INFORMACIÓN

De dos clases de escritos procede el caudal de nuestras noticias. De obras redactadas y de documentos conservados en los Archivos. Son innumerables las obras que hablan de D. Rodrigo, dentro y fuera de España; pero la máxima parte vulgariza tan sólo los rasgos principales del famoso personaje y, por lo mismo, su conocimiento no es de utilidad, aún siendo de autores eminentes. En cambio interesan todas las que aportan noticias y datos especiales. De éstas daré un Catálogo según el orden alfabético de los autores. Respecto de los documentos, cuya enumeración individual es imposible, citaré los Archivos visitados.

CATÁLOGO DE OBRAS

Aguirre (José Sáenz de) *Collectio Maxima Conciliorum Hispaniæ...* Romæ. CIDIDCCLV. (1755) Indispensable.

Argote de Molina (Gonzalo) *Historia de la Nobleza de Andalucía*. Sevilla. 1588. Sobre todo cap. X y X C.

Arigita y Lasa (Mariano) «*Documentos Inéditos para la Historia de Navarra*» Pamplona MCM.

Auvray (Lucien) «*Les Registres de Gregoire IX, Paris 1890—1910*. Gran arsenal de noticias: obra de necesaria consulta.

Ballesteros y Beretá (Antonio) «*Historia de España y su influencia en la Historia Universal*». Barcelona. Tom. II. 1920 y Tom. III. 1922.

Berger (Elie) «*Les Registres D' Innocent IV*» París 1884. I. Obra indispensable para esta biografía.

Biografía Eclesiástica Completa. Trae dos biografías distintas de Jiménez de Rada, escritas sin esmero. Una en el tom. XXII. p. 929-936. Otra en el XXX p. 732-739.

Bollandii Acta Sanctorum. T. 31. Edit. Antuerpiæ. MDCCXXIX. El sexto tomo del mes de Julio. Es muy útil la disertación de Juan Pineo sobre la Liturgia mozárabe y otras cosas del día 25 de ese mes, fiesta de Santiago.

Bullarium Diplomatum et privilegiorum... Taurinensis Editio. (Por Luis Tomasseti) MDCCCLVIII. Trae varias bulas referentes a D. Rodrigo.

Bullarium Equestris Ordinis Sancti Jacobi de Spathia... Opus A Fr. Auguado de Córdoba. Matriti. MDCCXIX. Obra muy necesaria.

Bullarium Ordinis Militiæ de Calatrava... Opus Ig. Jos. de Ortega y Cotés. Matriti. MDCCLXI. También necesaria.

Bullarium Ordinis Militiæ de Alcántara... de Ortega y Cotés. Matriti. MDCCLIX. También necesaria.

Burriel (Andrés) Este insigne explorador de Archivos copió en muchos infolios los documentos del Archivo y de la Biblioteca de la Catedral de Toledo en gran parte. Allí se hallan una buena parte de los que se refieren a D. Rodrigo. Falta por desgracia un tomo de la Colección, que se halla en la Biblioteca Nacional de

Madrid. Otros varios están incompletos. En el tomo desaparecido y en algunos de los incompletos había algunos documentos referentes a nuestro Arzobispo, que en otra parte no hemos encontrado. Además, como al repasar la colección seguimos un criterio, que después vimos que era equivocado, en varios volúmenes han quedado noticias interesantes, que otros recogerán más diligentemente al completar los estudios sobre la vida de D. Rodrigo.

Cabanilles (Antonio) «Historia de España» V. II. y III. Madrid. 1862.

Catalina García (Juan) «El Fuero de Brihuega» Madrid. 1887. Monumento de gloria de D. Rodrigo, que ha publicado el nombrado Académico con eruditísima introducción, que ha de leerse.

Castejón y Fonseca (Diego de) «Primacia de la Iglesia de Toledo defendida» Madrid. 1645.

Cejador y Frauca (Julio) «Historia de la Lengua y Literatura Castellana» I. Madrid. 1315.

Cerralbo (Enrique Aguilera y Gamboa, Marqués de) «Discursos leídos en la Real Academia de la Historia» Madrid. 1908.

Colección de Fueros y Cartas Pueblas de España, por la Real Academia de España Catálogo Madrid. 1852.

Chabás (Roque) «Episcopologio valentino» Valencia. 1902.

Escalona (Romualdo de) «Historia del Real Monasterio de Sahagún». Madrid. MDCCCLXXXII. Obra segura y bien documentada.

Fabritius «Bibliotheca Medice et Infimæ Latinitatis» Cap. 17.

Faria (Manuel) «Epítome de las Historias portuguesas». Madrid. MDXXII (sic) Autor crédulo, exagerador de las glorias de su nación.

Ferotín (Marius) «Recueils des Chartres de l' Abbaye de Silos». París. MDCCCXCVI.

Fita (P. Fidel) 1.º «Estudios Históricos» (Colección de Artículos) Madrid. 1884.

2.º «Actas inéditas de Siete Concilios Españoles.» Madrid. 1882.

3.º Santiago de Galicia. Nuevas impugnaciones y nueva defensa.

Razón y Fé. N. 1.º Adelante: Años 1901 y 1902.

Gallardo (Bartolomé) «Ensayo de la Biblioteca Española de libros raros y curiosos.

García de Loaisa «Collectio Conciliorum Hispanice.» Matriti. P. 287-292.

Garibay (Esteban) «Compendio Historial.»

Gebhart (Victor) «Historia General de España y sus Indias.» Madrid. 1648.

Giry (A) «Manuel Diplomatique». París. 1894.

Gómez (Alvaro) *Catalogus seu Historia Archiepiscoporum Sanctæ Ecclesiæ Tolentance*. Manuscrito de la Biblioteca de la Catedral de Toledo. sig. 21-8.

González (Tomás) «Colección de Privilegios y Franquezas y Fueros concedidos a varios Pueblos y Corporaciones de la Corona de Castilla. Copiados de orden de S. M. de los Registros del Real Archivo de Simancas.» Tom. V.

González Dávila (Gil) «Teatro Histórico de las Iglesias de España». Cuatro tomos Madrid. De 1615-1640. De útil consulta.

Hergenrother (Cardenal) «Historia de la Iglesia». Versión de García Ayuso. Madrid. 1886.

Huici (A) «Estudio sobre la campaña de las Navas de Tolosa.» Valencia. 1916. La mejor monografía de la magna cruzada española del año 1212, debida más que a nadie a D. Rodrigo.

La Fuente (Vicente de) 1.º «Elogio del Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada y juicio escritos de sus escritos históricos.» Madrid. 1862. El Elogio tiene escaso mé-

rito; pero los diez y ocho apéndices son una reunión de noticias preciosísimas, lo mejor que hasta ahora se ha publicado del glorioso Arzobispo D. Rodrigo.

2.º «Historia Eclesiástica de España.» Dos ediciones distintas publicó La Fuente, la segunda muy mejorada, salió en Madrid. 1873. (En la primera no se extiende mucho acerca de nuestro héroe. En la segunda, en cambio, habla de él mucho y en muchas partes. Se ve que lo escribió mucho después de haber hecho un estudio a fondo de la vida de D. Rodrigo; pero se vé que redactó las cuartillas con precipitación. Consúltense ambas ediciones, que contienen noticias distintas.

La Fuente (Modesto) «Historia de España». Barcelona. 1888. tom. 4.

Lampérez y Romea (Vicente) 1.º «Historia de la Arquitectura cristiana española en la edad media.» Madrid. 1909. El mejor estudio de la Catedral de Toledo se halla en el volumen II de esa obra, passim:

2.º «El Trazado de la Catedral de Toledo.» Revista de Archivos. III p. 15. Año 1899.

Loperráez (Juan Bautista) «Descripción Histórica del Obispado de Osmá.» Madrid. 1788. Autor muy serio, de peso, que debe consultarse, sobre todo en el primer y tercer tomos.

Lorenzana (El Cardenal) «*Collectio Patrum Toletanorum*». Tomus Tertius. Roderici Ximenc de Rada... Opera præcipua complectens... Francisci Cardinalis de Lorenzana.» Matriti. MDCCXCIII.

Manrique (Angel) «Cisterciensium, seu verius Ecclesiasticorum Annalium a condito Cistesio—continens... Lugduni MDCLIX. Muy útil y seria:

Mariana (Juan de) «Historia de España.» Lib. 11, 12, 13 y 14.

Martínez Marina (Francisco) «Ensayo Histórico-crítico sobre la antigua Legislación...» Madrid. MDCCCVIII.

Menéndez Pidal (Ramón) 1.º «Estudios literarios» p. 171-249. Madrid. MCMXX.

2.º «Catálogo de la Real Biblioteca.» Madrid. 1898.

Mendo (Andrés) «De Ordinibus Militaribus Disputationes Canonicae.» Lugduni. MDCLXVIII.

Minguella (Toribio, Obispo de Sigüenza) «Historia de la Diócesis de Sigüenza.» tom. I. Madrid. 1910.

Mireo (Aubertus) «Auctarium de Scriptoribus Ecclesiasticis.» Cap. 392.

Mondéjar (Gaspar Ibáñez de Segovia, Marqués de) 1.º «Memorias históricas de la vida y acciones del Rey D. Alonso Octavo... (con notas y apéndices de Cerdá y Rico). Madrid. MDCCLXXXIII. 2.º «Predicación de Santiago en España... Zaragoza. 1682.

Moreno Cebada (Emilio) «Historia de la Iglesia...» Siglo XIII.

Morera (Emilio) «Tarragona cristiana. Historia del Arzobispo de Tarragona...» Tarragona. 1901.

Moret (José de) «Anales del Reino de Navarra.» Tolosa. 1890. Lib. 20, 21, 22, 23 y 24.

Núñez de Castro (Alonso) 1.º «Corónica de los Señores Reyes de Castilla Don Sancho el Deseado, D. Alonso el Octavo y D. Enrique primero...» Madrid. 1665. Trae curiosas noticias. 2.º «Vida de San Fernando.» Madrid. 1672.

Nicolás (Antonio) «Bibliotheca Vetus.» Tom. II. Lib. VIII. c. 2. Debe ser consultado este egregio crítico, admirador de D. Rodrigo.

Ortiz (Blas) «Summi Templi Toletani... Descriptio...» Collectio Patrum Toletanum. Tom. III.

Parreño (Baltasar) «Historia de los Arzobispos de Toledo.» Manuscrito. En la

Biblioteca de la Catedral de Toledo. Caj. 21. n. 10. En el to. I. fol. 137-155 se halla la más detallada biografía de D. Rodrigo.

Pellicer (Juan Antonio) «Carta histórico-apologética, que en defensa del Marqués de Mondéjar examina de nuevo la aparición de San Isidro en la batalla de las Navas de Tolosa...» Madrid. 1793

Pereja y Serrada (Antonio) «Monografías provinciales.» Brihuega y su Partido. II. Guadalajara. 1916. Merece consultarse.

Pérez (Juan Bautista, Obispo de Ségorbe) «*Vitæ Archiepiscoporum toletanorum et de Primatía ejusdem Ecclesiæ.*» Manuscrito en la Biblioteca de la Catedral toledana: una copia de la biblioteca Nacional de Madrid.—Salón Ms. sig. 1529. Obra de inferior mérito a la que promete la firma del docto crítico del sig. XVI. Otros escritos del mismo citamos en la obra.

Potthast (Augustus) «*Regesta Pontificum Romanorum inde ab anno post Christum natum.* 1.199 ad 1.304. Berolini. MDCCCLXXXIII.

Pressutti (P) «*Regesta Honorii III Papæ ex Vaticanis Archetypis aliisque Fontibus.*» Romæ. 1.888-1.915. De necesaria consulta.

Rades y Andrade «Crónica de las tres órdenes y cancellerías de Santiago, Calatrava y Alcántara» Toledo. 1572.

Raynaldo (Oderico) 1.º «*Annales Ecclesiastici... Ab anno MCXCVIII, ubi Cardinalis Baronio desinit*» Romæ. 1646.

2.º «*Annales Ecclesiastici ex tomis octo ad unum, pluribus auctum, redacti*» Romæ. 1667. Obras excelentes, calçadas sobre todo en los documentos pontificios.

Relación en breve compendio de la conquista de la villa de Cazorla, origen y progresos de sus Adelantados, y su descripción, y demás villas del Adelantado.» Manuscrito, en 4 infolios. Bibl. Nac. Salón Ms. sig. F. 105 fol. 238 adelante. Debe leerse.

Revistas 1.º «Boletín de la Real academia de la Historia». En sus 74 tomos se hallan muchas noticias preciosas. Es absolutamente necesaria su lectura.

2.º «Archivo Ibero-Americano». Redactado por los PP. Franciscanos con exquisita investigación y erudición. Los 12 primeros tomos.

3.º «Revista de Archivos». Muy docta. Desde 1907 a 1922.

Rocamora. «Catálogo abreviado de Manuscritos de la Biblioteca del Duque de Osuna» Madrid. 1882.

Rodríguez (Manuel de) «Memorias para la vida del santo rey D. Fernando III, ilustradas y anotadas...» Madrid. 1800. Se debe la parte principal de la obra al Padre Burriel; pero la organizó y editó Rodríguez. Una de las más necesarias para el presente estudio.

Rodríguez de Castro (José) «Biblioteca Española». Dos tomos. Madrid. MDCCCLXXX. Docta y necesaria para esta obra.

Rhorbacher (Abbé) «*Histoire universelle de l'Eglise catholique.*» Tome Huitième. París. 1877.

Ruiz Montilla «Historia de las Ordenes Militares de Santiago, Calatrava, y Alcántara.» Madrid. 1629.

Salcedo (Angel) 1.º «Historia de España». Madrid. 1916.

2.º «Historia de la Literatura...»

Sáinz y P. de Laborda (Mariano) «Apuntes Tudelanos». Tudela. 1913.

Serrano (Luciano) 1.º «Cartulario del Infantado de Covarrubias» II Madrid. 1907.

2.º «Becerro Gótico de Cardenas». I. Valladolid. 1910.

3.º «Colección diplomática de S. Salvador del Moral». Valladolid.

4.º «Don Mauricio, Obispo de Burgos y fundador de su Catedral». Madrid. 1922.

Simonet (Francisco Javier) «Historia de los Mozárabes de España». Madrid. 1897-1903.

Tolrá (Juan José) «Justificación histórico-crítica de la Venida del Apóstol Santiago a España...» Madrid. 1797. Está plagado de errores acerca de D. Rodrigo.

Tejada y Ramiro (Juan de) «Colección de Cánones de la Iglesia Española». Madrid. 1850.

Torres y Tapia (Juan de) «Crónica de la Orden de Alcántara». Madrid. 1763.

Tudensis (Lucas) «Chronicon». Hispania Illustrata. I. p. 1—116.

Villanueva (Joaquín) «Viaje Literario por las Iglesias de España». Madrid. 1804. Son de especial utilidad los 22 tomos de este autor.

Wernez «Opus Decretalium Romæ. 1906. tom. III.

Ximena (Martín) «Anales Ecclesiásticos de Jaén».

Yanguas y Miranda (José) Diccionario de las antigüedades del reino de Navarra». Pamplona. 1840

Zurita (Jerónimo) Anales del reino de Aragón».

ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

Someramente indicaré los principales, que he visitado, renunciando a dar la lista de los pergaminos y otros documentos individualmente. En los apéndices y al pie de las páginas irá una gran parte.

Archivo Histórico Nacional de Madrid. Bajo las signaturas 987 y 996 se hallan aquí los dos grandes volúmenes del Cartulario o Becerro de Toledo con el rótulo *Liber privilegiorum Ecclesiæ Toletanæ*. Es el mejor arsenal de noticias para nuestro estudio. Muchos documentos están copiados en los dos volúmenes. Uno de estos está hasta deteriorado. ¿Cuándo se publicará tan importante colección?

Biblioteca Nacional de Madrid. Salón de Manuscritos. Allí está la copiosísima colección de 49 volúmenes de copias de innumerables documentos de Toledo y otras Iglesias, hecha bajo la dirección del P. Andrés Burriel. Contiene casi todo el *Liber privil.* y traslados de otros diplomas muy importantes.

También están en ese salón las cuatro famosas actas referentes a la asistencia de Rodrigo al Concilio de Letran, bajo las signaturas antig. Hb 144=130 (10.040).

En la sala 5.^a, vitrina 1, se guarda el convenio de D. Rodrigo con el Maestre de Santiago sobre siete aldeas. Original interesante, con sello céreo, en que aparece D. Rodrigo bendiciendo... Era MCCLXXII (1234) junio.

Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid. Existen allí sólo documentos relativos al cenobio de Fitero.

Archivo de la Catedral de Toledo. Contiene sin número de documentos de toda clase relativos a D. Rodrigo, que se hallan casi todos transcritos en la *Colección* del P. Burriel. Nos fué imposible utilizarlos a nuestra satisfacción por la tenacidad irreductible del archivero en darnos todas las facilidades para hacer un estudio completo. El Archivo, por desgracia, no tiene un inventario exacto, ni ordenados los diplomas, y produce triste impresión.

Biblioteca de la Catedral de Toledo. Encierra un gran tesoro de importantes manuscritos en mejor orden que en el Archivo. Citamos en esta obra varios de ellos, y el más estimable de todos para la historia de D. Rodrigo es el que lleva la signatura 42-21, al que he llamado *Becerro Pequeño*, Le faltan al principio 12 folios. Las bulas inéditas de Honorio III se hallan del fol. 55 al 59, escritas en letra

gótica del siglo trece. También por los obstáculos del archivero no hicimos la labor que queríamos.

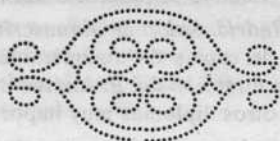
Archivo de la Catedral de Segovia. No encontramos ni los documentos mencionados por Diego de Colmenares en su historia de Segovia.

Archivo de la Catedral de Osma. Nada contiene referente a D. Rodrigo, Copiada queda en la obra la nota biográfica del Arzobispo.

Archivo de Navarra. Allí están los dos originales, el de la bula de Honorio III y el de aceptación de la donación de Arguedas. Item muy útil el Cartulario de Teobaldo I.

Archivo Vaticano. En el Bulario, que publicamos, van las referencias individuales.

ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS



CAPÍTULO I.

1170—1180.

Patria y progenitores de D. Rodrigo Jiménez de Rada.

El egregio escritor burgalés, Angel Manrique, introduce con estas palabras en sus celebrados Anales del Cister al héroe del presente estudio: *Primo nominandus est insignis Vasco, Rodericus Ximinius*. (1) En efecto lo primero que hay que decir del inmortal navarro, colocado por el primer polígrafo español en el número de los doce grandes varones, del todo excepcionales, cuya biografía cabal es preciso escribir antes de redactar la historia de España, porque *pertenece a aquella clase de sabios, que personifican las grandes fases de la vida intelectual de la Península, que aparecen como iniciadores de transcendentales movimientos en la esfera de las ideas, o descuellan por la originalidad y universalidad de doctrina, de tal suerte que para darlos a conocer debidamente es preciso trazar en torno suyo el cuadro de la época, en que florecieron, con sus antecedentes y consiguientes*» (2) fué vasco o vascón, por raza, por sangre y por nacimiento, hijo de la tribu más poderosa e histórica, que en la Edad Media se transformó en reino con el nombre de Navarra, y que durante ocho siglos alternó dignamente con los reinos vecinos, Castilla, Aragón, Francia e Inglaterra. Apellidase Don Rodrigo indistintamente vasco o navarro, porque es Navarra la antigua Vasconia clásica de los griegos, romanos, godos y árabes, y son los actuales navarros los descendientes únicos y legítimos, históricamente conocidos, de los antiguos vascos, que aparecen, en la primera noticia geográfica suya, transmitida por Estrabón, acampados en derredor de Pamplona, su población principal. Por eso, según observa uno de sus mejores historiadores «*a ellos les corresponde principalmente el nombre de vascos, porque de ellos se comunicó a todos los pueblos que se denominan con ese apelativo*» (3) En los días del nacimiento de D. Rodrigo este apelativo tan propio y primitivo del pueblo, que con ese nombre había conservado su independencia y su pureza racial desde su establecimiento en los montes y valles del Pirineo, era ya más frecuentemente sustituido por el de navarro, para designar a la misma nación; porque conmemoraba el hecho tan glorioso de la erección del reino, y era como tal más admirado y celebrado por las demás gentes.

Jiménez de Rada en ninguno de sus escritos conservados y conocidos hasta

(1) T. III. C. II. n. 8. (2) Menéndez y Pelayo. *Ciencia Española*. T. I. n. 8. IV. p. 192. (3) Oihenart. *Notitia Ultrisque Vasconiae*. Lib. II. C. 1. donde se lee: *Initium fiat a navarris, quibus potissimum vasconum nomen convenit: inde enim ad alios omnes populos, quotquot hujusmodi appellatione censentur manavit.*

ahora indica nada directamente de que él es navarro o vasco, ni aun refiriendo con acento de especial cariño y benevolencia los hechos históricos de su propio Pueblo. Pero hay una nota indirecta, en que deja entender que pertenece al reino navarro. Es la rara exactitud con que describe las dotes bélicas peculiares de sus paisanos. De ningún pueblo español las señala y expresa con tanta propiedad y particularidad y son las mismas, que han brillado en los navarros, en las famosas guerras del siglo pasado por la independencia y por la causa dinástico-religiosa. Dice entre otras cosas, al hablar de las luchas contra los agarenos, al mando de su rey, Sancho Abarca, que «son ágiles «de sobresaliente agilidad» «impetuosos en atacar, rápidos en las escaramuzas, veloces en las marchas, aun por terrenos abruptos, diestros como infantes y caballeros, en las celadas ardidosos «mágicos para disolverse y reunirse en parajes prefijados» «expías excelentes» «amantes de su fé y religión». (1)

Claro indicio de que conoce a los suyos de una manera especial, y por tal indicio tengo también el hecho de que es el único historiador, que relata, aunque demasiado sobriamente, los orígenes de la dinastía de Navarra.

Pero ya veremos el descuido con que trató cosas tan importantes, y hay en él otra cosa más sorprendente, que merece anotarse, que jamás censura los actos guerreros de sus paisanos, que pelean después de constituirse en reino, pero en cambio la resistencia de los vascos contra los intentos de dominación de los godos la mira en la misma forma que los autores godos, porque traslada sus textos a su obra en el mismo sentido que ellos, aunque es cierto también que tampoco hace suyos los sentimientos de los mismos.

Rada fué, desde tiempos desconocidos, el nombre de la estirpe y genealogía de nuestro D. Rodrigo. Así aparece también respecto del mismo D. Rodrigo en la inscripción, que existe encima de su sepulcro, donde se le llama «Rodrigo Ximenez de Rada» Lo mismo le llama el sabio Juan B. Pérez. (2) Salazar de Mendoza escribe, «De este linaje de Rada fué el arzobispo don Rodrigo Ximenez» (3) Garibay no le llamó por ese apelativo sino por el de su patria: Rodrigo Ximenez de Navarra» Por su lado el analista navarro, el P. Moret, por su escaso esmero, incurre en los yerros siguientes. «De una Señora, D.^a Urraca de Rada, con sus hijos e hijas hallamos en Fitero una donación hecha a Raimundo (S. Raimundo, organizador de la orden de Calatrava) abad de Santa María de Niencebas, de una heredad de Cintruénigo, de cuatro cahices de sembradío, por junio de la era mil ciento ochenta y cinco. (1147 de Cristo) Si esta Señora, D.^a Urraca de Rada, fué madre del arzobispo, y de ahí le vino a él el apellido de Rada, que algunos le atribuyen, quede a juicio del lector. Lo que no se puede dudar es que fué nieto, como él se llama, de aquel gran caballero, D. Pedro Tizón de Cadreita, que tanta mano tuvo en la elección de D. Ramiro el Monje, y lo procuró en Monzón tan ardentemente como su nieto el arzobispo lo dejó escrito: aunque después se acomodó y corrió con D. García Ramírez de Navarra» (4) Documentalmente consta, como veremos adelante, que D.^a Urraca no fué madre de D. Rodrigo, y es arbitraria y ajena a toda investigación genealógica la suposición de Moret, de que pudiera heredar de su madre el apellido de Rada. Es digno de notar que estos apellidos, que indicaban entonces la procedencia toponímica del origen del personaje, no eran estrictos apellidos. En los días de mi historia y varios siglos después, no se propagaba generalmente por la estirpe de generación en generación el apellido, como en nuestros tiempos, se-

(1) Lib. V. C. 22. Tales conceptos las repite en otros capítulos de su historia, ut Lib. II. C. 3. y Lib. VIII al referir la hazaña de las Navas de Tolosa. (2) Vitæ. Arch. fol. 13. (3) En su biografía.

(4) Anales Lib. XX. C. 6 n. 15 y 16. En el Cartulario de Fitero se llama a Urraca Domna *Viracha* de Rada (Arigita. n. 175. p. 115.)

gún es bien conocido para los versados en la materia. La cristalización de un apellido, que se hereda invariablemente de generación en generación, se verificó en todo el mundo, desde el siglo quince al diez y siete. Hasta entonces del nombre de pila del padre se formaba el patronímico de los hijos, añadiendo un ez en los reinos de España; así en la misma familia del protagonista de esta historia tenemos un ejemplo claro. D. Rodrigo se llamó Jiménez de Rada, porque era hijo de Ximeno o Jimeno, a su vez el padre de D. Rodrigo se llamó Pérez, por ser hijo de Pedro Tizón de Rada, o Pero, como entonces se decía. Este modo de llamarse los hijos se observó rigurosamente aún en las dinastías de Navarra y Aragón, como lo demuestra la historia. Cuando una stirpe era linajuda, y rica por sus dominios, añadían los hijos al patronímico el nombre de su casa o lugar natalicio y solariego. De ahí ese modo de llamarse Jimeno Pérez de Rada, Rodrigo Jiménez de Rada, Gil de Rada. El linaje de Rada tenía, además del Señorío de Rada, que fué primitivo, otros Señoríos adquiridos de diversas maneras.

Uno de estos fué Cadreita, que ya poseyó el famoso D. Pedro Tizón, y lo heredó su hijo Jimeno; y se titularon ambos igualmente de Cadreita, como lo notó el mismo D. Rodrigo.

Igualmente una de las hermanas de Rodrigo se firmaba de Cadreita, cosa que ya observó Moret, pero no le sirvió para averiguar si D. Rodrigo era Rada. La razón de esta diversidad de nombres es que los magnates, que poseían varios Señoríos solían titularse indistintamente ya por el uno ya por el otro, según es notorio por las firmas de los diversos documentos públicos de aquella época, y los anales traen ejemplos a millares.

Uno de los linajes más preclaros de la Edad Media por su nobleza y por el catálogo de varones insignes, que esmaltaron la historia, fué éste de D. Rodrigo. Los Radas penetran en las páginas de la historia aureolados con el nimbo resplandeciente de una bella y gloriosa leyenda, a la par que es alzado sobre el pavés el primer rey de Navarra.

Escribe el príncipe de los analistas de este reino en sus notas para los anales de Navarra.

«Uno de los ricos homes de Navarra, antes de alzar rey a Iñigo Arista, por los años 855, era Velasco de Rada, y del lugar del Señorío se introdujo el apellido en el linaje» (1) Otros cronistas dicen que un Rada fué uno de los doce nobles vascos: que proclamaron rey al primer soberano de Navarra, haciéndole jurar previamente las leyes fundamentales, que debería guardar constantemente. Ni lo uno ni lo otro han salido del campo de las leyendas brillantes, que embellece las cunas de las monarquías. Lo históricamente cierto es que Velasco de Rada es el primer eslabón visible e indudable de esa pléyade de ilustres Radas, de almas recias, de arrestos indomables, de poderosas voluntades e insignes hechos, que durante cinco siglos abrillantan y llenan los anales de su reino, e invaden gloriosamente los de Aragón y Castilla, como se ve leyendo la historia de los tres pueblos, y que yo no debo recoger aquí para no apartarme de mi intento, ni aún a pretexto de descubrir la ascendencia gloriosa y heroica, que acumuló con crecientes méritos sucesivos de muchas generaciones, cada vez más ricas y generosas, los gérmenes de aptitudes prodigiosas en las venas y cerebro de este vástago extraordinario, hijo quizás el más excelso de Navarra, en la manifestación de las más altas cualidades humanas en conjunto.

Sólo una excepción es preciso hacer para notar aquí mismo la gran modestia

(1) Tomo III. Véanse los Ms. en el Archivo de Navarra.

de D. Rodrigo, y además, porque sabemos que en ciertas cosas los sentimientos del arzobispo rimaron al unísono con los del ascendiente tan célebre en la historia española, que el mismo D. Rodrigo dibujó magistralmente, al trazar en su obra principal el cuadro de uno de los lances más críticos de la vida de los reinos de Aragón y Navarra, pero sin decirnos qué lazos de parentesco tan próximo y sagrado le unían con tan eminente personaje, al que el severo Mariana le calificó, en el momento de referir el suceso histórico, «*un hombre muy noble y de grande ingenio*» (1) Este hombre era el abuelo de Jiménez de Rada; pero D. Rodrigo no lo dice al relatar el hecho, ni siquiera que fuera pariente suyo.

Se llamaba el abuelo de D. Rodrigo, Pedro Tizón de Cadreita o de Rada. Su propio nieto lo consigna en el documento de donación, que en 1217, siendo Arzobispo de Toledo, firmó en Burgos, en beneficio del monasterio de Fitero, expresando que dona las heredades «de su abuelo, D. Pedro Tizón» (*Avi mei Domini Petri de Tizón*). (2) En el libro sexto, capítulo segundo de su historia, le llama *Petrus Titonis Cathereta*.

El cronista de Alfonso VIII, Núñez de Castro, escribe así: «El apellido del abuelo no fué el de Tizón, sino Rada, y el haberle mudado fué por un caso prodigioso en una batalla, que refiere Jerónimo Blancas en su Historia. Haberse llamado los abuelos del Arzobispo D. Pedro Tizón y D.^a Toda consta por una donación que hicieron el año 1141 al monasterio de Santa María de Niencebas y a su Abad, Raimundo de Sierra (S. Raimundo de Fitero) (3) «Esta heredad, próxima al monasterio citado, fué ampliada por D. Rodrigo en la mencionada fecha. Pedro Tizón usó con preferencia el toponímico Cadreita al de Rada, quizás por ser aquel un Señorío más opulento. Ya veremos que lo mismo hizo una hermana del mismo D. Rodrigo, que fué monja de las Huelgas de Burgos, y se firmaba María Jiménez de Cadreita, y no Jiménez de Rada, como sus hermanos. Quizás D. Pedro se nombró de Cadreita por haber nacido en ese pueblo, según escribe Núñez de Castro.

El abuelo de D. Rodrigo tuvo larga vida y accidentada y gloriosa historia, según aparece en las incesantes alegaciones de los anales de Aragón y Navarra. Desde 1124 y 1134 brilla al lado de Alfonso el Batallador en todas las grandes empresas guerreras y políticas, entre las más ilustres figuras de las dos coronas unidas, y descuella como nadie en el cerco de Mequinenza en ese año 1134, que suena fatidicamente en nuestras crónicas. El 17 de Julio el agareno Abengaría destruyó con horrible estrago el ejército navarro-aragonés de Alfonso el Batallador, en los alrededores de Fraga. Quedó anonadado por el desastre el monarca, y vagó errabundo y oscuro hasta el mes de Septiembre del mismo año, hasta que sucumbió en misteriosa sombra, dando lugar a que brotara sobre su muerte una serie de consejos y tenebrosas relaciones fantásticas, que no es del caso recoger en este lugar. La verdad es que murió en el mes citado; y consta indudablemente que vivía en Agosto de 1134, por un documento que se relaciona con el abuelo de D. Rodrigo. En esa fecha Alfonso el Batallador, estando sobre Lizana, despachó una carta de donación en favor de D.^a Toda, mujer de D. Pedro Tizón de Cadreita.

Con ocasión de la muerte del rey de Aragón y Navarra culminó la importancia y la autoridad del gran caballero Tizón. Sabido es que los navarros y aragoneses desecharon el descabellado testamento, por el cual Alfonso legaba sus dos coronas a las órdenes militares del Temple, de S. Juan de Jerusalén y del Santo Sepulcro. Entonces, Pedro de Atarés, el más poderoso magnate aragonés, al parecer de san-

(1) Hist. de España. Lib. X. C. XV. (2) Arigita. Cartulario de Fitero. p. 89. (3) Crónica de Enrique I.

gre real, Señor de Borja, más osado que nadie, se adelantó a pedir las dos coronas y valiéndose de sus partidarios, reunió Cortes en Borja, para que se las concedieran. Se le opuso con gran destreza el magnate navarro, D. Pedro Tizón, el cual era partidario de la legitimidad. Veamos cómo. Dice la Crónica de S. Juan de la Peña: «Muerto el rey Alfonso o perdido en la batalla, los reinos de Aragón y Navarra fincaron sin hereder o un año. Et por esto trataron et ordenaron que es leyessen por rey a D. Pedro Atarés... Señor de Borja... Et sabiendo D. Pedro Tizón de Caraceita, que D. Per Atarés era en el baño, otros dicen que la cabeza se lavaba, fue con los navarros para facer reverencia a D. Per Atarés, et los porteros como locos et de poco bien, lo que muytas veces les habían (solían) non demonstrando a D. Per Atarés, ni excusándolo en el acto, que estaba, de continen dizieron que non podían entrar a verlo, que ocupado era en affaires» (1)

Más completa y artística es la narración del nieto de Pedro Tizón, D. Rodrigo, que relata así el suceso de su abuelo: «Pero transcurridos muchos años y muertos los dos hermanos (2) sin prole, sobrevino la disensión entre los aragoneses; pues siendo, según dijimos, Ramiro monje y sacerdote, no podía hacer guerra como rey, ni administrar justicia, ni contraer matrimonio; de aquí que querían poner en lugar del rey difunto a un noble llamado Pedro de Atarés; más éste, portándose menos correctamente, comenzó a engreirse por su futuro nombramiento, y envaneciéndose no ya por la posesión de la cosa, sino de la esperanza de la misma, desdeñábase de los nobles. Por esto dos Magnates, a saber, Pedro Tizón de Cadreita y Pelegrín de Castillo Azuelo, nobles poderosos, que querían mantener la fidelidad a su Señor natural, apartaron a muchos de su primer intento, y procuraron con acelerada diligencia, que se sacara a Ramiro el Monje, de su monasterio. Pues como un día se reunieron en Borja de Aragón Cortes, para proclamar rey al predicho Pedro, y llegaran algunos magnates de Navarra, fueron estos recibidos menos comedidamente por los aragoneses, y saliendo Pedro Tizón a su encuentro, los acogió liberal y agradablemente; y sabiendo que Pedro Atarés estaba en el baño, a él los condujo a los mencionados magnates. Pero los porteros les cerraron la entrada. Se retiraron de allí en el acto, y después de comer, mudado el propósito, se marcharon con Pedro Tizón.

En aquellas Cortes, por manejos de los magnates, se impidió la proclamación de Pedro Atarés y se dilató la cosa para las Cortes de Monzón. Habiéndose vuelto a reunir las Cortes en Monzón, el voto de los más principales decidió que Ramiro el Monje sucediera a su hermano difunto; y sacándolo del monasterio, cerca de Huesca, lo sentaron en el trono» (3)

El Arzobispo declara muy claramente cómo Tizón, su antepasado, se aprovechó hábilmente de la presencia de sus paisanos, para hacer odiosa la hinchada arrogancia del pretendiente y abortar sus ambiciosos proyectos. En el relato aragonés que sin duda está inspirado en el de Don Rodrigo, hay que desechar la benévola idea de «fazer reverencia» con que ha intentado teñir el cronista, de color favorable al rudo magnate Pedro de Atarés.

Pero el caso es que los críticos aragoneses, desde el extremoso Traggia acá pretenden comúnmente que esta relación es una leyenda de origen navarro (4)

Para justificar los navarros su separación de Aragón y la proclamación de un príncipe suyo, nieto de Sancho el de Peñalen en rey propio, forjaron la fábula de las Cortes de Monzón, aprovechándose acaso de la circunstancia de que dicho

(1) Rincones de la Historia. 186. (2) Pedro I y Alfonso I que reinaron sucesivamente.

(3) Lib. VII. C. 2. (4) Ballesteros. Hist. de España. tom. II. C. 4. p. 335-337.

príncipe navarro era Señor de Monzón, cuando fueron a ofrecerle la corona de sus progenitores. El principal argumento de los aragoneses consiste en el hecho de que Ramiro se titulaba rey de Aragón en el mismo mes de la muerte de su hermano, Alfonso el Batallador, según resulta por la donación hecha a San Vitorián. Algunos críticos modernos niegan también los intentos de Pedro Atarés para escalar el trono aragonés, por cuanto dicho magnate aparece muy pronto como leal servidor del rey Monje, ya que éste le había confiado para 1135 el Señorío de Huesca, una de las primeras poblaciones fieles partidarias de Ramiro. Pero tan radicales soluciones son inadmisibles. Zurita (1) suscribió la versión navarra sin titubear, ni siquiera sospechar, que lo de Borja y Monzón pudieran ser invenciones navarras. Don Rodrigo, principal relator navarro y eco fiel de lo que referían sus compatriotas, no hace alusión a ningún pretendiente navarro ni aragonés en las Cortes de Borja. Hasta las de Monzón no suena el nombre del Infante navarro, Don García Ramírez, al que encuentran los navarros digno de entronizarle en el solio de su abuelo, y lo entronizan resueltamente con la oposición de los aragoneses. Para ejecutar esto y justificar su acto ¿qué les aprovechaba inventar las maniobras de Pedro Atarés en Borja y las Cortes de Monzón?. Les sobraba para ello desechar a Ramiro el Monje y alzar y reintegrar así en sus legítimos derechos al vástago directo de su propia dinastía, sin recurrir a esas invenciones; y eso urgía más, si es verdad que Ramiro reinaba ya en el primer mes en el Alto Aragón, desde Jaca. Por otra parte Don Rodrigo no podía referir seriamente de su abuelo una fábula semejante; pues tenía que estar enteradísimo, aún por tradición oral de la familia, de las circunstancias de la intervención de su propio abuelo en ocasión tan señalada y extraordinaria. En consecuencia es absurdo sostener que la relación de Don Rodrigo sobre los intentos de Pedro de Atarés sea conseja de origen navarro. Quizás sea una exageración el nombre pomposo de Cortes, que se ha dado a las reuniones de determinados partidarios en Borja y Monzón, pero su existencia no se puede negar. Se explica que, fracasados ya los intentos ambiciosos, el Señor de Borja, pasado algún tiempo, admitiera mercedes de Ramiro y pasara en 1135 a regir el Señorío de Huesca; tanto más, que urgía mucho agruparse alrededor del rey Monje, para oponerse al nuevo soberano navarro, que había sido su primer contrario, y ahora amenazaba marcialmente a los aragoneses. Es de notar también que Pedro Tizón desbarató las intrigas del Señor de Borja con el objeto de favorecer la proclamación de Ramiro, según se desprende de la lectura de la historia, y que no hay vestigio histórico de que directamente cooperara, a continuación, con los navarros, en la ejecución, del plan de proclamar rey al Infante navarro, como tampoco figura entre los partidarios del nuevo soberano aragonés. Debió seguir una conducta ambigua, después de quebrantar las ambiciones de Pedro Atarés. Porque luego se eclipsa y no le ve el historiador hasta 1135, en que aparece como partidario de Ramiro (2) Pero se eclipsa pronto nuevamente hasta 1140 en que reaparece bajo el pendón del rey de Navarra, combatiendo contra Aragón y Castilla (3) Es que al encender la guerra entre Aragón y Navarra, a raíz de la separación de las dos coronas, ni los aragoneses se fiaron de él, por ser extranjero, ni él se declaró francamente, y los navarros sólo le admitieron como militar seguro tras larga prueba, por haber seguido algún tiempo a Ramiro y haberle elevado al trono. Por fin optó por luchar por su propia patria. Era Señor de Caparroso en 1145, y en ese año hizo a San Raimundo de Fitero las celebradas y memorables donaciones, que tantas veces recuerda la historia.

(1) Anales. Lib. C. 52. (2) Zurita. Lib. I. C. 53. (3) Id. Lib. II. C. 3.

El documento de esas donaciones nos ofrece otro dato histórico interesante: que este preclaro varón tuvo varios hijos: así habla al principio: «Yo, Pedro Tizón, con mi mujer y nuestros hijos donamos a Dios.» Pero con certeza conocemos a uno solo, Jimeno Pérez. Mas fueron sin duda hijos suyos, Bartolomé de Rada y Martín de Rada, que llenan los anales de Navarra durante la última parte del siglo doce. Jimeno Pérez, que en los documentos reales se firma indistintamente Jimeno de Rada o Jimeno Pérez de Rada, figuró principalmente en la Corte de Navarra del año 1200 a 1210. (1)

Jimeno Pérez de Rada fué el padre dichoso de nuestro inmortal Don Rodrigo Jiménez de Rada. Noble y opulento, pidió la mano a una noble y piísima dama, hija de la esclarecida familia de los Finojosas, radicada en la comarca de Agreda, fronteriza a Navarra, hecha más a las costumbres de ésta que a Castilla, por haber pertenecido al reino vasconcico casi hasta aquella fecha, y todavía los monarcas navarros la miraban por suya, y apenas descubrían probabilidades de recuperarla lanzaban por ella las huestes en dirección de Almazán, como lo hacía el mismo Sancho el Fuerte hacia 1198, justamente, convencido de que no era de reconocer el expolio sufrido por su reino, mientras estaba unido a Aragón, época en que Alfonso VII de Castilla agregó a su corona aquella región de Soria.

Entre Gómara y Agreda está Finojosa, solar de D.^a Eva de Finojosa, madre de D. Rodrigo. Aún en el día confina con Navarra, y con Navarra tiene su vida principal. Ahora es necesario que descubramos el linaje materno del gran Arzobispo, tanto más que él se inclinó más ostensiblemente a la rama materna. Acaso porque de ella recibió el raudal de los tesoros del corazón y de la fantasía, por las efusiones de la madre y por la unción celestial de S. Martín de Finojosa, su tío, hermano de su madre, mientras que heredó de su padre las extraordinarias dotes de la inteligencia y de la briosisima voluntad, para escalar las cumbres de la ciencia y de las glorias guerreras.

Copiamos del reputado autor, Sánchez Casado, lo siguiente, respecto de la abuela materna del Arzobispo: «Por línea materna era la madre de D. Martín (y de Eva) hija, según se cree, de D. Fernando García de Hita, que era a su vez de D. García, príncipe de Navarra, y casado «con una hija de los Condes de Urgel, siendo «también por esta parte, pariente de Santo Domingo de Guzmán, por ser nieto de García Fernández de Navarra, primo «hermano de D.^a Sancha, pariente «también del V. Pedro Fernández, primer Maestre «de la Orden de Santiago, cuarto hijo de «Don Fernando y hermano por lo mismo «de su citada, madre» (2) Por su lado el sabio prócer historiador, Marqués de Cerralbo, escribe «(3) Arguleta es el único que «la llama Sancha Fernández (madre de D.^a «Eva) hija del gran señor Fernández «Garcez de Navarra, y según explicaciones «detalladas, que hace el P. Muniz en su «voluminosa obra «*Medula Cisterciense*» al tratar de San Martín de Finojosa, «sostiene que la madre del Arzobispo descendía «directamente del destronado rey de «Navarra, D. García, quien tuvo por hijo «primogénito Fernández Garcez, y éste fué padre «de Sancha Gómez, madre de D.^a Eva «y ésta de D. Rodrigo.

Como se ve, la abuela del Arzobispo procedía de la sangre real de Navarra y el abuelo materno era un héroe legendario de Castilla, del que corren fantásticas invenciones, que han brotado a la vera del camino de sus hazañas. Llamóse Miguel

(1) Hay muchas noticias del padre de Don Rodrigo en los Anales de Navarra y en el Archivo de Navarra, que por brevedad se dejan. (2) Elementos de la Hist. de España, tom. I. p. 654. nota 3. (Madrid 1892. Fué el único tomo que se editó). (3) Discursos. p. 36. Deben leerse los amplios pormenores, que allí hay sobre el linaje materno de Don Rodrigo. p. 35-41.

Hinojosa. De estos dos nobles consortes nacieron cuatro hijos. Dos varones y dos hembras, D. Munio, D. Martín, D.^a Eva y D.^a Teresa. El hermano mayor descolló por la elevación de sus sentimientos. De manos paternas recibió quebrantado el rico patrimonio de Deza, y habiéndolo restaurado con sus desvelos y esfuerzos extraordinarios, realizó el admirable rasgo de repartirlo entre sus dos hermanos, Martín y Teresa, excluyendo a la madre de D. Rodrigo, por lo que luego veremos. D. Martín es un ornamento de la Iglesia española, gran abad y gran Obispo, modelador del espíritu de su sobrino, D. Rodrigo, e insigne santo, venerado sobre los altares. Refiere Manrique, que D.^a Eva fué excluida en el reparto del pingüe patrimonio de Deza, porque antes había recibido más de lo que le correspondía, en la coyuntura de dar su mano al magnate navarro, *ultra sortem*. (1) Indicio claro de la opulencia de Jimeno de Rada, que reclamó tan crecida dote para hacerla partícipe de sus ricas posesiones; con lo que vino mayor quebranto a la fortuna de los Finojosas.

Qué circunstancias determinaran el principio de la unión de las dos familias no se puede asegurar. Verosímilmente se rozaron en la Corte de los reyes por razón de los intereses, que ambas tenían que tratar en ella.

El viajero, que cruza la ribera de Navarra, del sur al norte, al atravesar la vega de Marcilla y Caparros, ve por el costado de oriente una mole montañosa, que descuella extraordinariamente sobre todas las colinas y alturas, que se levantan en la dilatada región de Navarra y Aragón, que le circunda. Sobre su dominadora cumbre aparecen los lienzos de un milenario torreón, de sillares ulcerados por la carie de los siglos. Emergiendo por entre sus vetustas paredes se lanza al cielo una afilada espadaña, ostentando una arcada vacía, donde en lejanas edades, resonaron las notas ya alegres, ya pías, ya tristes, ya alarmantes del bronce, que hablaba a los habitantes vecinos. Con su aspecto de yerto esqueleto anuncia al pasajero, que a su sombra yace una población muerta. Si interrogáis al ribereño navarro por su nombre, os contestará con acento funerario: Ese es el «*Desolado de Rada*». Este es el famoso y memorable solar de D. Rodrigo Jiménez de Rada y de su estirpe. Desde aquí los Radas, durante más de medio millar de años, atalayaron la región más rica y ardiente de Navarra, y no pocas veces la defendieron de las incursiones de Aragón, que por el oriente derramaba sus soldados para hacer presa en las villas ribeñanas, y muchas veces también difundieron por ella incertidumbres, congojas, muertes y desolaciones, cuando soberbios y vengativos, hacían volar sus huestes por los pueblos y vegas, con el pretexto de defender intactos e incólumes los gloriosos cuarteles de su blasón y los pingües territorios de su opulencia; en fin, demasiadas veces sembraron en los pechos de sus propios soberanos las zozobras y los recelos de temores de deslealtad a su patria, por sus ademanes y tratos sospechosos con los reyes de Aragón y Castilla, como se verá en esta obra, si bien jamás llegaron a consumir actos tan infames; aunque no fueron siempre patriotas fervorosos todos los Radas. La misma posición privilegiada de aquel potente baluarte guerrero, sin rival en toda la playa de la Ribera navarra, daba aliento a tales posturas y audacias. Por eso infundía a los poderosos espanto y odio. Terrible fué la hora de las venganzas de éstos. Un famoso guerrero, D. Martín de Peralta, encarnizado caudillo de los agramonteses, tras prolongadas y furiosas luchas, en días de diabólicas pasiones, clavó sus garras fraticidas sobre sus almenas el año 1455, arrasó las doce moradas de hidalgos y las ocho de pecheros, destruyó los muros del castillo y calcinó todo con el fuego, excepto

(1) Annal. III. p. 157. n. 9. año 1.185.

el recinto sagrado, el templo dedicado a San Nicolás, que todavía permanece de pie, y que anualmente recibe, desde aquella fecha hasta nuestros días, la pia peregrinación, que de los pueblos limítrofes concurre para ofrendar al cielo plegarias de propiciación y alabanza. Postrer tributo de Navarra a la memoria de Rada.

Pero ya había dos siglos que no la poseían los descendientes de D. Rodrigo; porque los reyes de Navarra, la habían adquirido para la corona a los cincuenta años de la muerte de este su más grande hijo, en el momento en que se extinguía la línea varonil, con el fin de que aquel castillo y villa estratégicas no pasasen a manos de otros poderosos Señores, que pudieran llenar de temores y sobresaltos a la corona, y amenazar la tranquilidad y la libertad del reino. Desde entonces custodiaron a Rada gobernadores del Rey.

¿Nació en este castillo célebre D. Rodrigo Jiménez de Rada? Así lo creo yo, aunque no puedo presentar documento perentorio y terminante.

Procedamos con orden.

Acerca de este grande hombre existen en la historia siete afirmaciones ciertas y categóricas, incuestionables, grabadas a raíz de su muerte sobre su sepulcro, por los mismos monjes, que recibieron sus restos mortales y los depositaron en el mausoleo por ellos abierto, compuestas por el sencillo poeta Ricardo, coetáneo del mismo D. Rodrigo, según consta por las palabras escritas en el mismo lugar.

Las siete afirmaciones solemnes suenan a proverbio en los oídos de las eruditos y en la historia por el sonsonete, que les dió su autor,

Dice así:

Mater Navarra,
Nutrix Castella,
Toletum Sedes,
Parisiis studium,

Mors Rodanus,
Horta mausoleum,
Coelum requies
Nomen Rodericus

En primer lugar es claro y terminante, la patria de D. Rodrigo fué Navarra, y quien le nutrió Castilla. El mismo dió a entender veladamente en el prólogo a su obra magistral, hablando con S. Fernando, que no era castellano, al decirle que escribe la historia *«in proconium vestroę gentis» para gloria de vuestra nación*; si bien también llamó patria nuestra a Castilla, al dirigir a los castellanos un decreto de llamamiento a la fidelidad a su rey, a su reino y a la religión, cuando era súbdito del soberano de Castilla y su primer ministro, siendo Arzobispo de Toledo; lenguaje justo en quien era ya castellano por adopción, por educación y por el primer cargo civil y eclesiástico del reino, hacía muchos años.

Sin embargo conservó a su Navarra durante su vida un amor hondo y practico, hasta el punto de ser considerado por ello, como demasiado apasionado en la distribución de las prebendas de su Iglesia a favor de sus paisanos; y frecuentó sus visitas y trato íntimo con los soberanos de su tierra natal, y ejecutó otros actos muy significativos de ese afecto, que se narrarán a su tiempo.

En el siglo XVI, el sabio P. Estrada escribió la noticia biográfica de la vida del Arzobispo, extractando los manuscritos referentes al mismo, que se conservaban en su cenobio de Huerta, según lo declara, y que se quemaron años después en un gran incendio de la Biblioteca; y de los mismos sacó que era *«de la muy clara sangre de Navarra»*. Esta segunda fuente de informes sobre la patria de D. Rodrigo en la misma casa, demuestra que los manuscritos quemados atestiguaban más de lo que los monjes habían escrito sobre la tumba del Arzobispo. Porque de ellas sacó el P. Estrada, además de que Jiménez de Rada era de Navarra (lo único que dice el epitafio) que procedía de la *muy ilustre sangre* de la misma tierra. Sin

duda, porque en los citados escritos se daban explicaciones de la familia esclarecida de los Radas de Navarra.

Desde luego testimonios más fuertes y concluyentes que estos dos, del sepulcro y del Archivo-biblioteca de Huerta no se pueden pedir acerca de la patria de Don Rodrigo. Porque son públicos, coetáneos y de un origen intachablemente fidedigno. Porque los religiosos cistercienses, que pertenecían a Castilla, y por lo mismo amantes de las glorias del reino, a que pertenecían, consignaron imparcial y verídicamente sobre el mausoleo, erigido en su iglesia, y en los pergaminos de su biblioteca lo que era una verdad notoria y universalmente difundida, y para honra de Castilla también consignan fielmente la parte, que en la formación del varón eximio tuvo, diciendo que Castilla le alimentó, *Nutrix Castella*. ¡Con cuánta mayor satisfacción hubieran estampado *Mater Castella*, en loor de su país, si la verdad innegable y manifiesta no hubiera sido *Mater Navarra*.

En este punto las noticias de Toledo son idénticas a las de Huerta. El docto Juan Bautista Pérez, Obispo de Segorbe, oráculo de los mayores eruditos del siglo XVI, escudriñador fidelísimo y sagaz del Archivo de Toledo, como Archivero de la Iglesia Primada, de cuyas investigaciones se aprovechó el famoso Juan de Mariana, dejó escrito en su obra inédita, pero muy explotada, titulada «*Arzobispos de Toledo*» estas palabras, acerca de la patria de nuestro héroe: «Llamóse Don Rodrigo Jiménez de Rada, de *Puente de Rada* (1) se dice en los papeles viejos. En Navarra hay Puente la Reina y Puente la Rada. Hoc ultimum veró similis. Así me lo dijo Rades de Andrade». Mariana volvió a examinar esos papeles y comprobó lo mismo, como lo declara en el libro undécimo, capítulo veintiuno, de su Historia de España, añadiendo que por ellos consta que D. Rodrigo era navarro y natural de Puente la Rada. Porreño, casi coetáneo de los mencionados escritores, autor de la «Historia de los Arzobispos» (2) miembro del cabildo de Toledo, que escribió su excelente y voluminosa obra, tomando los datos de los documentos del Archivo y Biblioteca de la Iglesia Primada, dice sin vacilar: «Nació en Puente la Rada en Navarra». Por desgracia los papeles, tan importantes, utilizados por estos tres historiadores, han desaparecido del Archivo toledano. Pero en Toledo no se ha hecho otra cosa que repetir lo que allí constaba, por todos los autores, que se han ocupado de D. Rodrigo. El voto de las más autorizadas noticias sobre la patria de Jiménez de Rada no puede ser más fuerte y uniforme; y no existe dato ninguno en contrario o ambiguo sentido, que pueda permitir que se plantee sobre ello una duda atendible, o una discusión aceptable. No existen ni las más leves indiciaciones en otro sentido. Ahí están todos los datos, y esos son uniformes y claros. Por eso, hasta que llegó el siglo de las exaltaciones patriotas y de las consiguientes fantásticas cavilaciones y de las invenciones patrañeras, calcadas en puras apariencias y en agudezas sofisticas, no lanzó nadie en las páginas de la historia, ninguna palabra de duda acerca de ese punto tan inconcuso e indudable. Mas en ese siglo, que es el diez y siete, tan bochornoso para la historia española, en que se inventaron y falsificaron Santos y otras glorias, para halagar ciudades y comarcas y provincias civiles y eclesiásticas más conspicuas, hubo escritores que, con el fin de glorificar la comarca soriana, de donde era oriunda la madre de D. Rodrigo, encontraron camino, no para adjudicarle la gloria de ser su patria sino siquiera alguna duda de que pudo serlo. El camino fué el no ver en los documentos y noticias taxativamente expresado el término de que *nació* en Navarra.

(1) Castejón y Fonseca lo transformó en Puentelarrá Part. IV. c. 7. Idem Cabanilles. Lib. IV. C. X.

(2) Se halla inédita en Toledo.—Vide fol. 137.

Si no se dice el *nació*, y por otra parte su madre procedía de aquella comarca, ¿no era posible que allí naciera, sin que hubiera de hacerse caso al hecho histórico de que esa señora estaba completamente separada de su familia, y que fué la única, que no recibió parte alguna de la herencia restaurada por su hermano, por haber llevado antes con exceso al palacio de los Radas la dote, que se le exigiera para emparentarse con el hijo de Pedro Tizón de Cadreira? Y si era posible un nacimiento circunstancial así, ¿por qué no dudar de que eso sucedió, y al menos de esta manera llegar a escribir, que el Arzobispo, aunque navarro por patria indiscutiblemente, pudo haber nacido en la región de Soria? Así se hizo en ese siglo, y se empezó a escribir por oscuros autores, que era probable que naciera allí.

Núñez de Castro, excelente cronista de Alfonso VIII, amante acendrado de las glorias de Castilla, prestando atención a esas aéreas divagaciones, muy halagüeñas a sus inclinaciones, les contestó de esta manera:

«Fué el Arzobispo D. Rodrigo de noble familia. Algunos le hacen de Puente la Rada en el obispado de Osma, otros de Puente la Reina en Navarra. Ni lo uno ni lo otro tengo por cierto. Porque en el obispado de Osma no hay ni ha habido lugar con título de Puente la Rada; ni en Puente la Reina, se han conocido los de este apellido. Lo que tengo por constante es que fué natural del reino de Navarra y el apellido es una de las principalísimas casas de aquel reino y como tal incluída en las doce capitales.» (1) Lo que le faltó añadir aquí a Núñez de Castro es que en Navarra existe lo que no había en el obispado de Osma, es decir, Rada, aunque asolado, situado en el montecillo más alto de la Ribera, y que indudablemente a ese Rada se refiere la indicación de los papeles del Archivo de Toledo. Pero precisamente, porque estaba asolado, no se hallaba en el número de los pueblos; y como no existía el inventario completo de pueblos desaparecidos, que lo hiciera conocer a los eruditos, a nadie se le ocurría señalar el Rada, que le correspondía, y explicar así, como requería la verdad, lo que se encontraba en los documentos auténticos de la Sede de Toledo.

Mas un reparo se nos sale al paso. ¿De dónde viene ese *Puente* antepuesto a Rada que los primeros investigadores leyeron en los papeles viejos, y lo divulgaron? ¿No se explica mejor diciendo que ese Rada es Reina, y que interpretaron mal los documentos, y que por lo tanto el Arzobispo nació en Navarra, pero en Puente la Reina, conforme sostiene hoy la opinión general? En efecto esa es la opinión actual de los biógrafos de Jiménez de Rada.

La llama «más probable» el más copioso y entusiasta investigador de su vida en el pasado siglo (2), porque la ve profesada por el Cardenal Lorenzana y otros más modernos con Amador de los Ríos, (3) y en Puente la Reina se enseña una casa como natal del Arzobispo, un cuadro al óleo, en la sacristía, representándole como Cardenal, con una inscripción honorífica, que evoca sus mayores hazañas, y se alega la creencia inmemorial de los hijos de aquella ilustre villa, de que allí nació tan grande hijo de Navarra. Sin embargo, tropezamos con graves inconvenientes, que desvirtúan tales razones. En Puente la Reina no hay rastro de noticias en el Archivo acerca del Arzobispo, ni acerca del paso de la noble familia de los Radas, desempeñando algún cargo civil, única causa por la cual podía hallar-

(1) Corónica... ut supra. (2) Vicente de la Fuente.—Hist. Eccl. II. Lib. II. 224. Ciertamente nadie ha trabajado con más cariño ni con tanto éxito como este historiador reiteradas veces en el descubrimiento y divulgación de los hechos de D. Rodrigo. Compuso el hermoso *Elogio*, que leyó ante la Academia de la Historia, y publicó un rico y precioso tesoro de Apéndices en el *Elogio*. Añadió nuevas y apreciables noticias en sus dos ediciones de la Historia Eccl., sobre todo en la segunda. En el Boletín de la Academia publicó dos Actas de visitas al sepulcro del Arzobispo. (3) Hist. Criti. de la Lit. española III p. 413.



se en aquella villa la mencionada familia; nada tampoco se dice sobre esto en los Anales y cartas reales de la corte de Navarra.

El cuadro es de la segunda parte del siglo diez y siete o primera del diez y ocho, y parece, que sucedió a la opinión, que se debió generalizar no mucho antes; lo de la casa no tiene valor, porque parece más moderna; y la creencia de la villa no se ve que se remontara más allá del siglo XVII. En todo caso no hay indicios. Por otro lado más creo que se ha de explicar dentro de los hechos ciertos de la historia lo de Puente, que no transformar Rada en Reina. Y ahora lamento más la pérdida de los papeles, que escrutó Juan Bautista Pérez. Pienso que por ventura lo que leyó *Pontis* era *montis*; (1) por serlo así el alto de Rada. Sin embargo la misma situación topográfica nos induce todavía más fuertemente a sostener que la lectura de los citados autores es exacta y que hay que admitirla. Rada está separado del interior de Navarra al norte y occidente por el río Aragón, que allá en lo profundo se desliza hacia el Ebro. Es seguro que tenía comunicación por un puente propio, que igualmente hubo de ser destruido con ocasión de la vandálica destrucción de la villa. Y muy natural es que hubiera costumbre de nombrar a Rada con alusión antepuesta al Puente, en la época de la vida de Rodrigo Jiménez de Rada, y así se registró en los escritos.

Entre los autores graves quien dió momentáneamente cierta importancia al modo de discurrir de los que supusieron que Rodrigo pudo nacer en la comarca de Soria, fué Loperráez, el cual llevó el rumor corriente de entonces a su libro con un «dicen, que nació en tierra de Soria» pero enseguida lo rechaza así: «Según opinión común nació en Navarra» (2)

Quizás se alegue en favor de Puente la Reina el hecho de que el Arzobispo hablaba el vascuence o *navarro* como dicen los documentos. Pues de Puente la Reina se sabe que era su lengua. Nada concluye. También lo era de Rada. El navarro o vascuence era, según Sancho el Sabio, la lengua nacional, pues le llamaba «*lingua navarreorum*» Aun en el siglo XVII después de la venida de los Borbones a España, lo era de la parte superior de la Merindad de Olite, a la que Rada pertenecía. (3) El mismo Rada es voz vasca. Por lo demás reconozco que el argumento negativo, que he sacado en contra de Puente la Reina, no es perentorio. Pudo el padre D. Rodrigo ser algún tiempo Señor de esa villa, de encargo del rey, y no tener ocasión de firmar cartas reales en ese tiempo y nacer allí entonces nuestro hombre inmortal. Lo que es imposible resistir es la lectura de Pérez, Mariana y otros, que nos conservan las noticias sacadas de los documentos de Toledo, en que aparecía Rada.

(1) En letra gótica, en particular la *p* y *m* pueden escribirse en muy confundibles formas.

(2) Ese «dicen» ejerció singular sujeción en Vicente de la Fuente, que muchas veces muestra lo que le cuesta ceder paladinamente tan grande gloria a Navarra; sin duda bajo el influjo de la rivalidad histórica de los aragoneses y navarros. En el Elogio parece que hay por de pronto intento de dar la impresión de que es aragonés, y apartar la vista de Navarra, al decir: «Nacido al pie de Sobrarbe oriundo de Castilla, su patria adoptiva» Es cierto que después copia el verso conocido y dice que era navarro. En la primera edición de la *Historia*, solo escribe que en las Navas «con su ardiente sangre navarra movia la pelea» En la segunda edición carga mucho sobre el «dicen» de Loperráez, sin dar argumentos; aunque termina así «según opinión más probable es navarro y nació en Puente la Reina» (Tom. V. 228.) Escribe también el error de que sus padres, eran oriundos de Castilla. En Zurita veía lo contrario. ¿Qué le pasaría al hombre?

(3) Nobiliario de Val de Orba por Elorza y Rada. Prólogo.

CAPÍTULO II

(1170—1202).

Niñez de Rodrigo.—Sus estudios en España.—San Martín de Finojosa, su tío.—Estudios de Jiménez de Rada en Italia y Francia.—Extensión de conocimientos que adquiere.

El mejor historiador de la Iglesia de España, llamando la atención acerca de la semejanza, que existe entre D. Rodrigo y el gran Lotario, que la Historia ensalza con el nombre de Inocencio III, escribe así: «Al lado de este gran Pontífice se levanta en España, pura y radiante, la gran figura del Prelado de Toledo, D. Rodrigo Jiménez de Rada, primer historiador de España, también Obispo a la edad de treinta años, y, siendo diácono, noble trasunto del gran Papa Inocencio, de quien fué amigo y panegirista.» (1) Y adviértase, que esta semejanza aparece hasta en la obscuridad en que se ocultan los primeros años de ambos personajes. De Inocencio III se ignora el año del nacimiento; y de sus estudios, se sabe solamente que los inició en Roma y los terminó en París.

En primer lugar también ignoramos el año del nacimiento de D. Rodrigo. Unos, con el Cardenal Lorenzana y Vicente de la Fuente, creen que nació hacia 1180; otros, con Cerralbo, Cejador y Altamira, que hacia 1170, en el mismo año, que su glorioso pariente Santo Domingo de Guzmán. Lo que se puede asegurar con certeza es que vino al mundo en el decenio del año 1170 a 1180, como se deduce de la siguiente observación, y en todo caso, antes de 1180.

Tenía establecido el tercer Concilio Lateranense, (2) habido en 1175, que a nadie se promoviera al episcopado antes de los treinta años. Luego en 1206, cuando los electores no encontraron obstáculo alguno para investirle de la dignidad episcopal de Osma, y en 1208 para elevarlo a la arzobispal de Toledo, ya había llegado a los años, que tan reciente cánón en absoluto señalaba. Hay más. Nos dice el mismo Rodrigo que vió al inclito iniciador de la Orden de Calatrava, el valeroso castellano Diego Velázquez, (3) y murió este inspirador de San Raimundo de Fitero en 1194, alguno dice que dos años después. (4) Más convincente es todavía otro argumento, que sin intención alguna nos proporciona el mismo Arzobispo. Sabido es cómo el restaurador del reino de Navarra contrajo segundas nupcias con Doña Urraca, hija de Alfonso VII de Castilla. El buen rey García murió en 1150, dejando en la plenitud de la vida a su segunda mujer, la cual quedó sin hijos, y pronto

(1) Vicente de la Fuente.—Historia Eccl. tom. IV. p. 228. (ed. 2.) (2) P. Richard.—Concilios Generales y Particulares.—Siglo XII. año 1173. (3) «De rebus». Quem memini me vidisse. (4) De la Fuente.—Hist. tom. IV. p. 295 (edic. 2.ª.)

abandonó a Navarra, para entregar su mano al noble y opulento Señor, Alvaro Rodríguez; y finó esa señora el año 1170. Don Rodrigo escribe de esa ex-reina de Navarra, «y me alcanzaron sus días». (1)

Conservó D. Rodrigo el nombre de su padre, al estilo de aquella era, llamándose *Rodericus Simoni*, como se ve en el testamento, que estando enfermo en París, otorgó. Véase claro, que Jimeno y Ximeno proceden de Simón o Simeón. Y vemos en los documentos cómo el padre del Arzobispo se firmaba *Semen de Rada*. «Bartolomeo de Rada, fijo que fué de Semen de Rada» (2) Otras veces se firmaba *Eximeno de Rada*. (3) Por eso los autores extranjeros le llamaron en latín, a D. Rodrigo, *Semeno*. Así Auberto Mireo (4) y Juan Alberto Fabricio. (5) Extraña es la evolución de Simón en Ximénez y Jiménez y no atina uno a que fenómeno fonético obedece.

No fué D. Rodrigo un vástago gigantesco, que agotara el vigor de su afortunada familia: vivió sus primeros años en el bullicio de otros hermanos, que dieron su nombre a la posteridad. Asombra la ignorancia y la confusión, que durante tantos siglos ha existido, archivándose, como se archivan, datos claros y copiosos. Todo lo que supo Mariana acerca de esto, lo expresó así: «Tuvo por hermana a doña Guiomar de Rada, por sobrino a D. Gil de Rada, a quien el mismo dió la tenencia de algunos castillos» (6) y a pesar de mencionar la famosa fundación de misas en beneficio de su familia, lo mismo que Garibay, no reparó en aquella cláusula terminante: «Establecemos otra capellanía por las almas del padre y de la madre y por mis *hermanos y hermanas*, que procedieron del seno de mi madre» (7) Los demás historiadores no han investigado más, y nadie ha dado otras noticias de los hermanos del Arzobispo.

Tres hermanos aparecen en el importantísimo convenio, que Teobaldo I celebró con uno de ellos el año 1238 (8). El que pacta con el rey es Bartolomé Jiménez de Rada, y hablando con el rey descubre de esta manera los nombres de sus dos hermanos: «Et mi hermano Bartolomé Seménez, qui las casas (de Rada) tiene en fidelidad por vos et por mí, que vos libre (entregue) quietament» Después de dos frases sigue así: «que si D. Bartolomé Seménez mi hermano, deviniesse (faltase) Miguel Siménez, mi hermano deviniesse...», (9) Aquí están tres hermanos de D. Rodrigo. De otro cuarto consta por la carta de venta de sus bienes, que María, hermana de D. Rodrigo, otorgó en 1211 en Burgos. Llamábase Pedro Jiménez, que murió en Tierra Santa, (que eso significaba entonces el *ultramare*.) No sabemos qué aventura le llevó a aquellas regiones; pero puede creerse que la de las cruzadas. Exigió Sancho el Fuerte de Navarra a D. Bartolomé la escritura de homenaje, porque llevaba una conducta ambigua y poco ejemplar, como patriota, inspirando recelos de que quería pasar a otro soberano con su Castillo de Rada. Por eso Sancho el Fuerte de Navarra le requirió que pactase homenaje de fidelidad, y lo hizo el 23 de marzo de 1222 noblemente, como era su deber: «Bartolomé de Rada hijo que fué de Semen de Rada devino vasayllo del rey Sancho de Navarra e hizo conveniencias» (10) dice un documento antiquísimo.

Y ¿qué significa la cláusula restrictiva de D. Rodrigo, que en su documento escribe: «*qui de matris meæ utero processerunt*» (que procedieron del seno de mi madre)? Sugiere la idea de que debía tener otros hermanos no uterinos, pero sí procedentes de su padre, acaso de distinto matrimonio, quizás de otro modo, se-

(1) De rebus. V c. 24 «et me sua tempora invenerunt.» (2) Arigita—Documentos... n.º 497. p. 342. (3) Vide. El Fuero de Tafalla. (4) Auctar. de Script. c. 392. (5) Bibli. Med. et infimæ latinic c. 17 (6) Hist. XI c. 21. (7) Vid. Ap. LXII. (8) A su tiempo veremos todo lo que fué. (9) *Cartulario de Teobaldo*. p. 37 y 38. (10) Arigita Documentos. p. 342.

gún las facilidades, que daban las anchas tragaderas del fuero navarro a los nobles menos castos, tolerándoles uniones reprobadas por la moral cristiana.

De matrimonio posterior no puede ser; porque en la fundación de misas, en 1215, D. Rodrigo menciona a su padre y madre como difuntos, y en 1211, en la carta de venta de su hermana María, se habla de ellos, como vivos, y por lo tanto, si D. Jimeno tuvo varias mujeres legítimas, y procreó de ellas, la última de ellas fué doña Eva, madre de D. Rodrigo. Y ¿qué eran aquellas tres Señoras, D.^a María, D.^a Urraca y D.^a Gracia, cuya heredad donó el Arzobispo al monasterio de Fitero el año 1214, y a las que llama hermanas, *sororibus*?

Algún tiempo creí que eran hermanas del Arzobispo: pero bien estudiada la frase (*hoereditas quæ fuit Dœ. Maria et Dœ. Urraca et Gratice, sororibus*) cesa la ilusión. Dice simplemente hermanas, pero no añade mías, (meis). Además esa doña Urraca parece ser que es aquélla Urraca de Rada, que en 1147 donó bienes a San Raimundo de Fitero, y hermanas suyas María y Gracia, y tías de D. Rodrigo, de las que heredó esos bienes, que donó al Monasterio de Fitero, para costear las magníficas fábricas que el Arzobispo construyó para los cistercienses en la villa riberana, y son hoy su mejor ornamento. Esto opinamos; pero confesando que también puede ser que fueran hermanas de D. Rodrigo; de forma que María fuera la monja de Burgos, y Urraca y Gracia, hermanas de ella; y que a las tres compró toda la heredad con el fin de donársela íntegra al monasterio fiterano. En este caso la Urraca de Rada de 1170 era distinta de la Urraca de que se habla aquí.

Moret adjudicóle otro hermano diciendo: «El Maestro Bibiano sucedió en el Obispado de Calahorra a D. López de Cadreita, caballero navarro, y en cuanto podemos entender, hermano del Arzobispo D. Rodrigo Jiménez» (1). Esto es una equivocación del analista navarro, proveniente de ese toponímico «de Cadreita». Pero basta fijarse en ese López para caer en la cuenta de que es hijo de Lope y no de Jimeno, ese caballero navarro, que fué Obispo de Calahorra desde el año 1232 adelante, llamándose Lope Aznar, sin añadir lo de Cadreita. Fué varón de relevantes prendas, y se relacionó mucho con nuestro Arzobispo, como ya explicaremos.

Fué por lo tanto D. Rodrigo, hijo de una numerosa familia. Es imposible determinar qué lugar ocupa en el orden de los nacimientos de la misma. Si fué de los últimos, sus padres alcanzaron una venerable ancianidad; puesto que murieron cuando D. Rodrigo pasaba de los cuarenta años, en 1212, o en 1213.

Al compás del estruendo y zozobras de las guerras se mecía la cuna del futuro salvador de España. La equivocada política del más grande monarca de los navarros preparó a la patria de D. Rodrigo dos centurias de guerras cruentas; y la época del nacimiento y juventud del héroe que estudiamos, fué la más recia y angustiosa.

Sancho el Mayor creó los reinos de Castilla y Aragón para coronar las frentes de sus hijos, Fernando y Ramiro, con la diadema real. Brotaron envidias y rivalidades entre los hermanos, y se guerreó sañudamente largos años, hasta que por el crimen de los Infantes navarros, perdiendo su rey, los navarros proclamaron por suyo al de Aragón. Pero el desacertado testamento de Alfonso el Batallador les movió otra vez a recoger la corona real y colocarla en la cabeza de un Infante heróico, D. García, nieto del precipitado de la Peña de Funes, mientras que los aragoneses, guiados por la influencia y hábil política del abuelo de D. Rodrigo, Pedro Tizón, proclamaban por rey suyo a Ramiro el Monje. Aquel día alboró el siglo más sangriento para Navarra. Digno de notarse, todo el siglo (1134 1234) ocupa-

(1) Lib. XXII. c. 3. n. 17

ron el trono navarro tres héroes coronados, García el Restaurador, Sancho el Sabio y Sancho el Fuerte. Aragón y Castilla se unieron con estrechos y reiterados pactos para arrojar del trono al rey y dividirse a Navarra: «pacto de partición de la túnica del justo» dice un historiador insigne de Castilla, el Ilustrísimo Prudencio Sandoval; pero pacto frustrado, porque dice de su parte el Príncipe de los historiadores castellanos, Mariana «repartían la caza antes de haberla apresado». Los tres reyes tuvieron que luchar cien veces desesperadamente contra los dos reinos coaligados, que a la vez acometían las fronteras navarras. La lucha ardió más titánica en el apogeo de la estirpe de los Radas, pues, como caudillos bravos de la independencia, se batieron al lado de sus reyes.

En los primeros años de la vida de Rodrigo, la presión de las armas de Aragón y Castilla fué terrible; y Sancho el Sabio, monarca ingenioso, lo expresó de esta manera, según cuenta Sandoval. «Tomó el rey don Sancho por divisa, aludiendo a los dos reyes enemigos, que le querían tragar el reino, una banda de oro en campo colorado, con dos leones que la tragaban, asiendo por los cabos la banda: queriendo decir en esto que así le querían los príncipes tragar el reino pequeño, si bien de oro en el valor y nobleza de los naturales y fertilidad de la tierra». (1)

Mientras así corría el padre del niño Rodrigo, de campaña en campaña, y de batalla en batalla, regresando a temporadas en compañía de los demás Radas a su familia, a descansar de sus hazañas, y a narrar las acciones y peripecias de la guerra, el nuevo vástago fué creciendo al tenor de los años, saturándose su espíritu en aquella atmósfera de valor y de bélicas empresas, que dieron a su ánimo aquel temple y genio guerreros de primer orden.

Pero esta atmósfera de táctica militar y narraciones bélicas de los héroes de su casa no determinaron rutinariamente la carrera del niño Rodrigo. Dejando la de su padre y abuelo, se lanzó por la de las letras, que en aquella edad no lograban, en las casas de alcurnia, el alto honor que siempre merecen, por ser el primer timbre del espíritu humano la aureola de la sabiduría.

La Providencia, que ciertamente enviaba a España a este niño con fines altísimos, le deparó un ambiente propicio para que germinara en su inteligencia el amor de las letras, y se desarrollara con exuberancia.

El rey, en cuya corte vivía su padre, y a quien Rodrigo «conocía» (2) y trató, era un amante de la ciencia, el primer soberano, que en España mereció el sobrenombre de Sabio. La primera autoridad eclesiástica, estaba en manos del sabio Obispo, Pedro de París, hijo de Artajona, enamorado de los hombres cultos, varón señalado por su sabiduría. Rozándose, como a la fuerza se rozó, por seguir la familia Rada la vida de la corte navarra, con este elemento tan adecuado, el joven Rodrigo, nacido para escalar la cima de la más alta cultura, no es extraño, que se decidiera, como se decidió, a emprender la carrera de las letras.

¿Dónde hizo D. Rodrigo los estudios? Distingamos. Ya sabemos dónde adquirió la cultura superior, que en aquella edad adquirirían los que, después de poseer todo lo que necesitaban para desempeñar dignamente los ministerios eclesiásticos de todas las jerarquías de la Iglesia, (ilustración común, que el clero español alcanzaba en su país) aspiraban a profundizar y ampliar más singularmente los estudios superiores. Pues era costumbre entonces acudir a sabias Universidades extranjeras con ese objeto, como lo hizo Inocencio III a los veinte años, lo hizo San Raimundo de Peñafort en 1210, e hicieron San Juan de Mata, Alejandro de Alés,

(1) Catálogo, p. 85. col. 1.^a (2) Moret. Anales Lib. XIX c. 1. n. 1.

San Buenaventura y otros mil. Sabemos dónde completó Rodrigo sus estudios de alta cultura, mas ¿dónde cursó los estudios anteriores?

Varios biógrafos de D. Rodrigo han escrito que hizo los primeros estudios bajo la dirección de su santo tío, el glorioso San Martín de Hinojosa (1). Muchas veces hemos evocado el nombre de este astro bienhechor del joven navarro, de cuya veneración hacia el Obispo de Sigüenza se expresa así un analista:

«Rodrigo Ximénez, joven lleno de toda clase de doctrina, piedad, y de ánimo valeroso y esperanza pública de la nación, al cual ya los reyes y príncipes le recibían y todos lo apreciaban como presagio de grandezas futuras, más de lo que la edad consentía, veneraba a Martín desde la infancia.» (2) A fin de que se comprenda cómo se debe esta veneración de D. Rodrigo, y por ser la biografía del Santo tutelar una página tierna y aromática de santidad de la hagiografía cristiana, que reclama un lugar en la vida de D. Rodrigo, sucintamente la narraremos aquí:

«Nació S. Martín en 1140, en ignorada patria, (3) y cuando tiene el Sto. 18 años, ve a su madre abrumada de dos fieras calamidades. Queda en desolada viudez por la muerte de su marido, Miguel Muñoz de Finojosa, y mientras vierte lágrimas sobre su cadáver, el Concejo de Soria asuela despiadadamente su rico patrimonio de Deza. La rodean cuatro hijos, Munio, Martín, Teresa y Eva, a los que tiene que educar sin el brazo de su consorte y con mermada fortuna (4) Con ellos se alejó a un pueblecillo del Señorío de Molina de Aragón, diócesis de Sigüenza, donde el Señor le proporcionó un consuelo celestial. Su hijo Martín descubrió a su madre su vocación a la vida de santidad y la piadosa abuela de D. Rodrigo realizó uno de los actos más patéticos y admirables que se leen en las vidas de los Santos, y que retrata su alma.

Reunió en su casa de Oter de Salas varios testigos, y en su presencia leyó así: «Yo, mujer de Miguel Sánchez Muñoz de Finojosa, dono a Dios y a la Virgen María de Cántabos, al Señor Abad Blas y sus sucesores, y a la Orden cisterciense, mi hijo Martín, para que siempre sirva a Dios y a los Santos, según la regla de San Benito... por sus delitos y míos y de todos sus parientes» Y luego dona al monasterio muchos bienes. (5)

San Martín estuvo en Cántabos cuatro años educándose. En 1162 se fundó Huerta y allí creció en toda clase de virtudes, y descolló como insigne Abad, de sólo 26 años. Alfonso VIII de Castilla se enamoró de él y colmó de donaciones a su Abadía. Se le sublimó en 1186 a la Sede de Sigüenza, que rigió con maravilloso tino seis años, al cabo de los cuales, la renunció, y volvió a su cara Santa María de Huerta. Si D. Rodrigo estudió bajo los auspicios de este su santo tío, no pudo ser en Huerta, donde no se admitían escolares, como en Cántabos, dicen algunos autores. Acaso fué durante el tiempo en que San Martín gobernó su Obispado, época que armoniza con los años de los estudios de su sobrino en España. Por lo demás creo que el monje Ricardo, autor de los epitafios de San Martín y de D. Rodrigo, hubiera aludido a sus estudios en Huerta, si allí se hubiera formado intelectualmente antes

(1) Moreno Cebada.—Hist. de la Iglesia. sigl. XIII. (2) Manrique.—Anal. III. Lib. II. p. 102.

(3) Minguella.—Hist. de Sigüenza I páginas 145-165.—Allí hay amplias noticias. (4) Sobre el sepulcro de D.^a Sancha Gómez, madre de San Martín y abuela materna de D. Rodrigo, construido por los monjes en el monasterio de Huerta, se leen estas noticias de Miguel Muñoz de Finojosa: «En esta sepultura yace la muy generosa Señora Doña Sancha Gómez... la qual, quedando viuda por la muerte del noble caballero Miguel Muñoz de Finojosa que en tiempo del emperador Don Alonso le mataron los moros, habiendo hecho muy señaladas hazañas en guerra... (La Fuente. Elogio. p. 44.) (5) Léase todo el documento en Manrique «Santoral y Dominical Cister. Lib. II. c. 3, que lo copia del *Lib. priv. Hortae*. Gil González Dávila.—Teatro de Sigüenza. c. VI.

de pasar al extranjero; pues era esto un timbre de gloria. Tengo por más verosímil que nuestro generoso joven navarro hizo sus estudios en Navarra, bajo la dependencia de aquel sabio Prelado, Pedro de Artajona, que por su brillante carrera y enseñanza en París, y como Obispo de Pamplona, dejó memoria imperecedera por sus grandes obras de celo. (1)

El celebrado analista Manrique, al llegar en sus Anales al año 1181 habla de esta manera acerca de D. Rodrigo: «Se ha de recordar ante todo al Vasco insigne, Rodrigo Jiménez, porque se presentaba entonces como la mayor lumbrera de nuestra Castilla,... Pues, ya en este primer año, descubrió no vulgares muestras del amor y piedad, que particularmente tenía a los monjes de Huerta, y muchísimo a Martín... Movido él de la caridad, que a los monjes de Huerta le ardía en el pecho, y de la piedad hacia Martín, seguro de que agradaría a Alfonso, con aplauso de los magnates, se impuso la obligación de construir la nueva fábrica, comprometiéndose por pacto a terminarla con su industria, abonando los gastos, que excedieran, mas reservándose el derecho de escoger a un monje, por cuyo medio la ejecutara. Cuando yo era joven oí a muchos ancianos asegurar que habían visto y leído el instrumento de este pacto. Más aún, aseguraban, que, unos cuarenta años antes, al derribarse las paredes para una nueva fábrica, se había encontrado, debajo de una piedra, una caja de plomo, llena de monedas de oro y plata, y un pergamino roído, pero escrito, que atestiguaba que la construcción del edificio se había iniciado en la era MCCXXIX, esto es, en 1191 y que había terminado en la era MCCXXXI, es decir, el año 1193, en tiempo que era Abad Martín, por las diligencias de Rodrigo Jiménez. En verdad argumento poderoso de la veneración y piedad hacia Martín y los monjes de Huerta, que encendían a varón tan grande. A no ser que prefieras atribuirlo al favor del rey, que inclina a do quiere los corazones de los cortesanos.»

Hecho tan notable de Rodrigo lo he narrado aquí por seguir al analista cisterciense, y por otra parte, por no tener pista segura para precisar la fecha exacta del suceso. Es clarísimo que mucho después ocurrió el caso. Creo que faltan ahí dos XX más. Así resultaría que contrajo la obligación hacia el año 1211, y dos años después terminó la fábrica, en vida de San Martín.

Don Rodrigo hubo de terminar sus estudios de España hacia 1195, y luego ejecutó la resolución de pasar al extranjero para adquirir los más amplios y más profundos conocimientos que entonces se podían alcanzar en las ciencias humanas y divinas. La más noble y alta de las humanas es la filosofía, y era enseñada entonces en toda su extensión en Bolonia, única ciudad europea, en que brillaban Maestros y escritores de Derecho de fama universal, descollando entre ellos los sabios españoles, como lo hacen ver, entre otros, los nombres siguientes: Bernardo Compostelano, hacia 1200, autor de la *Collectio Decretalium*; Lorenzo Español, hacia 1208, autor del gran *Apparatum*; Vicente Español, que dejó muchas obras; Petrus Hispanus, que admiró durante los treinta primeros años de aquel siglo a aquella Universidad. (2)

El epitafio de D. Rodrigo nos dice que estudió Jiménez de Rada la filosofía en Bolonia: «*Fontibus Bononiæ potatus philosophiæ*». Roncesvalles debió facilitarle la vida en Bolonia, lo mismo que a otros navarros, puesto que se hallaban muy arraigados allí el nombre y la influencia del Santuario más célebre de Navarra. Porque la famosa Colegiata poseía ya para aquellos días la penguin y codiciada

(1) Anales de Navarra. Lib. XIXCV. n. 8.—Sandoval. 83. (2) Véanse más noticias en Rodríguez de Castro. I. y Wernz-Jus Decret. II. n. 292.

Encomienda, llamada de «*Nuestra Señora de Mascarela*.» (1) Naturalmente a la sombra del encargado de esa Encomienda obtendrían los estudiantes navarros especial protección y asistencia.

De la vida escolar de Jiménez de Rada en los cuatro años, que debió prolongarse en aquella insigne universidad italiana, no tenemos noticias. Lo que podemos decir con fundada razón, es que no volvió a Navarra sin visitar a Roma, a la que él mismo apellidó «madre y señora de ciudades.» (2) Así es preciso creerlo de un joven tan cristiano, estando tan cerca del corazón del catolicismo y del Vicario de Cristo en la tierra, y no pudiendo suponer que años más tarde volvería allí, como Primado de las Españas.

También podría decirse que por ventura asistió a los actos de la elevación de Inocencio III al Sumo Pontificado. Fué elegido el 8 de Enero de 1198, siendo diácono, y el 23 de Abril del mismo año, previa la consagración episcopal, se ciñó solemnemente la tiara pontificia. Ninguno podía ceñirla más dignamente. No ha habido Pontífice que haya dejado huella más honda en los fastos de la humanidad, ni proporcionado mayores bienes a la sociedad cristiana. Documentalmente se prueba que hubo relaciones entre los dos personajes, D. Rodrigo e Inocencio III, como el copioso bulario y otros hechos y datos lo patentizarán a su tiempo. ¿Pero intermedió algo muy particular e íntimo entre los dos? Arriba vimos, cómo califica D. Vicente de la Fuente a D. Rodrigo «amigo y panegirista» de Inocencio. Montalambert escribe por su parte: «Con su ejemplo y preceptos forma (Inocencio) toda una generación de Pontífices adictos a esta independencia (de la Iglesia respecto del poder secular) y dignos auxiliares suyos, como fueron Esteban de Longton en Inglaterra, Enrique de Gnesen en Polonia, Rodrigo de Toledo en España, Foulquet en Tolosa en medio de los herejes.» (3) Yo por mi parte no veo razón, ni hecho alguno, que autorice para decir, que hubo entre ambos más cordiales relaciones que, las que comúnmente han existido entre la cabeza visible de la Iglesia y los hijos preclaros y beneméritos de la misma, que, armónicamente unidos, y saturados en el pensamiento común, trabajan infatigable y santamente, según su esfera y medios. No veo nada para aseverar que esas relaciones trascendieron a la intimidad de una amistad personal.

Terminada la carrera de Filosofía y Derecho en Bolonia, D. Rodrigo quebró los moldes comunes del tiempo, que eran estudiar una de las dos facultades principales de las ciencias eclesiásticas, recibiendo de la otra una instrucción suficiente, pero más o menos honda y acabada. El Derecho se profundizaba y completaba con todo su brillo y extensión en Bolonia: la Teología, que era la segunda facultad eclesiástica, tenía ese desarrollo y perfección en París, y D. Rodrigo tomó la resolución de pasar a París, para conocer la ciencia divina.

París fué para los navarros en la edad media el principal centro de ciencias superiores, y Francia la principal fuente de su cultura artística, como lo demuestra plenamente el estudio de la riquísima arquitectura y demás ramas del arte, que todavía embellecen la mayor parte de los templos más insignes y suntuosos de Navarra. Véase su causa verdadera. Navarra no era otra cosa que la tribu más poderosa e indomable de los vascos, que en el trance más crítico de la historia se

(1) Todavía se conserva en el Santuario de Roncesvalles un recuerdo memorable de alguno de los Encomendados. En la habitación contigua al rico Archivo, está colgado de la pared un cuadro, en que está pintado un Prior, con la inscripción siguiente: «El Muy Ilustre Señor Don Juan Sancho Oyaga, Prior General de la Orden de Santa María de Roncesvalles, Comendador Párroco de Santa María, en la calle de Mascarela, en Bolonia. Dió mayor extensión con nueva fábrica a aquella iglesia, año 1234.» (2) Lib. II. c. 19. (3) Vida de Santa Isabel de Hungría.—Introducción.

había transformado en reino cristiano, para conservar su libertad y religión contra los francos y árabes, que por los dos lados de los Pirineos la acosaban y la batían, para subyugarla cada uno a su imperio; pero los vascos, tenazmente asidos a las dos laderas del Pirineo, más compactamente unidos bajo el título y pendón real del reino de Navarra, pelearon más enérgica y bravamente que nunca por sus dos grandes amores, patria y religión, y Dios recompensó su larga y dolorosa lucha con esplendores de gloria por los dos costados del Pirineo, concediéndole por ambas partes expansión extraordinaria. En 1030 Sancho el Mayor de Navarra se titulaba rey de los Pirineos, de Tolosa y emperador de España; y después de colocar en Navarra sobre el trono de sus padres a su primogénito García, erigía tres reinos nuevos, Castilla, Aragón y Sobrarbe con Ribagorza; y además concebía y realizaba aquel gran movimiento innovador en su dilatado imperio, movimiento calificado por un sagaz crítico «ensayo de europeización de España». (1) Porque el gran monarca navarro trajo los varones más conspicuos y las instituciones más adelantadas de allende el Pirineo al interior de la Península. Desde entonces era corriente en Navarra enviar los hijos a estudiar a Francia, a París. Por eso Jiménez de Rada allí se encaminó para profundizar la ciencia sagrada por excelencia, la Teología; quizás por consejo de su Obispo, Pedro de París.

Don Rodrigo es el único discípulo cierto de París entre los españoles eminentes de la época. Santo Domingo de Guzmán se formó en Palencia. El Tudense viajó por Italia, a donde debía afluir mucho estudiante español, a juzgar por lo dicho poco ha, y sabiendo además que allí se hicieron sabios San Raimundo de Peñafort y otros. Berceo no salió de la Rioja. Aunque el P. Serrano se aventura a decir que Mauricio estudió en París, puede dudarse seriamente. No aduce dato fehaciente que lo haga creer (2).

De los navarros ya consta, por diversos ejemplos, que allí acudían, y al fin de los días de D. Rodrigo se aumentó la afluencia; y mucho más cuando la reina de Navarra, D.^a Juana, creó poco después el famoso Colegio de Navarra, tan acreditado durante muchos siglos, para facilitar así a los navarros los estudios superiores. ¡Lástima que no lo estableciera en Navarra para crear allí estudios universitarios!

Don Rodrigo debió matricularse en París a últimos del siglo. El Marqués de Cerralbo escribió, de Alfonso VIII de Castilla y «no siendo posible consentir que prevalezcan las usurpaciones de Navarra (invadiendo la comarca de Soria hasta Almazán, a raíz del desastre de Alarcos) sobre tierras de Castilla, enciende esta nueva y triunfadora guerra, *que conturbando el corazón de D. Rodrigo, al temer la devastación de sus dos patrias, no queriendo presenciar tan necesarias desdichas, emprende su transcendental viaje a París, buscando confortar con abstracción de las ciencias y los inefables consuelos de la *Suma Teología* (?) las amarguras de sus pensamientos; y al llegarle la noticia de lo heroicamente que resiste Vitoria el pertinaz asedio, embárgale la pesadumbre, teme cuarta invasión de los enemigos de la Cruz, que aprovechándose de estas discordias, consuman nuevamente a Castilla en espantable hoguera del sol de Alarcos, y sintiendo como morirse a la esperanza, piensa que en ella se le acabe la vida, y otorga en París, en 1201 aquel inspirado testamento, por el cual procura a su cuerpo imperecedero asilo, y a su alma eterna redención por las salmodias de sus amados monjes cistercienses, en el grandioso e histórico Monasterio de Santa María de Huerta.» (3)*

(1) Angel Salcedo. Historia de España.—Edad media.—Sancho el Mayor. (2) D. Mauricio. 21.
(3) Discursos, p. 44 45.

Tales amarguras de tristeza y desesperación agónica por las sobredichas causas, que tiñen al espíritu de D. Rodrigo de unos sentimientos y pensamientos completamente fantásticos, las pasó en su imaginación el buen Marqués, no D. Rodrigo en París, por la melancolía mortal, que se le atribuye arbitrariamente, al ver que el baluarte más fuerte de su país, Vitoria, no es abatida por las lanzas y arietes castellanos. Más abajo sondearemos el corazón de D. Rodrigo sobre ese punto de la guerra entre Castilla y Navarra mientras él estudia en la capital de Francia, siguiendo las palabras del mismo estudiante.

Uno de los documentos más curiosos y venerandos, el primer escrito que se conserva de D. Rodrigo, nos demuestra, que Ximénez de Rada estaba en París el 24 de Abril de 1201. Estando bajo algún grave infortunio, y temeroso de que pudiera morir sin poder redactar en su tierra lo que quería disponer de su cuerpo, escribió la carta siguiente, en aquel destierro: «Sepan todos los presentes y futuros, que yo, Rodrigo Ximénez, he elegido a Huerta por mi sepultura, y lo he jurado con juramento. Por lo tanto nadie podrá negar mi cuerpo a los monjes del dicho monasterio, aunque yo hubiera llegado a ser Prelado, en caso de que muriera en España. Hago la promesa en París, a 24 de Abril de la encarnación del Señor 1201. Y para que no se le considere como irrito, lo rubiqué con mi propia mano y lo sellé con mi sello.» (1)

Aquí no se ve rastro de tristeza. Lo que puede verse ahí es que parece que existe un previo requerimiento, que provoca esa singular *promesa*, a fin de evitar que vaya a descansar el cuerpo de ese hombre a otro punto. Esto supone necesariamente que la adquisición y enterramiento de este cuerpo importaba algún gran beneficio temporal en favor del lugar que definitivamente lograra poseerlo. Debía constar esto por algún escrito aparte, que se ha dejado perder. No se explica de otro modo el empeño de asegurar la posesión, de parte del interesado, con esa promesa con que se obliga. Si tuviera el mero empeño de ser enterrado al lado de su tío San Martín, o su abuela D.^a Sancha, su lenguaje sería de ruego; pues no era su cadáver un capital fructífero, ni lo estimaría como el de un santo.

El eminente analista cisterciense (2) dice, entre otras cosas: «En verdad ingente tesoro para los hortenses, que hoy lo conservan, veneran y lo anteponen a todas las cosas.» En cuanto al escrito, añade: «Está el escrito mismo en Huerta, el cual lo envió luego a Huerta; y una copia suya está sobre su sagrado cuerpo, el cual es venerado como el de un santo, por los milagros con que Dios lo ha manifestado: hace próximamente unos ochenta años que se descubrió.» Todavía se conserva incorrupto y legible el pergamino en la misma forma. No cree Manrique que Rodrigo en aquella fecha estudiara en París. Dice: «Como Rodrigo morara en París, es *incierto* con qué ocasión, puesto que mucho antes había consumado el estudio de las letras, en que fué preeminente; ya porque sentía su fin inminente, lo que indica el escrito o ya porque en todas partes no pensaba más que en Martín y en Huerta, de los que jamás quisiera separarse, y apremiándole el amor hacia los dos... eligió en Huerta la sepultura.»

Por mi parte creo que Ximénez de Rada prolongó algunos años más sus estudios en la Universidad parisiense. El sabio prócer Marqués de Cerralbo extremó todas sus diligencias para averiguar en París algún vestigio de estos estudios de D. Rodrigo, poniendo en juego todos los medios que su posición privilegiada le ponía en las manos; pero el examen más riguroso de los Archivos y de las Bibliotecas de París por mediación de las más especializados eruditos, tales como el re-

(1) Vid. en el *Elogio*. Marqués Cerralbo. (2) Manrique. An. tom. III año 1201. c. 4. n. 1-3.

nombrado investigador y bibliotecario de la Sorbona Mr. L. Barrau-Dihigo, que prestó todo su concurso en la larga rebusca de noticias, sólo le dió materiales para formular una eruditísima lista de conjeturas más o menos atinadas y racionales. (1) Entre ellas insertó una evidentemente absurda, que es preciso tachar, para que no caigan en el error los que no se dedican a estos estudios.

El entusiasta panegirista de D. Rodrigo, como distraído un momento, pregunta así: «¿por qué no sería D. Rodrigo estimadísimo condiscípulo del gran Inocencio III, cuando allí en 1187, se llamaba sencillamente Lothaire de Segui, bajo la dirección de aquella lumbrera de la sabiduría, de aquel preclaro talento, y científica arrogancia con que Pierre de Corbeil afirmaba al mismo enérgico y glorioso Papa, que con sus lecciones le había puesto la tiara sobre la Pontifical cabeza»? Sencillamente repugna esto, porque D. Rodrigo estudiaba allí diez años después, como el mismo Marqnés dice con verdad en otra parte, en la que hemos citado su autoridad.

Dejando el campo de las conjeturas, que aquí es inmenso, y siempre estéril, notemos dos hechos. Es el primero, que D. Rodrigo llegó a ser Doctor en las ciencias que estudió; pues sabido es que se llamó Maestro (*Magister*) y por Maestro se entendía entonces el doctorado. (2) El segundo hecho es que durante su estancia debió ver lo que el mismo dice de sí. En el capítulo nono, libro séptimo, de su historia, cuenta el Arzobispo las aparatosas Cortes, que Alfonso VII celebró en Toledo ante el rey, Luis de Francia, que vino a visitarle. Alfonso haciendo ostentoso alarde de su grandeza y riquezas, de lo que puerilmente disfrutaba su corazón, ofreció a Luis innumerables regalos. «Pero no quiso, dice Rodrigo, recibir otra cosa Luis que un rubí (*carbunculum*) que colocó en la corona de la Espina del Señor, en la Iglesia de San Dionisio, y me acuerdo también, lo vi yo mismo» Esta fué la única estancia conocida, que hizo en París con calma D. Rodrigo, y no cuando acaso pasó, que de cierto no consta, predicando la cruzada de las Navas de Tolosa. También fué testigo de los regocijos públicos de Francia el año 1200, con ocasión del casamiento de Luis VIII con la discreta Infanta castellana, D.^a Blanca de Castilla, dicha madre de San Luis. Era hija de Alfonso VIII, hermana de D.^a Berenguela, madre, a su vez, de San Fernando. Dos hermanas, tan reinas en sus reinos, tan acabadas en el acierto de sus consejos, tan afortunadas en la educación de sus hijos, no las ha visto la historia.

Acerca de los Catedráticos y condiscípulos, que D. Rodrigo tuvo, tanto en Boloña como en París, nos es imposible decir algo de alguna manera cierta. El erudito Obispo de Sigüenza, Fr. Toribio de Minguella, escribe lo siguiente en su excelente obra sobre la Diócesis de Sigüenza. «San Juan de Mata, Fundador de la Orden de Trinitarios... había conocido y tratado en París a Don Rodrigo Ximénez de Rada y a los Canónigos que San Martín de Finojosa envió a la capital de Francia para que estudiasen» (3) No cita la fuente de tan interesante noticia. Murió el Santo Fundador de los Trinitarios el 21 de Diciembre de 1213, después de ser amigo de Sancho el Fuerte de Navarra. En vida de D. Rodrigo se establecieron en Puente la Reina, supuesta patria de D. Rodrigo, los religiosos trinitarios; y la Orden se enriqueció de excelentes sujetos en Navarra.

Y ¿tuvo que emigrar D. Rodrigo acaso porque en el cielo español no resplandecía la antorcha de las altas inteligencias, la sabiduría? ¿Fué porque languidecía la ciencia, que se inflama por la verdad y el arte, que se apasiona por lo bello? No

(1) Discursos... p. 23-25. (2) Lo puso el mismo Rodrigo en la portada *De rebus...*

(3) Tomo I p. 250.

por cierto. Verdad es que en los días, en que se desarrollaba la mente del primer sabio español de sus días (1190-1200) la ola de los almohades se derramó por el mediodía de la Península, apagando la lámpara de la filosofía árabe, pero su llama saltó a los cerebros judíos del siglo trece, en que brillan tantas lumbreras. Funcionaba además en Toledo aquella escuela de traductores, creada por el Arzobispo Raimundo, que tan siniestras pero seductoras luces transmitía a las Academias de Europa, y en particular a París. Imperaba en todas las escuelas el talento portentoso del cordobés Maimónides, con su libro: *Guía de los que dudan*, y a pesar de aborrecer su criterio racionalista en la escritura, los escolásticos lo tenían siempre en los labios. El zaragozano Abrahan-ben-Ezra agitaba y alborotaba los espíritus con sus teorías nuevas sobre la exégesis, cuya estela racionalista fecunda todavía no pocos cerebros heterodoxos. Averroes era una obsesión de la época, que absorbía y agotaba la atención de los filósofos. Lucía por lo tanto en la Península hispánica la antorcha de la alta cultura, pero no existían en ella centros adecuados de enseñanza, y por eso nuestro insigne sabio peregrinó por Italia y Francia en busca de una formación intelectual superior. Además no ardía esa antorcha en los reinos cristianos, sino en los estados árabes. Las versiones de las obras que se hacían en Toledo pocas eran de sabios cristianos y de ingenios indígenas, eran de las dos razas invasoras, la sarracena y judía. Ardía, si, y resplandecía entre los cristianos españoles el amor a la cultura, pero más modestamente, a causa del agobio incesante de la guerra por la reconquista del patrio suelo. Algunas pruebas de este amor se han conservado, a pesar de tantos naufragios como han padecido los Archivos y Bibliotecas.

La Patria del mismo D. Rodrigo nos suministra argumentos tan elocuentes como el más favorecido de los reinos cristianos. Vigila, el más autorizado y primitivo cronista, navarro era, como también aquel poeta latino exquisito, Silvio, del que escribió, (hablando de sus obras) Mabillón: «*Ojalá que todas se encontraran.*» En las Abadías navarras florecieron igualmente Teodomiro y Sarracino, autores de las obras, que honran la Biblioteca actual del Escorial. Al vindicar Sánchez Casado la cultura de las Cortes españolas en la primera parte de la edad media, llega a sostener que era superior a la de Carlomagno y sus inmediatos sucesores, que a penas consiguieron leer correctamente, y cita en corroboración de su aserto el nombre de un preceptor de reyes en la corte astur-leonesa, que es el del preceptor de Alfonso el Casto, y en Cataluña el de Maestro Rodulfo, y en la Corte de Navarra encuentra cuatro nombres de Obispos que fueron preceptores de los reyes Sancho Garcés, García el Trémulo y Sancho el Mayor. (1)

En cuanto al aprecio de los estudios especulativos debe conservarse este botón de muestra, que se refiere al año mil, y tal como lo cuenta el insigne César Cantú, tomándolo de Martene y Durand (*Collect. Ampl. III. 304*). Dice el famoso historiador: «Un clérigo de Navarra preguntó a los monjes de Reichenan, si eran partidarios de Aristóteles, que no cree en los universales, o de Platón, que los admite, y le respondieron: Ambos tienen tal autoridad que no nos atrevemos a preferir uno al otro.» (2)

Cuando nació D. Rodrigo, regía los destinos de su país un monarca, que mereció antes que ningún otro soberano el sobrenombre de sabio, y del cual escribió el mismo Arzobispo (3) después de haberle conocido y tratado, estos versos laudatorios en su poema de Roncesvalles:

(1) Elementos de la Historia de España, tom. I. (2) Hist. gener. Epoca X. c. 13. (3) No disminuye su valor, si es otro el autor.

*«Santius bellator
Rex sapientissimus, totius amator probitatis.»*

«Sancho el Batallador

Rey sapientísimo, amante de toda probidad.» (1)

Pero bien se entiende, que esta ilustración relativa, no era fomento y organización de los conocimientos superiores, que forma la clase de verdaderos sabios. Y para encontrar eso emigró D. Rodrigo, y cuando adquirió todo lo que podía alcanzar, en Italia primero, y después en Francia, regresó a Navarra, para ser su más alta gloria mental en la edad media.

Y ¿en qué consistieron la amplitud y variedad de los conocimientos científicos y literarios de D. Rodrigo? ¿Cuál es su semblanza de sabio? Antes de terminar, preciso es presentar un cuadro, el más ajustado que sea posible, para que el lector se forme el concepto verdadero, que de hombre tan eminente se ha de tener.

Fué en primer lugar un políglota extraordinario, el mayor, que de aquella edad conocemos. Supo muchas lenguas. De las siguientes tenemos noticias seguras. Hijo del pueblo y reino vascón, supo en primer lugar el vascuence del que un verdadero sabio moderno escribió «La euscara, (lengua) monumento palpitante, indestructible de la raza más bella del occidente» (2) De esa «su lengua natural y materna» (Garibay) se aprovechó poco en su vida pública. Ya veremos como en Roma le fué útil en una ocasión solemne. De ella hace mención una vez sólo en el capítulo sexto del libro primero de su historia, diciendo, que es lengua propia de los «Vascos y los Navarros» La consideró por completamente distinta de las lenguas que la rodearon y la rodean, e inservible para conocer la etnografía española; porque ni siquiera se le ocurrió la idea de que en ella podría acaso encontrarse el origen etimológico del nombre de España, y prohió y popularizó el fantástico de Hispano, el rey fabuloso prisionero de Hércules, del que «Hesperia se llamó España» (3) La segunda lengua que supo, fué el castellano, que habló durante toda su vida, y en él dió varios fueros a sus pueblos, siendo Arzobispo de Toledo; pero no redactó en él obras literarias magistrales, porque no se prestaba la lengua a ello, por estar en el período de formación. En cambio conoció y manejó el latín con la perfección extraordinaria que veremos adelante. Igualmente supo el italiano y el francés por haber estudiado en Italia y Francia sucesivamente. Como el alemán era la lengua del Sacro Imperio, lo adquirió igualmente, como un documento célebre nos lo dice, lo mismo que el inglés, éste sin duda por las incesantes relaciones de Inglaterra y Navarra en la frontera de Bayona, como lo vemos ya por la intervención de Enrique II de Inglaterra en el pleito de los límites de Castilla y Navarra durante la adolescencia de D. Rodrigo. Sancho el Sabio de Navarra y Alfonso VIII de Castilla pusieron el interminable y funesto pleito en manos del nombrado monarca inglés, que dictaminó así: que mutuamente se devolvieran las conquistas injustas: que observaran treguas de siete años, y que el Castellano pagara al Navarro tres mil maravedís anuales durante diez años. (4) El matrimonio de Ricardo Corazón de León con D.^a Berenguela, Infanta Navarra, popularizó hondamente las relaciones navarro-inglesas, y las selló y cristalizó en 1202 el pacto firmado entre Sancho el Fuerte y el famoso Juan Sin Tierra, que se prometieron mútua ayuda contra todos los príncipes del mundo, excepto el Miramamolín; y no hacer paces con Castilla y Aragón, sin común acuerdo. (5) Por eso Sancho de Navarra pactó en 1204, con los bayoneses, salva la fidelidad con Inglaterra (6) Bastan estos datos para comprender que en los días de D. Rodrigo era muy familiar lo inglés, y por lo mismo la lengua inglesa tenía que ser estudiada.

(1) Verso 151 y 152. (2) P. Fita. Discurso sobre D. Juan Margarit. p. 44. (3) Lib. I C. 6. (4) Gebhart, tom. III. 239. (5) Reymer. *Fœdera et Contrata*. I. 40 (ed. 3.^a) (6) Cartulario de Teobaldo. Vol. III. fol. 239.

¿Qué extraño que Rodrigo, de noble linaje y con vocación a la diplomacia, lo aprendiera? Es creíble también que supiera el griego, como lo asegura Moreno Cebada; pero con ningún dato se puede probar. Es verosímil que lo estudiara, para investigar la historia primitiva de España, que se halla en las fabulosas narraciones de los griegos. Conoció a fondo el árabe. El mismo dice que estudió las historias árabes para escribir la suya sobre ese pueblo. Ya veremos cuánta autoridad tiene. Su criterio sobre la cultura árabe era muy distinto del de otros. Don Rodrigo estimó y aprovechó mucho sus escritos y alabó a los que poseían y utilizaban esa lengua. Escribe de un Prelado Hispalense, que la poseyó. «En este tiempo vivió en Sevilla el glorioso y santísimo Juan, Obispo, llamado Caét Almotrán por los árabes, que resplandeció en el gran conocimiento de la lengua arábiga, brilló con muchas maravillas, y habiendo explicado la Sagrada Escritura con declaraciones católicas, las dejó escritas en árabe, para instrucción de los sucesores.» (1) A pesar de conocer profunda y universalmente la cultura de los invasores, jamás la ensalzó, fuera de las maravillosas obras de arquitectura y urbanización, que ejecutaron, como otras beneficiosas al bien público, tales como el abastecimiento de aguas y otras mejoras, las cuales pondera sin tasa, y también a sus ejecutores, los Abderraman e Issém en Córdoba. (2)

En lo demás abomina sus errores teológicos, filosóficos y políticos, como celosísimo Prelado de la Iglesia y gran Pastor de su grey. No hay en sus obras el más mínimo vestigio de la influencia de la ciencia árabe, ni el más insignificante contagio de sus ideas y teorías; y nacen de pura ignorancia esas afirmaciones de ciertos publicistas de la prensa diaria, que representan a este grande hombre como hijo espiritual de la cultura árabe. En fin, no cabe duda que D. Rodrigo conoció el hebreo. Bastantes escrituras redactadas con muchas expresiones hebreas firmó don Rodrigo. En Toledo había barriadas de judíos, a los que tenía que vigilar, y atajar también la hábil propaganda de sus Rabinos. Se rozó él mucho con gente conspícua de los hebreos, y se valió de ellos para la gerencia provechosa de los asuntos financieros, siendo objeto de acusaciones por eso mismo, acusaciones que se examinarán en su lugar.

Admira la adquisición de tantas lenguas; y crece esa admiración viendo la orientación genial que dió al conocimiento de las mismas el espíritu singular de este raro varón. No se propuso desentrañar las cuestiones gramaticales, ni desenvolver el origen y desarrollo de los idiomas, ni descubrir las huellas e hilos de mútuo parentesco, ni tampoco dar pábulo y alimento a la actividad curiosa y elevada de su alto entendimiento, sino utilizar su conocimiento para la investigación histórica, y para la distribución de las razas y de las naciones. Con gran perspicacia, siete siglos ha, distribuyó los pueblos geográfica y étnicamente, como si hubiera cursado los métodos científicos de estos tiempos. El capítulo tercero del libro primero de la historia gótica es un capítulo de mérito, digno de estudiarse, en el cual parece haberse inspirado la crítica moderna. Allí está una larga excursión geográfica y lingüística por toda Europa. No olvidó a sus paisanos, de los que dice «que también los vascones y navarros recibieron en suerte su lengua, como los bretones.» Otra aplicación muy útil de la lingüística hizo nuestro sabio. Desentrañar los orígenes etimológicos de los nombres de las poblaciones y de las naciones, cuyas historias teje. No se quién le igualará en este punto; y a él le han copiado nuestros historiadores clásicos, casi sin titubear. Empieza en el prólogo de su obra de este modo: (lo copiaré para que se vea su estilo) «Los que tenían levantadas las

(1) De Rebus IV. c. 3. (2) Hist. Arabum. c. 19-20-27.

tiendas al Oriente, se les llamó Ostrogodos, es decir, godos orientales; porque en la lengua gótica llaman *Oster* al Oriente, y de aquí *Ostetric*, esto es, el reino de Oriente. *West* significa Occidente, y de aquí *West-gothi*, como si se dijera, godos occidentales. Por esto se llama *Westfalia*, es decir, el campo occidental, la otra parte de la Teutonia.»

Hay más. Si en la mente de D. Rodrigo posó el rayo del genio, en su fantasía sopló la inspiración de las Musas y en su corazón ardió el fuego de los entusiasmos de la belleza. Quiero decir, que D. Rodrigo, en el conocimiento de los idiomas no fué solo un gran políglota, sino que fué además un gran humanista en toda la extensión de la palabra, un literato y un estilista excepcional. Revela en sus escritos su afición a las bellezas de la poesía. En la *Historia Romanorum* llega a citar hasta con exceso, a los poetas latinos, demostrando su predilección por Virgilio, Ovidio, Lucano, cuya fogsosidad le contagió, Juvenal y Pérsico.

Los escritos del Arzobispo atestiguan que su formación filosófica y teológica fué solidísima. Como filósofo no se muestra afiliado a ninguna escuela particular, sino un pensador hondo y seguro, que camina en sus reflexiones, discursos y ratiocinios, por un terreno firme, por donde anduvieron los eminentes filósofos católicos. Lo mismo hay que decir de su doctrina teológica. En tantos pensamientos profundos como pronuncia en sus obras, no hay uno solo menos grave, o en algo tachable o atrevido. Da siempre doctrina sana, maciza y saludable. En fin fué también un gran escriturista, como se verá a su tiempo.

Teniendo a la vista estas prendas y otras de D. Rodrigo con razón pudo estampar el autor de su elogio sepulcral, sobre su tumba: *Primus Hispaniæ... Arca sophiæ. «El primero de España... Arca de la sabiduría.»* Y el austero Mariana llamarle: «*Maravilla de su época.*»

Todavía no hemos dicho ni una palabra acerca de una cualidad divina, que avalloró y engrandeció incomparablemente más el talento, el ingenio, la actividad singular, las ciencias, las artes, y todas las eminentes prendas de D. Rodrigo; cualidad que nimbó su vida de resplandores divinos y dió una fecundidad inmensa a todas sus empresas y esfuerzos: esa cualidad fué la virtud cristiana en grado no común. Pero es el caso que, como de este período de su vida, no se conservan datos particulares para hacer ver en qué forma se distinguía en este punto, preciso es que nos limitemos a decir lo que han dicho los biógrafos, que era un joven virtuoso, adornado de especiales cualidades, que le hacían captar la veneración y respeto de todos. Angel de pureza, dechado de celestiales costumbres, foco de divinas aspiraciones; alma libre de las ilusiones sugestionantes y de la seducción de las pasiones: he aquí las pinceladas características de la fisonomía de su bellísima alma.



CAPÍTULO III.

1202—1206.

Don Rodrigo en Navarra.—¿Fué cisterciense?—Sus relaciones en la Corte de su patria.—Concierta paces entre Navarra y Castilla y Aragón.—El poema de Roncesvalles.

Dos peregrinas y entre sí contradictorias noticias nos sorprenden aquí. Se lee en una Revista (1) «Si a su regreso de las escuelas parisienses fué, según se dice, novicio en el convento de Franciscanos de Toledo, debe extrañarse que no lo haya vindicado nunca esta Orden tan celosa por sus ilustres varones.»

A lo que parece esta reflexión nació de lo que se encuentra en una biografía suya, desgraciadísima (2) «Volvió a su patria (de París) y fué recibido novicio en el convento de San Francisco de Toledo y se elevó por su mérito y virtudes a la dignidad de Arzobispo de esta ciudad y a la de Cardenal.» No atino de dónde haya podido provenir semejante disparate; pues en la vida de Ximénez de Rada nada aparece que pueda dar origen a tamaña ficción. El Seráfico Patriarca San Francisco de Asís, todavía no había organizado su obra maravillosa definitivamente, ni menos habían penetrado sus hijos en España, cuando ya D. Rodrigo era Arzobispo de Toledo, en 1209. Los Franciscanos no pueden vindicarlo como a hijo insignie, pero sí le cuentan entre los grandes amigos y promotores de su Orden, a la que distinguió y favoreció el Arzobispo de una manera especial, como tendremos el gusto de referir.

Con apariencias de más verdad se cuenta la otra noticia. El eruditísimo bibliógrafo francés, que actualmente sigue publicando el «*Répertoire des sources historiques du Moyen Age.—Bio-Biographie.*» Ulysse Chevalier, dice que D. Rodrigo fué monje cisterciense. (3) No cita fuente ninguna, donde haya bebido esa noticia; la estampa categóricamente, sin titubear. Sospecho que la pudo tomar del ilustre historiador y literato Iturralde y Suit, quien se proponía escribir un estudio bajo este epígrafe «El gran monje navarro, el Arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jiménez de Rada». (4) Es una pena que el entusiasta y competentísimo Iturralde no haya podido escribir lo que anunciaba en el hermoso plan de su magnífica obra, ideada bajo la inspiración de la magistral de Montalembert, sobre los monjes del Occidente; y por cierto, del escritor francés, que era amigo suyo, recibió un elogio de la suya el buen escritor navarro. Ignoro, por lo tanto, por qué razones llamó Itu-

(1) Propaganda Católica. p. 40, año 1898. (2) Biografía Ecl. Completa. tom. XXX, p. 739.
(3) Vol. II. p. 803. Art. Ximénez. (4) «Las grandes ruinas monásticas de Navarra». vol. IX. c. 9.

rralde a D. Rodrigo, monje. Moreno Cebada, en su Historia de la Iglesia, le hace hijo del Cister. Pero no es posible admitir esta noticia, que ha nacido de las íntimas relaciones y amistad extraordinaria de D. Rodrigo con los cistercienses; pues su devoción a esta rama de la Orden de San Benito fué incomparable. Se acumuló dentro de su amplísimo y religiosísimo espíritu el doble tesoro, del todo excepcional, de la devoción de las dos líneas progenitoras, materna y paterna. Es un caso que no creo que tenga parecido. Los grandes devotos y bienhechores del Cister en el famoso monasterio de Fitero, en Navarra, habían sido los Radas, sus antepasados: y en Castilla, los Finojasas, también sus antecesores maternos, que colmaron de bienes a Santa María de Huerta. A los dos cenobios amó especialmente D. Rodrigo, y los enriqueció de bienes, y en ambos señaló el lugar de su sepulcro. Sin duda que esta devoción sugirió la idea de que fué cisterciense. Pero no es admisible. No lo hubieran callado los cronistas de las renombradas Abadías de Fitero y Huerta, ya que nada más glorioso podían decir al referir sus donaciones y beneficios. Pero los monjes de Huerta no hacen la más mínima alusión a esto sobre su tumba, ni en sus crónicas; ni tampoco los de Fitero, cuando pleiteaban para arrancar a los monjes de Huerta el cadáver del munífico constructor de Santa María de Fitero, donde, de su orden, estaba labrado el sepulcro que debía recoger sus restos mortales. Rodrigo llamaba padre a San Benito, como se vé en su *Historia Ostrogothorum*, en la cual refiere cómo el Santo Patriarca de Occidente cambió prodigiosamente en humanitario el cruelísimo corazón de Totila, cuando este rey bárbaro, arrastrado por la curiosidad, subió al monte Casino, para indagar si aquel solitario de celestial fama, estaba adornado del espíritu de profecía. Es lo único que D. Rodrigo manifiesta de San Benito; y eso no autoriza para escribir, que fué hijo de ese santo en ninguna de las frondosísimas ramas de la Orden de San Benito, que en tiempo de Jiménez de Rada llenaban los reinos cristianos de Europa. Por lo tanto hay que tener por cierto que D. Rodrigo no fué ni fraile, ni monje, ni religioso.

Entre 1202 y 1204 Jiménez de Rada terminó la carrera universitaria en París y volvió a su patria. Su vocación para entonces estaba decidida. Según se vé en su testamento, ya copiado arriba, era clérigo, y clérigo deseaba morir; y aun preveía que podía llegar algún día a ocupar prelacias. Me inclino también a creer, que no sólo estaba ordenado de menores e inscrito en el clero, sino que ya era diácono, grado en que perseveró hasta que se posesionó de la Sede Primada de las Españas. Si así no fuera ¿cómo el Arzobispo, en su escrito de París, hubiera podido hablar fundadamente de posibles cargos de Prelado, que podrían alcanzarle? El texto de ese testamento revela muchas cosas. Revela que su autor es un hombre ya hecho y maduro, apto, por su preparación y años, para desempeñar cargos importantes. Revela que tiene categoría social, independencia personal, y especial situación económica. De lo contrario no hubiera dispuesto tan libremente de su cuerpo. Pues bien, esto es una clave, que nos sirve para entender y explicar ciertos puntos de esta vida. Primeramente se deduce que D. Rodrigo, al redactar ese documento, era un sujeto, que podía aspirar a los más altos cargos de la Iglesia. Eso podía hacerlo sólo teniendo la base del diaconado. Se deduce, en segundo lugar, que es persona de viso e importancia y, por lo mismo, de edad, y de madurez especial. En consecuencia se puede decir fundadamente que D. Rodrigo hizo los estudios universitarios de Bolonia y París, siendo diácono; que se fué a hacerlos, después de haber obtenido algún beneficio eclesiástico, para aprovecharse del privilegio del Derecho canónico, que facultaba a los eclesiásticos beneficiados para trasladarse a las

Universidades, o a otros puntos de estudios, con el fin de ampliar los conocimientos en las ciencias sagradas.

Cuando D. Rodrigo volvió a su tierra, hecho un sabio, con el título de Doctor o Maestro, su padre Jimeno Pérez de Rada, que en aquel tiempo estaba en el apogeo de su prianza y servicios en la Corte de Navarra, como dijimos en el capítulo primero, puso a su hijo en relaciones con la familia real, y singularmente con el rey, por lo que D. Rodrigo tuvo fácil acceso a la cámara real de Navarra. Sancho el Fuerte conoció pronto su mérito, y enamorándose de sus letras y virtudes «le hizo, como escribe Nicolás Antonio, privado suyo y aúspice de la paz con Alfonso de Castilla». (1)

Para entender lo que entonces significaba una misión tan delicada y elevada preciso es que exponamos algo la situación de las cosas.

Don Rodrigo trató a tres reyes de su patria; a Sancho el Sabio, en la adolescencia, al Fuerte en la edad viril, y en la ancianidad, a Teobaldo el Grande, renombrados monarcas los tres; el que más el segundo, a quien empezó a servir y aconsejar Jiménez de Rada en los primeros pasos de su carrera política.

No era fácil aconsejar a Sancho el Fuerte en aquella aciaga fecha; pues aunque dedicado activamente a la reconstitución material de su reino, se abrasaba en la amargura de ver perdidas Alava y Guipúzcoa, y revolvía en su pecho el proyecto de la recuperación violenta. Le conoció a fondo y le describió D. Rodrigo lacónicamente, trazando los rasgos inconfundibles que le caracterizan. (2) Dice de él que era de prócer estatura (cerca de dos metros) (3), de fuerzas hercúleas, de indomable valor, aferradísimo a sus ideas hasta la terquedad, atleta siempre vencedor en todos los palenques de combate, cubierto con el broquel de las hazañas, alma bravía, ánimo enconado por las saetas que los adversarios le clavaban, y espíritu tétrico e irritado, pero no abatido, por las adversidades soportadas; resplandeciente siempre por la religiosidad jamás desmayada de su corazón cristiano, que, en el momento supremo de la cruzada de las Navas, no quiso rehusar la gloria de su brazo poderoso al servicio de Dios, (4) a pesar de sostener en el pecho tremenda batalla de resentimientos y quejas contra el que le había quitado la cuarta parte de sus estados. Con estas pinceladas nos transmite D. Rodrigo la figura de su rey.

Sancho no estaba en guerra cuando recibió en la Corte a D. Rodrigo, pero tampoco en paz. Anhelaba recuperar las grandes pérdidas de 1199 a 1201. Pero era absurdo que lo intentara, y más imposible que lo consiguiera; pues él era mucho más débil que sus poderosos enemigos. Seguían cordialmente unidos Alfonso de Castilla y Pedro de Aragón, con más ventaja de los castellanos, que de los aragoneses. Los agarenos mantenían el pacto de tregua concertado con Castilla a raíz de la muerte del Miramamolín Yacub, el 23 de Enero de 1199, y eso les convenía para pacificar el interior del Imperio, que se turbó hondamente con aquella muerte. Esta fué la causa por qué se negaron a prestar su auxilio al navarro, cuando durante la guerra con Castilla (1199-1201) lo solicitó, alegando los antiguos tratados. A pesar de haberse presentado personalmente a los jefes árabes, para reclamarlo tenazmente, y haberlo merecido sobradamente con servicios extraordinarios y hazañas de épica resonancia, que tanto se han celebrado por la historia legendaria, sólo consiguió recompensas pecuniarias y regalos de inmenso valor,

(1) Bibliotheca Vetus. II. Lib. VII. c. 2. (2) En tres puntos: Lib. V. c. 24. Lib. VII. c. 32. Lib. VIII. c. 6. (3) Así se comprobó el año 1912, cuando se reconocieron sus restos mortales, que yacen en Roncesvalles. (4) Lib. VIII. c. 6.

mas no auxilios militares, que era lo que buscaba; y regresó, por fin, triste y despedido, sin esperanzas de ninguna clase para lo futuro, bajo el bochorno de tan tremendo desengaño. (1)

Fluye de lo expuesto que hacía falta en Navarra una paz verdadera; paz por otra parte indispensable a Castilla y Aragón para luchar contra los infieles. Podemos suponer que D. Rodrigo inspiraría los sentimientos de esa paz en el ánimo del irritado monarca navarro, el cual vivía en forzosa tregua, pero en acecho, para lanzarse en el instante que juzgase favorable a sus planes de desquite. Cinco años iban a cumplirse desde que el hierro dormía en la vaina y los rivales no se hacían gestos de guerra, cuando estalló ésta furiosamente, dando al traste con las esperanzas, que los optimistas acariciaban; si bien la Providencia la permitió, para que los tres reyes llegasen a formalizar pactos de paz. D. Rodrigo cuenta así la guerra:

«Transcurridos estos sucesos (el año 1206) Diego López, Señor de Vizcaya, primer prócer de España, apartóse de Alfonso el Noble, por disensiones de familia, y devolviéndole los feudos, que tenía, pasó al rey de los navarros, y causó muchísimos daños a los castellanos con ataques y continuas incursiones. Mas el Noble Rey Alfonso, no pudiendo tolerar tales injurias, llamando a su yerno, el rey de León, atravesó las fronteras de los navarros. Sitiaron a Estella, población nobilísima; pero Diego López de Vizcaya, que en ella estaba con otros nobles castellanos, que peleaban bajo su mando, resistió violentamente, en encuentros encarnizados, aprovechándose de los obstáculos de las viñas. Como la población, con su fortaleza, consumía las fuerzas sitiadoras, y no había esperanzas de victoria, los reyes, habiendo primero devastado los contornos con gran daño de los habitantes, dejaron el cerco y volvieron a sus tierras.» (2)

En esta lucha, Sancho de Navarra apoyó primero al Señor de Vizcaya, y luego le abandonó. Entonces acudió al aragonés, que también le desechó. D. Diego pasó a los moros, y dañó cuanto pudo desde la frontera de Valencia a los aragoneses. Al poco, vino la paz. Dice D. Rodrigo: «Después (de esto) se firmó tregua para cierto tiempo entre el rey de Navarra y los reyes de Castilla y Aragón.» (3) Véase cómo:

Agradó al castellano el desamparo en que el navarro dejó al de Haro, el cual pidió asilo al aragonés, ya que no podía seguir en Estella, y Alfonso VIII manifestó deseos de paz, como dice D. Rodrigo, principal intermediario de la misma, con el fin de vengar la derrota de Alarcos. (4) No es verdad que se anticipara Don Sancho a solicitarla, según escribe Zurita (5) y lo subscribe Mondéjar. (6) La iniciativa de la paz partió de Alfonso VIII, por el deseo de preparar la campaña contra los moros, iniciativa que nació de ver que el navarro hostilizaba al de Haro, el cual también fué rechazado por Pedro de Aragón, y corrió al interior de las tierras valencianas. D. Rodrigo aprovechó esa iniciativa, y movió a su rey Sancho

(1) El cap. 32 del libro VII de D. Rodrigo contiene el relato de la pérdida de Alava y Guipúzcoa, y del viaje de Sancho a la tierra de los agarenos. Allí se vé que el navarro demoró su estancia entre los sarracenos, y que recorrió las ciudades andaluzas con el fin de obtener los auxilios, que esperaba, y que además envió al Africa mensajeros para urgir lo mismo en la corte marroquí, y que los esperó en Andalucía hasta su vuelta, por ver si lograban lo estipulado. Para mí el texto del Arzobispo no dice que Sancho pasara personalmente al Africa, ni autoriza para pensar así. Lo mejor que hasta ahora se ha escrito acerca de este famoso episodio del rey de Navarra, se halla en A. Huici, que es preciso leer. Está por estudiar y determinar netamente hasta qué punto se ha de censurar al rey de Navarra por sus alianzas con los moros. Cosa difícil, en la cual hay que desechar el voto de sus enemigos y sus acusaciones interesadas. (2) Lib. VII. c. 33. (3) Lib. VII. c. 33. (4) Idem. (5) Anales. Lib. II. c. 25 (6) Crónica c. 93.

para que la siguiera, y de aquí vino la reunión de los cuatro reyes en Alfaro, es decir, el de León, Castilla, Aragón y Navarra. (1)

Los sentimientos de cordialidad, reflejados en Alfaro, se cristalizaron en sólida tregua en Guadalajara, entre Castilla y Navarra, el 29 de octubre del año 1207. Allí vino Sancho de Navarra con seguridad del castellano, dice Garibay. (2)

Don Rodrigo asistió a las negociaciones, como el más sagaz y activo diplomático, traído, según todas las apariencias, por el soberano navarro, pero grato al castellano por sus relaciones de parentesco y trato con los Muñoz de Hinojosa, que tanto privaban en la corte de Castilla, como veremos adelante. Como dice el clásico escritor, por fin se firmó la tregua por cinco años con sólidas garantías, después de «*muchas alteraciones y acuerdos, siendo en la concordia de los reyes el que más trabajó D. Rodrigo Jiménez.*»

La más fuerte de esas garantías fué la entrega mutua de cuatro castillos a caballeros de confianza, que cada rey escogiese, para que en su nombre los tuviesen. El padre de D. Rodrigo fué uno de los cuatro caballeros navarros, elegidos por Alfonso VIII, que le fió un castillo.

Como D. Rodrigo indica, el navarro hizo también paces con el aragonés, pero no dice dónde. Zurita dice que Alfonso VIII comprometió para ellas a Pedro de Aragón, pero no consta. Lo que consta es que cuatro meses después de lo de Guadalajara, el aragonés y el navarro concertaron en Monteagudo (Navarra) no dar asilo a los rebeldes, y prestarse mutuo auxilio para recobrar lo que los rebeldes habían ocupado. Esto se cumplió por ambas partes fielmente.

Dos cosas importantes quedan atrás por explicar cumplidamente. Es la primera la causa de la rebelión del Señor de Vizcaya, que en Alarcos peleó como Alférez y por su excelente condición se llamó el Bueno. Alfonso IX de León despojó de sus bienes matrimoniales a D.^a Urraca López, hermana del noble Señor, y reina de León, como tercera mujer de Fernando II de León. Alfonso VIII se dejó ganar por el leonés, y apoyó tan injusto atropello, sin mirar a los fueros de la conciencia y de la dignidad; lo cual irritó a D. Diego hasta alzarse en rebelión, y devolverle sus feudos, atrayendo sobre sí la ira y las fuerzas de los dos reyes, y peleó bravamente al amparo del navarro. No le censuró D. Rodrigo al de Haro por este acto, porque veía que era digna su causa; y además ambos fueron amigos con el tiempo, y acaso ya para entonces se había iniciado la amistad. El año 1211, cuatro después de este suceso, D. Diego hizo una buena donación a D. Rodrigo: y el Arzobispo, que estimó mucho al Señor de Vizcaya, fué quien le reconcilió con el rey de Castilla, le abrió el camino a todas las antiguas grandezas, y le elevó a la categoría de jefe de las fuerzas extranjeras en la empresa de las Navas de Tolosa (3) por el celo que puso para que utilizara Alfonso VIII el valor y la pericia de tan gran soldado.

No cabe duda de que el padre del Arzobispo fué escogido como persona de confianza por el rey de Castilla, para tener en rehenes lo estipulado respecto de los castillos con Sancho de Navarra, puesto que, como se ve en los Anales (Lib. XX c. 4 n. 31) el año siguiente, 1208, figura D. Jimeno de Rada como Señor de Irurita. Prueba de extraordinaria estimación del mismo insigne caballero de parte del rey navarro es que, cuando dos años después, el 4 de Junio, se entrevistaron Sancho de Navarra y Pedro de Aragón entre Cortes y Mallén, no lejos de Tudela, y se

(1) Mariana. Lib. XII. c. 22. Garibay. Lib. XII. c. 20*. (2) Lib. XII. c. 20. (3) Anales de Navarra. Lib. XX. c. III. n. 41.—Lib. IV. c. V. n. 8.—Moret no cita la fuente.—Lo refiere la Crónica general de Navarra.

firmó un solemne contrato de préstamo de 20.000 maravedís, que Sancho prestó a Pedro de Aragón, recibiendo en hipoteca los castillos de Peña, Esco, Pitillas y Gallur con sus villas, las confió a la tenencia del buen caballero, Jimeno de Rada.

Y aquí debemos tratar un punto interesante de la biografía del hijo preclaro de D. Jimeno. El docto historiador, P. Fita, dió a conocer dos veces con merecidos encomios un poema notable, quizás el más notable de España, en cuanto al tiempo, a que se refiere, acompañado de una bien documentada monografía del celebrísimo santuario de Roncesvalles. (1) Dió el título de «Poema de Roncesvalles» y con propiedad; (2) porque el poeta canta en 42 estrofas rimadas, de cuatro versos cada una, el origen y las excelencias del santuario y del celebrado hospital. Es un documento histórico de suma importancia, que debe divulgarse para que, con los variados datos, que respecto de la organización de la hospitalidad de aquella época, y respecto del trato, que en las cumbres del Pirineo recibían los romeros de Santiago, se ilustre la historia de España. Es una página viva, honrosísima, de la primera década del siglo trece en el país natal de D. Rodrigo, que la vivió el mismo Arzobispo, y que hay que descubrir aquí para que comprendamos en qué atmósfera social respiró su espíritu y se formó su corazón.

Pero procedamos con orden. En primer lugar ¿quién fué el autor de esa preciosa composición? Discurre así el P. Fita: «¿Quién fué el poeta erudito en los fastos de Roncesvalles, poseedor de la ciencia sagrada, ingenio claro y talento sólido, como corazón bello e inflamado de tiernísima caridad, que así despertó los ecos de la Musa histórica, y nos ha legado esta pieza magistral del Parnaso hispano latino? Bien sentaría en la pluma del insigne D. Rodrigo Jiménez de Rada, en cuya alma de navarro entusiasta de las verdaderas glorias de su país el talento de historiador supo descartar de las leyendas poéticas sobre Roncesvalles y Carlomagno, todo aquello, que daba en ojos a la crítica imparcial y serena. Como el autor del Poema, D. Rodrigo emplea el nombre de Roscida-Vallis; y encarece y elogia la bondad del paso en favor de los romeros, o peregrinos de Santiago. Su descripción del Hospital de Burgos, construido por Alfonso VIII, está concebida en términos paralelos, y cabalmente regresó D. Rodrigo a España desde París, con objeto de poner paz entre los reyes de Castilla, Aragón y Navarra, al propio tiempo que Don Sancho el Fuerte, tan munífico era en pro de Roncesvalles, como lo atestigua el poema.» (3)

¡Qué pensar de estos argumentos y de la conclusión, que de ellos se aspira a derivar en pro de la gloria de D. Rodrigo! En una obra de las pretensiones de la presente es indispensable que se aclare y precise todo lo que sea posible punto tan interesante, al que los agudos atisbos del gazat jesuita han dado tanta importancia.

Hay primero cosas indudables, deducidas de las entrañas del poema. Primera, que el autor es un navarro lleno de cariño y de entusiasmo por sus reyes. Pues con toda su alma ensalza a Sancho el Sabio, como Sapientísimo, a Sancho el Fuerte, del que habla como vivo, como valerosísimo, (verso 139) y constructor de

(1) El poema y los documentos, que editó el ilustre jesuita, fueron proporcionados por el erudito publicista navarro, Prior de Roncesvalles, D. Francisco Polit, quien sacó una copia del poema, de los folios 89 y 90 del importante cartulario de aquella Colegiata, titulado «*Præciosa*» completando los versos, que ya están borrados, con la copia, que el canónigo Huarte dejó en el siglo diez y siete. En la Biblioteca de Munich existe una copia de ese poema, sacada en el siglo catorce.—El P. Fita alcanzó copia de ese traslado, que le facilitó el Doctor Baist: y así ha publicado un estudio crítico y copia confrontada del apreciable poema. (2) Estudios Históricos.—Colección de artículos escritos y publicados por el R. P. Fidel Fita en el Boletín de la Real Academia de Historia. Madrid-1884. Pág. 66-78.

(3) Estudios. Ibi. Se lee en *Les Légendes Épiques* (tom. III. p. 310. not. 2. París. 1921) «L'attribution. que le P. Fita en fait à Rodrigue Ximenes est des plus douteuses.»

la iglesia y bienhechor espléndido del Hospital (v. 140-146). Segunda, que el poeta vivía y escribía en los primeros diez años del siglo trece. En los versos 151, 152, 153 y 154 hace el elogio del Prior, que en aquellos días, en que escribía, gobernaba la casa, diciendo: «El Custodio de todas estas cosas se llama Martín, varón de laudable vida, como el pino excelso, que en favor de los pobres de Cristo abre espléndidamente sus tesoros, cuya alma llena el Espíritu divino.» He visto en el *Præciosa* ya citado, que ese Martín, que fué de apellido Guerra, murió el 1 de Diciembre de 1215 y su antecesor, en Agosto de 1199. Le llama (*Priorbonæ memorie*) de buena memoria. Se vé también que se escribió antes de la gloriosa batalla de las Navas, ya que no hay alusión a ella al hablar del héroe navarro; lo que era imposible de lo contrario. Tercera es que el poeta conocía profundamente a Roncesvalles y su historia, y las canta como cosas vistas: pero no es ningún canónigo del lugar, sino un sujeto, que ha estado allí, que allí ha recibido especiales favores, y por ello declara que tiene obligación de amar a aquella casa (*quam teneor amare*.) Las cien veces, que se presenta la ocasión de manifestar que está afiliado a aquella familia, no lo dice. Todas estas notas se adaptan muy bien a la vida de D. Rodrigo. El único paso de Navarra a Francia era Roncesvalles, camino insustituible de los peregrinos, y saliendo del interior de Navarra, era menester hacer morada en este albergue, de fama universal, antes de lanzarse por el interminable desfiladero de Valcarlos; y lo mismo de regreso de Francia, al terminar en la cima del desfiladero, era necesario detenerse en el Santuario, antes de atravesar el soberbio anfiteatro de Burguete, para cruzar imponentes valles, hasta alegrarse con la cuenca de Pamplona. Y D. Rodrigo varias veces realizó este viaje. Era además persona de nobleza para que pudiera prolongar entre los canónigos su estancia con agrado de ellos. Así que por este lado no hay razones, que desfavorezcan la suposición del P. Fita, sino que la fortifican.

La fuerza de las que dicho autor alega se verá ahora. En el poema de Roncesvalles discretamente se calla el origen de la institución del Hospital por intervención de Carlomagno, a quien, por lo mismo, se atribuía la iniciativa de fomentar las peregrinaciones a Santiago, asegurando el aterrador paso del puerto de Ibañeta por medio del establecimiento de un Hospital bien montado. El canto empieza por el hecho, documentalmente cierto, de 1125, a saber, que Sancho, Obispo de Pamplona, erigió un Hospital en aquellos montes inmensos, y lo dotó de grandes riquezas Alfonso el Batallador, rey de Navarra y Aragón (Versos 24-32), y D. Rodrigo, después de manifestar que no se decide a sostener si fueron los cristianos o los árabes los que derrotaron a Carlomagno, a su regreso de España por Roncesvalles, sin dudar, niega que Carlomagno abriera el camino de Santiago diciendo con aplomo: «Pero mucho después, cuando se difundió la gloria de Santiago, excitando los ánimos de los penitentes, y una vez arrojados de los caminos los sarracenos, los caminos secretos se hicieron públicos, y así de las extremidades todas de los cristianos se visita el templo del bienaventurado Apóstol» (1) El Arzobispo rechaza que Carlomagno abriera el camino clásico de los romeros de Santiago, o que en modo alguno favoreciera su tránsito por el pirineo navarro, contra lo que tradicionalmente sostenían los canónigos de Roncesvalles ya en el siglo once, y se expresa en un documento de García Ramírez de Navarra, en el que se lee, que el Hospital se construyó junto a la capilla de Carlomagno, rey famosísimo de los francos. (2)

Debe notarse aquí cómo D. Rodrigo se coloca en una pista admirable para tejer

(1) De Rebus. Lib. IV. c. 11. (2) Véase el Documento en los Estudios Históricos.

sin ficciones la historia del principio y desarrollo de las famosas romerías de Santiago, negando que ya existieran en tiempo del emperador Carlomagno en el modo que en los siglos posteriores, otorgando su fomento a los cristianos españoles. La denominada capilla de Carlomagno no fué obra de ese conquistador, ni se erigió por su iniciativa, sino posteriormente; ya porque blanqueaban en los contornos los huesos de los soldados del invasor de España, o ya porque por alguna otra razón se dió tal nombre al pequeño refugio de los pasajeros cristianos, que al atravesar el Pirineo, paraban allí, junto a aquella pequeña capilla. Nos parece que la verdad está del lado de D. Rodrigo. Ni un palmo de tierra, ni el más pequeño dominio tenía entre los vascos navarros de las dos vertientes del Pirineo el aparatoso conquistador para establecer sólidamente semejantes fundaciones.

Lo que más hace pensar en la identidad del autor del poema y de la Historia «*De Rebus*» es el paralelismo de conceptos y hasta de algunas expresiones, que se hallan en el capítulo 34 del libro 7 de la Historia y en el poema. En el verso 81 se dice: «*Repulsam non patitur quis a postulatis*» «*No recibe repulsa nadie en lo que pide*». En el capítulo citado se lee: «*nullo patiente repulsam*» Léase el capítulo y después el poema, y se verá todo claro, aunque más difusamente en la composición poética. Yo no puedo trasladar los textos con evidente abuso del oficio de historiador.

En fin, el P. Fita intenta corroborar lo dicho con advertir que en ambas obras se llama «*Roscida Vallis*» a Roncesvalles. Otros autores lo llaman *Roncavallis*.

Podemos añadir que también a Sancho el Fuerte se le califica de «*strenuissimus*» en las dos producciones, aunque en grado positivo en la obra histórica.

Pero aquí se agota la fuente de todos los argumentos: no hay ninguna autoridad más que confirme la opinión. En cambio, si bien la dicción poética es fácil y más correcta de lo que son las composiciones métricas latinas de aquel tiempo, sin embargo, no consuena con la pureza, facilidad y elegancia del latín, y con el vibrante y entusiasta estilo, a que nos tiene acostumbrados el elocuente y artístico autor de la historia *De Rebus Hispaniæ*. Es verdad que son de épocas muy distintas. La poesía se escribía cerca de cuarenta años antes que esa obra histórica, y la pluma de Jiménez de Rada no se había habituado a manejar el idioma del Lacio en los días en que se componía ese poema, ciertamente notable, y honrosísimo para Navarra; pues, aunque no conste con certeza que proceda del númen de D. Rodrigo, es indudablemente parto de un ingenio navarro y canta una insigne gloria de Navarra. Porque Roncesvalles, con los heroísmos de su caridad, con los prodigios de hospitalidad y con los resplandores de su virtud y religiosidad cristianas es, en la edad media particularmente, uno de los timbres de más pura gloria del reino pirenaico, y aun de toda España y de toda la cristiandad.

Así lo sentía el autor del poema, de que tratamos, y del cual vamos a extraer aquellas noticias, que nos enseñan cómo se practicaba la beneficencia en aquel tiempo, y cómo estaba organizada en el famoso santuario del Pirineo. Constituye una de las más hermosas y vívidas páginas de la historia eclesiástica.

El poeta saluda primero a Roncesvalles, exclamando que es «casa admirable, venerable, gloriosa y gratísima a todas las gentes del mundo,» y después de describir, en varias estrofas, la aspereza y pobreza de aquel monte y la esplendidez del Obispo de Pamplona, D. Sancho, y del rey Alfonso el Batallador, sus bienhechores, pasa a cantar los actos de caridad y beneficencia, que allí se ejercitan.

Las puertas del Hospital siempre se hallan abiertas a toda clase de gentes, sin distinción de razas, creencias y naciones. Allí tienen asilo todos los dolientes y necesitados, sean buenos o malos. A pesar de que es incesante el número de tran-

seuntes necesitados, hasta tal punto, que uno de los hermanos del santuario todo el día lo pasa de pie a la puerta, repartiendo pan gratuitamente, a nadie despidie sin la debida asistencia. En el Hospital se asea a los pobres, lavándoles los pies, limpiándoles, afeitándoles y aliñándoles cabello y barba, y se les cose calzado y ropa. Mujeres virtuosísimas asisten a los enfermos, que están separados según los sexos, en casas distintas. Se les proporcionan todos los placeres lícitos; teniendo, a este fin, surtido el hospital de toda clase de las más raras frutas del mediodía y del norte, y de todo género de viandas y alimentos variados. Día y noche la luz inunda aquellas moradas del dolor, esparciendo la alegría, y ejerciendo la vigilancia; y las efigies de las Santas Catalina y Merina, erigidas sobre los altares colocados en el centro de las salas, infunden sentimientos de paciencia y piedad en los ánimos atribulados. Los lechos ricos y blandos mitigan los dolores corporales. Y pueden ser asistidos y consolados los enfermos por los parientes, amigos y compañeros, que pueden residir en el hospital mientras quieran, recibiendo los alimentos que necesitan, administrados caritativamente por la misma santa casa. Los cuartos de baños para los dolientes necesitados están dotados excelentemente. Por su lado el Cabildo recoge y educa con cariño y esmero a niños huérfanos, y les da un oficio, con que decorosamente puedan vivir.

Suntuosos son los funerales de los que mueren, y notable el campo santo, en que son enterrados.

Lo único que dice respecto de la organización de los servicios del personal de la casa e iglesia es lo que sigue: «Los dispensadores de todos los referidos beneficios de la predicha casa son *hermanos y hermanas, los cuales, despreciando el siglo con sus honores, hacen una vida común y regular*, siendo su Prior y Superior Martín Guerra, varón insigne por su gran caridad y otras virtudes.»

Dedica varias estrofas a celebrar los grandes beneficios de su contemporáneo, el rey Sancho el Fuerte, que construyó la magnífica iglesia, y les dió a los moradores las pingües rentas de más de 10.000 sueldos perpetuos. Fué el santuario predilecto del héroe de las Navas. Allí fué sepultado, y allí moran en magnífico sepulcro sus restos mortales, visitados continuamente por peregrinos y turistas de todas partes. (1)



(1) Para estudiar a Roncesvalles hay que explorar su rico Archivo. Véanse *Anales de Navarra.—Reseña histórica...* por Sarasa.

CAPÍTULO IV.

(1206—1208)

Régimen del Obispado de Osma.—Creación de la Universidad de Palencia.

La primera noticia histórica de la presencia del insigne navarro en Castilla es la que hemos visto con ocasión de las treguas entre Castilla y Navarra en Guadalajara; pero es evidente que antes estuvo en ella. Por ventura fué la primera vez que se vió ante Alfonso VIII, a pesar de que hay quien supone que, de regreso de París, no tardó en presentarse en la Corte de Castilla para inspirar ideas de paz al soberano castellano. D. Rodrigo tenía fácil acceso en la Corte de Alfonso el Noble, por mediación de sus ilustres tíos, San Martín de Hinojosa, Obispo de Sigüenza y Abad de Huerta, y Munio, guerrero y cortesano, que restauró la fortuna de Deza, por su pericia y valor. Alfonso veneraba profundamente a San Martín, y por esa veneración hizo objeto predilecto de sus donativos al Monasterio de Huerta, que varias veces visitó. Y además de estos tíos, en la misma Corte brillaba e imperaba desde 1190 el primo de D. Rodrigo, hijo de Munio, D. Martín Muñoz de Hinojosa, que en Alarcos resplandeció por su valor, y llegó a ser Mayordomo del hijo de Alfonso VIII, Enrique I. ¿Qué obstáculo podía tener con estos valedores para penetrar en la Corte de Castilla cuando quisiese, y mucho más, descollando por encima de todos por su saber, prudencia y empuje?

Sin embargo, a los historiadores castellanos ha llamado constantemente la atención la castellanización y el encumbramiento de D. Rodrigo Jiménez de Rada, al primer puesto en los consejos de la Corte de Alfonso el Noble, y a la cabeza de la Iglesia de España. Mariana escribe: «Las raras prendas y buena vida y la erudición singular para aquellos tiempos hicieron que, sin embargo que era extranjero, subiese a aquel grado de honra y a aquella dignidad tan grande.» (1) El P. Burriel «Vuelto (Rodrigo) a España, se ignora el motivo o medio con que se introdujo en Castilla, que aun no siendo castellano, mereció ser elevado...» (2) Por su parte el Marqués de Cerralbo explica así el acto de su castellanización, (que de esa manera denomina la nacionalización de D. Rodrigo en Castilla): «se condolía Don Rodrigo Ximénez de Rada, y este gran cristiano y gran español guiaba su corazón hacia Castilla, que necesitaba amparo, y era el predestinado campo para la espantable decisiva batalla de las huestes de Cristo; y dolíase amargamente que en pos de tan inmensa derrota (de Alarcos) los reinos cristianos agobiasen con guerras a Castilla, y apartaba sus ojos por no ver a su querida Navarra avanzando en son de conquista hasta Soria y Almazán: y ama decididamente a su Puente

(1) Hist. Lib. XI. c. 21. (2) Memorias... p. 100.

la Reina, como navarro, pero ama decididamente a Toledo, como amenazada frontera de la Cruz... Y así, resueltamente abrazaba la Cruz, que es patria universal, y la unidad de la unidad de la Patria, y en los labios con el símbolo de la fe del Concilio toledano, entra decididamente en Castilla, y busca su nobilísimo corazón al vencido, acude a consolar al desgraciado, corre a dar fuerza al débil y levanta con su poderoso talento el pedestal al vencedor. Unase a todo esto... el amor que profesaba Don Rodrigo, ya a su madre, que era castellana, Doña Eva de Finojosa, señora de Bliccos y Boñices, en tierra de Soria, ya a su tío, el santo y célebre primer Abad de Santa María de Huerta, Martín de Finojosa y todas éstas, sin duda, son las causas y las razones de su nacionalización en Castilla...» (1)

Descartando lo que la musa de la elocuencia ha inspirado en ese párrafo del Marqués, se debe creer que ahí están indicadas las causas de gravitación del espíritu de D. Rodrigo hacia Castilla, pero las causas determinantes no son las que apunta. Lo que determinó su entrada en Castilla parece ser la importancia, que adquirió en los conciertos de los reinos, y el lazo de íntimas relaciones, que se formó entre el joven, pero discretísimo Rada, y el anciano y sesudísimo Alfonso el Noble, que tuvo la habilidad de conquistarlo para su reino, rodeándole con las mallas que por medio de sus parientes tendió el sagaz monarca.

Se castellanizó hasta los tuétanos este famoso navarro, sin que pueda citarse castellano, que haya hecho más, ni acaso tanto, por su patria nativa, como este singular *extranjero* por la adoptiva. Le dió la historia, le inyectó en el alma un amor y entusiasmos patrios intensísimos; la salvó en las Navas de tremenda tragedia; dilató sus fronteras con gloriosas conquistas; la engrandeció con la unión de León, que procuró eficazmente; introdujo en ella las glorias más altas de la legislación renovadora de organismos de gobierno del todo nuevos, pero de vida perenne; y la enriqueció con obras maravillosas e ingentes de arquitectura. Fué luz, consejo, ardor y actividad de los reyes Alfonso y San Fernando, sol de la Iglesia, espejo de prelados, vida y aliento de todas las grandes empresas de Castilla durante más de cuarenta años.

¡Qué mal apellida Mariana «*extranjero*» al que tan castellano tenía el corazón desde que se naturalizó en Castilla! ¡Cuán distinto es el espíritu de este extranjero de aquellos otros verdaderos extranjeros que, aun después de subir a la Sede Toledana, conservaron su criterio extranjero, y no se nacionalizaron profundamente, es decir, aquellos famosos franceses que fueron Arzobispos de Toledo, los Bernardos, Raimundos y Cerebrunos! Esos insignes Pontífices, desplegaron los grandes recursos de su talento, actividad y celo con la mira de engrandecer a la Iglesia de Toledo, que redundaba en el engrandecimiento de su influencia sobre los reyes y Prelados. D. Rodrigo con más afán y éxito aun trabaja en ese engrandecimiento como pedazo de la Patria, como medio de engrandecer a Castilla, a y la vez, con toda su inmensa actividad y talento, se empeña directamente en el engrandecimiento de Castilla y España; y sin pretender el acaparamiento e incremento de su influencia personal, a fin de supeditar a su voluntad las voluntades ajenas, y esclavizar las iniciativas y los vuelos de la Corte, de la Iglesia y de la masa nacional. ¡Algo más extranjeros eran también aquellos Arnaldos, GiralDOS, Hugos y otros, que medio siglo antes figuran en las cartas reales, y que, a pesar de ser verdaderos extranjeros, aparecen allí oficiando de Cancilleres en la Corte Castellana! Se debía esto a la falta de letrados castellanos, y a la hábil intervención de los Prelados toledanos, de origen francés, cuyo proselitismo nacional no

(1) Discursos... p. 27 y 28.

ha tenido igual. Además, de esa manera se aseguraban las mercedes reales, que más fácilmente las despachaban sus paisanos, que los castellanos, en pro de sus Iglesias.

Dos cualidades de los castellanos alaba D. Rodrigo: «que en su constancia brilló siempre audaz consejo» (1) y que tienen una «innata lealtad.» (2) Ningún vicio nacional suyo anota; cosa que no es de extrañar en él; porque pocas veces lo hace aún de otras muchas naciones, que van pasando por su pluma, que son casi todas las que han cruzado a Europa hasta sus días, o han tenido alguna relación especial con ella.

Don Rodrigo, después de abreviar con alardes de conocimientos geográficos y etimológicos la demarcación étnica y geográfica de Europa, para emplazar mejor las vicisitudes diversas del pueblo, cuya vida histórica iba a escribir, da la razón así: «Estas cosas las escribí, porque lo exige la historia que me propongo redactar...» (3) También reclama la historia que voy redactando que, en el momento de penetrar en Castilla, dé algunas nociones precisas y cortas de la distribución geográfica de los reinos cristianos españoles, y en particular de Castilla. Comencemos por ésta. Poseía todo lo que hoy se denomina Castilla la Vieja y Castilla la Nueva, con excepción de alguna pequeña comarca en las fronteras, que al mediodía lindan con Andalucía y Murcia; y además las tres Provincias Vascongadas. Sus ciudades principales, Toledo, Burgos, Palencia, Segovia, Avila, Cuenca, Nájera, Madrid, Osma, Soria. León era el segundo reino, compuesto de Galicia, todo León y Asturias, contando las célebres poblaciones de Santiago, Lugo, Oviedo, León, Astorga, Zamora y Salamanca. Aragón estaba formado de las tres actuales Provincias y de casi toda Cataluña, sin Baleares, con sus celebradas ciudades de Barcelona, Lérida, Zaragoza, Huesca y Jaca. Portugal era la mitad de ahora, reducido al norte. Navarra algo más de lo que es en la actualidad. Todos, menos Navarra, con su frontera contra los sarracenos. Hacia los Algarbes, Portugal; León en los confines de Extremadura; Aragón por Valencia, Castilla un frente inmenso, desde Extremadura a Murcia, abarcando la dilatada línea de la Bética. Y es de notar también que estos tres últimos reinos eran más o menos iguales en extensión y poderío.

En cuanto a los soberanos, al de Navarra y Aragón los conocemos bastante. D. Rodrigo nos da a conocer con verdadero apasionamiento de entusiasmo lo que era su gran amigo, Alfonso el Noble de Castilla, colmándole infinitas veces en su historia de elogios, que pintan al gran monarca más acabado e intachable de lo que fué. El afecto singular, que le cobró, inflamó su inspiración para exagerar las alabanzas, pero no torció su pluma para no narrar verazmente los hechos.

Era Alfonso hombre superior para no merecer elogios. Entendimiento sólido, vasto y fecundo: voluntad magnánima, arrolladora, inquebrantable: pecho intrépido y ardoroso: brazo brioso y duro. El hombre que más intimó con él y conoció fué Jiménez de Rada, y él le describe así: «Este (rey) fué desde la infancia vivo de rostro, de memoria tenaz, de capaz entendimiento.» (4) «De corazón lleno de magnificencia; longánimo y constante en sus empresas...» (5)

El acierto más grande de la penetración de Alfonso fué atraer a su lado al joven diplomático navarro y depositar en él toda su confianza. En la elección de este personaje demostró que era un sagaz monarca. Supo aprovecharse del don in-

(1) *Castellani quorum constantia audaci consilio fulsit.* Lib. VI c. 18. (2) *Castellani et Navarri, fidelitatis innatae memores* (habla del juramento requerido a Alfonso VI) Lib. VI c. 19. (3) Lib. I. c. 2. (4) Lib. VII. c. 15. (5) Lib. VIII. c. 26.

comparable que el cielo otorgaba a España y en particular a Castilla. En los cincuenta años aproximados de reinado, que en aquellos momentos hacía, Alfonso no realizó un acto de tanta transcendencia como éste, asociando de esta suerte a la brava y encarnecida experiencia guerrera y política las luces y la intuición del genio y de la ciencia, y la unción de la piedad engarzadas en un alma joven y guerrera.

El hecho más evidente es la mudanza de Alfonso VIII desde que D. Rodrigo entra en los consejos de su corte. Alfonso no aprendió nada con la tremenda lección de Alarcos, sino que continuó guerreando con sus rivales de León y Navarra, sin intentar sólidas paces para confederarse con ellos, con el fin de prepararse para el pavoroso desafío con los sarracenos de Andalucía y Africa, que de su parte preparaban el fin de los reinos cristianos de España.

El encono entre el Navarro y el Castellano era más hondo y sañudo por el pleito de los territorios, que el Navarro pretendía recuperar, alegando que eran patrimoniales, por cuanto Sancho el Mayor, progenitor de ambos, había establecido que Rioja, Vascongadas y extensas zonas de la región de Soria y la Bureba, rescatadas de los moros por la espada de los Navarros, fueran de la corona de Navarra. El Navarro apelaba a medios tortuosos, vituperables y peligrosos para conseguir sus objetivos y defenderse de los ataques de Alfonso VIII. Pero tampoco eran laudables y rectos todos los que empleaba este monarca, como es notorio en la historia. (1) Lo que se confirma estudiando su conducta en la cuestión del matrimonio y divorcio de su hija D.^a Berenguela con Alfonso IX de León. Porque, sabiendo que por ser primos los contrayentes, era inválida la unión de los dos, la admitió por motivos de política, y dió ocasión a las innumerables revueltas y escándalos de su reino y del de León, con gran relajamiento del espíritu público, hasta que al fin se doblegó a recoger a su hija, bajo la presión de las excomuniones y entredichos de Roma; si bien D.^a Berenguela volvió a Castilla con un enjambre de hijos, en que centellean pupilas de celestial santidad. Son cuatro, San Fernando, Alfonso, futuro guerrero durante largos años, Constanza, azucena, que embalsamará las Huelgas de Burgos, y Berenguela, que será consorte del gran héroe Juan de Briena y madre de una emperatriz de Constantinopla, esposa de Balduino. El que entre tales enseñanzas se mantuvo invariable e irreductible, mudó enteramente al escuchar los consejos de Jiménez de Rada, y vió claro que era menester hacer paces con los reyes cristianos, y se ablandó para concertarlas. Era clarísimo que el enérgico y maduro monarca y el joven diplomático estaban compenetrados e identificados. Gran triunfo de D. Rodrigo.

Alfonso VIII procuró buscar un cargo eclesiástico para él en su reino, aunque no era más que mero diácono, y como tal debía estar adscrito a alguna Iglesia, según era costumbre, para disfrutar prebendas.

Ya indicamos que el mismo Inocencio III, diplomático pontificio, fué elegido

(1) En la pág. 505 del tomo IV de la *Historia de la Iglesia*, por Mourret, trad. castellana, en nota, se lee:

«En cuanto al rey de Navarra, Sancho el Fuerte, había pretendido casarse con la hija del rey moro de Marruecos, Aben Jusuf, recibiendo en dote la Andalucía. Deshicieron tales proyectos con la muerte de la mora, antes de verificarse el matrimonio. Por lo demás ni el matrimonio con la musulmana, que ya había tenido precedente en Alfonso VI, casado con Zaida, ni los planes políticos de hacerse con Andalucía mediante la boda, tienen que sorprender en los tiempos, que estamos historiando; pues ya sabemos, por desgracia fué corriente, entre los jefes de los varios Estados, en que se hallaba dividida la Península, andar no sólo «con las manos en su porción, los ojos en la ajena» sino con los ojos y las manos en las del vecino. De hecho, mientras el navarro se hallaba agasajado y distraído en Marruecos el de Castilla le arrebatava las Vascongadas.»

Papa, siendo diácono. Muchos casos parecidos hay en aquella época, sobre todo en el Episcopado, según habrá ocasión de observar. Uno de estos fué el de Don Rodrigo, al cual Alfonso de Castilla quiso recompensar sus relevantes servicios diplomáticos proporcionándole un Obispado.

El año 1207, en el mediodía de Francia, cerró sus labios para siempre un órgano del Espíritu Santo en la iglesia de Cristo, el santo Obispo Diego de Aceves, que defendía acérrimamente la fe católica contra los albigenes. El celoso Prelado volví de Dinamarca, a donde le había enviado Alfonso de León, en 1203, a que trajese una princesa para reina de León, pero sin éxito por su embajada, cuando, al llegar a Francia, después de recoger la bendición del Papa en Roma, vió en ella desolada la religión, corrompida la vida cristiana y triunfantes los errores albigenes. Se detuvo a combatir los errores y regenerar al pueblo. Mas, al año de sus trabajos, le premió el Señor con la muerte de los santos, en 1207: y la Iglesia de Osma, cuatro años después de la ausencia de su insigne Pastor, quedó huérfana de él. Acompañaba al celoso Pontífice aquel gigante de la Edad Media, conocido de Don Rodrigo, y algo emparentado con él, al cual describe así Wadingo:

«De mediana estatura, cuerpo igual y ágil por su poca mole, hermoso rostro, rubia la barba, el pelo castaño, de elegante presencia. De su frente y mirada brotaba cierto resplandor radiante; difundía a su paso una religiosa alegría, y un contento que, sin embargo, se empapaba de compasión connatural al verse entre los pobres. Tenía manos largas, voz clara y sonora.» (1) Era Santo Domingo de Guzmán, hijo de la Diócesis de Osma, y afiliado probablemente al Cabildo Catedral; no residía allí, según modernas investigaciones, en que no entraremos.

Alfonso VIII se apresuró a pedir el Obispado de Osma para D. Rodrigo, y «para recompensar sus eminentes servicios y excelentes prendas, según el mismo D. Alfonso declara, expresamente al Cabildo de Osma en 1207, influyendo a fin de que le propusiera como Prelado para aquella Silla.» (2) No he hallado el documento, a que sin duda se refiere el erudito Marqués de Cerralbo, en el que de manera especial se dirigió Alfonso VIII al Cabildo de Osma, ni indica el estudioso prócer la fuente de esa noticia. Tampoco lo vió el sesudo Loperráez, que claramente se equivocó retrasando un año la promoción de D. Rodrigo a Osma. Núñez de Castro atribuye al mismo rey esta promoción diciendo «De muchas veces que estuvo en Roma, fué la una antes que viniera a ser Obispo de Osma; (3) después pasó a Castilla, donde, así como por su santidad y letras, como por la calidad de su persona lo proveyó D. Alonso en dicho Obispado de Osma» (4)

Acaso el Cabildo de Osma no nombró en el mismo año 1207 Obispo a D. Rodrigo, pero por numerosas firmas de cartas reales consta que estaba nombrado en 1208, en que se titula casi siempre *Electus Oxomensis*; alguna vez empero simplemente «*Episcopus Oxomensis*» He aquí algunas de estas cartas. Una está fechada en Toraza, otra posterior en Segovia: de algún tiempo después es otra del 28 julio de 1208, y la trae Núñez de Castro, como las anteriores, y la toma del insigne Colmenares (5) Escribe Núñez «Estaba el rey (Alfonso) en la ciudad de Burgos, en 28 de Julio, asistido de los Obispos, D. Pedro de Avila, D. Gonzalo de Segovia, don D. Rodrigo de Sigüenza, D. Juan de Calahorra, D. García de Burgos, D. Briz de Plasencia, D. Tello, Electo de Palencia, que ascendió a la Sede por muerte de don Arderico, D. Rodrigo, Electo de Osma, D. García Electo de Cuenca» (6) En el do-

(1) Annales Minorum.—an. 1221-XLVII. (2) Discursos.... Cerralbo. p. 45. (3) Lo dice de su cuenta, pero nos parece verdad, como se dijo atrás. (4) Crónica de Enrique I. c. 4. (5) Hist. c. 19 párrafo 7. (6) Crónica de Alonso octavo. c. 63.

cumento, en que aparecen esas firmas, se hace la demarcación de los límites de Segovia y otras villas, entre las cuales se halla Madrid. Es de importancia histórica. A fines de 1208 D. Rodrigo firmó en Soria la carta, en que Alfonso VIII dispone, que se celebre un aniversario por el alma de su abuela, D.^a Berenguela de Barcelona.

En este lugar hay que disipar definitivamente un error, que se ha generalizado aún entre escritores de nota, y que ha llegado hasta nuestros días, (1) señalando perspicuamente el origen del mismo. D. Juan Bautista Pérez, en su manuscrito *Vitæ Archiepiscoporum*, dice de D. Rodrigo, que fué *prius Episcopus segontinus*, Obispo de Sigüenza, que se vió enzarzado en gravísimas dificultades con su cabildo, por lo que tuvo que rodar de aquí para allí; pero que por la paternal y hábil visita, dos veces hecha por el Arzobispo de Toledo, D. Martín de Pisuerga, por fin se vino a una amigable concordia. Todo es aquí verdadero, menos que fué D. Rodrigo Jiménez de Rada el Obispo de Sigüenza que lo pasó. Era Rodrigo, como ya el lector se daría cuenta al leer la lista de los firmantes del documento de 28 de Julio de 1208, que copiamos, pero un Rodrigo distinto, aunque estrechamente unido con nuestro D. Rodrigo por el parentesco, y por sucesos notables de la historia. Ese Rodrigo de Sigüenza era primo carnal de Jiménez de Rada, sobrino de San Martín, a quien sucedió en su Silla, el año 1192, siendo consagrado el primero de diciembre, y vivió en su Obispado hasta el año 1221, ilustrándose con hechos memorables, que algo se tocarán. Menos comprensible es todavía el error de aquellos escritores, que han dicho, que primero fué Obispo de Calahorra, a los que refutó fácilmente Castejón y Fonseca. (2)

Burgo de Osma se extiende modestamente junto al río Ucero, en la ladera más quebrada de un anfiteatro interesante, aunque por ningún concepto extraordinario. Pequeña faja de monte al sur, con su pendiente de áspera belleza: varios picos pelados, que descuellan del lienzo general, siendo uno de ellos el cimientito de aquel pavoroso castillo, en que habitan lúgubres memorias de crímenes, y también suaves recuerdos de piedad y penitencia. Ya se erguía en la cima cuando D. Rodrigo fué hecho su Obispo, bajo el mando de un poderoso Señor. En la parte opuesta se dilata, constantemente regada, la vega feraz que sustenta a la población.

Más afortunado es Burgo de Osma por sus riquezas artísticas. Por su Catedral, joya contemporánea de D. Rodrigo, (3) que encierra otras joyas, que sólo allí se pueden ver, como son el estupendo sepulcro del santo Obispo de Osma, San Pedro, y la gran capilla de la Purísima, de colosales columnas de mármol, de Carlos III y Palafox.

Menos de lo que esperábamos hemos hallado en Osma, referente a D. Rodrigo, en nuestra visita a la capital de su primera Diócesis. La fuente más antigua de información acerca de su paso por aquella Sede es el Cartulario de Estatutos de la Iglesia de Osma, que dejó el Obispo Pedro de Mendoza, cuya fecha está al fin, y es el 18 de Febrero de 1475. En la lista de los Obispos de Osma, que en el Apéndice tiene, (4) dice, al llegar a nuestro Obispo, lo que literalmente traducimos así: «Después de éste (Diego de Aceves) fué elegido, para la Iglesia oxomense, Rodrigo Ximénez, y antes de que fuera consagrado, fué elegido Arzobispo de Toledo: fué varón de grande discreción y literatura: está sepultado en el monasterio de

(1) D. Juan Catalina García, Académico de la Historia, incurre en él en su obra: «Vuelos Arqueológicos.» p. 39. Madrid. 1900. (2) Primacia... Part. IV. c. 7. (3) Empezó su construcción el año 1232 el Obispo D. Juan Domínguez, a sus expensas. (4) Del folio 60 adelante, con este epígrafe: «Nomina Illustrissimorum Episcoporum Oxomensis Ecclesiæ.» Todo está escrito con hermosa letra gótica.

Santa María de Huerta de Ariza; y la exposición, que hizo sobre el Antiguo y Nuevo Testamento, la conserva en memoria suya esta Iglesia Oxomense, atada con cadenas en el coro. Este Don Rodrigo compuso la Historia de España, en la cual se hallan muchas cosas buenas.»

No se conserva vestigio alguno del gobierno de D. Rodrigo ni en el Archivo, ni en alguna otra parte, bajo ninguna forma. No hay memoria de ningún documento ni disposición, ni mención, ni alusión a ningún acto de su autoridad o gobierno. Tampoco lo debieron encontrar Loperraez y Argaiz, que extensamente se ocuparon *ex-profeso* sobre esta iglesia; pues nada especial aducen de él.

La Catedral de Osma ha perdido el precioso manuscrito, que con tanta honra y diligencia poseía en su coro desde siglos atrás. En el siglo diez y seis, cuando de ello escribía Gil González Dávila, no se ve que allí estuviera, pues se expresa en una forma obscura. (1) En la segunda parte del siglo diez y siete había ya desaparecido. Argaiz, que entonces estuvo largo tiempo escribiendo la Historia de la Iglesia de Osma, dice que mucho tiempo había estado allí. El buen cronista benedictino, que escribe extensamente de D. Rodrigo, (2) opina que lo redactó, siendo Obispo Electo, mientras fué gobernador de aquella Diócesis, y por eso le dejó aquel manuscrito. Cosa improbable, porque poquísimo hubo de parar en Osma, si es que después de tomar posesión, paró allí algo. En una parte de la Historia de los Arabes da a entender el mismo D. Rodrigo que su exposición la escribió después, diciendo: «de esto me he propuesto hablar en otro volumen». Se trata de Ismael. (3)

Así quedó definitivamente incorporado civil y eclesiásticamente a Castilla D. Rodrigo Jiménez de Rada. Por ignorados motivos retrasó su consagración episcopal si bien sostiene un panegirista suyo que la causa fué la urgencia de los consejos a la corona. (4) Por dos motivos se los debía desde su promoción al episcopado. Primero como consejero especial, por causa de la elección hecha antes de esa promoción: ahora como Obispo, pues los Obispos eran entonces consejeros natos de los reyes católicos según norma general en España desde los godos. El mismo D. Rodrigo escribe su origen con estas palabras: «En este concilio (undécimo de Toledo) se aconsejó (Wamba) y se mandó que los Obispos alternativamente, por meses, residieran en la ciudad regia.» (5) Disposición excelente en sí, pero que tuvo el inconveniente de hacer a veces demasiado cortesanos a no pocos Prelados, con protesta constante de la Iglesia. Por esta causa los Obispos firmaron los diplomas reales en toda la edad media.

Por esto se ha utilizado por los historiadores esa manera de firmar los diplomas reales, para escribir las monografías de las Iglesias particulares y de los Prelados; pero con lamentables consecuencias, como se demostrará después.

Cuando D. Rodrigo ascendió al Episcopado, el cuadro de los Prelados castellanos era el siguiente. Brillaba en la Primada de Toledo D. Martín de Pisuerba, denominado el Magno, según dice el mismo D. Rodrigo, por sus grandes hechos. El Obispo de Burgos era García; el de Sigüenza, Rodrigo, primo de nuestro sabio, Prelado enérgico y valeroso: Cuenca flotaba en alas de la piedad por las balsámi-

(1) Teatro de la Iglesia de Osma. (2) Desd. el fol. 66 adelante. (3) Jerónimo Argaiz pasó a Osma a escribir la predicha historia por llamamiento del famoso navarro, hijo de Fitero, D. Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de Osma, después de haberlo sido en Puebla de los Angeles. Allí están las reliquias de este virtuoso Prelado: allí los tesoros copiosísimos de sus manuscritos, casi olvidados, por nadie explorados, y en los que se hallan materiales para hacer un estudio concienzudo de este personaje, del que tantos volúmenes se han escrito; pero no se ha hecho aún un estudio completo, ni acaso imparcial: allí están, en fin, las venerandas reliquias de Santos, que poseyó. Osma es un Archivo de Palafox y Mendoza. (4) Cerralbo. Discursos. 44. (5) Lib. III. c. 12.

cas virtudes de San Julián, muerto el 28 de enero de 1208, divino don, que llenó de luz celestial el hemisferio español; dejó terminada la Catedral conqunse que se inauguró a su muerte (1) inmediatamente. A los pocos meses le sucedió García, que emuló las virtudes celestiales de su predecesor hasta el año 1225 en que descansó bajo un cielo de lágrimas y bendiciones. Antonio Ponz escribe acerca de la mencionada Catedral: «Fué fundada por el rey D. Alfonso VIII. La consagró Don Rodrigo Jiménez de Rada cuando era Obispo de Osma» (2) Es un absurdo; no podía consagrar la Catedral, cuando él no estaba aún consagrado Obispo; ni puede decirse que asistió a su inauguración, que se verificó en 1208, sino es suponiendo que asistió el rey y en su compañía el Electo Obispo de Osma. La Sede segoviense era gobernada por Gonzalo, Prelado fastuoso, al que estimó su rey y tuvo la gloria de iniciar en Roma, de orden de la Corte castellana, la Cruzada de las Navas cuyo triunfo no vió, pues murió en 1211. La de Avila estaba en manos de Pedro, quien asistió a las Navas, al lado de D. Rodrigo. La de Calahorra en las de Juan González de Agoncillo. Brício era Obispo de Plasencia. En Palencia, casi a la par que D. Rodrigo en Osma, aparece Obispo electo D. Tello, de primera talla entre sus contemporáneos, de quien habla D. Rodrigo en su historia muchas veces, regente del reino, en unión de D.^a Berenguela y de D. Rodrigo, en la minoridad de Enrique I, por lo que sufrió atropellos de parte de los Núñez de Lara. Amparó al joven rey Enrique en su palacio de Palencia, y tuvo la pena de verle morir allí mismo desastrosamente, y salió procesionalmente a recibir a D.^a Berenguela, que acudió por tan triste suceso, para enterrarlo, y lo enterró pomposamente. Durante más de cuatro años permaneció Tello de Meneses electo de Palencia, ciertamente por el pleito que le hacía una parte del Cabildo Palentino, que no le quería, y que debía tener su candidato. Creo que el *Rodericus electus Palentinus*, que alguna vez aparece en los documentos, podría ser su contrincante. Vicente La Fuente asegura que es otro nombre de Tello. Lo cierto es que consta, por el Codicilo de Alfonso VIII, que Tello era electo de Palencia el 23 de Septiembre de 1208.

En esta brillante galería de los Prelados castellanos, D. Rodrigo se destaca, desde su aparición, como lumbrera de todos y antorcha de la corte de Alfonso VIII. Su primer paso no pudo ser más genial ni más benéfico para Castilla. Como discípulo eminente de las dos más sabias universidades de Europa, Bolonia y París, y sagacísimo apreciador de los beneficios innumerables, que la alta cultura, que en ellas se daba a los talentos selectos, producía a la Iglesia y a las naciones, sugirió al rey de Castilla la idea de establecer en su reino una Universidad, y le facilitó todos los medios necesarios para realizar el plan. Grande y bendita novedad en España, que aún no había tenido la dicha de ver surgir una Universidad en su seno, tan fecundo en exuberantes ingenios, aptos para todas las disciplinas. Pues no pueden merecer ese calificativo, los estudios de Lérida, ni las escuelas de San Isidoro de Sevilla. Alfonso VIII acogió la idea. Era amante del saber y cultura. De él cuenta la historia que mandó componer el libro «Flores de la Filosofía» donde se lee aquella sentencia suya, según se dice: «El rey es como el árbol de Dios, que tiene grande sombra, e fulgan so dél todos los cansados, flacos et lazdrados.»

Alfonso prestó todo su favor y apoyo a su digno consejero para la ejecución de

(1) Antonio Ponz escribió, en su viaje de España. tomo III. Carta I. n. 2, segunda edición. Madrid MDCCCLXXVII.) este error: «Hallóse en esta conquista de Cuenca el Obispo de Osma, D. Rodrigo Jiménez de Rada, que después, siendo Arzobispo de Toledo, se encontró en la célebre batalla de las Navas.» (Cuenca se conquistó por Alfonso VIII en 1177.) (2) Carta cit. n. 20. Lo ha repetido Lampérez en su Arquitectura. II. Cuenca. Pág. 213.

la grande idea. Se escogió a Palencia para lugar de la fundación, y no a Toledo o Burgos, poblaciones más importantes, y respectivamente capitales rivales de las dos Castillas. Quizás motivó esta elección el hecho de que había allí ciertos estudios mejor organizados que en ninguna otra ciudad, como se infiere de lo que dice el autor contemporáneo, Lucas el Tudense, el cual escribe que allí «siempre floreció la sabiduría escolástica». (1) En verdad que siempre pudieron favorecerse en Palencia más eficazmente las ciencias eclesiásticas por la munífica dotación que la Sede episcopal recibió del primer restaurador y reorganizador de aquella Iglesia, el generoso Sancho el Mayor de Navarra, según minuciosamente refiere D. Rodrigo en su historia, añadiendo al fin, que en sus días todavía disfrutaba de todo. (2)

Se creó la primera Universidad española con rumbo, según se desprende de las palabras del mismo iniciador, D. Rodrigo, el cual dice en su historia: «Para que se derramasen sobre él los carismas que fluyeron del Espíritu Santo, y la enseñanza de la sabiduría nunca faltase en su reino, llamó de las Galias e Italia Maestros de toda clase de Facultades, adornados de la más grande sabiduría, y los reunió en Palencia, a fin de que, a toda persona deseosa de estudio se concediera el conocimiento de cada Facultad, como el maná en otro tiempo.» (3) Según el Tudense fueron traídos «Maestros de Teología y de las demás artes liberales» y «se construyeron las escuelas en Palencia, procurándolo el reverendísimo y nobilísimo varón Tello, Obispo de la misma ciudad.» (4) Sin duda los Maestros vinieron de Bolonia y París, invitados por D. Rodrigo, perfecto conocedor de aquellas Universidades. La cooperación activa y costosa de D. Tello a las ideas y planes del rey y de su consejero era necesaria para la creación y funcionamiento de la nueva Universidad, porque nacía y tenía que vivir bajo su jurisdicción episcopal. De seguro que esa cooperación fué muy débil al principio de la fundación, porque D. Tello era sólo electo de Palencia, y no le era posible hacer cosa mayor, por la oposición del Cabildo a su entrada; razón por la cual no pudo consagrarse, ni gobernar pacíficamente su Sede hasta tres años después de esta fecha de 1208. Creo también que por esto no le citó D. Rodrigo al hablar de la fundación. En cosas más pequeñas lo nombra en otras ocasiones; y con gusto, por cuanto los dos se estimaban mutuamente, y se trataban con frecuencia en negocios harto resonantes. Ahora dejaré la palabra a Cerralbo, que se hace cargo de ciertas dificultades, y nos da otras noticias. «Es indudable que esta novedad extraordinaria y nobilísimo adelanto, creando generales estudios, se debió al Arzobispo don Rodrigo, como lo afirma Mariana, al decir en su libro XI, capítulo XXII: «En el tiempo que las treguas duraron con los moros, a persuasión del Arzobispo D. Rodrigo, se fundó una Universidad en Palencia, por mandado del rey, y a sus expensas, para enseñanza de la juventud en letras y humanidad, ayuda y ornamento de que sólo hasta entonces España carecía.»

«Y esto mismo declara en su notable y erudito estudio sobre la Universidad de Palencia su postrer cronista, el sabio D. Clodulfo María Peláez Ortiz; lo que evidentemente así resulta, si se añade que fué creada esta primera Universidad en 1028, cuando ya vimos era consejero... D. Rodrigo; y que no fuese por iniciativa ni consejo de D. Tello Tellez de Meneses, como Obispo de Palencia, no electo (5) sino en 1212, cuando el 15 de Mayo confirma un documento como Obispo, toda vez que en los tres de Burgos de 1208, y en el de Segovia de 13 de Diciembre del mismo año:

(1) Crónica.—Hisp. Illust. tom. I. p. 109. (2) Lib. VI. c. 6. (3) Lib. VII. c. 34. (4) Crónica. Hisp. Illust. p. 109. (5) Quiere decir, consagrado y en pacífica posesión de su Sede. Que era electo es cierto y lo reconoce.

en el de Villalón en 1209: en el de los castillos de Dos Hermanas de 1210; como en el de Retuerta de 1211, y en el de Segovia a 22 de Enero de 1212, firma siempre *Tellus electus Palentinus*, y ni aun sello propio tenía, pues que en el documento de Retuerta figura un monje vestido con su hábito.

«Si todos esos cuatro años estuvo en discordia y sin confirmación la Sede, lo que demuestra que no era tan decidida en su favor la influencia de Alfonso VIII, más fácil es de creer que llegase D. Tello a ocuparla, porque el rey y D. Rodrigo reconociesen y premiasen el servicio que prestara en los complicados trabajos previos y después al frente de la Universidad creada en Palencia; así como se escogiese esta ciudad para fundar los generales estudios, considerando la importancia, que tenían los que, desde antiguo existieron en su Catedral: no siendo pocos autores los que aspiran a remontarlos en fecha hasta la repoblación de Sancho el Mayor y aun el mismo D. Rodrigo dice que en Palencia siempre estuvo en vigor la ciencia y la milicia...

«Por muy decisivo indicio tengo para corroborarme en ser iniciativa de D. Rodrigo la fundación de la Universidad, el que este mismo escribe, y no hay historiador que no lo asegure, cómo Alfonso VIII convocó sabios... y puso en Palencia *Maestros de todas las Facultades* y nada más natural que esta idea fuera sólo empresa fácil a D. Rodrigo, que había estudiado en París y Bolonia.

«Suceso y acto es éste tan importante y propio de un gran sabio como el Arzobispo; no resultando tan lógico en aquel gran rey, que mereció los gloriosos nombres de el Bueno, el Noble, el de las Navas, y hasta el Santo; pero cuya educación literaria nadie testifica, aunque por su corta edad, cuando residió en Avila, lograrse rudimentarias enseñanzas de D. Cerebruno, al que llamaba su maestro... Me he detenido algo en este suceso, ya por su grandísima importancia, y ya porque un ilustre panegirista de D. Rodrigo ni le relaciona siquiera con... la fundación de la Universidad palentina, que entiendo dejar explicado como se debe al primer sabio de su época, Ximénez de Rada.» (1)

Con esta fundación de la Universidad, con todas las Facultades, vinieron a España sabios insignes: de Italia jurisconsultos y filósofos, de Francia teólogos y humanistas, entre los cuales tenía que haber condiscípulos y compañeros, y acaso algún profesor antiguo de D. Rodrigo. Ninguna noticia especial ha quedado acerca del funcionamiento de esta Universidad, en cuanto a los catedráticos y matrículas de estudiantes, ni en cuanto a los sabios instruidos en sus aulas durante los días del Arzobispo. Por eso no es posible señalar con datos concretos los beneficios que a Castilla reportó esta fundación. En general, si es cierto que impulsó mucho el desarrollo de los estudios, y además provocó la creación de la Universidad salmantina, fundada por Alfonso IX por espíritu de emulación y por evitar sin duda que los jóvenes de su reino afluyeran a Palencia. Modesto Lafuente comentó así esta obra. «Esta institución produjo al menos el beneficio de secularizar las letras, arrancando, como dice un escritor de nuestros días, de los monjes y clérigos el monopolio del saber.» Denuesto es éste que hay que rechazar. Jamás el clero ha monopolizado las letras y el saber, sino que los ha difundido sin cesar, como medios de conducir a todos los hombres al conocimiento de la sabiduría, como toda la historia lo proclama. El caso del famoso Prelado de Compostela, Diego Gelmírez, que al escribir esa frase tiene ante los ojos, ni es motivo para semejante reflexión ni tiene tal alcance; porque la prohibición del prelado gallego de enseñar los clérigos las letras a los seculares no establecía el exoterismo de la ciencia,

(1) Discursos... p. 46-50.

sino que coartaba la libertad de enseñar, harto amplia, que sus clérigos se arrogaban. Más adelante narraremos la curva de alternativas y desmayos, que durante la vida de D. Rodrigo, siguieron los estudios universitarios de Palencia, que no obtuvieron del pueblo tanto favor como merecían, sin duda porque escasa era la sugestión, que en la muchedumbre ejercía la lámpara de la ciencia. Por un canon del concilio de Valladolid en 1228, que votó D. Rodrigo, sabemos que en esta Universidad se enseñaban todas las ciencias, que se daban en las Universidades de la época. (1)

Termino este capítulo advirtiéndolo al lector, que el hecho de ver en los documentos reales, que D. Rodrigo se firma *Episcopus Oxomensis*, significa sólo que gobernaba su Sede con autoridad plena, pero no que estuviese consagrado.



(1) Tejada. T. III. p. 325.

CAPÍTULO V.

(1208—1219.)

Promoción al Arzobispado de Toledo.—La cruzada de Aragón.—Relaciones con Inocencio III.—Bula sobre la Primacía.—Excursiones por el reino.—Colegiata de Talavera de la Reina.—Recibe Rodrigo donaciones.

Dicen los Anales Toledanos: «Murió el Arzobispo Don Martín en XXVIII días de agosto, era MCCXLVI.» (1) Ornamento de la Historia de la Iglesia y espejo de grandes prelados, cuya figura debe evocar el Episcopado para inspirarse en sus acciones, como la evocaba su sucesor y testigo de su vida, nuestro Arzobispo, para seguir sus huellas santísimas, hasta tal punto, que lo que de él escribe en su historia, parece un panegírico del mismo Ximénez de Rada. Después de contar que Alfonso VIII encomendó a D. Martín la guerra de Andalucía, en 1193, le encomia como a uno de los más eximios Pastores de la grey cristiana, con expresiones de literatura bíblica. (2) D. Martín era el sexto Arzobispo de Toledo, después de la reconquista, y tercero entre los de origen castellano; pues Bernardo, Raimundo y Cerebruno, que le precedieron, eran franceses, Juan y Gonzalo, castellanos.

En la segunda parte del mismo año 1208, fué elegido D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, según se prueba con este argumento decisivo, en que no se han fijado los historiadores. El Cabildo toledano aprovechó para su elección los tres meses de plazo, que los cánones le concedían, y no pasó a manos del Papa ese derecho. Luego es seguro que D. Rodrigo era electo de Toledo para el 28 de noviembre de 1208. Porque transcurrida esa fecha, la elección hubiera emanado de Roma. La Bula de confirmación de esta elección, (27 febrero de 1209) demuestra eso mismo. Porque Inocencio III expidió esa Bula el año duodécimo de su pontificado, que había empezado el 9 de enero, como dice claro la fecha de la bula, y no se comprende cómo autores de nota han seguido copiando a Loperráez, que se equivocó al escribir que se expidió en 1210. Sin embargo, Loperráez acertó al decir que la elección de D. Rodrigo ocurrió en 1208, sin hacer caso a los Anales toledanos primeros, que la retrasan a 1209, si eso no es una de tantas erratas de copistas, como es fácil. En cuanto a documentos españoles, el más antiguo, que hemos visto con firma de D. Rodrigo, como electo de Toledo, es el que se halla en el folio 72 vuelto del Cartulario *Liber privilegiorum Ecclesiæ Toletanæ*, dado en Toledo, el 20 de febrero de 1209. La Bula de confirmación de Inocencio III dice así:

«Los amados hijos, el Deán, Maestrescuela y los canónigos R. E. y F. de la Igle-

(1) A. Huici. I. p. 351. (2) Revista de la Historia y Genealogía Española.—Año 1919, p. 11-14, por Martín Mínguez.

sia de Toledo, venidos a la Sede Apostólica, expresaron en nuestra presencia, que, como muerto Martín, de buena memoria, Arzobispo de Toledo, el Cabildo hubiese delegado unánimemente a unos canónigos suyos la facultad de proveer a la predicha Iglesia, éstos, después de haber deliberado, acordaron conformemente que se había de pedir para Arzobispo de Toledo al amado hijo, el Electo de Osma. De donde el Deán y los otros sobredichos, después de presentar sobre esto, tanto la decisión del Cabildo, como también cartas de nuestro carísimo hijo en Cristo Alfonso, ilustre rey de Castilla, junto con las vuestras y las de varios religiosos, encareciendo de muchas maneras sus letras, su prudencia y la probidad de sus costumbres, humildemente nos pidieron que aprobáramos esa petición. Por lo tanto, Nos, esperando con razón, que su traslación ha de ser provechosa, con la ayuda del Señor, no solo a la Iglesia Toledana, sino también a toda la Provincia, con el Consejo de nuestros Hermanos, juzgamos que debíamos admitir esa petición, desatándole del todo del vínculo con que a la Iglesia de Osma estaba ligado. Por lo cual le mandamos por nuestro escrito, que no deje de tomar el régimen de la Iglesia de Toledo, habiéndose de ordenar de presbítero por alguno de vosotros, en el tiempo oportuno. Por lo cual, os ordenamos por las presentes, que le obedezcáis en adelante humilde y devotamente al dicho electo de la Iglesia de Toledo. Dado en Letrán, 27 de Febrero, año doce de nuestro pontificado.» (1) El Papa declara el aplauso universal de toda Castilla en esta elección. No poseemos las cartas de recomendación de Alfonso VIII al Padre Santo, ni dónde se hallan las palabras del mismo, que cita el Marqués de Cerralbo «que lo propuso diciéndolo, que ese Arzobispado era escaso premio para sus méritos.»

Don Rodrigo tomó en seguida posesión de su Sede, y comenzó a regirla, pero demoró mucho tiempo aún su consagración episcopal; porque hallamos bastantes documentos firmados como electo. (2) El Papa ordenaba la consagración *oportuno tempore*, es decir, primero ordenándose de sacerdote, y luego dándole en las Témporas siguientes la consagración, pues no le dispensa de los intersticios, y a la vez dentro del plazo improrrogable de seis meses. Pues ya vemos que como diácono gobernaba la Iglesia de Osma.

Opinó Minguella que fué consagrado en Toledo por sus próximos parientes, San Martín de Finojosa, Obispo dimisionario de Sigüenza, su tío, y su sucesor en el mismo cargo, D. Rodrigo, primo del electo de Toledo. (3) Cosa muy creíble, pero no atestiguada por autoridad fehaciente. Respecto de la edad de Jiménez de Rada en el momento de su elevación a la Sede primada de las Españas se ha escrito muy frecuentemente que era joven, de 27 a 30 años; pero lo que hemos escrito arriba demuestra que oscilaba entre los 38 y 40.

Así ocupó D. Rodrigo la cabeza de las Iglesias de España, la primera por la majestad de su culto, por el catálogo de sus eminentes Pastores, y por la superioridad de su influencia, a la que el nuevo Arzobispo amó apasionadamente, hasta ser censurado por ello. Se le ha acusado de que por ese amor adjudicó a su Iglesia la gloria indebida, de que en Toledo, en la época árabe, la sucesión de los Prelados de la misma Iglesia continuó sin interrupción. (4) Se arguye que no existía la lista de los Arzobispos toledanos durante la dominación agarena. Argumento, de que se valían los enemigos de la Primacía de Toledo para desechar sus aspiraciones a la alta prerrogativa de Primada de aquella Iglesia, que D. Rodrigo vindicó para ella con más ardor, constancia, sacrificios y resultados que ningún otro Ar-

(1) Ap. 2. No he encontrado la Bula dirigida al mismo D. Rodrigo para intimarle la elección.

(2) Liber priv. f. 9. r. v. Memorias... p. 280. (3) Tomo I. p. 192. (4) Lib. IV. c. 3.

zobispo toledano. Pero las investigaciones eruditísimas de los PP. Burriel y Fita han patentizado la verdad de lo que Jiménez de Rada aseguró en su historia, presentando el catálogo completo de los Arzobispos mozárabes de Toledo desde 950 en adelante. (1)

Brilla este afecto encendido de Rodrigo a su Iglesia en las páginas saturadas de entusiasmo, que dedica a los diversos privilegios de la misma, al oficio mozárabe, a sus inmortales concilios y a sus grandes Pontífices. Pinta a los reyes y obispos de Asturias, restauradores de la monarquía y religión, que pelean y conquistan, pidiendo la inspiración para todo a las instituciones de Toledo, y moldeando las Sedes heroicamente rescatadas según el diseño de la Iglesia de Toledo. (2) De esta manera se expresa D. Rodrigo al referir la erección de la Sede Ovetense y otras Iglesias, bajo el cetro de Alfonso el Casto: «Y así como los jóvenes que ignoraban la gloria del primer templo (de Jerusalén) se regocijaban en la restauración del templo por Esdras y Nehemías, y lloraban de pena los ancianos, que recordaban la magnificencia del mismo, igualmente allí (en Oviedo) se llenaban de lágrimas y tristeza los que habían visto la gloria de Toledo, y los jóvenes, ignorando la pasada gloria, ensalzaban las magnificencias del rey.» (3)

Jiménez de Rada ama también entrañablemente a la ciudad de Toledo, capital de su Arzobispado, y primera población entonces de la corona de Castilla: y siempre la considera por cabeza del reino, en su historia, titulándola constantemente *urbs regia*. En aquella fecha Toledo era un museo vivo y rico de tres civilizaciones muy originales e interesantes como ninguna ciudad del mundo, la gótica, la musulmana con mezcla de la judía, y la mozárabe con reliquias de la romana, y los balbuceos incipientes de la cristiano-ogival, que muy pronto, bajo los auspicios del mismo D. Rodrigo, llegarán al primer puesto. Del número de habitantes de la población toledana, cuando Jiménez de Rada entró en ella, no hay datos concretos, pero el mismo Arzobispo nos suministra uno, que demuestra que Toledo estaba más poblada que ahora. Dice en su historia, al contar cómo las huestes de la cruzada de las Navas de Tolosa eran atendidas en Toledo: «Se reunieron todos los ejércitos en Toledo, *la cual sola* pudo cubrir con su opulencia las necesidades de todos.» (4) Gran población tiene que ser la que aloja y atiende a más de cien mil guerreros. Notemos por fin, que Toledo, según los Anales Toledanos, quedó también huérfana de su autoridad civil en el mismo año, que murió D. Martín; porque el 11 de Noviembre terminó sus gloriosos días aquel Estebe Illán, alma de Toledo muchos años, y sujeto muchas veces celebrado en los anales patrios, por sus singulares servicios en la guerra y en la paz.

Ya hemos dicho que Toledo era la única Sede Metropolitana de Castilla, si bien toda Castilla no pertenecía al Metropolitano de Toledo. Cuando D. Rodrigo empezó a regirla se componía de las siguientes sufragáneas: Cuenca, Osmá, Palencia, Segovia, Sigüenza y Albarracín. La engrandeció mucho D. Rodrigo, durante los casi 40 años de su Pontificado, y estuvo a punto de duplicarla con la agregación de Valencia, como de derecho le correspondía; pero una hábil jugada de Jaime el Conquistador, a la que, por amor a la paz, se prestó el Papa Gregorio IX, en 1240, se la arrebató de las manos. Calahorra pertenecía a Tarragona, como había pertenecido Burgos hasta bien entrado el siglo doce, alegando el Prelado Burgalés que era de Tarragona, por descender de Auca; mientras que el Toledano la reclamaba, aunque sin éxito, por que estaba fundada en una parroquia de Osmá. (5)

(1) Boletín de la R. A. de la Historia, tom. 49. p. 329-331. (2) Lib. IV. c. 18 y 19. (3) Lib. IV. c. 8. (4) Lib. VIII. c. 1. (5) Bula de Urbano II (15 julio 1097.)

Lo que más dolía a Rodrigo era el no poseer la sufragánea de Avila, enclavada en Castilla, pero arrebatada por el sagaz Gelmírez muchos años antes, por el decreto pontificio diestramente obtenido de Roma, para agregar a Compostela todas las Sedes pertenecientes a la Metrópoli de Mérida, con lo que Toledo perdió a la misma Zamora, que la había restaurado en tiempo del Arzobispo Bernardo, resultando estériles todos los esfuerzos de recuperación, lo mismo que los hechos para tener por sufragáneos los Obispos de León y Oviedo, que se emanciparon junto con Palencia. En cambio por el valor de aquel famoso héroe, Azagra, poseía la Sede de Albarracín.

Don Rodrigo, apoyado en dos principios, agregó a su Archidiócesis otras Sedes, y muchos pingües territorios. El primer principio era que las antiguas Sedes, a penas se rescataran, volvieran a su jurisdicción. El segundo que se le sometieran también las Sedes y territorios, cuyas Metrópolis estuvieran en poder de los sarracenos, en tanto que la propia Metrópoli no recobrara la vida primitiva. Esto fué una concesión, que renovaron varias veces los Pontífices al mismo D. Rodrigo, lo mismo que se la habían hecho a sus predecesores, como veremos adelante. (1)

El 16 de febrero de 1209 (2) Inocencio III dirigió al Arzobispo de Toledo y sus sufragáneos una sentida Bula, ordenando que todos juntos, o cada uno en particular, según mejor les pareciera, amonestasen e indujesen a Alfonso de Castilla a imitar el ejemplo de Pedro de Aragón, que con su pueblo se preparaba a ardorosa lucha contra los sarracenos, según se lo comunicaba al Papa el mismo Aragonés. Inocencio III dice a los Prelados castellanos que muevan a lo mismo al rey y pueblo de Castilla con sus exhortaciones y predicación, para evitar la profanación de las iglesias por los moros, como en Oriente: pues graves están los tiempos. Deben prohibir rigurosamente al rey de Castilla, si en persona no emprende la guerra, a que impida que los castellanos se alistén en las tropas aragonesas. El Padre Santo concede las gracias de la cruzada para animar a todos. (3) Los preparativos bélicos extraordinarios del Miramamolín, y su lenguaje osado y decidido llenaban de pavor a todo el Occidente católico. No sabemos cuánto consiguió D. Rodrigo con sus exhortaciones. En Castilla se difundió nuevo espíritu de guerra santa.

Mas la contenía Alfonso por dos razones, quizás a pesar suyo. Primera, la tregua de diez años, que expiraba al fin del que corría, como escribe nuestro Arzobispo. (4) No era prudente que diese él al Miramamolín el pretexto de acometerle con aparente justicia. La segunda era asegurar las espaldas por la parte de León. Allí

(1) Nótese que durante el primer periodo del reino godo el concepto de Metrópoli, aplicado a Toledo, era muy distinto. Se llamaba el Arzobispo de Toledo Metropolitano, en cuanto que vivía en la Metrópoli civil del reino. Pero también había otra Metrópoli civil en la Península, que obedecía al Imperio de Bizancio: era Cartagena, que se sostuvo mucho tiempo por el imperio de Constantinopla. En esa Metrópoli civil había autoridad suprema eclesiástica, que en oposición a Toledo, se llamaba Metropolitana, y era rival. Cuando cayó en poder de los godos se resistió algún tiempo el de Cartagena; pero cedió al fin. De esto se aprovechó algo en tiempo de D. Rodrigo para enturbiar pleitos.

(2) *Anno duodecimo Pontificatus*, dice el original del Archivo Toledano, donde la he copiado. Se distrajo el P. Fita, cuando la fijó en 1210. (Boletín de la R. A., de la Historia, tomo XII. p. 177.) Aprovecho la ocasión para advertir al lector, que pueden nacer errores en las fechas de las bulas por el modo distinto de calendar de los Papas. Unas veces fechan *ab anno incarnationis*. El año de la encarnación empieza el 25 de marzo. Otras *ab anno Nativitatis*, que es el corriente modo de ahora, que cae a fines de diciembre. Lo general es seguir los años de su pontificado. Pero el año del pontificado de cada Papa comienza el día de su promoción y acaba ese mismo día. De suerte, que si empieza el primero el 2 de marzo, hasta el 2 de marzo del año siguiente es primero. La reducción de la era española a la cristiana es fácil. Se restan 38 años de la era española, como lo probó Flórez. (Esp. Sagr. tomo II.) contra Mondéjar y Mayans Siscar, que pretendían que había diferencia de 39 años. (3) Ap. 1. (4) Lib. VII. c. 34.

amenazaba, rencoroso e implacable, el soberano leonés, las fronteras castellanas, desde que Alfonso VIII se había dado al partido del derecho y de la virtud, por aquella mudanza que en él se obró, como lo notó el ilustre biógrafo de D. Rodrigo, el Cardenal Lorenzana, desde la entrada de este consejero en la Corte castellana, (1) y que había recogido a su hija Berenguela en su casa. Esto se apresuró Alfonso el Noble a resolver limpia y derechamente. Se avino también el leonés y se celebraron en Valladolid unas paces de circunstancias extraordinarias, que es preciso recordar, el 27 de Junio de 1209.

Quiero detenerme para señalar y exponer una innovación profunda, que en esta paz se introdujo, haciendo intervenir para su solidez y estabilidad la primera autoridad de la Iglesia universal, y los representantes más altos de ella en cada reino, con fuerza y solemnidad absolutas. Los artículos de paz, que se estipulan, son completos y claros, y están compuestos con un tono que revela sinceridad. Y para comunicar a la estipulación la mayor garantía posible de duración, se propone la fórmula siguiente, que se usó entonces la primera vez y que pasó a ser fórmula protocolaria para adelante. Después de exponer el articulado, los reyes prosiguen así:

«Todas las antedichas cosas las debemos participar por cartas y mensajeros nuestros al Papa, y pedir e impetrar de él su confirmación, para que él constituya a nuestros Arzobispos, el Toledano y el Compostelano, como ejecutores de la excomunión *latæ sententiæ*, fulminada contra los transgresores de la paz y de las treguas, y también ejecutores del entredicho impuesto contra el reino del transgresor: y de tal manera, que, los mismos (ejecutores) caigan en la misma sentencia y pena, si no la ejecutaren fielmente.» (2)

La novedad y elegancia del estilo, y la originalidad en dar firmeza a los pactos persuadieron al docto P. Fita de que esta fórmula es obra de D. Rodrigo, (3) Así lo creemos también, sin que sea motivo de duda el hecho de que no la firmó él, como la firmaron los tres Obispos castellanos de Burgos, Segovia y Palencia, y el Arzobispo de Santiago (*præsentes de utroque regno*, dice el documento). (4) Obsérvese, que ese documento no era de carácter gubernativo del interior del reino, sino diplomático internacional, en el cual sólo tenían que figurar el número de firmas necesarias para los efectos del pacto, y ninguna más. Cuando posteriormente dos veces más se repitió este mismo modo de pactar la paz, según se verá en esta obra, se conservó el mismo método. No firmaron más que media docena escasa de Prelados de ambos reinos compactantes, aunque estuvieran presentes otros más. Así que aun estando presente pudo no firmar D. Rodrigo el acta; acaso por ser su autor y promotor. Yo no dudo que, allí se encontraban otros Prelados de Castilla y León, que tampoco firmaron; porque a tales actos raro era el Obispo que faltaba.

Según los documentos reales, D. Rodrigo firmó el 17 de julio de 1203 la donación de Alfonso VIII, expedida en Belorado, en favor del monasterio de Oña, por devoción a San Iñigo, Abad del mismo monasterio en otro tiempo (5) Según el historiador Moret, el electo Arzobispo visitó la ciudad de Vitoria, en este año, en compañía del mismo rey, según lo deduce de la carta de premios, existente en San Millán, a favor del Maestro Diego, por los heridos, que curó en el cerco de Vitoria, el año 1200. Añade: «Es de estimar la memoria, porque en ella es confir-

(1) Vita Domini. Roderici. p. XIX. col. II. tom. III. de Padres Toledanos. (2) España Sagrada. tom. 36. ap. XLV. (3) Boletín de la R. A. de Hist. tom. 40, versus finem. (4) El documento entero en las Memorias. p. 243-245 (5) Boletín de la A. H. t. XXVII. p. 114.

mador el Arzobispo D. Rodrigo, llamándose electo de Toledo. Lo cual consueña con los años, que el mismo cuenta, de su dignidad, al acabar su obra, y arguye las buenas noticias, que tendría de los trances del cerco de Vitoria, habiendo estado en ella tan pocos años después con los reyes.» (1)

En la parte segunda de este año empezamos a descubrir actos del régimen particular de la Diócesis toledana por D. Rodrigo. Había escogido para octubre, para la gestión de negocios, al Arcediano de Toledo, D. Mauricio, futuro Pastor de Burgos, el iniciador de las obras de la maravillosa Catedral burgalesa. D. Mauricio compró a fines de octubre, a una familia de judíos, varias heredades de cierta importancia para D. Rodrigo «cuando era electo, en el pueblo de Olías del Rey, no lejos de Toledo.» (2)

Los arqueólogos ponen en este año el principio de la construcción del notabilísimo Palacio de los Arzobispos de Toledo en Alcalá de Henares, que era del Señorío de los Prelados de Toledo, siendo el que comenzó las obras D. Rodrigo. Se lee en una Enciclopedia, «lo fundó el Arzobispo Rodrigo Jiménez en 1209, y de esta época hay conservados ajimeces góticos» (3) Hoy es *Archivo General Central*. Peor suerte podía haber a esta obra todavía tan admirada y estudiada del primer historiador de España, a la que embelleció en el siglo XIV el Arzobispo Tenorio.

Terminaremos las noticias de este año 1209 con un caso sorprendente, en que tuvo que intervenir D. Rodrigo, por comisión del Sumo Pontífice. Ya dijimos que, con el tiempo volveríamos a ocuparnos del Obispo de Sigüenza, D. Rodrigo, primo de Jiménez de Rada. Un escritor moderno resume así su fisonomía: «Las noticias que tenemos de este Prelado nos lo pintan como hombre de extraordinaria energía incansable en sus empresas, vehementísimo en promover los intereses de su Diócesis... Para nosotros este Prelado fué el que más parte tuvo en la edificación de la Catedral, según hoy la poseemos» (4) El caso que vamos a narrar confirma esa vehemencia enérgica con un matiz de áspera precipitación.

Estaba un Arcipreste celebrando misa en la Catedral, cuando de repente la multitud se lanzó al coro de los canónigos, e invadió importunamente el altar. El Obispo, que asistía, ordenó a los ministros contener a la turba; pero no lo pudieron; por lo cual el mismo Prelado, fiado en su dignidad empezó a poner orden, báculo en mano, y siendo desatendido, con el mismo báculo, ya amenazando ya golpeando ligeramente, se esforzaba por establecer el orden indispensable. A la vez aparecieron en medio de la muchedumbre palos que herían más de veras acaso que el cayado pastoral del Obispo. El caso es, que, en medio de esta confusión, quedó herido en la cabeza un joven, que al cabo de un mes se tuvo por curado, hasta el punto de ponerse a trabajar. Pero sometido a una operación quirúrgica que le hizo un médico viejo e inepto, murió el joven. Los malvados divulgaron que el Obispo era el homicida, con lo que quedó D. Rodrigo públicamente infamado. Por eso suspendió la celebración de la misa, y escribió luego a Inocencio III todo el caso, sometiéndose con humildad a su decisión.

El Papa puso el asunto en las manos del electo de Toledo, ordenándole que formase el proceso. Jiménez de Rada se presentó en Sigüenza con diligencia, recibió las declaraciones de enemigos y amigos de su primo, redactó el proceso y lo remitió al juicio del Pontífice, no queriendo ni siquiera autorizar al Obispo encausado para celebrar, a pesar de tener facultad para ello, y a pesar de aconsejárselo

(1) Anales de Navarra. Lib. XX: c. 3. n. 11. (2) Lib. pri. Eccl. Tol. I. f. 77.—Está allí el resumen.

(3) Véase Bellido.—Guía de España.—Madrid. 1911, p. 52. Espasa. art. Alcalá de Henares.

(4) «La catedral de Sigüenza» por Manuel Pérez Villamil.

así los jurisconsultos. Acaso porque no se le acusara de favorecer a su pariente. En todo caso, el Papa se muestra conforme con su proceder y le comunica al Obispo de Sigüenza su resolución. Reconoce que no es culpable de ser percusor, pero viendo que existía infamia, dispone lo que sigue: Que se convoque clero y pueblo y que se publiquen ante ellos los testimonios de los cirujanos y físicos, para lavar así la supuesta infamia. Luego autoriza al Obispo de Segovia y al electo de Palencia, junto con el Arcediano de Sepúlveda, para que repriman con censuras eclesiásticas a los que se atreviesen a molestar más a D. Rodrigo de Sigüenza con tan enojoso asunto. En el mismo día expidió el Papa las dos Bulas extensas, una al encausado y otra a los delegados nombrados últimamente, relatando con más pormenores lo que hemos compendiosamente expuesto. No acertamos cómo el Ilustrísimo Minguella no ha tocado punto tan delicado. (1) Nada perdía con esto el primo del Arzobispo de Toledo, de quien sabemos que era integérrimo; que para encorvar a los protervos no dejó de apelar a las excomuniones y multas, (como en 1199 con los de Medinaceli;) que era de caritativo pecho; que donó casas suyas y construyó un Hospital para los pobres, disponiendo que un canónigo cuidara de su funcionamiento y rentas; que era de conciencia de santos. Murió después de brillar en las Navas por su valor, en el concilio Lateranense por su celo, y en la construcción de su magnífica catedral por su acendrado amor al culto de Dios.

En la primavera de 1210, mejor dicho, poco antes, se hallaba D. Rodrigo en Sigüenza, al lado de este su primo, con un canónigo de Toledo, llamado Esteban. De este modo escribe Minguella: «Nuestro Obispo, el Prior D. Lope y los Arcedianos de Sigüenza, Almazán y Molina acompañaron al Arzobispo de vuelta a Toledo, y allí se hizo, en el mes de Junio, la concordia de hermandad entre ambos Cabildos.» (2)

El 27 de Septiembre de este año, 1210, encontramos a D. Rodrigo resolviendo un ruidoso pleito, que ofendía al rey de Castilla y desedificaba a su reino, desde hacía diez años atrás. El famoso monasterio real de Sahagún tenía bajo su jurisdicción el cenobio de monjas de San Pedro de las Dueñas, a una legua de distancia, con una porción de grandes atribuciones, que no es del caso detallar. El año 1200 estalló entre el Abad y el monasterio de San Pedro una grave discordia, con una serie interminable de litigios, que fueron eslabonándose, y acabó por negar los monjes la obediencia al Abad. En esto fué elegido otro Abad en Sahagún, llamado Guillermo, que fué mal recibido por muchos monjes, los cuales ahondaron más con sus manejos y confabulaciones con varios ambiciosos seglares, que querían medrar en intereses a costa de la opulenta Abadía, la separación de los dos monasterios, destruyendo, como es natural, el espíritu religioso, que debía florecer. Hallándose las cosas en ese abismo, Alfonso VIII, que era Patrono del monasterio de Sahagún, no pudiendo tolerar en su reino escándalo tan grave, encomendó todo el negocio a su prudente consejero, D. Rodrigo, el cual, en unión de D. Tello de Palencia, estudió toda la enmarañada cuestión, y presentó el plan y sentencia de concordia, a que se sometieron los dos monasterios y vivieron en paz, observándolo hasta Alfonso el Sabio, en cuyo reinado, un malévolo, Ruiz Fernández, del mismo Sahagún, encendió la discordia con feos ardides. El rey Sabio mandó revisar la sentencia dada por D. Rodrigo, la tradujo al castellano, y la halló tan completa y justa, que el 22 de diciembre de 1253, decretó su exacto cumplimiento, imponiendo silencio a todos los revoltosos.

(1) Ap. 3. (2) Léase el documento en el Lib. priv. II. fol. 33-34.—Lo publicó Minguella. *Histor. de la Dióc. de Sigüenza*. I. 192.

Don Rodrigo en su sentencia señala, entre otros, los siguientes más principales derechos del Abad de Sahagún sobre San Pedro de las Dueñas: Que el Abad puede entrar cuantas veces quiera en el Capítulo de las monjas, y corregir allí los abusos y a las monjas que lo merecieren. Puede ir al monasterio, si el Abad oye un caso público ruidoso, para remediarlo. Que elija Abadesa con otorgamiento de la parte mayor y más sana del convento. Es necesario su consentimiento para recibir una monja nueva y para que la Abadesa o alguna monja pueda cabalgar fuera del monasterio. Ordena D. Rodrigo que ninguna monja sea excomulgada sin triple previa amonestación, ni expulsada, si promete obedecer a las reglas de San Benito, ni castigada por la Abadesa, si apeló al Abad. El Prior de San Pedro, puesto por el Abad, que no fuera bueno y provechoso, sea removido a petición del monasterio, sustituyéndole otro, nombrado por el Abad. Y acaba declarando las atribuciones del Prior en la administración de los bienes del monasterio, que, según aparecen allí mismo, son riquísimos. (1)

Don Rodrigo es uno de los Prelados españoles, que más correspondencia han tenido con el Jefe supremo del Catolicismo, y el Bulario suyo quizás sea el más rico e importante, que de ningún otro Prelado peninsular. Yo no conozco otro, que le iguale, a pesar de que no se ha coleccionado íntegro, por el escasísimo empeño que se ha puesto hasta ahora en España, para publicar los infinitos Breves y Bulas, que se ocultan en las Iglesias, monasterios y archivos públicos de España, donde se encuentran datos para la construcción de la historia eclesiástica y civil españolas. Las Bulas pontificias son las que en el presente estudio biográfico dirigen muchas veces nuestros pasos, y nos descubren sucesos importantes de la vida de D. Rodrigo.

Una de ellas, hasta ahora inédita, nos da la pista de dónde estaba el Arzobispo, a fines de febrero de 1210. El 28 de ese mes escribió Inocencio III al Obispo de Segovia, al Electo de Palencia, D. Tello, y al Arcediano de Sepúlveda, para que resolviesen judicialmente una reclamación de D. Rodrigo en contra del clero de Talavera de la Reina, y otros cleros de su diócesis, que perjudicaban a su Arzobispo en los derechos de procuraciones, de catedráticos, décimas, obligaciones de difuntos y otras cosas. Al empezar la Bula indica el Papa que el Arzobispo le ha expuesto *verbalmente su queja* y reclamación diciendo: «Nuestro venerable Hermano, el Arzobispo de Toledo expuso en nuestros oídos...» (2) Fórmula que significa de ordinario exposición oral de la persona, que es el autor de la exposición. Por lo tanto, D. Rodrigo, en esa fecha estaba en Roma, ante Inocencio III; ya que la Bula tiene la data de Letrán. No lo podríamos asegurar tan absolutamente si no tuviéramos otras dos Bulas, expedidas el día siguiente, 1.º de marzo, en las cuales dice expresamente el Santo Padre, que D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, se hallaba muy poco antes en la corte de la Sede Apostólica, acompañado de su Deán, llamado Hispano, y varios canónigos del Cabildo toledano. Una Bula va dirigida al Cabildo de Toledo, y la otra al mismo Deán, ya nombrado, y en las dos dice el Papa, que plugo a D. Rodrigo, lo mismo que a los mencionados capitulares, escuchar las preces del Pontífice, y darle gusto en su misma presencia, nombrando canónigo de Toledo a Andrés Gabiniano, subdiácono y Capellán del Papa, por quien se interesaba Inocencio III muchísimo. El Pontífice, después de manifestar su gratitud, pide en sus cartas que le pongan en posesión provechosa de todos los dere-

(1) Véase la *Historia de Sahagún* por el P. Escalona. Libs. IV y VIII. Ap. III. Escritura CCXLIII. Obra de entera confianza, basada en documentos auténticos. (2) Venerabilis Frater noster. Arch. Tolitanus nostris auribus intinavit... Ap. 5.

chos que le corresponden, como verdadero capitular, y para que así le remuneren los buenos oficios que, como procurador del Cabildo e Iglesia de Toledo, diligentemente les presta; con lo cual Gabiniano les servirá todavía más gustosa y activamente, siguiendo en Roma representando al Cabildo y la Iglesia de Toledo. (1)

Cuatro días después fechó Inocencio III en el Palacio de Letrán el documento pontificio más ardientemente apetecido y solicitado por D. Rodrigo, piedra angular de sus derechos primaciales, base granítica de su autoridad y preeminencia entre todas las Iglesias de España, instrumento de victoria en las vindicaciones de la dignidad de Primado, escudo de invulnerable defensa contra todas las aspiraciones de los rivales. Larga Bula de la que sólo la parte primera traduciremos aquí; pues lo restante enumera los bienes y posesiones de la Iglesia Toledana. Dice así:

«Inocencio Obispo, siervo de los siervos de Dios, a Rodrigo, Arzobispo de Toledo y sus sucesores, canónicamente instituidos: La sacrosanta Iglesia Romana ha sido constituida por el mismo Señor Jesucristo, Salvador de todos, cabeza de todas las Iglesias, en el Bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles. Así, no deben los miembros separarse de la cabeza, sino obedecer a la razón y providencia supremas. Mas la dirección moderadora de la cabeza, considerando las acciones propias de cada miembro, conserva a cada uno el derecho y el orden establecidos por la naturaleza, y guarda, sin envidia, con amor social, todas las prendas que embellecen su dignidad. Por lo tanto, inducidos prudentemente por esta razón, queriendo conservar los derechos de la noble e ilustre Iglesia toledana, hija propia y especial de la Sede Apostólica, hemos resuelto, Venerable Hermano Rodrigo, a quien amamos en Cristo con verdadera caridad, acceder con paterna piedad a *tus razonables súplicas*. Así pues, a ejemplo de nuestros predecesores, de feliz memoria, Urbano, Gelasio, Honorio, Eugenio, Adriano, Alejandro I, Alejandro II, Urbano II y Celestino, por la presente página, con autoridad apostólica, confirmamos la dignidad de Primado en los reinos de España, a tí y a la Iglesia toledana: y los Obispos de España te acatarán como Primado, y te someterán cualquier cosa, que entre ellos se suscitare, salva la autoridad de la Sede Apostólica en todo. Pero juzgamos, que estando tu persona unida a nosotros con más especial gracia, si se presentase algún litigio por causa del Romano Pontífice, se decidirá por sola la mediación del mismo. En verdad, fortaleciendo a la Iglesia toledana con la estabilidad del presente privilegio, decretamos, que se sometan, como súbditos a la Metrópoli, la parroquia Complutense, y Cuenca con sus términos: también todas las Iglesias que de antiguo por derecho propio, se sabe que fueron suyas; confirmando además las Sedes Episcopales, que justa y canónicamente al presente posees, Palencia, Segovia, Osma y Sigüenza. Sancionamos, respecto de las demás Sedes que en pasados tiempos le obedecían, que cuando el Señor omnipotente las devolviera al poder de los cristianos, se sometan a su cabeza. Pero en cuanto a las ciudades de las Diócesis, que por la invasión árabe perdieron sus propios Metropolitanos, establecemos este tenor; que estarán sujetos a tu jurisdicción y te obedecerán a tí, como a propio Metropolitano, de tal modo que por nuestra autoridad tengas libre potestad de instituir Obispos en las Sedes Episcopales, y poner en castillos y villas presbíteros, según el Señor te inspirare, y ordenar en los Obispos que pertenecen de antiguo a los límites de tu Iglesia, como en los que carecen de propio Metropolitano. Si se restauran las Metrópolis, también se les devolverá

las Diócesis, para que disfruten del régimen del Pastor propio, concedido por divino beneficio. Además todas las posesiones y los bienes todos, que la Iglesia toledana posee al presente justa y canónicamente, y los que tuviere en la futuro por concesión de los Pontífices, donación de Reyes y Príncipes, concesión de los fieles o pueda adquirir, por cualquier otro justo medio, se conservan a ti y a tus sucesores, firmes e intactos.»

Como dice Inocencio III, al principio de la bula, de cuya segunda parte sacaremos más adelante otras noticias, (1) fué expedida en contestación a la petición de D. Rodrigo; petición que le dirigió de viva voz en el viaje que relatamos. El objeto del viaje quizás fué doble. Primero la consagración episcopal. Ya dijimos arriba que todas las noticias vienen a concluir que D. Rodrigo se consagró hacia la primavera de 1210. Por otro lado nada autoriza para creer la insinuación, que hemos copiado, del Obispo Minguella; y el viaje coincide exactamente con la fecha indicada. Por lo que es muy probable que fué consagrado D. Rodrigo por Inocencio III. El segundo objeto fué la cuestión de la Primacía de su Sede.

Nuestros lectores, viendo que componemos la presente historia, siguiendo paso a paso la cronología, comenzarán a extrañarse, de que no empiecen a aparecer en la narración los primeros movimientos de aquella ofensiva cristiana contra los sarracenos, que terminó con la epopeya del Muradal; porque ya hacia fines de 1209, voces augustas de Roma conmovían muchas fibras interiores, y en 1212, en las regiones hispanas, empezaban a formarse las olas bélicas, y D. Rodrigo era quien daba vida a ese movimiento. Pero haciendo una excepción, vamos a separar completamente hasta el año doce todo lo que pertenece a los preparativos y ejecución de esa empresa, que más que a nadie corresponde a nuestro héroe, y daremos ahora cuenta de los demás actos suyos.

A mediados de febrero de 1211 recorría Castilla la Vieja en compañía del rey y en San Esteban de Gozmar firma la autorización para adquirir bienes inmuebles en varias villas, que D. Alfonso concedió al Cabildo de Sigüenza, el 28 de febrero. Era un favor grande; pues estaba prohibido al clero la adquisición de propiedades de esta clase a título de perpetuidad. El fantasma de las manos muertas asustaba mucho en aquellos días, (2) porque sustraía muchas rentas al erario público y al fisco real: pero no había sectarismo religioso.

El 7 de marzo se hallaba en Burgos, población tantas veces visitada por él, por ser la que encerraba los afectos de los reyes, que él aconsejó, y Corte en que éstos vivían sin zozobras. Con gusto venía allí D. Rodrigo por visitar a su hermana, María Jiménez, monja en las Huelgas de Burgos, insigne fundación de Alfonso VIII, bajo la inspiración de su mujer, D.^a Leonor. Era de la orden del Cister, obedecía al monasterio de Huerta; y su primera Abadesa y fundadora del cenobio, había venido de Tulebras, monasterio de la Ribera de Navarra, no lejos de la mansión señorial y natal de los Radas. Se llamó Mira Sol. D. Rodrigo compró en ese día 7 de marzo su herencia. Decía la hermana a su hermano: «Sepan todos los presentes y futuros, y que yo, María Jiménez, hija de Jimeno de Cadreita, monja del real monasterio de Burgos, con consentimiento y beneplácito de D.^a Sancha, mi Abadesa, vendo a vos, Rodrigo Jiménez, Arzobispo de Toledo, mi hermano, toda la parte del patrimonio que tengo, o debe pertenecerme de parte del padre y de la madre, y también la parte que me tocó de parte de mi hermano, Pedro Jiménez que murió en ultramar; lo vendo en doscientas monedas de oro con que me doy por satisfecha, y declaro, que se me han pagado exactamente.» (3) Como

(1) Ap. 7. (2) Minguella. I p. 520. (3) Lib. priv. I. f. 32; y pergamino original.

se vé, todavía vivían los padres de nuestro Arzobispo: el cual, diez días después, autorizó con su firma la concordia, que tres árbitros propusieron en el litigio que las monjas de San Pedro de Toledo y su primo el Obispo de Sigüenza sostenían acerca de varias fincas, conformándose al fin con recibir la mitad cada parte. (1)

En el mes de Julio realizó D. Rodrigo un acto de imperecedora memoria, que la historia ha ensalzado merecidamente. Estando en Toledo creó la insigne Colegiata de Talavera de la Reina y organizó sabiamente el Cabildo. Después de un expresivo preámbulo, dice así el celoso fundador, en el acta de creación y organización:

«Nos, Rodrigo, por la gracia de Dios, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, atendiendo y considerando la devoción de la iglesia de Talavera, por la cual se mantiene firme e irrefragable en la religión de la fe cristiana, y juzgando digno condescender a las preces de los amados hijos, los clérigos de la Iglesia de Talavera, habiendo obtenido sobre esto el consejo, la voluntad, el consentimiento y la autorización del venerable Cabildo toledano, hacemos conventual para adelante a la iglesia de Santa María de Talavera, y desde ahora en adelante será perpetuamente iglesia conventual, y habrá allí siempre Canónigos, que *día y noche recitarán* los oficios divinos y ofrecerán oraciones y súplicas a la divina Majestad, por la salvación de los vivos y descanso de los difuntos.»

El nombramiento de todos los Canónigos y prebendados lo reserva absolutamente a la Mitra, sin que jamás tenga el nuevo Cabildo derecho de intervenir con su voto o consejo en la creación de ningún canonicato, ni en la provisión de ninguna dignidad o prebenda. Las Dignidades perpetuas, que creó fueron el Deanato el Subdeanato, el Preceptorado y la Tesorería. En cuanto al Arcediano, dispone que lo será siempre el que fuere nombrado Arcediano del Arcedianato Talaverense, con la plenitud y absoluta superioridad de derechos de siempre, pudiendo y debiendo ejercer sobre su Cabildo la misma autoridad que el Deán de Toledo ejerce sobre el suyo, con derecho de Arcediano, exceptuando lo que se refiere a nombramiento de los miembros del Cabildo, que queda completamente reservado a D. Rodrigo y sus sucesores. Declara que la Colegiata con su Cabildo quedará sujeta al Arzobispo de Toledo y a la Iglesia de Toledo; y en señal de esta sujeción perpetua, obliga a que la Colegiata y su Cabildo paguen un censo anual insignificante, pero con solemnidad extraordinaria. El censo será cinco maravedís, y lo pagarán en la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, que es titular de la Iglesia Catedral de Toledo. Se practicaban especiales ceremonias de honor en aquel acto. En el momento de la colación canonical deberán todos prestar obediencia al Arzobispo sobre los Santos Evangelios.

Los nuevos miembros del Cabildo prometieron y juraron guardar todos los puntos sobredichos, renunciando a todo derecho escrito o no escrito, que en alguno de esos puntos les pudiera favorecer, en lo presente o futuro, en contra de lo que se reservaba el Arzobispo. ¡Cuán hermética y firmemente cerraba con esa cláusula el Arzobispo toda puerta y todo resquicio a todo lo que en algo pudiera atar la autoridad y los derechos amplísimos, que se reservó! Se descubre ahí qué cerebro tan previsor había en D. Rodrigo para cegar terminante y absolutamente todas las fuentes de disturbios, que de las pretensiones del Cabildo podían provenir al Arzobispo en los tiempos venideros.

Termina así: «Se hizo esto en Toledo, el año del Señor 1211, en el mes de julio.» Firman, después de D. Rodrigo, treinta y tres individuos de todas clases del clero

(1) Minguela. I. p. 521

toledano. (1) Como indudablemente siguió a Cuenca a su rey en este mes, y firmó allí la donación de Avengamar, que, en premio de los grandes servicios, que en la población de Moya habían prestado los Santiaguistas, les había hecho Alfonso VIII (2) suponemos que el acto se verificó en la primera parte de Julio; puesto que firma en Cuenca el 26 del mismo.

El famoso Señor de Vizcaya, D. Diego López de Haro, ya había vuelto para esta fecha a la gracia del rey; y se dijo ya que D. Rodrigo procuró con su influjo esta reconciliación, que tan benéfica había de ser para el triunfo de las Navas de Tolosa. De esta mediación de D. Rodrigo en favor del primer potentado de Castilla, que por la hostilidad de los tres reyes de Castilla, Aragón y Navarra había venido a parar en una extrema necesidad, debió nacer cierta relación de cordialidad entre el Arzobispo y el antiguo héroe de Alarcos. El caso es que el primero de Agosto de este año hizo a D. Rodrigo y a su Iglesia la donación riquísima de la villa de Alcubet, (3) sita en el término de Toledo, con todos los derechos, que allí tenía. (4) Debieron mermar mucho las rentas del Conde Haro con esa donación, y para remedio de la merma, y también acaso, porque había de por medio otras razones, acudió D. Diego López a D. Rodrigo, y éste le dió la villa de Mazarebella con todos los productos y utilidades, por el tiempo de su vida, con la única condición de que no la podía vender, alienar o empeorar, ni maltratar, poniéndola en malas manos. En la sierra de San Vicente, en la guerra que Alfonso VIII hacía al moro, firmó D. Rodrigo el documento de donación. (5)

En el Cabildo toledano se habían despertado ciertos celos acerca de la verdad de la concesión del castillo de Bogas (así se lee en documento del Liber privil. II. fol. 65.) de parte de D. Rodrigo, y el Arzobispo dispuso esos celos, el mes de Noviembre, por medio de un documento solemne, que firmó el Cabildo con él, reconociendo que en verdad donó ese castillo, con todo lo que tiene, al Cabildo toledano, para que cumpliera las cargas que le impone. (6).

En este mismo año Alfonso VIII hizo a D. Rodrigo y a su Iglesia la donación de la importante villa de La Guardia, cuyo texto precioso debe leerse. Dice: «Se sabe que la santa Iglesia de Dios es templo de Dios y alcázar del rey supremo, y que ese alcázar se debe adornar más que con el oro y corruptibles piedras labradas, con devotos afectos. Por eso, cuando las cosas temporales se ofrecen a Dios, no se deben contar entre el oro, plata, púrpura y jacinto, sino entre el pelo de las cabras. Por lo cual, yo, Alfonso, por la gracia de Dios rey de Castilla y Toledo, junto con mi mujer Leonor y mi hijo Enrique, viendo que no soy digno de presentar me ante las miradas del rey supremo, no me atrevo a ofrecer los dones de los reyes al Hijo del rey supremo; sino que, terreno como soy, con los ojos humillados hacia la tierra, ofrezco dones terrenos, para que el Rey omnipotente se digne aceptarlos misericordiosamente, no entre los dones preciosos, sino entre el pelo de las cabras, para remedio de mi alma, de la reina y de la de mi hijo, el Infante D. Fernando, y de las de mi padre y abuelo. Aunque nada valgan los dones terrenos ante Dios, con todo hago donación de un donecillo, no digno del rostro de Jesucristo, de cierta villa, que se llama La Guardia, a nuestro Señor Jesucristo, a la Bienaventurada María Virgen, Señora de Toledo, y a vos D. Rodrigo, Arzobispo

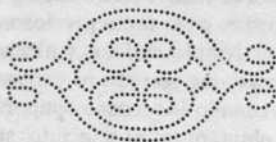
(1) Lib. priv. II. f. 65-66. Otra copia en el Lib. priv. I. f. 30 y 31. (2) Bull. Sti. Jacobi. p. 58.

(3) Las dos cartas de lo de Alcubet y Mozabedula están en Lib. priv. I. f. 282 r y v. y II. f. 2. v. y f. 28. v. (4) Lib. priv. I. fol. 28. col. 2.—Mondéjar. Notas posteriores al cap. CXI. (5) Lib. priv. II. fol. 28.—Lib. I. fol. 2. (6) Lib. priv. I. fol. 33. r. col. 1 y II.—II. fol. 65.

de la misma Iglesia, Primado de las Españas, y vuestros sucesores, para que perpetuamente lo posean con derecho hereditario...» (1)

Se percibe la brillante pluma de D. Rodrigo en este documento, cuya fecha exacta ignoro; porque no la trasladó el copista al documento de confirmación, que el año 1218 otorgó San Fernando. El P. Fita opinó que era posterior a la muerte del Infante D. Fernando, porque allí se dice que lo dona por remedio de su alma. La razón no vale; también dice que lo hace por la suya propia y por la de su mujer, y ambos vivían. Si hubiera fallecido para entonces su hijo querido, hubiera hecho sonar una nota de tristeza, como ocurre en los documentos que Alfonso VIII expide después de la muerte del amable Príncipe, cuando le menciona. Esta villa de La Guardia es la que con el tiempo adquirió veneranda y terrorífica celebridad por la tragedia abominable del martirio del niño cristiano, que realizaron los judíos.

Empecemos ya con la inmortal empresa de las Navas de Tolosa.



(1) Lib. privil. I. fol. 24. r.

CAPÍTULO VI.

1211—1212.

Preparación de la gran cruzada de las Navas.—Fracasa la cruzada particular de Castilla.—El castillo de Salvatierra se rinde a Miramamolín.—Castilla pide al Papa y a la cristiandad una cruzada general.—La predica D. Rodrigo.—Las huestes en Toledo.—Rogativas universales.—El ejército Almohade.

Conforme a la historia y conforme a los doctos historiadores, la más alta hazaña, la más importante y decisiva empresa de la España cristiana contra el imperio más poderoso del mundo en la edad media, en los ocho siglos de heroica guerra por la reconquista de su patria, es la campaña y victoria de las Navas de Tolosa. Era la hora en que el poderío musulmán estaba en el apogeo de su mayor grandeza y pujanza, en el instante en que habían subido los Almohades a la cumbre de la suya. Porque nadie subió a tanta altura como los Almohades en los días áureos de su mayor ventura, pues en aquel momento tenían la suerte de poseer lo que jamás habían visto los hijos de Mahoma desde que éste encendió la guerra por el Corán. Poseían la paz en todo su colosal imperio en el interior, en el Asia, en el Africa y en España: acababan de recobrar la Palestina con gloriosos esfuerzos; todos los pueblos circundantes del Africa y Asia les servían rendidos y les pagaban tributos; y los enardecía el calor del sol favorable de Alarcos. Un solo pensamiento político y guerrero animaba a todos. El ardor religioso del fanatismo alcoránico los abrasaba como nunca, por las fogosas predicaciones de los santones, que jamás fueron entre ellos más ardientes que durante el mando fuerte y activo de los Almohades. Luego en sus manos estaban los recursos materiales y morales más grandes que podían desearse. Para colmo de su fortuna, empuñaba entonces el cetro imperial un joven de treinta años, audaz, aguerrido, prudente, ardoroso, ávido de gloria militar, acuciado por el acicate de una implacable codicia, ansioso de superar a todos sus predecesores en conquistas guerreras, y anheloso de raer el nombre de Cristo de todas partes, y seguro de que lo conseguiría con su incontrastable poder. Por eso, compenetrado con su pueblo, anuncia al orbe el proyecto, no sólo de destroz ar los reinos cristianos de España y unirlos a sus estados, sino de aplastar a la Europa cristiana; anuncio que aterra a Inocencio III y a la cristiandad. Aun más, pone enseguida el proyecto por obra, proclamando la guerra santa, y reuniendo en todo su vasto dominio un colosal ejército compuesto de todos los elementos más perfectos de combate, y poniéndose a su cabeza, salta del Africa a España. (1)

(1) En Huici véanse pormenores y citas. 24-25.

¿Quién se opondrá a este titán? ¿Quién alineará contra él otro ejército poderoso? ¿Quién le quebrantará? Sin duda alguna, primero y principalmente D. Rodrigo Jiménez de Rada, como lo aseguraremos con frases de otros, que le llaman «actor principal, (1) organizador y sostén y héroe singular de aquella cruzada.» (2) Vamos a relatar ahora esta incomparable hazaña suya, con el detenimiento y claridad que merece, para que se contemple en toda su inmortal grandeza a nuestro glorioso Arzobispo.

Empalmemos los hechos. Ya se dijo cómo Alfonso VIII no secundó en 1209 al rey de Aragón, a pesar de las exhortaciones de Inocencio III, y le dejó luchar solo en la región de Valencia. En cambio, como D. Rodrigo cuenta, en 1210 rompió resueltamente, porque, según dice, había expirado la tregua (de diez años) «deseando morir por la fe de Cristo, y no sufría pacientemente, aunque sí prudentemente, la pasada deshonra.» (3) «Cuando se empezaba a tratar de la tregua por medio de mensajeros, comenzó la lucha entre el rey Noble y los agarenos. Al devastar los nuestros las partes de Baeza, Andújar y Jaén, el hijo del predicho rey de los agarenos, llamado Mahomat, reuniendo un ejército de sus pueblos, acampó en torno de Salvatierra.» (4) Se vé que tan osado golpe en las entrañas de Andalucía produjo terrible encono y efectos fulminantes en el Miramamolín.

Al ver tal movimiento en el campo sarraceno la corte castellana dió un vuelo extraordinario a la guerra, bajo la inspiración de D. Rodrigo y los alientos del príncipe heredero de la corona, el brillante hijo de Alfonso, el Infante D. Fernando, que quiso inaugurar su vida de guerrero cristiano con una campaña insigne y decisiva. Solicitó para ello la bendición y el auxilio del Papa, e Inocencio III accedió gustoso, y despachó varias bulas. Una el 10 de Diciembre de 1210 a D. Rodrigo y demás prelados de España, encargando que moviesen a los soberanos de sus reinos respectivos a imitar al valeroso Infante, si no tenían treguas con los sarracenos; y concede a los que se crucen todas las gracias de las cruzadas. (5) Más aún, enterado el Papa poco después de las siniestras intenciones de algunos reyes peninsulares, de dañar a Castilla durante la campaña, escribió a D. Rodrigo, y a los obispos de Calahorra y Coimbra, el 22 de Febrero de 1211, una carta especial, encomendándoles, que con todo celo repriman con censuras a cualquier rey de España, que cometiera esa villanía contra Castilla, durante la cruzada. (6)

En el mismo día (7) contestó Inocencio a las peticiones, que por medio de su enviado especial, el Obispo electo de Palencia, le dirigía Alfonso VIII, para obtener los más poderosos auxilios posibles, para acometer a los moros. El rey le pedía por conducto de su enviado, al que elogia mucho el Papa, un Legado papal para toda España. El Pontífice Romano le responde que por las revueltas del tiempo no le puede al presente satisfacer, prometiéndole hacerlo a penas la oportunidad lo consienta. Le comunica el mandato que ha dado al Arzobispo de Toledo y a los Obispos de Zamora, Tarazona y Coimbra de reprimir con censuras a cualquier soberano de España, que durante la campaña contra los moros, rompiera treguas o paces. Por fin le exhorta a perseverar en la devoción de la Santa Sede y de la Santa Iglesia Romana.

Era convenientísima la venida de un Legado Pontificio a España para excitar en todos los reinos cristianos de la Península un verdadero entusiasmo por la guerra

(1) Huici. 107. (2) Discursos.-53 y 54 (3) Lib. VII. c. 34. (4) Lib. VII. c. 35. (5) Ap. 8 (6) Ap. 9. (7) *Octavo Kalendas martii, Pontificatus nostri anno decimo quarto*, que es 22 de febrero de 1211.—Huici, siguiendo a Mondéjar, cae en el error de fecharla el 8 de marzo de 1212 (Ap. p. 193) y en el texto (p. 22) conserva el yerro del mes y día, y corrige el año, poniendo 1211.

santa contra los almohades que, como ingente torbellino, en compacta masa, desde el fondo del Africa, volaban al estrecho de Gibraltar; y además para contener eficazmente a los reyes malévolos, o al rey conocidamente enemigo, que acechaba el momento oportuno de la campaña contra los sarracenos, para invadir los estados de Alfonso. Hacia 13 años que en España no había Legado Pontificio, es decir desde la partida de Rainerio, después de excomulgar al rey de León por su incestuoso matrimonio con Berenguela de Castilla. El rey, de quien manifiestamente se teme en las Bulas de Roma, es Alfonso de León. El fragmento (1) de un decreto del Arzobispo D. Rodrigo y del Arzobispo de Santiago, que hasta hoy no he visto citado abona este modo de pensar. Los dos Metropolitanos hablan así al rey de León: «Al ilustrísimo Señor Alfonso, por la gracia de Dios, rey de León y Galicia, por Pedro (Arzobispo) Compostelano y Rodrigo, Arzobispo de Toledo: Que al Rey de los reyes estéis unido siempre. Llegue al conocimiento de vuestra Alteza por la presente, que hemos recibido del Papa una carta concebida en esta forma: Inocencio, Obispo, siervo de los siervos de Dios, a los Venerables Hermanos, los Arzobispos de Toledo y Compostela, salud y apostólica bendición. Cuán grande sea la necesidad de vuestra España... (No se puede leer nada más en el Cartulario, por estar del todo borrado hasta las dos últimas frases, que son así:) En tal forma cumpliréis a este fin el precepto apostólico, que brille tan bien vuestra solicitud grande en la ejecución, que no podáis ser reprendidos de negligencia o de desprecio... y recomendamos la obediencia por la presente. En las nonas de Abril, año catorce de nuestro Pontificado (5 de abril de 1211.) Nosotros, por la autoridad de las presentes, os amonestamos para que, mientras éstos hacen guerra a los sarracenos... conservéis la paz y las treguas inviolables, prestándoles... a ellos contra los enemigos de la Cruz del Señor. (2) (No se lee más. Ni la fecha del decreto, que debió ser de algún mes posterior a la de la Bula copiada). No existiendo en el Cartulario toledano análogos decretos, dirigidos por nuestro Arzobispo y por el Compostelano a los reyes de Navarra, Aragón y Portugal, hay razón para creer que a éstos no fué necesario intimar la orden pontificia, y que por tanto no inspiraban temores. Solamente el título, que encabeza en el Cartulario hace pensar que hubo más decretos. Dice así: *De admonitione regum ad pacem observandam.*» «De la amonestación de los reyes para observar la paz.»

Sorprende mucho que a Inocencio III impidiera la concesión de un Legado particular el estado turbulento de las cosas de entonces. No debía tener el Santo Padre sujetos de suficiente competencia para tan importante cargo. Pues sólo la ausencia de una persona eclesiástica de la Curia Romana no se comprende que pudiera perjudicar tanto la gestión de los negocios de Italia y del mediodía de Francia, que eran los países que peor andaban, a causa de las turbulencias y artimañas albigenses.

En cuanto a D. Tello, electo de Palencia ¿qué misión concreta llevó a Roma? ¿Fué enviado a solicitar una cruzada grande? ¿Iba a pedir precisamente la que tuvo lugar el 16 de Julio del año siguiente? Generalmente así se ha creído y escrito. Lo que menos han visto en esta embajada ha sido la primera tentativa de una cruzada formal, con la cooperación de todos los elementos que por medio de tal cruzada promovida por Inocencio III se pudieran reunir. Sin embargo no resulta eso de la correspondencia del Papa. De ella se deduce, que se pidió el apoyo del Pontífice, pero no en forma de cruzada general, sino más limitadamente. En las cuatro

(1) Tan absolutamente borrado está en el *Liber priv.* el resto del documento, que no he podido leer más. (2) Ap. 11.

Bulas de Inocencio se expone tan sólo, que se pidió apoyo del Papa para el éxito de la guerra del Infante Fernando y su padre; que habiéndosele pedido al Pontífice un legado, no lo puede dar, y que se ordena a los Prelados, que impidan con censuras que los demás reyes ataquen a Castilla durante la guerra. Si D. Tello de Palencia hubiera expuesto otras peticiones en nombre del rey de Castilla, no las hubiera llamado el Papa. Prueba esto que no presentó otras, y que no gestionó la cruzada general, sino que gestionó ciertos medios de especial seguridad, para realizar la campaña activísima, que con todas sus fuerzas se proponían hacer contra los sarracenos Alfonso y Fernando, a fin de poder contrarrestar su empuje extraordinario.

Dos campañas distintas hay que señalar en este año de 1211 con entera claridad. Una la de primavera y otra la de verano. En la de primavera no hay dato positivo de que tomara parte D. Rodrigo; en la de verano, sí consta que la tomó, pero no cabe duda que en las dos estuvo.

Mientras regresaba D. Tello de Roma, después de hechas las gestiones encomendadas, D. Alfonso y su hijo D. Fernando, que ya habían recibido la Bula del diez de diciembre anterior, formando un ejército numeroso con los concejos de Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca y Uclés, que fueron lo principal de la fuerza, salieron hacia Levante, en el mes de mayo. Fué una vigorosa y rápida carrera por Aljarafe, Játiva «e allegaron al mar en el mes de mayo e tornáronse ende.» (1)

Sin duda esta expedición iba en combinación con otra que Pedro de Aragón llevaba a cabo, desde el año anterior, por tierras de Valencia, según referimos ya.

De vuelta de esta campaña hallóse el Rey de Castilla con las contestaciones de Inocencio III. D. Rodrigo, en unión del Arzobispo Compostelano, intimó por decreto al rey de León, y acaso a los demás soberanos, el mandato pontificio, a fines de mayo o principios de junio, como ya lo hemos narrado, y con la mayor presteza se preparó la campaña de verano.

Empezaban los tiempos pavorosos y de congoja intensa, que anhelosamente tenían que batir los pechos castellanos. Ya se extendía para aquellas horas el eco retemblante del poderoso mugido, que la inmensa ola invasora del innumerable ejército almohade producía al rodar por Andalucía, por los confines de Sevilla, y al aproximarse, lleno de ira y furor, a las primeras estribaciones de la meseta castellana, para abatir el más inexpugnable baluarte de Alfonso VIII, el fuerte de Salvatierra, que Anasir ciñó con sus tropas el 15 de julio de 1211. Retrocedamos un poco para conocer ligeramente el movimiento árabe.

Como dice D. Rodrigo, (2) la atrevida irrupción de Alfonso VIII por Andújar y Baeza provocó tan hondamente al hijo del vencedor de Alarcos, que le determinó a reunir un gran ejército y destruir el poderío cristiano. Y dice Selaui, que las devastaciones en Andalucía excitaron su ánimo, y le arrastraron a la guerra, estando en su capital de Marraquez. (3) Ya pudo salir el 5 de febrero de 1211 de esta población con poderoso ejército. Al llegar a Rabat, (4) dió órdenes a los gobernadores de su imperio, para el tiempo de su ausencia, y mandó a los valies de Andalucía que hicieran preparativos extraordinarios de guerra. Salió de Rabat el 4 de abril. Tras varios incidentes, llegó al estrecho, y en el mes de mayo lo cruzó en Alcazarseguir, entre Tánger y Ceuta, su gran ejército con todos los bagajes; el mismo Miramamolín, el 15 de mayo, lunes; y desembarcó en Tarifa, donde permaneció tres días, recibiendo los homenajes de sus delegados andaluces. El 29 del

(1) Anales Toled. I. Año 1211. (2) Lib. VI. c. 35. (3) Huici. 24. (4) Puerto del Africa Occidental.

mismo acampó a las puertas de Sevilla. Aquí insertan Kartás y Selauí (1) el extraordinario acontecimiento de la entrevista y la recepción aparatosa del rey Sancho de Navarra por Anasir, con largos pormenores: suceso que hubo de tener lugar con el padre de Anasir o con un lugarteniente suyo, once años antes. Lo revisten de circunstancias extraordinarias, que merecen leerse y estudiar para extraer cuidadosamente lo que hay de cierto en todo lo que se dice del famoso monarca navarro, sin credulidades ni escepticismos personales. El jefe mahometano se detuvo algunos días en la ciudad bética. Enterado de la algará de los castellanos por el Levante, siguió su camino en dirección a Toledo.

Pero primero era menester destruir el terror de los moros que obstruía el camino de la imperial ciudad. Desde hacía doce años se erguía la potente fortaleza de Salvatierra, situada en la región de Sierra Morena, a unos kilómetros al Sur de la línea de Valdepeñas y Almodovar del Campo, defendida por la flor del valor castellano, los Caballeros de Calatrava, que con sus impetuosas e irresistibles excursiones devoraban las fuerzas musulmanas y sembraban el espanto por todos los ámbitos del dominio árabe andaluz. El mismo Anasir dice así: «En esta fortaleza se habían tendido las redes de la cruz y con ella se atormentaba el corazón de los dominios del Islam: habían hecho de ella los cristianos como unas alas para ir a todas partes, y la habían dispuesto para que fuera la llave de las puertas de las ciudades, y humillase a los amigos de Dios con sus grandes fosos y torres. Estaba rodeada por todas partes de tierra musulmana, y la tenían por un lugar de peregrinación y de guerra santa. En su servicio se empleaban sus reyes y sus frailes, sus tierras y sus bienes, y la tenían por defensa de sus casas y el lugar de expiación de sus pecados.» (2) Anasir cercó a esta fortaleza en la primera parte de julio, y la empezó a batir con cuarenta máquinas de sitio y otras armas, sin dejar un punto de descanso al medio millar de calatravos que la defendían. Y como le sobraban fuerzas, esparció en dirección de la comarca de Toledo columnas volantes, que lo asolaban todo.

Podemos figurarnos la impresión que producirían tan graves acontecimientos en toda la España cristiana, y mucho más en los súbditos de Alfonso VIII. Este debió quedarse conturbado y desconcertado, y no se creyó bastante fuerte para medir las armas con el adversario. La campaña, (que no sé si merece el nombre de campaña) o los movimientos estratégicos, que realizó en los meses de julio y agosto, denuncian desorientación en el plan, o al menos desconfianza en el éxito de un encuentro formal con las tropas del Miramamolín.

Alfonso VIII movilizó su ejército, en el mes de julio, en compañía de D. Rodrigo y de la mayoría de los Prelados de Castilla. El 26 estaba en Cuenca, donde recompensó los servicios que los Santiaguistas le prestaron en los años anteriores en la población de Moya y otros lugares. (3) De aquí, como quien evita un enemigo superior en campo abierto, se dirigió a la región de Talavera de la Reina con todas las tropas, a tomar posiciones seguras en los riscos de la Sierra de San Vicente. (4) Muy expresivo es lo que dicen los Anales Toledanos primeros. Que estaban Alfonso y su hijo «*con todo su regno* en la Sierra de San Vicente.» Sin embargo, el Infante, sin duda para distraer la atención del agareno, se destacó al cabo de una temporada, e hizo razía «en fonsado con las gentes, por Trujillo y Montánchez, y volvióse a reunir en San Vicente a su padre *en el mes de agosto*.» Alfon-

(1) Huici. p. 27-29. (.) Huici. p. 29-30. (3) Bull. Sti. Jacobi. p. 58.—Firman el documento don Rodrigo y los demás Prelados. (4) Que en este lugar estaba D. Rodrigo en agosto lo vimos en la donación de López de Haro.

so continuó en los mismos parajes, al parecer sin luchar con nadie, sin aventurarse a socorrer a los admirables caballeros de Calatrava, que seguían resistiendo heroicamente los continuos ataques de los embravecidos almohades.

Pero aquellos valientes tenían que sucumbir pronto, si no se les auxiliaba, bajo aquella presión enorme de Anasir, que después de abrasar el pueblo, iba cuarteando los muros macizos del Castillo con su maquinaria. Sólo se rindieron, pero con honrosa capitulación, cuando su rey les ordenó que entregaran la fortaleza, ya que había decidido no trabar batalla hasta el año ulterior. Pocos y consumidos por el hambre y la sed entraron en Castilla aquellos héroes. Escribe D. Rodrigo: «Como (Anasir) la sitiara casi tres meses, y la expugnara con diversas máquinas, muertos muchos de los que estaban en el castillo, y heridos la mayor parte, deshechos la torre y el muro exteriores, muertos muchos sitiados por hambre y sed, se ocupó el postrer baluarte del castillo, para oprobio de la fe cristiana, en la era de 1248, en el mes de setiembre. Era aquel el castillo de salvación, y su pérdida despojo de gloria. Los pueblos lloraron sobre él con los brazos tendidos, excitó el celo de muchos y difundióse su fama, enardeciendo a los jóvenes y llevando de amargura a los ancianos.» (1) La caída de Salvatierra fué un trueno de consternación, que aterró a la cristiandad entera, pero despertando su coraje.

Una errata que se ha multiplicado en las copias e impresos de la obra de don Rodrigo ha hecho escribir a varios historiadores, que Salvatierra se perdió [en] el año 1210. Pues el escrito de D. Rodrigo dice, era MCCXLVIII. (2) El texto de la narración patentiza que es errata. Pues el Arzobispo añade: «que en los mismos días había congregado su ejército en los confines de Talavera, y que allí se quería lanzar a un combate de incierto éxito, pero con más prudente acuerdo y por instancia particular de su hijo primogénito, Fernando, se dilataron para el año siguiente los azares de la batalla: porque es más provechosa la oportuna dilación que la temeraria precipitación de la audacia.» (3) Por esto vemos que la pérdida, según el Arzobispo, tuvo lugar en setiembre de 1211, conforme está en las Crónicas cristianas y árabes de aquel tiempo. (4) Indudablemente tomó parte D. Rodrigo en el Consejo de guerra, en que se resolvió tan prudente resolución. No urgía el arriesgar al azar de la batalla la vida de la nación; porque el mismo Miramamolín no intentó aprovechar de las ventajas de la preciosa conquista y de la turbación de los cristianos, sino que «henchido de soberbia se volvió» (5) al interior de Andalucía. También así se lo aconsejaba al agareno la prudencia. Aun no se había reunido su gente toda: continuaban llegando los contingentes del Africa: lo que él había traído era el núcleo principal, los moros andaluces estaban formando sus cuerpos. Era temerario, casi en la boca del invierno, con un ejército mermado por la lucha, aventurarse a atacar a otro ejército, aunque vacilante, intacto y fuerte. Porque así tenía que ser el que vagaba por la Sierra de San Vicente, al mando del valeroso Alfonso VIII; ya que se había preparado con esmero, a consecuencia de las diligencias hechas en Roma con el Papa, para organizar un ejército extraordinario, y enfervorizado con las gracias de la Bula y el ardor juvenil del queridísimo Príncipe heredero de la Corona, que ya, armado caballero en Burgos, en el mismo año, quería señalar las primicias de su carrera militar con éxitos decisivos.

La caída de Salvatierra, que en el primer instante heló de espanto y dolor el co-

(1) Lib. VII. c. 35. (2) Lorenzana lo dejó pasar en su edición. p. 174. (3) Lib. VII. c. 35.

(4) Claramente se lee esto en los Anales Toledanos primeros, y en los Compostelanos; y en Kartas y Selani.—Anasir fechó la carta, en que dió esa noticia, el 13 de setiembre, en el mismo Salvatierra. Huici. p. 29. nota 2. (5) Lib. VII. c. 36.

razón de Castilla y de la cristiandad, produjo luego un período de reacción energética, férvida y pujante, que todavía no se ha estudiado y distinguido lo suficiente, y lanzó a nuestro Arzobispo a una vida de tan grande actividad, que se ha de llamar prodigiosa. Esa caída iluminó a todos los espíritus, y convenció que Castilla era impotente para resistir al poder almohade; que era menester una cruzada general, con el concurso de todos los reinos cristianos de Europa, cruzada que había que obtener y preparar en el lapso de unos diez meses, que a lo sumo podría necesitar Miramamolín para ultimar los preparativos enormes, que estaba haciendo, para acometer él a los cristianos con todas sus fuerzas.

Se tomó el gran acuerdo de convocar una especie de Cortes (1) para reanimar y vigorizar el espíritu público, y conseguir de verdad del Sumo Pontífice y de las naciones cristianas una Cruzada poderosísima. Este era un acto sumamente extraordinario. Toledo fué el punto de reunión, y la fecha hacia fines de setiembre, como diáfananamente se deduce de D. Rodrigo, el cual dice, que el Infante D. Fernando trabajó en atraer la voluntad de todos, para que se cumplieran los decretos que promulgó Alfonso VIII con el fin de disponer debidamente al pueblo a una obra tan santa y tan grande. Ya veremos luego, que este admirable Príncipe murió a mediados de octubre de este año. Llamo la atención acerca de esto para que se vea que es yerro lo que han escrito autores de nota (2) que se reunieron las Cortes en 1212. Es evidente que en 1211; ya que tomó parte en ellas el Infante y murió en octubre de 1211. En las Cortes, adelantándose D. Rodrigo a todos, aconsejó con su religiosidad y patriotismo, la guerra ardorosa y abnegada, siguiéndole en esto los demás Prelados y la Nobleza; por lo que enardecido el rey Alfonso, concluyó que antes había que morir en la guerra que contemplar los males de la patria y de la religión. (3) Decretó el soberano que los guerreros se despojasen de armas y vestidos de lujo, y se armasen de armas útiles, para aplacar a Dios. Añade D. Rodrigo: «Todos, desde el más niño hasta el más anciano, obedecieron el mandato del rey, prestando a todas estas cosas su cooperación correspondiente el dulcísimo primogénito de Alfonso el Noble, el Infante D. Fernando.» Estas palabras de D. Rodrigo dicen perspicuamente que duró la asamblea poco tiempo, y se deduce de ellas, que la actividad con que el Infante promovía en el reino su cumplimiento era muy señalada y eficaz en la primera parte de octubre en que, estando en Madrid, una fiebre mortal le atacó; ni se diga con ciertos autores, que el Infante desplegó esa actividad en la organización de las decisiones de la asamblea, y no en su ejecución. Esto pugna con el sentido del texto.

En la misma reunión se acordó enviar, por diversas partes de la cristiandad, mensajeros para anunciar a las naciones el gran peligro que amenazaba a la Europa cristiana, y la absoluta necesidad de acudir al mediodía de España con grandes elementos de combate, para derrotar al coloso, que allí preparaba la muerte de los reinos cristianos.

Entiéndase bien, y no se desfigure, como se ha desfigurado, la misión que estos diversos nuncios (4) recibieron. No fué la de predicar la cruzada que se concedió por las Bulas traídas por el Obispo electo de Segovia, como algunos autores han escrito. (5) Porque la que trajo ese comisionado se expidió el 4 de febrero de 1212, cuando ya la casi totalidad de los enviados de Castilla estaban de vuelta. (6)

(1) Cortes llaman Mondéjar, (cap. 101.) Cabanilles y otros a esta asamblea, pero no merece ese nombre esta reunión del Clero y nobleza y acaso algo del pueblo. (2) Mondéjar. 101, Maura Gamazo. Rincones de la Hist. I. p. 150 y otros muchos. (3) Lib. VII. c. 36. (4) Así los llama D. Rodrigo. Lib. VIII. c. 1. Así también la carta de Alfonso VIII a Inocencio III. (5) J. Tolrá.—Disert. Huici parece insinuar algo de esto. p. 22. (6) Lib. VIII. c. 1.

Además, en ella se conceden las gracias de la cruzada, para el acto de la batalla, y se anuncia lo que ha escrito el Papa a Francia. Por otro lado en la carta de Alfonso a Inocencio III se lee: «envié nuncios idóneos a las partes de Francia con vuestras letras.» Hay que admitir, que si son esos los nuncios, que según D. Rodrigo habían regresado por marzo, llevaron otras letras apostólicas, que las del electo de Segovia. Esas creo que fueron las que gestionó D. Rodrigo. También enviáronse comisionados, sin tales letras, para excitar los ánimos de los Príncipes y pueblos a prestar ayuda en tal lance. Una muestra de esto tenemos en el único documento real de Alfonso VIII, de los muchos, que dirigió a los soberanos de entonces, que se conserva todavía. Es el que envió a Felipe Augusto, rey de Francia.

Dice la carta, que sabe al estilo de D. Rodrigo. «A Felipe Augusto, rey de los franceses, por la gracia de Dios, Alfonso, rey de los castellanos, por la misma gracia, salud en aquel que concede la salud a todos los reyes. Nadie debe vacilar en morir por el nombre de Cristo, cuando se lee que Cristo sufrió por el pueblo la muerte. La descendencia de Canaán, y no de Judá, raza tiranizadora, pueblo incircunciso e inundo, de espíritu y conciencia manchado, parecido y afín a los gentiles, portador de la muerte en sus manos, nos persigue, tanto por su innata malicia como por su perfidia acostumbrada, a nosotros, que somos confesores de la fe santa. Nada menos que la muerte esperamos de él; el cual, ¡ay dolor! no cesa de ensañarse en los ministros del altar; siendo su placer mutilar a los siervos y a los hijos del Crucificado. (1) Recordamos que esos enemigos de la Trinidad, sedientos de nuestra sangre, se han conjurado contra nuestras vidas. Pero queriendo sacrificarnos nosotros mismos en olor de suavidad por Dios vamos a atacarlos en el primer día de mayo, sin vacilar, a ellos que no quieren paz alguna, ni temen a Dios: considerando serenamente, que nosotros, que somos pocos, recibiremos del cielo la fortaleza contra ellos, que se han multiplicado en carros y caballos. Por lo tanto, como debéis al muro acostumbrado de la integridad prestar el baluarte de la fe, con sollozos dirigimos a vuestra Serenidad nuestras preces, para que enviéis en nuestra ayuda servidores idóneos y caballeros armados, seguros de que podremos ser contados en el número de los mártires, si en el combate responde nuestra sangre a la de Cristo. (2) Falta la fecha, pero es evidente que la carta es del año 1211; y seguramente una de las que llevaron los mensajeros; porque se daba plazo suficiente para que hasta mayo de 1212 pudiera el rey francés reunir tropas de cruzados y llegar al lugar de la batalla campal para pelear contra el moro, como dice la carta.

En el momento en que, terminados los actos de la asamblea nacional, iban a partir los mensajeros para pedir cruzados a todos los reinos cristianos, sobrevino a Castilla la dolorosa pérdida del hechizado Infante D. Fernando, que murió en Madrid. Oigamos al testigo de todo, D. Rodrigo, que escribe una página interesante:

«En el tiempo (en que trabajaba por implantar la real disposición sobre la moderación del lujo en el reino) herido de la fiebre terminó (el Infante) la vida, antes que llegara la hora de la guerra. Su muerte produjo el llanto de la patria, y el luto inconsolable del padre, porque se contemplaba en él, como en un espejo de su vida; pues era la esperanza de los pueblos. De tal modo el Señor le había ador-

(1) Se ve qué cruentos atropellos y crímenes cometían los almohades con los sacerdotes y fieles sometidos a su dominio o que caían en sus manos. No conozco pormenores particulares.

(2) Aguirre. V.

nado de dotes, que todos le amaron; ya que lo que no da la adolescencia, la misma en él suplía y realizaba. Murió en Madrid, diócesis de Toledo, en el mes de octubre (1) en la era 1249 (año de Cristo 1211) joven, lleno de gracia y virtud. Fué sepultado en el monasterio de Santa María Real de Burgos, por Rodrigo, Pontífice de Toledo, y muchos Obispos, magnates, seculares y religiosos, y la excelentísima reina Berenguela, hermana suya, a la que después tocó el reino de Castilla por sucesión...» (2)

Terminado solemnemente el fúnebre acto de las Huelgas de Burgos, inmediatamente partió D. Rodrigo para Roma, con el fin de alcanzar letras apostólicas para la Cruzada. Escribe D. Lucas de Tuy coetáneo: «En aquel tiempo el Arzobispo de Toledo, eminente con toda clase de bondad, ciencia y costumbres santas, taladrado el corazón de hondísimo dolor, como hijo verdadero de la fe católica, no evitó el exponerse a las penalidades y peligros por la defensa de la verdad católica. Pues, apoyado en la autoridad del Papa, fué a las Galias, anunciando la palabra de Dios incansablemente, y persuadiendo a los pueblos a que acudieran a defender la fe, concediéndoles el perdón general de sus pecados y armándolos con la señal de la cruz. Tocó el Señor los corazones de muchos, que oyeron la palabra del Señor y ardorosamente se aprestaron a ir contra los bárbaros.» (3)

En los Anales Toledanos primeros, cuyo autor es coetáneo también, puesto que en el año 1213, hablando de la gran carestía, se dice «Non cogiemos pan ninguno» y no pocos escriben que los redactó nuestro D. Rodrigo, se lee así:

«Cuando se perdió Salvatierra envió el rey D. Alfonso al Arzobispo D. Rodrigo a Francia e Alemania e al Apostoligo de Roma, e dió el Apostoligo a tal soltura por tod el mundo, que fuesen todos soltos de sus pecados; e este perdón fué por que el rey de Marruecos dixo que lidiaría con quantos adoraban la Cruz en todo el mundo.» (4) El mismo D. Rodrigo en su historia dice sólo lo siguiente: «Entre tanto, Rodrigo, Arzobispo de la misma ciudad (de Toledo) y otros nuncios destinados para la misma obra (de la cruzada) volvieron de diversas partes.» (5) Rohrbacher escribe por eso: «El año 1211 él (Alfonso VIII) envió a Roma a pedir el apoyo del Papa al Arzobispo Rodrigo de Toledo, uno de esos Príncipes de la Iglesia, que reunen en su persona, como el Arzobispo Absalón de Lúnden, y más tarde su sucesor el gran Cardenal Jiménez, las cualidades de guerrero, de hombre de estado, de amigo de las ciencias y de historiador. Inocencio declaró que estando entonces cercado de un enemigo encarnizado, no podía prestar un socorro activo; (6) que en tiempos mejores lo hubiera hecho con prontitud; pero que estaba dispuesto a conceder lo que dependía de su poder espiritual.» (7) En fin, Vicente de la Fuente, en su postrer estudio sobre D. Rodrigo, dice: «El Arzobispo de Toledo, Don Rodrigo, pasó a Roma y obtuvo de Inocencio III las gracias de la cruzada: el mismo la predicó por Italia, Alemania y Francia.» (8) No se moleste el lector, si recargamos algo este lugar con más autoridades. Lo hacemos para disipar definitivamente lo que un erudito jesuita escribió en su afán de sostener que don Rodrigo no estuvo en Roma hasta Honorio III, para defender que el Arzobispo no negó la venida de Santiago a España, diciendo: «Es incierto, por no decir absolutamente falso, que ya hubiese antes estado en Roma en tiempo de Inocencio III, por el año 1211, como dice Mariana (Lib. 11. c. 23) atribuyéndole la comisión de

(1) Según los Anales Toledanos el 14 de Octubre, el 15, según los Compostelanos.

(2) Lib. VII. c. 36. (3) *Chron. mundi*. p. 110. (4) Huici. I. 331. (5) Lib. VIII. c. 1. (6) Rohrbacher atribuye equivocadamente a D. Rodrigo lo que contestó Inocencio III por medio de Tello de Palencia. (7) Hist. Lib. 71. p. 303. col. II. (8) Hist. Eccl. tom. IV. Lib. IV. párrafo 69. p. 226. (ed. 2.ª)

conseguir las indulgencias pontificias para los cruzados que concurriesen a la guerra contra los infieles.» (1) Vimos ya que estuvo también en 1210.

No sólo estuvo en Roma, sino que fué un extraordinario acontecimiento lo que D. Rodrigo hizo entonces en su viaje. El Tudense no menciona ni siquiera ningún otro enviado: señal de que era muy pálido lo que los demás comisionados realizaron al lado del éxito del Arzobispo. Este dirigióse directamente de España a Roma, a fin de obtener las letras apostólicas necesarias, para anunciar la cruzada, y las transmitió sin duda también a todos los demás nuncios destinados para distintos puntos. Así se obró con la autoridad del Papa; *fultus auctoritate Domini Papæ* (Tud.) y recorrió rápidamente los puntos principales de Italia, exhortando a la cruzada; penetró en Alemania, también de prisa y en pocos puntos, y pasó a Francia, lugar principal de su predicación y de sus trabajos, con resultados resonantes. Rohrbacher afirma: «El Arzobispo de Toledo, de regreso de Roma, pidió socorros al rey de Francia, representándole que los sarracenos se preparaban a llevar a Castilla el hierro y el fuego, pero que el rey se proponía salir a su encuentro en el mes de marzo.» (2) Poco o nada debió atender el rey francés, que no brillaba por su ejemplaridad cristiana; pues no se dice que de su corte vinieran cruzados ni del Norte de Francia, sino del Mediodía. A esta región encaminó sus pasos el admirable nuevo Pedro Ermitaño, quien tuvo excelente acogida entre los provenzales y otros pueblos circunvecinos de la Provenza. «El sabio Arzobispo de Toledo conseguía interesar a los provenzales en la gran cruzada española, y los trovadores con el viejo Gabaudan, auguraban en ardientes presicanzas las glorias de la expedición...» (3)

Como puede suponerse no se conserva testimonio alguno acerca de lo que predicaba elocuentemente el celoso y activo promotor de la cruzada, para mover a los pueblos a tan áspera empresa, aunque Mariana le atribuya el siguiente lenguaje: «Mostrábales el peligro si no socorrían a España, no cesaba de despertar a los grandes y Prelados para la empresa sagrada: asimismo a la gente popular. Decía ser tan grande la soberbia del bárbaro, que a todos los que adoraban la Cruz por todo el mundo, amenazaba guerra, muerte y destrucción: afrenta del nombre cristiano intolerable y que no se debía disimular. Hízose gran fruto con esta diligencia.» (4) Ciertamente que al expresarse en público, su descriptiva y avasalladora elocuencia debía producir profunda emoción; pues el estilo de sus obras demuestra que era de una imaginación fogosa y vigorosa para poner al vivo y valientemente los objetos que describe; como cuando pinta la ferocidad de los vándalos guiados por Genserico, con los católicos del Africa, diciendo, que derramaban tan inhumanamente su sangre que llegaron a embriagar con la sangre de los santos toda el Africa hasta la boca. (5) Como sabía bien el italiano y el francés, pudo enardecer los pueblos de Italia y Francia con su elocuencia. Pero en Alemania debió apelar a los medios diplomáticos para reclutar cruzados.

¿Qué número de enviados salió de Castilla para anunciar la cruzada? D. Rodrigo indica en su historia que salieron muchos, y se entiende así por la diversidad de los pueblos europeos, que concurrieron a la cruzada. (6) En la carta dirigida por Alfonso VIII a Inocencio III se lee, que a Francia fueron enviados varios idóneos mensajeros. A los diversos reinos de la Península española se dirigió seguramente un buen número de los mismos.

En la crónica árabe llamado el «Anónimo de Copenhague» que goza de autori-

(1) P. Tolrá. Disertac. sobre la venida de Santiago a España. (2) Lib. 71. p. 304.
(3) Huici. p. 23. (4) Lib. XI. c. 23. (5) Hist. Vandal. c. 7. (6) Lib. VIII. c. 1.

dad, leemos: «Fueron sus Frailes y Sacerdotes desde Portugal a Constantinopla, gritando, desde el mar de los griegos hasta el mar verde, Atlántico: Socorro, socorro: misericordia, misericordia.» (1)

Mientras D. Rodrigo recorría las naciones europeas, inflamando los ánimos para la cruzada general, el Obispo electo de Segovia, Gerardo, o Giraldo, por encargo de Alfonso, alcanzó y trajo a España la Bula de gracias, concebida en una forma expresiva. Después de manifestarle su paternal afecto y el dolor que ha recibido por los infortunios de Salvatierra, dice: «Y para que veas que no falta a tu regia excelencia el favor apostólico, accediendo a tu petición y a la instancia de tu enviado, el querido hijo, electo de Segovia, que ha gestionado con solicitud y atención el asunto encomendado, mandamos a los Arzobispos y Obispos de Francia y Provenza, que muevan a sus súbditos con ahincadas exhortaciones, y los induzcan, concediéndoles la remisión de todos los pecados, de parte de Dios y nuestra; a todos los que están verdaderamente arrepentidos, para que te presten su ayuda en cosas y personas, en el momento que lo necesites, cuando hayas fijado la fecha de la campal expedición contra los sarracenos, en la próxima octava de Pentecostés; a fin de que por estas cosas y otras, que hicieren, consigan la gloria celestial. Concedemos que gocen de la misma remisión todos los peregrinos, que por propia devoción vinieren de cualquiera parte, con el fin de hacer la misma obra. Te amonestamos y exhortamos en consecuencia, que poniendo toda tu confianza en tu Señor y Dios, ante su presencia te humilles... Por lo demás, ya que actualmente todo el mundo está turbado y puesto en la maldad, te aconsejamos y advertimos, que si te ofrecen treguas aceptables, las aceptes, hasta que se presente una ocasión más oportuna, con lo que puedas más seguramente derrotarlos. Dado en Letrán, 4 de febrero, año 14 de nuestro Pontificado.» (2) Ampliemos y coordinemos algunas noticias, que con relación a este Breve pontificio existen. Inocencio III había escrito ya para esta fecha, de 4 de Febrero, a las Provincias eclesiásticas de Francia y de la Provenza. La carta dirigida al Arzobispo Sesonense y sus sufragáneos es del uno de Febrero (3) y en ella declara, que escribe, después de recibir cartas llenas de dolor y clamor de Alfonso de Castilla por la pérdida de Salvatierra; y que el rey le pide su apoyo a la cruzada, que ha decretado, para la octava de Pentecostés. El monarca dice al Papa que es *innumerable la multitud* de almohades y su *maquinaria* bélica durísima, que puede abatir a todas las ciudades de España, por lo que se decidió a luchar en batalla campal. En el texto de la Bula se hace ver, que la carta de Alfonso es del año 1211; porque se dice allí que escribe en el año de la toma de Salvatierra, y ciertamente a poco de la rendición de la plaza; el rey estampa al Papa la frase casi literal de D. Rodrigo en la historia (4) que ha preferido morir antes que contemplar los males del pueblo cristiano.

¿Y cómo se retrasó tanto por parte del Papa la promoción de esta cruzada? ¿Cuándo llegaron a Roma las peticiones del rey? Hay bastante luz en las mismas Bulas para resolver esas dudas, y armonizar sus noticias con los importantísimos acontecimientos, que con relación a la gran empresa se habían desarrollado en aquellos días, independientemente de la influencia de esas excitaciones pontificias de última hora y demasiado tardías, que enviaba el Santo Padre. En la Bula al rey de Castilla habla Inocencio III por un lado de la «*petición*» del mismo rey, y por otro de la «*instancia*» del Electo de Segovia. La instancia del Segovien-

(1) Huici. p. 119-120. (2) Ap. 14. (3) Ap. 15. En cuanto a la fecha difiere la de Mondéjar, que pone el 31 de Enero de 1212. (4) Es prueba de que como Canciller escribió D. Rodrigo la carta del rey para Roma.

se es cosa posterior a la petición del rey para urgir al Papa la concesión de lo solicitado, a raíz del desastre de Salvatierra. Por otra parte la dilación del Papa era calculada, como se ve por la última cláusula de la misma Bula, en que aconseja al monarca la aceptación de las treguas, que parecieren prudentes, para trabar la guerra en momento oportuno; porque el estado turbulento del mundo y la maldad de los tiempos le inspiran el temor de que no podrá reunir las fuerzas necesarias para una acción decisiva y favorable. Es la misma razón que había alegado en el invierno anterior, para no conceder el apoyo solicitado para la empresa de verano, como vimos. Por esta causa difería la promulgación más activa de la cruzada y la expedición de las Bulas más calurosas y definitivas. Así, después de recibir las cartas de otoño, demoraba en este punto. Para activarlo enviósse entonces el Electo de Segovia, el cual *instó* con fuerza. Aún debía haber recelos de su modo de activar el negocio; porque el Papa, para defenderlo, atestigua que se ha mostrado en su deber solícito y atento; y logró por fin el anhelado objeto de su viaje, aunque tarde. Alfonso, que veía las cosas con terror, en toda su realidad espeluznante, urgía con calor. Pero felizmente la iniciativa y la previsión activa de D. Rodrigo quitó la importancia a esas demoras prudenciales, al adelantarse a promover la cruzada, pidiendo la bendición y la facultad de hacerlo al mismo Papa, que no se las negó, sino que se las otorgó. Sospecho que el Arzobispo fué portador de las primeras cartas de Castilla, en nombre de Alfonso, y que él debió impetrar las primeras cartas aprobatorias de la cruzada, que llevaron los enviados del rey por las naciones, y para el momento, en que la Bula del Electo de Segovia entraba en Castilla, ya entraba en ella la mayoría de esos enviados, lo mismo que el Arzobispo, como su historia lo patentiza. Es más, según el mismo D. Rodrigo escribe, empezó a concurrir la afluencia de cruzados antes que llegara esa Bula. Terminantemente afirma que se inició el concurso de los que acudían en el mes de febrero, y poco a poco, adquiriendo incrementos por todo el invierno, creció con muchedumbre copiosa. (1)

¿En qué tiempo llegó a Toledo D. Rodrigo? No se puede precisar la fecha exacta. El mismo dice que para el momento de su regreso ya afluían cruzados a aquella urbe; pues afirma que *interin*, que se reunía la gente de todos los pueblos, llegó él. (2) No vinieron con él los Prelados franceses con sus tropas, sino después de él, como lo refiere en su obra. (3) Adelantóse él por necesidad, y no volvió acompañando el gran ejército, como algunos dicen. (4) A fines de marzo, o en la primera parte de Abril, debía estar en Toledo; luego veremos la llegada sucesiva de los ultramontanos, en haces distintas.

Un cronista navarro del siglo XV, (5) dice «que Don Rodrigo viniendo de la corte de Roma... pasó por Navarra e puso paz e amor entre los reyes de Castilla y de Navarra...» Pero se ha dicho que nace de una confusión esta noticia. En la carta del Arzobispo de Narbona, Arnaldo Amalarico, que asistió a la batalla de las Navas, se lee que después de llegar a Toledo, trató con los reyes de Castilla y Aragón «de la venida del rey de Navarra, que entonces estaba enemistado con el rey de Castilla: porque en nuestro viaje nos habíamos detenido en la residencia del rey de Navarra para inducirle a venir en socorro del pueblo cristiano.» Nótese que ese Arzobispo llegó, según el mismo lo dice, a Toledo el tres de junio, ocho días después del rey de Aragón, que fué recibido en la octava de Pentecostés por D. Rodrigo y la Corte de Castilla con extraordinaria solemnidad en la ciudad primordial. La desfavorable impresión, que dió Arnaldo al rey Alfonso le quitó la es-

(1) Lib. VIII. c. 1. (2) Lib. VIII c. 1. (3) Cap. 2. (4) Vicente de La Fuente. Hist. Ecc. IV. p. 226. Yerra en esto. (5) García de Eugui, Obispo de Bayona.

peranza de ver en la cruzada al Navarro. ¿Era exacta esa impresión? De ninguna manera. Durante la permanencia en la corte de Sancho el Fuerte, el Arzobispo Narbonense debió verlo recio que estaba el Navarro, y debió éste expresar sus quejas con gran fuerza, y no se mostró blando, para que se enterara lo escamado que se hallaba con el Castellano, y que no se inclinaba a ayudar al que era enemigo. Pero tampoco le manifestó que no acudiría: y es menester creer que para el momento de la entrevista tenía resuelto sumarse a los cruzados, a pesar de su aspecto ceñudo y tempestuoso contra el de Castilla; ya tenía dadas órdenes para la reunión de las tropas expedicionarias sin duda alguna; puesto que, habiendo pasado por Navarra veinte días antes, más o menos, de la salida de los navarros para Castilla, era imposible que en ese plazo se organizara el ejército, y eso debió iniciarse ya anteriormente. Esta movilización, aunque no grata a D. Sancho, la consiguió de él a su paso por su patria, D. Rodrigo; el cual debió luchar bien, y no haciendo caso a las repulsas, insistir hábilmente. Ya cuenta D. Rodrigo que resistió, pero que accedió por no negar su robusto brazo a la gloria y servicio de Dios. Y entre los navarros, tan enérgicos y decididos siempre para sacrificarse por la causa del catolicismo, debió sonar gratamente la ardiente invitación de su elocuentísimo paisano, para una empresa, que inflamaba los ánimos católicos de Europa.

Según el mismo cronista, pasó también el Arzobispo por la Corte de Aragón y ejerció el ministerio de reconciliación y amor con Pedro II; cosa inexacta: pues eran amigos constantes los reyes de Castilla y Aragón.

Más o menos a la par que D. Rodrigo llegó a Toledo una Bula notable dirigida solo a él y al Compostelano, para asegurar sólidamente el éxito de la guerra, y proponiendo paternalmente una idea nueva y bella, para dirimir radicalmente las malhadadas disensiones de los reyes de España, cual era la de ofrecerse como supremo e inapelable tribunal de sus pleitos. Dícele Inocencio III:

«A los Arzobispos de Toledo y Compostela: Cuán grande peligro amenace a España vuestra prudencia aprecia tanto mejor cuanto más de cerca lo experimenta. Por eso os mandamos por letras apostólicas, y os lo ordenamos apretadamente, que excitéis e induzcáis prudente y eficazmente a los reyes de las Españas para que guarden intactas la paz o la tregua, que tienen concertadas, sobre todo durante la inminente guerra con los sarracenos. A esto queremos y mandamos, que se les obligue por censura eclesiástica, sin apelación, si fuese necesario: y que se presten también mutuo auxilio contra los enemigos de la Cruz del Señor, los cuales no sólo aspiran al aniquilamiento de las Españas, pero también amenazan ensañarse contra los fieles de Cristo de otras tierras, y aplastar, lo que Dios no quiera, si pudieran, el nombre de cristianos. Por nuestra autoridad prohibimos, bajo pena de excomunión y entredicho a los dichos reyes y a todos los demás cristianos, el prestarles auxilio o consejo contra los cristianos. Que si ocurriere, que el rey de León, de quien se asegura especialmente que se atreverá a atacar a los cristianos en unión con los sarracenos, denunciaréis, que su persona queda sujeta a la excomunión, y su reino al entredicho, sin derecho de apelación; intimando a sus súbditos, bajo el anatema, que no le sigan; y además, han de anunciar, que los demás reyes y cualesquiera cristianos y sus tierras están sometidos a las mismas penas; para así apartar de su seguimiento sus súbditos con la prohibición del consejo. Además intimidados en nombre nuestro, que si tienen entre sí cuestiones, por la presente necesidad apremiante, las difieran por ahora, y en tiempo oportuno cuando lo puedan, *discutan su derecho en nuestra presencia*, enviando los procuradores, los testigos y demás cosas necesarias para la causa; ya que las cuestiones entre ellos suscitadas en otras ocasiones, aunque muchas veces se intentó, no

se han podido solucionar: y nosotros procuraremos, con la ayuda de Dios, hacerles completa justicia. De tal modo os esmeraréis en ejecutar el mandato apostólico que brillen vuestra solicitud y diligencia... Dado en Letrán, cinco de abril, año 15 de nuestro Pontificado.» (1212) (1)

Ya para esta fecha se henchía de gozo el pecho de D. Rodrigo por los magníficos resultados de su fatigoso viaje por el extranjero, y su espíritu flotaba en la alentadora región de las esperanzas de un glorioso triunfo, por las nutridas y aguerridas tropas, que como él mismo dice, «afluían de casi todas las partes de Europa» y colmaban de valerosos y celosos guerreros a la capacísima Toledo y sus vegas circunvecinas. (2) Indiquemos su variedad nacional y su procedencia, para apreciar mejor el fruto de la predicación y el enorme trabajo, que sobre los hombros del gran Arzobispo puso Alfonso, al encargarle el gobierno de tantas y tales tropas y el abastecimiento de viveres, que corrió desde abril hasta el principio de la expedición a cargo de D. Rodrigo.

Según D. Rodrigo la predicación de esta guerra santa atrajo cruzadas «casi de todos los puntos de Europa» (3) Distingue los cruzados, que vinieron organizados y acaudillados por jefes propios de su nación, constituyendo un cuerpo compacto y homogéneo, de la otra gran muchedumbre de los que venían sueltos a alistarse entre los combatientes, para pelear bajo el jefe, que se le señalara. Esa muchedumbre constituía una confusa turba sin orden, ni entrenamiento; en ella se mezclaban personas de toda condición, edad, estado e índole, y se comprenderá que, al lado del fervoroso cristiano, estaba un aventurero de profesión, al lado de un noble o un caballero, un asesino o un ladrón. El Arzobispo cita sólo las distintas naciones de los que acudieron con tropas organizadas con sus caudillos y estandartes; no indica las otras naciones.

Empieza por los franceses, que dieron el mayor contingente de los extranjeros. Venían al frente de las tropas muchos magnates y Barones, y tres insignes Prelados, el Arzobispo de Burdeos, el de Norbona y Nantes. Solamente nombra al de Norbona por su nombre, y hace de él un precioso elogio, ya porque era hijo de la orden predilecta de su corazón, el Cister, ya porque condujo mayor número de guerreros de la Galia citerior, que ningún otro caudillo, ya también porque fué el único de los jefes, que no se desmayó en las primeras dificultades, ni defeccionó, sino que se mantuvo, como un héroe, hasta el fin de la campaña, infundiendo valor y constancia al puñado de esforzados paisanos suyos, que en el bochornoso momento de la retirada, pudo detener, y fué providencial su perseverancia hasta el fin, para que tuviera España un testigo e historiador imparcial extranjero, que dejara a la posteridad la narración de la gran expedición. Se llamaba Arnaldo, quien en su relación nos dá el nombre de los otros Prelados, y detalla algo la procedencia de algunas tropas francesas, diciendo; «Halláronse entre los concurrentes el venerable Padre Guillermo, Arzobispo de Burdeos y otros prelados y barones y caballeros de Poitou, Andeg, Bretaña, Limoges, Perigord, Saintonges, y Burdeos, con algunos ultramontanos de otras partes. Llegamos nosotros a Toledo con acompañamiento harto lucido de caballeros e infantes, bien armados, de las diócesis de Lyon, Viena y Valentinois.» Asegura Arnaldo lo mismo que D. Rodrigo, «que los fieles cristianos acudieron de todas las partes del mundo.» Jiménez de Rada sólo consiguió en su historia el nombre del caballero principal, que se mantuvo

(1) Ap. 13. (2) Lib. VIII. c. 1. (3) Léase el libro octavo de D. Rodrigo, que es hasta la fecha la mejor historia de esta empresa: un poema verdadero de doce cantos, que son sus doce primeros capítulos.

fiel hasta el fin de la campaña, que fué Teobaldo de Blazón, de origen español, como lo hizo entre los Prelados con Arnaldo, el único que no desfalleció. Vemos en Rhorbacher otros nombres. «Entre los señores seglares de Francia se distinguía el Vizconde de Turena, el Conde de la Marca, Hugo de la Ferte, fiel compañero de Simón de Monforte. (1)

No se crea que era la vez primera que Francia enviaba guerreros a España. En febrero de 1118, en el concilio de Tolosa, se votó una leva de cruzados en favor de Alfonso el Batallador, rey de Aragón y Navarra, que había peleado en el mes de diciembre rudamente contra los moros, (2) siendo su situación dudosa.

D. Rodrigo cita a Italia después de Francia, como país de donde proceden fuerzas organizadas, pero no dice ni cuántos ni de qué punto: El rey Sabio lo explica diciendo que se juntaron «grandes omnes de Italia» (3) De los portugueses dice con elogio: «Concurrieron a la misma ciudad muchos caballeros y multitud numerosa de infantes, ágiles para resistir en las marchas y de audaz arrojo en los ataques.» Nos da difusas noticias de los aragoneses, y parcas de los navarros. En el capítulo 12 refiere la tardía llegada de los cruzados alemanes al mando del Duque de Austria, revestido de no poco aparato. No dice palabra del reino de León; pero en cambio cuenta el Tudense que Alfonso de Castilla envió allí mensajeros, que fueron mal recibidos; y que el rey de León respondió, después de oír el consejo de los suyos, que le ayudaría si le devolvía los castillos. Por su parte los gallegos acudieron a la guerra como a un banquete, lo mismo que otros pueblos. De los ingleses no se dice nada. Muy mal andaban; pues Inocencio III había depuesto del trono a Juan Sin Tierra y autorizado la conquista de Inglaterra a Felipe Augusto de Francia (1212) (4)

En cuanto al número de los extranjeros escribe D. Rodrigo que «los ultramontanos eran más de 10 mil caballeros y 100 mil infantes» Pero en la Crónica general se distingue y aclara mejor esa cifra, diciendo: «segund la estoria quiere decir, que los de fuera de Castilla, como aragoneses, leoneses, gallegos, portugueses et asturianos, que en esta cuenta entraron de los 10 mil caballeros, et de los cien veces mil omnes de a pie.» No cita a los navarros, porque no se hallaron reunidos en Toledo, sino que se unieron después; y el Arzobispo y la Crónica hablan aquí de los reunidos en Toledo, a los que se distribuían víveres. Se ajusta ese cómputo bien a lo que el mismo Arzobispo escribió en la carta a Inocencio III, hablando de los ultramontanos solos, sin englobar a todos los que no eran de Castilla. «Serían, dice, los que vinieron hasta dos mil caballeros, con sus pajes de lanza, y hasta diez mil jinetes y cincuenta mil peones», que arrojan unos 70000 ultramontanos, y el resto peninsulares, excluyendo a los castellanos. Pues los pajes de lanza de los caballeros debían ser numerosos. Huici (5) dice, que en la carta a Inocencio III se ponen unos 60.000 ultramontanos. Es exacto eso si no cuenta los pajes de lanza. Límite máximo de los peninsulares, que de fuera de Castilla, pudieron concurrir en auxilio de Alfonso VIII, según él, es de 50.000 a 60.000, contando los navarros, pero al fin concluye con raciocinios que fueron mucho menos, por cuanto Pedro de Aragón vino con 3.000 caballeros, y Sancho de Navarra con 200; pero como eran nobles y caballeros, llevaban consigo pajes de lanza y otras gentes de armas, cosa

(1) Lib. 71. p. 305. (2) P. Richard. Concilios Gener. Siglo XI, año 1118. (3) C. 1011. (4) En la Crónica General se hallan otros datos de menos importancia, que algunos autores recogen. Creo que son creíbles la mayor parte, ya que eran recientes cuando los consignaba el cronista; pero se resienten del carácter prodigioso a que tiende el escritor ordinariamente por su afición a lo que por el vulgo corre. En general no es otra cosa que la versión exacta de D. Rodrigo. No se sabe por qué omiten algunos pasajes, por ejemplo lo que se refiere a Navarra, en el cap. 11. (5) Pág. 66.

que se debe tener en cuenta, y también admitir que de ambos reinos pirenaicos acudieron gran número de cruzados voluntarios y volantes, como de los reinos de León y Portugal. Se equivocaría quien bajara el mínimo de los cruzados españoles, no castellanos, de 50.000.

En vista del inminente ataque del emperador de Marruecos, apenas descansase en Sevilla de las fatigas de la gran conquista de la plaza de Salvatierra, y acabara de reunir las innumerables legiones, que iban llegando sin cesar del interior de África y del Oriente, y las que estaban preparando todos los walíes, régulos y soberanos musulmanes de Andalucía, Valencia y las Islas Baleares, Alfonso VIII, con el consejo de D. Rodrigo, y de acuerdo con su pueblo, sin previo asentimiento del Papa, había fijado la fecha del encuentro campal con los Almohades, para la segunda parte de la primavera, participando, en consecuencia, a todas las naciones católicas, que todos los cruzados debían estar concentrados en Toledo durante la octava de Pentecostés, para salir luego a campaña, es decir, que del 20 al 27 de mayo debía estar terminada la concentración. Inocencio III, en sus Bulas a los católicos tuvo que indicar la misma fecha. Sólo en las dirigidas a Alfonso VIII le dice, que si lo ve mejor, ajuste una tregua con el moro. Eso no era posible, puesto que, como observa D. Rodrigo, los comisionados para levantar en las naciones de Europa tropas de cruzados, se habían esparcido por los diversos reinos a la vez que partían los que iban a Roma, para comunicar a Inocencio III la resolución tomada en Castilla y urgir la concesión de las gracias espirituales. Esto explica el hecho singular, que refiere D. Rodrigo, y cómo a la vez el Sumo Pontífice dirigía sus Bulas de exhortación a todos los Arzobispos en la primera parte del año 1212. Cuenta D. Rodrigo que ya para febrero de este año había empezado la llegada de cruzados a Toledo. Venían seguramente, movidos por las exhortaciones de los enviados de Castilla, antes que se recibieran en sus tierras las Bulas pontificias, pero con la noticia de que la concesión era cierta y la cruzada absolutamente necesaria.

El día de Pentecostés Toledo estaba imponente, rebosaba en cruzados, y la aglomeración de los guerreros extranjeros era enorme y nada tranquilizadora; porque en ese día se atrevieron éstos a invadir con crueles intenciones la populosa judería de la ciudad, tachada de traidora a los cristianos y en secreta connivencia con los sarracenos, según su costumbre inveterada, y muy opulenta además por sus conocidas artes de usura y negocios lucrativos de finanza. Los cruzados extranjeros se arrojaron con tal furor contra el poderoso barrio de la judería toledana, que en aquel día hubiera quedado saqueada y aniquilada, si los nobles de la ciudad no hubieran salido a reprimir valerosamente tan villana acción y a evitar la matanza, con el consejo indudable de D. Rodrigo, que era el encargado del orden en la ciudad.

Las dos recepciones oficiales más solemnes debieron ser las dos que reseña el mismo D. Rodrigo, las cuales preparó y dirigió el propio Arzobispo. La primera fué la del rey de Aragón, con su lucida escolta, el día de la Santísima Trinidad. D. Rodrigo organizó una pomposa procesión con su clero y fieles y salió a recibirle. Días después llegó el grueso de su marcial ejército, compuesto de grandes y poderosos guerreros. Como dentro de la ciudad no había lugar para alojar esta hueste brillantísima, el rey de Aragón clavó su tienda en la vega, en las huertas y vergeles del rey de Castilla, donde le rodeó su valerosa gente. El tres de junio se celebró la segunda solemnisima recepción, que fué la del grueso del numeroso y gallardo ejército francés, capitaneado por el Arzobispo de Narbona, Arnaldo, y otros grandes señores. D. Rodrigo les dedicó los mismos honores, que al rey de Aragón. (1)

(1) Lib. VIII. c. I y II.

Sigamos todavía narrando otros servicios extraordinarios y, si cabe, más apreciables en aquella temporada, que D. Rodrigo prestaba con admiración universal a la religión y a la patria, gracias a sus conocimientos políglotas, a su capacidad y actividad maravillosas. El más difícil problema que surgió en Toledo con la concentración del mayor ejército que había visto España, y compuesto además de tropas de tantas naciones y lenguas, fué el atenderle debidamente en todas sus necesidades de orden, de organización, de indispensable entrenamiento y de aprovisionamiento de armas, comboyes de viaje y municiones de boca y guerra, y a la par mantener vigorosamente el debido orden en una muchedumbre tan heterogénea y abigarrada, constituida parte de cuerpos disciplinados, y parte, (y ciertamente más de un tercio) de cruzados voluntarios, venidos en pelotones, sin instrucción, ni organización, para ocupar en el ejército el puesto que se les señalara, después de recibir el equipo militar indispensable.

Pues bien, a la vista estaba que el único hombre capaz de desempeñar con éxito seguro tantas y tan graves funciones era el que había tenido el mágico poder de arrastrar con su ascendiente y palabra poderosa a tan grande y variada muchedumbre de guerreros cristianos de distintos estados de Europa, es decir, D. Rodrigo. Viéndolo así claramente Alfonso de Castilla, le nombró ministro universal para la conservación del orden y para el abastecimiento, apenas el Arzobispo volvió a Toledo de predicar la cruzada en las naciones extranjeras, confiriéndole circunstancialmente a este fin la suprema autoridad de Toledo. El mismo Arzobispo insinuaba paladinamente una de las razones de esta determinación del rey, diciendo que sólo el prelado toledano podía entender la variedad de lenguas de los pueblos que afluían a Toledo. (1) Por eso le mandó el monarca que no se moviese de la ciudad. Ahora unos cuantos datos particulares explicarán mejor la enormidad abrumadora del trabajo que con ese honroso nombramiento real pesó varios meses sobre los hombros de este gran promotor de la cruzada, desde su regreso a Toledo, hasta julio.

En el llamamiento a la cruzada, Alfonso VIII había participado «que abonaría todos los gastos a todos los caballeros y soldados, que concurriesen a la guerra, como era justo» (2) Tan a la letra tomaron los ultramontanos ésto, que en la carta a Inocencio III, escrita por D. Rodrigo, en nombre del rey, se dice: «Tuvimos que proveerles no sólo de lo prometido, sino también de dinero y caballos, de que casi todos carecían» (3) Gran número de los peninsulares venía todavía peor provistos y equipados; y lo que era peor, entre tantos miles de cruzados se metieron sin número de ineptos, débiles, niños y mujeres, sin contar la gente maleante y corruptora.

Para atender a esto D. Rodrigo tuvo que montar una extensa oficina de inspección y abastecimiento, para evitar engaños y abusos en la distribución de las raciones, en el reparto de armas y caballerías, y en el suministro de pagas personales, ordenando a este fin que los notarios formasen padrón de todos los cruzados, incluso las mujeres y niños, como advierte la Crónica General. Qué lástima que se haya perdido tan preciosa lista, por la cual se sabían las raciones y pagas diarias que se repartían a los extranjeros y peninsulares; pues sería uno de los mejores medios para conocer aproximadamente el número, sobre todo de los ultramontanos, y yo creo firmemente que ese padrón sirvió a D. Rodrigo para conocer y precisar el cómputo, que consigna de ellos en su Historia, según lo deduzco de la circunstancia de que el Arzobispo cita allí mismo ese número para añadir inmediate-

(1) Lib. VIII. c. 1. (2) Carta a Inocencio III. (3) *Ibidem*.

te, que a todos ellos se les suministraba la ración. Estableció D. Rodrigo, que, aparte las limosnas secretas (1) que se hacían, y las raciones, se dieran como pagas fijas «a cada caballero veinticinco sueldos sólidos corrientes, y a los infantes cinco.» «El rey daba a cada magnate, una cantidad mayor, que los encargados les llevaban a domicilio.» (2)

Respecto de las armas, el Arzobispo tuvo que proporcionárselas, no sólo a los muchos miles de cruzados sueltos, que de todas partes, en tropel, acudieron a inscribirse, sin traer nada, sino a gran número de caballeros, de cuerpos regulares, que se las pedían, junto con caballos, según la carta a Inocencio III. Y aún más. El Arzobispo tuvo que ocuparse con impropio trabajo en acopiar las inmensas cantidades de elementos de guerra necesarios para la expedición, y en reunir los medios indispensables de transporte. Un solo dato, que nos da D. Rodrigo sobre este punto, nos indicará cuánto era menester para ello. Dice que para transportarlos se emplearon sesenta mil unidades de carga y arrastre. (3) Es verdad que el pueblo puso en sus manos cuanto tenía de provechoso en víveres, armas, acémilas, carros y caballos de guerra, con una generosidad, esplendidez y sacrificios jamás vistos, como se lee en su Historia. (4) Y no poco trabajo dió igualmente a D. Rodrigo el alojamiento de aquellas masas inmensas de hombres. Tal era ya la muchedumbre de ellos para cuando llegó el rey de Aragón con la parte selecta de sus fuerzas, que la gran ciudad toledana rebosaba en gente dentro de los muros; por lo que el aragonés tuvo que acampar con su hueste en la vega, en los parques y jardines reales.

Hay todavía otra circunstancia, que realza el mérito de D. Rodrigo en estos lances difíciles. Era la única autoridad de Toledo: todo dependía de él. Alfonso VIII, poniendo la ciudad entera con todos sus graves problemas en manos de su consejero y ministro, andaba fuera de su capital, dedicado arduamente a levantar en todas partes los ánimos de su reino; y advierten los Anales primeros de Toledo que el rey de Castilla llegó a Toledo, después de Pascua, a la vez que el rey de Aragón, con el objeto de hacerle más solemne recepción. Así el Arzobispo hacía en Toledo de todo, de ministro universal, de caudillo, de soberano y de magistrado supremo de justicia, desde enero, fecha de su llegada.

Y menos mal si todo hubiera estado en orden y en paz; cosa por cierto imposible en una aglomeración tan enorme de tanta clase de gente. Los ultramontanos se desmandaron de varios modos. Una parte de ellos se lanzó ferozmente un día sobre los sospechosos y aborrecidos judíos, que excitaban su furor con sus sigilosas apariciones, para hacer presas usurarias entre los cruzados, y almacenarlas después en el interior de las misteriosas barriadas, en que volvían a esconderse, dejando en pos una siniestra estela de celos y despechos. La nobleza toledana reprimió vigorosamente a los iracundos extranjeros, antes que consumaran grandes actos de violencia. Otro día tuvo que reprimir y castigar la tala de la huerta del rey y de todo el Arcadete.

Mas, porque D. Rodrigo pasa sobre estos desmanes como sobre ascuas en su relato histórico, un crítico moderno le censura así acerca de ello y otras cosas generales: «Tiene bastante honradez literaria para no desfigurar a sabiendas y por puro efectismo la verdad; pero su amor propio sumamente interesado en el éxito de la empresa, la devoción cortesana que profesa a Alfonso VIII y su exaltado celo patriótico-religioso, ponen a veces, quizás sin darse cuenta, buscada obscuridad en su pluma, y le hacen exagerar las proporciones de los hechos... Como el

(1) Lib. VIII. c. 4. (2) Ibidem. (3) Lib. VIII. c. 4. (4) Ibid. en varias partes.

rey quiso que se encargase personalmente de proveer a las necesidades de los cruzados y poner orden en aquella muchedumbre ociosa e inquieta, nos dice que acudió con gran solicitud, y que la armonía más perfecta reinó en la ciudad, a pesar de que el común enemigo intentó varias veces turbarla. Esta frase tan vaga encubre... hechos desagradables (alude el crítico a los sucesos ya referidos ahora de Toledo y a la defección de los extranjeros en mitad de la marcha, en Calatrava.) Su amor propio de gobernante, que le impedía referirnos tan graves desmanes, le hace soslayarlos con un eufemismo anodino.» (1) No es justo este lenguaje. No hay derecho para teñir con color tan desfavorable la veracidad histórica de D. Rodrigo, porque no refiere pormenores de escasisíma importancia, sino que se contenta con indicar rápidamente la substancia del hecho, como en los casos citados, en el segundo de los cuales da más noticias que otros testigos que de él escriben. En innumerables puntos de más importancia corre el Arzobispo con mayor laconismo en la narración, aun al referir los sucesos de esta campaña. Notaré solamente lo de la conquista de los Castillos, de camino para las Navas. Sólo dice que se conquistaron, nada de sus conquistadores, nada de sí mismo, cuando sabemos por los documentos de donaciones de San Fernando, que el mismo Arzobispo fué el héroe principal, y por eso se los dió el Santo rey, lo mismo que su abuelo, como veremos. ¿Cómo iba a dar gran importancia a incidentes que podían mirarse como naturales, dada la gran aglomeración de gentes y su inacción demasiado prolongada? Bastaba aludir someramente a ellos. Lo que parece harto imaginario es suponer que D. Rodrigo no individualizó los pormenores, que los Anales Toledanos consignan, con la mira de no deslucir su prestigio de gobernante. Sobre todo a los treinta años de transcurridos tales sucesos, sobradamente cimentado estaba con tantos años de éxitos insignes.

Según el Narbonense, el tedio consumía a los más férvidos cruzados, por la dilación en salir contra los sarracenos, pero como vemos en la carta de Alfonso VIII al Papa, la dilación era forzosa, por cuanto no llegaban las huestes castellanas, que «habían de venir a la guerra.»

Los vasallos del rey de Castilla no pudieron acudir, como los extranjeros, a Toledo para la fecha señalada, a causa de la imposibilidad de poder terminar los preparativos, por dos razones; primera, porque el soberano no les dió el tiempo suficiente. Después de enviar a otras naciones los anunciadores de la cruzada para la próxima primavera, en vez de darles tiempo para prepararse, los llevó a nueva campaña. Escribe D. Rodrigo: «El padre para consolarse de la muerte de su hijo con grandes hechos, congregada la tropa, por la ribera del Júcar entró en tierra de sarracenos, cercó a Alcalá, del Júcar y la tomó lo mismo que a Gradien y Cubas, y rescató de los sarracenos a muchos cautivos, y recogió mucho botín: habiendo así ocupado todo, y guarnecido los lugares, regresó con fortuna a los suyos, muy avanzado el invierno.» (2) La segunda razón fué que, tras de venir tan tarde de la campaña, se les agobió con reclamaciones de suministros costosos de toda clase para proveer de armas y vituallas a los extranjeros y a los españoles de otros reinos, que venían en masa, no en cuerpos formados.

Pero el brillante aspecto de las huestes hizo olvidar este retraso tan desagradable.

Tan perfecta y soberbiamente equipadas aparecieron en Toledo, que asegura el mismo Arzobispo «que no sólo les no faltaba nada, sino que daban a otros liberalmente.» (3) Aquí se desborda su pluma en desenfrenadas alabanzas en loor de

(1) Huici. P. 106. (2) Lib. VII. c. 36. (3) Lib. VIII. c. 4.

Alfonso VIII, caudillo de aquellas marciales tropas, hasta el lance de exclamar, rebasando los límites de la medida: «Se puede decir de él: éste tiene más valor que todos nosotros tenemos.» (1)

Ciertamente lo más selecto y poderoso que vemos en estos instantes en Toledo es el ejército castellano. Ahí está todo lo bueno y grande de la generosa y esforzada Castilla. Su hueste es la más numerosa: oscila arriba de sesenta mil guerreros, porque habiéndose aplicado el sistema de reclutamiento de soldados conforme marcaban las leyes y los fueros locales de los Señoríos, concejos y Ciudades en el extremo lance de la vida nacional, y habiéndose alistado también voluntariamente todos los que podían llevar armas, el número de cruzados castellanos había subido al máximo, que podía dar. Su organización es la más firme y compacta, como marcializada en su mayor parte, por los más expertos y aguerridos caudillos.

El mismo D. Rodrigo así lo comprende, y por eso se detiene a darnos cuenta de los escuadrones de que se compone y de los magnates y Señores, que los conducen. Señala en particular los nombres más gloriosos, y más particularmente todavía los de aquellos escuadrones sagrados, alma y nervio de todo el ejército, con sus respectivos adalides, pertenecientes a las cuatro Ordenes militares de Caballeros heroicos: el de Calatrava, mandado por su Maestre, Rodrigo Díaz; el del Temple, al mando del suyo, Gómez Ramírez; el del Hospital, al mando de su Prior, Gutierre Ramírez; el de Santiago, al mando de su Maestre, Pedro Arias. Allí aparecen también innumerables religiosos de diversos votos y profesiones, anhelosos muchos de ellos, como los miembros de las órdenes hospitalarias, de ejercitar en el campo de batalla sus oficios de caridad y misericordia con los heridos. Pero el espectáculo que más arrebató las miradas de D. Rodrigo es el brillante coro de aquellos Venerables Prelados de la Iglesia, de los que escribe: «Allí estaban igualmente los Pontífices, que se sacrificaron devotamente cuanto les fué posible, con gastos y penalidades por el triunfo de la fe, vigilantes para socorrer en las molestias, piadosos en sus deberes, pródigos en los consejos, espléndidos en aliviar necesidades, incesantes en las exhortaciones, pacientes en los trabajos.» (2) He aquí el cuadro de los Obispos. En el ejército aragonés estaban García de Tarazona, Berenguer, electo de Barcelona, En el castellano, Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Pedro de Avila, Domingo de Plasencia y descollando entre todos, Rodrigo Jiménez de Toledo, el cual, como Metropolitano, había invitado personalmente a los de su jurisdicción, y como Legado del Papa y jefe espiritual, a todos los demás. Faltaron el de Segovia y Cuenca. El primero, que había prestado excelentes servicios en Roma para alcanzar las gracias de la cruzada, quizá ya empezara a enfermar del mal que luego le anuló, como diremos. El segundo era un santo; no sabemos por qué no concurrió. Arriba nombramos a los franceses.

Aquí hay que rendir a la Iglesia tributo de justicia. Este magno movimiento de Europa contra el Islán es obra de la Iglesia. De la cumbre del Clero ha descendido el fuego sagrado de amor a la independencia y a la libertad patria, que abrasa a esa inmensa hueste, que se apresta a gloriosa guerra. Sus Pastores han prendido la llama del entusiasmo con las predicaciones saturadas en los altos ideales de la religión y patria en esos pueblos de fe, que viven más cerca de Dios que los nuestros, en una esfera más elevada de aspiraciones santas; porque tienen la suerte de ser acaudillados por santos y sabios de la talla de Santo Domingo, San Francisco de Asís y tantos más. No es la edad media la fantástica visión soñada

(1) Lib. VIII. c. 3. (2) Lib. VIII. c. 3.

da por la calenturienta ignorancia, visión en que surgen, flotan y se sumergen sombras guerreras acorazadas de acero, caballerescas figuras, que vuelan en los palenques las suertes del amor, iluminadas por la superstición, agitadas por el genio del fanatismo y por el conjuro de interminables legiones de monjes y anacoretas, que vagan por todas partes, infundiendo los espantables terrores del juicio y de la eternidad: antes bien es una sociedad incomparablemente más espiritualista e idealista que la nuestra. Valía más que ésta que vive lejos de Dios.

Los Prelados castellanos, que eran a la vez Señores temporales con vasallos, llevaban consigo las fuerzas militares, que les correspondían.

Don Rodrigo, el primer impulsor y estimulador de tan magna obra, fué además el que mayor concurso material aportó entre los Prelados, si bien no tan grande como en épocas posteriores, cuando, con su pericia, valor y méritos, quintuplicó el poderío y la riqueza de su insigne Iglesia. Equipadas admirablemente envió al mando de un lugarteniente suyo las fuerzas todas, que de sus villas de Alcalá de Henares, Brihuega y otras pudo recoger. (1) Sobre todo de las dos nombradas villas podía formar dos buenas columnas; pues eran populosas y tenían agregados varios pueblos vecinos. Además un escritor juzga que fué «beneficiosísima la intervención del Arzobispo que, por haber sido Prelado de Osma, conservaba decisiva influencia en su amado país de Soria, donde se originaba su heroica y poderosa familia materna, y donde radicando su patrimonio familiar, fué el Señorío de su madre... y así de los veinte Concejos, seis eran sorianos con sus Obispos, Menendo de Osma y Rodrigo de Sigüenza, primo de D. Rodrigo.» (2)

Mientras con tanta actividad, sabiduría y tantos sacrificios de D. Rodrigo se disponía en Toledo el más grande ejército que jamás se congregó en España, para luchar con el más poderoso, que invasor alguno ha alineado en la Península, la Europa cristiana, a solicitud del santo Arzobispo y por orden y conjuro del gran Pontífice Inocencio III, descalzaba sus plantas, se entregaba al ayuno y abría los labios a la oración empapada con lágrimas, en rogativas y procesiones públicas, a imitación de la que en Roma se celebraba en el memorable día 23 de mayo, que debe consignarse y perpetuarse en la vida de nuestro héroe, el cual, como referimos, ya para implorar el auxilio del Altísimo, ya también para elevar el espíritu de los cruzados e inocular hondamente el sentimiento religioso que debía animar a los guerreros, organizó las recepciones de los cuerpos principales por medio de rogativas procesionales. En el documento pontificio siguiente leeremos lo que en Roma se hizo, y eso bastará, puesto que es elocuentísimo, para deducir lo que en el resto de la cristiandad se ejecutó.

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén. Se hará procesión general de hombres y mujeres el miércoles de la infraoctava de Pentecostés, por la paz de la Iglesia católica y del pueblo cristiano, y particularmente para que Dios los favorezca en la guerra, que se dice, han de tener con los sarracenos, porque no se entregue al oprobio su herencia y los dominen las naciones; y se ha de comunicar a que vengan todos a esta procesión, sin que se exceptúe nadie de ellos, menos los que tuvieren enemistades capitales. Al amanecer se juntarán las mujeres en Santa María la Mayor, en la basilica de los doce Apóstoles los eclesiásticos, y los seglares en Santa Anastasia. Después de rezadas las colectas, tocando a un tiempo las campanas de estas iglesias, todos irán en el siguiente orden al campo lateranense. Ante todos, también las mujeres, ha de preceder la cruz parroquial de Santa María la Mayor, rompiendo la procesión los religiosos, siguién-

(1) Pereja. p. 68. (2) Cerralbo. p. 55.

doles las mujeres, que irán sin oro, ni joyas, ni galas de seda, rezando con devoción y humildad y con lágrimas y sollozos, y descalzas las que pudieren; y pasando por Merulano y San Bartolomé, vengan al campo de Leitrán y colóquense al frente de la Felonia, quedándose en silencio. A los eclesiásticos precede la cruz de la cofradía, yendo los religiosos y canónigos regulares delante, y detrás los curas y demás clérigos. Y recorriendo en este orden la calle Mayor y el arco de Basilio, vengan a ponerse frente al palacio del Obispo Albanense, en medio del mismo campo. Precede a los seglares la cruz parroquial de San Pedro, y vayan caminando, primero los Hospitalarios y detrás de ellos lo restante del pueblo. Y pasando así por San Juan y San Pedro, delante de San Nicolás de las Formas, vengan a ponerse al cabo del otro campo. Mientras esto, el Pontífice Romano entre con los Obispos, Cardenales y capellanes de la basílica que se llama *Sancta Sanctorum* y tomando con reverencia el leño de la cruz santificada, venga en procesión a ponerse en frente del palacio del Obispo Albanense, y sentándose en las escaleras, predique a todo el pueblo un sermón de exhortación. Acabado el cual vayan las mujeres en procesión, como habían venido, a la basílica de la santa Cruz, donde estará prevenido el Cardenal Presbítero para decir la misa, rezando la oración *Omnipotens sempiterne Deus in cujus manu sunt omnium potestates*, y vuélvanse las mujeres a sus casas. Y en cuanto el Pontífice baje con los Obispos, Cardenales y Capellanes por el palacio a la basílica lateranense y los clérigos por el pórtico y los seglares por el Burgo, entren en ella; y celebrada la misa con gran veneración, vaya él y todos los demás, descalzos, a la Santa Cruz en procesión, precediéndole los eclesiásticos y siguiéndole los seglares. Y después de haber hecho la oración vuelva cada uno a su casa. Ayunen todos de modo que, excepto los enfermos, nadie coma peces ni guisados, antes bien ayunen a pan y agua los que pudieren, y los que no, beban vino aguado y en poca cantidad, y coman yerbas o legumbres, y abran todos las manos y las entrañas a los pobres, para que por medio de la oración, del ayuno y de la limosna se aplique al pueblo cristiano la misericordia de Dios.» (1) Ese ayuno tan riguroso duró tres días.

Entre tanto no estaban ociosos los musulmanes, sino que hacían las dos cosas como los cristianos «invocar al que oye y responde» (2) y preparar las tropas. Escribe Marráquexi: «Después que el Miramamolín volvió de esta expedición (de la conquista de Salvatierra) a Sevilla, convocó a las gentes de los más remotos países y se le reunió una gran multitud.» (3) Fijémonos en el paralelismo, que existe, entre la conducta de los sarracenos y cristianos, según este escritor, que componía su obra doce años después de la empresa, y el Anónimo de Copenhague (4) y los autores cristianos. Estos amedentrados con la ruina de Salvatierra promueven intensamente una gigantesca cruzada: aquéllos, a pesar de la victoria alcanzada, observando el ingente movimiento de la cristiandad, reanudan la formación de un ejército potentísimo. Mejor se puede afirmar, que Anasir siguió recibiendo las fuerzas convocadas, que del interior del Africa y del Asia (pues sabido es que 10.000 asiáticos, soldados de primer orden, de la raza de los turcos o curdos, pelearon en las Navas) iban entrando en España, y el jefe almohade estimuló la venida de más tropa. De nuevo activó el reclutamiento de todas las fuerzas, que en las populosas comarcas y ciudades andaluzas y demás regiones de la Península se podían congregar. Este reclutamiento en tropas, armas y víveres fué riguroso y universal, puesto que si el Miramamolín imponía inmensos sacrificios a sus vasallos de

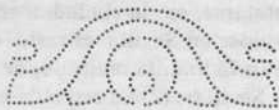
(1) Aguirre. tom. V.—Traducción de Cavanilles. (2) Anón. de Copenhague.—Huici. 120.
(3) Huici. p. 122. (4) Huici. 119.

allende el estrecho en beneficio de los moros españoles, se puede calcular cuán grandes exigiría a los de aquende el Mediterráneo. Veía además por la efervescencia de la Europa cristiana, producida por las predicaciones, que el esfuerzo de los adoradores de la cruz, que trataba de aniquilar, iba a ser estupendo, el más enérgico que se podía hacer. ¿A qué número alcanzó esa «gran multitud» que dice Marráquexi? Kartás, autoridad nula, (pero fuente de Conde, Lafuente, y demás historiadores de las tres cuartas partes primeras del siglo diez y nueve) lo eleva a 600.000, llegando a escribir, que los soldados del Miramamolín tardaron dos meses en atravesar el estrecho, siendo su ejército tan innumerable que, como langostas que se levantan, llenó montes y valles, y encontró estrechas las llanuras, los collados y las hondonadas. Anasir se envaneció ante aquel inmenso ejército, en el que sólo los voluntarios eran 160.000, el grueso del ejército 300.000, los negros de la guardia 30.000, y los arqueros y agzaz (los turcos) 10.000: esto sin contar los mercenarios almohades cenetas, y árabes. (1) Las dos autoridades importantes árabes, Marráquexi y el Anónimo de Copenhague, no precisan nada, y no dan ninguna cifra concreta ni aproximativa. Entre los autores cristianos, el único que habla del número de los musulmanes es D. Rodrigo, en dos diferentes obras, en su historia y en la carta de Alfonso a Inocencio III. Dice en la primera «Creo que ninguno de los nuestros pudo exactamente computar la muchedumbre innumerable de estos y otros sarracenos; sino que oímos después que eran 80000 caballeros, y de peones una turba innumerable» (2) En la segunda se lee: «Eran los sarracenos, como después supimos por la relación verdadera de algunos criados de su rey, a quienes hicimos cautivos, 185.000: los peones no tenían número» (3) Ignoro qué fin ha guiado al sabio arabista Huici para endosar a D. Rodrigo en absoluto esta última cifra (4) sin apreciar la ciertamente auténtica y genuina, que es la primera, y es la que está más en consonancia con la que él propugna; y sobre todo que constándole que no es una errata la primera, ya que en la Crónica General está traducida así; y por otro lado busca autoridades para rebajar la cifra de la carta de Alfonso VIII por considerarla excesiva. Opina Huici «que el total del ejército almohade no alcanzaría, quizá con mucho, a 200.000 hombres, porque era punto menos que imposible en aquella época sostener y aprovisionar a 200.000 hombres.» (5)

Para demostrar la «evidente exageración de los 600.000 combatientes moros» que dice Kartás, aduce dos razones. Primera, que Anasir, según el Anónimo de Copenhague, después de instalarse en la ciudad, mandó entrar a sus soldados por cuerpos ordenados, y quedóse en Sevilla el resto de aquel año.» (6) «prueba evidente, añade, de que no eran la infinita multitud, de que habla Kartás y nuestros crónicos, pues cabían en Sevilla». (7) La segunda es la frase de Marráquexi, que literalmente es así: «Cuando volvió (Anasir) de esta expedición (de Salvatierra) a Sevilla, convocó a las gentes de los más remotos países, y se le reunió una gran multitud, con la cual salió de Sevilla a principios del año 609, (comenzó el 3 de junio de 1212) y fué a Jaén.» (8) *Distingue tempora et concordabis jura*. Me admira que el erudito disertante, que en otra parte de su escrito afirma que Anasir reunió su último ejército de vuelta de Salvatierra, haya podido argüir en esta forma. De que, al llegar de Africa a Sevilla, se pudieran alojar en esa ciudad todos los soldados que llegaron al principio, no se puede concluir que los que se reunieron después de la convocatoria, que hizo de vuelta de Salvatierra, pudie-

(1) Huici. 34. (2) Lib. VIII. c. 9 (3) Carta citada. (4) Huici p. 61. (5) Id. p. 65.
(6) Pág. 116. (7) Id. p. 34. (8) Id. 34 y 122.

ran caber en Sevilla. Ni Marráquexi dice que *todos los cuerpos* salieron de Sevilla cuando de allí salió Anasir en Junio, como quiere hacer creer Huici. Habla en la misma forma que se habla de Alfonso, que salió de Toledo, pero ¿quién entiende que significa del interior de los muros toledanos? Sabemos que acampaba fuera gran parte del ejército. Lo mismo se entiende de Anasir, o puede entenderse razonablemente. Ni hay precisión de admitir que todos los cuerpos de los moros andaluces se le unieron en Sevilla. La más admirable base para fijar el número aproximado de las fuerzas sarracenas nos parece la que en su historia nos da D. Rodrigo, 80.000 caballeros; y calculando que era casi doble el de los infantes, se puede creer que excedían de 250.000 los guerreros de Anasir. Es razonable admitir que Andalucía con Valencia y Baleares, que eran de Anasir, dieron al menos unos 100.000 combatientes al Miramamolín, en ocasión tan extraordinaria, pues allí existían las populosisimas Sevilla, Córdoba, Jaén, Valencia, etc. Del Africa y Oriente vendrían más de 150.000. Es el caso, que Marráquexi dice que murieron en esa batalla, «innumerables musulmanes» (1) y que «la calamidad de Ubeda fué más grave que la derrota de las Navas.» (2) Luego mucha gente debió acudir, según él. Añádase que, conforme a la narración de todos los escritores árabes, el origen del derrumbamiento del imperio almohade, y aun la causa productora del desmoronamiento del poderío árabe en la edad media fué aquel desastre de las Navas, por la inmensidad de las pérdidas de toda clase en aquel choque terrible, como reiteradamente indica nuestro crítico arabista. Por lo que hemos de concluir que era un ejército de más de 250.000 soldados. Además D. Rodrigo dice que el ejército cristiano acampó después de la victoria en la mitad del campamento que los árabes habían ocupado, señal de que el ejército enemigo ascendía más o menos a doble número. El cristiano no bajaba de 180.000 combatientes según queda demostrado.



(1) *Uit supra.* (2) *Id.*

CAPÍTULO VII.

(1212. Julio.)

Jornada y triunfo de las Navas de Tolosa.

El mejor historiador y cantor de la epopeya de las Navas de Tolosa, el Arzobispo D. Rodrigo, describe del modo siguiente la partida de la gran hueste cristiana: «Por lo tanto, todos suficientemente provistos de todas las cosas necesarias, en cuanto era posible, el ejército del Señor partió de la ciudad regia, el 20 de junio; los ultramontanos a solas, acaudillados por Diego López de Haro; el intrépido rey Pedro de Aragón con los suyos; y con los suyos Alfonso; y si bien caminaban separados, corto espacio dividía los ejércitos.» (1) Era miércoles, veinte de junio de 1212. Prueba esta atinada distribución de las tropas que el genio militar inspiraba a los organizadores de aquella inmensa y heterogénea masa de guerreros, que iniciaba su movimiento al Mediodía de España. Puesto adecuado para el impetuoso y rápido ardor de los franceses, que constituían el núcleo mayor de los ultramontanos, era la vanguardia, donde podrían desarrollar la experiencia en combatir, que tenían por sus incesantes luchas con los albigenses de Francia. El centro señalado al valeroso aragonés venía a estimular a él y a sus tropas separadas, para que acrecentaran con su acostumbrada bravura y solidez los hechos gloriosos. A la retaguardia, dirigiendo sus fuerzas propias, mezcladas con las de León y Portugal, se pone en marcha el generalísimo de todas, Alfonso VIII; y el jefe espiritual de la cruzada, el organizador de la misma, el inspirador de las resoluciones de Alfonso, dominando a todos, y alentando a todos con su genio y ardor, y atrayendo las miradas universales, camina al lado del generalísimo, es D. Rodrigo, al cual podemos figurarnos radiante de gozo, con insignias pontificales, pero militarmente vestido, en el momento de trasponer los umbrales de la ciudad primada, e iniciar la bajada de la vega toledana, en que relampagueaban los bruñidos aceros de las espadas, de los yelmos, de los escudos, de los cascos y demás armas de guerra de tantos combatientes de infantería y caballería, dando solemnemente la bendición de la Iglesia sobre aquella fervorosa y valiente muchedumbre de cruzados, para realizar una santa y triunfadora campaña. (2) Momento de suprema emoción para D. Rodrigo aquel, en que, desde la vertiente de la ciudad forma la cruz de la plegaria y bendición divina sobre aquellas olas de valor y de fuerza, jamás vistas ante los muros de Toledo, en el instante mismo, en que empiezan su movimiento de avance para arrollar, envolver y aniquilar a otras olas más ingentes y

(1) Lib. VIII. c. 5. (2) Como los ultramontanos por querer ir en la vanguardia se movilizaron los primeros, el Narbonense pone su movimiento el martes.

ardorosas, que alentadas y empujadas por el joven Miramamolín, por el fuego de las predicaciones de los santones, y por el espíritu de fanatismo de Mahoma, habían comenzado a avanzar, 17 días antes, de Sevilla, e iban aproximándose a las fronteras castellanas.

Momentáneamente hagamos somera revista de esa heroica gente y su armamento. Conocemos ya a los aguerridos ultramontanos con sus insignes jefes.

En el cuerpo del centro, compuesto de aragoneses y catalanes, gallardean miles de ínclitos caballeros, príncipes y magnates, destacándose entre todos García Romero, Jimeno Cornel, Miguel de Luesia, Aznar Pardo, Guillén de Cervera, el Conde de Ampurias, Guillén de Cardona, y los Obispos de Tarazona y Barcelona, (1) y a todos inspira valor y entusiasmo el valerosísimo y romántico D. Pedro. En la retaguardia vemos desfilar más número, más grandeza, más poder, más brillo, más nobleza, más famosos caudillos. Allí los tres magnates Núñez de Lara, Fernando, Alvaro y Gonzalo: allí los poderosos Lope Díaz de Haro, Rodrigo Díaz de los Cameros, Gonzalo Rodríguez, (2) Alvaro Díaz, hermano del de Cameros; Juan González, (3) los cuatro superiores de las cuatro Ordenes militares, insignes Prelados, y Alfonso VIII, tan magnánimo, tan experto, tan valiente, tan resuelto y tan bien aconsejado.

Sus armas ofensivas son múltiples: espada, lanza, arco, ballesta, maza, honda, saeta, guadaña para «lidiar bien». Los «que perteneskien pora deffender sus cuerpos en la batalla» (4) o defensivas, son loriga, perpuntes, capellina, almofar, escudo, de que vienen «muy guarnidos». (5) Arrastran maquinaria para abatir muros, perforarlos y apoderarse de fuertes, (6) ingenios, delabrazas, algarradas y otras invenciones para lanzar piedras destructoras. Ahí van las garitas de atalayar al enemigo, cuando la hueste acampe en algún punto, las cuales se clavarán en derredor de la misma, para evitar sorpresas de cualquier clase; allí las guardas protectoras de la línea exterior, a manera de muros y torres, guaridas de héroes bajo la vigilancia de jefes nobles. Asombra esa briosa e inmensa caballería, que hace trepidar la tierra con el derroche de sus habilidades y bravuras. Y en la ingente impedimenta de convoyes y víveres va «quanto buen caballo, buena mula, rozines, acémilas buenas avien en Espanna» y que los que no pudieron ir en persona, «llegáronle allí al rey en ayuda de reyes, de condes, de rycos omnes, de los prelados de sancta Egleſia, de los conceios, en present de que se ayudasse a tal tiempo et en tal priessa, como aquella, et muchos otros caballos, que aduxieran y (aquí) a vender los cibdadanos et lavradores buenos, que se los criavan pora eso.» (7) Y por encima de las cabezas de todos flotan las enseñas simbólicas y distintivas de los altos ideales, de profundos y santos amores. Son las banderas y los pendones de las distintas unidades y fracciones de las tropas. Ondeán enseñas de todos los colores, formas y tamaños, y cada una hace latir corazones de diversa nación, de diverso concejo, de diverso Señor, de diversa falange. Y las divisas allí grabadas proclaman hazañas y virtudes, con que sus portadores penetraron en el ejército de los héroes o de los bienhechores de la patria, de la religión o de la humanidad. Y en el centro de cada una de esas selvas de banderas y en cada pecho de ese mar de guerreros, se destaca el signo de la empresa, la santa cruz.

Este gran ejército cruzado acampó sucesivamente los días 20, 21 y 22, que eran miércoles, jueves y viernes, junto a los arroyos Guadaxarat, (Guajaraz hoy) Guadazalet y Algodor; pero los ultramontanos, ávidos de pelear, y libres de la enorme

(1) Lib. VIII. c. 3. (2) Ibi. (3) Ibi. c. 9. (4) Crónica General. c. 1012. De rebus. Lib. VIII. c. 3. (5) Ib. Ib. (6) Lib. VIII. c. 6. (7) Crón. Gener. c. 1014.

impedimenta, que embarazaba, sobre todo el paso del tercer cuerpo, avanzaron una jornada de camino más y descansaron la noche del 22 en Guadalerza, dehesa situada en los confines de las actuales provincias de Toledo y Ciudad Real, y luego apresurando el paso el sábado, 23, el domingo, 24, a buena hora del día, llegaron a Malagón, distante unos 65 kilómetros de Toledo, habiendo caminado por jornada unos 16 escasos, y unos 11 el centro y la retaguardia, que llegaron el lunes, 25, por la tarde, cuando la villa y el castillo de Malagón estaban enrojecidos de copiosa sangre humana, y multitud de cadáveres moros yacían por todas partes, frescos e insepultos. Eran los trofeos del fulminante valor y arrojo de los ultramontanos, que, al encontrarse el día de San Juan Bautista, con aquella avanzada de los sarracenos, con un castillo fuerte y hábilmente murado y pertrechado excelentemente y defendido con virilidad, sin descansar un momento, ansiosos de morir por Cristo, (1) lo atacan impetuosamente. «Antes de una hora, según creemos, escribe Arnaldo, ganaron lo que estaba alrededor de la cabeza del Castillo. Luego atacaron sin descanso durante todo el día y la noche, con saetas y piedras, la parte principal del castillo, abriendo también minas a pico en los muros. La torre era cuadrada, de cal y piedra, con una torre lateral en cada costado, adosada a la misma, y con parapetos bien guarnecidos de tablados. Ganadas por asalto estas torres laterales, se llegó hasta los cimientos de la principal por medio de minas. Los sarracenos refugiados en la parte más alta de esta torre, se defendían como podían, sin que los nuestros pudieran llegar allí libremente, por estar amparados en unas bóvedas de ladrillo y cal o yeso. Se empezó a tratar de la entrega del fuerte, pidiendo los moros que se les recibiera como esclavos, y no queriendo los nuestros, se entregó el castillo, a condición de que se salvase la vida del Alcaide y de sus dos hijos, quedando los demás al arbitrio de los extranjeros. Fueron muertos todos los que se encontraron, a excepción de pocos.» (2)

El Prelado francés, cuyas palabras copiamos, más atento a celar por la honra de sus paisanos que a completar las noticias históricas de la expedición, pasó en silencio un síntoma grave, que pronto llegaría a inspirar a los ultramontanos una resolución ignominiosa. En el momento en que eran ovacionados por su hazaña, y quizás envalentonados por ella, a poco de llegar el rey a Malagón, dieron quejas de falta de víveres que algo escaseaban; pero Alfonso enseguida lo remedió, repartiéndolos copiosamente, dice D. Rodrigo. (3) En la carta a Inocencio III se dice: «A pesar de que los proveíamos con abundancia, quisieron dejar la empresa y volver a su país, a causa de las molestias de la tierra, yerma y algo calurosa. Sólo accediendo a los ruegos del rey de Aragón siguieron hasta Calatrava.» Junto al castillo derruido de Malagón descansó el ejército el martes.

El miércoles se reanudó la marcha en dirección de la antigua palestra de pericia y valor de los hijos de San Raimundo de Fitero que, a consecuencia del triunfo de Alarcos en 1195, retuvo en sus zarpas el padre del actual Miramamolín. Un tropiezo grave sobrecogió a los cruzados al pisar las orillas del Guadiana. Los moros habían sembrado de abrojos, o cardos de hierro, el cauce y los vados. He aquí cómo D. Rodrigo dice: «tenían cuatro agujones, de tal forma que por cualquier lado que al suelo cayeran, uno de ellos quedaba punta arriba para hincarse en las plantas de los hombres y en las pezuñas de los caballos. Mas como nada valen los humanos artificios contra la providencia de Dios, quiso él, que poquísimo, casi nadie quedara herido, sino que tendiendo Dios la palma de su protección sobre ellos, atravesamos el Guadiana y acampamos alrededor de Calatrava.

(1) Lib. VIII. c. 5. (2) Arnaldo de Narbona. (3) Lib. VIII. c. 5.

Los agarenos tenían fortificada esta villa con armas, banderas de señales y máquinas, hasta las almenas de las torres, de tal modo que a los que la quisieran combatir les pareciera muy difícil. Además, aunque la villa está emplazada en el llano, pero el río la hace inaccesible por el lado que la ciñe y está fortificada por los otros costados por el muro y antemural, por los fosos, torres y defensas, hasta tal punto, que parece inconquistable sin que preceda una larga batida con máquinas. Dentro estaba un agareno llamado Abencalíz (Aben Kadas) sagaz y experto por su larga carrera de las armas y constante práctica de las guerras, cuya pericia inspiraba la más grande confianza a los sitiados, si bien el comandante de la plaza era un tal Almohat.» (1)

El 28 y 29, los reyes y caudillos examinaron y estudiaron esta interesante fortaleza, y viendo, que al parecer, iba a devorar mucho tiempo su expugnación, se presentó un serio problema. Se había convocado la cruzada para atacar al musulmán en campal batalla y no para consumir el tiempo y las fuerzas en conquistar plazas fuertes, cuya importancia desaparecía automáticamente si se derrotaba al ejército enemigo, mucho más quedando a espaldas el fuerte, cuyas tropas no podían perjudicar cosa mayor en campo abierto, por ser escasas; y en cambio las fuerzas gastadas en estas conquistas tenían que mermar mucho a las que debían luchar en batalla campal, que era inevitable. Por eso se celebraron largos consejos de guerra entre los reyes y demás caudillos, y unánimemente se resolvió, al fin, que se atacara la villa: unanimidad que debió existir sólo entre los jefes del consejo, pero con disenso de la mayoría de las tropas, pues D. Rodrigo, que narra lo primero, expresa así su opinión y la de la mayoría:

«La mayor parte juzgaban mejor, que empezado el camino para la batalla, no se debía detener en la conquista de castillos, sobre todo que en tales casos corren peligro de inutilizarse los valientes, que se fatigue el ejército y dependa del fin de la batalla el poder adquirir y conservar tales conquistas.» (2)

El conglutinante de esa concordia de pareceres debió ser la consideración a los caballeros de Calatrava, que suspiraban por su antiguo nido. «Por lo cual tomadas las armas y señalados a cada rey y caudillo sus puntos de ataque, en honra de la fe, se embistió la plaza, y por el beneficio de Dios, el domingo siguiente a San Pablo (1.º de julio) expulsados los árabes, se restituyó Calatrava al rey noble, que entregó luego a los Freires, que antes poseyeron, y de ellos fué restaurada y fortificada.» (3)

Faltan aquí importantes pormenores que se hallan en la carta a Inocencio III y en la del Arzobispo de Narbona, y en la Crónica de Alberico, escrita 30 años después, en la que se han deslizado ficciones populares. En la primera se cuenta que los sarracenos, viendo que serían vencidos, se anticiparon a entregar la villa a condición de que se les dejase salir indemnes, sin llevar nada. Alfonso lo rehusó; pero el rey de Aragón y los ultramontanos le representaron que la plaza estaba muy fortificada, y que se pasaría tiempo en minar los castillos y en tomarlos y que esto cedería en daño de los calatravos, a los que se debía volver todo en el mejor estado posible, que debía obtenerse la entrega de la villa con su gran abundancia de provisiones, que eran necesarias para los cruzados, que padecían necesidad, dejando salir a los sitiados sin armas ni víveres. Añade que se doblegó a la decidida voluntad de ellos, y dispuso que el botín se repartiera entre los aragoneses y los ultramontanos a medias, quedándose sin nada los demás. Huici dice: «Esta versión es completamente falsa». (4) Y defiende que los ultramontanos no pu-

(1) Lib. VIII. c. 6. (2) Lib. VIII. c. 6. (3) Ibi. (4) Pág. 40.

dieron pedir tal capitulación, por ser contraria a los cánones, que prohibían tales pactos con los infieles, y contraria a sus hábitos de exterminio y sangre con los albigenses, y por haber hecho el degüello de Malagón. Además Alberico dice que los franceses se retiraron, porque Alfonso firmó la capitulación de Calatrava; y Marráquexi escribe: «los musulmanes, que la ocupaban, la entregaron a Alfonso después que les prometió la vida; lo cual fué causa de que gran número de cristianos abandonasen a Alfonso, pues al ver que no les permitía degollar a los musulmanes de Calatrava le dijeron: «Nos has traído únicamente para ganar tierras por nuestro medio, y nos impides el saquear y matar a los musulmanes; para esto no tenemos por qué acompañarte.» (1) Sin embargo se ha de tener en cuenta que ni el Narbonense ni D. Rodrigo (francés aquél) testigos de los sucesos, dicen palabra de lo que esos dos escritores posteriores aseguran. La carta a Inocencio III se escribió a los pocos días de la victoria y su tono es tan seguro que no aparece razón para suponer una superchería en cosa semejante.

Es inadmisibles que la *causa determinante* de la retirada de los extranjeros fuera la que dicen Alberico y Marráquexi. Si así fuera, falsario sería el autor de la carta a Inocencio III, cosa imposible, tratándose de un hecho tan notorio y de tanta resonancia como es el presente. ¿Cómo iba a escribirse cosa distinta al Papa en la relación oficial dirigida a Roma en nombre de Alfonso VIII? Es claro por lo tanto que no fué la causa de la retirada la que citan esos autores. Se comprende que se echó a volar también ésa como una de las que movieron a los ultramontanos. Lo único que se podrá decir es que la versión de la citada carta no es completa, pero no que es falsa. Además Alberico se inspira en el relato vulgar francés, mezclado ya de invenciones populares, que le restan autoridad. He aquí la prueba. «Ganaron, dice, esta fortaleza los franceses por modo milagroso; porque entró en ella el primero un sacerdote con el Cuerpo del Señor, y recibió en el alba, de que iba revestido, más de sesenta saetas, sin que ninguna le hiriese. Interrumpido el combate con la noche, vinieron los principales de la comunidad musulmana ocultamente al rey chico (Alfonso) pidiéndole que, a escondidas de los franceses, les dejase aquella noche salir en camisa, con las vidas salvas, y ellos entregaban el castillo con todos los pertrechos de armas, provisiones y tesoros. El rey se lo concedió y (los) puso en su campamento. Al verlo al día siguiente el Prelado de Burdeos y el de Nantes, indignados se volvieron a su patria.» (2) En el Narbonense, que era francés, y que refiere este suceso minuciosamente, no hay rastro de semejante acto de Alfonso. Cuenta que los dos reyes atacaron por distintos costados la plaza y por el tercero los ultramontanos, y que al segundo día del ataque se rindió la misma, y concluye así: «Plugo a los reyes, para evitar dilaciones y la muerte de los cristianos, recibir el castillo, a condición de que saliesen las personas libres...» Ni una palabra más sobre esta defección, que debió mirarla con sonrojo, procurando velar con el silencio por el buen nombre de sus compatriotas. Si hubiera sido motivo tan religioso, como dice Alberico, aunque a él no le convenciera, lo alegraría en favor de ellos.

El golpe que más barrenó el pecho de D. Rodrigo, fué sin duda esta deserción en masa de las huestes ultramontanas, que con tantos ardores y sacrificios suyos había reunido, y hasta entonces había procurado conservar en buen espíritu. En su historia sólo dice de resbalón cual fué la causa que determinó tan fatal resolución, a saber, que el enemigo de los cristianos «envió a Satanás al ejército de la caridad y conturbó los corazones de los que emulaban por la cruzada, hasta el

(1) Pág. 40. (2) Traducción de Mondéjar. Ap. 122.

punto de que, habiéndose ceñido para la palestra de la fe, desistieron de su buen propósito. Pues casi todos los ultramontanos acordaron en común abandonar las penalidades de la guerra, despojándose de las enseñas de la cruz y regresar a los suyos. Mas el rey noble repartió víveres cuanto era menester. Pero ni por eso se pudo lograr que volvieran de su iniciada obstinación. Sino que todos, sin gloria, por partes, se retiraron, excepto el venerable Arnaldo, Arzobispo de Narbona, que, con todos los que pudo convencer, y muchos nobles de la provincia de Viena permaneció constante, y no desistió de su buen propósito. Quedaron cerca de ciento treinta caballeros, además de algunos peones, de los que algunos se quedaron. Quedó también Teobaldo de Blazón, de Poitou, hombre valeroso, de nación español, oriundo de Castilla.» (1) Como se ve por estas noticias de D. Rodrigo, la escasez de víveres fué la principal causa de la desbandada de los franceses. Lo mismo se indica en la carta a Inocencio III, pues se lee allí, «todo el botín de Calatrava lo repartió (Alfonso) a medias entre los ultramontanos y el rey de Aragón» sin que esto contuviera a aquéllos. El Tudense escribe que «vencidos por el amor a su patria, se volvieron a sus tierras,» y dice que hubo murmuraciones. (2) Huici pretende que D. Rodrigo intentó desfigurar las cosas con eufemismo al insinuar, que por arte del diablo se produjo la desertión, y que además omitió la capitulación de Calatrava. (3) Basta leer al Arzobispo para saber que dice otras muchas cosas, y que allí no se percibe ni se advierte en su relato ese cálculo, y en cambio señala sin ambages en el citado capítulo y en el siguiente la penuria de vituallas, y nada dice que contradiga a la versión de Alberico.

Comenzó la desbandada de los transpirenáticos el miércoles, 4 de Julio, y aunque no fué simultánea, como se ve en el Arzobispo Rodrigo, (*passim recesserunt*) pronto se consumó: y como era una muchedumbre, en que bullía gente maleante, su conducta fué reprensible. En vez de encaminarse a sus países, muchos de ellos continuaron en Castilla, durante toda la campaña, cometiendo excesos, e intentando apoderarse de Toledo traidoramente. Dicen así los Anales Toledanos: «E en toda esta hacienda non se acercaron y (aquí, al campo del combate) los omes de Ultrapuertos, que se tornaron de Calatrava, e cuidaron prender a Toledo por trayzón. Mas los omes de Toledo cerráronles las puertas, denostándoles e llamándoles desleales e traedores e descomulgados.» Bien al vivo pone el analista la maleante y cobarde conducta de esa plaga funesta de espectadores del éxito de la cruzada, sin valor para acercarse al heroico ejército. Alberico escribe que algunos de ellos pasaron por Santiago de Compostela. D. Rodrigo hace una curiosa observación providencialista sobre este punto. Miramamolín, temiendo no triunfar, pensó primero no pelear, para gastar en escarceos guerreros las fuerzas cristianas, entre las cuales temía el esfuerzo de los extranjeros; pero sucedió, que después de la retirada de éstos, unos cuantos, seducidos por el diablo, ocultamente pasaron al moro, y contaron el estado del ejército cristiano, su escasez de víveres y la defección de los peregrinos. Esta noticia mudó el plan de Anasir. Por eso dice el Arzobispo: «Por esto, acaso, por providencia del Altísimo ocurrió que se retiraron los extranjeros.» (4) En fin, merece consignarse, antes de perder de vista a esos volubles ultramontanos, que D. Rodrigo conservó de ellos mal recuerdo y los comparó al Cirineo, que ayudó a llevar la Cruz, pero no de grado y por espíritu de sacrificio. (5)

(1) Lib. VIII. c. 6. Choca que en la carta de Alfonso se dice respecto del número de los que quedaron, que fueron 50 caballeros y de peones ninguno.» (2) Chonicón, p. 111. (3) Huici. p. 106-107. (4) Lib. VIII. c. 7. (5) Ib. c. 6.

En el mismo día que conmovían hondamente y llenaban de pena al ejército cruzado tales sucesos se adoptó para el día siguiente la resolución de dividir los castellanos y aragoneses. El 5^o partieron aquellos para Alarcos, quedándose el rey de Aragón en Calatrava, «en espera de caballeros suyos y del rey de Navarra, que todavía no se había unido a nosotros.» Palabras de la carta de Alfonso, que indican que estaba anunciada la proximidad de los navarros por algún mensajero que con mucha anticipación debió enviar Sancho el Fuerte, para asegurar su cooperación efectiva. Téngase por eso ajeno a la verdad el pintar como inesperado el advenimiento del refuerzo navarro, como tantos autores lo hacen. Era un refuerzo que se esperaba como uno de los factores para el éxito de la campaña, desde que a su paso por Navarra, D. Rodrigo había introducido en la mente de Sancho altos pensamientos, aunque su retraso inquietaba los ánimos; porque todavía seguiría aprisionando el espíritu de D. Sancho lo que escribe un autor: «que le había tentado fuertemente aquella ocasión tan propicia para vengar sus agravios, y tuvo que batallar mucho consigo para dar al olvido las expoliaciones de Alfonso VIII y los atropellos de los reyes de Castilla, que habían sufrido no sólo su padre y abuelo, sino todos sus progenitores desde la muerte de D. Sancho el de Peñalén.» (1) Pero como dice D. Rodrigo, que perfectamente conocía el ánimo del rey de Navarra, «aunque al principio dió muestras de no querer venir, cuando llegó al trance crítico del peligro, no negó al servicio de Dios la gloria de su valor.» (2) Los navarros se juntaron a los aragoneses en Calatrava, dirigiéndose juntos a Alarcos, punto en que se verificó el contacto de la vanguardia de las fuerzas de Alfonso, que avanzaba en dirección de Salvatierra, lugar, en que se realizó la formación de un solo cuerpo de ejército compacto con la reunión de la tropa de D. Sancho. Así se desvanece la aparente contradicción de los dos Arzobispos con las palabras de Alfonso, que dice que los navarros se unieron en Salvatierra, y los Arzobispos dicen que en Alarcos. Por eso dice D. Rodrigo que los reyes «el primer día acamparon alrededor de Salvatierra» pero después del primer contacto en Alarcos. Alfonso VIII recalca con insistencia, que era corto el número de caballeros navarros, a saber, doscientos, pero guerreros de primer orden, como era natural, ya que eran caballeros, que alternaban con el monarca, que sobresalía entre todos los héroes de su tiempo por la destreza y valor de las armas, verdadero «héroe del cantar de la Gesta» (3) En cambio debía escoltar al rey navarro y a sus caballeros gran número de soldados de infantería o peones, porque la hueste navarra formó el núcleo principal del ala derecha en el día del combate. Los navarros disiparon la tristeza que la defección de los ultramontanos había producido en los castellanos y aragoneses.

Parte de las tropas se detuvo a completar la reconquista de la villa y castillo de Alarcos y de otros castillos vecinos más o menos lejanos, guarnecidos de moros, y fuertemente murados, que era menester destruir para limpiar de moros toda la región y no dejar enemigos a las espaldas. Los principales, que distaban mucho entre sí, eran, además del citado, Piedrabuena, Benavente y Caracuel. Los castellanos quisieron por su parte vengar la afrenta de 1195, reconquistando por sí mismos la villa y castillo de Alarcos, para rescatar aquel campo luctuoso, en que yacían las cenizas de tantos magnates y de tantos héroes. A pesar de ser fortísimo el castillo, pronto se rindió al empuje furioso de los castellanos, que hubieron de pasar a cuchillo a todos los defensores, suerte que cupo también a todos los sarracenos, que guarnecían los demás castillos. D. Rodrigo sólo dice que se ocupó Alarcos, y

(1) Huici. *ibi*. (2) Lib. VIII. c. 6. (3) «Rincones de la Hist.» I. c. 6.

no habla palabra de lo demás. Gran argumento de su modestia. Según veremos adelante se debió principalísimamente la conquista de toda la serie de castillos al mismo D. Rodrigo, como consta documentalmente; por lo que los reyes Alfonso, Enrique y San Fernando, sucesivamente, le dieron la posesión de todos, porque había procurado su conquista «*con muchos y graves sacrificios y gastos*». (1) En lo sucesivo pertenecieron a la Iglesia de Toledo tanto el castillo de Alarcos como los otros, por esta causa.

Acampados los cruzados alrededor de Salvatierra tuvieron que resistir al tremendo coraje con que respondió aquella plaza mora al ataque de los cristianos. Diez meses antes la había guarnecido Miramamolín, después de haberla arrancado a los Calatravos con pavor y luto de Castilla. Forzóles a ser prudentes la presencia de las guerrillas agarenas, que se pusieron a la vista del campamento, (2) en los puertos cercanos del Muradal. Era el 7 de julio. El domingo, 8, siguiente de la llegada, se dispuso por los tres reyes y caudillos del ejército una revista y despliegue armado de toda la tropa, que produjo un mágico efecto, que describe así el Arzobispo de Toledo: «El día siguiente, que era domingo, acordaron los reyes y jefes que se armara y se preparara, como para la batalla, todo el ejército. Y por el favor de Dios apareció toda la multitud equipada con armas, banderas y caballos tal, que a los ojos de los enemigos aparecía imponente y terrible, a los nuestros amable y alentador, preparado para la batalla, y que con su garbo marcial suplía la falta de los que se retiraron, de tal modo, que aun los pechos de los magnánimos se reanimaron, los pusilánimes se fortalecieron, los que vacilaban se confirmaron, y la turbación y discordia, que los disidentes sembraron, aterrando a muchos, se dispuso de los corazones de los tímidos. Y habiendo pasado en aquel lugar otro día, después fuimos a descansar en Fresnedas; y al fin nos trasladamos a otro campamento del mismo nombre: el día tercero (12 de julio y jueves) llegamos a un campamento situado en Guadalfaiar (3) al pie del monte Muradal.» (4) Llegaron al atardecer a este lugar, donde la mayor parte vivaquearon, mientras otra parte, sin parar, realizaba una operación militar de importancia. (5).

La dirigió el jefe de la vanguardia, Diego López de Haro, con otros adalides, descubriendo en las alturas las avanzadas sarracenas, que en las proximidades del castillo del Ferral, a poco, por sorpresa destrozan a los cristianos, los cuales arrollaron impetuosamente a los astutos enemigos, arrojándolos de las cumbres ladera abajo, y plantando allí mismo sus tiendas, aunque el castillo del Ferral quedó en poder de los moros aquel día, y por esto, y porque a una legua más o menos de distancia veían los cruzados las tiendas agarenas, no pudieron pasar una noche muy tranquila aquellos valientes. (6) El viernes, por la mañana, después de invocar al Señor los tres reyes, Alfonso de Castilla, Pedro de Aragón y Sancho de Navarra subieron (al mismo monte Muradal) y en el declive del monte, clavadas las tiendas, hicieron mansión, y en el mismo día se ocupó el Ferral por los nuestros.» (7) Desde la cima pudieron observar al ejército de Anasir, que en el mismo día llegó a su campamento, y desde vispera corría el rumor en las filas cristianas de que allí estaba el rey de Valencia, tío del Miramamolín. (8)

Don Rodrigo, con notable precisión y excelente conocimiento estratégico, nos refiere el plan y la táctica del agareno, del modo siguiente. Anasir, saliendo de

(1) Lib. priv. II. f. 64. v. (2) La «Crónica General» añadió contra lo que escriben D. Rodrigo, el Narbonense y Alfonso, que los cruzados tomaron a viva fuerza a Salvatierra. No es exacto.

(3) Río Magaña, que rodea las raíces de Sierra Morena, en Ciudad Real, y corre hacia la provincia de Jaén marginando a Despeñaperros. (4) Lib. VIII. c. 6. (5) Ib. c. 7. (6) Carta de Alfonso. Ibi. El Narbonense. (7) Lib. VIII. c. 7. (8) Arnaldo en su carta.

Sevilla, a principios de junio, se fué a Jaén, y subiendo con parte de sus tropas a las montañas vecinas, empezó a atalayar a los cristianos, proponiéndose ejecutar un plan ingenioso y bien discurrido. Temeroso del empuje de los extranjerios, pensó primero no darles balalla campal, sino entretener a los cruzados con escaramuzas y celadas, hasta fatigarlos y gastarlos con pérdidas tales, que no pudieran resistir a lo último su ataque. Pero la llegada a su campo de desertores renegados hizo variar su plan. De ellos supo el estado precario de los cristianos, la defección de los advenedizos y la escasez de víveres. Engreído por esta noticia, abandonó el plan de sorprender y desbaratar a las haces enemigas, cuando según sus cálculos, maltrechas y diezmadas, volvieran por las pésimas orillas del Guadiana, y mudando de parecer, se plantó repentinamente en la comarca de Baeza, y envió de aquí un destacamento, para obstruir a las haces cristianas el paso a las alturas del macizo del Muradal, apostándose en los desfiladeros, que daban acceso para escalar la cima del monte: «Con esta intención, dice D. Rodrigo (que lo oyó de los prisioneros) vigilaban el paso, para que al fin, faltos de vituallas, y consumidos de tedio y hambre, retrocediéramos. Dispuso Dios que Diego López de Haro se adelantara a enviar con fuerzas a su hijo Lope Díaz y sus dos nietos, Sancho Fernández y Martín Muñoz, para que ocuparan las cumbres del monte. Los cuales, impedidos por su arrojo, se adelantaron confiadamente por la planicie hasta cerca del castillo del Ferral, donde tropezaron con algunos árabes, que los acometieron, y si la asistencia divina no les favoreciera, les hubieran deshecho; y, rehaciéndose los cristianos de su sorpresa, varonilmente rechazaron a los árabes» y adueñándose de la cima del monte, clavaron sus tiendas y se mantuvieron allí mismo. Este golpe de los cristianos desbarató la primera acertadísima disposición del caudillo marroquí. No se turbó ni ofuscó éste: puso en el acto en práctica otra de un acierto completo. Observó que los reyes cristianos, con los ojos puestos en la dilatada planicie de las Navas de Tolosa, único campo para dar la batalla al moro, inmediatamente iban a invadirla, lanzándose por el desfiladero de Losa, lugar situado al norte del castillo del Ferral, que estaba en poder de los cruzados, y que se veía bien desde el denominado castillo. Anasir mandó rápidamente cerrar aquel desfiladero terrible, que según las palabras de la carta a Inocencio III «podían defender mil hombres contra todos los del mundo». Con todo su ejército ocupó además otros pasos conocidos de la sierra, y se acampó a la vista de los cristianos, en la opuesta parte del paso infranqueable de Losa, con ánimo de atacar, seguro del triunfo.

Y podía estarlo en aquel momento, apreciando exactamente la situación desesperada, en que su táctica colocaba al ejército cristiano. Ya estaba completamente cerrado el desfiladero en forma invencible. No podían permanecer los cristianos en aquellos parajes muchos días, por ser difícil el avituallamiento, a causa de la distancia del punto de provisiones, más difícil aún la aguada en aquel sitio árido, en que no había fuentes, y la única agua que había, corría al pie del ribazo del Ferral y el arroyo no daba la suficiente para toda la tropa y ganado, y los moros a veces se acercaban allí valientemente para impedir que se aprovisionaran, hasta que una vez los franceses los castigaron duramente. En fin, era inútil permanecer, y era imposible dar la batalla, mientras los enemigos cerraran el tránsito pavoroso. ¡Qué horrible horizonte se presentó a los tres reyes en la tarde del viernes, el 13 de julio, después de escalar el monte! Sólo dos soluciones probables se ofrecían a los espíritus más reflexivos. Fracasar o sucumbir. Fracasar emprendiendo la retirada prontamente y tal retirada había de producir la desmoralización y la disolución de la tropa; o sucumbir, peleando bravamente por penetrar en la meseta de las

Navas de Tolosa por el rocoso y formidable desfiladero de Losa, mientras el puñado de almohades sitos en sus puestos los sacrificaban impunemente.

En tal conflicto se celebró consejo de guerra, al que concurrieron, además de los tres reyes, los caudillos de los distintos cuerpos, de cuyo resultado y deliberación habla así D. Rodrigo, uno de los que en él tomaron parte, sin decirnos su opinión personal: «Mientras ocurrían estas cosas, deliberaban los reyes y los jefes qué consejo se debía adoptar, para proceder sin peligro; pues el paso de Losa era imposible sin daño. El ejército del Agareno estaba muy cerca de nosotros, se veía su tienda roja y corrían diversos pareceres acerca de la ruta del ejército. Algunos atendiendo a la imposibilidad del paso, aconsejaban el retroceso y el traslado (de la tropa) al campo de los agarenos por un lugar más fácil. Alfonso el Noble, rey de Castilla, contestó a esto: «Aunque este consejo brilla por la discreción, encierra su peligro. Cuando el pueblo y otros inexpertos vean el retroceso juzgarán que no vamos a la lucha, que la huímos, y se producirá la disensión en el ejército sin que se les pueda contener. Una vez que vemos cerca a los enemigos es preciso atacarlos. Por lo demás cúmplase la voluntad de Dios.»

Incomprensible lenguaje en la boca de un monarca de casi cincuenta años de lucha, que recordando el desastre de Alarcos, trata de repararlo. Pero D. Rodrigo lo atribuye a la influencia divina, diciendo: «Como prevaleciese este parecer del rey noble, y siendo el que dirigía este negocio el Dios omnipotente con su providencia especial, envió cierto hombre plebeyo, harto despreciable por su porte y persona, que antes había pastoreado en aquellos montes y habíase dedicado a la caza de liebres y conejos, el cual mostró un camino fácil y del todo transitable, por el declive de un costado del mismo monte, por el cual podíamos ir al punto adecuado del combate, a escondidas del enemigo, sin que nos lo pudiera impedir.» (1) «Pero como a semejante persona en tan grande peligro apenas se podía creer, dos capitanes, Diego López y García Romero, se adelantaron para ver si era verdad lo que el pastor había dicho, y ocupar la llamada del monte, que en la cumbre del mismo había. Y el Señor hizo que aquel pastor, como enviado de Dios, que escoge los instrumentos débiles del mundo, resultara veraz.» (2)

En la tarde del viernes se sucedieron este congojoso consejo de guerra y el consolador descubrimiento del desfiladero, que iba a conducir a la victoria a los que pocas horas antes se les presentaba el temeroso espectro de la derrota. Debíó verificarse al anochecer la exploración indicada, y el paso de una parte de las fuerzas se continuó de noche sigilosamente, sin que el enemigo, que no dormía, lo advirtiera; pues según el Arzobispo de Toledo, los agarenos el sábado, cuando abandonando el castillo del Ferral, la hueste cristiana iba trasladándose a la llamada Mesa del rey, pensaban huía del combate, y llegaron a comprender ya tarde, el sentido de aquella maniobra militar, por lo que «gravemente se dolieron» entendiendo que no era fuga, sino marcha al combate. (3)

Tan espléndido favor de Dios colmó de religiosa emoción a los tres reyes, que, como grandes cristianos, no quisieron emprender la marcha sin dar muestras públicas de reconocimiento a Dios y un alto ejemplo de piedad al grueso de sus ejércitos. Los tres monarcas, el sábado muy de mañana (*summo mane*) recibieron la sagrada Comunión, y, doblando sus frentes ante D. Rodrigo, recibieron la bendición pontifical, y encamináronse con sus tropas al monte, y después de haber hecho desembocarlas todas por el desfiladero descubierto, que hoy se llama Puerto

(1) Lib. VIII. c. 7. En la carta a Inocencio se llama a ese pastor «rústico, enviado por Dios.»

(2) Lib. VIII. c. 8. (3) Ib. ib.

del rey, se derramaron por la meseta de las Navas de Tolosa, donde empezaron a clavar sus tiendas de campaña, mientras la retaguardia estaba de camino. Los sarracenos «viendo que los cristianos clavaban así sus tiendas, destinaron una columna militar para impedir a las avanzadas, que se instalaran en el campamento; pero los nuestros quebrando las acometidas enemigas con la ayuda de Dios, felizmente se acamparon en la planicie del monte.» (1)

¡Qué satisfacción para los cruzados acampados en la gran planicie ver al enemigo desorientado correr alegre a ocupar el estéril castillo del Ferral, hostilizando débilmente a los cristianos postreros que atravesaban el fragoso desfiladero, providencialmente descubierto, cuando aun no se había cerrado la noche.

El gran estratega Rodrigo, que estudió sagazmente la táctica del agareno, después de advertirnos, que creyó que en aquella misma tarde iban a atacarle los cruzados, escribe así: «Apenas se clavaron las tiendas, el rey de los agarenos, viendo que las insidias y el dolo en la vigilancia nada le valían, dispuestas las haces, en el mismo día salió al campo, y la parte principal de la tropa, que estaba destinada a su custodia, la desplegó admirablemente en un promontorio de difícil acceso, y distribuyó prudentísimamente el resto del ejército a su diestra e izquierda; y allí nos esperaron desde la hora sexta hasta el anochecer, pensando que en aquel día saldríamos al combate. Pero, previo consejo, se decidió diferir la batalla hasta el lunes, por estar la caballería estropeada por la mala subida al monte y fatigado el ejército, y también para que pudiéramos observar el estado y los movimientos suyos. Y como el agareno entendiéndose que no nos lanzábamos al combate, inflado por el orgullo de la gloria, creyó que no procedía de la premeditación sino del temor, y por eso escribió cartas a Baeza y Jaén, anunciándoles, que tenía cercados a los tres reyes, y que dentro de tres días los haría prisioneros. Sin embargo, algunos de los suyos, que discurrían más hondamente, se dice que manifestaban: *«Vémoslos hábil y cuidadosamente distribuidos, y más parece que se preparan para la lid, que no anhelan hallar medios de evadirse.* El siguiente día, domingo, muy de madrugada, el agareno de nuevo salió al campo, como la víspera, y allí permaneció hasta el mediodía con las huestes preparadas, y para preservarse del calor del estío, sacaron la tienda roja, adornada de diversos artificios, para sombra del agareno, el cual, sentado con mayor magestad de lo que debía, con fausto regío, estuvo esperando el ataque. (2) Mas nosotros, como hicimos a la víspera, atentos a su ejército, observando su campamento, deliberábamos cómo deberíamos a la mañana siguiente lanzarnos a la lucha.» (3) Al anochecer se retiraron.

Claro vemos en este precioso texto del insigne Arzobispo de Toledo, que desde la tarde del sábado hasta el momento de atacar, el lunes, hubo una especie de consejo de guerra permanente, en que él ilustraba con sus luminosos consejos a los reyes y demás caudillos de la cruzada, para asegurar el éxito de la empresa. Según Arnaldo de Narbona, que no se fijó en la estrategia del enemigo, tanto en la tarde del sábado como el domingo, hubo escaramuzas y torneos en las avanzadas, en que los flecheros y lanceros gallardeaban hábilmente, pero sin que se llegara a formal pelea. (4)

Pero la actividad intensa de D. Rodrigo, el domingo, 15 de julio, se desarrolló en otro campo más elevado y más adecuado al piadosísimo y celosísimo corazón del santo Prelado, que tenía a su cargo, como caudillo espiritual de la cruzada to-

(1) Lib. VIII. c. 8. (2) Véase Huici sobre la tienda roja. (46. nota). (3) Lib. VIII. c. 8. (4) Carta. Lo mismo dice más lacónicamente D. Rodrigo en el mismo capítulo octavo ya citado.

da aquella muchedumbre guerrera de cristianos, que iban a luchar principalmente por la idea religiosa, por el triunfo de la causa de Jesucristo, y que cifraban en ello, por el doloroso sacrificio que hacían, la gloria de Dios y la rehabilitación espiritual propia en el acatamiento divino, hervoreando en todos los ánimos de buena voluntad anhelos de martirio. Este espíritu general guiaba a todos los cruzados; había llegado el momento supremo de recoger y preparar los corazones disipados, y de despertar en ellos los sentimientos propios de aquel lance con los tesoros celestiales, que la religión de Cristo concede y sus ministros distribuyen, para conseguir el fin que se proponían. Este fué el deber que D. Rodrigo cumplió en ese día memorable, como el día anterior empezó a cumplir con los tres reyes en las faldas del monte. Sabía el experimentado Pontífice que aquella medida era un deber en el terreno religioso, y el más eficaz medio para transformar a las muchedumbres en soldados capaces de triunfar. Los hombres que tienen que pelear, cuanto más saturados están de fe, de unción de la gracia y del sublime pensamiento de Dios y de la eternidad, son más abnegados, más ardientes, más irresistibles y más capaces de los más heroicos sacrificios y gloriosos triunfos. Por lo cual todo el día consagró a este sublime ministerio en unión de los demás Prelados del ejército, a los que estimuló, yendo él al frente de todos.

Para hacerlo con orden y provecho se repartieron los Obispos por los diversos cuerpos del ejército y fueron recorriendo las diversas unidades y los distintos campamentos de los mismos, excitando a todos con fervorosas exhortaciones y devotísimamente proponiéndoles los privilegios del perdón y las indulgencias de la cruzada. (1) Seguíase luego la reconciliación sacramental en el modo que era posible en aquella aglomeración de gente, en aquel día, en vísperas de lanzarse a luchar con aquellos temibles y arrogantes agarenos, más emocionada y compungida que nunca, y ansiosa de ganar las gracias de la gran cruzada, en que venían a luchar con la profunda y ávida religiosidad de aquella áurea edad de la fe cristiana.

Conocedor profundo del corazón de los hombres, D. Rodrigo, sabedor de las causas que pueden desmoralizar la gente más aguerrida, aún en la hora del triunfo, y esterilizar los resultados de la victoria, adoptó una medida muy sabia, después de preparar a aquellos guerreros: promulgó, como jefe espiritual de la cruzada, un edicto solemne, que se hizo conocer a todos los combatientes, prohibiendo a todos «bajo el anatema de la excomunión, que si el día siguiente la divina Providencia les concedía la victoria, nadie se detuviese a recoger los despojos, hasta que se hubiera dado orden de pararse en la persecución, para terminar la lucha.» (2)

Al ocultarse el sol se dió breve descanso a los guerreros, los cuales, cuando en la mitad de la noche, yacían en lo más pesado del sueño, viéronse perturbados por los penetrantes acentos de la música, que en aquella hora vibraron con una solemnidad y un matiz de más hondo misterio. Dice el Arzobispo. «El día siguiente, cerca de media noche, la voz de la alegría (la diana) y de confesión (llamada a la participación de los Sacramentos) resonó en las tiendas cristianas, y los heraldos pregonaron que todos se armaran para el combate. Y celebrados los misterios de la pasión del Señor (misas en diversos departamentos) hecha la confesión general, y recibidos los sacramentos, ya armados, emprenden la marcha.» (3)

Pero ¿en qué orden? Es demasiado importante para omitir la distribución estratégica, en este suceso de las Navas de Tolosa, que trasladó a manos de la España católica el centro de gravitación y superioridad del poder, que hasta esta fe-

(1) Lib. VIII. c. 9. (2) Lib. VIII. c. 11. (3) Ibidem.

cha había estado en el imperio árabe, establecido en Andalucía y al norte de África, pero que desde que amaneció el 16 de julio de 1212, no volvió a al pueblo musulmán. Dotado D. Rodrigo, de superior espíritu de observación, nos ha conservado los datos y notas tácticas suficientes para conocer la disposición estratégica de ambos ejércitos (1) en esta famosa batalla; y siguiéndole, pero en resumen, vamos a presentar el cuadro de ambos campos. Estudio indispensable para abarcar el desarrollo de la lucha.

La masa se distribuyó en tres macizas columnas, mandadas por los tres reyes. La más potente, la del centro, a las órdenes de Alfonso de Castilla, escalonada en esta forma. Guía a la vanguardia el más acreditado capitán de Castilla, Diego López de Haro, que a un lado, detrás, es seguido por el Conde Gonzalo Núñez, que en su hueste conduce a los caballeros del Temple, del Hospital, de Uclés y de Calatrava; y por el otro costado, de los dos hermanos Rodrigo Díaz de Cameros y Alvarado Díaz y Juan González con otros nobles. Alfonso va en la retaguardia, acompañado del inseparable mentor de la empresa, D. Rodrigo, y de los demás Prelados y gran número de magnates. La columna del lado izquierdo era guiada por el bizarro y caballeroso Pedro, rey de Aragón, que en tres cuerpos distribuyó su tropa, a imitación del monarca castellano: García Romero en la vanguardia, en el centro Jimeno de Cornel y Aznar de Pardo, y en la retaguardia el mismo con sus magnates, y con varios nobles flanqueó el costado colateral. La tercera columna, que era la de la derecha, formábanla los navarros, al mando de su rey, del que estampa D. Rodrigo estas excepcionales palabras y que con extrañeza universal ha omitido la Crónica de Alfonso el Sabio: «El rey Sancho de Navarra, ilustre por la especial prerrogativa de su valentía, marchaba al frente de los suyos, por la derecha del rey noble, llevando a sus órdenes los concejos de Segovia, Avila y Medina.» (2)

Hase escrito que se agregaron estos tres concejos castellanos a los navarros, para dar mayor fuerza, porque era corto el número de éstos. No debe repetirse este error. El Arzobispo escribe dos veces en el capítulo, en que consigna la distribución del ejército, que *conforme a lo acordado*, en los cuerpos de Castilla y Aragón se mezclaron concejos del reino de Castilla. Dice del ejército castellano: «En cada una de estas haces había concejos de las ciudades, según estaba ordenado.» Y del aragonés escribe: «Llevó consigo también de los concejos de las ciudades de Castilla.» (3) Recuérdese ahora que pasaban de treinta los concejos de las poblaciones de Castilla, que iban en esta campaña. Luego entre el ejército castellano y aragonés se repartían por lo menos unos treinta. Al navarro le dieron pocos, y se los dieron con el fin, no de fortalecer su cuerpo, sino en cumplimiento del acuerdo general establecido como el medio mejor para aprovechar los servicios de los concejos. Porque de no hacer así hubieran sido una calamidad las fuerzas de los concejos, como se había palpado la víspera de la batalla. Pues vieron que ante los rápidos movimientos y escaramuzas de las columnas delanteras de los moros se desorganizaban luego, como poco sólidas, ni hechas a peleas duras. Esta fué la causa para distribuir entre las columnas de los tres reyes los concejos de Castilla. Por lo que el navarro escalonó entre sus batallones los concejos citados en la misma forma que los otros dos monarcas, como se lee allí. Véase que era grande de por sí la hueste navarra.

(1) En la carta a Inocencio III no se hace ni una indicación. En la de Arnaldo, Arzobispo, sólo incidentalmente se ponen unas notas, que precisan ciertas indicaciones generales de D. Rodrigo. Kartás y Selaui son los únicos árabes, que dan pormenores acerca de esto; pero muy escasos, y todos confirman lo que escribe D. Rodrigo con más extensión y puntualidad. (2) Lib. VIII. c. 9. (3) Ib,

Don Rodrigo describe la disposición de los musulmanes, empezando por el fondo. Allá, en el fondo, estaba la principal línea de inmensa y selecta muchedumbre de infantes, colocados dentro y fuera de un palenque fortísimo, formado por estacas, y ceñido interior y exteriormente por dos cordones de estos infantes, amarrados entre sí por robustas cadenas, para hacer así infranqueable el palenque, impositando la fuga y haciendo necesaria la resistencia para no sucumbir. En lo alto de la colina y en el centro de aquella línea, aparecía sentado el Miramamolín, con la espada al costado, vestido de negra capa, que había pertenecido a Abdelmumem, fundador del poderío de los Almohades, con el Alcorán en la mano, y asistido de la más brillante y encumbrada nobleza de su imperio. La segunda hueste de Anasir estaba formada de almohades innumerables de aterrador aspecto, y de árabes veloces y temibles acometedores por su pericia y por sus rápidas e inesperadas evoluciones en la lucha. Esta hueste de la segunda línea se extendía por las estribaciones de las colinas hasta el llano, y se apoyaba en las vertientes de otras colinas vecinas. La tercera línea se explayaba hasta las proximidades del campo cristiano, y estaba formada de tropas ligeras y volantes, acostumbradas a vertiginosos y caprichosos movimientos, cuyo objetivo claro es indescifrable, pero es cierto que corriendo sin orden en evoluciones de un torbellino desconcertaban al enemigo inexperto y poco sereno. Kartás eleva el número de combatientes de la vanguardia árabe a 160.000. Será exageración, pero no bajaría de la mitad el cuerpo o línea del centro: no lo veían los cristianos en el momento de lanzarse a la lid; porque estaba diseminado en la llanada, oculta por ciertas colinillas de delante, en que la vanguardia se movía.

Los tenues rayos de la aurora empezaban a dorar la lejana línea del horizonte oriental, cuando, como preciosamente se expresa D. Rodrigo «todos los cruzados cristianos a la par se lanzaron a los riesgos del combate, con las haces ordenadas, alzadas las palmas al cielo, orientados los ojos a Dios, los corazones enardecidos por el martirio, desplegadas las banderas de la fe, después de haber invocado el nombre del Señor.» (1)

Y a la vez que las crecientes oleadas de la luz matinal disipan las sombras de las crestas de los montes y colinas y de las profundidades de los valles, avanza el compacto ejército, crecen las olas del valor y entusiasmo de los soldados al ondear de los tres estandartes reales, que inflaman los pechos de los cruzados con las sonrientes y protectoras miradas, que María lanza desde sus brillantes sedas, y hace latir el corazón de los valientes al compás de sus ondulantes movimientos en los amores y esperanzas del cielo y del triunfo, para atacar arrebatadamente, adelantándose a los moros, y cerrar con vigorosa iniciativa. Primero tuvo que descender el ejército de la meseta, en que descansaba, para desembocar por un barranco contra el enemigo, (2) contra cuyas avanzadas chocó furiosamente con su

(1) Lib. VIII. c. 9. Según la relación de Vilches, coetánea de D. Rodrigo y atribuida al Arzobispo, este Caudillo de la cruzada celebró la misa al rayar el alba. Es un error. (2) Francisco de Vilches describe así la región de las Navas «Dividían los dos exercitos cristiano e infiel las Navas de Tolosa, o de Losa, que son parte de la sierra, que es raya del reino de Toledo y Baeza. Son las Navas de Tolosa... unos llanos despejados de arboledas (esos llaman Navas en España) no del todo seguidos, sino cortados a las veces con quiebras y eminencias, que son frecuentes en la sierra. Extiéndense por diez millas y algo más: todos están fortalecidos por la naturaleza y el arte. Tienen al septentrion una cordillera bien seguida, que se levanta, de peñas y pizarras, sobre las demás sierras, a manera de muro, de que tomó el puerto el nombre Muradal. Al poniente muchos cerros y barrancos vestidos de árboles con arroyos muy profundos... A sus entradas para Andalucía están por defensa los castillos de Molosa y Tolosa, y una población antigua de este mismo nombre. Al mediodia otro monte prolongado no menos fragoso, en cuya cima se muestra el castillo de Magón. Y al oriente otras quiebras y

gente el Conde Diego López de Haro, produciendo poco efecto provechoso en el primer contacto, porque la muchedumbre, que formaba las primeras haces de los agarenos, era de tropas ligeras y de las que por medio de vertiginosas y desarticuladas evoluciones, intentaban impresionar y desconcertar al enemigo. Por lo que, mientras acometían los de la vanguardia cristiana del centro, y los demás irrumpían ávidos de pelear, se limpió la avanzada de moros, que desaparecieron sin dejar ni un cadáver en el lugar del primer choque. En este movimiento primero llegaron los cristianos a los bordes de varias colinas pequeñas, y a la orilla de un valle; sitios todos ocupados por las tropas árabes sólidamente establecidas para quebrar la pujanza cristiana, y cerrar el acceso a la línea principal, contra el cual debía gastarse toda la fuerza de los cruzados para sucumbir al fin bajo sus armas cuando la hueste enemiga toda a una se arrojara monte abajo, como un torrente desencadenado y arrollador.

Fallaron los cálculos de los agarenos. Tan certeros e impetuosos acosaron a los moros, que en esta línea ofrecieron obstinada resistencia, apoyados en sus excelentes posiciones, que fueron rotos, y así avanzaron los cristianos, causando terrible matanza; pues el filo de sus espadas devoraba a todos los que alcanzaba, para ejecutar la guerra de exterminio, que se mandó hacer. (1) En pocas horas debió terminar la primera fase de la batalla, tan feliz para los cristianos, hasta que persiguiendo a los fugitivos, que se ampararon en la línea principal, llegaron a las faldas de la montaña más eminente, que reservaba para los cruzados horas de áspera prueba y terribles emociones, y donde iban a resplandecer las altas prendas de valor, serenidad y consejo de D. Rodrigo.

Las vanguardias de las tres columnas cristianas llegaban fatigadas por el incesante trotar y herir, y por los ardores del sol estival, que iba calentando la atmósfera, ya habitualmente de elevada temperatura en aquel clima meridional, cuando en las postreras alas del monte, a la raíz del llano, chocaron marcialmente con la más potente haz de Miramamolín quien, desde la cumbre, contemplaba, impávido y repitiendo delante de su roja tienda las palabras: «Dios dijo la verdad y el demonio mintió» (2) el movimiento impetuoso de los cruzados. Estos, al iniciar vigorosamente el ataque ascendente, viéronse repelidos fuertemente por los musulmanes. Comenzaba la lucha terrible. No estaba formada esta línea árabe por la incoherente y movediza gente de infantería y caballería de voluntarios de muchas tribus y regiones, sino de guerreros almohades, sólidos y compactos, convencidos de su superioridad, impertérritos por el hábito de vencer, que daban escasa importancia a las ventajas, que hasta aquel momento había obtenido el enemigo. Fuertes con este sentimiento de la superioridad, no dudando del triunfo, y convencidos de que éste estaba más garantizado por la conservación del lugar estratégico, que habían escogido muy a su sabor, se mantuvieron en su línea inmutables e inmóviles durante todas las peripecias desfavorables de la lucha, que hasta entonces se había desarrollado. (3) La repulsión no produjo al pronto retroceso en los cristianos; sino que se vieron detenidos en su ascensión, ya por la fatiga como «por los parages harto difíciles para el ataque, que iban subiendo» (4) y no to-

cerros, como los opuestos, y por remate el castillo de Ferral a la parte de Toledo, y el de Peñafior, a la de Baeza, y entre estos dos, el castillo de Losa (o Tolosa) junto al puerto de este nombre. Por medio de estas Navas corre el camino principal, que entra por el puerto, pasa por Ferral...

(*Santos de Jaén y Baeza.*) p. 104. Cita de Mondejar, (Notas port. al cap. CV) donde se ven más noticias. Más científica y extensa descripción hallará el lector en Huici, pero poco sintética.

(1) El Narbonense y la carta a Inocencio III. (2) Qartás. Huici. p. 129. (3) Lib. VIII. c. 10.

(4) Ibi. Ibi.

dos los asaltantes, sino algunos de ellos. «Entonces fuerzas de las haces centrales de Castilla y Aragón, formando una sola hueste, se adelantaron a las primeras líneas y se produjo allí una conmoción grande, llegando la cosa a un trance peligroso, por la incertidumbre del desenlace, de tal modo, que hasta hubo quienes, no de los principales, que anhelaban salvarse, dándose a la fuga.» (1) Aun más «cierta gente del reino de Castilla (los serranos) vuelven la espalda, lo mismo los jinetes que los peones, de modo que casi todo el ejército, que estaba antes en la última haz, excepto algunos nobles españoles y ultramontanos, parecía huir.» (2) La misma resistencia que la columna central encontraron las columnas colaterales del ejército, que luchaban acérrimamente, hasta el punto que también algunos de ellos tanto de la haz de los aragoneses como de la de los navarros, volviendo grupas, parecían fugarse (3) Los agarenos peleaban con gran ardor, animados con el estrepitoso retumbar de sus tambores, (4) produciendo en toda la vanguardia, reforzada por los elementos de las segundas líneas cristianas, tan aplastante presión que «de ninguna manera podían resistir.» (5) Momento en que debió considerarse la primera haz de los cruzados deshecha, y abrumados por las cargas de los almohades, decaían los caballeros del Temple y Calatrava, que peleaban en la segunda haz. Momento pavoroso, en que parecía que la ola musulmana iba a envolver y arrollar a la cristiana, rompiendo el equilibrio, que durante bastante tiempo se había sostenido, creyendo ya los agarenos que suya era la victoria. (6)

La alarma en la última línea cristiana fué espantosa, sobre todo al ver que, por las brechas abiertas en las dos primeras, se atrevían algunos valientes árabes a penetrar hasta la tercera, y cruzar sus aceros. El que más hondamente se impresionó fué Alfonso de Castilla, quien situado en el centro de toda la retaguardia, asistido de su indispensable inspirador y alentador, D. Rodrigo, seguía con zozobra creciente aquella terrible lucha: veía rebotar en algunos puntos las filas cristianas al chocar con la masa agarena, y retroceder un instante, mellado el valor de algunos héroes; y vió a lo último, que no sólo los cuerpos no agueridos, sino los más fuertes y seguros guerreros, parecían retroceder. Lo que sobresaltó su espíritu y le hizo concebir la espantosa idea de una catástrofe, que ya no estaba dispuesto a soportar otra vez con vida. Y se encendió más su sangre al observar «que había allí mismo (7) gente de tan cobarde y vil sentimiento, que no les importaba ni el decoro de lo que convenía» dando esto lugar a esos arrebatos y diálogos más populares de la historia española, que nos ha conservado D. Rodrigo. Porque dominado ya de un sentimiento de dignidad y valor, y como intentando alentar a todos, Alfonso, oyéndolo todos, dijo al Arzobispo Toledano: «*Arzobispo, yo y vos muramos aquí.*» Mas le contestó éste: «*De ninguna manera, antes bien aquí mismo venceréis a los enemigos.*» (8) D. Rodrigo veía mejor las cosas que el generalísimo de los guerreros cristianos en aquellos tenebrosos instantes de la lucha. No había razón para semejante desesperación porque «aunque los serranos y acaso otros muchos huían, la última fila estaba firme...» (9) Y conociendo D. Rodrigo exactamente que aquel movimiento de flujo y reflujo no era tan grave, procuró inspirar calma y confianza en el ánimo del Monarca, cuyo corazón se enardeció más, y mandó a todos los asistentes a entrar precipitadamente en la pelea, diciendo: «Apresurémonos a socorrer enseguida a los que están en peligro.» Y espo-

(1) *Ibi. Ibi.* (2) El Narbonense. (3) *Lib. VIII. c. 10.* (4) El Narbonense. (5) Carta de Alfonso VIII. (6) Marráquexi. Anónimo de Copenhague. *Qartás-Selani* en Huici. Apéndices. (7) D. Rodrigo que la llama «de plebeya vileza» no la señala más distintamente. *Lib. VIII. c. 10.* (8) Autores hay que atribuyen este lenguaje de Alfonso a desaliento, desesperación y atolondramiento. (9) El Narbonense.

leando a su corcel, precipitóse con todo su corage contra las audaces masas enemigas, sin reparar en el peligro a que su ardor ciego le conducía, mientras Gonzalo Rodríguez, con sus hermanos, corría más velozmente a los puestos más avanzados. Un valiente caballero, ginete habilísimo, Fernando García, contuvo al mismo rey, aconsejando que con orden acudiera al socorro. (1) Porque metiéndose tan acaloradamente y no guardando el puesto y el orden, que en la dirección de la tropa le correspondía, Alfonso, iba a producir una gran perturbación en todo el ejército. No cesó el valiente monarca, y rápidamente volvióse a D. Rodrigo, que con igual valentía le seguía sobre el caballo, llevando delante la cruz primacial, como siempre; e inquiriendo el rey su parecer y consentimiento le dijo: «*Arzobispo, murámonos aquí. Porque en tal momento una muerte semejante no deshonorra, sino que es gloriosa.*» Respondió D. Rodrigo lleno de valor y confianza ratificándose en su genial previsión, y asociándose heroicamente a la magnánima decisión del rey de Castilla: «*Si a Dios place, no la muerte, sino la corona de la victoria nos ciña; si otra cosa pluguiere a Dios todos estamos dispuestos a morir unidos con vos.*» Y el Arzobispo, para alejar la sospecha de que las palabras del rey pudieran ser hijas del atolondramiento, nacido de aquel lance crítico, añade luego: «*Atestiguo delante de Dios, que en todo esto, el noble rey no se inmutó, ni en cuanto al rostro, ni en cuanto al gesto ni en cuanto a la voz, antes estaba resuelto a morir o vencer, como un león impertérrito, varonil y tenazmente.*» (2) Tras este diálogo, Alfonso, no pudiendo soportar más el peligro de las primeras líneas, dando ejemplo de valor, movió toda la retaguardia, y fiera y velozmente llegó hasta el terrible palenque, con la ayuda de Dios, abatiendo y destrozando a los embravecidos agarenos, que colocados entre el inmóvil y heroico cerco, que custodiaba a Miramamolín, y las masas atacantes de los cruzados, tenían que vencer o morir, peleando desesperadamente; y delante de Alfonso, en medio de los valientes cristianos, que iban deshaciendo con carnicería las haces moras, que se resistían, iban flotando los estandartes de Castilla, alegrando a los combatientes, que veían siempre avanzar hasta tocar el palenque, a aquella enseña de la patria, demostrando así que se triunfaba. Y todavía animó y alegró más al rey y al ejército el ver que la enseña de autoridad y combate del Arzobispo de Toledo, D. Rodrigo, que descollaba con los suyos entre los héroes en aquella hora, atravesaba ilesa las huestes agarenas, y que colocándose en medio de los luchadores, se mantenía milagrosamente firme en el mismo lugar.

En efecto, la cruz primacial del Arzobispo de Toledo, llevada por el canónigo toledano, Domingo Pascual, que años después fué Primado de España, ante su propio Señor y Caudillo, atravesó las filas musulmanas y situóse en un lugar estratégico del combate, y allí se mantuvo ilesa y enarbolada hasta el fin de la batalla. (3) D. Rodrigo, seguido de los demás Prelados, dirigía allí mismo sus gentes

(1) Lib. VIII. c. 10. (2) El doble diálogo de Alfonso VIII y D. Rodrigo, que hemos relatado, está con más pormenores en la traducción de la historia del Arzobispo, atribuida al mismo.

«*Et dixo el rey don Alfon: Arzobispo don Rodrigo et vosotros Obispos, mal día es oy para mi et para la cristiandad. Nunca fues yo nacido: que sere vencido: oy se pierde toda Espanna. Todos comenzaron de lorar con el, et para contentarlo dixoles. Varones, oy aqui muramus todos: non veamos perdido Espanna. Non se de ninguno a prisión; antes se mate si non avier que lo quitar; que yo así fare, amigos et vasallos. Entre todos dix el Arzobispo: Sennor si a morir fuera, todos iran con vosco a parayso; que nin queremos morir nin vivir sinon con vos, et por eso son todos aqui. Mas seet seguro et non temades, que es este nuestro día et oy venceredes et ganaredes precio....* Crónica, cap. XCIV, y XCV.»

He copiado este trozo para hacer ver que no puede ser de D. Rodrigo una traducción y ampliación, en que se patrocina el suicidio, y se atribuyen a Alfonso VIII tales sentimientos. (3) Lib. VIII. c. 10.

heróicamente. Los agarenos por su parte insultaban y atacaban con piedras y flechas la cruz y las imágenes de Jesús y María, que estaban en las enseñas reales, procurando derribarlas al suelo, mofándose de ellas con afrenta, (1) lo cual inflamó más el ardor de Alfonso y de su tropa, que desde ese momento todo lo iban arrollando y aniquilando.

Los otros dos reyes por su lado habían realizado para entonces, con el acompañamiento de sus retaguardias, igual hazaña que el de Castilla, como cuenta el Narborensis en su relación. Pero como no estaba D. Rodrigo al lado de ellos, ni se esmeró en consignar con igual equidad los hechos y las peripecias hazañosas de los aragoneses y navarros, no tenemos los mismos apetecidos pormenores de las heroicidades que las dos alas colaterales realizaron, ni las palabras de valor que los dos soberanos hicieron volar por sus huestes para que éstas, aunque inferiores en número, llegaran a dominar y estrellar contra el palenque marroquí las dos haces musulmanas, que tenían enfrente, sin pasar por los espeluznantes desmayos y decaimientos desesperantes, que atravesaron las dos líneas primeras de los castellanos. Las dos alas cristianas, con más aplomo y energía, con menos ondulantes vacilaciones, sin fugitivos que desorganizaran y comprometieran el valor de los escuadrones aguerridos, acorralaron y amarraron las rocas indómitas y mortíferas de las robustas haces sarracenas. Por eso los ecos tradicionales, al través de los tiempos, no han cesado de proclamar el mérito extraordinario del movimiento convergente arrollador de los navarros y aragoneses, movimiento decisivo que aplastó y quebrantó las energías árabes, y que facilitó la opresión total de las mallas, que en la curva correspondiente a la columna de Alfonso VIII, reaccionaban con más amplitud y audacia, y producían más dolorosas pérdidas; pues en esta columna se contaron las graves que se lamentaron entre los caballeros de las órdenes militares. Y esos ecos están corroborados por las explícitas, aunque resbaladizas aserciones de D. Rodrigo, quien, refiriéndose ciertamente a ese movimiento envolvente de ambas columnas colaterales, dice así, «cómo de los aragoneses, Jimeno Cornel con su escuadrón corrió a salvar las primeras haces de los suyos, a la vez que García Romero y Aznar Pardo con los magnates de Aragón y Cataluña deshicieron magníficamente las fluctuaciones del combate.» (2) Y de los navarros, distinguiendo perfectamente las dos partes de la batalla en que brillaron, escribe. «Cómo la belicosa agilidad de los navarros se opuso a la resistencia de la pelea, que los moros hicieron, y persiguió a los fugitivos.» (3) El Arzobispo D. Rodrigo celebra en esta frase la acometividad victoriosa de los navarros, que entre los demás combatientes se distinguen por su característica acción arrolladora contra la resistencia agarena. De esta manera las tres columnas de los tres reyes fueron empujando cuesta arriba las huestes musulmanas y estrechándolas y arrinconándolas contra el palenque de hombres y cadenas, en cuyo interior se encontraba la flor de los dignatarios y magnates del imperio almohade, los cuales tenían en el centro a su Miramamolín, trémulo e iracundo, formando entre todos el último y el más formidable baluarte para *detener y destruir el ataque cristiano*.

Pero tampoco este baluarte podrá salvar ya al poderío musulmán. La potente

(1) Carta de Alfonso. (2) Lib. VIII. c. 11. (3) Qualiter navarrorum bellicosa agilitas belli instanti se objecit et persequuta sit fugientes. (Ib. id.)

Este es el texto histórico, que sugirió la idea de que la fuerza navarra, por la tenacidad de su firme resistencia, provocó el desaliento de los moros, los forzó a la desbandada y decidió la acción. Entendido con la debida restricción parece innegable, y no merece el calificativo de patraña, que Huici le aplicó. (57 nota) En sentido universal y absoluto tampoco lo admitimos.

rosca semicircular del ejército cruzado embiste con prodigioso valor la maravillosa fortaleza de héroes sarracenos, creada para la seguridad de Anasir, después de sacrificar las haces sueltas, que en su movimiento envolvente y arrollador ha aprisionado contra el palenque, mientras otras colocadas por los flancos, huyen desaladas a la desbandada por la opuesta vertiente de la planicie para librarse del acosador hierro cristiano.

Estamos en el lance supremo. El semicírculo atacante de la hueste cristiana ha hecho presa sangrienta y feroz en el palenque moro, cercado por gruesas cadenas y fuertes estacas, a las que están atados fornidos y corpulentos atletas (1) entre sí engarzados por mallas inquebrantables, con el fin de que con sus poderosos aceros destrocen las filas, que osen embestirlas. Pero no hay fuerza que pueda resistir la mortífera presión aplastante y rápida del centro y flancos de los reyes de Castilla, Aragón y Navarra. Ante sus golpes mortales caen los atletas moros, cruje el palenque, y por todos los lados a la vez comienza a derrumbarse al compás de la caída en el suelo de los exámenes cuerpos de los agarenos amarrados por las cadenas. Augurio de glorioso triunfo: por las brechas abiertas, se ven precipitarse torrentes de héroes cristianos, para lanzarse sobre el trono de Miramamolín, después de ensangrentar sus armas en aquella selecta escolta de árabes más aguerridos, nobles y poderosos del imperio marroquí, dispuestos a sucumbir en defensa de su príncipe y de sus ideales. Entre las columnas invasoras se destaca por su valor, por los estragos más terribles, que produce, por su gigantesca estatura y por haber roto el primero el palenque, el hérculeo Sancho el Fuerte de Navarra, seguido de sus ardorosos caballeros navarros. (2)

Para este momento el pánico se había derramado entre los sarracenos, y todos se daban a fuga despavorida. Escribe D. Rodrigo: «Al llegar (el ejército cruzado al palenque) aquella hueste admirable e innumerable multitud, que se había mantenido hasta entonces harto inmóvil, y resistía inexpugnable a nuestros asaltos, atacada por la espalda, puesta en fuga, derrotada por las acometidas, volvió las espaldas.» (3) Al verse clara la derrota, quien inició veloz fuga fué el mismo emperador marroquí con toda la plana mayor. Durante la lucha horas enteras se mantuvo impávido, repitiendo jaculatorias alcoránicas, sin ceder, en el momento en que las lanzas cristianas devoraban todas las avanzadas, a las excitaciones de fuga de su propio hermano Zeit Abozecri para que huyese del campo de su ignominia, hasta que vió que desaparecía el gran vallado de madera, hierro y valientes encadenados para detener la hueste victoriosa. Entonces montó consternado sobre un corcel de varios colores, y acompañado de cuatro caballeros, voló a Baeza, donde le interrogaron los beacenses, qué debían hacer. Les contestó: «No puedo tener consejo ni para mí ni para vosotros.» Mudó allí de caballería y en la misma noche llegó a Jaén. (4)

Mientras así huía Miramamolín se consumó el último acto de la segunda parte de la batalla, con horrible mortandad de los defensores del palenque destrozado, penetrando ardorosamente, dice el Toledano, «los aragoneses por un flanco, los los castellanos por el suyo y por el suyo los navarros.» (5) Y los victoriosos asaltantes se adueñaron velozmente de la cima espaciosa del monte, y paráronse a contemplar aquel anfiteatro de inmensa mortalidad, en el cual, según dice

(1) Dice Rodrigo: *Statura proceri, pinguetudine dilatati*. (ut sup.) (2) Sancho de Navarra perpetuó su inmortal hazaña dando a su reino las cadenas conquistadas por escudo. Como por diversos puntos se abrieron otras brechas por otros héroes poco después, por eso se les atribuyó también esa gloria. (3) Lib. VIII. c. 10. (4) Lib. VIII. c. 10. (5) Id. id.

Don Rodrigo: «Apenas podíamos transitar sin peligro, aun montados sobre robustísimos caballos por medio de los cadáveres de los agarenos.» (1)

Tal espectáculo, tal triunfo, tal conjunción de las tres columnas victoriosas convergentes en la plana cumbre de la montaña, hasta aquel punto ocupada por el más poderoso soberano del mundo en aquella época, defendida por la flor de los adalides y soldados del pujante poderío almohade, pero ahora abatido y destrozado, produjo una suspensión, una pausa imponente de gozo, de estupefacción, de éxtasis en todos los espíritus, que aparecían embargados por la magnitud de la hazaña, hallándose el más absorto el mismo Alfonso. Mas el gran D. Rodrigo, que dominaba a todos con su ascendiente, dirigiéndose noblemente al rey de Castilla, exclamó: «Recordad el favor de Dios, que ha suplido todos vuestros defectos y os ha librado hoy del oprobio, que os cubrió algún tiempo. Recordad también a vuestros soldados con cuyo auxilio habéis conquistado tan grande gloria.» (2) Tan hondamente se grabaron entonces estas y otras palabras, que en el mismo sentido pronunció D. Rodrigo, en el ánimo del rey de Castilla, que desde este día todos los documentos reales de importancia los terminó, recordando esta fecha e indicando, que *en ese día con la ayuda de Dios y el auxilio de sus vasallos, venció a Miramamolín y su gran ejército*; cláusula, que veremos muchas veces, y que sin duda D. Rodrigo, como canciller Mayor, mandaba poner, para satisfacer la piedad y gratitud de su rey, en los documentos que se expedían.

Terminada esta vigorosa alocución, el Arzobispo excitó al rey y a todo el ejército allí presente a dar gracias a Dios; y rodeado de los Obispos de Castilla, Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Domingo de Plasencia y Pedro de Avila, y todo el resto del clero secular y regular, teniendo por templo la dilatada llanura de las Navas de Tolosa, por teatro el campo de gloria, por bóveda el azulado cielo de Andalucía, por música los cálidos latidos de millares de corazones creyentes, por dosel las irradiaciones áureas del sol resplandeciente, y por oyente al Dios de los ejércitos, que con infinita misericordia y señalados portentos acababa de conceder la victoria, el Metropolitano de Toledo, campeón sin par de la empresa, entonó con voz trémula y solemne, el canto triunfal de gratitud de la Iglesia de Cristo: *Te Deum laudamus. Te Dóminum confitemur*, que prosiguió modulando, versículo por versículo, aquella hueste gloriosa, bañada en sudor por la lucha, teñidas en sangre sus armas, abrumados los brazos de herir, blandos los corazones por las emociones de la devoción, efusivos los pechos por la expansión del gozo, brotando torrentes de armonía para conmover al cielo con las elevaciones ardientes del sublime cantar. No encuentro en toda la historia un momento tan singular, y tras un triunfo semejante, un cuadro tan grandioso, tan completo, tan inenarrable, tan realzado por la novedad, grandeza y solemnidad de tan inauditas y maravillosas circunstancias. La religión de Cristo transporta así las masas humanas de las transitorias grandezas terrenas a las imperecederas y celestiales, eslabonando con su virtud transformadora lo temporal con lo eterno, los latidos pasajeros y fugaces del corazón con los inmutables e inmortales amores de la vida perpetua y divina.

He dicho que este canto fué una suspensión, una pausa, en el momento culminante del triunfo, en el instante de tomar con el aniquilamiento total del enemigo el baluarte potentísimo de la defensa. Pero ni la pausa fué de todos, ni duró mucho en los que la hicieron. La tercera fase de la batalla estaba iniciada. Una parte de los combatientes, los navarros y los aragoneses en su mayoría conti-

(1) Lib. VIII. c. 10. (2) Lib. VIII. c. 10.

nuaron persiguiendo a los moros fugitivos, que se habían dispersado por los collados, y hondonadas vecinas en dirección de Vilches y Baeza. Eran los cuerpos más expeditos y homogéneos para la certera y veloz acometida de la gente fugitiva; y por eso D. Rodrigo ensalza la *agilidad rápida y belicosa* de los aragoneses y navarros en perseguir a los que huían. (1) Y del modo de dirigir la palabra del mismo en el momento del *Te Deum* se deduce que no se hallaban presentes Pedro de Aragón y Sancho de Navarra. Sino hubiera aludido a ellos. Expresamente dice el Narbonense que no se interrumpió la batalla, sino que prosiguió: señal de que mientras el cuerpo del ejército castellano en su mayor parte inundaba el campo conquistado de alabanzas a Dios y de «lágrimas de devoción» (2) que rodaban por aquellas mejillas tostadas y empolvadas, las fuerzas de las otras haces, guiadas por sus reyes, acosaban y exterminaban a los fugitivos.

Terminado el *Te Deum*, los castellanos se lanzaron de nuevo contra el enemigo. «Concluido este acto, los nuestros, no queriendo poner límite al favor de Dios, en todas direcciones persiguieron a los enemigos infatigablemente, hasta el ocaso del día» (3) Era todavía temprano: lo más, las tres de la tarde, ya que algunos pelotones de combatientes de caballería pudieron recorrer distancias de cuatro leguas, (4) y estar en el campamento al oscurecer. (5) El espíritu de los cruzados era elevadísimo. «Pues de tal modo la gracia proveniente de Dios había armado a todos que de cuantos se veía que valían algo, ninguno apetecía otra cosa, o padecer el martirio o alcanzarlo.» (6) Sólo las bandas de pobres, que rondaban y hampaban en torno de la tropa, se metieron a expoliar de sus vestidos a los hacinados troncos del palenque, cuando los cruzados se lanzaron contra los fugitivos. (7) Además pequeñas cuadrillas de infantes y algunos caballeros aragoneses codiciosos, quedaron rezagados en el campo árabe cuando pasaron como torbellinos las columnas perseguidoras, y recogieron dinero y objetos preciosos de tienda en tienda. (8) El ejército, despreciando todos los despojos de las tiendas, persiguió a los derrotados, que huían desalados, creyéndose en su fanatismo fatalista más víctimas de Alá que de los hierros cristianos. (9) Durante aquellas horas de la tarde recorrieron en todas direcciones las columnas vengadoras el espacio de cuatro leguas, que separaba Vilches del campo de batalla, (10) devorando con sus armas «en el alcance más que en la misma batalla». (11) Entonces se comprobó y aplaudió la atinadísima previsión de D. Rodrigo en fulminar la excomunión *ipso facto* contra todos los que, antes de terminar la batalla, de detuvieron en el campo de la victoria para recoger despojos. Fué la causa principal de que todos los capitanes con sus fuerzas corrieran tras los vencidos, sin hacer caso a lo que excitaba la codicia. (12).

Don Rodrigo fué también uno de los caudillos, que valientemente siguieron combatiendo, pero no dice si al lado de Alfonso, o mandando sus propias fuerzas. Sólo dice que se recogió al campamento al mismo tiempo que los demás a descansar. Escribe después de referir la lucha de la tarde: «Y así, acabadas felizmente estas cosas, descansamos, fatigados, en las tiendas de los agarenos, cerca ya del ocaso del sol, harto gozosos por la alegría de la victoria, no habiendo faltado nadie de los nuestros en el campamento, fuera de los servidores, que se fueron al campamento de la noche anterior, para transportar los bagajes.» (13) Hora de descansar era y podían hacerlo con gran satisfacción. Desde la media noche, algo

(1) Lib. VIII. c. 11. (2) Ib. c. 10. (3) Lib. VIII. c. 10. (4) El Narbonense. (5) Lib. c. 11. (6) Ib. id. (7) Ib. c. 10. (8) Ib. c. 11. (9) Lib. VIII. 11. (10) Ib. c. 10.-Narbonense. (11) Carta de Alfonso. (12) Lib. VIII. c. 11. (13) Lib. VIII. c. 11.

caída, hasta las nueve de la tarde, hora del sol en el ocaso, había realizado el ejército cristiano hazañas inmortales.

Con la sola inspección del campamento árabe, que se escogió para alojamiento de la noche del triunfo, se demostraba la magnitud de la victoria. D. Rodrigo con-signa las pruebas siguientes del poderío del enemigo, de sus preparativos y de su riqueza, en esta forma: «Tan grande fué la multitud de agarenos, que hubo en el campamento, que apenas pudimos ocupar la mitad del espacio. Los que en el campo quisieron robar, hallaron muchísimas cosas, oro, plata, vestidos preciosos, ropas de seda y otros adornos preciosísimos, como también mucho dinero y vasos preciosos... El hombre de más sutil discreción apenas podría apreciar el valor de los camellos y de otros animales, junto con las vituallas, que allí se encontraron... Lo que a duras penas se puede creer es, aunque es verdad, que en aquellos dos días no hemos quemado para todas las necesidades otra leña, que las astas de lanzas y saetas, que habían traído los agarenos; y en aquellos dos días no pudimos consumir la mitad, aunque de industria, no sólo para la lumbre necesaria, sino para quemar aquella cantidad, se hacía fuego.» (1) El Narbonense tiene este dato elocuente. «Encontráronse igualmente en tres o cuatro puntos tantas arquillas llenas de saetas y cuadritos que muchos opinan que no bastarían dos mil animales de carga para llevarlas.» Y en la carta de Alfonso hay entre otras cosas, ésta. «Tanta cantidad de víveres, armas, caballos de guerra y otras bestias se halló allí, que tomando cada uno cuanto quiso, todavía dejaron más de lo que se llevaron, después de abastecerse la tropa de la falta de provisiones.»

La hecatombe de los árabes patentiza más la magnitud de la victoria. Fué la mayor que ha habido en los campos de España, y en la historia de la nación española.

Voy a colocar los testimonios escritos según el orden cronológico en que se redactaron. La carta dirigida a Inocencio III (1212) dice: «Murieron en la batalla de su parte más de cien mil soldados, según cálculos de los sarracenos, que después hicimos prisioneros.» Dice el Narbonense. «Mataron tantos en la batalla y después de ella, que subieron los muertos a más de sesenta mil.» Alberico escribe: «Murieron de ellos cien mil.» Alfonso VIII en la carta de donación de Alcaraz a Don Rodrigo (1213) dice que murieron de los moros *casi docientos mil caballeros.* Lo mismo repite San Fernando en la confirmación de esa donación (1219) (2) Don Rodrigo dice en su historia (1243) que murieron doscientos mil árabes. (3) Los dos árabes más próximos a la fecha no precisan el número de las pérdidas, pero dan a entender que fueron grandes, por el estrago del ejército. En el Anónimo de Copenhague se lee de resbalón, que los cristianos se reunían para la guerra «como langostas por el número y por el daño, que habían de hacer» que el día fué «de estrellas aciagas» y que «no tuvieron valor las vidas». (4) Marráquexi, después de aseverar que a la firmeza y constancia no igualada de Miramamolín se debió, que no fuera «exterminada o cautivada toda aquella multitud» añade que fué ésta «una gran rota» agregando más abajo, que la calamidad de Ubeda fué más grave que la derrota de Hisn-el-Ugab» (Navas de Tolosa, que los árabes denominan en esa forma). (5) Y como el autor musulmán dice que las pérdidas de la toma de Ubeda entre muertos y cautivos son tan grandes, y según los cristianos no pasaron de sesenta mil, Huici ha querido sacar partido en favor de su teoría restriccionista del número de las pérdidas en contra de los cronistas cristianos. Argumento especio-

(1) Lib. VII. c. 11. (2) Lib. priv. II. f. 191-192. Memorias. 277. (3) Lib. VIII. c. 10. (4) Huici. p. 120. (5) Id. p. 122.

so y sofisticado. La gravedad la aprecia el árabe en consideración a la consolidación del poder cristiano, allende Sierra Nevada, en las entrañas de Andalucía. No dice palabra del número de muertos: y además es eso una apreciación personal aislada, de que no participa ningún historiador amigo ni enemigo; y los historiados de su raza, que escribieron después de liquidado el enorme decaimiento producido en el imperio islamita, por efecto de esa campaña, no se fijan en la gravedad de la baja causada por la pérdida de Ubeda con sus defensores, sino en el enorme desequilibrio producido por la gran pérdida de las Navas. Kartás y Magari llegan a elevar las pérdidas a la fantástica cifra de mil por uno, siendo los totales seiscientos mil. (1) En resumen, dejando otras citas, que no varían la conclusión, hay que admitir, que los árabes muertos pasaron mucho más allá de cien mil, cifra que quisiera bajar el crítico navarro Huici en un tanto por ciento en contra de la invariable uniformidad de los autores contemporáneos. La cifra 100.000 la considero como mínima cuando estudio el desarrollo y el desenlace de la triple fase de la batalla, exactamente expuesta en las páginas anteriores.

Colmó el júbilo más completo del ejército victorioso la revista de las tropas, que no tenían que lamentar más que insignificantes pérdidas, gracias a la protección prodigiosa del Altísimo. «Del ejército del Señor (cosa que se puede decir dando muchas gracias a Dios y que se puede creer sólo por el milagro) apenas murieron de 25 a 30 cristianos.» (2) «De los nuestros apenas faltaron 25.» (3) «Y cosa prodigiosa, según creemos, de los nuestros no murieron 50.» (4) «De los cristianos habían ya sucumbido muchos, pero después que se sacó el estandarte de la Virgen, apenas murieron 30 hombres.» (5) Este texto inspira al ya citado crítico la idea de distinguir los muertos de dos fases de la batalla; (6) antes y después de roto el palenque. Antes, en aquellos apurados flujos y reflujos, que todos los autores citados describen con pavor, llegando a confesar D. Rodrigo, que una parte de los enemigos «hacían grandes daños a los cristianos.» (7) Y se inclina Huici a sostener por esto que, en esa fase, hubo «varios cientos y aun más de mil o dos mil» muertos, «número pequeño, dado lo enconado de la lucha y la cifra total de los combatientes y muertos de ambos ejércitos.» Mas no ha reparado Huici que la cláusula «et lidiaron et fizieron gran danno en los cristianos» es una añadidura de la Crónica General de Alfonso el Sabio. En el texto latino de D. Rodrigo no hay palabra de eso. Este es uno de los muchos motivos para advertir a los eruditos, que no deben estudiar ni citar a D. Rodrigo por la versión de su historia contenida en la alegada Crónica. En muchísimas ocasiones trunca o adiciona los textos, y en otras más, interpreta y traslada las sentencias y las frases del sabio Arzobispo ya imperfecta, ya desfiguradamente. El que entienda el latín, cotejándolo en cada capítulo, se convencerá. El crítico concluye: «Y si D. Rodrigo es, como parece, el autor de la carta al Papa, quedan reducidos los testimonios a los dos Arzobispos, que escribiendo al capítulo general del Cister, se veían obligados, aun sin darse cuenta, a hacer una relación edificante, y quizá entendían, como Alberico, aunque no lo hacían constar, que sólo tuvieron de 25 a 30 muertos, después que se declaró la victoria por las armas cristianas.» (8) Mas el caso que finge el escritor francés,

(1) Huici. p. 61 y 130. (2) Carta de Alfonso VIII. (3) Lib. VIII. c. 10. (4) El Narbonense. (5) Abberico. En Huici. p. 182. (6) Huici. p. 63-65. (7) Lib. VIII. c. 9. (8) Huici. p. 65. Choca en este erudito e inteligente autor el criterio distinto con que en este punto redacta su obra para defender su ingeniosa hipótesis. En la redacción general sólo admite el valor de los textos contemporáneos y desecha las noticias recogidas por autores de siglos posteriores, y sin embargo en la nota citada acumula las que se hallan desperdigadas en los autores pertenecientes al siglo XVI y XVII, con el objeto de apoyar su opinión particular. Es imposible inferir conclusiones lógicas y fundadas con normas tan opuestas sobre un mismo punto.



Alberico, es contrario a la narración de los dos Arzobispos de Toledo y Narbona. Refiere aquel que al desplegarse el estandarte de la Virgen de Rocamador, que llevaban devotamente, los escuadrones franceses, los cristianos se arrodillaron ante la sagrada imagen, y en el acto su aparición determinó una milagrosa victoria. Por lo tanto la distinción de los dos tiempos de la lucha y la mortandad distinta de cada uno no tienen otro origen que la invención popular u otra fuente fantástica, de que se hizo eco Alberico, treinta años más tarde de la batalla de las Navas de Tolosa.

Los que miran de reojo el elemento sobrenatural en los sucesos históricos han hallado pretexto para tildar de crédulo a D. Rodrigo en la narración de tres acontecimientos, que el Arzobispo cuenta como prodigiosos. El primero, el recorrido triunfal de la cruz de Cristo por entre las haces enemigas, sin lesión de la cruz ni del crucífero, el cual se mantuvo ileso en la línea enemiga, junto a la defensa del palenque «sin los suyos, hasta el fin de aquel ataque, según le plugo a Dios.» (1) Segundo, «que los agarenos, siendo de prócer estatura y gruesos, y estando en el suelo sus cuerpos destrozados y desnudos, con todo, en todo el campo no se podía hallar señal alguna de sangre.» (2) Tercero, el corto número de muertos del ejército cruzado. Puede ser que en ninguno de los tres casos haya dado el sentido real de milagro el Arzobispo; pero hay que reconocer ante todo con el propio Don Rodrigo que «el Dios omnipotente dirigía este negocio con especial providencia.» (3) Créase al sabio probó y veraz.

Bajo los resplandores de un sol indeficiente de gloria tendióse a descansar el ejército de Cristo en el campamento, que la noche anterior había ocupado su enemigo. De los héroes, que ahí reposan al oreo refrigerante de las auras tibias de la noche del 16 de Julio de 1212, escribe esta épica alabanza D. Rodrigo: «Si quisiera contar las grandezas de cada uno, primero desfallecería mi mano escribiendo que faltaría materia para contar; pues todos anhelaban por la inspiración de la gracia padecer o alcanzar el martirio.» (4)

Pasó en el mismo campamento el martes, 17, registrando las tiendas, recogiendo el inmenso botín, allí abandonado, y saliendo del circuito bandas de codiciosos se entregaban al pillaje, mientras otros recogían armas y animales de combate y carga, esparcidos en un recinto de más de 50 kilómetros de circunferencia. En este día cada uno cosechó cuanto pudo, lo mismo los reyes que los caballeros, la soldadesca y toda gente allegadiza no guerrera, a diferencia del día precedente, en que, unos pocos no tuvieron escrúpulo de incurrir en la excomunión. Es absurdo el suponer, sin fundamento alguno, que los infractores del anatema lanzado por D. Rodrigo contra los que, durante el combate se entregaron al pillaje, lo hicieron por no reconocer la jurisdicción espiritual del Arzobispo sobre ellos. (5) Ningún autor presencial, ni coetáneo alega tal razón, ni podía alegarla, pues era cosa indiscutiblemente aceptada la autoridad de D. Rodrigo, como jefe único espiritual de la cruzada, conforme al uso corriente de organizarse las cruzadas del Oriente y Occidente. Si tal razón hubiera existido, lo mismo hubieran hecho los navarros y demás extranjeros. Los indisciplinados obraron por codicia. Tampoco tiene fundamento el dicho de muchos escritores, de que Alfonso de Castilla no quiso tener parte en el botín, sino que se lo dejó a los guerreros extranjeros. Son tales cosas cavilaciones de un calenturiento afán de aureolar la figura del monarca castellano con todas las prendas, que pueden sublimar más la memoria de un personaje. Ya lo hubiera pregonado nuestro Arzobispo, que llegó a escribir de su

(1) Lib. VIII. c. 10. (2) Id. id. (3) Lib. VIII. c. 6. (4) Lib. VIII. c. 11. (5) Huici. p. 68.

aconsejado monarca la exageración de «que se pudiera decir de él: Este tiene más valor que todos nosotros tenemos.» (1) Ni una palabra dice respecto de eso, y sólo advierte que todos pelearon varonilmente hasta la noche, sin seguir el ejemplo de los aragoneses indisciplinados, obedeciendo el decreto de excomunión del Arzobispo de Toledo. (2)

El 17, la hueste se congregó nuevamente, al terminar el día, para pernoctar en el mismo campamento, siendo la causa de la demora la golosina del botín en unos, el grave cansancio en otros, apesar de que tenían que estar muy mal para aquellas horas por la putrefacción y el hedor de los cadáveres esparcidos e insepultos, que circuían el campamento, inquietando a los hombres reflexivos el peligro de que, por el emponzoñamiento de la atmósfera, pudiera estallar alguna peste: y por eso extraña mucho que los caudillos difirieran la partida para el día siguiente, que era el tercero después de la batalla.

Pero antes de la partida, el lector fórmese la idea exacta de la situación del campo de batalla de la famosa jornada de 16 de julio de 1212. Al través de los siglos se la dislocó notablemente en las relaciones históricas y en la tradición regional, hasta el punto de erigirse monumentos conmemorativos fuera del lugar correspondiente. Ha sido rectificada recientemente con los argumentos fehacientes de más seguro valor por el crítico navarro, tantas veces nombrado, después de una inspección topográfico-científica, realizada personalmente con detención. Es la parte más nueva e interesante de su valioso «Estudio sobre la campaña de las Navas de Tolosa». (3) Yo sólo daré una noticia muy sucinta.

El campamento árabe distaba del cristiano dos leguas escasas, y en él se levantó en tiempo remoto, en memoria, la ermita de Santa Elena, cuyos escombros aun duran. La meseta del campo cristiano dominaba las cumbres de los varios montes algo bajos, en que acampaban los agarenos. Los cristianos estaban internados en su meseta, que hoy se llama Mesa del Rey, casi a una legua de la vertiente, que caía hacia los moros; por lo que éstos se atrevieron a invadirla en una buena extensión la víspera y antevíspera de la batalla, para provocar a los cristianos; y al anochecer regresaban a su campamento. Entre éste y el cristiano estaba el famoso palenque, a un cuarto de hora de distancia de aquel; por lo cual, como refiere don Rodrigo, el movimiento arrollador de los cristianos siguió este curso. Emprenden con la aurora la marcha, deshace la avanzada mora, luego la segunda línea en las primeras colinillas y vallecitos, después con doloroso esfuerzo sube y destruye el palenque, donde canta el *Te Deum*, y atravesando luego el campamento moro, se lanza y derrama por la llanura de las Navas, en exterminio del enemigo. Por lo que habiéndose comenzado la lucha en el Puerto de Muradal, punto inicial de las Navas de Tolosa, se consumó por la tarde en plena llanura.

El 18 de julio, miércoles, ávidos los reyes de recoger los frutos de tan grande victoria, se pusieron en marcha en dirección de Baeza y Ubeda, ciudades que inspiraban respeto, porque, como se lee en la carta a Inocencio III, exceptuando Córdoba y Sevilla, eran las mayores que había en Andalucía, y además Ubeda era tan fuerte, que ningún príncipe cristiano la había podido nunca conquistar; por lo que restaba a los cristianos las esperanzas en la misma proporción que se las aumentaba a los sarracenos, que la consideraban inexpugnable. La jornada, que fué algo más de dos leguas y media, aunque lenta y corta, fué emocionante por la muchedumbre de cadáveres, que iban contemplando en estado de putrefacción, hasta el punto de exclamar el Arzobispo de Narbona: «¿Quién podría explicar cuántos

(1) Lib. VIII. c. 4. (2) Id. c. 11. (3) Huici. p. 75-90. Es necesario que se lea.

cadáveres de muertes ejecutadas por los cristianos en la persecución encontramos al avanzar hasta un castillo, llamado Vilches, que había en el camino?» Sitiado estaba este castillo hacia dos días por unos escuadrones, voluntariamente destacados del grueso del ejército, como indican estas palabras de D. Rodrigo: «Algunos de los nuestros, dejando el campamento, cercaron a Vilches, castillo fortísimo. Mas nosotros, yendo el tercer día después de la batalla, el miércoles tomamos el castillo de Vilches, y tres más, Ferral, Baños y Tolosa, que por la gracia de Dios, hasta hoy han estado habitados por los fieles.» (1) El Narbonense asegura que Vilches cayó en manos de Alfonso en el mismo día en que se detuvo la hueste en las cercanías del arroyo Gaudiel, y allí vivaqueó el jueves. (2) Partió el viernes, después de guarnicionar fuertemente los cuatro castillos tomados, que protegían muy bien toda la comarca y el pueblo de Vilches.

Adelantándose al núcleo mayor guiado por los reyes, llegaron a Baeza las columnas más móviles y guerreras, hallándose con la sorpresa, de que estaba la ciudad vacía de combatientes agarenos y de toda persona capaz de escaparse; pues comprendiendo el peligro que les amenazaba, fueron a refugiarse en Úbeda. Sólo unos impedidos estaban guarecidos tristemente en la mezquita de la ciudad, es decir, inválidos, niños, enfermos y ancianos, que no tuvieron quienes los transportaran. Terrible fin iban a tener. Antes que llegaran los monarcas se incendió la mezquita, y todos fueron abrasados. Oído esto, los reyes y los caudillos de la hueste, entre los cuales se hallaba nuestro Arzobispo, tuvieron consejo de guerra, y unánimemente decretaron poner cerco a Úbeda, (3) el mismo viernes, 20 de julio, y el mismo día, la mayor parte del ejército, haciendo las dos leguas escasas, que separan Úbeda de Baeza, púsose sobre la gran ciudad, asilo en aquellos momentos de millares de valientes sarracenos, dispuestos a defender heroicamente aquella ciudad, magistralmente murada, y siempre victoriosa contra todos los ataques de los cristianos, desde que la ocuparon y engrandecieron los invasores árabes. El sábado llegó el resto del ejército cristiano, (4) en que iba el Narbonense, y esto da indicios de que los reyes también iban en este cuerpo segundo. Intentaban dar el asalto los caudillos principales el domingo, después de haber reconocido el estado de las fortificaciones. Había gran ardor por pelear. Pero «cuando ya se había armado la mayor parte del ejército para atacar la ciudad, los reyes dispusieron que se volviese al campamento, y se dilatase por aquel día el ataque» (5) reprimiendo así el inmoderado afán de guerrear, a la vez que daban una lección de respeto al día santo, como ocho días antes en las Navas, y preparaban para el octavo del triunfo, la toma de Úbeda, que fué hartó dura. Elevadas al Señor las preces, el lunes, 23, la hueste cristiana opugnó la ciudad durante muchas horas infructuosamente, hasta tal punto, que la mayoría, casi desesperada, volvió a las tiendas, (6) mostrándose el adversario en todas partes intrépido y osado, causando grandes pérdidas a los atacantes, que asaltaban quizás temerariamente, por carecer de armas poliorcéticas adecuadas. Entre las fuerzas, que no desmayaron, ni se retiraron, estaban los aragoneses, alentados por la presencia de su rey indomable, y éstos decidieron la victoria. En el momento de más desaliento, lograron precipitar la mitad de una torre que tenían minada. El denodado escudero Lope Fernández de Luna, escalando el muro, el primero de todos, arrastró a los aragoneses a los adarves de la mitad de la torre ruinosa, e hizo languidecer el valor

(1) Lib. VIII. c. 12. También aquí hace incurrir en error la Crónica General, por omitir la frase primera. (2) Huici pretende por esto último que Vilches se tomó el jueves. (3) Lib. VIII. c. 12.

(4) El Narbonense. (5) Id. (6) El Narbonense.

de los corazones árabes, (1) a la vez que por diversos puntos asaltaban también los cristianos los muros enemigos, haciendo retroceder a los moros de las dos partes de la ciudad con fogosa arremetida. (2) La inmensa muchedumbre se refugió en la alcazaba, que ocupaba la tercera parte de la ciudad. Debía suceder esto a mediodía o antes. Puesto que habiéndose propuesto por los sitiados hablas de paz, según D. Rodrigo, hubo tiempo para una negociación reiterada con frecuencia (3) para llegar al primer acuerdo, que se rechazó enérgicamente, como vamos a verlo, y para negociar y cerrar el segundo, y para tomar posesión de la alcazaba.

Convencidos de que la resistencia sólo haría acrecentar los sufrimientos, pero queriendo aprovecharse de las ventajas que podían sacar de la posesión del recinto más fuerte de la población, donde podían prolongar la lucha con daño de los cristianos, los sarracenos propusieron y lograron un concierto halagüeño: Entrega de un millón de maravedís en oro, a condición de dejar a los sarracenos de Ubeda íntegra la ciudad con todo lo que poseían. Don Rodrigo, con el Narbonense y demás Pontífices, protestó vigorosamente, en nombre de los cánones, contra este tratado. Cuando un territorio se consideraba ya seguramente conquistado de los sarracenos, lo mismo que una ciudad, aunque no había realmente caído en poder de los cristianos, se entendía que no se podían admitir pactos favorables de conservación con los agarenos, equiparando esto al caso de venta de armas y víveres a los mismos, acción condenada bajo pena de excomunión. Clarísimo era que Ubeda estaba virtualmente conquistada, y sin mucho esfuerzo se tomaría ciertamente la vasta alcazaba, repleta de moros. Por lo cual el Arzobispo de Toledo, con los otros Obispos resolvió que, bajo la misma pena de excomunión era inadmisibles el pacto hecho, ya que equivalía a vender los cristianos una conquista con sus bienes para el sostenimiento del imperio mahometano, a cambio de una buena remesa de monedas de oro, cuando todo pertenecía a los cruzados, conforme a la ley de conquista, es decir, hombres, bienes y dinero, cuanto en Ubeda había. Don Rodrigo acompañó a la protesta la prohibición de que se aceptasen tales pactos. (4) Le obedecieron los reyes y los capitanes, y anulado el pacto que se había hecho, se concertó otro, en que se estipuló; que los moros entregasen la cantidad de oro convenida en el anterior pacto; que fuese arrasada la ciudad, y saliesen libres los sitiados. (5) Mas cuando se llegó a cumplir lo pactado, no lo pudieron hacer los defensores de la ciudad, y por eso se les aplicó todo el peso de la ley. La mayoría fué reducida al cautiverio. Se lee en la carta a Inocencio III: «Caerían allí en nuestras manos más de 60.000 sarracenos, de los cuales matamos a unos y llevamos cautivos a otros, para que sirviesen a los cristianos y a los monasterios (de las Ordenes Militares) que se tienen que reparar.» Se destruyeron los muros y se arrasó la ciudad; «porque no teníamos gente suficiente para poblarla.» (6)

¿Pero quién fué el autor del concierto anticanónico, tan fuertemente rechazado? Punto importante. Dice el Narbonense: «No nos toca manifestar qué cristianos aconsejaban este acuerdo.» Y paladinamente dice: «que los reyes volvieron de su acuerdo primero y formaron el segundo» y en el modo de narrar parece que quiere decir que el pacto reprobado fué obra espontánea de ellos, aunque perspicuamente no lo expresa. También asegura que algunos obispos empezaron a reclamar contra lo concertado. En cambio D. Rodrigo claramente escribe, que aceptaron ese pacto algunos «sintiéndolo mucho los reyes, pero disimulándolo también por la

(1) Lib. VIII. c. 12. (2) El Narbonense. (3) Lib. VIII. c. 12. (4) Lib. VIII. c. 12 (2). El Narbonense. (6) Carta a Inocencio III.

instancia de los magnates» (1) En vista de esto cabe decir, que los reyes, contra su voluntad, condescendieron en el primer pacto, creyendo sin duda que se hallaban en las mismas circunstancias, que en la toma de Calatrava, apesar de que en las negociaciones veían la oposición del Primado; y además sospechamos que los caballeros de las Ordenes Militares se unieron a los magnates, para obtener así los medios de reparar los quebrantos sufridos en sus castillos y posesiones. Tal idea nos sugiere la intencionada frase del Narbonense, y el hecho de recibir esclavos los caballeros de las Ordenes Militares. Cuando con solemne conminación del Toledano se prohibió ese pacto públicamente, se dispó la influencia de la nobleza, y se pudo ajustar otro pacto más conforme a los cánones; pero se violó por los cristianos. Los feroces almohades no podían esperar otra cosa, ya que habían declarado guerra sin cuartel a los cristianos, y pretendían raer de la tierra hasta su nombre. Hacían bien D. Rodrigo y sus compañeros en cumplir los cánones. Era entonces el único medio de dominar sobre el islamismo. Annouairi, árabe, escribió hiperbólicamente: «fué esta desgracia (de la pérdida de Ubeda) más dura para los musulmanes que la misma derrota de Hisn-el-Uqab.» (Navas de Tolosa). (2)

Pero las ruinas ubedanas fueron el mojón de las glorias y de las hazañas de los cruzados. La incipiente relajación del Puerto de Muradal por la riqueza y la abundancia de viveres se ahondó y se generalizó fatalmente en toda la tropa, haciendo brotar lacras feas en muchos, produciendo amargura en D. Rodrigo, que describe así la gravedad del mal: «Entibiándose ya el favor de Dios por los excesos de los hombres, los cristianos arrastrados por la codicia, se entregaban a robos y rapiñas; por lo que el Señor puso mordaza a sus bocas, y tanto a ellos, como a sus bestias, los hirió con enfermedades, de tal modo, que no había en las tiendas quien pudiese servir lo necesario ni al compañero, ni a su propio señor». (3)

Algún eufemismo hay en estas frases. El mal no debía ser mortífero sino una especie de disentería, que debía aplanar y enervar mucho el cuerpo, sin producir mortandad grande, a causa de los calores fuertes, falta de aseo y excesos nocivos; porque de lo contrario no hubieran los reyes resuelto tan rápido el regreso, como lo hicieron, para librarse de mayores males. «Y obligadas por la necesidad, volvimos a Calatrava, donde encontramos al Duque de Austria, que de las regiones de la Teutonia había venido con harto grande acompañamiento.» (4) Ese Duque se llamó Leopoldo II, y conquistó con el tiempo el sobrenombre de Glorioso. Su noble séquito subía de doscientos caballeros. Llegaba tarde, pero cumplía su palabra caballerosamente. Como era pariente del rey de Aragón, con él se juntó, y desde Calatrava ambos se dirigieron a Aragón con sus tropas. «Nosotros empero, prosigue D. Rodrigo, con el noble rey Alfonso vinimos a Toledo, donde con los Pontífices, clero y todo el pueblo se hizo una solemne recepción en la iglesia de la Virgen María.» Ardía Toledo en júbilo y alegría: muchos loaban a Dios estallando en cantos y músicas de instrumentos, dando a Dios gracias, porque El les había devuelto vistorioso e incólume a su rey. Unos días rebosó de nuevo la imperial Toledo de innumerables guerreros, harto regocijados y satisfechos por la gloria y el botín alcanzados. «Aquí se dividieron las tropas y cada uno volvió a su tierra.» (5) Se deduce de esta frase de D. Rodrigo, que también los extranjeros aquí se despidieron. Lo mismo creo del hercúleo paladín de esta empresa, Sancho el Fuerte de

(1) Lib. VIII. c. 12. (2) Manuscrito. n. 60 de la Acad. de la Hist. (Huici. p. 132.) (3) Lib. VIII. c. 12. (4) Lib. VIII. c. 12. (5) Id.

Navarra, ya que en términos tan generales lo dice el Toledano, y nadie señala otro lugar de separación. La Crónica general añade de su cuenta a lo que D. Rodrigo refiere, que Alfonso VIII despidió a todos con galanas mercedes «diziendoles y prometiéndoles que siempre fallarien en él todo lo que mester les fuese.» (1) Al Navarro restituyó media docena de castillos, de antiguo detenidos, y sin duda recibidos con punzante desengaño por el rey Fuerte, que debía halagar a su corazón con más espléndidas reparaciones y recompensas por sus sacrificios y hazañas.

Más fortuna tuvo el rey de León, a pesar de su alevosa conducta durante la campaña de Muradal; pues despreciando las censuras del Papa y las exhortaciones de D. Rodrigo, durante la cruzada, había invadido a Castilla y apoderándose de una docena de castillos, según refiere el Tudense. Los augures vaticinaron sangrienta guerra entre el suegro y el yerno, sin reflexionar que el espíritu del rey de Castilla flotaba en regiones más elevadas de paz y perdón. Alfonso le tendió el ramo de olivo, cediendo todo lo conquistado, y restituyendo otros castillos, que retenía, para que el Leonés, a la vez que con Castilla, hiciese paces con el rey de Portugal, como las hizo gustosamente. Sorpresa singular, que puso en paz todos los reinos cristianos peninsulares, con honda satisfacción de D. Rodrigo, que tan anhelosamente la gestionaba hacía cinco años. Precioso resultado de la inmortal hazaña. Lástima que la invasión epidémica impidiera recoger todos los frutos, que la derrota árabe puso en manos cristianas, tomando siquiera todo el reino de Jaén, y amenazando inmediatamente a Sevilla, donde el vencido Miramamolín, tras terribles horas en Jaén, apareció iracundo, y entregó al filo de la espada a cuantos inspiraban sospechas sobre la campaña, y pasados allí cinco meses, atravesó el estrecho, y se fué a morir de placeres nocivos en su palacio de Marraquex, el año 1214, ocho meses antes que Alfonso de Castilla.

Uno de los primeros actos, que D. Rodrigo hubo de realizar, después de la pacificación del reino, fué redactar la carta, que Alfonso VIII dirigió a Inocencio III, para participarle el éxito de la cruzada. Es documento precioso, de gran importancia histórica, en que se expone la empresa hermosamente. Termina así dando razón de la carta: «Santísimo Padre, creímos que debíamos escribiros, dándoos gracias, como podemos, por la ayuda, que habéis prestado a toda la cristiandad, y os suplicamos humildemente, que ya que sois el Pontífice elegido por Dios, le inmoléis víctimas de oraciones con sacrificios de alabanzas por el bien del pueblo.» Fué grande la alegría que produjo al gran Papa tan grata noticia, y habiendo señalado un día para dar con todo el pueblo romano gracias a Dios, el mismo Inocencio explicó desde el púlpito la grandeza del triunfo. El 26 de octubre escribió el Papa al rey de Castilla en un Breve estas noticias: «Convocando el clero de Roma y todo el pueblo, dimos a aquel, que hizo solo todas las maravillas, no cuantas gracias debíamos, pero sí cuantas pudimos, mandando leer la carta de tu Alteza delante de toda la muchedumbre, y explicándola nosotros con nuestra predicación.»

Dos palabras ahora sobre varios puntos relacionados con D. Rodrigo en esta campaña. En primer lugar el reputado historiador Cabanilles escribe acerca de la cruz primacial de D. Rodrigo, que hizo prodigiosa impresión durante el combate: «No falta quien suponga que la cruz primacial o el guión que llevaba el canónigo Pascual en la batalla de las Navas, fué regalada por el Arzobispo al Pontífice. Lo que parece cierto es que el Prelado fundó una ermita en el mismo sitio... y depositó en ella el guión de que se trata... Muchos creen que es el mismo que hoy exis-

(1) Cronicon p. 111.

te en la santa iglesia de Toledo.» (1) El Cardenal Lorenzana opinó que esa cruz está en Vilches, y lo corrobora con el testimonio de una visita de su Vicario General. Varios autores escriben que Rodrigo puso en la ermita un relato de la batalla en romance. (2) Dice el historiador de Alfonso octavo de Castilla: «He observado que la historia que se conserva en el pergamino de Vilches está conforme y a la letra con lo que escribió en latín el Arzobispo desde el capítulo primero hasta el doce inclusive del libro octavo de su obra de *Rebus Hispanice*» Si D. Rodrigo hubiera escrito una relación dirigida a la Cofradía de Vilches habría en el relato otro tenor de narración y más variantes, como salta a la vista. El tal manuscrito es sin duda una traducción de ajena mano, depositada allí para ilustración de los cofrades en tiempos posteriores a D. Rodrigo.

Íntimamente se enlaza con esta cuestión la institución de la fiesta del triunfo de la Santa Cruz en memoria de la victoria de las Navas, que la Iglesia española celebró siempre con singular cariño y pompa, recordando en las lecciones del Brevariario reiteradas veces el comportamiento glorioso de D. Rodrigo, asignándole con alabanzas el lugar preeminente, que en toda la campaña ocupó, como alma de ella y responsable principal de la empresa, como harto claramente le daba a entender el mismo Alfonso VIII en su emocionante diálogo, descargando en él toda la gravedad de la decisión definitiva, al requerir su parecer, y expresar que se acogería al que de sus labios recibiera, ajustando sus actos, en lance tan nebuloso e incierto, a los términos de su prudentísimo consejo. El anciano monarca no se apartó del consejo, y acertó y triunfó. Pues bien, se escribe que esta fiesta del triunfo de la Cruz, que se solemniza el 16 de julio anualmente, se estableció enseguida, automáticamente, con la intervención de D. Rodrigo, quien siguiendo el impulso de su pecho, la rodeó de solemnidades litúrgicas para agradecer el inmenso favor al cielo. ¿Pero cuál fué la causa ocasional de esta institución además de ese motivo? Se empezó a decir, no se sabe en qué fecha, que fué porque durante la batalla apareció en el aire una cruz. La ciudad de Baeza así lo creía en el siglo XV, y así decía el 22 de diciembre de 1447, al elevar una petición para que Enrique IV de Castilla autorizase la fundación de un pueblo de cincuenta vecinos en el Puerto de Muradal, lugar de la batalla y término jurisdiccional de dicha ciudad, donde se vió la Cruz. Son sus palabras: «Onde en señal de dicho vencimiento apareció la Santa Veracruz en unas casas que dicen los Palacios. La cual está en un lugar muy peligroso, por ser yermo e montañas, e aun acaescen ende muchos peligros assi por moros, que ende vienen a saltar, como por malos cristianos, por ser despoblado. E si en los dichos Palacios obiese alguna población de vecinos, los dichos males e daños serían escusados.» (3) Hay que reconocer que es exacta la localización topográfica de la batalla en esta exposición. Lo de la aparición de la Cruz inadmisibles para todos los historiadores serios y particularmente para los dos ya mencionados. (4) Diósele ese nombre porque fué un ejército de cruzados, que llevaban en sus banderas y uniformes guerreros el signo de la cruz, a la que trataban de ensalzar sobre los estandartes agarenos, según escribe D. Rodrigo.

En segundo lugar porque la Santa Cruz del mismo Prelado, legado del Papa y Jefe espiritual de la cruzada, al pasearse ilesa ante toda la hueste cristiana, fortaleció misteriosamente su valor. Era persuasión de D. Rodrigo y de Alfonso VIII

(1) Hist. de España. t. III. (2) Moret Anales de Navarra. Lib. XX. C. V. Jimena. 92-99. (3) Huci. p. 75. (4) Mondéjar lo rechaza en los cap. 112 y 113 con excelentes razones. Moret en el Lib. XX c. V. n. 46.

El silencio de todos los autores festivos y coetáneos sobre un suceso que arrebataría la atención universal más que ninguno otro es argumento suficiente para tenerlo por una fantasía.

que a la virtud del signo de la cruz se debió el triunfo, como no cesan de indicar en sus relatos. Escriben en la carta a Inocencio III: «Nuestras tropas arrollaron con la virtud de la cruz a muchos infieles que estaban en las colinas menores.» «Avanzamos precedidos de la cruz y de nuestra bandera, en que estaba la imagen de María y la de su hijo, pintadas en nuestra enseña» «el Señor degolló a aquella multitud con la espada de su cruz.» «Sea a Dios la gloria, que dió la victoria a su cruz, por nuestro Señor Jesucristo.» Así siguen destilando los tesoros de su devoción y amor hacia la santa cruz. Célebre es la solemnidad anual en honor de la santa cruz, que en Toledo se tiene, sin duda tal como la estableció el mismo D. Rodrigo en los treinta años mas, que glorificó aquella Sede. Aquí hay que notar, que con error manifiesto está erigida la cruz en la mitad del actual pueblo de las Navas de Tolosa con la inscripción, en que se lee, que en aquel sitio se paró la cruz arzobispal.

Se ha escrito también que la abstinencia de carnes en los sábados del año se introdujo en España en conmemoración de este triunfo, con la natural intervención de D. Rodrigo. Mariana movido de algunas autoridades lo tiene de cierto crédito. (1) Garibay lo niega terminantemente (2) apoyado en el silencio de nuestro Arzobispo, el cual no lo hubiera callado por ser noticia propia de la historia eclesiástica, muy significativa del más hondo recuerdo impreso en la conciencia cristiana y tan íntima de la vida nacional; y mucho más porque así tenía en la mano ocasión para tributar un particular homenaje de gloria a su amada Virgen Santísima, cuyo triunfo en aterrar y postrar a los sarracenos, al reconocer su efígie entre las filas enemigas, lo relató con tanta fruición. El argumento principal para desechar la institución predicha consiste en que no se descubre ningún dato histórico de los siglos inmediatos a la batalla, que aluda a esta costumbre española. Háse formado esta opinión por las divagaciones ingeniosas de algunos investigadores, que han intentado señalar el origen de la abstinencia sabatina en España.

Veneróse durante muchos siglos en el monasterio de Santa María de Huerta una imagen escultórica de la Santísima Virgen, a la que el docto Académico, Marqués de Cerralbo, dedica ocho eruditas páginas. Opina que es la sagrada imagen que D. Rodrigo llevó consigo en el arzón de su silla de montar, como era costumbre entre los guerreros cristianos de entonces, y que la regaló con otros tesoros suyos al dicho monasterio, después de haber sido durante su vida su *Socía belli*. Por eso denomina a la citada escultura «Virgen de las Navas de Tolosa» Es de cincuenta y nueve centímetros de altura, con el Niño Jesús en el brazo izquierdo, madre e hijo con corona real en la cabeza; labrado todo toscamente. Dice el Marqués entre otras cosas: «Parecería extraño que efígie tan ruda fuese la que mereció esta preferencia por el Metropolitano de Toledo: pero si era gran artista, era aún más devoto, y el fervor general no se dedicó nunca a imágenes bonitas. Era poderoso pero aún fué más modesto, y hay que tener muy presente que a la gigantesca Cruzada se prescribió que no se llevase objeto alguno rico; por lo que la vencedora cruz metropolitana de D. Rodrigo fué también toscamente forjada en sencillísimos hierros.» (3) Rechaza la suposición de que fuera donación de alguno y dice: «Páreceme quedar también demostrado cómo no es la Virgen regalada por los reyes la que llamo de las Navas, y ya sin otra objeción me decidí y persisto en reconocerla como *Socía belli* del Arzobispo D. Rodrigo, y hasta su forma lo apoya; pues los dos codos a la misma altura y despegados del grupo los piés del Niño, dejan pasar, y de ello hay indicación, la correa, que la sujetase al fuste de la silla

(1) Lib. XI. c. 24. (2) Crónica General. Lib. XIX. c. 23. (3) Páginas 178-179.

de batalla, sin tener que acudir al medio incomprensible y disparatado de taladrar la delicada imagen de marfil para asegurarla, por disforme hierro, a la montura de guerra de San Fernando, según se ve en la capilla real de la catedral de Sevilla.» (1) Termina así: «Creo haberme esforzado en demostrar que la antiquísima imagen considerada por los monjes como reliquia, fué la Virgen de las Navas de Tolosa llevada por el arzobispo D. Rodrigo a la más transcendental batalla de la Reconquista.» (2) Todas estas aserciones las inserto bajo la autoridad del entusiasta panegirista de D. Rodrigo.

El estandarte de Anasir, dice Moret, «con mucha razón, se llevó a la iglesia de Toledo y pende en ella, por lo mucho que se le debe del buen suceso de esta jornada a su arzobispo D. Rodrigo; el cual es de campo azul, luna blanca en medio y cinco estrellas de oro en torno.» (3)

En la estupenda creación escultórica de la capilla del altar mayor de la catedral toledana hay un recuerdo dedicado a la memoria de D. Rodrigo en las Navas. En la parte interior de la capilla, por el lado de la Epístola, a una notable altura, sobre elegante columna, yérguese la estatua del gran Arzobispo, rígida y de tosco trabajo, de formas desproporcionadas. Allí fué trasladada de la primera capilla de la Catedral, para cuyo ornato fué labrada, lo mismo que las otras dos célebres figuras históricas, descritas magistralmente por el mismo D. Rodrigo, que se yerguen en la parte del Evangelio del mismo altar y son tan típicas y populares en la leyenda española: Son Alfonso VIII y el Pastor de las Navas. Contempla uno a aquellas tres figuras con emoción e insaciable curiosidad, como aguardando de sus labios inertes la narración de los épicos episodios de la más gloriosa campaña de la reconquista.

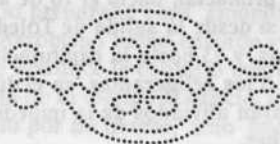
En la iglesia del monasterio de Huerta se dedicó a D. Rodrigo el recuerdo pictórico de la hazaña de las Navas en la forma siguiente. Dos colosales pinturas murales representan al Arzobispo frente a la hueste cristiana en actitud de bendecirla en el momento que va a lanzarse a la lid, al rayar el día diez y seis de julio, y alentando al combate a aquellas legiones de héroes.

Ahora una pregunta en obsequio a la insigne familia de Jiménez de Rada. ¿Fué el único Rada que luchó en las Navas de Tolosa? Es imposible, cuando entre los nobles de la corte de D. Sancho brillaban como próceres más eminentes los tres hermanos ya conocidos del Arzobispo, los dos tíos Martín y Bartolomé Jiménez de Rada, su padre Jimeno de Rada, y además, Aznar de Rada, Miguel de Rada e Iñigo de Rada, de la sangre del Arzobispo, como se ve en los Anales de Navarra. Por eso no cabe duda que varios caballeros Radas brillaron en las Navas en el séquito del rey de Navarra. El cronista de las Ordenes Militares, Rades y Andrada, buceando en las tradiciones y memorias de esas Ordenes, y serpenteando por el campo de las conjeturas conexionadas con hechos ciertos, ha encontrado que Miguel de Rada e Iñigo de Rada estuvieron en aquella campaña. Creo que asistieron más, y que no faltaron varios hermanos del mismo D. Rodrigo, como tan inclinados a las cosas de Castilla con justa razón, por su madre, linajuda hija de Castilla. Sin embargo los autores coetáneos de la cruzada, no nos han transmitido más Radas que D. Rodrigo en esta empresa. Los Anales navarros no han consignado otro nombre que el de su rey de legendarias hazañas. De donde resulta que Navarra, entre los millares de cruzados, que envió contra Anasir Miramamolín, en el trance más crítico de la independencia de España en el periodo de la reconquista, sólo designa por sus propios nombres rigurosamente ciertos a dos héroes; pero tan

(1) Ib. 182. (2) Ib. 183. (3) Lib. XX. c. 5. n. 52.

grandes, que bastan por sí solos para merecer la atención y la admiración preferentes de la historia y del lector.

Don Rodrigo reclama indisputablemente el primer puesto en esta empresa, como promotor, organizador, actor y propulsor incomparable de la misma desde su iniciación hasta su consumación. Sancho el Fuerte, gallardeando entre los más egregios campeones del combate, conquistó para su reino, en el instante culminante de la lucha, el testimonio auténtico y glorioso de la preeminente cooperación de Navarra en pro de la independencia de España, testimonio que grabó en su escudo y que ha quedado, conforme reclamaba la justicia, como uno de los cuatro cuarteles del escudo nacional español, como perenne y viva memoria de la singular participación del reino vasconico en tan grande acontecimiento. (1)



(1) A los dos loaba Aneliers, poeta provenzal, medio siglo después, en muchas ocasiones. Cantaba de D. Rodrigo: «*Aquel de Toledo.—Que fo moltz Santz et justz e havia nom Rodrigo.*» (Canto II. v. 16 y 17.) De Sancho: «*Un rey ac en Navarra, gaillart plus que leo.*» (Canto II. v. 2.) «*Molt gaillart e molt pros e mult bon torneire.*» (Canto IV. v. 6.) (*)

(*) La Guerra Civil de Pamplona.—Poema escrito en versos provenzales, por Guillermo Aneliers, de Tolosa de Francia, e ilustrado con un prólogo y notas por D. Pablo Iñarregui, miembro de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra.—Pamplona—Imprenta de Longás y Ripa—Año 1847. (Está plagado de anacronismos increíbles acerca del rey Don Sancho.)

CAPÍTULO VIII.

(1212-1213)

En Burgos.—Ataques de los sarracenos en el campo de las Navas de Tolosa.—Causa de la Primacía.—Toma de Alcaraz.—Carestía en Castilla.—Mejora del culto divino en la Catedral toledana.—Don Mauricio, Obispo de Burgos.—Campaña de Castilla y León contra los moros.—Don Rodrigo generalísimo de las fuerzas, y sus actos heroicos.—Su gran caridad.—Muere San Martín.—Relaciones con Roma.—Cancillerato Mayor.—Muerte de Alfonso VIII.—Cultura en Castilla.

Huyendo del foco de la epidemia y de los fuegos del sol, llegó la hueste cristiana rápidamente a la ciudad primacial, hacia el 10 de agosto, apogeo de la canícula. Antes no pudo ser. Pues si desde la salida de Toledo hasta el día del triunfo del Muradal corrieron 26 días, y 33 hasta la capitulación de Ubeda, el 2 de agosto, por lo menos emplearon 8 los beligerantes en el dilatado y accidentado camino del regreso, aunque viajaran aliviados de la impedimenta, sin inquietudes, al oreo refrigerante de las noches.

El rey y D. Rodrigo pronto se escaparon del horno de Toledo a la fresca capital de Castilla la Vieja, para descansar de las inmensas fatigas. El 18 de agosto, Alfonso VIII expedía en Burgos la carta de donaciones de Alcaraz en pro de Don Rodrigo, terminando el documento con aquella fórmula, que en el campo de las Navas le sugirió el Arzobispo, según notamos: «El año en que yo, el mencionado rey Alfonso, vencí en las Navas de Tolosa al rey de Cartago, no con mi mérito, sino por la misericordia de Dios.» (1) No hay duda que el monarca y su consejero se dedicaban también a promover la obra del Hospital de las Huelgas, que en el mayo anterior había donado Alfonso al monasterio con espléndida dotación (2) y con una organización muy semejante a la que tenía el gran Hospital de Roncesvalles, como lo refiere D. Rodrigo (3) conforme lo advertimos arriba. Lo que hace pensar que pudo ser el Arzobispo el inspirador de esa organización, ya que conocía a fondo la del de Roncesvalles. Según César Cantú lo dirigían los Hermanos y Hermanas de la Orden del Espíritu Santo, creada por Maese Guy, en 1204, en Roma, bajo los auspicios de Inocencio III, que era gran promotor de esta clase de obras. (4) Según otros, eran terciarios del Cister. (5)

Alfonso y Rodrigo tuvieron sobresaltos en medio de su descanso. A poco de re-

(1) Según leo en el Liber priv. II. 191. r. la data es *augustí*, si no es *octobris*, del mismo año. No estoy seguro de mi interpretación. (2) A. Manrique.—Anal. año 1212. Véase allí la carta entera.

(3) Lib. VII. c. 34. (4) Histor. Univ. Lib. VIII. Nota A. (5) Serrano. D. Mauricio. 16.

tirarse los cruzados, los moros cayeron sobre los castillos de Baños, Tolosa, Ferral y Vilches, que se vieron a punto de sucumbir, hasta que el ejército castellano, guiado por Gonzalo y Martín Núñez, derrotó a los sarracenos, y les quitó gran botín, junto a Vilches (1) en otoño de este año 1212.

Corto fué el descanso del monarca y del Arzobispo en Burgos. El 31 de octubre los hallamos en Segovia, según consta por la donación de Castroverde y sus aldeas a la Orden de Calatrava, por sus especiales servicios en la jornada de las Navas, habiendo perdido en ella a su valiente Comendador, D. Alfonso Fernández de Villadares. (2)

Al año 1212 pertenece la siguiente noticia, en la que debe fijarse particularmente el lector, para que la tenga presente en el momento en que discutiremos una cuestión capital en la vida de D. Rodrigo y en la historia de España. El docto P. Pita escribió en los últimos años de su fecunda investigación histórica, al disertar acerca de la predicación de Santiago en España, que Inocencio III no citó «ante su tribunal con anterioridad a la celebración del concilio ecuménico (del año 1215) a ninguno de los Metropolitanos, que se negaban a reconocer por su Primado al Arzobispo de Toledo» (3) Pero esta razón, ajustada a modo de indisoluble argolla, en opinión del erudito jesuita, a la sentencia que sostiene, que Don Rodrigo no asistió al Concilio mencionado, no es verdadera. En el folio vuelto 113 del *Liber privilegiorum Ecclesie Toletance*. II. se halla una Bula de Inocencio III, en que se ordena al Arzobispo de Braga, que envíe a Roma Procuradores autorizados, para resolver la cuestión de la Primacía con el Toledano, que era D. Rodrigo; dado en Letran, 12 de enero del año 16 de su pontificado. (1212) (4) Como el mismo Papa había escrito a D. Rodrigo el 1.º de junio del año anterior, no olvidaba este grave asunto, sino que lo preparaba para cumplir la promesa de hacerle justicia a su tiempo. El activo Arzobispo había enviado en fecha anterior un agente, que lo gestionara y el Sumo Pontífice le contestó con esta carta: «La petición que nos has presentado por medio de tu clérigo Mauricio, sobre el negocio de la Primacía, no la hemos admitido, no por no querer, sino por cautela. Queremos informarnos oportunamente de esta y otras cosas con el favor de Dios. Mas como por la invasión de los sarracenos, témesese que amenaza a España un grave mal, en tales circunstancias no conviene levantar en España aquel pleito ruidoso, tanto más que esta providencia no será perjudicial para tí, que no te descuidas en tu derecho» (5) Lo que llama la atención en el requerimiento del Papa al Bracarense es su cambio de criterio. Aun persistía la formidable amenaza de la guerra del moro, que le movió a escribir en términos tan moderados al mismo D. Rodrigo, que le apremiaba en los días en que Anasir batía los muros de Salvatierra, y a pesar de todo, en los días, que más inquietamente se prepara la Cruzada para conjurar el peligro de la catástrofe, Inocencio excita al Bracarense para que envíe sus procuradores. El origen de esta mudanza debe señalarse en la entrevista de D. Rodrigo con el Papa, cuando se presentó a solicitar las gracias de la cruzada concedida. En la coincidencia del breve y del paso algo anterior de D. Rodrigo por la corte pontificia está la clave. El Arzobispo Toledano urgió con toda su influencia y energía.

Las primeras noticias sobre D. Rodrigo en el año 1213 son guerreras, y las suministran su historia y los Anales Toledanos primeros (que contienen interesantes

(1) D. Rodrigo. Lib. VIII. c. 12, y Anales Toledanos primeros. (2) Bull. Sancti Jacob. p. 59. Argote. p. 98. (3) Razón y Fé. Tomo III. mayo 1902. p. 57. (4) Datum Laterani, II. idus Januarii, Pontificatus nostri anno XVI. (5) Ap. 12.

pormenores para estos dos últimos años escasos de la vida de Alfonso VIII. (1) Impaciente el rey por atacar a los moros, y excitado por el ardor del Arzobispo, que no veía el horizonte del año teñido de oro y púrpura, sino de sangre y calamidades, reunió un ejército fuerte en Toledo, nutrido de las compañías de Madrid, Huete, Cuenca, Uclés y Guadalajara, y en el mes de febrero, salió a campaña, asistido del inseparable consejero D. Rodrigo, que llevaba su hueste. Y tras larga marcha, se asomó otra vez en los confines de Andalucía, por el Puerto de Muradal, donde cercó el castillo de Dueñas, antigua fortaleza de los caballeros de Calatrava, que la necesitaban para cerrar la fácil defensa de las invasiones moras por el puerto citado; y colocada en la falda de Sierra Morena, era un punto, a la vez inatacable por sorpresa, y cercano para acometer en el mismo desfiladero a los tenaces agarenos. Sugirióseles la idea de conquistarla luego en Calatrava, donde paró el ejército, y allí se les unieron los caballeros, al mando de su Maestre, Rodrigo Garcés. (2) Como castillo fuerte y guarnecido de moros aguerridos, tuvo que atacarlo varios días con máquinas, y después de ocuparlo, lo restituyó a los caballeros de Calatrava. Luego púsose sobre los castillos de Eznavexor y Castel del Río, que cayeron en sus manos para mediados de marzo, y espléndidamente fueron entregados a los Santiaguistas. Para este momento se les habían reunido los refuerzos de Toledo, de Maqueda y Escalona para dar cima a la empresa principal de la campaña, anhelado blanco de D. Rodrigo.

Allá, en medio de los montes Marianos, sobre un áspero y empinado collado, en la actual provincia de Albacete, erguiase con orgullo, una ciudad con su fortaleza, a la que llama el Arzobispo «famosa,» por ser foco y guarida de valerosas y jamás abatidas fuerzas sarracenas, que con sus siempre dañosas incursiones, tenían constantemente en zozobra extensas comarcas cristianas. Aquella ciudad era Alcaraz, ansiada presa de D. Rodrigo para la paz de la frontera y bienestar de sus diocesanos, que eran los que más sufrían de los moros de aquel espantoso nido de guerreros y bandoleros. Cercóla el rey, y tuvo que sostener un largo y activísimo asedio: porque los moros se resistían, apelando a todos los medios, saliendo de la ciudad para atacar a los cristianos, y quemando sus máquinas con matanzas; pue según los Anales «murieron allí más de dos mil cristianos en prender el castiello» Graves pérdidas. Pero al fin se agotó el valor sarraceno, y los cristianos tomaron la ciudad» el *miércoles*, 22 de mayo, víspera de la Ascensión en aquel año. Y purificada en el mismo día la Mezquita y consagrada a Dios por el Arzobispo D. Rodrigo, el día siguiente, fiesta de la Ascensión, se organizó por el piadoso Prelado una recepción procesional del rey en la nueva Iglesia, dedicada a San Ignacio, mártir, y solemnemente se celebraron luego los divinos oficios, con la asistencia del clero, que allí había. Atendiendo a esta solemnidad D. Rodrigo escribe, que ese día se tomó la ciudad. Esta tercera conquista sirvió para recompensar los extraordinarios servicios de su gran Canciller, D. Rodrigo, en forma más señalada que a las Ordenes Militares mencionadas, como exigían sus excepcionales méritos. Escribe Rades de Andrada «Dió el rey esta ciudad de Alcaraz al dicho Arzobispo de Toledo y a su santa Iglesia, y así la tuvo hasta el tiempo del rey D. Pedro, el cual, dicen, que la tomó para su corona real, y dió por ella al Arzobispo de Toledo la villa de Talavera. Mas por la escritura de esto parece que la dió el rey D. Enrique, su hermano, era MCDLX. Pudo ser que lo que D. Pedro tenía hecho fuera aprobado por D. Enrique.» (3) Alfonso, después de poblar fuerte-

(1) Lib. VIII. c. XIII, y Anales, editados por Huici. 353 y 354. (2) Mondéjar. c. 107, y Rades de Andrada. (3) Crónica de Calatrava.—«Gobierno del Maestre Rodrigo Garcés».

mente de cristianos la nueva plaza, volvió a Castilla, pero, expulsando primero los árabes, tomó también el Castillo del Río de Opa. En San Torcuaz, villa y posesión de la Iglesia de Toledo y de D. Rodrigo, detúvose el rey en su compañía, para disfrutar de uno de los días más gratos de su vida. Allí estaban esperando al rey todos los seres amados de su corazón, su mujer, D.^a Leonor, sus hijos Enrique y Berenguela, y sus nietos Fernando y Alfonso, hijos de la ex-reina de León, Doña Berenguela. Rodeado de todos y aclamado por su hueste gloriosa celebró la solemnidad de Pentecostés el 1 de Junio, oficiando con gloria, en acción de gracias a Dios, los divinos misterios el mismo D. Rodrigo, su íntimo. Una duda. ¿Qué significa la concesión de los décimos reales de Alcaraz que el año anterior hizo en Burgos el rey a D. Rodrigo, antes de su conquista, como claramente aparece en el documento citado? (1) No atino a descifrarlo, ni quiero formular hipótesis, que no nos darían luz clara. Lo indudable es que Alcaraz se conquistó el 22 de mayo, y año 1213, y que esa concesión es del año 1212.

Aunque hondos los regocijos de San Torcuaz, fueron cortos e incompletos para la familia real y para D. Rodrigo, el cual, como lo dice tristemente (2) veía posarse «el juicio de Dios, que visitaba a España» Seguía cebándose la peste, que ya afligía al pueblo, cuando en febrero se reanudaba la guerra, y todo presagiaba para ese mes un año horroroso, por las heladas incesantes de octubre, noviembre, diciembre, enero y febrero, y la sequía absoluta, que persistió rigurosa en marzo, abril, mayo y junio; y por eso añade el autor de los Anales Toledanos «e nunca tan mal anno fué, e non cogiemos nada, e fugieron los quinteros e ermaronse (quedáronse yermas) las aldeas de Toledo.» (3) Tal azote de heladas y sequía produjo el siguiente doloroso cuadro, que con lastimado pecho traza el compasivo Pastor y Ministro del reino, D. Rodrigo: «Hasta tal punto faltaron los víveres en todos los términos del reino, que los hombres que pedían pan, morían de hambre en plazas y encrucijadas, por no haber quien los socorriera, aunque el rey distribuía grandes limosnas, y los Obispos, magnates y la gente pudiente del pueblo hacían los imposibles para dar limosna a los pobres. Hubo esterilidad, no sólo en la tierra, sino en las aves, rebaños y ganado mayor, que por esa esterilidad, no procrearon, y por falta de paja y cebada muchos caballos y animales de montar perecieron.» (4) Pero advirtamos que esto era solamente *initia dolorum*, principio de las calamidades para el hambre del verano de 1213. Ya sobresalía la caridad inextinguible del santo Prelado, distribuyendo lo suyo, y excitando en todas las clases sociales el ejercicio de la caridad cristiana con toda clase de estímulos. Veremos cómo culminó esa caridad de D. Rodrigo desde el otoño de 1213 al verano de 1214, cuando llegaron a lo inaudito las calamidades de Castilla la Nueva, como las cuenta el mismo Arzobispo. Antes vamos a recordar algunos sucesos, que explicarán mejor la situación del reino y otras cosas más que afectan a la vez a nuestro héroe.

Llegóse a Toledo D. Rodrigo con la real familia en los primeros de junio. Durante su ausencia habíase cumplido una aspiración suya. El abad de Santo Domingo le vendió el 3 de marzo la villa de Cabañas de Yépes, de la diócesis de Toledo, sita entre Ocaña y Barrios, en 900 aureos, que recibió en el acto, en su monasterio de Silos, cediendo todos los derechos al Arzobispo; y delegó en un monje suyo llamado Domingo Guerrero, para que hiciera entrega de la villa a un

(1) Dice así: «era MCL décima octava die augusti? anno quo ego Alfonsus regem Cartaginis apud Navas de Tolosa... devici. Cartul. de Priv. II. f. 191. r. (2) Lib. VIII. c. 13. (3) Huici. Las Crón. Lat. p. 354. (4) Lib. XIII. c. 13.

Canónigo de Toledo, que representara al Arzobispo. El Canónigo fué Martín Domínguez, que en presencia de diez y nueve testigos firmantes de Cabañas, la recibió solemnemente. (1) Le guió a D. Rodrigo a esta y a otras muchas adquisiciones la idea de librar a todos los pueblos de su Archidiócesis de jurisdicciones extrañas a su Mitra; cosa que aborrecía hondamente. El monje Guerrero hizo en Cabañas la entrega el 25 de marzo.

Desde hacía tiempo los clérigos de Guadalajara, que pertenecía a su Diócesis, se negaban a pagar el derecho llamado el catedrático, que le debían como a su Prelado. Los excomulgó y suspendió el Arzobispo; pero se atrevieron a ejercer los divinos misterios, apelando antes a Roma. Inocencio III envió a D. Rodrigo la facultad de absolverlos, el 6 de abril de este año. (2)

De más importancia era la Bula que el mismo Papa dirigió al Toledano, el 19 de abril del mismo año, lo mismo que a todos los Arzobispos de la Cristiandad, para que la comunicasen a sus sufragáneos, como también al Emperador de Alemania y a trece reyes católicos, entre los cuales aparecen en los registros los cinco de España, Aragón, Castilla, León, Navarra y Portugal. Era la famosa Bula «*Vineam Domini Sabaoth*» en que convocaba el celoso Pontífice el Concilio ecuménico de Letrán, que tantas veces había de resonar en la vida del Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada. Le dice el Papa: «En nombre de aquel, que es fiel testigo en el cielo, entre todas las cosas deseables para nuestro corazón, en este siglo, a dos cosas principalmente aspiramos; que podamos conseguir la recuperación de la Tierra Santa, y la reforma de la Iglesia universal.» Y después de señalar su importancia y explicar más el programa, dice que no se puede reunir el Concilio antes del bienio, y dispone, que, mediante varones prudentes, se examine especialmente lo que al Papa se ha de someter. Fija la fecha del Concilio para el 1 de noviembre de 1215. Manda que en cada provincia eclesiástica *solo uno o dos a lo sumo queden* para ejercitar los ministerios episcopales: que los que no puedan concurrir personalmente envíen sustitutos idoneos. Nadie vaya con pompa superflua, sino la necesaria y hagan gastos moderados. Que los Arzobispos y Obispos manden a los Cabildos, no sólo de las Catedrales, sino de todas las Iglesias, que envíen su Deán o representante idoneo, porque hay puntos referentes a los Cabildos, que se han de tratar. Debían los Prelados, ya por sí, ya por otros sabios prudentes, indagar hábilmente todo lo que pareciera necesitar corrección o reforma. (3)

Vese aquí el Papa celoso y original. Vese también cómo será necesario que acudan los Prelados todos, exceptuando los indispensables. Téngase esto en cuenta para su tiempo.

El 21 de junio, D. Rodrigo, al llegar a Toledo remedió un mal, del cual dice el mismo en un documento escrito con unción, «tratábamos muy frecuentemente, y tratando nos dolíamos profundísimamente.» Era el alumbrado de la Catedral de Toledo, en estado deficientísimo por escasez de recursos, cuando, como observa el mismo Arzobispo, debía de ser en todo modelo de todas las Iglesias la de Toledo. Para que así lo fuese en lo sucesivo en el alumbrado, cedió su rica villa de Cabañas, y fundó con sus rentas el alumbrado perpetuo, encargando a su Arcediano, Mauricio, el reglamento de su organización y funcionamiento, prohibiendo que el Tesorero del Cabildo fuese el de esta fundación, bajo pena de pérdida de la fundación, aunque lo hiciera cualquier sucesor suyo. (4) Ese Mauricio es el futuro Obispo de Burgos, entonces Mayordomo suyo, que algunos creen que fué su condiscípulo.

(1) Lib. priv. ll. f. 39. v. y 46. Ferotin. p. 129. (2) Ap. 17. (3) Harduin, Acta Cencil. Tom. VII. p. 6-7. (4) Lib. priv. ll. f. 67. r. y v. Bol. de la R. A. H. X. 4

pulo en París (1) y por eso amigo suyo desde aquel tiempo. Cosa muy discutible. Alfonso VIII huyó de nuevo a las ciudades del Norte al brillar en Toledo el sol de julio, siguiéndole, como de costumbre, el Arzobispo; puesto que se iba a negociar la alianza con el rey de León. El 28 de julio donó el rey en Palencia la finca de Palacios a su «fiel vasallo» Alonso Téllez de Meneses. (2) La alianza con León se estipuló en esta forma: Restitución al Leonés de los castillos de Carpio y Monreal, pero que no se reerigiesen los derruídos: campaña simultánea de los dos reyes con sus vasallos contra los moros, yendo cada uno a la frontera de su propio reino, para así dividir y debilitar con el doble ataque simultáneo las fuerzas enemigas, y asegurar el triunfo; pero además el castellano cedió a su antiguo yerno el poderoso auxilio del magnate Diego López de Haro con 600 excelentes caballeros. Esparcióse en esto la noticia de que 460 talavereños temerarios habían sido acibillados por los moros cerca de Sevilla, escapándose muy pocos, 8 de julio. (3) Salieron a detener la invasión, reforzada por los Cordoveses, los guerreros de Toledo, que detuvieron a los sarracenos, destrozándolos en Fegabraen, (4) y regresaron el 18 de septiembre, con rico botín.

Tanto el rey como D. Rodrigo, al saber tales conatos de los moros, se inquietaron, y conociendo su gravedad, aprestáronse a la guerra, en otoño. En los meses de verano se había ocupado el Primado, entre otras cosas, en la provisión del Obispado de Burgos que durante la campaña de las Navas de Tolosa, el 18 de julio del año precedente, se había quedado vacante, por muerte de D. Juan Maté. Seguía vacante hacia el fin de la primavera de 1213, hasta que D. Rodrigo promovió la elección con su venida a Burgos, proponiendo al Cabildo elector, su amigo, D. Mauricio, varón de gran mérito. Influyó el Arzobispo en la promoción de su íntimo a la Sede de Burgos, no sólo como patrocinador de su candidatura recomendándola a los electores, sino también como árbitro del Cabildo burgalés. (5) D. Mauricio, que el 19 de agosto firmaba los documentos públicos como canónigo de Toledo, el 22 del mismo aparece ya como electo de Burgos. (6)

En los últimos días de noviembre de este año salió D. Rodrigo a la guerra en compañía de Alfonso de Castilla, (7) y pasando por Consuegra y Calatrava, el rey y el Arzobispo se pusieron con su hueste sobre Baeza, mientras el rey de León atacaba y tomaba Alcántara, con el auxilio de las fuerzas castellanas, guiadas por López de Haro. Los castellanos encontraron a Baeza restaurada y fortificada, y a los agarenos poderosamente armados para resistir tenazmente, y resistieron sin desmayos, mientras que otro enemigo más cruel, el hambre, consumía al ejército de Alfonso y Rodrigo. Tan aguda era el hambre que los soldados comían carnes desusadas para el hombre. No se abatía el rey de Castilla, y aun se empeñaba en prolongar el asedio hasta tomar la plaza, sin persuadirse de que era un desacierto, hasta que D. Rodrigo y los demás jefes le convencieron de que podía levantar el cerco decorosamente. (8) Esto urgía, y los sarracenos aceptaron la tregua que se les ofreció. A pesar de que duró sólo un mes este cerco, D. Rodrigo lo llamó largo por los horribles estragos del hambre. Menos mal que, gracias a la tregua, la hueste pudo regresar sin ser hostilizada. En esto paró la rumbosa expedición, que no debía haberse emprendido, a causa del terrible mal del hambre general, y en cuya ejecución el rey de León hizo una de las suyas; porque, sacado el provecho de Alcántara, volvió a su reino, faltando al pacto estipulado de terminar la campaña ambos reyes juntos contra los moros. (9)

(1) Serrano. *Don Mauricio*. 21. (2) *Annales Cister*. IV. p. 30.—Año 1213. (3) *Anales Tol.* I. (4) *Anales Toled.* 1. (5) *Don Mauricio*. 25. (6) *Don Mauricio*. 24 y 25. (7) *Mondéjar*. c. 118. (8) *Id.* c. 119. *Anales toledanos segundos*. (9) *Lib. VIII.* c. 13.

Alfonso y D. Rodrigo estaban con su hueste en Calatrava el 6 de enero de 1214. El rey quedó abrumado ante las aflicciones de su gente y el desastre de la campaña; y todo abatido, entregó el mando de toda la región y de las tropas a su caro y experto amigo el Arzobispo, y se retiró a Castilla la Vieja. D. Rodrigo quedó constituido caudillo universal del ejército y amo de la guerra y de la paz. Jamás, acaso, rayaron tan alto su patriotismo, su valor y virtud como en esta ocasión. Demos primero una idea de la situación aterradora de las cosas del reino castellano.

Cuando se quedó D. Rodrigo con el mando de la hueste de la frontera, fijó su residencia habitual en Calatrava, centro estratégico principal, el punto más a propósito para organizar eficazmente la guerra y evitar sorpresas dolorosas. Además los caballeros de Calatrava constituían la base más sólida e inteligente de sus fuerzas militares. Pero ¡cuán mal se hallaban estos mismos! Escribe D. Rodrigo que cuando Alfonso de Castilla llegó a Calatrava con los restos de su tropa hecha un esqueleto, «los caballeros y seglares, que allí moraban, estaban consumidos, desfallecidos por el hambre, y sólo con un esfuerzo supremo pudieron llegar allí en el séquito real.» (1) Por lo que el rey, que no podía ser agasajado, ni veía medio de socorrer a su ejército, huyó de allí luego con parte de su hueste, dejando sin provisiones ni esperanzas de tenerlas todas las guarniciones y demás columnas militares, que debían defender la extensa zona fronteriza, erizada de castillos y surcada de puertos y senderos, que facilitaban las invasiones agarenas. Por el sur había que defender la dilatada línea de muchas leguas, desde los límites de Extremadura hacia Alcaraz; por el costado de Murcia y por el levante, también otra igualmente larga, siguiendo el lado de la Alcarria hasta tocar a Aragón, con el fin de impedir a los sarracenos andaluces, murcianos y valencianos las irrupciones en las ricas y codiciadas comarcas de la región de Toledo y de la Mancha, que constituían el incesante objetivo de los reyes y valis moros y de los escuadrones de bandoleros infieles, que constantemente acechaban.

Don Rodrigo procedió con orden para desempeñar su difícil cargo. Fijó su cuartel general en Calatrava, y atendió primero a lo más urgente, que era disminuir los espantosos estragos del hambre, que hacía un año que iba en aumento. Nos da él mismo la noticia de cómo obró, diciendo: «Rodrigo, Pontífice de Toledo considerando las palabras de San Juan, que dice: *El que viere al hermano en la necesidad y cerrare las entrañas de su misericordia, ¿cómo tendrá la caridad de Dios?* Y también dice la Escritura en otra parte: *Alimenta al que está muriéndose de hambre, que si no le alimentas lo habrás matado*, en el acto entregó a los caballeros cuanto dinero pudo encontrar en su poder; y para que los castillos de la frontera no quedaran sin guarniciones, determinó quedarse allí, padeciendo las penalidades de la indigencia, lo mismo que los demás, y permanecer entre los caballeros para consuelo y subsidio de toda la tierra.» (2) Con su influencia e iniciativas, asegurando la conservación de las conquistas, era un consuelo: con el sustento, que, desprendiéndose de todo lo suyo, les proporcionaba, era el subsidio de la tierra. «Extendió además este subsidio a los habitantes no militares de Calatrava, desde el día de la Epifanía hasta el día de San Juan Bautista, el 24 de junio.» (3)

Qué enormes sacrificios y gastos suponen seis meses de sostenimiento de tanta gente militar y civil. (4) El mismo Prelado adoptó un género de vida austero, en

(1) Lib. IX. c. 14. (2) Lib. VIII. c. 14. (3) Id. ib. (4) Rodericus... præcipue in eo fuit ut sex menses et bello et pace necessaria provisurus...—Annales Cister. IV. Series Prælat. c. X.

todo semejante a los piadosos caballeros de Calatrava, lugar de su ordinaria residencia en ese tiempo. El Papa reinante les había impuesto esta vida áspera: «Dormiréis vestidos y ceñidos... En el oratorio, dormitorio, refectorio y cocina guardaréis silencio perpetuo... Se os permite a todos comer carne tres días de la semana, martes, jueves y domingo, contentándoos de tomarla en una sola comida y de una sola clase; y en todas partes observaréis silencio a la mesa.» (1) No era el gran Maestre que regía a Calatrava el de las Navas, D. Rodrigo Yanguas, que, a causa de las heridas, renunció a su cargo, a raíz de la batalla, lo era el bizarro Rodrigo II, que, como un torrente se lanzaba contra los árabes, siempre aterrándolos, pero con varia fortuna. La mayor que Dios le deparó fué tener por huésped a Don Rodrigo en los meses de mayor calamidad, y el vivir en ese tiempo bajo la autoridad de tan benéfico caudillo. (2) Subió a lo sumo la estrechez de Calatrava y de toda la tierra en la Cuaresma; por lo que reunió el Arzobispo a los caballeros en Capítulo y decretó, de conformidad con ellos, «que antes de abandonar la comarca se debía preferir alimentarse de carne en la Cuaresma, si el Señor no disponía otra cosa. Pero la abundancia de la piedad de Dios proveyó tan misericordiosamente que al dicho Pontífice no le faltaron víveres para su objeto y para soportar la indigencia de los caballeros hasta el día, en que la tierra del Señor dió sus frutos a ricos y pobres.» (3)

El poderoso y sagaz valí de la región de Sevilla, Aben Said, hermano de Mahomed, el organizador del levantamiento de los reyes moros de la Bética en 1213 contra Castilla, que pasó a filo de espada a los talaveranos, que osaron entonces asomarse incautamente por Extremadura, preparó a D. Rodrigo y a sus huestes de la frontera y de la comarca toledana un invierno y primavera terribles. Enterado el jefe moro de la retirada del rey, del mal estado, en que habían vuelto a las líneas de defensa las fuerzas castellanas, y del azote del hambre, que consumía al pueblo, multiplicó sus más tenaces ataques, y avivando las energías de todos los árabes andaluces, con esperanzas de botines y triunfos, acosó igualmente las columnas de cristianos guerreros de los puestos militares, e intentó adueñarse de la región de Toledo, aproximándose a la misma capital. Según hermosamente se explica en las cartas de recompensas, que en favor de D. Rodrigo expidieron los reyes Alfonso, Enrique I y San Fernando, sucesivamente, para premiar sus servicios extraordinarios durante estos seis meses durísimos de campaña militar y de asombrosos actos de caridad, los moros escogieron para realizar sus invasiones en Castilla el camino que va del Puerto de Alhóver (4) a la ciudad de Toledo, y por ese puerto irrumpían, asolando cuanto encontraban a su paso...

Así habla el documento en el preámbulo, que precede a las cláusulas de la donación: «Como la ciudad de Toledo, por los pecados de los hombres, está cerca de los castillos y fortificaciones de los sarracenos, padece frecuentes acometidas de ellos, que se llevan muchos cautivos cristianos, y muchos de éstos perecen al filo de la espada. Mas el Puerto, por el cual la predicha ciudad es más atacada es el de Alhóver, por el cual, como por un camino abierto, no cesan de atacar a la mencionada ciudad.» (5) También D. Rodrigo observa en su historia que «en aquel tiempo (la fecha de que hablamos) era más gravemente atacada por los árabes la ciudad de Toledo por este camino libre y abierto.» (6) Por cerrarlo construyó el Arzobispo en tan críticos días un castillo, llamado de Milagro, cuyos alrededores

(1) Bula de aprobación. IV. kal. maj. 1199.—Aguirre V. 122 y sig. (2) Annales Cister. II. Series Prælatorum. n. X. (3) Lib. VIII. c. 14. (4) *Alhóver*, se lee en *Liber priv. Eccl. Tolet.* (5) Lib. prv. I. f. 31. v. Memorias. 329. (6) Lib. VIII. c. 14.

pobló enseguida de gente denodada, y por eso al poco se transformó en población notable con el nombre de Almagro, hoy tan conocido y poblado. El mismo Prelado caudillo se trasladó allí por cierto tiempo, para dirigir las obras del castillo y alojar y animar a los guerreros, que las protegían y a la vez cerraban el camino al invasor. Estando allí vió con pena la forzada suspensión de las obras por lluvias e inundaciones. «Y dejando, dice el mismo D. Rodrigo, todo en la inacción, después de encargar la defensa del ámbito de la nueva población a los caballeros y otros guerreros, vino (el Arzobispo) a la ciudad de Toledo, al aproximarse la solemnidad del día de Ramos.» (1)

Dios traía al santo Prelado a su ciudad para enjugar muchas lágrimas. Alcanzó un maravilloso triunfo con su arrebatadora elocuencia y celestial unción en ese día de Ramos. «Como el clamor de los pobres famélicos crecía, el mismo Pontífice, celebrada la procesión, predicó sobre la caridad, y de tal suerte inflamó el Omnipotente los corazones de los oyentes, que empezando por él mismo, todos los que oyeron la palabra del Señor, desde entonces hasta que comenzaron las nuevas cosechas, recibieron a todos los pobres; y de tal modo la caridad multiplicó el número de beneficios, que en toda la ciudad no quedó uno que no tuviera su propio dador de limosna. Mas en el mismo día que se hacía este reparto de caridad, setecientos caballeros y mil quinientos infantes árabes se acercaron al castillo de Almagro, y combatieron durante un día a los que estaban dentro, tan tenazmente que, de todos, apenas quedó uno ileso o que no cayera muerto. Pero temerosos los agarenos de la constancia de los encerrados, habiendo tenido muchos muertos entre los suyos por las flechas, levantando el cerco, volvieron a sus tierras; y tan grande fué el maltratamiento de los asediados, que ninguno de ellos pudo continuar en la fortaleza. Pero después de la retirada de los árabes, habiendo enviado un mensajero al Pontífice Rodrigo, *de quien eran vasallos aquellos defensores*, se recibieron en su lugar otros valientes y sanos, siendo aquellos transportados en carros a Toledo, donde con la debida comodidad fueron consolados; y allí permanecieron, al cuidado del médico, hasta que recobraron el contento de la salud.» (2) Hasta aquí palabras del mismo D. Rodrigo, cuya inmensa caridad y solitud tan exactamente reflejan. Pero por no cortar el uso de la palabra nos ha hecho saltar por encima de sucesos, que él calla en su demasiado concisa relación. Volviendo atrás, los recojeremos. El activo Arzobispo, como generalísimo de la frontera, terminadas las fiestas de la Semana Santa y Pascua de Resurrección, que en este año *cayó el 2 de abril*, salió *inmediatamente a socorrer la extensa línea fronteriza*, empezando por Calatrava, con el objeto de asegurar la tranquilidad de la ciudad de Toledo y de su dilatada comarca, amenazadas especialmente en aquellos días por las enérgicas y repetidas irrupciones sarracenas por distintos puertos. Infundía esperanzas y bríos a los moros la ausencia del rey de Castilla, que continuaba en Burgos, y la espantosa desolación que el hambre más cruel producía en la afligida región toledana. Fué ésta una excursión de graves penalidades y grandes peligros para el abnegado e intrépido Prelado, como consta por las palabras de San Fernando, en el documento de confirmación de Almagro, en favor de D. Rodrigo, que necesariamente debo traducir aquí. Dícele: «Vos, Rodrigo, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, construisteis al otro lado del puerto (de Alhóver) un castillo, llamado Milagro, y *padeциsteis allí muchas tribulaciones, penalidades y el peligro de la muerte* por la salvación de la mencionada ciudad y en servicio de mi ilustre abuelo, el rey D. Alfonso, de buena memoria, y

(1) Id. (2) Lib. VIII. c. 14.

de mi serenísima madre, y también *hicisteis allí muchísimos gastos* de los bienes de la Iglesia de Toledo; y además el Señor libró milagrosamente al dicho castillo de manos de los sarracenos, que lo combatían, por medio de vuestros vasallos, cuya sangre allí se derramó.»

Fíjese el lector en la asombrosa prodigalidad de D. Rodrigo en agotar sus recursos para el sostenimiento de la guerra, para remedio de la penuria universal, y para la defensa de la religión y de la patria. El es la fuente principal y prodigiosa en esta calamitosa temporada. El socorre a Calatrava y su comarca, hasta el día de San Juan Bautista, es decir, medio año entero. Socorre a Toledo y organiza la beneficencia en favor de los famélicos. Con expensas fabulosas erige castillos y puebla a Almagro, fundado por él. Sostiene un ejército aguerrido de vasallos suyos en la agitada frontera sur. Personalmente recorre todos los puntos más amenazados, exponiéndose en la lucha a la muerte y a otros contratiempos de las más duras guerras, ya en Calatrava, ya en Almagro, ya en Ahover, dirigiendo obras costosas, dignas de erarios reales, alentándolas con su presencia, y manteniendo el ánimo de los luchadores apareciendo a cada paso en múltiples lugares tan distantes, sin que lleguemos a comprender de dónde sacaba el infatigable y santo Arzobispo tanta vida y tantos elementos de subsistencia y de guerra.

Ocurre preguntar ¿aprovechóse el Arzobispo de las gracias de la cruzada magna del año 1212, que él mismo había logrado y predicado, y que todavía estaba en vigor? Porque, aunque no han registrado los historiadores españoles tan importante hecho, es verdad que aún perduraban los privilegios de aquella cruzada dentro de los ámbitos de España, como el mismo Inocencio III lo proclamaba el año 1213. Pues al encargar a los Cistercienses el Papa en ese año la predicación de una nueva cruzada general para Tierra Santa les decía: «Renovamos las facultades de perdonar y las indulgencias concedidas hasta ahora por nosotros a los que van a España a pelear contra los moros, o contra los herejes en la Provenza, tanto más que se les concedió para un plazo, que transcurrió totalmente, habiendo por otro lado desaparecido en ambos puntos la mayor parte de la causa, por haberse ya mejorado el negocio por el favor de Dios, de tal suerte que no exige una urgente asistencia; y si acaso la requiriera otra vez nosotros procuraríamos mirar en la necesidad inminente. *Concedemos empero que tales remisiones e indulgencias perduren entre las provenzales y españoles.*» (1)

Como se ve, pudo el Arzobispo apelar a este eficaz medio para reclutar soldados y allegar recursos, con el fin de sostener una guerra tan difícil y tan vital, para rechazar una peligrosa invasión en la más rica región de Castilla la Nueva y evitar la caída de Toledo en manos sarracenas, en horas de tanta angustia nacional, riesgo que conjuró D. Rodrigo con su genio, actividad e inmensos sacrificios, como se lo recuerda paladinamente San Fernando en el documento ya citado. Pero parece que no se sirvió de este recurso; ni tampoco Alfonso VIII en las empresas sucesivas a la gran cruzada. Yo me lancé en busca de algún dato, alguna referencia, algún rastro, si quiera vago, que me permitiera sostener con visos de verdad la idea, que en el primer momento de la lectura de la Bula pontificia se apoderó de mi espíritu tenazmente, de que la cruzada, no terminada aún, sirvió para animar la guerra santa y sostenerla con los elementos más o menos valiosos, que debía aportar. Ni los archivos, ni otras fuentes de investigación suministran nada que abone tal conjetura, por otro lado tan racional. Los datos positivos unánimemente deponen que el peso del gran conflicto de 1214 lo soportó en todas sus

(1) Manrique.—Annales. tom. IV. año 1213. n. 1.

partes el magnánimo Jiménez de Rada, el cual, recordando el exorbitante y gigantesco esfuerzo del año 1212 para sostener la empresa de las Navas y el angustioso quebranto por la total falta de cosechas, que hundió más al pueblo, no se atrevió a pedir sacrificios extraordinarios, y prefirió hacer por sí mismo los imposibles por la religión y por España, con el heroísmo incalculable de los más grandes patriotas.

Una frase algo ambigua para ser entendida a la primera lectura, que el mismo Arzobispo (1) estampa en su historia, sugirió al príncipe de los historiadores cistercienses la que sigue: «Rodrigo, Arzobispo de Toledo, dadivoso con todos, pero sobre todo con el Cisterciense (de Calatrava), no sólo alivió su falta de alimentos, pero además vivió en él seis meses íntegros para proveer las cosas necesarias en la guerra y en la paz.» (2)

No puede admitirse que estuvo el gran amigo de Calatrava los seis meses íntegros en ella. Afirma D. Rodrigo que dió subsidios a los que quedaron en Calatrava desde el día de Reyes hasta el día de San Juan Bautista, que hacen seis meses: en cuanto a su residencia en ella indica que vivió algún tiempo allí, y cuenta además que en ese tiempo se ausentó de aquel monasterio para acudir a varios puntos, como queda referido. Y con bastante claridad dice también el mismo Arzobispo, que en la segunda parte de abril dejó toda la frontera, después de conjurar el peligro de las invasiones con nuevos refuerzos enviados a los puestos más peligrosos, y sobre todo, al de Almagro y Alhover, que visitó inmediatamente después de Pascua de Resurrección. En seguida voló al lado de su entrañable amigo y monarca, que seguía en Burgos, escocido de la poca fortuna de su última empresa bélica, última también de su vida, que no fué siempre arrullada por la victoria. D. Rodrigo dice, después de referir sus últimas providencias para guarnecer a Almagro. «Pero el Pontífice Rodrigo, dispuestas estas cosas, partió para Burgos al lado del rey Alfonso el Noble» (3) Debía estar ya el 6 de mayo en la capital de Castilla la Vieja, por cuanto aparece su firma en esa fecha en la donación del castillo de Eznaveros a la Orden de Santiago, que lo habían conquistado. Si bien no tiene mucha fuerza la firma, como se verá a su tiempo, para precisar la fecha. Pero ya no era indispensable su presencia en el Mediodía de Castilla, una vez escarmentados los moros, obturados los puertos principales con los nuevos refuerzos, lozanos los campos con la exuberante vegetación, que empezaba a disminuir el rigor del hambre, y aseguradas las vituallas de Calatrava y demás puntos con lo dispuesto hasta julio, en que empezaría la abundancia de todo. Merece notarse que, de las tres inmensas calamidades de Calatrava, presenció dos el Arzobispo, la de 1211, y la que acabo de narrar. La tercera fué en 1195, en que el árabe, tras la victoria de Alarcos, cayó sobre Calatrava, donde sepultó bajo las ruinas a los caballeros, que la guarnecían, reuniéndose los supervivientes de aquellos días aciagos junto al sepulcro de su fundador, San Raimundo, en Ciruelos, cerca de Toledo «donde había muerto, y, en donde (añade D. Rodrigo) por él, según se dice, Dios hace muchos milagros.» (4)

Alfonso VIII acogió a su gran ministro lleno de regocijo y satisfacción, ensalzando merecidamente la conducta del Prelado, el cual escribe, que el rey «ponderando sus obras en el Señor, le dió veinte aldeas para perpetua posesión de la Iglesia de Toledo.» (5) Los panegiristas de Alfonso VIII han visto en este acto la prueba espléndida de un monarca, que sabe premiar dignamente los servicios emi-

(1) Lib. VIII. c. 14. (2) Angel Manrique.—Annales. Series Prælatorum Militiæ Calatravæ. tomo IV. n. X. (3) Lib. VIII. c. 14. (4) Lib. VIII. c. 14. (5) Lib. VIII. c. 14.

nentes prestados a su persona y a la patria. Y a primera vista eso sugiere la frase del Arzobispo. Pero eso no es exacto. No fué ese acto una espontánea y pingüe donación, sino un acto de justicia, una devolución de lo que el rey debía a D. Rodrigo, desde su elevación al Pontificado: y por eso el Arzobispo no dice *donó* (*donavit*) sino *entregó* (*dedit*). Aquella conducta extraordinaria de D. Rodrigo despertó hondamente el recuerdo del agravio, que hacía muchos años estaba cometiendo con la Sede toledana, y le impulsó irresistiblemente a repararlo. Aquel ejemplo de generosidad y patriotismo sublimes de su consejero, que, sin atender a los perjuicios, que estaba recibiendo por la privación de grandes posesiones, todo lo sacrificaba en beneficio de la corona, fué a la vez lección luminosa y estímulo decisivo que movieron al anciano monarca a restituir al Primado lo que le pertenecía. El preámbulo nos lo dice claramente: «Yo, Alfonso, por la gracia de Dios, rey de Castilla y Toledo... reconociendo, que cuando en mi juventud necesitaba para mi servicio de los ciudadanos de Segovia, sin poder prescindir de ellos, a causa de mis grandísimos apuros, despojé a la Iglesia de Toledo de ciertas aldeas del término de Alcalá, sin el beneplácito del Arzobispo Toledano, dándole en cambio Talamanca, y cedí las aldeas a los segovianos. Pero reflexionando que, si no revoco ese cambio, padecerá detrimento mi alma, os las restituyo a vos, D. Rodrigo... recibiendo en cambio para mí a Talamanca. Estos son los nombres de las aldeas: Val de Torres, Loeches, Val de Mera, Quieso, Bielches, Aldea del Campo, Valtierra, Arganda, Val de Moro, El Olmedo, Pezuela, El Villar, Perales, Tielmes, Val de Lecha, Carabaña, Orusco, Embit, Querencia.» (1) Firmóse tan notable reparación el 21 de julio de 1214 en Burgos. A pesar de que Alfonso VIII tenía, al apropiarse esos bienes, 35 años, (el año 1190) califica a aquella edad de juventud, confesando que eran acciones propias de varón poco sesudo.

Vamos ahora a recoger noticias, que a causa de la unidad de la narración anterior, han quedado al margen. El 1.º de Octubre (2) de 1213 pasó al seno de Dios el queridísimo tío de D. Rodrigo, San Martín de Hinojosa, sorprendiéndole la muerte en vigorosa ancianidad, cuando regresaba del monasterio de la Oliva, después de visitarlo. Durmióse en Subdosa, hoy Socota, devorado por la fiebre, cuando anhelosamente caminaba a su amada Huerta, para dar su último suspiro allí, donde se había sacrificado tanto, presintiendo que el Señor le llamaba. Dios le negó ese consuelo y los monjes de Huerta transportaron a su monasterio a aquellas reliquias, que todavía son uno de los tesoros de Santa María de Huerta, en que yacen al lado de la epístola, enfrente de la momia de su sobrino, D. Rodrigo, que está por el lado del Evangelio. No debió asistir el agradecido sobrino a sus últimas honras por causa de los preparativos de la campaña a Andalucía.

Timbre de singular mérito y grandeza de D. Rodrigo es, según los eruditos investigadores del derecho positivo castellano, el haber sido un cerebro luminoso, original y progresivo, como poquíssimos en la edad media, en las orientaciones legislativas y en el otorgamiento de fueros y cartas fueros, marcando todas sus concesiones con iniciativas generosas, que influyeron pronto en el desarrollo de la legislación nacional, como se comprueba con el estudio comparativo de su labor legislativa, que es tan copiosa y notable como la de un gran soberano de la época, con las instituciones de la misma índole de los tiempos siguientes.

La primera muestra que de esto se conserva es del 1.º de Diciembre de 1213, y brevemente hay que darla a conocer, para formarnos idea justa de los nuevos ho-

(1) Lib. priv. II. f. 107 y I. f. 36. v. (2) *Kalendis Octobris* se lee en la lápida sepulcral. Minguella escribe que murió el 15 de Septiembre.

rizontes que se observan en su elevado criterio sobre la materia. Como referimos ya, en la segunda parte de 1211 y antes de marzo de 1212, D. Rodrigo adquirió la célebre villa de La Guardia, de vida lánguida, pero capaz de prosperidad y engrandecimiento por medio de una organización municipal generosa, y por el agremiamiento de una porción de aldeuelas circunvecinas, que podían producir en la villa vida y actividad. Comprendiéndolo así el Arzobispo, y viendo además que la importancia de su nueva adquisición lo reclamaba, pues, como se deduce del documento, que vamos a dar a conocer, La Guardia era una villa amurallada con su alcázar y alcalde, en la fecha mencionada, firmó con su villa un acuerdo foral corto, como base de un fuero extenso y articulado, que más adelante nació de esa concesión.

Don Rodrigo empieza por dejar a la iniciativa de los miembros del Concejo la redacción y presentación de los puntos de la carta foral, con lo que realza el prestigio del municipio, cuyos miembros presentaron «unánimes y concordés» al generoso Arzobispo las bases principales, que fueron admitidas y confirmadas. De notar es acerca de los tributos, que D. Rodrigo exime de ellos a los milites, (caballos dedicados a la guerra) a los clérigos y a los aportelados (vigilantes de las puertas de la villa.) Y además a todos los vasallos perdona totalmente los tributos en los cuatro años inmediatos. En lo civil les concede participación en la elección del juez y alcaldes de la plaza en unión con el señor. Y para que la villa adquiriera desarrollo material, le concede la villa de Muelas, y los pueblos de Cerva, Longa y otros varios con sus dehesas y ríos de pingües rendimientos. (1)

Se conservan bastantes datos de la copiosa correspondencia de Inocencio III en la última parte del año 1213 con D. Rodrigo, y atestiguan la diligencia con que el Arzobispo llevaba los asuntos importantes de su Iglesia. Pidió al Papa que confirmase la sufraganeidad del Obispado de Albarracín en favor Toledo contra los intentos del Terraconense. Inocencio III se lo concedió el 28 de Noviembre de 1213, reconociendo, que la posee justa y pacíficamente. (2)

No peligraba en aquellos días el derecho de D. Rodrigo sobre la Silla de Albarracín. Célebre es en la historia civil y eclesiástica de España el caso de la creación del estado independiente de Albarracín y la erección del Obispado del mismo nombre por el genio y las proezas del famosísimo guerrero, Pedro Ruiz de Azagra, en los albores de la vida de nuestro D. Rodrigo, y la conservación heroica de esta independencia por el mismo fundador y sus herederos, los Azagras, que fueron invitos héroes. Como se lee en la historia, los enemigos del nuevo Estado fueron los moros valencianos, y además, y más pertinazmente, los reyes de Aragón y Castilla, que muchas veces mancomunadamente los atacaron para subyugarlos, en particular al fundador del Señorío y de su Iglesia, Ruiz de Azagra; pero siempre fueron derrotados por aquel gran guerrero y político. Por lo cual el analista Zurita, después de compendiar hazañas tan señaladas para desbaratar los ataques combinados de tan poderosos reyes, dice así: «*Lo que no sé si es mayor hazaña, que de caballero español haya quedado en la memoria de los nuestros.*» (3) habla de Pedro Ruiz de Azagra.

Pues bien, los Azagras eran paisanos de D. Rodrigo y relacionados con los Radas de Navarra, y además el actual poseedor de Albarracín, Fernández de Azagra, segundo sucesor del fundador del pequeño estado, era amigo personal del Arzobispo, como se verá. Sabido es también que los Azagras tenían tanta fuerza por la protección y socorros de los soberanos de Navarra, que sostenían la causa

(1) Lib. priv. II. f. 46-47. (2) Ap. 19. (3) Zurita. Anales. III.

de sus vasallos en las fronteras de Valencia para contrarrestar la acción de sus rivales, los reyes de Castilla y Aragón, y por eso consentían que los Azagras reclutaran soldados en su patria. Ruiz de Azagra, apenas creó su nuevo estado, bien organizado, logró del Papa que sus súbditos tuvieran un Obispo propio, residente en la misma capital, y se declaró adversario del Metropolitano de Tarragona, y obtuvo del Pontífice Romano, que la nueva Sede fuera sufragánea de Toledo, en los días en que D. Rodrigo ascendía en sus estudios. Inocencio IV en la Bula de confirmación, que en el último año de la vida de nuestro Arzobispo expidió, el 12 de abril de 1247, relata el hecho, que vamos a copiar para ilustrar la historia. «Inocencio (III) Papa, nuestro predecesor de feliz memoria, se enteró por las letras del Arzobispo de Toledo... que Pedro Ruiz, preclaro por la *nobleza de la sangre y por la excelencia de sus virtudes*, adquirió de cierto rey, de ilustre memoria, llamado Lope, algunos castillos y villas ocupadas por los sarracenos de muy antiguo; en los cuales el mismo Pedro introdujo con solicitud costosa, habitantes cristianos e insistió de muchas maneras con sus habitantes ante el predicho Arzobispo, para que les concediese un Obispo propio en uno de los castillos, que vulgarmente se denomina Santa María, erigiéndolo en Sede episcopal. El cual atendiendo a la devoción, tanto del citado Noble, como del pueblo, y considerando a la par, no sólo el bien espiritual, que a los fieles sobrevendría, pero que también se resistiría a las incursiones de los paganos más fácilmente... con el consejo de los Obispos comprovinciales, accedió a la petición y determinó, que en el predicho castillo se estableciera la nueva Sede episcopal...» (1) El Azagra que regía el Señorío de Albarracín en el año 1213, al ratificar Inocencio III a D. Rodrigo su derecho de Metropolitano de Albarracín, era un sobrino del fundador, llamado Pedro Fernández de Azagra, que gobernó su estado desde 1200 a 1254, sobresaliendo, en Aragón, entre todos los señores, al lado de Jaime el Conquistador, y en íntimo trato con la corte de Navarra, su país. Con la misma fecha Inocencio III confirmó a D. Rodrigo la sufraganeidad de Segovia. (2) Por otra Bula del mismo día el Papa confirmó al Arzobispo las décimas reales de Alcaraz y otros lugares, que recientemente había adquirido; y creo que de la misma fecha es la Bula de confirmación de los pueblos, que Alfonso VIII restituyó y donó a D. Rodrigo y a la Iglesia Primada, en premio de los grandes servicios prestados a la nación por Jiménez de Rada. (3)

Este reclamó ante el Papa contra el famoso Obispo D. Tello, de Palencia, de su resistencia a respetar los derechos del Metropolitano acerca de las apelaciones y otros puntos. Comisionó esto Inocencio III, el 4 de diciembre de 1213, para que lo resolvieran inapelablemente, al Arcediano y Sacristán de la Catedral de Burgos y al Abad de Salas, de la diócesis burgalesa. (4) Más importante fué el asunto, que por reclamación del mismo D. Rodrigo, el Papa comisionó al Obispo de Plasencia y a los Arcedianos de Burgos y León, el 1.º del mismo mes, diciendo: «Nuestro venerable Hermano, Rodrigo, Arzobispo de Toledo, se ha querrellado ante Nos contra el Arzobispo de Compostela, acerca de la injuria que le hace en cuanto al derecho de Metropolitano y de otras cosas en las iglesias de la Diócesis de Plasencia.» (5) Exhórtales el Pontífice, y en particular al Diocesano de Plasencia, a que resuelvan según justicia y derecho canónico. Pero la Bula de verdadera importancia general, que Inocencio III dirigió en este mes de diciembre es la siguiente:

(1) Berger. n. 2518. (2) Ap. 20. Liber. priv. Eccl. Tol. II. fol. 117. (3) El P. Burriel copió esta Bula; (en el tomo 47. Dd.) pero por desgracia faltan en ese tomo los folios, como lo nota también el Índice de los Manuscritos de la Biblioteca. En Toledo no encontré el original de que se sacó copia del documento. Por él conoceríamos la lista íntegra de todo lo que D. Rodrigo recibió en premio de sus servicios. Anhelamos más por eso su hallazgo. (4) Ap. 20. (5) Ap. 22.

«A Rodrigo de Toledo. Como algunas Iglesias, en otro tiempo sometidas a la Iglesia de Toledo, las cuales, por los pecados de los cristianos, estuvieron largo tiempo bajo el dominio de los enemigos del nombre cristiano, ha poco han sido rescatadas de las manos de los impíos, con el favor del Señor, por diligencia y prudencia de nuestro carísimo hijo en Cristo, Alfonso, ilustre rey de Castilla, a fin de que no falte la asistencia pastoral a los fieles que allí viven, determinamos encomendarlas a tu solicitud, para que les prestes el cuidado pastoral, hasta tanto que la Sede Apostólica no juzgue que se ha de disponer de otro modo de las mismas. En consecuencia, ordenamos por las presentes, a tu fraternidad, que de tal suerte te encargues de ellas, que por tu celo se promueva en ellas el culto divino, y que trabajes eficazmente en la restauración de sus Obispados. Dado en Letrán, 16 de nuestro pontificado, 20 de diciembre.» (1)

Inocencio III nombró por este tiempo a Tello, Obispo de Palencia, al Arcediano de Talavera, Maestro Gil y a García Martínez, para que dictaminasen en un gravísimo pleito, que sostenían D. Rodrigo y los Caballeros de Santiago desde muy atrás. Como por ambas partes multiplicábanse los incidentes curialescos, que hacían interminable la causa, en la que se debatían muchos asuntos muy importantes, al fin las dos partes se avinieron a una sentencia arbitral de transacción, que dieron los mencionados jueces pontificios. Dictaminaron éstos: 1.º que D. Rodrigo debía cobrar la tercia pontifical de las rentas de las iglesias de los Santiaguistas, y el resto los caballeros. 2.º que D. Rodrigo tenía derecho de confirmar y vigilar los clérigos presentados por los Caballeros para sus iglesias. 3.º que D. Rodrigo reconociese la propiedad de los ocho pueblos donados por D. Alfonso a la Orden. 4.º que los Santiaguistas diesen al Arzobispo la villa de Archilla, y reconociesen los derechos de D. Rodrigo sobre las aldeas de la ribera del Tajuña, que poseía entonces el Primado. Imponen al transgresor de este dictamen la tremenda multa de quince mil aureos. Seis de agosto de 1214, y lo confirmó Alfonso VIII en Burgos. (2)

Desde que en la primavera de 1214 D. Rodrigo vino a Burgos, no se separó de su gran amigo, el monarca, hasta que lo llevó al sepulcro. D. Alfonso sigue en la inacción, y yo no encuentro documentos confirmatorios para creer a Mariana, que dice, que escitaba a los ingleses contra los franceses. (3) Más creo que se daba a ideas de piedad, sintiendo no poder realizar la promesa de entrar cisterciense, expresada así en la donación del cenobio burgalés: «y si ocurriera que en nuestra vida entráramos en alguna religión, prometemos abrazar la Orden cisterciense, y no otra.» (4)

Escribe Mariana: «En particular concedió (el rey) al Arzobispo de Toledo, que por tiempo fuera el oficio y la preeminencia de Chanciller Mayor de Castilla, que en las cosas del gobierno era la mayor dignidad y autoridad después de la del rey; privilegio, que siete años antes se dió al Arzobispo D. Martín; pero por tiempo limitado: al presente para siempre a D. Rodrigo y sus sucesores. Este oficio ejercían los Arzobispos en lo adelante, cuando andaban en la corte: si se ausentaban nombraban con el beneplácito del rey un teniente, que supliese sus veces y despachase los negocios.» (5) No son tan precisas y seguras, como las cuenta Mariana, las noticias del principio del Cancillerato de D. Rodrigo. No he encontrado documento alguno de la época de Alfonso VIII, que terminantemente diga, que D. Rodrigo era en los días de ese rey Canciller Mayor de Castilla, si bien lo tengo por

(1) Ap. 23. (2) Lib. priv. I. f. 51. Bull. S. Jacobi. 121-124. (3) Lib. XII. c. 3. (4) Manrique. Anales. Año 1199. tom. IV. c. 4. (5) Lib. VIII. c. 3.

indudable, y aun bastante antes de lo que dice el clásico historiador. El Cardenal Lorenzana opinó que San Fernando concedió a D. Rodrigo la dignidad de Canciller Mayor perpetuo, y decretó que en adelante lo fuesen todos los Arzobispos de Toledo, en atención a los eminentes méritos de D. Rodrigo, su preclaro consejero. (1) Lo que pasó es que durante los reinados de Alfonso VIII y de Enrique I, desempeñó el cargo de Canciller Mayor de Castilla precariamente y *ad nutum regis*, y sin que estuvieran exactamente definidas las atribuciones del Canciller Mayor, y sin que estuviera adecuadamente reglamentado y organizado su funcionamiento. Esto se llevó al cabo en el reinado de San Fernando, y entonces se estableció que los Arzobispos de Toledo fueran Cancilleres Mayores natos de Castilla. (2) El autor de las Partidas consignó en esta forma las atribuciones de tan alto poder «Canciller es segundo oficial de la casa del rey, de aquellos, que tienen officios de poridad. Ca bien assi el Capellán es medianero entre Dios e el rey espiritualmente en fecho de su anima, otrosi lo es Canciller entre el e los omes quanto a las cosas temporales. E esto es, porque todas las cosas, que ha de librar por cartas, de cual manera que sean, han de ser de su sabiduría: e él los deve ver ante que las sellen por guardar que non sean dadas contra derecho; por manera que el rey non reciba daño ni verguenza. E si fallare y alguna avia, que no fuese así fecha, devela romper o desatar con la peñola, a que dicen en latín *cancellare*, e desta palabra tomo nome Chancellería.» (3) No se confunda el *Cancellarum Regis* con el Canciller Mayor, que al mismo tiempo había en Castilla. Ese Canciller era el Secretario del rey, un verdadero Canciller particular, que redactaba y expedía los documentos reales, mas pasaban por manos del Canciller Mayor los que habían menester. Ese Canciller del rey era en 1214 Diego García, (4) y continuó siendo en el reinado de Enrique I, según aparece en el *Portaticum* de Uclés y otros documentos. (5) En tiempo de San Fernando veremos al insigne Juan Domínguez, Obispo de Osma, íntimo de nuestro Arzobispo, desempeñar el mismo oficio, titulándose *Cancellarium Regis et regni*, Canciller del rey y del reino.

Don Rodrigo acompañó, a principios de otoño de 1214, al rey Alfonso, en su viaje a la frontera de Portugal, sin que el Arzobispo nos diga del objeto de esta excursión más que lo siguiente: «Alfonso el Noble invitó a un coloquio a su yerno Alfonso, rey de Portugal, en el año cincuenta y tres de su reinado.» (6) Iban también con el rey la reina con sus hijos, varios Prelados y magnates. Este viaje reservaba para D. Rodrigo una de las mayores aflicciones. He aquí cómo nos cuenta el mismo la desgracia: «Dispuesto (el rey Alfonso) para partir a Plasencia, empezó a enfermar gravemente en la aldea llamada Gutierre Muñoz, y consumido por la fiebre, acabó la vida, después de confesarse con Rodrigo, Pontífice, y recibir el sacramento del viático con asistencia de los Obispos Tello, de Palencia y Domingo de Plasencia, sepultando consigo la gloria de Castilla. Lunes, día de Santa Fe, virgen, era 1252 (1214.)» Murió el gran monarca, asistido de D. Rodrigo y de sus hijos, nietos y su esposa D.^a Leonor. (7) Era el 6 de Octubre. El décimo calendas de ese punto es errata, que corrige el mismo Rodrigo al decir en el libro siguiente, capítulo primero, que su esposa Leonor murió 25 días después. Como se sabe que murió el 31 de octubre, resulta lo que decimos, que el *décimo calendas octobris* da la fecha de 22 de septiembre. Debió espirar Alfonso al amanecer del 6, lunes. Como sin embargo eso no lo supieron tan puntualmente como el Arzobispo los

(1) Vita Dom. Roderici. (III) p. XXII. (2) Salazar de Mendoza escribe que Alfonso VII introdujo en Castilla esta dignidad, para imitar a los emperadores, cuando lo fué él. (Dignidades de Castilla. II. c. 7.) (3) Partida II. Tit. 9 ley. 4. (4) Bullarium S. Jacobi. p. 60. (5) Idem. p. 62. (6) Lib. VIII. c. 15. (7) Ib.

autores de los Anales Toledanos y Compostelanos, estos escribieron, que murió el domingo, 5; sin duda porque el rey murió de noche y no llegó a ver el sol del día 6. Tenía Alfonso 57 años.

He aquí cómo D. Rodrigo cumplió con su entrañable amigo el primer deber de testamentario. Escribe el mismo. «En el propio día, encerrado su cuerpo en decoroso sarcófago, vinimos a Valladolid. Después se reunieron, de todas las partes del reino, pontífices, abades, religiosos y seculares, caballeros, próceres, pequeños y grandes para asistir a las exequias de pérdida tan grande. Porque la noticia de su muerte hirió tanto los corazones de todos, cual si a cada uno le hubiera atravesado una saeta... Fué sepultado en el real monasterio de Burgos por Rodrigo de Toledo, Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Gerardo de Segovia, Obispos, y otros religiosos, presidiendo las funciones religiosas de los funerales su hija la reina Berenguela, que acabó las exequias con tanto dolor que casi se extinguió de pena y lágrimas.» El gran amigo historiador termina su narración con estas altísimas alabanzas, que expresan en breves cláusulas un epitafio completo, que podría grabarse sobre el sepulcro de Alfonso VIII. «Y como en vida llenó con las virtudes el reino, así en la muerte humedeció con lágrimas no sólo a toda España, sino al mundo. Sepultado fué en el dicho monasterio por los Obispos, donde, ni la envidia ni el olvido harán cesar los himnos de sus alabanzas.» (1)

Todavía la congoja henchía los pechos, y las lágrimas regaban muchas mejillas cuando cayó nuevo luto sobre el corazón de D. Rodrigo y de la real familia. A los 25 días de esta muerte falleció D.^a Leonor, viuda de Alfonso VIII, a la cual asistió en sus últimos días D. Rodrigo lo mismo que al monarca, administrándole todos los auxilios de la religión cristiana, y a la que llama en su historia «hija púdica, noble y discreta de Enrique, rey de Inglaterra.» El mismo Arzobispo la enterró en las Huelgas de Burgos, junto a la tumba de su marido, con ignales pompas fúnebres que al rey. D.^a Leonor influyó como benéfico astro en el ánimo de Alfonso VIII, y tiene la gloria de haber modelado a aquellas inmortales hijas, Berenguela, madre de San Fernando, y Blanca, madre de San Luis, rey de Francia.

Los servicios de D. Rodrigo en estos momentos solemnes de la muerte de los reyes, fueron tan célebres y eminentes, que Enrique I empezó a los 6 días, las cartas de premios, por la que concede a D. Rodrigo la villa de Talamanca diciéndole: «*porque asististeis a los dos en las enfermedades y les administrasteis la eucaristía y comunión y celebrasteis los últimos obsequios del funeral con solemnidad en sufragio de los dos.*» (2)

Sólo el rey Sancho el Fuerte de Navarra sobrevivía de los tres soberanos cristianos, que se habían immortalizado dos años antes en la cruzada de las Navas de Tolosa. Pedro de Aragón, más valiente que discreto, había sucumbido en la batalla de Muret, peleando contra Simón de Monfort, que defendía la causa católica con talento superior, mientras que el Aragonés, arrastrado por los lazos del parentesco, fué a Francia a socorrer al Conde de Tolosa, contumaz albigenso. Como don Rodrigo conocía a fondo el impetuoso e inconsiderado corazón de D. Pedro, y debió de encariñarse de él, al admirar su gran valor en las Navas, veló cuidadosamente por su memoria y escribió: «Que Pedro, *siendo completamente católico*, acudió en auxilio de los blasfemadores (hereges) únicamente porque le ligaba el lazo de afinidad.» (2) Era suegro del Tolosano.

El insigne Cardenal Lorenzana, después de notar cómo Alfonso VIII mereció

(1) Lib. VIII. c. 15. (2) Lib. priv. l. f. 11. (3) Lib. VI. c. 4.

en todas las naciones los sobrenombres de Bueno, Noble y Santo, explica de esta manera, cómo corresponde a D. Rodrigo parte de ese mérito. «De lo cual, en verdad, se puede entender cuánta gloria redundaba en Rodrigo, que con sus amonestaciones y maduros consejos inflamó al rey, para que aspirara a la consecución de tan grande alabanza de la gloria y de la virtud, y que no apartándose del camino emprendido, continuara de día en día perfeccionándose hasta el último momento de la vida, en el cual el mismo Prelado le asistió con sus exhortaciones, con la misma diligencia, con que le había servido como integérrimo consejero durante largo espacio de años.» (1)

Era Alfonso VIII todo un carácter; vigoroso, firme, activo, elevado, entero, inteligente, infatigable, emprendedor, ajeno a todo favoritismo, que degenera en bajezas, enemigo de los aduladores, y contrario a las influencias extrañas, que, si se toleran, envuelven en sus redes, cumplidor exacto de sus deberes de soberano, y por lo tanto, sujeto incapaz de ser manejado por la maniobra de artificiosas habilidades, pero materia aptísima para recibir una dirección emanada de las altas fuentes de una capacidad superior, en que brillaran nobles y rectas ideas y orientaciones, proyectos razonables, ausencia de personalismos, virtud verdadera y maciza, espíritu caudaloso, y corazón ardiente y generoso. Esto último era el Arzobispo, y por eso al encontrar él en el abuelo de San Fernando dotes tan excelentes, materia tan apta, pudo realizar en él esa maravillosa transformación, indispensable, para que el monarca ambicioso, duro, agresivo y vengativo, se hiciera noble, bueno y virtuoso. He aquí uno de los mayores timbres de gloria de D. Rodrigo.

Los personajes, que en la Corte figuraban al lado de D. Rodrigo eran Diego López de Haro, el primer magnate del reino, excelente capitán, del que tanto habla D. Rodrigo en su historia, Fernando Sánchez, amigo y fiel repostero del rey, (2) Gonzalo Rodríguez, Mayordomo real, Alvaro Núñez, alférez del rey, Pedro Fernández, Merino Mayor en Castilla, Diego López, Rodrigo Díaz, Lope Díaz, el conde Fernando Rodrigo Ruiz, Guillermo González, (3) Pedro de Ponce, Notario del rey, y Diego García, Canciller particular del rey. Estos figuraban ya cuando D. Rodrigo era electo de Toledo, (4) y sobrevivieron al monarca. Descollaban también por sus servicios y por su empuje los tres hermanos Núñez de Lara, que tan célebres se hicieron en los años siguientes por sus desafueros y excesos, de que tendremos que ocuparnos; pero no hay indicios de que se atrevieran a levantar cabeza, o a contrabalancear mañosamente la benéfica influencia de D. Rodrigo en la corte de Alfonso VIII, como después lo hicieron con Enrique I, con funestos resultados. Lo que merece consignarse es que los grandes Maestres de las brillantes Ordenes Militares de Calatrava, Santiago y del Temple no eran cortesanos, ni rodaban, como en épocas posteriores, en torno de mundanas grandezas y honores; sólo se les ve aparecer en las duras peleas de las avanzadas del ejército, nunca en la lista de los cortesanos: prueba del alto fervor y rigor de observancia religiosa, que quedó ulcerada, desde que con los años, penetraron en las aulas reales. En cuanto a sujetos pertenecientes al clero, que descollaron en los negocios públicos de la monarquía y de los que habla el mismo D. Rodrigo, diremos algo al presentar el cuadro del Episcopado, que rodeaba al insigne Primado y Metropolitano de la corona de Castilla.

Hay que consignar aquí el alto criterio, que en la actuación política inspiraba al gran gobernante D. Rodrigo. En un capítulo memorable de su inmortal obra

(1) Coll. Pat. III. p. XXI y XXII. (2) Lib. privi. Eccl. Tol. I. fol. 9. Memorias. p. 280. (3) Documento del 21 julio. 1214. (4) Liber. ut supra I. fol. 9.

expresa admirablemente cómo es preciso escalonar los intereses diversos del bien común y de las leyes humanas en armonía con las reglas de la verdad, del derecho, de la virtud y de la religión, estableciendo como principio general de todo buen gobierno, la fidelidad al deber, fidelidad, que debe tener por eslabón primero e invariable a que han de subordinarse todas las clases de fidelidad, la fidelidad a Dios. Dice el Arzobispo, mostrándose teólogo y filósofo: «¿Qué cosa más gloriosa que la fe? Imposible que sin la fe nadie pueda agradar a Dios. Si enseñan los teólogos que en la justificación del impío la fe es la primera gracia, por la misma el hombre condenado es devuelto a la gracia. ¿Qué cosa puede apetecerse más que la fidelidad? Es útil y virtuosa, y por eso, ni Dios, que puede todas las cosas, ha querido gobernar el mundo sin ella; porque si desapareciese ella no se sometería un hombre a otro hombre, ni habría unión entre los hombres; y de esta suerte desaparecería la sociedad de los hombres. Por lo tanto la fidelidad es para todos la cualidad primera, por la cual cada uno agrada a Dios, que es el Señor de los Señores. También hay que conservar intacta e ilesa, como la pupila de los ojos, la fidelidad con los inferiores.» (1) Explica a continuación brillante y copiosamente todas las ventajas, que en las cosas humanas nacen del régimen de la fidelidad cristiana y política.

Una pesada y espinosa carga sobrevino a D. Rodrigo a la muerte de su gran amigo y bienhechor, que dejó un testamento de difícil ejecución, a causa de infinitas complicaciones. Alfonso VIII nombró al Arzobispo de Toledo por su primer y principal testamentario, según dice Mondéjar: «con tan plenaria potestad como se contiene en un privilegio concedido por el rey D. Enrique I.» (2) En el testamento que el 23 de septiembre de 1208 Alfonso VIII confirmó, con ocasión de una enfermedad grave, decía a sus cuatro albaceas que les facultaba «para repartir los legados, y enmendar lo que había que enmendar, cualquier entuerto, que él hubiera cometido, según su discreto dictamen, concediéndoles plenaria potestad para enmendar.» (3) D. Rodrigo, siendo Obispo de Osma, había firmado esta confirmación del testamento, según arriba dijimos. Y volvió a ratificarlo en Gutierre Muñoz, cuando Alfonso volvió a confirmarlo estando gravísimo por la enfermedad de que allí falleció, haciendo testamentarios suyos a D. Rodrigo, al Obispo de Palencia, a Mencia, Abadesa de San Andrés del Arroyo y a su Mayordomo, Gonzalo Rodríguez, según leemos en la carta de Enrique I, el 18 de enero de 1215, en favor del Obispo de Segovia, D. Gerardo. (4)

En el lecho de agonía Alfonso anuló los artículos en que antes mandaba la restitución de muchos castillos y villas a los reyes de Navarra y León, pues estaba en paz con ellos desde la cruzada de las Navas. En cambio repitió la larga lista de reparaciones de injusticias hechas a particulares y a las Sedes episcopales, durante los veinte primeros años de su poco edificante reinado, encargando a los albaceas la más justa ejecución. Es preciso trasladar aquí el artículo referente a la Iglesia de Osma, que proporcionó sin número de trabajos y sinsabores a D. Rodrigo, durante más de seis años. Dice así: «Se ha de saber también, que siendo yo niño, cuando los reyes de León y Navarra, y también los sarracenos molestaban mi reino, y yo me esforzaba en defenderme, el Conde Señor Núñez, (5) y Pedro de Arazuri, (6) que me tenían en su poder y me educaban, recibieron sin consejo mío y con mi ignorancia, de cierta persona, cinco mil morabetinos, para que se le nom-

(1) Lib. VII. c. 18, (2) Carta de Enrique I en favor de Tello de Palencia.—Vide «*Predicación de Santiago*» fol. 47. (3) Mondéjar. lbi. (4) Idem. f. vuelto. (5) Padre poderoso de los famosos Larras. (6) Potente caballero navarro, desnaturalizado de su patria, que, por su sagaz ingenio se había encumbrado a la suprema auioridad de Castilla, y se había impuesto a la más alta nobleza.

brase Pastor de la Iglesia de Osma, que entonces no tenía Obispo, con el fin de gastarlos en defensa de la ciudad de Calahorra, destituida de socorro por causa de una gran guerra (con los navarros.) Por eso mando que se dé totalmente por aquel dinero a la Iglesia de Osma el castillo de Osma con su villa y derechos, después de la muerte del Conde Gonzalo, a quien di en herencia, por cambio, para su vida.»

Alfonso deja ricas mandas a muchas religiones, y bienes a varias Catedrales por su alma. A D. Rodrigo concede Torrijos, lo que tiene en Esquivias y en Talavera, para que en su Iglesia establezca un aniversario por su alma. Es muy notable la frase siguiente, en que el rey declara de quién son propiedad los castillos de la Iglesia. Dice: «Todos tengan por cierto que los castillos, que posean los Obispos de mi reino y mi hijo, son míos y de mis sucesores.»

El estado de la cultura literaria, que en esta fecha veía D. Rodrigo, no le satisfacía. Los estudios universitarios de Palencia, organizados bajo sus auspicios y por su iniciativa, no daban aún muy sensibles frutos, y opino que siempre quedaron éstos debajo de las esperanzas del Arzobispo. Se ha escrito también (1) que D. Rodrigo puso estudios especiales en Talavera de la Reina para la formación del clero, estudios, que adquirieron verdadero florecimiento. Ignoro cuál es el fundamento de esta noticia, que en ningún documento veo confirmada. Sospecho que debe proceder del hecho de la creación de la ilustre Colegiata talaverense el año 1211, con lo que simultáneamente el Arzobispo fundaba un nuevo centro docente para el clero; porque en aquel tiempo en todas las colegiatas había enseñanza de la carrera eclesiástica, dedicándose a la cátedra algunos de los capitulares. D. Rodrigo fomentó indudablemente de especial manera en la nueva Colegiata los estudios eclesiásticos; pero nos parece que bajo la misma pauta y norma, que en las demás colegiatas, sin nuevas formas de organización especial.

En estos años Gonzalo de Berceo, riguroso coetáneo de D. Rodrigo (nació en 1180) subía al cenit de sus inspiraciones poéticas, y según parece cierto, en 1211 rimaba donosamente la vida de Santo Domingo de Silos: Y poco después aparece el primer escritor de prosa docta, del que escribe un crítico eminente: «La prosa, de hecho, no nace en España hasta el siglo XIII. Lo primero que tenemos es el tratado didáctico de un fraile navarro *«Los diez Mandamientos»* para uso de confesores, compuesto a principios del siglo XIII.» (2) Merece que se note también que la cuna de Berceo todavía era lugar disputado por los reyes de Navarra, quienes por habérselo conquistado a los moros y ser del primitivo patrimonio de su corona, no reconocían el despojo hecho luego del patricidio de Sancho el de Peñalen. En prosa popular tenemos los Anales Toledanos, atribuidos a D. Rodrigo por el Padre Florez.



(1) Así dice Moreno Cebada en la biografía del Arzobispo en su Historia de la Iglesia. (2) Ceja-dor (Julio), *Hist. de la lengua y literatura castellana*. t. I. n. 131, y en nota al n. 176. Madrid. 1915.

CAPÍTULO IX.

(1214—1217.)

Ejecución del testamento de Alfonso VIII.—Rodrigo hace donaciones en Fite-ro.—Orden de Calatrava.—Revolución de los Laras.—Cortes de Burgos.—Se humillan los Laras.—Rodrigo exige reparaciones.—Guerra contra Rodrigo y Doña Berenguela.—Muere Enrique I.

El pueblo castellano pasó inmediatamente de las lágrimas funerarias de la tumba de Alfonso VIII a los regocijos de la proclamación de nuevo rey, como escribe D. Rodrigo, que en nombre de la Iglesia y del Estado presidió el acto. «Sepultado ya aquel, dice, en seguida, su hijo Enrique, joven heredero, es alzado al trono del reino, cantando los Obispos, magnates y todo el clero el *Te Deum*. Era de once años cuando empezó a reinar, y reinó dos años y diez meses.» (1) Según voluntad del difunto monarca, la madre del rey niño quedaba de regente; pero como referimos, sobrevivió a su esposo sólo 25 días, por lo que pasó la regencia con la tutela del joven soberano a manos de D.^a Berenguela, hermana de Enrique I, primogénita de Alfonso VIII, esposa divorciada de Alfonso de León, y madre gloriosa de San Fernando, a la vez que hermana y benéfica estrella de Castilla. D. Rodrigo, el hombre más apto del reino por todos conceptos, participó, como era natural, de una autoridad extraordinaria en el gobierno del reino, y en el cuidado de la persona del rey. Escribe un contemporáneo y autorizado historiador: «Los primeros días desempeñaron la tutela D.^a Berenguela, hermana del rey niño, y el Arzobispo D. Rodrigo, asistido de D. Tello, Obispo de Palencia.» (2) Acaso no llegó a desempeñar formalmente el oficio de tutor; porque no encuentro datos ciertos y terminantes para atribuírselo. En su historia expresamente escribe que D.^a Berenguela ejerció la tutela del rey niño y el régimen del reino, sin indicar que nadie compartiera con ella ni la tutela ni la regencia. Lo que claramente dice su historia es que D. Rodrigo tenía tan alto poder en el reino, que podía exigir, en nombre de Castilla y del rey, a los más poderosos señores, los homenajes y juramentos de fidelidad en pro de la primera autoridad de la nación, como efectivamente los exigió en el momento necesario. (3) Como era lógico, el Arzobispo por todos los títulos que ya conocemos, siguió en el puesto de ministro universal, en la misma forma que con el predecesor, pero con más autoridad efectiva si cabe. La sensatez de la tutora no podía hacer otra cosa. En consecuencia, los principios y el método de gobierno permanecieron inalterables, intactos.

(1) Lib. IX. c. 1. (2) Ballesteros. Hist. de España. II. p. 271. (3) Lib. IX. c. 1.

Pugnaban los nobles por introducir singulares innovaciones. Pero D. Rodrigo, conociendo que les inspiraba la envidia y el espíritu de discordia, y convencido de la equidad del sistema del difunto soberano, que era el suyo propio, se opuso con hábil firmeza, y sostuvo contra sus pretensiones, durante los primeros meses en sus cargos y privilegios a las tres clases, que las participaban, los ricos, los clérigos y seculares de la plebe nacional, como el mismo Arzobispo escribe, (1) y lo comprueban las cartas reales expedidas en ese tiempo, desde Burgos, que comienzan en otoño de 1214 y terminan en la primavera de 1215, momento en que levanta el vuelo la corte de Enrique y se separa D. Rodrigo, que las redactaba y expedía con su firma.

Una parte de ellas se despacha en pro del mismo Arzobispo. El cinco de noviembre se dió a D. Rodrigo la pingüe donación de Almagro y sus castillos, por sus grandes servicios, confirmada por San Fernando el 25 de enero de 1222, (2) y con la misma fecha le dió Enrique I Villar del Pulgar, situado en el camino de Toledo a Almagro, para que D. Rodrigo estableciese allí una guarnición militar, que custodiase las comunicaciones entre las dos poblaciones. (3)

El siete del mismo noviembre le concedió el rey otras donaciones célebres, diciendo a D. Rodrigo: «Atendiendo los muchos y grandes trabajos y gastos, que soportásteis por mi padre en la toma del castillo de Alarcos y otros castillos, tomados por mi padre, cuando venció al rey de Marruecos en los Baños de Tolosa, concedo a vos, D. Rodrigo... las casas vecinas al castillo de Alarcos, en la azuda, en que está la Torre, que os dió en su vida... y la viña, que fué de D. Lope Díaz de Fitero, que se había dado al mismo D. Martín, Arzobispo, vuestro antecesor, y en la villa el solar, en que podáis construir vuestros palacios... y el castillo de Zuero-la con veinte yugadas de terreno de la aldea, pero quedando el resto para la aldea de Alarcos. Como mi padre D. Alfonso... sorprendido por la muerte, no pudo dar la carta de donación y confirmación predichas, yo, no queriendo en este punto guiarme por mí mismo, os doy y concedo a vos, D. Rodrigo, las predichas cosas en perpetua posesión.» (4) Muy extraordinarios tuvieron que ser los servicios prestados por D. Rodrigo en la reconquista de esas importantísimas plazas en la memorable marcha de la hueste cruzada al campo de las Navas de Tolosa. Las plazas eran, además de Alarcos, Benavente y Caracuel con otros castillos de menos importancia. Y lo más notable que pregona la gran modestia del Arzobispo, es que en su historia no dice palabra de estos servicios tan singulares, merecedores de premios tan excepcionales.

Refiriéndose a las donaciones de Enrique a D. Rodrigo, escribe Castejón y Fonsesca: «Había el rey Enrique hecho merced en la era 1252, hallándose en Burgos, de una torre con gran solar, viña y molino y otras posesiones, para que pueda edificar palacio con la grandeza conveniente a su dignidad. Da por causa de esta donación los desvelos y cuidados grandes y los inmensos gastos, con que el Primado le asistió (a D. Alfonso VIII) cuando conquistó y ganó a Alcaraz. Muchos días pasaron después que recibió esta gracia el Arzobispo, sin poder usar della. Sus viajes, sus conquistas y muchas ocupaciones no habían dado lugar. Llegó ya día de hacer la obra, digna entonces de la dignidad patriarcal y de sus Prelados, que la gozan; si bien con más aumento; porque han reparado los sucesores lo que no perfeccionaron los antiguos.» (5) Ya que hemos copiado todo el párrafo, en que también se da la noticia de la construcción del palacio arzobispal, que ini-

(1) Lib. IX. c. 1. (2) Lib. priv. I. f. 39. (3) Lib. priv. II. f. 28. r. y v. (4) Lib. priv. II. f. 64.
(5) Primacia. Part. IV. c. 7. párraf. 1.

ció más adelante D. Rodrigo, vamos a insertar todo lo que hemos llegado a saber sobre este punto. Traslado de una publicación reciente y autorizada. (1) Enrique donó a D. Rodrigo «una torre cerca de Santa María o Catedral con un solar, para que edificase allí buenos palacios, que son arzobispaes.» He aquí las palabras textuales de la donación, que un poco más abajo cita. «Que la torre es cerca de Santa Mía (María) con un solar bueno para hacer palacios.» (2) «Allí emplazó (continúa el escritor) D. Rodrigo esos palacios y allí están los actuales del Arzobispo. Es de presumir que no lograrse la fortuna de ver terminada la obra, la cual debió continuar Sancho, hijo de San Fernando.» Sostiene el autor esto, apoyándose en la diferencia de los ornamentos del estilo del palacio, que son posteriores a D. Rodrigo. El renombrado Blas Ortiz en su *Descripto* de la Iglesia de Toledo en el siglo XVI, decía: «Son los palacios de los Prelados, expaciosísimos, pero fabricados al estilo antiguo» y sospecha que parte de esos palacios ocupa el mismo solar, que ocupaba el edificio, en que se celebraron los famosos concilios toledanos de la época visigoda, en particular añade, «la célebre y espaciosa sala fabricada con maravillosa antigüedad, donde se celebran los sagrados sínodos, y acaso se celebraron también los concilios toledanos, según afirma la tradición oral de los ciudadanos hasta nuestra edad, y parece indicar el cerco, que circunscribe y ciñe las paredes.» (3) Probable le parece al sabio canónigo toledano, que allí se prepararon y discutieron los artículos, que solemnemente se proclamaron en las iglesias de Santa María, o Santa Leocadia, o Santos Pedro y Pablo, en que, según los autores, ante los reyes, los nobles, los guerreros y el pueblo, con gran pompa y aplauso, se leían y promulgaban aquellas conclusiones dogmático-legales, que constituían el código de fe y piedad de aquella poderosa nación, y son hoy admiración y envidia de todas las iglesias de Europa. D. Rodrigo debió así ampliar el área de los palacios primaciales, agregando las nuevas concesiones a los solares anteriores, y tuvo que realizar una labor costosa de desmonte, para emplazar en la ladera tan inclinada de la cuesta los nuevos edificios, empotrándolos en las entrañas de la roca, con el fin de tener cerca de la Catedral los palacios episcopales.

El día siguiente, ocho, el rey expidió el interesante decreto por el cual revalidó el testamento de su padre respecto de los cambios introducidos por el difunto, en el lecho de muerte; hace constar las mundanzas de testamentarios y otros pormenores que ya hemos apuntado arriba; consigna algunos de los artículos del testamento y declara al fin, que en cumplimiento del mismo, los testamentarios dieron a D. Rodrigo, Torrijos y parte de Exquivias, y en lugar de la apoteca de Talavera, la villa de Talamanca, y añade: «También quiero que se observe la última voluntad de mi padre en todo; y os suplico, D. Rodrigo, Arzobispo, que celebréis el aniversario de mi padre y madre en vuestra iglesia, para que se purifiquen de sus culpas por las oraciones del clero, que allí sirve.» (4)

Los cuatro testamentarios trabajaron en el mes de noviembre con gran actividad en la ejecución del testamento de Alfonso VIII, y Enrique firmó, el 8 y el 19 del mismo, los artículos de restituciones debidas a las iglesias de Burgos y Palencia y otras. (5) para restablecer así la memoria del rey difunto, que por sus agravios a sus Iglesias había merecido en otro tiempo (1205) que Inocencio III le echara en cara, que parecía que amaba más a la sinagoga que a la Iglesia.

(1) «*Monumentos Arquitectónicos de España*» Toledo Madrid, 1905. Pág. 150 y 247. (2) El articulista remite al lector al «*Inventario del Archivo de la Iglesia de Toledo*.» Por haberse estrellado mi voluntad contra los obstáculos del Archivero no pude compulsarlo, ni copiarlo. (3) Cap. 65.

(4) Lib. priv. f. II. 10. r y v. (5) Serrano. *Don Mauricio*. 27 nota. Memorias, en varios pasos.

Además, D. Rodrigo formalizaba a fines de este noviembre una gloriosa fundación con estas palabras: «Sepan todos los hombres presentes y futuros, que yo Rodrigo, Arzobispo de Toledo, por la salud del alma de mi padre y madre, y bien de las almas de mis parientes, doy y concedo voluntariamente, a título de donación perfecta e irrevocable, y te entrego a tí, Guillermo, abad de Santa María de Fitero y a todos los abades, sucesores tuyos, y al Convento del mismo monasterio, para que constante, quieta y pacíficamente la posean, aquella heredad de Fitero, que fué de mi abuelo D. Pedro de Tizón, sin reservarnos derecho alguno ni para nos, ni para ninguno de nuestros consanguíneos, ni afines.» (El P. Moret, de quien traducimos este trozo, prosigue así): «Dice que mandó sellar con su sello. El Abad se la da (a D. Rodrigo) para usufructo por su vida, y también para que el mismo use otra heredad» que fué de D.^a María y de D.^a Urraca y de D.^a Gracia, hermanas. Se hicieron estas cosas en Burgos, era 1252, (1214) el mes de noviembre. Entre los testigos firmantes aparecen Tello de Palencia y el Abad Cerratense. (1)

Este fragmento nos transporta al lugar histórico, cuyo nombre suena a heroico y romanesco en los anales nacionales popularísimo, porque allí se muestra el Mojón de los tres principales reinos de España, Castilla, Aragón y Navarra, por verificarse allí el contacto de los tres reinos; y porque los soberanos se reunían allí, en el punto de contacto de los tres reinos para deliberar sobre negocios de paz, sentado cada uno en su propio reino, se llamaba el Mojón de los tres Reyes.

Como Fitero en gran parte pertenece a la historia de D. Rodrigo, por lo que contribuyó a su engrandecimiento con su amistad a la Orden del Cister en aquella villa, por las donaciones y por el monumental templo que allí construyó digamos dos palabras de historia y vindiquemos una verdad.

En 1140 próximamente se establecieron los cistercienses, procedentes de *Scala Dei* de Gascuña, en Niencebas, cerca de Fitero, en una heredad recibida en donación de manos de los abuelos de D. Rodrigo, D. Pedro Tizón y D.^a Toda. Veinte años después, los monjes trasladaron su residencia al mismo Fitero, y allí San Raimundo, denominado de Fitero, Abad del reciente monasterio, tuvo la magnánima inspiración de crear la célebre Orden Militar de Calatrava, para salvar a Castilla en una de las horas más críticas. Reclutó millares de guerreros en Castilla y Navarra, les infundió el amor patrio más santo e intenso a la vez que el espíritu religioso cisterciense, y los llevó a Calatrava, y cerró el paso a las invasiones agarenas del sur con incontables hazañas. Le sucedió en el generalato de la nueva Orden Militar, García, caballero navarro, que tuvo la gloria de organizar sólidamente la Orden en el interior, y de alcanzar de Alejandro III la aprobación de la misma y de su regla, yendo a Roma, con el fin de conseguirlo, y además, de impedir que el Abad de Morimundo, que era general de su rama, lo separara de la Orden cisterciense, como se había empeñado en hacerlo; porque los Caballeros de Calatrava se negaban a someterse incondicionalmente. Cosa imposible para una Orden esencialmente militar, que necesitaba gran autonomía en todo, y a la par quería disfrutar de los privilegios espirituales del Cister, como hijos de aquella gloriosa Religión. Fué gran triunfo. Las dos cosas alcanzadas eran vitales.

¿Pero este Fitero fué cuna de la Orden de Calatrava? Mariana, siguiendo a Garibay, (2) lo negó, mirándolo ingenuamente como demasiada loa para Navarra. (3) Honorio Alonso Cortés ha desenterrado recientemente esta opinión, que nadie la

(1) Ms. titulados. «*Memorias del Archivo del Real Convento de Santa María de Fitero.*» P. Moret.— En el Archivo de Navarra. Documento íntegro en el Lib. priv. II. f. 32. (2) Comp. Histor. Lib. XIX c. 2. (3) Lib. XI. c. 6.

admitía ya; pero la Real Academia de Historia desechó su trabajo, diciendo que aporta escasa documentación concluyente. (1) De su lado el P. Moret escribe así del repique nacionalista del P. Mariana. «En aquellos tiempos antiguos no había echado tan hondas y dañosas raíces la pasión de la nacionalidad. Vivíase más a buena fe. Buscábanse los hombres para los puestos de cualquiera parte, no los puestos para los hombres de afición nacional, sangre o familia... Él mismo se podía haber hecho en elegir por primer Maestre de ella a D. García, caballero navarro. No se hizo, ni le dañó el serlo, ni se llamó a engaño la Orden. Ni Castilla en la elección de D. Rodrigo Jiménez, nieto de D. Pedro Tizón, para la Silla Primada de España, pocos años después.» (2) Sola esta reflexión basta para convencer a todos: Que consta documentalmente que San Raimundo era abad de Fitero de Navarra; que donde era abad organizó la Milicia de Calatrava; que en Fitero del Pisuerga no había cistercienses. Luego ¿Cómo se puede creer que en Fitero del Pisuerga creó San Raimundo la famosa Orden? Además la documentación diplomática es terminante.

Por este tiempo la Orden de Santiago cedió a D. Rodrigo las villas de Romanos, Balconete y Archilla con todos sus bienes, desistiendo, por fin, de pleitos infructuosos. (3) La postrera prueba de la presencia del arzobispo en Burgos, el 20 de Diciembre de 1214, se halla en el privilegio de cambio del pueblo de Fresno, que recibió Enrique del Obispo Gerardo de Segovia, por otros bienes, que le dió el Rey. Lo firmó D. Rodrigo con los demás Prelados. En Abril de este año, día 23, el canónigo Gil de Toledo donó a D. Rodrigo y su Iglesia una porción de fincas de varias clases, casas y otros bienes suyos, que tiene en Medina del Campo, pero que recibirá después de su muerte. «Segundo año después del noble y admirable triunfo... contra los enemigos de la Cruz de Cristo, dice al fin.» (4)

El 2 de Enero de 1215 se firmó un curioso y memorable contrato entre D. Rodrigo de Toledo y el insigne caballero, Fernando Sánchez, Repositorio íntimo de Alfonso VIII y de su sucesor Enrique I. Este alto palaciego, pero cristiano de más altos sentimientos, donó a D. Rodrigo, en esta fecha, la rica villa de Villaumbrales, cercana a Palencia, tal como la había recibido cuatro años antes, de manos de su soberano en premio de sus singulares servicios, es decir, libre de toda contribución al fisco real, suplicando al donatario, que le hiciera partícipe de los bienes espirituales de la iglesia y arzobispado de Toledo. Por su lado D. Rodrigo en el acto de recibirla le asigna buenas rentas de su Mitra, para el decoroso sustento del donante y de su mujer Alda, hasta el fallecimiento de los dos. Se manda en la escritura que para su firmeza la deberán aprobar el Papa y las personas reales de la Corte; lo que no sé si se cumplió. El documento lleva corto número de firmas brillantes, señal de la dispersión de los personajes de más viso. Señal también de que tampoco se celebraron entonces las Cortes de Castilla, según han escrito no pocos historiadores, opinando que ya para esta época se había hecho necesario este remedio extremo en las cosas del reino. Pero esto nos conduce a tratar sucesos de gran trascendencia en Castilla, en los cuales tuvo que intervenir D. Rodrigo con sus luces y poderosa influencia.

Apenas subió al trono D. Enrique, empezó a fraguarse alrededor de la corona una extensa y traidora revolución. El mismo D. Rodrigo nos enseña su raíz, (5) que fué la perniciosa y audacísima ambición de la misma familia, que cincuenta

(1) «Algo sobre la fundación de la Orden de Calatrava.»—Barcelona—1917. De 108 páginas. Boletín de la Real Acad. tom. del año 1918. (2) Anales. Lib. XIX. C. 2. n.º 23. (3) Pareja. p. 443. (4) Lib. priv. Eccl. Tol. II. fol. 82 r. y v. (5) Lib. IX. c. 1.

años antes había llevado el reino de Castilla al borde de la ruina, en la minoridad del monarca predecesor, Alfonso VIII. Ya se ha visto, al hablar del testamento de ese Rey, cómo el famoso conde Nuño de Lara en unión de Pedro de Arazuri, hizole cometer actos injustos para defender la independencia de la corona y de la integridad del reino, puestos en peligro por sus actos indebidos, siendo los amos de Castilla reiteradas veces los Reyes de León y Navarra, so pretexto de poner paz en ella; de donde el corazón de Alfonso quedó lleno de encono contra los dos reinos. Los tres hijos de Nuño heredaron las malas pasiones de su padre, pero las ocultaron durante el reinado del monarca anterior, que tuvo a raya a toda la nobleza castellana, como dice D. Rodrigo, porque conocía su funesta lepra de codicia y envidia, amasada en la ambición.

Los tres Núñez de Lara aspiraron a lo mismo que su padre había sido, a la tutoría del adolescente Enrique y prepararon diestramente el terreno. Ganaron varios nobles de la confianza de D.^a Berenguela y en particular el ayo del Rey, el palentino García Lorenzo, amo de la voluntad de su discípulo. Les bastó la promesa de una villa para que el traidor ayo moviera a su regio alumno a ponerse bajo la tutela del Conde Álvaro Núñez de Lara, el mayor de los hermanos, e inclinara a un grupo de nobles leales a D.^a Berenguela al partido del solapado Conde, sin que se percatara la noble Señora. Con tales circunstancias se presentó la decisión del joven Enrique, que dice D. Rodrigo que la Reina tutora cedió con gusto. (1) Esto indica, o que Berenguela no conoció la malignidad de la trama y la perversidad de sus autores, o que, a pesar de conocerlas, cedió con gusto para evitar mayores males con una resistencia estéril. ¿Cuándo ocurría esto? Según Mondéjar, Flórez, Vicente de la Fuente, en la primera parte de 1215; pero según las fechas de documentos armonizados con el texto de D. Rodrigo, un año más tarde, como lo voy a demostrar.

Confrontando el sentido obvio de la narración de D. Rodrigo con los documentos existentes resulta que hay que retrasar un año la entrega de Enrique I a los Laras, contra lo que dicen los autores citados. Aparece por la lectura de los documentos que Enrique I se dedica a premiar los servicios de los varones beneméritos de la patria, y a cumplir el testamento de su padre, hasta la primavera de 1215. En este tiempo se mueve de Burgos pacíficamente para recorrer su reino y darse a conocer a sus vasallos, sin que se transparente ningún síntoma de la más tenue influencia de los Laras en los actos del joven soberano. El itinerario que señalan esos documentos, que llevan la firma de nuestro Arzobispo, es el siguiente. El 20 de Abril Enrique otorga en Avila un privilegio, (2) el 28 del mismo en Segovia confirma otro a los Santiaguistas (3); el 1.^o de mayo en Cuéllar otro al Conde Alvaro Núñez de Lara (4); el 18 de junio en Soria firma un contrato con los Santiaguistas. En Valladolid se le ve el 12 de julio. (5) En el castillo de Consuegra el 27 de septiembre. (6) El 20 de diciembre en Segovia, donde exime de tributos a la aljama de Zorita, en premio de servicios prestados. (7) En Uclés el 29 del mismo mes donde concede a los Santiaguistas el *Portaticum de Velere*. Estos documentos últimos de Segovia y Uclés son célebres en la historia, y lo hubiera sido igualmente el de Zorita, si hasta ahora no hubiera permanecido inédito entre los docu-

(1) Lib. IX. c. 1. (2) Mondéjar. tom. IX. fol. 306. (3) Bull. S. Jacobi. 60. (4) Id. 61 y 62. (5) Id. 60. (6) Mondéjar. *Predicación de Santiago*. fol. 49. v. (7) Lo publicó Fita en el Boletín de la R. A. de Historia. 50. p. 167-168. Lleva las firmas de D. Rodrigo y de Tello de Palencia, Mauricio de Burgos, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Gerardo de Segovia, Juan de Calahorra, es decir de todos los Obispos castellanos. De los Laras firman Alvaro, como alférez del rey, y Fernando.

mentos de Calatrava en el Archivo Histórico Nacional. Porque han servido para impugnar la asistencia de D. Rodrigo al Concilio ecuménico cuarto de Letrán, a causa de que en ellos se halla la firma del Arzobispo. En otro lugar examinaremos lo que vale el argumento, al tratar de aquella famosa cuestión. Ahora solo nos toca hacer ver que el periodo, en que los Núñez de Lara realizaron su intento de captarse el ánimo del pobre Enrique I, fué durante este tiempo de excursiones desde mayo hasta fines de 1215. Fué para ellos la ocasión propicia para engañar y seducir al joven soberano. Por mayo se retiró D. Rodrigo de Burgos a Toledo, tras un año de ausencia casi continua de su Sede. D.^a Berenguela no se movió de Burgos: sin duda porque no le agradaban los Laras. El Arzobispo tampoco acompañó a la corte errante, según todas las apariencias, si bien en todos los decretos reales figura su nombre, lo mismo que el de todos los Obispos castellanos. D. Rodrigo fundó el 1.^o de Agosto, estando en Toledo, por el alma de su amigo difunto, el rey Alfonso VIII, una capellanía, diciendo: «Establezco en nuestra Catedral una capellanía perpetua por el alma del predicho rey, para que se celebre diariamente una misa de difuntos en sufragio suyo y de todos los difuntos. Instituyo también otra capellanía en honor de la Virgen, para que se celebre todos los días, a la aurora, en el altar de San Ildefonso, otra misa en honra de la misma Virgen.» La paga que señala por las capellanías es dos porciones canónicas a los dos capellanes y la mitad de la porción a los cuatro niños que ayuden al capellán de la Virgen, de las rentas de Torrijos. Se reserva el Arzobispo la provisión de las capellanías.¹ Y sigue después: «Yo Rodrigo, concedo absolutamente por el predicho aniversario del rey, por el mío y por el de mi padre y madre, al Cabildo de Toledo, mis villas de Torrijos y Esquivias con todos sus derechos y propiedades, conforme me los dió el propio rey, y además los molinos de Talavera, de suerte que se les entregue todo después de mi muerte al Cabildo, siéndoles permitido permutar... Doy también al mismo Cabildo, por mi aniversario, por el de mi padre, que es el día de San Miguel, (29 de Septiembre) y por el de mi madre, que es en la vigilia de San Andrés (29 de noviembre) la mitad de lo que tengo en Mazabédula, toda la villa con sus términos y derechos, según se sabe que la posee la Iglesia de Toledo; pero con obligación de que se den sesenta maravedís a Fernando Sánchez, repostero del rey, durante su vida, anualmente, de las rentas de esa villa. Añado también que se resten anualmente de las rentas de esas villas y molinos las porciones que se han de dar a los canónigos y demás compañeros en las fiestas de San Eugenio y San Ildefonso... Se otorgaron estas cosas en el Palacio del Señor Arzobispo, el primero de agosto de la era 1253 (año 1215.) Yo, Rodrigo, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas.» Siguen varias firmas del Cabildo. (1)

El 31 del mismo agosto, en la enfermería del monasterio de Sahagún, se dió una sentencia favorable a D. Rodrigo por tres jueces pontificios, nombrados por Inocencio III, que eran monjes de ese cenobio, para que diesen el último dictamen sobre un pleito muy agitado hacía tres años en los tribunales del Papa. Se llevaba ese pleito entre D. Rodrigo y el Obispo de Avila, acerca de los límites de las respectivas diócesis y de la posesión de numerosas iglesias. Como Avila, a pesar de estar enclavada en Castilla, era sufragánea de Santiago, y como los Metropolitanos de Toledo, escamados por otra parte por el ardid, con que Gelmírez había reunido a su Metrópoli esta Sede, estaban siempre en acecho para, con cualquier motivo, reclamar derechos, D. Rodrigo ponía en juego implacablemente todos los medios que estimaba justos, para agregar a su Diócesis todas aquellas

(1) Liber priv. II. 32.

iglesias y territorios de la Sede Abulense, que creía poder agregar. Después de mucho pleitear en Roma, agotando los innumerables recursos que los abogados discurren, viendo que los incidentes no iban a tener fin, Inocencio III nombró la mencionada comisión de tres jueces, para que en España se resolviera el litigio. El Obispo y Cabildo Abulense no la acogió bien, y por eso su Procurador no hizo otra cosa que presentarse teatralmente ante el tribunal, leer nueva apelación y retirarse precipitadamente. D. Rodrigo, más sereno y más seguro en su derecho, por medio de su Procurador Guillermo, presentó su lista larga de iglesias, y los límites del territorio discutido, que había obtenido del mismo Obispo de Avila, y los jueces nombrados se lo adjudicaron todo al presente, reservando al Abulense el derecho de alegar sobre la propiedad. Así tenían que obrar en vista de que, contra trámites del derecho, se había retirado el Procurador Abulense, al cual le niegan el derecho de apelación. (1)

Coincidencia singular. Inocencio III en este mismo año encomendó a D. Rodrigo un pleito, que interesaba mucho a los monjes de Sahagún. El Obispo de León y varios seglares habían usurpado en la ciudad de León a los monjes varias casas, exigiendo diezmos y otros arbitrios, que parecían injustos. El Papa comisionó al Arzobispo de Toledo, dándole por compañeros a los Obispos de Burgos y Palencia. No hay noticias de cómo hizo justicia. (2)

A principios de otoño, o a fines del verano, el Arzobispo D. Rodrigo salió de España para asistir al Concilio de Letrán. Esta ausencia fué aprovechada por Núñez de Lara para consumir su obra de soborno y seducción, que hasta entonces la iba realizando a hurtadillas; razón por la cual en el momento de partir, no aparecían los síntomas graves de trastornos políticos, que algunos historiadores han alegado para hacer verosímil la opinión de que no asistió al precitado Concilio ecuménico. (3)

Las venenosas ambiciones, que se escondían en pérfidos pechos y encendían la tea de la discordia y el tizón de las venganzas por los escondidos rincones de los palacios y a la sombra de la noche, audazmente se lanzaron a la luz del día a la conquista de su codiciado objeto, ganando al ayo del rey, que era combustible de la avaricia, y engrosando sus filas con las doradas promesas, que en estas ocasiones suelen ser más generosas y brillantes que nunca, restando astutamente a la noble D.^a Berenguela muchos de sus leales partidarios y confidentes, hasta el punto de dejarla como aislada, sin fuerza, (4) poniéndola en la precisión de abdicar la tutela y regencia, para librar al rey y al reino de más graves calamidades. A fines del año 1215 el cambio era inevitable. Los Laras tenían todo preparado para dar el golpe, por fuerza, si la exreina no cedía el rey y las riendas del estado con

(1) P. Burriel. Varios documentos de Obispos. f. 148-149. Años después se pleiteó más sobre esto, sin fruto. (2) Escalona. Lib. IV. c. 2. Ni las bulas he hallado. (3) Tolrá entre otros, razona así, «¿Y porqué, preguntan nuestros adversarios, no había de asistir a un Concilio general aquel que era entonces el varón más autorizado de España?

Por eso mismo, les respondemos, y porque nunca más que entonces necesitaba el reino de la presencia y de la asistencia de tan grande hombre. Había sido declarado el año anterior uno de los testamentarios de Alfonso VIII de Castilla y tutor del rey Enrique I, durante su menor edad.... ¿En vista de esto no es más verosímil, no es más creíble que en los nueve meses de tan críticas alternativas y urgentes ocupaciones de tutor, de consejero, de testamentario, de Prelado, se mantuvo D. Rodrigo en España... ¿Como hubiera podido resistir, castigar y finalmente conciliarse los ánimos de los Laras estando ausente....?

Y sobre todo, como podía abandonar al rey en su niñez, a una tierna infanta en sus angustias, a la patria en sus desgracias, a la Iglesia en sus persecuciones, un hombre de tanta integridad y valor, que hubiera por el rey, por la patria expuesto repetidas veces la vida a los peligros....? (4) Lib. IX. c. 1.

apariencias legales. Los adversarios de los Laras se veían sorprendidos, sin cohesión ni organización para neutralizar los efectos de tanto poder y arrojo; por lo que fué menester amoldarse prudentemente a esta fuerza revolucionaria arrolladora, dándole un corte el más adecuado y decoroso, para que no palidieceran visiblemente los prestigios de la tutora. A este fin se convocaron Cortes, para que decidieran lo que debía hacerse; las cuales se reunieron en Burgos, en enero de 1216, en los días en que regresaban a España los Prelados españoles, que habían asistido al Concilio de Letrán, clausurado el 30 de Noviembre del año anterior.

Ya hemos dicho que Mondéjar, Flórez y Vicente de la Fuente con otros disienten en la fecha. Dice el primero: «Parece se hizo a primeros de marzo del mismo año 1215 (la entrega de Enrique a los Laras) según se infiere de un instrumento de que hace memoria D. Alonso Núñez.» (1) Flórez discurre así sobre el término *incontinenti* de D. Rodrigo, que luego dilucidaremos.

«La entrega del rey fué a primeros de marzo, como se dijo; los excesos del Conde como acabas de leer (es decir inmediatamente) y por tanto le corresponde la excomunión a los meses inmediatos, v. g. junio o julio, en los cuales no se ausentó el Arzobispo de España.» (2)

Mas este modo de pensar es insostenible ante los documentos, que copiaremos algunos párrafos después. Ellos prueban que Enrique I reparó en Soria, el 15 y 19 de febrero de 1216, los agravios inferidos por él y por los Núñez de Lara a la Iglesia. D. Rodrigo cuenta por un lado que el Conde Alvaro salió de Burgos con Enrique I, inmediatamente después que se le entregó al niño rey, previo juramento solemne de no cometer desafueros, pero que apenas se alejó de Burgos, comenzó a cometerlos. (3) Ahora bien, a tan inmediato desmán del perjurio Conde sucedió la represión inmediata del mismo Primado por medio de su Deán. Esto destruye lo que dice el célebre autor de la España Sagrada, y pone en claro, que los sucesos, que tan rápida y brevemente se desarrollaron, luego que el Conde Alvaro Núñez se apodera de Enrique, no tuvieron lugar entre la primavera y verano de 1215, sino en los primeros meses de 1216. De entender como el P. Flórez y tantos otros historiadores el *incontinenti*, a raíz de marzo de 1215, se seguiría que la primavera y verano se deslizaron entre atropellos y contrafueros de los Laras; que el Arzobispo, estando presenciándolos, los toleró durante casi un año, sin poner remedio con las medidas represivas necesarias; que se alejó de España, dejando en estado anárquico a Castilla, sin haber empleado los medios de defensa de los derechos de la Iglesia y del decoro de la nobilísima D.^a Berenguela, ya que hasta el 15 de febrero de 1216 no se intima cosa seria. Pero es el caso que todo esto es inadmisibile. Primero, porque es un hecho que en la primavera y verano citados todo estaba en buena armonía; y las demás consecuencias pugnan con la índole y la autoridad de D. Rodrigo. No se ve por lo tanto qué otra fecha que 1216 se pueda asignar a las llamadas Cortes de Burgos, en que ya no fué posible al talento y a la influencia de D. Rodrigo el detener la ola revolucionaria, que había avanzado durante su ausencia de una manera imprevista, arrollando a la misma regente, que tuvo que plegarse a ceder, exigiendo del Conde previo juramento sobre los siguientes puntos que refiere el Arzobispo: «Que sin consejo de la misma reina a nadie quitaran tierras, ni a nadie se las dieran; que no declararan guerra a los reyes vecinos, ni impusieran pechas en ninguna parte del reino.» (4) Según

(1) (Chronica de Enrique I. cap. 3.) *Predic. de Santiago*. 48. (2) España Sagr. III. c. 3. (3) Dice Rodrigo: «Qui cum Gundisalvo Roderici et fratribus suis, tunc sibi faventibus *incontinenti* Burgis egrediens, cepit exterminia procurare... (Lib. IX. c. 1.) (4) Lib. IX. c. 1.

Mariana, D.^a Berenguela se había doblado ya con esas condiciones para cuando llegó de Roma D. Rodrigo. Escribe. «No le plugo (a D. Rodrigo) nada que la reina renunciase; pero el negocio le tenían tan adelante que no se atrevió a contradecir. Sólo hizo que aquellos de Lara en sus manos hiciesen juramento, que mirarían por el bien común y por el pro de todo el pueblo.» (1) En la narración del Arzobispo eso no se destaca tanto. Allí se lee: «Y *firmaron* el juramento y el homenaje en manos de Rodrigo, Pontífice de Toledo; y que caerían en la infamia de la traición si obraban en contra.» (2) Es decir que D. Rodrigo, no contento con el juramento prestado por el Conde a la reina sobre los artículos ya enumerados, en el momento que se le entregaba el joven rey, exigió además, con la autoridad de supremo ministro de la Iglesia española, la firma de las actas del juramento y homenaje, y estableció la censura de la excomunión en todo el reino contra los que faltasen. Advierte el docto P. Fita: «No conocemos el tenor del juramento, que había prestado (D. Alvaro) en Burgos. Mas bien parece envolvía el compromiso de incurrir en la excomunión, que había de lanzar contra él el Arzobispo, o quien tuviera sus veces, dado caso que D. Alvaro faltase.» (3)

Opina también el P. Fita que el objeto más principal de estas Cortes fué la paz con los demás reinos, en particular con León. El texto de D. Rodrigo terminantemente expresa que se trató de la paz con los reyes vecinos. El motivo era comunicar a la nación la decisión del Concilio Lateranense, de emprender una nueva Cruzada general al Oriente el 1.º de junio de 1217 y reclamar, en nombre del Padre Santo y de la Cristiandad entera, la debida cooperación en la forma que correspondía a Castilla, acatando primero el decreto conciliar, y prestando el apoyo oportuno, ya conservando la paz entre los reinos, para que cada uno concurriese a su modo, ya moviendo en la frontera sacerracena la guerra, para debilitar cuanto fuese posible el frente oriental de los musulmanes, que en aquella fecha aparecía a los ojos de la Europa cristiana de un poder colosal. Porque era la hora en que se esparcía el eco de la resonante noticia de la toma de Pekín, después de allanar su gran muralla por el titulado conquistador, rey de reyes, Gengiskán, quien volvía con sus espantables hordas en dirección del Occidente, aterrando el corazón de los fieles de Cristo. (4)

Una importante carta del 12 de Agosto de 1216 de Alfonso de León y Enrique de Castilla, que hay que traducir aquí, nos orienta en este punto oscuro. Dicen los Reyes a Inocencio III, al cual todavía suponen vivo, (si bien había muerto el 16 del mes anterior, pero se desconocía en España.) «Al serenísimo Padre y Señor Inocencio, por la gracia de Dios, Pontífice, Alfonso de León y Enrique de Castilla, Reyes por la Divina Providencia, salud y la debida y devota veneración. Habiendo sabido ciertísimamente por la relación verídica de nuestros Obispos y otros, que asistieron al Santo Concilio, que Vuestra Santidad, velando prudentísimamente por el socorro de Tierra Santa, estableció firmemente, que durante todo el cuatrienio siguiente se observe una paz estable, nosotros mismos, alabando vuestro propósito y queriendo observar vuestro mandato, firmamos una paz perpetua entre nosotros, reservando al arbitrio de vuestra Alteza nuestras cuestiones. Pero, como para la observancia de esta paz, es sobre manera necesaria vuestra autoridad, a fin de que vuestro mandato alcance más eficazmente el debido efecto, pedimos de co-

(1) Lib. XII. c. 5. Mariana tiene por cierto que las Cortes de Burgos se celebraron en 1216.

(2) Lib. IX. c. 1. (3) Boletín... tom. XXXIX. p. 258. Núñez de Castro no cree que D. Rodrigo exigiera tal juramento porque, conociendo la traición de los Laras, le parece que su sabiduría y sagacidad se lo impedirían. (Crónica. c. 3.) Pero es vana cavilación. (4) El año 1215 fué la toma de Pekín por Gengiskán.

mún acuerdo y suplicamos unánimemente que confirméis nuestra paz con la fuerza de vuestra autoridad. Y además que os dignéis conferir la siguiente facultad al Arzobispo de Compostela y a los Obispos de León y Astorga, sobre el Reino de Castilla y al Arzobispo de Toledo y a los Obispos de Burgos y Palencia, sobre el Reino de León, a saber: Que puedan castigar a los transgresores de la paz, fulminando contra el Reino los entredichos y la excomunión, tanto contra el Rey, como contra otras personas, y que cuando los tres no pudiesen reunirse para ejecutar esto, que lo hagan dos. Dado en Toro, el día 12 de Agosto 1216.» (1)

Bendita la hora en que se halló este documento, que viene a disipar tantas tinieblas, e ilustrar innumerables puntos históricos, como se irá viendo poco a poco. (2)

Esta carta manifiesta que se celebró una Asamblea en España a la vuelta de los Prelados, abades, magnates y otros personajes castellanos y leoneses, que estuvieron en el Concilio, para adoptar acuerdos de paz internacional entre Castilla y León, a fin de obedecer al mandato del Concilio. En la respuesta a esta carta, Honorio III dice que la paz estaba concertada, *initam pacem*; pues bien, no intermedió otra coyuntura para hacerla que la señalada por las Cortes, de que hablamos, ni existen huellas de otra Asamblea nacional desde Enero hasta Agosto de 1216: por lo cual se sigue lógicamente que la mencionada paz se celebró en ese tiempo. Esto lo confirman los sucesos graves que voy a referir.

Donde hay perfidia no tienen valor los contratos y juramentos. No es extraño por eso que los de los Laras sólo fueran felonía, porque vivían de la perfidia y violencia. Dueños ya del adolescente Enrique por medio de los homenajes prestados a la exreina y de los juramentos firmados en manos de D. Rodrigo, inmediatamente arrojaron la careta y se lanzaron sin pudor por el camino de los desafueros y venganzas. Escribe D. Rodrigo explicando el repentino cambio público del tutor y de sus hermanos, luego que viene a sus manos Enrique I: «El cual saliendo *inmediatamente* de Burgos con Gonzalo Rodríguez y sus hermanos que le secundaban, comenzó a ejecutar exterminios, a humillar los grandes, a exaccionar los ricos pertenecientes a la plebe, a esclavizar las religiones y las iglesias, a incautarse de las tercias de las décimas pertenecientes a las fábricas de las iglesias.» (3) Fué a la comarca de Soria llevando a su Rey, para alejarse de Valladolid, foco entonces de los adversarios de los Laras y de los leales a Berenguela, y acaso para dar posesión de Tablada, que allí estaba, al traidor García Lorenzo, ayo del Rey. Lope Díaz de Haro se puso a la cabeza de los partidarios de la exreina de León, y en una Asamblea de Valladolid acordaron los nobles prestar todo apoyo para que ella exigiera lo pactado en Burgos y D.^a Berenguela no se negó. Enfureció más a los Laras este acto y prosiguió el Conde con más furor en su camino, cohonestando sus exacciones injustas so color acaso de levantar hueste contra los moros, o aprestar refuerzos contra la Cruzada general ordenada por el Concilio ecuménico. (4) Por su lado tuvo que retirarse D. Rodrigo a Toledo, al ver el sesgo que tomaban las cosas. No podía seguir decorosamente con el rey, que iba como secuestrado, ni lo podían soportar los Laras con el escozor de la humillación del juramento de las Cortes burgalesas, ni le era lícito declararse por la oposición, ni prudente acompañar a Berenguela; y necesitaba descanso tras tanto trabajar en Roma y en Burgos.

Pronto llegaron a Toledo las noticias de los desmanes de los Laras, que iban

(1) Boletín. tom. XXIX. 525. (2) Vide la bula del 18 de nov. 1216. (3) Lib. IX. C. 1. (4) Boletín de la R. A. de Hist. tom. XXXIX. p. 529. Estudio por el P. Fita.

también contra la Iglesia primada lo mismo que contra las demás Iglesias de Castilla; pues en todas empezó a ejercitar rigurosa exacción el envalentonado partido, al mismo tiempo que cometía atropellos contra los adversarios. D. Rodrigo vio cómo los agentes se imponían, violando los privilegios especiales de su Sede y de su Cabildo; pero acudió a enérgica represión, comisionando a su Vicario general, el Deán de su Cabildo, D. Rodrigo, para que intimara al rebelde cómo había incurrido en lo excomunión ya establecida en el acto del juramento. El Deán declaró solemnemente ante la Corte cómo los culpables habían contraído la tal excomunión. (1) A este golpe no resistieron los Laras, acaso por persuasión del rey y del resto de la Corte, que se llenaron de justo temor, y se prestaron a la fuerza a la indispensable reparación; acto que cumplieron con circunstancias memorables. El Arzobispo de Toledo exigió que la reparación fuera pública y documental, para satisfacción de la Iglesia de Castilla en general y en particular de la suya de Toledo. Nombró por delegados para recibirla al Deán de su Cabildo y al Tesorero, los cuales ejecutaron todo fielmente, levantando el acta de la reparación formal en tres distintos documentos, que se conservan felizmente en el *Liber priv. Ecc. Tolet.* (2) y que los voy a traducir. Son importantes. El rey declara así: «Sepan cuantos vieren esta carta, que yo, Enrique, por la gracia de Dios, rey de Castilla y Toledo, considerando que peco gravemente en tomar para mi uso las tercias de las Iglesias, prometo, guiado por saludable consejo, a Dios y a la bienaventurada María, su Madre, y a la Santa Iglesia, que no las tomaré en adelante, ni haré violencia a las Iglesias, ni permitiré que otros les infieran injuria sobre esto. Expedida la carta en Soria, dictándolo el rey, el 15 de febrero de 1216.»

Declara el Conde: «Sepan todos los que vieren esta carta, que yo, el Señor Conde Alvaro Núñez, con el consejo del Maestro de Uclés, del Prior del Hospital, de D. Gonzalo Núñez, de D. Gonzalo Rodríguez, de D. Rodrigo Rodríguez, de don Orduño Martínez y de toda la corte, prometo a Dios, a la bienaventurada María, su Madre, y a la santa Iglesia, que jamás tomaré en adelante las tercias de las Iglesias para los gastos del rey, ni aconsejaré que se tomen, y no haré fuerza ni injuria para tomarlas, ni para darlas a nadie, si no es donde la ley divina ordena dar; y en todo lo posible impediré que nadie les haga injuria, mientras tuviere en mi custodia al rey D. Enrique.—Hecha la carta en Soria, expresándolo el mismo, el 15 de febrero 1216.»

Después de tres días dice Enrique: «Enrique, por la gracia de Dios, rey de Castilla y Toledo, salud y gracia a todos los hombres de las villas del Arzobispo de Toledo y de la Iglesia de Santa María de Toledo. Sabed que el Deán y Tesorero de la Iglesia toledana han venido a mí y me han enseñado el privilegio de exención de pecha y facendera y de todo tributo regio, que mi padre, Alfonso, de buena memoria, concedió al Arzobispo Gonzalo y sus sucesores. Yo también concedo y confirmo este privilegio y en adelante os eximo de pecha, de facendera, de todo tributo y servicio, como se contiene en el privilegio. Dado en Soria, dictándolo el Conde, el 18 de febrero de 1216.»

De esta suerte se sometió el rebelde a la temible autoridad de la Iglesia y de D. Rodrigo. No así a la de la reina, como era su deber, y era el ánimo del Arzobispo, que, en su actuación con el estado, se guió de aquel principio suyo. «De los

(1) Dice D. Rodrigo: «Sed excommunicatus a Roderico Toletano Decano, qui vices Archiepiscopi tunc gerebat, coactus fuit restituere et jurare ne cetero attentarent.» (Lib. IX. c. 1.) Añade Flórez: «Las veces, que expresan allí, no son del Prelado ausente, sino propias de Vicario o Provisor, como expresamente dice la Crónica de San Fernando en el cap. 2... La Crónica General lo atribuye al mismo Prelado.» España Sagr. tom. III. c. (2) Lib. priv. I. f. 47, 32, y II. f. 89.

Prelados es mirar a la vez al reino y al sacerdocio.» Pero luego veremos cómo el Conde se portó con él.

La ira de D. Alvaro se desencadenó satánicamente contra la noble D.^a Berenguela, después del acto de adhesión de las Cortes de Valladolid. Le usurpa sus bienes dotales, le ordena desterrarse del reino, le levanta la horrenda calumnia de que atenta con veneno contra la vida de su hermano, falsificando para esto cartas. Ella se refugia en Otero, cerca de Palencia y aconseja y alienta con acierto a los nobles leales, para que hábilmente refrenen las insolencias de los tiranos. En esto Enrique descubre sagazmente la perversidad del Conde y hace diligencias para evadirse de las uñas de aquel hombre y volver a la tutela de su hermana mayor. Entonces los Laras procuraron interesar la infantil fantasía de Enrique con proyectos impropios de su edad. Le hacen boda con su prima D.^a Mafalda, princesa de Portugal, la cual vése forzada a venir a Castilla y vivir matrimonialmente con su primo, hasta que por decreto de Inocencio III se declaró nulo el contubernio, y se mandó a Tello de Palencia y Mauricio de Burgos, que gestionasen la separación. (1) D. Rodrigo recoge el rumor popular de que el Conde osó pedir para sí la mano de la noble portuguesa, la cual la rechazó; y dejando espléndida luz de honestidad, se retiró al convento de Auranco o Rucha, y allí escaló excelsas virtudes, que le han merecido los honores de los altares.

En los días 3 y 4 de julio de 1216 Enrique confirmó en Palencia varias donaciones de Alfonso VIII a favor de D. Rodrigo; (2) pero esto no significa la reconciliación del Arzobispo con los Laras. Veremos abajo que no estaba concorde, y que los Laras no cumplieron con él, como lo prueba la bula del 22 de noviembre de 1216, por la que consta que los Núñez de Lara no habían devuelto a la Iglesia de Toledo los bienes confiscados. No aparece D. Rodrigo en este tiempo, ni con Enrique ni con Berenguela; si bien trabajaba cuanto podía por devolver a la tutela de su hermana al desgraciado Enrique, que lamentaba su cautiverio en manos de aquellos malvados magnates.

Referimos arriba cómo se celebró paz entre Castilla y León a raíz del regreso de los Padres del Concilio de Letrán y de otros muchos señores y barones, que en Roma estuvieron entonces. Hicieron más los soberanos de Castilla y León para secundar las miras del Concilio ecuménico con mayor eficacia, que era favorecer la gran cruzada general decretada para el año 1217. Nuevamente se reunieron en Toro el 12 de agosto de este año 1216, y para cerrar toda fuente de mutuos temores y recelos, de común acuerdo dirigieron, desde allí, al Pontífice Romano una carta en que rogaban al Papa que confirmase la paz ya concertada y aprobase la preciosa serie de cláusulas, por las cuales se garantizaba la paz. Dirigen la carta a Inocencio III, que ya había fallecido un mes antes, pero se ignoraba en España todavía. Honorio III, su sucesor, dirigió su bula de exaltación al pontificado a los Obispos españoles, el 25 de agosto, anunciándoles que lo mismo que su predecesor iba a promover la gran cruzada contra los mahometanos. (3) El nuevo Pontífice accedió con gusto a la petición de los dos reyes, despachando varias bulas desde Letrán, el 18 de noviembre de 1216.

La dirigida a D. Rodrigo y a los Obispos de Burgos y Palencia, después de la introducción ordinaria, dice que confirma «la paz concertada entre vosotros para siempre, tal como se ha hecho por consentimiento y voluntad de los Obispos y barones, y se ha recibido espontáneamente por las dos partes, y se halla más cla-

(1) Lib. IX. c. 2. Vicente de la Fuente. Hist. Eccl. de Esp. tom. III. p. 239. (edic. 1.^a) (2) Libe. priv. I. fol. 37. No lo firma D. Rodrigo. (3) Potthart. n. 5318 y 5319.

ramente en auténtico documento. Para mayor claridad hemos acordado insertar literalmente la fórmula de esa paz en nuestro escrito.» Y en efecto, la inserta toda entera. Está en nuestro Apéndice 32, según hemos adquirido directamente de los Registros del Vaticano. Es importante para la historia civil de los dos reinos.⁸ Va firmada esa fórmula, de parte del reino de León por D. S. Fernández, J. González y otros vasallos del rey leonés, y de parte de Castilla la firman los tres hermanos Alvaro, Gonzalo y Fernando y otros muchos vasallos del rey de Castilla. Se concede en la fórmula la consabida potestad de hacer cumplir los pactos por medio de excomunión y entredicho en el rey, en los vasallos y en el reino del que fuese transgresor. El Arzobispo de Toledo con los dos mencionados Obispos adquiere ese poder sobre el reino de León, y el Arzobispo de Compostela con los Obispos de León y Astorga, sobre el reino de Castilla.

Esta bula y el documento inserto en ella demuestran varias cosas: Que en Toro no se hallaban los Prelados, ya que no firman; que en cambio en la Asamblea, en que se firmó la paz (Cortes de Burgos) dieron su asentimiento de presente; que todos los asuntos se hallan en este tiempo en manos de los preponderantes próceres Núñez de Lara, pues se destacan sus firmas como las de principales personajes de la Corte de Enrique I. Hay aquí un hecho notable y es que Honorio III había participado seis días antes a D. Rodrigo y a los dos otros Obispos la confirmación de la fórmula de paz. Alguna causa retrasó el despacho de las demás bulas.

Según refiere D. Rodrigo copiosamente, a principios de 1217, Enrique, conduciendo del Conde Álvaro, penetró en la cuenca del Tajo, (1) después de peregrinar por la cuenca del Duero los últimos meses de 1216, con el fin de ganar el afecto de sus vasallos. (2) El 6 de Febrero ya estaba en la Diócesis de Toledo, en Maqueda, a donde envió Berenguela un propio para que se enterase secretamente de la salud de su hermano. Allí urdió el Conde la calumnia del envenenamiento, atribuyéndoselo a la hermana de Enrique; pero se descubrió providencialmente y sirvió para irritar más los enconados ánimos de los diocesanos de D. Rodrigo contra los Laras, hasta tal grado que el altivo Conde Álvaro tuvo que «retirarse de las partes de la diócesis de Toledo,» según cuenta el mismo Arzobispo, relatando así el acto de ferviente adhesión de sus diocesanos a su persona, por su conducta en condenar los actos de los Laras y defender los derechos de D.^a Berenguela y de la diócesis de Toledo, cuyos bienes no restituía el rebelde.

D. Rodrigo había reclamado contra esto ante el Papa, a principios de otoño anterior, notificándole, que en vez de restituir los bienes, los repartía entre sus partidarios el inicuo Conde. Honorio III escribió a Enrique el breve siguiente, hasta ahora inédito en los Registros del Vaticano, y que debe conocerse, porque arroja mucha luz. Dice el Papa: «Hemos sabido por comunicación de nuestro venerable Hermano el Arzobispo de Toledo, que tú y algunos Señores de tu Reino ocupáis injustamente ciertas posiciones y otros bienes, molestando también a la Iglesia de Toledo en sus vasallos, quebrantando así los privilegios concedidos por los Reyes y confirmados por tí. Como no debes mermar los derechos de la Iglesia sino acrecentarlos, rogamos y amonestamos a tu Alteza, para que restituyas lo que retienes de esa manera y hagas restituir por los predichos Sres. a la mencionada Iglesia, desistiendo y haciendo desistir en adelante a los predichos, de la injusta molestia, de suerte que el mismo Arzobispo no tenga justa causa de queja. De lo contrario ordenamos a los Venerables Hermanos nuestros, los Obispos de Cuenca, Plasencia y Sigüenza, no consientan que indebidamente molesten a la dicha Igle-

(1) Bull. S. Jacobi, p. 70. (2) Lib. IX. c. 3.

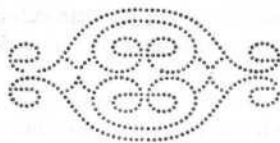
sia y sus vasallos, contra el tenor de sus privilegios, reprimiendo con censuras eclesiásticas a los molestadores. Dado en San Pedro, 22 de Noviembre, año primero de nuestro Pontificado.» (1) El lenguaje, que emplea D. Rodrigo contra el Conde, al narrar su paso por su Diócesis, calificándole con aspereza «de altiva frente, (*fronte superba*) demuestra que pasó por allí D. Álvaro como enemigo del Arzobispo, y que continuaban en pie tan graves agravios y no hay indicios de haber intentado la reconciliación con el Primado, mientras que hay pruebas de que el tutor laboró por calmar los ánimos de los toledanos, obteniendo mercedes reales a favor de ellos. Estando en Talavera de la Reina se firma, en Febrero, la carta de merced de varias aldeas a la ciudad de Toledo, en premio de sus servicios. (2) En los mismos días, por consejo del Conde, en Talavera, concede el Rey el derecho de franquicias al Monasterio de San Isidoro de Dueñas. (3) Por eso el documento, (4) que el 17 de Febrero expidió el Rey en Talavera, ratificando la disposición testamentaria de su padre, para que se entregue al Obispo Menendo de Osma la villa de Osma, con firma de D. Rodrigo, que era testamentario, no demuestra su presencia allí, sino que es una ejecución de la resolución de lo dispuesto por las albaceas.

Entre tanto, en el Norte, en la región de Palencia y tierra de Campos, organizaron fuerzas guerreras, con el objeto de defender a D.^a Berenguela, contra la cual los oráculos de la iracundia de los Laras voceaban guerra a muerte y para arrebatar a estos malhechores al desdichado Rey. Por eso, lanzando llamas, escápase del Arzobispado de Toledo, viene con su Rey a Valladolid y, después de celebrar la Resurrección del Señor, asuela los trigales y abrasa los Palacios de los adictos de la Reina. (5) Arde cruenta guerra civil. Por evitar daños al Rey Enrique, las tropas de la hermana no atacan a las de los Laras. Estos llevan a Palencia al Rey, el cual en los días 17 y 18 de Mayo, firma en esa población sus últimas mercedes, (6) por nosotros conocidas. Sobrevino la catástrofe. Como observa el Arzobispo, se le abandonó al joven Monarca en el Palacio Episcopal de su gran vasallo D. Tello, Obispo de Palencia, fiel a su regio decoro, partidario de Doña Berenguela, próximo pariente suyo al decir de un erudito, (7) y jugando peligrosamente con unos pajecillos, a uno de estos se le escapó desde la torre una teja, que hiriendo gravemente en la cabeza a Enrique, lo llevó a la tumba, el martes, 6 de Junio de 1217. (8) Confuso el Conde, ocultó en vano el cadáver del Rey irrespetuosamente, pero antes que se difundiera el rumor de tal suceso por el vulgo, la sagaz Reina se enteró de todo y adoptó rápidamente todas las medidas para hacer abortar las que imaginara el tenebroso cerebro del perverso tutor, ideando y realizando a la vez la proclamación del futuro conquistador de Sevilla y el rescate y sepelio pomposo de su infortunado hermano, al que se puede llamar también afortunado, porque Dios alejó providencialmente de su reinado las incursiones de los moros, los cuales no se atrevieron a penetrar por las puertas de Sierra Morena, desde que tres años antes, las traspusieron, fugitivos de los iracundos resplandores de la espada de D. Rodrigo, con ocasión de la heroica defensa del castillo y territorio de Almagro; y vea el lector cuan lejos del troquel del Cid se moldeaba una gran parte de la nobleza castellana, y no pondere como reflejo de un hecho real corriente, sino como bellos sentimientos del poeta, que los forjó, las ideas del viejo romance, que se remonta a esta época:

(1) Ap. n.º 33. (2) *Crónica de Enrique I.* Núñez de Castro. C. 10. (3) Ib. ib. Allí está la firma de D. Rodrigo lo mismo que la de todos los Obispos castellanos. (4) Loperráez. tom. III. p. 50. (5) Lib. IX. c. 3. (6) Núñez de Castro. c. 10. (7) P. Getino. *Ciencia Tomista*. Año 1917. Nov. Dic. 388. (8) *Cron. Cerratense*. Esp. Sagr. II. Lib. IX. c. 4.

Y conquistado el Castillo
Fago pintar en sus piedras
Las armas del Rey Alfonso
Y yo humillado a par de ellas.

Rodrigo no asistió a estos sucesos. Desde hacía meses vivía lejos de la Corte. Condolióse del triste fin del Rey, al que amó paternalmente, sufriendo al verle soportar dolorosa e indecorosa vida en las uñas de la garduña de Lara. Miró por su memoria, escribiendo con lágrimas sus adversidades y perpetuando en el recinto de la Catedral de Toledo su recuerdo escultórico. Leo en una historia moderna de España: «La estatua de D.^a Berenguela (1) lo mismo que la de D. Enrique I fueron colocadas en la Catedral mezquita de Toledo, muy a principios del siglo XIII, por el Arzobispo D. Rodrigo. Al demolerse aquel templo árabe se retiraron de allí ambas; la de D.^a Berenguela fué a parar al «Taller del Moro» (un lugar de este nombre) donde permanecía en los promedios del siglo pasado. La de D. Enrique está colocada entre las de los otros Reyes, en la Capilla mayor de la Catedral, en el machón más próximo al altar. (2)



(1) Doña Berenguela murió muchos años después de apeada la citada mezquita, para emplazar en el mismo sitio la actual gloria de Toledo; por eso creo que esa escultura no represente a Doña Berenguela, sino a Doña Leonor u otra princesa. D. Rodrigo en vida no le dedicaría en el templo tales estatuas. (2) Angel Salcedo. n.º 82.

CAPÍTULO X.

(1215—1217)

Cuarto Concilio ecuménico de Letrán. Tesis acerca del valor de las firmas de los documentos Reales en la dilucidación histórica.—Asiste D. Rodrigo al dicho Concilio.—Su famosa disputa sobre la Primacía de Toledo.—Las actas célebres y la predicación de Santiago en España.—Viaje a Roma en 1217.—La recaudación por la cruzada general.—Obispado de Segovia.—Gestiones de Rodrigo en Roma. Observación.

Llegamos a la cuestión que ha dado a D. Rodrigo especial celebridad entre los historiadores y colectores de Concilios y entre los críticos. Desde que César Baronio, apoyado en las actas que publicó el Cardenal García Loaisa, combatió acérrimamente la veneranda tradición española de la predicación de Santiago en España, hasta Hefelé y Duchesne, en nuestros tiempos, los analistas e historiadores de alguna importancia (1) lo mismo que los investigadores de la Historia eclesiástica de España no han cesado de recordar su nombre. Ninguna cuestión más famosa que la que tocamos en este capítulo en la historia eclesiástica española y ninguna buscará el crítico con más avidez en la presente obra. Razón por la cual procederemos con especial orden y rigor.

El docto Blas Ortiz imprimió en 1547 la primera noticia de la asistencia de don Rodrigo al cuarto Concilio lateranense con estas cláusulas: «Como quiera que en esta obra mencionamos frecuentemente al Ilmo. D. Rodrigo, Prelado de feliz memoria, justo será, que omitiendo otras cosas, que acreditan y enaltecen mucho a este varon, se refiera aquel hecho único (que si no me engaño a todos parece empresa máxima y honrosísima), a saber, que D. Rodrigo, dotado de sumo ingenio e insigne por su doctrina y por la noticia de varios idiomas, en el Concilio lateranense, que presidió el Pontífice Inocencio III, estando reunidos los Prelados de casi todas las Iglesias y también número infinito de diversas gentes, pronunció un discurso, en el cual, para que nadie dejara de entender sus palabras, hizo uso del latín, del alemán, del francés, del inglés, del navarro (vasco) y del español. Muchos varones me dan testimonio de este hecho, y finalmente cierto Códice viejo, colección de diversos documentos de los padres antiguos y privilegios, intitulado: «*De Primatu nobilitate ac dominio Ecclesie Toletance*» Copiaré literalmente las palabras, que en el mismo volumen se hallan, porque son dignas de conocerse:

(1) No intento formar su interminable catálogo y sólo indico al lector, que las actas de que luego se hablará, se hallan en Loaisa, Labbé, Harduin, Hefelé y otros, y en *Razón y Fé*, mejor aún que en otra parte.

«El año del Señor 1215, mes de Noviembre, se celebró el santo y universal Sínodo en la Iglesia de San Salvador, que se llama Constantina, presidiéndolo el Papa Inocencio III en el 18 de su pontificado. Asistieron al mismo dos Patriarcas, el Constantinopolitano y el Jerosolimitano; el Antioqueno, detenido por grave dolencia, no pudo venir, sino que envió por delegado al Obispo Antadorense; tampoco pudo venir el Alejandrino, por estar bajo el poder de los sarracenos, y envió en su lugar a Pedro, diácono, hermano suyo. Asistieron a este Concilio entre Primados y Arzobispos, 71, Obispos, 412, e innumerables entre Abades y Religiosos, Deanes, Priores, Prepósitos, Arcedianos y otros clérigos seculares y Procuradores de Príncipes, Concejos y Comunidades, reunidos de las diversas partes del mundo. Y en este Sínodo General, Rodrigo, Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas, con licencia del Pontífice, anunció la palabra de Dios, empezando y terminando en latín; mas como de diversas partes del mundo se habían congregado allí *clérigos y seglares, para satisfacción de todos, haciendo en el discurso pausas e interrupciones, expuso a los seglares e iliteratos en sus propias lenguas a saber, a los romanos, a los alemanes, a los franceses, a los ingleses, a los navarros y a los españoles las autoridades y razones alegadas en latín.* Agradó a todos esta exposición, considerándola, no sólo ingeniosa, sino admirable; porque desde los tiempos de los Apóstoles apenas se cree ni se oye, ni se halla escrito, que nadie en parte alguna, anunciando la palabra de Dios, la haya expuesto en tanta variedad de idiomas o lenguas.» (1)

Tan honorífica relación, tan en armonía con la cultura de D. Rodrigo, se leyó en el siglo XVI con aplausos y sin recelos, enorgullecendo a todos los españoles. Pero ese pasaje no era más que el prólogo de las Actas, que tanta celebridad iban a adquirir por las noticias, que contenían y que podían producir tremenda conmoción si se llegaban a divulgar. Un docto amigo del P. Mariana, García Loaisa, futuro Cardenal ilustre, las publicó cuarenta y cuatro años después, en 1593, refocándolas a su sabor en varios puntos hasta modificar algo el sentido de las sentencias del original. Las Actas relataban la ruidosa disputa de D. Rodrigo en favor de la Primacía de su Iglesia de Toledo con sus adversarios, los Arzobispos de Braga, Tarragona, Compostela y Narbona. Pero tampoco esto despertó recelos; ya que el hecho más notorio y cierto de la vida de D. Rodrigo es que durante toda ella luchó con admirable ardor y celo en defensa de la Primacía de Toledo, como se verá adelante. Lo que despertó recelos y tempestades, que todavía excitan vivas contiendas, fueron las palabras siguientes de D. Rodrigo (o atribuidas a él) en una respuesta al Compostelano: «Si alega la primera predicación de la divina palabra y la conversión de muchos a la fe de Cristo en España por Santiago, que hablen, los que conocen la Santa Escritura. He leído que se le dió la potestad de predicar en España; pero mientras por la Samaria y Judea diseminaba la ley divina, bajo Herodes, degollado en Jerusalén, exhaló el alma y la entregó al Señor. Por lo tanto, ¿cómo predicó si aún no había entrado? ¿O por ventura los convirtió al Señor sin predicación? Recuerdo bien haber oído en mis primeros años de algunas santas monjas y viudas piadosas que en su predicación se convirtieron a la fe muy pocos, y, como en ella hacía escasos progresos, se volvió a su patria, donde murió por disposición del cielo.» (2)

La revelación de estas cláusulas fué un estampido. Era un golpe terrible para la tradición española de la predicación de Santiago en España. Quedaba desvir-

(1) Cap. XLIX. (2) Cito aquí el texto de Loaisa, porque fué el que voló por Europa y cambió la sentencia de los críticos.

tuada, maltrecha por la autoridad de tan grande hombre, que en el corazón de la edad media tan categóricamente la rechazaba, si se le concedía todo el crédito, que su sabiduría reclamaba. El inmortal Baronio cambió de parecer, se retractó, corrigió sus Anales y laboró para que otros se retractasen. Clemente VIII mandó reformar en el Breviario Romano la cláusula anterior, que sonaba así: «*Mox, peragrata Hispania, ibique prædicato, rediit Hierosolimam*; redactando de este modo el nuevo párrafo: «*Mox Hispaniam adiisse et ibi aliquos ad fidem convertisse Ecclesiarum illius Provinciæ est traditio*.» Toda España reclamó contra esa reforma; se comisionó una delegación de sabios para que en Roma lograra la reposición del texto primitivo; discutióse ante el mismo Papa Urbano VIII varias veces, como lo requería asunto tan grave, en que se comprometía la seriedad de la Curia romana. El Rey de España ejerció toda su presión, que entonces era la primera del orbe; y por fin se consiguió la inserción de la frase categórica siguiente, pero con resabio de alusión a la frase atribuida a D. Rodrigo, en cuanto al número de conversiones: «*Mox in Hispaniam profectus, ibi aliquos ad Christum convertit, ex quorum numero septem postea Episcopi a Beato Petro ordinati in Hispaniam primi directi sunt*.» (1) Pero los sabios extranjeros no dieron valor alguno a esta mudanza, y apoyados en la autoridad del primer historiador de España, la desecharon. En consecuencia brotó una abundante y eruditísima producción de obras con el intento de refutar las Actas y probar la venida del hijo mayor del trueno a España. (2)

La tesis universal de los españoles fué la apocricidad de las Actas. Así se cortaba por lo sano. Para dar la prueba irrefragable se examinó la verdad de la asistencia del Arzobispo Jiménez de Rada al expresado Concilio, y con argumentos, que parecían contundentes, se concluyó por la mayoría de los críticos, que el Arzobispo no se halló en aquel Sínodo. De aquí que cuando el célebre profesor de la historia eclesiástica de Roma, Duchesne, que acaba de morir, representante de la escuela crítica más avanzada de la historia, invocaba el nombre de D. Rodrigo para poner en duda la predicación de Santiago en España (3), el más autorizado representante de las investigaciones históricas de la Iglesia española, P. Fidel Fita, le replicaba hace 20 años, reproduciendo la convicción general de los defensores de la venida del santo Apóstol a España, con esta frase: «*¡Vaya en gracia! ¡Salir a estas horas con la fábula del Arzobispo D. Rodrigo en Roma!*» (4)

¿Y cómo se demuestra que es fábula? Fita así razona.

1. Porque el testimonio de las Actas no tiene valor, por ser espúreas (5) y apócrifas. 2. Mondéjar probó con un documento, que refuerzan los PP. Flórez y Cuper, que el 27 de Septiembre Rodrigo estaba en España. (6) La escritura de donación de Zorita a los judíos prueba que el 20 de Diciembre estaba en Segovia, y la de *Portaticum de Velere* en pro de los Santiaguistas, que el 29 del mismo estaba en Uclés. (7) En Segovia estaba el 16 de Marzo de 1216, según documento citado por González. (8) Juan Ferreras citó el privilegio de Boldovín del 15 de Enero de

(1) Para pormenores debe leerse el P. José Tolrá... (2) En la tupida selva bibliográfica deben señalarse como obras de mérito especial: *La Predicación de Santiago*, por Mondéjar. *Justificación Histórico crítica...* por Tolrá. *La Disertación* del P. Flórez en el tom. III de la España Sagrada. *Santiago de Galicia. Nuevas Impugnaciones* del P. Fita. «Razón y Fe.» Año 1901-1902. (3) Ou sait qu'au XIII siècle, l'archevêque de Toléde, Rodrigue Ximénez traitait encore l'apostolat espagnol de conte de bonnes femmes. Saint Jacques en Galice.—*Annales du Midi. Revue de la France Meridionale.* n.º 46. p. 145-179. (4) «Razón y Fe.» 1901. n.º 1. p. 71. nota 3. (5) Vicente de la Fuente llamó: «documento estúpidamente apócrifo, a esas Actas. Hist. Ecl. c. I. párrafo III. (6) *Predicación de Santiago.* f. 49. v. (7) Boletín de la R. A. de Hist. L. p. 167-168 y Bull. S. Jacobi. p. 61. (8) «Colección de Privilegios de la Corona de Castilla» por T. González. IV. p. 133-34 y siguientes.

1216 firmado por Rodrigo. (1) Añádase que era moralmente imposible que D. Rodrigo dejara en esa fecha a España, por la revuelta de los Laras. Como el Arzobispo no tenía tiempo de hacer el viaje a Roma por estas causas y fechas incompatibles, síguese que no asistió al Concilio ecuménico de Letrán. (2)

Al parecer, con la mayor buena fe del mundo el P. Fita ha prohijado y propuesto lo dicho como un alcázar inexpugnable de erudición y crítica. Ha construido su argumentación, siguiendo fielmente las normas que siguieron sus predecesores y todavía siguen en España los investigadores de los estudios históricos, sin titubear un momento y sin advertir los errores, a que ha dado origen y dará en adelante, sino se rectifica. Es asombroso que a la altura a que han llegado los estudios no se hayan suscitado ni siquiera dudas y desconfianzas, ni a nadie se le haya ocurrido la idea de hacer un estudio preliminar acerca de un punto capitalísimo para la historia española en la edad media. Capitalísimo es para la que estamos escribiendo, como pronto lo verá el lector, y sin su conocimiento y solución, quedamos en el caos y en contradicciones insolubles. Sin salir de los límites de nuestro asunto, dilucidaremos el problema que hemos tenido que plantear nosotros mismos.

Se habrá visto que el P. Fita tiene por cierto que las firmas de los diplomas reales son guía segura para determinar el itinerario de los firmantes. La simultaneidad de la presencia del firmante en el día y lugar, en que se expide el documento, es un principio inconcuso para él y para todos los investigadores antiguos y modernos, para conocer dónde está el sujeto, cuya firma se halla allí estampada. Recuérdese que en la edad media, en Castilla y León, firmaban por derecho propio todos los Obispos, expresando que eran electos, cuando no estaban consagrados, pero gobernaban la Sede. Por eso en todos los documentos reales aparece la lista de todos los Prelados, y rara vez falta alguno que otro. En los reinados de Alfonso VIII, Enrique I y San Fernando figuran fielmente las firmas de los Obispos, como lo he comprobado en los infinitos diplomas de esos Reyes, que se hallan en las obras manuscritas del P. Burriel, en su libro *«Memorias para la vida de San Fernando»*, en los magníficos Bularios de las Órdenes de Santiago y Calatrava, y en muchas Colecciones de diplomas de Iglesias y Monasterios y Abadías, desde Lopera hasta el benemérito P. Luciano Serrano y además otros inéditos, que hemos examinado en varios Archivos. Pero la firma, que siempre está inmediatamente después de la del Rey, es la de D. Rodrigo, en los cuarenta años, que fué Arzobispo de Toledo. Como Canciller Mayor no podía faltar. Una que otra vez, de mil no llegan a cuatro, no aparece. Sospecho que es alguna omisión en la copia o traslado de los documentos; porque en los originales, que directamente he examinado no he hallado uno, en que faltara esa firma.

Esas columnas invariables de firmas de todos los Obispos del reino en todos los diplomas reales y en todos los puntos distintos del Reino, en que se halla el Rey, al expedir sus documentos de gobierno y gracias, indican un mal hartó grave, si se admite la presencia efectiva de los sujetos que firman: indican que aquel episcopado era excesivamente andariego y cortesano. Y en verdad que era un vicio demasiado general, que la Iglesia trabajaba por extirparlo, en sus cánones.

No era fácil remediarlo a causa de la organización social de la época. Los Prelados de las Iglesias eran la clase más culta de la nación, los más ilustrados y solicitados consejos los suyos, y a la par, esos pastores de las almas eran Señores poderosos, que disponían de tierras y vasallos, al igual que los grandes magnates

(1) Historia General de España. Año 1216. (2) «Razón y Fe.» 1902: mayo. n.º 1. p. 54-56.

feudales, durante sus pontificados; pues la mayoría de las Diócesis poseía muchos Señoríos de villas y territorios. Por todo esto los Obispos tenían que hallarse frecuentemente en la Corte.

Con todo, una sencilla observación nos hace ver que esa invariable columna de firmas episcopales del Reino en todos los diplomas Reales no puede significar la presencia personal efectiva de cada firmante en el lugar y día, en que el soberano expide el documento. Porque eso envuelve una serie de absurdos inadmisibles. De significar eso se seguiría que los Prelados del Reino de Castilla siempre estaban en la Corte, sin separarse de ella en todos los movimientos por las diversas poblaciones y comarcas del Reino y en todas las expediciones bélicas; que, por lo mismo, jamás residían en sus Diócesis, por sus ministerios pastorales; que nunca emprendían viajes fuera de la Corte y de la nación, que duraran varios meses; que no había entre ellos ni ancianos imposibilitados por la enfermedad y otros achaques, ni impedidos por otras causas graves de las vicisitudes humanas. Pues los diplomas reales son frecuentes y se hallan expedidos en diversos puntos, hasta en los campamentos de guerra. Como esas consecuencias no son admisibles, es preciso deducir con certeza que las firmas no denuncian la presencia efectiva de los firmantes. Por lo tanto esa serie invariable de firmas se consignaba en los documentos para que no faltara ninguna de los que tenían derecho de firmar tales diplomas, y no puede servir para establecer la tesis de la presencia de los firmantes por el mero hecho de la firma en el diploma.

Pero he aquí otros argumentos concluyentes. En la carta del 12 de Agosto de 1216, arriba citada, los Reyes de León y Castilla dicen al Papa, que por los Obispos suyos, asistentes al Concilio de Letrán, se enteraron del decreto de paz, que dió aquel Sínodo y lo mismo se repite en la *fórmula pacis* de estos Reyes, inserta por Honorio III en la bula del 18 de Noviembre del mismo año. En la bula del 19 de Diciembre de 1216 vemos que el Obispo de Ávila acudía al dicho Concilio. Pero vimos también arriba como *todos* los Obispos castellanos, incluso el Abulense, firmaron los diplomas de Arévalo (29 Septiembre 1215) de Zorita (20 Diciembre 1215) y Uclés (29 del mismo). Se infiere de esto que las firmas citadas no prueban la presencia efectiva de los Obispos firmantes. El negarlo sería sostener que las aserciones de los Papas y Reyes en sus documentos no tienen valor alguno. Por otro lado el P. Fita admite que varios Prelados castellanos asistieron al citado Concilio, sin atender que en la carta de Zorita se hallan *todas las firmas de todos los Obispos castellanos* a continuación de la de D. Rodrigo. Luego por una inconsecuencia absurda deduce de ese documento que el Arzobispo de Toledo no estuvo en el famoso Sínodo.

Consta por una docena de bulas que van en el Apéndice, que desde mediados de 1217 hasta 1218 D. Rodrigo permaneció en Roma, por graves asuntos de su Iglesia, según lo referiremos; y no obstante en los documentos reales de Castilla de ese tiempo siempre aparece la firma de D. Rodrigo, conforme lo comprobará el lector leyendo las Memorias para la Vida de San Fernando, que sería absurdo aquí citar en particular. (1) Sobran estos datos para ver la inconsistencia de la teoría, hasta ahora mantenida, para sostener que D. Rodrigo no pudo asistir al Concilio Lateranense. La presencia de esas firmas no prueba necesariamente la presencia efectiva de los firmantes; prueba que tenían derecho de firmar, y por eso allí se estampaban las firmas. Desde luego creo firmemente, que estando en el Reino en la mayoría de los casos, D. Rodrigo suscribe los documentos reales per-

(1) Los referentes a Enrique I en la página 232 adelante; las de San Fernando de 255 adelante.

sonalmente, como presente en el punto de la expedición; porque como consejero universal de los Reyes, como su Canciller Mayor y alma de todos los negocios, rarísima vez se separaba de la Corte de los Reyes. Por eso San Fernando decía en más de un documento que le acompañaba D. Rodrigo. Por ejemplo en el de 20 de Junio de 1239 decía: «Andando conmigo el Arzobispo D. Rodrigo de Toledo, el Obispo de Osma, mío Canciller, e el Obispo de Cuenca, D. Gonzalo Ibáñez, el Obispo de Córdoba, Maestre López (de Fitero) e Martín, Maestre de Calatrava...» (1) Pero ese mismo documento confirma lo susodicho. Porque el Rey cita sólo a esos cuatro Prelados, como acompañantes efectivos, y sin embargo, en la carta se hallan todas las firmas de todos los Obispos castellanos.

Me parece que lo dicho basta para que se vea clara la tesis. Se podría aquí reunir infinito número de argumentos semejantes, sacados de la vida de D. Rodrigo y de muchos Obispos coetáneos suyos, cuyas firmas aparecen en las cartas reales, estando ellos ausentes ya en Roma, ya en otros puntos; lo mismo de tiempos inmediatos, anteriores y posteriores. Mas esto sería aburrir repitiendo lo mismo.

Pero lo dicho sólo prueba que el valor de las firmas no anula lo que afirman las Actas en cuanto a la asistencia de los Obispos de Castilla al Concilio de Letrán; asistencia que confirma Honorio III respecto de algunos, e insinúa el Tudense, al decir en general, que acudieron de todo el orbe católico. Además Inocencio III mandaba que a lo más dos Obispos se quedaran en cada Archidiócesis. Demostremos ahora que uno de los concurrentes a ese Concilio fué D. Rodrigo.

Traduciré primero una bula, directamente copiada del *Resgestum Vaticanum*, (tom. IX. folio 200. recto. n. 813) porque arroja mucha luz y nos encarrila en la cuestión. Dice así: (2) Honorio, Obispo... a los Venerables Hermanos, Rodrigo, Arzobispo y Cabildo Toledano... Como tú, Hermano Arzobispo, trabajando en recabar para tí el derecho de la Primacía en los Reinos de España, *hubieses entablado solemnemente el pleito acerca de esto, delante de nuestro predecesor*, de feliz memoria, Inocencio Papa, con el Venerable Hermano S. (Esteban) Arzobispo de Braga, ventilada la causa largo tiempo ante nosotros, al fin os presentasteis en nuestra presencia tú y el mismo Arzobispo, y se renunció por las dos partes a las pruebas y alegaciones, rogándose con instancia de ambas partes, que pronunciásemos la sentencia definitiva. Mas nosotros, *atendiendo a las circunstancias de los sucesos*, oído el consejo de nuestros Hermanos, suspendiendo todo, juzgamos que al presente no se ha de pronunciar la sentencia. Hemos conservado en nuestro poder los documentos y las actas todas, encerrados bajo la protección de nuestra bula, a petición de las partes, y se los hemos entregado a las partes, también encerrados bajo la bula. Lo que se resolvió acerca de algunos puntos de los documentos fué por acuerdo de las dos partes; pues vieron por el examen de los mismos Registros, que lo omitido nada importaba a la causa. Dado en Letrán, 19 de Enero, año segundo de nuestro pontificado.» (3)

Hay más. Tenemos una bula de Inocencio III a todos los Prelados de España, inédita y desconocida hasta hoy, que se halla en el fol. 118 del *Liber priv.* en la

(1) Colmenares. Cap. 21. n. VIII. (2) Reconozco que la fuerza concluyente de la aserción no está en estas bulas: está en lo que sigue a ellas, las bulas nos orientan, nos ilustran y señalan el camino derecho de la verdad. Además son documentos importantes de la presente historia, que se deben conocer. (3) Después de adquirir esta bula, que no creía que se hallaba en España, la ví en el fol. 113 (foliación antigua; según la más moderna es 100) del *Liber priv. II*. Tiene media docena de ligeras variantes. Cuando la creía también inédita cayó en mis manos el Opúsculo: *Estudios Históricos* del P. Fita, y en sus páginas 31 y 32 la lei impresa; y al llegar a «*prædecessore nostro*» el docto jesuita interroga así en nota. «¿En el Concilio 4.º (de Letrán) 11-30 nov. 1215?» Pero ¿cómo Fita no aludió a esto en su estudio sobre Santiago? ¿Fué intencionado su silencio?

que dice: «Habiendo venido a Nos nuestro Venerable Hermano, Rodrigo, Arzobispo de Toledo, le recibimos benignamente, y examinados los privilegios de nuestros predecesores, le confirmamos la dignidad de Primado en todos los Reinos de España.» Luego les ordena que le obedezcan. (1) Fecha, 14 de Abril; se le olvidó al copista el trasladar el año. Creo que el año es 1210, y que dirigió Inocencio III ese breve a todos los Prelados de España, después de confirmar, el 12 de Marzo anterior, sus derechos al mismo D. Rodrigo. Ahora bien, esto prueba que D. Rodrigo no planteó en este viaje del invierno de 1210 pleito alguno contra sus rivales. Lo hubiera indicado el Papa. Luego el pleito, en que contestó al Bracarense no es de esa fecha. Es que tampoco había tenido tiempo el Bracarense, para plantearse para ese momento. Ni tampoco lo pudo plantear Rodrigo cuando pasó vertiginosamente por Roma hacia fines, de 1211, para reclamar las gracias de la Cruzada de las Navas de Tolosa. No era ocasión para eso. Por lo tanto, sólo queda el viaje de 1215, con ocasión del Concilio ecuménico, para que D. Rodrigo pudiese contestar *solemnemente* al pleito planteado por el Bracarense, ante el Papa, (*coram predecessore nostro*) según dice Honorio III en la bula arriba traducida. Parece por lo mismo claro, que el Arzobispo de Toledo litigó la causa de la Primacía ante Inocencio III, en la coyuntura del Sínodo de Letrán y que no se resolvió: volvió a debatirse después de largo tiempo, hasta la época en que escribió Honorio III sin sentenciarse: y Honorio III tampoco la sentenció por razones que a su tiempo veremos.

Pero el argumento positivo terminante, que demuestra la asistencia de D. Rodrigo al Concilio cuarto de Letrán, en 1215, es el inopinado descubrimiento de A. Luchaire, historiador del Pontificado de Inocencio III. He aquí cómo cuenta el mismo descubridor la casualidad de su precioso hallazgo: «Durante la corta estancia en Zurich la casualidad nos ha hecho caer sobre un manuscrito, que contiene esta lista (de los Padres del Concilio lateranense cuarto) que se creía perdida. Pertenece a la Biblioteca cantonal, donde se conserva bajo la signatura C. 148.» (2) Dice Luchaire de ese manuscrito: «Se divide en tres partes; en las dos primeras hay copiadas varias piezas de poesías griegas; en la tercera se encuentra lo que nadie se imaginaria, la citada lista de los Padres asistentes al Sínodo ecuménico, que comienza en el folio 46, en letra fina, del estilo de la mitad del siglo XIII.» Están los Padres agrupados según el orden de las naciones, incluyendo bajo un número romano distinto los Prelados correspondientes a cada distinta nacionalidad. Todos los que pertenecen a la Península española se hallan enumerados en el número VIII, en el orden y forma, en que abajo lo traduzco rigurosamente del latín al castellano, para divulgar así los Padres españoles, que tomaron parte en el Concilio ecuménico más concurrido, que hasta hoy ha tenido la Iglesia Católica. Además interesa mucho a la historia general de la Iglesia tan precioso documento; porque hasta ahora se sabía por la relación de las Actas romanas del Concilio, que concurrieron una gran muchedumbre de Prelados y muchísimos seglares, invitados por el Papa, para tratar los asuntos de la Cruzada general, pero no se conocía de qué Sedes episcopales procedían los Obispos; por lo cual no pudieron publicar los grandes colectores de Concilios esa lista tan interesante. El Manuscrito recién hallado no pone los nombres de los Padres, sino los Obispa-

(1) Ap. 27. (2) El erudito francés dió cuenta de su descubrimiento en la revista: *Le Journal des savans*. año 1905. p. 557-568 en un artículo titulado: *Un document retrouvé*: que reproduce íntegro la *Histoire des Conciles...* por G. F. Hefelé. Nouvelle traduction. Tom. V. App. III. p. 1722=1733. Paris. 1913.

dos, de que proceden. En el número VIII pone de la siguiente manera los que asistieron de la Península ibérica:

«*El Arzobispo de Toledo, el Conquense, el Segobiense, el Oxomense, el Segobricense. El Arzobispo Compostelano, el Salmanticense, el Egitarense, el Ullisiponense, el Civitatense, el Abulense. El Arzobispo Tarraconense, Gerundense, Barcinonense, Vicense, Urgelense,*³*Calagurritano;*⁵*El Arzobispo Bracaraense, Asturicense, Mindonense, Auriense, Cohimbricense, Portuense.* Advierte con razón Luchaire, que el Códice anuncia que concurrieron 412 Padres, pero que, enumerándolos, resultan 401. Son involuntarias omisiones del autor, o copista. El Tundense dice que asistieron 478 entre Primados, Arzobispos y Obispos. (1) Algunos rebajan el número, otros lo elevan. Indudablemente el de España hay que elevarlo, como se verá por lo que luego diremos. Según el Códice citado solo asistieron las dos terceras partes del episcopado peninsular; menos que los que asistieron al Concilio anterior lateranense, proporcionalmente hablando. Porque entre los trescientos Obispos del Concilio III lateranense hubo diez y nueve españoles, entre los cuales se hallaba Cerebruno de Toledo. De admitirse el falso modo de arguir de los que pretenden que D. Rodrigo no asistió al Concilio IV, de que hablamos, se seguiría que ningún Obispo de Castilla concurrió a ese Sínodo. Porque, según ya vió el lector más arriba, aparecen en los diplomas reales de la misma fecha. Pero no vale el argumento.

Es cuestión interesante en la historia eclesiástica española y tratada con detención particular por escritores de renombre, el determinar el cuadro de Prelados, que España tuvo en aquel célebre Concilio. Teniendo ante los ojos la base sólida que nos da Luchaire con su descubrimiento lo haremos aquí, para conocer punto tan importante. Villanueva publicó una lista en el tom. III de su *Viaje Literario*, tomándola del reputado crítico Juan Bautista Pérez, el cual a su vez dice, que la sacó del libro de los Privilegios de Toledo, siendo él Archivero de aquella Iglesia primada. He aquí esa lista: Pedro de Compostela, García de Cuenca, Gerardo de Segovia, Melendo de Osma, Juan de Calahorra, Juan de Oviedo, Martín de Ciudad Rodrigo, N. de Vich, procurador del Arzobispo de Tarragona, G. I (?) Arzobispo de Braga y otros, que Vicente de la Fuente acoge con un *dicese*. (2) Pero no se atrevió el docto Pérez a publicar todo lo que vió en el Archivo Toledano, en el Códice, llamado por él de privilegios, que de seguro era el que contenía las Actas, que refieren la asistencia de D. Rodrigo al expresado Concilio. Rugía entonces la indignación española contra los que atacaban la tradición del apostolado de Santiago en la Península, y en Roma se trabajaba para que en el Oficio Divino no prevaleciese la opinión de Baronio, que apoyado en las Actas editadas por Loaisa, se empeñaba en la reforma del Breviario. Obsesionaban a España las mentirosas invenciones del jesuita P. Higuera y los plomos vergonzosos del Sacro Monte de Granada, que repartían glorias religiosas, inventadas, a las provincias; por lo que, el sabio Obispo de Segorbe, el más sesudo y firme adalid de la verdad histórica, que no quemó un grano de incienso en los altares de los falsarios, y que aún inició la lucha prudente y tímida contra ellos, con todo tuvo que proceder con cautela, y se abstuvo de publicar toda la lista de los Prelados, que en el Códice encontró; en particular calló el de D. Rodrigo, que allí figuraba. Porque si lo publica, le aplas-

(1) Faltan en el Códice de Zurich los Prelados de Burgos, Sigüenza, Palencia, Coria, León, Zamora, Lugo, Oviedo, Pamplona, Huesca, Zaragoza, Plasencia, Evora y Lamego. (2) Hist. Eccl. T. IV. Lib. IV. p. 324-325.

ta España entera. (1) Es cierto que Juan Bautista Pérez conoció los cuatro Códices de Actas, que modernamente otra vez ha examinado el P. Fita, dándonos noticias interesantes, pero no dijo que se contara en ninguno de ellos que D. Rodrigo asistió al famoso Concilio de Letrán. El caso es por otra parte, que, en el Códice primero, fuente indudable de los Códices amplificados, redactado en los días de don Rodrigo, aparecen como asistentes al Concilio los siguientes: El Toledano, el Compostelano, el Tarraconense, representado por el Obispo de Vich, y los Obispos de Cuenca, Segovia, Osma, Calahorra, Coimbra, Lisboa, Oporto, La Guardia, Ciudad Rodrigo, Astorga, Orense, Oviedo y otro, cuya Sede no se puede determinar con certeza, porque se lee solo *ensis*. (2)

Entre el Códice de Zurich y estas Actas breves aparecen las siguientes diferencias en la lista de los Padres: 1.^a Que en el de Zurich se nombra el Obispo de Oviedo, que no figura en las de Toledo. 2.^a Que en las Actas toledanas se nombran en cambio seis asistentes españoles más, los Obispos de Salamanca, Mondoñedo, Urgel, Gerona, Barcelona y Segorbe. Fuera de estas diferencias de omisión, la conformidad de las listas de los dos Códices es perfecta; y lo notable es que no hay contradicción entre las dos. Lo cual prueba que las actas citadas toledanas, a las que Fita llama «*primera trama del borrador espúreo*» reflejan la verdad histórica en cuanto a la relación de los Padres asistentes al Concilio ecuménico. Ni podía ser otra cosa; pues a mediados del siglo trece, cuando aún vivía una parte de los testigos de aquel Concilio, no era posible que hubiera ficciones burdas. En vista de la confirmación categórica y clara del Códice recién descubierto en Zurich podemos admitir como legítima la lista de los Padres españoles asistentes al Concilio cuarto de Letrán, que nos dan las Actas breves toledanas, que hemos citado, sin prejuzgar por eso el valor histórico de la discusión acerca de la Primacía, que a continuación se refiere. Otra prueba de que es verídico respecto de esa relación el Códice toledano es que advierte con verdad que el Obispo de Vich, Guillelmet de Tarvetet, hacía las veces del Tarraconense en el Concilio. Precisamente en aquellos momentos se proveía la Sede Tarraconense en la persona de Espárrago de Barca, Obispo de Pamplona, pariente de D.^a María, poco honesta madre de Jaime I, pero que influyó en el nombramiento de Espárrago. El 22 de febrero de 1216 solicitó su confirmación el Cabildo de Tarragona. (3) Ni aún se puede sostener que este Códice toledano nos da la lista completa de los Padres españoles de este Concilio, si bien es más completa que la del de Zurich. Consta, por ejemplo, que Mauricio de Burgos acudió a este Concilio con lucido séquito; (4) y sin embargo en ninguno de los dos Códices aparece. En consecuencia podemos decir cuáles son los Obispos españoles, que tomaron parte en este famosísimo Sínodo de Le-

(1) El P. Fita escribe acerca del Códice primero que es «*fuerza de la segunda parte*» de las Actas más extensas, que contienen la disputa de D. Rodrigo, y que publicó Loaisa. Lo describe así. «Es una hoja de pergamino trazada en la segunda mitad del siglo XIII, escrita en su anverso. Sirve para cubrir las hojas de un Códice, código que «*contiene la verdadera colección o tratado de la Primacía de Toledo, que el Arzobispo Don Rodrigo hizo, o mandó preparar para defender personalmente su causa en Roma, después del 20 de febrero de 1217. Estas Actas dieron pretexto y base para la primera deformación alemana*» anterior a la de Loaisa. (*Razón y Fé*. 1901. p. 40.) (2) Fita lee *Lucensis*, yo creo que es *Abulensis*, porque el Códice descubierto por Luchaire dice *Abulensis*. Puesto que, como habrá visto el lector, las listas de los Obispos asistentes al Concilio, que trae el Códice breve toledano y la de Luchaire son en todos los demás Prelados idénticas, luego ha de interpretarse y leerse ese nombre, que no se lee íntegro en el toledano, como nos lo indica el de Zurich. Además consta por la bula del 19 de diciembre de 1216 (Apéndice) que el Abulense caminaba al Concilio, por las calendas de septiembre de 1215. En cambio del Lucense no hay rastro de su asistencia. (3) Villanueva. Viaje Liter. tom. I. (4) Serrano. D. Mauricio p. 30-31.

trán. Son todos los que figuran en las Actas citadas, mas alguno que otro, que se escapó al relator.

Brillantísima comitiva acompañó a D. Rodrigo a Roma, según esas Actas. De eclesiásticos, Diego García, Canciller de Castilla, Juan Pérez, Arcediano de Toledo, (1) el Maestro Alfonso, Deán de Toledo, Niguel Escoto, el Maestro Martín de Turuégano, Juan Gutiérrez, Pedro de Santo Domingo, capellán suyo, Domingo Pascual, (2) Fernando Pérez, Guillermo Repostero. De seglares, Rodrigo Ibáñez y Esteban, Pedro García, copero, Lope Martínez, Pedro Martínez, Bartolomé, caballerizo, Gil, cocinero, Juan Abad, Vinader, García Marco, Gómez, Mañes, Justo, Juan Pérez y Maroto. (3) Menciona también el séquito de los Obispos de Cuenca, de Segovia y de Osma, sufragáneos suyos, y del de Calahorra, sufragáneo del Tarraconense, pero especial amigo de D. Rodrigo.

Probada así la asistencia de nuestro Arzobispo al cuarto Concilio de Letrán, se pregunta ahora, ¿Se suscitó de verdad en esta ocasión la discusión de la Primacía, como indican las cuatro versiones distintas de las Actas del Archivo toledano? (4) Creo que es necesario responder afirmativamente, *abstracción hecha de las circunstancias de forma y tiempo*, que se leen en las distintas Actas, que tan célebre han hecho la discusión. Es indudable que, sobre todo en las Actas más difusas, se han introducido arbitrariamente fantásticas aserciones, con el fin de dar fabulosa importancia al triunfo de D. Rodrigo en su disputa con los adversarios. He aquí los argumentos.

1.º De la bula de Honorio III, que hemos copiado, se infiere con bastante claridad que D. Rodrigo solemnemente contestó al Bracarense ante Inocencio III, (*coram prædecessore nostro*.) Ya hemos observado que semejante acto pudo ejercitar personalmente D. Rodrigo en el viaje que hizo por el Concilio.

2.º Se ha visto que es cierta históricamente la presencia del Arzobispo en este Concilio, como lo es también que concurrieron el Bracarense, el Compostelano y el representante del Tarraconense. Esto hace pensar que forzosamente se discutió el litigio pendiente. Primero porque tenía que resolverse previamente a las sesiones generales del Concilio qué lugar debía ocupar cada uno de los Prelados de esas Sedes. El que está versado en la Historia de los Concilios generales sabe que siempre ha sido ese punto uno de los que más han perturbado y molestado en los preliminares de los Concilios. Tres siglos después de lo que estamos narrando, el famoso Fr. Bartolomé, Arzobispo de Braga, llegó a desazonar el ánimo de los Padres del Concilio tridentino con ruidosa y tenaz insistencia, por sentarse antes que el Arzobispo de Toledo, para decidir en su favor los derechos primaciales, que todavía disputaba el Arzobispo de Braga al de Toledo. ¡Con cuánta mayor causa sucedería lo propio en los principios del siglo trece, la época más agitada en toda la Iglesia respecto de este asunto de la Primacía! En segundo lugar solemnemente planteado estaba el litigio entre el Toledano y el Bracarense. Como vimos, Inocencio III el 12 de enero de 1213 ordenó al Bracarense que enviara pronto sus

(1) Futuro Obispo de Calahorra, íntimo amigo del Arzobispo, como se verá. (2) El canónigo crucífero, que tanto se distinguió en las Navas de Tolosa. (3) Según el P. Serrano poco inferior era el séquito de Mauricio de Burgos en esta ocasión; llegaba a unas 15 personas. (*D. Mauricio* p. 30.)

(4) Se verá que no he citado la autoridad de Garibay, Mariana, Zurita, Cabanilles, Cejador, Cerralbo y mil historiadores más, que han dicho que D. Rodrigo asistió a este Concilio. La razón, es porque no han hecho más que subscribir lo dicho por las Actas, sin contrastar su verdad con estudio particular. Con gusto hubiéramos agregado aquí el texto del documento «Consejo que (D. Rodrigo) dió al monasterio de San Clemente de Toledo cuando iba a Roma en 1215» documento, que el P. Burriel copió en Toledo, en el tomo 113 de los Ms. que ahora están en la Bibl. Nac. de Madrid. Pero el folio de ese tomo, en que se hallaba ese documento, desapareció, como se advierte allí mismo.

procuradores para resolver lo antes posible el pleito de la Primacía con D. Rodrigo. La mejor coyuntura para hacerlo con éxito era la presencia de los dos Arzobispos en Roma, con ocasión del Concilio: y lo mismo anhelarían los dos litigantes. Natural era por lo tanto, que se litigase, y por cierto antes de abrirse el Concilio general, para no entorpecer los trabajos principales y pesadísimos, que en el programa del Sínodo figuraban, y además para solucionar a la vez la cuestión de precedencia. Precisamente las Actas breves de Toledo, que sirvieron de base para las ampliaciones de las demás Actas, como sostiene Fita, y es verdad inegable, dicen terminantemente, que tuvo lugar la famosa discusión del litigio el seis de noviembre de 1215; es decir, cinco días antes de abrirse el Concilio. En las tres posteriores Actas se lee que tuvo lugar el seis de octubre, es decir, todavía un mes antes. Pero creo que debió deslizarse una errata del mes en esas ulteriores, y se puso en vez de *VIII Novembris, VIII Octobris*. (1)

¿Cómo se desarrolló la discusión? Las Actas primeras la refieren así: «Sepan cuantos leyeren la presente página, que, celebrando el Papa Inocencio III Concilio general el año de la Encarnación 1215, vino al mismo Concilio D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas y, obtenida la venia de Imismo Papa, propuso en pleno consistorio, delante del mismo y de los Cardenales y muchos Arzobispos y Obispos y Abades y canónigos y otros clérigos, su querella contra los Arzobispos Bracarense, Compostelano y Tarraconense y Narbonense, de que no querían obedecerle como a Primado. Y para probar que era suyo el Primado presentó y leyó los privilegios de Honorio, Gelasio, Lucio, Adriano y del mismo Inocencio III, Pontífices Romanos, en los cuales privilegios se contenía y probaba manifestísimamente, que el Arzobispo Toledano era el Primado de las Españas. Añadió el mismo Arzobispo Toledano que tenía otros muchos privilegios y documentos y escritos, que mostraría, por los cuales se probaba que él era Primado de las Españas. Mostró también en el mismo día, y leyó allí la sentencia del Cardenal Jacinto, Legado de la Sede Apostólica, lanzada contra el Bracarense, si no obedecía al Arzobispo Toledano, como a su Primado; leyó también la orden ejecutoria del mismo Jacinto, dirigida a los sufragáneos de la Iglesia Compostelana, en la que les preceptuaba, que prestaran debida obediencia y reverencia al Arzobispo Toledano, como a Primado suyo.

Mas el Arzobispo de Braga, que había sido citado a esto, como después se le probó por el mismo Papa y testigos legítimos, respondió al dicho Arzobispo de Toledo planteando pleito en presencia del mismo Papa.

El Compostelano le respondió en el mismo día, que aunque él fuera Primado de las Españas, lo que era falsísimo, sin embargo sus sufragáneos en nada tenían que obedecerle; de donde se dijo por muchos, y se creyó que el mismo Compostelano respondiendo así aceptó el litigio.

En nombre del Arzobispo Tarraconense que estaba ausente, respondió el Obispo de Vich, sufragáneo suyo, por sí y por todos sus sufragáneos, de los cuales estaban presentes muchos.

El Narbonense no estuvo presente aquel día; pero el día siguiente respondió en el consistorio, que tenía derecho de regresar a casa, porque no había sido citado para esto.

(1) Salta a la vista que parece más razonable que el *lapsus* se deslizara en los redactores ulteriores, si bien no se pueda sostener como cosa cierta. También parece más probable que los Arzobispos no llegaran a Roma tan pronto, si no queremos suponer que lo hicieron de intento para debatir el pleito con tiempo.

Así acaba la discusión en estas Actas primeras, sin decir palabra de la predicción de Santiago. Todo lo que ahí se halla consuena con la verdad y sólo con fútiles reparos ha querido desvirtuarlo en puntos muy secundarios el P. Fita. Porque todo lo que alega D. Rodrigo es historia exacta. El P. Fita la llama estafalaria evasiva a la respuesta del Narbonense, cuando es lógica. Sólo del de Braga consta que había sido citado. El de Compostela y el de Vich prefirieron litigar a dar la evasiva: acaso ya iban preparados. Agrega el crítico jesuita: «Es inverosímil que el Arzobispo de Toledo moviese pleito al de Narbona sobre la Primacia, porque ésta siempre se entendió *in regnis Hispaniarum*, y expresamente se declaró así por todas las bulas emitidas por los Romanos Pontífices, desde Urbano II hasta Inocencio III, a las que las Actas se refieren.» Si hubiera leído el P. Fita las palabras de la bula de Gregorio IX, (año 1238) en la que el Papa remite a D. Rodrigo a petición de éste, las palabras con que Urbano II declara qué relaciones de Metropolitano y Primado tenía el Narbonense sobre las Sedes catalanas, (1) no habría dicho eso. El hecho de la reclamación de esta bula por D. Rodrigo en 1238 para defenderse contra las pretensiones del Narbonense, demuestra que aún seguía el pleito entre Toledo y Narbona. ¡Cómo iba a ser inverosímil que se agitara veintitres años antes! (2)

Luego hay motivos, no para rechazar, sino para admitir las Actas breves primitivas, las cuales nos dan sucintísima idea de la disputa de D. Rodrigo con sus rivales, unos días antes de la apertura del Concilio lateranense, en el otoño de 1215. El Papa no pronunció sentencia alguna después de la discusión; por lo cual ni estas Actas, ni las amplificadas dicen palabra acerca de la sentencia, ni se ocupan ya más sobre lo que D. Rodrigo hizo durante las deliberaciones del mismo Concilio. Porque las Actas extensas, en las cuales se hallan los discursos de la discusión con aplicaciones, que no parecen auténticas, cuentan el suceso de la brillantísima intervención de D. Rodrigo en el curso del Concilio, como preámbulo, al principio de la narración, únicamente para dar a conocer con unos cuantos rasgos lo que valía D. Rodrigo. El objeto exclusivo de las Actas es la relación de la disputa del Arzobispo de Toledo con sus contrincantes con ocasión del Concilio de Letrán. Lo demás no entra en su plan; por eso se distinguen allí muy bien ambas cosas. Al principio, al afirmar que D. Rodrigo acudió al Sínodo mencionado, refiere en pocas palabras cómo resplandeció en él, para luego relatar, en forma, el curso de la discusión sobre la Primacia. Después no añade nada respecto de lo que hizo el Arzobispo en las diversas sesiones conciliares; porque todo eso nada le importaba. En cambio como le importaba mucho dar a conocer lo que valía el personaje, por eso en la introducción hace resaltar sus prendas de sabio y elocuente, y pone también a continuación algunos privilegios, que el Papa le concedió en este viaje, en premio, según parecen insinuar las tres Actas extensas, si bien claramente no lo dicen. Las Actas primitivas no dicen nada. (3)

Un inciso de la narración de la intervención de D. Rodrigo en los actos del Concilio nos da suficiente luz para descubrir en qué clase de discusiones conciliares

(1) Se hallan en Raynaldo.—Anales. Año 1238. n. 52. (2) El P. Fita atacó también con su método de las firmas la asistencia del Compostelano al dicho Concilio, si bien sólo una firma aduce. Asimismo intenta dar mucho valor a la opinión de unos pocos franceses, que dudaron que asistiera el Narbonense, (*Razón y Fé*. 1902. mayo. p. 54 y 55.) Lo dicho ya acerca del valor de las firmas, y la terminante afirmación del Códice de Zurich sobre la asistencia de los dos Metropolitanos nos releva de aducir nuevas pruebas. (3) De las Actas extensas se conservan tres copias distintas, cada una con notables variantes. El jesuita P. Gams aseguró que se escribieron en tiempo de D. Rodrigo. Opina el P. Fita que pertenecen a la segunda parte del siglo XIII, o a la primera del XIV. Una copia o ejemplar

rayaron de una manera tan solemne y asombrosa la sabiduría y la elocuencia de nuestro Arzobispo. Se afirma allí que D. Rodrigo *explicó en diversas lenguas lo que había dicho en latín para satisfacción de eclesiásticos y seglares, de doctos e iliteratos*. Examinemos un instante qué materia de las diversas, que en el célebre sínodo se agitaron, podía apasionar universalmente lo mismo a los doctos que a los indoctos, a los clérigos que a los seglares. Dejando ciertos puntos muy particulares que sólo al clero podían interesar, tres puntos distintos de interés más universal y popular se trataron. El primero disciplinar, en que se concluyó por establecer por vez primera y solemnemente el precepto de la confesión y comunión pascual. El segundo dogmático, referente a los errores de los albigenses del Mediodía de Francia, que tanto ruido metían entonces. El tercero la promulgación de una gran cruzada general para el Oriente. Precisamente este era el principal objeto de este Concilio, según lo indicaba Inocencio III en su convocatoria; y sólo con el fin de decretarla con la mayor unanimidad y entusiasmo el Papa había llamado al Concilio a todos los jefes de los estados católicos, o sus representantes, a cuantos señores y barones tuvieran autoridad, y a las representaciones de todas las clases sociales. Y fué tan bien obedecido Inocencio III que no sólo congregó de los Prelados el mayor número que la Cristiandad ha visto reunido en un Concilio ecuménico, sino también contempló a la gran ciudad de Roma invadida y colmada de toda clase de concurrentes al Concilio, hasta el punto de que nadie podía transitar por las calles sin gran peligro de la vida, por la aglomeración de la gente, y hubo Obispos que fueron atropellados por la enormidad de la concurrencia, que todo lo llenaba enteramente. Ahora bien ¿quién duda que el interés y la expectación universales no los despertaban los puntos disciplinarios y dogmáticos, sino lo que a todos más hondamente preocupaba, la cruzada general?

Sin duda cuando se discutió la universalidad de la participación de los pueblos católicos a la cruzada general y su cooperación correspondiente, se vió D. Rodrigo precisado a apelar a todos los recursos de su vasta erudición y sabiduría para dar satisfacción a los diversos asistentes de distintas lenguas, que reclamaban explicaciones de los diversos puntos de vista que les proponía y que a ellos no satisfacía por de pronto. Y se preguntará aquí ¿qué puntos de vista podían ser esos que no agradaban a los concurrentes y que tan extraordinarios esfuerzos reclamaban de parte de D. Rodrigo?

Indudablemente D. Rodrigo, que obraba en nombre de todos los Padres españoles en el Concilio, al decretarse la universalidad del Concurso a la cruzada general reclamó contra la igualdad del concurso en favor de España, que tenía dentro de su territorio una incesante y costosísima cruzada contra los sarracenos, y defendió ante los Padres del Concilio la exención de los reinos españoles de la cooperación en armas y subsidios. Cosa que no debió agradar a los Padres, y mucho menos a los representantes de los diversos pueblos que habían acudido a Roma. Entonces D. Rodrigo vióse forzado a exponer en diversas lenguas, según las distintas naciones, lo que había propugnado en latín en la sesión conciliar, produ-

está en Toledo (sign. 42-22 de la Biblioteca) y contiene bulas hasta la de Inocencio IV, el 11 de mayo de 1251. Las otras dos están en la Biblioteca Nacional de Madrid, (sign. 144.) y contienen, además de lo que esa Acta trae, la participación gloriosa de D. Rodrigo en el Concilio, y la exposición más amplia de la disputa. Dice el P. Fita de estas dos últimas que la parte primera es de mediados del siglo XIII, y la segunda indica que de principios del siglo XIV, y que una mano extraña metió en esta bulas posteriores. Blas Ostiz copió de estas dos últimas sus noticias, García Loaisa las publicó retocándolas indebidamente. En *Razón y Fe* las editó el P. Fita. Allí se han de leer otros interesantes pormenores.

ciendo la más profunda admiración y veneración en toda clase de oyentes, conforme leemos en las Actas.

Que esto debió ser la ocasión de los triunfos de D. Rodrigo nos lo indican los hechos siguientes. Se sabe primero que la Sede Apostólica eximió a los españoles de la participación de la cruzada con armas. Por eso en 1217 Inocencio III, al intimar el decreto de la cruzada, no les manda a los soberanos españoles que concurren con armas, como a los demás soberanos, sino que consientan que sus vasallos se alistén libremente, que entre sí estén en paz, y que no se opongan a la recaudación de los subsidios decretados por el Concilio general. Honorio III, que sucedió a Inocencio III en el mismo año 1217, cuando se preparaba la cruzada general, pide eso mismo en otra bula, y además que España coopere a la cruzada oriental atacando a los moros en el occidente, por el mediodía de España, y lo que es más significativo, nombra por caudillo general de esa cruzada occidental a don Rodrigo Jiménez de Rada, como ya veremos. Pero el segundo hecho explica mejor eso mismo, y es que D. Rodrigo aparece constantemente como opuesto a la cooperación de España a la cruzada general, y en cambio, como paladín principal de una activa cruzada española en el mediodía para favorecer la cruzada oriental, hasta tal punto, que se opuso tenazmente aún a que se pagara la vigésima de subsidios, decretada por el Concilio, y no descansó hasta que consiguió su derogación para España, como veremos después largamente. Todo esto explica bastante cuál fué la ocasión de los triunfos de D. Rodrigo.

Digamos ahora dos palabras sobre los discutidos privilegios, que según el Códice, alcanzó D. Rodrigo en la coyuntura del Concilio. Dicen las Actas, después de referir la actuación resonante en el curso de las deliberaciones Conciliares. «Alcanzó en el mismo Concilio, según su petición, el derecho de ejercer el cargo de Legado por diez años en España, asimismo la facultad para dispensar con 300 ilegítimos, ya para órdenes sagradas, ya para beneficiados, dignidades y honores, también para dispensar a algunos sacrílegos, excomulgados, irregulares y concubinarios. Consiguió que luego que la ciudad de Sevilla volviera al culto cristiano, se sometiera a la Primacía de la Iglesia de Toledo. Consiguió en fin, que al restaurar las Catedrales y otras iglesias de España, pudiese no sólo ordenar libremente, según los cánones, clérigos, sino también constituir en ellas canónigos y prebendados.»

Tan exorbitante ha parecido este número de privilegios a los críticos impugnadores de las Actas (1) que sólo esto les ha convencido de que es fabulosa la asistancia de D. Rodrigo al célebre Concilio. Sobre todo 300 dispensas para clérigos de esa clase es una enormidad inadmisible, porque eso denunciaría una corrupción social inconcebible, que está en pugna con la religiosidad de la época. Pero lo cierto es que lo que está en pugna con la realidad histórica es esa argumentación de los críticos. Se puede asegurar que eso aun tíbiamente refleja el número de esas dispensas concedido a todo un Primado de las Españas en aquel tiempo. Dos únicas citas lo dirán mejor. Gregorio IX facultó al Obispo de Tuy, el 30 de marzo de 1233, para dispensar *con 350, de defectu natalium, en su diócesis*. (2) El mismo Papa concede al Compostelano el 5 de abril de 1240 que pueda dispensar a 30 para sacras órdenes, *exceptis de incestu, adulterio et sacerdotibus et regularibus procreatis*, dice textualmente. (3) Del resto de las facultades numeradas en ese párrafo se hablará más al fin del capítulo.

Lo que deseará el lector es conocer el texto literal de las Actas impugnadas

(1) P. Tolrá. ut supra. (2) Auvray. 1205 (3) Idem 5.132.



cuya copia íntegra no se puede dejar de publicar sin grave falta en este sitio, ya que no llega a llenar dos páginas, cuando por otra parte figura en las grandes colecciones de Concilios Generales. Omitiré aquí los párrafos ya transcritos antes íntegramente. (1) Traduciré la versión más vulgarizada. He aquí cómo habla.

«D. Rodrigo, después de obtener el consentimiento del Papa, respondió al Bracarense, que había manifestado que ignoraba la sentencia del Legado Jacinto. Padre Santo, no es maravilla que el Bracarense, que se halla presente, se niegue a reconocer la citación apostólica, y más la sentencia pronunciada por Jacinto sobre esto; pues su predecesor Burdino, Arzobispo de Braga, no se recató de rebelarse, no sólo contra la Iglesia Romana, que es madre y maestra de todas las Iglesias, sino que se esforzó como un arriano en introducir el cisma entre los católicos. En tiempo pasado, cuando Bernardo, Arzobispo de Toledo, visitó la corte romana, de vuelta, al pasar por Limoges, llevó de aquí clérigos y jóvenes para colocarlos y educarlos en la Iglesia de Toledo, siendo uno de ellos Burdino, al que no sólo formó en buenas costumbres, sino también en letras; y dióle al fin el Arcedianato de Toledo. Después por sus gestiones fué elegido Obispo de Osmá, llamándose Mauricio en lugar de Burdino. Más tarde, a instancia de Bernardo, cuyo alumno era, fué promovido al Arzobispado de Braga. Viendo anciano a Bernardo, olvidándose de lo que por él había hecho, no se avergonzó de vestirse de piel de lobo, despojándose de la de oveja, y acercóse a la corte de Pascual II, para rogarle fuertemente, que deponiendo a Bernardo, anciano e inútil, pusiese a él en su lugar, en la Iglesia de Toledo. Despreció el Papa como vanas y frívolas sus peticiones. Nació en esto la discordia entre Pascual II y el emperador Otón. Entonces dicho Mauricio o Burdino, irritado, porque no se le dió la Iglesia de Toledo, fué al emperador y logró que se le eligiese Papa, y acompañado de un poderoso ejército del emperador y amparado de su poder, entrando en Roma, no se recató de sentarse en la Silla de Pascual, en vida del mismo legítimo Papa, como sacrilego y apóstata, y tomando el nombre de Gregorio VIII, falsificando, despachaba cartas no sólo apostólicas, sino *apostáticas*. Entre tanto, durante el cisma, murió el Papa Pascual y también su sucesor, Gelasio II, al cual sucedió Alejandro III, con el cual se reconcilió el emperador Otón, y se estableció la paz entre el imperio y la Iglesia Romana. Después Burdino o Mauricio, como sacrilego y excomulgado, fué encerrado para siempre en una cueva del monasterio de la Santísima Trinidad de Escapila, en la Calabria. Esto lo atestiguan no sólo la historia auténtica, sino que lo asegura y confirma la pintura de los legos. «Si alguien lo duda que levante los ojos hacia las paredes, que nos rodean y verá pintada esta historia.» Habiéndolos levantado, como lo indicaba el Toledano, empezaron a hablar, maravillándose de la sutileza del mismo, y alabando su pericia, a la vez que veían el rubor que cubría el rostro del Arzobispo de Braga.

El Compostelano contestó en el mismo día en pleno consistorio:

Cierto, Padre Santo, risible parece la petición de D. Rodrigo, para que ahora ataque a fin de que la Iglesia Compostelana se someta a la de Toledo; lo que no suceda, porque es antigua y noble, fundada en honor del Apostol Santiago, consanguíneo del Señor, el primero que predicó en España la palabra del Señor, y convirtió a infinitos a la fe de Cristo, cuyo cuerpo descansa en la misma Iglesia.

Mas D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, pedida y alcanzada la licencia del Papa, respondió: Padre Santo, ojalá que esta causa descansara en las razones dadas

(1) También omito los párrafos de las listas de los españoles concurrentes al Concilio, como los omittieron los citados colectores.

por el Reverendísimo Hermano, Arzobispo de Compostela, y se acabaran las alegaciones de todos los lados, sobre todo, si por las predichas razones, o por cada una de ellas, cree, que puede defender que no está sujeto a la Iglesia de Toledo. Bien creo que parecerá risible mi reclamación, no a los sabios, sino a los ignorantes. Si alega la antigüedad de la Iglesia Compostelana, llega a 109 años; lo que pruebo así: Calixto Papa trasladó a ella el derecho metropolitano de la antigua y famosa ciudad de Mérida, el año del Señor 1024, a instancia del Príncipe, del clero y del pueblo de España; ya porque entonces Mérida estaba bajo el dominio de los sarracenos, ya para que se acrecentara más el número de peregrinos, que por la devoción del cuerpo de Santiago, *que se cree que está allí sepultado*, allí concurría. Pues hasta esos tiempos había un pequeñísimo oratorio donde ahora se levanta la Iglesia Compostelana. Luego es más antigua la Iglesia Toledana, que fué fundada en tiempo de Eugenio, discípulo del Apóstol Pablo. Si alega la excelencia, porque lleva la advocación de Santiago, y de verdad que cualquiera iglesia se ennoblece por el nombre de cualquier santo, y muchísimo por el de los Apóstoles, pero aún más se ennoblece por el nombre de la bienaventurada Virgen; y especialmente la Iglesia Toledana, a la que se dignó visitar la misma bienaventurada Virgen, cuando antiguamente se apareció a San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, al celebrar la misa, y a todos los que oían allí la misa. Si alega el parentesco próximo con el Señor, ciertamente ningún hombre cuerdo ignora que está más próxima al Señor la bienaventurada Virgen, que lo concibió, lo crió y que le acompañó hasta la pasión. (Luego trae el párrafo copiado ya acerca de la venida de Santiago a España.) Si alega la nobleza del sepulcro de su cuerpo, lo creo con los que creen; aunque dicen algunos que su cuerpo reposó en Jerusalén, y robado y llevado por sus discípulos, se le sepultó en Compostela. Pero lejos de mí el reclamar la gloria de la Primacía, diciendo que el cuerpo de la bienaventurada Virgen, *que firmemente creemos que está en el cielo glorioso con nuestro Señor*, haya sido sepultado alguna vez en la Iglesia de Toledo, para ser pisado diariamente por pies humanos. Preferiría ser despedazado, miembro a miembro, hasta perder la vida, que proferir esto. Vea por esto el Compostelano con qué razón dice que no tiene que someterse a la Iglesia de Toledo. Pero dejando las razones, responda, si place, a la cuestión propuesta.» (La respuesta del Compostelano se transcribió arriba.)

El P. Fita llamó a esta discusión, lo mismo que a la asistencia de D. Rodrigo al Concilio, pura invención del siglo XIV. (1) De lo dicho en el curso del capítulo deducirá el lector que eso no es verdad. Por lo que es preciso distinguir las cosas para saber lo que es necesario admitir. Hemos visto ya que es indudable la asistencia del inmortal navarro al famoso Concilio; que también se tiene que admitir por fuerza que intermedió entre él y los rivales suyos alguna discusión sobre la causa de la Primacía; que brilló extraordinariamente en el curso de la celebración del Sínodo por su erudición y elocuencia, como refieren ya las Actas breves, en que no aparece rastro de estas argumentaciones de las Actas extensas.

En consecuencia todo no es pura invención. ¿Pero lo son estos discursos de esta discusión extraconciliar? Creo que en ellos hay algún fondo de verdad, que ya no es posible discernir y depurar, a no ser que descubrimientos inesperados vengán a arrojar más clara luz. Ha pasado lo siguiente en este caso. Un apasionado amigo de la Primacía Toledana y enemigo de los competidores de la misma, se halló con las Actas breves y con noticias orales tradicionales de la contienda de

(1) «Razón y Fe». p. 60.

D. Rodrigo con sus rivales en este Concilio Lateranense. Recogió, infló y transformó a su modo las ya alteradas noticias y las insertó en medio de las Actas, conservando intactos el principio y el fin, y lo que D. Rodrigo hizo dentro del Concilio. Así atribuyó al sabio Arzobispo conceptos y argumentos, que pugnan con su ciencia y seriedad literaria. De lo que inferimos que no es posible determinar lo que llegó a decir D. Rodrigo acerca de la venida de Santiago a España; pudiendo dudarse mucho de todo lo que le atribuye el relator. Llama, sí, atención ese *creditur*, que es la palabra que usa D. Rodrigo en su historia, al hablar del cuerpo de Santiago en Compostela. ¿Significa que el relator se inspiró allí para componer su discurso? Hay que decir aquí que ese documento no vale para probar la opinión de D. Rodrigo sobre la venida de Santiago a España. Ni tampoco existen otras fuentes para conocerla. En su exposición de la Santa Escritura dice sólo que a Santiago le tocó España, pero no añade si predicó o no en ella.

Jiménez de Rada regresó a principios de 1216 a España, sin haber obtenido la sentencia apetecida sobre su gran pleito de la Primacía de Toledo, según están acordadas las discutidas Actas y más de una docena de bulas pontificias desde 1216 a 1218. Esto prueba cuanto manchó García Loaisa su propia probidad al escribir sobre esto: «D. Rodrigo ejecutó públicamente en Roma estas cosas sobre la Primacía que ganó, conforme se lo había concedido el Papa Inocencio III en su diploma.»

Más prendado que nunca de D. Rodrigo quedó Inocencio III, después del Concilio ecuménico, y más decidido a hacerle justicia en cuanto a la causa de la Primacía, dando la sentencia definitiva, que tan ardientemente buscaba el Toledano, convencido de que le sería favorable. Mas tanto como la buscaba en aquella fecha D. Rodrigo otro tanto la rehuía, entre otros, el Bracarense, que adoptó la táctica de las evasivas, ya no presentando los materiales necesarios del pleito, ya no comisionando procuradores competentemente autorizados para que se desenvolviera la causa. Cosa que conoció Inocencio III en 1215, y por eso no cesó de urgir de varios modos, pero estérilmente, con el fin de llegar a emitir el último dictamen. Sin duda la decisión pontificia obedecía a la fuerza avasalladora de la petición e influencia de D. Rodrigo sobre el ánimo del Papa. Jiménez de Rada trabajaba en aquella hora, por obtener la solución del pleito, con la misma energía y ardor que en siglos precedentes San Anselmo, Lanfranco y Santo Tomás en Inglaterra, y en Irlanda San Malaquías, no por adornarse sin oposición con un título decorativo de excelencia y autoridad, sino para defender un derecho altísimo de su Sede, y un medio de promover más eficazmente los grandes bienes del catolicismo. Porque, conforme escribía el mismo Inocencio III, gran cosa era la Primacía. Decía: «Primado y Patriarca son casi iguales, puesto que los Patriarcas y Primados tienen la misma forma, si bien diversos son sus nombres.» Porque eran verdaderas autoridades los Primados con derecho de mandar a los Metropolitanos y de recibir sus apelaciones, y de convocar y presidir los Concilios nacionales, y de exigir el cumplimiento de sus decretos y de otras leyes del derecho canónico.

Pero ocurre preguntar aquí ¿cómo se entiende que continuara tan fuerte este pleito, siendo así que el Arzobispo D. Bernardo había obtenido del Papa, a poco de la reconquista de Toledo, el restablecimiento de los derechos primaciales sobre las demás Iglesias de la Península, con mandato de que los demás le reconocieran como Primado, y que lo mismo habían obtenido los sucesores de Bernardo hasta D. Rodrigo, en el momento de la promoción a la Sede de Toledo, con las frases consagradas de «*te constituimos Primado..., en todos los reinos de España*» y «*te mirarán como Primado todos los Prelados de España, y te someterán todo lo que sea digno de tratarse,*» y existiendo además muchas sentencias alcanzadas a

favor de Toledo contra Braga, Tarragona y Compostela, durante el pontificado del mismo Bernardo, y de los Arzobispos Raimundo, Juan y Cerebruno? ¿Cómo se se explica este fenómeno de duración del litigio a pesar de tantas decisiones pontificias? Primero, porque era dudoso que la autoridad de que los Arzobispos toledanos gozaron en los últimos tiempos de los godos, por concesión de los concilios nacionales de Toledo, fuera propiamente primacial. Y como Bernardo impetró la restauración de lo que tenía Toledo en la época goda, y en efecto los Papas en sus bulas sólo aquello se lo concedían con certeza; porque ponían siempre el *sicut antiquitus*, en consecuencia quedaba lugar al pleito, y aun la Sede Apostólica reconocía constantemente el derecho a litigar sobre esto.

En segundo lugar los Papas jamás zanjaron la cuestión, en sus diversas sentencias, declarando que en el reconocimiento de los derechos del Toledano en los Reinos de España se entendían las atribuciones estrictamente primaciales, aunque ordenaban en las sentencias que daban, que en tanto que los competidores no demostrasen que estaban en posesión de la Primacia, debían someterse a Toledo aún en todos los asuntos, en que tenían derecho de intervenir los Primados constituidos en la pacífica posesión de su título y derechos verdaderos. De suerte que el criterio de Roma fué constantemente obligar a todos los contendientes a someterse a Toledo, mientras no se diese sentencia definitiva, ni se probase que el Toledano no era Primado por el hecho del reconocimiento y concesión de las prerrogativas obtenidas en la época goda. En fin, porque los adversarios pretendían que los derechos de Primacia debían tener su origen en la prioridad de la restauración después de la invasión sarracena. Eso alegó el Bracarense contra Toledo, por cuanto fué la primera Metrópoli, que se libró de los agarenos. Lo mismo Compostela, pero de manera más oblicua, diciendo que por Calixto II, cuando ese Papa unió Braga a Compostela por los manejos de Gelmirez, habían sido transferidos a Compostela los derechos de Braga. El Narbonense en cambio se apoyaba en otro principio, a saber, que Narbona recogió todos los derechos metropolitanos de Tarragona durante la invasión árabe, al amparar durante ella los Obispos de Vich y Barcelona. El Tarraconense siempre se creyó anterior al Toledano y nunca reconoció, sobre todo en el territorio izquierdo del Ebro, la Primacia de Toledo, y mucho menos en los estados de la Corona de Aragón.

Inocencio III, encariñado con D. Rodrigo, se resolvió a solucionar el pleito con el mismo empeño con que lo ansiaba Jiménez de Rada, e impulsado por la petición de éste, escribió así a los Abades y Piores de los monasterios de Espina y Mataplana, (1) el 12 de Enero de 1216: «Por las presentes os mandamos que presentéis las cartas de citación, que dirigimos a nuestro Venerable Hermano, el Arzobispo de Braga y su Cabildo, sobre la causa de la Primacia, que contra ellos promovió nuestro Venerable Hermano, el Arzobispo de Toledo, *intimándoles de nuestra parte enérgicamente*, para que ejecuten lo que se les ordena en dichas letras. Nos daréis cuenta de cómo habéis cumplido esto, por vuestras cartas.» (2) No puedo presentar el texto de las letras citatorias, por no haberlas encontrado, con verdadera pena; porque así no conocemos muchos datos interesantes. La Bula del 22 de Septiembre del mismo año de Honorio III nos enterá que D. Rodrigo en persona con el procurador del Bracarense, había señalado ante el Papa, el 1.º de Noviembre de 1216, para que las dos partes se presentasen ante él mismo, con los procesos perfectamente instruidos. Creo yo que esa designación ante Inocencio III se hizo

(1) Los dos cenobios pertenecían a la diócesis de Palencia y eran de la Orden cisterciense.

(2) *Cartulario pequeño*. f. 54. r. Bula desconocida hasta ahora.

en el momento de verificarse la partida de los Padres, después del Concilio lateranense. Pero muerto Inocencio el 16 de Julio de 1216, fué menester que la aprobara su sucesor Honorio III, y la aprobó y la impuso, como dice esa misma Bula. (1) Mas Inocencio III también había comisionado a los predichos Abades y Priorés, el 10 de Febrero de 1216, para que recogiesen las deposiciones de los testigos que el Toledano y el Bracarense designaran, para la información del proceso, y las transmitieran a Roma. Honorio III prosiguió esta causa con la misma actividad que su antecesor. El 12 de Agosto, a los 26 días de haber subido al solio pontificio, escribía a los predichos comisionados: «Os mandamos que presentéis al Arzobispo y Cabildo de Braga la carta que dirigimos en favor de nuestro Venerable Hermano de Toledo, comunicándonos luego, por escrito, cómo lo habéis cumplido.» (2) Además Honorio III ordenó al Bracarense y a su Cabildo que se presentasen en Roma para la fecha señalada por Inocencio, el 1.º de Noviembre, anunciándoles que si no lo hacían, procedería igualmente a la resolución definitiva. (3) Conociendo los portugueses que Honorio III estaba por D. Rodrigo, hábilmente procuraron evitar el desenlace desfavorable, primero no acudiendo, con subterfugios, a su tribunal para el plazo fijado, luego enviando procuradores para solicitar prórroga, contra la cual el Papa, ya disgustado, habló con enojo, como la bula del 20 de Febrero de 1217 lo dice. Además impidieron que el Papa diera la anunciada sentencia, atacando al procurador de D. Rodrigo en Roma, que era el canónigo J. Gutiérrez, sosteniendo que era incompetente. Presentó Gutiérrez todo el proceso en forma, sin hacer caso a los adversarios. En cambio el Arzobispo de Braga no quiso presentar el número competente de testigos, que debían declarar ante los delegados del Papa, como lo dice Honorio, ofendido de esto, y al verse ya en la fecha de dar la sentencia definitiva, el 1.º de Noviembre, según lo había anunciado, hallóse, con ese ardid del Bracarense, perplejo de lo que debía hacer. Como el caso era muy grave y complicado y de mucha trascendencia, y los tiempos peligrosos, Honorio III, antes de decidirse, convocó el consejo de los Cardenales, y puso todo a su deliberación. Estos le aconsejaron que no pronunciase la sentencia; y el Papa, siguiendo su consejo, escribió noblemente a D. Rodrigo que no accede al requerimiento de su procurador en Roma, y que esto se lo participa *«para que con esta ocasión no se te origine ningún dispendio.»* 22 de Septiembre de 1216. (4) El Arzobispo de Toledo evitó el dispendio, suspendiendo el viaje a la corte del Papa, que iba a emprender luego para asistir al pleito, y aguardó el aviso de Roma respecto de la nueva fecha, que necesariamente fijaría el Pontífice Romano; pues Honorio III no hacía más que diferir la sentencia para sustanciar la causa. El Papa fijó como fecha improrrogable el día octavo de Pentecostés del año 1217, asegurando al Bracarense que, a fin de no producir perjuicios nuevos al Arzobispo de Toledo, en esa fecha infaliblemente tendría lugar el litigio. D. Rodrigo no faltó, pero no sabemos cuándo salió de España: si bien se puede asegurar que salió pasada la Pascua de Resurrección, por cuanto vemos que Honorio III expedía el 26 de marzo bulas de importancia para él, y el 13 de febrero una de especial interés, que hay que exponer en este lugar.

Por tibieza y pretextos de los Prelados, iba siendo un fracaso la recaudación de la colecta impuesta por Inocencio III para la cruzada general, que debía emprenderse en junio de este año. En los reinos de España no era grande el sacrificio que se pedía. Tenía que remitirse la vigésima parte de los réditos eclesiásticos,

(1) Ap. 28. (2) Ap. 25 y 26 y 29. (3) Ap. 28. (4) Léanse en el Apéndice las bulas del 22 de Septiembre de 1216 y del 20 de Febrero de 1217.

tanto de los diocesanos como de los regulares. Los colectores nombrados eran, en la Provincia eclesiástica de Toledo, los Maestres del Temple y los Prioros de San Juan de Jerusalén de las casas establecidas en dicha Provincia, junto con el Arce-diano y Chantre de Zamora. Sólo por tres años debía pagar ese tributo. Los Prelados, a pesar de protestar plena obediencia, no secundaron la recaudación, sino que alegando motivos y pretextos, que recuerda el Papa en su bula, mostraron bien claramente su voluntad contraria. Honorio III, el 13 de febrero, manda a D. Rodrigo y los sufragáneos que ayuden a los colectores, y que hagan pagar el tributo en dinero (1) y no en especie, según unos querían.

Tristes sucesos ocurrían en Segovia en 1216. Su Obispo, el benemérito Gerardo, que en 1212 alcanzara en Roma las gracias de la gran cruzada, por incipientes perturbaciones mentales, habíase resbalado en excesos de avaricia, hasta el punto de exigir con penas ásperas, establecidas en sínodo diocesano, el cobro de derechos demasiado elevados. La Diócesis entera se opuso vigorosa y tumultuosamente, y planteó al ya debilitado Prelado una multitud de pleitos de resistencia en la Corte pontificia, a la vez que envolvió en pasiones y odios al desdichado Pastor. Pronto empezaron a venir de Roma sentencias favorables a los pueblos, siendo el primero que las recibió el Concejo de Pedraza: lo que determinó la denuncia completa del Obispo, que el vulgo la miró como castigo de Dios, según documentos oficiales de entonces. El Papa nombró a D. Rodrigo, Gobernador de la diócesis segoviense y juez de los pleitos suscitados, el 26 de marzo de 1216. Dice al Cabildo de Segovia: «Como se dice que amenaza grave daño a la Iglesia de Segovia por la enfermedad de nuestro Venerable Hermano, vuestro Obispo... hemos resuelto encargar su cuidado, en lo espiritual y temporal, al Arzobispo de Toledo, de cuya fidelidad, virtud y prudencia tenemos plena confianza, dándole facultad completa, para que por sí o por otros, obre, según la gloria de Dios y el bien de la misma Iglesia exigiere, como lo haría el Obispo propio. Él hará suministrar al Obispo y a su servidumbre necesaria, lo indispensable, de los réditos de dicha Iglesia, hasta que se cure. Os ordenamos que prestéis obediencia al mismo Arzobispo, como a Vuestro Diocesano. Pues nosotros haremos cumplir inflexiblemente la sentencia justa, que dictare contra los rebeldes...» (2)

D. Rodrigo no atendió a este cargo hasta la primavera del año 1218, sin duda impedido por su viaje a Roma, que le ocupó largo tiempo. Las bulas y los otros documentos nos dicen terminantemente cómo el infatigable Arzobispo trabajaba con su habitual tesón ante el Papa. El mismo Honorio III dió al Cabildo Toledano testimonio de esto el 31 de Diciembre de 1217, diciendo: «Si bien se sabe, que nuestro Venerable Hermano, el Arzobispo de Toledo, de tal modo sobresale por su ciencia, fama y posesión de todas las virtudes, que no necesita recomendaciones epistolares, con todo, por exigirlo sus méritos, os lo recomendamos afectuosamente, declarando que dicho Arzobispo, en la causa de la Primacía, estuvo tan solícito y diligente, que os puedo asegurar con verdad que nada omitió en ello.» (3) Añade que por ajenas razones la sobresee, para resolverla en momento menos peligroso. Arriba copiamos la bula dirigida el 19 de Enero de 1218 al mismo D. Rodrigo, ya de vuelta en España, en la cual explica el Papa, cómo, después del sobreseimiento de la causa, se han archivado los documentos, y se le han enviado por sus delegados las copias, que solicitó para su Archivo de Toledo. No encuentro otras noticias de cómo se desarrolló la disputa en esta memorable ocasión. Véase aho-

(1) Ap. 37. (2) Ap. 39. Véase Colmenares sobre estos sucesos en la Historia de Segovia.
(3) Ap. 44.

ra lo que un reputado historiador (1) del siglo pasado escribe acerca de este suceso en su Historia Eclesiástica de España. Después de decir que es *importantísima* esa bula, escribe, que D. Rodrigo se fué a Roma a fines de 1216, a poco de la muerte de Inocencio III; y como no se presentó el de Braga, y se le dió prórroga hasta la octava de Pentecostés próximo, (20 de Mayo en este año) el Toledano continuó en Roma durante todo el año 1217; «y no solamente no logró el pleito de la Primacia, sino que casi lo perdió;» pues con la fecha de 30 de Enero (es 31 de Diciembre, como hemos dicho) de 1217 el Papa Honorio III acordó sobreseerlo por entonces. Puede creerse que D. Rodrigo por pedir mucho se quedó sin nada, pues quería que le reconociesen por Primado no solamente los de Braga y Compostela, sino también los de Tarragona y Narbona, como en tiempo de los godos; ¿Y como el Papa había de darle superioridad sobre Narbona en el siglo XIII? Aún para Braga y Tarragona se tocarían dificultades, siendo entonces Aragón y Portugal naciones distintas de Castilla, reconocidas en Roma como tales.»

Como ve el lector, yerra La Fuente en cuanto al tiempo de la partida de D. Rodrigo de España, y en cuanto al tiempo que permaneció en Roma. Las fechas de las cartas mencionadas prueban que el Arzobispo estaba en España en la primavera de 1217. Las afirmaciones de *pedir mucho* y *no conseguir nada* carecen de fundamento, y las hace con el fin de explicar el origen de las Actas famosas, que para La Fuente es este viaje de Rodrigo a Roma. (2) Porque pretende él que en este viaje pidió en Roma la Primacia sobre todas las Iglesias, cosa que se la negó el Papa, y con su pretensión dió ocasión para que se escribieran las Actas citadas. El lector verá que todo esto es contrario a los hechos narrados, con documentos en la mano. Ni el objeto de este viaje del Toledano fué el que dice, sino la causa especial con el Bracarense, ni el Papa le fué adversario, sino marcadamente benévolo, ni se le negó la sentencia por la exorbitancia de las pretensiones, que se imagina La Fuente, sino por las razones expuestas, y otras que aparecerán en su lugar. La Fuente no se detiene aquí, sino que llega a ver en el espíritu de D. Rodrigo un estado de tirantez, descontento y murria, que el Pontífice procuró disipar por medio de ciertos particulares favores, que calmaron el corazón del gran Arzobispo. Escribe La Fuente: «El Papa Honorio compensó este necesario desaire con otros muchos y muy merecidos honores, que otorgó a D. Rodrigo; pues le hizo Legado suyo; cometiéndole el encargo de predicar una cruzada; le declaró Administrador del Obispado de Segovia, por indisposición del Obispo Gerardo, y con derecho a serlo de Sevilla, cuando saliera del poder de los infieles.» Este modo de orientar arbitrariamente a un fin preconcebido los datos y de escribir historia, y sobre todo atribuyendo a móviles pasionales enteramente fantásticos hechos, que tienen un origen distinto, es intolerable; y es el caso presente. Porque fué nombrado D. Rodrigo Administrador de Segovia antes que fuese a Roma y se ventilase definitivamente la causa pendiente, el 26 de Marzo de 1217. (3) Se le concedió la Legadía el 30 de Enero de 1218, a su llegada a España, de vuelta de Roma. El derecho sobre Sevilla todavía después. Por eso hay que desear las afirmaciones de La Fuente como erróneas, y porque rebajan la figura moral del gran Arzobispo. Sobre la causa del sobreseimiento discurre así el P. Fita: «Obstaría tal vez Alfonso IX, malquisto contra su hijo Fernando (meses antes alzado Rey de Castilla.) Las Sedes episcopales gallegas y asturicense dependían de

(1) Vicente de la Fuente. Hist. Ecl. p. 251. (ed. 2.^a) (2) Dice allí mismo en nota: «Este pergamino (o bula) declara todo el embrollo de la supuesta asistencia de D. Rodrigo al Concilio Lateranense.

(3) Nota a la bula del 19 de Enero de 1218.

la Metrópoli de Braga, y no le pesaría al Rey de León, así como tampoco al de Portugal, minar o descabalar por ese lado la Primacía de Toledo.» No pasa de fundada sospecha. Creo que lo hizo Honorio III para asegurar el éxito de la Cruzada, que iba a haber en España, nombrando caudillo para realizarla al mismo D. Rodrigo.

No hemos olvidado cómo el año 1215 los procuradores del Obispo de Ávila salieron airadamente del claustro del monasterio de San Juan de Sahagún, después de protestar contra la sentencia de los jueces comisionados por Inocencio III, para que resolvieran la embrolladísima causa acerca de los límites de las Diócesis de Ávila y Toledo, y sobre la posesión de algunas iglesias y monasterios. Sin impresionarse mucho, los jueces resolvieron en favor del Arzobispo de Toledo aquel asunto, que ya fatigaba a los tribunales del Papa desde el año 1200, como vemos por la bula del 4 del mismo año. La sentencia dió más revuelo al pleito, hasta el punto de multiplicarse tanto los incidentes, y nombramientos de comisiones delegadas por el Papa Honorio III, que este Papa no acierta a dar razón de tanto enredo curialesco, en las dos prolijas epístolas del 19 de Diciembre de 1216 y el 12 de Abril de 1217. En las dos bulas se habla como ya referimos, de la futura visita de D. Rodrigo a Roma y *de su estancia, acaso prolongada por fuerza*, añade la última bula. Habiéndose ocupado D. Rodrigo ciertamente de este asunto, que en aquella época tantas páginas hacía escribir a Honorio III, no podemos aducir aquí dato ninguno acerca de él.

Lisonjeado el Primado de Toledo con la esperanza de una sentencia favorable, que sus esfuerzos en Roma le habían hecho esperar respecto de la disputa con el Bracarense, estando la causa conclusa, para que el Papa diera sentencia, cuando le pareciera oportuno, resolvió volverse a España, donde reclamaba su presencia la funesta guerra, que ardía entre Alfonso de León y Fernando de Castilla, sin aguardar la decisión definitiva; pero gestionando, antes de partir de la ciudad eterna, la adquisición de piezas autenticadas solemnemente por la autoridad del Sumo Pontífice, para sostener sus derechos primaciales contra los Arzobispos de Narbona, Tarragona, Braga y Compostela. A este fin dirigió D. Rodrigo al Papa una súplica, que en el principio de las bulas de otorgamiento recuerda el Pontífice en estos siempre invariables términos: «Suplicaste, Hermano Arzobispo, que habiendo en los Registros de los Romanos Pontífices algunos documentos de la Iglesia de Toledo, los hiciéramos copiar y entregar con certificado de nuestra bula, para que, si fortuitamente perecían los mismos Registros, o se deterioraban por la vejez, no se perdiera con ellos el derecho de la Iglesia.»

Nueve bulas distintas dirigió Honorio III a D. Rodrigo en los meses de Enero y Febrero, incluyendo en cada una de ellas las bulas de otros nueve Papas anteriores. No todas las bulas se refieren a la cuestión de la Primacía. Las de Urbano II tienen ese objeto principal, pero en la última se trata de otros asuntos. Una de esas bulas encierra la página interesantísima de la restauración de la Iglesia de Tarragona, y por eso la copió casi literalmente D. Rodrigo en su historia de España. (1) Las ocho de Eugenio III, como las anteriores de Urbano II y varias de las de Alejandro IV, Adriano IV, Atanasio, Pascual II, Lucio II, Gelasio II se hallan en el famoso Cartulario tantas veces mencionado de Toledo, que por rapiña gubernamental se halla en Madrid. (2) Se aprovechó también D. Rodrigo de esas bulas autenticadas para otros puntos de la historia. Copió íntegra la de Gelasio II

(1) Lib. VI. c. 25. (2) Se hallan en el Lib. priv: II; desde el fol. 86 adelante hasta 118.

acerca del cisma del antipapa Burdín (1), que Gelasio II dirigió a Bernardo de Toledo desde Gaeta. Lo notable de la bula del 4 de Febrero de Honorio III al Arzobispo D. Rodrigo es, que después de copiar las bulas de Gelasio II, que autentica, prosigue diciendo a los demás Prelados de España: «Siendo de nuestra incumbencia llevar el cuidado de todas las Iglesias, recibimos benignamente a nuestro Hermano Rodrigo, Arzobispo de Toledo, que vino a Nos, y mirados los privilegios de nuestros predecesores, le confirmamos el Primado en todos los Reinos de España, al tenor de los privilegios. Y mandamos, al remitirle, con la gracia de la Sede Apostólica a su Sede, que todos le prestéis, sin contradicción, la obediencia canónica y la debida reverencia.» (2) Lo que prueba que Honorio III, aunque, no dirimía por sentencia el pleito, mantenía el *statu quo* por mandato de suprema autoridad pontificia. En fin por bula del 5 de Febrero Honorio III ratifica la de Pascual II a Bernardo de Toledo, en la cual terminantemente se ordena, que el Obispo de Burgos reconozca la Primacía toledana. (3)

Debían existir rumores o presagios de que en las regiones de Francia había marcada hostilidad contra la persona de D. Rodrigo, y que podría sufrir algún ataque o desacato a su paso de regreso por aquellas comarcas. No se explica de otra manera el acto espontáneo de benevolencia de Honorio III en favor del Arzobispo de Toledo, adoptando medidas particulares para la seguridad de su persona y de su séquito, anticipándose el 23 de Diciembre de 1217, a escribir al Arzobispo de Burdeos, un breve en que le decía: «Aunque confiamos de tu caridad con la que honrarás mercedamente a nuestro Venerable Hermano, el Arzobispo de Toledo, no menos por la eminencia de sus virtudes que por su dignidad pontifical, que aún sin ser rogado exige la veneración; pero movido por la abundancia de la caridad, que profesamos al mismo Arzobispo, por que así lo reclaman sus méritos, pedimos y rogamos a tu Fraternidad por las presentes, que, mostrándote providente, procures que en su tránsito por tu Provincia no sea impedido ni él ni su acompañamiento familiar, reprimiendo con censura eclesiástica sin apelación, a los que lo impidieren.» (4)

En este día se firmó en Roma la curiosa liquidación de cuentas, hasta ahora ignorada, por la que sabemos que el compañero del Arzobispo en este viaje fué el canónigo crucífero de las Navas, Domingo Pascual, el cual en nombre de Don Rodrigo otorgó la escritura de liquidación, en la que el caballero Felipe Juan Máximo de Solís declara, que queda satisfecho por lo que recibe por las ochenta libras, que prestó al dicho Arzobispo cuando se hallaba por sus negocios y por los de su Iglesia en la curia romana.» (5) Autoriza el documento el secretario imperial Ricardo: señal de la jurisdicción temporal, que ejercía el emperador en Roma.

Honorio III regaló en este viaje a D. Rodrigo reliquias de San Bonifacio y San Alejo, encerradas en un relicario de plata, adornado de piedras, que aún se enseñan y veneran en la catedral de Toledo. (6) Según Cerralbo también trajo en 1215 otras reliquias, que le dió Inocencio III, y que el Arzobispo regaló a Huerta. (7)

La mejor prueba de cómo D. Rodrigo produjo en la Corte pontificia una impresión óptima se encuentra en el *motu proprio* del 25 de Enero de 1218, por el cual Honorio III concede a D. Rodrigo el derecho de Primacía sobre la Provincia eclesiástica de Sevilla, en cuanto saliera del poder de los agarenos, en atención a la

(1) Lib. VI. c. 27. Esa bula se lee en el fol. 94 del *Lib. priv.* citado. (2) Lib. priv. II. fol. 108. r. v. desconocida e inexplorada hasta hoy. (3) Lib. priv. II. fol. 111. r. v. (4) Ap. 42. (5) Lib. priv. II. fol. 84. (6) Se halla en el n. 7 de la Ochava Sexta. (7) Discursos... p. 172.

especial devoción, que la insigne Iglesia de Toledo profesa a la Sede Apostólica. (1) El 31 del mismo ordena a los Soberanos de España, que ejecuten lo dicho en esa bula, cualquiera que sea el que la reconquiste de los infieles, reconociendo ellos mismos esa Primacía del Toledano. (2) Esta concesión del Papa nos da la pista para conocer cuál era el sentir de Roma sobre los derechos primaciales de D. Rodrigo en España. De no temer graves conflictos, Honorio III hubiera zanjado los pleitos de todos, proclamándole Primado de España. Tomásín dijo sin motivo, que el Papa se la hizo «como para consolar al Arzobispo D. Rodrigo.» (3) Lo que hay que decir es que el Pontífice se la concedió persuadido de las razones de este infatigable adalid de la Primacía toledana, la cual defendía él respecto de Sevilla del modo siguiente. «Se dice por algunos que la Primacía estuvo primero en la Iglesia de Sevilla, y después fué trasladada a la de Toledo. Lo cual no puede sostenerse. Porque Siseberto, Arzobispo de Toledo, fué depuesto por su culpa en el concilio VI de Toledo, por los Arzobispos, Obispos y por todo el clero de España y de la Galia gótica, y decretaron que nada se tratase en el Concilio hasta que se nombrase el Pastor de la primera Sede. Fué elegido Felix, Arzobispo de Sevilla y hecho Pontífice de Toledo..... De donde es claro que si la Iglesia de Sevilla fuese mayor no sería trasladado su Obispo a otra menor.» (4) D. Rodrigo dió un beneficio a Gonzalo, familiar del Papa, declarando que Gonzalo es su amigo, y que se lo da por los méritos contraídos cerca de Honorio III, y movido de cierto especial afecto; 10 de Enero, 1218.

Nada menos que tres distintas bulas de gracias despachó Honorio III, en favor de su admirado D. Rodrigo el 31 de Enero de 1218, manifestando en una de ellas que lo hace «para demostrar por las obras, que él es grato a sus ojos.» En una le otorga la facultad de absolver a los que hubieran herido violentamente a los clérigos, con tal que el caso no fuera enorme, y previa reparación; y la facultad de dispensar a los clérigos, que interin hubiesen celebrado o recibido órdenes. En la segunda le faculta para proveer las dignidades y beneficios de las Sedes sufragáneas vacantes de su jurisdicción, que pertenecen a los Obispos, excepto las que pertenecieren a la Santa Sede, por llevar mucho tiempo de vacante. (5) En la tercera extiende ese favor para que pueda proveer de tales beneficios, no sólo en las comarcas de nuevas conquistas, sino en las Diócesis sufragáneas cuyas respecto de las que ya son de derecho de la Santa Sede, por razón del tiempo transcurrido. (6)

No quiero cerrar el capítulo sin decir dos palabras acerca de la Disertación del jesuita, P. José Tolrá, sobre la venida de Santiago a España, que se halla muy divulgada, por haber sido reimpresa en la «Historia de la Iglesia» por el Abate Berault-Bercastel. No es para tachar su argumentación acerca de esa venida, que la dejo en todo su valor, sino para que se lea con desconfianza, lo que escribe de D. Rodrigo, al impugnar las Actas famosas, que encienden su ira santa, y para que, conforme a lo escrito, corrija los errores, en que incurre, al hablar de los viajes de D. Rodrigo a Roma. Hablando de éstos dice: «D. Rodrigo no partió para Roma, como advierte Ferreras, citando documentos auténticos, hasta el año 1235, en tiempo de Gregorio IX, con el fin de conseguir su Primacía, o para terminar este negocio de varios modos interrumpido, aunque desde el año 1216 se hubiese ya hecho conocer en aquella capital por Honorio III.» Ya hemos demostrado que eso es contrario a la historia: ni Ferreras llega a sostener tan rotundamente, que

(1) Ap. 51. (2) Ap. 60. (3) Discipline... Part. I. L. I. c. 36. n. VI. (4) Lib. IV. c. 3. (5) Ap. 58 v 50. (6) Ap. 56.

hasta 1235 no estuvo en Roma D. Rodrigo, ni los documentos, que aduce, dicen eso. Falta en los asertos de Tolrá la veracidad necesaria.

Más descaradamente aún se atreve a argumentar fuera de la verdad, invocando al Tudense. «D. Lucas de Tuy, clásico historiador nuestro y coetáneo de D. Rodrigo, refiere muy de propósito y *minuciosamente la gran multitud de prelados españoles*, que concurrieron al Concilio general Lateranense; y no solamente omite a D. Rodrigo, que era el más notable y visible de todos, sino que dice en el mismo lugar que, en aquel tiempo, el reverendísimo Padre Rodrigo, Arzobispo de Toledo, hizo una admirable fábrica de su Iglesia. Basta el sentido común para conocer que un Obispo, historiador coetáneo, sin tacha, y que para justo honor de su patria *individualiza los nombres y las personas de los españoles concurrentes* a un Concilio general, no se descuidaría en nombrar al mayor personaje eclesiástico del Reino, si éste efectivamente hubiera concurrido a aquella sagrada asamblea.» Escúchese lo que dice literalmente el Tudense, y véase cuánto inventa Tolrá. «El glorioso Papa Inocencio celebró un Sínodo en Roma, donde asistieron cuatrocientos siete Obispos, Primados y Metropolitanos setenta y uno. También estuvieron dos principales Patriarcas, el Constantinopolitano y el Jerosolimitano.» (1) Ni una palabra más especial acerca de los Prelados de España. Además mucho desagrade el tono zumbón con que quiere tachar de exagerado e improbable el conocimiento singular de idiomas, que D. Rodrigo reveló en el Concilio, según hemos contado, alegando por chirigota que también debía saber el maronita. Ya se ha visto cómo la carrera del gran sabio de la edad media nos conduce lógicamente a pensar que tuvo que conocer las lenguas, que se le atribuyen, debiéndose añadir que también conoció el árabe. Omite otras cosas, que no poco deslucen y desautorizan el trabajo del acérrimo defensor de la predicación de Santiago en España, en lo que respecta a la desafortunada impugnación de la asistencia de Don Rodrigo al Concilio ecuménico de Letrán. Llega el P. Tolrá a mirar al famoso Arzobispo de reojo y con cierto disgusto.



(1) *Hisp. Illust.* p. 133.

CAPÍTULO XI.

(1218—1220.)

Proclamación de San Fernando.—D. Rodrigo pacifica a Castilla y ordena la diócesis de Segovia.—Recibe donaciones Reales.—D. Rodrigo Legado del Papa y caudillo de la cruzada occidental.—Sus dos cruzadas por Extremadura y Valencia de 1218 a 1219.—Relaciones con Diego de Campos.—Cultura árabe de Don Rodrigo.—Su conducta con los judíos.—Resuelve las graves cuestiones de Osma y Calahorra.—D. Rodrigo es amonestado por el Papa.—Pacificación de la Sede Segobiense.—Sus derechos sobre Cuenca y Palencia.

A la muerte de Enrique I, la rara prudencia de D.^a Berenguela salvó la dignidad de la corona y la libertad de Castilla. Estando aún encerrada en Autillo por sus enemigos, mandó a Toro, donde seguía morando el Rey de León, dos caballeros fieles, para que impetrasen de Alfonso IX, que le enviara a su hijo Fernando, para que fuese a consolarla en la prisión. El Leonés sin el menor recelo, pese a su índole suspicaz, se lo concedió en el acto. Fernando voló a abrazar a su madre, la cual jubilosa dejó audazmente su cárcel en compañía de su hijo y, seguida de sus leales, corrió rápida e inopinadamente a Palencia, donde, desconcertados los Laras con tal aparición, ni intentaron resistir, sino que sólo se les ocurrió la osadía de pedir que se les entregase el Infante; lo que la Reina rechazó indignada, considerando los males pasados. Salió luego de Palencia, dió varios rodeos por Castilla para dar tiempo, con el fin de que se nutriesen las filas de sus leales, y al saber que Alfonso de León movilizaba en Toro sus fuerzas con siniestras intenciones, entró en Valladolid, donde reunidas las Cortes de Castilla, se hizo reconocer por Reina propietaria; y como añade D. Rodrigo: «Mas ella, ciñéndose más que todas las señoras del mundo a los límites de la pureza y de la modestia, no quiso retener el Reino; sino que saliendo por las puertas de Valladolid en compañía de la muchedumbre de los que habían concurrido de las márgenes del Duero y de Castilla, porque la multitud de las casas de la ciudad no permitía el desahogo, se dirigió al lugar en que se celebran las ferias, y entregó allí el Reino a su hijo. Con aprobación general es conducido el mencionado Infante Fernando a la Iglesia de Santa María, donde se le elevó al solio del Reino, el año 18 de su edad, entre los cantos del clero y pueblo, que modulaban el *Te Deum laudamus*.» D. Rodrigo no estaba presente; pues, según se ha contado, se hallaba en Italia, negociando importantes asuntos. D. Rodrigo no precisó más la fecha de la coronación de San Fer-

nando, la cual ha de ponerse según Flórez el 1.º de Julio (1); también según L. Serrano, pero teniendo por cierto que reinaba antes de mediados de Junio, ya que el 11 de éste expedía cartas de gobierno, (2) y según Fita entre 3 y 15 de Julio. (3)

No podemos pasar adelante sin vindicar a Jiménez de Rada de la falsa imputación con que Mariana puso arbitrariamente en entredicho su veracidad, en un punto célebre de la historia de Castilla. Garibay, dando fácil crédito a escritores harto ligeros, dijo en su Historia que D.^a Berenguela era la segundogénita de Alfonso VIII, y D.^a Blanca, madre de San Luis, la primogénita, y por tanto heredera legítima del Reino de Castilla, después de Enrique I, opinión que nació dos siglos más tarde de la muerte de San Fernando; y por lo tanto D.^a Berenguela era una usurpadora de los derechos de su hermana, y por consiguiente Rey usurpador de Castilla el mismo San Fernando. De aquí dedujo Mariana contra D. Rodrigo, que éste era parcial y que escribía contra su conciencia, porque escribe D. Rodrigo categóricamente así: «Por la muerte de los hijos (varones) se debía la *sucesión del Reino a ella* (Berenguela, de la cual habla) *que era la primogénita*; y se probaba esto mismo por el privilegio de su padre, conservado en el armario de la Iglesia de Burgos, y además, antes que el Rey hubiera tenido algún hijo, todo el Reino la había jurado y reconocido dos veces.» (4) Mariana censura así a Rodrigo en ese punto: «Lo que añade que (Berenguela) era la mayor de las hermanas, creemos que fué por afecto a una de las partes y no en conciencia. Si bien muchos otros siguen la opinión de Rodrigo.»

Dignamente enojado el anotador de la obra del Marqués de Mondéjar, escribe de este modo contra esta enormidad: «Aun más reparable me parece en el mismo Mariana la temeridad con que, siguiendo la acedia de aquel rígido natural, que manifiesta en toda su historia, inclinándose siempre a cuanto puede lastimar el crédito ajeno, como han notado muchos, calumnia sin ninguna razón ni fundamento al Arzobispo D. Rodrigo. Pues habiendo referido la sustancia del segundo lugar suyo, que dejamos copiado en el capítulo precedente, dice hablando de Doña Berenguela *«Quod addit, inter sorores natu maxima fuisse, magis ex partium studio quam ex fide positum arbitramur. Tametsi Roderici opinioni plures alii suffragantur.»* De manera que en sentir de Mariana no sólo mintió el Arzobispo, sino con mentira tan torpe y fea, que cuantos vivían entonces, así en Francia como en España, pudieron conocer que mentía; pues era difícil que ignorasen cuál de las dos Reinas, que gobernaban entrambos Reinos era la mayor... Agrava más el delito de Mariana la falsa urgencia, que tenía el Arzobispo para cometer el que le imputa: pues asegura que fué dos veces jurada D.^a Berenguela por sucesora del Rey, su padre, y que por esta razón la aclamaron como tal luego que murió el Rey, su hermano. ¿Y siendo bastantísimos fundamentos entrambos para poseer justamente la corona, de qué servía añadir era la primogénita, si no lo fuese? Una y otra circunstancia admite y refiere Mariana y sólo duda de la última, en que se fundan, y de que procedieron sin otro, que el de ensangrentar la pluma en el mayor varón, que tuvo España en aquel siglo... Si produjese Mariana algún testimonio del mismo tiempo o del inmediato, con que cohonestar su sospecha causaría menos horror su calumnia. Pero ¿a quién, que la leyere desnuda de la más leve apariencia de verisimilitud, aunque ignore la gran autoridad de los que aseguran lo mismo que el Arzobispo, dejará de causar extrañeza se impute semejante cosa a tan venerable sujeto, que mereció elogios de Honorio III? (Cita las bulas en que

(1) *Clave Historial*. Siglo XIII. (2) *D. Mauricio*. p. 38 y 39. (3) *Boletín de la R. A. de Historia*. t. VIII. p. 248. (4) *Lib. IX*. c. 5.

constan.) No dejó de conocer su gran desacierto Mariana; pero aunque intentó corregirle en la edición castellana de la propia «Historia de España» manifiesta luego en la misma enmienda la violencia con que la hace; porque en lugar de la cláusula arriba notada, pone la siguiente... *Así lo refiere el Arzobispo D. Rodrigo. Añade luego que era mayor de sus hermanas; que lo tengo por verosímil; si bien algunos otros autores son de otro parecer*, y cita a la margen a Garibay y a la Valeriana. Porque fuera de ser contra razón graduar sólo de más verosímil el sentir del Arzobispo, que refiere lo mismo que veía, y repiten cuantos escribieron en su mismo siglo (Lucas el Tudense...) y en los dos siguientes, así nuestros como extraños, respecto de sólo dos modernos, que cita en contrario.» Nota Mondéjar que Mariana poco antes había afirmado, que Blanca era de más edad y que así se contradice. (1) Cuando San Fernando ocupó el trono castellano tenía San Luís, su primo, dos años y tres meses; había nacido el 25 de abril de 1215, en el castillo de Poissy, para resplandecer gloriosamente a la par que San Fernando en el cielo de los santos y héroes.

Lo primero que vió San Fernando desde las gradas del solio, fué la tea incendiaría de la guerra, encendida por los funestos y defraudados Núñez de Lara, y fomentada por su propio padre, escocido y despechado por el ardid con que le había desorientado D.^a Berenguela. Bizarro y fuerte el joven soberano, derrotó sucesivamente a los tres Laras, y los demás nobles, que les seguían, a fuerza de valor y constancia, arrebatándoles, contra todos los augurios, sus Señoríos y castillos, maravillando a todos tan rápidos triunfos, y la pronta terminación de la guerra intestina, como lo da a entender el mismo D. Rodrigo al escribir así: «En el espacio de seis meses se calmó de tal modo la sedición, que parecía había de durar perpetuamente, que el rey Fernando reconocido por todos, empezó a ejercer su autoridad real en todas partes.» (2) No significa esto que se habían sometido los cabecillas rebeldes, que todo completamente en el interior estaba sujeto al joven Monarca y que el Rey de León, padre de San Fernando, estaba en paz con Castilla. Éste seguía alentando a los Laras, ya derrotados, a fines de Enero de 1218, y no dejaba de hacer guerra por la frontera, con ardor y tenacidad lamentables. Era necesaria la presencia del hombre más influyente en la política de España, para que se acabara tan escandalosa lucha entre el padre y el hijo.

Llegó por fin éste en la segunda parte de Enero; pues D. Rodrigo, que salió de Roma a fines de Diciembre anterior, no pudo penetrar antes en Castilla. Yerran por eso los que dicen que el 12 de Enero se hallaba el Arzobispo en Burgos, porque aparece su firma junto a la de San Fernando, en una carta de donación que el Santo Rey expidió en dicho día. (3) Lo dicho arriba basta para entender el alcance de esa firma.

D. Rodrigo empezó inmediatamente a gestionar la paz entre Castilla y León, para consolidar también la paz interior del Reino; al principio con poco fruto, a causa, sobre todo, del Leonés. No así cuando recibió la bula del 30 de Enero de 1218, en que Honorio III le encomienda la misión de unir a los dos Reyes citados para que dejen la guerra civil y, confederados ambos, acometan a los sarracenos, según lo preceptuado en el Concilio general de Letrán, para favorecer la cruzada oriental. (4) D. Rodrigo les debía exigir la paz por cuatro años. Ganó primero la voluntad de D.^a Berenguela, que tenía en sus manos la de su hijo, y podía mucho

(1) Corónica de Alfonso VIII. «Discurso desvanecimiento de la nueva pretensión de los reyes de Francia a la corona de Castilla.» Cap. 8. (2) Lib. IX. c. 8. (3) Memorias... p. 259. (4) Pressutti, tom. I. 176.

en la de su antiguo esposo; y cuando menos se esperaba, logró D. Rodrigo el éxito de sus diligencias. Padre e hijo, irritados más que nunca, se pusieron un día frente a frente, para atacarse con poderosas tropas, cuando la intervención de D. Rodrigo produjo el efecto deseado, gracias, por otro lado, a una de esas reacciones bonancibles del ánimo del Monarca Leonés. (1) Alfonso IX de León se allanó a firmar paces sólidas, a dar garantías de buena ley y a prestar ayuda a su hijo, para guerrear a los musulmanes, con tal que Fernando le pagara el dinero, que Castilla debía al Rey de León desde el Reinado anterior. Fernando se lo prometió, y se concertó una paz, que no se quebrantó más. Para la mayor seguridad se renovó la *forma pacis*, ya conocida, con cláusulas terminantes. Alfonso de León facultó al Arzobispo de Toledo y a los Obispos de Burgos y Palencia para que le excomulgasen y pusiesen en entredicho en su Reino, si faltaba; D. Fernando concedió lo mismo al Compostelano y a los Obispos de Astorga y Salamanca. (2) Primavera de 1218. Desamparados los Núñez de Lara con este golpe de D. Rodrigo, quedaron para siempre derrotados y anulados, si bien no se sometieron humildemente, ni se entregaron a San Fernando, el cual por otra parte, jamás quiso formar conciertos con ellos. Los tres se expatriaron, vagaron entre moros, haciendo su vida, y acabaron bajo el amparo de la cruz, tras compungida penitencia en el lecho de la muerte; y Álvaro murió y fué sepultado en Uclés, en 1219; Fernando poco más tarde, en Puente de Fitero, diócesis de Palencia; y Gonzalo (3) en 1221 cerca de Córdoba. No pudo ser más acertada la política de inexorable e implacable rigor de la corte de Castilla. Era necesario el abatimiento de aquella indómita nobleza, tan funesta cuando se engreía, a causa de su terrible organización feudalista. Eran dueños absolutos de sus estados y vasallos; de modo que éstos estaban más obligados a su Señor que al Rey. Los Sres. tenían derecho de desnaturalizarse contra la voluntad de su soberano, según la ley del feudalismo. Por eso, con tales leyes, derechos y costumbres eran los reinos viveros de nobles ambiciosos, tumultuosos, codiciosos, antipatriotas, tiranos de sus vasallos, rebeldes a sus soberanos. Cuanto más poderosos y altos, peores. Sólo un remedio había para refrenar y domeñar a esta nobleza altiva e independiente, y utilizar sus servicios, que el Rey apareciera más poderoso, siempre firme y resuelto, y posara sobre los discolos y revoltosos pesadamente la mano de su autoridad, cerrando la puerta de la benevolencia y clemencia a los manifiestamente indignos. Tal fué la política, que practicó la corte de Castilla en el principio del reinado de San Fernando, y que le dió indudablemente el mayor éxito; porque le aseguró todos los triunfos políticos y guerreros del porvenir. Fiel a esta política, no consintió que ninguno de los funestos Laras viviera en el Reino, ni que ningún partidario suyo alzara la frente impunemente. Así aconsejó siempre D. Rodrigo a sus reyes.

Ni podía aconsejar otra cosa el prudente D. Rodrigo, ni admitir otra norma la sagaz D.^a Berenguela, amos de la inteligencia y del corazón del nobilísimo y enérgico Rey D. Fernando, que buscaba las leyes del gobierno en aquellos dos oráculos, que eran fuentes de luz, de experiencia, de rectitud y de discreción altísimas. D. Rodrigo, desde su vuelta de Roma, comenzó en la corte de Castilla a ser el oráculo de la madre y del hijo, como antes de Alfonso VIII, por sus cargos y gran autoridad, y por la particular influencia, que tenía con D.^a Berenguela, como confesor suyo. Podían abandonarse sin recelos a las inspiraciones de nuestro sabio lo mismo el hijo que la madre; porque como observa Rorhbacher, «D. Rodrigo po-

(1) D. Mauricio. c. 4. (2) Cabanilles. III. p. 11. Nota. L. Serrano. p. 41. (3) Lib. IX. c. 9 y 11.

seía una capacidad prodigiosa para las ciencias y para los negocios.» (1) Y como D.^a Berenguela y D. Fernando se daban cuenta de esa capacidad de su consejero, sucedieron también los dos grandes hechos que el mismo célebre historiador francés refiere a continuación. Primero, que D. Rodrigo «*estaba tan perfectamente unido con Berenguela y Fernando, que se podía decir que los tres no tenían más que una sola alma.*» El segundo hecho es el papel culminante de Jiménez de Rada en el período más alto de las más puras glorias históricas de Castilla. Dice: «*El célebre Rodrigo, Arzobispo de Toledo y gran Canciller, estuvo a la cabeza de los Consejos durante treinta años*» del reinado de San Fernando. (2) ¡Qué tan grandes hombres, Rodrigo, Berenguela y Fernando el Santo! Lo más puro y elevado de la sabiduría, de la ternura y del valor. No volvieron otra vez a juntarse tan efusiva y armónicamente en el solio de Castilla, al traves de las edades, ni gozó Castilla tanto tiempo de tres semejantes tesoros a la par en el curso de los siglos. Los tres le sirvieron más de cuarenta años. ¡Qué extraño que la hicieran grandel

La paz concertada en la primavera de 1218, de vuelta de D. Rodrigo de Roma, no llegó a ser completa en el interior del reino hasta el año 1219, en que a consecuencia de una Bula (3) de Honorio III, urgió con censuras el mismo D. Rodrigo en unión de los Obispos de Burgos y Palencia, la paz a los perturbadores. Efecto de la paz fué el comenzar San Fernando a visitar su reino en el mismo año. (4) Le encontramos en Guadalajara, el 2 de mayo, y el 26 en Toledo, mientras que nuestro Arzobispo el mismo día premiaba en Guadalajara a su amigo y familiar Gonzalo, donándole el usufruto del castillo de Aljama y sus aldeas, por los servicios que le prestaba en la curia romana, previa autorización del Papa para esta donación. (5) De Guadalajara se trasladó a Segovia, donde era necesaria su presencia, para que pusiera orden en aquella revuelta diócesis, pues D. Rodrigo ni por sí, ni por medio de un delegado, que según la Bula del 6 de marzo de 1216 podía elegir, todavía no había puesto remedio a los graves males, que la perdían, acaso por la absorción de otros negocios. Un autor escribe: «El Arzobispo no se encargó del gobierno de Segovia hasta ese año (1219), fuese por temor a las deudas (6), que su obispo había contraído, ya también recelando de la hostilidad de algunos canónigos de Segovia» (7) Esta explicación no satisface, ni los hechos la autorizan, porque no hay vestigios de resistencia de parte de los canónigos segovianos, y por otra parte se concibe que no pudiera cumplir el encargo pontificio el Arzobispo de Toledo por los asuntos graves, que le obligaron a marchar a Roma antes que pudiera prestar seria atención al que Honorio le encomendaba. Por el año 1219 el Obispo de Segovia cobró algo el juicio, y comenzó a entender en el régimen de su diócesis, con el plan de antes, y por lo tanto, produciendo más hondos alborotos. Felizmente por corto tiempo. Con el violento choque cayó definitivamente en completa enajenación mental, y D. Rodrigo tuvo que correr, penosamente impresionado, separándose en Toledo de su rey, a poner remedio enérgico, en cumplimiento de su encargo. Fué menester sin embargo que Honorio III reiterara al Segobiense el mandato de renunciar el gobierno de su diócesis y de abandonarlo al Toledano, el cual recibió de nuevo, en 1219, el breve pontificio, en que se le inculcaba la administración efectiva de aquella diócesis, concediéndole toda clase de poderes, para corregir a los revoltosos y zanjar de una vez las disputas existentes entre el Prelado enfermo y el clero. (8)

(1) Lib. 72. (2) Lib. 72. p. 519. (3) Rainaldo. *Anales*. 1218. n. 64 y 65. (4) *Memorias*. 261-263. (5) Lib. priv. I. f. 30. (6) Había hecho la deuda de cinco mil monedas de oro en pleitos con los clérigos. (7) P. Serrano. *D. Mauricio*. p. 113. nota 4. (8) *D. Mauricio*. p. 113.

Así lo hizo D. Rodrigo con la mayor celeridad posible. El 30 de mayo ya estaba en Pedraza, villa populosa de la diócesis segoviana, una de las más alborotadas, y además engreída por la noticia del pleito, que acababa de ganar en Roma contra su Obispo. El Arzobispo ante todo anuló los estatutos del Sínodo anterior y los preceptos episcopales, levantó las penas canónicas, y reparó equitativamente los actos evidentemente injustos; (1) y renació la calma. Recorrió luego otras poblaciones haciendo lo mismo. En Sepúlveda fué preciso detenerse de asiento. Era la más importante y a la vez la más emponzoñada de la diócesis. Quejábase su clero de que D. Gerardo había disminuido el número de beneficios, y aplicado sus rentas al servicio de su persona, atribuyéndolo a codicia. Ardía todo en cólera y pleitos innumerables. Pero D. Rodrigo dió tan buen corte a las cosas, que como consigna Colmenares, a los tres días de sus gestiones, Sepúlveda se sometió a su voluntad. No se crea que esta rápida y admirable pacificación de los pueblos más desorganizados consiguió D. Rodrigo por medio de una blanda transigencia, accediendo a desterrar sistemáticamente todo lo implantado por el Prelado enfermo. Ni su energía, ni su rectitud, ni su dignidad de Metropolitano y comisionado pontificio se lo permitían. Su obra fué de justicia y firmeza, que todo lo restablecen según derecho y verdad. Una muestra de esto tenemos en las disposiciones, que dió en Pedraza. Mandó allí, bajo excomunión, que ciertos deudores particulares, que se negaban a pagar deudas, las pagasen irremisiblemente. Ordenó también, que al cabo de nueve días quedara la parroquia en entredicho, si en ese intervalo no se pagaban las mencionadas deudas particulares, para cortar así todo trato de los feligreses con los deudores. En fin si transcurrían otros nueve días, sin que se pagasen las deudas bajo el entredicho de la parroquia, en este caso incurriría en entredicho toda la villa. (2) D. Rodrigo aplicó enérgicamente en todas partes análogas medidas de rigor, conforme a las necesidades de cada población, para domar soberbias, abatir pasiones y restablecer el orden, la concordia y la caridad cristianas, con excelente fruto, por la gran impresión que producían su prestigio virtud, y sabiduría, aunque no se hizo todo el bien que era menester; porque a causa de los daños de justicia y otros perjuicios, eran ya imposibles soluciones, radicales y precisas, y muchas cosas quedaban en los tribunales, con peligro de producir chispazos graves. Además D. Rodrigo anduvo de prisa por motivos que ignoramos, y el 14 de junio ya estaba en Palencia, donde firmó en ese día la carta de nuevas recompensas en favor de Gonzalo García, familiar de Honorio III y servidor suyo en Roma. (3) De nuevo estaba en Segovia, 18 días después, 2 de julio, en compañía de San Fernando, con quien creo que anduvo por la región de Palencia en la temporada anterior. En Segovia, a requerimiento del Cabildo de Toledo, otorgó la escritura en que reconoce, que posee en arriendo la casa de Carabanchel, propia del Cabildo, el 2 de junio. (4) Y el 4 del mismo San Fernando le ratificó en dicha ciudad la posesión de Talamanca, Torrijos y Esquivias, previo examen de la carta de su abuelo Alfonso VIII, al que llama «famosísimo.» Algo después se marchó de Segovia a Sigüenza en compañía de su primo Rodrigo, Obispo de aquella diócesis. El 3 de agosto obtuvo del mismo el privilegio de la exención del tributo de décimas diocesanas en pro de su queridísimo monasterio de Huerta, pero su primo sólo le concedió la exención de 150 aranzadas; el resto quedaba sujeto a la décima. Dice el pergamino: «Esto se ejecutó públicamente en

(1) Colmenares. c. XX. n. 9 y 10. (2) Colmenares. c. XX. 9-11. Dice que los procesos están en Toledo, pero no los hallamos en nuestra visita. (3) Lib. priv. I. f. 29.

(4) Lib. priv. I. f. 81. v. y II. f. 73. v.

el claustro de Sigüenza, en presencia de D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo y a petición suya.» (1)

De Sigüenza se fué D. Rodrigo a Montealegre, donde se hallaba el 28 de septiembre, junto a San Fernando, quien le ratificó en ese día y el siguiente las donaciones de la villa de La Guardia y Alcaraz (2) con otros bienes. En la carta de donación de Alcaraz dice, que el Miramamolín de Marruecos es el soberano más poderoso de la tierra, que en España posee 30 diócesis, que cuando fué vencido en las Navas perdió casi 200.000 caballeros suyos, y que se salvó huyendo a caballo. Concede a Rodrigo «todas las iglesias de Alcaraz y de los términos, que tiene ahora, o puede tener después, por conquista, de los sarracenos, y las décimas de todas las rentas reales, que pertenecen a nosotros y nuestros sucesores, así mismo las iglesias de Eznavexor, salvos los derechos de los Santiaguistas, y todas las iglesias que se edificaren allende aquellas montañas, desde Alcaraz hasta Muradal, por Boria y los límites del castillo de Dueñas y del de Salvatierra, tanto las décimas como las iglesias.» (3) En el mismo día San Fernando le confirmó lo posesión de Villaumbrales, llamando a D. Rodrigo *amicísimo mío* (*amicissimo meo*) con otras expresiones de grande aprecio y amor. Declara el documento que el Arzobispo es Señor absoluto de la villa, en la que no podrá entrar ningún ministro del rey, ni Merino, ni sayón; por lo que se entiende que era Señor de horca y cuchillo. En estos días D. Rodrigo despachó también, como Canciller, en Montealegre, otros documentos de gracias en favor de la Orden de Calatrava, del monasterio de Sahagún y de otros. En fin se ratificó allí, según parece, la paz entre León y Castilla, usándose por última vez la *forma pacis*, cuyas cláusulas se sometieron a la aprobación del Papa. D. Rodrigo, que había ideado y propuesto en 1208 la *forma pacis*, para dar firmeza a la paz, no tornó a presentar en la corte de los reyes por cuarta vez esa fórmula memorable y original, y tan excelente para asegurar los pactos de paz. Rodrigo la inventó e introdujo, y él la desterró.

Pero pequeños eran tan graves negocios al lado del transcendentalísimo que el Sumo Pontífice le había encargado en el momento de partir de Roma, a principios de este año, y vuelto a recomendar muy ahincadamente después de su llegada a España. Honorio III, en el instante de subir a la Cátedra de Pedro, había heredado en el más difícil lance el asunto que más preocupaba y absorbía a su predecesor, después del Concilio Lateranense, es decir, la realización de la gran cruzada general, decretada por aquel Sínodo, el cual constituía el anhelo mayor de Inocencio III, y constituyó también el mayor de Honorio III, desde el primer día de su pontificado, porque en ella estaban cifradas la seguridad de la cristiandad en el Oriente y la salvación de tantos cristianos atormentados. Según el plazo señalado por Inocencio III, debía emprenderse ya en junio de 1217, pero murió dejando todo lleno de obstáculos, y sin que nada se hubiera organizado. Honorio III se dió con todo el ardor imaginable a su organización, y a fuerza de trabajos inmensos consiguió organizarla para el año 1219. Como insinuamos ya antes, a consecuencia de que España no había de tomar parte directa en la cruzada oriental con subsidio de armas, se había acordado que los reinos españoles coadyuvaran eficazmente a la cruzada general, organizando en su país una cruzada vigorosa, para atraer así al Occidente parte de las fuerzas sarracenas, e impedir a la vez, que presantaran su valiosísimo auxilio los mahometanos del norte de Africa y sur de España. Por lo tanto en España había que llevar a cabo la cruzada occidental, formando los estados españoles reunidos la hueste de los cruzados, si bien se auto-

(1) Minguella. I. 532. (2) Lib. priv. II. f. 78. v. Memorias. 276. (3) Memorias. p. 282 y 283.

rizaba a los particulares de otras naciones de Europa, para que pudieran alistarse en sus filas, si preferían hacerlo así, con el objeto de cumplir sus votos y ganar las gracias espirituales. De aquí que Honorio III tuvo que procurar la formación de dos frentes, fuertes y compactos, el oriental y el occidental, aquel para la Palestina y éste en España. Mas no podía ocuparse directamente por sí mismo en ambas cosas, y sobre todo le era imposible el hacer lo de España. Pero ¿a quién encomendárselo? ¿Quién podría hacer en la Península el milagro de aunar los reinos? ¿Dónde estaba el hombre, que podría ser el caudillo único, de suficiente prestigio y autoridad, para que a su voz se levantaran, se unieran y se sacrificaran todos generosamente por los intereses de la cristiandad? Sabemos que tales pensamientos y dudas fatigaban la mente de Honorio III, como el mismo se lo insinuó el 30 de enero de 1218 a los Obispos de Burgos y Ávila, según lo verá luego el lector.

Pero la verdad es que no era soluble la dificultad dentro de los moldes tradicionales de organizarse y de ejecutar las cruzadas en España. Hasta entonces el caudillo efectivo de la guerra era siempre alguno de los reyes de la Península, generalmente el de Castilla. Reciente era el caso del año 1212. El Papa nombraba por delegado suyo para la cruzada algún Cardenal, o bien un Prelado eminente de la nación, quien predicaba la guerra y levantaba el espíritu cristiano con las gracias espirituales. Mas en aquella hora no había un monarca que pudiera ser caudillo único general, como Alfonso VIII en 1212. Fernando de Castilla era sólo un joven de 18 años y aún no estaba en pacífica posesión de su corona, muy recientemente recibida. Más niño era todavía Jaime I de Aragón, y más sujeto a los Ahones, Azagras y a otros nobles ambiciosos. En la frente del Leonés seguía el estigma de aleve, que él mismo se grabara durante la campaña de las Navas de Tolosa. El Portugués estaba en implacable guerra con su propio clero. Vivía aún el hazañoso Monarca Sancho el Fuerte de Navarra, héroe de las Navas, pero carecía de frontera propia al medio día de España, para que pudiera lanzarse contra el agareno. Ya veremos sin embargo cómo tomó parte en la cruzada, y cómo el Papa le franqueó el paso por Aragón. Todo esto demuestra que era imposible en 1218 el nombramiento de un caudillo general de la cruzada en el frente occidental, siguiendo las normas ordinarias, y mucho más imposible todavía cuando Honorio III comenzó la organización de la cruzada en 1216; porque Castilla y Aragón andaban peor.

Por eso no es extraño que Honorio III se mareara desde el principio de su pontificado con las cavilaciones, que dice, respecto de la organización de la cruzada en España, y del nombramiento del caudillo general. Mas una visita que recibió por mayo de 1217, en su palacio de Latrán iluminó a su alma. Era la de un personaje insigne, cuya grandeza pregonaba la fama demasiado hiperbólicamente, según opinaba el mismo Honorio III antes de tratarle y conocerle a fondo, pero añáde en seguida el mismo Papa en la bula, en que expresa sus sentimientos, que ha comprobado que era más grande de lo que la fama publicaba. El visitante era D. Rodrigo Jiménez de Rada, Arzobispo de Toledo, que se presentaba en Roma para asistir a las deliberaciones de la causa de la Primacía y por otros asuntos, por llamamiento del mismo Padre Santo, según narramos en el capítulo precedente. Honorio III encontró en D. Rodrigo el caudillo capaz, prestigioso y universalmente acepto, que necesitaba para levantar y guiar la cruzada occidental, y a penas regresó el Arzobispo a España, escribió a los Obispos de Burgos y Ávila de esta manera: «Creemos que ha llegado el tiempo oportuno de levantarse contra los sarracenos, que os rodean..... *Y aunque parecía digno y aun necesario que os*

enviáramos con este fin un Legado nuestro a latere; pero dudando nosotros que los pareceres de los Reyes se aunaran para hacer guerra contra ellos, pensamos en la prudencia de nuestro Venerable Hermano, el Arzobispo de Toledo, y en el buen olor de su nombre, que la fama pregonaba con tan grande encomio antes que viniese a visitarnos, de tal modo, que parecía desbordarse excesivamente en alabanzas; mas hemos visto ahora, que estuvo avara; porque hemos encontrado en él mucha más sabiduría, más circunspección, más modestia y virtud, y toda clase de talentos, que los que ella (la fama) había publicado; por lo cual resolvimos imponerle el cargo de Legado a este fin por vuestras Provincias, para que, cuando los pareceres de los Reyes se unieren para la guerra, él os prece-da como otro Jesué, para arrancarles la tierra, que después de profanar los san-tuarios de Dios, retienen los moros. Que él, después de enardecer vuestros áni-mos, con el recuerdo de los premios eternos y temporales, según su prudencia os amoneste, os exhorte y os dirija, y os introduzca con el divino auxilio, en aquella herencia, arrojando a los hijos de la esclava, que no merecen ser coherederos con los hijos de la que es libre.Dado en Letrán, 30 de Enero de 1218.» (1)

No es esa la fecha, en que el Papa nombró Legado de la cruzada occidental a D. Rodrigo. Ya estaba nombrado para el 26 de Enero; pues en esta fecha le encar-ga Honorio III que procure ejecutar el canon famoso del Concilio de Letrán, de 1215, contra los judíos, en los dominios de su legacía. (2) Por desgracia no hemos encontrado la bula por la cual el Vicario de Cristo invistió a Rodrigo de poderes tan extraordinarios, y su falta nos priva de la satisfacción de poder dar exacta-mente la extensión de esos poderes. Raynaldo parece que la vió, y la hace de la misma fecha que la dirigida a los Obispos citados. (3) Pero la fecha es inadmisí-ble. Porque el tenor de la bula del 31 de Enero del mismo año demuestra, que el Arzobispo era Legado desde tiempos más remotos que ese día. Basta leer, para con-venecerse, la primera frase, que dice así: «Aunque te hemos concedido el cargo de Legado especial para dilatar con la ayuda de Dios los límites de los españoles, mas para que tu autoridad sea más grata a otros, cuanto más utilidad pueda provenirles de ella de ofrecer y conceder tu los beneficios de la legacía.....» Creo que D. Rodrigo, cuando salió de Roma, ya venía designado Legado, y que a poco debió extenderse la bula oficial de nombramiento, pero después de su partida; porque de lo contrario a ello hubiérase aludido en el breve de recomendación de su persona al Arzobispo de Burdeos. Lo que debe advertirse aquí es, para evitar confusiones, que esta legacía era especial y exclusivamente para los fines de la cruzada, nada para los asuntos ordinarios del Reino; por lo tanto podía coexistir en España otro Legado con la misión ordinaria. Si bien no lo encuentra la histo-ria hasta el año 1224, en que vino a España el Cardenal Juan Abdeville; y aun es dudoso que viniera con carácter de Legado Ordinario; porque el mismo Don Rodrigo dice que vino para promover la celebración de concilios, y así lo prueban las demás memorias del tiempo; y de hecho, una vez celebrados en cada Reino los concilios, salió de España. Todo lo cual demuestra que en nada desvirtúa la noti-cia, que nos dan las tan debatidas Actas del Concilio de Letrán, sean del valor que fueren, diciendo, que D. Rodrigo fué nombrado Legado por diez años en España; lo que había que entender de Legado Ordinario. Esto no era incompatible con el posterior nombramiento de Legado de la cruzada; y por eso es ilógico alegar este último nombramiento, para atacar la existencia del primero. Es un argumento que

(1) Ap. 55. (2) Ap. 52. (3) Annales. (Comp.) 1218. n. 69 y 70.

no sirve para probar la apocricidad de tan molestas Actas, como lo han hecho ciertos autores, (1) aunque su apocricidad fuera innegable.

Honorio III, al nombrar Legado a D. Rodrigo, le impuso el doloroso sacrificio de renunciar por entonces a la sentencia definitiva acerca de la Primacía, como se lo comunicó el 19 de Enero, agostando así las bellas flores denunciadoras de la victoria de D. Rodrigo, (2) en su lucha brillantísima en Roma, lucha en que dejó estupefacto al mismo Papa, como lo confiesa en el breve a los Obispos citados. Pero en aquellos momentos era un sacrificio necesario la suspensión de la sentencia, y obró el Papa con divina prudencia. Esa sentencia hubiera impedido indefectiblemente la unión de todas las Provincias eclesiásticas de España bajo el mando único de D. Rodrigo para realizar la cruzada. Pródigo estuvo el Papa en dar las facultades propias de las cruzadas generales y otras del todo inusitadas, para dar toda la importancia y eficacia a la autoridad de D. Rodrigo: porque además de concederle todo lo que solía concederse para las magnas empresas de Tierra Santa, le dió hasta ciertas facultades extraordinarias, reservadas a la Sede de Roma, tales como la de proveer beneficios vacantes de provisión pontificia y otras.

Don Rodrigo obedeció ciegamente al Papa, según su costumbre, y se cargó con tan grande y difícil empresa. No se encuentran datos de cuándo comenzó a trabajar, y de cómo desenvolvió los trabajos de la preparación de la primera campaña, que llevó a cabo en Noviembre de 1218, es decir, a los diez meses de su vuelta de Roma. Pero se comprende perfectamente que, apenas llegó a España, empezó muy activamente los preparativos. No se congrega en menos de diez meses una hueste como la que acaudilló D. Rodrigo en aquella fecha. Dirigióse a los Reyes para pedir su concurso, hizo predicar la cruzada por los religiosos y sacerdotes en diversos Reinos; pero los Reyes no le atendieron por razones, que ignoramos. En cambio el pueblo respondió a su invitación, acudiendo muy numeroso. Escuchemos a los Anales Toledanos. Dicen que concurrieron *«gientes del Rey de Castilla y del Rey de León, e otros Reinos cuantos quisieron, e Savaric de Mallen con muchas gientes de Gascuña.»* Se ve que en León y Castilla fué libre y amplísimo el reclutamiento bajo el pendón de D. Rodrigo. Particularicemos algo más para formarnos idea de cómo lo procuró el caudillo de la cruzada. Como Legado obligó a los Caballeros de las Órdenes Militares a que le siguiesen, según era su deber por su profesión; lo mismo hizo con sus numerosos Concejos, por ser vasallos suyos. En los apellidos generales de guerra, en aquel tiempo, cada vecino tenía que alistarse como soldado, y no podía sustituirle nadie, ni hijo, ni pariente, y sólo en caso de vejez e imposibilidad física era permitido enviar un sustituto. En sus numerosos fueros eso ordenó a los suyos el mismo D. Rodrigo, y raras excepciones admite, como la del Fuero de Alcalá de Henares, en que autoriza el Arzobispo que el vecino pueda enviar al hijo o al sobrino. (3) A vista de estos datos se comprende, que reunió D. Rodrigo, de solos sus vasallos un respetable cuerpo de cruzados; pues era Señor de los Concejos de Alcalá de Henares, Brihuega, Talamanca, Alcaraz, La Guardia y muchos otros con sus numerosas aldeas. Del extranjero ya se ve que también afluyó gente, no sólo individualmente, conforme se permitía por el Papa, sino en cuerpos organizados, como el citado de la Gascuña. En Noviembre tenía a su disposición las fuerzas congregadas, y saliendo luego de Toledo, se dirigió a Extremadura, donde puso cerco a Cáceres (Cancies, dicen los Anales Toledanos) plaza de formidable defensa, y llave excelente para extender rápida y seguramente el radio de ricas conquistas por los

(1) Vicente de la Fuente y Tolrá. (2) Ap. 44, 49 y 50. (3) Ley IV. c. 30.

campos de Badajoz, una vez que se arrancara aquel al enemigo. Mas apenas Don Rodrigo ciñó con su hueste los muros de la ciudad, se presentaron dos enemigos, aguerridas tropas moras de otros lugares, y terribles aguaceros de continuas lluvias, con lo cual los sitiados se llenaron de confianza y osadía. D. Rodrigo hizo frente a tales enemigos durante un mes seguido; pero viendo que no paraban las lluvias, que los sarracenos aumentaban sus fuerzas y ataques, y que el ejército cristiano decaía, con probabilidades de que no podría tomar la población, prudentemente levantó el asedio, y regresando a Toledo, licenció las tropas, anunciando nueva cruzada para el año próximo.

El tiempo hizo fracasar tan costosa cruzada con sus aguas pertinaces y torrenciales, al decir de la mayoría de los apenados expedicionarios. Pero D. Rodrigo palpó otras causas, que esterilizaron sus inmensos sacrificios. Esas causas eran, la escasez de recursos para sustentar debidamente tanta gente, durante la campaña, la insuficiencia de los medios de ataque para rendir plazas muradas fuertes, como era Cáceres, y lo mal equipados que iban los cruzados para ampararse de las grandes inclemencias del cielo. Ahora bien, estas causas tenían su origen en la penuria de subsidios, de que podía disponer el Arzobispo para proveer de todo, como le era forzoso, a la mayor parte de los que de España y de fuera de ella se ponían bajo su cruz y bandera, para combatir a los infieles; porque, descontados sus propios vasallos, las fuerzas de las Órdenes Militares y las de alguno que otro Señor, que llevaban los elementos necesarios, todos los demás necesitaban de todo para vivir y para luchar. En consecuencia se aprovechó de esto para reclamar del Papa Honorio, que se le concediera la vigésima entera, decretada por el Concilio de Letrán para subsidio de la cruzada oriental, para allegar los recursos necesarios con el fin de preparar la nueva campaña; ya que los Reyes de León, Castilla y Aragón tampoco le asistían con elementos de subsistencia. El Sumo Pontífice le contestó de esta manera: «A nuestro Venerable Hermano Rodrigo, Arzobispo de Toledo, Legado de la Sede Apostólica... *En atención a los méritos de tu persona, nos movemos a escuchar las preces, que nos dirige tu caridad*, con el fin de conservar, y aun dilatar, los límites de las conquistas cristianas. Aunque es verdad que la vigésima eclesiástica de vuestras rentas está destinada especialmente para la empresa de la Tierra Santa, sin embargo, Nos, teniendo en cuenta que los fieles de España, vecinos de los moros, *han sido llamados por tí por medio de la predicación, del ejemplo y de muchos sacrificios, a que te expones, te concedemos la mitad de toda la vigésima de las diócesis de Toledo y de Segovia, que están a tu cargo, para que la emplees libremente en defensa de los fieles, y para combatir a los moros*: la otra mitad se reservará para subsidio de Tierra Santa. Pero no queremos que incurras en la sentencia del Concilio General, si acaeciera errar en cuanto a la mitad; ya que es difícil en estas cosas llevar las cuentas hasta lo mínimo. La mencionada mitad de la vigésima entregarás a nuestros delegados, para la Tierra Santa, según tu discreción, *procurando así con esmero la exaltación de la fe cristiana, conteniendo a los moros, a fin de que no puedan socorrer a los del otro lado del mar, y además, si fuere posible, arrancando de sus manos las tierras, que retienen en España*... Dado en Letrán, 28 de Enero de 1219.»

Tal limitada concesión no era bastante para D. Rodrigo, pero significaba muchísimo de parte del Papa, que estaba pasando los más angustiosos apuros hacia más de un año, apuros que tenía a la vista el propio D. Rodrigo en el momento que se decidió a pedir que se le concediera la indicada vigésima; lo que patentiza más la confianza y el valor del Arzobispo de Toledo al dirigir su petición. He

aquí por qué. El 5 de Octubre de 1218 había enviado el mismo Honorio III a D. Rodrigo y a los demás Prelados españoles el más apremiante requerimiento, para que cumpliesen el precepto conciliar de pagar la vigésima, presentándoles, para moverlos a mayor diligencia, el cuadro más doloroso de males, que la misma Sede Apostólica padecía por socorrer a los cruzados del Oriente. Les dice *Honorio III* que ha gastado 20.000 marcos en armar la escuadra romana, dejando exhausto el erario pontificio, razón por la cual poco puede ayudar a los que angustiosamente pelean en el Oriente, ya que si no se les socorre en tanto apuro, tendrán que abandonar la cruzada, según las noticias. Por lo cual manda el Papa a los Obispos españoles, que entreguen pronto lo recaudado a sus dos representantes, Huguición y Cintio, canónigos de Roma, presbítero éste, y subdiácono y capellán del Papa aquel, para que se remita en seguida a Roma la colecta. (1) Pues bien, D. Rodrigo, a poco de leer esta Bula de Honorio, la cual debió recibir a últimos de 1218, al llegar a Toledo, después de levantar el cerco de Cáceres, que según los Anales Toledanos se levantó la víspera de Navidad, hizo al Papa la referida petición, que ciertamente tuvo mayor resultado del que podía esperarse, visto el cuadro de males que describe el Santo Padre. Fué éste el principio de las concesiones, y dió a D. Rodrigo mayores alientos para trabajar en la consecución de la vigésima total, objeto constante de su aspiración, habiendo sido el más tenaz y poderoso enemigo de la salida de ese tributo de España, desde el principio de su establecimiento; y de tal modo multiplicó el Arzobispo sus razones para resistir, ya representando los defectos de los Legados mencionados, ya las dificultades de la recaudación y ya en fin la necesidad de esa colecta para realizar él, como Legado, la cruzada encomendada con el correspondiente éxito, logrando mover a los mismos Reyes, para que se prestasen a salir a campaña con el fin de aprovecharse de los beneficios de esa colecta, que finalmente logró de Honorio III, que se emplease íntegramente en la guerra contra los moros lo que se recogiese por medio de ese impuesto en los Reinos de Castilla y León, *territorio principal* de la Legadía de D. Rodrigo para la cruzada. Digo *principal* y no único, como entiende un excelente historiador moderno; (2) porque, según se verá adelante más especialmente, y ya ha podido verse lo bastante por el título de Legado en los Reinos de España, que se le dió, D. Rodrigo era también Legado verdadero de la cruzada en los demás Reinos españoles, con autoridad real, para ordenar en todos ellos los actos propios de la Legadía de la cruzada.

Además de esa Bula, hasta ahora ignorada, alcanzó D. Rodrigo esta otra, no menos provechosa, para ampliar las fuerzas de la cruzada del año 1219. Le dice el Papa: «Nos suplicaste que te facultáramos, con el poder apostólico, para conmutar los votos de muchos españoles, que han tomado la cruz, para socorrer a Tierra Santa; porque es nulo o escaso el fruto, que pueden hacer allí, en comparación del que harán peleando en España contra los moros. Nos, te concedemos por las presentes, que puedas conmutar libremente sus votos para el fin predicho, excepto a los magnates y caballeros, a los cuales no queremos eximir del voto de socorrer a Tierra Santa, si no fueren acaso tan enfermos y pobres, que su ida para ese fin se viera que sería inútil; a estos podrás conmutar los votos, según tu consejo y voluntad, pero destinando alguna parte de sus bienes, en proporción a sus riquezas, para subsidio de Tierra Santa... Dado en Letrán, 15 de Marzo de 1219.» (3)

D. Rodrigo consiguió todavía otra gran ventaja con sus peticiones. Honorio III

(1) Ap. 66. Liber priv. I. f. 47. (2) L. Serrano. *D. Mauricio*. p. 77. (3) Ap. 69.

dirigió una preciosa y ardiente carta a todos los fieles de España en ese mismo día, para que resueltamente se alisten y tomen parte en la cruzada, que su Legado, el Arzobispo de Toledo, va a emprender, ayudado de algunos magnates de España (esto prueba que el Papa sabía que los Reyes no se prestaban a seguir a su Legado.) Termina concediendo las gracias de las grandes cruzadas a cuantos asistieran personalmente, o, no pudiendo, prestaran su consejo y auxilio, según sus medios, ya dando para los gastos, ya pagando sustitutos aptos para la guerra. (1)

D. Rodrigo intermedió también noblemente, para que el Papa concediera una excepción muy justa y razonable en favor de los Caballeros de Santiago, y sin duda que lo mismo obtuvo para las otras Órdenes Militares españolas, aunque no se conocen las Bulas de excepción; porque abonaban idénticas razones, y el Arzobispo las estimaba tanto como la de Santiago, por cuanto le servían con la misma generosidad y abnegación en la cruzada. Habla así el Papa a D. Rodrigo: «Nuestros amados hijos, el Maestre y los Caballeros de la Milicia de Santiago, nos suplicaron humildemente, presentando tus preces y de otros, a favor suyo, para que les dispensásemos del tributo de la vigésima, ya que están expuestos, en obsequio de Cristo, peleando siempre contra los enemigos de la fe, porque ni tienen lo suficiente para sus necesidades. Para que tú les concedas lo que pides para ellos, te mandamos que no les exijas la vigésima de lo que tienen en tu Provincia, ni consientas tampoco que otros se la exijan; ya que se nos dice que Nos la habíamos concedido a tí y a nuestro Venerable Hermano, el Obispo de Palencia, en su diócesis. Dado en Viterbo, 20 de Junio, año cuarto de nuestro pontificado.» (2)

Con estos medios tan adecuados, y con una predicación más intensa de la cruzada, pudo D. Rodrigo reunir un ejército mucho más poderoso y más sólido que el año anterior. Además se acrecentó el fervor y el entusiasmo con la noticia de que iba a tomar parte en la nueva campaña un Rey bravísimo de la Península, que según todas las apariencias, no lo había hecho en la campaña anterior, por el veto de sus compañeros, los Reyes de Castilla y Aragón, para que pudiera llevar sus tropas por sus tierras. He aquí una prueba para pensar así.

Antes que pudiera divulgarse en España la Bula de Honorio III a todos los españoles, para que bajo la bandera de su Legado, D. Rodrigo, se alistaran en la segunda campaña contra los sarracenos, el mismo D. Rodrigo recibió de Roma otra Bula muy interesante, fechada el 29 de Abril de 1219, del tenor siguiente: «Honorio Obispo, siervo de los siervos de Dios, al Venerable Hermano, Arzobispo de Toledo, Legado de la Sede Apostólica, salud y bendición apostólica. Como el ilustre Rey de Navarra, abrasado por el celo de la fe cristiana, ha tomado la cruz para ir contra los moros de España, mandamos a tu Fraternidad, por las letras apostólicas, que si alguien presumiese invadir sus derechos, o perturbar su Reino temerariamente, mientras el dicho Rey estuviese ocupado en estos trabajos, que lo reprimas tu discretamente, previa amonestación, desechando toda apelación. Mas queremos que dicho Rey de Navarra no ofenda en lo más mínimo al Rey de Aragón a la ida y a la vuelta. Dado en San Pedro, tercero de las calendas de Mayo, año tercero de nuestro pontificado.» (3)

Vemos aquí que el rey de Navarra se dirigió a Roma en virtud de la publicación de la cruzada por D. Rodrigo, en 1218; y deducimos también que solicitó dos cosas para que no se le dañase en su ausencia; la inviolabilidad de sus estados por nadie, y el reconocimiento de su derecho de atravesar el territorio de otros Reyes, para llegar a la frontera de los moros, en conformidad a lo establecido por Ino-

(1) Ap. 70. (2) Bull. S. Jacobi. p. 616. (3) Del original existente en el Archivo de Navarra.

cencio III, años atrás, mandando que los Reyes de Castilla y Aragón señalasen frontera propia al Navarro, para guerrear contra los agarenos, y que éste pudiese transitar por sus Reinos, con el objeto de llegar a su campo de lucha, según se contó. El hecho de indicar el Papa que el Navarro tiene derecho de transitar significa, que intenta desvanecer el pretexto de sus émulos, para no autorizarle el paso. Mejor lo sabríamos si se conservaran otras Bulas más, que hubieron de mediar entre Honorio y el Rey de Navarra. Lo que sobre todo vemos aquí claramente es que el intento del Navarro era asociarse a la cruzada dirigida por D. Rodrigo para su feliz éxito, y por eso el Papa dirige la Bula al Arzobispo de Toledo, para que defienda en favor propio al Navarro, y sepa también sus nobles intentos. Pero por desgracia no sabemos en qué pararon. No hay un rayo de luz más para poder decir en qué forma ejecutó su voto Sancho el Fuerte de Navarra. No se descubre un solo dato, que nos levante el velo de la obscuridad. Es claro que el Navarro cumplió de alguna manera su voto, pero no ciertamente sumándose con sus fuerzas a las de D. Rodrigo, en la segunda parte de 1219. Si hubiera estado personalmente en la campaña, que voy a narrar, lo hubieran dicho los Anales Toledanos, como hecho muy granado, y D. Sancho hubiera capitaneado las tropas en la región del levante. Creo que se contentó con enviar tropas en ayuda de D. Rodrigo. Apuntado este hecho fragmentario de cómo Navarra con especial calor procuró gozosamente contribuir al mayor éxito de la empresa, que la Iglesia había encargado a su grande hijo, pasemos adelante en la narración, advirtiendo sin embargo, que los mismos franceses han sido más diligentes que los españoles en referir, en la Historia de la Iglesia, el caso del Rey de Navarra, en esta cruzada, como se demuestra citando, entre otros, el mismo Rohrbacher. (1) Es frecuente en España el desdeñar estas glorias, en tanto que no se cesa de ensalzar y pregonar hechos y personajes fabulosos o dudosos, aunque sean grotescos, para proponerlos a la crédula imaginación popular como el oro de la gloria nacional, únicamente porque la magia de la poesía los vistió de inventado ropaje.

Escarmentado por la experiencia del año anterior, D. Rodrigo no fijó fecha tan tardía, para la nueva campaña, sino el mes de Agosto; por lo que, para ese momento ya había concurrido a la ciudad primacial una hueste imponente de españoles y extranjeros, pero no los Monarcas de Castilla y Aragón. Fernando de Castilla tenía la imaginación muy lejos de las ásperas ideas de la guerra, en aquella hora. Sólo pensaba en los dulces momentos del próximo desposorio con Doña Beatriz de Suavia, angelical princesa, que, guiada por el Obispo de Burgos, Don Mauricio, y el Abad de Arlanza, volaba, en aquellos días, en dirección de Castilla, para unirse con vínculos del amor santo con el virtuoso joven, soberano de Castilla. En la corte de Fernando todo eran solemnes preparativos para tan grande acto, que por fin se celebró en Burgos, el 30 de Noviembre de 1219, mientras Rodrigo peleaba en el levante. ¡Cómo engañan los que escriben (y son muchos) que bendijo estas nupcias Reales!

He aquí, según los Anales Toledanos, el fruto de la predicación de la cruzada: «El Arzobispo D. Rodrigo de Toledo hizo cruzada, e ayuntó entre peones y caballeros más de ducentas veces mil...» Cifra exagerada, que Mariana se traga a ciegas, diciendo, al contar esta campaña: (2) «En Castilla, a instancia del Arzobispo D. Rodrigo, Prelado ferviente y enemigo de estar ocioso, se hizo nueva jornada contra moros. Juntáronse con la divisa de la cruz doscientos mil hombres, los más número, con los cuales hizo guerra, por el mes de Agosto... en la Mancha y la tierra

(1) Hist Lib. 72. (2) Lib. X. c. 8.

de Murcia...» Es prurito de los cronistas castellanos el inflar el número de sus héroes y el de los vencidos, estampando guarismos altos y redondos, añadiendo céros sin escrúpulo. No pasaría de la cuarta parte de esa cifra la tropa, que D. Rodrigo reunió en la capital de su Sede, de donde emprendió la expedición, penetrando por la Mancha, en los términos fronterizos de Castilla y Aragón, como si este año se propusiera quebrantar el poderío agareno en favor de ambas coronas, como en el anterior lo hiciera en Extremadura en favor de León y Castilla. Escribiendo sobre esto un autor, dice: «Su fe y su heroísmo se exaltan en cualquier contingencia, que amenace a la cristiandad, y así, al recibir con honda pena la noticia de haber muerto en Roma, la Reina viuda de Aragón, D.^a Maria, y comprender que las revueltas de los pretendientes y las ambiciones de los grandes se desbordaban sobre la azarosa minoridad de aquel ya temerario joven de diez años, el Rey D. Jaime; no aquietado su tío D. Sancho, llamándose Conde de Provenza, y el Infante D. Hernando; alzado ya en armas D. Rodrigo de Lizana y, con éste el siempre revoltoso D. Pedro Fernández de Azagra, indomable Señor de Albarracín, teme con sobrada razón el Arzobispo que los moros, aprovechándose de tales sangrientas victorias, se lanzasen sobre el perturbado Reino de Aragón; y para imponerles y reducir su atención a la defensa, reúne fuerte mesnada de muchos miles de hombres, sostenidos a su costa, y entrando por las fronteras árabes de Aragón y Valencia, el año 1219, cae sobre los castillos de Sierra, Serreruela y Mira, batiéndoles con sus delibras, algarradas y almajaneques, logrando derribar acitara y torres, para llegar al triunfo con valerosísimos asaltos...» (1) Sin duda también D. Rodrigo se dirigió al levante con su tropa, para obrar en combinación con los cruzados navarros, que escogieron aquel campo, porque allí dominaba, asistido de valerosos paisanos suyos y de Sancho de Navarra, el ya nombrado Fernández de Azagra, famoso caballero navarro, fiel al Rey de Navarra, con quien estaba en constante trato, y con quien, en Mayo de 1214, había hecho, en Tudela, un pacto favorable a su patria nativa, recibiendo, en cambio, del Rey Don Sancho, gran cantidad de dinero, a la vez que obligaba su estado de Albarracín al dicho Monarca. (2)

Los enumerados castillos, conquistados por D. Rodrigo, se hallaban en los linderos de Valencia, en el actual Partido de Cañete, en la provincia de Cuenca, y entonces debió caer en manos cristianas el formidable castillo de Aliaguilla, cerca del de Mira, que años después pobló aquel famoso caballero Alfonso Téllez de Meneses, con la ayuda de nuestro Arzobispo, que como Legado concedió las gracias de la cruzada a cuantos auxiliasen al dicho guerrero, en la construcción y población del castillo. (3) El Legado se dirigió luego a Requena, terror de la frontera, porque desde sus muros el sarraceno dominaba dilatados territorios. Desde las proezas del Conde de Urgel, en 1184, sonó siempre famosa Requena, que al presente ennoblece a la región valenciana. D. Rodrigo la cercó el 29 de septiembre, y dicen los Anales Toledanos: «La lidiaron con almajeneques e con algarradas e con delibra, e derribaron torres e acitares.» Mas los moros respondieron fuertes y tenaces durante todo octubre a todos los ataques cutidianos. En noviembre cayó de nuevo sobre la hueste de D. Rodrigo el mismo azote de incesantes lluvias, del año anterior, con quebranto de los sitiadores y aliento de los sitiados, cada vez más denodados. Otra vez el caudillo de la cruzada tuvo que tomar la resolución dolorosa de descercar la plaza y de regresar a Toledo, cosa que ejecutó el día de

(1) Cerralbo. Discursos... p. 90. (2) Consérvanse las escrituras (3) Bull. San Jacobi. 85. Memorias. 353.

San Martín. Allí dejó más de dos mil cadáveres de sus valientes, según los Anales citados, de entero crédito cuando nos informan en *disfavor*. Otros no pocos más dejó en la retirada, que fué muy costosa, porque los moros, envalentonados, aco-
saban sin cesar a los cristianos, de diversas maneras.

Según se desprende de la Bula de Honorio III, el 4 de febrero de 1220, esta expedición produjo en la cristiandad admiración y espranzas. Se dice allí entre otras cosas. «*Con alegría hemos sabido, que nuestro Venerable Hermano, el Arzobispo de Toledo y Legado de la Sede Apostólica, ha penetrado viril y poderosamente en tierra de los moros, y haciendo con la ayuda de Dios prodigios, ocupó ciertos castillos.*» (1) Se ve que se apreció como magna esta expedición. Sin embargo no eran satisfactorios los resultados, ni para los más optimistas, cuánto menos para el inmortal y celosísimo D. Rodrigo, su caudillo único, que había tenido que soportar las inmensas cargas de los gastos de la organización, dirección y abastecimiento de tan grande ejército, formado, para mayores trabajos, en su parte más numerosa, de gente pobre, allegadiza y nada aguerrida, como siempre ocurría en esta clase de cruzadas. Si Espárrago, Arzobispo de Tarragona, ha merecido tantos encomios en la historia por haber aportado en pro de Jaime el Conquistador, su pariente, para la conquista de Mallorca, mil ballesteros y doscientos caballeros equipados y mantenidos, además de mil marcos de oro, ¿cómo ha de encumbrar la historia el nombre de D. Rodrigo, que desafiando a todo el inmenso poder de los sarracenos de España, organizó a su costa dos cruzadas de tantos miles de soldados, y los guió personalmente al combate con tantas penalidades, durante dos años seguidos? Excelso ánimo, excelso patriotismo, y más excelsa virtud, porque tan singular fué su modestia que no dijo una palabra de tantos sucesos y sacrificios suyos, en su historia, como lo notó así el analista de Aragón: «Sucedió también en este año una cosa bien señalada en el reino de Toledo, muy cerca de nuestras fronteras, y no referida en las historias del Arzobispo D. Rodrigo, siendo aquel Prelado tanta parte en ello.» (2)

Apenas Honorio III tuvo noticia de cómo D. Rodrigo luchaba varonilmente contra los sarracenos, y de cómo tropezaba con graves dificultades, espontáneamente se apresuró a escribir a los Prelados de la Provincia eclesiástica de Tarragona y demás obispos de la Legación de D. Rodrigo; y después de recordarles esa acción heroica les dice. «*Confianto que su esfuerzo será fructuoso para quebrantar los moros, y para impedir que los sarracenos auxilien a los orientales*, rogamos y exhortamos a vuestra discreción, por las presentes letras, que de tal modo prestéis vuestro auxilio en personas y cosas al dicho Arzobispo, que su laudable principio tenga feliz éxito, mediante vuestra cooperación. En Viterbo, 4 febrero 1220.» (3) El día siguiente escribió a Huguición, que continuaba en España, colectando la vigésima. «*Considerando los gastos, los peligros y los trabajos, que nuestro venerable Hermano, el Arzobispo de Toledo, Legado de la Sede Apostólica, se ha impuesto, acometiendo virilmente a los moros, le hemos concedido la vigésima de su Legación* (menos lo que tu y nuestro amado hijo Cintio, canónigo de la Basílica del Príncipe de los Apóstoles habéis recogido) *para que la destine fielmente, para batirlos, y te mandamos, que esto lo sepan los demás, si fuere menester, por medio de tí, y tu ya no trabajes en adelante en recoger esa colecta.* Y como pasan diversas vicisitudes a los correos en los caminos, a fin de que no se disminuya el provecho de nuestra concesión, queremos que se compute su fecha desde el día, en que estas letras se despachan. Viterbo, 5 de febrero de 1220.» (4)

(1) Ap. 74. (2) Zurita. Anales. Lib. II. c. 73. (3) Ap. 76. (4) Ap. 77.

Por este breve descubrimos dos cosas. Primera que el Papa se había convencido de la necesidad de no cobrar la vigésima impuesta por el Concilio de Letrán, y que la magnitud de la empresa, que ejecutaba el Arzobispo de Toledo, reclamaba, no sólo la concesión de la mitad de la vigésima del Arzobispado de Toledo y del Obispo de Segovia, como en el año anterior le concedió, sino también toda la vigésima de España, que recogían los dos canónigos colectores, y por eso les intima que ya no la recojan, y que D. Rodrigo es árbitro de ella. La segunda cosa es, que en bula especial participó a D. Rodrigo y a España esa concesión; pero esa bula no ha llegado a nuestras manos.

Tampoco sabemos nada en qué forma se decidieron el el Arzobispo de Tarragona y sus sufragáneos, y los otros Prelados de España a cumplir el mandato pontificio, y de cómo se aprovechó, si es que se aprovechó, el Legado, de las ventajas de la vigésima. Creo que no la recogió, pues no hay vestigios de que intentara por su cuenta nueva campaña. Acaso cuando empezaron las excursiones anuales de San Fernando, que las emprendía movido por su gran consejero, utilizó, como Legado, que aun siguió siendo, esa concesión. De todos modos, lo cierto es que el año 1224 promovía las obras de empresas militares contra los moros, concediendo las indulgencias de la cruzada con autoridad de Legado extraordinario, como ha visto el lector, al hablar del castillo de Aliaguilla.

D. Rodrigo no se animó a continuar sus expediciones anuales, a pesar del notable aumento de ingresos, que suponía la concesión de la vigésima, viendo que eran inferiores a los sacrificios los resultados de las mismas. Conoció las causas esterilizadoras. Eran, a no dudar, la escasez de guerreros, de jefes prácticos y aguerridos, para dirigir las masas no entrenadas ni instruidas. Acudían pocos magnates y caballeros, que eran los militares de carrera, y así no era posible dirigir eficazmente las fuerzas acumuladas. Desalentóle la mortandad por las enfermedades ordinarias de las campañas de entonces, que eran el paludismo, el tifus y otras fiebres, incombustibles en la época, por el atraso de la medicina, de la higiene y de la organización caritativa para atender a los enfermos.

Detengámonos ya en nuestra marcha incesante por el tuomultuoso camino de los negocios públicos y ruidosos, siempre por las cumbres de la política, del régimen del reino, de la dirección de soberanos, de empresas guerreras, de cruzadas santas, de viajes y de contiendas gloriosas y resonantes en los sínodos ecuménicos y en la corte de los Sumos Pontífices Romanos. Vamos haciendo creer al lector que ese es el mundo que ama nuestro heroe, que ahí se explaya y vuela su espíritu, que ese es el campo en que resplandece, que Jiménez de Rada sólo es un gran político, diplomático, orador, gobernante y guerrero. Pero no es así. Esa es una parte de su grandeza. Tiene otra quizás más eminente, a la que ama D. Rodrigo mucho más ardientemente. Otro campo más tranquilo, pero más culto y excelso, del que ya hemos hablado algo, y tendremos que hablar extensamente a su hora. Ya que D. Rodrigo descansa en Toledo, tras las punzantes preocupaciones y agotadoras fatigas de las anteriores cruzadas, retrocedamos, para referir lo que respecto de eso hemos dejado sin contar. Nos obliga a tocar la materia un episodio interesante, el único conocido de este género en la vida de Jiménez de Rada, que ocurrió precisamente en lo más recio del tráfigo de los sucesos narrados.

El año 1218 se puso en relaciones con nuestro Arzobispo, pero someramente y por unos momentos fugaces, un docto castellano, de obscura historia, que nos ha proporcionado la ocasión de sorprender unos espontáneos sentimientos de las aficiones de D. Rodrigo, para poder atisbar algo de su interior. Ese docto se

llamaba Diego de Campos, (1) el cual dice de sí mismo, al principio de su obra «Diego español, capellán del rey, natural de Campos, (2) he leído muchísimo, sé poco.» (3) D. Rodrigo, en el lugar, que abajo diremos, nos da la noticia de que era canciller de la corte del rey (*regalis aulæ cancellario*) Como le apellida «hijo amado» creemos que era un sacerdote de su clero. Cuando D. Rodrigo se ocupaba arduosamente en preparar la cruzada española contra los mahometanos, Diego de Campos le sorprendió gratamente con el envío de su obra *Planeta*, que el Arzobispo leyó inmediatamente, en medio del estruendo bélico, y sin parar le remitió su juicio y aprobación, durante los mismos grandísimos azares, como lo declara el propio censor, diciendo, *inter turbationes maximas*. Dos partes tiene la contestación de D. Rodrigo, y las dos totalmente distintas, y separadas también. La primera constituye el Prólogo 2.º del libro de Diego de Campos. La segunda expresa lo que agradó al Arzobispo su lectura, y rehusa los elogios, que el autor le tributa en la dedicatoria de su escrito. Por ser muy significativo todo ello para conocer la fisonomía intelectual de Jiménez de Rada, es necesario aquí darlo a conocer más en especial.

El Prólogo de aprobación de D. Rodrigo va a continuación del dilatado Prólogo de la obra del mismo Diego, que agita mucho el incensario de las alabanzas en honor del Arzobispo, el cual escribe el suyo bajo la impresión de ese Prólogo, aludiendo al mismo, para aprobarlo, y hablando de la *Quadratura*. Por eso, para entender al Arzobispo, es preciso dar sucinta idea del Prólogo de Diego de Campos. Diserta éste en su prólogo sobre el valor cobalístico del número cuatro, dándole singular importancia, haciendo ver, que son cuatro las estaciones del año, cuatro las partes del mundo, cuatro los ríos que hubo en el Paraíso, cuatro los Evangelios, y luego acumula agudas comparaciones, ejemplos sin fin y citas de sabios para probar eso mismo. Aduce los cuatro fines por qué escribe su libro, y las cuatro circunstancias, que descubre en el tiempo, para hacer notar últimamente lo que le hace discurrir tanto, que el nombre del Arzobispo lleva ese rasgo misterioso de la *Quadratura*, que lo hace muy respetable y significativo, porque consta de cuatro sílabas, *Ro-De-Ri-Cus*. Con esto se dilata en prodigios y retumbantes encomios en loor del gran personaje, que él ensalza hasta la lisonja, aunque con la más sincera admiración y veneración, sin visos de quererle elogiar bastardamente.

Por su parte Jiménez de Rada acoge con agrado la obra, sintetiza su contenido y su Prólogo con originalidad, alabando con calor al autor de la misma, pero al redactar su escrito se deja contagiar de la ampulosidad del estilo de la obra que juzga. Leámosle para apreciar cómo escribe: «Rodrigo, por la gracia de Dios, Arzobispo de la Sede de Toledo, Primado de las Españas, salud al hijo amado, Diego, Canciller de la corte del rey, le desea que merezca la gracia de la bendición del Sumo Pontífice, que penetró los cielos. Los presentes recibidos de vuestra devoción, y la memoria dulce de vuestras elucubraciones escolásticas y la profunda ciencia del prólogo-epístola, embriagaron de gozo al ánimo aletargado con el cebo de la recreación espiritual. Pues aparece solidez de ciencia en la cuadratura (4) probada autoridad en la multitud de ejemplos de los Padres; profundidad de singular prerrogativa en las sentencias de los filósofos; grande caridad en la recomendación de la devoción amada; gustada suavidad en el nombre de Jesús, la cual co-

(1) De él hablan, Nicolás Antonio en la Biblioteca Vetus. II. L. VIII. c. II. n. 8, donde copia el juicio, que de él dió Juan B. Pérez. Rodríguez de Castro en su Bib. Españ. t. II. p. 511-515, con difusión, aprovechándose de lo que escribió el P. Burriel. Está en la B. N. de Madrid. (2) Así lo entiendo el *Ortus de Campis*. (3) *Hispanus Diecus regisque Sysmistes*. Creo que el sentido de Sysmistes es capellán, o acaso, canciller. (4) Es decir, en el significado del número cuatro, como hemos notado.

nocieron sólo aquellos que procuraron amarle con todas las fibras del corazón. Brilla el estilo de la retórica adornado con colores, el de la teología corroborado con autoridades, con citas de nombres de Santos, con flores esparcidas de filósofos, a fin de que indique ya en el prólogo con la utilidad y virtud, cuánta dulzura escondida se halla reservada en el resto del libro, a la cual de tal modo endulza más la dulzura del nombre de Jesucristo, que ya antes que desciende el maná del cielo, el alma, ávida de la ciencia, siente su fragancia. Según Salomón, su conocimiento constituye la perfección consumada; y de tal manera se designa en este nombre (de Jesús) la felicidad de la vida presente y futura, que siendo aquella una cosa, que pidió David, conociendo el misterio de la Trinidad, hartos con la dulzura de Jesús, vamos a la sólida consecución de lo que lo cuaternario significa; siendo conducidos y enseñados por él, (Jesús) en quién se hallan escondidos los tesoros de la ciencia y sabiduría, a la noticia de los libros siguientes, avanzando como al interior del desierto, dejando la nube detrás, entre los egipcios y nosotros, y para que ascendiendo a la cima del monte, veamos la claridad del nombre de Diego, que se interpreta a *Dios*, (ad Deum) y sea la suma de lo pasado y la expectación de lo futuro; y así fulguren más vivamente las cosas venideras cuanto con más viveza lo presagian las flores del prólogo.»

Así termina la que hemos llamado primera parte, la cual agradece efusivamente a continuación Diego de Campos, mostrando su satisfacción por la aprobación del Arzobispo. Este expresa en la segunda parte de su escrito, que en el volumen de Diego de Campos está en la última hoja del pergamino, lo mucho que le ha recreado la lecutra de su *Planeta*, y desecha los elogios, que le dedica Diego. Se expresa D. Rodrigo en cortos párrafos: «Por esto os lo agradezco a vuestra caridad devotísima, no cuanto debo, sino cuanto puedo, porque, mediante el antiguo idioma patrio, recordando los estudios de las escuelas, habéis recreado mi alma, disipada por los cuidados del siglo, y la habéis endulzado, cuando *estaba empapada del acibar de la tribulación española*; y también habéis señalado en este volumen, al hablar del Arzobispo de Toledo, esforzándoos en alabarme y glorificarme (la conjunción de este *Planeta* me avisa la del sol verdadero de la felicidad) las virtudes no poseídas, sino deseadas, cuando las habéis pintado. *Que el brazo de la caridad*, que vence, reina e impera nos la conceda (la vida eterna) al fin a los dos. Las pequeñas cosas de un corazón pequeño sean para otro, que es grande y principal. *Os he contestado en medio de los azares grandísimos de los negocios*. Que Dios guarde a vuestra caridad.»

El argumento del libro, que así agradó y recreó el espíritu de D. Rodrigo, era harto raro. Al P. Burriel, que lo copió (o su amanuense) le chocó tan sólo lo que sigue. «En el proemio dice grandes bienes del Arzobispo, y habla librisimamente de los Reyes y Obispos y costumbres de su tiempo: sólo del Papa no dice mal.» Nada de eso es materia principal de la obra. Consta el *Planeta* de siete libros. En los tres primeros trata de la persona y cualidades de Jesucristo. En el cuarto ensalza a María, por su dignidad excelsa, y expone el Ave María. En el quinto pondera el poder de San Miguel y sus beneficios. En el sexto habla del alma de Cristo y de los bienaventurados. En el séptimo de la paz interior y exterior de la Iglesia. Está escrita la obra en estilo cálido, hinchado, enigmático, pero con celo apostólico, y empieza así hermosamente: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat...*

El Prólogo de Diego de Campos, de resabio cabalístico en cuanto a la forma, pues en cuanto al fondo el escrito del docto canciller castellano no puede ser más acabadamente católico, nos lleva a tratar de la causa, que hubo de influir en ese

fe nómeno, y más directamente todavía a tratar acerca de las relaciones científico-literarias de D. Rodrigo con los elementos productores de ese fenómeno: estudio retrasado ya demasiado por las exigencias de la unidad de narración de otros sucesos. Esos elementos productores eran la cultura árabe-semítica de Toledo. Bajo el Pontificado de D. Rodrigo, Toledo continuó, si bien no con tan intensa efervescencia como en los tres decenios precedentes, siendo el centro principal de las traducciones de la filosofía árabe, para trasmitir de aquí al interior de Europa las obras traducidas. Porque sabido es, como lo probó Traube, (1) que la propagación de la filosofía griega de Platón, Aristóteles y otros pensadores, siguió este itinerario, en el primer período de su difusión en los siglos XII y XIII y aún XIV. Del griego se vierten las obras al asirio, del asirio pasan al árabe, con modificaciones, y del árabe al latín, el cual las lleva a las Universidades europeas. Las versiones latinas llegaron a su apogeo, en Toledo, bajo la protección del Arzobispo Raimundo, según confesaba Renán y lo proclamó Menéndez y Pelayo. (2) Hay datos para sostener que tanto las traducciones como su exportación a las Universidades siguieron sin notable decadencia en los años de D. Rodrigo, y todavía más adelante. Voy a dar sólo tres, pero luminosísimos. El italiano Gerardo de Cremona se establece en Toledo en la primera parte del siglo trece para aprender el árabe y traducir obras astronómicas. Allí llega a su mayor fama en 1230 Miguel Scoto, que sin verecundia se apropió los trabajos de un judío. Su sucesor, el alemán Hermán, en 1240 terminaba la versión del *Comentario Medio*, de Averroes, en la capilla de la Trinidad de Toledo. Mauricio Español, teólogo y filósofo, sacrificado en París en 1215, por condenación de la Universidad de aquella ciudad, bajo la presión del Legado Roberto Courzón, debió ser una víctima de esa filosofía.

Ahora bien, nuestro sabio D. Rodrigo ¿hasta qué punto se relacionó con ese foco de cultura árabe? ¿Cuánto recibió de esta cultura? ¿Cuánto se dejó formar e influir de ella? Mis lectores en más de una ocasión habrán visto repetida, en la crítica erudita a la violeta, la idea de que Jiménez de Rada es hijo espiritual de esa cultura, que a ella debemos varón tan excelso, que la Iglesia era impotente para producirlo. Escribe uno de esos sistemáticos depresores de la fecundidad cultural de la Iglesia: «La gran figura de Jiménez de Rada es un testimonio de esa influencia árabe en la cultura nacional, proclamando en sus libros esa invencible influencia musulmana, aseverando desde su propio sepulcro la verdadera y efectiva dominación del Islám en los paños árabes de los ornamentos de su mortaja prelacial.»

Esto es falsificar la historia con descarada y zafia mala fe, aprovechándose de la insignificante circunstancia de que las vestiduras sepulcrales de D. Rodrigo, que aun se conservan parcialmente incorruptas, son de estilo árabe, para inferir de ello absurdamente, que también su gran cultura intelectual procedió de los árabes. No se puede asentar proposición más falsa. Podemos afirmar que quienes estampan tales aserciones sobre la cultura científica del gran Arzobispo, ni conocen su historia, ni han leído sus libros inmortales, ni son capaces de entenderlos. Retamos a cualquiera a que no señalará vestigios de esa influencia ni en el plan, ni en el estilo, ni en el fondo, de ninguno de esos libros. Aún podemos asegurar, con toda seguridad de no ser desmentidos por el mejor arabista, que D. Rodrigo es un intelectual, que concibe y escribe en forma opuesta al árabe. Por que su filosofía, teología y ética son macizamente católicas, y de su pluma fluyen siempre pen-

(1) Véase su obra. *Einleitung in die lateinische Philologie des Mittelalters*. (2) *Heterodoxos Españoles*. III p. 116. edic. 2.

samientos, conceptos y sentimientos netamente cristianos. Jamás aparece allí ni sombra de la infección de los delirios astrológicos, astronómicos, cabalistas o averroístas, que entonces en Toledo trastornaban a tantos cerebros. Ni el plan de sus historias se parece nada a las crónicas árabes, según lo demostraremos después. Mas si la cultura de Rodrigo no provino de los árabes, en cambio conocía toda su cultura a fondo; porque poseía con perfección su lengua, estudió su Corán para refutarlo, y leyó sus historias, como los más doctos árabes, y escribió una propia de ellos, como veremos. De donde inferimos, que D. Rodrigo revolvió abundantemente las obras árabes de toda clase, dogmáticas, filosóficas e históricas con el fin de combatir sus errores. Pero es dudoso que se comunicara con sus escuelas, y poco probable que fomentara, a imitación de su predecesor Raimundo, las traducciones; yo, por el tono con que constantemente se expresa acerca de todas doctrinas y teorías árabes en sus obras, deduzco que D. Rodrigo fué hostil a todos los escritos árabes, aunque con cierta tolerancia para cierta clase de personas; porque consintió que en la capilla de la Trinidad de Toledo se trabajase en las traducciones.

Otro pueblo, también de cultura propia, afin al árabe más que al cristiano por el odio común al cristianismo, era el semita. De él hay que afirmar, que en los días de D. Rodrigo tenía concentrado en Toledo lo mejor que tenía en España en la autoridad, en la influencia, en la ciencia, en el núcleo mayor de habitantes y en la misma riqueza. Vivían los hebreos en Toledo en barriadas populosas, sometidos a leyes especiales. También conocía D. Rodrigo el hebreo, lo mismo que sus obras capitales de proselitismo, para rebatirlas, con más razón que los árabes en cuanto a las doctrinales; porque los semitas eran más activos, más tenaces y más astutos propagandistas de sus doctrinas, y alcanzaban mayor número de prosélitos que los árabes; porque los cristianos propendían más hacia ellos que hacia los mahometanos. D. Rodrigo los combatió siempre fuertemente en el terreno religioso, mas los trató muchísimo, de muchas maneras, hasta merecer censuras, en el terreno social, valiéndose de su destreza y práctica singulares para la administración benéfica de los bienes temporales, que le pertenecían.

La cuestión judiega en la vida de D. Rodrigo es grave y no poco embrollada, y para entender su conducta con los judíos, y la de Roma con Rodrigo en este punto, es preciso recordar, en dos palabras, la legislación vigente de la Iglesia, votada por el mismo Arzobispo en el Concilio de Letrán, en 1215.

Se les prohibió la usura excesiva con los cristianos; y se les obligó a pagar los diezmos y demás derechos de los bienes adquiridos a los cristianos. Debían llevar los dos sexos una señal exterior en los vestidos, para que se les distinguiera. No se les deberá conferir cargos públicos.—Que vivan en casas separadas de las de los cristianos. En juicio no tienen valor sus deposiciones contra los cristianos. Se les permite vivir en los pueblos cristianos *pro sola humanitate*. Los convertidos y bautizados voluntariamente no podrán usar ritos abjurados. (1)

Tales mandatos eran necesarios entonces, sin que valga decir que establecían una irritante desigualdad social. Mayor la establecía, si no se aplicaban esas leyes, la perversidad de los semitas por sus abominables maquinaciones con los musulmanes, y por sus sórdidas e inmorales usuras, con las cuales todo lo avasallaban y sobornaban, comenzando por los Reyes y los más altos Señores, que luego caían en sus garras. Se comprende esto con solo recordar que ellos practica-

(1) Richard. *Conciles*. siglo XIII. cánones 67, 68, 69 y 70...

ban la usura en el máximo grado legal. Y el interés legal era en el siglo XIII el 25 por 100. (1) ¿Cuál sería el clandestino e ilegal del avariento semita?

En España jamás se aplicaron estrictamente los cánones de la Iglesia, a causa de la especial compenetración social de los judíos con los cristianos, particularmente porque los israelitas hacían sentir la necesidad de su trato por su habilidad en los asuntos financieros, de los cuales eran ellos los amos. Lo propio ocurrió con los que promulgó el Concilio Lateranense, a pesar del sumo empeño, que Inocencio III puso, para que se implantaran en seguida y con toda exactitud, por la poderosa resistencia, que en todas partes opusieron. Pero donde era mayor su poder mayor fué su resistencia; y según notamos, el mayor y más inteligente poder de los hebreos en España estaba en el dominio eclesiástico de D. Rodrigo, en el Arzobispado y ciudad de Toledo. Allí inspiraba a todos en sus iniciativas el rabino escritor Macazi Sephardi, natural de Toledo. (2) Pero lo mejor era, aún para los cristianos españoles, la exacta aplicación de los cánones publicados, como entendía el mismo D. Rodrigo, quien, sin embargo, no se esmeró en hacerlo desde el principio. Honorio III le escribió por eso, el 26 de Enero de 1218, encargándole que obligase a los judíos a llevar divisas y a pagar diezmos, refrenando también con censuras a los cristianos cómplices de estas infracciones, en toda su Archidiócesis. Lo mismo le ordena respecto de todos los judíos de su legacía, que es España entera. (3) No debió urgir fuertemente en su Arzobispado el cumplimiento de estos puntos, y se le acusó ante el Papa de ello, y aún de que los hebreos edificaban casas en su Provincia eclesiástica. Honorio volvió a encargarle, el 18 de Marzo de 1219, casi lo mismo que en la Bula anterior. (4) ¿Produjo mejor efecto? Dice el P. Fita. «Honorio III urgió y obtuvo en España la ejecución del los cánones 67 y 68 contra los judíos... por medio de cuatro bulas dirigidas al célebre D. Rodrigo Jiménez de Rada.» (5) No es exacto como se va a ver, si no es con restricciones. D. Rodrigo, en unión con San Fernando, pidió la suspensión de las divisas, porque, según decía, unos judíos prefieren emigrar a los moros, a llevarlos, otros conspiran por eso contra el orden, y se ponen en peligro las rentas reales, que de ellos proceden en gran parte, y concluye, que amenaza daño en el reino, si se ejecuta ese canon. Honorio III le da al Arzobispo la facultad de suspenderlos, pero «durante el tiempo que conocieres que hace falta, sino recibes mandato apostólico de ejecutar esos cánones» (6) Veinte de marzo de 1219. Mas sólo para el reino de Castilla concede esa facultad, y por lo mismo D. Rodrigo debía hacer cumplir los cánones del Concilio ecuménico en todos los demás estados de España, que estaban sujetos a su legacía. Recuérdese aquí que también los sarracenos imponían a los judíos las divisas de trajes distintos. (7)

El Arzobispo de Toledo pasó más adelante con los poderosos judíos de su diócesis, viendo que no era posible someterlos a las obligaciones impuestas, sin graves y muy peligrosas perturbaciones. Les propuso una avenencia muy hábil y original, conocida en la historia con el nombre de «*Famosísima concordia de D. Rodrigo con los judíos de Toledo.*» La redactó en el apogeo de los preparativos de la segunda cruzada contra los moros, que hemos narrado. Los judíos la aceptaron, y el 16 de junio de 1219 se firmó en Segovia, ante San Fernando. He aquí su resumen. Los hebreos varones de veinte años arriba, se obligan a pagar la sexta parte de un áureo, (8) cada año, sin distinción de casados y solteros, y con esto

(1) Maura - Gamazo. - Rincones de la Historia. I. c. 6. (2) Rodríguez de Castro. *Escritores rabínicos*. I. p. 163 adelante. (3) Liber priv. I. f. 47. (4) Ap. 71. (5) *Actas Inéditas*. Part. II. p. 234. (6) Ap. 72. (7) Huici. Campaña de las Navas. p. 15. (8) Valía el áureo un ducado.

satisfacen al Arzobispo lo que deben por diezmos y oblaciones de las heredades, que hasta esa fecha poseen; pero todas las que adquieran de cualquier modo en adelante de los cristianos, quedarán sujetas al tributo señalado por la ley de Le-trán, exceptuándose las casas, que posean o construyan. Establece la cláusula, tan favorable a los cristianos, de que las fincas, que éstos compren a los judíos, quedarán exentas de ese tributo. El Arzobispo, después de declarar, que con esto perdona todo, añade, que él nombrará cuatro ancianos adelantados de la Aljama de Toledo, y dos de cada Aljama del resto del Arzobispado, juramentados, para que, cuando surjan dudas acerca de la edad y demás extremos, resuelvan las cosas en conciencia, conforme a la verdad. Los ancianos harán pagar lo pactado a los rebeldes; sinó el Arzobispo lo reclamará a la Aljama, que estará obligada a satisfacerse. Se pagará la colecta entre San Miguel y San Martín. D. Rodrigo se obliga así: «Además el Arzobispo defenderá y ayudará a los judíos según Dios y según su dignidad, cuanto pudiere.» (1) Esta concordia ingeniosa y audaz, sin semejanza en la historia española, prueba que el Arzobispo, en vez de poner en práctica los cánones, los armonizaba con la situación presente.

El príncipe de los historiógrafos del pueblo judío en España escribe comentando esta concordia: «Rodrigo no fué siempre adicto a los judíos.» (2) ¿Es esto una acusación, que perjudica a D. Rodrigo? Pero ¿con qué derecho supone Amador de los Ríos que D. Rodrigo fué alguna vez adicto a los mismos? ¿Acaso porque en la frase últimamente copiada del documento les promete favor y ayuda? ¿O porque en tiempos posteriores se sirvió de algunos de ellos, por ser más expertos que los cristianos, en asuntos financieros, y hubo quien hizo de esto contra el Prelado un capítulo de denuncias al Papa? ¿O porque reiteradamente concierta con ellos contratos de compra-venta? Yo no he visto otra cosa para dictaminar así, ni el acusador alega. Mas cualquiera comprenderá que en tales actos no hay rastro de favor, que indique la cualidad de adicto, sino la mucha habilidad del Arzobispo pa-explotar las condiciones de la raza judiega, para los fines de la vida financiera. No hay ninguno de esos actos de protección en pro de los hebreos; hay destreza para los fines sociales, como también en pedir, como gran consejero y ministro de San Fernando, que se suspendiera el canon de las divisas de trajes, para evitar el éxodo imprudente del capital castellano y el desequilibrio funesto, que esto produciría, si se aplicaba el canon bruscamente.

Por lo demás, era natural que se mostrara D. Rodrigo poco adicto a los judíos, que tan odiosos se hacían, por mil conceptos, a la cristiandad; ya por su hostilidad al nombre de Cristo, ya también por las devastaciones, que producían en la economía nacional privada y pública por las artes sórdidas de la usura. Además en Toledo había una enorme herencia de agravios de muchas generaciones, que hacía más repulsiva la figura del judío, por la cadena incesante de ataques desde la populosa judería, y por las no interrumpidas traiciones contra los cristianos. A la fuerza tenía que ser contrario a los hebreos D. Rodrigo. Debía, por su cargo, combatirlos enérgicamente en el terreno religioso, para destruir su proselitismo, des-enmascarando a sus arteros rabinos, y persiguiendo, como ministro del Reino, sus perfidias y delitos, que conocía él mejor que nadie. Por lo demás los trataba con equidad y moderación, como Prelado virtuoso, y gobernante justo y ecuánime. «La situación de los judíos españoles era entonces privilegiada, no sólo respecto de los moros, sino respecto de sus correligionarios de otros países.» (1) Lo que quizás con más visos de verdad se puede decir contra D. Rodrigo es, que propendió

(1) *Memorias...* 292-293. (2) Amador de los Ríos. Hist. II. (3) Rincones de la historia. I. c. 6.

en demasía a utilizar sus aptitudes para los asuntos públicos y privados; por ventura en complicidad con San Fernando. Lo cierto es que la corte castellana envió como embajadores a los judíos a las cortes agarenas, con peligro de que revelaran los secretos de los estados cristianos. Honorio III mandó en 1220 a D. Rodrigo que como Legado, con otros Obispos, se lo prohibiese, a los Reyes de León, Castilla y Navarra. (1) Se le debió obedecer; porque no hay indicios de otras prevenciones. Por un error de cifra tiene que explicarse la fecha de la firma de la fundación del Hospital de los Caballeros para redención de cautivos, el 16 de Junio, en Toledo. Rodrigo y San Fernando no podían estar a la vez en Segovia y Toledo. (2) D. Rodrigo se marchó de Segovia a Sigüenza a visitar a su anciano primo, D. Rodrigo, (3) Obispo de Sigüenza. Como árbitro inapelable, el 29 de Junio, sentenció, en esta ciudad, el fin del pleito, que los clérigos de Atienza y sus aldeas tenían sobre emulumentos eclesiásticos, imponiendo la multa de 1500 áureos, que debería repartirla, el que lo renovase, entre el contrincante, el Obispo de Sigüenza y el Arzobispo de Toledo. (4) Luego realizó la campaña de Levante. (5)

Narremos ahora el grave negocio del Obispado de Osma, en que D. Rodrigo tuvo que intervenir, como actor principal, con harto ruido. Se refirió ya cómo Alfonso VIII dejó la villa de Osma para la mitra episcopal de Osma en reparación de los agravios inferidos. Menendo, Obispo Oxomense, la reclamó de los testamentarios en seguida, con la intrépida vehemencia, que le caracterizaba, requiriendo a D. Rodrigo más que a nadie, por ser el principal testamentario, y corresponderle más estrictamente que a ninguno el apresurar el cumplimiento de las disposiciones pías, como eclesiástico. Pero los testamentarios no accedieron, sino que dieron largas al asunto. Impaciente el Prelado de Osma, el año 1216 acudió a Inocencio III. El Papa nombró una comisión compuesta de personas pertenecientes al Reino de Navarra, el Prior, Sacristán y el Canónigo, P. Amable, miembros, los tres, del Cabildo de Tudela. No quiso el Pontífice comisionar ningún castellano; porque veía que era cuestión muy delicada, por cuanto los jueces tenían que residenciar a la corte de Castilla, y requerir al primer ministro del Estado, D. Rodrigo, cuya gestión era discutida en este punto. Porque los testamentarios no urgían el cumplimiento de ese artículo, a causa de que Osma era una de las poblaciones señaladas en arras a D.^a Berenguela, con ocasión de su ya disuelto enlace con Alfonso IX de León, razón por la cual la corte de Castilla no soltaba el solicitado consentimiento de ejecución. Inocencio III sin embargo autorizaba a los comisionados navarros para subdelegar, y subdelegaron en efecto en el Prior y un monje de Silos, alegando por motivo negocios áridos, que se lo impedían. Éstos citaron luego al Obispo de Osma, y a tres de los testamentarios, Tello de Palencia, la Abadesa de San Andrés del Arroyo y G. Rodríguez, Caballero Santiaguista, que estaban sin duda por D.^a Berenguela; pero a D. Rodrigo no, quizás porque se inhibía de esto; acaso por estar en Roma, o porque no le era posible coincidir con los otros tres. Los monjes pidieron al Arzobispo el atestado del testamento de Alfonso VIII, y declaran que saben: *«por carta del Arzobispo, que el anterior Rey había legado en su última voluntad la citada villa con sus pertenencias al expresado Obispo e Iglesia de Osma, y que el mismo había rogado a los mencionados (testamentarios) que entregasen la villa al mismo Obispo.»* (6)

(1) Rainaldo - Anual. Año 1220. n. 49. (2) Memorias... p. 293. (3) Minguella. Tom. I. p. 197. (4) Minguella. 524 y 525. (5) A pesar de estar ausente de la corte aparece la firma de Rodrigo en las cartas reales de 2 y 12 de Diciembre, en Dueñas y Burgos. (6) Véase en el Apéndice la serie de documentos principales referentes a este asunto. Léase en la «Biografía Eclesiástica completa» tomo 13 el Artículo sobre Mendo (p. 785-790) bien informado, pero tilda algo, sin razón, el buen nombre de D. Rodrigo.

Se ve que D. Rodrigo disenta de sus compañeros. Sin embargo su consejo de entrega no era incondicional, sino *causa rei servandæ*, de modo que la tuviese el Obispo mientras se resolviese el litigio de las arras. Creo que el Arzobispo estaba en lo razonable. Alfonso III decía en su testamento así. «Por eso en compensación del dicho dinero (5 mil morabetinos recibidos del Obispo simoníaco,) mando entregar íntegramente a la iglesia de Osma el castillo de Osma con la villa de Osma y con todos sus derechos, *después de la muerte del conde Gonzalo, al que se la dió por su vida a cambio de una heredad, que él me dió*» Natural era que, muerto el conde Gonzalo, pasara la villa oxomiense luego a la posesión del Obispo, mas bajo la condición de que un día podía necesitarse, según ley de arras. Los tres testamentarios no hicieron caso a los monjes. Se presentó el Obispo de Osma; por lo que los delegados, habiendo oído el consejo de los tres comisionados navarros, que les habían encargado la cuestión, y *maxime*, añaden, por esa respuesta de D. Rodrigo, deciden que se entregue Osma a su Obispo, y declaran incursos en excomunión a los otros testamentarios, que disentan de D. Rodrigo. (1)

Informaron de todo a Enrique I, que el 17 de febrero de 1217 dispuso la ejecución del testamento, a disgusto de los Laras, y creo que con viva oposición de D.^a Berenguela, que en aquella fecha estaba en forzosa incomunicación con su hermano, y de seguro muy empeñada en que no se cumpliese ese punto del testamento por el mal sesgo, que tenía su causa, y podría necesitar la villa de las arras. Menendo con los documentos y sentencias en la mano se presentó ante Honorio III, el cual le envió contento a España, mandando al Obispo de Zaragoza y a dos Arcedianos suyos, que le hiciesen justicia. Honorio III tuvo también presente la dificultad de encomendar el negocio a los Prelados castellanos, que podrían doblegarse, por diversas causas, ante la inflexibilidad del poder supremo del Estado, y escogió comisionados aragoneses, que, en verdad, desarrollaron en su comisión todo el tesón característico de su raza. Sancho de Ahones, Obispo de Zaragoza, no era un sujeto muy a propósito. Era duro, destemplado, algo irrespetuoso con la autoridad de su Rey Jaime. Que, siendo merecidamente atravesado por la lanza su hermano, Pedro de Ahones, señor de Ribagorza, cuando con la suya atacaba, en rebelión, a su propio Rey, y honrosísimamente enterrado, de orden del Monarca, con todo, el Obispo, alzóse con sus parientes contra la legítima potestad, y mantuvo guerra mortífera contra la misma, largos días. Esto explica el tono no mesurado y poco inductivo de alguno de sus monitorios a D. Rodrigo.

Con la muerte de Enrique empeoró la causa de Menendo, y se complicó la gestión de D. Rodrigo: que nunca fué Fernando el Santo flojo en ceder sus derechos, y en esta ocasión defendía los de su admirable madre.

Sancho de Ahones encargó la ejecución del mandato pontificio a D. Rodrigo, único testamentario, que hasta entonces estaba por Menendo, encargándole a la vez, que obligase a la Corte de Castilla a reconocer al mismo Obispo una porción de diezmos. No se movió Rodrigo, y alguien lo explica diciendo, que «como hombre político, pensó detenidamente las circunstancias, que concurrían en el asunto, y dedujo que no debía mezclarse en él por mediar la reina D.^a Berenguela, el interés de su hijo D. Fernando, el de la corona, o patrimonio Real.» (2) Sin perder tiempo le dirigió el monitorio siguiente: «Sancho, Obispo, y P. Bertrán, Arcediano de Zaragoza, Jueces delegados del Papa, salud y sincera caridad al Venerable en Cristo P. y Reverendísimo amigo, Rodrigo, por la gracia de Dios, Arzobispo de Toledo. Si recordamos bien, encomendamos a vuestra prudencia la ejecución de

(1) Loperráez. III. Documento XXXVII. (2) *Biografía Ecl. Univ.* Art. Menendo.

la sentencia, que dimos, conforme al mandato del Sumo Pontífice, sobre la villa y pertenencias de Osma en favor de su Obispo y su Iglesia. Como vemos que aún no la habéis ejecutado, y la verdad nos constriñe a amar la justicia, por la autoridad apostólica, que tenemos, os mandamos lo más severamente que podemos, que sin demora la ejecutéis, según el mandato apostólico; de lo contrario castigaremos a los demás, que se oponen, para que no seamos reprendidos de inobediencia.» (1) Loperráez omitió la fecha de esta carta; pero sabemos que es del año 1218, anterior al casamiento de San Fernando; porque en la respuesta dice D. Rodrigo que el Rey no tenía aún cumplidos 20 años, y en su historia escribe que se casó a los 20.

A tan autoritaria comunicación responde D. Rodrigo, repitiendo el mandato y añadiendo así cómo lo ha cumplido: *«Nosotros hemos amonestado frecuentemente y con diligencia a los predichos Rey y Reina, según vuestras órdenes y avisos; aunque al oír nuestras amonestaciones diferían el cumplir esto, respondiendo que iban a tener consejo con los magnates: que por la comisión del Papa hecha a mí de los consignados, (Rey y Reina) y por el escándalo y los muchos daños, que podría engendrar el proceder con censura eclesiástica a la ejecución, no creímos que debíamos proceder.* Por lo que os rogamos atentamente que nos tengais desobligados en la causa; porque lo mismo que a mí podeis mandar a los otros... *Se me respondió que hasta el día de San Juan, en que el Rey hará el año veinte, no me podían responder plenariamente; porque se había dispuesto en su corte, que ningún negocio arduo, que se refiera al mismo Rey, se tratara hasta ese tiempo...»* (2) Noticias tan instructivas patentizan la gravedad del caso y su dificultad. Los dos jueces de Aragón respetaron la decisión de D. Rodrigo. Tres veces sucesivas enérgicamente encargaron lo mismo a los Obispos de Palencia y Burgos, pero siempre sin fruto. Por fin se resolvieron los jueces a dirigirse al mismo Fernando, informándole de todo, y conminándole con censuras contra él y contra su Reino, si no cumplía la sentencia. En esto, D. Rodrigo y los Obispos de Burgos y Palencia invitaron a Menendo de Osma a una transacción con San Fernando, a lo que accedió él, y el Arzobispo se dirigió a San Esteban de Gormaz, Diócesis de Osma, y después de vencer dificultades, el 11 de Octubre de 1223, publicó D. Rodrigo un manifiesto dirigido a toda Castilla, a instancia del Obispo Menendo, y de conformidad con San Fernando, para notificar el convenio, que el Rey y el Obispo han hecho. Menendo renuncia al pleito de las décimas, protestando, que ya en tiempo de Alfonso VIII las había reclamado, como constaba por las deposiciones de los testigos, que entonces recibiera el mismo Arzobispo, y las tenía archivadas aún; en cuanto a la posesión de la villa de Osma, se reserva la libertad de hacer lo que bien le pareciera. San Fernando de grado le concedió las décimas y otros emolumentos provechosos. Hora era de que así se quitara cuestión harto escandalosa, que no poco mermaba el nombre de los Reyes en toda España, y roía la paz de D. Rodrigo, cuya posición era delicada en los dos aspectos de justicia y religión.

Pero cuestión más agitada y ruidosa que ésta, y que más comprometió el buen nombre de la corte de San Fernando, a la vez que hizo más importante el de Don Rodrigo, fué la famosa y complicadísima de la diócesis de Calahorra, que se prolongó cerca de 24 años, de 1216 a 1237, en medio de diversos y extraordinarios casos e incidentes, que es preciso claramente referir, para que se vea bien la memorable intervención del Arzobispo de Toledo, y su actuación opuesta a la de la

(1) Loperráez. IV. p. 57. Memorias. 256-257. (2) Loperráez. III. p. 58.

Corte castellana, en ciertos puntos. Tejeremos la narración con la debida distinción y orden, omitiendo todo lo que no sea necesario en esta historia. En 1216, reinando Enrique I, murió D. Juan García, Obispo de Calahorra. En la elección del sucesor se dividió el Cabildo en dos bandos, y cada uno eligió su candidato. El uno al Dean de Calahorra, Rodrigo, el otro al Prior de la Colegiata de Tudela, Guillermo Durán. Cuando éste, ya consagrado, se posesionó de su Catedral, los del bando contrario arremetieron contra él, y tras abominables ultrajes, lo arrojaron de ella y del Obispado. Acto tan irreverente produjo una causa larga, en que D. Rodrigo tuvo que intervenir principalísimamente, por encargo del Pontífice Romano. Se delató a Roma injuria tan grande, y Honorio III, el 21 de Mayo de 1219, comisionó a nuestro Arzobispo para que instruyese el proceso de la elección del mencionado Obispo Guillermo, y para que subdelegase en varios miembros del cabildo de Pamplona la facultad de procesar y castigar a los autores de los delitos y desafueros injuriosos, cometidos contra el citado Obispo. Siete días después, Honorio III, por medio de otra bula, mandó a D. Rodrigo que entregase a D. Guillermo lo conveniente para su honesto sustentamiento de los réditos de la mitra de Calahorra, mientras se sustanciase la causa de la validez de la elección. El Papa relata en esa bula otras cosas dignas de mención, y encarga a Don Rodrigo otra comisión más. Relata cómo el Arzobispo de Tarragona, que era el Metropolitano de Calahorra, había comisionado al Obispo de Pamplona y a algunos capitulares de la misma Iglesia el conocimiento de la causa de la elección. Los delegados navarros se declararon en favor de D. Guillermo, Prior de Tudela. Es de suponer que no fué por afecto de paisanaje, sino sinceramente. No se aquietó el clero calagurritano; por lo que, después el mismo Papa dió la misma comisión al Obispo Mauricio de Burgos y dos Arcedianos suyos. Éstos declararon nulas las dos elecciones. La del Dean de Calahorra, porque faltó la convocación de todos los cabildantes calagurritanos: la del Prior de Tudela, porque estaba ligado con censuras. Añade Honorio que esto último no lo ha podido comprobar, a pesar de haber estado en Roma el Obispo Prior. Se ordena al Arzobispo que compruebe si esto último es verdad.

Mas D. Rodrigo dió un giro completamente nuevo y grave a esta delicadísima cuestión, arrogándose poderes, que el Sumo Pontífice no le concedía; al menos, no aparecen en la citada bula, ni en otra alguna. En la citada bula del 21 de Mayo mandaba el Papa a D. Rodrigo, que ínterin se dilucidase la legitimidad de la elección, pusiera al frente de la Sede vacante un gobernador eclesiástico, con poderes de Obispo, menos el de dar dignidades y beneficios; «pero traspasando los poderes, que la Santa Sede le comunicaba por su misiva, bien fuese intencionadamente, bien en atención a otras causas, procuró se eligiese, e instaló como Obispo calagurritano, a Juan Pérez, Arcediano de Toledo, excluyendo jurídicamente a Guillermo Durán, el cual estaba ya consagrado Obispo por aquellas fechas, y llevaba la Administración de la diócesis.» (1) En Octubre de 1220 Juan Pérez figura como electo de Calahorra. Se formalizó nuevo proceso sobre la legitimidad de las tres elecciones, por orden del Papa, siendo jueces el Obispo de Osma, el Tesorero de la misma y el Arcediano de Burgos; pero triunfó D. Rodrigo antes de año y medio: porque, D. Juan Pérez, nombrado por el Arzobispo, era recibido como Obispo por el Cabildo y diócesis de Calahorra en Junio del año 1221, y gobernaba pacíficamente. (2) ¿Cómo se explica tan rápido e inopinado resultado

(1) *D. Mauricio*. p. 107. (2) *Ibiden* - D. Guillermo poco después se conformó a vivir como canónigo de Calahorra, sin ostentar las ínfulas episcopales. Caso raro.

de un acto arbitrario de D. Rodrigo? No lo dice la historia, pero lo deducimos por ciertos datos. En el célebre documento de la sentencia arbitral, que luego revelaremos, se dice solamente, que D. Rodrigo era «amigo particular del Obispo, Juan Pérez y del cabildo de Calahorra» *et specialis amicus eorum Archiepiscopus Toletanus*. (1) De Juan Pérez, porque debió intimar mucho con él en Toledo, lo mismo que intimó con D. Mauricio, cuando era Arcediano de la Catedral primada; pues Pérez sucedió a Mauricio en ese cargo. Se hizo amigo del Cabildo, sin duda porque defirieron a sus deseos los capitulares, y aceptaron unánimemente a su candidato. En verdad que fué D. Rodrigo un amigo fino y provechoso del Obispo y Cabildo de Calahorra, según se verá.

A penas fué puesto Juan Pérez al frente de la diócesis por el Arzobispo de Toledo, se encontró en lucha con toda la poderosa orden de Cluny, abroquelada con el favor de los Reyes de Castilla; y entonces experimentó Juan Pérez nuevamente cuanto valía la amistad de D. Rodrigo. Cuando en 1216 murió el Obispo predecesor de Pérez, quedó en suspenso el pleito, que la mitra calagurritana tenía con los cluniacenses, respecto de Santa María de Nájera. Honorio III se lo había encomendado a los Obispos de Pamplona y Tarazona y al Abad de Iranzu, celebrado monasterio de Navarra. Reclamaba el Obispo de Calahorra que se le reconociese la jurisdicción y sumisión, que, según él, le debía el monasterio cluniacense de Santa María de Nájera con todos sus prioratos, dando por razón, que ya de muy antiguo había sido incorporada la Iglesia de Nájera a la calagurritana. Negáronse a ello los cluniacenses, guiados por su Abad general, Guindonio, y sostenidos por San Fernando. Alfonso VI, desatendiendo las reclamaciones del Prelado de Calahorra, había concedido a la orden de Cluny, a Santa María de Nájera con sus prioratos. Rica y honrosa concesión; pues era Santa María una gran joya, erigida por los Reyes de Navarra, para gloria de la Iglesia, y tumba de varios personajes Reales navarros. Había sido además declarada catedral independiente, si bien pronto perdió esta independencia. Los sucesores de Alfonso VI tenazmente sostuvieron lo hecho por aquel Monarca; porque era tradicional en todas las cortes de los Reinos españoles la devoción muy honda a los cluniacenses, desde que Sancho el Mayor de Navarra los importó e introdujo en todos los Reinos, por medio del famoso monje Paterno. Los hijos del Rey navarro heredaron de su padre el amor a los cluniacenses, si cabe hasta la exageración, y de ellos descendió a los nietos con la sangre, y Cluny llegó a imponerse en España, y especialmente en Castilla, de una manera tan odiosa, que irritó a la Iglesia española, y sobre todo al Episcopado indígena, por las innovaciones asaz contrarias a la disciplina española, por medio del poder de los cetros Reales, que utilizó en España. He aquí unos ejemplos. Fernando I, hijo de Sancho el Mayor y primer Rey de Castilla, extremó tanto esa devoción a los cluniacenses, que llegó a decretar un censo en su favor, censo que duplicó su hijo Alfonso VI, conquistador de Toledo, bajo la irresistible inspiración del paladín principal del cluniacencismo y del aborrecido galicanismo, el famoso D. Bernardo, Abad de Sahagún y primer Arzobispo de Toledo, en la reconquista, que inundó a España de Prelados franceses. Se opuso fuertemente el Episcopado español al establecimiento del monacato cluniacense, porque sus monasterios eran exentos, y a la vez entre sí íntimamente unidos bajo una autoridad efectiva y única, a la que se sometían absolutamente, y la cual los defendía con un poder extraordinario, que sólo dependía de Roma. Éste fué el gran cambio, que trajo la reforma cluniacense a la Iglesia. Formó un cuerpo único, compacta-

(1) D. Mauricio. Ap. VIII. p. 137.

mente organizado, dirigido por una sola cabeza, que imperaba sobre los Abades y monasterios, con plena jurisdicción, excluyendo la de los Obispos. En el tiempo, que estamos, 1220, el Abad de Cluny tenía bajo su mando cerca de dos mil cenobios en Europa; y de ellos eran los principales de España, tales como Sahagún, Oña, Leire, Irache, San Juan de la Peña, etc., etc. Hasta la entrada de los cluniacenses el monacato español dependía de la jurisdicción episcopal. Por lo tanto había causa para que los Obispos españoles recibiesen mal a los monjes de Cluny, además de que venían dominados de un espíritu innovador según el modelo de su tierra. La exención fué una fuente inagotable de disturbios, pleitos, riñas y represalias cruentas, de que están maculadas las historias de los Obispados y de las Abadías cluniacenses, durante tres centurias. En la obra presente vemos varios ejemplos harto escandalosos, en que D. Rodrigo intervino por encargo de los Papas en bien de la Iglesia. Por este motivo, si florecía en las cortes de los Reyes la devoción a los cluniacenses, en las curias episcopales de España perduraba la aversión. Y D. Rodrigo era su adversario franco; primero porque era cisterciense hasta la medula, y los cistercienses eran los monjes más opuestos a los cluniacenses, como se comprenderá más adelante; después, porque era acérrimo enemigo de la exención, y campeón de la plenitud jurisdiccional de los Obispos, como lo demostrarán sobradamente sus actos posteriores.

Con esta exposición de los hechos aparece en seguida qué posiciones mantenían San Fernando y D. Rodrigo en la causa del Obispo de Calahorra con la Abadía cluniacense de Nájera, el año 1220, en que D. Juan Pérez reclamó de los jueces arriba mencionados, que resolviesen tan grave cuestión con la autoridad del Papa. Una circunstancia particular vino a entorpecer la inmediata resolución. Entre el año 1216 y 1220 habían desaparecido los Obispos de Pamplona y Tarazona y el Abad de Iranzu, y ocupaban sus puestos los sucesores. De esto se aprovecharon los monjes de Nájera para rechazar a los jueces. Pero se les replicó que Honorio III no nombraba a dichos Prelados, en razón de sus personas sino de sus Sedes, y que los sucesores eran verdaderos delegados pontificios. Establecido y admitido esto, el Obispo de Tarazona y el Abad de Iranzu procedieron a la conclusión del proceso. El Obispo de Pamplona se negó a actuar, quizás por no lastimar a la Corte de Castilla, porque el nuevo Obispo era D. Ramiro, Infante de Navarra, hermano de Sancho el Fuerte, excelente Prelado, pero que tenía que tener particulares miramientos con los reyes de Castilla, como miembro de la familia real de Navarra. En cambio, a pesar de guardarlos grandísimos D. Rodrigo, como tan metido en la Corte castellana, se puso abiertamente frente a San Fernando con el peso de su influencia y conocimientos, y apoyó a su especial amigo. Los monjes de Nájera acumularon toda clase de argumentos, empezando por las concesiones hechas a Santa María de Nájera por los reyes de Navarra, (de los que se derivaban los más poderosos para su objeto) y concluyendo con la protección de la corona. Pero la oposición, que hizo D. Rodrigo, fué irresistible. Incluyó a los jueces en favor del calagurritano, encauzó la voluntad de Honorio III hacia el mismo lado, y se movió con tal ardor en Castilla, para que nadie trabajase en pro de los monjes, que para comprender el efecto que producía basta que saquemos de las actas de esta causa el dato siguiente. Dicen las actas que tal terror infundió el Arzobispo con su presión a los abogados de Castilla, que ninguno de ellos quiso defender el derecho de los monjes, a pesar de alentarles el amparo del rey. Los cluniacenses intentaron valerse de esto, para escaparse de la prosecución del proceso, pero se les contestó que en Navarra y Aragón había abogados tan ex-

pertos como en Castilla. (1) Dominados así los adversarios del Obispo electo de Calahorra, y fuertes los jueces pontificios con el apoyo del Papa, que favorecía al electo, sobre todo, desde que se enteró que los monjes habían rechazado a mano armada a D. Juan Pérez, y que el rey de Castilla había prestado la fuerza militar necesaria para la resistencia, que por fin pronunciaron la sentencia el año 1221, y la notificaron con este encabezamiento.

«García, Obispo de Tarazona, y Domingo, Abad de Iranzu, a los venerables Padres en Cristo Arzobispo de Toledo y a los otros Obispos, Prelados y Cabildos de Castilla.» En la primera parte copian el Breve de Honorio III, que les autoriza para sentenciar la causa. En la segunda adjudican al Calagurritano lo que reclama en Nájera. En la tercera intiman a los Prelados de Castilla, para que observen el entredicho, que ponen en las Iglesias del reino castellano, hasta tanto que Fernando con su autoridad real, por medio del brazo secular, obligue a los monjes a cumplir la sentencia. Explican el motivo de ese entredicho tan extraordinario, exponiendo los hechos, en que aparece la complicidad del rey en los sucesos pasados, ofensivos del electo de Calahorra, porque recuerdan, que habiendo escrito a Fernando, para que reprimiese a los que acometieron con las armas, avisándole que estaban excomulgados, ni él ni su madre, Berenguela, quisieron admitir las exhortaciones. (2) Por un acto de extraño retraimiento el Calagurritano dejó de recoger el fruto de tantos esfuerzos. Honorio III, estando para confirmar esa sentencia, por alguna razón particular, ordenó la revisión del proceso ante nuevos delegados. Tanto el electo, como el Cabildo, no quisieron comparecer, y por lo mismo, tras una fuerte multa pecuniaria, retrocedió la causa al estado primitivo. Cobraron fuerzas los monjes, desmayáronse los brios de los calagurritanos, y los sentimientos de amistad movieron a D. Rodrigo aconsejar, a que el electo y el Cabildo de Calahorra se acogieron a un fallo amistoso, poniendo todo en manos del Obispo Mauricio de Burgos, previo consentimiento del Metropolitano de Tarragona, que era necesario. A lo mismo se avino la parte contraria, y Mauricio de Burgos dió la famosa sentencia arbitral, en que puso una norma prudente para este género de cuestiones en España. Su resolución favoreció mucho más a los monjes de Cluny que al electo de Calahorra, pues sentenció que no le debían sumisión, sino que le debían ciertos honores particulares, como a Ordinario. Decía la sentencia que esa decisión se daba, a condición de que la aprobaran el Metropolitano de Tarragona y D. Rodrigo. Este la aprobó lo mismo que el Tarraconense, y se terminó tan grave causa. Adelante veremos una nueva prueba resonante de esta amistad de D. Rodrigo con los colagurritanos.

En cambio palidecen esta medida y discreción del insigne Mauricio en la áspera lucha, que sostuvo con los monjes de Santo Domingo de Silos, sobre jurisdicción y diezmos, como se desprende de las noticias, que Honorio III participó a D. Rodrigo, el 5 de diciembre de 1219, al encomendarle la pacificación de los irritados ánimos de los monjes y del Obispo. Al verse rechazado indignamente del cenobio por la mayoría de los monjes, mostró cierta exasperación el fuerte Prelado, e inflamó con esto vivamente los genios de sus acompañantes, los cuales cometieron excesos sangrientos, hasta quebrantar el canón *manus violentas injicientes contra clericos*, y no reprimió con el vigor, que debía muchos desmanes, que en tiempos posteriores ejecutaron, allanando el monasterio. Tras muchos incidentes injuriosos, se arregló todo por mutua transacción, sin que el Arzobispo de Toledo

(1) Boletín. R. A. de His. XXVI. 367 adelante. (2) Boletín, ut supra.

con los dos Deanes de las dos Iglesias que gobernaba, tuviera que hacer uso de los poderes del Papa. (1)

Una amonestación de Honorio III, "del 15 de Septiembre de 1220, tiñe de color dudoso la conducta de D. Rodrigo respecto del gobierno de la diócesis segoviana, que estaba a su cargo. Le escribe el Papa: «Estando enfermo en otro tiempo nuestro Venerable Hermano, el Obispo de Segovia, de la enfermedad, que todavía padece, deseando atender con la debida solicitud a la Iglesia segoviense, sujeta a los males de la viudez, pusimosla a tu cuidado y vigilancia, encargándote que la sirvieras espiritual y temporalmente en todas las cosas, que son del oficio episcopal, y que suministraras al Obispo y a su servidumbre necesaria, la honesta sustentación, de las rentas de la Iglesia. *Pero tú has descuidado y abandonado la carga, que te impusimos, sin nuestra licencia y conocimiento, por las molestias, ya de los que están a tu cargo, o ya de algunos canónigos segovianos.* Si te parecía molesto o imposible, no debías abandonarlo, sino resignarlo en nuestras manos. Mas dicha Iglesia carece ahora, con peligro de daño, de la asistencia pastoral, se mermam y se pierden los bienes episcopales, y no se suministra lo necesario al predicho Obispo. En consecuencia, te mandamos estrictamente, por las presentes, que otra vez tomes el gobierno de dicha Iglesia, y procures dirigirla solícita y prudentemente, suministrando lo necesario al mencionado Obispo, de tal modo, que puedas dar a Dios y a nosotros digna cuenta...» (2) Se notará en el tono recriminatorio del Papa un fondo de disculpa para D. Rodrigo, como indicando que conocía las dificultades, y no olvidaba los azares del Arzobispo, por sus asuntos personales de la Primacía y de la cruzada; pero no le aprueba en la dejación injustificada del gobierno de Segovia. Se ve aquí además, que si asumió ese gobierno el mismo Gerardo, al sentirse mejor, lo hizo ante sí y con mal éxito, como ya lo indicamos.

Antes de recibir esta amonestación estaba en la diócesis de Segovia D. Rodrigo. Ardía de nuevo en disensiones, porque en el verano del año anterior se había ausentado el Arzobispo, dejando en hilván la pacificación de aquella diócesis. Según consta por documentos, que extractó Colmenares, los focos principales eran la capital y Sepúlveda. Por Octubre de 1220 andaba pacificándola. Anuló el Sínodo del Obispo, principal germen de trastornos; declaró acerca de la fusión de diversas parroquias en una, que repugnaba al clero segoviano: «Que por derecho constante ninguna parroquia se puede fusionar con otra, teniendo sustento congruo los ministros.» Asintieron a esto el Deán y Cabildo de la Catedral, (3) y se sosegó la diócesis. En compañía de los Obispos de Osma y Plasencia, y el ya harto conocido electo de Calahorra, Juan Pérez, que era natural de Segovia, D. Rodrigo entró en Sepúlveda, y antes de terminar Octubre, lo puso como una balsa de aceite con los excelentes acuerdos que dió, asistido por los buenos consejos de los tres Prelados acompañantes. De nuevo se ausentó, sin pacificar la capital, por algún asunto de los muchos, que en aquel tiempo fatigaban al incansable Prelado. En Noviembre se hallaba en Talamanca, donde firmó cartas de donaciones para la Orden de los Predicadores, que aún recién nacida, era el consuelo de la cristianidad. Otra amonestación del Papa recibió D. Rodrigo en este año 1220, la cual tiene relación con la diócesis segoviana. Ya indicamos arriba, que la gestión de Hugnición y Cintio, delegados de Roma para recaudar la vigésima, degeneró en reprensibles abusos, hasta el punto que Honorio III lo reconoce en sus breves a los

(1) España Sagrada. t. 26. P. Serrano. D. Mauricio. 97-98. (2) Ap. 78. (3) Escribe Colmenares que vió el documento original, en que se hallan estas noticias.

Arzobispos de Toledo y Tarragona, diciendo: «que cometieron muchas cosas enormes y abusivas.» (1) Mas D. Rodrigo, que era testigo de tales abusos, no trató con la severidad que merecían a los autores de ellos, sino que hasta les concedió beneficios, y les asignó rentas eclesiásticas. Por esto le amonesta el Papa, anula las predichas concesiones y ordena que se devuelvan a la mesa episcopal segobiense esas rentas. (2) Señal de que en esta diócesis se les había asignado. Tornó D. Rodrigo en 1221 a la obra de la paz de Segovia. Colmenares escribe así de este año: «Trabajó tanto el Arzobispo en aquietar el Obispado, que estando en Sigüenza, sin señalar día, sosegó en la misma forma (es decir asesorado de los Obispos ya nombrados y con el consentimiento firmado del Deán y Cabildo segovianos) la clerecía de nuestra ciudad, por la misma causa, moderando las jurisdicciones, que entonces se usaban, y abusaban los Arciprestes y Arcedianos, y amparando las residencias en las prebendas y beneficios: como consta del instrumento original, que se guarda en el Archivo de la Catedral... Cita el Arzobispo para la concordia los decretos del concilio, que él había celebrado en Guadalajara: *Sicut quod in concilio apud Guadalfaratam a nobis olim fuerat constitum.*»

También San Fernando estaba en Segovia junto con D. Rodrigo el 2 de Junio de este año, y donó en ese día las rentas de varias poblaciones a la par al Obispo de Segovia y al Arzobispo, anotando en el escrito así, respecto de D. Rodrigo, «*que tiene el gobierno del Obispo, de la Catedral y de todo el Obispado.*» (3) Y Colmenares relata así el concierto, que D. Rodrigo cerró, en esta ciudad, el 10 de Julio siguiente: «En 10 del mes de Julio D. Rodrigo hizo concordia con los pueblos de Sotos Alvar, La Cuesta (que nombra ecclesia Gandul) Losana, Atenzuela, Santo Domingo Torreiglesia, en el modo de regar los linajes y huertos del palacio, que nuestros Obispos tenían en el Collado Hermoso; donde tenía Capellán, Mayordomo y Hortelano. Consintieron en la concordia el Cabildo Catedral y Juan, electo de Calahorra, que tenía alquilado el palacio por vida. Y confirmóla el Rey en nuestra ciudad; consta del original, que permanece en el Archivo Catedral.» (4)

No encuentro más actos de gobierno estrictamente dicho y personal de nuestro Arzobispo en la diócesis segobiense. Pero no cesó en absoluto en ese gobierno; más bien, usando indudablemente del poder, que le concedía el Papa en la primera bula, para que pudiera regir esa Sede por sí mismo o por medio de cualquiera otra persona, en tanto que no se curase ni feneciese el Obispo propio, buscó un auxiliar, en el que delegó casi totalmente el gobierno efectivo. Totalmente no, porque él era el delegado pontificio y principal responsable. Por eso Honorio III expresó en la bula del 14 de Octubre de 1226, que le manifestaba D. Rodrigo, que por muerte de Gerardo no estaba obligado a la administración de la diócesis segoviana, ni por lo mismo tenía que sostener más un pleito, que cuando era administrador tuvo que mantener con el Obispo de Osma. (5) La medida de este nombramiento era necesaria. Sola la diócesis de Segovia, tan turbada por tantos asuntos, era bastante para agotar la actividad y facultades del hombre más activo y capaz. ¿Cómo iba a continuar D. Rodrigo ocupándose de ella personalmente, cuando negocios innumerables y altos del Estado, de la Iglesia española y castellana y de la dilatada Iglesia primada abrumaban sus hombros?

El auxiliar, que escogió D. Rodrigo, se llamaba Lope de Haro, hijo del gran procer Lope Díaz de Haro. Y caso único, que he visto en la historia; no sólo le dió el

(1) Regestum Honorii III. tom. I. p. 415 - 458. (2) Ibid. p. 450. (3) Colmenares, c. XX. n. 13. (4) Hist. de Segovia. C. XX. n. 14. (5) Ap. 87.

régimen de la Iglesia de Segovia, como a subdelegado y lugarteniente suyo, sino que le consagró Obispo. Caso, digo, no conocido en la historia; pues no aparece en ella uno, en que algún Prelado consagrara un auxiliar para el régimen de una Iglesia gobernada por delegación pontificia. El derecho canónico reconoce la consagración de auxiliares para ayuda de Sedes regidas como propias. Ocurrió sin duda que, al darle D. Rodrigo al Papa sus disculpas, respecto de la bula, que hemos copiado, el Pontífice vió que el Toledano no podía atender a todo por sí mismo, y como no quería quitarle del todo la responsabilidad de la delegación, le facultó para que pudiese nombrar un lugarteniente, y consagrarlo. (1) Es lo cierto que Lope de Haro rigió la Sede de Segovia *«como subdelegado y lugarteniente del Arzobispo»*, durante cuatro años escasos; porque, como se ve por el litigio de Navalperal, ya referido, y otros casos, en circunstancias más granadas, D. Rodrigo intervino en el gobierno de esa diócesis, como Prelado delegado principal, hasta la muerte del Obispo propio, D. Gerardo. A la muerte de éste cesaron automáticamente los dos, y el cabildo de Segovia procedió a la elección de un nuevo Obispo, conforme al derecho canónico.

En la misma época D. Rodrigo ventilaba también asuntos graves, pertenecientes a su Sede toledana, y que tienen cabida en la historia general de la Iglesia española. Uno era el que Manrique inicia en 1218 con estas frases: «En España no era menor la abundancia de causas para Rodrigo Jiménez de Toledo, que estaba dotado del celo de la justicia; el cual puso pleito al Obispo de Cuenca, diciendo que los Obispos, que se habían unido en virtud de la concesión de Lucio III, so pretexto de escasez de rentas, ya podían de por sí sustentar decorosamente su Obispo, por haberse acrecentado suficientemente las rentas. Se comisionó al Obispo de Burgos y al Abad de Rioseco, que si era así, dictaminasen, que dicho Arzobispo, apoyado en la autoridad apostólica, nombrase un Pastor idóneo, en una de esas Iglesias, no obstante la mencionada concesión, sin hacer caso a ninguna apelación. Esto consta por las bulas de 29 de Enero y del 29 de Julio de 1218. (2)» Las fechas de estas bulas manifiestan que D. Rodrigo hizo su reclamación, estando en Roma debatiendo la cuestión de la Primacía. No fué afortunado en esta reclamación el Arzobispo, pero sí nobilísimo. Mas antes de referir la solución, en dos palabras aclaremos la causa.

La diócesis de Cuenca se formó por la reunión de las dos antiguas diócesis de Ercabia o Ercávica y Valera, cuando Alfonso VIII reconquistó a Cuenca con su comarca. Asintió a ello al Arzobispo, que entonces era de Toledo, y lo confirmó Lucio III, por la razón, de que no podían sostener sus propios Obispos las primitivas Sedes, a causa de la pobreza de la región. Mas habiéndose dilatado los términos de las diócesis con nuevas conquistas, enriqueciéndose los territorios con la paz y con el aumento notable de la población, en el transcurso de casi medio siglo, y bajo la admirable administración del glorioso Obispo, San Julián, opinó D. Rodrigo que era hora de hacer la separación de los dos Obispos en la forma, que estaban antes de la invasión árabe. Así se lo pidió, como Metropolitano de Cuenca, al Papa, en su viaje a Roma. El Obispo de Cuenca, D. García, varón ejemplarísimo, se opuso a la disgregación solicitada. Actuó entonces D. Mauricio de Burgos, con poderes pontificios, en unión con los dos socios de la comisión. Invitó a D. Rodrigo y a D. García a que presentasen sus razones en Burgos. Los dos Prelados vinieron a Burgos, y el día de la Trinidad de 1220 se discutió la cuestión, y

(1) Si D. Rodrigo no consagró a Lope de Haro en virtud de esta concesión particular, ignoro en que se fundó para hacer lo que hizo. (2) Annal. a. 1218. c. VIII. 5.

se comprometieron las partes a cumplir la resolución arbitral, que D. Mauricio, en compañía del Arcediano de Pelenzuela y del Sacristán de la Catedral de Burgos, pronunciara, bajo la multa de cinco mil monedas de oro, que deberían repartirse entre los árbitros. D. Rodrigo hipotecó a este fin la villa de Villaumbrales, recibida por el mismo, como ya hemos visto. El Obispo burgalés decidió a favor del Obispo de Cuenca, y sentenció también, que la villa de Mora continuase bajo la jurisdicción del Obispo conquense, y no se le devolviese al Toledano, que la reclamaba, como perteneciente en otro tiempo a la mitra arzobispal. (1) Lo que D. Rodrigo salvó en esta ocasión en el Obispado de Cuenca fué el lugar de Zudereta, por haber obtenido el 27 de enero de 1218, la bula siguiente, contra los posibles intentos del Conquense. Le dice el Papa. «Procurando conservar la paz de tu Iglesia en lo futuro, humildemente nos suplicaste, que tuvieramos a bien disponer lo que fuese justo, para que en lo sucesivo no surgiera disputa acerca de la iglesia, que posee el lugar de Zudereta y sus adyacentes, de tiempo inmemorial, destruyendo así la razón, que podría alegarse, de que el tal lugar, llamado Oreto, era antiguamente ciudad episcopal. Nosotros declaramos por las presentes, que dicho lugar y los adyacentes quedan perpetuamente sujetos a tí y a tus sucesores.» (2)

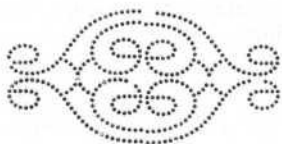
No sabemos qué hechizos encerraba San Esteban de Gormáz, para que fuese mansión predilecta de San Fernando y de su corte, hasta 1240, como lo había sido de todos los últimos monarcas castellanos, cuando los calores estivales encendían la meseta de Castilla. Indicio es esto de que era lugar de frescura y amenidad por su arbolado y por su alegre situación topográfica, y solar de placeres gratos a los pechos reales y de particulares encantos de recreo para sus espíritus, acaso por los divertidos entretenimientos, que se organizaban bajo las alas del soberbio castillo de nobles, que entoces avasallaba la comarca. Sobre todo, durante el primer decenio de su reinado, allá corría San Fernando en la época canicular, seguido de su corte, y allí le acompañaba D. Rodrigo, como lo requerían sus cargos y oficios, siempre que se lo consentían sus demás ocupaciones apremiantes y transcendentes. Allí publicó D. Rodrigo el ya conocido decreto de concordia entre San Fernando y Mendo de Osma. Allí encontramos al Primado, en medio de brillante corona de eclesiásticos castellanos, el 9 de agosto de 1221. Pues allí vagan en derredor del rey Mauricio de Burgos, Juan de Calahorra, el Deán de Toledo, los Arcedianos de Madrid, de Calatrava, de Campos, el Cerratense, el de Segovia, el Maestrescuela de Palencia, el Abad de Huerta, el Tesorero y Cantor de Toledo, el Sacristán de Burgos, y, como dice el documento, muchos otros canónigos de Toledo, de Palencia y de otras Iglesias más. Señal de que se va a resolver alguna cuestión de transcendencia. Así era verdad; porque se habían reunido para autorizar un acto, a fin de conjurar, como se dice en el acta *«el peligro de un mal, y el escándalo no pequeño, que amenazaba a todo el reino, y por el bien de la paz.»* Se temían el mal y el escándalo, porque se veían, hacía años, alzadas dos poderosas espadas en el terreno religioso, la de Tello de Palencia y la de Rodrigo de Toledo, y si se blandían, se podían enardecer los bandos, y provocar tumultos y fatales trastornos. Mas inspiróse al fin en los dictados del deber y prudencia el Obispo de Palencia, que con demasiada arbitrariedad se negaba a reconocer el derecho de Metropolitano de D. Rodrigo, sobre su Sede, cosa ya hacía muchos años decidida por Roma. Por eso ante los citados eclesiásticos declara D. Tello. «Yo, Obispo de Palencia, reconozco a vos, Don Rodrigo, el derecho metropolitano plena e íntegramente en la Iglesia de Palencia, como lo poseéis vos y vuestros

(1) Muñoz y Soliva. *Obispos de Cuenca*. p. 31. (2) Ap. 53.

predecesores.» Es decir, el derecho de cobrar D. Rodrigo, como Metropolitano, lo que le correspondía, como hasta entonces, y de exigir sumisión a los mandatos y sentencias, que de él emanaran, al tenor de las resoluciones dadas por Inocencio III. El clero palentino se negaba a la paga y a la obediencia, con tácita anuencia de D. Tello, que hacía vista gorda en esto, pero en este día Tello reconoce el derecho, y da su solemne conformidad. (1)

D. Rodrigo ganó en 1218 el pleito de Metropolitano acerca de la diócesis de Plasencia, que se la quería quitar el Compostelano, con el apoyo del rey de León. El Papa comisionó al canónigo de Burgos, Aparicio, para que, asistido de su Cabildo, dictaminase sobre el asunto, y dictaminó que estaba incluida dentro de la provincia eclesiástica de Toledo. Entonces el Cabildo, asesorado por su Obispo Mauricio, decretó, que pertenecía a Toledo. (2)

Célebre es en el arte religioso español el año 1221, porque en él se puso la primera piedra de la catedral de Burgos, inmortal joya, que había de engalanar a Castilla. No veo motivo para asentir a los que dicen, que asistió D. Rodrigo.



(1) Liber priv. II. f. 24 y 25. (2) D. Mauricio. 53.

CAPÍTULO XII.

(1220—1224)

Honorio III inculca a D. Rodrigo la celebración de concilios provinciales.—Solicitud pastoral del Prelado por la pureza de la fe, por el mejoramiento de su clero y por el fomento de la piedad y sanas costumbres en la plebe.—Su amor insigne por las Ordenes Religiosas.—Instituye él la de los Caballeros del Rosario.—Incremento del patrimonio temporal de su Sede.—Casamiento de Jaime I.—Concesión de Fueros.—Boda de Juan de Briena.—La familia de San Fernando.—La cuestión de la legacia.

Los hechos del presente capítulo descubrirán y perfilarán más exacta y profundamente la nobilísima semblanza, de celoso Pastor, de D. Rodrigo Jiménez de Rada, y pondrán a la vista cómo atendía con singular diligencia a los actos diversos del altísimo ministerio de regir y perfeccionar la grey cristiana, que la divina providencia le había confiado. Por esta razón procuraremos estudiar más particular y minuciosamente su acción ministerial en sus varios aspectos, para que se le admire sobre el altísimo pedestal de grandeza, a que le elevaron, entre los más egregios Prelados de España, sus eximias virtudes pastorales.

La carta más grave, que recibió D. Rodrigo de Honorio III, en orden a la santificación del rebaño de Cristo, fué la extensa y vibrante del 20 de octubre de 1219, sobre el cumplimiento de los cánones del último Concilio ecuménico. Proyecta, al parecer, sombras sobre la conducta del Arzobispo, respecto de su solicitud pastoral, de su obediencia a las disposiciones de la Iglesia en el ejercicio del celo por el fomento de la piedad cristiana, de las buenas costumbres del pueblo y de la diligencia en procurar la observancia de la disciplina eclesiástica por el clero y por la plebe de Cristo. El canon sexto de ese Concilio mandaba, que los Metropolitanos celebraran concilios provinciales anualmente en unión de sus sufragáneos, para promover la observancia de las leyes de la Iglesia, y corregir abusos y desórdenes. La pena que establece el canon para el negligente es, que queda en suspenso de sus beneficios y oficio, según el beneplácito del superior.

Pues bien, Honorio III amonesta a Rodrigo, en esa Bula, por su negligencia, y le señala los males, que por eso han aparecido en su Provincia eclesiástica, y amenazan arraigarse—He aquí el extracto del largo documento.—Dice el Papa que tenía esperanzas de halagüeños frutos, por cumplir el dicho canon, pero ha sabido los males que han brotado en esa viña. «Hay ministros del altar que se pudren en el

estiercol, y que, debiendo ocultar su ruina, aun la publican, como Sodoma, y algunos Prelados de la Iglesia no corrigen a los que yerran.

Los claustrales, rotos los frenos, se han dado a vida degradada, ni son corregidos debidamente. Los Cabildos tampoco cumplen los cánones del Concilio. De aquí que, prevalecen los herejes, sin que por otra parte haya Pastor alguno, que levante su cayado, y dé voces contra los desgarradores de la Iglesia. Todo esto nace de la incuria en cumplir lo mandado en el Concilio; y el Papa no lo puede tolerar, y ordena solemnemente, que se repare la negligencia de lo pasado, vigilando en particular sobre la herética pravedad, que acaso, ha traspasado los confines de las diócesis, que rige, sobre la honestidad de costumbres, sobre los clérigos, para que lleven tonsura y vistan conforme a la modestia eclesiástica: que no de beneficios a los indignos, y que nadie tenga varias dignidades y parroquias, sin particular permiso de la Sede Apostólica; que los Abades celebren este año (1219) los capítulos provinciales; debiendo ellos cerciorarnos sobre esto, para estimular la observancia de los cánones, y castigar la negligencia de los perversos. (1) El cuadro, que pinta Honorio III de la Iglesia de Castilla es negro, y más negro aparece leyendo el documento íntegro con todos sus vivos colores. Hay quien sospecha que está recargado (2); porque en las bulas contemporáneas del 26 de Enero de 1218, del 18 de Marzo y del 20 del mismo de 1219, y del 24 Noviembre de 1221, el Papa usa un lenguaje más suave, y parece estar mejor informado. Sin embargo, por desgracia los datos vienen a confirmar parte de lo que el Padre Santo denuncia, aunque creo que, en cuanto a las costumbres del pueblo y de ambos cleros, no eran peores ni mejores que en otras partes; y aquella sociedad, que aparece con el cerebro saturado de fe, con el corazón entusiasmado por la religión y con la mirada del espíritu orientada a la luz eterna, aparece, en cuanto a su vida, gangrenada por inmundas lacras, reveladoras de una rudeza de hábitos, que chocan enormemente con la religión altísima, que profesan y defienden ardientemente. Partía el ejemplo de los hombres del santuario, entre los cuales había muchos de vida suelta, infractores de la ley de la pureza, con un descaro, que abochorna, y con delitos, de que se manchaban hasta clérigos de cargo y Abades, como lo demuestra la estadística negra de aquella época. El peligro de los herejes era real. Los albigenses estaban produciendo en León aquellos atroces estragos, demasiado conocidos, para que nos detengamos a repetirlos, y en aquellos días hacían esfuerzos enormes para acrecentar prosélitos, y contaminar a toda la sociedad católica con intensa propaganda, valiéndose de los judíos, particularmente irritados entonces, porque se les aplicaban los cánones del concilio de Letrán con más energía que antes. Escribe Lucas de Tuy, que vivía en aquellos días en León: «Ciertos herejes, con capa de judíos, muy maliciosamente, so pretexto de disputar, vienen a los cristianos... Son fautores de los malignos judíos, para lisonjear con innumerables presentes a los príncipes y jueces, a los cuales los inclinan a su favor.» (3) Por ser notoria esta complicidad de los judíos con los herejes, Honorio III, concedió a D. Rodrigo, muy a su pesar, en Mayo de este año, limitada facultad, para suspender el canon de las divisas, por dar gusto a San Fernando. Pero le penó en seguida, y se la retiró con respecto de la diócesis de Toledo, y se la conservó en cuanto al resto de Castilla, en contra de lo que afirma un autor moderno, (4) asegurando, sin datos, que el contenido de la del 24 de Noviembre de 1221 a todos se extendía. No hay duda que D. Rodrigo conservó la tal facultad has-

(1) Ap. 74. (2) P. Fita. Boletín... X. 154-155. (3) Heterodoxos españoles. I. p. 443. (4) P. Fita. *Actas Inéditas*.

ta el concilio de Valladolid. Año 1228. Dice la bula, en la que debe anotarse una nota harto fea respecto de las mujeres: «Como se estableció en el Concilio general, cuyos estatutos queremos conservar intactos, que en todas partes se distinguieran los judíos de los cristianos por la diversidad de los vestidos, para que ni los unos, ni los otros se mezclen culpablemente con las mujeres; habiendo sabido por Gonzalo, caballero del Hospital de Jerusalén, que no los observan los judíos de la diócesis de Toledo, por lo que pueden temerse desórdenes, te mandamos, que obligues a los judeos a llevar los vestidos, que los distinguieran de los cristianos.» (1) No contento con esto Honorio III, el año 1221, inculcó a todos los Arzobispos de España, que, a la vez que activasen ardientemente la conversión de los infieles, procurasen la conservación de la pureza de la fe en su rebaño. (2)

¿Hasta qué punto era culpable de negligencia el Arzobispo de Toledo respecto de la omisión de los Concilios provinciales, y cómo se le ha de censurar en la historia? Observa el sabio Wernz que «en cuanto a la práctica del concilio anual prescrito por el derecho, (del expresado canon,) en todas partes no se llevó con regularidad.» (3) Y una de las partes de la Iglesia, en que no se implantó con esa regularidad, ni se urgó la implantación, fué Castilla, y creo que también León, es decir la Provincia eclesiástica de Compostela, porque no se hallan vestigios de Concilios provinciales anuales, a partir del último Concilio Lateranense, como se hallan en la Tarraconense, con más fidelidad. En descargo de D. Rodrigo debe decirse, que su activísima vida de cruzadas y de otros negocios le impedía cumplir *normalmente* lo ordenado. Al decir normalmente, entiendo anualmente, porque ha de tenerse por cierto, que antes de esa excitación de Roma, celebró al menos un Concilio provincial en Guadalajara, entre los años 1217 y 1219; porque a principios del año 1220, cuando se dedicó a la pacificación de la diócesis de Segovia, adujo las disposiciones establecidas allí, como ya referimos. Y como los tumultos del clero segoviano nacían por la acumulación de beneficios, introducida por Gerardo, para aumentar sus rentas, y la legislación vigente sobre esa materia era la del Concilio de 1215, síguese que las disposiciones de Guadalajara eran explicativas de esa ley, y por lo tanto, dadas en tiempo posterior al citado Concilio de Letrán. Luego la negligencia de D. Rodrigo era relativa. Y pienso que hubo otros concilios en ese intervalo, y no hace fuerza el decir que no hay noticias. Vemos que la del de Guadalajara la tenemos de resbalón, y es preciso añadir a esto las reflexiones de una autoridad en la materia, con ocasión de esa Bula de Honorio III. No encuentra justa la acusación de los que oponen la *multitud* de Concilios provinciales de Tarragona a la *nulidad* de los de Toledo. «El argumento negativo, añade, suele ser escollo, en que suele naufragar la verdad histórica. La supuesta nulidad se explica, no porque realmente en el centro de la Península hubiese decaído el vigor de la antigua disciplina, sino porque no se ha explorado bastante los instrumentos fehacientes, que yacen sepultados y olvidados en el polvo de los archivos.» (4) Pone en duda la intermitencia de la celebración de los Concilios provinciales, si se exceptúa el brevísimo espacio de 1219 a 1221, en que, cediendo a las representaciones de San Fernando, transigió Honorio III, y prosigue: «De todos modos, claro se hace, ni se puede negar, que a partir del año 1228 quedó asentada sobre fundamento solidísimo la celebración regular de concilios provinciales y de los sínodos diocesanos, en toda la jurisdicción metropolitana de Toledo.

(1) Ap. 79. Ese Gonzalo debe ser aquel, del cual escribió D. Rodrigo: «Gundisalvo, fratre Hospitalis, qui Innocentii Papae III familiaris extiterat.» (Lib. IX. c. 9.) (2) Raynaldi.-Anales. 1221. n. 46.

(3) *Jus decretalium*. n. 858. (4) Boletín de la R. A. de Hist. X. p. 155.

Resta averiguar cuáles fueron. Su descubrimiento nos dirá si el decreto del Concilio de Alcalá en 1257 ha de juzgarse continuación o bien ampliación del orden establecido.» Así razona el P. Fita. (1)

En este tiempo la herejía estalló y cundió con formidable fuerza, ante los ojos del mismo Rodrigo, en la capital de su Arzobispado, y tal incremento tenía ya hacia 1223 que, para cortar sus estragos, se apeló a los mismos castigos, que Alfonso IX, padre de San Fernando, había empleado para ahogar el terrible mal, que estaba devastando el Reino de León. Leemos en los Anales toledanos segundos: «Vino el Rey D. Fernando a Toledo e enforcó muchos omes e coció muchos en calderas.» Sin duda que este número de ejecutados estaba formado en su mayoría, no de herejes, sino de judaizantes, de alcahuetes, de herejes, de renegados, y de astrólogos extravagantes, que embaucaban y seducían a la plebe con sus invenciones estrafalarias y cabalísticas.

Los eruditos católicos han referido estos actos de San Fernando como testimonio de su fe ardiente y celo santo por la pureza de las creencias, manifestando así esos escritores cuán exactamente comprendían las cosas, y no como los que han escrito de esos hechos con el contagio de las ideas y prevenciones liberales. Es cierto, que en estos castigos tenía D. Rodrigo tanta parte o más que su soberano. Porque él tenía que conocer antes que nadie, en materia de herejía, y previo su dictamen de culpabilidad y de relajación al brazo secular, San Fernando pasaba a la aplicación de las penas, según lo reclamaban las normas de jurisdicción y de procedimientos de justicia, en estos asuntos. El primer caso conocido de combustión, por el crimen de herejía, es el que Pedro el Católico ejecutó, en 1197, en las valdenses de su reino. (2)

Desde luego que D. Rodrigo miraba ese delito por digno de ese castigo. Al narrar en su historia cómo el emperador Valente envió sacerdotes arrianos, para que enseñasen el cristianismo manchado por el virus herético, y cómo años después cayó bajo los godos, quienes lo quemaron, sin saber que incendiaban la tienda de aquel emperador, por ellos derrotado, dice el Arzobispo: «Justamente es quemado por ellos con fuego temporal aquel que entregó tan hermosas almas para que ardieran en los fuegos eternos.» (3) Ve en esto la justa vindicta de Dios. Pero D. Rodrigo condenó la imposición de la fe por la fuerza, diciendo que no es *secundum scientiam*. (4)

D. Rodrigo procedió en su condenación según las normas canónicas antiguas, pues la Inquisición organizada por Gregorio XI, años después, y calurosamente promovida por los Padres Predicadores, tardó mucho tiempo en penetrar en la jurisdicción de D. Rodrigo, el cual debió resistir no poco en su admisión; porque no encuentro indicios de su introducción en el Arzobispado de Toledo, hasta 1236, cuando D. Rodrigo llevaba ya casi treinta años de pontificado, mientras que en Cataluña funcionaba ese austero tribunal en 1232, para sofocar la herejía albigense, por mandato de Gregorio IX, que tres años después envió al Arzobispo de Tarragona, Albalat, una instrucción, redactada por San Raimundo de Peñafort, para que los inquisidores la siguiesen, instrucción que en 1242 recomendó vivamente el Concilio de Tarragona a los funcionarios de la Inquisición. (5) La noticia cierta de que también en Toledo tenía D. Rodrigo esa Inquisición es de 1240, pero que en general se había introducido, para 1236, en Castilla y Navarra, lo indica el breve de Gregorio IX a Tello de Palencia, en esa fecha. Parece que San Fernando la promovió, (6) pero yo no veo pruebas.

(1) Iden. iden. p. 159. (2) Tejada. Concilios. tom. III. p. 302. (3) Lib. II. c. 1. (4) Id. c. 17.
(5) Aguirre y Tejada, en sus Colecciones de Concilios. (6) Gebhardt. Hist. de España. IV. p. 538.

Hablemos ya de las relaciones de D. Rodrigo con su clero, principal instrumento de su acción pastoral en su Arzobispado. Primero con el Cabildo Catedral de Toledo. Según decía el mismo Rodrigo, muchos años antes de triplicar su grandeza y esplendor, cuando aún estaba en el estado en que lo recibió de su predecesor, su Cabildo era el más ilustre de España. Era cerrado, es decir, con un número fijo de capitulares, que no se podían aumentar a capricho, como en los llamados cabildos abiertos. Y aunque vivía en común, como todos los de entonces, (1) sin embargo no era cabildo regular, cuya cualidad especial era tener profesión religiosa; y por lo mismo, con fuertísimo espíritu de corporación, que lo hacía menos adaptable a la acción de los Prelados. Tampoco los cabildos abiertos eran gran ayuda para los Obispos, cuando en su mano estaba el derecho de variar el número; porque tenían siempre brecha abierta a arbitrar las elecciones. El Cabildo toledano disfrutaba de la tercera parte de las rentas de la Mitra. (2)

D. Rodrigo vivía con el Cabildo, como sus antecesores, aunque en habitaciones separadas, porque no estaba construido el palacio arzobispal, cuya edificación emprendió el mismo animoso Arzobispo, según hemos visto arriba, y lo debió terminar hacia 1240, para ocuparlo luego. En las festividades más solemnes D. Rodrigo honraba a su Cabildo asistiendo a su mesa. Gran defecto de los capitulares de Toledo, lo mismo que de la generalidad de los cabildos de la época, era la falta de residencia, que D. Rodrigo toleró en demasía, y fué la acusación de que peor debió defenderse en Roma, años adelante. Contribuía al laxismo, en este punto, la costumbre reinante de ser los canónigos, Arcedianos de otras Colegiatas, y de que los Prelados utilizaban sus servicios en muchas comisiones de la curia romana, y en otros múltiples negocios. Aunque los estatutos de Toledo prescribían los nombramientos de los capitulares por el Arzobispo y Cabildo, sin embargo por el estado transitorio del derecho y las concesiones especiales de Roma, no sólo para su Iglesia, sino para sus sufragáneos, y aún para las de toda su legacia, desde el año 1218 adelante, que era España entera, D. Rodrigo procedió en el nombramiento de los capitulares de Toledo con mucha independencia, y dejó de proveer plazas durante mucho tiempo; por lo que también fué acusado ante el Papa de infractor de las leyes canónicas; pero no le dañaron las acusaciones. Sin duda porque los recursos de las vacantes los utilizaba para llevar a cabo sus construcciones de templos y de la catedral. Más atado estaba D. Rodrigo, en cuanto a los diversos actos de administración de los cuantiosos bienes y propiedades de su Iglesia, a la intervención de su Cabildo; porque era el Cabildo una especie de compropietario con la Mitra respecto de esos bienes; pues, según la constitución vigente, la tercera parte de las rentas de todo debía repartirse en el Cabildo. Sólo esto basta para entender cuán celoso andaría éste para reclamar su derecho. Por eso en todos los documentos aparece el *consensu capituli toletani*. Libre era en cambio en cuanto a los bienes y donaciones recibidos *intuitu personæ*, por los méritos del mismo Arzobispo. Por cierto que también por este título adquirió y administró innumerables bienes el grande hombre, y tuvo que rechazar las pretensiones de algunos prebendados, que intentaron entrometerse en esto.

El principal instrumento de gobierno del cabildo y de la diócesis era el Arcediano, cabeza del cabildo, Vicario general nato, que en ausencia del Prelado quedaba de gobernador eclesiástico. Sin embargo D. Rodrigo, respecto de lo último, no se ajustó al derecho, aún antes de 1234, en que cesó esa disciplina, y se generalizó la norma de nombrar *ad nutum*, a voluntad del Prelado, el gobernador eclesiás-

(1) Hergenrother. Hist. de la Iglesia. III. 651 - 652. (2) Boletín de la R. A. de Hist. VIII. 51 - 54.

tico; porque nombraba para esto a uno de sus sufragáneos, como ocurrió durante las campañas de San Fernando, v. g. en 1227 nombró por su lugarteniente al Obispo de Plasencia. D. Rodrigo llenó de selectos sujetos a su Cabildo. Al repasar los documentos, en que firman los capitulares, observamos que, a medida que avanza el Pontificado de D. Rodrigo, es mayor el número de Maestros (Doctores.) Hacia el fin es la máxima parte de ellos. (1) Muchos de los mismos se ciñeron mitra, por ejemplo, Mauricio, Hispano, Juan Pérez, Domingo Pascual y otros, que son ilustres en la historia.

Como varón santo y sabio atendió D. Rodrigo a la formación virtuosa y doctrinal de su clero. Organizó sus seminarios eclesiásticos al tenor de las demás diócesis españolas, según la norma establecida en el concilio cuarto de Toledo, que para gloria de España, el Concilio tridentino prescribió a la Iglesia universal. Dice el canon citado: «Establecemos, que los que sean iniciados en la carrera clerical o monacal, tonsurados u ordenados de lectores, se les instruya en el domicilio de la Iglesia, bajo la inspección del Obispo. Si Dios les dió la gracia de la castidad, se les sujete a los más aptos al yugo suavísimo del Señor, al fin del décimo octavo año.» (2) Aquí está la discreta creación de seminarios menores y mayores, que San Bonifacio estableció en su diócesis, siguiendo esos cánones, como también en Metz se establecieron en 762, y que con más o menos perfección subsistieron en España durante la reconquista. El mismo D. Rodrigo indica bastante claramente, que en la restauración asturiana se conservó la *lucerna de la ciencia* de Toledo de esa manera. (3) Puede asegurarse que en España estaban tan florecientes como en cualquiera otra nación los seminarios eclesiásticos, en aquel tiempo. Lo que se retrasó mucho fué la creación de las Universidades, cuya introducción fué obra de D. Rodrigo. Pero, según Theiner, (4) éstas produjeron la decadencia de los seminarios diocesanos en Francia, Inglaterra y Alemania, sin provecho de los estudios del clero. Los centros de formación eclesiástica eran entonces el monasterio y la Colegiata. D. Rodrigo tenía varias Colegiatas en su diócesis, y las más importantes eran las de Toledo, Talavera de la Reina, por él creada, Guadalajara, Alcalá de Henares, Madrid y Alcazaz. El director general de los estudios era el Maestrescuela. La enseñanza era gratuita, en cumplimiento del canon de Concilio tercero de Letrán, la mejor apología del espíritu cultural de la Iglesia. Dice así: «El concilio manda que haya en dicha iglesia catedral un maestro para enseñar a los clérigos pobres... que instruya gratuitamente... que no se exija nada por la licencia de enseñar, y que no se le niegue al que sea capaz de ello; porque esto sería impedir la utilidad de la Iglesia.» (5)

D. Rodrigo no intentó, al menos no hay vestigios de intentos, el establecimiento de estudios superiores en su diócesis. Cosa que nos choca no poco, principalmente por haber organizado él la Universidad de Palencia, y ser gran sabio. Además aquella era la edad de las organizaciones universitarias, languidecía la de Palencia, sin dar frutos muy señalados, crecía raquítica la universidad salmantina, nacida por el soplo de la envidia, y en Navarra existía el anhelo de establecer dentro de sus fronteras una propia, anhelo, que en 1258, *octavo idus maji*, Alejandro IV alentó: «*dando al Rey de Navarra que pudiesse fazer estudio general en Tudela, et los estudiantes, que oviessen sus beneficios como los estudiantes de Paris*. Datum Agnani...» (6) Jamás los navarros deplorarán suficientemente el no

(1) Repásense las firmas de los documentos de las *Memorias* y otras obras. (2) Cánones 21, 22 y 23. (3) Lib. IV. c. 1. (4) *Historire des Institutions d' Education Ecclesiastique*. Traduction de Cohen. tom. I. (5) Richard. Concilios generales y particulares. Siglo X. (6) Arigita. *Documentos inéditos*. n. 264, párrafo 21.

haber ejecutado tan noble proyecto, destinando el oro, que consumieron en desagravadoras guerras, a la conquista de la sabiduría y de las letras.

El nivel de la instrucción del clero era bajo en Castilla por aquel tiempo. Había muchos sacerdotes, que no sabían latín, y en el concilio de Valladolid, en 1228, en que tuvo gran parte D. Rodrigo, se mandó que todos los beneficiados, *excepto los viejos*, fueran «constreñidos que aprendan, et que non les den beneficios fasta que sepan hablar latín.» Para que lo puedan aprender los que ya son beneficiados, los Padres facultan que durante tres años puedan asistir a los cursos de gramática latina, encargando las parroquias a otros clérigos. Si no lo hicieren, y no supieren hablar latín, se les quitarán los beneficios, hasta que se enmienden de su negligencia. Esta disposición tan terminante descubre la influencia del culto latinista, que escribió la historia de España. Mandan que se aprenda a hablar en latín antes de las órdenes menores. Además disponen que los años de teología sean cinco, en Palencia, como lo eran desde su fundación; y a los catedráticos, que se encargaren de enseñar, y a los clérigos beneficiados, que se matricularan para estudiar, se les faculta, por cinco años, para que puedan dejar sus cargos, poniendo suplentes en los mismos. (1) Abundaba entonces el clero por la facilidad de la carrera de estudios, que era corta, y por la pública estimación del estado clerical, que era causa de multiplicación de beneficios eclesiásticos. Pero había saludable rigor para no admitir a los aspirantes sin título de ordenación. Inocencio III obligó al Obispo de Zamora, en 1210, a mantener a su cuenta a uno, que así ordenó, hasta que obtuviese beneficio propio. (2) Rigor, que confirmó en 1228 el concilio de Valladolid.

Más que por la ciencia, velábase por la virtud del clérigo; pero no estaba a debida altura; siendo las causas, la incuria mental, y el laxismo de las costumbres populares, que tan grande poder contaminador tienen. Se notan muy frecuentes excomuniones y suspensiones por graves excesos. El mismo D. Rodrigo tuvo que impetrar muchas veces de Roma facultades para absoluciones. Las leyes civiles toleran la convivencia de clérigos con personas conocidamente infamadas. El sínodo de Valladolid manda, que en los sínodos diocesanos sean suspensos tales sujetos, y sean ellos y ellas excomulgados, y enterrados como bestias los no enmendados; y se manda denunciar los tales en las misas de los domingos, para mayor abominación. Ordenan a los Obispos y superiores de Cabildos y Arcedianatos no perdonar a nadie. Prohiben que hereden sus hijos, y establecen el impedimento para entrar en el clero. Disposiciones, que no se arraigaron debidamente; porque el hijo de San Fernando, no mucho después de la muerte de D. Rodrigo, permite a los clérigos de Salamanca, «que puedan fazer herederos a todos sus hijos y nietos.» (3) El mismo concilio urge fuertemente el cumplimiento de los demás deberes eclesiásticos; prohíbe el juego, todo boato y lujo en vestir y viajar, el andar armados, y ser jueces en causas criminales. D. Rodrigo, de inmaculadas costumbres, veía con horror las costumbres relajadas del clero, y abominaba más que de ningún otro Rey, de Witiza, que favoreció la corrupción de los ministros de Dios, legalizando el concubinato sacrilego; (4) y proclama que Dios dirigió la mano de Froila, a pesar de ser austero y cruel, en atención, a que este Rey proscribió las inmundicias de Witiza, y ordenó que el clero hiciera la vida casta, que prescriben los cánones. (5) Esto promovió el santo Arzobispo durante su largo pontificado

(1) Tejada. p. 325. (2) Aguirre. V. Ep. Innocentii. (3) Boletín... IX. p. 73. (4) Lib. III. c. 16. (5) Lib. V. c. 6.

y no conocemos casos de reprensible tolerancia, y si recomendaciones apremiantes suyas sobre observancia de las leyes eclesiásticas en este punto.

La restauración parroquial, tras el cataclismo de Guadalete, se hizo, no al estilo godo o mozárabe, sino al estilo romano, que es el presente, circunscribiendo la jurisdicción del párroco dentro de un territorio demarcado. En la Iglesia primitiva eran las parroquias, como las mozárabes, es decir, lista de personas o familias, que podían residir donde quisieran, pero matriculadas en determinada iglesia, bajo el cuidado del sacerdote encargado. D. Rodrigo tenía en Toledo seis de estas parroquias, según dice así: «Entre los cuales (los mazárabes) se conservó en vigor el oficio de Isidoro y Leandro y se conserva hoy en seis parroquias toledanas.» Y como entusiasta de los godos, dejó intactas esas parroquias, y floreciente el oficio, que con el tiempo desapareció, y Cisneros lo restauró en su siglo, en una capilla de catedral toledana. La importancia del párroco era grande en los días de Jiménez de Rada; y Guillermo de Santo Amor la exageró enseñando «que los párrocos *vi officii, ex jure divino*, tenían jurisdicción en el fuero externo y voz activa para votar leyes sinodales, lo mismo que los Obispos en el concilio general.» Sentencia que Santo Tomás rebatió egregiamente, de orden de Clemente IV. Sin embargo, no asestó Guillermo con esta teoría a los Obispos, sino a los regulares. Intentó atajar los privilegios de éstos en el sagrado ministerio, atribuyendo a los párrocos el poder de impedir el uso de sus privilegios. De parte de la plebe había negligencia en cumplir el precepto de la confesión anual, y poca era la frecuencia de este sacramento, fuera de los momentos peligrosos. No se habían introducido los confesonarios, porque se daba en las Partidas, años más tarde, la regla siguiente: «Otro si, debe el confesor mandar al que se le confiesa, que cuantas veces viniere, se sienta a los pies del clérigo que lo confesare omildosamente. Pero si fuere muger debela castigar que se asiente a un lado del confesor, e non muy cerca ni delante, mas de guisa que la oiga e non la vea la cara.» (1) Allí mismo leemos el consejo que practicó San Ignacio de Loyola en Pamplona: Que en caso de apuro, si el cristiano no encuentra un clérigo para confesarse, que lo haga a cualquier lego; porque el arrepentimiento, que así muestra, le dará perdón, pero, en sanando, debe confesarse al sacerdote. (2) Debía haber en el pueblo harto somera instrucción, cuando el mismo Jaime I narra tan naturalmente un caso típico suyo. Al entrar en batalla, en la conquista de Murcia, llama a fray Arnaldo de Segarra, para que le confiese. Éste le obliga a separarse de la manceba Berenguela Alonsa; el Rey penitente no obedece, diciendo: «Basta, para merecer la absolución, la obra buena de conquistar un territorio a los moros.» Posible es que hubiera no pocos confesores, que no vieran tan claro, como el citado fraile, que era imposible absolver semejante ocasionario; porque hay que tener en cuenta, que entonces estaban los estudios de moral en estado rudimentario. No hay que buscar tratados de la época. Sólo había los llamados *libri pœnitentiales*, que eran, una especie de rituales formularios. El primer tratado serio apareció en 1247, obra del portugués Maestro Juan de Dios. Poco después publicó San Raimundo de Peñafort su célebre «*Pœnitentia*.»

Como todos los eminentes Prelados de la Iglesia católica, D. Rodrigo gravitaba irresistiblemente hacia esas constelaciones de más intensa y fructuosa actividad en la vida sobrenatural, que Dios hace brillar, al través de los siglos, en el firmamento de la sociedad de los fieles de Cristo, las órdenes y comunidades religiosas, y tenía noción clara de la misión, que realizan y han de realizar, según los desig-

(1) Part. . tit. V. Ley 26. (2) Part. . tit. V. Ley 29.

nios de la divina Providencia, en todas las categorías del pueblo cristiano, es decir, conservar, avivar y fomentar los gérmenes de la piedad alta y acrisolada en las masas, reproducir los confortadores ejemplos de las virtudes heroicas y las llamas sugestionadoras de la santidad, y excitar con sus palabras y actos el fuego sagrado del celo y de la santa emulación en los miembros del clero. Los institutos religiosos son en la Iglesia militante como fuentes necesarias para el sostenimiento de la indispensable temperatura del fervor, para impedir que penetren en el cuerpo social sucesivamente la tibieza y el frío, que congela la piedad, frío, que siempre se introduce pronto en aquellos pueblos, en que no existen esos centros de atracción de las almas a Dios, y de irradiación de espirituales tesoros. Lo que ya conocemos de D. Rodrigo nos le muestra no sólo como apreciador de esas instituciones, sino apasionado de ellas; pero aquí tenemos que decir más, para que se vea cómo promovía su prosperidad, a fin de dar incremento a la piedad cristiana en los fieles.

Las ondas hirvientes e impetuosas de dos grandes ríos celestiales inundaban rápidamente en aquellos tiempos los campos de la Iglesia, produciendo maravillosa fertilidad de virtudes en los corazones de los cristianos. Eran las Órdenes de Santo Domingo y San Francisco, a las que amó y protegió gozosamente nuestro Arzobispo de Toledo, desde su aparición; si bien no tenemos iguales pruebas de afecto respecto de las dos. Abundan más las referentes a la Orden de aquel hidalgo castellano, algo emparentado con D. Rodrigo, que tras una existencia embalsamada en sublime santidad, había exhalado su postrer aliento de divino amor, postrado sobre la ceniza, el 6 de Agosto de 1221, cuando todavía reverberaban en sus pupilas las esperanzas de más larga vida, que prometían sus 51 años de edad. Muchas veces se trataron sin duda Santo Domingo y D. Rodrigo. En Roma durante el concilio de Letrán: en España, cuando en 1219 recorrió a Castilla, pasando por Burgos, y trabajó en la fundación del famoso convento, Santo Domingo el Real de Madrid, henchido de historias santas, y aún trágicas de Reyes españoles, en el curso de siglos posteriores. Allí se conserva la única carta del celebrado Patriarca, escrita a sus monjas, de muy apreciados y atinados consejos. (1) Santo Domingo fué canonizado en 1234 por Gregorio IX, que, siendo cardenal, presidió en Bolonia sus funerales, y por lo tanto D. Rodrigo adoró a Domingo en los altares. Con increíble celeridad voló la Orden de Predicadores por los países cristianos, luego que Honorio III la aprobó el 22 de Noviembre de 1216 solemnemente; e invadió a España en 1217; (2) y hallándose su santo fundador en ella, D. Rodrigo y demás Prelados españoles recibieron la bula de Honorio III, del 15 de Noviembre de 1219, en que se les recomienda, que reciban los servicios de la naciente Orden. (3) Recomendación que bastó para Castilla, pero no para Cataluña, a donde el Papa escribió otra vez en 1220. (4) No la necesitaba Don Rodrigo; dos años antes los había recibido en sus dos diócesis de Toledo y Segovia. Porque la fundación de Segovia se hizo en 1217, y la de Madrid en 1218. Ésta estaba tan próspera en 1219, que Santo Domingo decía en su carta: «Por la gracia de Dios tenéis muy bastantes edificios donde pueda haber toda observancia...» Honorio III felicitó, en 20 de Marzo de 1220, al pueblo de Madrid, por haber recibido a los Padres Predicadores, y les anima a que en adelante les atienda. (5) Más expresivo es el afecto, que por Santo Domingo y su Orden manifiesta Don

(1) Véase «Historia general de Santo Domingo», por Fernando del Custodio. Lib. I. c. 42.
 (2) Ciencia Tomista. Año 1916. p. 388 y sig. (3) Pottahst. tom. p. 539. (4) Pottahst. ib.
 (5) Pottahst. I. 214.

Rodrigo en el documento, que estando en Talamanca expidió en favor del Santo y los frailes de su Orden, en el mes de Noviembre del año, en que se hallaba en España el gran Patriarca; año que debió ser 1219; pues 1220 parece que no compagina con los demás hechos anteriores a su muerte. El texto del documento, que califica «de mayor importancia e interés» un sabio académico (1), denota que está redactado cuando Santo Domingo se halla en condición de aceptar y ejecutar lo que se le dona. Le dona el Arzobispo «con espontánea voluntad», varias casas de Brihuega, sin duda (dice el escritor, que publicó de los Archivos este documento,) (2) para fundar en ellas un convento de su Orden.» Mas prosigue, después de transcribirlo: «No creo que tuviese efecto la donación, porque entonces debió ser cuando de vuelta, Santo Domingo, de uno de sus viajes a Roma, se detuvo en Guadalajara, y allí padeció el dolor de verse abandonado de casi todos sus frailes..... Se quedaron sólo tres, y con ellos se trasladó a Segovia, donde fué autorizado, para fundar un convento, que acaso sin esta contrariedad se hubiera establecido en Brihuega, si la donación, que he transcrito, estaba ya hecha.» Esto es inexacto. Se hizo la fundación de Segovia antes de venir a España el Santo Patriarca, y por fray Domingo el Chico; porque el Santo encontró, en su visita a España, consolidadas las fundaciones de Segovia, Palencia y Madrid; y no podía producirse esa explosión fatal disolvente de ánimos. Si ocurrió en Guadalajara esa desbandada, antes de establecerse en Segovia los Predicadores, debió verificarse durante el conato de alguna fundación, que fracasó; pero es un dato que nos indica, que la primera fundación de los dominicos en España se intentó hacer en la jurisdicción arzobispal de D. Rodrigo, y con su oportuna autorización, en una población, que con frecuencia visitaba y habitaba el ilustre Prelado; y, frustrado el proyecto de Guadalajara, les otorgó la facultad de establecerse en Segovia. Los Padres dominicos deben esclarecernos en todo esto, empalmar los muchos cabos sueltos de esta parte de su historia, y colocar en el punto, que le corresponde, lo de Brihuega, de lo que no nos han dicho palabra todavía. El 20 de Septiembre de 1226, San Fernando, estando en Guadalajara, confirmó las pingües donaciones que el sacerdote Gil de Guadalajara, había hecho a los dominicos de Madrid, con la firma de D. Rodrigo. (3) Es el año, en que el Arzobispo quedó en Guadalajara atacado por malignas fiebres, sin poder acompañar al Santo Rey, en la campaña, otoñal, a la Bética; lo que nos encamina a creer que esa donación fué confirmada por el Monarca en la parada forzosa, que tuvo que hacer en Guadalajara, hasta ver el giro, que tomaba el mal del inseparable compañero de las conquistas guerreras. Por fin, D. Rodrigo llevó a los Padres Predicadores a la capital de su Diócesis el año 1230. Escribe Fonseca: «En su tiempo (de D. Rodrigo) fundaron en Toledo los religiosos de Santo Domingo y los de San Francisco. A la piedad de Rodrigo debe Toledo dos vecinos tan grandes y convenientes para su mejor enseñanza.» (4) Parreño refiere en su manuscrito, que San Fernando procuró la casa a los dominicos en 1230; vendiéndoles el terreno para solar el Cabildo en unión con el Arzobispo, cerca de la puerta de la Visagra, extramuros, donde prosperaron los dominicos, en el convento, que se llamó de San Pablo, hasta 1407, en que pasaron a San Pedro Mártir. (5) Al tratar de las misiones de Marruecos veremos otras noticias de las pruebas de aprecio de D. Rodrigo con los dominicos, y también, todavía más, con los franciscanos. Pero no se conservan más especiales noticias del apoyo que prestó a los últimos en sus fundaciones en España, y en particular en

(1) Juan Catalina García. *Fuero de Brihuega*. p. 195. (2) Catalina García. *Ut supra*. p. 195 y 196. (3) Boletín de la R. A. de Hist. VIII. 335. (4) Primacia. Part. IV. c. 7. (5) Fol. 150.

su diócesis. Poquísimas quedan igualmente sobre sus relaciones con otras Órdenes religiosas, aparte los cistercienses, que fueron perenne objeto de su amor y obsequios extraordinarios. Respecto de los cluniacenses leemos, pero sin dar completo asentimiento, que en 1245, con ocasión del Concilio ecuménico de Lyon, se hospedó él en la Abadía de Cluny, junto con diez y nueve Cardenales, los Patriarcas de Antioquía y Constantinopla, quince Obispos, San Luis y su madre, D.^a Blanca, que se alojaron allí en aquella circunstancia. (1) No hay rastro de cómo favoreció a los trinitarios y mercedarios, que nacieron en aquellos mismos días (2), siendo indudable que les prestó su ayuda, y los protegió.

Casi nada conocemos de sus relaciones con las vírgenes consagradas a Dios, teniendo que tener muchas, como Prelado celoso. Trató con las cistercienses de las Huelgas de Burgos, por estar allí su cariñosa hermana María, fervorosa religiosa cisterciense. Por motivos de negocios trató asimismo la comunidad de religiosas cistercienses, que tenía en su ciudad de Toledo. Vemos en una obra: «En el año 1219 (era 1257) el insigne Arzobispo D. Rodrigo permutaba con el convento de San Clemente el Real varias propiedades, y entre ellas, a favor de la iglesia llamada *Ortan Almolada*...» (3)

Página aparte reclama el amor de D. Rodrigo hacia las heroicas Órdenes Militares españolas, que nacieron (mucho merece notarse) en los mismos días en que Jiménez de Rada vino al mundo, y cuyo florecimiento culminó durante el pontificado de D. Rodrigo. Es preciso leer lo que de ellas escribe con entusiasmo y unción imponderables, para apreciar ese amor, que era fruto de un perfecto conocimiento que de ellas tenía en lo religioso y militar, y de la admiración que le inspiraba aquella reunión pasmosa de virtudes y cualidades tan distintas y tan insignes en hombres, que profesaban dos carreras tan diversas, casi opuestas entre sí. De nada estaba más enterado Rodrigo que de lo que eran pública y privadamente esas Órdenes, como corporación y como individuos, porque las trató mucho y constantemente más de cuarenta años, en todas las formas, que era posible, en la corte de los Reyes, en las filas de los ejércitos, en el campo de batalla, en la custodia de los castillos, en la vida secreta de sus claustros, aún haciendo la misma vida que ellos, como lo vimos en Calatrava, y hasta como resueltos y firmes adversarios suyos en los tribunales civiles y eclesiásticos, en España y en Roma, en los innumerables pleitos, que todos ellos sostuvieron con él acerca de derechos capitalísimos del orden temporal y espiritual. Véase ahora cómo sentía de cada una en particular. Describe así a los Santiaguistas: «Su obra es la espada de la justicia; mora allí el perseguidor de los árabes; quien vive allí es defensor de la fé; se oye allí el canto de quien alaba a Dios, y el júbilo del anhelo celestial regocija; enrojecese la espada con la sangre del árabe, arde la fe con la caridad de los espíritus; es execrado quien sirve a los demonios, y hay vida de gloria para los que creen en Dios.» (4) De los Calatravos dice: «Ciñen la espada los que modulaban salmos: quienes gemían en la oración para la defensa de la patria tienen parco alimento y visten áspera lana: Les ejercita ardua disciplina, y les acompaña la guarda del silencio: la frecuente adoración los humilla, y los macera la vigilia nocturna: les instruye la oración devota, y el trabajo continuo los fatiga...» (5) Sin embargo D. Rodrigo vió, apenado, en este tiempo, en el seno de esta su Orden

(1) Enciclopedia Espasa. Art. Cluny. (2) Según los mercedarios nació su Orden en 1218, según los dominicos en 1222. Estos sostienen esta fecha para asegurar la intervención de los Predicadores en la organización de la Merced por medio de San Raimundo de Peñafort. Este no pertenecía aun a los dominicos en 1218. (3) *Monumentos Arquít. de Toledo*. p. 158. Archivo Hist. N. *Documentos de San Clemente*. Sal. 6. caj. 231. A. P. (4) Lib. VII. c. 27. (5) *Ibidem*.

Militar predilecta el nacimiento de un foco de gangrena. El primero de todos se atrevió a quebrantar el rigor de la castidad el Maestre General, Martín Fernández de Quintana, natural de la diócesis de Burgos, desposándose en Navarra, en 1216, con Catalina Iñiguez de Rada, por las trazas, pariente de nuestro Arzobispo. (1) Roto así el valladar del celibato no tardó en desmayarse el valor abnegado.

En fin, D. Rodrigo celebró también las virtudes y las hazañas de los Caballeros de Alcántara, (antes de conquistar esta famosa plaza se llamaban de San Julián de Pereiro o Perales) donde tenía el Toledano un primo ilustre, que en 1219 regía la Orden, como cuarto General, y era el Maestre García Sánchez. (2) No sólo favoreció, cuanto pudo, a las Órdenes Militares, sino además creó D. Rodrigo otra Orden de Caballeros, haciendo circular por sus entrañas los gérmenes de fervor, que henchían la recién fundada de los Predicadores. El P. Florez, en su «*Clave Historial*», siglo XIII, cita las «Órdenes más ilustres», y escribe: «Orden de los Caballeros de nuestra Señora del Rosario, instituido poco después de 1221 por Rodrigo, Arzobispo de Toledo.» Otro autor aclara algo el fin de la Orden citada, diciendo que era avivar la guerra contra el moro, y añade que por eso el Santo Rosario fué instrumento de victorias «desde que en el mismo siglo XIII, el gran D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, que llevando el estandarte de la Santísima Virgen tan célebre se hizo en las Navas de Tolosa, instituyó la Orden de Caballeros del Santo Rosario, reunidos en un mismo espíritu de piedad para pelear, sin treguas, contra el infiel africano, inaugurando una serie innumerable de triunfos debidos a tan excelente devoción.» (3) Y el eruditísimo investigador del siglo XVII, P. Mendo, escribió así: «Rodrigo, Arzobispo de Toledo, erigió en Toledo una Milicia del Rosario, bajo la regla de Santo Domingo, para que se opusiera a los moros, que continuamente invadían a aquella ciudad. Les dió por blasón la imagen de la bienaventurada Virgen del Rosario, y debajo, una cruz pintada de negro y blanco semejante a la que llevan los Ministros del Tribunal de la Santa Fe. Los Caballeros estaban obligados a rezar diariamente el Rosario en honra de la Virgen.» (4) Y no tengo más noticias sobre su funcionamiento y los beneficios obtenidos.

Va tiempo que escribimos sucesos acaecidos en diversas fechas, por no poder reducirlos a método rigurosamente cronológico, ya por su índole, y también porque no se podía precisar la exacta de algunos de ellos. Tornaremos al hilo cronológico, que dejamos, cuando D. Rodrigo quedó a descansar en Toledo, a fines de 1219, después de disolver la hueste de los cruzados, de vuelta de la campaña de Valencia. Los defensores de la predicación de Santiago en España nos dicen que el Arzobispo estaba en Valladolid, el 13 de Enero de 1220, porque aparece su firma en la famosa carta de confirmación del voto de Santiago, que en ese día expidió allí San Fernando. (5) Razón sin fuerza, como lo notará el lector, recordando lo dicho sobre el valor de esa clase de firmas. No creo que el Arzobispo se juntara tan presto a la Real comitiva de Fernando, el cual, como no se habrá olvidado el mismo lector, estaba recorriendo el Reino, en viaje de boda; porque en el último Diciembre se había casado en Burgos. Parece más cierto que D. Rodrigo no se movió tan pronto de Toledo, y que más bien intervino por sí mismo en ciertos asuntos administrativos, que el 20 de ese Enero hubo en aquella

(1) *Historia de Calatrava*, por Fernández Guerra y Orbe. (2) *Crónica de la Orden de Alcántara*. t. I. c. 11. Su autor Alonso Torres y Tapia. Opinó Rades de Andrada, que era hijo de Sancho Jiménez y hermano de Nuño Sánchez, por cuya alma D. Rodrigo instituyó un aniversario en la catedral de Toledo. (3) *De la importancia del Rosario*. Disertación, por el P. Pancho, dominico. En el Congreso católico de Sevilla. 1892. Sección I. Punto 6. (4) *De Ordinibus Militaribus*. Quæstio IV. n. 100. Remite a Francisco Mennenio. Delic. Equestribus. fol. 35. (5) Mondejar. *Predicación de Santiago*.

ciudad con los árabes, de los cuales da razón el arabista moderno, Simonet, explicando el contenido de varios documentos latino-arábigos, de este modo: «Uno es escritura de venta de ciertas heredades en el término de Toledo, otorgado a favor del célebre Arzobispo, D. Rodrigo Jiménez, por D.^a Loba.... Empieza la escritura por la fórmula musulímica: «En el nombre de Dios piadoso y misericordioso... Al Arzobispo se le llama, según uso de los mozárabes *Almothran Almocaddas*, o sea, Metropolitano Santo... El mismo año, última década de Enero, se otorgó otra escritura de venta a favor de D. Rodrigo Jiménez.» (1) El Arzobispo aumentó sus bienes aun más, el 23 de Marzo, con otras compras, que hizo a varios hermanos de Toledo, (2) y el 13 de Agosto con los muchísimos que le donó el Arcediano de Talavera, Miguel Esteban, del que dice D. Rodrigo que le había prestado «muchos e grandes servicios», y añade por eso, que muy a gusto fundará por el alma de tan benemérito eclesiástico y amigo, un aniversario, después de su muerte. (3) Las adquisiciones citadas demuestran que D. Rodrigo disfrutaba ampliamente del privilegio de excepción que Alfonso VIII había hecho a favor de la Catedral en aquel decreto, en que prohibía «que ningún hombre de Toledo pudiese dar o vender a alguna Orden religiosa ningún bien o heredad», para evitar así el daño de la ciudad de Toledo. Sólo se permite a la Catedral. (4) Y no paso adelante sin hacer ver cuán privilegiada era la situación de D. Rodrigo en la población civil de Toledo. Alfonso VIII, amigo acendrado de Jiménez de Rada, rodeó a su dignidad Arzobispal de prestigio y preeminencias, excluyendo a las mismas autoridades civiles principales de la ciudad de toda intervención, hasta en el cobro de los tributos. «No queremos, decía, que los alcaldes o ciudadanos de Toledo tengan potestad o preeminencia alguna sobre los hombres del Arzobispo y de la Iglesia de Santa María.» El mismo Arzobispo nombrará sus recaudadores; ni la Mitra pagará nada a la corona o a la ciudad, como tributo, sino que estará exento en todo. (5)

El 23 de Enero de 1221 nos encontramos en Guadalajara con un documento de donaciones muy pingües, honrosísimo para D. Rodrigo, y que denuncia, que el Arzobispo fué un bienhechor grande de dicha población y aldeas vecinas, sin que hayamos podido averiguar en qué consistieron los excelentes servicios prestados. El caso es que el Concejo de Guadalajara y de sus aldeas, con asistencia de sujetos de categoría, como homenaje de gratitud, donaron a su bienhechor y Prelado el pueblo de Turvisc, (6) diciendo que lo hacen «por el amor, que avemos a Don Rodrigo... el cual mucho de amores nos fizo e demandó siempre o (que) pudo de corazón et de bona voluntat.» Es un documento interesante, que merece estudiarse para señalar el desarrollo de la lengua castellana, en que se redactó. Se conserva el original. La multitud de los testigos y firmantes revelan el alborozo con que se tributó y se solemnizó este espléndido obsequio al preclaro personaje, el cual allí mismo puso su sello en la escritura de donación; y además otorgó el Arzobispo en el mismo día, aparte, la carta de aceptación de esa donación. (7) La adquisición de Turviesc puso a D. Rodrigo en la posesión de un territorio extensísimo, en que estaban engarzados, con límites comunes, Archilla, Brihuega con sus numerosas aldeas, Romancos, una porción de aldeas, en las márgenes del Tajuña

(1) *Historia de los Mozárabes de España*, por Francisco Javier Simonet. Madrid. 1897, 1903. Ap. XIII. p. 830 y 831. Ms. del P. Burriel. B. N. Signat. 19094. f. 1 y 9. (2) Liber priv. I. f. 77.

(3) Liber priv. II. f. 33. (4) *Acta Ballandii. Tractatus Histori. Chon. de Liturgia. Mense Julii. T. VI. n. 291.* (5) *Ib. n. 288 a 290.* (6) Así leo en el Liber. priv. II. f. 64 y 65. El académico Catalina García leyó Torviesch y Jurvierch. Añade que su original es el documento más antiguo, con sello municipal de la ciudad. (*Vuelos Arqueológicos. p. 58.*) (7) Lib. priv. II. f. 64 y 65. I. f. 31. r.

y el citado Turviesc, circunvalando casi enteramente a Fita y todas las aldeas de su Concejo; lo que hizo brotar disgustos y discusiones entre el Prelado y el Concejo de Fita o Hita; porque se vió éste con dificultades para usufructuar las dehesas y los montes, que antes de venir algunos de esos pueblos a manos del Arzobispo, usufructuaban los vecinos del Concejo de Hita, con tácitos acuerdos. D. Rodrigo determinó proceder según derecho, y el derecho pesó a favor suyo, como se nota en el tono favorable al Arzobispo, con que se redactó la concordia de límites de las posesiones de Hita y del Primado toledano, el 25 de Julio de 1221, «*después de largos altercados, pero de común consentimiento.*» Altercados que no debieron renacer, porque ya no aparecen más en la superficie de la historia. (1) Nos enteramos también por un contrato largo y oficinesco del 21 de Diciembre de este año, que el Arzobispo poseía, junto a un castillo de Guadarrama, varios molinos, que arrendó en dicha fecha. Los había hecho el mismo propietario. (2) *De novo facta.*

Habrás advertido con cuánta solicitud trabajaba D. Rodrigo para aumentar y conservar el patrimonio temporal de clero. Ningún Arzobispo de Toledo le igualó en esto, como se va viendo y aparecerá evidente al fin de la obra. Sentía lo mismo que su amigo, Honorio III, acerca de la necesidad de poseer bienes propios el clero, y que no dependiera de la subvención de la potestad civil. El dicho Papa se opuso a la pretensión del Rey Hugo de Chipre, que quería someter el suyo a la subvención, diciéndole, *que perjudicaba a la libertad de acción de los ministros de Dios.* Las fuentes de ingresos del clero y del sostenimiento del culto eran entonces en España, diezmos y primicias; donaciones reales y de particulares; fundaciones pías, y adquisiciones hechas por la cooperación material en las empresas guerreras. Hay una particularidad importante, que se debe señalar, como nota general de la historia eclesiástica de aquella época, y es, que se consideraba como necesaria la ratificación pontificia, para la perpetuidad firme e inviolable de las donaciones de las fincas, y de las fundaciones pías, radicadas en bienes inmuebles. De lo contrario estaban expuestas a la rapacidad o al arbitrio de los príncipes sucesores, que no respetaban esas concesiones, como absolutas, si no exhibían la ratificación del Papa. Y los particulares no se recataban de suscitar pleitos mientras no veían esa aprobación. Por eso D. Rodrigo obtuvo de los Papas, con este objeto, muchos breves. Del 8 de Febrero de 1217 es uno, en que Honorio III le confirma las iglesias y donaciones, que adquirió en la campaña de las Navas de Tolosa, y en la del año siguiente, en la Alcarria. Las primeras son (nombres tan famosos de aquella expedición) Bilches, Baños, Tolosa, Alarcos, Caracuel, Benavente, Zuqueda, Petrabona y Guadalerza. Las segundas las que enumeramos al narrar la expedición de la Alcarria y conquista de Alcaraz. Confirma además en esa bula quince parroquias más, y pasan de treinta las confirmadas en la del día siguiente. (3) Pasma el magnífico desfile de tantas parroquias y de tantas posesiones, definitivamente agregadas al patrimonio de la iglesia de Toledo, por los méritos y diligencia de este hombre admirable. Como es claro, ahí no figuran las que estaban agregadas ya por decreto pontificio, tales como Alcalá y tantas más, porque se confirman sólo las nuevas adquisiciones de Rodrigo. Permitase su inserción. Las parroquias de la bula del 8 son éstas: Avenzaier, Calcinas, «las que están cerca de la montaña de San Pedro, las de Riopal, de Segura, Torre Albez, Puerto de Muradal, Bar Jalamet, Andújar, Quilón, Miqueza, Magazella, Medellín, Turgelos, Sofariz, con todo el campo de Aranuelo, en dirección de Toledo. Las posesiones confirmadas en la bula del 9 son: Las fincas de la aldea de Alcaraz, las

(1) Liver priv. I. 69. r. y II. 31. v. col. 2. (2) Lib. priv. I. fol. 33. (3) Ap. 35 y 36.

de Torre, Zuferola, Orgaz, Abamuel, Fuentes de Robinat, Corral Rubio, Avengaria, Cuevas del Guadiana, Espinar del Car, Esternas, Estebes, Puerto de Maches, Avellanar, Puerto de Alhover y Marializa, hasta Orgaz. Las villas, Molas, Cerva Longa, Palumbes, Dagonciolo, Torrijos, Esquivias, Loeches, Val de Torres, Aldea del Campo, Arganda, Valmores, Olmeta, Val de Mera, Villaumbrales, Talamanca, Viana, Medina, Prienzo, Burgis y Castillo de Polgar. En fin, el 12 de Marzo de 1219 logró que el Papa ratificara aún las antiguas posesiones confirmadas. (1)

El 6 de Febrero de 1221 se celebraron con gran pompa las nupcias de Jaime el Conquistador, quien, según dice de sí, cumplía 12 años, aquel día, (2) con Leonor, última hija de Alfonso VIII. Autores de peso han escrito, que D. Rodrigo negoció este asunto. Dice uno «sospechando que las circunstancias tristes por que pasaba Aragón llegasen a ser beneficio de los musulnes, que entonces sólo temían al poderoso Reino de Castilla, para atajar los prudentes temores y asegurar los Reinos cristianos, propuso y negoció el Arzobispo la boda de D.^a Leonor.» (3) ¿Será verdad? Parece increíble que promoviera D. Rodrigo un enlace, que ocho años después se anuló por incestuoso en un concilio, por voto del mismo D. Rodrigo, a causa de que los consortes eran biznietos de Alfonso VII de Castilla. Yo no veo dato alguno que lo confirme. Si intermedió Rodrigo fué a base de dispensas fundadamente esperadas, lo mismo que San Fernando, que gestionó este enlace, suponiendo que Roma se avendría a conceder la dispensa, después de celebrado el matrimonio; medio de que se valían muchos Monarcas para forzar a los Papas a las concesiones. Antes de Inocencio III era costumbre general solicitar tales dispensas tras la celebración de nupcias. Con suma energía y tenacidad la combatió, y lo propio hicieron los sucesores hasta desterrarla, aunque los Reyes se resistían muy pertinazmente a adoptar la práctica.

Del 20 de Junio de 1221 dicen los Anales toledanos II: «Sagró el Arzobispo don Rodrigo la iglesia de Sant Román de Toledo en 20 días de Junio, domingo.» Está San Román en lo alto de la ciudad, a guisa de atalaya. No sabemos si es la que ya existía en Toledo en 1116, u otra nueva, edificada por nuestro Prelado, por la destrucción de aquella. El 23 de Noviembre de este año, nació en Toledo Alfonso el Sabio, al que regeneró sin duda a la gracia nuestro Arzobispo; pero al poco, en Diciembre, volaron fugaces los regocijos de este nacimiento con las inundaciones asoladoras del Tajo, que rebasó los muros de la ciudad y destrozó la rica vega. El 20 de Enero de 1222 D. Rodrigo estaba en Talamanca, donde recibió de Alonso Téllez los castillos de Muro, Dos Hermanas, Cedoniella y Malmenoneda, que se los pidió por ser de gran interés estratégico para él. De gran valor debían de ser, puesto que se obliga el Arzobispo a pagarle muchos miles de aureos y a cumplir otras cargas, por mucho tiempo, a pesar de que declara que Téllez es liberal con él. (4) San Fernando dió tres días después en Fresno la carta de confirmación de esta donación; pero no lleva la firma de D. Rodrigo, y sí las de los demás Obispos castellanos. (5) Lo propio hay que advertir acerca de los dos documentos siguientes sobre Almagro, el 24 y el 25 del mismo mes. En el primero San Fernando concede al Arzobispo, que, como sabemos, era el gran fundador de Almagro y constructor de su castillo, en el año aciago de 1213 a 1214, la facultad de dar a la naciente, pero intrépida y floreciente villa, el fuero que le plugiere al Prelado. Dirige el Rey la carta a la villa; porque los almagreses le pidieron un fuero, sin duda, porque Fernando no había confirmado a D. Rodrigo la

(1) Ap. 68. Hasta hoy inédita. (2) Su vida escrita por él. (3) Cerralbo. *Discursos...* p. 51. Vicerje de la Fuente. *Elogio*. p. 89. Ap. 17. (4) Lib. priv. I. f. 39. (5) Lib. priv. I. fol. 38. v.

donación, que de todo Almagro le había hecho Enrique I. San Fernando dignamente declina en D. Rodrigo el derecho de darle el fuero que piden. Después de afirmar en el preámbulo: «Es necesario que los Reyes fortifiquen las fronteras y que animen con buenos fueros y laudables usos a los que luchan contra sus enemigos,» añade: «Os otorgo cualquier fuero de cualquier villa o ciudad del Reino, que os quiera elegir D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, para vuestro fin.» (1) Y para que no surgieran disputas, ni dudas, el día siguiente confirmó el Santo Rey el hermoso documento de donación de Enrique I, que a su tiempo hemos extractado.

En la provincia de Guadalajara y diócesis de Sigüenza se halla situada la famosa Molina de Aragón, último baluarte de los Laras, de donde ellos partieron para la morería, tras una discreta concordia, concertada por la Reina Berenguela entre la hueste asediadora de San Fernando y los defensores de la villa. Apenas se entregó ésta se disolvió enteramente el ejército Real. (2) El dueño de Molina, Gonzalo Pérez, se la había empeñado para 1222 a D. Rodrigo, bajo condición, de que si sobreviviera algún descendiente suyo, se la daría sin falta. D. Rodrigo extendió en Burriarfar, el 28 de Junio de 1221, el acta de aceptación, diciendo: «Nos, Rodrigo, legado de la Sede Apostólica, recibimos lo sobredicho con ánimo agradecido.» El Arzobispo pidió al Papa la ratificación, y Honorio III le contestó el 17 de Marzo de 1222, que con gusto confirma la posesión «de la villa de Molina con sus pertenencias, donada liberalmente por el noble varón, tal como la posee justa y canónicamente, conforme se contiene en el instrumento más particularmente.» (3) Molina con el tiempo pasó a manos de la sobrina de San Fernando, D.^a María de la Molina, que como madre y Reina rayó entre las mejores hembras, que han cruzado a Castilla. Una bula de Honorio III, de 21 de Julio de 1222, nos entera, que el Arzobispo «retenía contra justicia, y rehusaba restituir» (dice el breve) una propiedad de los caballeros de Santiago, en la villa de Lapa, y se intima en la bula a los abades de San Vicente del Monte y de Fundo y al Chantre de Ávila que le obliquen a cumplir su deber. (4)

En la vida de D. Rodrigo Jiménez de Rada debe calificarse el año 1223 año de los fueros, no porque en él otorgó la mayor parte y los principales, sino porque fué el año en que concedió mayor número, desplegando su cualidad de legislador, que alaba así una autoridad en la materia: «Su fecunda iniciativa lo mismo ejercitó en levantar magníficos templos y obras de utilidad pública, que en conceder fueros y privilegios, que vienen a ser a manera de código en miniatura para el régimen parcial de ciertos pueblos de su Arzobispado.» (5) Téngase en cuenta que los fueros propiamente dichos son voluminosos, tales como el célebre de Alcalá, el de Brihuega y algunos más. Son cortas las cartas forales y ciertos privilegios.

D. Rodrigo profesó especial cariño a Talamanca, nombre, que resuena constantemente en esta época, por la importancia de su nutrida población y por sus excelentes defensas; y por eso le vemos en esta villa al año de haber estado, el 27 de Enero de 1223, y le otorgó en ese día una carta foral, en que amplió los privilegios, que en el fuero suyo anterior tenía; y no sólo a la villa, sino a las aldeas, que integraban su Concejo. Declara el Arzobispo que se lo otorga por los grandes y gratos servicios, que recibió de ellos; y lo mismo dice de las aldeas de Alcalá de Henares, a las que concede en el mismo día otra carta fuero muy parecida.

(1) Liber priv. I. 31 y 37. Además en los folios 31 y 39 de ese mismo tomo del Liber hay dos donaciones del Rey Fernando a D. Rodrigo, pero ilegibles. (2) Lib. IX. c. 11. (3) Ap. 81. (4) Ap. 82. No tengo datos más particulares para juzgar a D. Rodrigo en este punto. (5) *Contribuciones e impuestos en León y Castilla durante la Edad media*. p. 285; por Jerónimo López de Ayala, Conde de Cudillo. Madrid, 1896.

Exime de contribuciones a los que no llegan a tener veinte morabetinos de bienes y a los que van en fonsado en el ejército del Rey. A los talamanquinos, que posean más de veinte morabetinos, les exige uno. Casi lo mismo a los de las aldeas de Alcalá, incluyendo a los que tienen bienes raíces en tierras, en ganados y en industrias harineras. Les reclama todas las rentas, que marcan los fueros particulares con que se rigen, y también los alimentos, que deben tanto a él, como al Rey. (1)

De Talamanca había ido a Uceda el Arzobispo, para el día 4 de Marzo de este año, pueblo importante, que el año anterior había recibido el fuero de manos de San Fernando, quien hace referencia a este fuero en la carta, que desde Sevilla dirigió a los ucedanos, el 8 de Noviembre de 1250, diciéndoles, que se lo concedió «ante el Arzobispo D. Rodrigo.» Éste expidió el 4 de Marzo el privilegio foral en la voz de Alcalá de Henares, pero no tan bueno como el de Talamanca. Porque separó las aldeas de Alcalá, de su metrópoli, dándoles carta foral distinta: con lo cual las aldeas de Alcalá venían a tener una organización, una vida y un movimiento de comercio independientes, con perjuicio de los alcañes, y acaso también de las mismas aldeas, que solas tendrían que soportar ciertas cargas; y se originaba también otro mal; que esa separación legal les apartaba de la mutua fusión de los ánimos. El mismo San Fernando se lamentaba, en el citado documento de 1250, de haber seguido este sistema en su niñez. «Et bien conosco, et es verdad, que cuando yo era niño que aparté las aldeas de las villas en algunos logares, et a la sazón que fiz esto erame más niño, et non paré hi tanto mientes.» Mas para esta fecha (1223) había corregido su yerro el Santo Rey; porque ya en los fueros que dió a Uceda (22 de Julio de 1222) y a Madrid (24 del mismo mes) había estampado esta norma «De las aldeas en tal manera es establecido: que las aldeas non sean apartadas de vuestra villa, mas que sean con la villa en aquello que eran en el tiempo del Rey D. Alfonso, mi abuelo.» Ignoro por qué D. Rodrigo no siguió esta norma, que él mismo firmó en Peñafiel, el 22 de Julio del año precedente. Éste privilegio foral nos introduce en el famosísimo fuero, que el mismo D. Rodrigo les confirmó en parte, en parte les amplió, y del cual vamos a hablar, después de notar lo particular de este privilegio. En cuanto a las pechas repite casi lo de Talamanca. Ordena que anualmente se renueven los jurados, los alcaldes y el juez. Que el huérfano de menos de 14 años no peche: ni peche el concejo cuando con el Arzobispo, o con el Rey, va a la guerra por dos o más meses.

Digamos algo, aunque sea menos de lo que requiere el asunto, del Fuero extenso de Alcalá de Henares, el que más se generalizó en España, (2) y que más influyó en la legislación española. Acerca de su origen dice «La Colección de Fueros y Cartas Pueblas de España. Fué formada (la colección de fueros de Alcalá) y romanceada por orden de D. Rodrigo Jiménez de Rada, si bien *servieron de base los otorgados por el Arzobispo D. Raimundo (año 1135.)*» Escribió Martínez Marina: «Corresponde a este tiempo el raro y desconocido fuero de Alcalá de Henares, uno de los instrumentos legales más apreciables, e importantes para conocer la

(1) El original del fuero de las aldeas de Alcalá está en Toledo, con las firmas autógrafas de don Rodrigo y otros personajes. Tiene dos sellos céreos. En uno está D. Rodrigo, sentado, con faja patriarcal pendiente. En el otro, que es del Cabildo, está la imagen de Maria, sentada, y coronada, con el Niño Jesús en los brazos. Véase B. N. Sign. 13074. f. 40 y 50. Liber priv. II. 31 y 32. (2) Lo recibieron Campo Real, Anchuelo, Embite, Ajalvir, Arganda, Carabaña, Caramiña de Esternelas, Carpo, Daganzo de Abajo, Loeches, Los Hueros, Olmeda, Orusco, Pezuela, Perales de Tajuña, Pazuelo del Rey, Santorcaz, Querencia, Santos de la Humosa, Tielmes, Torrejón de Ardoz, Valmorés, Valtierra, Vilches, Villar del Olmo, Villavilla y otros más.

jurisprudencia. La copiosa colección de sus leyes tuvo principio en el Arzobispo D. Raimundo, y se fué aumentando sucesivamente y confirmando por los Prelados, Sres. de Alcalá, D. Juan, D. Cerebruno, D. Gonzalo, D. Martín y el célebre D. Rodrigo Ximénez, en cuyo tiempo, es verosímil, se haya romanceado.» (1)

D. Rodrigo volvía a cada paso a reiterar las pruebas de su amor a los cistercienses de Huerta. El último día de Julio de 1223 les hizo donación de una parte de la rica herencia, recibida de su madre. Les dió los lugares de Bliecos, Boñices con los edificios correspondientes a la iglesia, y los ricos latifundios de Alentique y Torada, «dos heredades, que hasta agora goza el monasterio», dice Manrique. (2) «Si no dió el Buenafuente (¿con sus monjas?) es porque es Real aquella casa.» (3) Cuando el citado analista escribía, Bliecos y Boñices producían a los monjes dos mil ducados. El sesudo Loperráez dice, que por eso sin duda los Priors de Bliecos conservan los retratos de D. Rodrigo y de su abuela, que son antiguos, y he visto repetidas veces.» (4)

Del todo se diferencia de los fueros anteriores el que D. Rodrigo dió a los pobladores de Yepes, el 31 de Diciembre de 1223. Brilla por su especial originalidad. Léanse las siguientes disposiciones, como muestra. El concejo de Alcaldes nombrará los jueces y los alcaldes de entre los vecinos, pero sólo anuales. Los vecinos están libres de fonsado con el Arzobispo y con el Rey. El poblador no podrá hacer justicia por su mano en los homicidios, hurtos y otros agravios, ahorcando al delincuente, sino que acudirá al Arzobispo o a los ministros del Arzobispo. Los nuevos pobladores quedan exentos de tributos, durante tres años. (5)

Suceso que conmovió la nación, en 1224, fué la visita del legendario héroe, Juan de Briena, Rey de Acre, futuro emperador de Constantinopla, y su enlace con doña Berenguela, hermana de San Fernando. Documentalmente consta por la partida de matrimonio, que en la Catedral burgalesa se conserva, que las nupcias se verificaron en ese año, en Burgos. (6) D. Mauricio, Obispo de Burgos con su cabildo invitó a D. Rodrigo, para que presidiese las sagradas ceremonias, que se celebraron en la catedral vieja, con asistencia de San Fernando, de su esposa y de su madre, D.^a Berenguela. El Primado acudió a Burgos a recibir al famoso guerrero. De aquí debió dirigirse a Toledo, pues los Anales toledanos segundos dicen, que Juan de Briena entró en Toledo el 5 de Abril de 1224, y que hubo regocijos populares espléndidos con ocasión de esta boda. Zurita cuenta que el brillante viajero entró en Toledo un viernes, pasó en peregrinación a Santiago de Compostela en compañía del Arzobispo D. Rodrigo, y volviendo, celebró el matrimonio. (7) Castejón y Fonseca, que sin conocer la partida de matrimonio, atinó al decir, que

(1) Habiendo estado inédita esta famosa Colección, en el Archivo, la ha publicado en 1919, en Madrid, Galo Sánchez. *Fueros Castellanos de Soria y Alcalá de Henares*. (2) *Santoral y Dominical Cisterciense*, por A. Manrique. Lib. II. c. 9. (3) *Ibidem*. (4) *Descripción...* tom. I. D. Vicente de la Fuente, para saber si se conservaban todavía esos retratos, pidió noticias al Obispo de Teruel, don Francisco de Paula Jiménez, hijo de Bliecos; y éste le contestó afirmativamente, añadiendo, que al pie del retrato del Arzobispo está así su epítapho traducido

Navarra me engendra;
Castilla me cría;
París es mi escuela;
Toledo es mi silla;
Huerta es mi entierro;
Mi alma al cielo guía;

(Elgio. p. 40.)

(5) Se cita el Fuero de Yepes en la Colección... de la Real Acad. de Hist. p. 294, y en la *Primacia...* de Castejón, Parte IV c. 6. Pero jamás se ha editado, ni dado noticia compendiosa de su contenido.

(6) D. Mauricio. p. 78. (7) Anales. Lib. II. c. 80.

el Primado tuvo el primer lugar en las pompas nupciales, añade sin razón, que el heroico cuñado de Fernando se le unió para guerrear contra los moros. (1) Debieron suceder las cosas en este orden: boda en Burgos, visita a Toledo, peregrinación a Compostela y regreso de Juan de Briena a su país.

En Enero de 1224 D. Rodrigo se hallaba en su pueblo de Torrijos, en compañía del Obispo de Plasencia, su Capellán, dice él mismo en su historia, y arrendó, allí, en ese mes, su Alcaidía de Illescas, firmando con él la escritura el expresado Obispo. (2) El 1.º de Mayo, estando en Duratón, cerca de Sepúlveda, Diócesis de Segovia, terminó cordialmente un asunto, que trataba con los monjes de Santo Domingo de Silos, desde años atrás. Tenía la Abadía de Silos, en un arrabal de Madrid, la iglesia de San Martín, pero no armonizaba en cuanto a los derechos con el Arzobispo de Toledo. En este día prometió a D. Rodrigo pagar los varios derechos arzobispales, reconocer y observar el entredicho, que pusiera a la villa de Madrid, y someter a su examen al capellán, que quisiera nombrar para esa iglesia. D. Rodrigo se obligó de su parte a no rechazar el que resultara idóneo, aunque fuera monje; y que a ningún monje admitirá sin dimisorias del Abad de Silos. (3) Pasó el Arzobispo de Duratón a Brihuega, donde en Junio compró una heredad al Maestre de Santiago. (4) El 7 de Septiembre de este año 1224, estando en Madrid, D. Rodrigo expidió el notable decreto, por el cual concedía al caballero Alonso Téllez los privilegios de la cruzada, para que pudiera poblar el castillo de Aliagilla, según referimos en otro lugar. (5) Residiendo en Brihuega, en la última parte de este año, recibió allí al Maestre de Santiago, D. Pedro, que se le presentó para reconocer los derechos del Arzobispo acerca de la aprobación de los clérigos nombrados en su Orden, para servicios parroquiales y sobre el cobro de ciertas rentas de sus iglesias, cosa a que hasta entonces se resistían los Santiaguistas. (6) Honorio III, atendiendo a una reclamación de D. Rodrigo contra el Obispo de Ávila, que eludía una sentencia favorable al Toledano, ordenó al Abad y Prior de Silos que le obligaran a cumplirla; 7 de Julio de 1224. (7) En fin, en este año se encargó Rodrigo de la construcción del monumental refectorio de su amada Huerta, junto con otras muy costosas obras, que allí ejecutó, sin sin cesar, hasta el año 1227. (8)

Mas el Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada agita ya fervorosamente en la corte de Castilla el pendón de guerra santa contra el sarraceno, empuja a los Reyes a las armas, quiere lanzar al combate a Castilla, está con la cruz de las batallas alzada, para penetrar de nuevo en Andalucía, en rescate de tierras cautivas, y, preciso es aprestarse. Demos por esto, antes de arrojarlos a los años de constante lucha, una ojeada sobre la acción de D. Rodrigo en el interior de la corte de los Reyes, para que no se interrumpa ya la relación de los actos de la vida pública nacional con la de las cosas privadas de la Real familia. El Arzobispo de Sevilla, Diego Guzmán, Patriarca de las Indias, en su *Memorial*, dirigido a España y a la Iglesia, para pedir la canonización de San Fernando, con el fin de hacer mayor fuerza en orden a su intento, recordaba la misión profunda y universal, que D. Rodrigo había ejercitado cerca de San Fernando y de D.ª Berenguela, dirigiéndoles recta y santamente en todas las cosas; y dice así el Patriarca entre otras: «quien más mereció el nombre e hizo el oficio de ayo y maestro, fué el gran Arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jiménez, navarro, por cuyo medio y asis-

(1) Primacia. Parte IV. c. 7. (2) Lib. priv. fol. 19. r. y v. (3) Boletín... t. IX. p. 191. (4) Ambrosio Morales. t. XIV. Catalina García. *Fuero de Brihuega*. 24. (5) Bull. San Jacobi. p. 85. *Memorias* ... p. 352. (6) Bull. San Jacobi, p. 124 y 126. (7) Ap. 83. (8) Manrique. *Santral. Cist. Lib. II. c. 9.*

encia se gobernaban el Reino y ambos Reyes, D. Fernando y su madre.» (1) ¿Con qué extensión se ha de entender esto? Primero ciertamente en cuanto a las deliberaciones y resoluciones exteriores de interés general y de los casos particulares de justicia y religión. En segundo lugar respecto de D.^a Berenguela, sabido es que lo ilustraba y dirigía en las cosas interiores de la conciencia, como lo había hecho con Alfonso VIII y D.^a Leonor, padres de D.^a Berenguela, hasta la muerte, según ya lo contamos. Parece que no hizo lo mismo con San Fernando, cuyos directores espirituales fueron los Padres Predicadores, conforme lo aseguran con ciertos fundamentos los escritores de la Orden dominicana. (2) Entre otros distinguen a un Santo, que trató mucho a D. Rodrigo, el cual se hizo hijo de Santo Domingo en 1220, después de renunciar el Deanato de Palencia; era San Pedro González, vulgarmente San Telmo, del que el Toledano trazó un caluroso elogio.

No hay indicios de que D.^a Beatriz de Suavia confiara su alma al Arzobispo, en los doce años que vivió con San Fernando. Sólo celebra sus prendas generales, llamándola «noble, hermosa, modesta y discreta». (3) Esta bien amada esposa dió a San Fernando, en los doce años, nueve hijos; siete varones y dos hembras, que D. Rodrigo los enumera por el orden de nacimiento. El quinto y el sexto fueron puestos bajo la dirección y autoridad del Arzobispo, por su abuela, D.^a Berenguela. Escribió del primero, que se llamaba Felipe, de este modo: «Fué aquel entregado a Dios y a Rodrigo, Pontífice de Toledo, y por manos del mismo Pontífice fué consagrado al servicio del Señor, adscribiéndole a la iglesia de Toledo, y el mismo Pontífice le señaló, en el acto, la prebenda y otros beneficios.» Del segundo dice: «Sancho, presentado a Rodrigo, Pontífice toledano, recibió de él la tonsura clerical, el cargo de Salmista, y obtuvo prebenda y beneficio en la iglesia de Toledo.» (4) Cuando D. Rodrigo hablaba así en su historia, los dos Infantes eran unos seminaristas de 17 y 18, respectivamente, como diríamos hoy. El cardenal Lorenzana los llama discípulos del Arzobispo, y al Arzobispo, su preceptor, quien escogió por suplente a San Pedro Pascual «el cual, añade Lorenzana, créese que fué Obispo titular, y Auxiliar del mismo Arzobispo primeramente, y después promovido al Obispado de Jaén, y cuando visitaba la Diócesis, y con santas amonestaciones instruía su grey, fué hecho prisionero por los moros en la ciudad de Granada...» (5) Ignoro de donde sacó el Cardenal estas noticias respecto de San Pedro Pascual. No creo que Jiménez de Rada fuera propiamente Maestro de estos dos hijos de San Fernando, sólo, sí, latamente, en cuanto que les proporcionó, en forma común, pero bajo su especial vigilancia, la educación propia del clérigo. El continuador de la crónica de D. Rodrigo dice de Felipe: «El Arzobispo púsole a leer a título de la Iglesia.» De Sancho nada dice. Vivió Felipe ejemplarmente durante la vida de D. Rodrigo, y su padre, que era Santo, no titubeó en procurarle el Arzobispado de Sevilla, cuando éste fué rescatado. Señal de que todavía se conservaba bien, aunque no había entrado en las órdenes sagradas, y mejor fué así. Porque, apenas su padre pasó a otra vida, se torció mucho, y se lanzó, de mano con la airada nobleza castellana, por los tortuosos vericuetos de las turbulencias y rebeldías, en guerra contra su hermano, Alfonso el Sabio. En cambio Sancho honró la sangre paterna y a D. Rodrigo, quien obtuvo a favor de él, el 13 de Agosto de 1245, una Bula de Inocencio III, por la que se le concedía un canonato en Toledo, y la facultad para poder acumular beneficios. (6) Estudió la teología en París. A la muerte del Arzobispo Gutierre, en vida del padre, Inocencio IV, le nombró Arzobispo de Toledo, y se consagró nueve años después, en 1259 y mu-

(1) Parte I. c. 3. (2) *Ciencia Tomista*. Noviembre y Diciembre. p. 333. (3) Lib. X. c. 10.
(4) Lib. X. c. 12. (5) *Vista Roderici*. Padres Toledanos (6) Berger. 1434.

rió joven, a los 35 años, sin ilustrar mucho su Mitra de Toledo con acciones y empresas memorables.

Era Rodrigo en esta fecha palanca irresistible, que movía a Castilla y sus reyes en lo religioso y civil, como Primado gran ministro del reino y Legado extraordinario del Papa durante el Pontificado de Honorio III. Aún continuó de Legado con Gregorio IX, como se verá. Su decreto del 7 de Septiembre de 1225, prueba cómo seguía utilizando los poderes de Legado en los territorios de España. Muchos autores han escrito, al tratar del concilio de Letrán, que D. Rodrigo fué Legado sólo diez años, y lo intentan demostrar diciendo que, en 1226 era Legado pontificio en España el Cardenal Cencio Sabelli, Obispo portuense. Pero este modo de argumentar nace de un error, que es preciso desvanecer aquí, recordando breves notas históricas de la Legadía del Papa en España. El primer Legado pontificio en España es Zanelo, que en el siglo de hierro informó contra el rito mozárabe ante el Papa. El segundo fué Hugo Cándido, que vino en 1064, más empeñado todavía en derogar aquel rito; apeló a la calumnia contra España para lograrlo. Por sus maldades murió separado de la Iglesia. (1) Lo consiguió Giraldo, sucesor suyo, que dejó odiosa memoria en España, como también el que le sucedió, Ricardo, depuesto por el Papa. No llegan a ocho los demás Legados, que hasta D. Rodrigo pasaron por la Península, pero circunstanciales y con la misión de hacer cumplir las leyes canónicas, y vigilar la vida católica nacional. Pero es dudoso que ninguno de ellos fuera un delegado general de la Santa Sede. Yo creo que venían con misiones especiales en casos particulares. Así consta al menos de los Legados, que vinieron durante la vida de D. Rodrigo. El Cardenal Gregorio de Santángelo vino en 1192, para procurar la anulación del matrimonio de Alfonso IX con Teresa de Portugal, y lo efectuó por medio del concilio de Salamanca. El Legado Reinerio vino para separar al mismo Rey de la madre de San Fernando, y promover la paz entre los príncipes cristianos, y nada más. El Cardenal Pedro de Benevento vino en 1214 sólo a rescatar el niño Jaime I de Aragón del poder de Simón de Monforte. El Cardenal Pelayo entra en 1225, como Legado, pero con la única misión de arreglar las revueltas del Cabildo de León. Del mencionado Cencio Savelli no sé que fin le trajo: sólo hay una alusión hacia él. El Cardenal Juan de Sabina pasó los años 1228 y 1229 en España, con el objeto de promover la celebración de concilios y gestionar la disolución del enlace de Jaime I y de Leonor, y no se preocupa de otros asuntos de la nación. En 1160 se da el caso de tres Legados simultáneos que eran los Cardenales Antonio, Guillermo y Odón. Después de D. Rodrigo, en 1278, había dos, Jerónimo de Ascoli y Gerardo. Todo esto prueba: 1.º que no eran los Legados pontificios de los tiempos de que hablamos como lo fueron en los últimos siglos: 2.º que la Legadía de Cencio en 1226 no prueba que D. Rodrigo hubiera cesado en el cargo de Legado, como tampoco la de Pelayo en León, en 1225. Porque ya leyó el lector que estando aquel Cardenal allí, D. Rodrigo daba decretos como Legado; y como Legado de la cruzada occidental siguió trabajando para promover y organizar las empresas guerreras de San Fernando, solucionando a la par los conflictos de la Iglesia española, como representante del Papa. Así se explica que D. Rodrigo, como se narrará adelante, por ser Legado de las predichas empresas no faltó a ninguna de las innumerables expediciones de San Fernando, fuera del caso de enfermedad, y de indispensables viajes a Roma, por los graves negocios de la Iglesia. (2)

(1) Baronio. Anales. Año. 1064. (2) Lib. X. c. 12.

CAPÍTULO XIII

(1224—1229)

Edicto de D. Rodrigo a la nobleza de Castilla.—Empieza las excursiones de guerra en compañía de San Fernando.—Intromisión del Rey en la elección episcopal de Segovia.—Campañas guerreras de 1225 y 1226.—Enfermedad de Rodrigo.—Como Prefecto general de misiones de Marruecos, las fomenta, y organiza la jerarquía eclesiástica.—Expedición de 1227.—El Obispado de Baeza.—Concilios en España.—Divorcio de Jaime I.—Otros asuntos.

La hora de romper contra el sarraceno urge ya en Castilla, por razones poderosas. Siete años ha que ciñe la corona el animoso D. Fernando. Su Reino está en paz. En paz sólida con los Reyes vecinos; en paz en el interior de la nación por la dominación de la nobleza. Y reclaman la inauguración de la guerra la dignidad de la corona, el estado de esa nobleza y la situación de los estados agarenos. Once años hace que Castilla no ha salido contra el musulmán al frente de sus Reyes. Todas las guerras, que ha habido en ese período, las ha acaudillado Jiménez de Rada, desde la nacional del año 1214, en la dilatada línea del sur y levante, hasta las cruzadas, para atraer al occidente las fuerzas sarracenas del oriente. El estado de la nobleza exige que cuanto antes se la lleve a la guerra exterior, para que no vuelva a sublevarse, o a desgastarse con mutuas luchas de envidia y rencor. No había duda que muchos nobles, aunque en apariencia sometidos al Monarca, no lo estaban de veras; urdían rebeliones más o menos secretamente. Si, como algunos opinan, (1) D. Rodrigo publicó en alguno de los primeros años de San Fernando el célebre y enérgico manifiesto, que dirigió a la revoltosa nobleza castellana, hay que decir, que debió ser entre 1222 y 1223, cuando ya San Fernando estaba determinado a comenzar la guerra, pero no se atrevía a iniciarla a causa de la pésima disposición de una parte de esa nobleza. He aquí el tal manifiesto, muy singular y patriótico, que el lector debe conocer entero. No tiene fecha. Dice así:

«Rodrigo, por la gracia de Dios, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, salud en aquel que es Salud de todos, a los amados hijos en Cristo y a los amigos, a todos los caballeros de toda Castilla, a cuantos llegare el presente escrito. Estamos obligados a alabar y glorificar al Señor Dios, como todos los confesores de la fe cristiana; porque se dignó conceder a su pueblo la *victoria sobre sus ene-*

(1) D. Mauricio. p. 77. n. 3.

migos, en la guerra pasada; pero nosotros, que somos de este Reino, estamos más obligados a cantar, glorificar y ensalzar su nombre, siempre bendito, porque concedió la victoria en nuestra tierra, y por nuestra causa especialmente. Puesto que, según se nos ha delatado, algunos de vosotros, unos por sí solos y otros con los Sres. y amigos, abandonando a su pueblo y patria, se confederan con los sarracenos, para con ellos, si pueden, atacar y derrotar al pueblo cristiano; os rogamos y amonestamos a todos en el Señor, que desistáis de este propósito, en tan peligroso lance, y que no os atreváis a uniros a aquella gente perversa; antes bien, vosotros, como atletas de Cristo y defensores de su nombre y de la fe católica, oponeos como un muro por la casa de Israel, por las leyes patrias y por la gente patria, prontos a morir, si fuere necesario. Si por ventura el Rey ha faltado contra alguno de vosotros en algo, de que justamente pueda quejarse de él, que presente su queja en la Corte, ante nosotros, y, según confiamos en el Señor y esperamos de la discreción y benignidad del Rey, le haremos justicia, conforme a la costumbre del tribunal de la Corte. Empero si todavía alguno de vosotros se atreviese a confederarse con los sarracenos con daño y oprobio de la fe cristiana, que sepan todos que incurrirá en la excomunión.»

Debemos fijarnos en este edicto en tres cosas. Primera: que escribe el Arzobispo como poder espiritual y temporal a la vez. Como poder espiritual supremo de Castilla amenaza con la excomunión, que ya se incurría por el hecho de confederarse con el moro. Como poder temporal se ofrece, primero, a hacer justicia en tribunal formado y supremo del Reino, y además promete también hacer de medianero ante el Rey, para que éste use de su poder supremo en las cosas, que no pueden resolverse, según la ley, con la benignidad, que en casos especiales y duros se desea y se pide equitativamente. La segunda cosa es que manifiesta claramente que él ocupa el tribunal supremo de la Corte castellana, para hacer justicia. Señal de que sus poderes de Ministro general eran amplios. La tercera es la alusión a la victoria obtenida en la guerra pasada. Eso dificulta mucho el fijar la fecha del edicto, y bajo qué Rey se dió. Yo me inclino que fué bajo Alfonso VIII, tras la victoria de las Navas; pero veo que no aparecen en la historia esos actos de la nobleza, a raíz de aquel triunfo. Pero si fuera del tiempo, que aquí se pone, diría el Arzobispo que él era Legado. La cruzada del levante no parece ser; pues no fué victoriosa. Tampoco se puede poner en los años ulteriores de San Fernando, porque ya no se torció más la nobleza de esa manera.

Por fin D. Rodrigo consiguió, entre 1223 y 1224, mover a la guerra a la corte castellana. Digo entre 1223 y 1224, porque no puedo precisar con certeza y rigor en cuál de esos dos años comenzaron las expediciones guerreras de San Fernando y de D. Rodrigo. Los Anales Toledanos, dicen que en 1223. Pero presentan frecuentes errores y erratas, que hacen desconfiar. Ese año se deduce del mismo don Rodrigo; (1) porque dice que empezó la guerra un año después de la paz con el Señor de Molina; paz que se concertó en 1222, según lo más cierto. En cambio la felicitación de Honorio III en 1225 parece indicar que empezó en 1224. Pues es natural que se la envié el Papa cuando llegó a su noticia la primera expedición. Por cierto que el cómputo 1223 es el mejor para escalonar holgadamente las campañas de San Fernando.

De este modo comienza D. Rodrigo la grande lista de gloriosas expediciones guerreras, que en unión con San Fernando realizó durante casi veinticinco años, que vivió todavía: «Congregado el ejército (el Rey) en compañía de Rodrigo, Pon-

(1) Lib. IX. c. 11.

tifice de Toledo y de otros próceres de su Reino, atacó a Quesada, después de pasar por Baeza y Ubéda, entre devastaciones; y habiendo cautivado y muerto miles de sarracenos, no quiso conservar el castillo, por estar en ruinas, a causa de los diversos ataques. Mas el Rey, ocupada Quesada, según dijimos, atravesando la ribera del Guadalquivir, gran río, llegó a Jaén, y volvió a los suyos, después de destruir varias fortalezas, porque el invierno apuraba.» Los Anales Toledanos atribuyen por igual la campaña a D. Fernando y a D. Rodrigo; cuentan que las fortalezas tomadas, además de Quesada, fueron seis, y que la campaña duró de Septiembre hasta la fiesta de San Martín. El fruto de tan atrevida excursión no fué proporcionado, porque los caudillos no acertaron al aceptar las proposiciones de concordia, que con dádivas y dinero les presentó el Rey de Baeza, y que ellos firmaron en Gualimar. La misma Quesada cayó luego en poder de los moros, que la restauraron y fortificaron, y la poseyeron siete años más, al cabo de los cuales la reconquistó D. Rodrigo con gloria, para siempre. Hinchió de gozo al Papa la noticia de esta campaña feliz, sin duda más como excelente augurio de futuras conquistas, que por sus resultados presentes; y el 24 de Septiembre de 1225 escribió a D. Rodrigo y al Obispo de Burgos, dándoles el parabién y concediéndoles las gracias de las cruzadas a todos los que en lo sucesivo formasen parte en las expediciones. (1) Al día siguiente, en otra Bula a San Fernando, asegura el Rey una protección particular sobre sus bienes y sobre los miembros de su familia, para que pueda hacer guerra al moro, sin temor de ataques, ni asechanzas de parte de soberanos cristianos. Sin embargo había quejas contra ciertos actos de San Fernando, o de sus agentes, por lo que ocurría en la diócesis de Segovia. Murió el Obispo Gerardo, del que tanto hemos hablado. El Cabildo segoviano eligió por sucesor a D. Bernardo, Arcediano de Talavera de la Reina, el cual fué confirmado y consagrado por D. Rodrigo, su metropolitano. Pero se omitió el participar a San Fernando la elección, no se sabe por qué. Esto desagradó a la corte, que hizo expulsar al nuevo Obispo y ocupar las temporalidades, alentándolo a ello varios capitulares disidentes de Segovia, que a pesar de la confirmación del Metropolitano, sostenían que era nula la elección. Mas como esto era falso, ya que la validez le provenía de su confirmación, y los desafueros del Rey graves, D. Rodrigo, en unión de los sufragáneos, los denunció por escrito a Roma. Bueno era el Arzobispo Toledano para ceder sus derechos ante los poderosos, aunque fueran soberanos, amigos y grandes bienhechores suyos. Honorio III le dió la razón, y escribió severamente a San Fernando, diciéndole, que no había lugar a la anulación de la elección hecha canónicamente, por semejante reclamación. «Podía quejarse, añade, si fuera menos idóneo el elegido; pero consta que es probo, docto, amante de la justicia, solícito.» Le aconseja a Fernando que piense, que la Majestad Real no puede coartar la libertad de la Iglesia en proveer las Sedes episcopales, ni por capricho destituir las de ministros: a los ministros de la Iglesia corresponde proveerlas. No es propio de la autoridad Real el oponerse a que libremente se hagan los nombramientos de los Prelados, ya que los Reyes deben precisamente proteger la libertad de la Iglesia, y a la par acrecentarla. (2)

Honorio III puso todo lo referente a la diócesis segoviense en manos del Toledano, mandando que otra vez se hiciese cargo del Obispado; que averiguase dónde estaban los bienes del Obispo y sus rentas, y que los reclamase de sus poseedores, fuesen estos los particulares, o la autoridad Real, y que se los entregase al

(1) Rainaldo. Año 1225. n. 43. (2) Raynaldo. Annales. Año 1225. n. 41. Más especialmente. Aloisius Guerra. *Pontificiorum Constitutionum Epitome*. Tom. II. año 1225. Patthast n. 1225.

Obispo electo, apenas llegase a la pacífica posesión de la mitra. Comisionó el Papa a Mauricio de Burgos, y a Juan Pérez, electo de Calahorra, para que examinasen el caso. D. Rodrigo informó ante ellos que todo era canónico, y lo mismo opinaron los sufragáneos. Procedió D. Mauricio demasiado lentamente en la resolución de esta comisión, por lo que se retrasó hasta 1227; y gracias a las amonestaciones del Papa, se solucionó todo para esa fecha; y D. Rodrigo, hecha la entrega de todo, de la diócesis y de los bienes, en toda regla, vióse libre de una carga har- to pesada y espinosa, que sobrellevó con energía y prudencia más de once años, entre difíciles cuestiones y luchas. (1)

La segunda campaña guerrera se realizó en la primavera y verano del año 1225¹ yendo, pues no podía faltar, el Arzobispo de Toledo con el Rey, y porque según observa Mariana en esta ocasión, era «persona de gran valor y brío y que no sabía estar ocioso.» (2) Se fueron derechos los caudillos sobre Baeza, Andújar y Martos, que se les entregó el 29 de Julio y arrasados algunos castillos de aquella comarca, regresaron a Castilla, hacia fines de verano. Casi todas estas conquistas fueron duraderas. El 7 de Septiembre D. Rodrigo estaba en Madrid y publicaba el decreto de indulgencias en pro de Alfonso Téllez. D. Rodrigo cuenta así la tercera campaña. «Por tercera vez entró (el Rey, y con él, nuestro escritor) en tierra de árabes y conquistó a Sabiote, Jodar y Garciez, y los fortificó con guarniciones, y después de devastar varios lugares, volvió a la ciudad de Toledo.» (3) Como se ve, avanzó San Fernando normalmente la línea de reconquista: pues esos pueblos están en el interior del Reino de Jaén. Esta campaña sirvió para preparar con más cuidado la siguiente; siendo, por otro lado, verdad, según advierte Mariana, que el Arzobispo le exhortaba con mayor persuasión con su gran autoridad. (4) En consecuencia, la campaña fué más recia y movida, como lo revela la misma narración de D. Rodrigo, que escribe así: «Después de esto el Rey Fernando penetró otra vez en tierra de árabes, y tomó a Eznatoraz (castillo) y la torre de Al- bep, San Esteban (del Puerto) y Chiclana, y se dirigió *nuevamente* por Jaén, hacia la fiesta de San Juan, y no lo pudo conquistar, por su fortaleza; y marchando de allí, tomó a Priego, cautivó sus habitantes y los mató, y arrasó el fuerte, y yendo a la villa, llamada Alhama, cautivó y mató a sus habitantes, y asimismo destruyó el lugar, y regresó a los suyos.» (5) El despecho de haber sido Fernando rechazado en Jaén se reflejó en el mayor ensañamiento de la segunda parte de la jornada, la cual también fué quizás más cruenta que las ordinarias, porque no andaba allí D. Rodrigo, el cual fué detenido en Guadalajara por una enfermedad, que le tuvo a la muerte, cuando al lado de San Fernando caminaba en esta expedición. Escribe el mismo así: «Rodrigo, Pontífice de Toledo, no tomó parte en esta excursión, por haberse detenido en Guadalajara, herido de aguda fiebre, donde difícilmente se libró del último fin; pero envió con el ejército a Domingo, capellán suyo, hombre venerable, Obispo de Plasencia, para que ejerciera en su lugar los ministerios pontificales en el ejército.» Tales ministerios eran los de jefe espiritual de la cruzada y de capellán castrense, que celebraba los divinos misterios, y hacía además las purificaciones de mezquitas y consagración de las iglesias de las poblaciones conquistadas. Se ha dudado mucho en qué jornada enfermó Rodrigo, y sostiene (6) el que mejor le ha estudiado, que fué tras la toma de Capilla y el comienzo de la basilica toledana. D. Rodrigo, que lo sufrió y escribió, es terminante en esto. Enfermó en la cuarta campaña, y en la quinta se tomó Capilla. (7) Más

(1) *Regestum Honorii*, tom. II. p. 272, 278 y 325. (2) Hist. Lib. XII. c. 11. (3) Lib. IX. c. 12. (4) His. Lib. XII. c. 12. (5) Lib. IX. c. 12. (6) Lafuente. *Elogio*. p. 90. (7) Lib. IX. c. 11, 12 y 13.

difícil es señalar con certeza el año de esa enfermedad, que yo opino que fué 1226. Si es auténtico el documento de donación de las viñas en Guadalajara, el 20 de Septiembre de 1226, a los Padres Predicadores, la calendación tropieza con dificultades; porque allí se dice, que ese año se restituyó Capilla al culto cristiano. (*eo anno quo castrum Capellam.. cultui christiano reddidi.*) Según nuestro Arzobispo, San Fernando en la campaña quinta «asedió a Capilla, castillo fortificadísimo, en la diócesis de Toledo; (1) y tras largos ataques, finalmente la tomó, y pasadas catorce semanas de expedición, regresó a la ciudad Regia.» (2) Estuvo en esta campaña D. Rodrigo. Si el documento es auténtico y su fecha es exacta, se sigue, que se hizo la campaña en la primavera y verano de 1226. Por lo mismo habría que poner en el año anterior la cuarta expedición; lo que obligaría a escalonar así las tres campañas anteriores. La primera en la última parte de 1223, las otras dos en 1224. Prescindiendo del valor de ese documento, (ignoro cómo se podrá prescindir) (3) se coordinarían los hechos así. En otoño de 1226 se tomó Capilla (4) y una parte del ejército descendió en seguida a Andalucía, para iniciar la conquista de Baeza, que se llevó a cabo el año siguiente, al llegar el Rey con reuerzas.

D. Rodrigo se ocupaba al propio tiempo que en tan duras y costosas campañas guerreras con San Fernando, en fomentar la prosperidad de las poblaciones de su Archidiócesis, tales como Almagro, Alcaraz, Almonecir, Melgar y Bogas, acrecentando felizmente el número de sus pobladores. Y para el mejor éxito obtuvo del Cabildo Toledano, en Enero de 1226, la cesión de las rentas, que le correspondían en los citados pueblos, cesión que se le hizo con excelente voluntad, y la aceptó el Arzobispo con agradecido ánimo; ya que se le hacía para toda su vida, dando así los canónigos de Toledo prueba de su alta estimación y confianza a su Prelado. Si tan ensalzados son los Monarcas de aquel siglo por el elevado y atinado espíritu en promover el crecimiento de sus ciudades y villas con sacrificios de momento, para obtener luego beneficios incalculables ¿qué decir de este prudente varón, de alientos de soberano, que de esta suerte procura en tantos pueblos el aumento de la población? (5)

Un documento pontificio importantísimo nos invita ahora a hablar de hechos, que deben figurar en la historia universal de la Iglesia. Primero lo traduciré íntegro: «Honorio, Obispo, siervo de los siervos de Dios, a nuestro Venerable Hermano, Arzobispo de Toledo... Apremiados por el deber de nuestro cargo, que nos hace deudores a fieles e infieles, a sabios e ignorantes, poco ha ordenamos a tu Fraternidad, al saber que en el Reino de Miramamolín había muchos cristianos cautivos, apóstatas, por el terror de las penas y de la muerte, otros también pusilánimes, vacilantes en la fe, colocados al borde del precipicio, que enviases allí, con nuestra autoridad, algunos varones prudentes, de entre los Frailes Predicadores y Frailes Menores, para que, con su predicación y ejemplo, mediante la divina gracia, conviertan a los infieles, levanten a los caídos, conforten a los vacilantes y confirmen a los robustos. *Añadimos también, que con la autoridad apostólica consagrados a uno de dichos Frailes por Obispo, para que ejercitara allí el ministerio pontifical, del que han estado privados de tiempo inmemorial los fieles de aquellas tierras. De donde tú, como hijo devoto de la Iglesia, has procurado ejecutar*

(1) Sita en la actual provin. de Badajoz. Partido de la Puebla de Alcocer. (2) Lib. IX. c. 13.

(3) P. Getino lo da por cierto. *Ciencia Tomista*. n. 55. p. 18 y 19. (4) Yerran los Anales Toledanos al decir que se conquistó Capilla en 1225. Es omisión de la cifra 1 debida acaso a copiantes distraídos. (5) Liber. priv. II. f. 74. r.

diligentemente el mandato apostólico por todos los medios posibles; lo cual agradecemos debidamente a tu caridad. Mas, según hemos sabido, los fieles de aquella región por esto se regocijaron tanto, como si les hubiera iluminado un nuevo sol, y, mediante la divina gracia, se les vinieron muchos beneficios espirituales por medio del Obispo y predichos Frailes, tanto a ellos como a otros, de lo que mucho nos alegramos y regocijamos en el Señor. Ciertamente, como los cristianos dispersos donde quiera por los diversos y remotos lugares de aquel Reino, que se escribe ser de vasta extensión, *no puedan ser visitados por un solo Obispo y por pocos Frailes*, particularmente a causa de la ferocidad de aquella gente, que con extremada crueldad persigue a los cristianos, y tampoco los Frailes, al andar entre los enemigos y la furia de los que se ensañan, puedan llevar consigo los ornamentos sacerdotales y vasos destinados al divino culto, sin manifiesto peligro de la muerte, *la precisión de la inevitable necesidad exige instantemente, que en este punto se provea más abundantemente.* En consecuencia ordenamos a tu Fraternidad, por las letras apostólicas, *que procures enviar, cuantas veces fuere necesario, a aquel Reino, para obra tan indispensable y excelente, Frailes de las dos Órdenes*, que sean prudentes, discretos, celosos y firmes en la confesión de nombre de Cristo. Y si, como se nos sugiere, conoces que es muy necesario y acertado, *podrás consagrar Obispos uno o dos de ellos*, más instruídos en la ley del Señor y fervorosos en el amor de Cristo, y enviarlos a los diversos lugares de aquellas tierras, para evangelizarlas y desempeñar el cargo pontifical con la humildad de la pobreza, que han abrazado, según fuere oportuno, dándoles consejos saludables y provechosas advertencias, con el fin de que se esmeren por conducirse con cautela entre los que están fuera de la fe de Cristo, no como necios, indiscretos e irreflexivos; más bien como sabios, que prudente y maduramente aprovechan el tiempo, como fuere mejor, haciéndose todo para todos, según la doctrina del Apóstol, a fin de ganar almas para Cristo, y llevar a los graneros del Señor abundancia de mies copiosa, con el fin de recibir después una inmensidad de recompensa, proporcionada a la grandeza del trabajo. Dado en Letrán, 20 de Febrero, año décimo de nuestro pontificado.» (1)

Mucha luz encontramos en esta carta pontificia. Sabemos por ella que las misiones y los misioneros entre los musulmanes de Marruecos y de España estaban encomendados por la Santa Sede a la jurisdicción y vigilancia de D. Rodrigo, (2) que venía a ser como un Prefecto de propaganda de la fe en el extenso imperio marroquí, situado a los dos costados del mar Mediterráneo, desde algún tiempo antes, en virtud de la bula, a que alude Honorio III en la presente, pero que lastimosamente no ha llegado a mis manos. En ella deben de hallarse minuciosa y exactamente señaladas las atribuciones del Arzobispo de Toledo para tan grave misión, que en la presente, como de paso se tocan. Se ve por esa bula que este cargo de las misiones del imperio marroquí confería a D. Rodrigo amplios poderes y le imponía graves obligaciones. Debía vigilar por los cristianos diseminados en aquel vasto y funesto imperio para los cristianos; promover allí también la dilatación de la fe cristiana. A este fin ha de escoger de entre los dominicos y franciscanos, misioneros idóneos, y distribuirlos por diversas partes de aquellos extensos territorios, según las necesidades de los fieles y las esperanzas de conversiones al cristianismo; y además elegir y consagrar el número de Obispos necesarios para el régimen de las misiones y misioneros. Es su deber reparar las pér-

(1) Ap. 86. (2) Archivo. Iber. Americ. Año VII. t. II. p. 402 y siguientes.

didas de los misioneros y reemplazar unos con otros, donde fuere menester, acrecentando el número de misioneros y Obispos, según las necesidades.

Desde el principio D. Rodrigo desempeñó este nuevo cargo transcendental con gran diligencia, viendo en esto el medio más eficaz para implantar simultáneamente la Iglesia católica y el imperio de la espada cristiana en África, anhelo constante de su pecho desde que se sentó en la Sede Primada y fué puesto en el supremo lugar de los consejos de Castilla.

La ocasión jamás había sido tan propicia. Miramamolín, dueño de Marruecos, poco antes había dado un edicto de tolerancia para los cristianos, permitiéndoles erigir iglesias en sus dominios, y tener Obispo, a condición de que el Obispo fuese de la misma Orden que los mártires de San Bernardo, que eran franciscanos. (1)

Nos consta por esta bula que D. Rodrigo había consagrado un Obispo, y enviándole en unión de los misioneros necesarios, a Marruecos, ya para principios de 1226. ¿Qué digo? Mucho antes. Porque estaban allí había tiempo, por cuanto el Papa consigna en su bula la noticia del júbilo de los cristianos por su presencia en África. Dice que los miraban como la aparición de un nuevo sol. En aquella época eran necesarios muchos meses para que se desenvolviesen tales sucesos y llegasen sus nuevas a la Corte de la Iglesia Romana. De donde se deduce que D. Rodrigo recibió el encargo de promover la evangelización del imperio marroquí, por medio especialmente de los religiosos dominicos y franciscanos, entre 1224 y 1225, y que activamente reunió y formó en ese año expediciones de misioneros, y que poniéndolos a las órdenes de un Obispo, que él consagró, los envió al interior de Marruecos, y también a los pequeños Reinos sarracenos de Andalucía. Se recibió esto con tanto júbilo entre los cristianos, y principió a dar tan buenos frutos, que apenas tuvo noticia de ello, Honorio III, insistió el 20 de Febrero de 1226, por medio de la transcrita bula, para que D. Rodrigo aumentase el número de los misioneros, y, si fuera menester, también el de Obispos, o mejor, de Vicarios Apostólicos, entre infieles, para que en tan dilatados y accidentados dominios, como eran los del Sultán de Marruecos en aquel tiempo, procurasen la difusión de la fe y la conservación de la de los cristianos, que allí residían, diseminados en varios puntos. Tendríamos gran satisfacción en dar noticias precisas de los primeros héroes de los heraldos de la religión de Cristo, que escogió don Rodrigo, y del primer pastor consagrado, que les asignó siendo el comienzo oficial de la restauración de la jerarquía católica en el norte de Marruecos, después del derrumbamiento de la gloriosa cristiandad, con la invasión de los árabes. Entonces empezó la Iglesia española, por medio de D. Rodrigo, a implantar el cristianismo en tierra africana y a tener la tutela de aquellas misiones. De entonces datan los derechos de la Iglesia española en la organización de la jerarquía eclesiástica de las cristiandades, que allí brotaran y se establecieran.

Se puede creer que dos de los primeros misioneros destinados a los Reinos del Miramamolín en 1225 por D. Rodrigo son Domingo y Martín, de la Orden de Santo Domingo, que nombra Raynaldo en sus Anales, citando al margen la bula, en que aparecen. (2) Respecto de los Frailes Menores en esta primera expedición no hallo pista alguna. El docto Sbaralea se contenta con dar la noticia general de que en 1225 fueron enviados por D. Rodrigo, por mandato del Papa, misioneros dominicos y franciscanos. (3) El primer Obispo que el Arzobispo de Toledo consagró en 1225 es indudablemente el dominico Fray Domingo, nombrado en la bula

(1) Sbaralea. *Bull. Franc.* Nota c. p. 24. (2) Anales. Año] 1225. n. 46. bula 90. (3) *Bullar. Franc.* p. 26. col. 2.

del 27 de Octubre de 1226, como Obispo de Marruecos, o del Reino del Miramamolín, en esta forma: «*Dominico Episcopo in regno Miramamolini commoranti.*» (1) No parece posible que ya morase en aquel Reino uno, que había sido consagrado por la autorización del 20 de Febrero de 1226. Además, según la cita de Raynaldo, ya estaba allí en 1225. Hay que pensar que se fué ya consagrado Obispo. No estuvo largo tiempo en África, sino que vino pronto a España, y en la región sarracena de la Bética se estableció como Obispo *in partibus*.

Cuando la primera expedición de misioneros penetró en el inmenso dominio del Miramamolín se vió que eran una gota de agua en el océano, que sus esfuerzos eran insignificantes para atender a tantas necesidades, y se lo notificaron en seguida a la Santa Sede, la cual ya había exhortado a un ferviente apostolado a los primeros expedicionarios, enviados por el Primado de España, dirigiéndoles la hermosísima bula del 17 de Octubre de 1225 «*Vinece Domini custodes.*» Entonces Honorio III escribió el tan notable documento «*Urgenti officii nostri debito*» a D. Rodrigo para que se apresurase a enviar la segunda expedición de misioneros, y les diese obispos, que juzgase fuesen necesarios. Le exhorta a la vez, que tome muy a pechos este cargo de suministrar misioneros y obispos en todos los estados sarracenos, que están bajo su jurisdicción misional permanente, de tal suerte, que sin que sean necesarias otras autorizaciones pontificias para consagrar nuevos pastores, lo hará en adelante cuantas veces fuere necesario (*ut Fratres providos, quoties opus fuerit et expedierit, ad illam Provintiam pro tam necessario et excellenti opere destinare procures.*)

En virtud de esta exhortación, D. Rodrigo formó en 1226 la segunda caravana de misioneros, consagró Obispo al franciscano Agnelo, y señaló a los nuevos apóstoles la región de Fez. Agnelo estableció su residencia en la misma ciudad de Fez, capital del reino marroquí, y como aparece por la bula del 27 de mayo de 1233, de Gregorio nono al Miramamolín de Marruecos, todavía seguía dicho pastor trabajando allí en esa fecha. (2) Durante los 21 años siguientes continuó nuestro celoso Arzobispo desempeñando activamente tan importante cargo con la solicitud ardorosa con que desempeñaba todas sus obligaciones, enviando misioneros y proveyendo de Obispos a la dilatada región, que estaba bajo su jurisdicción misional. Por desgracia no se conservan más que fragmentos pequeños e incoherentes de tantas cosas, como el Arzobispo hizo por esta obra capital de la Iglesia católica. Cosa que hay que lamentar en casi todas las admirables empresas de D. Rodrigo, pero que lamentamos más por tratarse de ésta, de índole tan elevada y que abarca tantos años de acción, que suponen muchos trabajos y peripicias. Después de los dos mencionados Obispos sólo de otro se conoce que fué consagrado por D. Rodrigo, o por su delegación, hasta 1247, el de Fray Lobo, que en 1246 sucedió en el Vicariato de Fez a Fray Agnelo. (3)

Expondremos ahora la organización que D. Rodrigo en el orden jerárquico dió a la misión del imperio sarraceno, puesto que lo que él estableció allende del Estrecho de Gibraltar ha perdurado hasta nuestros días, sin mudanzas substanciales. Primero copiaré un trozo plagado de errores, que hay que deshacer, que se halla en la Historia Eclesiástica más popularizada de la Iglesia Española. Dice su autor, Vicente de la Fuente. «La conquista de Baeza dió lugar a un pequeño litigio sobre jurisdicción. D. Rodrigo había consagrado a un Fraile Francisco co-

(1) Eubel. *Bull. franc.* n. 24. (2) Consúltase: Eubel. *Bull. francis.* (Epiton.) p. 12. *Archivo Ibero Americano.* t. XIV. p. 405. Wadingo. *Annal. Minorum.* 1225-1226. (3) Sbaralea. *Bull. Franc.* p. 24. 6. *Archivo Ibero Amer.* t. XVI. p. 405 adelante.

mo Obispo *titular de Andalucía* en virtud de las facultades apostólicas, que tenía como Legado (1226) y en vista del gran fruto, que lograban aquellos mendicantes con sus predicaciones, pues su pobreza y humildad hacían que se metieran sin recelo ninguno a predicar a los mulsumanes, como lo había hecho su bendito fundador... Ganada Baeza se dudó si el Obispo *in partibus* debía serlo de aquella ciudad. Resolvióse que no, y se nombró para Obispo a un religioso dominico, Fray Domingo, ya anciano, pues murió poco tiempo después, a la edad de noventa años, y fué el último Obispo de Baeza.» (1)

Aclaremos las cosas y dilucidemos las obscuridades, para disipar los errores. Ante todo es cierto que D. Rodrigo no consagró a ese Obispo por la autoridad de Legado, sino como comisionado pontificio de las misiones marroquíes, que tampoco era franciscano ese Fray Domingo, sino dominico, y que no le consagró como titular de Andalucía, sino como titular de Baeza. Por eso se presentó el punto dificultoso de si debía conferírsele en propiedad lo que sólo lo tenía como titular, cuando a los pocos años se conquistó a Baeza, según veremos en seguida. Dió origen a esta confusión lo que D. Rodrigo hizo, a consecuencia de la consagración del franciscano, Fray Agnelo en 1226. Como la consagración dicha la hizo, porque Fray Domingo no podía a la vez atender a los territorios sarracenos de allende y aquende el Estrecho, lo primero que ejecutó, después de la consagración, fué repartir esos territorios entre los dos Obispos, y adjudicó lo de Marruecos a Agnelo, y lo de Andalucía a Domingo, el cual tenía para esto cierto derecho, por estar su Sede titular en esa región. Distribuyó así en dos Vicariatos el imperio musulmán del Occidente, uno que abarcaba los estados peninsulares, otro que comprendía toda el Africa mulsumana occidental. Esto segundo continuó invariable a través de los siglos. Que Fray Domingo fué consagrado como titular de la Iglesia de Baeza, lo dice Gregorio IX, en su bula del 13 de julio de 1228, (2) al recordar al mismo D. Rodrigo, que él lo había consagrado, cuando estaba (Baeza) bajo el dominio de los enemigos de la fe cristiana, para que el mencionado Domingo fuese a Marruecos, según se lo encargaba Honorio III. En efecto, Fray Domingo marchó en 1225 a su destino, y en 1226 trabajó en Marruecos; porque el 27 de octubre de ese año le escribió Honorio III, para que se animase a trabajar, como campeón cristiano, a una con los demás religiosos. Cuando Fr. Agnelo se posesionó de su inmenso Vicariato, Fr. Domingo vino a la Península, a posesionarse del suyo, que constituía toda Andalucía, titulándose Obispo de Baeza. Así tienen que entenderse y explicarse las diversas e incompletas noticias, que se hallan en diversos documentos, y particularmente en las cartas pontificias. En 1227 Fr. Domingo se hallaba en Andalucía, y como se verificó entonces la conquista de Baeza, con este hecho provocó conflictos a D. Rodrigo. Veamos cómo.

En Noviembre de 1227 tornáronse en alegrías y paz los seculares martirios de Baeza, que desde Alfonso VII, el emperador, muchas veces había sido batida, saqueada y asolada; unos años por los cristianos y otros por los árabes. Nuestro mismo D. Rodrigo la pisó desolada, caminando hacia Ubeda, después de la batalla de las Navas de Tolosa. En la expedición primera con San Fernando la vió devorada de pavor, mientras la ira de los guerreros arrasaba sus contornos, para que el hambre agotase su valor y recursos. El régulo moro de Baeza, viendo que sólo con la amistad con Fernando podría salvar su independencia, se hizo vasallo suyo en esa expedición, y admitió soldados de Castilla en una fortaleza de su capital; lo que enojó hasta el furor a los beacenses, que obligaron a su Rey, Abén

(1) *Historia Eccl. de España*. t. IV. Lib. 4. p. 262. ed. 2. (2) Ap. 94.

Mahomed, a cometer actos de infidelidad contra su aliado. (1) Este dirigió la expedición del Otoño de 1227 contra Baeza, yendo en su compañía, como alma de todas las campañas, D. Rodrigo, y adelantándose, de orden del Rey, Lope de Haro, tras un corto asedio, movió a capitular a la ciudad, y San Fernando aceptó la capitulación, y penetró en ella, el día de San Andrés Apóstol; por lo que Baeza clavó las aspas gloriosas del Santo en los cuarteles de su escudo. En seguida se organizó, bajo la dirección e inspiración del Arzobispo, el restablecimiento del culto cristiano, purificándose las mezquitas; allí no eran tan suntuosas como en otras poblaciones árabes. Lo mismo hizo D. Rodrigo respecto de la organización civil de la ciudad y de todo el Reino de Baeza, que cayó en manos de Castilla.

Hecha la conquista de Baeza y su territorio, el Arzobispo de Toledo tuvo que proceder, como delegado ordinario del Papa, a la restauración de la Sede episcopal, y San Fernando se prestó a dotar la nueva Sede con todo lo necesario, para el desarrollo de su vida eclesiástica. En los siglos primeros la silla episcopal de Baeza estuvo en *Iliturgis*, y se escribe, que fué su primero y único Obispo, San Eufrasio. Se llevó de aquí a Cástulo, y hacia 646 se trasladó de Cástulo a Baeza, y fué su primer Obispo un tal Rogato, que asistió a varios concilios de Toledo. Después de la invasión mora, se cita el último Obispo en 802, Saro. En 1147, Alfonso VII, al conquistar, en unión con el Rey de Navarra, a esta ciudad, dedicó su Catedral a San Isidoro, dice Modesto Lafuente, y «San Fernando hizo la ciudad cabeza del Obispado.» añade hablando laicamente. (2) Pues ya se sabe que estas cosas son de la exclusiva jurisdicción de la Iglesia. Urbano II escribía a Rainaldo, Arzobispo de Reims: «Pertenece sólo a la Sede Apostólica unir y desunir los Obispados, o establecer nuevos.» (3) Los Primateos toledanos tenían para esto un privilegio extraordinario respecto de España, por razones especiales. Sólo ellos lo ponían en práctica, reclamando de los poderes supremos la protección necesaria, a lo que se prestaban los Reyes españoles, como fervorosos hijos de la Iglesia, asignando adecuado patrimonio a la Mitra, al Cabildo y a las parroquias. San Fernando, al fin Santo, fué modelo en la presente ocasión. Pero la restauración, según escribía Gregorio IX al Arzobispo de Toledo, se realizó «por la misericordia de Dios y tu solícitud.» (4) Graves autores, confundiendo ciertos litigios particulares, que sobre algunos pueblos de la diócesis de Baeza sostuvo el Arzobispo de Toledo años posteriores, han escrito, que pretendió agregar a su Sede la comarca de Baeza; que se le opuso fray Domingo, el Obispo consagrado por él, para el dominio de Marruecos; que San Fernando se puso de parte del dominico, el cual reclamaba, que se le diera en propiedad la Sede, que había poseído como titular: porque parecía de rigor de Derecho canónico, que se le diera en propiedad lo que se había libertado del yugo sarraceno. Fuera de la reclamación del Obispo dominico, de la que también dudó, puesto que en la consulta de D. Rodrigo no hay indicio de ella, todas esas aserciones son puras invenciones. La verdad es lo que sigue. El Toledano consultó el caso con Gregorio IX, el cual le contestó así: «Ahora que ha sido restablecida al culto cristiano, por la misericordia de Dios y por tu solícitud, esa misma Iglesia, *has querido consultarnos, si debías llamar (revocar) a la misma al dicho Obispo, o poner otro en la misma.*» (5) Nos, teniendo plena confianza en tu discreción, hemos resuelto en el Señor, *encargarte este negocio a tí, que puedes conocer mejor las circunstancias del asunto, y por lo tanto*

(1) Escriben otros que lo mataron los suyos por su amistad con San Fernando, y que por eso se tomó Baeza. (2) *Hist. de España*. Lib. II. c. 14. (3) Bula: a. 1092. (4) Ap. 94. (5) ¡Esa frase indica que Fr. Domingo estaba en su cargo de África, y que la duda era personal de D. Rodrigo?

también lo que convenga en el caso, mandando a tu Fraternidad, por letras apostólicas, para que procedas con nuestra autoridad, conforme vieres que conviene, según Dios. Dado en Druso, 13 de Julio, año segundo de nuestro pontificado. (1)

Esta contestación demuestra cuán alto era el concepto, que en Roma se tenía de la ciencia canónica y de la gran prudencia de D. Rodrigo. El caso, que en sus manos se deja, es uno de los más delicados e intrincados del Derecho canónico; ya porque no hay normas sobre él en el Derecho; ya porque se ponía a prueba el tacto del Arzobispo en la resolución del caso respecto de la persona del Obispo titular. Si bien podía augurarse que D. Rodrigo optaría por dar en propiedad a Fr. Domingo lo que poseía por mero título. Porque tenía que ser benévolo el Arzobispo para con él, ya que pocos años antes él mismo le había juzgado digno de la dignidad episcopal y lo había consagrado. Mucho hubieran tenido que cambiar las cosas para que el consagrante del año 1225 decidiera en 1229, que no se le debía dar en propiedad la Sede con cuyo título se le había consagrado.

En efecto, D. Rodrigo dió a Fr. Domingo en propiedad el Obispado de Baeza, de la que se posesionó éste en 1229, después de prestar al Arzobispo este reconocimiento: «Yo, Fr. Domingo, Obispo de Baeza, reconozco que he prometido la sumisión, reverencia y obediencia ordenadas por los Santos Padres, en presencia de D. Rodrigo Arzobispo, conforme a los estatutos de los cánones, a la Iglesia de Toledo y a sus rectores.» (2) El Obispo organizó rápidamente el culto solemne de su Iglesia Catedral, que dedicó a la Natividad de María Santísima, y formó el clero diocesano, en el cual alistó como párrocos, a muchos dominicos, que le causaron sinsabores; y obtuvo del Papa la confirmación de todo. 17 Febrero de 1230. En virtud del predicho juramento quedó Baeza agregada a la Metrópoli de Toledo, aplicándose de esta manera el privilegio del Primado, que agregaba las nuevas diócesis restauradas a su Metrópoli, hasta que se rescatasen las propias Metrópolis. Lo más chocante, que tenemos que decir, para terminar este interesante punto de la historia, es, que D. Rodrigo no dice palabra en su historia, ni respecto de la conquista del Reino de Baeza, ni de la restauración de la diócesis. Ni dice nada de la gloriosa conquista de Badajoz por el padre de San Fernando en la misma fecha 1227.

Retrocedamos atrás. Tenía D. Rodrigo alma de Santo, alma timorata. Hacía tiempo que le punzaba un temor, que él mismo veía que era infundado, como se lo advierte al Papa Honorio, al exponerle el caso, y el Papa así lo reconoce. Temía que le pudiera haberle alcanzado la excomunión, que los jueces de la causa de la iglesia de Navalperal habían fulminado contra el que se opusiera a lo que ellos habían resuelto. Y D. Rodrigo, que, como administrador de Segovia, apeló en contra a Roma y se opuso a la sentencia, dice: «que no creía que estaba sujeto a ella, ni la conciencia le argüía de esto.» Con todo solicita humildemente, *ad cautelam*, la absolución. El Papa se la envía diciendo así: «porque, a nadie debe ser dañoso su cargo, lo cual sucedería, si dicho Arzobispo, dejado el Obispado Segobiense, sufriera algún gravamen con esa ocasión.» Comisiona Honorio a los Arceedianos de Toledo, Almazán y Sigüenza la solución de este asunto. (3)

Es el último breve de Honorio III relacionado con D. Rodrigo, que yo conozco. Fué gran admirador del Arzobispo de Toledo, y le distinguió en forma creciente y excepcional. Murió el Papa el 11 de Marzo de 1227. Buena porción de epísto-

(1) Se imprime por vez primera. (2) El original latino está en Toledo: Una copia en el B. N. 13.035 fol. 82. Allí mismo están las bulas de Gregorio nono referentes al pleito de D. Rodrigo con Domingo de Baeza sobre los límites de la diócesis. (3) Ap. 87.

las suyas referentes a nuestro personaje está por descubrir. Quiera Dios que se encuentre para unirla a la copiosa colección, que se ha hallado. La única de las que tengo noticia, que no he mencionado hasta ahora, es la del 8 de Febrero de 1219, en que solemnemente, a ejemplo de los demás Pontífices, le confirma la Primacía de Toledo. Va firmada por los Cardenales. (1) Le sucedió el famoso editor de las *Decretales*, Gregorio IX, que habiendo ocupado la Silla de Pedro a los 83 años de su edad, dirigió la nave de la Iglesia durante quince años con sobrehumano vigor y acierto. Ya hemos adelantado una prueba de su aprecio a D. Rodrigo.

A petición de éste, escribió Gregorio IX, el 9 de Febrero de 1228, al Obispo de Sigüenza y a los Arcedianos de Molina y Almazán, para que obligasen irrevocablemente a los Abades de Santa María de Parraces, Santa Leocadia y San Vicente, de la diócesis de Segovia, antiguas parroquias de la diócesis toledana, a pagar lo que de justicia debían, sin admitir excusa alguna, y con censuras, si era necesario. (2) Varias bulas, expedidas cinco días más tarde, nos llevan a conocer las interioridades de la Corte de Castilla y sus relaciones con D. Rodrigo. Gregorio IX encargó a los Obispos de Osma y Sigüenza y al Abad de Huerta, que obligasen a D.^a Berenguela a reparar una injusticia, que estaba cometiendo con la Iglesia de Toledo y su Prelado, reteniendo el monasterio de Covarrubias, que su padre Alfonso VIII había donado a Toledo, salvo *jure diocesano*. (3) Y escribe el Papa a la misma Berenguela en esa fecha, diciéndole: «Que debe imitar los píos hechos de su padre Alfonso, Rey de Castilla, y conservar todo en su estado, en memoria del mismo, y le exhorta a que dicho monasterio se restituya, por su diligencia, a la iglesia de Toledo, que, se dice, haber sido despojada del mismo, y que no consienta, que sobre esta posesión sea molestada por nadie dicha iglesia.» (4) Alfonso VIII había donado a Toledo el citado cenobio, que, por sus grandes posesiones de montes y pueblos, rendía pingües rentas, para recompensar los muchos servicios recibidos, y añade: «y mayormente en reparación de la injuria, que a la misma iglesia le inferí, porque con mis pecados violé la predicha iglesia de la Bienaventurada Virgen.» (5) Ignoro en qué ofendió Alfonso VIII tan gravemente la Catedral de Toledo. La causa primera de la expoliación y retención del monasterio de Covarrubias parece ser la Reina Berenguela, ya que a ella se la atribuye el Papa. Pero el más hábil y tenaz, para que no volviera a la posesión de Toledo, era el Rey Fernando, propenso a restar lo que a su juicio podía mermar el prestigio y la influencia del poder Real, si bien, creo, que en el caso presente mediaron manejos del Cabildo de Covarrubias. Véase cómo expone un investigador moderno los pasos del Rey en contra del Toledano. «Y para establecer más sólido fundamento a su empresa comenzó por conseguir del Papa (Honorio III) recibiese bajo la protección de la Santa Sede el Cabildo de Covarrubias con todas sus parroquias, capillas y derechos eclesiásticos anejos a ellas, ratificando a las mismas sus exenciones y preeminencias, sin contar en lo más mínimo, ni interesar para nada al Arzobispo de Toledo, D. Rodrigo, ni al Cabildo Catedral de aquella ciudad. Con esto revocó implícitamente San Fernando la enajenación de nuestra abadía efectuada por Alfonso VIII, su abuelo, sin que deje de extrañar no reclamase ni opusiera a él la más mínima contradicción.» (6) No se cómo el Arzobispo y el Cabildo no se alzaron más presto. Quizás por delicadeza con Honorio III, que pudo ser sorprendido, y después mostrarse inaccesible respecto de ese punto. Gre-

(1) Se halla en el fol. 17 de *Notulæ*. (A. H. N.) (2) Ap. 88. (3) Ap. 89. (4) Ap. 89 y siguientes. (5) «*Cartulario de Covarrubias*». Documento XXIV. p. 59 y sigs. (6) Vide la bula íntegra en las *Memorias*... p. 364.

gorio IX se puso de parte de Toledo, y al ver que Fernando no se doblegaba con esas órdenes a su madre y a los Prelados, el 28 de Julio del mismo año, le intimó severamente el precepto de la devolución de la abadía citada a Toledo. Cosa que debió ejecutarla, aunque no sé cuándo ni cómo.

Gregorio IX escribió en ese día, 14 de febrero, al Arzobispo D. Rodrigo y demás Obispos de Castilla para que pusieran freno a otro abuso mayor de San Fernando, que los historiadores suelen callar, sin que se sepa cómo se denunció a Roma. Tras hermoso preámbulo, les dice «Como se dice, que dicho rey ha ocupado la tercia de las décimas destinadas a las fábricas de las iglesias, y que las ha gastado en su provecho, con ofensa de Dios, os mandamos, por letras apostólicas que prudente y eficazmente le hagáis desistir de esta usurpación, indicando a los rectores de las mismas iglesias, que no intenten pagar las tercias a los exactores del rey.» (1) Es seguro que San Fernando obtuvo el indulto de las tercias en 1224 para empezar las guerras, pero debió ser trienal, y sin hacer diligencia, para renovarlo, prosiguió cobrándolo. Este abuso le reprende el Papa. Bonifacio VIII, 73 años más tarde, recordaba a Fernando IV de Castilla, que San Fernando, su abuelo, y otros reyes castellanos habían cometido la falta de prorrogar el cobro de las tercias más de lo que se les concedió por indulto. (2) El ejemplo de San Fernando produjo mal efecto en los vasallos, los cuales tanto se desmandaron en la Diócesis de Toledo, que llegaron a desatender a su Arzobispo, el cual dió al Papa la queja siguiente. «Que los hombres de Madrid y otros varios seglares de su Diócesis negaban arbitrariamente las tercias de las décimas pertenecientes a las fábricas de las iglesias, y se atrevían a emplearlas en fortificar villas y en otros usos ilícitos.» El Papa expide el 14 de febrero otra bula (la cuarta del mismo día con asuntos referentes a D. Rodrigo) mandando al Obispo de Sigüenza, al canónigo Pedro Sánchez y al Arcediano de Molina, que por medio de censuras, repriman a los legos, que cometen tales excesos. Añade «Pero no fulminéis sentencia de excomunión, o bien entredicho, contra el Concejo de Madrid en general, sin haber recibido sobre esto mandato especial nuestro.» (3)

Me extraña que en ninguna de las cartas de Gregorio IX aparezca alusión alguna al Legado, que tenía en estos años en España, silencio que debe significar que las atribuciones del Legado eran netas y bien determinadas. Tenemos que hablar de él, y del bien singular que hizo. Dice el Tudense. «El Reverendísimo Padre Juan, Obispo Sabiniense, fué enviado a España, como Legado de la Sede Apostólica, por el gloriosísimo Papa Gregorio.» (4) Y D. Rodrigo, que trató mucho al Legado, escribe más exactamente. «En aquel tiempo era Legado de la Iglesia Romana en España Juan de Abdeville, Cardenal Obispo de Sabina, varón bueno, sabio, docto.» (5) Gregorio lo envió en 1227, en el mismo año de su elección, y quedó en España hasta la primavera de 1229. Pues dice el Arzobispo, que estuvo aquí tres años, (6) y su último acto en la Península debió ser el concilio de Tarazona, en abril de 1229, y poco antes el de Lérida. No pudo ser después, porque Jaime el Conquistador, terminado ese concilio, acometió con todo su pueblo, terrible guerra, y ya eran imposibles concilios en la corona de Aragón. Del objeto de la venida del Legado Juan, dice el Tudense, que «entre otras cosas, que hizo, excitó a los reyes españoles a la guerra contra los moros.» Más exactamente señala ese objeto D. Rodrigo, diciendo que vino «a celebrar concilios y a dar consejos

(1) Ap. 92. (2) Bula del 16 de setiembre. 1301. Agnani. (3) Ap. 93. (4) *Hisp. Illust.* fol. 113.
(5) Lib. IX. c. 12. (6) *Ibi.*

de salvación.» En efecto para eso lo envió el Papa a España, y eso lo ejecutó principalmente.

Sospecho que empezó por Portugal, pero no hay actas conciliares lusitanas, o si las hay, no se han descubierto. Ocultas se hallaban también las de León y Castilla, hasta hasta que el P. Risco las encontró en León, y las dió a luz en 1787. Mejor dicho, no son las actas, son las Constituciones, que se dieron en Valladolid para las Iglesias de los dos reinos. Porque otras noticias del dicho concilio no encontró en el Archivo de la Catedral leonesa.

Entre primavera y verano de 1228 se celebró este Concilio, antes o después del 16 de julio, pues en ese día el Legado consagró la Catedral de Segovia, por invitación de D. Bernardo, que desde el año anterior la gobernaba pacíficamente. Se habían rendido San Fernando y el partido recalcitrante del Cabildo, que talentado por el soplo de algunos aspirantes a la ambicionada Mitra, habíanse negado a reconocerle bastante tiempo. Un breve de Gregorio IX consiguió la sumisión completa de todos. (1) El concilio fué de los dos reinos de Castilla y León, como expresan las Actas, pero no conservan estas la lista de los Padres asistentes, sino que dicen que asistieron los Prelados de los dos reinos. No por eso podríamos asegurar categóricamente la participación de D. Rodrigo, si bien suficiente era para creerlo la importancia del acto y la moral imposibilidad de que faltase a él el que era cabeza de la Iglesia de Castilla, y Primado de las Españas, y su modo de hablar al referir los consejos, que dió el Legado. Felizmente una bula del Papa atestigua su asistencia. Gregorio IX, el 9 de noviembre de 1235, aprobó la concordia de los Obispos de Osma y Sigüenza, que desde hacía un siglo litigaban sobre fronteras y parroquias de los dos Obispados, llenos de encono. Dice el Papa en la bula de aprobación, que los dos Obispos lo habían puesto, años antes, en manos del Legado, el Cardenal de Sabina, en Valladolid, en un Concilio, y *en presencia del Arzobispo, D. Rodrigo y de los Obispos de Burgos, Palencia, Segovia, Calahorra y otros sujetos*. Así sabemos documentalmente la asistencia de D. Rodrigo. Dictaminó el Legado con los asistentes, que cada uno se contentase con lo que tenía. Eso confirmó 8 años después el Papa. (2)

El blanco del Concilio vallisoletano fué la reforma de las costumbres, notablemente decaídas. Para conseguirlo, se empezó por urgir el cumplimiento más exacto de los decretos del último Concilio lateranense en cuanto a la celebración, ya de los Concilios provinciales, ya de los Sínodos diocesanos, debiendo celebrarse cada año el concilio provincial y dos sínodos diocesanos, cuyas resoluciones más salientes debían presentarse en el concilio provincial.

Entre las disposiciones particulares memorables y de gran tino, una es la referente a los estudios del clero y a la reorganización de las escuelas universitarias de Palencia, que ya dimos a conocer. (3) En dos cánones largos y minuciosos enérgicamente se mira por la pureza de vida del clero. En otro se inculca el respeto al Santísimo Sacramento, y llama atención que dice: «el cuerpo de Dios se lleve al enfermo con lumbré et con esquila honradamente et cada ocho días se renove.» Lo mismo que ahora. De transcendencia fué la implantación de la disciplina general respecto de los judíos, venciendo al fin la resistencia de San Fernando, y quizás algo también la de D. Rodrigo, que propendía al criterio de su Rey por razones económicas de gobernante; pues como Prelado amante de la integridad de la fe, los aborrecía, por su odio al nombre cristiano, y por su activo proselitismo;

(1) Colmenares. Cap. 20 n. 16. (2) Epist. Gregorii. 5 idus nov. Oct. Pont. nost. (3) Debe leerse el P. Serrano. *D. Mauricio*. p. 80. n. 3.

por eso con mano dura los trató no pocas veces. Se mandó en el concilio que «los judíos no traian capas cerradas como traen los clérigos: ca cosa desaguisada sería, que los judíos, que han de ser destremados et departidos de los cristianos por alguna señal, traian hábito de clérigos.» A moros y judíos se ordena que paguen a la Iglesia diezmos de todo lo que tuvieren de los cristianos. El restablecimiento de estas leyes no produjo el trastorno y la despoblación, que ocho años antes temía San Fernando. O habían cambiado las cosas, o eran infundados aquellos temores, o los levantaron artificialmente los astutos hebreos, para poder seguir esquilmando con sus usuras a los cristianos, prestando apoyo pecuniario a la corona y a la nobleza, con cierta aparente esplendidez y desprendimiento. (1)

Las constituciones del concilio vallisoletano son la única muestra de la actividad canónica, que en Castilla se conserva del largo período del pontificado de D. Rodrigo, y no fueron formuladas bajo su inspiración principal, sino del Legado pontificio. Por lo cual es vano el intentar la averiguación y determinación de las oscilaciones del derecho canónico en el país sometido a la influencia del Arzobispo de Toledo. En el tiempo de la más honda actividad evolucionaria de la disciplina eclesiástica, que se cristaliza en su mayor parte en las Decretales, compiladas por el catalán San Raimundo de Peñafort, y autorizadas en Septiembre de 1234 por el breve «*Rex pacificus*,» figura la provincia eclesiástica regida por D. Rodrigo con el mínimo grado de aportación de producción canónica. Más que los problemas canónicos preocupaban a Castilla y a su Primado los de la reconquista. Muestra el Arzobispo en su historia, que aceptó con cariño los consejos de salvación del Legado, (*monita salutis*) pero a la vez se ve que le produjo poco duradera impresión la magna reunión conciliar de dos Reinos en Valladolid; porque no lo individualiza; y lo mismo debió suceder en los dos Reinos, porque el Tudense lo consigna de ligero. La misión del Legado, Juan de Abdeville, era, además de celebrar concilios y promover cruzadas, también la de visitar y organizar todos los Cabildos eclesiásticos, para ajustar, en cuanto cupiese, su régimen a las leyes disciplinares del Concilio lateranense último; por eso dicho Cardenal visitó personalmente a todos los Cabildos de Castilla, y aún de toda España. En todos dejó señales de su celo y actividad, sobre todo respecto de las relaciones de los Cabildos con sus Prelados, y en una gran parte subsisten esas señales. (2) De su visita canónica a la iglesia de Toledo es testimonio el arreglo, o concierto, que hizo D. Rodrigo con su Cabildo, formalizado el 3 de Junio de 1229, y aprobado y promulgado por el Legado. Es corto, modifica poco el modo de vivir del Cabildo y poco también sus relaciones con el Arzobispo. (3)

Don Rodrigo veraneaba ya tranquilamente en su querida Brihuega el 7 de Julio de este año 1228, y allí se le presentó en pleno el Capítulo provincial de los caballeros del Hospital de Jerusalén de Castilla, que bajo la presidencia del Comendador Mayor de los cinco Reinos de España, D. Pedro Ovarrez, acababa de tratar los asuntos generales de la región de Castilla. Asunto principalísimo del Capítulo fué ponerse de acuerdo para concluir con el Toledano una avenencia, si el Toledano se allanaba a puntos razonables. Se allanó, y en predicho día, 7, se firmó la ansiada avenencia, que vino a dar la paz a la Orden, con la terminación de más de cien pleitos muy reñidos, firmándola, además de los dos Superiores nombrados, los Comendadores de Población, de Armicislo, de Bamba, de Burgos, de Peñalver y Almazan. De parte del Toledano, además del mismo D. Rodri-

(1) Léase Tejada. III. 324 y 329. (2) D. Mauricio. p. 69. Nota 1. (3) Léase íntegro en el Archivo Histórico Nacional. Cartu. o Liber priv. Ecc. Tol I. fol. 29. (Signatura 987.)

go, firman quince clérigos de varias iglesias. Es notable la avenencia por la mutua transigencia, menor en el Toledano que en los Sanjuanistas; porque tendía a refrenar los vuelos de una exención más amplia, que no caía bien en una Orden Militar, expuesta más que otras, a desórdenes. Para muestra van ejemplos. Prohíbeles tener parroquianos y cobrar diezmos en las iglesias, que tienen en Guadalajara, Toledo y Talavera; pero les autoriza enterrar a los que lo pidieren, pagando la cuarta del funeral, pero conservando íntegras las demás ofrendas. Deben guardar los entredichos Arzobispaes respecto de los extraños en sus iglesias. Exige paga del catedrático arzobispal. (1)

Antes de este tiempo, D. Rodrigo había enviado a Gregorio IX la reclamación siguiente. Cuando Zamora era sufragánea del Arzobispado de Toledo se la quitó el Compostelano, impetrando hábilmente de Roma una comisión, cuya ejecución envolvía la sumisión de la Sede zamorana al Metropolitano de Santiago. Inocencio III revocó la comisión, pero cuando se tenía por consumada la expoliación subrepticia. Para que no perdure la injusticia, suplica D. Rodrigo, que el Papa retrotraiga, siquiera al estado primitivo, la causa, y que se decida, según derecho, la cuestión. Gregorio IX lo hace gustoso, y el 19 de este Julio comisiona al Obispo, Dean y Sacristán de Tarazona, para que con plenos poderes conozcan y resuelvan el punto. (2) No sé que efectos tuvo.

Don Rodrigo logró coronar en este año los anhelos, que tenía, de que el monasterio de Huerta se hiciera dueño absoluto e independiente de todo el señorío de Bliccos, Boñices y Cantabos, cuya propiedad temporal le había donado años atrás, pero en cuanto a la provisión del curato y paga de los derechos eclesiásticos estaba sujeto a su diocesano, el Obispo de Osma, como era natural. Esto se propuso alcanzar D. Rodrigo del Prelado Oxomense, que debió ser explorado ya a la par que se hacía la donación, sin éxito; pues era perder un derecho lucrativo sin compensación alguna. En 1228 D. Rodrigo emprendió un viaje a la diócesis de Osma, con el objeto de lograr su intento, (cuando se trataba de favorecer a sus idolatrados cistercienses no reparaba el Arzobispo en las odiosidades de las exenciones monacales,) y como encontró opuesto al Obispo de Osma, apeló a los ardides de la sugestión. «Se llevó D. Rodrigo a Huerta al Obispo D. Pedro Ramírez, para que se embelesara con la vida ejemplarísima de sus monjes y les favoreciera.» (3) El Obispo de Osma se dejó enamorar al contacto de D. Rodrigo y a la vista del panorama de las virtudes de sus monjes de Huerta. Expidió al fin este año (4) la carta por la cual, dice «atendiendo a la piedad de Monasterio hortense y a los ruegos de nuestro Reverendo Rodrigo, Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas, concedo a Huerta los derechos de los tres citados pueblos, y el derecho de nombrar un cura, pero previa presentación del mismo al Obispo para su confirmación. Más aun, les autoriza para adquirir nuevas propiedades, cuantas quieran, libres de cargas de décimas y demás pagas, en lo futuro, en toda la Diócesis. Rico privilegio. (5) ¿Por qué el Prelado donante dice «a ruegos de nuestro Reverendo Rodrigo?» Es que era un ilustre paisano del Arzobispo, al cual se inclinaba con reverencia y cariño. Escribe Gil González Dávila: «Muerto el Obispo Mendo, fué puesto (6) en la silla de Osma D. Pedro Ramírez, natural de la ciudad de Pamplona, y de él no hay más memoria de que gobernó esta iglesia por

(1) Boletín... tom. XI. 385 y 387. Lib. priv. I. f. 165. (2) Ap. 95. (3) Cerralbo. Discursos... p. 261 y 262. (4) Se equivoca Cerralbo al decir que se hizo de paso para Tarazona. La carta tiene fecha anterior. (5) Loperráez. tom. III. Docum. L. II. (6) Le confirmó D. Rodrigo, y quizás le consagró como sufragáneo suyo.

espacio de seis años, y al fin de ellos fué promovido a la Iglesia de Pamplona, patria suya, año 1230.» (1) Ya vimos cómo Gregorio IX el 14 de Febrero le nombró para que fuese juez en la causa de la devolución de Covarrubias a la iglesia de Toledo. Sucedió en Pamplona a Ramiro, al que llama Mariana: «grande personaje.» (2) Ramírez le superó en los ocho años, que rigió la Sede de San Fermín. Pues desbaratando las tretas del partido aragonés, a la muerte de Sancho el Fuerte, (1234) trajo de la Champaña a Teobaldo I, legítimo heredero, le coronó en Pamplona, en la Catedral, y le ayudó mucho para la Cruzada de Tierra Santa. Además de pedir apoyo a otros, en favor de los religiosos, el mismo Rodrigo favorecía a otros. Leo en Fonseca, que escribe de este año: «D. Rodrigo donó y entregó a ciertas religiosas, no se sabe de qué Orden, la iglesia de San Eugenio de Toledo, situada cerca de un camino, llamado del Mármol, junto a un campo o plaza. Recibe esa donación la Priora D.^a Orobuena con otras monjas, con derecho de disfrutarla siempre sus sucesoras, pero con obligación de obedecer al mismo D. Rodrigo y a la Iglesia de Toledo. Si pretenden sujetarse a la obediencia de algunos religiosos, que pierdan todo derecho.» (3)

Para Diciembre de este año volvió D. Rodrigo a Toledo, donde fundó dos aniversarios por dos parientes suyos, por medio de documentos distintos, y de ambos se encargó el Cabildo. Uno es en pro de Fernando Muñoz «mi consanguíneo» dice, y entrega por su retribución las casas, que compró al caballero toledano D. Fernando López, en la aldea de Pruniello. (4) El segundo es en pro de Muño Sánchez «consanguíneo nuestro» y da por capital de la fundación las casas, que compró a Gonzalo Gil, procedentes del Deán de Cuenca, sitios en Adarbe, monte de D. Fernando. (5)

D. Rodrigo y los demás sufragáneos suyos se inquietaron mucho por algunos abusos, que en este tiempo cometieron en las libertades eclesiásticas las autoridades civiles, y tan sensibles eran, que el Arzobispo, en unión con sus sufragáneos, escribió cartas sentidísimas a Gregorio IX, el cual contestó así el 8 de diciembre de 1228: «Al Arzobispo de Toledo y sus sufragáneos. Con la benignidad acostumbrada recibimos vuestras letras, cuya lectura no pudo menos de alarmarnos por el clamor tan triste y por el lamento tan clamoroso. Mas notando el fervor de vuestro celo y viendo la constancia de vuestra fortaleza, con los cuales, os armáis, como con la coraza de la fe y el escudo de la justicia en defensa del privilegio de la libertad eclesiástica, con el cual nuestro Redentor amuralló a su Esposa, por medio de su sangre, que por ella derramó, nos hemos consolado, comprobando con alegría, que vosotros sois atletas impertérritos de Cristo. Por donde, aunque debamos asistir en las oportunidades, pero con razón más propensos a esto, como quien trabaja por el interés propio, dispuestos estamos a prestaros auxilio y favor por todos los medios; como si de corazón negociáramos principalmente nuestra causa. Por lo demás, como nuestro carísimo hijo en Cristo, el Rey ilustre de Castilla, demuestra, que pelea por Cristo, mientras impugnando las naciones pérdidas, dilata el dominio de la Esposa de Cristo y extiende los pabellones de sus tabernáculos, y cuanto más se propaga la religión cristiana otro tanto se acrecienta la Iglesia general, y particularmente la de Toledo, dicho Rey parece que se proporciona, como por méritos propios, los subsidios oportunos, de los fieles de Cristo. En consecuencia os aconsejamos y exhortamos particularmente, para que acerca de esto vuestra circunspección adopte tal resolución, que sin daño

(1) *Teatro de Osma*. tom. IV. Lib. II. c. 8. (2) *Hist. de España*. Lib. XII. c. 13. (3) *Primacia*. Part. IV. c. 7. (4) Liber priv. I. f. 33. r. (5) Liber. priv. I. f. 33. r.

de la libertad eclesiástica, se conserve ilesa la dignidad de la Iglesia, y que tampoco suceda, que dicho Rey se vea obligado a abandonar empresa tan saludable, tan santa, por falta del deseado subsidio, lo que Dios aparte. Dado en Perusa, 8 de Diciembre del año segundo de nuestro pontificado.» (1) Esta carta del Papa es a la vez apología de D. Rodrigo y de San Fernando, por cuanto resaltan en ella el celo del Arzobispo por los derechos de la Iglesia y el celo del Rey santo por la guerra santa. Y ¡cuán admirable es la habilidad del Papa en armonizar con explicaciones delicadas ciertos excesos de San Fernando al invadir lo que es de la Iglesia y su recta intención y virtudes verdaderas, y con qué suavidad exhorta a que el Arzobispo ceda en lo indispensable, sin dejar de custodiar lo sagrado!

No hay noticias de cómo el Arzobispo y sus sufragáneos contribuyeron con los subsidios, ni si los recogió San Fernando. No hay rastro de expediciones contra moros en 1229. Gregorio nono concedió el 12 de Febrero de ese año al Legado, Juan de Abdeville, que pudiera otorgar las gracias de la cruzada a las tropas, que en España salieran a guerrear contra los moros. (2)

El 27 de Marzo de 1229, D. Rodrigo firmó en San Torcuato, pueblo de su diócesis, una concordia más amplia, que la arriba reseñada, con los Caballeros de la Orden del Hospital de Jerusalén, de los Reinos de Castilla, León, Aragón y Navarra para terminar definitivamente la interminable lista de pleitos, que ambas partes tenían. Los Hospitalarios procedieron de distinto modo, que la vez anterior. Reunidos en capítulo general en Amiscilo, formularon y redactaron en términos adecuados los puntos de la avenencia, y después de firmar el documento, se lo enviaron a D. Rodrigo, al pueblo mencionado, para que con la firma diese su conformidad. Así lo hizo. Gran interés tiene este documento para poder conocer los bienes innumerables, que el Toledano poseía. Dejo de extractarlo para no molestar con la aridez, que tienen las cosas jurídicas y económicas. (3) El Arzobispo estaba en Toledo el 15 de Abril preparándose para emprender el viaje a Tarazona, para donde estaban convocados los Obispos de las coronas de Aragón y Castilla. Antes de partir terminó con el Cabildo toledano una porción de convenios, a fin de evitar muchos pleitos. Concedió a su Cabildo una lista de propiedades en varios pueblos, recibiendo en cambio las ofrendas y oblaciones de los judíos de toda la diócesis, a que tenía derecho el Cabildo en unión con su Arzobispo. Nacían los pleitos sobre la parte, que correspondía al Cabildo. Éste además cede a su Prelado varias propiedades en distintos lugares, y reconoce la obligación, que tiene de dar perpetuamente doble porción a cada canónigo, el día del aniversario de la muerte del padre y de la madre de D. Rodrigo, y el Arzobispo declara, para satisfacción de los capitulares, que queda completamente satisfecho de ellos respecto de todos los contratos de arrendamientos, que tuvo con el Cabildo. (4)

El día 29 de Abril D. Rodrigo hallábase en Aragón, en la ciudad de Tarazona, deliberando acerca de un asunto nada edificante. Años atrás se habían unido en Agreda Jaime I y Leonor, sin saber el primero lo que era el amor conyugal, y sin virtud para que lo llegase a adquirir, en el momento en que la edad le diese la capacidad; por lo que, al despertarse la naturaleza, el imberbe Rey torcióse por la oblicua vía de las liviandades e infidelidades, que irritando a D.^a Leonor, producían escandalosas tempestades de irrestañable efecto, por la acritud del genio fuerte de la Reina. Jaime, indomable de suyo y sin amor en el corazón, a los cuatro años, 7 de Diciembre de 1225, dió el primer paso, para obtener el divorcio, que

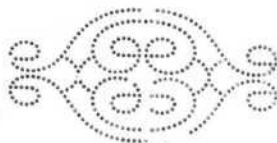
(1) Auvray. 255. (2) Auvray. 268. (3) Boletín..... XI. 388 y 392. Liber priv. II. fol. 79. (4) Liber priv. II. f. 14. r.

no quería D.^a Leonor, y a poco se apartó de su mujer; pero de nuevo se reunieron. Intentó que Honorio III (1) validase el matrimonio, de cuya nulidad se hablaba, acaso con más deseo de que lo anulase, o declarase que era nulo. Gregorio IX, conociendo el cariz de las cosas, encaminó a fondo el asunto, y ordenó la separación el 7 de Febrero de 1228, sin duda no porque sistemáticamente sostuviese la invalidez, por no querer conceder la dispensa para la validación, sino porque se hizo cargo exacto de lo que era necesario. Era indispensable que se declarase nulo, o se validase, pues por falta de dispensa no era válido. Y comprendiendo que Jaime no quería la validación, pero sí que se legitimase la prole, ordenó a su Legado, el Cardenal de Sabina, que había pasado a la corona de Aragón para celebrar los concilios necesarios, que procediese maduramente a la anulación del borrascoso consorcio matrimonial. El Legado comunicó a Jaime I la orden del Papa, y el Rey firmó el 20 de Marzo su conformidad jurada de divorcio, y el 16 del mismo hizo lo propio D.^a Leonor. Obtenidas estas escrituras, desde Cataluña, convocó a Tarazona a los Obispos de Castilla y Aragón, para asesorarse bien acerca de los diversos extremos del asunto. Dice que los convocó así porque «el negocio era arduo.» Mientras se notificaba la convocatoria y se reunían los Prelados, celebró el Concilio de Tarragona, y terminado el 18 de Abril, corrió con los demás Padres, que pudieron o quisieron seguirle, a Tarazona. Aquí se encontraron en el orden, que dicen así las actas, los siguientes Obispos: «el Toledano, el Tarraconense, el Burgense, el Calagurritano, el Segobiense, el Seguntino, el Oxomense, el Bayonense, (dicen que Barcinonense) el Turiasonense, el Oscense, y el Ilerdense.» Llegó D. Jaime, y se presentaron él y D.^a Leonor ante aquel tribunal compuesto de Arzobispos, Obispos, y las Cortes de Aragón. Se interrogó al Rey, y declaró que creía estar casado inválidamente, por ser los dos nietos de Alfonso VII; pero que hasta entonces había estado de buena fe, y que miraba por legítima la prole, razón por la cual había declarado heredero de la corona a su hijo Alfonso, el 6 de Febrero del año anterior. Rogó que se ratificase. El Legado, «tras maduro examen y conferencia con los Venerables Arzobispos y Obispos de ambos Reinos, que están presentes, como también de otros varones de prudencia» sentenció la nulidad del matrimonio, y ordenó la separación de los presuntos cónyuges. Doña Leonor vino a Castilla a vivir en la opulencia, con la espléndida renta, que le señaló, y fielmente se la conservó el divorciado marido. Éste, impaciente hacía días por acometer la legendaria empresa de Baleares, que tenía preparada, en seguida salió en dirección del Mediterráneo, donde se cubrió de gloria guerrera, pero sin lavarse, ni entonces, ni nunca, de sus liviandades. D. Rodrigo no dice en su historia palabra de este concilio, ni de su intervención en este asunto. Sólo refiere el enlace de Jaime y Leonor, y cómo engendaron a Alfonso, pero que después fueron separados por el Legado Juan, con juicio de la Iglesia, a causa de la consanguinidad, legitimándose la prole por el mismo Legado. (2) No pronuncia censura alguna contra el aragonés, sino la siguiente loa: «El Rey invicto no creía haber hecho algo mientras quedaba algo que hacer.» Y narra sus proezas bélicas con incesantes encomios al mismo. Quizás el Arzobispo le vió por primera vez en Tarazona, pero no expresó la impresión que le produjo la presencia de aquel arrogante mancebo de 21 años, y de casi dos metros de estatura. Es más verosímil que le conociera cuando las negociaciones matrimoniales primero, y después en la entrevista, que en Huerta tuvieron San Fernando y D. Jaime, poco antes de comen-

(1) No Inocencio III, como escribe Dömer, que debe ser leído sobre esto. *Discursos*. p. 59 en adelante. (2) Lib. VI. c. 5.

zar las guerras de reconquista, para proceder con armonía y orden en las empresas, y no perturbar la paz de las fronteras, como dice la historia. Pero no consta con certeza como lo de Tarazona.

Terminaremos este capítulo con dos noticias pertenecientes al año 1229, recogidas de la correspondencia del Papa. Gregorio IX dirigió el 8 de Julio la famosa bula *Inter alia flagitia* a D. Rodrigo y sus sufragáneos, refiriéndoles la perversa conducta del famoso Federico, emperador de Alemania, que había entregado al Sultán de Babilonia la espada del Sacro imperio, consintiendo, que en los templos católicos se predicase la doctrina de Mahoma. El Papa ruega y exhorta al Toledano y a los suyos, que se levanten contra esta injuria, irrogada a Cristo, y que estén dispuestos a quitar este oprobio de la cruz del Señor. (1) Por la bula del 7 de Agosto se concede a Bartolomé de Arguedas, canónigo de Toledo, que ha trabajado mucho por la libertad de la Iglesia de Toledo y demás Iglesias de Castilla, que pueda disfrutar de todas las rentas, que le corresponden desde que se ausentó para cumplir su noble negocio. (2) En Castilla no se le miraba bien a este agente de la Iglesia Toledana, porque trabajó en contra de la Corte respecto de lo que intentaba el Rey, según referimos. Denuncia el apelativo Arguedas que era paisano de D. Rodrigo.



(1) Auvray. 324. (2) Auvray 329.

CAPÍTULO XIV

Fecundo período arquitectónico.—Fecha de la primera piedra de la Catedral de Toledo.—Plan.—¿Lo formó D. Rodrigo?—Gastos de la construcción y su avance.—Derechos.—Solemnidades en las funciones religiosas.—Acrecentamiento del Cabildo.—Fundación de Capellanías.—Oficio mozárabe.—Otras construcciones.

Loando Menéndez Pelayo la edad media española, exclamaba en solemne ocasión: «Entonces fué cuando el Arzobispo D. Rodrigo dió comienzo a la gran fábrica de su iglesia metropolitana, que le ha hecho más inmortal que sus historias y su asistencia a las Navas.» (1) Este grito del artista nos hace volver los ojos encendidos de entusiasmo hacia la maravillosa obra arquitectónica, que para esta fecha surgía en la envidiada Toledo, bajo la inspiración y los sublimes alientos del primer hombre de la época medioeval peninsular. Autor único principal de obra tan estupenda fué D. Rodrigo, tanto en la concepción, como en la ejecución, soportando el enorme peso de los gastos con sus recursos, superando a tantos campeones del arte, como lanzaron entonces al cielo las flechas y bóvedas de afiligranadas catedrales, como cantó en raptó artístico un hijo de aquel siglo con fascinador embeleso, diciendo: «Oh cuán bienaventurados estos tiempos, en que el más honrado D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, edificó la Iglesia toledana con obra maravillosa, el muy sabio Mauricio edificó fuerte y hermosa la Iglesia de Burgos, el muy sabio Juan, Canciller del Rey Fernando, fundó la nueva Iglesia de Valladolid: éste fué hecho Obispo y edificó la obra de la Iglesia de Osma. El noble Nuño de Astorga hizo sabiamente el campanario y la claustra de su iglesia. Lorenzo, Obispo de Orense, edificó el campanario de esta Iglesia con piedras cuadradas. El fidalgo Esteban, Obispo de Tude, acabó esta Iglesia con grandes piedras. El piadoso y sabio Martín, Obispo de Zamora, daba obra continuamente en edificar iglesias, monasterios y hospitales. Ayuda estas obras con muy larga mano el grande Fernando e la muy sabia madre Berenguela, Reina, con mucha plata e piedras preciosas.» (2) ¡Qué período incomparable de arquitectura aquel! No hay otro que se le acerque, ni en la magnificencia de las fábricas, ni en la perfección y gusto del estilo, ni en la muchedumbre de las estupendas construcciones. Ved. En 1228 se termina la Catedral de Compostela, empieza la de León en 1220, la de Burgos en 1221, la de Mondoñedo en 1221, la de Sigüenza en 1224, la de Osma en 1232, la de Badajoz en 1232, la de Tarazona en 1235. Pero cortemos esta árida, aunque gloriosa lista.

(1) Discurso en el Congreso Católico de Sevilla. 1892. (2) *Vita San Fernandi*. n. 3. por Gil de Zamora.

En la Crónica de Alfonso el Sabio, (el cual estaba en el primer lustro de su vida cuando empezó el cimiento de la Catedral de su ciudad natal) se traduce del modo siguiente, con interesantes pormenores intercalados, el texto del principio de esa Catedral por D. Rodrigo. «El Rey D. Fernando e el Arzobispo andando por la Iglesia de Toledo, contándola e departiendo de ella, tuviéronla por muy antigua ya, e mesurando en ello vino el espíritu de Dios e de santidad en ellos; e mesuró el Rey D. Fernando, que pues Dios renovaba a él e le daba facer tantas conquistas (1) de los moros en la tierra, que la cristiandad perdiera, que bien sería de renovar ellos (el Rey y el Arzobispo) de aquellas ganancias la Iglesia de Santa María de Toledo, e fazerle servicio allí de aquellas ganancias, que les daba de sus enemigos, de las conquistas, que habían hecho. E tuvieron la razón por muy buena e muy derecha. El Rey Fernando e el Arzobispo D. Rodrigo echaron la primera piedra de la Iglesia de Santa María de Toledo e la asentaron en uno aquella piedra sobre que se comenzase la obra, que después era allí de hazer e fizieron labrar muchos maestros *Ca estaba antes a manera de mezquita. E creció su obra de día en día a grande labor de ella, a grande maravilla, en estos dias del Rey D. Fernando.*» (2) Las escrituras nos dirán luego quién cargó con los gastos principales de esta obra en los días de nuestro Arzobispo, quedándose en la intención tan buenas promesas. ¡Cómo iba a soltar dinero para la nueva fábrica cuando sin legítima facultad se incautaba en 1228 de las tercias de las fábricas de las Iglesias para sostener la guerra, llegando a ser amonestado por su osadía, desde Roma!

¿Cuándo tenía lugar suceso tan dichoso? Según el sentido obvio del texto de D. Rodrigo luego después de la toma del Castillo de Capella. Terminada la narración de la toma, dice: «Entonces echaron la primera piedra.» Capella se tomó en verano de 1226; ya que según la donación de San Fernando a los dominicos de Guadalajara, que dimos a conocer antes, en ese año se restituyó al culto aquella plaza. La donación es del 20 de Septiembre. Los Anales toledanos terceros (los más plagados de erratas y errores) dicen que se puso la primera piedra en 1226. Y no se presenta otro dato más preciso de origen español hasta el siglo XV, para fijar la fecha del principio de la Catedral Toledana. Pero no satisfechos los eruditos con esa falta de precisión con respecto de la fecha de un acontecimiento artístico de primer orden en la nación, con esos datos y otros más inciertos, y con atisbos, han escrito mucho y han apuntado fechas más precisas. (3) La lista más gloriosa de autores está por Agosto de 1227; así Garibay, Mariana, Pedro de Salazar y Mendoza, el Licenciado Baltasar (Manuscrito Autógrafo. Biblioteca de la Catedral, dos tomos, sign. 27. 21 y 22.) Lozano (*Reyes nuevos de Toledo*. p. 61) y Lampérez y Romea con algunos más. Determinan también el día, que para todos es 14; menos para Mondéjar, quien opina que el 16, y miércoles, y año 1226. Francamente estoy persuadido de que esa opinión nació de una confusión. En la Catedral Toledana se conserva la *Chonica de los Reyes de Espanna*, con el título *Daretis Phrigii Historia Troyana*, y allí se dice que el Arzobispo, D. Pedro Tenorio, puso la primera piedra del *claustro de la Catedral* en la Vigilia de Santa María (14 de Agosto) de 1389. Sin duda ese 14 de Agosto pasó a los anteriores autores, (que jamás citan fuente alguna primitiva) sin que pueda decirse quién cayó primero en el yerro y lo transmitió a otros, por no haberse fijado bien a qué se refería la fe-

(1) Es pura adulación del cronista. Se verá en seguida que San Fernando no había conquistado aún nada. (2) Lib. IX. c. 13. Solo lo subrayado es de D. Rodrigo. (3) Pueden verse las diversas opiniones en el *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*. Año V. Julio y Diciembre. 1923. p. 203 y 219. Artículo muy erudito de Eduardo Estella, cuyo objeto es promover la celebración del séptimo centenario, que según él es en 1226.

cha. En consecuencia debemos acogernos a lo que encontramos en D. Rodrigo y en los sospechosos Anales mencionados respecto de la documentación española, y no divagar más. En cambio hace pensar cosas muy distintas la documentación, que viene del Archivo pontificio de Roma, sobre todo la carta siguiente de Honorio III a D. Rodrigo, copiada directamente del *Regestum*, manuscrito del Vaticano, que traducida literalmente dice así:

«Al Arzobispo de Toledo. Has hecho relatar en nuestra presencia, que tu iglesia antiguamente dedicada al culto de los paganos, fué consagrada al culto cristiano últimamente, cuando la ciudad de Toledo fué rescatada de sus manos, por obra de la divina misericordia, y como su fábrica con el curso del tiempo amenazase claramente ruina, por su vetustez, tu predecesor, de buena memoria, previniendo un derumbamiento imprevisto, la hizo derribar. Para ejecutar hasta el fin su construcción presentas a la predicha iglesia tan escasa de recursos, ya por la magnitud de la obra, como por la cortedad de las rentas de su fábrica y la falta de madera y piedra, que si no se apela a otro remedio, se desespera absolutamente de la terminación de esa obra. Por esto juzgamos que las iglesias sometidas a tu diócesis, están obligadas a ayudarle en la necesidad, y prestarle en esto el auxilio conveniente, como hijas devotas a una madre tan grande, porque es también ley de Cristo, que uno soporte el peso de otro. Por lo tanto facultamos a tu Fraternidad, por la autoridad de las presentes, para que puedas invertir en la construcción de la iglesia la tercera parte de los réditos de fábrica de las dichas iglesias, mas de tal modo, que si aconteciere que la fábrica de las mismas iglesias se resentía gravemente a consecuencia de esto, te conformes con la menor parte que vieres conveniente. Las letras presentes no serán valederas más que para cuatro años. Dado en Letrán, cinco de enero, año sexto de nuestro pontificado.» (1) (1222)

Esta letra pontificia patentiza que en 1221 ya trabajaba D. Rodrigo en el asunto de la construcción de su Catedral, y seguramente, desde el principio, puesto que ya examinados los presupuestos con que contaba la misma Catedral, dirigió a Roma en la segunda parte del año 1221 la petición, que su delegado presentó al Papa, y a la que ya contestaba benignamente el Pontífice el 5 de enero del año siguiente, después de tomar el tiempo que la importancia del asunto reclamaba para examinarlo y consultarlo. Y no sólo trataba de esto como proyecto, que preparaba prudentemente, para lanzarse a las obras de edificación, después de asegurada la fuente adecuada de recursos, para proseguir sin interrupción y con la debida eficacia la fábrica, que comenzase, sino que dirigía la petición, para continuar las obras ya empezadas, en el momento de enviar a Honorio III la petición. He aquí la prueba concluyente. El Papa le concede la facultad de poder utilizar el tributo de la tercia de las iglesias por cuatro años. Este plazo de cuatro años había expirado para fines de 1224. Porque D. Rodrigo reiteró la misma petición en 1224, y el mismo Papa le renovó igual gracia en estos términos. «*Como has comenzado a edificar la iglesia de Toledo desde los cimientos, y no se puede terminar sin grandes gastos una obra de tan grande magnitud, te concedemos por las presentes, que puedas destinar a la construcción de la misma iglesia, por cuatro años, la tercera parte de las décimas, destinadas a las fábricas de tu diócesis, sin que valga ninguna oposición.*» (2) Si ya necesitaba D. Rodrigo en 1224 nueva concesión de cuatrienio, señal segura de que había utilizado íntegramente la concesión anterior. Por lo tanto es cierto que en 1221 estaban iniciadas con gran empuje las obras de la erección de las más suntuosa, majestuosa y rica iglesia española. No se puede

(1) Ap. 80. (2) *Regestum Honorii III.* Lib. 8. n. 511.

asegurar que el Arzobispo las comenzara en 1221 lo mismo se puede decir que puso la primera piedra en 1220. No encuentro otros datos auténticos terminantes.

Pero aquí surge una dificultad, al parecer, seria. Parece que el texto de D. Rodrigo, autor de la Catedral, está en contradicción con estas noticias. Desde luego hay que convenir que es imposible la contradicción, si bien es algo difícil la explicación plenamente aclaratoria. (1) Es cierto primeramente que el «*tunc*» de don Rodrigo es frecuentemente muy elástico en su historia. (2) Abarca muchas veces un plazo de bastantes años; no significa que el suceso, que bajo su sentido se refiere, es necesariamente un hecho inmediato al que ha referido en la cláusula precedente, ni que sea posterior al mismo. En ocasiones, lo que se cuenta después del «*tunc*» es anterior a lo narrado. Por esto, en el caso presente, no significa ese «*tunc*», que está puesto después de la relación de la conquista de Capella, que en efecto se verificó el acto de poner la primera piedra después de ese suceso. Significa que ese hecho se verificó «*tunc*» entonces, es decir, en aquel período inicial de la vida activo-guerrera de San Fernando. Por lo tanto no se puede deducir rigurosamente nada para fijar una fecha exacta, sino aproximativa. Implica lo mismo ese «*tunc*» que el acto de asentar la primera piedra de la basilica Toledana por el Rey Fernando y D. Rodrigo ocurrió en 1220, como en 1226. ¿Y cómo se explica lo que cuenta la Crónica general, que dice, que se movieron el Rey y el Arzobispo a la edificación del templo, porque abundaban recursos por las muchas conquistas de territorios y ciudades de los sarracenos, y con el fin de dedicarlos a Dios y dar la debida gloria al Altísimo? Esas amplificaciones de la noticia escueta de D. Rodrigo, que no da pie para ellas, son imaginarias suposiciones del crédulo cronista, y contrarias a las noticias históricas. Las noticias históricas dicen claro que D. Rodrigo no contaba con los recursos del erario Real, ni con las recaudaciones obtenidas por los éxitos bélicos, en el momento de empezar las obras, en los cuatro primeros años. Cuenta solamente con los recursos de la Iglesia. Más adelante veremos más pruebas, que las que nos dan las bulas pontificias. Sin embargo quizás se pueda aventurar una explicación armónica. Primero que D. Rodrigo inició en el tiempo, que dicen las bulas la construcción de la Catedral por la cripta, sin intervención, ni presencia de San Fernando. Segundo que hacia 1226 inició la construcción de las paredes exteriores y magistrales con asistencia solemne del Rey, después de varios años de fructuosas y gloriosas expediciones contra los moros, cuando a consecuencia de la toma de Capella, se consolidaban las conquistas, y empezaba la riqueza a fluir del mediodía a Toledo. Que se admita o se rechace esta u otra explicación análoga, es preciso asegurar que la frase de D. Rodrigo se refiere al año 1220, o al siguiente. Ya no cabe disputa fuera de esto. La Catedral de Toledo comenzó a fabricarse en uno de esos dos años. Es indudablemente anterior a la de Burgos. (3) Se comprende así que el Tudense, al

(1) He aquí la frase del Arzobispo: «Et tunc jecerunt primum lapidem Rex et Archiepiscopus Rodericus in fundamento Ecclesie Toletane, quae in forma mezquitee a tempore arabum adhuc stabat, cujus fabrica, opere mirabili, de die in diem, non sine grandi admiratione hominum, exaltatur.» (Libro IX. c. 13). (2) Centenares de casos se podían enumerar aquí. En el mismo capítulo hay otro *tunc* referente a la rebelión de Mahoma Alenagimar, que es de época anterior. Lo mismo sucede con los *tunc* de la muerte de la Reina Beatriz (c. 15), y otros más del mismo libro, que es inútil recordar y examinar. (3) El mismo L. Serrano se expresa así en la nota 3, acerca de la fecha de 20 de Julio de 1221, que en el texto asigna a la Catedral de Burgos. «No es muy seguro que en 1221 se pusiera la primera piedra de la Catedral; porque si bien trae esa fecha el Cronicon de Cerdaña, uno de los Calendarios de la Catedral (vol. 73. f. 95.) daba el año 1222, fecha, que se corrigió en época posterior por la de 1221. El otro Calendario trae 1221... Alfonso de Cartagena, que vió los Calendarios antes corregidos, pone el 20 de Julio de 1222, como fecha de la colocación de la primera piedra, según más adelante decimos» (D. Mauricio. p. 61)

enumerar las Catedrales, que en su tiempo surgían, comenzando por Toledo y siguiendo por Burgos y otras, como vimos arriba, fué nombrándolas, según el orden cronológico riguroso de la construcción, y no según el orden de importancia y dignidad de la Sede, como se entendía hasta ahora.

Una cláusula de la bula del 5 de enero de 1222 sugiere también otra duda o dificultad importante. Dice que el antecesor de D. Rodrigo, temiendo un imprevisto derrumbamiento del templo, lo derribó. En cambio dice claramente Rodrigo, que subsistía esa mezquita cuando él con el rey comenzó a transformarla de forma de mezquita en templo gótico: *adhuc stabat*. (1) Es más, dice también que cuando los cruzados de las Navas de Tolosa regresaron a Toledo «fueron recibidos allí por los Pontífices y por todo el pueblo procesionalmente en la iglesia de Santa María,» (2) que era la mencionada mezquita, que recibió ese titular en el día de su consagración en Catedral toledana por manos de D. Bernardo. ¿Cómo se entiende esta contradicción, al parecer, tan flagrante? No dudo que se trata aquí de dos cosas distintas. Lo echo por D. Martín de Pisuergra era una cosa parcial. Alguna parte de la vestuta catedral debió cuartearse y amenazar ruina, y D. Martín, por temor de algún derrumbamiento, ordenó que se apeara alguna parte del techo, pero dejando la mayor parte, y en condiciones de que se pudieran celebrar las solemnidades religiosas, mas la parte derribada clamaba por el derribo y restauración de todo el templo, como era natural. La vista desagradable de aquella necesidad excitaba a D. Rodrigo para que emprendiese la obra, y lo consideraba como incesante aviso. Esto tuvo que relatar en su petición al Papa, para moverle a que accediese a su petición de las tercias, pues era precisa la iglesia. Honorio III alude en su letra a eso sin pormenores. Indudablemente, como dice categóricamente D. Rodrigo, la antigua Mezquita, convertida en Catedral, estaba de pie, cuando él tomó posesión de su Arzobispo, y allí solemnizó sus actos pontificales, hasta que la derribó totalmente, para erigir la nueva, incomparablemente mejor.

La antigua Aljama mora, ahora vestusta y poco suntuosa Catedral cristiana, que se proponía D. Rodrigo derribar, estaba emplazada en un solar amplio, en que se podría emplazar adecuadamente el nuevo monumento con mayores dimensiones, conforme al proyecto. Lo único grande que emocionó el sensible pecho del Arzobispo, al ver caer aquel templo, fué sin duda, el pensar que así perecían aquellas bóvedas, que tantas veces habían vibrado, al unísono con los suspiros y llantos de los que lloraron Zalaca y Alarcos, y se habían estremecido de júbilo, al estallar los *Aleluyas* y *Te Deum* de los triunfadores, y en particular, los que entonó el mismo D. Rodrigo desde el triunfo de las Navas de Tolosa, su más alta gloria militar. D. Rodrigo eligió para solar de su obra inmortal el que ocupaba el templo primitivo, por estar casi en el corazón de la vetusta e inalterable ciudad godo-árabiga, y por prestarse mejor que otros puntos, para la afluencia de los fieles de toda la población, para los actos del culto cristiano. No es tan adecuado el lugar para que resalten y resplandezcan las infinitas maravillas del incomparable templo español, cuyas gallardías geniales y artísticas sólo por el mediodía brillan en todo su esplendor. Al norte lo domina la ascendente colina, en cuyas vertientes trepan, hacia la cúspide, haces de retorcidas y angostas callejuelas, formadas de milenarias manzanas de casas sin arte, clavadas sin plan ni concierto. Al Oriente y Occidente la ahogan los ondulantes ribazos, que transversalmente se van escalonando, y desde el techo de los edificios, que allí se asientan, se pierde la impresión de la majestad, que desde el mediodía se experimenta en forma abru-

(1) Lib. IX. c. 13. (2) Lib. VIII. c. 12.

madora. Si bien jamás se borra «aquella impresión de pirámide de filigrana, que se pierde en las nubes. como ofrenda de los hombres elevada al supremo Hacedor», que sentía el artista admirador. Pero ¡cuánto más hubiera avasallado este monumento sin par con su opulencia artística y grandiosidad majestuosa a las generaciones de espíritus hechizados por su belleza, y la suprema perfección plástica de sus obras, si D. Rodrigo lo hubiera erigido en el costado occidental-sesententrional de Zocodover, única plaza de la imperial Toledo!

He aquí las líneas generales del plan, que en conjunto ideó y trazó D. Rodrigo y que entregó al arquitecto, para que, como técnico, lo desarrollase y ejecutase. Planta de grandes dimensiones, dividida en cinco naves, y tipo de salón: gran mole de imponente majestad, mirando al Oriente; de 112 metros de largo, 56 de ancho y otros tantos de altura en la nave central. Ocho puertas agujerean sus lienzos inferiores. Para sostener bóvedas y techos, 88 columnas robustísimas, pero hermoseadas cada una por una serie apiñada de 16 columnitas, que hacen esfumar lo grueso de su gran periferia. Su material, piedra blanca y primorosamente labrada.

El precioso documento de la creación de las Capellanías en la nueva Catedral, expedido por D. Rodrigo el 10 de Julio de 1238, a los diez y ocho de haber comenzado las obras, ha dado margen a una discusión entre eminentes eruditos del siglo pasado. D. Rodrigo distribuyó en ese documento su Catedral, que, para esa hora subía gallarda al cielo, en catorce capillas, en el modo, que después de esta discusión diremos más particularmente, para conocer y admirar merecidamente el espíritu genial y místico de nuestro Arzobispo. Esto ha hecho escribir al P. Fita, a Sánchez Casado, al Marqués de Cerralbo y otros, las siguientes expresiones: «Plan sublime, ideal bello, de la Catedral de Toledo, trazado por el Arzobispo D. Rodrigo. (1) «No se contentó (Rodrigo) con poner la primera piedra, sino que le dió la traza sublime y perfectísima, para la disposición de la nueva obra, a imitación e invocación de la Jerusalén celestial. (2) «Ximénez de Rada concebía el proyecto de la Catedral... los planos ideados por el Arzobispo don Rodrigo o por Pedro Pérez...» (3) «Templo portentoso, que surgiendo de su poderosa mente, va dictando (Rodrigo) al inspirado lápiz de su inmortal arquitecto Pedro Pérez... Con este plan incomparable y sublime en su creadora fantasía preséntase a San Fernando...» (4) «Así D. Rodrigo llegó a construir el más grandioso y espiritual monumento de nuestra España, que por sí solo le otorgara celebridad.» (5) Después de leer las anteriores citas y otras, uno de los mejores arqueólogos y arquitectos coetáneos se ha preguntado, en su acabada obra sobre la arqueología española de la edad media: «¿Fué D. Rodrigo el verdadero arquitecto, que trazó la Catedral de Toledo?» Y Lampérez y Romea, que es el autor de la pregunta, escribe: «No deja de ser curiosa la idea acogida por varios escritores, de que fué el Arzobispo D. Rodrigo el que trazó la Catedral. (Citados algunos de estos escritores, prosigue así:) Los que practicamos la arquitectura no podemos menos de extrañarnos ante esta estricta interpretación de un concepto, cuya clara inteligencia es muy otra. D. Rodrigo concibió la idea de elevar una magnífica Catedral y dió a su maestro el programa de la obra, las necesidades, magnitud, etcétera. Pero de la palabra hablada o escrita a la composición arquitectónica hay enorme distancia. El Arzobispo Ximénez de Rada no necesita para su gloria usur-

(1) Boletín de la R. A. de Hist. tom. XI. p. 407 y 412. (2) Historia de España. tom. único.
(3) Amador de los Ríos, citado por Lampérez. (4) Cerralbo. Discursos... p. 69 y 71. (5) Ibid.

par la propia al Maestro Pedro Pérez.» (1) Esta observación es atinada. En sentido estrictamente arquitectónico tampoco creo que fuese D. Rodrigo autor del plano de su Catedral. Pero no cabe duda que lo fué de las líneas generales, del estilo, que debía tener, y de la capacidad, dimensiones y distribución de las partes de la Catedral; ordenando a su arquitecto, que la composición científico técnica del gran templo primacial se ajustase al trazo o esbozo general, que le propuso. Indudablemente ese esbozo hubo de ser detallado y acertado, a causa de la afición y competencia artísticas extraordinarias, que poseía el gran Arzobispo. Vemos en su Historia que su obsesión por las obras arquitectónicas es grande; por lo que sin cesar conmemora los monumentos de esa clase de especial mérito, que surgen al impulso de los personajes históricos, que caen en el ámbito de su narración. Por eso ensalza el templo de Santa Leocadia, erigido por los godos; ensalza a Wamba por sus magnas obras en Toledo. (2) Proclama gloriosa a Mérida por sus antiguos edificios. (3) Alaba a Favila, porque decoró con arte una Iglesia. (4) Lo mismo a Alfonso el Casto varias veces, (5) al igual que a Alfonso el Magno y a muchos más; revelando siempre gusto exquisito, y cálido entusiasmo por las obras de arte. Con pinceladas felices narra la leyenda y la forma artística de la Cruz Angélica de Oviedo; (6) y con maestría, lacónicamente describe el acueducto de Segovia, que tantas veces vió, si bien le atribuyó una antigüedad errónea. (7) Después de leer las innumerables alusiones de D. Rodrigo a las obras arquitectónicas en sus diversas historias, se convence uno de que era un artista, y capaz de concebir y proponer una idea acabada de una obra de esa índole.

El mismo D. Rodrigo nos declara, en su decreto cuál fué la fuente de su inspiración para trazar el plan. Caso único, que se conoce en la historia, y por lo mismo, más digno de especial recordación, y más glorioso para el inmortal Arzobispo. La fuente de ese plan fueron los misterios más sublimes y venerandos de la religión católica, y su escalonamiento, según la alteza de cada uno, empezando por la inefable Trinidad de Dios, y acabando, en grado descendente, en la virginidad santificada. Lo mejor es que demos la traducción literal de los párrafos, en que D. Rodrigo lo expone: «Pues como la suma e indivisa Trinidad quisiera con inefable designio desterrar la miseria del hombre perdido, el Hijo de Dios, segunda persona de la misma Trinidad, tomando, por obra del Espíritu Santo, carne de la Virgen, quiso abatirse, hasta el anonadamiento de la forma de siervo; en la cual forma nació, fué adorado de los Magos, crucificado bajo Poncio Pilatos, resucitó al tercer día, y a los cuarenta de su resurrección, a la vista de sus discípulos, subió a los cielos, en alas de las nubes, y al undécimo de su Ascensión, envió el Espíritu Santo prometido sobre sus hijos escogidos, los cuales, yendo por todo el mundo, predicaron el Evangelio a toda criatura; y fueron unos coronados con el martirio, otros llegaron por la confesión de la fe al término de la vida prometida. También atrajo hacia sí en el sexo frágil a unas por la pureza del alma, a otras por la virginidad, por la confesión y por el martirio. Por lo cual, para que se conserve como algo en las manos, o como pendiente ante los ojos, memoria fresca de tan grandes beneficios, yo, Rodrigo, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, con asentimiento y aprobación de todo el Cabildo Toledano, instituyo en los altares de la nueva obra, que en mi tiempo comenzó a construirse desde la primera piedra, catorce capellanías; una en el altar de la Trinidad, otra en el de la Apari-

(1) Lampérez y Romea. p. 224. nota. (2) Lib. III. c. 12. (3) III. c. 24. (4) IV. c. 5. (5) IV. c. 8. (6) III. c. 9. (7) I. c. 7.

ción; (del Verbo encarnado en el mundo) otra en el de la Pasión; otra en el de la Resurrección; otra en el de la Ascensión; otra en el del Espíritu Santo; otra en el de la Bienaventurada Virgen; otra en el de San Ildefonso; otra en el de San Juan Bautista y de todos los Patriarcas y Profetas; otra en el de todos los Apóstoles y Evangelistas; otra en el de todos los Mártires; otra en el de todos los Confesores; otra en el de todas las Vírgenes.» Después de leer tan maravillosa disposición de la Catedral, conforme a la excelencia y graduación jerárquica de los dogmas y culto, que concibió el piísimo y altísimo espíritu de D. Rodrigo, es preciso llamarle admirable, divino.

El autor principal del plano rigurosamente arquitectónico de la primera Iglesia española, bajo la inspiración del ideal del Arzobispo, fué el Maestro Pedro Pérez, quien ciertamente dirigió la construcción de la obra durante largo tiempo, en el período primero y más importante de la edificación, como se lee en la inscripción que se halla en la diminuta sacristía, denominada de los Doctores. (1) Pedro Pérez, si fué el que comenzó desde los planos la obra, según se defiende, muy joven tuvo que encargarse de ella, aun suponiendo que murió centenario. Según la inscripción lapidaria falleció en 1294, por lo tanto, en 1220, al iniciarse la fábrica, aun suponiendo que descansó centenario, no pasaba de los 26 años. Más creo que Pérez no fué el autor de los planos. Si hubiera alcanzado tan alta edad, y dirigido 74 años las obras de este famoso monumento, no hubiera callado cosa tan rara el letrado transcrito. Varios franceses han dado en la halagueña fantasía de que ideó los planes el famoso Pedro Corbeille, porque dicen que existen analogías entre esa Catedral y algunas francesas. Pero destruyen esta arbitraria hipótesis las observaciones siguientes. La severidad de la concepción denuncia el genio ibérico; la primera parte de la obra está llena de formas escultóricas árabes. Un Maestro del arte ojival de origen ultrapirenaico hubiera velado mejor por la pureza del estilo, y rechazado tantos motivos y composiciones de inspiración árabe. Esta reflexión es convincente tratándose de un francés, que concibe y dirige un templo de estilo gótico como esta Catedral, que «es una de las obras maestras de la arquitectura ojival en la Europa entera y causa de legítimo orgullo para los españoles.» (2) En la cabecera se halla el alarde más grande y más difícil de cuantos problemas arquitectónicos atrevidos se conocen en las construcciones europeas, donde el arquitecto agotó su genio en acumular y agravar los datos difíciles del problema, para hacerlo casi insoluble, y al fin lo resolvió por modo sin igual, y en forma, que a pesar de su seguridad, siempre inspira en el espectador verdadero pavor. Ese audaz acto se halla en la girola, obra ciertamente muy posterior al primer arquitecto.

¿Qué incremento adquirió la construcción de esta Catedral en los veinte y seis años, que duró la vida de D. Rodrigo, después del comienzo de las obras, y cuáles son las partes, que bajo su Arzobispado se fabricaron? No es posible precisarlo exactamente. El insigne Lampérez escribe: «Hacia 1247, 20 años (27) después de puesta la primera piedra, debía estar consagrada la cabecera; pues en la capilla de San Eugenio, que es una de las primeras, hay un enterramiento de esa fecha.» (3) En el costado Septentrional aparecen, con sello claro, las partes coetá-

(1) Con harta dificultad desciframos la inscripción de este modo:

Aquí yag Pets, Petri Magistr Ecclesie Sancte Marie Toletan. Ym p, exemplum pc. mor huig bona crescit qui prese et hic quet quod quia templum construx tam mire fecit secuut.... Ire ante Dei vultum p quo nil retat inultu et sibi sis. Merc qí solus cuncta coge Obiit X dias de novemb, era de M. C C C XXVIII años. (2) Lampérez y Romea. Ut supra. (3) Lampérez. p. 222 y 230. Sigue la fecha antigua.

neas de D. Rodrigo; pues allí se destacan, sin confusión, los elementos netamente arábigos, y señaladamente en los triforios, en las columnas de las puertas de Feria (ahora del Reloj,) en las portadas todas (sobre todo en los capiteles de éstas) y en el trascoro. Prueba palmaria de lo mucho que adelantaba la construcción, ya para los diez y ocho años de iniciarse la obra, son los testimonios históricos, que siguen. Tanto se habían alzado los lienzos de todas las paredes, que ya pudo, en verano de 1238, fundar D. Rodrigo, su fundador munífico, las famosas capellanías, arriba nombradas y otras más, de que adelante se darán noticias, capellanías instituidas en altares ya existentes, con culto, celebrándose la misa por las intenciones, que prescribe. Por ejemplo, hablando de la misa, que funda por el Rey Fernando y su madre Berenguela, dice D. Rodrigo, *que se celebrará por su salud durante su vida, y después de su muerte, por sus almas*. Esto indica que tan altas estaban las paredes del templo, que ya pudieron cubrir las partes de las capillas, mientras que en el resto se trabajaba para llegar a la elevación de las bóvedas principales, que con el tiempo llegarían a cerrarse. Tan sorprendente vuelo había adquirido la fábrica para el año 1243, en que terminó D. Rodrigo su Historia de España, que se veía el mismo lleno de admiración, y escribía de su puño: «Cuya fábrica, con trabajo admirable, de día en día, no sin grande admiración de los hombres, se levanta.» (1) Ese pasmo de los hombres denota que ascendía a mucha altura la maravillosa construcción, y con el mucho calor, que llevaba, continuó en los días de nuestro Arzobispo. No así después, durante luengos años, por la tibieza de los que no la miraban como obra suya, y por los enormes dispendios, que su activa edificación exigía, mermando las facilidades para una vida principesca y de boato, que los caudales de la Sede Toledana y la categoría altísima de Primado y de primer Señor del Reino, que los muchos estados y rentas de la Mitra convidaban a disfrutar, para descollar en la corte de los Reyes castellanos, como eclesiástico y potentado más alto y más incontrastable. Así se explica que hasta fines del siglo XV no se acabara de cerrar la bóveda central. No hay duda, que los actos del culto de la Catedral comenzaron a tenerse muy pronto en la cripta de la misma, aún antes de que se hicieran las fundaciones referidas. Se halla la cripta debajo de la capilla y altar mayores; es muy capaz y sigue abierta al culto.

¿Quién costeó los enormes gastos, y quién soportó los imponderables trabajos de la fabricación férvida y veloz de tan gran monumento? Historiadores de nota, pero irreflexivos, que no han explorado los documentos archivados, y hueros retóricos, que han panegirizado la indocumentada aserción de esos historiadores, han formado una creencia falsa en los lectores y aficionados de la historia española. Sin más motivo que ver a Fernando el Santo poniendo la primera piedra de la Catedral primada en unión con D. Rodrigo, lo han evocado y encomiado como el autor de dicha gloriosa obra, relegando al olvido el que fué todo, iniciador, propulsor, autor, y verdadero costeador de tan gran monumento, es decir el mismo D. Rodrigo Jiménez de Rada, como lo dice él terminantemente, sin miras a la historia, de resbalón, en el decreto de la creación de nuevas canonjías, el 10 de Julio de 1238, con estas palabras: «Así que, habiendo crecido en nuestro tiempo nuestra diócesis y Provincia, y habiéndose transformado de la forma de mezquita en disposición de Iglesia con *nuestros trabajos y expensas*, nos pareció a nosotros, Rodrigo, Arzobispo de Toledo... que se aumentara el número de los servidores de la misma.» (2) Esto es diáfano y categórico. Por eso atinadamen-

(1) Lib. IX. c. 15. (2) Bibl. Nacional. sign. 13024. f. 75.

te ha escrito Vicente de la Fuente, cediendo todavía acaso más de lo justo al influjo de la opinión errónea universalizada. «Como el buen Rey San Fernando, dice, no se hallaba por entonces muy sobrado de recursos, es lo más probable, que casi todo el gasto (todo según expresión de D. Rodrigo) de la obra cargase sobre las rentas de la Mitra y el Cabildo. Si a esto se añade el carácter generoso y caritativo del Arzobispo y sus grandes dispendios en la guerra con los musulmanes y repoblación de fronteras, admira que pudiera costear tan suntuoso edificio. Quizá D. Rodrigo, para aumentar los fondos de la fábrica, dejó algunas prebendas por proveer, y ejecutó en el mismo concepto algunos otros actos, que no fueron bien interpretados por todos. Ello es que hacia el año 1237, los racioneros de la Catedral de Toledo, dieron contra él un escrito terrible de quejas, en que le acusaban de dilapidador y malversador de las rentas de la Iglesia; (1) de que tenía muchas prebendas sin proveer, o las daba a personas ausentes, y a paniaguados suyos (y por las trazas de los apellidos también paisanos suyos, de Navarra) con mengua del culto de la Catedral, y otros cargos del mismo tenor.» (2) Respecto del apoyo material prestado por San Fernando para la construcción de la Catedral Toledana no existe rastro ninguno, ni en donaciones, ni en partidas pecuniarias, ni en condonaciones de tributos a las Iglesias y villas pertenecientes a D. Rodrigo, a la Mitra y al Cabildo, con el expresado fin, ni compromisos de costear algunas partes exteriores o interiores del gran templo. Creo que si algo de esto hubiera existido se hallarían vestigios en los dos voluminosos infolios del Cartulario *Liber privilegiorum Ecclesie Toletane*, que registra en sus páginas tantas escrituras de menor importancia, referentes a la Iglesia de Toledo y a D. Rodrigo. La intervención de San Fernando fué, como de Rey, decorativa, en la inauguración y edificación de esta Catedral.

Vemos por eso que el Tudense en su Crónica, y Gil de Zamora, historiador de San Fernando, en la suya, atribuyen justamente, no al rey, sino al Arzobispo la erección de la basilica toledana, si bien Gil la engastó, a manera de incomparable perla, en la corona del santo rey, como lo hizo con las demás catedrales, que durante su reinado surgieron bellísimamente al conjuro de los grandes Prelados de aquel tiempo. Pero todos comprenden lo que significa semejante recuerdo y alabanza.

Jiménez de Rada fué celosísimo en la custodia de las prerrogativas espirituales y grandes privilegios pontificios adquiridos por sus méritos desde antiguo, por la Iglesia Catedral de Toledo, tanto para la esplendidez del culto, como para otros objetos. Por eso el 27 de junio de 1239, cuando la construcción llevaba 19 años, sacó de los Archivos de Roma, copia auténtica de los breves pontificios, en que se concedía a Toledo honorífica lista de privilegios, a fin de que no se perdiese, caso de perecer los originales. El principal es de Alejandro, y en él, después de confirmar la Primacía, se autoriza al Arzobispo de Toledo el uso del palio en la misa, en las fiestas principales del Señor, de la Madre de Dios, en las de todos los Apóstoles y de varios Santos y en diversas circunstancias particulares. Se declara allí que son sus sufragáneas las Sillas de Palencia, Segovia, Osma y Sigüenza, y lo serán las antiguas, a medida que se reconquistan de los moros. Consígnase también el privilegio extraordinario de que todo Obispado, que se rescate, y no

(1) No es exacto eso de malversador. Sólo le acusan de arbitrario administrador, como lo hemos de ver. (2) *Elogio*... p. 73. Luego narraremos actos que destruyen tantas imputaciones contra el Arzobispo. Recuérdese el lector cómo D. Rodrigo utilizó la tercia de las Iglesias con autorización del Papa. Y tan recto sería en lo demás.

tenga metropolitano, quedará bajo su completa jurisdicción, hasta que se restaure el metropolitano propio. (1) Cuando D. Rodrigo celebraba con palio tenían derecho de llevar mitra el Deán, Arcediano, Maestrescuela, Chantre y Tesorero del Cabildo toledano, y por eso Inocencio IV, el 7 de mayo de 1248, les reconoce este derecho, habida en cuenta la *costumbre existente*. (2)

Ninguna cosa agradaba más a D. Rodrigo que la magnificencia del culto divino, y por eso, además de hacer construir el templo más grandioso y majestuoso de cuantos se conocían entonces en el orbe católico, organizó espléndidamente un Cabildo sin rival, por el número de capitulares y por la muchedumbre sin igual de racioneros y capellanes de pingües beneficios, con el fin de tener la Catedral más brillante de la Iglesia, para tributar a Dios la más grande gloria y alabanza. Con este objeto creó casi doble número de canonjías, de prebendas de racioneros y gran cantidad de capellanías, dotando a todas de ricas retribuciones, desprendiéndose con desinterés, de muchos bienes y rentas, como vamos a exponer ahora.

A fines de 1235 sometió a la aprobación de Gregorio IX el plan, que hacía tiempo tenía formado, de crear veinte capellanías para el Cabildo, con el fin de aumentar otras tantas plazas. El Papa se lo aprobó. En la bula dice las causas que alegó el Arzobispo, y por eso la copiaré en su parte principal. Es del 2 de enero de 1236. «Con gusto confirmamos lo que para la honra de las Iglesias y el culto del nombre de Dios se establece pródicamente, a fin de que por temeridad de nadie sea turbado o destruido. La petición tuya, a nos presentada, expresaba, que tú, Hermano Arzobispo, viendo, que, por la bondad de Dios, de tal modo se habían aumentado las rentas de la Iglesia y de la mesa, que bien se podía aumentar el número de los servidores, por lo que, con el asenso del Cabildo, creaste en la misma Iglesia veinte Capellanes nuevos, dedicándolos a la recitación constante de las horas canónicas. Les asignaste también rentas suficientes, sin perjuicio de la mesa, obligándoles con juramento, a quedarse perpetuamente adscritos, en el número de los Canónigos y Racioneros mayores de dicha Iglesia, pero siempre en su estado de capellanes. Por lo que en nombre tuyo se nos suplicó, que tal disposición nos dignáramos robustecer con la autoridad apostólica. Accediendo nosotros a tus súplicas, aprobamos con autoridad apostólica esa disposición, hecha con madurez, y que no *redunde en perjuicio de nadie*.» (3)

Al poco soplaron en la corte pontificia vientos de oposición a este proyecto. Por Octubre de 1236, en su famoso alegato de acusaciones, ya mencionado, los Racioneros reclamaron contra él, diciendo, que D. Rodrigo había obtenido esta autorización papal, a espaldas del Cabildo toledano, sin previa consulta ni consentimiento suyo. El Cardenal Otón tuvo el buen acuerdo de no hacerles caso en este punto, conociendo que nacía de la codicia de los acusadores, que querían impedir la creación de las Capellanías así formalizada, luego que recibió el rescripto de aprobación, quizás en espera del resultado, que pudiera dar el pleito levantado por los descontentos, los cuales, según todos los indicios, hubieron de retirarse completamente derrotados del pleito de tantas acusaciones y quejas. Porque el Arzobispo publicó el 10 de Julio de 1238 dos importantes decretos, que dieron al Cabildo toledano esa majestad y grandeza definitivas, que tan glorioso lo hicieron en los siglos posteriores en todo el orbe católico.

Por medio del primer decreto puso D. Rodrigo en ejecución el proyecto ya aprobado de los veinte capellanes. Catorce debían servir las catorce capellanías, que

(1) Bula íntegra en el *Liber priv. Eccl. Tolet.* I. fol. 124 y 125. Parte en el Registro de Auvray. 5042.

(2) Berger. 3895. (3) Ap. 125. En Auvray está el resumen. 2904. Día 3.

hemos enumerado al tratar del plan sorprendente, que diseñó el Arzobispo, para la interior disposición de su obra maestra. Las restantes las enumera así el Arzobispo en su escrito: «Asimismo otras seis capellanías; una por el alma del Rey Alfonso, que tomó a Toledo; otra por el alma del Rey Alfonso, que venció a los sarracenos en las Navas de Tolosa; otra por las almas del Rey D. Fernando y de su madre Berenguela, para que los capellanes, en vida de ellos, celebren misa por su salud, después de su fenecimiento, celebren misa de difuntos; otra por mi alma; otra por las almas de mi padre, de mi madre y de los hermanos y hermanas, que proceden del seno de mi madre; otra en nuestra capilla, que en nuestros palacios pensamos construir nuevamente. Y a cada uno de estos capellanes se les darán diariamente dos sueldos. Mas en la misa de la Santísima María habrá cuatro niños asistentes, que todos los días recibirán tres denarios. Estas misas se celebrarán cada día, excepto el día del Crisma, (Jueves Santo) el Viernes Santo y Sábado Santo. Atendiendo también al esplendor de la Iglesia, a la que engrandece la variedad de los que le sirven y la multitud de dignos ministros, establecemos, de acuerdo con el Cabildo, que cuando los capellanes entraren en la posesión de las capellanías, que asistan al coro en todas las horas, como los demás servidores, en las lecciones, responsorios, cantos y otros oficios menores, como Prima, Tercia, Sexta, Nona y Completas, y en las Dominicas, a la bendición del agua.» El famoso Blas Ortiz trae en el siglo XVI algunas noticias referentes a esas capellanías. D. Rodrigo puso las de San Fernando y Berenguela y la de sus padres y hermanos en la capilla de Santa Ana; (1) la que fundó por su propia alma, en la capilla de Santa María Magdalena; (2) en la de Santa Lucía las de Alfonso VI y Alfonso VIII, y cinco misas semanales más por su privada devoción. (3) «En la que se llamó del *Corpus Christi*, porque se reservaba allí la Eucaristía destinada a los enfermos, instituyó D. Rodrigo cinco misas semanales.» (4)

He aquí algunos recuerdos referentes a D. Rodrigo, que se hallan en esas capillas. En la del Sagrario, en la portada interior del reloj, en las secciones verticales, se ven dos lienzos, que representan a D. Rodrigo entregando el plan de la Catedral a San Fernando, con la Dedicación y Consagración del templo, originales de Rici. Ya contamos cómo está el Arzobispo en la capilla del altar mayor, y cómo trajo de Roma relicarios, y se los regaló a la basílica toledana.

Léase ahora la espléndida dotación que el munífico D. Rodrigo dió al cabildo, para beneficios de las veinte capellanías creadas. Dice D. Rodrigo: «Para que no se disminuyan las distribuciones de los canónigos y servidores por los estipendios de estos (capellanes) doy al Cabildo Toledano, Villaumbrales, Yepes, Cabañas, (5) La Guardia con todas sus aldeas, y las posesiones de Villapalomos, (próximas a La Guardia) la heredad de Bogas, Archillas y las seis aldeas de Brihuega, que son Gayaranos, Bemibre del Castillo, y Ferrerueta, que fueron de Atienza, Val Salices con todas sus heredades y viñedos, que hemos comprado, la aldea que fué de Hita, que adquirimos, Tomelloso y aldea de San Andrés, que fué de Guadalajara, para celebrar los aniversarios del Rey Alfonso, el mío, los de mi padre y de mi madre y para las rentas de las sobredichas capellanías. Por estas seis aldeas, que dimos al Concejo de Brihuega, éste tiene que pagarme anualmente, el día de San Juan Bautista, cuatrocientos morabetinos. Le doy la aldea, que se llama Campo del Rey (6) y la casa de Embite con todas sus posesiones. Adquirimos todos estos bienes, ya por donaciones de los Príncipes, ya de los fieles, ya por

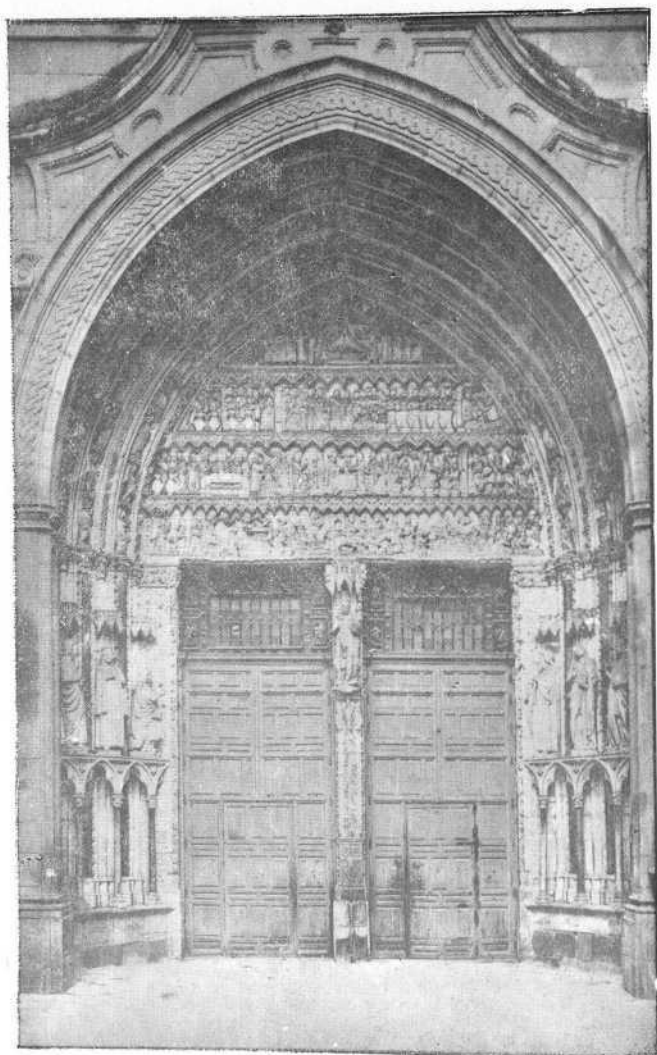
(1) Descriptio Temp. c. 25. (2) Id. (3) Id. (4) Id. (5) Yepes de Cabañas. (6) Des poblado de Mascaraque, part. de Orgaz.

CATEDRAL DE TOLEDO



Fachada y Torre.

CATEDRAL DE TOLEDO



Puerta llamada ahora del Reloj. Coetánea de Jiménez de Rada.

compra. Pero como estos pueden ser más útiles a nuestros sucesores que al Cabildo, ahora mismo, en lugar de ellos, doy, con el beneplácito del Cabildo, la mitad de la aldea de Mozarabela, (1) los molinos de Talavera y la tercera parte de los derechos pontificales de las Iglesias de Maqueda y de su Arciprestazgo, y las rentas, que debo recibir en el Almojarifato de Toledo. Le doy la aldea de Torrijos, que yo adquirí, con todo lo que allí tengo, la mitad de la aldea de Exquivias, que habiéndose perdido, lo recobré enteramente, con la tercera parte, que me pertenece. Doy estas aldeas, pero bajo condición de poseerlas durante toda mi vida, sea que esté en este cargo, sea que renuncie el régimen de la Iglesia de Toledo, por cualquiera causa: después de mi muerte volverán totalmente al Cabildo Toledano. Si por el servicio de Dios, de la Iglesia de Toledo y de la salvación de las almas, algún sucesor quisiera revocar este cambio, o disminuir en algo lo que se ha dado en el cambio, que vuelva a poder del Cabildo lo señalado anteriormente, en esta forma: Que las tercias de Maqueda, Torrijos y Exquivias y lo del Almojarifato vayan a poder del que contraviniese, quedando la propiedad del Castillo, Torrijos y Esquivias, que yo adquirí, al Cabildo. Doy las rentas integra de los judíos de Maqueda, treinta denarios anuales por cada uno, y la tercia pontifical de Almaneda de Chilón, y la mitad de las rentas del Sexmo de Zalencos y Val de Cubas. Hasta ahora recibisteis sólo la tercera parte, en adelante recibiréis la mitad. En el aniversario del Rey Alfonso y de mi padre y madre, se dará a los canónigos y racioneros, o servidores, doble de lo que a cada uno se suele dar. Para mayor devoción de los canónigos, que sirven a Dios, abundando en más benevolencia, les concedo la tercera parte del pan y vino de las tercias pontificales de los Arcedianatos de Calatrava, de (¿) Ignacia (?) y de Capella, salvo lo que pertenece a los arcedianos; y esto, lo mismo en las iglesias edificadas, que en las que se edificaren.» El Cabildo aceptó tan magnífica fundación, con gran agradecimiento, y firmaron la escritura, después del Arzobispo, quince canónigos del mismo. (2)

Mas esto era principiar por lo más remoto e ínfimo del incremento del Cabildo. El verdadero y extraordinario incremento, que dió esplendor y grandeza definitivas al citado Cabildo, fué el segundo decreto del mismo año y día. Por ese decreto estableció y ordenó D. Rodrigo, que en adelante se constituyese ese Cabildo de cuarenta canónigos y cincuenta racioneros. Eleva el número de racioneros de treinta, que son, a cincuenta, y que el de los canónigos se haga efectivo, como ya estaba dispuesto de antemano. Manifiesta que la razón de este aumento es la prosperidad y crecimiento de la diócesis, de la Provincia y del edificio de la Catedral, que se está levantando. Es notabilísima la reforma, que introduce, acerca de los racioneros, quitándoles emolumentos y privilegios, que hasta entonces habían disfrutado. Se me ocurre que la fea conducta, que varios racioneros observaron con el Arzobispo, amontonando contra él terribles cargos en la Corte del Papa, determinó la merma de derechos y emolumentos, que voy a exponer, traduciendo el texto, después de advertir, como advierte el Arzobispo, que hasta entonces los racioneros recibían lo mismo que los canónigos. Pero ahora dispone que de los beneficios de las raciones, hasta la fecha, treinta, se harán cincuenta, y otros tantos racioneros, y que cada uno de ellos recibirá solamente dos sueldos diarios, y nada más. De tal suerte sea, que crezcan las rentas de la Iglesia, o que decrezcan, no se les aumentará, ni se les disminuirá esa paga, a no ser que sea por nuestra gracia, o de gracia de nuestros sucesores, en unión con el Cabildo. Excepto tratándose de distribuciones manuales caritativas, de las que recibirán lo mismo que

(1) Está en el actual término de Vargas. (2) Liber priv. I. f. 30-31. II. f. 22-23.

los canónigos. Manda que los racioneros nada intervengan en el Cabildo, fuera del rezo del oficio en el coro: El gobierno del Cabildo y los nombramientos de canónigos y beneficiados se reservan exclusivamente al Arzobispo y a los canónigos, sin que puedan decir palabra los racioneros. D. Rodrigo favorece la ampliación de los estudios de todos los cabildantes, permitiéndoles que puedan salir a estudiar fuera, pero señala a todos una pensión fija y módica, diciendo: «Si alguno, con licencia y gracia del Arzobispo y del Cabildo, fuere a estudiar, se le dará sólo un sueldo diario.» En esta constitución no hace la más mínima referencia al derecho, que ante el Papa reclamaban los racioneros acusadores, de que las vacantes de las canonjías, se debían cubrir por la promoción de los racioneros del mismo Cabildo. Permitásenos recalcar lo dicho, que así lo reclama el mérito singular de D. Rodrigo; que esta disposición del gran Arzobispo dió la definitiva majestad y magnificencia al Cabildo Toledano, tan celebrado en el mundo. Se crearon en el curso de los siglos unas veinte prebendas más, que se llamaron extravagantes. Lozano (1) en 1667, escribía así: Se compone el clero de Toledo de un Arzobispo, de catorce Dignidades, cuarenta canónigos, cincuenta racioneros, veinte canónigos extravagantes, y otros cuarenta clérigos, para otros menesteres de canto y servicios catedralicios.

Tal Cabildo y la construcción del templo suponían gastos enormes y un patrimonio eclesiástico muy rico. Pero gracias a sus méritos y administración, D. Rodrigo todo lo tenía asegurado con solidez incommovible; y a todo podía atender. Sus conquistas de Andalucía, que en aquella época se hallaban en período de costosa organización, sobre todo el Adelantado de Cazorla y Quesada, sus extensas adquisiciones en la región de Guadalajara, en particular en la circunferencia de Brihuega, y las de Alcaraz y otras innumerables, que ya hemos visto en el curso de esta obra, hacían capaz a la fortuna de la Iglesia de Toledo, para soportar tales cargas. D. Rodrigo aún ayudaba a San Fernando con el apoyo material, para remediar las calamidades, que, por distintas causas de hambre y peste, en diversos puntos, aparecían. Porque el santo Rey, desde que en 1224, inició las periódicas empresas guerreras, siempre anduvo en ahogos económicos, y por eso se veía en ciertos lances, como forzado a requerir subsidios excesivos y anticanónicos a las Iglesias y monasterios, unas veces previa dispensa, otras anticipándose a ella, con protestas de los interesados, y reiteradamente hasta de Roma; sin embargo, no como Monarca autoritario y atropellador de derechos sagrados, sino compelido por la fuerza irresistible de esos trances durísimos, que no dan lugar al uso de los procedimientos normales y legítimos; mas con una piedad y amor a la Iglesia, que alejaban toda idea de injuria verdadera, y considerándose en lo material como padre solícito y hacendoso de todas las iglesias, que en pasando los lances de apuro había de indemnizar con creces, de mil modos, con el mayor júbilo y veneración, a su Madre la Iglesia. D. Rodrigo, ministro universal y fuente de las grandes iniciativas de toda clase, cooperó con sublime patriotismo, en una medida que no es posible apreciar, a las empresas bélicas y demás dispendios de San Fernando, proporcionando recursos sin cuento. Y si de San Fernando no aparecen pruebas de aportaciones de subsidios para la fábrica de la Catedral, existen en cambio a millares de Jiménez de Rada, para ayudar a San Fernando en sus empresas conquistadoras, según lo vemos en las escrituras y en la historia. Alfonso el Sabio,

(1) «De los Reyes Nuevos de Toledo.—Describe las cosas más augustas y notables de esta ciudad..... por el Dr. D. Cristoval Lozano..... año 1667.—Autor saturado de falsos cronicones, que asegura que Santiago fué el primer Arzobispo de Toledo.»

hijo de San Fernando, años después, tuvo que satisfacer deudas contraídas por su padre con D. Rodrigo, que le había dado lugares y castillos suyos.

Y recuérdense ahora fugazmente otras grandes obras arquitectónicas, que a la par que la inmortal basílica Toledana llevaba a cabo nuestro magnánimo Arzobispo: El engrandecimiento y embellecimiento de su amada Huerta, la construcción del famoso palacio de Alcalá de Henares, cuyos zócalos todavía proclaman el gusto artístico del gran Mecenaz del arte, el insigne templo gótico de Fitero, la soberbia Colegiata de Talavera de la Reina, y cientos de Iglesias de sus pueblos y aldeas, empezando por la de San Román de Toledo; pues le era preciso construir sin número de templos en la multitud de pueblos, que se reconquistaban de los moros y se agregaban a su diócesis. Añádanse las grandes sumas invertidas en construcciones civiles y militares de plazas, castillos y murallas de muchas villas suyas, que eran poderosos puestos guerreros, además de la dilatada línea de fortalezas defensivas, que erigió en la frontera del sur, desde Extremadura, pasando por Ahlover, Almagro, Calatrava, hasta Alcaraz, junto con la restauración de muchas villas y pueblos, cuya enumeración fatigaría al lector. Por eso un conspicuo escritor no dijo más que la verdad, al hablar así de sus dispendios: «Fué poderosísimo por las donaciones Regias, por sus cargos, por sus conquistas y por su celosa administración. Así pudo proveer a costosísimas campañas, a infinitos viajes, a caridad extraordinaria y permanente, como a aquellas aterradoras y excepcionales angustias, que hemos relatado de 1213, como a tantas necesidades públicas y locales de Toledo, que causaron la terrible avenida del Tajo, por Febrero de 1209, la devastadora tormenta del 27 de Junio de 1214 y la más desastrosa y seguida durante el 2 y 3 de Diciembre de 1221, así como la empobrecedora helada de Marzo de 1234. Edificó a sus expensas bastantes castillos en sus estados y número extraordinario de Iglesias en la extensísima metropolitana Sede. La escasez de recursos, a que sus colosales empresas reducían a San Fernando, hizo que la admirable catedral de Toledo se construyera casi por el Arzobispo y su cabildo. Protegió mucho la instalación de las nacientes Órdenes de San Francisco y Santo Domingo. Dotó generosamente a muchos monasterios, y de manera singular al de Santa Maria de Huerta. (1)

Jamás tuvo el Arzobispado de Toledo un período semejante de engrandecimiento, en cuanto al aumento de territorios y poblaciones; ni jamás necesitó multiplicar, en sus territorios interiores y fronteras, tantas construcciones civiles y religiosas; y a todo atendió D. Rodrigo abundantemente, lo mismo para promover espléndidamente el culto divino, como para defender en todas partes las conquistas cristianas. De seguro nadie le igualó en estas obras, como tampoco en la multitud, variedad y originalidad de los códigos forales, según lo veremos.



(1) Cerralbo... *Discursos...* p. 93.

CAPÍTULO XV

(1230—1233)

Preparativos guerreros de D. Rodrigo.—Expedición a Jaén.—Procura D. Rodrigo la unión de Castilla y León.—Conquista del Adelantado de Cazorla y Quesada, y otras guerras del Arzobispo en Andalucía.—El Bulario.—Asuntos con la Orden de Santiago.—Albarracín.—La Copiosa legislación foral.

Una de las grandes y memorables acciones político-guerreras de D. Rodrigo es el haber procurado eficazmente con sus consejos y activos trabajos la unión de Castilla y León, de consecuencias decisivas en los destinos de España. He aquí los actos anteriores a ese gran suceso, por vía de preámbulo. Terminado el concilio de Tarazona, Jaime I corrió a ejecutar la épica campaña de Baleares; el Nuncio del Papa despachó, en Tudela (Navarra), el 2 de Mayo, la aclaración pedida por el Aragonés, y salió de España. D. Rodrigo regresó a Castilla, a juntarse con San Fernando, que en este año 1229 no hizo campaña propia, pero ayudó a su padre, Alfonso de León, en la conquista de Mérida, según cuenta el Tudense. Por Octubre recibió D. Rodrigo la bula por la cual el Papa le dice, que ha nombrado Arzobispo de Braga a Silvio, Deán de aquella Iglesia; 8 de Agosto de 1229. (1) El 7 de Noviembre estaba el Arzobispo en Valladolid con San Fernando, al cual vendió en ese día una huerta de Toledo, que ya se la había ocupado el Rey, para dársela a los dominicos, para solar de su convento. San Fernando se la pagó con la finca de Granadal, sita en Toledo, y renta anual de sesenta aureos.

En la primavera de 1230 D. Rodrigo estaba en grandes y resonantes preparativos de guerra, hasta el punto de admirar al Papa, el cual le dió los privilegios de la cruzada, diciéndole, entre otras cosas: «Meditando prudentemente, *te preparas tú poderosa y virilmente para arrancar de las manos de los impíos la tierra, que poseen, con profanación de santuarios, por ponerla en poder de los hijos de los que son libres, después de arrojar los hijos de la esclava (los ismaelitas). Así que, deseando nosotros que se dilaten los tabernáculos de la Esposa de Cristo, a fin de que extienda sus lazos, ponderando tu prudencia y virtud, alabando en el Señor tu proyecto y favoreciéndolo benignamente..... te concedemos por las presentes a tí y también a los que te siguieren, al territorio de los moros... o al carísimo hijo, el Rey de Castilla, la misma indulgencia, que concedió el Concilio de Letrán a los que acudieran en auxilio de Tierra Santa.» (2) Vemos aquí que D. Rodrigo*

(1) Ap. 97. Le avisa el Pontifice para que sepa cómo ha proveído la Iglesia rival en la Primacia.

(2) Ap. 99. Raynaldo trae breve suma de esa bula en los Anal. Año 1231. n. 49.

proseguía, como Legado, a la misma altura que el Rey de Castilla, promoviendo con gran pujanza y valor la guerra santa, y en particular preparaba en este año por cuenta propia, con grande actividad y sacrificios, una empresa desacostumbrada y de trascendencia. Por desgracia, milésima vez, en su vida, calla la historia, y no sabemos qué resultados tuvo. Sólo una cosa cierta hay; que para el verano de este año, 1230, San Fernando y D. Rodrigo tenían preparada una gran campaña, y que salieron los dos juntos para Andalucía, al frente de una poderosa hueste, entre Julio y Agosto, y pusieron apretado cerco a Jaén. He aquí cómo nos describe el séquito principal el mismo D. Rodrigo: «Estaban en su compañía (del Rey) Rodrigo, Pontífice de Toledo, Lope Díaz, Alvar Pérez, Gonzalo Rodríguez, García Fernández, Alfonso Téllez, Guillermo González, Diego Martínez y otros nobles y magnates y muchos caballeros de las ciudades.» (1) Seguramente en este ejército iban las fuerzas reunidas por D. Rodrigo para la cruzada.

Después de batir la ciudad con poderosas máquinas, se convencieron de que era inexpugnable; y previo consejo de guerra, se retiró la hueste. Muy fuerte era la plaza, y bien defendida por los moros irritados, a causa de la pérdida de Baza. La mejor prueba está que tanta robusta espada, tanto corazón bravo, tanta experiencia bélica, tanta táctica sabia, tanto tesón enérgico se abatió y se retiró sin victoria; pero siquiera quisieron asir alguna plaza menos fuerte, y fueron a cercar a Dalaherza, al poco descercada a causa de un correo, que esparció por todo el campamento una transcendental noticia, que revolucionó los espíritus. Escribe el Arzobispo: «Cuando llegó a Dalaherza, vino el rumor de que había muerto su padre en Sarriá, y que había sido sepultado en la Iglesia de Santiago, y también que había dejado en testamento su Reino a las hijas habidas de la Reina Teresa.» (2) El primer correo que llegó a San Fernando no fué la carta de su madre, como muchos dicen, sino el rumor. Murió Alfonso IX el 24 de Septiembre. «D.^a Berenguela escribió a su hijo Fernando que pasara a tomar el Reino. Pero se resistía San Fernando, y estaba indeciso sobre si debía o no levantar el sitio; porque no le parecía bien dejar la guerra contra moros... Rodrigo con los suyos contestaron, que sería más fuerte contra los moros después de tomar a León y que tomando el Reino volverían las armas contra los sarracenos... Rodrigo excitó a San Fernando a levantar el cerco de Dalaherza, para que acudiera a tomar el Reino de León.» Así escribe Núñez de Castro en la vida de San Fernando. (3) No sé de dónde sale esa noticia de las cartas de la Reina madre. El Arzobispo dice tan sólo que la noble Berenguela salió al encuentro de su hijo, para que se apresurase a ocupar el Reino paterno, que le habían jurado, de orden de su padre, los Prelados, los magnates y los concejos de las ciudades, «para que no se originara con la tardanza algún trastorno». (4) No necesitaba el Rey los supuestos acicates de avisos de D.^a Berenguela, teniendo al lado a D. Rodrigo, ni dió tiempo a ellos; porque habiendo partido el 24 de Septiembre la noticia del fallecimiento del Rey de León, de Villanueva de Sarriá, en Galicia, San Fernando, que no la pudo saber hasta el 5 o 6 de Octubre en Dalaherza, movióse tan rápidamente con su gente, que a fines de Octubre, o primeros de Noviembre, penetraba por Tordesillas en el Reino vacante. Se encontró con su madre, en su marcha, en Orgaz. De aquí los dos juntos con el Arzobispo entraron en Toledo, «de donde salieron todos, sin detenerse en la misma.» Así lo nota D. Rodrigo, cuyo relato es la única fuente de los sucesos de la ocupación y agregación del Reino de León, y no puede haber testigo me-

(1) Lib. IX. c. 14. (2) Lib. IX. c. 14. (3) Lib. I. c. 6. (Ed. de Madrid. 1673.) (4) Arriba está la cita.

por enterado; porque el mismo Arzobispo siguió paso a paso todo el itinerario aconsejando constantemente a los Reyes en todas las decisiones, y trabajando, como el que más, en todos los arduos asuntos de este suceso grave e intrincado.

Dice pues D. Rodrigo, que el rey y el Arzobispo se dirigieron con la hueste a Tordesillas, donde se pararon hasta la llegada de Doña Berenguela. Los tres se fueron sobre el castillo de San Cipriano de Mazot (Magaz de Rioseco) que se les rindió con su señor. Primera conquista en León. El día siguiente fueron recibidos en Villalar, donde se les presentó una comisión de caballeros de Toro para reconocer a Fernando por rey, y suplicar que al día siguiente se presentase en aquella ciudad. «Al día siguiente, añade, el Arzobispo, entramos en Toro,» donde fué jurado rey San Fernando. Doña Berenguela por medio de fieles agentes, que enviaba por delante, y con discretos mensajes, preparaba las recepciones y los homenajes. Y dice Rodrigo: «Caminando de aquí, poco después, por los castillos de la señora reina, (1) recibimos caballeros y emisarios de otras ciudades, vacilando en reconocer al rey.» Al llegar aquí D. Rodrigo, nos da la noticia de la rebelión de las hermanas de San Fernando, diciendo. «Sancha y Dulce, de quienes hemos hablado, favorecidas de muchos, preparaban la rebelión.» Pero ¿es justo el calificativo *rebelión*, que dos veces estampa el Arzobispo en la frente de las hermanas mayores de San Fernando y de los partidarios de las dos Infantas leonesas? ¿O habla así, cegado por la afición grande, que hacia Castilla y las personas reales de su corte, tan benéficas con él, le dominaba? ¿Hay que reprobar como un acto evidentemente injusto el testamento del padre de San Fernando, y tratar de rebeldes a los, que lo aceptaron, y quisieron ponerlo en vigor? ¿Cómo juzgar a D. Rodrigo?

En breves palabras ordenemos la serie de hechos. Alfonso IX era un hombre apasionado y desigual, valiente, dadivoso, propenso a las sugerencias ajenas, y particularmente a las procedentes de vulgares hablillas. Sentóse en el trono en 1288, se casó al poco con la Santa Infanta portuguesa, Doña Teresa, de la que recibió a Sancha y Dulce, ahora declaradas en el testamento herederas suyas al trono. Roma declaró nulo el matrimonio consabido, y a fuerza de censuras lo separó, por causa de parentesco. Poco después obtuvo de Alfonso VIII de Castilla, su primogénita, Doña Berenguela, de la que tuvo a San Fernando. Inocencio III logró con energía separar a los dos cónyuges, igualmente parientes. Salió de León Doña Berenguela dejando a Fernando con su padre Alfonso, contenta, porque al menos había logrado que los leoneses le juraran heredero de la corona. Presa de su humor, malévolo ordinariamente con su suegro, el Leonés pasó hasta 1214, infligiendo males a Castilla. Cuando murió en 1217 Enrique I, intentó apoderarse de ella, pero fué vencido en los dos terrenos, de la política y de la guerra. En la política Berenguela le arrebató de su lado a su hijo Fernando y lo coronó en Valladolid: en la guerra, porque destrizados los Núñez de Lara y sus satélites, principal fuerza del Leonés, se allanó en 1219 a firmar un tratado de paz mutua con palabras dulces, pero con una cláusula irritante para los castellanos. Fernando consiguió en ella que se le reconociera sucesor en su trono. No hubo más guerra entre Castilla y León; pero el Leonés no se reconcilió totalmente, como lo comprobó el suceso. Testó por fin, no sabemos en qué fecha, que dejaba herederas del Reino, según el orden de nacimiento, las dos precitadas Princesas. ¿Alfonso fué con esto injusto? ¿cometió felonía? ¿fué mal padre con su hijo? De injusto no hay que tratarle. ¿No estuvo más injusto en excluir a las dos primogénitas en favor de Fernando, asediado por las redes de D.^a Berenguela y la presión de su suegro?

(1) Debían ser los castillos dotales de Doña Berenguela.

Los tres eran de inválidos matrimonios: ninguna ley ni costumbre le autorizaba para esta exclusión. En cuanto a felonía, téngase en cuenta que los reconocimientos hechos lo fueron siempre bajo la coacción de la influencia de la corte castellana. Además Rey era, y autoridad suprema y único árbitro acerca de ese punto; pues no había ley, y no se puede sostener fácilmente, que por semejantes actos perdía el derecho absoluto, que en esto tenía, incapacitándose para variar sus disposiciones. El reconocimiento y juramento del Reino no tenía el valor de despojarle de tal poder. Era una formalidad legal por la cual se reconocía al Infante heredero legítimo, cuando, según el orden del derecho fuera llamado a reinar. No tenía aquello la fuerza de las Monarquías electivas. Así fué jurada en Castilla D.^a Berenguela, así D.^a Blanca y así D. Enrique I. el más joven, que ocupó el solio, después de Alfonso VIII. Ni mal padre podrá llamarse por eso. ¿Por qué no se dice lo mismo con respecto de las hijas mayores, que excluyera? Hay más razón para ello. En cuanto a siniestros sentimientos hacia Castilla, se puede repetir, pero no hay motivos para creerlo, y decir, que nada influyeran en su determinación. Creo que ésta fué hija del espíritu general de los leoneses, que insistentemente recalca D. Rodrigo, que él lo palpó y que se esforzó en destruirlo. Dice que *desagradaba la unión a casi todos los leoneses. (unio fere omnibus displiceret.)* (1) Bastaba esto solo para que el valiente conquistador de Badajoz, Cáceres, Mérida, y tantas plazas más, se moviera a negar el trono al Rey de Castilla. No se agravia su memoria con suposiciones sin fundamento. Pudieron los leoneses, que quisieron, declararse por la validez del testamento, sin dañar a su conciencia. Pudo D. Rodrigo aconsejar a su Soberano la ocupación de León, en virtud de los actos anteriores, cuya valor se podía sostener, sin negar en absoluto el derecho del Rey difunto, por no existir normas claras. Sólo en un sentido relativo puede llamar rebeldes a los partidarios de las Infantas, cuyo derecho no era infundado; y por eso el mejor acuerdo fué ir a un arreglo, como discretamente se hizo. Visto el arreglo, los adversarios de la unión se allanaron prontamente. Porque al fin el Rey era suyo, era un Leonés, criado en su corte, que por disposición divina había subido primero al trono de Castilla: era también un santo. Los que decidieron la adhesión a San Fernando fueron los Obispos; pues como observa D. Rodrigo, apenas oyeron, que Fernando era Rey, lo recibieron en el acto como tal, Juan de Oviedo, Munio de Astorga, Rodrigo de León, Miguel de Lugo, Martín de Salamanca, Martín de Mondoñedo, Miguel de Ciudad Rodrigo, Sancho de Coria, arrastrando consigo las ciudades, sin que fuera menester insinuarse con especiales gestiones. Explica el Arzobispo esta determinación por este alto principio de política. «Porque importa a los Prelados del Reino atender a la vez al Reino y al sacerdocio.» Pocos Prelados se mostraron tibios o contrarios, y en cambio el bloque mayor de la nobleza se opuso, y la más culminante y poderosa no se doblegó nada, y sobre todo los Castros, tan famosos, prefirieron pasar al moro. Viendo Fernando, Berenguela y Rodrigo que con tal ejemplo se les plegaba la mayor parte de la nación «*abortándose la rebelión premeditada,*» penetraron deprisa en el interior. «Pues en seguida que llegamos a Mayorga y Mansilla, se entregaron.» (2) Y reanudando la narración, el Arzobispo dice en el capítulo siguiente: «Mas el día inmediato entramos en León, ciudad, que era en el Reino, la capital, donde fué alzado Rey a la cabeza del Reino de León por el clero y pueblo, cantando concorde y gozosamente el *Te Deum laudamus*. Llamóse desde entonces Rey de Castilla y León.»

(1) Lib. IX. c. 15. (2) Lib. IX. c. 14.

Pero la nube seguía en el horizonte y forjaba en su seno grave tormenta. Durante los regocijos de la coronación, llegaron a León mensajeros de parte de la Reina Teresa, madre de las dos Infantas, con proposiciones de arreglo, que disgustaron a los magnates castellanos, que pretendieron desechar toda avenencia, que no fuera plena sumisión, y debió inclinarse hacia ellos el mismo Fernando. Porque D. Rodrigo añade, que D.^a Berenguela, temerosa de la devastación del Reino y de los pobres, logró que su hijo se detuviera en León, mientras ella salió a Valencia de D. Juan, para negociar la avenencia con la misma Reina Teresa. Entonces tuvo lugar un caso que jamás se ha visto otra vez en la historia. Dos ex-reinas de un mismo Rey, ambas divorciadas del mismo Rey, por nulidad de matrimonio, ambas defendiendo los derechos de sus propios hijos a la misma corona, vacante por muerte del que no fué legítimo esposo, y parlamentando sagazmente, para dar un corte decoroso y ajustado a la prudencia y a la ley incontrastable de la fuerza, que en el conflicto confuso de los derechos discutidos (el caso presente) legítimamente reclama y prescribe una solución favorable a ella, resultando absurda toda resistencia. Y entre Teresa la santa (monja entonces y canonizada ahora), y Berenguela la diplomática, hubo por fin sólida avenencia, cuyos artículos fueron tres, según el Toledano: Primero que las Infantas entregaran a su hermano todo lo que estaba en su poder: segundo que se contentaran de lo que el Rey y su madre les señalasen en compensación: tercero que incondicionalmente renunciasen a todo derecho, que al Reino tuvieran. Fijese el lector en lo tercero, que descubre bastante como roía la duda en el ánimo de los que lo exigían. Formalizóse esto por documento entre ambas preclaras señoras, y entonces vino el Rey a Valencia, «y de aquí todos fuimos a Benavente» añade el Arzobispo. Mas durante las negociaciones ¿dónde estaba el gran consejo de los Reyes? ¿Con Fernando o con Berenguela? Se infiere del tenor de la narración, que estaba en Valencia de D. Juan «*Vino el Rey y todos fuimos de aquí.*» (*advenit rex et inde omnes ivimus*) escribe. Él no viene con el Rey, sino que le recibe, y sale junto con él. D. Rodrigo estaba con Berenguela, dirigiendo con sus luces el espinoso negocio. Además como Canciller Mayor redactando y autorizando el documento del pacto; que se formalizó antes de venir el Rey. «*(Et pacto hujus modi confirmato, rex advenit.)*» Lástima que conserve la norma de callar su actuación cuantas veces no sea menester para explicar los acontecimientos históricos. En Benavente estaban Sancha y Dulce, hermanas del Rey, comprometidas a cumplir el laudo de su madre. Allí se hallaban el 11 de Diciembre Fernando, Berenguela, Rodrigo, Teresa y las Infantas, y en ese día se firmó, en Benavente, la concordia famosa, que ponía fin a la cuestión dinástica de León, y se señalaron en ella a las Infantas, para su vida, treinta mil aureos, y Fernando se hizo dueño de todas las fortalezas y castillos pacíficamente. (1) Hacía 73 años que León y Castilla vivían separados. Extraña cómo se ha trabucado por historiadores principales el itinerario de San Fernando, haciéndole andar y desandar entre Valencia y Benavente. Basta leer a don Rodrigo, en quien todo es claro. En dos meses, Octubre y Noviembre, se acabó obra tan grande. Pues si bien, el 11 de Diciembre, se firmó el último documento, seguramente el del arreglo de Valencia de D. Juan, estaba terminado unos días antes del fin de Noviembre. Porque por una donación de San Fernando a los Caballeros de Alcántara consta, que San Fernando estaba en Benavente el primero de Diciembre. (2) Allí se detuvo con D. Rodrigo hasta fines del mismo. Allí firmó el 19 del mes muchos privilegios en pro del Concejo de León, dando por razón:

(1) Lib. IX. c. 15. (2) *Bullarium*, p. 34.

«Dono todo esto por los muchos y gratos servicios, que al principio de mi reinado fielmente prestásteis.» Ya podían quedar contentos: Les confirma el Fuero, les dona los bienes de la Corona, señala a los habitantes el tributo, conforme a su haber, y se obliga a nombrarles por Gobernador un ciudadano de León, reservándose el derecho de mudar los militares de los castillos. Van las firmas de los dos Reinos unidos, empezando por D. Rodrigo, y sigue en su columna Bernardo de Compostela. El 21 de Diciembre donó molinos suyos de Benavente a los Alcantarinos. (1)

Escribe D. Rodrigo, después de contar lo de las Infantas: «El Rey de aquí marchó a Zamora, Salamanca, Ledesma, Ciudad Rodrigo y Alva, y por todas las ciudades del Reino fué recibido con homenajes y honores Reales.» Las ciudades que nombra, las recorrió en compañía de D. Rodrigo, y un autor escribe: «fueron las últimas en someterse al Rey, y su sumisión se debió principalmente a las persuasivas palabras del Arzobispo D. Rodrigo.» (2) Por otras fuentes podemos fijar las fechas de los movimientos del Rey y de D. Rodrigo. El 31 de Diciembre estaban en Zamora, donde firman una carta en pro de los monjes de Sahagún; (3) el 1.º de Enero otra allí mismo, para premiar al Obispo de Astorga su lealtad en la coronación del Rey, en León. (4) El día 2 Fernando expidió en Zamora un documento de varias donaciones a favor del mismo D. Rodrigo, presente allí, como la escritura dice. Le dona el Rey dos extensas fincas y varios huertos en Baeza. Merece que se note que dice el documento, que el Rey lo dictaba. Lo firma con los títulos de Rey de Castilla, Toledo, León y Galicia, (5) y en la donación del 5, a favor de los monjes de Sahagún, añade a los predichos, los de Badajoz y Baeza. (6) Después de firmar en Zamora, el 8, ricas franquicias, en beneficio (7) del monasterio de Celanova, Galicia, se encaminaron los dos personajes a Salamanca, donde expidieron cartas de gracias, en los días 13, 15 y 20, en pro del Obispo de Orense, (8) de los Caballeros de Santiago (9) y del Obispo, Iglesia y Cabildo de Ávila. (10) Un mes más tarde, el 22 y 23 de Febrero, los encontramos en Ciudad Rodrigo, concediendo mercedes a las Huelgas de Burgos, (11) y al monasterio de Valparaíso o Palais; (12) para el 6 de Marzo regresaban por Alba de Tormes; (13) y el 2 de Abril en Sebugal confirmaron un privilegio de Alfonso IX, en pro de los Alcantarinos. Estos caballeros Alcantarinos debieron portarse bien con el Santo Rey en su ingreso en León, pues son objeto de muchas mercedes en esta época. El 23 de Abril (14) y en Mayo hasta el 20, (15) los encontramos en Valladolid. Hasta el Otoño no aparece la huella del itinerario del Rey. Terminada la excursión en Valladolid, debió separarse aquí el Arzobispo; pero acaso después que le concedió el decreto de la donación de Quesada en Andalucía. No hallo su fecha. Por la multitud de cartas Reales, que expidió San Fernando, sabemos, que pasó en Castilla la Vieja, el Otoño de 1231, y a fines del año emprendió su visita por las ciudades de Galicia, que todavía no había visitado; y el 26 de Febrero de 1232 se le ve en Santiago, (16) y el 14 de Abril en Orense (17), y para el 24 llegaba a Zamora. (18) Aunque las firmas de los documentos Reales indican, que seguía el Arzobispo a su Soberano, no lo confirman otras noticias, y no hay razón para creer que don Rodrigo realizó este grato viaje de honores por las dulces tierras gallegas. Mien-

(1) Ib. (2) Gebhart. tom. III. c. 29. p. 373. (3) *Índice de Documentos*. (4) *Memorias...* 376. (5) *Memorias...* p. 377. (6) *Historia de Sahagún*. Ap. III. n. CCXXXII. (7) *Colección de priv. de la corona de Castilla*. (tom. V. 150 y 153). (8) *Memorias*. 380. (9) *Bull. S. Jacobi*. 91. (10) *Memorias...* 382. (11) *Memorias...* p. 384. (12) *Memorias...* p. 384. (13) *Hist. de Sahagún*. Ap. III. es. crit. CCXXXV. (14) *Bull. de Alcántara*. Año 1231. (15) *Memorias*. p. 386 y 390. (16) *Memorias*. p. 398. (17) *Colección de privil.* p. 158 y 161 (18) P. Minguella. *Hist. de Sigüenza*. I. 553.

tras Fernando ganaba los corazones de sus nuevos vasallos, desempeñaba él en la ardiente Bética, en el verano de 1231, una comisión delicada, que a la vez es una de sus más renombradas empresas.

Terminada la relación de la excursión por las ciudades mencionadas, escribe el Arzobispo: «Entonces el Rey Fernando dió Quesada, que, algún tiempo rescatada, estaba en poder de sus habitantes, los sarracenos, a Rodrigo, Arzobispo de Toledo. Mas Rodrigo, Arzobispo, transcurridos tres meses desde la donación, después de reunir el ejército, se fué contra Quesada, con multitud de gente armada...» (1) Como no es posible fijar documentalmente la fecha de la donación, tampoco lo es la del principio de esta expedición guerrera. Si fué por febrero, en mayo, después de ocupar Alba de Tormes, se alejó del lado del rey, y congregando la hueste, a principios de verano, se lanzó al mediodía; si fué por mayo, la campaña se inició a fines de verano, sentido que consueña mejor con el curso de la narración, y se ajusta a la costumbre de entonces, de hacer las expediciones a Andalucía, al bajar los calores estivales.

Como en 1214 Alfonso VIII, ya caído de bríos, le nombró generalísimo de la frontera del mediodía, que se limitaba por las cadenas de Sierra Morena, y los moros la invadían por muchos puertos, para oprimir los castillos y pueblos, y esquilmar y devastar las comarcas del sur de Toledo, así ahora, San Fernando nombró otra vez a D. Rodrigo, jefe principal de la frontera sarracena de Andalucía, que corría por los linderos del reino conquistado de Baeza, haciendo por mil sitios arcos y curvas, conforme lo exigían las variaciones topográficas y la localización de las plazas y castillos, guarnecidos lo más sólidamente posible. Este es el verdadero carácter de esta expedición del Arzobispo, aunque el no lo explica. Así escribe Mariana. «En el entretanto se grangeaba las voluntades de los leoneses, encargó (Fernando) el cuidado de la guerra contra los moros al Arzobispo D. Rodrigo.» (2) El Cardenal Lorenzana. «Como urgía la necesidad de llevar la guerra de Quesada, cerca de Cazorla, determinóse (San Fernando) a encargar a nuestro Prelado todo el cuidado de la guerra y del ejército...» (3) Modesto Lafuente. «Y como supiese (el rey) que los moros, aprovechándose de su ausencia, habían recobrado a Quesada, encomendó al Arzobispo de Toledo la empresa de rescatar esta villa para el cristianismo, haciéndole merced y donación de ella y de lo demás, que conquistase. El Prelado Jiménez, que era tan ilustre en las armas como en las letras, y reunía en su persona las cualidades de apóstol insigne y capitán esforzado...» acometió la empresa. (4)

Viendo los sarracenos el fracaso de Jaén, y sabiendo que el rey de Castilla tenía el grueso de su tropa empleado en ocupar el reino leonés, levantáronse animosamente, con esperanzas de recobrar lo perdido, y valerosamente se apoderaron de Quesada, amenazando el avance; pero como punto extratético de primer orden para centro de operaciones, en seguida comenzaron por reconstruir los fuertes, que los cristianos habían arruinado antes de abandonar el puesto. Se recordará que en la primera expedición de San Fernando se había conquistado esta plaza, y por cierto, hay quien en esta ocasión atribuye al Arzobispo el mérito de la conquista. (5) Conociendo el rey Fernando la gravedad del movimiento, escogió para contenerlo al varón más experimentado, y al guerrero más acreditado y seguro, que a su lado tenía, para que en un punto tan alejado y peligroso no pudiera ocurrir un fatal descalabro, y pudiera él, sin sobresaltos, terminar su indispensable gira

(1) Lib. IX. c. 15. (2) Hist. Lib. XII. c. 15. (3) *Vita*. (Padres Toled.) III. (4) Hist. Part. II. c. 14. (5) Juan. B. Pérez. *Vitæ Archiep.* I. 238.

de posesión pacífica de los nuevos estados. De aquí la elección de D. Rodrigo. Es fantasma lo que escribe cierto autor. «Como recompensa de sus esfuerzos (en la unión de León a Castilla) Fernando dió a su Iglesia la villa de Casaeta.» (1) ¿Cómo iba a ser premio de esos servicios una propiedad en poder de los infieles, cuyo rescate tenía que costar lo que no se sabe? ¡Vaya una recompensa! Pero D. Rodrigo no habla de título de premios, sino de concesión de esa villa, si la conquistaba en su empresa. (2) Era de futuros servicios. Reunida la «muchedumbre de soldados de las fuerzas del reino y de sus concejos, el Arzobispo se encaminó directamente a la villa de Quesada, posterior presa de los moros, que activamente estaban reparando sus ruinas», dice el mismo, (3) y expulsó de allí a los poseedores. Quizás bastaba para contener al enemigo fortificar este punto importante, y desde allí impedir toda intentona de invasión de fuerzas poderosas, vigilando a la vez, por medio de columnas volantes, los demás pasos peligrosos; pero no podía limitarse a eso la pericia guerrera e impulsiva del Arzobispo, cuyo lema era, quebrantar a los secuaces de Mahoma, y ensanchar y consolidar el radio de las conquistas. Al norte de Quesada se extendía una feraz y accidentada comarca, llena de pueblos, villas y castillos, dominados por los sarracenos, sin que nadie hubiera penetrado allí, desde que en la primera invasión se enseñorearon de ella. Su población principal, Cazorla, con miles de habitantes. Puestos extratéticos excelentes, singularmente inexpugnables, la torre cartaginesa de Iznatoral, el fuerte Elezuela y la Peña de los Halcones. Región a propósito para la guerra y las conjuraciones, a la que había dado gran fama la sublevación, que allí se organizó contra Abderraman I. Con esto se entiende qué importancia tenía para los cristianos su adquisición, estando, como estaba, en los límites del reino granadino, que se hallaba en el periodo de formación. Por lo cual, después de guarnecer a Quesada, D. Rodrigo se lanzó a su conquista, que debió costarle muchos sacrificios, sudores y tiempo, (si bien nada particulariza sobre esto) ya que dentro del territorio conquistado había seis villas y quince lugares, y una población, que no bajaría de quince mil almas, que recibían socorros de fuera. El mismo D. Rodrigo enumera los pueblos principales, que tomó en este orden. «Pilas, Toya, Lacra, Agocino, Fuente Julián, Torres de Lago, Higuera, Morla o Alaula, Arcola, Dos Hermanas, Niebla, Villa Martín, Cazorla, Cuenca y Chelis.» (4) Pueblos todos pertenecientes a los antiguos Bastetanos y Oretanos. De Niebla dice Mariana que los antiguos llamaron Elefa. Alguno que otro con el tiempo cambió de nombre, pues aparecen allí ahora Santo Tomé, Begara y Linalo.

Toda esta comarca con sus pueblos se la cedió San Fernando a su conquistador, D. Rodrigo y a la Iglesia de Toledo; y el Arzobispo formó el mejor florón de la Archidiócesis de la Sede Primada. Como de todos esos pueblos se constituyó el famoso Adelantado de Cazorla y Quesada, que como un soberano organizó y defendió D. Rodrigo, y disfrutó siglos enteros el Arzobispo de Toledo, vamos a dar aquí algunas noticias más, para que se comprenda en qué consistió la obra posterior del conquistador, y diremos dos palabras de las vicisitudes póstumas de esa obra suya. Expliquemos primero el sentido de Adelantado, en el caso presente. Dice el historiador Aldama. «Adelantado, nombre que se deriva del hecho de haber adelantado, o ido más allá de los preceptos del rey, en ventaja de éste y del

(1) Gebhart. III. c. XXIX. (2) Tanto le disonó a Mariana un premio, que estaba por conquistar, que escribió el error siguiente: «Al Arzobispo D. Rodrigo en premio del trabajo, que tomó en todos estos tratos y caminos tan largos y tan continuos, que hacia sin cansarse jamás, dió el rey en *aquella tierra* (de León) la villa de Cascata.» (Lib. XII. c. 15). Luego cuenta cómo Rodrigo conquistó a Quesada en Andalucía, concedida a él por el rey, si la tomaba. (ib.) (3) Lib. IX. c. 15. (4) Lib. IX. c. 15.

pueblo, o por haber realizado un hecho glorioso y memorable. Así lo verificó Don Rodrigo, haciendo más de lo que rey le mandó; por esto recayó en él la dignidad de Adelantado.» (1) Según las Partidas, Adelantado, en lo eclesiástico, es primera autoridad, como el Obispo (2), en la administración de la justicia es el que hace veces del rey, para oír alzadas (3) (o apelaciones,) en lo civil y militar es una especie de *Præses Provinciæ*. «Su oficio es grande, ca es puesto por mandato del rey sobre todos los Merinos como sobre las comarcas.» (4) Debe defender la comarca, juzgar según ley, y gobernar. Era un delegado universal del rey con la triple autoridad, civil, militar y judiciaria, pero sin derecho a dar leyes.

El Adelantado que adquirió D. Rodrigo, el año 1232, en que San Fernando con Doña Beatriz firmó el documento, cediéndole toda la tierra conquistada, y declarándole su Adelantado, era todavía mucho más perfecto. Porque conservando sólo el dominio alto nacional, le hacía verdadero dueño y Señor propietario absoluto de todo el territorio, sin que pudiera despojarle el mismo sin injusticia, con derecho inapelable de dar las leyes particulares, que le placiera, y organizar el servicio administrativo y civil y militar, como quisiera. Verdadera autoridad pública inamovible, además de propietario, como representante del rey en la frontera, decidía las cuestiones. Como los Adelantados del rey, tenía el deber de defender la frontera, pero no con tropas del rey, sino propias. Por su cuenta erigia, sostenía y presidía plazas y castillos. Cuando le escaseaban fuerzas propias recibía las del rey. El nombraba un lugarteniente suyo en aquel estado, con la autoridad y atribuciones, que le parecían, sin intervención del soberano. Por donde se ve que el Adelantado de Cazorla era *sui generis*, extraordinario, nada semejante a los que podía el rey crear y establecer en varios puntos del reino.

Don Rodrigo adquirió para sí y para sus sucesores en la Sede Toledana, con tan dilatada comarca, mucho poder, mucha importancia y muchos beneficios; pues era tierra fertilísima, muy poblada, (5) y en ciertos puntos amenísima; pero también cayó sobre él un trabajo enorme, lleno de inquietudes, particularmente en los primeros años; porque hasta la conquista de Granada, siempre fué menester estar arma al brazo; ya que por el Levante confinaba con dicho Reino sarraceno. En seguida le fué preciso aumentar las obras de fortificaciones y poner presidios fuertes en las plazas; y desde el principio tuvo que enviar constantemente nuevas y numerosas fuerzas, para repeler los incesantes intentos y ataques de los moros circunvecinos, que siempre estaban acechando y atacando, para hacer presa en aquel rico estado. El punto más dificultoso de defensa era, no Cazorla con sus 14 pueblos y multitud de castillos, sino Quesada, plaza muy fuerte, pero más accesible, por hallarse en las riberas del río, y más codiciada, por ser clave de irrupciones y movimientos estratégicos. Sin embargo no constituía el baluarte indispensable de la defensa del Adelantado de Cazorla; porque estando situada en una orilla, y en punto excéntrico topográficamente, su posesión influía poco en la conservación de la parte maciza del Adelantado. Por esta razón costó mucho a don Rodrigo la conservación de Quesada; más que el resto del estado. Solicitó dispensas y privilegios particularísimos de Gregorio IX, para la guarnición y habitantes de esa plaza: dispensas, que solo el Papa concedía entonces, para que los cristianos no incurriesen en las excomuniones establecidas en los cánones de la Iglesia.

(1) *Hist. de España*. tom. 4. Cree Aldama que por este Arzobispo lo instituyó San Fernando, otros disienten. (2) Part. I. tit. V. Ley 1. (3) Part. II. tit. IX. Ley 19. (4) *Ib.* *ib.* (5) Cazorla pasa hoy de 13.000 hombres; Quesada se acerca a 10.000; Marla a 3.000, y así otras villas y pueblos de Cazorla antigua.

Dicho Papa otorgó a D. Rodrigo esas gracias, que éste pidió, por la bula del 24 de 1234 «*Ex parte tua*» Le dice «que sabiendo que el Arzobispo conquistó la fortaleza con grandes peligros y gastos suyos, para dilatar el culto de la fe católica y defensa del pueblo, y por estar en medio de los sarracenos, los defensores de la misma no pueden adquirir las cosas necesarias para la vida, sin grande peligro, si no es comerciando con los sarracenos, les faculta para que comercien con los sarracenos circunvecinos, menos en armas, caballos, hierro y objetos de lazos y cordonería. Dado en Perusa.» (1) Ni con estos privilegios pudo sostener con el tiempo la Sede toledana esta plaza de Quesada, sino que la tomaron los moros, pero sin que se perdiera una almena del resto del Adelantado. El guerrero D. Rodrigo lo conservó tenazmente; por eso escribía el mismo en 1243 «que para el honor del Rey, que la dió a la Iglesia de Toledo, lo custodia hasta ahora y lo custodia con los demás castillos.» (2) Hasta 1240 no poseyó pacíficamente todo el territorio descrito, sino que sostuvo guerra continua durante ocho años, al cabo de los cuales, se completó la conquista; y los agarenos se convencieron, de que les era imposible entrar más en aquel rico vergel y feraz campiña. Escogió para la guerra y gobierno competentes varones. El primer gobernador y capitán, que allí puso, fué el toledano Pedro Diego Carrillo, bravo y fiel, que rompió intrépidamente feroces ataques de los moros, y completó y consolidó la nueva conquista. Mas célebre que Carrillo es en la historia Gil de Rada, sobrino (3) del Arzobispo, al cual puso su tío al frente de aquel Adelantado, hacia 1245, con poderes más amplios y precisos, de lugarteniente suyo, pero sin título de capitán. No sé en qué consistieron los hechos que le dieron fama al caballero navarro, sino se cuentan los harfo ruidosos, que tuvo en su patria con sus Reyes y estados. Por desgracia todo es escasez de noticias en hecho tan importante. (4) Solo el gobernar y defender con el necesario vigor y esfuerzo pudo dar a Gil de Rada fama; pues era uno de los puestos guerreros más importantes para la seguridad nacional.

Si la escasez de noticias de las peripecias de la conquista y de la trabajosa implantación y fortificación del Adelantado nos afligen, otro tanto nos sucede con las disposiciones legislativas, que D. Rodrigo dió a su gran Señorío. A la capital, Cazorla, le dió el Fuero de Cuenca, como se deduce de las palabras de la Real Academia de Historia en su «*Colección de Fueros y Carta-pueblas de España*» en el artículo Cazorla, donde se lee: «Fueros otorgados a sus vecinos por el Arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez. No tienen fecha. En la Memoria del pleito entre el Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Rojas con el Marqués de Cámara sobre el Adelantamiento de Cazorla, folio 68 v., se describe el Códice de estos Fueros, existente en el Archivo de la villa, compuesto de 64 hojas enteras, y algunas rotas. Se copia el principio del fuero, y la primera ley es también la primera de el de Cuenca, lo que induce a creer, que sea acaso el traslado de este último.» (5) Hasta aquí la Real Academia de Historia; a cuyas noticias no puedo

(1) Auvray. 2063. (2) Lib. IX. c. 15. (3) J. B. Pérez le llama equivocadamente hermano del Arzobispo: le corrigió Merlana diciendo que era sobrino. (4) Con avidez fuimos a leerlas en el Manuscrito de Juan B. Pérez en la Biblioteca Nacional, con el título: «*Relación en breve compendio de la conquista de la villa de Cazorla, origen y progreso de sus Adelantados, y de las demás villas, según se collige de autores graves.*» (del fol. 238 al 241.) La ilusión de algo luégo se desvaneció. No es un estudio serio, digno de tan grande autor. Recita rutinariamente lo que dice D. Rodrigo, en cuanto a la conquista. Trae deshilvanados datos sobre los Adelantados. Asegura que el primero que recibió título de tal, de manos de los Arzobispos fué en tiempo del Arzobispo Díaz Palomeque. La mejor parte de su trabajo es la Geografía y descripción de los pueblos. (5) Página 70.

añadir ninguna, a pesar del afán con que me he movido para saber algo más; pero siempre con resultados infructuosos. Creo sin embargo que D. Rodrigo sometió su Señorío a ciertas disposiciones civiles y administrativas generales, y dió a varios pueblos más populosos alguna carta puebla de favor, para estimular su prosperidad, y a la capital, Códice foral en regla. Esa norma siguió en la gran copia de concejos, villas y aldeas, que enriqueció con Fueros. No hay razón para decir que se apartó de ella. Más fortuna debió tener Vicente de la Fuente, el cual, al explicar la hermosa creación del «*Consejo de la Gobernación*» del Arzobispo de Toledo, así se expresa: «No contento con esto, D. Rodrigo dió fueros y leyes a muchos de estos pueblos, (de Cazorla) y organizó su jurisdicción. Como esto no era del Cabildo, ni los cabildos están para esto, hubo de organizar don Rodrigo un Consejo peculiar, que entendiase en la parte económica y administrativa de todos estos asuntos y aún en lo civil y criminal de las sentencias, que en asuntos temporales daban los Alcaldes, y de los que venían apelaciones al Arzobispo. Esto fué el origen verdadero y necesario de la célebre Audiencia Arzobispal de Toledo, conocida con el nombre de «*Consejo de Gobernación*» que en adelante fué ampliando su jurisdicción a varios asuntos eclesiásticos.» (1)

Aunque ardientemente codiciado tan extenso y pingüe estado, por encerrar una de las más envidiadas huertas de Andalucía, fué respetado, hasta que invadió el cesarismo a Castilla con la entrada de Carlos V, el cual, sin hacer caso de los derechos conquistados por el gran Rodrigo Jiménez de Rada, se aprovechó de la excesiva flojedad cortesana del Cardenal Tavera, se la apropió y se la regaló a su secretario, D. Francisco Cobos, hijo de Ubeda, enredador de oficio. El preceptor de Felipe II, el Cardenal Silíceo, le declaró pleito, que Toledo ganó en 1601, siendo Arzobispo Bernardo de Rojas y Sandoval, y se lo entregó el marqués de Camarasa. En el naufragio universal de la desamortización y del latrocinio, la España liberal se lo arrebató todo, y unos cuantos vivos, sin conciencia, se lo engulleron, dejando a la Iglesia Primada sólo la jurisdicción espiritual, que todavía allí ejerce.

No terminaré lo referente a Cazorla, que en adelante sólo de resbalón tocará en nuestra historia, sin llamar la atención, siguiendo el ejemplo del historiador general de la Iglesia española, (2) sobre el notable ejército de combate que podía D. Rodrigo poner en pie de guerra, desde la conquista definitiva de este Adelantado, advirtiéndole, que por especiales concesiones de San Fernando, y como principal Adelantado de la frontera, y por los derechos, que adquirió en las guerras, por su cooperación extraordinaria, tenía Señorío sobre Martos, Calatrava, Ubeda y Andújar. Por lo tanto en los últimos años de su vida el Arzobispo guerrero formaba la totalidad de su hueste, del reclutamiento que resultaba de la tierra andaluza, que eran el citado Adelantado y los pueblos nombrados, con otros pequeños más, que allí había. En la Mancha, Alcaraz con sus villas próximas. En Guadalupe, Brihuega y su comarca y otros pueblos solitarios. En las proximidades de Madrid, Alcalá y sus numerosas aldeas. En tierra toledana, Almagro, Yepes con sus aldeas, San Torcuaz, Uceda, Talamanca, con sus aldeas, y con las suyas La Guardia, y Torrijos, Archila, y otros muchos particulares. De Palencia, Villaumbrales obedecía a su llamamiento, y no digo más, por ser bastante lo nombrado para hacerse cargo del poderío militar de nuestro insigne Prelado. Y quien lo conquistó y mereció para su Sede, casi en su totalidad, fué el mismo D. Rodrigo. ¿Quién no le admira? Mas la campaña de D. Rodrigo en Andalucía, en 1231, tuvo

(1) *Hist. Eccl. tom. IV. Lib. IV. p. 254.* (2) *Hist. Eccl. t. IV. Lib. IV. p. 253.*

mucho mayor extensión y consecuencias que la conquista de Cazorla y Quesada, abrazó a toda la frontera enemiga y les causó otras pérdidas. Los sarracenos, viendo los progresos del Arzobispo en la región de Cazorla, atacaron a los cristianos con más vigor y coraje, por diversos puntos, con el fin de vengarse de las pérdidas y distraer las fuerzas cristianas. Cargaron especialmente por la comarca de Martos y Andújar, donde habían quitado a los castellanos las plazas de Sabiote, Garcés y Jodar, conquistadas en 1225 por San Fernando, para arrebatar ahora al Arzobispo, Martos, Bilches, Andújar y otros pueblos suyos en lo civil y en lo eclesiástico. D. Rodrigo corrió apresuradamente a aquella frontera, reconquistó para el rey las citadas plazas de Sabiote, Garcés y Jodar, y las agregó a su diócesis en lo eclesiástico, dando por razón, que poseía las otras seis inmediatas, mucho más importantes, a saber, Andújar, Martos, Baños Bilches, Tolosa y Ferral.

En el acto el Obispo de Baeza, Fray Domingo, le plantó un ruidoso y obstinado pleito sobre las tres plazas agregadas. Además el mismo Obispo le había dado poco antes otro disgusto, impetrando ocultamente de Roma para su Sede el derecho de depender sólo del Papa y no del Metropolitano de Toledo. (1) Pero fray Domingo no se limitó a poner pleito, sino que además ocupó violentamente las citadas poblaciones, y también la de Bilches, diciendo que pertenecían en lo pasado a la diócesis de Baeza. Lo que produjo gran extrañeza y ruido, viniendo sobre todo el golpe de quien tan favorecido había sido de D. Rodrigo. La causa fué llevada a la vez al tribunal de San Fernando y al de Gregorio IX. A San Fernando se atribuye una resolución dictada en Burgos en 1232, que no zanja nada. (2) Por lo que no sirvió para encauzar el pleito en Roma. El Papa encargó al Obispo de Osma, al Deán de Zamora y al Tesorero de Palencia para que estudiasen la cuestión de los límites; pero hecho muy concienzudo estudio, nada sacaron en limpio. Tan incierto estaba todo; y así seguía en 1234. En este año Gregorio IX nombró otra comisión compuesta de los Obispos de Osma y Calahorra y del Deán citado, para que, yendo al mismo terreno, personalmente examinaran todo, y demarcasen los límites de la diócesis predicha. Éstos suspendieron el apeo hasta la vuelta de don Rodrigo de Roma, en donde estaba éste en aquel tiempo. Apenas regresó, la comisión trató primero con San Fernando, se fué luego a Baeza, y recorrido el territorio, levantó la escritura de demarcación, que se envió al Papa, para que la confirmara. Pero se estancó en Roma hasta 1243; año en que se terminó el pleito por una carta de concordia, que firmaron D. Rodrigo y fray Domingo de Baeza. (3) En esta cuestión brillaron especialmente las virtudes de D. Rodrigo, que apareció maduro en la caridad, en la mansedumbre, en la dulzura y en la perfecta sumisión a las decisiones del Papa. Porque ni se quejó palabra de que éste acogió los deseos de fray Domingo, para hacerle de su obediencia, ni afligió con nada a su antiguo sufragáneo, ni dejó de honrarle, aún en su historia, citándole entre los héroes de la conquista de Córdoba, que se hizo durante el ardor del pleito. (4) Poco duró el agravio de la sustracción de la Sede; porque ya Baeza era sufragánea antes de la conquista de Jaén, en vida de D. Rodrigo, y Jaén absorbió luego la diócesis de Baeza.

Pero prosigamos los actos de Jiménez de Rada en esta empresa guerrera, que se puede decir, que abarca tres años seguidos, de 1231 a 1233, entre diversos actos y viajes del Arzobispo, y la organización adecuada del Adelantado de Cazor-

(1) Jimena. p. 127 y 128. (2) José Álvarez. *Sucesión Real de España*. T. III. p. 128. (3) Léanse los *Anales de Jaén*, por Jimena, en quien se inspiró también José Álvarez. Abundan allí pormenores.

(4) Lib. IX. c. 17.

1a. Entre 1231 y 1233 hay pocas huellas de la presencia de D. Rodrigo en Castilla. Es que D. Rodrigo se cuida de la guerra andaluza. D. Fernando descuida en él el negocio, y disfruta del nuevo Reino. El Sur no le inquieta ni le preocupa nada. No sabemos cuántos viajes hizo Rodrigo a la región andaluza en ese tiempo; quizás uno por año. En uno de ellos tuvo lugar aquella derivación de la acción militar del Arzobispo, que dió por el resultado una batalla, que con entonación subida han narrado los más populares historiadores de España. (1) Su autenticidad histórica descansa en la discutida Crónica de San Fernando, y en la autoridad ruinosa del famoso arabista Conde. (Parte IV. c. 3.) Lo copiaré de Gebhart. Se leerá con gusto, porque encierra uno de los episodios más legendarios de la reconquista:

«Aún no había vuelto el Arzobispo de su campaña, cuando por orden del Rey, salió también contra los infieles el Infante Alfonso, su hermano, acompañado del castellano Alvar Pérez de Castro, el mismo, que hemos visto servir antes a los moros en la ciudad. El Infante y el Arzobispo reunieron sus tropas, y aprovechando el profundo estado de descomposición, en que se hallaba el imperio musulmán, penetraron, sin hallar quien les estorbase el camino, hasta tierras de Sevilla y Jerez. El noble Rey Aben Hud, dice la crónica musulmana, se dolía mucho de estos males, que sus pueblos padecían, y olvidando las ventajas, que conseguía su nuevo rival, en tierra de Granada, preparó sus gentes para salir contra los cristianos, apellidó la tierra, y allegó muy poderosa hueste de a pie y de a caballo, que cubría la muchedumbre montes y llanos. Con ella partió Aben Hud en busca de los enemigos de Alá, que estaban acampados en las riberas del célebre Guadalete, cerca de Jerez, y allí tenían sus ricas presas de cautivos y ganados. Empeñada la batalla allí mismo, la sangre musulmana enturbió entonces las aguas del mismo río, que se tiñera quinientos años antes con la sangre de los godos: a pesar de su número y de la confianza, que en la victoria les animaba, los musulimes no pudieron resistir el choque de los castellanos, y muchos perecieron alanceados por aquellos olivares. Las crónicas y las leyendas refieren mil hazañosos hechos de los caudillos Alvar Pérez y García Pérez de Vargas, que dió muerte al emir de los Gazules, que desde África había venido en auxilio de Aben Hud. Allí fué donde ganó su nombre de Machuca el famoso toledano, Diego Pérez de Vargas, hermano de García, de quien cuenta la crónica, que después de haber inutilizado y roto, matando moros su lanza y su espada, desgajó una rama del olivo, y con ella empezó a herir a una y otra parte, a diestro y siniestro, sirviéndose de ella como de una maza. Alcánzase esta victoria en Septiembre u Octubre del año 1233, y la hueste cristiana triunfadora, cargada de despojos, encaminóse a Palencia, donde se encontraba el Soberano.» (2) Sánchez Casado se deslumbra hasta ver aquí una batalla comparable a la de las Navas, e incurre en el error de atribuir su dirección a San Fernando. Es indudable que el Rey no volvió a la Bética hasta 1234; y así dice M. La Fuente, que mientras el Infante Alfonso y el Arzobispo D. Rodrigo hacían la guerra en Andalucía, el Monarca se ocupaba en atenciones de otro género. (3) Ni pudo verificarse la campaña citada, que hemos insertado, más que por la exactitud de cada uno de sus episodios, por motivos de información, en Septiembre u Octubre de 1233, sino antes; porque documentos fehacientes, que luego recordaremos, atestiguan la presencia del Arzobispo en Brihuega, en los mismos meses.

1 M. La Fuente, Part. II. Lib. II. c. 14. Gebhart. Año 1223. Sánchez Casado. 2 Gebhart. Hist. tom. II. c. 29. 3 Hist. de España. Part. II. Lib. II. c. 14.

En 1231 Gregorio IX favoreció a D. Rodrigo con varias bulas. El 4 de Abril ordenó a todos los Reyes de España, que reconociesen el derecho de la Primacía del Metropolitano de Toledo sobre la Metrópoli de Sevilla, apenas fuese reconquistada. (1) El 29 del mismo mes le concedió la facultad de absolver de todas las censuras a los Caballeros de Calatrava, que encarecidamente así se lo pidieron al Papa; porque, como decían al mismo, los que habitualmente vivían en la frontera, en continua lucha, incurrían frecuentemente en la excomunión de los transgresores de la censura: *Violentas manus...* En aquellos tiempos ásperos, esos soldados religiosos se encolerizaban pronto y se venían a las manos por cegadores puntillos de honor. Cada vez tenían que acudir a la Sede Apostólica; cosa difícil; y si interin sobrevenía el peligro de la muerte en el combate, se llenaban de terror de la condenación. Gregorio IX concede al Arzobispo de Toledo esa facultad, aduciendo la siguiente reflexión, que le mueve, y que no nos resistimos a copiar, porque es bella y honrosa para aquellos héroes: «Ellos, haciendo guerra casi continuamente a los infieles, siempre están dispuestos a ir, en pos de Cristo, a la cárcel y a la muerte, por la exaltación de la fe cristiana; por lo cual es digno, que nosotros de tal modo prevengamos sus peligros, que no se entibien en su vocación, sino que más bien se encienda más fuertemente el celo, que tienen por el incremento del culto cristiano.» (2) Le ordena que, si es muy grande y enorme, el exceso lo remita a la Sede Apostólica. El 7 de Mayo Gregorio comisionó a los Obispos de Burgos, Salamanca y Segovia para que recibiesen la declaración de los testigos sobre el pleito de la Primacía, pleito que, tiempos antes había encargado a los dos últimos, y además al electo de León, dice la bula. (3) El breve de ese encargo no he logrado ver. El 22 de Mayo el Papa dirigió al mismo D. Rodrigo una bula revestida de extraordinarias solemnidades, texto largo y de expresivo afecto, firmada, caso rarísimo, por nueve Cardenales de la Curia Romana, que eran los siguientes: Juan, Obispo Sabinense, Santiago, Obispo Tusculano, Tomás, Presbítero Cardenal; Juan, de Santa Práxedes, Presbítero Cardenal; Sigebardo, de San Lorenzo, Presbítero Cardenal; Esteban, de Santa María Transtiberina, P. C. Octavio, de los Santos Sergio y Baquio, Cardenal Diácono; Renero de Santa María in Cosmodin, Cardenal Diácono; Egidio, de San Cosme y San Damián, En la bula le confirma la Primacía sobre Sevilla, que Honorio III, se la había concedido antes «*motu proprio*»; y le mueve a ello, primero la nobleza de la Iglesia Toledana, segundo el mérito suyo de especial devoción a la Sede Apostólica. Al fin fulmina las más aterradoras maldiciones contra las cabezas de cuantos intentaren a contradecir esta concesión. (4) Cinco días después le envía otra bula confirmando en su Primacía, en España. Es documento común. (5)

Adquiría proporciones gigantescas la causa de los derechos de los Caballeros de Santiago y de la jurisdicción episcopal de D. Rodrigo. Apoyados aquellos en unas cláusulas ambiguas de exención, iban invadiendo todo, y enriqueciendo a su orden con la acotación de innumerables comarcas y pueblos, que podemos llamar eclesiásticamente *mostrencos*, que ellos hallaban dentro de las diócesis, pero singularmente en la de Toledo; porque era la que lindaba por el Sur con los moros, que en sus incursiones desolaban los pueblos; era la mayor, y la que sin cesar crecía; sobre todo en los días de D. Rodrigo, por sus continuas conquistas y por su cooperación sin par en la historia española en las expediciones guerreras. Constantemente se ensanchaban los límites de la diócesis Toledana.

(1) *Notulae de Primatia*. (2) Ap. 101. Auvray. 671. (3) Ap. 102. (4) Ap. n. 103. Liber. priv. II. f. 114. (5) *Notulae*. fol. 18.

dana, y según la ley establecida, así tenía que ser; pues mientras no se rescatasen más que fragmentos territoriales de una Sede extinguida por el alfange musulmán, esos territorios debían agregarse automáticamente a Toledo, y así sucedía. Por eso en esa diócesis abundaban esos lugares *mostrencos* eclesiásticamente; es decir, pueblos y aldeas sin iglesias, ni servicios eclesiásticos; comarcas feraces ya libres, donde crear nuevos pueblos y erigir templos o capillas, para la práctica del culto cristiano. Por medio de un privilegio, acompañado de la exención, era posible acotar esos lugares, faltos de organización eclesiástica, en beneficio particular, y sustraerlos de la jurisdicción del Diocesano. Los Caballeros de Santiago, que tenían el privilegio de la exención, pretendieron también, que tenían el privilegio de erigir tales Iglesias *en los lugares desiertos de las diócesis, y en tierras de los sarracenos, en que establecieran nuevas iglesias, edificando ellos mismos los templos de nuevo*; privilegio concedido por Alejandro III, junto con la exención; sin duda con el excelente objeto de acelerar la restauración del culto cristiano. De esto deducían, como escribió D. Rodrigo a Gregorio IX, que todas esas iglesias eran exentas de la jurisdicción del Diocesano. Por eso cobraban íntegramente todos los derechos, sin contar con nadie, ponían clérigos idóneos, los cuales dirigían la plebe cristiana independientemente, y sostenían que los Obispos no podían imponer ni cobrar derechos, y que eran nulas todas las censuras allí promulgadas, lo mismo para los miembros de la Orden de Santiago, como para los parroquianos de aquellas iglesias suyas. (1) Con esto se halló el Arzobispo con una multitud de iglesias y de fieles, que no le obedecían nada, con escarnio de su autoridad y mengua de sus derechos e intereses, a pesar de estar enclavados en su Arzobispado, y con la amenaza de que ésto iría en aumento. Lo consideró absurdo e intolerable; no reconoció el sentido, que los Caballeros daban al privilegio pontificio, y se decidió a dar batalla a fondo, denunciando todo al Sumo Pontífice, venerando su potestad, y patentizando una vez más, que nadie le superó en la santa tenacidad y suma sabiduría en conservar intactos y respetados los prestigios y los fueros de su dignidad y jurisdicción. En el pontificado del antecesor habíase tenido una pendencia parcial acerca de siete iglesias, pendencia que amigablemente se solucionó el año 1224, en Brihuega, concertando el Maestre de la Orden y el Arzobispo el reconocimiento mutuo de derechos connaturales, análogamente a lo que hemos visto con los Caballeros Sanjuanistas. (2) Pero pasados unos años, tornaron a su método los Santiaguistas, poniendo en uso íntegramente sus privilegios, entendidos tan favorablemente, ejerciendo además actos impropios de los legos, según los relata el Arzobispo al Papa: pues algunos de ellos, casados, erigían tales iglesias y dedicaban altares, instituyendo en esos lugares clérigos, y dándoles la colación canónica de una jurisdicción, que no podían tener. Pues los Maestres de varios puntos eran legos y casados, y hacían tales nombramientos en los clérigos para lugares dependientes de su Priorato. Impresionó a Gregorio este grave relato y reclamación, y el 18 de Junio de 1231, ordenó al Obispo, Deán y Arcediano de la diócesis de Tarazona, que mandasen a los Caballeros de Santiago presentar sus privilegios; que también intentasen atraerlos a una composición amistosa, y sino, que, instruido el proceso, lo enviasen a Roma, mandando a las partes, que allí compareciesen dentro de un plazo fijo. El 22 de Mayo de 1232 los jueces citaron a los Santiaguistas a Agripeña, para que respondiesen a D. Rodrigo, que acudiría allí. (3) Este retraso de casi un año, en las gestio-

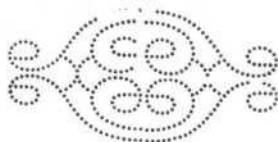
(1) Ap. 105. (2) Léase el largo y curioso concierto en el *Ball S. Jacobi*, p. 124 y 126. (3) *Ball San Jacobi*, p. 95.

nes de la información del proceso, procedió, sin duda, de la campaña del Arzobispo en la Bética, donde debió estar desde el Otoño de 1231 hasta el verano siguiente, en la conquista de Cazorla, según hemos relatado. Como vino mucho más tarde la solución de esta complicada cuestión, tras una disputa personal de D. Rodrigo con el mismo Papa de las Decretales, nada añadiré aquí a esta sencilla exposición de los términos de la causa. D. Rodrigo estaba en Turégano, cabe Segovia, el 8 de Junio de 1232, y allí expidió el decreto, concediendo cuatro cuarentenas de indulgencias a cuantos visitasen la Iglesia de Segovia, el día de su consagración, que era el de Santa Magdalena, o diesen limosna para ella. (1) Se ve que tenía más facultades, que las que ordinariamente suelen tener los Prelados por concesión pontificia.

El 30 de Septiembre le encontramos en Brihuega, en un acto solemne, dando sentencia en un asunto enojoso, que hacía años, que iba difiriendo, pero las instancias de los interesados, que eran los canónigos de Albarracín, le obligaron. Se quejaban de que su Obispo no les daba la parte de las rentas, que de derecho les correspondían. Hizo venir a Brihuega al Obispo y al Cabildo, (del que acudieron ocho miembros.) Oídas largamente las partes, ambas convinieron en aceptar la sentencia de su Metropolitano. Rodrigo en primer lugar ratificó lo dispuesto por su predecesor, D. Martín, respecto de las Iglesias existentes hasta entonces, y para las que en lo futuro se erigieran ordenó, que el Obispo percibiera las dos partes de las décimas, y el resto los capitulares; y las donaciones serían en adelante totalmente de los donatorios. (2) El Obispo, que entonces regía a Albarracín, se llamaba Domingo, y era el cuarto después de la restauración de la Sede. Domingo, tan adicto era a D. Rodrigo, que en 1234, al asistir a la conquista del Reino de Valencia, en la hueste de Jaime I, se apresuró a celebrar la misa, en el momento de caer la Burriana en manos cristianas, y declaró que tomaba posesión en nombre del Toledano, y lo mismo hizo en Almenara, Olacau y arrabales de Valencia, sometiéndolo al fin al dictamen de D. Rodrigo. (3) Murió hacia 1235, a los doce de su Episcopado. Los Maestres de Calatrava y San Juan, Gonzalo Yáñez y Alonso Álvarez, acudieron también en 1232 a Rodrigo, para que les solucionase las diferencias, que tenían sobre los límites de varias posesiones, mal deslindadas, y les satisfizo, y los pacificó con su dictamen. (4) En 1233 de nuevo vino a Brihuega, a pasar el Otoño, y el 11 de Septiembre y 15 de Octubre, expidió sucesivamente las cartas forales en favor de Cobefía y Archilla, pueblos suyos, como sabemos. Cobefía está a media legua de Talamanca, cerca del histórico lugar de Erraza, que ilustró con los destellos de su piedad la santa consorte de San Isidro Labrador, Santa María de la Cabeza. Tenía Cobefía, como aldea de Talamanca, su fuero; y por eso la carta del 11 de Septiembre sólo especifica el punto de la pecha de las viñas, de que había dificultades. Lo digno de notarse es la traba que el Arzobispo pone para que no vendan a los talamanquinos sus viñedos, con detrimento de la prosperidad local; porque les carga toda venta con sobreprecio. (5) Pero donde nos sorprende D. Rodrigo con novedad ejemplar y memorable es en el corto fuero de Archilla. Está situado Archilla al poniente de Brihuega, en fértil vega, bajo excelente clima, entre los ríos Badiel y Tajuña; pertenece todavía al Arzobispo de Toledo. De su templo dedicado a la Asunción de Nuestra Señora, escribe Peraja: «Quizás fuese construído en tiempos de D. Rodrigo, porque conserva vestigios del orden románico, con algunos elementos del ojival.» (6) Empie-

(1) Colmenares. Cap. 21. n. 13. (2) Villanueva III. p. 225 y su Apéndice. (3) Villanueva III. p. 40. (4) Núñez de Castro. Cap. 4. (5) Lib. privi. II. f. 74. I. fol. 82. (6) Página 447.

za el Arzobispo espléndidamente su fuero, concediendo al pueblo de Archila « toda la heredad, e molinos e huertos, que en Archiella avemos; que lo partan a quinnon (quién) e que haga cada uno de su parte lo que tenga por mejor, como de so (suyo). » Declara que pueden participar de este reparto todos los forasteros avencindados, y todos los que en adelante vinieren a avencindarse de Torvieso, (Trijueque, actualmente) o de cualquiera otra parte. « E nos, decía además, retenemos para nuestras vinnas e nuestros palacios, e la iglesia, que sea nuestra. E por esta heredad, que les damos, no nos han a dar ni pecho, ni facendera, si non 200 maravedís, que nos han de dar cada anno, e nuestro yantar. » Declara que por sola esa pequeña paga anual se compromete a no disponer de todo más que para los vecinos del pueblo, excluyendo siempre a los foranos. En cambio ellos pueden para su ayuda llamar pobladores de fuera. (1) ¡Cómo resplandece aquí la gran bondad de un Príncipe temporal, que beneficia a sus vasallos, y repartiendo los latifundios, crea con ellos propietarios modestos y hacendosos, y los rodea de discretas precauciones, para que no pierdan sus parcelas, y a la vez que ahuyenta la mano codiciosa, que de nuevo puede acumular esas pequeñas propiedades en un solo Señorío, les garantiza su posesión para solos los vecinos del pueblo! Bello y luminoso ejemplo de acción social cristiano-agraria, dado en el lejano y profundo siglo trece, época de tinieblas para muchos ignorantes, que voluntariamente cierran los ojos, para no ver sus luces. Así era D. Rodrigo, Señor benéfico para sus vasallos, inspirado propulsor e iniciador de ideales elevados y cristianos. Por eso no extraña el no encontrar un solo acento de queja o protesta contra él, por actos de explotación o tiranía entre tantos Concejos, villas, aldeas y lugares, que son suyos, y que le obedecen y tributan, en tantos documentos de gobierno y administración, que se hallan. Su constante tendencia legislativa es aliviar las cargas y ampliar la libertad de acción de sus Señoríos, estimulando la moralidad y la prosperidad material. Hecho este repartimiento de tierra, D. Rodrigo pasa a darles el fuero. Les da para muchas cosas el de Brihuega. Les concede alcalde y jueces, que él renovará anualmente. Les exime de pagar el portazgo de Brihuega. Expide el Arzobispo la carta en el día expresado, con su sello y con el del Cabildo Tolezano, que dió su beneplácito; porque desde 1229 tenía participación en las rentas de Archilla y Torvieso, por concesión de D. Rodrigo. Subscriben quince cabildantes. El concejo de Archilla dice, que no tiene sello, y por eso firman muchos hombres suyos, y confirman « homes buenos de Brihuega. »



(1) Liber. priv. I. f. 82. II. f. 13 y 74.

CAPÍTULO XVI.

(1234—1237)

Campaña de Ubeda.—Donaciones.—Asuntos calagurritanos.—El pleito de Santiago.—Relaciones con el Papa.—Reforma de Calatrava.—Viaje a Roma.—Acusaciones contra Rodrigo.—Córdoba.—Causa de Calatrava.—Segundas nupcias de San Fernando.—Rodrigo en Córdoba.—El Tudense.—Procura D. Rodrigo la paz entre Castilla y Navarra.—Cruzada al Oriente.—Un sobrino del Arzobispo.—Viaje a Navarra.—Negocia graves asuntos en Portugal y Pamplona.

Don Rodrigo salta tres años sin decirnos palabra de los actos de San Fernando, de 1231 a 1234, como si lo hecho en ese paréntesis lo reputase estéril. En 1234 sitió a Ubeda el Rey Santo, y cerró los caminos de aprovisionamiento tan herméticamente, que la fortísima ciudad, exhausta de viveres, se entregó a Fernando, el 29 de Septiembre; y después de tomar personalmente posesión de la misma, «regresó, dice el Arzobispo, a la ciudad Regia.» (Toledo). Claro está, en compañía de su inseparable compañero de las expediciones de guerra, D. Rodrigo, aunque no lo dice. De las fechas de los diplomas de este año y otros hechos se deduce, que el Rey y el Arzobispo no asistieron más que en los postreros días de la rendición inminente de la plaza. Los que primero prepararon el asedio fueron los extremeños, guiados por el Obispo de Plasencia y otras fuerzas enviadas a éste por el Rey, quienes tomaron los pueblos circunvecinos, y detuvieron al moro de Sevilla. El grueso de la hueste castellana cercó entonces a Ubeda, según parece en Marzo. (1) San Fernando estaba en Zamora el 24 de Abril (2), en Burgos el 8 de Julio, donde concedió franquicias al monasterio de Santa Maria de Rioseco y a Val de Cuesta, y dice allí, que lo hace «por ruego de mis amados Rodrigo, Arzobispo de Toledo, e Martín, Obispo, e Juan, Obispo de Osma, mi canceller.» (3); el 10 de Agosto, en Berlanga (4) y luego desaparece de Castilla, sin duda para ir a Ubeda. También D. Rodrigo viajó por Castilla en el mismo tiempo. En Junio firmó en Brihuega una extensa transacción sobre siete iglesias de Estremera, con el Maestre General de Santiago. (5) El 8 de Julio estaba en Burgos, al lado de San Fernando, el cual se rindió en ese día a una súplica suya, según hemos visto. En Berlanga estaba el 10 de Agosto, negociando un asunto muy curioso. Había recibido, el 18 de Marzo de ese año 1234, un breve de Gregorio IX, (6) en que le apro-

(1) Cabanilles. Tom. III. p. 49 y 50. (2) Minguella. I. 555. *Crónica de Alcántara*. I. 1234. (3) *Colectión de priv.* V. p. 161 y 163. (4) *Bull. de Alcántara*. Año 1234. (5) Original en la B. N. de Madrid. Sign. 13039. f. 87 y 92. (6) Auvray. 1319.

baba y confirmaba la adquisición del opulento monasterio de Buena Fuente, en la diócesis de Sigüenza, perteneciente a los canónigos agustinos, procedentes de Bosque Bertaldo; pero aún no había hecho el contrato de la adquisición efectiva. El 10 de Agosto lo hizo solemnemente en Berlanga, y entregó la escritura, imponiéndose la obligación de pagar 25 pesos en oro y el mantenimiento de cuatro canónigos, que habían de vivir allí constantemente bajo la regla de San Agustín. (1) Los nuevos canónigos eran españoles. Los que se iban, tras cincuenta años de vida, eran monjes franceses, procedentes de Bosque Bertaldo: lo que no obstó para que Alfonso VIII, a raíz de tomar a Cuenca, les diese grandes heredades. No se aclimataban, y añorando la patria, gestionaban la venta, para tornar a ella. Cuando lo supo D. Rodrigo, trabajó para que los buenos monjes canónigos se unieran al Cister, ya que, aunque víctimas de la nostalgia, eran fervorosos. Se cuenta que para conseguirlo D. Rodrigo estuvo en el monasterio del Bosque Bertaldo, residencia del Superior Mayor, a la vez que en Francia trataba otros asuntos; pero lo que se le concedió fué que podría quedarse con la casa, bajo las indicadas condiciones. Pasado algún tiempo, a eso se resolvió; pero con intención de favorecer a los de Huerta. No lo recibieron éstos, por no convenirles. Dióselo entonces el Arzobispo a la Reina Berenguela, para que la destinase a monasterio Real. Ella se lo entregó al Infante Alfonso, hermano de San Fernando, Señor de Molina, padre de la insigne D.^a María de Molina, mujer de Sancho el Bravo, azote de Alfonso el Sabio. La suegra de Alfonso el Infante buscó monjas cistercienses para Buenafuente, poco después que se marcharon los monjes canónigos, y salieron los otros cuatro, que los debió colocar en otra parte el Arzobispo. D. Rodrigo, para que la fundación de monjas prosperase, dió bula de indulgencias, en toda la Provincia Toledana, a los que con limosnas o ayuda personal socorriesen a las monjas en las obras de la fábrica. (2)

De Berlanga dirigióse, al mismo tiempo que San Fernando, a Ubeda; y esta tuvo que ser la ausencia, en que ocurrió lo que cuenta Villanueva: Que estando ausente D. Rodrigo, el Obispo de Albarracín consultó al Cabildo Toledano, el año 1234, sobre la pretensión del cuarto Señor de aquella ciudad, Álvaro Pérez de Azagra, que, contra su voluntad, quería elegirse sepultura en su Catedral. (3) A no ser que el autor del Viaje Literario equivocara la lectura de la fecha del documento, leyendo 4 donde había 6. Se me hace algo fuerte que se le considerase ausente al que guerreaba en Andalucía. Tras corta pausa, San Fernando vino a Burgos, donde expidió, el 18 de Octubre, la carta de donación de seis aldeas, a D. Rodrigo: «Como os prometí, le dice, y di instrumento de donación de seis aldeas, dos en el término de Hita, dos en el de Guadalajara y dos en el de Atienza; y queriéndolo cumplir liberalmente, os dono esas seis aldeas, en esta forma. Dos en el término de Guadalajara, San Andrés de Yélamos y Tomelloso: en el de Hita, la de Val de Salze, y no pudiéndole dar en ese término la segunda, os doy tres en el de Atienza, Gayanejos, Ferrunuela del Valle, y Bembibre del Castillo.» «Las eximo de toda sujeción, derecho y dominio» a mí. Ya veremos que el Arzobispo dió a todos estos pueblos, junto con Brihuega, un fuero sapientísimo. Firmó la donación el Arzobispo, que estaba presente. (4)

Mal año era este para la guerra. Dicen los Anales Toledanos II. «Cayo elada en

(1) *Boletín de la R. A. de Hist.* XIV. (2) P. Minguella, *Hist. de Sigüenza*. Año 1234. *Monumentos de España*. II. p. 210. (3) *Viaje*. III. 40. (4) *Memorias...* 421. Jimena, (*Anales de Jaén*), Álvarez de la Fuente, (*Sucesión Real de España*), Argote de Molina concuerda en decir, que sucedió esto a la vuelta de Ubeda.

marcio e quemmo los arboles e las viñas, e la carga de asnar de las ubas valio I maravedi, e la granada I soldo, e el membrillo dos soldos; e desde la tierra de Abila fasta Toledo non ovo olio ninguno, e valio el almud de la sal VIII soldos.» Ancho campo para la proverbial caridad de nuestro Arzobispo, cuyas arcas misericordiosas se abrieron en esta calamidad con la misma abundancia que el año 1214. Por eso debió ser, que ya en el resto del año no se le viera en los lugares habituales de descanso, Brihuega, San Torcuato y otros, en que en los años anteriores se le encontraba.

Por Octubre de 1234 recibió D. Rodrigo de Roma una carta grave, que debía ejecutar, asistido del Obispo de Burgos y del Arcediano de la Catedral Toledana. Gregorio IX le mandaba el arreglo de un espinosísimo negocio, que hacía tiempo fatigaba a la Sede Apostólica, afligía hondamente al Obispo de Calahorra, Juan Pérez, particular amigo de D. Rodrigo, y desdoraba no poco a San Fernando. El Papa le escribe, el 23 de Septiembre, entre otras cosas: «Hemos rogado y suplicado muy ahincadamente a la majestad Real (de Fernando) en el nombre del Señor, que, por la veneración de Jesucristo, de la Sede Apostólica y nuestra, restituya al Obispo (de Calahorra) su Iglesia y sus bienes; y que desagraviándole a él y a sus partidarios de las injurias inferidas, y cesando en lo futuro de molestarles, compela, con la autoridad recibida del cielo, al citado Noble (Diego López de Haro) y lo mismo a los demás, a que desistan de inferir molestias al predicho Obispo, sobre las cosas referidas; de modo que en adelante merezca más ubérrima propiciación divina, y podamos nosotros encomiarle, en el Señor, a su excelencia, con dignas alabanzas. En consecuencia, por letras apostólicas, en virtud de santa obediencia terminantemente mandamos a vuestra discreción, *que presentándoos personalmente, dentro del mes, ante el mismo, y entregándole la carta, que sobre esto os enviamos, le amonestéis acerca de esto muy instantemente, y procuréis convenirle.*» (1) Retrocedamos un poco.

Una reseña brevísima nos dará a conocer la importancia de esta comisión pontificia. Era D. Juan Pérez hombre de iniciativas y de arrestos. El año 1223 obtuvo de Honorio III el permiso de trasladar su Sede episcopal, de Calahorra a la Calzada, alegando por causas, que Calahorra, por estar en las fronteras de Castilla y Navarra, era lugar inadecuado para gobernar pacíficamente la diócesis, por las frecuentes guerras de los dos Reinos. Pero lo rechazó el Cabildo de la Calzada, secundado por toda la diócesis. La Corte de Castilla lo recibió mal; porque el Obispo venía a dominar donde ella dominaba. Consintió que en su nombre, Lope Díaz, Conde de Haro, cometiese, entre otros, el atropello de lanzar de la Calzada ignominiosamente al Obispo, el cual, huyendo, se fué a Roma, en 1226, habiendo antes excomulgado al de Haro. El Padre Santo ratificó esas censuras del Calaguritano. Más aun, consiguió del Arzobispo D. Rodrigo, del de Tarragona y del Obispo de Burgos, que publicasen en las provincias eclesiásticas de Castilla y Aragón, que Lope Díaz y sus secuaces estaban excomulgados, como traidores a la Iglesia. Gregorio IX encomendó al Cardenal Legado, Juan de Abdeville, que examinase la causa, que tanto escandalizaba a España, y después de hacerlo, declaró que estaba bien hecha la traslación, y que Calahorra y la Calzada gozasen de igual categoría y dignidad en todo. Lo confirmó el Papa el 17 de Noviembre de 1228. (2) Después de esta decisión todavía fué peor la conducta de la Corte de San Fernando, y en particular la de Diego López de Haro. Éste repitió la expulsión del Obispo y de los canónigos favorables al mismo, confiscó los bienes de los favorecedo-

(1) Auvray. 2105. (2) *Regestum Gregorii IX.*

res, so graves castigos impidió que circularan las censuras fulminadas por el Obispo, soltó las voraces pasiones del populacho calagurritano, que colmó de llantos la comarca entera. La Corte no frenó tales excesos, y aún dió motivo para que el Papa le amonestase por medio del Obispo de Burgos; pero siempre continuó en oponerse a la traslación decretada por Roma. Por último Gregorio IX, en 1233, citó a Roma ambas partes. Acudió el Obispo, pero no la parte opuesta, que siguió acrecentando el número de sus desmanes hasta el punto de que, según el Papa, servíase de tropas agarenas para cazar clérigos adictos al legítimo Pastor, que obedecían a sus mandatos.

Cuando en tan culminante y tenebroso momento se hallaba este enconado negocio, tuvo el Papa la celestial inspiración de darle un giro completamente nuevo. Apeló al procedimiento de la monición fraternal, dejando por el instante el del Tribunal, poniendo por intermediario al personaje más influyente de la Corte castellana y de la Iglesia española, asociándole dos compañeros, para obtener de San Fernando la solución justa, y la reparación ejemplar de todo lo hecho torcidamente. En consecuencia, dirigió a D. Rodrigo y a los dos mencionados compañeros el encargo, que hemos visto, añadiendo, que lo más pronto posible participen al Papa el resultado de su gestión. Fué mejor de lo que podía augurarse. San Fernando accedió cuando oyó al Arzobispo de Toledo lo que pedía el Papa, sin que sepamos qué reflexión le movió. Exigió sin embargo que el Obispo de Calahorra le diera la propiedad del Señorío de Santo Domingo de la Calzada, al precio de lo que valía. (1) Un respetable escritor (2) ha justificado la conducta de San Fernando con decir que, «subido al Trono en hombros de sus parciales... tuvo que pasar en su juventud por esta y otras maldades.» Ineficaz defensa; porque cuando se inició este asunto, San Fernando era veterano en el Trono. No se puede excusar de alguna culpa al Santo Rey, sin duda por ofuscamiento y sobrado amor a sus derechos. El principal autor de muchos vejámenes fué el Señor de Haro. En este mismo año su primo, San Luis de Francia, dió el decreto por el cual sujetaba los clérigos a la jurisdicción del Rey, en causas civiles, sin hacer caso a la exención del fuero eclesiástico. No se pida de los santos toda santidad, sin los *lapsus* inevitables de la vida humana. D. Juan Pérez debió por tercera vez el triunfo a los empeños de su acendrado amigo y protector, que en esta ocasión hubo de abogar en su favor con toda su autoridad. Menos mal que el Papa apreció y utilizó su no común prudencia, comisionándole la visita canónica de los monasterios pontificios de toda España, durante el destierro de su diócesis.

En este año lamentó D. Rodrigo la muerte del Rey de su patria nativa. Sancho el Fuerte de Navarra murió el 7 de Abril de 1234 en Tudela, y con él se acabó la viril dinastía indígena, que por vástago varonil se propagó durante cuatro siglos, desde los albores de la Monarquía. Este Rey fué el lidiador más popular de las Navas de Tolosa, y símbolo de lo que es y fué su propio Reino, valor, hazañas y desmayos. Encomió Rodrigo sin tasa el privilegio de su valor legendario, y le censuró hasta el rubor, cuando le vió regresar del sarraceno, cargado de riquezas, más sin la gloria, que buscaba, a su Reino, disminuido durante su ausencia en su tercera parte, por la espada de su rival, Alfonso VIII de Castilla. No escocería la justa censura si naciera de la justicia, y no del descariño, y a la par, que una gratitud exagerada no enmudeciera a su pluma para no calificar con los epítetos, que

(1) Para este estudio hay que leer las muchas bulas del *Regestum Honorii*. (Años 1223 a 1227.) de Gregorio. (Auvray) ns. 247, 594, 616, 1113, 1666 y 1681. Pottahst. 9094. La Fuente. *Hist. Ec. de España*. t. IV. Lib. IV. p. 185. (ed. 2.) P. Serrano. D. Mauricio. p. 109 y 112. (2) La Fuente ut supra.

tiene ante la ética y la nobleza, la conquista de Álava y la agregación de Guipúzcoa. La memoria de Sancho se parece mucho en gustos culturales a la del mismo D. Rodrigo. Y va orlada, no sólo de las más gloriosas cadenas de la reconquista, sino escoltada también de esas naves del arte, Roncesvalles, la filigranada Oli-va, la Catedral de Tudela.

Fué este año notable por haberse planteado de una manera vigorosa en Roma, varios asuntos graves y controvertidos, que por fin arrastraron a la Corte pontificia, dos años después, a D. Rodrigo. Resurgió primero la disputa de la Primacía con el Compostelano, que andaba ya en los Tribunales, con algún calor, desde 1231. En este año sin embargo versaba la disputa especialmente sobre los agravios hechos por el Arzobispo de Santiago al Toledano, en el curso de la controversia, y sobre eso D. Rodrigo citó al Tribunal del Papa a su adversario, según consta por la bula del 18 de Septiembre de 1231. (1) No sé qué sentencia recayó. En 1234, el 4 de Mayo, Gregorio IX manda a los Obispos de Segovia y Salamanca y al electo de León, que formen un proceso con todos los artículos y atestados posibles, acerca de la cuestión de la Primacía entre ambos Arzobispos. El Papa advierte a los comisionados que el Arzobispo de Toledo, *renovador de la disputa*, se ha comprometido a probar los tres puntos siguientes. Primero, que realizó actos jurisdiccionales propios de la Primacía. Segundo, que la época que durante la invasión sarracena, vacó la Sede Toledana, ha de descontarse, con otras cosas demostradas. Tercero, que presentará los documentos de los Romanos Pontífices, que hacen referencia a la Primacía. Además el Papa atestigua que formalmente está incoada la causa ante su Tribunal, por medio de los procuradores de las partes litigantes; y encarga a los comisionados, que, empezando sus trabajos el día de todos los Santos, remitan el proceso a Roma para fines del año, y señalen plazo a los contendientes, para que se presenten ante el Papa, a oír sentencia.

Tres bulas firmó Gregorio IX el 26 de Junio de 1234 para D. Rodrigo. En la primera exhorta al Toledano, a que no demore la restauración de los Obispos en las Sedes primitivas, en vista de que tanto se habían extendido los dominios cristianos por el esfuerzo de San Fernando y de su padre y predecesor, Alfonso de León. (2) En la segunda faculta el Papa a D. Rodrigo, al Arzobispo de Compostela y a los Obispos de Segovia y Astorga, por súplicas de San Fernando, para que puedan absolver a todos los soldados de la hueste del Rey, que vayan a pelear contra los sarracenos, de la excomunión, que contrajeran, violando el canon de los que hirieren a los clérigos. (3) El contenido de la tercera, también expedida por las noticias transmitidas a Roma por San Fernando y dirigida a don Rodrigo junto con los tres Prelados mencionados, es de tal importancia que ha pasado a ser uno de los artículos de las Decretales. (4) Según referencia del Rey de Castilla, algunos hombres habían llegado al abominable cálculo y perversidad de cometer homicidios y mutilaciones en las Iglesias y cementerios, pretendiendo por otra parte eximirse del brazo secular, amparándose en el privilegio del asilo eclesiástico. El Papa dictamina así: «Para que no se abra más libre camino a los excesos, ni se dé mayor osadía a los presuntuosos a para delinquir, debiendo ser castigado cada uno en su delito, y en balde invoque el amparo de la ley quien delinque contra la misma, os mandamos, que anunciéis públicamente, que los tales

(1) *Reg. de Gregorio IX*. Vide Año y día. (2) Liber priv. II. fol. 115. Auvray, 1939. Ap. 112.
(3) Auvray, 1988. (4) Auvray, 1987. Corpus Juris. Decret. Greg. IX. Lib. III. T. 49. C. 10. ¿Qué decir de los *eruditos*, que atacan las Partidas porque nacionalizó el asilo eclesiástico y otras leyes de la Iglesia, ante este hecho y otros?

no deben disfrutar del privilegio de la inmunidad, de que se hacen indignos.» Tan fea costumbre debía ser más generalizada de lo que pudiera creerse, porque el Padre Santo da una disposición para los dos Reinos de Castilla y León, y eso se lo suplicaba San Fernando.

El día siguiente de esas bulas, Gregorio nono firmó otra contra D. Rodrigo. Encarga en ella al Obispo de Cuenca y al Arcediano y Deán de la misma, que procedan en contra del mismo, por cuanto sin derecho, detiene algunas villas y otros bienes no comprendidos en el pleito principal, que exigían los Santiaguistas. (1) El mismo Obispo con otros asesores le sometió también, por otra bula, a un interrogatorio sobre la administración de la diócesis de Segovia. (2) No aparecen cargos contra el Arzobispo; el cual, el 3 Enero de 1235, estaba en Bliecos, su antigua posesión materna, donada por él a Huerta; y en este día hizo a los hortenses otra donación insigne; les dió la escritura de que les concedía para después de sus días el gran tesoro de su biblioteca. (3) D. Rodrigo en este año 1235 cumplió dos comisiones papales. Una del 23 de Enero, en que se le mandaba examinase los grados de consaguinidad de Lope Díaz de Haro con su mujer. Tenía ya seis hijos. La otra de Abril, en que se le ordenaba que compusiera las diferencias existentes entre el Obispo y Cabildo de Sigüenza sobre las Constituciones de aquella Iglesia. Se presentó allí y lo arregló a satisfacción de todos. (4)

Hasta el 3 de julio de este año no hay noticias. En este día D. Rodrigo escribió al nuevo rey de Navarra, D. Teobaldo, la curiosa carta de reconocimiento del usufruto temporal de una villa suya. Le dice así, después de la introducción. «Yo, el dicho Arzobispo, he recibido de D. Teobaldo, ilustre rey de Navarra, Champana de Brie, Conde de Palacio, en beneficio, el castillo de Cadreita y toda la villa con todas las pertenencias y derechos suyos, que se sabe que pertenecen al derecho real, para que poseamos pacífica y tranquilamente ese castillo y la villa durante todo el tiempo de nuestra vida. Mas después de mi muerte sean devueltos libremente y sin oposición alguna, de buena fe, al mismo rey, o sus herederos sucesores, dicho castillo con su villa y posesiones y todo lo demás, que he recibido, como grato beneficio, sin que por esta concesión adquiera en lo sucesivo derecho alguno ni la Iglesia de Toledo ni algún pariente mío. Para que acerca de esto no se origine duda alguna, he mandado escribir la presente letra de testimonio, sellada con mi sello. Dado en Brihuega, 3 de julio, año de la Encarnación del Señor, 1235, era 1273.» Documento elocuente, que nos asegura cuán pronto Teobaldo I de Navarra se quiso honrar, dando una prueba noble de satisfacción y afecto al hijo más glorioso del reino, que acaba de recibir en herencia, de manos de los navarros leales a su dinastía, los cuales, presididos por el Obispo de Pamplona, D. Pedro Ramírez, muy íntimo del Arzobispo de Toledo, como vimos al tratar de él, cuando era Obispo de Osma, fueron a la Champaña, a ofrecerle la corona, que le correspondía, y conducido a la capital de Navarra, fué ungido rey en la Catedral por el mismo Obispo, sin que prosperara el descabellado pacto de mutuo ahijamiento y sucesión a la corona, que habían firmado en Tudela, ante San Pedro Nolasco, el 26 de febrero de 1231, Sancho el Fuerte de Navarra y Jaime el Conquistador de Aragón. La donación prueba que D. Rodrigo era uno de los navarros partidarios de la rama dinástica directa de su nación, (5) y que no dió valor alguno al pacto

(1) Bull. S. Jacobi. p. 104. (2) Ap. 118. (3) Dice Cerralbo que él la publica el primero. Pero no es así. Está impresa en Manrique. *Anales*. Año 1230. (4) Auvray. 2403 y 2509. (5) Teobaldo era sobrino de Sancho el Fuerte, cuya hermana, Doña Blanca, estaba casada con el Conde de Champaña. Como no sobrevivió al rey sucesión directa, el hijo de Doña Blanca heredó el trono navarro. Se coronó el 8 de mayo de 1235.

de Tudela. Concurrieron también otras circunstancias, sin duda dignas de saberse, en esta donación, que de cierto se consignaron en el documento de la concesión de la villa. Pero se halla oculto, si no se ha perdido, y no sólo ese, sino también otro semejante del ofrecimiento de la villa de Arguedas por el mismo rey a nuestro Arzobispo, y la escritura de aceptación de la misma, redactada en análogos términos. Escribe el P. Moret. «En el Archivo de la Cámara de Comptos se hallan dos *conocimientos* del Arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jiménez, y ambos con su sello, y del año 1235, por los cuales reconoce que tiene por merced del rey Teobaldo a Cadreita y Arguedas por su vida. Que es nuevo indicio de que corría y se continuaba la familiaridad grande, que tenía ahora el rey Teobaldo con el Arzobispo....» (1) El anuncio de tan sugestivos documentos abre ante los ojos del historiador, ávido de noticias de las relaciones de D. Rodrigo con su patria, un horizonte indescifrable de estériles conjeturas. No se encuentra ni un dato más, que pueda ilustrar punto tan interesante. Teobaldo concedió en usufructo vitalicio al Arzobispo, Cadreita, para testimoniar su aprecio, sin duda porque esa villa había sido antes de su padre y de su abuelo, que se llamaron con el apelativo de Cadreita más frecuentemente que el de Rada, como sabemos, y la hermana de D. Rodrigo, monja en las Huelgas, así firmó siempre. A la muerte del padre del Arzobispo adquirió la villa la familia Vidaurre, de cuyas manos la rescató Sancho el Fuerte en 1218, dando a los dos hermanos, Juan y Gil de Vidaurre, cuatro pueblos en la montaña, a cambio de Cadreita. (2)

El 5 de noviembre murió en Toro la virtuosa esposa de San Fernando, Doña Beatriz de Suabia, de la que el Arzobispo dice, que fué sepultada en las Huelgas de Burgos, al lado de Enrique. (3) Se sospecha que fué larga su enfermedad, pues el rey no salió a campaña este año, si bien una parte de sus tropas iban circunvalando la ciudad de Córdoba, aunque a respetable distancia, para poder con el tiempo formalizar el asedio. De suponer es que D. Rodrigo acudió a consolar la Corte y solemnizar las exequias de la noble difunta, acompañándola a su última morada terrestre, como lo había hecho con los reyes y los Infantes hasta entonces, y era costumbre de todos los Prelados del reino, que pudieran asistir.

Mucho pesaba ya en Roma la causa de D. Rodrigo y del Arzobispo de Compostela, y Gregorio IX hacía todos los esfuerzos para resolverla pronto, con el fin de dar paz a las Iglesias de Toledo y Santiago, que después de la unión de las coronas de León y Castilla tenían que comunicarse más, y por lo mismo había más ocasiones de choques. Desde luego el Compostelano había reconocido, sin poner reparo alguno, al Toledano su preeminencia y prioridad en los actos oficiales públicos del reino unido, porque desde el principio, el Toledano comenzó a estampar su firma en los documentos reales el primero de todo el Episcopado. Pues ya las cartas primeras de León llevan la firma de D. Rodrigo antes que la del Arzobispo de Compostela. Pero esto era poco, y D. Rodrigo tenía el mayor empeño para que

(1) *Anales...* Lib. XXI c. 1. No sé qué suerte habrán corrido los dos documentos de oferta de Don Teobaldo, que nos habrían dado tantas luces, y el reconocimiento del de Arguedas. Me choca también que en el *Inventario de Martín Pérez de Cáseda* sólo se mencione el de Cadreita. Arigita. *Documentos Inéditos*. n. 264. (2) Uno de estos dos caballeros Vidaurre fué padre de la famosa Señora Gil de Vidaurre, que se casó morganáticamente con Jaime el Conquistador, del cual tuvo dos Infantes de Aragón, harto célebres en la historia. El monarca aragonés no fué fiel hasta el fin a la mujer, que más hechizó su alma durante su vida. Gil de Vidaurre tenazmente luchó para que se reconociera su enlace, con el apoyo de los Papas, pero sin éxito. Tras una vida borrascosa en el mundo, se encerró en la Zaidía de Valencia, donde asombró a los coetaneos con su penitencia y virtudes. Corrijanse los groseros errores de Vicente de la Fuente acerca de ella, en la *Hist. Ecl. La penitente navarra* murió como santa. (3) *Lib. IX*. c. 15.

Roma sentenciase en pleito tan importante; porque seguro estaba él que la sentencia le favorecería, y todos lo veían así. Pero a su empeño oponía la Providencia nuevos obstáculos. Uno de estos fué la muerte del Obispo electo de León, tercer juez de la causa. El Papa le substituyó con el Obispo de Burgos, (6 de mayo de 1235) y tuvo que cambiar los plazos para los sumarios. Antes había mandado que en otoño de 1236 los jueces presentasen en Roma los sumarios en forma, y que D. Rodrigo y su contricante estuviesen ante su presencia, para oír la sentencia definitiva. Ahora dispone que podrán tomar tiempo, para sumariar el proceso, hasta Navidad de 1237, y aún más, si hace falta, y les encarga que ellos fijen la fecha, en que los Arzobispos han de estar en el Tribunal del Pontífice Romano. Esta dilación de la causa hizo innecesario el viaje de D. Rodrigo a Roma en 1236. (1) Mas aquí está el enigma: esta dilación motivó el viaje de nuestro Arzobispo al Tribunal de Gregorio, en este mismo año. He aquí su solución. En tanto que así se entorpecía esa causa, tomó un aspecto alarmante la cuestión de D. Rodrigo con los Caballeros de Santiago, que pidieron en Roma, que se les hiciera pronto justicia, para poder tener paz y atender sin trabas, al grave negocio de las guerras contra los sarracenos. Y como el Papa quería oír cómo argumentaba Jiménez de Rada contra los privilegios de los Santiaguistas, pues planteaba el problema con fuerza y con novedad, mandó a los jueces de la causa, que eran los Obispos de Segovia, Salamanca y Burgos, que comunicaran de oficio a los Santiaguistas y al Arzobispo de Toledo, que se presentaran en Roma para el fin de la Cuaresma de 1236. (Bulas de 1 y 15 de marzo) Ahora bien, yendo a Roma, D. Rodrigo no podía prestar las declaraciones necesarias para sumariar la causa de la Primacía con Compostela. De aquí la forzosa dilación de ésta hasta el regreso del Toledano, que podía retrasarse más o menos tiempo. Y por esa causa Gregorio IX concedió a los nuevos jueces de la causa de la Primacía, en forma tan elástica, el plazo para sumariarla en el término de dos o más años, y que ellos por fin señalasen el momento, en que debería tenerse el juicio en Roma. Si el P. Fita hubiera leído las dos últimas bulas citadas sobre la Primacía, no hubiera escrito las siguientes reflexiones acerca de este punto. «En valde D. Rodrigo, tenaz en su propósito, había pasado de nuevo o Roma, cuando San Fernando se apoderó de Córdoba... El fruto de este viaje no fué mayor, por lo tocante a la Primacía toledana, que el del año 1217. Gregorio IX dió a D. Rodrigo nueva copia de las bulas, que concernían a la pretensión.» (2) No es verdad, como se deduce de lo dicho. El Toledano no pudo discutir este asunto en este viaje. Ya veremos también adelante, con documentos en la mano, que D. Rodrigo obtuvo la copia de las bulas en 1239, para discutir con el Tarraconense. En ninguna parte aparecen indicios del giro, que tomó esta contienda, ni cómo finó. El Bulario de Gregorio IX no trata más de ella. Yo conjeturo que D. Rodrigo las presentó en la Curia Romana a la par que la de Tarracona, y que Gregorio entonces expidió la bula, en que se reconocían los derechos de la Primacía de Toledo sobre todas las Iglesias de España, después de examinar las razones del Compostelano.

El Padre Santo, el 5 de Diciembre de 1235, suplicó afectuosamente (*afectuose*) a D. Rodrigo para que hiciese los posibles, para enviarle auxilios militares y subsidios de boca y guerra, con el fin de ayudarle en la guerra angustiosa, que tenía con los romanos, los cuales andaban en tumultos y rebeliones, despreciando sus excomuniones, en lugar de ser los más adictos católicos del mundo. (3) Lo mismo

(1) Ap. 127 y 129. (2) *Razón y Fe*. tom. III. p. 64. El P. Luciano Serrano incurre en el mismo error. D. Mauricio. p. 116 (3) Auvray. 2362.

pidió a otros cincuenta Prelados de la cristiandad, y a los Reyes de Castilla, Aragón, Navarra y Portugal individualmente, y cosa chocante, a ningún soberano más.

A principios de 1236 D. Rodrigo libró a su predilecta Orden Militar de Calatrava de un inminente cataclismo, por comisión pontificia. Atravesaba por tan tremenda crisis que San Fernando escribía al Papa, «que había tan gran desorden en dicha Orden que se debilitaba en lo temporal, y se le privaba al Rey del servicio debido.» (1) La desorganización más honda estaba en la casa matriz de Calatrava. Los motivos eran la intromisión de los cistercienses franceses de Morimundo, y la relajación de la observancia regular. Al decir de seis clérigos y otros seis caballeros delatores, de la Orden, tan grande era esa inobservancia «que casi ningún vestigio de religión había quedado en la misma Orden.» (2) Delación que se hacía medio año después de la intervención de D. Rodrigo, el cual, como veremos luego, no pudo poner todo el remedio necesario. Sin duda la intromisión de los cistercienses franceses provino principalmente del deseo de implantar la observancia religiosa; pues alegaron por razón que ellos tenían derecho de formar el espíritu religioso de aquella Orden Militar, por ser del Císter de Morimundo. Por eso el Superior de Morimundo puso por Prior de Calatrava a un francés, y además adscribió a aquella casa caballeros franceses. Irritó a los Caballeros españoles este nombramiento, que era contrario a la costumbre; pues los Calatravos elegían sus Superiores. Y lo peor fué, que los franceses procedieron sin tino, atreviéndose a obrar contra las legítimas costumbres, hiriendo con insolencia los sentimientos patrióticos con temerarias iniciativas, por desconocer la índole nacional de España. Llegó con esto el mal a lo más crítico. Al enterarse de esto, el Papa mandó al Abad de Morimundo, que pusiera oportuno remedio, y que de lo contrario, lo haría el Arzobispo de Toledo, en cumplimiento del orden, que se le había dado. (3) Como el Abad dejó transcurrir el plazo para que lo pusiera, don Rodrigo, en compañía de sus sufragáneos de Cuenca y Segovia, se presentó en Calatrava, y organizó la Comunidad conforme a los estatutos de la fundación, y recomendó con celo y energía la observancia fiel de la regla. Por eso a principios de 1236 mandaba en Calatrava un Prior español, con los demás asistentes establecidos por los estatutos de la Orden. (4) Hecho esto, D. Rodrigo se retiró, porque tenía que acudir a Roma, para defender sus graves asuntos y obedecer al Papa. En Calatrava quedaron aun muchas semillas de desorganización. Los franceses anunciaron que iban a borrarlos de la filiación espiritual; ya que eran malos religiosos y se negaban a recibir la formación cisterciense. No pocos continuaban sin reformarse. Muchos alborotaban, con razón, contra el Maestre General, Gonzalo Yáñez, gran soldado, pero gallego litigante insuperable, al que acusaban de usurpador de la primera dignidad de la Orden, por violencia. (5) En fin, un núcleo fuerte de españoles se inclinaba a admitir una intervención francesa prudente, con el fin de introducir, no sólo una sana reforma orgánica, sino también la reforma interior verdadera. En tales circunstancias se congregó el Capítulo General de la Orden, en la segunda parte de 1236, para hacer las cosas a fondo. En la reunión prevaleció un sano criterio mixto; y así se admitió, que el Maestre y los demás cargos se mantuvieran según las primitivas normas, pero que el Abad de Morimundo nombrara el Prior y un Visitador de su gusto. Con aplauso general se recibió esto, que confirmó el Papa en Enero de 1237. Como se ve el Capítulo General destruyó par-

(1) Manrique. *Anales*. C. 8. n. 11. Ap. 123. (2) Auvray. 3320. Bula del 18 de Septiembre de 1236.

(3) Manrique. *Anales*. 1236. C. 6. (4) Manrique. *Anales*. 1236. C. 6. (5) Auvray. 3320.

te de lo establecido por D. Rodrigo y conservó la otra parte. Podemos repetir con el Analista Manrique: «Si dolió a Rodrigo, Arzobispo de Toledo, que se revocara de esa manera lo que había establecido él, es cosa dudosa. Lo que consta es que renovó en este tiempo contra Calatrava el pleito, que estaba adormecido casi hacía diez años.» (1) De esto segundo se hablará adelante, en lugar propio.

D. Rodrigo se fué a Roma en la primavera de 1236. De resbalón nos da él mismo la noticia de esta visita al Papa, diciendo, al contar la consagración de la mezquita de Córdoba, ciudad conquistada el 29 de Junio de 1236, «que Juan, Obispo de Osma, Canciller de la Cámara Real, hacía las veces de Rodrigo, Primado de Toledo, que en aquel tiempo estaba en la Sede Apostólica.» (2)

Arriba expusimos los puntos capitales de este asunto, al resumir las quejas de D. Rodrigo en 1231. En los cinco años transcurridos, desde entonces hasta 1236, Jiménez de Rada agravó la situación de los Santiaguistas con medidas más duras, no queriendo vivir *in statu quo*, en los cuatro años de espera, que iba a tener la causa. Diciendo que le asistía el derecho común y que tenía también privilegios particulares de Roma, prohibió la administración de los sacramentos en las iglesias de los Santiaguistas, y declaró nulos los matrimonios celebrados allí. Prohibió recibir óleo y crisma de ningún Obispo a los diocesanos de esos lugares; y bajo excomunión el ir a los mercados de esa Orden, favoreciendo, en cambio, con indultos, a los que concurrieran a sus mercados. En fin les estrechó con más apremiantes y frecuentes litigios en casos particulares. (3) Viéndose los Santiaguistas tan encadenados, y aún casi hostigados, suplicaron al Padre Santo que se apresurara a hacerles justicia. También tenía prisa D. Rodrigo de salir triunfante de sus intentos, y acabar de una vez las luchas con adversarios tan poderosos. ¿Cómo defendió D. Rodrigo su doctrina y su conducta con los Caballeros de Santiago? El mismo gran Papa, autor de las Decretales, se encargó de remitir a la posteridad la síntesis ordenada de la poderosa y constriñente argumentación de D. Rodrigo, para destruir los dos principios de la exención de los Santiaguistas, en la amplitud, que ellos entendían y practicaban, en la magnífica Bula, que el inmortal Pontífice publicó para dar a conocer, tanto esa argumentación, como las resoluciones, que ha dado sobre las diversas conclusiones, que proponía Jiménez de Rada. Para hacer ver debidamente la solidez, la profundidad, la agudeza, la consumada maestría dialéctica y canonista, como la erudición exquisita del derecho, del Arzobispo D. Rodrigo, habría que traducir literalmente esa preciosa y extensa Bula, dirigida al mismo Prelado, y que empieza así, hablando con el mismo: «*Viniendo tú a la Sede Apostólica, procuraste exponer en nuestra presencia.*» (4) Bula que se expidió el 15 de Diciembre de 1236. He aquí los resultados, que obtuvo D. Rodrigo, con su impugnación famosa, que tanto interés tenía en oír el Papa, para dar interpretación solemne y auténtica de los privilegios, concedidos por Alejandro III a los Santiaguistas.

Estos pretendían tener exención total de los Obispos en virtud de esta cláusula: «*Os recibimos como hijos especiales y propios de la Iglesia Romana.*» Gregorio IX declara, en conformidad con los argumentos de Jiménez de Rada, que ese artículo no les concede tal exención.

¶ Pretendían los Santiaguistas que por *lugar desierto*, para edificar pueblos y formar parroquias independientes del Diocesano, se entendía cualquier lugar, en que no estuviera organizado el servicio parroquial. D. Rodrigo lo rechaza en absoluto.

(1) Manrique. *Anales*. 1236. C. VI. (2) Lib. IX. C. 17. (3) Bulas del 1 y 15 de Marzo.

(4) Ap. 137. Otra idéntica dirigió a la Orden Militar de Santiago, para intimarle sus decisiones.

Declara Gregorio IX que se ha de entender «*que es el que no ha sido habitado ni cultivado de tiempo inmemorial y que se halla en poder de los sarracenos.*» Con esta interpretación el Papa desecha a la vez las dos extremadas y opuestas interpretaciones de D. Rodrigo y de los Santiaguistas. Sostenía D. Rodrigo que por *lugar desierto* entendió el Papa, que les dió el privilegio, (Lucio II) que era un lugar jamás sometido a ninguna diócesis, ni jamás cristianizado. Se lo niega el Papa, diciendo, que eso era imposible, y añade que se ha de entender un territorio deshabitado, en que se crea un pueblo con iglesia propia y límites propios, aunque hubiera sido de una diócesis determinada. En este caso pueden los Santiaguistas poblar territorios, crear parroquias y administrarlas por clérigos nombrados por ellos, con tal que los sometan a la confirmación y aprobación episcopal competente; mas el Obispo no tiene derecho a cobrar nada, si se hizo con licencia pontificia, ni puede fulminar censuras locales, sólo si en razón de los feligreses, que están sujetos al Obispo. A su vez a los Santiaguistas les restringe el derecho de ocupar cualquier punto de la diócesis ya sometida a la acción pacífica del diocesano. Pretendía el Toledano que los Caballeros le debían tributo eclesiástico de lo suyo y de lo que adquirieran por medio del trabajo de los extraños. El Papa se lo niega. Le concede que los feligreses diocesanos están sujetos a las censuras episcopales, y manda que los Santiaguistas cierren sus iglesias, cuando el diocesano promulgue tales disposiciones. Como se ve por estas resoluciones, el Papa dió la razón a D. Rodrigo en los puntos capitales, particularmente respecto de la exención, que era lo más fundamental. En lo secundario distinguió sabiamente, singularmente en lo relativo a la inteligencia del sentido que tenía el *lugar desierto*. En esto la interpretación radical del privilegio por D. Rodrigo, hacía irrisorio el mismo privilegio. Con la interpretación pontificia se salvaba el privilegio y se evitaba que los Santiaguistas se metieran en las diócesis ya rescatadas de los moros.

Todavía no había obtenido esta contestación del Papa, cuando fué acusado don Rodrigo ante el mismo por dos eclesiásticos suyos. Dos Racioneros de su Cabildo, Pedro y Gabino Pérez, presentaron, en Octubre de ese año, la serie de acusaciones, que en seguida reseñaré, según lo exige nuestra exactitud histórica. Digo en Octubre; porque el 31 del mismo mes anunció el Cardenal Auditor cómo se le había presentado el libelo. Firma en Rieti, donde estaba el Papa desde Agosto, y estuvo hasta Diciembre, fecha en que se trasladó a Terni, seguido también de D. Rodrigo, que naturalmente no se apartaba de la Corte pontificia. Esto prueba cómo yerran los que escriben, que D. Rodrigo pasó a Roma este año, para defenderse de esas acusaciones.

Acusan a Jiménez de Rada de atropellar los estatutos de su Cabildo en la colación de las prebendas, en la administración y uso de los bienes, y en la participación, que da a los judíos en la administración de esos bienes, violando así las leyes aprobadas por un Legado del Papa. Ese Legado era el Cardenal de Sabina, Juan de Abdeville, tan elogiado por D. Rodrigo, al cual sometió el mismo Arzobispo, en unión del Cabildo primacial, la Constitución, que debía regir la vida capitular. La aprobó el Legado el 3 de Junio de 1229, en Ocaña, según aparece en el documento del *Liber privilegiorum Ecclesiae Toletanae*. I. fol. 22. Según esa Constitución, consta el Cabildo Toledano de cuarenta Canónigos residentes, y treinta Racioneros residentes, de los que deberán elegirse, en las vacantes, los Canónigos residentes; y acusan al Arzobispo, que siempre pospone los Racioneros antiguos y residentes, y concede las canonjías, a no residentes, a los extraños y a beneficiados; y se ha llegado al caso, que ha conferido tantas canonjías y raciones de

esta manera arbitraria, que de los cuarenta Canónigos y treinta Racioneros, no hay al presente en la Iglesia Toledana más que ocho o nueve Canónigos y, pocos Racioneros «*oriundos de la Patria*» que sirvan continuamente.

En cuanto a los bienes, que corresponden al Cabildo, por voluntad de los fundadores, y han de servir en beneficio de la mesa común, lo mismo que el dinero, libros y otras cosas, en que tiene el Cabildo participación justa, el Arzobispo los detiene y aprovecha. Enumeran larga lista de villas y pueblos así detenidos.

Ha arrendado ilegalmente en beneficio propio y del Arcediano de Madrid, (que era entonces su sobrino Martín Jiménez) la villa de Illescas, y con otros fines, tres villas más, en perjuicio de la mesa común.

Cobra el mismo Arzobispo, y en parte arrienda en provecho propio, los emolumentos de los beneficiados no residentes, (excepto por causa de estudio, que en este caso era legítima la falta de residencia) que, según los estatutos, deben acumularse en beneficio de la mesa común del Cabildo. Añaden los acusadores, que es pingüe la utilidad, es decir, de tres aureos diarios.

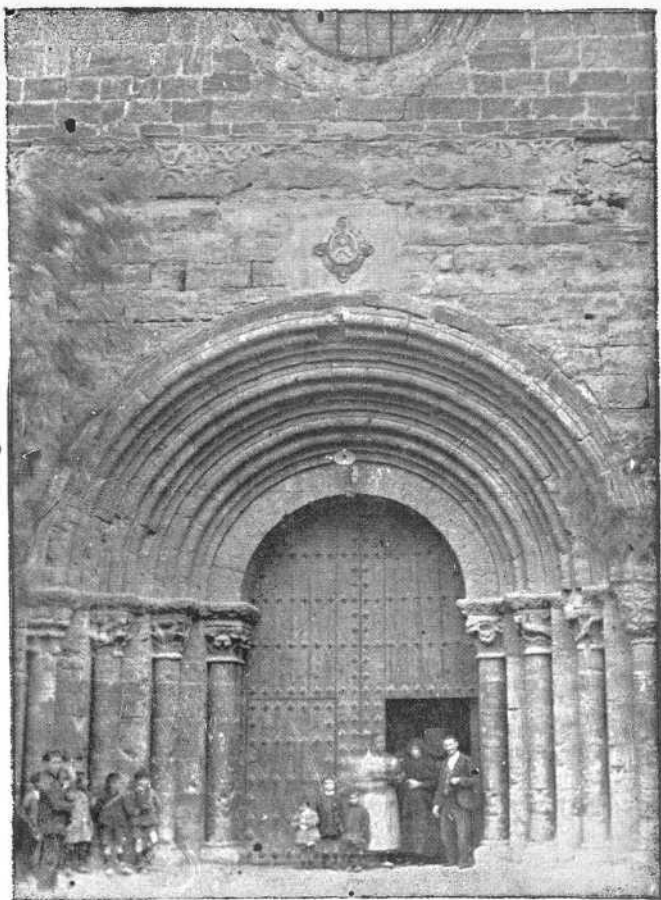
Ha arrendado villas y bienes de la mesa común sin consentimiento, y ha usurpado otros derechos lucrativos del Cabildo, gravando a los vasallos de la Iglesia.

La acusación sobre los judíos es así: «Como ha puesto como administradores de la mesa común a los judíos, que defraudan a la misma y a los asociados de la iglesia con usuras, ellos entran por la mitad de la iglesia en el Cabildo, no sin grave y grande escándalo del pueblo cristiano. Ellos cobran las décimas y tercias, dominan en los vasallos y posesiones de la Iglesia, y se han enriquecido no poco del patrimonio del Crucificado, y hacen cosas más detestables.» Intentó además contra la Constitución, dividir raciones y fundar capellanías, para hacer con ellas todo a su talante; se interpuso la apelación en contra, para evitar el perjuicio del Cabildo y del Arzobispado; pero sin hacer caso, nombró Canónigo al Maestro Pedro Jiménez, y Racioneros, a los Maestros Guillermo y Pedro de Bayona, y solicitó letras para establecer capellanías, sin hacer alusión a la apelación.

En fin denuncian, que a ellos y a los poquísimos, que residen, a pesar de no tener de qué vivir, se les obliga a suplir las semanas de los ausentes en los oficios, y soportar el servicio de la Iglesia, mientras que los no residentes tienen canonjías y pingüísimas rentas.

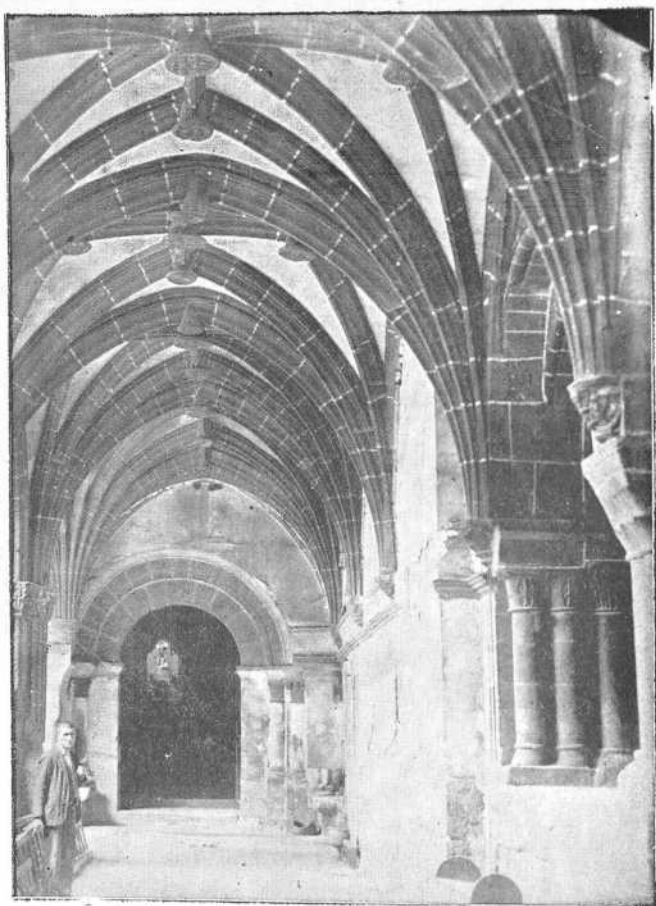
¿Eran verdaderos todos estos graves cargos? ¿Eran fruto de la pasión y de la codicia? No sabemos qué suerte tuvieron en el Tribunal del Papa. El único vestigio de que se dió un paso más por parte del Cardenal Otón es, que en el Archivo de Toledo, bajo el rótulo «Arzobispos» se consigna la existencia de una carta suya, dirigida al Cabildo Toledano, así: «Letras citatorias de un Auditor del Papa al Cabildo para que comparezcan a probar las quejas dirigidas contra D. Rodrigo.» Ni una alusión más: ni siquiera en el hermoso decreto de la fundación de las quince capellanías, que dos años después, espléndidamente hizo D. Rodrigo, en su Catedral, y lo que es más de notar, ni tampoco en el decreto, que en 1238 dió dicho Arzobispo, elevando a número cincuenta el número de treinta Racioneros de su Cabildo, asignándoles igual pensión que a los Canónigos. Poca mella y ningún resquemor debieron causar en el pecho del santo varón las acusaciones de sus dos Racioneros. Estas expresaban que se quejaban en nombre propio y del Cabildo Toledano; pero el Cardenal Otón dice en su documento, que es menester que previamente se obtenga del Cabildo citado el beneplácito, si quiere que presente y sostenga en juicio el contenido de ese libelo; señal de que no llevaban los acusadores comisión oficial del Cabildo. Hay más. El Cardenal Otón dice a los acu-

IGLESIA DE FITERO (NAVARRA)



Portada principal de la Iglesia.

IGLESIA DE FITERO (NAVARRA)



Altar, Claustro y Sala Capitular.

sadores que ellos deben litigar, no contra el Arzobispo, sino contra los poseedores de los castillos enajenados, de los bienes de mesa común y de las canonjías mal recibidas.

¿Qué opinar de tantas acusaciones? Pocas palabras diré en contestación. No hay razón para gastar tiempo. Es seguro que no son pura calumnia, sino que contienen alguna verdad. Es un libelo apasionado en que se amontonan las inculpaciones, que se pueden formular, haciendo caso omiso de las circunstancias especiales y privilegios particulares, que el Toledano tenía. Hay maliciosas reticencias de la verdad, y también afirmaciones contra ella, v. g. lo de la creación de las canonjías y capellanías sin permiso de Roma, y el mínimo número de prebendados residentes, que dicen; pues las firmas de los documentos arrojan mayor número de ellos presente. Recordando los enormes gastos que hacía en la edificación de la Catedral, se explica el destino, que tenían las rentas procedentes de los bienes, que se enumeran. Aquí deben volverse a leer las reflexiones de Vicente de la Fuente sobre esto, copiadas en el capítulo XIV. Merece más atención lo que denuncian sobre los judíos; pero está recargado; y por otro lado jeran tan excelentes financieros! En cuanto a los prebendados, que citan, y con retintín de queja los nombran, a la vez que se lamentan que hay pocos *oriundos de la tierra*, hay que notar que casi todos llevan apellidos navarros. Indicio claro del excesivo afecto de Rodrigo a los suyos.

Mientras negociaba tales asuntos en Italia, D. Rodrigo recibió la grata noticia de la toma de Córdoba por Castilla. Mucho antes de partir de España, se ocupaba el Arzobispo en esta conquista activamente, como no podía ser menos; porque desde hacía tres años allí gravitaba el peso guerrero del Reino: allí se trababan los combates más furiosos. En Enero de 1235 adquirió la guerra cordobesa un aspecto de pavor y expectación, tomando parte las fuerzas enviadas por el mismo D. Rodrigo, quien encargó el mando de sus huestes de Brihuega al famoso héroe, Domingo Muñoz, que se disputan Segovia y Brihuega. (1) Se lee en la historia de esta villa: «Frente a los muros de Córdoba acampaban las tropas del Arzobispo, yendo el de Brihuega al mando de un adalid, llamado Domingo Muñoz, natural de dicha villa; el cual, en una noche tormentosa del mes de Enero de 1235, en connivencia con los mozárabes de la ciudad, y unido a los Caballeros, llamados Martín, Luis de Argote y Pedro Ruiz Tafur, auxiliados por dos almogávares, de nombre el uno de Álvaro Colodro y el otro Benito de Bañas, logró por sorpresa entrar en la Axarquía, o Arrabal, abriendo las puertas a los cristianos, que se apoderan de la plaza, antes del amanecer.» (2) Esta hazaña conmovió al Reino, y de todos los puntos se intensificó la afluencia de guerreros a la región de Córdoba. Para la primavera de 1236 se habían apiñado en derredor de la antigua capital del Califato Occidental, toda espada, toda machina, todo brazo valeroso de Castilla. Allí dirigía D. Rodrigo sus miradas y pasos al lado de San Fernando, cuando la invitación de Roma le hizo variar de rumbo. Nombró lugarteniente suyo en todo al Obispo de Osma, D. Juan Domínguez, Canciller particular del Rey, delegándole los poderes Arzobispaes. Así no pudo asistir el Arzobispo a la toma de Córdoba, ni reconciliar al culto de Cristo sus Iglesias, sino que lo hicieron, como él refiere, D. Juan, su delegado, Gonzalo de Cuenca, Domingo de Baeza, Adán de Plasencia y Sancho de Coria.

En cambio prestó servicios especiales en pro de la causa cristiana y nacional en la Corte de Gregorio IX. Habló al Papa con el lenguaje de justa alabanza, que de-

(1) Yo diría que es un pariente de Rodrigo, según indica ese Muñoz (2) Pereja, p. 69.

bía hacerlo, del celo de San Fernando por la gloria y exaltación del nombre cristiano, como declara el Papa, al principiar la bula de 3 de Septiembre de este año, dirigida al mismo D. Rodrigo y a los Obispos de Burgos y Osma, expresando, que se le ha hecho relación verbal de las virtudes del Rey de Castilla, y concede la facultad de cobrar veinte mil áureos anuales de los bienes de la Iglesia de Castilla, por tres años seguidos. (1) Al día siguiente por otro breve mandó a Rodrigo y a los demás Prelados de Castilla, que animasen a San Fernando a la guerra, y que le prestasen apoyo. (2) Del 10 de Octubre son las bulas, que prohíben fulminar censuras contra el Rey y contra la Reina, sin especial licencia del Papa. Las debió impetrar Rodrigo, que continuó varios meses en la Corte del Pontífice. Tan especial veneración tenía el Papa a todo lo que disponía San Fernando, que mantenía en vigor todos sus decretos. Cuando Tello de Palencia, en este mismo año pidió que suavizase ciertas leyes respecto de los herejes convertidos, Gregorio IX le autorizó para recibirlos con cautelas, pero le dice que no significa esto la derogación del edicto Real, que ordena que todos los herejes sean desterrados perpetuamente. (3) También se ve aquí la influencia de Rodrigo, ministro del Príncipe.

Anunciamos arriba con Manrique, que D. Rodrigo renovó hacia 1235 la reclamación de sus derechos a la Orden de Calatrava. Así fué en efecto, y seguramente con el fin de gestionarla el mismo Arzobispo personalmente en la Curia Romana, a la vez que lo hacía con los Santiaguistas. A este objeto elevó a Gregorio IX la demanda necesaria, diciéndole; *que él no era inmortal; que había más de diez años que se había debatido el litigio*, y que se examinase el proceso. El Papa citó al Maestre y Caballeros de Calatrava por medio del Abad y Prior de Val de Iglesias, para que en el término de un año comparecieran por sí, o por procuradores, ante el tribunal romano, con los papeles en regla. Se les fijó, como plazo perentorio, el día de Pentecostés del año siguiente, 1236. Exigía D. Rodrigo de los Caballeros de Calatrava que obedecieran a las leyes diocesanas, en cuanto al pago de las décimas de las rentas Reales y otros tributos, y en cuanto a las relaciones de los clérigos, tanto los de la residencia de Calatrava como los de todo el Arzobispado Toledano. ¿Pero qué sucedió? Nos lo cuenta Gregorio IX, en su bula del 6 de Noviembre de 1236: «En la cual (fecha fijada) *aunque compareció ante nosotros personalmente el Arzobispo*, sin embargo dicho Maestre y Caballeros ni vinieron, ni cuidaron de enviar un representante autorizado, después de esperar más de cuarenta días.»

Entonces D. Rodrigo reclamó del Papa con instancia que los tratara como contumaces. No accedió el Papa. Se dió al Toledano por Auditor al Obispo de Ostia, quien descubrió que no se habían cumplido bien las formalidades de la citación. Manifestó el Maestre general que deseaba asistir personalmente, y San Fernando solicitó favor; porque los Caballeros tomaban parte en la guerra de Córdoba. El Papa defirió, y ordenó nueva información del proceso a los Arcedianos de Segovia y Cuéllar, y al Chantre de Segovia, 6 de Noviembre de 1236. (4) Dos días después, el Papa calmó las alarmas de D. Rodrigo, declarando por un breve, que la aprobación de los bienes, que había dado a Calatrava, a solicitud de su procurador, en aquellos días, no prejuzgaba nada los derechos eventuales de la Mitra de Toledo sobre esos bienes, sino que era una aprobación común. (5)

Por efecto de la bula del 6 de Noviembre, presentóse ante la Curia romana un delegado de la Orden de Calatrava, el cual se condujo en tales términos, con efugios

(1) Ap. 130. Potthast. I. p. 876. Raynaldo. Año 1 37, con fecha equivocada. Auvray. 3313.

(2) Auvray. 3344 y 3345. (3) Auvray. 3347. (4) Auvray. 3347. (5) p. 36.

y excepciones artificiosas, ante el Cardenal Sinibaldo, nombrado Auditor de los procuradores de ambas partes, que comprobó el mismo Gregorio IX, según lo dice en su bula del 29 de Enero de 1237 con claridad, que el delegado calatravense no intentaba otra cosa que enredar y pasar el tiempo; por lo cual, después de comprobar las trapacerías dilatorias, a petición del procurador de D. Rodrigo, nombró una comisión de hombres buenos, que informaran en España la causa y se la remitieran a Roma. Volvió a nombrar a los dos mencionados Arcedianos y al Abad de Saltos Albos, por la citada bula del 29 de Enero. (1) Aquí pierdo la luz de los documentos, y no encuentro sobre este agitado asunto más que las elásticas e imprecisas alabanzas de Calatrava, que estampa Angel Manrique, para hacer ver que los Caballeros procedían con rectitud, a la vez que hace fluctuar a D. Rodrigo entre los celajes de timideces y vacilaciones, como dominado de un supersticioso respeto a la Orden Militar, muy amada por él. (2) Cosa absurda tratándose de D. Rodrigo, que era todo claridad, valor, aplomo y resolución franca. Intenta Manrique poner en buen lugar a los calatravos, por ser cistercienses. Terminado el objeto del viaje, apresuró la vuelta, obteniendo primero (el 28 Noviembre) el breve, en que se manda que nadie le perjudique en sus cosas con derecho dudoso. (3) La bula del 18 de Diciembre, tres días después de la gran bula sobre la exención y privilegios de los Santiaguistas, es de cordial despedida del Arzobispo, como lo patentiza su contexto, que es así: «Queriendo honrar a tu persona; y por el honor a tí hecho, beneficiar a otros, te otorgamos por las presentes, la facultad de conceder dos prebendas en la Iglesia de Toledo a dos clérigos idóneos y doctos... Dado en Terni.» (4) Así se separaron estos dos personajes célebres, que debieron agradarse por la cultura, talento, elocuencia y gran experiencia de los negocios. D. Rodrigo, sin atender al rigor del invierno, ni a lo avanzado de su edad, emprendió su regreso. A fines de Enero atravesaba el Reino de Navarra, paso obligado para el viaje de Roma. Se detuvo en la Corte del Rey navarro, D. Teobaldo, tan adicto suyo; y entonces debió interceder, a favor de Berenguer Climent, el cual declara así: «No teniendo yo derecho para hacer un molino en el Ebro, Teobaldo, Rey de Navarra, a petición de D. Rodrigo Jiménez, Venerable Arzobispo de Toledo, me dió la facultad de hacer dicho molino con azut y cuatro ruedas en el Ebro, de modo sin embargo, que se deje libre tránsito a las naves y demás cosas en el mismo Ebro, según costumbre.» (5) Le prohíbe el Rey vender y empeñar el molino al que sea de fuera del Reino, sin licencia del Rey; 1 de Febrero de 1237.

Don Rodrigo reflejó la grata impresión que le produjo el conocimiento personal del primero de los Teobaldos de Navarra, que era uno de los famosos poetas de su tiempo y cultísimo espíritu, en su historia de los godos, al decir que era «apacible, justo, pacífico y modesto para todos, el cual es ahora (1243, en que escribía D. Rodrigo) Soberano de Navarra y Champaña; y el Señor dirija sus caminos.» (6) Y sobre los tres hijos de Teobaldo, habidos de la Reina Margarita, lanza esta bendición tierna: «El Señor aliente y prospere y ensalce su infancia.» (7) Los Tudelanos veneran un recuerdo de este paso de D. Rodrigo por su patria, en la Basílica de la Santa Cruz, a un kilómetro de Tudela, del siglo XI, honrada por los Reyes, que vivieron en aquella ciudad. Escribe así un escritor de la misma, incurriendo en pequeños yerros, que se ven luego: «La Basílica (de la Santa Cruz) co-

(1) Auvray. 47 7. (2) Anales. 36. C. VI. (3) Pottaht. Tom. I. N. 10 67. (4) Ap. 138. (5) Documento íntegro en el Cartulario de Teobaldo. f. 80. Archivo de Navarra. (6) Lib. V. C. 24. (7) Lib. V. C. 24.

re a cargo de la cofradía de Santa Cruz, de origen muy antiguo, debiéndose su fundación al Arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jiménez de Rada (se supone fué natural de aquí), (1) cuando estuvo en Tudela por los años 1235, (1237) y a virtud de la institución militar, que desde luego la dió el Rey D. Sancho VII de Navarra (era Teobaldo) vino a titularse de Ballesteros, por ser su arma principal, yendo a las guerras con pendón propio, entre ellas las que se tuvieron con Francia.» (2) Figura en el pendón una ballesta con arco. De Navarra el Arzobispo se dirigió naturalmente al encuentro del Rey de Castilla, que por Marzo de 1237 vagaba por Burgos y Vitoria, otorgando fueros y privilegios a Motrico y Guetaria. (3) El asunto que preocupaba a la Corte eran las nuevas nupcias de San Fernando; pues su madre, que según D. Rodrigo custodiaba la pureza de su hijo, no se sosegaba mientras no le veía casado, después de dos años de viudez. La dificultad era encontrar una esposa de suficiente nobleza para el Rey. Por fin se pensó en Juana de Ponthieu, pero pariente en tercer grado con cuarto, y se pidió dispensa antes del matrimonio, a Gregorio IX, el cual despachó la licencia el 31 de Agosto de 1237, diciendo, que lo hace, abrazando a Fernando de corazón, porque, «habiéndole el Señor glorificado entre los demás príncipes cristianos, dándole fama contra los enemigos, triunfando no sin divino milagro, no se enorgulleció su corazón.» (4) D.^a Juana era de la sangre Real de Francia; había estado casada con Enrique de Inglaterra, pero el mismo Gregorio IX anuló la unión, por la bula del 29 de Abril de 1236; (5) porque estaban ligados en cuarto grado de consanguinidad. Con estos datos, hasta ahora archivados en los bularios, y no trasladados a la Historia de España, precisamos más aproximadamente, en qué parte del año 1237 fué la boda de San Fernando en Burgos. Debió bendecirla el Primado, pero no lo dice, sino que escribe de la nueva Reina de Castilla, a la que trató diez años, que de «tal modo brillaba por su belleza, dignidad y modestia, que era grata a los ojos del marido y acepta ante Dios y los hombres.» (6)

Uno de los negocios, que aguardaban el regreso del Arzobispo de Toledo a España era la provisión y organización del Obispado de Córdoba, que tenía obligación de restaurarla en virtud de los decretos pontificios. En seguida se dió a este asunto, haciendo dos cosas principales; demarcar los límites del nuevo Obispado, conforme de antiguo se conocían, e instituir el nuevo Obispo. Quizás fué a Córdoba, para consagrar allí al nuevo Prelado. Pero el texto de D. Rodrigo sobre esto es ambiguo. Dice: «El Rey Fernando dió renta suficiente a la nueva Iglesia. Más tarde, habiendo Rodrigo, Primado y Arzobispo de Toledo, consagrado allí (*ibi*) Obispo al Maestro Lope, con privilegio, le confirmó los réditos y le dió además Lucena.» (7) Ese *ibi* puede entenderse, o que simplemente consagró a ese sujeto para Obispo de Córdoba, o que además ejecutó los actos de la consagración y colocación de dicha Sede en la misma ciudad, recientemente reconquistada. Lo que trasciende de la lectura de su historia es, que el Arzobispo visitó a Córdoba y admiró y estudió sus maravillas arquitectónicas; pues se expresa como quien traslada al libro lo que ha visto y observado. Escribe, al hablar de las construcciones del califa Issen: «Este hizo el puente, que todavía subsiste en Córdoba... y se halla en la dirección de la puerta mayor, cerca de la fortaleza, que en su lengua llaman Alcázar, y procuró con tanto esmero la construcción del puente, que

(1) En efecto hay quienes tienen por natural de Tudela a D. Rodrigo, ignoro con qué fundamento: acaso porque Rodrigo visitaba mucho a esta ciudad. (2) Sainz. «*Apuntes Tudelanos.*» t. I. p. 365.

(3) *Memorias...* p. 430 y 433. Garibay. Lib. XIX. C. 39. (4) Auvray. 3847 y 3848. La primera bula es para la esposa, la segunda para Fernando. (5) Auvray. 31 5. (6) Lib. IX. Capítulo último.

(7) Lib. IX. C. 17.

él mismo trabajaba personalmente y dirigía el plan de la obra.» (1) Además, inmediatamente después de narrar el hecho de la consagración del Prelado, prorrumpen en una bellísima descripción de las excelencias y encantos de la ciudad conquistada, diciendo: «Y tan grande es la abundancia, amenidad y fertilidad de aquella urbe, que, oyendo el elogio de tan grande ciudad, de todas las partes de España, dejando su patria, aflúan habitantes y futuros pobladores, como a bodas Reales; y de tal modo se llenó de habitantes, que faltaban casas para los pobladores y no pobladores, para las casas.» (2) Téngase en cuenta que desde el año de la conquista, San Fernando anduvo yendo y viniendo de Córdoba; ya porque se transformó aquella plaza en centro de las empresas guerreras sucesivas, ya para organizar la vida civil de la ciudad y de su comarca, harto estrecha al principio, ya para fomentar las nuevas huestes, que pedía la cruzada de tres años, concedida por Gregorio IX, en 1236. En esos repetidos viajes tenía que acompañarle el Arzobispo. Por fin, como éste cuenta en último capítulo de su historia, se le entregaron multitud de poblaciones de toda la ancha región cordobesa. Así se aseguró la gloriosa conquista de la corte más espléndida de los árabes de España, que ya el emperador Alfonso VII había tomado, pero como le censura D. Rodrigo, puso en el riesgo de perderla, poniéndola, dice «con consejo menos sano» en manos de Avengaria, que se le había entregado, exigiéndole inútilmente previo juramento de fidelidad. (3) Para dar sensación de desagravio nacional y de triunfo poderoso, de orden de San Fernando, se devolvieron a Santiago de Compostela, las campanas, que el terrible Almanzor había robado del sepulcro de Santiago, y hécholas llevar a Córdoba y colocar en su soberbia mezquita, como señal de resonante e insultante victoria, según refiere Jiménez de Rada. Con la narración de la conquista de Córdoba terminó D. Lucas, llamado el Tudense, su Crónica del mundo, la producción histórica más importante de España de aquel tiempo, después de las obras de D. Rodrigo. La compuso por encargo de D.^a Berenguela, y algunos escriben que murió en 1236; pero erróneamente; pues parece indudable que San Fernando le hizo nombrar Obispo de Tuy en 1241. Acerca de las relaciones de D. Rodrigo con él, escribe Rohrbacher: «El Arzobispo Rodrigo tenía por amigo a otro historiador, Lucas de Tuy, nacido en León, al principio del siglo XIII.» (4) En otro autor español leemos: «Este Prelado, (D. Lucas) era íntimo amigo de don Rodrigo Jiménez, sabio Arzobispo de Toledo.» (5) No sé en qué se fundan estas dos aserciones tan categóricas y verosímiles. No he visto dato que las confirma, y acaso las sugirió el hecho de que los dos cronistas lo fueron de D.^a Berenguela y San Fernando respectivamente, y no dejaron de comunicarse para escribir sus obras. El Tudense escribió, además de su *Chronicón*, la vida de San Isidoro, Arzobispo de Sevilla y el Tratado sobre los albigenses. Escritor docto, pío, ameno, pero erudito crédulo, que insertó en sus obras muchas patrañas, que han enturbiado la verdad histórica, haciendo difícil el discernimiento entre lo cierto, lo legendario y fabuloso.

A poco de llegar a España tuvo que intervenir en un asunto delicadísimo nuestro Arzobispo. Entre 1236 y 1237 San Fernando hizo un ademán violento y ostentoso de guerra contra el Reino de Navarra, con tales circunstancias, que su noticia llegó al Santo Padre, y desazonó y sobresaltó el ánimo de Gregorio IX. Alarmado el Vicario de Cristo, dirigió a D. Rodrigo la carta siguiente: «Según ha llegado a nuestros oídos, aunque no existe, como se dice, entre el ilustre Rey de Cas-

(1) *Historia Arabum*. C. 20. (2) Lib. IX. C. 17. (3) Lib. VII. C. 8. (4) Hist. Liv. 72. (5) *Biografía Ecl. completa*. tomo XII. P. 397, por J. A.

tilla y nuestro carísimo hijo en Cristo, el ilustre Rey de Navarra, *que ha tomado, la cruz, causa razonable, para que las banderas del Ejército Real, que se desplegaron ya contra los enemigos de la fe católica, se vuelvan contra los defensores de la misma*; sin embargo se refiere, que aquel, que es autor de la discordia, ha movido al Rey de Castilla contra el Rey de Navarra; por eso se teme, que amenaza grave peligro a Tierra Santa, y que se perturbarán profundísimamente los Reinos de las Españas y de la Galia, de tal modo, que además de los daños de las almas, se piensa con claros indicios, que sobrevendrán muchas mortandades por semejante perturbación. En consecuencia, como sea indigno, que un Rey, mientras milita por el Rey de Reyes, padezca algún daño en su Reino, antes bien, perseverando en su servicio, deba gozar de una especial prerrogativa; por esta causa le recibimos con todos los bienes bajo la especial protección de San Pedro y nuestra, y por eso, en conciencia, no podemos faltar a él, mejor dicho, a Jesucristo, Señor nuestro. Rogamos y exhortamos a tu Fraternidad, suplicando por el Padre, Hijo y Espíritu Santo, y por la aspersión de la sangre de Jesucristo, y pidiendo por nuestro deber especial, que tú, considerando prudentemente con qué conciencia, o con qué paz podrán comparecer ante el Hijo unigénito de Dios..... los que no solamente no toman parte por sí mismos en esta necesidad, en defensa del que fué crucificado por los pecadores, sino que además se esfuerzan en impedir a los que quieren tomar parte, procures, que dicho Rey de Castilla firme con el mismo Rey de Navarra una paz verdadera, que ha de observarse inviolablemente, o treguas, que duren hasta su regreso, de tal suerte, que muestres que te duele la injuria de Cristo, y nosotros podamos alabar dignamente en el Señor la verdad de tu celo. Si por ventura se creyera en algo ofendido por él, haremos que se le satisfaga equitativamente, según lo requiere la dignidad del ofendido u ofensor. Te mandamos por lo tanto que amonestes con autoridad apostólica al dicho Rey de Castilla, a cumplir las cosas mencionadas y le convenzas eficazmente. Dado en Terni, 30 de Enero de 1237, décimo de nuestro pontificado.» (1) La misma amonestación dirigió al mismo San Fernando, a la Reina D.^a Berenguela y al Canciller Real, Obispo de Osma. (2) No hay rastro alguno de los pasos que D. Rodrigo dió para impedir que estallara la guerra entre los Reinos cristianos, ni de los medios de que se valió para que se ligaran los dos con fuertes eslabones de paz, para que sin inquietudes realizara el Rey de Navarra la famosa y heroica cruzada a Tierra Santa. Creo que la aproximación de San Fernando a la frontera de Navarra, que señalan las firmas de gracias en Vitoria, en Marzo de 1237, como arriba referimos, obedeció a este asunto de la paz con Navarra. Es lo cierto que San Fernando no turbó la paz, que le exigía el Papa, ni obstó a la cruzada general, que tanto interesaba a toda la cristiandad.

Los musulmanes del Oriente se presentaban arrogantes, después del fracaso de la quinta cruzada, votada por el concilio de Letrán en 1215. Ya vimos con cuánta solicitud la habían promovido Inocencio III y Honorio III, y con qué sacrificios cooperó D. Rodrigo en el frente Occidental, en las expediciones guerreras, que preparó y guió en los años 1218 y 1219.

Y se preguntará ahora con razón: ¿Cómo cooperó Jiménez de Rada a la sexta cruzada general, que acaudilló su especial amigo, D. Teobaldo, Soberano de su Patria nativa, máxime después de haber recibido el encargo de Gregorio IX. para que contuviese a San Fernando en sus intentos de guerra contra Navarra, que era el único Reino español y europeo, que enarbolaba la divisa de esta cruzada en la

(1) *Regestum Romanum*. 18 fol. 225. Auvray. 3477. (2) Auvray. 3475, 3476 y 3478.

vanguardia? Fuera de su intervención para la conservación de la paz no se conocen actos particulares. En cambio D. Rodrigo siguió con singular atención los sucesos de esta cruzada, y dejó de la misma una corta noticia, en su historia. Lo que no hizo de ninguna otra cruzada general. Pero también era natural que así lo hiciese. Primero porque no debía callar la gran hazaña de su amigo. Segundo porque constituía tan audaz empresa la participación más importante y gloriosa de España en las cruzadas generales al Oriente.

Escribe así D. Rodrigo: «Este Teobaldo, inflamado por el celo de la fe, se fué a socorrer a Tierra Santa, llevando a sus órdenes grandísima multitud de caballeros, capitanes y barones, se apoderó de muchos lugares, que devolvió al dominio de los cristianos, y padeciendo allí todos los cristianos de indigencia, a su costa les socorrió hasta la vuelta; también a los que habían ido por propia cuenta; y contratados y dinero rescató a la mayor parte de los que habían caído en el cautiverio por la astucia de los agarenos.»

Pero tan sucinta noticia de la principal gloria española en las cruzadas del Oriente no puede satisfacer al lector en la vida de D. Rodrigo. Por eso daré cortos pormenores particulares que la expliquen mejor.

Al ver atropellados los católicos del Oriente con el fracaso de la quinta cruzada, Gregorio IX promulgó otra nueva, e invitó a los Soberanos de Europa a tomar la Santa Cruz. De pronto nadie contestó. Pasados algunos meses, Teobaldo de Navarra anunció que se ponía al frente de la nueva cruzada. Fuera de los Soberanos de Alemania, Inglaterra y Francia, que se negaban a tamaño sacrificio, era el más poderoso Príncipe, que en los estados cristianos podía ponerse al frente de tal empresa. Porque los Reyes de Aragón y Castilla bastante tenían con los sarracenos del Sur. Teobaldo era a la vez Rey de Navarra, Señor de Champaña y Conde de Brie. Y ¡qué tino tan maravilloso tuvo al escoger para los navarros el frente Oriental; ya que en el Occidente carecían de frontera para debelar al enemigo de Cristóbal Gregorio IX, jubiloso, secundó el pensamiento del Rey de Navarra, para formar el ejército cruzado, como lo prueba el copioso bulario, que atañe a este asunto, y que empieza en Octubre de 1235. Primero prohíbe poner censuras o entredichos en los estados del Rey de Navarra, durante toda su cruzada. (1) Luego ordena a varios Abades de Navarra que refrenen con excomuniones a los que impiden, que el Rey de Navarra cumpla su voto. (2) Manda en tres bulas distintas a los Reyes de Francia y a muchos Obispos franceses, que con guerras no impidan esa cruzada. (3) Cuatro escribe a España para lo mismo, según ha poco referimos. (4) Participa a los Prelados de Barcelona y Tarragona, que no les autoriza para conmutar los votos de los fieles de las diócesis de Pamplona y Calahorra, con el objeto de que puedan sumarse a las fuerzas de Aragón, sino que deben cumplir su voto yendo a Tierra Santa. (5) El 3 de Septiembre de 1238 escribe cuatro bulas a muchos Prelados franceses para que no impidan las colectas para esta empresa del Rey de Navarra. (6) A ruegos de éste concede la facultad de condonar sus deudas con sus vasallos y judíos, bajo ciertas condiciones, en el momento de partir para el Oriente. (7) El 4 de Diciembre de 1238 faculta para que las limosnas de los vasallos del Rey de Navarra, ofrecidas a otros fines, puedan destinarse para el sostenimiento del ejército cruzado. Dice el Papa en esa bula que el Rey de Navarra lleva *brillante tropa de guerreros (honorabilem numerum bellatorum)*. (2) El 9 de Marzo, a la vez que anima al Soberano navarro para empre-

(1) Auvray. 2805. (2) Auvray. 2856 y 4287. (3) Auvray 3195, 3196 y 3197. (4) *Uit supra*.
(5) Auvray. 3484. (6) Auvray. 4519, 4520, 4521 y 4522. (7) Auvray 4601.

der la cruzada, le ordena que fije su partida para el 24 de Junio. (1) Diez días después anuncia que toma bajo la protección de la Sede Apostólica los estados y la familia del Rey de Navarra durante toda su campaña. (2) Del 22 de Junio de 1240 es la última bula conocida de Gregorio IX al Monarca de Navarra sobre esta cruzada. En ella le avisa que ya que están al otro lado de los mares, en Asia, (*in transmarinis partibus*) deben obedecer al Patriarca de Jerusalén, como a su Legado particular. (3) Este epistolario prueba con cuanto ardor y tesón promovió el Papa la cruzada del Rey de Navarra.

Por su lado los dominicos y franciscanos enardecieron los países cristianos con sus fogosas exhortaciones, como predicadores de esta empresa. Pero el que más ardor infundió fué el mismo Rey Teobaldo con sus encendidas composiciones poéticas, cuya memoria es célebre en la historia, como de ninguna otra predicación. Aun se conservan sentidísimos fragmentos de su inflamado estro. (4)

El éxito de las excitaciones del Rey navarro fué muy halagüeño. Lo más selecto de los Señores y Adalides de Francia y de Inglaterra se unió a su estandarte, conduciendo sus fuerzas militares. A su lado están Pedro de Bretaña, Enrique de Bar, Amauri de Monforte, Ricardo de Calvinete, Aurelio de Illa, y los Señores de Nevers, Yoigny, Macón, Jarez y otros innumerables, entre los cuales gallardea el famoso duque de Borgoña. Y acaudillando a todos, en verano de 1239, Teobaldo el Grande de Navarra lanzóse al mar, en las aguas de Marsella.

Por desgracia iba en aquellas naves mucho orgullo, mucha independencia, mucha envidia y mucha rivalidad, y por eso, apenas tocaron aquellos vasos las costas asiáticas, se fraccionó la tropa en varios cuerpos. Sobre todo, varios jefes principales, por descollar y ganar más, acometieron diversos puntos, sin negar al Rey de Navarra, el derecho de dirigir pero pretextando mayor acierto y éxito. Así se empeñaron en las fatales aventuras de Gaza, desoyendo los dictados del caudillo navarro, el cual ocupó valientemente con sus soldados a Ascalón, y luego, lleno de amargura, se dedicó a recoger y rescatar los restos de las tropas de los Señores alucinados, que habían sido destrozadas por los árabes. Luego, tras largas y duras luchas trabadas en conformidad con las indicaciones de los Caballeros del Temple y de S. Juan de Jerusalén, se libró hábilmente de peligrosas aventuras, hurtóse a las celadas con útiles excursiones, rescató a todos los cautivos con gran caridad y sacrificios pecuniarios; y persuadido de que era una demencia trabar lucha campal con el enemigo, que había derrotado a los temerarios Señores, que se habían destacado torpemente, dejando harto mermadas las fuerzas del ejército principal, prudentemente tomó el partido de salvar su gente; ya que era imposible con sus propios soldados, reconquistar el sepulcro del Salvador. En consecuencia, después de recorrer las vertientes del monte Tauro y las proximidades de la ciudad Santa victoriosamente, retrocedió en dirección de Tolemaida, y de aquí a Tiro, después a Trípoli y al fin a su Reino. Tiene el Rey de Navarra la gloria de que nadie como él volvió a aproximar las tropas de cruzados tan cerca del sepulcro de Cristo. La misma cruzada de San Luis, en la que iba Teobaldo II de Navarra con

(1) Auvray. 4601. (3) Auvray. 4.630. (2) Auvray. 4741. (3) Auvray 5230.

(4) En el historiador de las cruzadas, Michaud (III. P. 28 en adelante), pueden verse algunos trozos. He aquí uno: «Escuchad; el cielo está cerrado para los que no atraviesan el mar para visitar y defender el sepulcro de Dios. Si, ninguno de los valientes, que ama a Dios y la gloria, vacilará en tomar la cruz y las armas. Los que prefieren el descanso al honor, los que huyen los peligros, quedarán solos en los hogares. Jesucristo dirá en el día del juicio a los unos: «Vosotros, que me habéis ayudado a llevar mi cruz, subid al lugar en que habitan los Ángeles y mi Madre.» Dirá a los otros: «Los que nada me habéis ayudado, bajad a la morada de los malditos.» (Pag. 23.)

sus soldados, estaba deshecha antes de llegar a donde Teobaldo I. Como la diócesis de Albarracín y su Obispo sufrían por este tiempo mucho por la pobreza, a causa de estar muy perseguidos de los moros, Gregorio IX exhortó a D. Rodrigo, para que les socorriese. (9 de Enero 1237.) Le conjura que así lo haga en atención a la piedad divina, y por su veneración a la Sede Apostólica y al Papa, para que el Obispo no tuviese que mendigar, en desprestigio de su cargo pontifical. (1) La misma recomendación recibió San Fernando del Papa, el cual le recordaba el deber que tenía de entregar al predicho diocesano cuanto lugar perteneciente a la diócesis segobricense rescataste de los moros. (2) También por este tiempo, a la vuelta de Roma, D. Rodrigo debió cumplir el mandato, que el Papa le dirigiera el 15 de Abril del año precedente, estando de camino para la corte pontificia, de favorecer al monasterio de Sahagún (3) contra algunos perversos, que incesantemente molestaban al Abad y al convento, en contra de los indultos apostólicos. D. Rodrigo no deberá tolerar más tales molestias. Como el mandato pontificio envolvía una delegación de facultades particulares para intervenir en el monasterio y en otros asuntos, limitóse para tres años.

El 20 de Junio de 1237 nos hallamos en Italia, en la ciudad de Veletri, ante un moribundo, que invoca cariñosamente en su lecho de agonía el nombre de Don Rodrigo. Le conocemos algo. Es el Maestro Martín Jiménez, Arcediano de Madrid, canónigo de Toledo, sobrino de nuestro Arzobispo, acusado como cómplice de su tío por los dos prebendados de Toledo, en el libelo presentado ante el Tribunal del Papa contra Jiménez de Rada, sobre la arbitraria administración de los bienes de la Sede primada. En ese día Martín Jiménez otorga su testamento, en el cual declara que es hijo de Simón y sobrino de D. Rodrigo, al cual encomienda la ejecución de sus últimas voluntades. Siendo joven debió entrar en Castilla, y ponerse al servicio del Arzobispo. En 1227 era ya Arcediano de Madrid, sucesor de otro Martín, de apellido Domínguez, que era particular amigo de D. Rodrigo, al cual también hizo albacea suyo, dándole en el testamento «su mula y un vaso de plata, el mejor de los míos», concediéndole amplias facultades para cumplir el testamento de 3 de Septiembre de 1227. (4) Era jubilado o dimisionario en esa fecha, ya que el sobrino del Arzobispo firmaba el 29 de Abril del mismo el fuero de Archilla, como sucesor de Martín Domínguez en el Arcedianato de Madrid. D. Rodrigo le había hecho Arcediano en 1214. Martín Jiménez firmó varios documentos expedidos por su tío; el último que aparece es del 14 de Agosto de 1234, por lo que dedujo el docto P. Fita, que poco después debió ir a Italia, y acompañar a su tío en su viaje a Roma. (5) Lo cierto es que, como dice, en su texto estaba en el estudio de Veletri, (*existens in studio Vercellarum*) y probablemente como alumno, y no como Maestro, con el fin de ampliar sus conocimientos, siguiendo el ejemplo y los estímulos alentadores de su sapientísimo tío, el cual le impulsaba a altos conocimientos, apesar de llevar diez años de Arcediano de Madrid, acariciando sin duda un porvenir glorioso para su sobrino. Además del estudio, atendía a la administración de los bienes propios y de los de su tío en Italia, según se ve en el testamento, que prueba que era rico. Dice en la cláusula catorce: «Igualmente establece que los citados Roldán y Lope Pérez deben y pueden exigir y hacer transacción de todo lo que se le debe en Veletri, Alejandría y en toda la Lombardía, lo mismo en su nombre y en el de este Arzobispo, y en particular de las doce libras f. Papienses, que le debe Pedro Maringan... y, que las demás cosas, que tiene en Veletri y en to-

(1) Ap. 139. (2) Villanueva. T. III. Ap. 7. P. 231. (3) Auvray. 3210. (4) Lib. priv. II. Fol. 75 y I. Fol. 83: pero en ambos lugares está abreviado. (5) Boletín de la R. A. de Hist. VIII.

da la Lombardía, que sean de los predichos Pedro Roldán y Pedro Pérez, y que ellos las vendan y paguen sus deudas.» Manda el moribundo que den veinte sueldos al Ayuntamiento de Veletri, para que confirme su testamento. Da muchas posesiones a su única hermana. Y añade: «También quiso y mandó que D. Rodrigo, Arzobispo de la Iglesia de Toledo, su tío, perciba todas sus rentas eclesiásticas pasadas, presentes y futuras, y pague con ellas a sus deudores y disponga de lo demás a su arbitrio... Que los demás bienes vayan al poder de este Arzobispo, y que disponga de ellos, como le parezca con absoluta libertad.» Deja también legados para los dos amigos ya mencionados, y un obsequio para los cuatro varones, sirvientes suyos. Nada menos que cuatro Maestros, un Doctor en Leyes, un Médico y otros muchos sujetos conspicuos firmaron el testamento. Señal de que el moribundo navarro era mirado como todo un personaje. (1) Tras una laguna de noticias, vemos que D. Rodrigo estaba en su predilecta villa de Brihuega, el 9 de Abril de 1238. Dió en ese día un edicto para la pacificación del Cabildo y del clero parroquial, muy desunidos respecto a la participación de ciertas funciones sagradas. El segundo se negaba a tomar parte en algunas de las que se practicaban en la Catedral por costumbre. El Dean y el Chantre rogaron en nombre del Cabildo al Arzobispo, que dictase algunas reglas, y él decretó en esta forma: «Que el clero de la ciudad acudiera a la Catedral en las solemnidades de costumbre, en las letanías y en las procesiones (de Ceniza, Semana, Semana Santa y Resurrección) con capas y otros ornamentos de costumbre. Organizarán las procesiones y se tocarán las campanas según uso antiguo. Nada queremos definir respecto a la conducción del arca el día de San Eugenio..... Mandamos que haya capellán en la Iglesia de la ciudad, como hasta ahora.» (2)

Don Rodrigo partió poco después de Brihuega para Navarra, su patria, y el 21 de Abril estaba con Teobaldo I en Tudela, junto con otro personaje navarro, muy poderoso de la corte de Jaime el Conquistador, D. Pedro Fernández de Azagra, Señor de Albarracín. El objeto de Azagra era estrechar más con su Soberano los lazos de mutua paz, y dar fe de que conservará los castillos, que el Rey de Navarra tenía, desde el Sancho el Fuerte, en la frontera agarena de Valencia, para asegurarse de esta manera la cooperación del Rey navarro contra los intentos de los Reyes adversarios, y conservar el derecho de reclutar soldados en Navarra, para la formación de su hueste. Los castillos eran Castiel Abid y Castiel Adimuz, como se lee en la carta de pleito homenaje de Azagra al Rey Teobaldo. En ella promete el Señor de Albarracín que entregará a Teobaldo, o al que en su nombre allí fuere, esos castillos *«dentro de treinta días, que el Rey demandare con tantos de omes et con tantas de armas et con tanto de condoyto, como lo prie (recibí) de D.^a Sancha Périz de Vareira et de D.^a Milia; et diez mil maravedís en oro Alfonso»*. Esto fué feito en presencia de D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo et Primado de España et Maestro Aznar, electo de Calahorra, et Sire Juan de Molins et de D. Aznar López de Caparroso, caballeros: et de Sire Leones, mayordomo del sobredicho Rey Teobald, Rey de Navarra, et yo D. Pedro Fernández de Azagra, metemos mós seylos pendientes en esta carta.» (3) Firmado el homenaje, Azagra corrió a unirse a Jaime I, que iba a cercar a Valencia, y en su hueste aumentó el número de sus hazañas, sobre todo en Cilla, (Silla) cuya toma se le debió y fué causa de la rendición de la ciudad levantina.

Diversamente se ha divagado sobre el motivo de este viaje de D. Rodrigo a su

(1) Ms. B. N. Sign. 13094. F. 86 y 87. Lo publicó el P. Fita en el Boletín. (2) Lib. priv. II. F. 14. P. Fita lo publicó ib. (3) El extracto en el Cartulario de Teobaldo. I. Fol. 119.

tierra: Dice Moret: «Qué causas trajesen a concurrir juntos a Navarra y ante el Rey a estos dos Prelados (D. Rodrigo y Aznar de Calahorra, los dos compatriotas) en especial al Arzobispo, tan íntimo del Rey de Castilla, D. Fernando, y por quien corría mucha parte del gobierno de ella, guiándonos por el tiempo y estado de las cosas de entonces, sólo se nos ocurre, como más creíble, y aun eso vagamente, que, o a solicitar que D. Teobaldo conmutase la guerra sacra ultramarina, en la que D. Fernando hacía con todo empeño a los moros en la Andalucía; pues era una misma la causa de la religión; o que dificultando D. Teobaldo la jornada a la Tierra Santa sin seguridad muy cumplida de parte de Castilla en ausencia tan larga, el Papa Gregorio, que la deseaba con ansia, lo solicitó con el Rey de Castilla, D. Fernando, y quizás por medio de estos Prelados, y D. Fernando se los envió para asegurarle que la ausencia por ningún caso saldrá dañosa de su parte. Inclínamos más hacia este lado el hallar en el Archivo de la Cámara de Comptos, una bula del Papa Gregorio para el Rey de Castilla exhortándole a la buena paz y amistad con el de Navarra.» (1) Al historiador Alesón, continuador de los Anales de Navarra, le parece verosímil que D. Rodrigo visitó a Navarra, porque «en este tiempo se continuaba ya la muy insigne fábrica del real monasterio de Fitero a expensas del Arzobispo, para entierro suyo y de sus antepasados.» (2) No lo creo así, sino que el motivo principal de este viaje fué según todas las probabilidades, la cuestión de la paz entre Castilla y Navarra, para asegurar con todas las garantías a D. Teobaldo, que el piísimo Fernando no dañaría su Reino durante su expedición al Oriente. Puede creerse también que el Arzobispo aprovechó este viaje a su Patria para dar calor a los trabajos de la construcción del templo y monasterio de sus amados cistercienses de Fitero, que él de su bolsillo construyó. De seguro que no volvió a Castilla sin visitar a Fitero, tan próximo a Tudela y tan amado de su familia paterna, y singularmente de su insigne abuelo, D. Pedro Tizón de Cadreíta: pero indudablemente todavía más amado del mismo Arzobispo, como lo verá el lector, conociendo las noticias siguientes, que voy a relatar, ya que la ocasión nos brinda a ello.

Ya hemos contado antes cómo D. Rodrigo cedió parte de sus bienes paternos al monasterio cisterciense de Fitero. Eso no fué nada en comparación de la construcción de la admirable Iglesia, que les hizo a los monjes. El Abad de Fitero dió cuenta de lo que había en el Archivo de Fitero, a principios del siglo diez y ocho, al P. Alesón, cronista de Navarra, en la forma siguiente: «*Copia de un escrito y memoria, que hay en el libro llamado del tumbo, o becerro, del Real monasterio de Fitero, al folio 507*: Últimamente con lo que se da fin a este capítulo es con decir, que después del emperador D. Alfonso VII y su hijo Sancho el Deseado, que fueron los fundadores, el más principal bienhechor y por quien más obligaciones le corren a esta Santa casa y a sus monjes, de encomendar a Dios y tener a memoria todos sus sacrificios es a nuestro ilustrísimo y Reverendísimo Señor y Padre, D. Rodrigo Jiménez, Arzobispo que fué de la Santa Iglesia de Toledo: quien nos concedió una heredad de mucha consideración en Fitero, que era entonces término de la villa de Tudején, como consta de la donación original, que está en el cajón tercero del Archivo, que es número diez y seis, del fajo diez, firmada de su propia mano y sellada con su sello, la cual pervino en su poder por muerte de su abuelo D. Pedro Tizón. Y no contento con esto el dicho Señor Arzobispo, por ser tan devoto de esta Santa casa y de sus monjes, nos edificó el templo e Iglesia tan suntuosa, que ahora tenemos. Porque era pequeña la Iglesia, que

(1) *Anales de Navarra*. Lib. XXI. C. 2. N. 21 y 23. (2) *Adiciones a los Anales*. Cap. II. N. 36 y 38.

había antes, y la reedificó a su costa, que sería bien grande, pues es de las más suntuosas, que hay en la Orden; y nos impetró de Roma la indulgencia para la dedicación de ella, que es a veinte y ocho de Junio, del Papa Inocencio IV, en que concede cuarenta días de indulgencia a todos los que visitaren, como parece del folio 394 de este libro, y su original está en el Archivo, en el cajón tres, fajo tres, número 21.» (1)

La fecha de la bula la da equivocada: es el 13 de Mayo de 1247 (*tertio idus maji, Pontificatus nostri anno quarto*) expedida en Lyón, y la recabó quizás el mismo Arzobispo, que en aquella fecha estaba en Lyón, en la Corte pontificia. En la bula se lee que concede las indulgencias «*en consideración al Venerable Hermano nuestro, Arzobispo de Toledo, que a sus expensas la construyó, según se escribe.*» (2) Esa Iglesia hoy es la parroquial de Fitero; y es la mejor de cuantas hay en Navarra, exceptuando las Catedrales de Pamplona y Tudela. De gran capacidad, de estilo ojival puro, con notables particularidades, estudiada, admirada y ponderada por todos los grandes arqueólogos españoles.

Tanto debió encariñarse el Arzobispo de la obra arquitectónica de Fitero, muy superior a la de Huerta, que hizo construir allí un sepulcro para sí, en la cabecera de la iglesia, al costado del Evangelio, abierto en el muro, que lo sostienen seis leones de piedra, una escultura yacente de un Obispo, y cerca cuatro Ángeles con incensarios, y junto, de pie, salmodiando cuatro monjes. El citado Abad de Fitero (Ignacio Ostabat) decía al P. Alesón, que el sepulcro tenía este epitafio «*Sepulcrum Roderici Archiepiscopi Toletani*» Y añade «Pero no se sepultó aquí, porque, como murió fuera de España, trajéronle sus criados al monasterio de Huerta la Real hasta allí, y de antemano, como era paso para venir a Fitero, nos lo cogieron. Y en este sepulcro debió de poner los huesos de su abuelo; porque hay unos huesos en una arquilla amontonados, que es señal que no son de persona, que en él fuese enterrada, sino que fueron trasladados de otra parte, y que eran de un hombre, que en tiempo del Señor Arzobispo estaba ya gastado, que por buena cuenta, sin adivinar mucho, se puede colegir ser los huesos de su abuelo.» (3)

El 21 de abril, el Arzobispo estuvo igualmente presente en el acto de homenaje de otro Azagra, llamado Sancho Fernández de Azagra, fillo de Don Ferrant Roiz de Azagra, «*que reconoce ser vasallo del rey D. Teobaldo por honor y tierra, que de él tiene*» y le hace homenaje, como vasallo a su Señor, de los castillos o tierras, que pudiese ganar a los moros. (4) Tienen que ser esos castillos y tierras dados por el rey en la región fronteriza de los moros. ¿Pero quién sabe en qué punto? Vióse en este viaje el Arzobispo con aquel tan insigne Deán primero de Tudela, D. Pedro Jiménez, de quien leemos en la España Sagrada: «Era el Maestro don Pedro Jiménez de esclarecido linaje, y de relevantes prendas y también por su ilustre familia rico hombre de Navarra. Sospecho que tuviera algún parentesco con el Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada y D. Gil de Rada, Arcipreste de Zurita, de quien fué compromisario. (5)

El 7 de julio de 1238 estaba D. Rodrigo en Toledo, donde recibió la escritura de donación de varias casas y fincas, sitas en Córdoba, que San Fernando le concedió. Para el 26 de agosto se hallaba en San Torcuato, y dictaminó sobre una cuestión, que los mismos interesados fiaron a su prudencia. Escribe un autor: «El Cabillo de Albelda con su Prior, R. Pérez de Agoncillo sostuvo una cuestión con D. Jerónimo Aznar, Obispo electo de Calahorra y Calzada. Ambos pusieron por

(1) *Ut supra.* (2) Ap. 181. (3) Aleson. Addi. n. 38. (4) *Cartulario de Teobaldo.* fol. 141. (5) T. 50. p. 308.

Juez a D. Rodrigo de Toledo. El 26 de junio de 1238, él sentenció: Que el Cabildo de Albelda pagase al electo los frutos desde que el Obispo D. Juan vino de Roma hasta el día, que supieron su muerte, (respecto de tercias de varios pueblos que allí menciona su dictamen.) Sobre las tercias de Rojo, Nalda, nombramientos de alcaldes y jurados de Albelda lo sentenciará más adelante.» (1)

Por segunda vez aparece el nombre del Obispo electo de Calahorra y Calzada, Jerónimo Aznar. Primero le hemos visto en Tudela, al lado de D. Rodrigo, como testigo principal en los conciertos del rey de Navarra con Fernández de Azagra, Señor de Albarracín. Hay que decir aquí algo de él y de la diócesis, de que se titula Obispo electo. Parece que esa diócesis estaba destinada a padecer borrascas en cada elección de nuevo Pastor. Al menos eso le tocó con dos sucesivamente. Recordamos el caso del antecesor, Juan Pérez, tan tenazmente protegido por Don Rodrigo durante todo el pontificado con pruebas de una amistad honda. El infortunado Pérez no disfrutó de la paz, que le adquirió el Arzobispo, decidiendo que San Fernando cesase en su acre oposición respecto de su residencia en La Calzada, porque falleció en la Corte de Gregorio IX, en 1236. El Cabildo calagurritano eligió para sucesor a Iñigo Martínez, que rechazó el Papa, intimando a la vez al dicho Cabildo, el 13 de diciembre de 1237, que nombre a otro que convenga, con amenaza de que, si no lo hace así, se reservará el derecho de darles Pastor. (2) Eligió a Jerónimo Aznar, que fué acepto al Papa, y más acepto aún a D. Rodrigo sin duda alguna, pues además de ser paisano suyo, escriben algunos autores que era pariente del Arzobispo. (3) Pertenecía al Cabildo de Toledo, y era su Arcediano, antecesor de Martín Jiménez, sobrino del Arzobispo, muerto en Veletri, el año anterior. Había entrado en el Cabildo primacial, previa dispensa del *defectu natalium*, y lo que es más notable, seis años antes, Gregorio IX habíale concedido la dispensa de la misma irregularidad «para que en caso de que fuera elegido para la dignidad pontifical, la pudiese recibir.» En Agnani, 25 de agosto de 1233. (4) Se adivina fácilmente, que gracia tan especial, obtenida en la previsión eventual de que pudiera ser objeto de votos para un Obispado, hubo de alcanzársele por la influencia de D. Rodrigo, que debía revolver el plan de elevar a altos puestos a este su pariente, que era un varón muy docto, con grado de Maestro. Es innegable por este y otros ejemplos, que se han citado, que D. Rodrigo se inclinó a un nepotismo más o menos censurable, como también, y quizás más, a favorecer a sus paisanos con dignidades, canonicatos y otros puestos de confianza y lucro, como lo indican los Arguedas, los Arróniz, Jiménez y Radas, que hemos visto, por no citar más en este lugar.

El 26 de agosto Gregorio IX dirigió al Arzobispo de Toledo el breve siguiente, que para la historia es un enigma. «Rogamos y amonestamos muy especialmente a tu piedad, de la que tenemos confianza particular, ordenándote que oigas diligentemente lo que Carsilio, nuestro amado hijo, te propondrá de nuestra parte, que lo admitas sin dudar, ni lo propongas, de suerte que podamos alabar tu piedad diligente en cumplir lo mandado.» (5) Desde luego que el Papa se movió a enviar un mensajero especial, elegido de entre sus familiares, por alguna razón sería.

Mes y medio después de esa fecha, el 12 de Octubre de 1238, murió el insigne amigo de D. Rodrigo, D. Mauricio, Obispo de Burgos, con quien nuestro protagonista estuvo en constante contacto, ya por los muchos negocios, que llevaban mancomunadamente, ya también por las frecuentes visitas, que D. Rodrigo hacía a

(1) Minguella. *Revista de Archivos*. Julio. Dic. 1907 p. 415. (2) Auvray. 3977. (3) Moret. *Anales de Navarra*. Lafuente. Esp. Sagr. (4) Auvray. 1513. (5) Ap. 143.

Burgos, acompañando a la Corte de San Fernando. Dedicóle el Arzobispo, en su Historia, el elogio de que «era varón sabio y digno de alabanza.» «No era aún de edad avanzada, escribe su historiador, quizás que no llegase siquiera a los sesenta y cinco años, a juzgar por la actividad que todavía desarrollaba por este tiempo, y el hecho de haberle confiado Gregorio IX el gobierno de la diócesis de Calahorra (en 1237, mientras el Cabildo elegía persona idónea, como dijimos arriba) gobierno, que, dada la turbulenta situación de ésta, no podía encomendarse a manos ancianas, ni a quien no tuviera energías físicas para personarse en Calahorra y su extenso territorio y efectuar la labor ruda de pacificarle. Otro dato viene a confirmarnos en nuestra aserción, y es que su compañero de estudios y amigo, D. Rodrigo, murió nueve años después, sin haber llegado todavía a una edad decrepita en absoluto, no teniendo sino setenta y seis años.» (1)

Desde 1237 a 1240 la acción de D. Rodrigo se desborda fuera de los ámbitos de Castilla y León, y trasciende a los Reinos de Portugal y Navarra. Cosa hasta ahora completamente olvidada e ignorada por la negligencia y desamor con que se han investigado los hechos del grande Arzobispo de Toledo. La Historia española, lo mismo la civil que la eclesiástica, ha quedado muda hasta el día, acerca de lo que vamos a decir, lamentándonos de paso, de que sólo podamos referir datos recogidos de documentos pontificios, sin pormenores de cómo ejecutó las comisiones pontificias en cuanto a diversas dificultades y circunstancias.

Gregorio IX escribió el 29 de Abril de 1237 la patética bula «*Lacrymabilem*» a D. Rodrigo y al Obispo de León, para que reprimiesen al Infante portugués, Fernando de Serpa y sus cómplices y fautores, en el camino de sus crímenes, que según el Obispo Egitarense, eran enormes; pues era horripilante el cuadro, que de los mismos pintaba en su relato al Papa. Debían a este fin, si eran ciertos los hechos, declarar a los culpables como públicamente excomulgados, y poner el endredicho en todos los lugares, en que estableciesen su morada, mientras en la misma permaneciesen. Los hechos denunciados a Roma por el Obispo de Egitra eran verdaderos y atroces. Fernando de Serpa, lleno de vicios y saña, atropellaba por igual al clero, a la nobleza y al pueblo con toda clase de males, con matanzas, persecuciones de Obispos y clérigos, y despojo violento y sanguinario de los bienes a todos los adversarios. (2) Pero el principal culpable no era el protervo Infante, aunque era el que más aparecía por este tiempo, sino que lo era su hermano, el Rey Sancho II de Portugal, que regía abominablemente a su pueblo, desde 1223, dejándole sufrir, todo género de males, no tanto por infligírselos él, cuanto por consentir que otros se los infligieran. Débil de carácter, devorado por lúbricas costumbres, asfixiado por emjambres de parásitos corrompidos, que le asediaron constantemente, alejando a la vez la influencia de personas rectas, Sancho II no hizo otra cosa que precipitarse de abismo en abismo, y acumular sobre su cabeza el odio universal, conduciendo a sus súbditos al nefasto año de 1237, en que el desenfreno de su hermano llegó al colmo, y arribando a 1238, cuyos males superaron aún a los del año anterior; porque el mismo Rey lusitano se lanzó por el mismo camino de persecuciones y tiranías, que su hermano, el anatematizado Fernando de Serpa, ejercitando las más crueles persecuciones, principalmente contra el clero del Reino, distinguiendo en su saña y aborrecimiento al Dean de Lisboa Don Juan, sabio y discreto varón de Dios, capellán del Papa y adictísimo a la Sede Apostólica, al cual desterró en ese año por tercera vez, después de haberle despojado de todos sus bienes; haciendo lo mismo con todos sus parientes de una

(1) L. Serrano. *D. Mauricio*. p. 120. (2) Rainaldo. *Anales*. 1237 y 1239.

manera ignominiosa, cazando, como a las fieras, a los que intentaban evitar la expatriación, ocultándose; cebándose, en fin, con igual furor contra los partidarios del invicto eclesiástico, sin contener las manos de los satélites, que cometen horribles sacrilegios con la Sagrada Hostia y otros objetos, para cumplir las órdenes del Monarca. Uno de sus blancos era entronizar en el Obispado de Lisboa a un sujeto indigno.

Gregorio IX, amargado por tales males, volvió a acordarse de D. Rodrigo, y el 6 de Mayo de 1238, le dirigió la extensa y sentida bula «*Tyrannidem, quam rex Portugalio.....*» en que traza el doloroso cuadro de las aflicciones del clero lusitano, y le exhorta a que misericordiosamente le socorra. Véanse unos párrafos.

Al Venerable Arzobispo de Toledo, salud y bendición apostólica. Creemos que no se ocultará a tu Fraternidad la tiranía, que el ilustre Rey de Portugal ha ejercitado, poco ha, contra las Iglesias de su Reino, y que se ha divulgado mucho. Siendo así que él, desde la flor de la adolescencia, debiera estar hecho al amor y temor del nombre de Dios, corrompiendo en flor los frutos inmaduros de su juventud, sin apartarse de las huellas de su padre, que no debía seguir,desconociendo el derecho del Rey de los Reyes, como lo demuestra con las obras, instruido, y ojalá no seducido, por perversos consejos, de tal modo oprimió y oprime incesantemente a todas las Iglesias y a los hombres, que ningún vestigio de libertad eclesiástica ha quedado en su Reino; y no contento de esto, como hijo ingrato, olvidando los beneficios recibidos de la Sede Apostólica, con reprobable osadía, extiende sus manos sobre nuestros objetos de predilección, nuestros familiares, que deberían estar a salvo, por reverencia a nosotros...» Y después de compendiar las enormidades particulares cometidas contra la Iglesia y el clero, recomienda de la manera siguiente al Arzobispo cómo ha de socorrer a los menesterosos: «Seguros del sincero afecto con que celas la honra de la Iglesia Romana y de los suyos, mandamos a tu Fraternidad, que hagas fijar en las Iglesias Catedrales y en los monasterios de los Reinos de Castilla y León, donde te pareciere mejor, una pensión decorosa y suficiente, desechando toda dilación y excusa, en favor del mencionado Dean, de los clérigos y laicos, que padecen esta persecución, hasta que vuelvan a recobrar y disfrutar pacíficamente lo que se les ha quitado. Dado en Letrán, 6 de Mayo, duodécimo año de nuestro pontificado.» (1) El 4 de Junio del mismo año el Papa ordena al Rey de Portugal, que cese en la persecución del Dean de Lisboa y de los suyos, les restituya los bienes y los beneficios, amenazándole, que, si no lo hace ni reprime a los vasallos, que los persiguen, invocará el poder del brazo secular más poderoso. (2)

Se han perdido las noticias de las disposiciones, que dió D. Rodrigo en pro de los clérigos y demás portugueses perseguidos, y se ignora a qué Iglesias impuso la obligación de darles subsidios fijos. Lo que es cierto que se mitigó bastante pronto el ardor de la persecución, si bien no desapareció. Sancho II no se aplacó, ni se volvió hacia la Santa Sede, a pesar de remitir en su furor persecutorio; por lo que Gregorio IX favoreció paladinamente al hermano tercero del rey, el Infante D. Alfonso, Conde de Bolonia, de pías apariencias, pero con harta ambición disimulada, que fué recibido por los portugueses con júbilo, y se apoderó por fin del cetro en 1246, y Sancho fué a refugiarse al lado de D. Rodrigo, en Toledo, donde murió, en destierro sobradamente merecido. El Arzobispo, a pesar de escribir su historia en 1243, en tiempo, que perduraba la fea conducta de ese monarca, no le censuró, sino que delicadamente se contentó con decir. «Sucedió Sancho en el

(1) Ap. 42. (2) Auvray. 4401.

reino. En su tiempo se acrecentaron con victorias los estados de los cristianos por la adquisición de Gelvez, Serpa y muchos castillos. Vive aún, y que el Señor dirija sus caminos.» (1) Pero no tenía derecho de escribir un moderno autor, con desenfado, que fué «príncipe virtuoso» (2) Cuán distinta es la verdad. No cabe duda que antes de la primavera del año siguiente, 1239, se habían repatriado los desterrados de Portugal; por eso Gregorio IX encargó a D. Rodrigo, que en unión con el Obispo de Palencia, inmediatamente eligiesen un Obispo digno para Lisboa y se le prestaran la debida obediencia y reverencia, (29 de abril de 1239.) (3) Entonces nuestro Primado y el Palentino tuvieron que ir a Lisboa, con el fin de examinar el estado de aquella desventurada Iglesia, en que había un intruso, apoyado flojamente por el rey, y formalizar el proceso de la elección e institución canónica del que debían poner al frente de aquella diócesis, y enviar después la documentación a Roma, para que el Papa confirmara el eleto y dispusiera su consagración.

Los dos Prelados no atendieron a los gustos del rey de Portugal, ni temieron su ira, sino que sin consideraciones humanas, nombraron Obispo de Lisboa al hombre más perseguido de Sancho II y de Fernando de Serpa, a Juan, Deán de Lisboa. Oigamos a Gregorio IX, que nos refiere cómo obraron los dos delegados suyos: «El mencionado Arzobispo y Obispo, teniendo ante los ojos sólo a Dios, y queriendo proveer más al bien de la Iglesia que a la persona, te nombraron Obispo de dicha Iglesia (de Lisboa) a tí (Juan)... como nos lo comunicaron en los documentos, que contenían el proceso. Nosotros empero, después de examinado el proceso diligentemente, y consideradas las circunstancias todas, que en esto se debían tener en cuenta, y además, tras detenida deliberación con nuestros Hermanos, (los Cardenales) como no se presentase ningún contradictor legítimo, fuera de cierto Miguel Ovequiz, al cual, por las cosas que entendimos, justamente lo rechazamos como a indigno, aprobamos el proceso de los dichos, Arzobispo y Obispos, y por fin, ordenándote de presbítero primero, después con nuestras manos te consagramos Obispo de la mencionada Iglesia.» (4) Así le escribía el mismo el 27 de noviembre de 1240. Y al Cabildo de Lisboa decía el propio Papa el 20 de diciembre del año precedente, al ordenarle que reconociera y recibiera el Obispo nombrado por D. Rodrigo y el Palentino. «Los cuales, como amantes de la virtud y utilidad de la Iglesia, y mirando solamente a aquel, que ilumina y dirige el espíritu de los suyos, constituyeron en Obispo de la predicha Iglesia a nuestro venerable Hermano, Maestro Juan, nuestro capellán.. varón docto, prudente, discreto, cuya probidad y honrosa opinión nos eran conocidas perfectamente por las obras, a mí y a nuestros Hermanos.» (5)

Don Rodrigo recibió otra bula dirigida a él solo, el 11 de Diciembre de 1239, en la que el Papa le encarga, que urja el cumplimiento de los votos de la cruzada, que no se cuidaban de cumplir algunos Caballeros de Portugal, fijándoles el plazo competente. La causa de esto era el gran prestigio del Toledano para que le obedecieran los remisos Caballeros militares portugueses, mientras que en Portugal, no había una autoridad eclesiástica, universalmente acatada en todo el Reino, por estar abatido y desarticulado el clero, por las persecuciones opresoras y por la diferencia de los criterios de los Prelados, que se inclinaban hacia unos u otros magnates y señores. En cambio el crédito e influjo de D. Rodrigo alcanzaban a todos. (6) La ocasión de este encargo fué la conducta del más acérrimo enemigo

(1) Lib. VIII c. 6. (2) Vicente de la Fuente. *Histor. Eccl.* tom. II. p. 288. (ed. 1.) (3) Auvray. 4835. (4) Auvray. 5316. (5) Idem. 5004. Vide sobre la entrega de las rentas la bula del 21 diciembre. Auvray 5011. 6 Auvray. 4977.

de la Iglesia lusitana y del Obispo de Lisboa, recién elegido por el Arzobispo de Toledo y el Obispo de Palencia. El Infante, Fernando de Serpa, abandonó noble y bruscamente los caminos de la maldad, se apartó de las inspiraciones de su hermano, Sancho II, pasó a Roma, y arrojándose a las plantas del Padre Santo, confesóle todos sus enormes delitos contra la Iglesia y el clero, (1) prestóle vasa-llaje y juramento de fidelidad, (2) y solicitó del mismo Papa las gracias extraordinarias de una cruzada, que se proponía emprender. Gregorio IX le concedió el perdón y también las gracias de la cruzada, pero con ásperas penas de reparación, que reseñaré para hacer notar así la virilidad religiosa de los tiempos. Le obliga el Papa a reparar los innumerables daños hechos al clero portugués y a los particulares; y en cuanto a penitencias corporales le impone el siguiente cuadro: «Por toda la Cuaresma no se hará la barba, no se lavará la cabeza, no vestirá con vestidos de seda, ni con adornos de oro, no entre en la Iglesia, asista desde fuera de las puertas a los oficios, a la comida alimente diariamente cinco pobres, los viernes comerá un plato, y ese, sentado en el suelo; que ayune los viernes, siete años, y guarde abstinencia todos los sábados de su vida. En Santaren, donde mató varios clérigos, irá ocho días, entunicado, sogá al cuello, descalzo, a la puerta de la Iglesia, y allí se dejará azotar por un sacerdote, mientras otro cante un *Miserere mei, Deus.*» (3) El mismo día que Gregorio IX encargaba a D. Rodrigo la causa de los votos, dió al Infante la bula de los privilegios solicitados (4), y además en el mes anterior había mandado al Compostelano, para que el clero y el pueblo portugués no negasen los subsidios, y que fueran absueltos los incursos en censuras. (5) Y al Infante convertido exhortó a que fuese fiel (6); y lo fué; porque después de pedir perdón a Juan, electo Obispo de Lisboa, partió a cumplir su promesa.

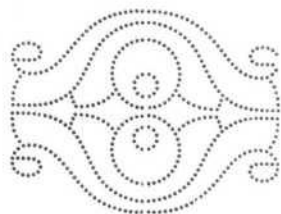
El Papa también encargó a D. Rodrigo la provisión de la diócesis, en que había nacido, la de Pamplona, que vacara el 5 de Octubre de 1238, por muerte de Ramírez de Piédrola, al que tan íntimamente había tratado como Obispo de Sigüenza. Por diversas causas el Cabildo pampilonense se enredó, y se llenó de pleitos sobre la elección del nuevo Obispo. Gregorio IX resolvió desechar los procesos de los dos clérigos, Oriz y García, y del Arzobispo de Tarragona, acerca de la provisión de la revuelta Sede, y comisionó al Arzobispo de Toledo y al Tarraconense la facultad de elegir Obispo para la Sede de Pamplona, con fecha de 20 de Diciembre de 1239. En consecuencia ordena a los dos Metropolitanos que elijan para la misma un Obispo idóneo. (7) Caso bien insólito que se transmitiera el derecho de elegir el Prelado de una Sede al Metropolitano propio y a un Metropolitano ajeno; indicio manifiesto de la gravedad de las cosas, de la consideración con que se trataba a la diócesis pampilonense, y del intento que había de que D. Rodrigo influyera benéficamente en la diócesis de su origen.

El verano de 1239 D. Rodrigo estaba con San Fernando en San Esteban de Gormaz, y firmó un documento público, que se dice que fué el primero, que en castellano expidió la Corte de Castilla. Decía San Fernando, entre otras cosas: «Conocida cosa sea a cuantos esta carta vieren sobre contienda, que avien el Concejo de Segovia e el Concejo de Madrid sobre término de Seseña... E yo, Fernando, por la gracia de Dios Rey de Castilla e de Toledo... fuí a Xarama, allí do los términos de Segovia e de Madrid se ayuntan, andando conmigo el Arzobispo D. Rodrigo, e el Obispo de Osma mío Canciller, e el Obispo de Cuenca, D. Gonzalo

(1) Auvray. 5002. (2) Auvray. 4995. (3) Auvray. 5002. (4) Auvray. 4976. (5) Auvray. 4974
(6) Auvray. Del n. 4969 al 497. (7) Auvray. 5020.

Ibañez, e el Obispo de Córdoba, Maestre López et Martín, Maestre de Calahorra... E yo queriendo departir contienda e baraja grande, que era entre ellos, departíles los términos por estos lugares, que esta carta dice, e puse hi sitios e mojones.» (1)

Fué este año de pena y luto para Castilla, y en particular para San Fernando y D. Rodrigo, por la muerte de los dos grandes capitanes, López de Haro y Alvar Pérez de Castro, los más decididos y acreditados adalides de las huestes castellanas. Pérez de Castro fué asaltado por la muerte, estando al frente del Gobierno y defensa de la frontera andaluza, mientras mitigaba los dolores de la comarca, devorada por el hambre, suministrando lo que se recogía por la colecta de la cruzada, que fué menester destinarla a este objeto urgente y angustioso. D. Rodrigo, que la había alcanzado del Papa para nuevas conquistas, se conformó gustoso y compasivo, como era natural. San Fernando se estableció entonces en Córdoba, para vigilar la frontera y organizarla, con el fin de confiársela a otro caudillo competente, si se le presentaba.



(1) Colmenares. Cap. XXI. N. 8. *Memorias*. 445.

CAPÍTULO XVII

(1238—1241)

D. Rodrigo va al Papa para reclamar la Sede de Valencia y trae copias de bulas.—Es excomulgado por el Concilio de Tarragona.—Asiste en Tudela al proceso sobre la Sede Valentina.—Su viaje a Roma en 1241.—Fin de varios litigios.—Sucesos particulares.—La residencia de Brihuela.—El Talmud.—Otros asuntos.

Cuando Jaime el Conquistador llega en su Crónica al día 28 de Septiembre de 1238, escribe así: «Nos apeamos del caballo, postrámonos de rodillas hacia el Oriente, y llorando dulces lágrimas de alegría, besamos humildemente aquella tierra, que Dios hacía merced de poner en nuestras manos.» ¿De dónde tal raudal de emoción en hombre tan recio? Es que sus ojos abrasados de gozo contemplan en ese día por primera vez volando sobre las torres de Valencia los estandartes victoriosos de su Reino, sin haberse teñido de sangre, para poder penetrar los muros de la poderosa ciudad; porque el agareno se la ha entregado, «por cuanto estaba ya vencida y asfixiada por las largas luchas sostenidas en su derredor», (1) como dice D. Rodrigo. El Conquistador entró majestuosamente en Valencia, rodeado de los Pontífices de Tarragona, Narbona y de otras Sedes, y escoltado por las falanges de héroes, que fueron galardonados espléndidamente. D. Rodrigo contempló jubilosamente el magno suceso, pero inquieto por la suerte de la Sede episcopal Valentina, que de derecho pertenecía a su Metrópoli, por haber sido sufragánea de ella, antes de la invasión árabe; porque conocía la intención de retenerla que tenía el Tarraconense, y quizás también el hecho, que cuenta Zurita con estas palabras: «El Rey Jaime, antes que emprendiese la conquista de Valencia, con voto solemne se obligó a procurar la unión de ella... a la Metrópoli de Tarragona, que era cabeza de todos sus Reinos en lo espiritual...» (2) D. Jaime cumplió su voto, y el Tarraconense agregó Valencia a su Metrópoli, despreciando las reclamaciones del Toledano y de sus delegados. El Arzobispo que agregó a Tarragona la Sede valentina, era Pedro Albalat, sucesor de Guillermo de Mongri, que el 13 de Noviembre de 1236 había conseguido de D. Jaime la promesa de que sometería las Iglesias de Valencia (3) a Tarragona, y que había dimitido su dignidad por escrúpulos de conciencia en 1238. Robertí, (1198 y 1215) Sparrago de Barca, (1215 y 1233) Mongri y Albalat fueron los cuatro Arzobispos de Tarragona, contra los cuales D. Rodrigo sostuvo sus derechos primaciales.

Don Pedro Albalat no pudo proceder con mayor previsión para agregar a su

(1) Lib. VI. C. 5. (2) *Anales*. Lib. III. C. 34. (3) Villanueva. Tom. XXI. P. 70.

Metrópoli la codiciada Sede de Valencia. Antes que ésta se rindiera tenía consagrado, para poner en ella, al dominico Berenguer de Castellbisbal, y luego que se rindió, dióle su posesión, y en seguida solicitó del Papa la confirmación de sus actos. Pero Gregorio IX le respondió negativamente. Jiménez de Rada se le había atravesado muy justamente. También éste, aunque no personalmente, porque no podía sumarse al ejército del Rey de Aragón, había ejercitado actos jurisdiccionales por medio de representantes suyos. El Obispo de Albarracín, sufragáneo suyo, que iba en el ejército aragonés, habíase apresurado, en nombre de D. Rodrigo, a celebrar el primero la misa en San Vicente y San Miguel, y a enterrar un difunto en la mezquita mayor reconciliada. Además otro clérigo, enviado por el Toledano, para protestar, había arrebatado del altar el misal, cuando el Tarraconense, iba a comenzar la misa, gritando fuertemente: «Esta Iglesia pertenece al Arzobispo de Toledo.» El Obispo de Gerona, Guillermo Cabanellas, que cuenta este hecho, como testigo presencial, intenta quitarle la fuerza, diciendo que el mencionado clérigo, pidió perdón de su acto según lo declara dicho Prelado en una carta, que envió a Toledo, para informar a favor del Tarraconense, en el proceso del año 1239. Dándose además cuenta D. Rodrigo, que Jaime I y Albalat no le cederían por esto la antigua sufragánea de Toledo, emprendió un viaje a la Corte de Gregorio IX, para reclamar sus derechos, a principios de 1239, o a fines del año anterior. La fecha exacta de su partida y de su vuelta a España no se encuentran. Sobre esto hay tres cosas ciertas. Que del Otoño de 1238 a la primavera del año siguiente no hay señales de su presencia en Castilla: Que para el 23 de Febrero de 1239 ya había estado con el Papa; pues dice el Padre Santo en el breve de esta fecha: «*Exponiendo nuestro Venerable Hermano Rodrigo, Arzobispo de Toledo, se nos ha comunicado.*» Más claramente dice la bula del 22 de Abril, que el Arzobispo le ha hecho la reclamación verbalmente contra el Tarraconense. Tercera, que a fines de la primavera de 1239 se había despedido D. Rodrigo de Gregorio IX; porque el Papa dice en la bula del 24 de Abril, que había recibido benignamente a D. Rodrigo, y en la del 26 de Mayo, que accede a su petición, y en las dos del 19 de Julio ordena que se reparen los daños, que se hubiesen hecho a D. Rodrigo, o a su Iglesia, durante su ausencia de España. A pesar de esta abundancia de datos sobre este viaje de nuestro Arzobispo a Roma, casi nadie lo ha conocido, y lo han confundido, unos con el de 1236, y otros con el de 1241. Era demasiado importante el asunto para que D. Rodrigo no diera por sí mismo todos los pasos más extraordinarios. Pues además de la reclamación de sus derechos metropolitáneos sobre Valencia, veía venir el recrudecimiento de la causa de la Primacia, como efectivamente vino, según el mismo P. Fita lo reconoce, diciendo: «La causa (de la Primacia) suscitóse con mayor acritud entre Toledo y Tarragona, durante el pontificado de Gregorio IX, con ocasión de la reconquista de Valencia.» (1)

Don Rodrigo hizo girar a su favor la causa en Roma. Impidió la confirmación del Obispo Berenguer, al cual dió el Papa el Obispado de Lérida, y consiguió del Pontífice Romano, sino el decreto de la concesión de la antigua sufragánea de Toledo, como era su deseo, al menos que le apoyase decididamente, admitiendo sus dos argumentos. Gregorio los admitió y los consignó en su bula del 22 de Abril de 1239; y mandó solemnemente, que se celebrase un proceso en España por jueces, que el mismo nombró. Los miembros del Tribunal, que nombró, pertenecían a tres Reinos. Uno era el Obispo de Olorón, el segundo el canónigo de Toledo, el Maestro Juan Pérez de Arróniz, y el tercero Guillermo Vidal, Vicario del Arzobis-

(1) *Razón y Fe*. T. III. P. 59. 1902.

po de Tarragona. Los jueces deberán decidir definitivamente, si vieren clara la razón, sino, remitir a Roma el proceso ya informado. Manda el Papa, que, si desde el día que citen a las partes hasta la sentencia, transcurren más de dos meses, se nombre para Valencia un Obispo, que deberán aceptar definitivamente los dos Arzobispos contendientes. (1) D. Rodrigo negoció luego el asunto de la Primacía. Para defenderse eficazmente y ganar su pleito, pidió a Gregorio IX la copia de la lista larguísima de los rescriptos pontificios, relativos a la causa, y solicitó la confirmación ordinaria de su posesión actual. Todo se lo concedió el Papa: primero, el 24 de Abril, esa confirmación, y un mes más tarde, la lista de las bulas. Dice Gregorio IX a todos los Prelados de España: «Siendo nuestra principal obligación atender a todas las Iglesias, recibimos benígnamente a nuestro Venerable Hermano, Rodrigo, Arzobispo de Toledo, que vino a nosotros, y examinados los privilegios de nuestros predecesores, le confirmamos la dignidad de Primado en todos los Reinos de España, al tenor de los mismos privilegios. Por eso, al despedirle, de vuelta a su Sede, con el favor de Silla Apostólica, os mandamos, que al presentar nuestras letras, le prestéis, sin oposición, la obediencia canónica y la debida reverencia, como a Primado.» (2) A penas alcanzó este breve, Rodrigo partió para España, encargando a sus agentes en la Curia romana, para que transmitiesen las copias de las bulas auténticas, que solicitó para el pleito de la Primacía.

Los agentes fueron sacando esas copias en distintas veces, desde el 26 de Mayo hasta el 27 de Junio del mismo año 1239, y tramitiéndolas a Toledo a medida, que se las entregaba el Papa, agrupadas en diversos rescriptos de autenticación. Es cosa que choca mucho el hecho, de que el Papa no entregara a los agentes de Don Rodrigo todas las bulas, que éste había pedido, bajo un solo rescripto de autenticación y con una misma fecha. No se adivina la razón verdadera de este procedimiento. El hecho es así. Bajo distintos rescriptos, y con las fechas de 26 de Mayo, 1 de Junio, 27 de Junio del año 1239, Gregorio IX puso en manos de los delegados del Arzobispo de Toledo la serie de bulas autenticadas, que solicitó para defender los derechos primaciales contra los tres rivales, los Arzobispos de Compostela, Braga y Tarragona. El rescripto del 26 de Mayo contiene seis bulas auténticas de Urbano II a varios Prelados de España. En el de 1 de Junio se hallan una de Adriano IV, cuatro de Anastasio IV y tres de Alejandro. Auvray los publica en resumen en su Regesto de Gregorio IX. (3) Pero ni siquiera menciona dos rescriptos más, de los mismos días, con otras bulas autenticadas de los mismos Papas, que se dejaron de transcribir y remitir en los dos primeros rescriptos, sin duda por inadvertencia, o por descuido. Pero se encuentran íntegros, tanto estos dos últimos rescriptos, como los dos primeros, alegados por Auvray, y con todas las bulas completas, en el volumen segundo del importantísimo Cartulario «*Liber privilegiorum Ecclesiae Toletane*», desde el folio 118 al 124 vuelto. En aquellas grandes columnas de apiñada y elegante caligrafía gótica, hallará el estudioso investigador, que anhele ahondar el conocimiento de la materia, todas las bulas pontificias, que reclamó D. Rodrigo, y que son a la vez de singular utilidad para ilustrar puntos capitales de la historia, ya eclesiástica, ya civil de España. Allí han estado seis siglos, cubriendo de oprobio a tantos eruditos famosos, que teniendo en aquellos infolios datos claros y terminantes, se han precipitado en lastimosos yerros, por no estudiar debidamente códices tan inapreciables, fuente limpia e inagotable de noticias documentales. Voy a citar un ejemplo de esto, copiando textualmente los párrafos del prostrero de los grandes investigadores en este punto, el P. Fita,

(1) Ap. 147. (2) Ap. 148. (3) Auvray. Desde el n. 5025 al n. 5040.

que explotó como nadie, la rica mina de ese Cartulario, pero que tampoco llegó a fijarse en esas copias de las bulas. Escribe el jesuita:

Don Rodrigo: «pensaba sin duda hacer valer (esos rescriptos) en la eventualidad de un próximo concilio ecuménico, o siquiera en el pleito, a que dieron pie, sobre la jurisdicción de metrópolis, las conquistas de Valencia y Murcia. El rescripto de Gregorio IX, que autentica las bulas de Urbano II, firmase en el palacio de Letrán, el 26 de Mayo de 1239. Lo publicó, mas no enteramente, Raynaldi, continuador de los Anales. (1) No habiendo reparado en que el autor del rescripto, de que tratamos, se nombra desde el primer comienzo y habla con Rodrigo, Arzobispo de Toledo, achacó Flórez el documento a Pascual II, (siendo de Gregorio IX) negó en consecuencia, que todas las cartas allí recopiladas hubiesen salido del Registro de Urbano, y propuso en resolución enmiendas infelícísimas.» (2) El P. Flórez pudo rectificar su error leyendo a Raynaldo, que claramente dice, que el rescripto; es de Gregorio IX pero le cegaba el empeño de negar la asistencia de D. Rodrigo al Concilio de Letrán, en 1215. Fita corrige a Flórez, valiéndose de Raynaldo, y no recurre al Liber citado, donde se hallan enteras las bulas, mientras que en Raynaldo, se hallan los fragmentos principales de las mismas bulas, para que por ellos se supieran cuáles eran y cómo estaban los derechos principales de Don Rodrigo. Como el gran analista vió que esta lista era la más completa de todas las sacó D. Rodrigo sobre el pleito de la Primacía y abarcaba todas las que tenían relación con todos los competidores del Arzobispo de Toledo, entresacó los párrafos más categóricos y concluyentes, y llenó con ellos muchas columnas de sus Anales (3) No agravaré la lectura de la obra presente haciendo otro tanto. Véase en el Apéndice un resumen brevísimo de las bulas más terminantes, a fin de convencerse cuán importantes documentos solicitó D. Rodrigo, para defender sus derechos, diciendo al Padre Santo, que se los pedía autenticados, para que no se perdiesen con el tiempo, por la vejez, o deterioro. Gregorio IX alabó calurosamente su celo, en el encabezamiento de todos los rescriptos.

Como ésta es la vez última, que D. Rodrigo impetró de Roma los documentos, para asegurar sus derechos primaciales, voy a decir en dos palabras el estado en que dejó esta famosa causa, después de tantos esfuerzos, y las ventajas que alcanzó.

El primer adversario, en el orden del tiempo, el Arzobispo de Narbona, si bien no se había completamente callado, después de la discusión del año 1215, como se ve por el hecho de haber pedido en 1238 D. Rodrigo las copias de las bulas contra él, sin embargo ya no hacía presión alguna, y tan asegurado vió al Tolitano con las ventajas obtenidas por D. Rodrigo, que en lo sucesivo no saltó más a la arena. Igualmente el Tarraconense cedió extraordinariamente, y perdió además mucho terreno en Roma. Porque ya no reclamó la Primacía más que para su Provincia eclesiástica. En la discusión sobre la Sede de Valencia llegó a declarar, que D. Rodrigo sólo como Primado podría pretender la intervención, no como Metropolitano. (4) Vió cómo Roma reprobó su condenación del año 1241, y que aprobó el derecho de D. Rodrigo de llevar la cruz primacial alzada por su Provincia, en tanto que jurídicamente no probase su intento, por el hecho de declarar nula la censura lanzada contra Rodrigo en el Concilio de Tarragona.

El Bracarense tampoco dió en los siglos posteriores nuevas batallas: se limitó a mantener constantemente su bandera de defensa enarbolada, titulándose Pri-

(1) No hay más mutilación que la omisión de la dirección al Arzobispo de Toledo. (2) *España Sagrada*. T. III. P. 326 y 327. (3) Año 1239. N. 47 y 57. (4) Así contestó el juez defensor de Albalat en Tudela, como se verá luego.

mado. La mayor asonada de reclamaciones fué la referida de Fray Bartolomé de los Mártires, al cual ni siquiera le reconocían los derechos primaciales sobre la Iglesia de Portugal los mismos Prelados portugueses, según se patentizó, cuando el tenaz Arzobispo se negó a recibir a Felipe II por rey, si primero no le consentía llevar la cruz alzada en el reino de Portugal. Los Arzobispos de Lisboa y Eborá protestaron diciendo, que no estaba decidida la causa con el Toledano, y así, en silencio, dejó de alzar la cruz, fuera de su Provincia. Finalmente, conforme se dijo arriba, el Compostelano no hizo más protestas serias. Estas son las ventajas obtenidas por D. Rodrigo contra los rivales, que no le querían reconocer; siendo de notar también, que aún el Tarraconense en su Provincia le cedió el primer puesto en un concilio nacional, como lo vimos en Tarazona. Además obtuvo la Primacía absoluta sobre Sevilla. Ya nadie adelantó más de lo que hizo Rodrigo esta cuestión a favor de Toledo. Así quedó estancada. Sólo una que otra revuelta, sin consecuencias, se registra en lo sucesivo, pero pleitos formales, ninguno.

Se ha citado como caso de resistencia al reconocimiento de la Primacía de Toledo, aún dentro de Castilla, el raro episodio, que en el reinado del Emperador Carlos V ocurrió, en la diócesis de Burgos, en 1558, al celebrísimo compatriota del mismo D. Rodrigo, Bartolomé Carranza. Volvía este de Bélgica, ya hecho Arzobispo de Toledo, para posesionarse de su Sede, y entró por el Cantábrico, y al cruzar la diócesis de Burgos, se le notificó que un sobrino del Prelado burgalés venía a impedir el paso con las armas. Carranza varió discretamente el itinerario, pero por el mismo Obispado, y siguió con la cruz primacial alzada, como había comenzado, hasta Burgos, donde entró en la misma forma, sin más incidente, sin haber chocado con el sobrino del Diocesano. (1) Esta demostración no fué por no reconocer la Primacía, como entienden con Fonseca y Castejón algunos autores, sino porque, como el Obispo de Burgos era Cardenal, se picó de que Carranza, que no lo era, caminase con aquella autoridad. Pero se allanó al fin, sin más protesta. Lo dicho evidencia que el campeón principal de la Primacía fué Jiménez de Rada. Además, como media centuria más tarde, el título de Primado perdió la autoridad de jurisdicción y vino a ser decorativo, se enfrió el ardor de la lucha, y no inflamó más los ánimos.

Encauzados así los asuntos, D. Rodrigo tornó a España por la primavera, y el Papa expidió un breve al Obispo de Tarazona, al Deán de la misma y al Abad del monasterio de Piedra, mandándoles, que, si encontraban, que se había hecho algún perjuicio en sus bienes al Arzobispo de Toledo, desde que este emprendió su viaje a la Sede Apostólica hasta su regreso, lo revocaran al debido estado, usando de censuras contra los contradictores, 19 de julio de 1239. No se ve si se expidió a instancia de D. Rodrigo, o espontáneamente. (2)

En el viaje de vuelta hubo de ocurrir el famoso acto, que dió ocasión a la reunión de un concilio provincial en el reino de Aragón. Escribe Tejada, al tratar del año 1240: «El día 8 de mayo del referido año celebró el Arzobispo Pedro Albalat un concilio en su ciudad de Tarragona, acompañado de los Obispos de Barcelona, Lérida, Tortosa y Huesca con los electos de Zaragoza y Valencia. Entre otras cosas, que allí se ventilaron, la principal fué protestar contra el Arzobispo de Toledo, que regresando desde Roma por la provincia tarraconense, se permitió llevar ante sí su guión, usar del palio y conceder indulgencias. Para remediarlo en lo sucesivo se acordó que si volvía a acontecer, se pusiera entredicho en los lugares por donde pasase, mientras él estuviera en ellos, y que se le tuviera por excomul-

(1) *Primacia*. Lib. IV. Art. Carranza; por Fonseca. (2) Ap. 155.

gado.» (1) El artículo de condenación dice literalmente. «Así mismo establecemos que si el Arzobispo de Toledo, atravesando por la provincia Tarraconense, hiciera llevar ante sí la cruz alzada, o usare del palio, y diere indulgencias en nuestra provincia, las cuales, según se dice, intentó él temerariamente conceder en alguna parte, queden sujetos al entredicho los lugares a que él viniere de esa manera, o en los cuales presumiere hacer estas cosas, durante todo el tiempo de su permanencia allí. Decretamos con nuestra autoridad y la del Concilio, que este Arzobispo, que tales cosas atentó, está excomulgado.» (2)

Se comprende esta demostración de la Primacía por D. Rodrigo en esta ocasión; porque venía alentado por el rescripto pontificio de confirmación, (3) y vió que era oportuno en el momento, que tal vuelo iba tomando en su provincia el Tarraconense, dar la sensación de cierto golpe de autoridad, que impresionara a todos y se hiciera saber que el proceso, que para fines de 1239 se preparaba, se miraba con serenidad. Así lo comprendió el Tarraconense, y por eso convocó el Concilio para dar idea de valor y fuerza, y contrarrestar el efecto con la fulminación de censuras. No sabemos por qué zona de la provincia del Tarraconense pasó en esa forma, acaso (y es lo más probable, por ser lugar propio de regreso) por Navarra, que Pamplona era, sufragánea de Tarragona. Aunque por no decir las actas expresamente, que regresaba de Roma, hemos dicho que así hubo de ser, sin embargo, el texto de la censura indica suficientemente que el viaje de vuelta, y no una entrada intencionada con el fin de alardear de su autoridad. (4)

Quejósse D. Rodrigo al Papa por este concilio y por el decreto lanzado contra él, y el Padre Santo reprobó el tal decreto severamente. Después de reproducirlo en substancia, al principio de la bula, continúa de este modo: «Pero si te hubieras fijado en lo predicho, no lo habrías ejecutado, ya que no constaba con certeza, que dicho Arzobispo había faltado en las cosas mencionadas, que le podían corresponder por especial concesión de la Sede Apostólica. Y si creías que dicho Arzobispo agravíaba a tí y a tu Iglesia con esto, podías querellarle contra él antel a Sede Apostólica. Por lo que, con el fin de que, por tolerancia, para nadie quede este ejemplo de presunción, declaramos, Nos, con nuestros Hermanos, que la citada sentencia de excomunión es de ningún valor y queda derogada. Dado en Leirán, 16 de Abril, año 14 de nuestro pontificado.» (5)

D. Rodrigo ya estaba con San Fernando en San Esteban de Gormaz, el 20 de Junio de 1239, de regreso de Italia; y al poco se fué a descansar a Brihuega, en tanto que los jueces pontificios sumariaban el proceso de Valencia. Debieron ponerse a trabajar a fines de Mayo, o principios de Junio, época en que pudieron recibir la bula del 22 de Abril. En cinco meses escasos hicieron las innumerables diligencias necesarias para reunir documentos y atestados; por fin citaron a los dos Arzobispos para que se presentasen por sí, o por procuradores, para el día primero de Diciembre del mismo año. Escogieron un territorio neutral, para constituir el Tribunal, la ciudad de Tudela, en Navarra, capital entonces del Reino, si bien en aquella hora su Rey, Teobaldo, se cubría de gloria con sus vasallos en la cruzada del Oriente.

Don Rodrigo se presentó personalmente en Tudela, y lo mismo el Tarraconense, el día señalado; y los dos estuvieron conformes en determinar que al día siguiente

(1) *Colección de Concilios*, III. p. 350. (2) Balucio. *Marca Hispánica*. Lib. 4. (3) Ap. 148. (4) *Per provinciam... transitum faciens*, dice el canon. Erró Cabanilles cuando dijo, que lo hizo «yendo a Roma.» El 8 de mayo se celebró este Concilio, el 25 de agosto del mismo llama Gregorio a D. Rodrigo a Roma, como sabemos por las cartas, del Papa, que le llamó para el Concilio ecuménico de 1241. (5) Ap. 166.

te se incoara el proceso. D. Rodrigo nombró, el dos de Diciembre, su procurador al Canónigo de Toledo, Gutier Fernández, y el Tarraconense a su oficial, Raimundo Barbareno. Ambos se pusieron a trabajar en presencia de sus Prelados, que quedaron en Tudela muchos días. Dejando las múltiples peripecias, harto interesantes, de la famosa causa, pondré únicamente ciertos puntos más salientes; pero valiéndome del documento del juez partidario del Tarraconense, para que sea imparcial la reseña, al menos no inspirada en los partidarios de Rodrigo. El procurador de D. Rodrigo fundamentó el derecho de su Prelado con las dos razones, que ante el Papa había alegado el Toledano; que en la época goda Valencia pertenecía a Toledo, y que D. Rodrigo tenía el privilegio de los Papas de ordenar toda diócesis reconquistada. El procurador del Tarraconense lo fundamentó en el hecho de la ocupación y posesión material. Los jueces vieron que esto era sacar del quicio las cosas, y vagar fuera de lo mandado en la bula por el Papa. Pues mandaba éste que las partes litigantes presentasen los privilegios y las razones, que tuvieran, y que conforme a esas razones sentenciasen. Por lo tanto los hechos recientes no debían aceptarse como base del derecho. En consecuencia, mandaron los jueces que se atuviese al mandato y norma apostólicos, y presentasen sus privilegios y razones. Y para mayor verdad y rapidez de la prosecución del proceso acordaron, con asenso de las partes, que cada uno prestase juramento de la verdad de lo que decía y entendía sobre el valor y alcance de lo que alegaba; y rechazando la insistencia del procurador Tarraconense, por retornar al principio de posesión, decretaron recibir los juramentos a D. Rodrigo y al Tarraconense. Se presentaron de nuevo los dos Azobispos distintas veces, y prestaron las dos declaraciones siguientes. Primero, que dirían la verdad. Segundo, (días después), que dirían lo que cada uno creía acerca de los privilegios. D. Rodrigo juró que Valencia estaba enclavada en su provincia, y que, aún cuando no estuviera, le correspondía su organización, en virtud del privilegio de Alejandro. El Tarraconense juró que Valencia no pertenecía a Toledo, ni su organización «máxime, porque en el predicho privilegio se daba eso al Arzobispo, como a Primado.»

Don Rodrigo presentó por sí mismo a los jueces una multitud de documentos y razones, que fueron leídos. El Procurador contrario reiteró, que los jueces obligaran al Toledano a responder sobre el manoseado argumento de la posesión, que el Tarraconense tenía, y contestó que la había adquirido por expoliación, y en particular, añadió, que las Iglesias de San Vicente extramuros y San Miguel, ocupadas por sus procuradores, en el momento de la conquista, se los había arrebatado el Tarraconense, y se negó a más respuesta. Pero el de Tarragona, débil para sostenerse contra este hecho, volvió al principio general. Los jueces otra vez mandaron que los catalanes se sujetaran al precepto del breve, que tanto les perdía. En esto D. Rodrigo indicó que también estaba dispuesto a admitir el argumento de posesión, en razón de la expoliación sufrida, lo que aprovecharon los partidarios del Tarraconense para hacer un acto escénico. Dice Vidal: «al oír esto, en el acto, ciertos testigos, presentados de parte del Arzobispo de Tarragona, juraron en presencia del Toledano y de su procurador. Halláanse sus nombres en las actas.» Como era natural, los jueces no hicieron caso a estos juramentos, no pedidos.

Al llegar aquí los jueces nombraron dos comisiones para que fueran, a Aragón una, y la otra a Castilla, a recibir declaraciones testificadas, mandándoles que llevaran las actas de testimonios para el día siguiente de la Epifanía, 7 de Enero de 1240. Con actividad lo cumplieron las dos comisiones. La comisión de Castilla regresó cargada de documentos de orden civil y eclesiástico, los cuales demosttra-

ban que Valencia había pertenecido a Toledo en lo pasado. El más irrefragable, era, que, en la época goda habían asistido los Obispos de Valencia, como sufragáneos, a dos concilios provinciales, y habían firmado sus actas. Acorralado y abrumado ante los innumerables datos y argumentos, el Tarraconense, contestó infelizmente, diciendo que no presentaban los documentos originales, sino copias y traslaciones: como si pudiera negarse razonablemente la autenticidad y la verdad de los documentos multiplicados en muchos archivos y bibliotecas, y cuyo contenido han sido invocados y alegados también sin duda alguna por los juristas. De esta índole eran los que adujo D. Rodrigo. En consonancia con este criterio sin base, da el procurador de Tarragona fantásticas soluciones a los diversos argumentos deducidos de cada privilegio. Hacina después el Tarraconense una porción de sutilezas, que da por razones, pero que carecen de fuerza y enlace lógico. Llega a querer invalidar el derecho de posesión de San Miguel, que había ocupado el Obispo de Albarracín por el Toledano, diciendo que no vale, porque el Rey Jaime se la quitó con armas.

Como no se alegaban razones por parte del Tarraconense, el Obispo de Oloron y Gutier Fernández decretaron que no había lugar ya a más discusiones; y que, por ser claro todo, era necesario sentenciar definitivamente, sin remitir a Roma el proceso. El juez Vidal disintió, como estaba previsto, por ser ciego partidario del Tarraconense. Los dos jueces dieron sentencia en favor de D. Rodrigo, y comunicaron a Jaime I su resolución, diciendo, tras una introducción: «Habiendo resuelto, con los ojos puestos en Dios, con la autoridad del Papa, adjudicar al Arzobispo de Toledo la ordenación de la Iglesia de Valencia, en justicia, rogamos y amonestamos a su Alteza Real, con la autoridad del Papa, que hagáis recibir por Obispo... a quien el Arzobispo de Toledo eligiere y consagrarse para la Iglesia de Valencia.» La fecha, que ponen, es 31 de Enero de 1239; pero es el año 1240; porque siguen la calendaración por la Encarnación, 25 de Marzo. Vidal, juez tercero, dió su sentencia de desentimiento el día siguiente, 1 de Febrero.

Hacia tiempo que D. Rodrigo se había retirado de Tudela. El 30 de Diciembre de 1239 estaba en Brihuega; de modo que de Brihuega se fué allí a fines de Noviembre, y a Brihuega volvió. Hubo de ser en el momento en que los comisionados nombrados partieron para Aragón y Castilla, con el fin de recoger los documentos. La sentencia de los dos jueces era la única justa; y por eso el analista aragonés escribe así: «También fué cosa digna de referirse, que siendo esta diócesis de Valencia en lo antiguo, en tiempo de los godos, sujeta a la metrópoli de Toledo, como parece por las limitaciones, que se ordenaron por el Rey Wamba, el Rey don Jaime..... se obligó a procurar la unión della... a la metrópoli de Tarragona...» La fuerza de Jaime el Conquistador y la de las circunstancias dió el triunfo al Tarraconense, a pesar de estar la razón por D. Rodrigo. No es verdad, como ha escrito un autor, que Gregorio IX diera bula definitiva a favor del Tarraconense. Sólo aprobó su elección ad casum, para la Sede Valentina, y dispuso que el Tribunal Romano decidiera la causa. Allí habían apelado los catalanes contra la sentencia de Tudela. El Cardenal Sinibaldo escribió el 14 de Mayo de 1240, notificando la presentación de la apelación por medio de dos procuradores de Albalat. Exigen estos la anulación de la sentencia en contra del Toledano, cuyo procurador reclamaba su confirmación, desechando la razón de los adversarios, que rechazan el voto de Pérez de Arróniz, diciendo, que está excomulgado por la pluralidad de beneficios con cura de almas. Seguía el proceso en 1241, en que funcionaban los jueces nombrados por Gregorio IX, el 14 de Julio de 1241, y eran el canónigo de Toledo,

el Maestro Pérez de Bayona, Pedro Albertí, canónigo de Barcelona y dominico Guarnerio. (1) Inocencio IV mandó a los mismos jueces renovar el examen de testigos y demás cosas. Es el último incidente que conozco, y pertenece al 14 de Julio de 1243; (2) e ignoro si terminó todo por sobreesimiento, o por no urgir las partes. D. Rodrigo desistió sin duda, al conocer que no era posible triunfar. Que recios eran los tiempos.

Sí, muy recios eran los tiempos, y gemía la Iglesia bajo las tiranías del azote de Gregorio IX, Federico II de Alemania, que hizo al Papa la atroz guerra del año 1240, pero que se retiró por fin derrotado de los muros de Roma. El nonagenario Gregorio IX le excomulgó, y convocó, el 9 de agosto de 1240, un Concilio General, que debía estar reunido el día de Pascua de Resurrección del año 1241, para tratar de la conducta del pagano emperador teutón, y de la unión de los griegos con la Iglesia Católica. Además de la Encíclica general de la convocación, dirigió cartas especiales de apremiante invitación a varios personajes preeminentes y singularmente prestigiosos de la cristiandad, cuyo consejo tenía especial valor. He aquí la honrosísima, que dirigió personalmente a D. Rodrigo. Nada refleja mejor la opinión del Papa sobre D. Rodrigo.

«Gregorio, al Venerable Hermano, Rodrigo, Arzobispo de Toledo. La eterna providencia de Dios, desde el principio de la creación, quiso gobernar la Iglesia santa e inmaculada con tal orden, que estuviesen unidos al único Pastor, que tiene la plenitud de la potestad con todos los demás, los que participan de la misma dignidad, como miembros unidos a la Cabeza íntimamente, en cosas que ocurren, con una unión indisoluble, por la cual, uniéndose ellos entre sí, la Cabeza cobrara vigor y fuerza con su ayuda, y la condición de los miembros se robusteciera con el apoyo de la Cabeza. Por cuanto no conviene que ignores, como amparo de la Iglesia Madre, los sucesos y causas extraordinarias de la Sede Apostólica, por lo mismo, urgiendo la necesidad, vemos que es oportuna tu presencia y la de otros, rogamos y exhortamos muy ahincadamente a tu Fraternidad, mandando por letras apostólicas, que vengas personalmente de aquí a la Dominica próxima de Resurrección, a nuestra presencia, dejando al lado cualquier otro asunto, para que la Iglesia reciba de su hijo, en tu visita, el deseado consuelo, y el grato sostén de tu prudente consejo. Procura traer número moderado de personas y cuestiones, para que no seas demasiado gravoso a tu Iglesia. Además queremos y ordenamos que de nuestra autoridad intimes a tus sufragáneos, que no se les invite particularmente, y a los Cabildos y demás Prelados de tu Provincia eclesiástica, que no dejen de enviar en el mismo término a la Sede Apostólica representantes fieles y diligentes. Dado en Cripta Ferrata, 25 de agosto, décimo cuarto de nuestro pontificado. (1240) Gregorio Papa IX.» (3) Indudablemente el objeto de tan categórico y honorífico llamamiento a Roma era doble. Primero, para que asistiera al Concilio general, en la forma, que se le había comunicado, 16 días, antes en la convocatoria común. Segundo, exponer a D. Rodrigo privadamente todas las circunstancias imponentes, que atravesaba la nave de San Pedro, y por medio de sus consejos, ilustrarse y orientarse, para la acertada celebración del Concilio ecuménico. D. Rodrigo, hombre sabio, repúblico eminente y práctico, con certero juicio para poder aconsejar acerca del difícil asunto político del pleito de Federico de Alemania, Pastor activo y atinadísimo de la iglesia hacía más de treinta años, así particularmente era llamado por el nonagenario Pontífice al Concilio ecuménico, para que fuera, en ocasión tan solemne, su luz y su consuelo con su adhesión y consejo.

(1) Auvray. 6086. (2) Berger. 17. (3) Original en Toledo: Archivo Catedral.

Furioso el emperador por la convocatoria del Concilio, derramó sus sicarios por todos los caminos, que podían conducir a Roma a los Obispos, y con espantosas amenazas sembró el pánico, para que ninguno osara emprender el viaje. Mas Gregorio IX insistió más vivamente, para que no se retrajeran los Prelados, y dirigió de nuevo otra bula personal a D. Rodrigo y a otros Pastores más eminentes, el 15 de octubre del mismo año, relatando y reprobando las maquinaciones de Federico, y animándoles, para que no dejen de concurrir a Roma, despreciando los peligros. El Papa advierte a D. Rodrigo, que el portador de las letras le dará a conocer cómo están tomados los medios para el éxito seguro de tan grande negocio. (1) En la corte de Castilla hubo verdadera preocupación por los padecimientos del Papa y de la Iglesia. San Fernando escribió el 4 de diciembre a Gregorio IX manifestándole su devoción, y anunciándole, que le enviaba el Abad de Sahagún, para que con su licencia haga de mediador con Federico, para lograr su reconciliación. (2) Otro tanto le dice D.^a Berenguela al Papa, el día siguiente, añadiendo un rasgo propio de su sexo, al decirle, que el Abad de Sahagún le contará verbalmente cosas, que no quiere fiar a las cartas. Fechan en Burgos. (3)

Federico con alarde de fuerzas, cerró todos los caminos, pues casi todos estaban en sus manos; ya que dominaba en las Dos Sicilias, en la mayor parte de los mares que ciñen a Italia, y casi todos los pasos de los Alpes. Ordenó implacable caza de Obispos. Estos, enardecidos por las sentidas voces de Gregorio IX, sin arredrarse por esta persecución, se encaminaron a Roma. Pero más de trescientos Prelados cayeron en las celadas del Emperador, y fueron maltratados ignominiosamente. (4) Brilló la fé heroica del Episcopado católico, como en los días más gloriosos del valor cristiano. De Francia, sólo tres retrocedieron: de España, que sepamos, ninguno del gran número que acudió. (5) De los españoles hay más noticias que de los Obispos de otras naciones, por causa de una gran contrariedad que padecieron, y de la que dieron varios de ellos noticias al Papa, en una carta, el 10 de Mayo de 1241. Juan de Arlés, Pedro, Arzobispo de Tarragona, Nuño, de Astorga, Lorenzo, de Orense, Martín, de Salamanca, Pedro de Oporto, Gil de Plasencia, notificaron al Pontífice Romano, que la flota genovesa había sido desbaratada por la escuadra combinada de sicilianos y pisanos, partidarios de Federico; que muchos Obispos de varias naciones habían sido apresados, pero que ellos se habían librado del desastre, a la vez que el Arzobispo de Compostela; que el Bracarense, con varios Prelados más, se hallaba en Venecia; que se mantendrán firmes en la prueba; que el Papa les ordene lo que han de hacer, y que trate al Emperador con rigor para su gran escarmiento. Esta catástrofe naval ocurrió el 3 de mayo, y se salvaron sólo siete naves. (6)

Don Rodrigo fué más afortunado. Supo burlar las celadas del perseguidor, y llegó a Roma, sin que sepamos cuál fué su odisea para arribar a su término. Quizás consistió su ventaja en haberse anticipado a los demás Obispos, con el fin de tratar asuntos privados de su Iglesia. Uno de estos era la ruidosa sentencia de excomunión, fulminada contra él, el año anterior, el 8 de Mayo, en el Concilio de Tarragona. Para el 16 de Abril ya había conseguido del Papa el rescripto de reprobación de esa sentencia, como se ve al principio de la bula. Señal de que don Rodrigo se adelantó mucho. Era natural. Ese asunto tenía que escocerle.

Obedeciendo el Toledano al mandato de Gregorio IX, de que no se se llevaran múltiples negocios, se hubo de abstener de tratar otros, que tanto le interesaban,

(1) Auvray. 5775. *Regestum Gregorii*. 20. f. 31. (2) Auvray. 5163. (3) Id. 5165. (4) Hergenrother. *Hist. de la Igles.* III. p. 583-584. (5) Auvray. 6031. (6) Auvray. 6031.

como el pleito de Valencia, porque no hay rastro alguno de nada, fuera del urgentísimo de la excomunión. Bien hacía el ancianísimo Pontífice, que ya estaba en la edad decrepita de cien años. Poco más sobrevivió. El 21 de agosto pasó a la otra vida entre las lágrimas del mundo entero.

Fracasado el proyecto del Concilio por el cautiverio de una gran parte de los Obispos y la imposibilidad de acudir de otros, D. Rodrigo regresó a España, sin espantarle los espías y las patrullas de soldados de Federico, que continuaban galopando, para apresar a los Obispos, partidarios del Papa, pudiendo suponerse, que el teutón estaría más irritado por los que habían llegado a la Corte Romana, burlando su vigilancia. Perseguido, o no, D. Rodrigo llegó a Toledo, antes, que se supiera el fallecimiento del Papa. Por eso fué citado por ciertos jueces el 13 de septiembre del mismo año, antes que se esparciera por España esa noticia, como luego veremos.

Corresponde a este lugar continuar y terminar el ruidoso proceso, que ante Gregorio IX, en 1236 encauzó D. Rodrigo, relacionado con los Caballeros de Santiago. Porque se desarrolló bajo el impulso y los auspicios de este Papa, que tan de veras se propuso solucionarlo, aunque no lo consiguió, puesto que se acabó en tiempo de Inocencio IV, cuatro años después; pero fué fruto de lo hecho por Gregorio IX; y por eso aquí señalaremos su término.

Gregorio IX, el 8 de Octubre de 1239, activó la solución del pleito, designando nuevas comisiones, que instruyeran la causa, que en la Curia Romana instruía el Cardenal español Gil, y como su suplente por temporadas, el Cardenal de Santa Sabina. (1) Ahora el Papa autorizó a los últimos comisionados para que pudiesen resolverla en España, y con objeto de hacerlo, citaron a las partes a Toledo, para el sábado siguiente a la Epifanía de 1240; anunciando que D. Rodrigo estaría allí en ese día; y dicen: «e cuidaremos con la merced de Dios que fallaremos, hy tal carrera e tal consejo, que por composición o por cualquier otra parte lo adovaremos de guissa, que el Arzobispo haya su derecho e vos el vuestro.» (2) El Maestre general desde Murcia, donde estaba detenido por la guerra y la fiebre, delegó en el Comendador de Uclés, diciendo: «e bien podedes entender esta vegada, que por nos remansa la paz; e bien entendedes vos que en la contienda el Arzobispo perde mucho, e nos mucho, e el servicio de Dios embarga.» (3) Sopla aura de bonanza. Por eso en armonía se formó la lista de lugares que debían entrar en la futura avenencia. (4) El Cabildo toledano declaró el 1.º de setiembre de 1241, que «ratificaba lo que hiciese su venerable Padre D. Rodrigo.» (5) Los jueces, después de oír las alegaciones, decretaron el 13 de setiembre, que D. Rodrigo y el Maestre de Santiago se presentasen el 18 de octubre para que declarasen personalmente. No hay noticias de si acudieron. Como murió el Papa el 21 de agosto anterior, yo creo, que no, pues los comisionados perdieron la delegación papal. Hasta 1245 perdemos el rastro del litigio. El 6 de febrero de ese año Inocencio IV dirigió a D. Rodrigo y a la orden de Santiago la bula de confirmación de la composición amigable sobre miles de puntos. (6) La fecha de la composición es del 13 de marzo de 1243. Aunque la composición concede más favores a los Santiaguistas en lo

(1) Ap. 144. (2) Documento largo. Bibl. N. sig. 13.039. f. 193-197. (3) Ibidem. (4) Ibidem. (5) *Bull. S. Jacobi*. p. 115-116. (6) Está la bula en el *Lib. priv.* l. fol. 192-195, que inserta el largo convenio. El autor del Bullario de Santiago la cree subrepticia, por no llevar las firmas de los jueces, y de trece Comendadores de la Orden. Pero no hay duda que es auténtica, porque se puso en vigor en todas sus partes en los tiempos ulteriores. Posible es sin embargo que cierto grupo de Santiaguistas la obtuviera del Papa sin conocimiento del otro grupo. Las concesiones de la bula son más favorables para los Santiaguistas que para Rodrigo.

temporal que a D. Rodrigo, sin embargo todo va calcado sobre las normas que dió Gregorio IX, después de oír a D. Rodrigo el año 1236, y por eso desaparece la exención en la forma, que ellos entendían, y reconocen a nuestro Arzobispo los Caballeros como a su Venerable Pastor. (1)

El 30 de mayo de 1240 Gregorio IX le reprendió porque ejercía, lo mismo que otros Prelados castellanos, una excomunión indirecta con los Caballeros de Calatrava, porque los aislaba del trato de sus diocesanos, al prohibir a estos que comerciasen con ellos, y que llevasen su grano a moler en sus molinos y el pan a cocer en sus hornos, con la consiguiente pérdida de beneficios. A todos prohíbe el Papa tales procedimientos. (2)

El 4 de mayo del mismo año comisionó el Papa a los Abades de Arlanza y Palenzuela, y al Arcediano de Burgos, la resolución de las diferencias de D. Rodrigo y de los Caballeros de Calatrava sobre varios derechos, análogos a los que hemos dicho de los Santiaguistas, menos la cuestión de la exención. Se hubo de resolver en buena armonía, que jamás se perturbó entre los dos litigantes. (3)

Por un documento de San Fernando, del 25 de Abril de 1241, sabemos que don Rodrigo poseía, por donación del mismo Rey, el Castillo de Peña con el territorio anejo, en el término de Benquerencia, en Extremadura. (4) Diego Sánchez, valeroso guerrero, en 1242 donó al mismo Arzobispo un castillo con su Iglesia y tierras adyacentes, en Valtierra, conquistada a los moros con la cooperación de Pedro Roiz, caballero del dicho Arzobispo y otros amigos. En 1240, Jiménez de Rada, con el fin de procurar que sus beneficios fueran provechosos a los agraciados, dispuso, al dar en lotes las viñas del Arcedianato de Alcaraz, y autorizarles para que pudieran los poseedores destinarlas a cualquiera clase de labranza, que si dejan de labrarlas, que perdieran el primer año, el esquileo, y el segundo, la raíz. Ingenioso modo de fomentar la laboriosidad, fuente de buenas costumbres.

Hablemos de Brihuega y de su comarca. Hay que llamar a Brihuega la Quinta de caríños de D. Rodrigo, descanso de sus azares políticos y guerreros, amado retiro de sus meditaciones, rincón apartado de sus elucubraciones, como el Túsculo para Marco Tulio. Aunque distaba veinte y siete leguas de Toledo, anualmente iba allí a pasar una temporada, que muchas veces se prolongaba varios meses, si no se lo estorbaban las imprescindibles ocupaciones de vida tan activa y accidentada. Aunque es demasiado lo que afirma un escritor diciendo: «Pasaba casi todos los veranos en Brihuega.» (5) Lo que sí es verdad lo que dice en otra parte, que allí le visitó muchas veces Alfonso, «según se desprende de las páginas de su historia y de algunas albalas, que se conservan en el Archivo Catedral de Toledo.» (5) De San Fernando se cita una visita, (7) que yo no la tengo por segura. Por la descripción que hace D. Rodrigo de su rica posesión, se deduce, que le arrastraba allí la amenidad del paisaje. Dice hablando de Alfonso VI, su primer poseedor: «Pero en aquel tiempo, la ribera del Tajuña, llena de árboles y refrescada por las fuentes de aguas, estaba abundantemente poblada de osos, jabalíes y otras fieras, y él, (Alfonso VI) remontando río arriba, llegó a un lugar, que le agradó, llamado ahora Brihuega. Y como le gustasen el castillo, la amenidad del lugar y la abundancia de la caza, vuelto a Toledo, pidiéndoselo al Rey, lo alcanzó, y habiendo puesto allí sus monteros y cazadores cristianos, quedó en su poder aquel lugar: y dejó allí para que lo habitasen unos pocos cristianos, hábiles cazadores y flecheros, cuyos descendientes perseveraron allí hasta el Arzobispo de Toledo, Juan

(1) Ap. 172. (2) Ap. 160. (3) 161. (4) Bull. Ord. Milit. de Alcántara. P. 50. (5) Pereja. P. 68. (6) Pereja. P. 405. (7) Minguella. I. Pereja. 405.

III, que amplió la población con nuevos habitantes, y pobló la aldea de la parroquia de San Pedro, como también su arrabal.» (1) Fué Brihuega uno de los pueblos, que el mismo Alfonso dió a la Iglesia de Toledo en el acto de la restauración de la Sede, como dotación para el culto y el Arzobispo. Se le agregaron, al correr de los años, varias aldeas, unas pertenecientes a Guadalajara, otras brotadas al calor de la paz cristiana, y llegó el siglo de su apogeo, el trece, «época la más interesante y de mayor esplendor de nuestra villa, merced principalmente a los favores y amor, que la dispensó el Arzobispo D. Rodrigo.» (2) Encariñado de aquella región apacible, rica y desviada de los caminos, que eran numerosos para el tránsito de las huestes y para invasiones inesperadas de reinos extraños, que pudiesen transformarlo en campo de lucha y asolamientos, realizó el plan de crear un estado feudal importantísimo y compacto, propio del Arzobispado de Toledo. De atrás pertenecían a Brihuega seis aldeas, (3) y cuando San Fernando le manifestó que iba a premiarle con otros pueblos los grandes servicios prestados a la corona, D. Rodrigo le pidió, que se los diera en las proximidades de su villa predilecta, y así lo hizo, dándole seis aldeas más, como lo expresa el mismo Arzobispo, al decir que «da el Fuero a Brihuega, «con todas sus aldeas, esto es, con las aldeas viejas, que avie et con las VI, que nos ganamos del rey don Fernando, que Dios dé vida, las cuales son estas, (4) Gajanejos, Valdesaz, Ferruñuela, Castilmimbre, Yélamos de San Andrés, Tomellosa.» (5) Pero el Arzobispo poseía allí además de esos, otros pueblos, que no pudo unir a Brihuega, para someterlos a un gobierno y Fuero comunes, por ser entidades concejiles completas, como Archilla con sus aldeas, que al sureste confinaba con el territorio mencionado, y por el oeste Turviers y otros lugares, que mencionamos en anteriores capítulos. Por lo que, el territorio propio del Arzobispo era dilatado, y al ir a vivir a Brihuega, se hallaba el Prelado de Toledo en medio de una pequeña provincia suya. Respecto de las mejoras materiales de la misma villa escribe un historiador de la Academia de Historia: «Pero el Arzobispo, a quien más debe la villa y del que más recuerdos se conservan en ella.... el que más impulso dió a sus fortificaciones y monumentos religiosos, fué el insigne D. Rodrigo Jimenez de Rada, cuyo nombre como guerrero, como historiador, como legislador y como prelado es el más insigne de cuantos constituyen la preclara serie de primados de España hasta el gran Cardenal Jiménez de Cisneros.» «Yo presumo por esto y por los caracteres artísticos de muchos monumentos de Brihuega, que en su tiempo debieron empezar los trabajos de las iglesias más antiguas, y aún del castillo, si no es que quiere verse en algunos pormenores de éste y de Santa María origen algo más antiguo.» (6) El castillo subsiste; fué potente fortaleza guerrera mucho tiempo; en épocas ulteriores prisión de facinerosos, enviados por el Estado: su estilo, románico ojival. Le llaman los actuales habitantes, castillo de Piedra Bermeja.

El favor más preciado que D. Rodrigo obtuvo de Enrique I en pro de Brihuega fué el privilegio rodado, con que este Rey concedió a esa villa la facultad de celebrar una feria en el día de San Pedro y San Pablo. Fecha el 17 Septiembre en Valladolid, año de 1215: merced de grandes rendimientos, que no disfrutaban poblaciones tan importantes como Madrid, Talavera de la Reina, Alcalá de Henares....

«Mas donde verdaderamente se demuestra, escribe el autor citado, la importancia, que entonces tenía nuestra villa y el singular afecto, que la profesaba el céle-

(1) Lib. VI. c. 16. (2) *Fuero de Brihuega*. p. 21. (3) Eran Pajares, San Andrés de Hita, Romanos, Villaviciosa, Val de Hita y Valdecueva, la mitad adquiridas por el mismo Rodrigo. (4) Las digo al modo actual, que se diferencia poco. (5) Prólogo del Fuero. (6) Catalina García. *Fuero de Brihuega*. 22-23.

bre Arzobispo, es en la concesión del fuero, con el cual la dió organización municipal propia, derechos muy estimables, privilegios de cuenta y deberes, siempre más arraigados y llevaderos, que los que dependen de la voluntad, no siempre ordenado, de su Señor. Es por tanto el fuero de Brihuega la página más gloriosa de esta villa en los siglos medios y débela a la munificencia y amorosa solicitud del egregio Arzobispo.» (1) Sospecha, que, acaso cediendo a instancias de los héroes, que fueron a la empresa de las Navas y otras tantas más, el Arzobispo concedió a Brihuega «esa compilación de ordenanzas, que damos a luz en este escrito, como principal objeto suyo, digno de ser conocido por los literatos, historiógrafos y eruditos.» (2)

Mas como D. Rodrigo otorgó dos distintos documentos de ley a Brihuega, en épocas entre sí apartadas, y no se ha hablado de ellas con la claridad y precisión necesarias, lo haremos ahora. Dos eminencias entre los investigadores históricos de España se han ocupado en la publicación de los Fueros de Brihuega, en el pasado siglo. El P. Fidel Fita y Juan Catalina García, que han enriquecido copiosísimamente la historia patria con infinitas noticias inéditas de imponderable precio, y han desvanecido fábulas y errores. (3) Los dos documentos legales, que dió D. Rodrigo a Brihuega son la carta foral, y el Código. El P. Fita opinó (4) con razones que nos hacen creer lo mismo que el primero se lo dió entre 1221 y 1229. Catalina García, al publicar en 1887 el gran Código, que tampoco lleva fecha, no aborda el esclarecimiento de ella, y no distingue debidamente los dos documentos. Pues bien no cabe duda que este Código se dió entre 1239 y 1241: seguramente es posterior a 1238 y no pasa de 1242. Así se deduce de la firma de Diego Zapata, Arcediano de Madrid, nombrado entonces, y de muchos más capitulares, cuyas firmas son auténticas. (5) Allí está la de D. Rodrigo, de precioso rasgo. Resistimos a la fuerte tentación de presentar el cuadro sintético de las originales e interesantísimas leyes, que bajo 327 títulos, dió Jiménez de Rada al importante feudo de Brihuega y sus doce aldeas, para su engrandecimiento material y moral, por exigirlo así la índole de esta obra. Haré constar, que este Fuero es una de esas obras, que bastan para hacer imperecedera y bendita la memoria de un personaje. Respecto de la carta fuero notaré, que su materia es determinar la contribución, que al Arzobispo han de pagar las diversas clases de personas de todo el territorio, y señalar cómo se han de verificar los nombramientos de las personas, que han de regir civilmente la villa y aldeas, administrar los bienes, ejercer la vigilancia y ejercitar la justicia, y prestar el servicio militar; o se reserva para sí el nombramiento de los Portaleros, Alcaldes y Jueces, y exime a los guerreros del Concejo, de la pecha, el año, en que con él o con el Rey vayan a la guerra, por dos o tres meses. En el Códice foral no se habla nada del nombramiento de los funcionarios públicos, ni de sus deberes y derechos, y de su competencia. Señal de que esto era variable, y se determinaba por otros decretos orgánicos. En el Fuero se trataba de normas generales y particulares de la administración de justicia, de los castigos de los crímenes y delitos, y de derechos y deberes de sus vasallos. En el prólogo del Fuero es muy significativa la disposición por la cual D. Rodrigo aleja

(1) *Fuero de Brihuega*. P. 24 y 25. (2) *El Fuero de Brihuega*. P. 25. (3) Boletín de la R. A. de Hist. Tom. VIII. P. 419 y 421 con notas muy eruditas. *Fuero de Brihuega...* Pereja y Serrada en su obra: *Brihuega y su Partido*. P. 50 y 54. (4) Boletín. T. VIII. Original en Toledo. En el sello aparece Rodrigo de báculo y con ornamentos. (5) Por no entrar en una discusión minuciosa por el cotejo de las firmas, dejo de publicar la lista de las que están en la carta foral y en el Código, advirtiendo al lector que encontrará las firmas en el citado lugar del Boletín y en Catalina García en la obra *Fuero de Brihuega*.

todo establecimiento de Orden religiosa ni otro elemento acaparador, prohibiendo «dar, empeñar, vender ni cambiar a Orden ninguna, ni a Cabildo ninguno de fuera de Brihuega ni a rico ome de Rey» fincas de su Señorío. Lástima fué que el insigne académico alcarreño muriera antes de hacer el estudio de tan notable cuerpo legal. (1) Sin que recibiera incremento territorial el Señorío formado y organizado por D. Rodrigo, lo disfrutaron los Arzobispos de Toledo hasta Felipe II, quien lo agregó a la corona, con permiso del Papa, compensando algo a los dueños, con el fin de consolidar el crédito rentístico nacional; pero Felipe III se lo devolvió a sus propietarios antiguos, que lo poseyeron hasta la ley de desamortización en el siglo pasado.

El 5 de julio de 1239, Rodrigo concedió al Concejo de Alcaraz un favor con tres objetos distintos, que el mismo Concejo alegó al Arzobispo, en la petición, que, como a su Señor, le elevó. Habiéndose descubierto en el Alcaraz viejo unos lugares, que el documento llama «santos» estimó el Concejo que era «buen lugar et honesto» para edificar allí, para el bien de aquella importante villa un edificio público amplio, y rogáronle que se lo cediese, manifestando que sus réditos se emplearían en rescatar cautivos, en sustento del clérigo y vecinos, que debieran morar en él, y la tercera parte para la fábrica de la Iglesia y sus demás necesidades. Con gusto se lo concedió bajo esas condiciones, declarando que el clérigo lo nombraría él, y le estaría sujeto. El Concejo dice: «Et nos el concejo de Alcaraz, como a Padre et Señor ondrado en Cristo, grandimos et tenemos en grand merced al Arzobispo esto, que nos face, et prometemos et otorgamos quanto es puesto en esta carta, que mandó fazer.» (2) El postrer documento expedido por D. Rodrigo en Brihuega, que a mi poder ha llegado, es la carta que dirigió a los Obispos de Segovia y Salamanca, D. Bernardo y D. Martín, y al Arceobispo de Burgos, el Maestro Martín de Talavera, jueces pontificios en las causas, que debatía con los Caballeros de Santiago, para participarles que nombra su procurador para esas causas al canónigo de Toledo, el Maestro Pedro, portador de la carta, y declara que tiene por ratificado y firme todo lo que en esas causas hiciere. Brihuega, 30 de Diciembre de 1239 de la Encarnación del Señor. (3) Tampoco aparecen otros documentos, que atestigüen la presencia de nuestro Arzobispo en este su querido Señorío, en los ocho años que vivió todavía.

Durante su permanencia en Brihuega llegó a sus manos una orden de Gregorio IX, que profundamente le interesaba; orden dirigida a la vez que a él, a todos los Arzobispos de España; orden que debía guardarse secreta hasta el sábado de la semana primera de la Cuaresma de 1240. Mandaba el Papa dar a los judíos, en ese día por la mañana, en el momento en que se hallaran congregados en sus sinagogas, un golpe de mano, requiriendo, si fuera menester, el auxilio del brazo secular. Entrando sigilosamente, en esa hora, en donde quiera, que hubiera sinagoga abierta, debían apoderarse de todos los libros de los judíos, y entregarlos a los Frailes Predicadores o Menores, para que los conservasen. Además debían obligar a todos los súbditos de la respectiva judisdicción, fueran clérigos o seglares, a declarar los libros hebreos, que tuvieran, excomulgando a los renitentes, después de la amonestación. El fin de esto era el arrebatárles los libros del Talmud, con los cuales los Rabinos hebreos embaucaban y cegaban a sus hermanos

(1) «De propósito me abstengo de hacer un estudio legal y literario del fuero briocense contra lo que fué mi intención primera. Acaso tenga ésta cumplimiento andando los días, si no es que, como fuera mejor, no lo hace antes persona de más pericia.» *Fuero de Brihuega*. P. 193. (2) Original en el Archivo de la Catedral de Toledo; copia en la B. N. de Madrid. (3) *Bull. S. Jacobi*. 113.

y prosélitos, y los retenían en el error, y hacían además otras cosas tales, que dice el Papa, que si son verdaderas las que se le han comunicado de los Reinos de Aragón, Portugal, Castilla y León, ninguna pena suficiente o digna habría para castigarlos. Una de estas era ensalzar más el Talmud que la Sagrada Biblia, siendo así que no contenía más que necesidades vergonzosas. (1)

Para nadie tan difícil como para D. Rodrigo tan rajante disposición; porque en Toledo había una populosisima judería, según hemos contado, y en todas las villas de la diócesis había muchos judíos. ¿Cómo se ejecutó en su Arzobispado? Hay incompletas y no bien contratadas noticias. Escribe un autor: «Como los judíos hiciesen mucho daño con su Talmud, alterando las Santas Escrituras y perjudicando así a los cristianos, dirigió el Papa Gregorio IX a San Fernando un breve encargando que recoja en todas las sinagogas de su Reino este maldito papel, y por ser de las principales la de Toledo y Zamora, allí cometió la ejecución al Obispo, y en Toledo a D. Rodrigo, que la ejecutó.» (2) Leemos en otro autor, saturado de liberalismo, pero verdadera autoridad en la historia de los judíos, esta afirmación: «La exigencia del Papa no pudo llevarse a cabo por ser demasiado tiránica.» (3) Ciertamente más éxito tuvo Gregorio IX en sus gestiones de los demás Reinos de España en este punto, excepto en Navarra, donde se estrellaron todos sus esfuerzos. (4)

Del 23 de Abril de 1240 se lee la noticia de que D. Rodrigo tomó a los árabes la ciudad de Lucena, nido fecundo de judíos, con el auxilio de las tropas de San Fernando. (5) Pero lo pongo en duda, porque veo al Arzobispo ocupado en otros asuntos de no poca trascendencia, cuales eran los de la Iglesia de Toledo y de la Iglesia universal. Creo que ya no acaudillaba D. Rodrigo huestes en son de conquista. Narraré ahora varios hechos, que aun no he consignado, por desconocer la fecha exacta. Uno es que de orden suya varios eclesiásticos suyos deslindaron los límites de sus posesiones de Darlarmola y Alcubet y que el mismo D. Rodrigo aprobó el trabajo muy costoso, que realizaron. (6)

Por este tiempo D. Rodrigo concertó un convenio de permuta de tres castillos con Fernando García de Azagra, el cual jura además homenaje de fidelidad al Arzobispo respecto de los castillos de la frontera. (7) Se ve que García de Azagra, que estaba prestando servicio militar al Toledano, era un señor poderoso, de la estirpe de los Azagras de Navarra. Según noticias recogidas por Aureliano Fernández Guerra y Orbe, D. Rodrigo aconsejó, entre 1238 y 1240, a otro ilustre Azagra, Maestre de Calatrava en Portugal durante esos años, conquistador heroico de varias fortalezas y paisano suyo; pues, como Guerra y Orbe, escribe era «Don Martín Ruiz de Azagra, navarro, hijo de D. Rodrigo de Azagra, que tenía en feudo a Estella. Fué primer Maestre de 1238 a 1240, y conquistó los castillos de Alcábal y Susana.» (8)

En 1240 se iniciaron los estudios universitarios de Salamanca bajo los auspicios de San Fernando; pero no sabemos quién aconsejaba, ni si aconsejó D. Rodrigo. Modestos debieron ser los principios, ya que el Arzobispo no los menciona, como los de Palencia. Es falso que se suprimiera la Universidad palentina para dotar de vida exuberante a la salmantina, según se ha escrito. Dice Cabanilles: «Por este tiempo, se dice, que el Rey de Castilla agregó a la Universidad de Salamanca la

(1) Ap. 154. Inocencio ordenó lo mismo, a San Luis. Berger. 682. (2) *Primacia...* Part. IV. C. 7 párrafo 1. No sé donde vió Castejón el tal breve. Imagino que confundió las especies con el afán de hacer figurar en todo a San Fernando. (3) Amador de los Rios. *Hist. de los Judios*. T. II. L. II. C. 8. (4) Arijita. *Los Judios en el País Vasco*. P. 11. (5) Espasa. Art. Lucena. (6) Liber. Priv. II. F. 81 (7) Lib. Priv. II. Fol. 35. (8) *Historia de los Órdenes Militares*.

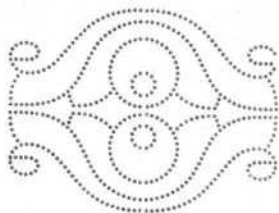
de Palencia: hecho que se creyó siglos después; pero sin embargo no es cierto. La Universidad de Palencia había desaparecido; mal pudo San Fernando unirla, ni agregarla. Lo que hizo fué dotar y proteger la Universidad de Salamanca, fomentando en ella los estudios, consultar a sus egregios doctores sobre el pensamiento de mejorar la legislación.» (1) Lástima que los historiadores generales hablen así, teniendo ante los ojos estas palabras referentes a la Universidad palentina, escritas el año 1243, tres después del que hablan esos historiadores, en la primera historia general de España, por el que fué Padre de dicho centro docente. «Aunque fué interrumpido este estudio (de Palencia, de que habla D. Rodrigo) sin embargo, por la gracia de Dios, todavía dura.» (2) Ya hemos visto cuándo revivieron estos estudios en Palencia. Teniendo a la vista el aserto de D. Rodrigo escribe el historiador eclesiástico de España: «El Concilio (de Valladolid 1228) consiguió la restauración en parte y por algún tiempo, y hacia el año 1243 existía. Pero muerto el Obispo Tello, su fundador y patrono (1246), cayeron aquellos estudios.» (3) También ésta es otra aserción, en cuanto a la caída total de los estudios, como lo del patronato de D. Tello, que no confirman los datos históricos. Puede que vejeara muchos años anémicamente, hasta que se redujo al círculo de la formación de la juventud eclesiástica diocesana. Terminaré el capítulo exponiendo cómo D. Rodrigo suplicó a Gregorio IX que encargase a algunos jueces, que entendiesen en un pleito, que tenía el Arzobispo con el Compostelano, hacía mucho tiempo, y que estaba estancado por la muerte de dos de los tres jueces, que el mismo Papa nombrara en otro tiempo. Los muertos eran el Deán de Zamora y Martín, Arcediano de León; el sobreviviente era F. Arcediano de Palencia, quienes dejaron pasar el tiempo, sin formalizar el proceso. D. Rodrigo se quejaba de que el predecesor del actual Arzobispo Compostelano (4) le había quitado contra justicia cierto derecho espiritual, (que no particulariza) que tenía en la Iglesia palentina. Gregorio, definiendo al ruego del Arzobispo de Toledo, que según el modo de expresarse fué verbal, (5) por la bula del 23 de Febrero de 1239, nombró otros jueces, que fueron los Obispos de Segovia y Salamanca y el Deán de Palencia. No tengo noticias del éxito, que tuvieron estas diligencias.

La vacante de la Sede burgalesa se prolongó mucho tiempo por el empeño que la mayoría de los capitulares de la Catedral de Burgos ponía en traer para su diócesis al insigne Canciller de San Fernando, D. Juan Domínguez de Medina, persona de especial confianza de D. Rodrigo, como ya sabemos. Obstabá el vínculo de Pastor, que ligaba al candidato con la diócesis de Osma, vínculo, que repugnaban los Papas soltar en aquella edad. Por fin se obtuvo la unanimidad, al parecer, total de los votos, y el Cabildo comisionó a su Arcediano, para que en Roma personalmente consiguiese la apetecida traslación. Escuchó su petición Gregorio IX, y escribió a D. Rodrigo y al Obispo de Palencia, que fuesen a Burgos, examinasen las cosas, y que, si hallaban que era canónica y concorde la elección, procediesen a lo que deseaban en Burgos. (6) 6 de Marzo de 1240. Tello de Palen-

(1) *Hist. de España*. Tom. III. Lib. V. C. 2. (2) La frase de D. Rodrigo es así: *Et licet hoc fuit studium interruptum, tamen per Dei gratiam adhuc durat.* (Lib. VII. C. 34.) (3) *Hist. Ecc. de España*, por V. de la Fuente. Tom. II. P. 331. (Edición primera.) (4) Se llamaba Bernardo; sucedió en 1224 a Pedro Muñiz, que tiznó su nombre con la nigromancia, y en castigo Honorio III ordenó que se recluyera en los Franciscanos de Santiago. Bernardo ilustró su nombre con normas loables, que dió a su clero y con las hazañas, que hizo en Mérida, junto a Alfonso IX. Murió en 1236. Le sucedió Juan Arias Suárez, que sobrevivió a nuestro protagonista. (5) Dice el Papa: *Significante Venerabli Fratris nostri R. Toletano Archiepiscopo nostris auribus est intimata*. Indicación de la presencia de D. Rodrigo en Roma. (6) Auvray. 6079.

cia, con subdelegación del Toledano, formalizó el proceso, y descubrió que no era la elección canónica; pero la subsanó el Papa, para evitar mayores males, y Domínguez se posesionó de la Silla de Burgos en el año 1240. (1) Tanto se había impuesto en Roma el nombre de D. Rodrigo, aún respecto de las cuestiones canónicas en las disensiones de los cabildos de España, en la elección de los Obispos, que el Papa ponía en sus manos las más importantes y arduas, que se suscitaban en los Reinos de Portugal, Castilla y Navarra, según lo vemos en estos últimos años.

Termino el capítulo trasladando esta noticia, que trae Fonseca, que San Fernando insertó el 12 de Abril de 1230 en una carta suya el decreto con que Alfonso VIII le había nombrado Canciller Mayor. (2)



(1) Auvray. 5189. (2) *Primacia*. Part. IV. C. 7.

CAPÍTULO VIII

(1243)

Don Rodrigo escritor eminente.—Lista de sus obras.—Su autenticidad.—Época de su composición.—Objeto de esas obras.—Método histórico de Jiménez de Rada.—Fuentes para obtener los elementos para la historia.—Sucinta idea de las obras históricas del Arzobispo.—Plan vasto de su producción histórica.—Sus notables cualidades.—Censuras y defectos.—Noticia del Breviarium o Expositio Catholica.—Otros escritos.—Notas bibliográficas.

La obra inmortal *De Rebus Hispaniæ* nos dice, en su frase de despedida, en el último capítulo de su libro postrero: «Terminé esta pequeña obra, como supe y pude, en el año de la Encarnación del Señor, 1243, era 1277, vigésimo sexto año del Reynado del Rey Fernando, jueves, treinta y uno de Marzo, año treinta y tres de nuestro pontificado, estando vacante la Sede Apostólica ha un año, ocho meses y diez días, por la muerte de Gregorio nono.» Estas palabras de encantadora modestia, estampadas por Jiménez de Rada en su libro magistral, nos lanzan un jaltol y nos fuerzan a estudiar un nuevo timbre, que engrandece y glorifica más el nombre del raro varón, que absorbe nuestra atención; timbre que parece incompatible con la prodigiosa variedad y actividad de empresas extraordinarias en la política, en la guerra, en el gobierno de la Iglesia y del Estado, que hasta ahora nos han asombrado en la narración de su vida. El hombre, cuyos pasos seguimos, no sólo es el que transformó en héroe al octavo de los Alfonsos, en Santo a Fernando III, en Sabio a Alfonso X, el que salvó a España en las Navas de Tolosa y creó la unidad de Castilla y León, el que fué el genio de las iniciativas más altas y fecundas del Reino, el que con sus consejos gobernaba en una era «*en que la historia se aproxima a la epopeya y los personajes a la categoría de los héroes.*» (1) sino que es además de todo eso, el primer historiador de España, el más sabio varón de la edad media española, *la lumbrera de su tiempo, como el San Isidoro de la época*, (2) *maravilla de su tiempo*, (3) *el Salomón español* (4) según le proclaman universalmente los varones doctos. Y ciertamente con más clamor y razón todavía hubiera sido loado y apellidado con semejantes epítetos encomiásticos, si la Providencia divina hubiera determinado que nuestro D. Rodrigo aplicara principalmente a las altas ciencias divinas y humanas las dotes ge-

(1) Vicente de la Fuente. *Historia Ecl.* Tom. IV. P. 223. (Edic. 2.) (2) Modesto La Fuente. *Historia de España.* Part. II. C. 13. (3) Mariana. *Historia de España.* Lib. XII. (4) Minguella. *Historia del Obispado de Sigüenza.* Tom. I. P. 194.

niales y exquisitas de aquel *talento*, que Rorhbacher calificó con propiedad *portentoso*. (1) Pero la misión impuesta por el cielo a su grande inteligencia fué la acción en su más alto grado e intensidad y no la especulación intelectual y científica, y esa misión cumplió maravillosamente desde las cumbres de la Iglesia española y del Reino de Castilla, como nuestras páginas lo van patentizando.

Sin embargo, aunque secundariamente y hurtando momentos a los continuos y gravísimos negocios de la Iglesia y del Estado, D. Rodrigo se dedicó intensamente a los estudios, no solamente como Mecenas, según lo hizo en la creación de la Universidad de Palencia y en otras ocasiones, al estilo de su gran sucesor Jiménez de Cisneros, sino concibiendo y componiendo escritos inmortales, calificados por los grandes historiadores de los siglos posteriores como los mejores de su clase en la edad media, no sólo en España, sino también en toda Europa, después de apreciar las cualidades que los adornan, y las circunstancias todas con que fueron preparados y redactados. Tócanos hablar ahora de esos escritos y del autor de ellos como escritor, para que aparezca el mérito extraordinario de este sabio, cuya fama inmensa comprobó Honorio III en 1217, que era muy inferior a la realidad, según lo proclamó el asombrado Pontífice en una de las bulas, ya transcritas. Empecemos por insertar el catálogo de las obras de Rodrigo Jiménez de Rada; primero las ciertas y después las discutidas.

1. *De Rebus Hispaniæ*. Así se titula, por las primeras palabras de la obra, la historia general de España, a la que el mismo D. Rodrigo llamó, en el capítulo último de su *Historia Arabum*, *Historia Gothica*: por esto así la llaman también gran número de autores.

2. *Hunnorum, Vandalarum, Suevorum, Alanorum et Silinguorum Historia*.

3. *Ostrogothorum Historia*.

4. *Historia Romanorum*.

5. *Historia Arabum*.

6. *Breviarium Historiæ Catholicæ, o Expositio Catholica*. Rodríguez de Castro escribe que es el segundo título el que la obra debe llevar, ya que así la llama D. Rodrigo varias veces en el cuerpo de la misma, y ese expresa exactamente la materia sobre la cual versa, aunque al principio de la misma se ve el de *Breviarium*.

7. *Epistola Alfonsi octavi, Regis Castellæ, ad Dominum Papam*.

8. *Historia Gótica*, escrita en romance.

9. *Anales Toledanos*.

10. *De Primatu, Nobilitate ac Dominio Ecclesiæ Toletanæ*.

11. *Chronicon Omnium Pontificum, Imperatorum Romanorum, ubi anni eorum ponuntur, et notabilia facta eorum, et distinguuntur, quis Papa, quo Imperatoris tempore, incipiens a Christo, qui fuit primus et ultimus Pontifex, et Octavio Augusto, qui ejus tempore imperavit, usque ad Innocentium Papam III et Fredericum Imperatorem*.

12. *Provinciale quoddam Cathedrarum Ecclesiarum totius orbis*.

13. *Chronica del Santo Rey Fernando*.

Autenticidad de las obras de D. Rodrigo.—De las trece enumeradas sólo las seis primeras tienen gran valor e importancia, las siete restantes lo tienen muy inferior, y también sólo las seis son ciertamente de Jiménez, y las otras siete con diferentes grados de probabilidad se pueden adjudicar al sabio Arzobispo, y como se verá, alguna que otra de ellas con seguridad no es parto de su ingenio. Vamos

(1) *Historia de l' Eglise*. Liv. 72.

a demostrar cada una de estas aserciones de tanto interés en la historia y en la crítica, con la solidez y concisión que reclama nuestro escrito.

Respecto del *Rebus Hispanice* jamás se suscitó duda alguna, por cuanto lo dijo el mismo autor al frente del primer ejemplar con entera claridad. Lo mismo ocurre con el *Breviarum Historice Catholice*. Así mismo los respectivos prólogos de las Historias de los seis pueblos precitados expresan con igual claridad, que son obras del mismo autor del mencionado *De Rebus Hispanice*, como al copiar sus palabras lo verá el lector, cuando digamos en qué fecha se escribió cada una de esas Historias. Por eso Nicolás Antonio disipó fácilmente las vacilaciones de Ambrosio de Morales, cuando éste, sin haber estudiado los prólogos predichos, titubeó algo acerca de la paternidad de estos escritos, influido por las dudas, que sobre esto habían tenido los famosos sabios extranjeros, Andrés Scoto, Jacobo Gelio y Vaseo, que tampoco lo negaron terminantemente, sino que anduvieron desorientados por falta de datos y de atención. En cuanto a la *Historia Arabum*, vemos que dice en el capítulo cuarenta y uno de la misma, que la invasión de los Almohades la contó en la *Histórica Gótica*, expresando así que es uno mismo el autor de las dos obras. Además también consta desde el principio que es de D. Rodrigo por todas las autoridades, que es ocioso enumerar aquí, por ser cosa tan cierta y no haberla puesto nadie en duda.

He aquí ahora las obras no tan ciertas de D. Rodrigo, según el orden del grado de probabilidad, junto con algunas noticias especiales sobre cada una, ya que no volveremos a hablar más de ellas.

«*Epistola Alfonsi VIII, Regis Castellæ, ad Dominum Papam.*» Es la relación de la hazaña de las Navas de Tolosa, que Alfonso VIII envió a Inocencio III. Críticos tan exigentes como A. Huici han visto en el paralelismo de la narración de las peripecias del magno combate, que se halla en el *Rebus Hispanice* y en esta carta, una misma mano, como ya lo consignamos al historiar esa batalla. Era además D. Rodrigo el Canciller Mayor, encargado de escribir esta clase de relaciones, y por otra parte más que a nadie le interesaba el comunicárselo al Papa, su amigo, que tan a pechos le había favorecido con gracias espirituales y otros medios para el éxito de la Cruzada, y tenía que estar ansioso de las noticias de su resultado.

«*Historia Gótica*» en Romance. Es una traducción con añadiduras de la obra latina, añadiduras, que según decía en el siglo XVI Juan B. Pérez, «dan gran luz a la verdad de la historia y no están en la latina, y así este libro es de muchísima estimación.» Opinó dicho sabio crítico que la versión es del tiempo del Arzobispo, y los eruditos, que le siguieron, aseguraron, que la versión y las adiciones eran de D. Rodrigo. Así Nicolás Antonio, (1) en el siglo XVII, Rodríguez de Castro (2) con otros de menos renombre. Lo mismo en tiempos modernos otras eminencias. Amador de los Ríos escribe. «Que el mismo D. Rodrigo puso en romance, ya cediendo al deseo de que fuese más generalmente conocida, ya obedeciendo los preceptos de Fernando tercero, lo cual parece más probable, atendida la predilección, que el rey mostró al idioma castellano, mandando al mismo traducir las obras, que a la sazón lograban mayor estima.... Nuestros más eruditos bibliógrafos han apuntado ya diferentes veces este importante hecho, y sin embargo no se ha resuelto por ninguno cuál de las muchas versiones, que poseemos de la *Historia Gótica*, es debida al Arzobispo. Perplejos andaríamos también nosotros si no

(1) *Bibl. Vetus.* t. II. (2) *Bibl. Española.* I. p. 539-542. Tiene un erudito y extenso estudio sobre esta versión con curiosas noticias, que recomendamos que se lean con atención.

hubiéramos examinado en la selecta Biblioteca toledana un precioso Códice, escrito en pergamino, cuya antigüedad no puede ponerse en duda, ora lo contemplemos bajo el aspecto de la paleografía, ora bajo el de la filología.» (1) Luego se extiende en alegar las razones, que le convencen, que son la semejanza, que en esto tuvo con Mariana, quien después de escribir su historia en latín, la tradujo al castellano, lo atrevido y adecuado de las adiciones, que introduce, la reavivada animación de la narración de la hazaña de las Navas, donde el traductor imprime a las expresiones la vida y la emoción vibrante de quien lo experimentó hondamente, resultando la pintura en romance más viva y exacta. Tan convencido está este crítico de este punto, que en el tomo tercero le dedica toda la Ilustración segunda en los Apéndices, y confronta trozos latinos y castellanos, que alega. (2)

Cerrralbo da como cierta esa sentencia, sin que le haga dudar lo que sostiene el sabio profesor sueco Lidfors, que, enamorado de la obra de Rodrigo, ha editado en nuestros días una de esas versiones de la *Historia Gothica*, opinando en la Introducción, que el Arzobispo no vertió su obra, opinión que sufraga el docto español contemporáneo Paz y Melia. (3) Menéndez Pidal ha encontrado en la *Crónica General* huellas de haberse servido el escritor, para redactar su obra, de una traducción castellana del Toledano, y señala allí mismo esas huellas, si bien repetidas veces dice el cronista que se vale de la obra latina. (4) Por esas huellas deduce indudablemente que el autor de esa Crónica «se sirve de un texto, no auténtico, sino traducido, interpolado y añadido» de esa Historia.

A la objeción, que se le hace, que se vale del texto original del Arzobispo según la expresa declaración del cronista, responde Pidal: «Pero esto se puede explicar de varios modos, y sobre todo, del más sencillo, suponiendo que la Crónica usó a la vez el original latino y una versión romance, según supone Riaño.»

Mi opinión es que D. Rodrigo no fué autor de ninguna versión de su obra. Si la hubiera hecho, de ella se hubiera valido el autor de la *Crónica General*, como auténtica del Arzobispo, sin fatigarse en traducir el texto latino. Aún es más insostenible que sea del mismo Toledano la que Amador de los Ríos le atribuye. Entre otras lo persuade la siguiente razón. En el diálogo de las Navas de Tolosa pone la versión en los labios de Alfonso VIII hasta la recomendación del suicidio antes de rendirse. ¿Cómo D. Rodrigo iba a atribuir semejante monstruosidad al heroico monarca, dechado de todo valor y cristiandad para él?

«*Anales Toledanos*».—Se comprenden bajo este nombre tres series de Anales cortísimos, pero célebres, que Flórez publicó, (5) y se han clasificado sencillamente en «*Primeros*» «*Segundos*» y «*Terceros*». Para orientar la cuestión advertiré, que todos recogen hechos y fechas granadas del mismo intervalo de tiempo. Los *Primeros* llegan a 1219; los *Segundos* hasta 1250: los *Terceros* hasta fines del siglo XIII. El autor de la España Sagrada, cuya preciosa disertación debe leerse,

(1) *Hist. de Liter.* III. part. II. c. 8. (2) Son innumerables las versiones de la obra de D. Rodrigo, literales unas, otras libres, ceñidas o amplificadas con añadiduras más o menos caprichosas. Diariamente van descubriéndose nuevas versiones en diversos Archivos. La Crónica general, llamada de Alfonso el Sabio, la traduce íntegramente, y quizás sea la más castiza y exacta de las versiones, aunque no carece de faltas. No puede pasarse aquí, sin especial mención, la versión, cuyo índice íntegro imprimió Rodríguez de Castro, además de varios prólogos muy modificados, calcados en el latino del Arzobispo. Haríamos aquí un Catálogo largo de todas estas versiones y de los diversos ejemplares, si fuera menester, para exponer la importancia y popularidad de la obra de D. Rodrigo, y sus raras vicisitudes, pero esto es superfluo. (3) *Discursos*. p. 66-90. Donde pueden leerse sobre esto muchas eruditas noticias, esparcidas en varias páginas. (4) *Estudios Literarios. La Crónica General de España, que mandó componer Alfonso el Sabio. Discurso*. Pág. 170-249. (5) España Sagrada; y Hulci con otros.

escribe acerca de su autor: «Desde el principio hasta el año 1243, en que habla del fin del escrito del Arzobispo D. Rodrigo, es todo de una mano; y Don Martín Ximena creyó ser original del mismo Arzobispo, como dice en su *Jaén*. El Arzobispo D. Rodrigo en otros Anales escritos de su propia mano.» (P. 135, 142 y 148.) Flórez le contradice con razones débiles. La que señala por el error de las fechas parece la mejor, y nada concluye; porque son, más que errores, erratas. Por eso pudo sostener Cerralbo, que los *Segundos* proceden de la iniciativa de D. Rodrigo, y los *Primeros*, se sabe, que pertenecen a la época de su pontificado. (1) Sospecho que se refieren a ellos las palabras siguientes del docto P. Burriel. «Tampoco se han publicado hasta ahora unos *Anales* breves que se hallan manuscritos en la librería de la Iglesia de Toledo, y que a juicio de D. Juan B. Pérez son del propio puño del Arzobispo D. Rodrigo.» (2) Por su lado el sabio crítico Menéndez Pidal cree que los escribió un morisco; porque abulta las pérdidas de los cristianos en las luchas con los sarracenos. (3) Pero esta razón es debilísima, si es razón; porque muy rara vez se encuentra ese defecto en esos Anales, y no pocas, sí, en pro de los cristianos, según se comprueba estudiándolos con detención. Además con cariño refiere frecuentemente las cosas y las fechas gloriosas y gratas a los cristianos. Por lo cual nos sorprende muchísimo la aserción predicha en pluma tan sesuda.

De Primatu, Nobilitate &c. tiene por objeto la defensa de la Primacía del Arzobispado de Toledo. Escribe el grave Mariana: «Dejó (Rodrigo) dos libros, uno de la historia de España, y otro de las cosas de los moros, fuera de otro tratado, que anda suyo en defensa de la Primacía de su Iglesia de Toledo.» (4) Sin duda el jesuita recibió este dato de su admirado amigo, J. B. Pérez, que escribió, sobre los opúsculos relativos a la Primacía, las notas siguientes, que Villanueva dió a luz: «Cuatro libros hay en la Santa Iglesia de Toledo, donde están trasladadas las bulas de Primacía. Uno está en la librería, y le hizo el Arzobispo D. Rodrigo Ximénez; llega hasta Honorio III, el año 1217. El otro libro está en un caxón del Sagrario; es traslado del otro, y tiene añadidas unas bulas de Honorio III, del tiempo del Arzobispo D. Rodrigo, y una de Inocencio IV, en tiempo de D. Sancho, electo 1251.» (omito los otros dos opúsculos, que no nos interesan.) Es mi opinión que este escrito no es de D. Rodrigo, quien de ninguna manera inventó, ni sugirió materia para amañar relatos de hechos falsos. Lo único aceptable es que muchos de los datos y documentos, que sirvieron para componer ese libro o cartulario, proceden de notas reunidas por D. Rodrigo, para defender la Primacía de Toledo en las diversas ocasiones, que lo tuvo que hacer, según latamente consta en la presente historia.

En cuanto al *Chronicon omnium Pontificum*, debo decir que el diligente investigador, Juan Cortes lo halló copiado a continuación de la *Historia Gothica*, en el vetustísimo Códice de Toledo, en San Juan de los Reyes, sin autor; y además termina así con los Papas coetáneos de D. Rodrigo, sucesores de Inocencio III: «*Post hunc Honorius; post Honorium, Gregorius; post Gregorium, Celestinus; post Celestinum, Innocentius*. De todo lo cual dedujo que era una obra de Jiménez de Rada, y lo admite como probable el célebre crítico Nicolás Antonio. Mi parecer es que no la compuso nuestro Arzobispo, sino que debió ser uno de esos *Pontificale Romanorum Pontificum*, que tuvo a su uso y en el cual puso esos Papas contemporáneos suyos. Lo digo, *salvo meliori*. Lo mismo ocurre con el

(1) *Discursos*... P. 75. (2) *Revista de Archivos*. Año 1914. Julio y Diciembre. (3) *Estudios Históricos*. P. 216. (4) Libro XIII. C. 4.

Provinciale quoddam Cathedrarium, hallado en la misma forma por Cortes, y aceptado por Nicolás Antonio. Su materia es la catalogación de los Obispos de las Iglesias particulares, como complemento del *Pontificale* mencionado, pero no cita a los Papas. Juan Lucas Cortes opina que D. Rodrigo compuso esta obra y el *Pontificale*, para dar relación sucinta complementaria de las cosas de la Iglesia, para completar en algo la *Historia Gothica*. Quizás sea así, y quizás una ingénua idea del autor.

En cambio no es ciertamente de Rodrigo la *Chronica del Santo Rey Fernando*, que varios autores le atribuyen ligeramente, movidos por aquellas célebres palabras últimas del Arzobispo, que se hallan insertas en el cap. 18 de esta crónica. «Esta pequeña obra escribí yo Rodrigo, Arzobispo de Toledo...» Después de esas palabras léese allí: «*Prólogo del que prosigue la Historia. Prosigue la Historia de los claros hechos del muy noble Rey D. Fernando.*» Es inadmisibile que sea de D. Rodrigo; porque el mismo lenguaje lo indica claramente. Son perentorias estas razones de Modesto Lafuente: «A pesar de todo no podemos creer que esta parte de la crónica fuese del Arzobispo D. Rodrigo, entre otras razones, porque en varios capítulos de ella se lee: Según escribe el Arzobispo D. Rodrigo...» «No es creible que el autor hablara de sí mismo en esta forma. Suponemos, pues, que el autor de la crónica quiso significar, que había escrito la primera parte teniendo presente la historia del Arzobispo.» (1)

Época de la composición de los libros por D. Rodrigo. El mejor investigador de la vida de Jiménez de Rada, Vicente de La Fuente, sostiene que el Arzobispo empezó la redacción de sus obras hacia el año 1228. Escribe de ese tiempo así: «... principia el segundo período de la vida de D. Rodrigo Jiménez de Rada, y aún pudiéramos decir, de su vida literaria, menos agitada y belicosa que la primera. Durante ella el Arzobispo fomenta los estudios, escribe sus obras históricas, influye con D. Fernando para plantear el Consejo de Castilla, organiza la Cancillería, cuyo cargo se le confiere por el Monarca.» (2) El lector sabe cuan inexacta es lo de *menos agitada vida*; porque ha visto que fué más activa y agitada, si cabe, que nunca, por sus conquistas de Andalucía y por los viajes más continuos a Roma, a causa de muy ruidosos negocios, y por otros tantos sucesos, que hemos tocado. Lo increíble es que en medio de tan incesantes y transcendentales ocupaciones exteriores llegara a planear y a alumbrar la obra histórica tan nueva y fundamental, a la que Vicente de La Fuente denomina *empresa colosal*, (3) como de verdad lo es, según se conocerá al exponer su plan, sus méritos, sus dificultades y su realización.

He aquí ahora la fecha en que fué *terminando* la redacción de cada una de las cinco primeras obras históricas, que hemos enumerado. Digo *terminar*, porque al menos eso se debe tener por cierto, según el orden que propugnamos aquí, por cuanto se deriva de las manifestaciones propias del mismo D. Rodrigo en las obras diversas. Y teniendo eso por cierto no es necesario entrar en más argumentaciones, porque sólo ello es suficiente para concluir que en el mismo orden se escalonó su concepción y composición, sino se alegan razones terminantes en contra. Y en verdad, no se alegan. La primera que escribió fué la *De Rebus Hispaniæ*, en la fecha ya mencionada y exacta del 30 de marzo de 1243, según escribe el mismo autor, y lo repiten casi literalmente los Anales Terceros Toledanos, (4) Hay que advertir que si bien Jiménez de Rada dice que era el año treintera y tres de su

(1) *Hist. de España*. Part. II. Lib. II. C. 14. nota. (2) *Elogio* p. 20. (3) *Elogio*. P. 22.

(4) Asombra que Moreno Cebada y otros varios hayan escrito que apareció en 1241. ¿Qué leerían?

pontificado, que lo mismo se puede decir el treinta y cuatro; porque así era desde la elección para la Sede toledana, pero, como lo dice Rodrigo, desde su confirmación pontificia. Al libro *De Rebus* sucede la *Historia Hunnorum... et Silinguorum*. Escribe el mismo D. Rodrigo en el prólogo: «después de contar las calamidades de nuestra gente con estilo lloroso,.. vuelvo los ojos a los tiempos de otros pueblos, que aquí se encarnizaron, a fin de que no se pierdan ciertos admirables hechos de los españoles....» Son los godos esa nuestra gente. Además dice en el capítulo primero y varios otros, que ya contó los hechos de Atila y de otros en el libro precedente. Ese libro precedente, en que tocó esos hechos, es el *De Rebus*. En pos de *Historia Hunnorum...* viene la *Historia Ostrogothorum*. D. Rodrigo se expresa así en la introducción de ella: *Ya que en otro libro expusimos los sucesos de los visigodos, proseguiremos en esta parte los acontecimientos y batallas de los Ostrogodos.* Nada más claro. Ocupa el cuarto lugar *Historia Romanorum*, según se desprende del magnífico prólogo, que la encabeza, y que sirve para lamentarse de las grandes opresiones de España. Allí dice que la escribe después de referir en obras anteriores los padecimientos de España por la invasión de los pueblos bárbaros y de los mahometanos, y para completar el cuadro de las invasiones. Lo cual sugiere la idea de que es posterior a la *Historia Arabum*. Pero no es así. De la invasión y guerras de los árabes en España se trata directamente en la *Historia Gothica*, según es manifiesto, y por eso ya en las tres obras precedentes había relatado todas las distintas irrupciones de los pueblos extraños, menos la de los Romanos. De aquí el motivo para escribir la *Historia Romanorum*. Por lo demás la finalidad de la *Historia Arabum* no es describir su invasión y sus actos en España, sino relatar la historia de ese pueblo asombroso. En consecuencia la *Historia Arabum* viene en quinto lugar, y, como el mismo D. Rodrigo escribe con estas palabras, es posterior a las enumeradas. Dice en el prólogo. «En las obras anteriores he explicado, en lo posible, qué calamidades ha padecido hasta ahora España. He resuelto *ahora terminar* con la narración de las ruinas producidas por los árabes.» Por lo tanto la última de las ciertas de Jiménez de Rada no es el *Breviarum Historiæ*, y no es fácil determinar en qué tiempo la trabajó el Arzobispo. Que la trabajaba antes que la *Historia Arabum* consta por estas palabras del mismo D. Rodrigo, en el *Breviarum*. Dice así: «Más de esto y de la raza de Ismael he propuesto proseguir, con la ayuda del Señor, en otro volumen, para narrar su genealogía y sus hechos.»

Vicente de la Fuente escribe así, refiriéndose a la fecha en que D. Rodrigo redactaba sus escritos. «¿Quién al escuchar las sentidas quejas, que exhala en el prólogo, que pone al frente del libro de los opresores de España, puede dudar que lo escribía en la menor edad de Enrique I, durante la tiranía de los Laras? (1214-1217.) *Las demás provincias del mundo (exclama) se ven agobiadas con pechas y tributos, pero la desgraciada España se ve atormentada con opresiones inciertas, y se la ve extinguirse de continuo, a fin de que pueda perecer más veces. Véalo Dios y permita que no lo pague la pobre España, sino que se impute a las que así obran.* Tan doloridas frases no se pudieron escribir en los prósperos reinados de D. Alfonso el Noble y de D. Fernando el Santo.» (1) Se equivoca el benemérito biógrafo de D. Rodrigo. Esas palabras se refieren no a las calamidades que padece Castilla en el interior, por los desmanes de los Laras, sino a las que toda España padece todavía por la dominación de los árabes en la más rica parte de ella. Lo más seguro es que D. Rodrigo comenzó a componer su primera

(1) *Elogio...* p. 26

obra *De Rebus* entre 1238 y 1240, si bien debía tener hechos grandes estudios fundamentales desde más atrás. He aquí una prueba. El año 1241 estaba escribiendo el libro quinto, como se entiende del hecho de que consigna en él los sucesos de Aragón y Navarra, que tenían lugar en ese año, tal como la vuelta de Teobaldo I, de su cruzada de Palestina. Acaso lo escribía todavía más tarde. Los otros cuatro libros exigían también espacio de tiempo. Ahora bien como las otras obras de D. Rodrigo son complementarias de la *Historia Gothica* y giran en derredor suyo, es imposible que el prólogo en que aparecen las palabras citadas y la obra que la sigue sean de la época de Enrique I; son sin duda de 1243, o 1244.

Objeto de D. Rodrigo en sus obras. Jiménez de Rada, por su soberana inteligencia, y como filósofo, jurisconsulto y teólogo consumado, y como políglota sin igual en su tiempo, y como cultísimo, brillantísimo y muy elocuente humanista, que no tiene rival entre sus contemporáneos, como lo patentizan sus libros, escritos con elegancia y pureza desconocidas en aquellos siglos, según confesión de los maestros en la materia, pudo dedicar su actividad intelectual a asuntos de la más alta especulación, volando por las sublimes esferas de las ciencias más difíciles y profundas, con éxito, que nos hubiera asombrado indudablemente, y pudo también resplandecer en las regiones de las artes literarias, cosa, sin embargo, demasiado vana para un espíritu tan sólido y grave; pero sin intentar eso dedicó su actividad intelectual a un campo de estudios que tenían especialísima relación con su inmensa actividad, exteriormente desplegada. Como hemos visto, el fin de tanta actividad en la Iglesia y en el Estado era el engrandecimiento de una España libre y católica. A eso se encaminan todas sus iniciativas, sus empresas, sus esfuerzos y sus grandes sacrificios, con el fin de arrojar al sarraceno de España, de implantar costumbres religiosas y santas, e instituciones legislativas y artísticas junto con las ciencias universitarias. Pero no bastaba eso. Era preciso dar alma al pueblo español, hacerle sentir su personalidad, su valer y sus destinos. Y el mejor medio para esto era darle escrita su historia, pero escrita cálidamente y con hondo sentimiento. Es el instrumento más idóneo para dar alientos y espíritu a un pueblo. Mas no existía este instrumento, no había una historia para educar a España. Era menester formarla con ímprobos trabajos de investigación. Y D. Rodrigo se dió a este estudio con el objeto de infundir un intenso españolismo, y un amor aún más fuerte que a la patria, a la religión católica. Porque él miraba a la patria terrena como transitoria morada de un pueblo, que debe ajustar los actos de la temporal a las normas de la virtud evangélica en la vida pública y privada, para merecer la posesión de la patria inmortal ultraterrestre. Con el fin de conseguir esto, ideó D. Rodrigo el plan de componer la historia de España, y como observa un escritor ilustre «*fiel a tan elevado pensamiento, acometió una colosal empresa para su tiempo, cual fué la formación de una especie de Historia universal.*» (1) Y como dijo Amador de los Ríos, realizó su plan con tal éxito que *levantó la historia patria al más alto punto en que la había visto la antigüedad más remota.* (2) He aquí en suma el plan hermoso de esa Historia Universal para instruir y educar a su pueblo. En el *Breviarum* le da la historia del pueblo de Dios; en *De Rebus*, sus propias hazañas, grandezas y la descripción de lo que es; en las cuatro restantes la historia de los enemigos con que ha luchado, y con quienes se ha mezclado.

El método histórico de Jiménez de Rada.—Como hombre de superior talento, comprendió mejor que sus contemporáneos la misión del historiador, y escogió

(1) *Elogio.* p. 22. (2) *Hist. Crítica de la Liter.* t. III. p. II. c. 3.

el camino verdadero para la investigación de la verdad histórica, siguiendo preferentemente los principios generales del método, que modernamente los sistematizadores han llamado genético; principios obvios, que han visto por intuición, y los han llevado a la práctica con más o menos rigor y éxito todos los historiadores, que han entendido la exacta naturaleza de la historia. (1). Pues la esencia de la historia es una relación verídica de los acontecimientos y hechos realmente sucedidos, dignos de la memoria de las gentes, explicados y coordinados según el orden de las causas, que los han engendrado, o han podido engendrar, relacionándolos con aquellos otros sucesos, en cuyo origen y desarrollo han influido de alguna manera. El primer deber primordial del historiador es la investigación, invención y exposición fiel de estos hechos realmente acaecidos, conexiónándolos, en cuanto cabe, con las causas determinantes, eficientes y finales inmediatas, que son principalísimamente los factores humanos, sin olvidarse empero, que éstos son ejecutores de un plan supremo y secretísimo, trazado por la sabiduría de Dios y dirigido por su altísima Providencia, bajo cuya acción ejecutan los agentes humanos libremente sus actos. Por lo tanto, el historiador, como tal, ni es un filósofo, ni un teólogo, ni un moralista, ni un panegirista, sino exacto relator de acontecimientos memorables, los cuales deben ser considerados a la luz de la filosofía y de la teología, y utilizados sabia y discretamente para la enseñanza moral y experimental, proponiéndolos, cuando son dignos de imitación o alabanza, y reprobándolos, cuando son vituperables, a fin de ejercer así consecuentemente el magisterio, que proclamaba el orador romano, como una de las notas de la historia, *Magistra vitæ*....

Esta noción de la historia declara cuál ha de ser la labor primaria del historiador, que es la *adquisición de los datos, su valoración justa, la eliminación del elemento fabuloso, la depuración verídica de los hechos, el señalamiento de las causas, que produjeron tales hechos, y la interpretación exacta del alcance, que los mismos tienen*. Los hechos y los datos se hallan en las actas originales, en documentos de múltiple índole, en diversas clases de monumentos recogidos y más o menos ordenados por otros historiadores, que en una o en otra forma han conservado por escrito los que juzgaran dignos de memoria, y también, aunque muy fragmentaria y obscuramente, en cuanto a la totalidad de las circunstancias, en las tradiciones populares, tradiciones, que ordinariamente se han transplantado a la región de la literatura por el numen del vulgo o por el estro de algún ingenio afortunado, revestidas de nuevos ropajes. El verdadero historiador tiene que acudir a todas estas fuentes, tiene que examinar y compulsar las que merecen más fe y crédito. Regla que tenía ante sus ojos el Arzobispo D. Rodrigo al escribir su obra, como se collige de sus palabras, dignas de mención: «*Más porque por causa de las diversas relaciones de los escritores, a veces se duda de la verdad de la historia, averigüe la diligencia del lector qué deba aprobar por la investigación de las escrituras auténticas.*» Tal trabajo era incomparablemente más grave y difícil para D. Rodrigo que lo ha sido para los demás historiadores españoles; porque no existía cierto núcleo de historia organizada y contrastada. Todo estaba por hacerse. Sin embargo no le asustó ni le arredró lo arduo y titánico de

(1) Los metodistas (especialmente los de la escuela de Bernhein, como Jonck, P. Villada.) (*Lecciones de metodología*. ...Barcelona 1912), distinguen tres métodos, el *narrativo*, el *pragmático* y el *genético*. Los dos primeros tienden a la exposición histórica con miras preferentes a la educación del pueblo, aún subordinando la verdad histórica a esto. El tercero atiende exclusivamente a la depuración de los hechos y a la comprobación de los datos, examinando su valor, causas, fuentes y demás circunstancias, para obtener la serie verdadera de hechos reales.

la empresa, y se lanzó audazmente, impulsado también por las instancias de Fernando, a recoger los materiales, a extraerlos de Crónicas, libros y Archivos, a ordenarlos debidamente, para formar un cuerpo armónico, y a redactar la obra con la distribución y perfección, que pasma a los doctos.

Fuentes históricas, que utilizó D. Rodrigo para reunir noticias para su Historia. El mismo Arzobispo nos dice así, después de lamentar la pérdida de los libros por la irrupción de los árabes, cuáles fueron algunas de las fuentes de donde recogió las noticias, para componer su primera obra, la *Historia Gothica*: «Pues en tiempo de la devastación de los árabes, al perecer la patria, perecieron los escritos y los libros, y sólo se salvaron pocos, por el cuidado de los diligentes. Por lo cual he compuesto todo lo que he podido compilar muy trabajosamente e investigar laboriosamente, de los libros de los santos Isidoro e Ildefonso, y de Isidoro el Joven, (1) y de Idacio, Obispo de Galicia, y de Sulpicio Aquitano y de Jordán, Secretario del Sacro Palacio, y de los Concilios Toledanos, y de Claudio Tolomeo, egregio geógrafo, y de Dión, que fué veraz escritor de la historia goda, y de Pompeyo Trogo, que fué diligente relator de las historias orientales, y de otros escritos, de Códices y pinturas, que para componer la historia de España he coleccionado, desde Jafet, hijo de Noe, hasta vuestro tiempo, oh gloriosísimo rey Fernando.» Este mismo monarca le ayudó al Arzobispo a formar la colección más completa de códices y demás manuscritos, que pudo reunir, para obtener la más amplia documentación, que fuera posible. Es indudable que llegó a ser una de las más completas colecciones de Códices y documentos sueltos, la que el Arzobispo formó con su especial diligencia. Se perdió para siempre una parte de aquel tesoro bibliográfico, al desaparecer aquella excepcional biblioteca suya, reputada por una de las mejores de la edad media en la Península española. (2) Si se hubiera conservado íntegramente esa Biblioteca, que el Arzobispo regaló al monasterio de Huerta o se hubiera conservado algún inventario completo, sabríamos hoy exactamente cuáles fueron las fuentes completas de las noticias de sus diversas historias. Pero por desgracia, ni los monjes cistercienses nos legaron tal inventario, ni se libró la Biblioteca de uno de esos tremendos azotes, que a veces los años preparan para las obras más preciosas, porque un voraz incendio abrasó la mejor parte, a los cuatros siglos. No hay duda que D. Rodrigo tuvo en sus manos obras, que no han llegado a nosotros, sobre todo ciertos pergaminos y documentos raros. Los que han llegado hasta nuestros días, y son conocidos, y que en su mayor parte utilizó el docto Arzobispo, son los siguientes.

Crónicas de Mileto, de Alfonso III, de Albelda (El Albeldense) de Sampiro de Pelayo, del Silense, del Iriense, del Burgense, y la Historia Compostelana, con los Anales compostelanos. La de Mileto abarca desde principios del mundo hasta el Rey godo Sisebuto, en el siglo VI, época en que Mileto escribía. La de Alfonso III, (3) que también se llama de Sebastián, Obispo de Salamanca,

(1) Así llama D. Rodrigo el que otros llaman el *Pacense*, que continuó la Crónica de San Isidoro de Sevilla. (desde 653 hasta 798.) Saavedra con varios críticos dudó de la existencia de este Obispo cronista. Sea quien fuere, nos dejó preciosas noticias. (2) Escribe el docto Ballesteros: «Entre las notables bibliotecas particulares se menciona la de Raimundo, Arzobispo de Toledo, la de San Martín de León y la de D. Rodrigo Jiménez de Rada.» *Histor. de España*. II. p. 555. El Cardenal Lorenzana escribió: *Ad historiam igitur prophanam conscribendam ei, jussu regio, patefacti seu exhibitii fuerunt selectiores MSS. latini et arabici, necnon vulgari sermone conscripti Codices, qui si non autographi, saltem fideliter transcripti, ad manus Roderici pervenerunt, qui omnes in Biblioteca a se erecta in monasterio Hortæ, ordinis Cisterciensis, Diocesis Seguntinæ, cui testamento ea legavit, dotem simul ad ædificium reficiendum constituens, fuerunt custoditi, donec miserando fato ignis assumpsit.*» (*Vita Domini Roderici*. XXIII.) (3) El P. Zacarías G. Villada ha publicado la edición crítica de esta Crónica, en 1920, Madrid, según las reglas más exactas de esta clase de ediciones.

empieza por el Rey Wamba (672) y termina en Ordoño I de León (866). Es muy apreciada. El «*Albeldense*», (llamado también el «*Emilianense*» porque su primera parte se escribió en San Millán (o San Emiliano) de Cogulla, contiene preciosas noticias de la Monarquía navarra, desde 866 a 982 en su parte segunda, obra del celebrado monje navarro Vigila, que recogió otros muchos escritos importantísimos para la historia eclesiástica... La de Sampiro, Obispo Asturicense, conserva los hechos de 1020 a 1040. La de Pelayo, Obispo de Oviedo, manchada con patrañas, admitidas por credulidad excesiva, empieza en la primera parte del siglo XII y termina con Alfonso VI, indujo en varios errores a nuestro Arzobispo, si bien de muchos se percató. La del Monje de Silos (1) tiene vuelo de una historia. Empieza por la España goda, prosigue con la reconquista y queda interrumpida al llegar a Fernando I el Magno, sin narrar el reinado de Alfonso VI, objeto primario del cronista, que escribe todo lo anterior, a modo de preámbulo. Es una de las que más aprovechó Rodrigo. Del *Iriense*, *Burgense* e *Historia Compostelana* nada debió conocer. Explotó su Archivo de Toledo, no sólo para extraer las noticias de los concilios de Toledo, sobre los cuales con tanto calor se expresa en varios puntos de su obra, sino también para otras noticias. A veces copia bulas íntegras de los Papas. (2) Por desventura no se esmeró en recoger fuentes manuscritas de los Reinos de Navarra, Aragón, Portugal y del Condado de Cataluña, originándose de aquí lo que diremos al juzgar más en particular la obra del Prelado. Por eso, aunque son verdaderas las palabras de Ballesteros, que dice en su historia: «*En realidad el primer historiador navarro es D. Rodrigo Ximénez de Rada... Hasta el Toledano ni Navarra ni Aragón tienen historiadores.*» (3) con todo los navarros se lamentarán justamente de que su inmortal compatriota diera tan somera e imperfecta noticia de los orígenes de su Reino y de sus Reyes y de las hazañas, que en la expulsión de los árabes y en el establecimiento de las Monarquías de Castilla y Aragón realizaron. No sólo reunió para la Historia Gótica las fuentes mencionadas con la cooperación de San Fernando, sino que el primero de todos los españoles se aprovechó también de las historias árabes, más esmeradas en la cronología, pero menos imparciales que las cristianas en cuanto a la narración y apreciación de los hechos; utilizando así el árabe y las fuentes árabes no sólo para la composición de la *Historia Arabum*, sino, para la *Gothica*. (4) Por eso leemos en dos críticos modernos especializados en esta materia. (5) «Hasta el siglo XIII no encontramos autores de alguna valía. La Historia escrita en latín va a dar sus últimas gloriosas producciones, debidas al talento y erudición de D. Rodrigo Jiménez de Rada, Arzobispo de Toledo. Muy superior a su contemporáneo D. Lucas de Tuy, que carecía por completo de espíritu crítico, el Toledano descuella entre todos los historiadores medioevales por una preparación lingüística y una cultura excepcionales. En su obra «*De Rebus, Hispaniæ*» la más importante en nuestro sentir, hubo de servirse de fuentes árabes, y con escurpulosidad crítica no admite apenas la tradición juglaresca francesa, que había corrompido nuestra Historia patria. La influencia se deja sentir en la historiografía posterior, y sobre todo en la Crónica General de D. Alfonso el Sabio, traducción servil, en muchas de sus partes, de las obras del Tudense y del Toledano. Sin duda alguna el Rey tuvo colaboradores...» «El gran mérito de su obra es el haber

(1) Francisco Santos Coco ha dado la edición crítica, bajo el título «*Historia Silense*» Edición preparada por... Madrid 1921. (Junta para la ampliación de estudios e investigaciones científicas. Centro de Estudios Históricos.) (2) Lib. IV. C. 17. et alibi. (3) *Historia de España*. II. P. 711. (4) Ballesteros y Bereta. *Historia de España*. II. P. 564. (5) Antonio Ballesteros y Pío Ballesteros. «*Cuestiones Históricas. Metodología*.» P. 215. Madrid. 1913.

admitido en ella la corriente tradicional popular o juglaresca y la leyenda hagiográfica.» (1) Otro crítico más cáustico escribió: «Está demostrado que la «Crónica general de España» por D. Alfonso el Sabio, no es en su fondo más que una mera traducción de la *Historia Gothica* del Arzobispo D. Rodrigo. Ojalá que el crédito D. Alfonso el Sabio se hubiera contentado con el papel de traductor. Por quererla variar, prodigiosamente pintó delfines en las selvas y jabalíes entre las olas, dando cabida a todos los dislates de los Hércules y Geriones, inventados por maleantes italianos y pedantes bizantinos, y hasta los amores de la Reina Dido, cosas todas, que no se hallan en D. Rodrigo, más sabio y mejor crítico que él.» (2)

Por su lado los arabistas se han pasmado al encontrar en la «*Historia Arabum*» del gran Arzobispo tanta novedad, tanta fidelidad y exactitud, tanta universalidad. Dozi, harto hostil a los historiadores españoles, otorga mucha autoridad a D. Rodrigo en la *Historia de los Musulmanes*. «Si en todas las secciones, dice un escritor, de su siempre admirada obra «*De Rebus Hispaniæ*» se le tiene por extraordinaria novedad y admirable adelanto, más se patentiza y más se engrandece hasta hoy día, aún por el mismo Dozi, en la parte árabe; pues el profundo estudio y sabio conocimiento de esa lengua le permitió acudir a fuentes de aquella nacionalidad, y extractando sus historias, traer a la nuestra cuanto los árabes sabían y escribieron, compulsado por muy acertada y rigurosa crítica.» (3) Tiene el talento de apartarse de los dos extremos en su modo de historiar: De las galas profusas y ampulosas de los árabes, y de las áridas y lacónicas relaciones de los cronicones cristianos. «Por lo que hace a la *Historia de los árabes*, dice otro, los modernos arabistas han venido a comprobar la exactitud de sus narraciones, menos exactas en la *Crónica General* de D. Alfonso, donde entraron a formar parte de la historia los romances populares y novelas...» (4)

El mismo D. Rodrigo nos dice cuáles fueron las principales fuentes de información de la *Historia Arabum* en el prólogo de la misma, con estas palabras, que «*tomó las noticias con fiel relación de sus escrituras.*» Pero no especifica de qué autores y escritos se valió. Pero la multitud y exactitud de noticias que trae prueban convincentemente que consultó muchos y excelentes autores árabes. Además se aprovechó también de las fuentes cristianas lo mismo que para la *Historia Gothica* se había aprovechado de sus lecturas árabes. Tiene Jiménez de Rada la gran gloria de haber sido el primer español que utilizó los historiadores árabes para escribir la historia nacional, e igualmente de haber escrito una historia de los árabes con noticias recogidas de las fuentes cristianas, cosa que no había hecho ni un árabe español, ni de otra parte, hasta entonces. Sin embargo se percibe el dualismo paralelo de la respectiva información en la *Historia Arabum* y en la *Historia Gothica*, en ciertos puntos idénticos de la historia. Por ejemplo en el capítulo de la *Historia Gothica*, en que refiere la venida de Yusuf a España, el 30 de julio de 1086, dice, siguiendo al Obispo Pelayo, que el motivo de su venida fué su acuerdo con su suegro, el rey de Sevilla; en cambio en el cap. 48 de la *Historia Arabum* asegura que vino a ruegos de los Alfaquies y otros moros andaluces.

No diré más sobre las fuentes históricas de las obras del Arzobispo, aunque pide ello más profundo estudio, que debía estar ya hecho, por la gran importancia que tiene. Hoy la fuente principal de la historia española antigua es el mismo Rodrigo, como decía el P. Burriel. «*La base y fundamento de la Historia de España*

(1) *Historia de España*. Ballesteros. II. P. 564. (2) Vicente de la Fuente. IV. P. 308 y 309. (Ed. 2.)
(3) Cerralbo. *Discursos*... P. 77. (4) Vic. de la Fuente. *Hist. Eccl.* IV. P. 309. (Ed. 2.)

son los nueve libros del Arzobispo D. Rodrigo, que abraza lo sucedido desde la entrada de los Godos hasta el año 1243, y los veinte y cinco libros del P. Mariana, que puso en estilo elegante lo que halló en D. Rodrigo y añadió lo que faltaba.» (1) Más exacto era decir todos los escritos históricos de D. Rodrigo.

Sucinta idea de las obras estrictamente históricas de D. Rodrigo. De las seis obras arriba enumeradas cinco son estrictamente históricas, y la sexta es escriturística, si bien también en ésta, que versa sobre la Sagrada Biblia, predomina el aspecto histórico, pero mucho se diferencia de las otras. Por eso de ella debemos hablar a parte. En cambio las cinco históricas están mutuamente relacionadas, cuatro por la absoluta unidad del objeto directo, que es España, la otra, *Historia Arabum*, con menos rigor, pero es complemento de las mismas.

De Rebus Hispaniæ. Consta de nueve libros y doscientos diez y seis capítulos, y estos van rotulados con el anuncio de la materia, que desarrollan. Empieza literalmente *ab ovo* y termina en el año 1243. Pero se remonta hasta la cuna de la humanidad atinadamente con un fin científico excelente, digno de un gran sabio, es decir, con el objeto de señalar las ramas diversas de las distintas razas, que sucesivamente entraron en España, indicando las de su procedencia y las demás, que están distribuidas por la tierra, para que se vieran claros el origen, y procedencia y las conexiones étnicas de los godos con los demás pueblos del mundo. Por eso, tras una fugaz mirada a la primera pareja humana, a la creación angélica, a la catástrofe diluviana, y a la diseminación de los hijos de Noé por el orbe, señalando sus mansiones geográficas, explica con alardes de erudición la distribución de los pueblos en Europa por regiones, a la par anotando rápidamente las convulsiones guerreras recíprocamente destructoras de los mismos, sus lenguas distintas, sin olvidarse de la suya nativa, diciendo: «*similiter vascones et navarri sortiti sunt linguas proprias.*» Sostiene con Lucano que el nombre de Alemania viene del río Lemano, y opina él que Francia se denominó a *fractione patriæ et eorum ferocitate* y con lógico descenso, termina trazando la demarcación primitiva y sucesiva de España hasta los romanos, y (c. II.) exponiendo la difusión, ramificación y establecimiento de los pueblos de la Península. En los cinco capítulos siguientes resume los acontecimientos relatados por los poetas e historiadores, que han hablado de los tiempos heroicos de España, pero recalcando varias veces, con su buen criterio, que algunos de ellos son fabulosos. Acepta sin vacilar que el nombre de España dimana del fabuloso Hispano, primer rey peninsular, procedente de Grecia, impuesto por Hércules, y autor fantástico del Faro de Galicia, de la Columna de Cádiz y del Acueducto de Segovia. No se le ocurrió la idea de que el nombre de España podría tener su origen en su lengua natal, la vasca, en la que *Ezpaña* significa labio, término (España es término del continente europeo.) Del capítulo VIII al XV nos descubre los orígenes de los godos, con exagerada benevolencia hacia ellos, atribuyéndoles hazañas no auténticas, y describiendo su religión y costumbres. Se extraña de que otros omitieran lo que él cuenta del principio de ese pueblo, alegando en su favor a Abavio, a San Isidoro, a Josefo Scita y a Isidoro Geta. Les aplica la palabra de Dión de que «son más sabios que todos los demás bárbaros, en la fidelidad parecidos a los griegos.» Cita filósofos suyos, y los ensalza ajustándoles autoridades mal cosidas de Virgilio, Lucano y otros vates. (IX) Consigna el curioso fenómeno científico de los cuarenta días de noche y cuarenta de luz de la Escandinavia, a causa

(1) Carta del P. Burriel, publicada en la *Revista de Archivos*. Año 1914-Julio-Diciembre. Véanse allí más cosas interesantes.

de los solsticios de verano e invierno, y cómo por eso no hay allí abejas. Narra luego en los siguientes capítulos las guerras de los godos con los romanos, y termina el libro con la aparición de los Hunos.

En el libro segundo cuenta cómo el Obispo Ulfilas los arrianizó en la religión y les dió el alfabeto. (I) Pasan luego, empujados por los Hunos, el Danuvio, se amistan con el emperador Teodosio, «amante, añade, de la nación goda.» Entran en España, que reciben en donación, confirmada por un oráculo sagrado, y por fin, tras varias luchas, se establecen en ella, como en *patria propria*, dice con satisfacción. (IV) ¡Qué exaltado galicismo! D. Rodrigo no recibe a esos feroces invasores, que todo lo raen a sangre y fuego, como a los demás bárbaros, sino como a condueños providenciales de España y como semilla de su futura nacionalidad y grandezas patrias. Narra a continuación las guerras, la destrucción de los Hunos en los campos Cataláunicos, y otras vicisitudes. Consigna cómo Eurico les dió el Código, su primera ley escrita, (X) y Téudis autorizó la celebración de concilios, (XI) y cuenta los Reinados godos hasta Leovigildo, al que loa como conquistador y vitupera por su conducta anticatólica con su hijo San Hermenegildo. (XIV) Se inflama después relatando los hechos grandes de Recaredo y Suintila, lo mismo que los de los gloriosos Prelados, Eladio, Isidoro, Leandro, Braulio, Eugenio y otros más. Pero consigna en cada Reinado la tenaz lucha y resistencia de los indómitos vascones, es decir, navarros.

En el libro tercero, hasta el capítulo XII, glorifica a Wamba, y presenta en el capítulo XV a Pelayo, futuro héroe de Asturias, en el destierro. Apunta la corrupción de Vitiza, (XVI) y describe la catástrofe del imperio godo y la invasión árabe. (VXII, XVIII.) Refiere en el libro cuarto el levantamiento de Asturias y Navarra, su organización monárquica en medio de sangrienta y jamás interrumpida lucha, hasta la batalla de Val de Junquera, en Navarra, donde los moros derrotan a Ordoño de León y García de Navarra. En el libro quinto se narran los sucesos desde esa fecha hasta la repartición de su vasto imperio por Sancho el Mayor de Navarra, erigiendo en Reinos a Castilla y Aragón, y colocando sus hijos en sus solios. El sexto llega hasta la muerte de Alfonso VI, el conquistador de Toledo, nieto de Sancho el Mayor. El séptimo hasta 1211, momento de los preparativos de la cruzada de las Navas. El octavo contiene esta magna empresa, narrada magistralmente en los doce primeros capítulos, y termina con la muerte de Alfonso VIII. En el último libro se exponen los sucesos hasta la fecha indicada de 1243.

Historia Hunnorum..... Este libro contiene la historia de los cinco pueblos bárbaros tan famosos, en diez y seis capítulos muy copiosos en noticias, y relata los sucesos de cada uno desde su origen hasta su extinción, enumerando sus Reyes, sus guerras, sus viajes y hasta ciertas anécdotas célebres e interesantes. Como habló mucho de los *Hunos* en la *De Rebus*, aquí les dedica dos capítulos. Seis a los *Vándalos*, cuyos estragos en España pinta gráficamente. A los *Alanos*, cuatro. Los trata de indolentes y sin magnanimidad. A los *Suevos* otros cuatro muy extensos, y hace el elogio del gran San Martín el Dumiense. Sólo uno a los *Silingos*, porque tampoco se distinguieron.

Historia Ostrogothorum. Consta este libro de seis largos y sustanciosos capítulos, en que resume los célebres hechos de Teodorico, Gutis, Odoacro y Totila, cuya visita a San Benito refiere con unción.

Historia Romanorum. Es una suma bien hecha de la historia de los romanos hasta la batalla de Munda en España, entre Escipión y César. Habla, no sólo de sus más granados personajes y proezas, sino también de sus grandes instituciones, como el consulado y otras, que los hicieron famosos. Termina el libro diciendo

compasivamente de España: «*quedó llorosa y conculcada por los pies de todos los extranjeros y destrozada por la tiranía de diversos gobernadores.*» D. Rodrigo abominó la dominación romana, pero amó con delirio su cultura.

Historia Arabum.—Obra inmortal de D. Rodrigo, extraordinariamente admirada y ensalzada por los más eminentes arabistas, no tan voluminosa como la *Historia Gothica*, aunque extensa, no tan amada de su autor como ésta, ni tan importante para los españoles, pero tanto o más significativa que ninguna otra obra suya de sus grandes iniciativas y especiales conocimientos. Consta de un solo libro, dividido en cuarenta y nueve capítulos largos y muy nutridos. Traduzco del prólogo el pasaje en que explica su plan y el origen de sus noticias. «En los libros anteriores, dice, declararé, como pude, todas las desgracias de males que ha sufrido España hasta nuestros tiempos. He resuelto ahora terminar con los males de los árabes, que no han dejado nada por tentar; y ojalá que sean los últimos; si es que el poder divino quiere librar de la destrucción de la espada a la que se ve siempre destrozada por ella, *hace más de quinientos treinta y dos años*, sin que haya podido librar a sus hijos del destrozo..... Quiriendo conservar sus hechos y tiempos para la posteridad, he comenzado su relación desde Mahoma... Muy brevemente he hablado de su origen, predicación y Reinado, tomando las noticias con fiel relación de sus escrituras, para exponer la malicia y la crueldad de aquella nación.»

En los seis primeros capítulos está la exposición de la vida del pseudoprofeta, hecha con tal arte, que a la vez que narración es una refutación clara e ingeniosa de las supercherías y trapacerías del fermentido innovador. Preciosamente extracta del Corán y relaciona los puntos notables de su doctrina, copiando literalmente algunos párrafos, para ser más eficaz en la refutación de aquellas doctrinas, que llama justamente «ridículas en parte, y en parte nefandas»; (V) pero en su época y en su pueblo, tan saturado de mahometanismo, hacían funesta impresión en las conciencias relajadas, que allí encontraban medios de satisfacer sus pasiones sensuales, y armas para defenderse con apariencias de razón. Por eso es enérgico en ponderar la estulticia del pueblo, que creía, que Mahoma hablaba con el Ángel, y en reprobar con indignación sus artimañas de engaño, contenidas en el Corán, «*en el cual, dice, predicó tantas ignominiosas Zoras, que da rubor el contarlas, cuanto más el seguirlas. Sin embargo los infelices pueblos, embriagados por el virus diabólico y engolosinados por la sensualidad, las aceptaron, y todavía permanecen obstinados en su perfidia y no cesan de infestar la ley de vida y disciplina, cristiana.*» Previa esta confutación necesaria del mahometismo en aquellos días, y diciendo que Mahoma «*fué sepultado en el infierno, en el año séptimo de Suintila*» entra en la relación de la pasmosa propagación del islamismo a punta de lanza, y al soplo de esforzados y fanáticos guerreros, a los que no regatea el Arzobispo alabanzas debidas por su valor, pericia y suerte. Es corto en la primera parte, largo en los sucesos de los árabes de España, y reúne innumerables noticias, amenizadas con pormenores interesantes, que suponen un estudio y una lectura grandes y muy variados. Se distingue esta obra de la *Historia Gótica* por la mayor severidad crítica, por la exclusión más rigurosa de las relaciones populares, por la densidad de noticias, por la agilidad de la narración y por la mayor claridad y precisión con que coordina los sucesos tan variados de aquel pueblo inmenso, siempre dilacerado por intestinas disensiones de sus ambiciosos.

Plan vasto y genial de la producción histórica de Jiménez de Rada.—La síntesis y brevísima suma de las cinco obras demuestran la concepción vasta y genial de la producción de D. Rodrigo. El plan del Arzobispo es escribir toda la historia

de España, y posee la genial originalidad, hasta él por nadie tenida, de mirar y tomar como partes componentes de la historia total de España la historia de cada pueblo, que de una u otra manera actúa en la Península ibérica, y por eso, después de componer la *Historia Gothica*, que para él es el eje de la historia española, escribe, como sus partes integrantes y complementarias, la de los romanos, vándalos, silingos, alanos, suevos, ostrogodos y árabes. Para él la reunión de todas esas historias particulares constituye la totalidad de la historia de España. Idea que no alumbraron ni San Isidoro, que sólo compuso la suma de los bárbaros invasores de España, y con cierta extensión mayor la de los godos, y mucho menos el Silense y otros, excepto D. Lucas de Tuy. Y brilla más eso en el hecho de que don Rodrigo mira como una sola historia española las acciones de todos los Reinos de la reconquista, desde Asturias a Cataluña. Según él todos los Reinos luchan y prosperan por la causa común, que es España; pero con la particularidad, que él ha impreso al modo de concebir y redactar la historia española, es decir, haciéndola gravitar hacia Castilla, como al eje y centro, como lo observa el eximio crítico Menéndez Pidal de esta manera: «Anteriormente sólo se escribía la crónica de los Monarcas de uno o varios Reinos peninsulares; pero la vista comprensiva de todos los Reinos en conjunto de lo que es España, sólo se obtiene en tiempos de San Fernando, en las obras capitales del leonés Lucas de Tuy, y del navarro Rodrigo de Toledo, de espíritu éste más decididamente nacional, como inspirado en la *Dinastía castellana, también de origen navarro.*» (1) Sabido es que, si bien el Tudense tuvo la vista comprensiva del conjunto de la historia de España, no llegó a escribir nada de los árabes, y de los otros pueblos sólo hace alusiones, y de los godos y de los Reinos cristianos de la reconquista trae mucho menos noticias que D. Rodrigo. Por eso no es posible establecer comparación entre los dos historiadores. De aquí viene también lo que dice el citado crítico respecto del autor de la *Crónica General*, que su guía y Maestro en lo que mira a la edad media es el Toledano. «Las fuentes de historia medievoal, dice, que más constantemente maneja la *Crónica* son dos bien conocidas; el Toledano y el Tudense. Siempre el Toledano seguido con más respeto, creído ciegamente y preferido su testimonio al del Tudense, tantas veces más fiel, sobre todo en la cronología. Al Toledano se sacrifica también la veracidad de la *Historia Roderici Campidocti...*» (2)

Y por cuanto ha salido la *Crónica General*, hay que decir algo sobre la influencia de la producción histórica de Rodrigo en esa Crónica. Esta heredó de D. Rodrigo la vasta idea de formar una historia única española en derredor de Castilla, tal como se ve en la historia *De Rebus*; y heredó igualmente la idea de completar esa obra añadiendo las de los otros pueblos, de los cuales escribió el Arzobispo; pero en libros separados. En cambio la *Crónica* refunde en un solo cuerpo histórico todas esas obras separadas. Pero no se tome la refundición como una completa fusión y recomposición, sino como traslación de los capítulos tal como están, con leves variantes. Mas el hecho de que así ha reunido en un solo cuerpo todas esas obras, traduciéndolas, y ha añadido otras noticias de otros autores, ha hecho escribir la siguiente afirmación que no es justa, a Menéndez Pidal. «Se ve en ella un intento verdadero de construcción histórica..... de plan mucho más amplio que en ninguna obra anterior.» (3)

Porque este intento de mayor amplitud se puede entender sólo como compilación, pero de ninguna manera como investigación y composición propia y ori-

(1) *Estudios Históricos*. P. 247 y 248. (2) *Estudios Históricos*. Al fin del discurso. (3) *Estudios Históricos*. P. 232 y 233.

ginal, que casi no tiene ninguna, como lo demuestran los datos siguientes, que admite el citado crítico. Todo lo que trae la *Crónica* es recogido o espigado de varias obras, nada extraído directamente de los Archivos. De la época romana consulta los mismos autores que D. Rodrigo, pero los copia muy excesivamente. De los godos no hace más que copiar a D. Rodrigo y al Tudense, y literalmente inserta los otros libros del Arzobispo referentes a los demás bárbaros. De los árabes traduce la obra magistral *Historia Arábum* del mismo y se acabó, si se exceptúan las notas cronológicas de la *Historia Árabe Valeriana*. En cuanto a la reconquista sigue copiando especialmente al Toledano y bastante al Tudense. Si se aparta, y vaga en rebusca de otras noticias, se sumerge hasta el absurdo en copiar leyendas, cuentos y poemas épicos, que con la mayor candidez da por hechos verdaderos. Pero hay un hecho convincente de la carencia de aspiración del autor de la *Crónica General* a construir una historia nacional española, y es el siguiente. Con respecto a los Reinos de España, fuera de Castilla y León, no hace más que registrar lo que encuentra en D. Rodrigo y en el Tudense. Cuando éstos callan, calla él también. No busca nada, como si nada le interesaran las noticias de Aragón y Navarra; de forma que si consigna algo es porque lo encuentra en esos autores. Todo esto es inconcebible para quien tiene verdadero intento de construir un cuerpo único de la historia de España. De Castilla y León recoge cuanto encuentra. En consecuencia sólo a D. Rodrigo se le puede conceder la gloria de haber ideado y realizado el vasto pensamiento de una amplia historia de España, con perfecta estructura propia, íntima, bien trabada y dirigida, un edificio histórico compacto y armónico, bien ideado según la sucesión de los tiempos. La *Crónica* no compone propiamente los relatos históricos, sino que los coge, los traduce y los traslada a su plan cronológico, como coleccionando y almacenando la historia ya compuesta y ordenada por otros autores. De aquí que todas las diversas obras de D. Rodrigo están allí capítulo por capítulo, vertidas literalmente, sin mudanza de redacción, Enseñaron por eso críticos eminentes, como Amador de los Ríos y Menéndez y Pelayo, que esa *Crónica*, en su mejor y mayor parte, es mera traducción de las obras de nuestro historiador, y esto lo puede comprobar cuando quiera el que entienda latín y castellano. Lo notamos al referir la campaña de las Navas de Tolosa hasta tal punto, que vimos, que A. Huici cita a D. Rodrigo por la versión de esa *Crónica*. Pero en el conocimiento de las obras latinas hay tan enorme ignorancia aún entre los críticos, que pretenden pasar por maestros del saber, que desconocen todo eso, y en su petulante ignorancia hacen padre de los maravillosos trozos históricos sobre España al autor de esa *Crónica*. Señalo entre mil casos el de tan famoso J. Juderías, que en su *Leyenda Negra*, (1) asegura que la primera soberbia descripción de España se halla en esa *Crónica*. Precisamente ese pasaje hermoso es, como tantos otros, traducción literal del de D. Rodrigo.

Notables cualidades de la producción histórica de D. Rodrigo.—La más eximia de todas, la que le hace superior a todas las de la época, es su genial originalidad, particularmente en concebir y escribir una Historia de los árabes. Ahí brilla un ideal exclusivamente cultural, que le eleva sobre su tiempo. No aparece entonces entre los cristianos y árabes un escritor, que estudie y componga la historia de un pueblo extraño y enemigo, con el objeto de instruir en ella al suyo. ¿Qué nos hubieran dicho los arabistas actuales si hubieran tenido un historiador árabe

(1) «Es una de las primeras, dice, sino la primera la contenida en la *Crónica* de Alfonso X.» Libro I. N. II. Cuarta ed.)

que hubiera aprendido la lengua castellana, estudiado sus historias y compuesto una especial, con el objeto de darla a conocer a su pueblo? ¿Y más si llegara a ser tan excelente como lo es la compuesta por Jiménez de Rada, según testimonio de los mismos arabistas? Aun se le tachan menos faltas que en la *Historia Gothica*, y la mayoría de las que se han notado proceden de erratas, y de copias mal hechas. Como el caso de Ostmán, que, según lección de Sandoval y Flórez, fué dos veces gobernador de España, y según leyó Berganza, una sola vez. Lembke demostró que según los textos y la historia fué una vez solamente. (1) Una de las cosas que más ha sorprendido en esa obra es la rara conformidad de las noticias con las fuentes árabes, y la gran multitud de las mismas, que inserta en ella.

Denuncia la misma originalidad y especial diligencia el rasgo de explicar la distribución del género humano según las lenguas y la geografía, y con tal acierto, que nada hay que corregir en él. Lo mismo la exactitud con que designó como patria de los visigodos la Escandinavia, contra la opinión universal de entonces y de muchos siglos posteriores, hasta el descubrimiento de Jornáñez. El nos da a la par la Historia eclesiástica de España con muchos pormenores, y la noticia de los varones eminentes de la Iglesia española. Es el único que trae noticias del origen de la Dinastía de Navarra, con datos, que no se hallan en otra parte. Pero dejando las prendas de diligencia y acierto, que resplandecen en innumerables puntos particulares, voy a notar una cualidad extraordinaria suya de conjunto, que ha influido como ninguna en el espíritu español, y que él lo ha transmitido por medio de su historia. Es su españolismo.

Su españolismo es intenso, fervoroso y perenne. Empieza por ensalzar las cualidades físicas de España, que son en su concepto, sin rival en la tierra, como en muchos pasajes lo expresa con admirable estilo. Entre otras mil cosas dice de ella: «Dios ha enriquecido a España con la abundancia de todas las cosas buenas entre las demás partes del mundo.» (2) *«España es como un paraíso del Señor: que sobresale por su fertilidad especial entre las provincias del mundo. Es fecunda por los frutos, sabrosa por los frutas, deliciosa por los peces, grata por sus leches, estrepitosa por la caza, codiciada para ganados y rebaños, orgullosa por los caballos, descansada por las mulas, privilegiada por sus fortalezas, productora del vino, descuidada por el pan, rica en metales, abundante en aceite, alegre por el azafrán, excelentísima por el ingenio, audaz en la guerra, rápida en la acción, leal al mando, fácil para la cultura, poderosa en la elocuencia, fecunda en todas las iniciativas, superior a todos por sus fortificaciones, pocas tierras la igualan en la grandeza, preciosa por su fidelidad, singular en el arrojo.»* (3) Así se expresa en cien partes de sus escritos, sin decaer jamás su entusiasmo, loando sin cesar las prendas de España y del pueblo español. Es celoso defensor de sus glorias, indignándose noblemente contra los que intentan arrebatárselas con fábulas. Nigún español ha escrito capítulo tan expresivo y concluyente como el que D. Rodrigo escribe, para rechazar las fabulosas proezas de Carlomagno en conquistar ciudades españolas a los moros. (4) Hazañas, que los poetas franceses le atribuyeron absurdamente, como nuestro historiador con elocuencia y erudición patentiza, señalando exactamente la época y los héroes españoles de diversos Reinos, que rescataron de los moros las comarcas y ciudades predichas.

(1) Según habrá notado el lector arriba, el prólogo lo escribía Rodrigo después del año 1243. Pues dice que escribe *más de 532 después de la invasión*. Esta ocurrió en 711. Basta sumar las dos cifras para verlo. (2) Lib. III. C. 21. (3) Lib. Id. id. Nótese la gran propiedad de esa descripción.

(4) Lib. IV. C. 10 y 11.

Su extremado amor a Alfonso VI es inferior a su amor a lo netamente español e indígena; y por eso afea, cuanto puede, su gestión por la implantación del oficio gálico en España, escribiendo una de las páginas más hermosas en pro del oficio nacional, diciendo que fué abolido tiránicamente entre lágrimas y dolor de todos (*cunctis flentibus et dolentibus*), y recoge el acerbo proverbio, que entonces pronunció el pueblo, para censurar el despotismo Real de Alfonso VI: «Allá van leyes do quieren Reyes.» (*Quo volunt Reges vadunt leges.*)

Nadie tan fiel y tierno lamentador de las calamidades de España en las innumerables desgracias de invasiones y guerras cruentísimas, que la han martirizado. Tan hondos son sus acentos, tan exactas sus frases descriptivas, tan pías sus lágrimas, que sus párrafos han servido a los más grandes historiadores y eminentes patriotas para expresar lo que en su pecho sentían, y para hacer vibrar las fibras de los amantes de su patria con ritmos de hondo sentir y amar. Los ejemplos se hallan en cada obra y en cada libro del Arzobispo. Así inyecta Rodrigo su españolismo; así forma las almas patriotas; así es él el apostol más grande y más eficaz del españolismo. Por eso todos los historiadores españoles son discípulos suyos, y trasladaron a sus obras más servilmente de lo que creían sentimientos y conceptos por él transmitidos en frases hechas, y leídos en sus libros.

Pero ¿cuál es el sentido de su españolismo? Está completamente claro en sus escritos. Para él España es el continente ibérico, separado del resto de Europa por el muro pirenaico, y aislado del resto del orbe por los mares, que lo circunvalan. Distingue en ella diversos pueblos de varia índole y constitución; unos totalmente indígenas, y otro perfectamente indigenizado, con absoluto derecho de vivir en ella por sus especiales méritos en la organización de una nacionalidad común española en siglos anteriores. Los primeros son los que se hallan distribuidos en las diversas regiones de la Península, caracterizados con ciertas notas raciales primitivas, que no se fundieron jamás, si bien recibieron un baño general, más o menos profundo, bajo el imperio romano. El segundo es el pueblo invasor godo, que arrojó la tiranía romana, y que constituyó un Estado español, aunando más o menos perfectamente, con la fuerza los diversos pueblos peninsulares, e infundiendo en todos la semilla de la unidad imperial española, bajo las santas inspiraciones del catolicismo, única y exclusiva religión de los españoles por dádiva especial de la divina Providencia, desde que el pueblo godo, obedeciendo a la voz de Dios, abrazó esa religión, que ya era propia de los indígenas, al derramarse los godos en la Península. Según D. Rodrigo esos pueblos forman el pueblo español. Esos tienen el derecho de habitar dentro de los límites descritos. Los demás son extranjeros e injustos dominadores de España. Por eso todos deben sentir la común aspiración de sacudir el yugo de esos extranjeros; deben unirse estrechamente con ese fin; deben hacer todos cuantos sacrificios puedan, deponiendo ambiciones e intereses exclusivamente propios en aras de la independencia general, hasta desterrar de España el dominio musulmán, para que en todo el territorio peninsular se organice el dominio cristiano católico en toda su plenitud. Según él, este es el ideal supremo y primordial de toda la lucha y de toda la vida nacional de España. He aquí la esencia del españolismo de D. Rodrigo. En ese sentido grita más potente y ardorosamente que nadie ¡Arriba España! ¡Viva España! Dentro de ese programa y de esos principios reconoce y proclama la legitimidad de los diversos Reinos peninsulares perfectamente constituidos, del todo independientes, con derechos inviolables, que nadie debe atentar; ni se le ocurre abogar por la desaparición de ninguno, ni otorga a ninguno derechos imperialistas, ni facultades legítimas de ningún género para privar de su ser al vecino Reino, a título de

una unidad igualitaria. Concede a Castilla omnímodo derecho de su personal independencia lo mismo que a los otros Reinos peninsulares.

Además ¡qué grande y ardiente corazón revela cuando se entusiasma ante las grandes heroicidades, ante los varones eminentes por su valor, talento, hazañas, lealtad, amor patrio, ciencia, virtud, santidad, abnegación, sacrificios! Porque se inflama su pluma y ensalza tales grandezas con frases encendidas y llenas de unión; y narra los hechos nobles con tono y acento que avasallan el alma. Sus narraciones, tan nutridas, tan sentenciosas, tan cuajadas de preciosos sentimientos, patentizan que era su pecho urna santa y viviente, en que estaba todo lo noble, todo lo elevado, todo lo cristiano, y todo lo que debe ennoblecer y sublimar al pueblo de Cristo, y especialmente al pueblo español, al cual propone con fuego de singular vehemencia todo lo que escribe para su instrucción y formación. Y es de notar; D. Rodrigo siempre es benévolo, y su pluma no hiere ni destila personales resquemores, aunque se presenten ocasiones, como en la conquista de Valencia. A pesar que de que le habían quitado aquella Sede los conquistadores, no pronuncia una palabra, que indique el escozor de la pérdida. Con todos los Reinos españoles es entusiasta, más con Castilla, por gratitud a sus Reyes. Cuando es menester, execra dignamente los vicios y los viciosos, como ocurre con Witiza y con la Reina Urraca de Castilla; pero siempre sin hiel.

De su instrumento de expresión, el estilo, mucho había que hablar, pero diremos pocas palabras. Es cosa sabida que ningún escritor latino de su tiempo escribe en un latín tan elegante, tan puro, tan fluído y tan castizo como D. Rodrigo. En cuanto a las prendas literarias las revela extraordinarias, tanto en el modo de concebir, trabar y trazar la composición de cada pieza literaria, como en la belleza y variedad de los adornos de imaginación, corazón y elocuencia con que la ameniza y engalana. De vivir en época de una cultura literaria más perfecta y de buen gusto, Jiménez de Rada hubiera rayado entre los más insignes literatos, porque habría atendido más a la perfección de la forma. Su brillante y fogosa imaginación, su gran corazón y talento, su singular afición literaria, sus variados y hondos conocimientos le hacían apto para encumbrarse a una esfera especial. Se leen en sus libros innumerables pasajes preciosos por mil conceptos. Sólo leyéndole se le apreciará. Pero tiene sus imperfecciones y desaciertos en el lenguaje. Tiene la excelente cualidad de no atribuir arengas a sus héroes y de librarse así de la pueril manía de los clásicos, mejor que el P. Mariana.

Censuras y defectos de las obras de D. Rodrigo.—Como nuestro escritor es el Padre de la Historia de España, el principal historiador español de la edad media, sus obras han estado constantemente expuestas al examen y a la censura, lo mismo que han sido el arsenal de historia para españoles y extranjeros. Además ninguna producción científica como la historia tan expuesta a la corrección, a la revisión y a la censura, ya por los descubrimientos incansables de nuevos documentos y datos, ya por el criterio personal distinto de los hombres sobre las infinitas cuestiones y sucesos, que en su ámbito caen. Esto basta para pensar cuán juzgado habrá sido nuestro Arzobispo, tanto por sus opiniones, como por las equivocaciones y defectos, que tiene que tener necesariamente su obra. Siempre así ha sucedido con las más famosas y perfectas obras humanas: mucho más no pudiendo ser perfecta la primera obra sobre la historia general de España. Ahora dedicaremos unos momentos a esta materia para descubrir y determinar mejor los méritos de D. Rodrigo, e ilustrar algunos puntos de la historia.

Empiécese por leer las observaciones siguientes del P. Risco, para orientarse con acierto. Dice: «Yo tengo por indubitado que nuestros escritores antiguos, aun

los que florecieron en los siglos XII y XIII, disfrutaron obras, que ya no tenemos. Podría citar mucho en comprobación de mi juicio; pero concretándome con poner un ejemplo relativo a la ciudad en que escribo, el Arzobispo D. Rodrigo dice de ella: *In aliquibus libris antiquis Ovetum dicitur civitas Episcoporum.*» (1) Quisiera yo me dijese los curiosos qué libros son esos, o dónde se hallan. Por lo tanto soy de sentir que en medio de no merecer crédito los escritores de los expresados siglos, cuando lo que refieren es contrario a los cronicones más antiguos, se debe respetar su autoridad, cuando nos comunican noticias, que no hallamos en otros anteriores a su tiempo.» (2) José Ortiz escribe: «El Arzobispo D. Rodrigo dice: *Ab aliquibus frater Oppa Witicæ, ab aliquibus dicitur Comitiss Juliani. Sed verius fuit filius Egicæ et frater Witicæ.*» De los autores, que nos quedan, ninguno hay que haga a D. Opas hermano de Julián. De lo cual se deduce, que D. Rodrigo vió escritores, que no existen; que su autoridad en cosas aún de cinco o seis siglos es muy respetable, por más que nuestros escritores rígidos se la nieguen.» (3) Observa el tan escéptico Masdeu: «Acerca del origen de este pueblo (el godo) septentrional, dice el Arzobispo Juan Magno, escritor de la misma nación, que entre tanta diversidad de opiniones, los que han hablado con más exactitud y noticia son los autores españoles; pues desde el siglo XIII D. Rodrigo Jiménez les dió con el mayor acierto, por primera patria a Escandia o Escandinavia, donde están ahora los Reinos de Suecia, Noruega, y Dinamarca. El célebre Eneas Silvio, después de doscientos años, a instancias del Emo. Juan Carvajal y de otros varios españoles, de quienes era muy amigo, hizo muchas diligencias para averiguar el origen de los godos, y habiendo hallado finalmente en un monasterio de Alemania la historia manuscrita de Jornández, autor del siglo VI, (a quien Cantú sigue) conoció cuán acertados habían sido en este punto el insigne Arzobispo de Toledo y los demás autores, que le siguieron.» (4) El Pacense escribió del jefe godo Froya, que repelió la irrupción de los vascones con gran daño de su ejército (*non cum modico exercitus damno.*) Al revés D. Rodrigo, que lo hizo sin daño: (*Incurtionem vasconum non cum modico exercitu reputat sine damno.*) Siendo el Pacense de cinco siglos antes, se decidía la crítica por él, pero encontró el P. Risco un escrito del Obispo Tajón de Zaragoza, autor célebre y coetáneo del hecho, que tras larga relación, agradece a Dios la victoria, como favor del mismo. Favor por el pequeño daño padecido.

Por esta causa el Cardenal Aguirre, teólogo y canonista, prefería la autoridad D. Rodrigo a la de Mariana en el conflicto de ambas, creyendo que para lo antiguo se le debe dar mayor crédito. (5) Y hay razón para ello, teniendo en cuenta que el mismo Mariana se fió de D. Rodrigo, y en muchos pasages no hace más que traducirle, como observa Vicente de la Fuente, al hablar del capítulo tercero del libro décimo y otros, con estas palabras. «Las noticias están tomadas del libro sexto de *Rebus Hispaniæ* del Arzobispo D. Rodrigo. Este y otros capítulos de Mariana, relativos a esta época son meras traducciones de dicha obra de D. Rodrigo. En vez de extraer o traducir a D. Rodrigo, creo preferible insertar las traducciones de Mariana.» (6) Fluye de esto, 1.º que cuando D. Rodrigo nos da una noticia, que no vemos en otros autores, no por eso debemos rechazarla, sino dudar, o estar por él, ya que pudo tomarla de algún autor desaparecido. 2.º Si la suya contradice a la de otro autor, seamos prudentes, suspendamos el dictamen, quizás será errata la del contrario. Así aconseja el sabio Pagi, (7) al hablar de

(1) Lib. IV. C. 18. (2) Iglesia de Oviedo. T. III. (3) Compendio Cronológico. T. II.

(4) *Hist. Crit.*.... Tom. X. N. 4. (5) *Summa Conciliorum.* t. V. p. 6. n. 18. (6) *Hist. Eccl.* II. p. 236.

(7) *Annal. Ann. Christi.* 711. n. 8-13.

Rodrigo. 3.º También miremos con reflexión lo que recoge de las tradiciones y cantos juglares, ya que fué Rodrigo en esto sobrio y receloso. Argumento es que descansa sobre algo serio, hoy perdido u oculto, que movía al Arzobispo a recoger tales noticias, quizás para que lo que no discernía él, lo purgaran y aclararan otros investigadores, y extrageran así las pepitas dispersas de la verdad. Por esto un crítico juzga así a D. Rodrigo: «No se ha de juzgar, no, al escritor del siglo XIII por los adelantos del XIX. Al contrario, para juzgar bien de una cosa es preciso ponerla en su verdadero punto de vista, y retroceder a los tiempos de su ejecución. ¿Hubiéramos hecho nosotros, hubieran hecho los modernos escritores lo que hizo entonces D. Rodrigo, en medio de las ocupaciones de su vida activa...? Ciertamente que los escritos históricos de D. Rodrigo, considerándolos como el plan de una historia universal para uso de los españoles, dejan mucho que desear, pero si se atiende al estado general de las ciencias y de los estudios en toda Europa, a los escasos centros de saber, a la carencia de libros, cuanto más de bibliotecas y archivos, se verá que los trabajos de D. Rodrigo fueron, no una obra importante, sino una empresa atrevida.» (1) Vicente de la Fuente, olvidándose de eso, dice en otra parte de Rodrigo, que fué fácil en recoger hablillas. Y porque se le escapó algún error, sobre todo acerca de las de Aragón, patria del crítico, le trata con dureza harto corriente en él, si los autores no son aragoneses, y le acusa de negligencia al concluir así, «cosas que no podía ignorar el Arzobispo D. Rodrigo, que a fuer de navarro, debía, conocer la topografía y la historia de aquellas ciudades.» (España Sagrada. tom. 30. (2)

Previas estas observaciones, toquemos ciertas acusaciones. Se le tacha de parcial con respecto de Santiago de Compostela. Los Bolandos, reflejando la opinión de muchos españoles, escribían: «Confieso que Rodrigo, encendido por el afecto de un partido, calló intencionadamente, o escribió con cautela sobre las cosas, que miraban a la gloria de la Iglesia Compostelana, como se deduce del texto siguiente, en que se esfuerza en debilitar la tradición común con la palabra *credebatur, se creía*.» (3) Se refiere a la presencia de las reliquias de Santiago de Compostela. Escribe el Arzobispo: «Como (Almanzor) llegara a las costas marítimas, devastó también la ciudad e iglesia de Santiago, pero aterrado por un rayo, se abstuvo de tocar aquel lugar, en que se creía, que está el cuerpo del Apostol.» Creo que esto es extremar las cosas, tanto por parte de los que pretenden deducir que D. Rodrigo no creía que allí estuviera el cuerpo de Santiago, como de los que se ofenden, porque intentó con esa expresión debilitar una tradición sólida. A mi ver leal en ese texto no hay intención particular. En el caso el *credebatur* expresa que si bien no estaban expuestas las reliquias del Apostol, sabíase que allí estaban sepultadas, como todos lo creían. De verdad que en ninguna parte de la historia gótica el Arzobispo muestra nada que signifique que intenta rebajar las glorias compostelanas. Mejor que esa ocasión hubiera aprovechado la del famoso voto de Santiago, que tanta importancia daba a dicha Iglesia, y que por otra parte lo habían pasado en silencio Sebastián, Sampiro, Pelayo y otros. D. Rodrigo dice de él, al hablar de la expedición del rey Ramiro a la Rioja. «Entonces también pagaron los votos y las ofrendas a Santiago, y en algunos lugares todavía los pagan, no por tristeza o por necesidad, sino por voluntaria devoción.» (4) Prueba de esa

(1) *Historia Ecl.* tom. II. párraf. CLXXXIV. (2) Habla de Tarazona, Zaragoza y otras.

(3) Tomo XXXI. Die 25. n. 50. Tomo sexto del mismo. El texto latino del Arzobispo es así: «Cumque (Almanzor) ad maritima pervenisset, etiam civitatem et ecclesiam Beati Jacobi devastavit, sed fulgori territus ab eo loco, ubi esse corpus Apostoli credebatur, abstinit.» (4) Lib. IV. c. 13.

parcialidad, dicen, que es su silencio acerca de la predicación de Santiago en España. Pero el caso es que con este argumento iríamos muy lejos. ¿Cuántas cosas no calla? No era esa la materia de su historia, sino la profana, y si bien tiene muchas noticias de la eclesiástica, las da cuando caen en el marco de la narración de las cosas civiles por connexión natural, nunca con el intento de tejer la historia eclesiástica. El plan de la obra «*De Rebus*» le alejaba del punto de los comienzos de la vida cristiana en España, (1) porque, después de exponer breves noticias sobre los aborígenes de la raza indígena de la Península, salta a los godos y con ellos entra su narración en España, y no tiene ninguna mirada retrospectiva sobre los sucesos anteriores desde Viriato hasta ese momento de la invasión goda. Por lo que esta acusación es completamente arbitraria.

Muy seria es la que se le hace acerca del voto de Santiago, que hemos tocado de paso. Es el primero que de él habla. Claro está que nadie le acusa de inventor, sino de víctima demasiado crédulo de los impostores, cuya cuna suponen ser Santiago de Compostela. Según los enemigos de ese voto, D. Rodrigo se dejó engañar cándidamente por los documentos falsificados en Compostela para que se generalizara el voto nacional, con lucro de aquella Iglesia. Debíó haberlos rechazado resueltamente. Desde luego no voy a entrar en el examen de una cuestión, acerca de la cual tantos miles de páginas se han escrito, y tantas pasiones se han excitado. Ni tampoco voy a dictaminar nada sobre su fondo, pues los varones sabios se han dividido en dos bandos, y no la han dilucidado definitivamente. Yo expondré lo que se ha de pensar de D. Rodrigo, y señalaré lo que no es lícito atribuirle. En primer término el Arzobispo no dice más que lo transcrito acerca de ese voto (2) Poco antes refiere, pero como tradición popular, repitiendo dos veces, *fertur, se dice*, que en la batalla apareció Santiago, sobre un blanco caballo, enarbolando en la mano un estandarte, y que entonces prevaleció la invocación, «*Santiago, ayúdanos.*» Mas nótese que D. Rodrigo no dice palabra sobre ningún documento, y sólo sí, que cumplieron sus votos los que los habían hecho, sin añadir nada sobre el origen del voto, ni de quienes eran tales votos. Consigna el hecho del cumplimiento, como también el hecho real, que en sus días perduraba, de que había pueblos que todavía lo cumplían, pero dice que lo hacen «*devotione voluntaria.*» Resulta de esto que no hay razón para presentarle como seducido por documentos falsos, ni como defensor del voto nacional. Lo único que hace es consignar antes que ningún otro cronista, que con ocasión de los éxitos de Ramiro muchos fieles cumplieron los votos hechos a Santiago, y que todavía hay cristianos que los cumplen voluntariamente. Pero ni una palabra sobre ningún documento, ni voto colectivo nacional. Por lo demás sabido es que cuando escribió D. Rodrigo estaba muy generalizado el uso de los votos a Santiago. El año 1212 Inocencio III, a excitación del Arzobispo de Compostela, que se le quejó que a penas los fieles cumplían los votos de Santiago, (*vota Beati Jacobi*) dirigió a los Obispos de Salamanca y Zamora un breve, en que les expuso la norma que debían seguir para obligar a los fieles a cumplir sus votos de Santiago. He aquí la norma benignísima, que les da, según consta en el *Corpus Juris* (3) «No se les ha de obligar a pagar más, cuando dudan entre más y menos.»

Según unos la parcialidad de D. Rodrigo provino en varias cosas por lisonjear

(1) Por eso nada nos cuenta del cristianismo en España hasta los godos. (2) El texto latino. «*Tunc etiam vota et donaria Beato Jacobo persolverunt, et in aliquibus locis, non ex tristitia aut necessitate, sed devotione voluntaria, adhuc solvunt.*» (3) Lib. III. tit. XXXIX. c. 18.

a los reyes, a cuyo servicio estaba. (1) Escribe un traductor suyo, si bien hablando en general: «El segundo defecto de las estorias es porque los que las corónicas escriben es por mandado de los reyes e los príncipes, por los complacer o lisonjear o por temor de los enojar escriben más lo que les mandan, o lo que creen que les agradará, que la verdad del fecho como pasó.» (2) Mariana le acusa de parcial, porque no refirió un caso desfavorable a la gloria de su patria, Navarra, es decir el despeñamiento del rey Sancho el Peñalen por sus hermanos, y dice por esto «El Arzobispo D. Rodrigo no hace mención de esto, puede ser por no manchar su nación y patria con la memoria de caso tan feo.» No creo que así ardiera el amor a su patria en el pecho de Jiménez. Si hubiera ardido, de otra manera habría calentado las páginas excesivamente sobrias, que en su historia le dedica. Opino que ese afecto no modificó los movimientos de su pluma en la relación de los sucesos. Por eso un crítico (3) opone este argumento a la aserción anterior. «Este historiador (Rodrigo) en la vida de Alfonso III dice que su mujer Doña Jimena, tuvo mucha parte en la conspiración, que los hijos formaron contra el padre, para despojarle del mando. Si pues D. Rodrigo lo escribió sin fundamento (es que no se encuentra en autores anteriores,) calumnió horrorosamente a la reina. Es de notar que esta soberana era paisana suya, hija de Iñigo Arista, primer soberano de Navarra. Así es que los respetos de paisanaje no le detuvieron para decir la verdad, prenda admirable y rara.» En cambio Moret le acusa de parcial en contra de su patria, al ver que no celebra la resistencia de Sancho el Sabio de Navarra contra los ataques de los reyes de Aragón y Castilla, coligados para quitarle el reino y repartírselo, y dice, después de narrar cómo se frustró una de sus invasiones por el valor y pericia de Sancho. «Que haberle tenido (efectos de importancia) le celebrara el Arzobispo, como los que tuvieron lugar en el reino de León.»

Se ha tachado también de *crédulo* a Jiménez de Rada; porque consignó en su *Historia Gótica* la leyenda de la Cava, (Lib. III) procedente de sus lecturas de las obras árabes, la del palacio encantado de Toledo y otros relatos novelescos, y también por el tributo de las doncellas, (Lib. IV. C. 7.), la batalla de Clavijo, el voto de Santiago, la existencia circunstancial del Metropolitano de Oviedo, y el concilio ovetense del año 872, bajo el Rey Alfonso el Magno (Lib. IV. C. 18) y la trama de la mujer de Sancho el Mayor de Navarra con uno de sus hijos y otros varios casos. Desde luego al erudito, que tiene ante sus ojos cómo eran los tiempos de D. Rodrigo, cómo admitían los escritores más sagaces sucesos más absurdos, según se persuade uno recordando al Tudense y los autores de la *Crónica General*, sin mencionar otros anteriores, como D. Pelayo, (quizás deliberadamente *crédulo*), y el Silense, que también registra esa clase de hechos, y cómo aún en el siglo XVI, Mariana y otros autores clásicos consignan otros iguales, no le impresionarán nada esas alegaciones. Además no está demostrado que aún en los dos primeros, que se citan, que son los más legendarios, no hay algún fondo de verdad. Del tributo de las doncellas, que nuestro historiador execra con frases aceradas, proclamando además que Mauregato por eso se hizo, «odioso a Dios y a los hombres», no se puede hablar con tanta facilidad. Los doctos saben que por desgracia en la

(1) Los más francos y acerbos censores están entre los navarros, sus paisanos. Escribe, entre otras cosas, uno de los más eminentes entre ellos: «El insigne Arzobispo, hombre de extraordinarios méritos, pagaba con lisonjas las mercedes de la casa real... Por acrecentar la gloria de Alfonso VI estiró hasta el Ródano las fronteras de Castilla... Raras veces la historia cortesana engaña a la posteridad.» (A. Campión. *Ensayo Apologetico sobre el P. J. de Moret*.) (2) Rodríguez de Castro. II. p. 541.

(3) *Disertación sobre la batalla de Clavijo*, por Epifanio Díaz Iglesias Castañeda. Apéndice al tom. II de la *Historia de la Iglesia*, de Berault-Bercastel.

edad media hay bastantes de esos casos en la historia. No dice D. Rodrigo ni cuántas fueron, ni si fué por tratados, a causa de derrotas. Aunque la batalla de Clavijo la refiere sin matizarla con acento de duda, pero insinúa la duda al contar luego que entonces se introdujo el apellido de combate: «Ayúdanos, Dios, Santiago y cierra España.» (1) Igual duda introduce al referir el caso del arca de Oviedo. Escribe: «Esta arca de reliquias, se dice, que se hizo en Jerusalén.» (2) Lo del voto de Santiago yo dilucidamos arriba. El Metropolitano de Oviedo lo defienden sabios como el P. Risco y Tejada. (3) En el sentido transitorio, que dice el Arzobispo, y por la razón que aduce así: «*porque España, despojada de sus cinco Sedes Metropolitanas, carecía de la dignidad de Metropolitano*», (4) se hace innegable, que en Oviedo se estableció la única suprema autoridad eclesiástica circunstancialmente, durante cierto tiempo, pero sin que se constituyera allí oficialmente y en toda forma el Metropolitano de la Iglesia española, ni Roma trata- ra como tal al Prelado propio de Oviedo. Con lo dicho anteriormente se desvanecen los otros cargos. Pero no se crea que encontramos en Rodrigo todo favorable- mente explicable. Tropezamos allí con lamentables descuidos, que producen im- presión penosa, a pesar de que alguno de ellos es acontecimiento, que ha volado al ciclo más glorioso de los cantares heroicos de la edad media. Tal es la hazaña de Roncesvalles, en cuya narración el Arzobispo ofende a la verdad y a su país natal, dejándose marear y engañar por los fabulosos poemas de León y Castilla. Según confesión unánime de los cronistas francos, fueron los vascos los que, en los escabrosos desfiladeros de Roncesvalles, sembraron el pánico en la retaguar- dia del ejército de Carlo Magno, conturbaron el espíritu del gran emperador, des- trozaron las filas aguerridas, y aniquilaron con la muerte el valor de sus glorio- sos adalides. Y esto mismo cantaron los poetas germanos al referir las hazañas de Rolando y demás héroes de esa hueste de eterna memoria. Mas al emigrar de las Galias a España las gestas rimadas en el siglo XI, los juglares leone- ses y castellanos crearon un mito, al cual adjudicaron las hazañas de Roncesva- lles. El mito fué el famoso héroe Bernardo, rival de los Pares de Francia, invicto triunfador de ellos en la celebrada jornada en que dirigía el Rey de León según los poetas citados. Hoy se sabe que es personaje fabuloso ese D. Bernardo; y que si existió, nació después de ese suceso. Pero D. Rodrigo erró completamente, e incurrió además en tristes contradicciones respecto de él. Le hace principal hé- roe de Roncesvalles, y al llegar al Reinado de Alfonso el Magno, sesenta años más tarde, le hace figurar al lado de ese Rey. Y no se corrige de esto, a pesar de ver que el relato juglaresco es un tinglado de burdas consejas. Prueba de que don Rodrigo al fin lo vió así, es que, advirtiendo que bogaba en un mar de ficciones legendarias, reforma su relación de esta manera. «Si alguien opinara con mejor acierto, que en este punto hay que corregir, no lo rechazo.» (5) El punto es sobre si se dió la batalla mencionada en tiempo de Carlo Magno, como dicen unos, o en tiempo de Carlos Martel, como quieren otros. Por su lado Cerralbo encuentra un rasgo de españolismo unitarista del Arzobispo en el hecho de que hace confluir a esta batalla tropas unidas de todos los Estados españoles de entonces, para arro- jar la invasión extranjera. (6) Argumento ineficaz e infundado. Pues D. Rodrigo dice que también los árabes combatían allí contra el franco al lado de los leone- ses, cristellanos y navarros, copiando el cantar popular, lo que significaría que

(1) Lib. IV. C. 13. (2) Lib. IV. C. 2. (3) *Colección de Concilios*. III. P. 36 y 43. (4) Lib. II. C. 18. (5) Lib. IV. C. 10, 11 y 16. (6) *Discursos*. 76 y 77. Claro está que sostiene Cerralbo que es fábula la participación de Bernardo y de los leoneses en la lucha de Roncesvalles.

buscaba la unión junto con los sarracenos. Pero dejemos esta materia aunque ofrece más ejemplos.

Más patente y profunda que en lo precedente aparece la aberración de D. Rodrigo en otro punto, que vamos a tocar. El Arzobispo había escrito, en el admirable Prólogo de su obra *De Rebus*, al indicar las dificultades, que existían para componer la historia de España, y la necesidad que por otro lado había, para que en lo sucesivo no ocurriera, lo que se veía de las épocas pasadas: «*Que por los hechos repetidos de diversos soberanos que atormentaron a España, se ha mudado hasta la lengua, de tal suerte que por la dominación de muchos ha olvidado (España) el origen de su propia raza, de modo que casi totalmente se ignora la raza y el origen de sus habitantes.*»

Pues bien, Jiménez de Rada, palpando esa casi total ignorancia de cosas tan venerables y amadas de todos los sabios y amantes de su propia raza y pueblo, y perteneciendo además a una de las más primitivas y raras de España, ni las descubrió debidamente, ni atribuyó a los pueblos españoles indígenas lo que les correspondía, ni los amó y honró como merecían, sino que cegado por el ambiente, en que vivía y en que se educó, otorgó irreflexivamente, con exceso, a un pueblo invasor una gran parte de las glorias y honores, que le eran debidos. Digámoslo con una sola palabra, fué exageradamente *goticista*. El goticismo enturbió la serena y alta luz de su criterio en la percepción e interpretación exacta de los hechos históricos de España. A los godos atribuye todo, a los indígenas, se puede decir que casi nada. Los godos forman la nación española, los godos civilizan a los españoles, los godos le dan la cultura, los godos españolizados hacen la reconquista y de los godos vienen hasta las dinastías, a pesar de que él mismo cuenta los hechos como son, en casos particulares. Así, la reconquista pirenaica es ciertamente indígena, bajo cierto influjo del imperio franco, muy tenue y dudosamente favorable en el lado Occidental, (Navarra y Aragón) notablemente decisivo en el Oriental, (Cataluña.) El mismo Arzobispo asegura que el *milite* bigorrano Iñigo Arista fué tronco de la primera dinastía de Navarra, y su más glorioso vástago en Navarra Sancho el Mayor, el cual engendró los cuatro hijos, García, Fernando, Ramiro y Gonzalo, y repartió sus dominios extensos entre los cuatro, dando al primogénito Navarra y el resto del patrimonio, a Fernando, Castilla, a Ramiro, Aragón, y Sobrarbe y Ribagorza, a Gonzalo. Por causas diversas y en diversas épocas ardió la guerra entre los cuatro hermanos y también entre sus descendientes, y al señalar D. Rodrigo la raíz de las discordias y guerras, dice formalmente, que fué «*la feroz sangre de los godos, entre los cuales los mayores no querían tolerar al igual, ni los menores a otro superior.*» (1) Absorto con su goticismo, olvida que por sus venas no corre otra sangre que la indígena, y así arrebató a la vez a esa gloriosa familia y al pueblo que la crió, y a cuyo frente se engrandeció tanto, hechos tan gloriosos, para transferirlos a los godos, sin fundamento alguno.

Víctima de la misma aberración, da a Castilla una misión distinta de la que ejerció en su formación y desarrollo. Asturias y León proceden del resurgimiento gótico con el apoyo fuerte del elemento indígena de esos países. Castilla no, Castilla es hijo de un movimiento indígena, a espaldas de León, y contra León, pero con apoyo de Navarra, donde sus Condes forman sus enlaces. Al poco, por efecto de un fenómeno frecuente en la historia, Castilla queda absorbida por el más poderoso, pero amigo, por Navarra, mas para reaparecer transformada en reino, con una dinastía pujante, que le ha dado Navarra, su protectora, dueña de

(1) Lib. VI. c. 14.

los destinos de los Estados cristianos de la Península, y de la más completa hegemonía, perdida ya para siempre por León, desde que Sancho el Mayor de Navarra arrinconó sus monarcas en las tierras gallegas, apoderándose de León, Astorga y Asturias, y dominando desde Tolosa de Francia hasta Portugal, y desde el Cantábrico hasta Calaluña, dilatándose hasta allende el Guadarrama. El reino castellano es hijo evidentemente de la hegemonía de Navarra. Y he aquí que al desaparecer el creador de ella y quedar constituidos los cuatro Estados, que de ella nacieron, León valerosamente se lanza contra el vecino, contra Castilla, para recuperar lo perdido. Castilla busca su apoyo allí de donde tiene su rey y el aumento de sus dominios por todas sus fronteras, y con el auxilio de Navarra vence a los leoneses, y mata a su monarca, Bermudo, y acabando con su dinastía, se adueña del trono conquistado; y se adueña también de la bandera gótica. No para aquí Fernando, galopa de victoria en victoria, y gana tierras al moro. Riñe con su hermano, el rey de Navarra y le vence, y sube al primer puesto entre los reyes. Porque era mejor guerrero y más hábil político que su hermano, Fernando supo así conservar y aumentar su reino con la ayuda de Navarra, su patria, y ya fuerte, creció a su costa. Pero cuán claro aparece, que él, navarro, ha trasladado a su centro la hegemonía de Navarra, pero con el empuje y herencia recibidos de ella. Con todo, D. Rodrigo, que veía todo esto, y lo cuenta en su historia, habla de Castilla atribuyéndole el papel directo de la sucesión de los godos, cuando realmente su ser y su poderío no se han formado heredando de los monarcas de origen gótico, sino de otra parte; y obtiene lo de León por conquista, en un conflicto doloroso. Es chocante la reflexión que hace Menéndez Pidal sobre el goticismo de D. Rodrigo, diciendo: «Claro es que el Toledano, aún obedeciendo a la tradición (goticista) reconocía su defecto, y quería subsanarlo escribiendo con obras, a parte, la *Historia Romanorum*, la *Historia Arabum*.» (1) No me parece fundada esa reflexión.

La obra más voluminosa de D. Rodrigo está todavía inédita en la Biblioteca del Escorial y en la de la Universidad Central de Madrid. Se le titula: «*Breviarium Ecclesiæ Catholicæ, Compilatum a Roderico Toletanæ Ecclesiæ Sacerdote*.» Pero por la materia, de que trata, mejor le conviene el título *Expositio Catholica Scripturæ* como se entenderá por lo que vamos a decir. Rodríguez de Castro la vió y estudió en el Escorial, y dió estas noticias bibliográficas. Un folio grande, en pergamino, con letra, al parecer, del siglo XIII, letras iniciales iluminadas, los títulos de cada capítulo de rojo, escrito con muchas abreviaturas. (Biblioteca Española.)

Vicente de la Fuente dice del ejemplar de la Biblioteca del Noviciado de la Universidad Central: (Estante 72 y 2 mscrtos*) «Este códice es de los primeros, que legó el Cardenal Jiménez de Cisneros a su Colegio Mayor de San Ildefonso (de Alcalá de Henares), de él pasó a poder de la Universidad de Alcalá, al incautarse ésta de la biblioteca de aquel, al tiempo de su extinción, a fines del siglo pasado; y de allí se trajo a Madrid, cuando se trasladó aquella biblioteca en 1842. Es un enorme tomo folio, escrito en pergamino fuerte y letra, al parecer, del siglo XIII al XIV. (Tamaño 378 por 300 milímetros, 397 folios escritos a doble columna)» *Elogio* p. 77. Los más eminentes eruditos, que lo conocen, se expresan encomiásticamente. «*Obra histórica, teológica, filosófica, verdaderamente docta, erudita y elegante respecto del gusto de aquel tiempo..... Escrita al modo de la Scholas-*

(1) *Estudios Históricos*. 209.

(*) Sig. 116 y 37.

tica Historia de Pedro Comestor, aunque la del Arzobispo es más extensa» dice Rodríguez de Castro (1) con Nicolás Antonio (2) Y Cerralbo escribe: «Una de las obras más notables del Arzobispo D. Rodrigo, tal vez la más literaria y en nada inferior a la famosa Historia Gótica.» (3) El Cardenal Lorenzana se resistió a la tentación de editarla, diciendo: «Compuso también otra historia católica en gran tamaño... que se conserva inédita en la Biblioteca del Colegio Mayor de Alcalá, de cuya publicación nos abstenemos, porque existen historias sagradas bien hechas y selectísimas...» (4) Y más seriamente debió pensar en su impresión Juan Lucas Cortés, que, según Nicolás Antonio, poseía una copia, sin duda, con ese fin plausible, que por desgracia se frustró. Consta la obra de nueve partes o libros, cuyo resumen va en el extenso Prólogo, que le antecede, el cual es propiamente el *Breviarium Historiæ Catholice*, y el texto o cuerpo de la obra, según indica en el decurso del Prólogo D. Rodrigo, debe llamarse «*Expositio Catholica*» o también, si nos atenemos al encabezamiento del mismo Prólogo, *Historia Catholica*. Se da noticia de cada libro en el citado Prólogo, ya publicado por Rodríguez de Castro, como muestra del mérito del trabajo y espécimen del argumento y desarrollo del mismo. La obra es, no una exposición ordenada y detallada del argumento histórico de los dos Testamentos contenidos en la Biblia, sino un estudio serio de esa Historia, ilustrada con noticias adquiridas en las obras de los autores profanos, como el mismo autor lo advierte, diciendo: «Pero yo, no atreviéndome a tocar hasta ahora los tres rios del paraíso, los Hagiógrafos, el Evangelio y los Profetas, como he podido, he caminado por los riachuelos, añadiendo de cuando en cuando historias de los paganos, para que las virgenes profanas, omitiendo las circunstancias supérfluas, se juntaran al sentido católico; por cuanto la exposición católica reclama esto frecuentemente, y lo requiere el cansancio del que estudia; por lo que todas las cosas, que he reunido de los escritos de los doctores y sacado de mi pequeño talento, y de las historias de los gentiles en apoyo de la fe, las he colocado bajo los tesoros de la cruz.» (5)

En el párrafo siguiente nos expone la división de su obra y a la vez nos indica a continuación la distribución del mundo para los doce Apóstoles, advirtiéndolo cómo tocó a Santiago nuestra Península.

«Las noticias, que se han reunido de los libros del Nuevo y Viejo Testamento, para formar la historia, las he notado con sus libros de nombre correspondiente a cada uno, cortando sin embargo algo ciertas repeticiones, que reclamaban ciertos puntos, dividiéndolo en nueve volúmenes. Primer volumen, que empieza así: *Rerum principium*.» (El principio de las cosas), y llega hasta la salida de Abraham de la Caldea. El segundo, que empieza así: *Omnes animæ*. (Todas las almas), hasta la salida de Egipto. El tercero, que empieza: *Dolore ergo primogenitorum*. (Por el dolor de los primogénitos), hasta la muerte de Moisés. Cuarto, que empieza así: *Et factum est ut post mortem Moisi*. (Sucedió que muerto Moisés) hasta la lamentación de David por la muerte de Saúl y Jonatás. El cuarto que empieza así: *Rite igitur planctu peracto*. (Terminada la lamentación) hasta la división del Reino de Salomón. El sexto que empieza. *Igitur venit Roboan in Sichem*. (Vino pues Roboán a Sichem) hasta la destrucción del templo y de la ciudad. El séptimo que empieza así: *Cumque diu pertracta fuisset obsidio*. (Como se prolongase mucho el asedio), hasta las guerras de Alejandro, por quien empieza el libro de los Maca-

(1) Biblioteca Española. Loc. Cit. (2) Bibl. Vet. Lib. VIII. C. 2. (3) Discursos. P. 83. (4) Vita Roderici. Loc. Cit. P. XXII. (5) Palabras del Prólogo. Por dar una prueba de la elocuencia y de la brillantez de la imaginación de D. Rodrigo he estado para traducir todo entero aquí; pero desisto de ello para no interrumpir con tan larga cita la narración.

beos. El octavo, que empieza: *Ut narrant historiæ*. (Según cuentan las historias) hasta el Evangelio. El nono, que comienza: *Summæ et æternæ generationis arcanum*. (El arcano de la suma y eterna generación) hasta la división de los Apóstoles, cuando rechazados, por obstinada perfidia, por los judíos, Pablo y Bárnaba dijeron: «Era necesario que se os hablara primero la palabra de Dios, pero la rechazásteis, y os estimáis indignos de la vida eterna, por lo que nos dirigimos a los gentiles.» El Apostolado de la circuncisión se asignó a Pedro, el de los gentiles a Pablo y Bárnaba, a Andrés, la Acaya, a Santiago el Zebedeo, España, a Juan, Asia, a Filipo, la Galia a Bartolomé, la India ulterior, a Mateo, la Etiopía, a Tomás, la otra India, a Santiago Alfeo, Jerusalén, y a Simón y Judas, Persia y Media, a Matías, la Judea; pero Marcos se trasladó primero a la Iglesia Romana, escribió después su Evangelio a sus discípulos, y por fin recibió el Apostolado de Egipto. Lucas, discípulo de Pablo, glorioso por su Evangelio y los Actos de los Apóstoles, fué destinado a la Bitinia. La fiesta de la división de los Apóstoles se celebra en algunas regiones solemnemente el día 15 de Julio, día, en que separándose en la Judea, yendo por todo el mundo, predicaron el Evangelio a toda criatura. Mas reducido el triple riachuelo de la Historia Católica, estando en campestre lugar, no me atrevo a escalar el monte, y dejo el sentido anagógico, alegórico y tropológico a los que, paladeando la miel y flor de harina con dulce lenguaje, extrajeron de la roca miel, de la peña, aceite, de los guijos, sustancioso meollo, y de las ovejas leche, para que sobreabunde por la copiosidad la leche de la mística dulzura en panal sabroso. Básteme a mí el recoger en campo ajeno las espigas de cebada con sus aristas, abandonadas por los predecesores, y tostar en poco fuego la mal amasada torta de cebada. Ojalá que la mezclase a dignos sacrificios. Cedo lo arcano a los dignos de atravesar las cortinas, a los que es lícito penetrar los tabernáculos interiores, y deleitarse con la contemplación de los secretos arcanos...» Tras otras bellas consideraciones, largas y adecuadas, termino así este prólogo notable: «*En la rudeza del escrito el filósofo encontrará materia de admiración, el humilde la guía, el herege la corrección, el cismático la refutación y el pacífico y sumiso la reforma. Acabo con esto, rogando al lector que tenga compasión e indulgencia en lo que se ha escrito, por cuanto el cargo pontifical a penas consiente la necesaria diligencia*»

Correspondía aquí dar una muestra del método y lenguaje de exégesis y comentario de la Santa Escritura por D. Rodrigo: cosa que ya preparamos; pero por no alejarnos demasiado lo suprimiremos. Advierto que a veces se muestra conceptuoso en la explicación, y que siempre camina muy asido a la tradición católica.

Nótese también que lo que D. Rodrigo dice sobre el apostolado de Santiago en España es lo que se cita, para contradecir lo que se le atribuye en las célebres Actas ya conocidas. Pero claro se ve, que no es decisivo: si bien se puede argüir que D. Rodrigo, no puso reparo ahí el en momento que era natural, movido de la creencia de que Santiago recorrió el campo de su apostolado. Mas esto es sólo un probable raciocinio; y por eso no sabríamos nada serio que oponer al que dijera, que en la mente del Arzobispo no se cruzó tal intento, o que su pluma se deslizó hábilmente, sin decir más, por no chocar con un ambiente contrario. (1)

(1) Lo dicho arriba bastará para que se corrija lo que Vicente de la Fuente ha escrito. (*Historia Ecclesiástica*. Edi. 2. T. IV. P. 308.) Afirma que el ejemplar traído de Alcalá es copia sacada de orden de Cisneros. La ortografía y la ornamentación de viñetas de ese Códice en vitela prueban que no. Y añade: «Gil González Dávila en el *Teatro de Osma* (P. 31) hace mención de una exposición muy docta sobre dos Testamentos, Viejo y Nuevo, que se guarda en la librería (iglesia) de Osma... Sospecho que sea *Breviarium Historiæ Catholicæ*.» No cabe duda que sí. Recomendando el hermoso estudio de esta obra por Cerralbo, sobre todo acerca de sus viñetas e ilustraciones. *Discursos*... P. 82 y 89.

Otros escritos de D. Rodrigo Jiménez.—La multitud de Fueros, que D. Rodrigo dió a los diversos pueblos de sus Estados, invita igualmente al historiador a considerar al Arzobispo como escritor legista, sobre todo, por los Códices de Brihuega y otros varios de mucha extensión; pero bien mirado, no vale la pena que por ello se le adjudique palma especial de escritor. Sólo, sí, y bien brillante, de legislador, de que ya hemos dicho antes y se dirá algo más a su tiempo. Quienes deben estudiar esos escritos legislativos y singularmente el Fuero de Brihuega, son los gramáticos y lexicógrafos, para conocer la evolución del romance y la riqueza de las palabras y locuciones, que allí se atesoraban ya para aquella edad.

En cuanto a escritos piadosos dice un autor: «Nada nos ha quedado de escritos religiosos de D. Rodrigo, que de su piedad debemos suponer no dejaría de redactar algunos. Dícese que de la biblioteca de Huerta se habían robado algunos escritos de aquel, por un sacerdote, que los dejó en Santa Engracia de Zaragoza, de donde se llevaron a Guadalupe. (1)

Se pregunta aquí: ¿D. Rodrigo despertó y procuró el florecimiento de los estudios históricos, y estimuló los talentos para que se dedicasen a ellos? Así resulta por deducciones. En el Real Palacio tuvo el más entusiasta discípulo, Alfonso el Sabio, su mejor traductor, que recibió de él su vocación de historiador en los veintisiete años, que le vió en los consejos de su padre San Fernando. (2) Escribió también el acaadémico Catalina García: «Quizás Bernardo de Brihuega fué algún familiar de aquel Prelado, (Rodrigo) gran protector de dicha villa (de Brihuega) y quizás nuestro autor, por mediar el favor del Arzobispo, fué capellán Real y canónigo de Sevilla.» (3)

Notas bibliográficas de las obras de D. Rodrigo.—Una somera noticia daremos ahora sobre la suerte, que ha cabido, en el curso de los tiempos, a las obras del Toledano, omitiendo muchos pormenores recogidos. Angel Manrique, cisterciense del monasterio de Huerta, escribe en sus celebrados *Anales del Cister*, después de contar cómo D. Rodrigo regaló a aquel cenobio su riquísima biblioteca: «Y se conservan (en Huerta) los libros escritos en vitela, entre los cuales se encuentra el original de la Historia del mismo Arzobispo y otros manuscritos de algunos autores, que difícilmente se pueden hallar en otra biblioteca más suntuosa. (4) Alonso Chacón dice, que el ejemplar de Huerta, que él conoció, tenía notas al margen. No cabe duda que es éste, del que habla Manrique, y las notas, de la mano del mismo D. Rodrigo, como Chacón opinó. (5) El ejemplar manuscrito de Toledo, que utilizó Lorenzana para sus estudios, hay que creer que sería copia de la época del Arzobispo. (6) En Madrid se conserva la que adquirió o compró Cisneros, para su Universidad de Alcalá. En el Colegio de Navarra, de París, encontró el

(1) Vicente de la Fuente. *Elogio...* P. 76. (2) No quiero decir con esto que Alfonso el Sabio es el autor verdadero de la *Crónica General*. A mi juicio fué el inspirador y promotor eficaz de ella, no su compositor; y así opinan los más doctos críticos. Pidal (Menéndez) escribe que desde el capítulo cuatrocientos adelante está compuesta en tiempo de Sancho III, y que en esos cuatrocientos primeros capítulos hay redactores distintos. Los ciento ocho primeros son de lenguaje más arcaico. (*Estudios Históricos*. 191.) (3) Yerra en lo del canonicato. Antes de la conquista de Sevilla había muerto D. Rodrigo. Bernardo vivía, sí, en 1240. *Biblioteca de los Escritores de la Provincia de Guadalajara*. Sección primera. XX. (4) Ad annum. 1213. C. IV. N. 12. (5) Antonio Nicolás. *Bib. Vetus*. Lugar citado.

6 Juan López de León encontró en la librería de la Santa Iglesia de Toledo un ejemplar (que quizás sea éste) de esta obra y dice: «con el cual original collacioné y conferí un D. Rodrigo de molde, mio,» y se aprovechó también para hacer igual cotejo de otro «original de de mano, de la librería de Sant Juan de los Reyes de Toledo.» En ambos están las historias *Gótica Romanorum*, *Huranorum*, *Ostrogothorum*, *Arabum*. Al fin de cada ejemplar está el famoso epitafio breve. *Mater, Navarra; Nutrix Castella*. (Más pormenores Vide en Rodríguez de Castro. II. P. 530 y 531.)

famoso Pedro de Marca el ejemplar, que le sirvió para escribir su historia de la Marca Hispana y otras. El original protomanuscrito de Huerta (1) ha desaparecido. Chacón insinúa que en el Vaticano debe haber una copia buena. (2) Por medio de estos ejemplares y otros más, que todavía existen, había que hacer una edición más esmerada, que la del Cardenal Lorenzana, y sobre todo, verdaderamente crítica, para asegurarse exactamente de lo que escribió D. Rodrigo, y también señalar fielmente los errores, los lunares, las equivocaciones, los aciertos, las fuentes ciertas, las correcciones, que se han de hacer y otras cosas más, que la seria y profunda crítica actual hace en los estudios de este género, y que en don Rodrigo es necesario, para depurar así la más importante y autorizada fuente de la historia española de lejanas edades.

Se halla mayor número de ejemplares manuscritos de estas obras de D. Rodrigo en castellano que en latín en las Bibliotecas y en los Archivos nacionales; primero, porque era más fácil la difusión en castellano que en el original; segundo, porque hubo muchas traducciones en el rodar de los siglos, con adiciones y notas particulares de los autores, que daban motivo especial para que se conservase y multiplicase. Remontan las traducciones casi a los días del autor. Contradiendo a Cerralbo hemos dicho ya que no creemos, que el mismo Arzobispo la tradujera; pues nos parece del todo seguro, que de haberlo hecho, la hubiera conocido Alfonso el Sabio, o el autor que de su encargo y bajo su dirección, escribió la *Crónica General de España*; y por lo mismo, en lugar de traducir el texto latino, hubiera copiado lo traducido, como más perfecto, y pensamiento definitivo de aquel varón tan caro al Rey Sabio, que se enamoró de la ciencia y sabiduría con el ejemplo del Consejero de su padre. Según Bartolomé J. Gallardo ya estaban traducidas las obras principales para el año 1256; porque de este año cree un Códice, que cita, de la Biblioteca Nacional, (3) diciendo: «Este Códice apreciable es copia del año 1256, a los diez de su muerte. Al fin hay una noticia de los Obispos de España en aquel tiempo.» (4) Dejando aparte la versión de la *Crónica General*, en la que se halla literalmente traducida la mayor parte de la Historia del Arzobispo, y hasta se ha alabado como la mejor versión, (5) el primer traductor conocido de la obra *De Rebus Hispaniæ* es el Infante D. Juan Manuel, Príncipe, más que de la familia Real de San Fernando, del habla española, el cual tradujo la obra de D. Rodrigo parafraseándola. Otro conocido es D. Gonzalo de Hi-

(1) Si fuera verdad lo que dice Chacón, que de éste se hizo la versión castellana, tendríamos un medio de corregir la parte sustancial de la latina. (2) Lorenzo Villanueva vió en el convento de los Dominicos de Valencia otra copia de las obras latinas del Arzobispo Jiménez de Rada. Después de notar esto añade: «Bien sé que se hallan en otras partes Códices de aquellas obras: mas éste tiene el mérito de ser sin disputa el más cercano a la muerte de su autor, como lo demuestra el carácter de la letra que es del siglo XIII. Además su lectura es preferible en muchos lugares al texto que escogió Escoto.» (Viaje Liter. IV. P. 132 y 133. El oráculo moderno de esta clase de estudios, Ramón Menéndez Pidal, habla de dos ejemplares latinos existentes en Madrid, pero defectuosos e incompletos, que han debido refugiarse en aquel asilo, como ancianos derrotados por los mil servicios prestados a muchos estudiosos eruditos, o quebrantados por la desidia de otros en cuidarlos, como lo merecían. Vide *Catálogo de la Real Biblioteca*. Manuscritos. *Crónicas Generales de España*. Madrid. MDCCCXCVIII. (3) *Índice de Manuscritos de la Biblioteca Nacional*. (T. 204) por Bartolomé José Gallardo. Cerralbo concuerda. *Discursos*... 75. (4) En el mencionado Índice Gallardo cita varios manuscritos referentes a D. Rodrigo en el artículo «Jiménez de Rada.» *Crónica Alfonsí*, que allí le atribuye. Dos ejemplares de las historias de que hablamos, pero incompletas y distintas, una de ellas «al parecer, dice, por el Infante D. Manuel.» *Historia de la asistencia al concilio de Letrán, Concordia de los judíos con el Arzobispo*. El mismo Gallardo trae en la letra C de su *Ensayo de la Biblioteca Española de libros raros y curiosos* dos ejemplares más de la traducción de la Crónica, y un ejemplar Ms. del Fuero de Brihuega, en la p. 53. (5) Menéndez Pidal, Huici, Cerralbo. *Discursos*.

nojosa, Obispo de Burgos, y la continuó un anónimo hasta 1454. (1) Distinta es también la versión, de la que se miró como prosecución de la historia escrita por D. Pedro López de Ayala, tan grave Canciller de Castilla en la Corte de los Trastámaras. (2) A los 23 años de haberse terminado la Historia Gótica, y a los 19 de la muerte de D. Rodrigo, la tradujo al lemosín D. Pedro Ribera de Pereja, como el mismo traductor lo declara (3) diciendo: «Se puso en romance (lemosín) a la sazón que se contaba el año 1256 de Jesucristo, en tiempo del noble Rey Jaime de Aragón.»

Rodríguez de Castro nos dice, que el continuador de la *Historia Gótica* en el reinado de Alfonso el Sabio fué el Arcediano Gaufrido; pero se ignora el continuador de esa obra desde 1243 hasta el fin de los días de San Fernando.

Cinco editores de renombre se han ocupado en la publicación de esas obras en su lenguaje original. Sancho de Nebrija, que sin pie de imprenta, imprimió en Granada todas ellas, excepto la de los árabes, en 1545; pero plagadas de errores. (4) Vaseo las corrigió en parte, en su obra, por medio del ejemplar de un Rodrigo, que obtuvo del Cardenal Enrique de Portugal. Andrés Scoto dió en 1603 a luz una edición más esmerada en la tan celebrada colección de *Hispania Illustrata*, que tanto popularizó en el orbe la Historia de España. En la portada de la edición muestra cuán mejorada la consideraba, sobre todo la *De Rebus*. La titula así: «Los nueve libros de la Historia de España, cotejados con los demás ejemplares, de tal modo, que pueden parecer editados por vez primera, compuestos por Rodrigo Ximénez, Navarro, Arzobispo de Toledo.» (5) Como la parte de la Historia de los árabes solió muy incorrecta en Francfort, un sabio arabista holandés la mejoró mucho y la reimprimió el año 1625 en Leyden (6) Pero semejantes trabajos no satisfacían a los más eminentes investigadores de la Historia, y en particular a los conocedores de los diversos Códices de las obras citadas. Uno de ellos, el P. Burriel, escribía en una epístola: «Las ediciones latinas de D. Rodrigo están llenas de yerros de copistas, y es preciso ajustarlas y enmendarlas con los originales antiguos.» (7) Como respondiendo a este anhelo, en el mismo siglo surgió

(1) En el Tom. CV y en el CVI de la «Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España» por el Marqués de la Fuensanta del Valle, (Madrid 1893) se lee esto «Crónica de España del Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada. Tradújola en castellano y la continuó hasta su tiempo D. Gonzalo de Hinojosa, Obispo de Burgos, y después un anónimo, hasta el año 1454. (Manuscrito en la Bib. Nacional. Dd. 179. (El editor advierte en el prólogo que no es mera traducción, sino compilación crítica; porque a veces contrapone lo de D. Rodrigo y D. Lucas, pero queda con Rodrigo. Lo mismo lo he notado, leyéndolas, con rarísimas excepciones, que no son un acierto. (2) *Historia de España del Arzobispo D. Rodrigo y prosecución de ella por D. Pedro López de Ayala*. (Bib. Nac. F. 133.) Se dice allí con letra distinta: «Fasta aquí fizo Historia el Arzobispo D. Rodrigo y desde aquí adelante fasta el Rey D. Enrique 3 fizo D. Pedro López de Ayala.» (Menéndez Pidal. Catálogo de la R. Biblio. Sig. Página 58.) Para más noticias de este género veáanse los bibliógrafos especialistas, empezando por Antonio Nicolás (Bib. Vetus.) Rodríguez de Castro, (Bibliografía Española.) Amador de los Ríos, (Historia crit. de la liter. española.) José M. Roca-Mora. (Catálogo abreviado de los Ms. de la Bib. del Excmo. Señor Duque de Osuna e Infantado.) Sin olvidar al P. Risco, que en el tomo Esp. Sag. Iglesia de León. P. 85, habla de un ejemplar, que en la Bib. de León existe, sin decir si es latino o romance, pero del siglo XIV. (3) «Yo feta en Romans... en lamj que contava de Jezu» Christ MCCLXVI, en tems del Rey noble en Jaime Derago.» (Nicolás Antonio) loc. Cit. (4) Roderici Toletani Rerum in Hispania gestarum Chronicon una cum Ostrothorum, Hunnorum, Vandalorum, Alanorum, Suevorum, Silingorumque historiae. Granatae. (5) D. Roderici Ximenez, Navarri, Archiepiscopi Toletani, Rerum in Hispania gestarum libri IX, ad caetera exemplaria comparati, ut nunc primum editi videri queant. Roderici Arch. Hunnorum, et Vandalorum et Suevorum et Alanorum, et Silingorum Historiae. Roderici Ximenez Arch. Tol. Historia Arabum, Historia Romanorum. Entre otros Códices utilizó bien el de Toledo.

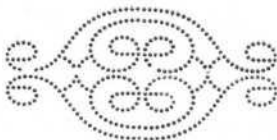
(6) Historia Arabum, Lugduni Batavorum. (7) Carta XX. Julio. Revista de Archivos. Julio-Dic. 1914.

el más acabado e ilustre de los editores de las Obras históricas de D. Rodrigo. Fué el Príncipe de la Iglesia, D. Francisco, Cardenal Lorenzana, que con suma diligencia preparó una nueva edición, que no duda en llamarla mucho mejor, que las que le precedieron (*et cæteras, quæ illam præcesserunt multum anteire.*) Después de encomiar con dignos elogios los extraordinarios méritos de D. Rodrigo, como varón santo y sin rival historiador en su edad, reseña el docto editor los medios de que se valió para darnos una edición la más correcta posible. «Hemos tenido a nuestra disposición, dice, además de las ediciones hasta ahora vulgarizadas, otros manuscritos de nuestra lengua y también latinos, los cuales han servido para emendar las ediciones incorrectas, con más luz de lo que se puede creer.» Dice que el mejor de los manuscritos es el de Alcalá, de que se aprovechó más que de otro alguno. (1) Las únicas traducciones castellanas impresas, que conozco, son las dos, que se hallan en la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*. La primera en el tomo 88 con el título de *Estoria de los godos del Arzobispo D. Rodrigo*. Se tomó del manuscrito de la Biblioteca Nacional. Versión interpolada. La segunda está en los tomos 105 y 106, con un excelente Prólogo y notas del Marqués de Fuensanta del Valle.

Del Parnaso copio la siguiente rima del siglo XV, para terminar el capítulo presente.

El muy sabio estoriador
Arzobispo D. Rodrigo
Fasta el punto que digo
Fué muy vero relator.

Salvo los santos no tuvo
Toledo mejor Perlado,
Nin España hubo
Cronista más loado.
En Navarra fué nacido..... (2)



(1) Præfatio. P. III. y IV. (2) Poesía de Juan Pérez de Guzmán. *Antología de poetas líricos castellanos*, por Menéndez y Pelayo. Tom. I. P. 248.

CAPÍTULO XIX

(1245-1247)

Asuntos privados.—Organización del Consejo de Castilla.—Reformas legislativas.—Negocios de Huerta y Quesada.—Inocencio IV.—Tribulaciones del Cabildo toledano.—Concilio ecuménico de Lyon y D. Rodrigo.—Gracias pontificias.—Conquista de Jaén.—Nombramiento de un nuevo Obispo de Marruecos.—Correspondencia epistolar de Inocencio IV con D. Rodrigo.—Se prepara la expedición sobre Sevilla.

Volvamos a las obras de la vida activa de D. Rodrigo. Le restan cuatro años de existencia terrena, y surca ya por los de la venerable ancianidad. Sin embargo las brillantes y animosas páginas de los celebrados escritos, que acabamos de examinar, prueban que su espíritu e imaginación no han comenzado a descender la sombría y desmayada cuesta de la vejez. Porque en la energía de la dicción, en las sentencias y en las imágenes de aquellos libros y capítulos fulguran la frescura juvenil, el entusiasmo fervido y el vigor caudaloso de las facultades del espíritu. Cuando escribía la *Historia Arabum* frisaba ciertamente en los setenta y cuatro años, según se entiende del Prólogo de esa obra.

Después de escribir el 30 de marzo la última frase de la *Historia Gothica*, el 20 de abril siguiente, 1243, estaba el Arzobispo en Valladolid, donde concertó con San Fernando, en ese día y lugar, el trueque de fincas sitas en los montes de Toledo. El rey le dió la villa de Annoel con sus vasallos y bienes, la de Batza con sus castillos, bienes y aldeas confinantes, pero al presente en poder de los moros. Asimismo le dice, que le da todo lo «*que vos conquirades et lo ganades et yo que vos ayude.*» Pero el rey no se obliga a prestarle esa ayuda, mas si lo ganare él, o algún vasallo suyo, se obliga a dárselo. Rodrigo promete no pedir la ayuda, si no pudiere conquistarlo. San Fernando prosigue así: «E por todas estas cosas que yo vos do, recibo de vos en cambio todos aquellos castillos, que Don Alfonso Téllez vos dió, es a saber, Muro, Malamoneda, Doshermanas, Cedeniella, con todas sus pertenencias... Sobre todo recibo el Pulgar et Penna Aguilera... Et porque las cosas que vos yo do son muchas mas et meiores, que las de vos recibo, quiero que la meioria, vaya por mi ánima et de mis parientes en limosna». D. Rodrigo especifica a continuación los linderos de la extensa comarca, que cede al Santo Rey, y declara quedar satisfecho y sin derecho a querellarse contra el monarca en cosa alguna. (1)

(1) *Memorias.* 468.

Pasados algunos días, ya estaba en uno de los puntos de su diócesis, en que le hemos encontrado frecuentemente, en San Torcuato, donde firmó con el Obispo de Baeza la concordia respeto de los debatidos límites de la diócesis beacense, diciendo, que la terminan así después de largas y múltiples negociaciones, 27^{da} de mayo de 1243. (1)

Se escribe que D. Rodrigo perfeccionó por este tiempo la organización del célebre Consejo de Castilla, que se hallaba en estado casi embrionario. Escribe su biógrafo, el Cardenal Lorenzana: «Parece que la misma cosa reclama que discurremos algo sobre la prudencia en la gobernación, que brilló en Rodrigo. Dió preciosa muestra de esta virtud, no sólo al servirse durante todo el tiempo de su Episcopado de hábiles canonistas y teólogos, en el desempeño de su oficio pastoral, sino principalmente, cuando persuadió a San Fernando que escogiera varones doctísimos en ambos derechos, para que le acompañaran siempre, de lo que tuvo indudablemente principio la forma para instruir las causas civiles y criminales en el Real Consejo de Castilla; porque si bien antes los reyes de Castilla y León consultaban siempre a los varones probos y a los Obispos, mas después de la expulsión de los moros los Obispos de ambas Castillas empezaron potísimamente a vigilar a su rebaño, aunque algunos de ellos todavía acompañaban al rey. Por lo cual se formó el Supremo Consejo de Castilla, invistiéndosele de la plenitud de la potestad, para dirimir pleitos y dilucidar las causas en última apelación, en todo el reino....» (2)

¿Es verdad esta noticia? La admite Vicente de la Fuente. «Durante ella (segunda parte del reinado de San Fernando) el Arzobispo.. influye con D. Fernando para plantear el Consejo de Castilla, organiza la Cancillería.» (3) Pero es eco rutinario del citado Cardenal. Yo no encuentro dato antiguo sólido que lo confirme. Mariana dió, aun titubeando, la noticia de que en tiempo de San Fernando se inició la organización de tan renombrado Consejo. «Dícese, escribe, que este rey inventó e introdujo el Consejo Real, que hoy en Castilla tiene la suprema autoridad para determinar pleitos.» (4) El P. Burriel le apoya, y añade, que fueron escogidos doce sabios. (5) Pero es el caso que si se hubiera creado en tiempo de San Fernando un organismo tan importante y tan netamente organizado, hubiera perdurado su memoria, aunque no fuera más que reflejada en alguna ley, algún decreto, alguna decisión, o sentencia de un tribunal tan excepcional, que habría dictaminado con ocasión de alguna causa, o alguna dificultad grande del reino, o de algún particular. Nada de esto aparece. No es extraño por eso que lo rechacen Juan Samper e, (6) el Conde de Torrealaz (7) y otros.

Encontramos muy lógico el atribuir a D. Rodrigo la organización de este Consejo, si nació en tiempo de San Fernando. Pero es casi imposible sostener fundadamente su nacimiento en ese tiempo. Por lo demás ¿quién podrá determinar las luminosas ideas e iniciativas sin fin, que D. Rodrigo inspiró a San Fernando? Sin duda que, si la historia no nos hubiera sido infiel en transmitir las noticias, leeríamos hoy, que del cerebro fecundo del Arzobispo saltaron el plan de la renovación legislativa en Castilla, la traducción del Fuero Juzgo, la novedad de legislar en castellano y otras grandes innovaciones, que tuvieron su desarrollo en el reinado siguiente. Como hombre recto y de altísimo espíritu, D. Rodrigo dotábase, como se dotía su íntimo, Alfonso el Sabio, años después de que «Juzgábase

(1) Ximena.. p. 144. y sig. (2) *Vita*. p. XXII. (3) *Elogio*.. p. 20. (4) Lib. XIII. c. 8. (5) *Memorias*... p. 88. (6) *Historia del Derecho Español*. Lib. II. c. 21. (7) *Los Consejeros del rey durante la edad media*. Tom. I. c. 3. párraf. 18. (Madrid. 1884.)

por hazañas e alvedrios e por usos desagnisados sin derecho, nascien muchos males e muchos daños a los pueblos e a los homes.» Es más, con todo su talento y poder procuraba poner remedio. Lo hemos visto bien claramente en los pueblos, que le pertenecían, concediéndoles fueros laudables y progresivos.

Pero hay que advertir aquí una cosa sorprendente, que en esta fecha ocurría en Castilla, para honra de San Fernando y D. Rodrigo, que eran los congobernantes del reino, como soberano y ministro respectivamente. A pesar de la deficiencia legislativa, que observaban los gobernantes, y que anhelaban remediarla con una reorganización sólida, amplia y sabia, en Castilla se sentía la necesidad de la renovación y ampliación legislativas menos que nunca. Castilla y León, en esta fecha, no parecen la nación de Alfonso VIII, Alfonso IX, Enrique I, y como vuelven a reaparecer en los días de Alfonso el Sabio. La nobleza no hierve en rivalidades, envidias, ambiciones, conjuras y rebeliones; no gasta su virilidad, sus arrestos y sus tesoros en luchas intestinas, fraticidas y criminales, sino en los campos de la guerra contra el sarraceno. La plebe no es la masa enconada y armada por las pasiones innobles de la nobleza, para ser instrumento de rencores y venganzas; es cantera inagotable de ciudadanos laboriosos y de soldados heroicos. Los Concejos no son focos de egoismos, donde se forjan pleitos y luchas tenaces contra los Señores y el clero: son urnas santas y hogueras ardientes de patriotismo y abnegación. Los magnates no merodean ni conspiran por las encrucijadas de la Corte, para encaramarse por los puestos honoríficos de la nación, caminan al frente de las mesnadas y de las huestes, como adalides del valor y de la gloria que ensanchan las fronteras. Los Caballeros de las Ordenes Militares no discuten sus preeminencias, ni lucen en el interior de las ciudades y villas los timbres de su nobleza y los colores de sus cruces gloriosas, sino que luchan y mueren como *atletas de Cristo*, según repetidas veces consignan los mismos Papas en sus bulas, conforme hemos visto, en las avanzadas de la reconquista, sin separarse del contacto con el moro, sin tiempo para defender los privilegios sagrados de su Orden. Es fenómeno gratisimo. No vuelan por los ámbitos de los reinos de San Fernando más voces que, ¡guerra santa!, ¡viva la religión! ¡loor al valor, al deber, al heroismo, a la virtud! y todo bajo la enseña de la monarquía y del cristianismo, a la sombra de la bandera de San Fernando y a los resplandores de la cruz primacial de Don Rodrigo. Repítamos con asombro, después de invitar al lector a que escuche de nuevo las voces que suenan, y veremos, que en los años, en que estamos, no hay una sola nota de rebelión y estridencia, que rasgue los aires de Castilla. ¡Lo que hacen la justicia, la austeridad, la unión de la virtud, la aplicación exacta y vigorosa de las leyes, que existen, dentro de los principios de la moral y de la religión, aunque esas leyes sean incompletas e imperfectas. Basta desterrar las arbitrariedades. San Fernando reinaba ya honda y absolutamente hasta las entrañas de la sociedad, hasta las raíces de las almas, como debe reinar un monarca cabal; porque en Castilla se cumplían bajo su mando y bajo los auspicios de los consejos de su gran consejero, D. Rodrigo, las cuatro cosas *«naturales al Señorío del rey»* que sus vasallos leían en el Fuero viejo de Castilla *«que non las debe dar a ninguno nin las partir, ca pertenescen a él por razón del Señorío, que son, justicia, moneda, fonsadera e suos yantares.»*

No cabe duda que D. Rodrigo contribuyó poderosamente a la innovación y progreso de las leyes en Castilla. Primero en el período más fértil de la concesión de los fueros, (1150 y 1240) él fué el más fecundo y variado donador de ellos. Él inspiró en segundo lugar el proyecto del Setenario a San Fernando, que no lo llevó a cabo, pero encargó a su hijo que lo ejecutara, y lo hizo cambiándolo en las Siete

Partidas, expresando que las redactó para cumplir el mandato de su padre. ¿Cómo iba San Fernando a concebirlo no habiendo tenido más educación que la de la guerra en la Corte de León, y en Castilla siempre vistió armas y empuñó el acero del combate?

En la primera parte de 1244 D. Rodrigo se puso de nuevo en acción en pro de su querida Huerta, que había perdido para esa fecha los beneficios de exención de tributos, que el mismo Arzobispo le obtuviera, años atrás, del Obispo Oxomense, Ramírez de Piédrola, y también la exención total de los diezmos, para su donación de Bliecos y Cantabos. Durante catorce años así continuó: pero al ser trasladado a la Sede de Burgos el Obispo D. Juan Domínguez, insigne Canciller de San Fernando e íntimo de D. Rodrigo, sucedió en el Obispado de Osma D. Pedro Peñafiel, el cual no se conformó con lo hecho, a pesar de estar aprobado por el Papa; (1) antes bien «puso pleito al monasterio de Huerta» como escribe Loperráez, pero no dice la causa de este pleito. Y prosigue así: «y viendo el monasterio que la posesión del lugar y diezmos corría riesgo, por haber ganado el Obispo una sentencia, se valieron del favor de D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, y dándole cuenta del estado, en que se hallaban, resolvió aquel Primado, como tan apasionado del monasterio, el escribir con todo esfuerzo al Obispo, rogándole que desistiese de su pretensión y que renovase la escritura de donación, que había hecho su inmediato (?) antecesor..... a lo que condescendió, con beneplácito de su Cabildo.» (2) Cerralbo escribe que Peñafiel consideró excesiva la donación y la revocó luego. D. Rodrigo emprendió el camino de Osma para lograr, que el Obispo cediera, ya que se trataba de bienes de su familia materna. (3) Y cedió D. Pedro Peñafiel, y firmó un documento calcado en el primitivo, en que se declara, que hace la misma concesión, «en atención a la devoción del monasterio de Huerta y a las súplicas de nuestro Padre Rodrigo, Arzobispo de Toledo.» Les pone las condiciones siguientes; que sean presentados al Obispo los clérigos, que han de regir las iglesias de Bliecos, Boñices y Cantabos; que cada año, por San Martín, paguen al refectorio del Cabildo de Osma un maravedí de reconocimiento, y que si un día los cistercienses de Huerta dieran eso a otros, volverá al Obispo de Osma.» Termina el documento así: «Se hizo esto en el claustro de la Iglesia de Osma, bajo el sello de la Sede Toledana, año del nacimiento del Señor, 1244.» (4) Inocencio IV lo confirmó el 8 de Junio del mismo año, expresando, que ya anteriormente estaba aprobada la concesión.

Un doloroso susto dió a San Fernando este año el bravo Aldamar, Rey de Arjona que furiosamente acometió y destrozó varios cuerpos del ejército castellano. El Rey Fernando, irritadísimo, se lanzó, con gran hueste [como un vendabal, contra el atrevido caudillo sarraceno, que perdió a Arjona y otros pueblos importantes. Iba con el Rey su esposa, D.^a Juana; nada se dice de D. Rodrigo, que a casi en todas las expediciones se hallaba, en no estando fuera de Castilla, pero se ha de creer que acompañó a su Monarca; ya que no era una excursión ordinaria, sino una campaña formal y dura, que terminó pronto y felizmente.

Del año 1244 no hay más noticias, y las de 1245 las empezaremos con el nombramiento del Adelantado de Quesada y Cazorla. Escribe Salazar de Mendoza: «El Arzobispo D. Rodrigo... nombró a don Gil de Rada, caballero navarro, el año de mil y doscientos y cuarenta y cinco. Entonces le dió la tenencia y guarda de algunos lugares de el Adelantado, llamándole su amado hijo y sobrino. Aplicóle

(1) Bula de Inocencio IV. Loperráez. Ap. LV. T. III. (2) Tom. I. P. 237. (3) *Discurso...* P. 261 y siguientes. (4) Loperráez. III. Ap. LV.

las rentas, que tenía en Calatrava, Córdoba, Ubeda, Andújar y Martos. De este caballero hay mucha memoria en los Anales de Aragón.» (1) Más hay en los de Navarra, que no estaban publicados cuando eso escribía Salazar de Mendoza. Gil de Rada era hijo de Bartolomé de Rada, hermano del Arzobispo, y heredó de su padre el Señorío de Rada en unión con su hermano Jimeno de Rada, antes del año 1227. Porque los dos firmaban el cinco de octubre, martes, de ese año, un pacto de avenencias acerca del castillo y villa de Rada, con el Rey Sancho el Fuerte de Navarra, que no estaba satisfecho de su lealtad. (2) Teobaldo I, en noviembre de 1236, firmó composiciones acerca de la villa de Rada con Gil de Rada y su mujer. (3) Su nombre aparece constantemente en los documentos reales de Navarra desde 1226 hasta más allá de 1260; pero siempre le rodean recelos de deslealtad y marcado desafecto a sus Monarcas, que prudentemente desconfiaban de él. Quizás sus relaciones con su tío, D. Rodrigo, arraigaron más esos sentimientos de alejamiento de sus Reyes propios, sentimientos, que perduraron toda la vida; pero no llegaron a consumir ningún acto de traición ni deslealtad.

Don Rodrigo utilizó los valiosos servicios de su sobrino en la conquista de su famoso Adelantado de Quesada y Cazorla, acaso desde el principio; si bien no hay datos ciertos de cuándo empezó a prestárselos Gil de Rada. Lo indudable es que yendo y viniendo de un Reino a otro, e intimando con la gente del Arzobispo y con la nobleza castellana, se acostumbró a la vida de Castilla, y mostró su afición a ella, con lo cual siempre se mantuvieron vivos los recelos contra él.

Ha visto el lector en otros capítulos cómo Sinibaldo, Cardenal de San Lorenzo, en Lucina, por mandato de Gregorio IX, se encargó de algunos asuntos de D. Rodrigo, y particularmente de la grave causa del Obispado de Valencia. En su viaje de 1241 D. Rodrigo tuvo que informarle verbalmente de todo, para que decidiese según justicia. Sinibaldo la tomó a pechos, y aún después de la muerte del Pontífice de las Decretales, urgió a las partes litigantes, para que cuanto antes presentasen los procesos formados en la Curia romana. Antes que los viese ni pudiese dictaminar, cambiósese enormemente su situación. El 24 de junio de 1243, el cónclave de los Cardenales, por unanimidad, le eligió Papa. Sinibaldo no era un hombre ordinario, sino un eclesiástico de ilustre cuna, nacido en Génova, heredero de la aristocrática sangre de la familia de los Condes de Lavagni, y más aristócrata por las prendas de su inteligencia y virtud que por la sangre, sabio en las ciencias, eminente diplomático, que con rara discreción consiguió, que Pisa y Génova firmaran la paz; por lo que Honorio III le nombró Vicecanciller de la Iglesia. Gregorio IX le nombró Cardenal el mismo año de su promoción al pontificado, 1227. Sinibaldo dirigió con tal tino y delicadeza las negociaciones romanas de su incumbencia con el fementido emperador, Federico II, que obtuvo mayores ventajas de las que se imaginaban por nadie, hasta el punto de que, cuando fué elegido supremo Pastor de la Iglesia Católica, se creyó comunmente que blandamente transigiría con las pretensiones del verdugo de Gregorio IX y de la cristiandad, explicando sus triunfos diplomáticos por un sistema de concesiones extremadas, cuando en realidad eran fruto de firmeza prudente o de ingenio. Se patentizó mejor cuando en medio de augurios de avenencia con el emperador de Alemania, a penas coronó su frente la tiara pontificia, en Agnani, donde se le consagró el 28 del mismo junio, se mostró tan firme como su predecesor.

Inocencio IV fué el último Papa, que trató D. Rodrigo, y el único de quien se

(1) *Vida del Cardenal Tabera*. Cap. 23. (2) *Inventario de Périz de Cáteda*. Arigita. P. 363 y 344.
(3) *Inventario...* Arigita. P. 290.

sabe que trató también antes de serlo, por motivos de sus negocios en la Curia romana. Y creo que en los tres viajes que hizo a Italia el Toledano, desde que fué nombrado Vicecanciller en 1227, intimó con él. En el Bulario de este Pontífice, que empieza el 2 de julio de 1243, no encontramos señales de correspondencia con D. Rodrigo hasta enero de 1245. La primera señal es una alusión a sus hazañas y persona en una carta al Cabildo toledano, el 18 de enero de ese año. Inocencio IV concede al Cabildo el permiso de establecerse temporalmente en la iglesia de San Justo, (de Alcalá de Henares) y aprueba todo lo que sobre esto ha hecho, por cuanto «el Concejo de la ciudad de Toledo le irrogó graves contumelias, apoderándose de los castillos y villas, que nuestro Venerable Hermano, Arzobispo de Toledo, arrancándolos con grandes trabajos y gastos de manos de los sarracenos, los adquirió para el culto y para la Iglesia de Toledo. Sólo unos pocos oriundos de la ciudad podían vivir allí, a los demás no les era posible.» (1) Caso extraño. No se conserva ninguna noticia más de tribulación tan grave del Cabildo toledano, en la que tuvo que sufrir mucho D. Rodrigo, y también apelar a medidas de extremo vigor, para defender la porción más distinguida y más íntima de su clero, como por rescatar de las manos rapaces del Concejo tantos bienes conquistados con tantos sacrificios suyos. Bueno era él para abandonar intereses tan sagrados de la Esposa de Cristo. El mismo día 18 de enero expidió el Papa otra bula en favor del Maestro Bibiano, Tesorero del Cabildo de Toledo, «nuestro subdiácono,» para que, si quisiera, pudiera permutar su cargo de Tesorero con alguna Dignidad, que se le ofreciese en San Pedro de Estella y en San Jorge de Berbinzana, de las diócesis de Pamplona y Calahorra. (2) Bibiano hubo de quedarse en precaria situación económica con la forzada retirada del Cabildo toledano de su ciudad, y solicitó del Papa este favor en Navarra, su tierra. Sea por gratitud a D. Rodrigo, por haberle hecho Tesorero del Cabildo de Toledo, sea por otra causa anterior, el Maestro Bibiano era persona de particular confianza de la familia del Arzobispo. Gil de Rada y Bartolomé de Rada, sobrinos del mismo, le escogieron por juez suyo sobre sus diferencias acerca de los derechos sobre el solar natal de D. Rodrigo, la villa de Rada, y por el mes de junio de 1248, sentenció Bibiano en unión del Deán de Tudela, el Prior de Olite y otro caballero navarro, que Gil de Rada diese a Bartolomé de Rada cuatro mil maravedís en oro, o en dinero, o en heredades, que lo valiesen. (3)

El 27 de enero del mismo año Inocencio IV escribe a D. Rodrigo, que ha recibido la reclamación, que, acerca del derecho de Primacía sobre la Iglesia de Braga, por medio de Bibiano, Tesorero de Toledo, procurador suyo, le ha presentado, y le manifiesta, que al confirmar al electo Arzobispo de Braga en su Sede, no intenta que se origine ningún perjuicio a la Iglesia de Toledo en lo sucesivo. (4) Alerta estaba D. Rodrigo para defender los derechos primaciales, y pronto presentó al Papa lo que vindicaba para su Sede: pues el 20 del mismo mes había expedido la bula de confirmación del nuevo Prelado Bracarense, que se llamaba Juan, y era Arcediano del Cabildo de Braga. (5)

Pero la bula más importante de este mes de enero de 1245, que el Primado de las Españas recibió del Sumo Pontífice, fué el llamamiento a un Concilio ecuménico, (6) bula que se dirigió a todos los Prelados de la Iglesia y a los Príncipes cristianos, introduciendo en cada bula las modificaciones particulares correspondientes a la clase y categoría de cada Prelado y de cada Soberano católico. Inocencio

(1) Berger. 908. (2) Berger. 930. (3) *Inventario..* Arigita. p. 327. (4) Berger. 950. (5) Berger. 907. (6) Labbe. Tom. XL. 636. Mansi. T. XXIII. 608.

IV, lo mismo que Gregorio IX, vió que el único medio eficaz para humillar y derrotar al malvado Federico II de Alemania era un Sínodo general.

El ínclito Soberano alemán, defraudado en su sueño de ganar al nuevo Papa, y obcecado por el triunfo anterior, multiplicó sus maldades, y apretó más el cerco a Roma, para abatir al Pontífice. Este, más fuerte e inexorable con la persecución armada, el 27 de septiembre anunció al pueblo romano, desde el púlpito, la próxima reunión del Concilio general, para el día de San Juan Evangelista; y al ver que los soldados estrechaban el asedio de la capital, salió sigilosamente de Roma, al empezar octubre del año 1244.

El 5 del mes llegó en litera a Estela, ya enfermo, hasta inspirar al poco temores de muerte. Después de curarse, evadiendo los lazos de Federico, por Asti, Alejandría, Turías y Susa, penetra en Francia y llega a Lyon el 2 de diciembre de 1244, donde se pone bajo el amparo de la espada de San Luis, mientras el Rey francés en Pontoise es presa de mortal disentería, desde fines de noviembre. La ardiente fe de Francia, que se exhaló en lágrimas y oraciones hacia el cielo, salvó prodigiosamente la vida de su Santo héroe. El Papa renovó la excomunión contra Federico en la Cuaresma de 1245.

Las frases substanciales de la bula de la convocación eran las siguientes: «De-seando con el saludable consejo de los fieles y su provechoso concurso restablecer el esplendor de la Iglesia, evitar el peligro de Tierra Santa, restaurar el Imperio, y reprimir los Tártaros, como a los demás despreciadores de la fe y perseguidores del pueblo cristiano, hemos resuelto llamar a los Reyes de la tierra, a los Prelados de las Iglesias y a los Soberanos del mundo. Por lo que rogamos a vuestra Fraternidad, e instantemente os exhortamos y mandamos a que vengaís personalmente, sin excusa, para la próxima fiesta de San Juan Bautista.» (1) Citó el Papa al Emperador, no obstante la excomunión y su insultante actitud, para que se defendiese en el Concilio, el 18 de Abril. Federico contestó apelando al Papa futuro, a los Soberanos y a todo el mundo, con befa. Pero no dejó de enviar a Pedro de Viñas y Mateo de Susa, como plenipotenciarios suyos, los cuales se hicieron famosos por el tesón con que le defendieron. El 28 de Junio se celebró la primera sesión de este Concilio ecuménico con asistencia de varios Cardenales, de los Patriarcas de Antioquía, Aquilea y Constantinopla, y ciento cuarenta Arzobispos y Obispos, entre los cuales descollaban los Prelados de España, según lo reconoce Rohrbacher, (2) el Emperador Balduino II y muchos representantes de Reyes. Se examinó la causa de Federico en seguida, se esperó hasta el 17 de Julio para dar la sentencia, hasta ver si acudía, resolviendo interin otros graves asuntos. Como no acudió, en ese día se celebró la célebre sesión así: «El Papa y los demás Prelados asistieron a la sesión con velas encendidas, y condenaron rigurosísimamente al llamado Emperador, *qui jam imperator non est nominandus*, dejando todo confusos a sus defensores.» El plenipotenciario, Mateo de Suesa, sollozando exclamó allí mismo: «Verdaderamente este es el día de la ira». Los Padres del Concilio, en señal de aprobación de la sentencia, arrojaron los cirios al suelo. No se humilló el tirano, sino que en expresión del Salimbene, se exasperó como la osa en su bosque, cuando le han robado los hijos. (3)

¿Qué parte tomó D. Rodrigo en este Concilio? Escribe un diligente biógrafo: «Don Rodrigo de Rada mereció grandes aplausos en el Concilio de Lyon, donde todos los Padres admiraron sus profundos conocimientos y las ciencias sagradas y profanas; así como la facilidad con que manejaba los idiomas, siéndole tan fa-

(1) Labbe. En lugar citado. (2) Hist. de l' Eglise. T. IX. P. 11. (3) Rohrbacher. Loc. Cit.

miliares como si cada uno hubiera sido el suyo propio. La Santa Sede le admiró, y en todas partes fué tenido y respetado como uno de los hombres más sabios de su siglo.» (1)

Muchos reparos hay que poner en esos conceptos. Universalmente los historiadores españoles han escrito que Jiménez de Rada asistió al Concilio de Lyon, muchos de ellos fundándose en los versos del epitafio de su tumba, que ciertamente nada dicen sobre esto, como lo veremos en su lugar. Lo que añade sobre sus triunfos es una palmaria equivocación. Sólo al Concilio Lateranense cuarto (1215) pueden referirse. Incurre en el mismo error otro más autorizado historiador. (2) Ni las actas de este Concilio, ni otro autor coetáneo dicen palabra sobre tales éxitos. Aún hay más. En las actas conciliares, entre los Arzobispos, que se nombran, se hallan los nombres de Pedro de Tarragona, de Juan de Compostela y de Juan de Braga, y no aparece el nombre de Rodrigo de Toledo. ¿Significa esto que ni siquiera concurrió al Concilio? Así sostuvo el famoso historiador Spondano, de la misma nacionalidad que D. Rodrigo, en su magna obra *Annalium Ecclesiasticorum Eminientissimi Cardinalis Cæsaris Baronii Continuatio*. (3) Spondano escribe así, disintiendo de todos los demás biógrafos de D. Rodrigo, tras un gran encomio: «Que no asistió al Concilio de Lyon de ninguna manera, nos convencemos por el hecho de que, en aquella Constitución de Inocencio, promulgada durante el concilio, de la cual más arriba hemos hecho mención, en la cual se halla escrito el nombre de Pedro de Tarragona, no se encuentra memoria alguna de Rodrigo, entre los demás Arzobispos, siendo así que se enumeran muchos de muy inferiores Sillas.» (4) La observación tiene fuerza, pero no perentoria. En esa Constitución figuran en particular, y nominalmente sólo veinti y un Padres, de ellos uno es obispo, Hispano de Auch. (5) Y no se conocen más nombres de Prelados asistentes al dicho Sinodo, y por estar allí sabemos que asistieron los otros tres Metropolitanos de la Península. Lo que nos indica, que el hecho de no figurar en ese documento no es razón concluyente para decir que no tomó parte en el Concilio, como no lo es para otros muchos, que allí no aparecen y que seguramente asistieron. Una circunstancia extraña impidió el que subscribiera aquella Constitución como a otros muchos españoles les impidió.

Desvirtuado así la aparente fuerza del argumento del Spondano, es preciso confesar que no nos quedan, para creer que asistió, más argumentos que la aserción tradicional antiquísima, y además para mí, las circunstancias de la correspondencia ulterior al Concilio, que existe entre Inocencio IV y D. Rodrigo, aunque esa corres-

(1) Moreno Cebada. Hist. de la Iglesia. II. (2) Escribe Vicente de la Fuente. «Donde asistió don Rodrigo fué al Concilio general de Lyon, celebrado en 1245, en tiempo de Inocencio IV, donde asistieron el Emperador Balduino y San Luis de Francia y en donde se acordó la última cruzada a las órdenes de este gran monarca. Allí D. Rodrigo representó dignamente a la Iglesia de España, sentándose junto a los Patriarcas que asistieron todos y demostrando a la faz de la Iglesia y de todo el mundo su vasta erudición y su saber poligloto. Aplaudido por el Concilio, favorecido por la Santa Sede, admirado por los sabios de su tiempo, respetado por los hombres de virtud y santidad, que allí se reunieron, regresaba D. Rodrigo a España, cuando le asaltó una fiebre maligna, que puso fin a sus días.» (*Elogio*. p. 30.) Se verá como este hecho del regreso y muerte ocurría dos años más tarde. Se confunde el autor y mezcla fechas, que en otra parte las distingue al decir que murió en 1247. (3) Enrique de Sponde (que latinizó su nombre en Spondanum) nació en Mauleón, principal población de la sexta Merindad de Navarra, en 1568; fué ahijado de Enrique IV, entonces rey del trunco reino navarro, y después de Francia, a la que agregó el fragmento de su herencia primera. Fué Sponde secretario de Doña Juana de Navarra, con la que se hizo calvinista; después abjuró la ponzonía en 1595; en Roma abrazó el estado eclesiástico, y se le nombró obispo de Pamier en 1626. Escribió mucho docta y católicamente. Murió en 1643. (4) Tomo. I. (ed. Ticini.) p. 182-183. (5) Hefele. Tom. V. p. II. pág. 1635.

pondencia terminantemente no revela esa asistencia. El 13 de agosto (1) el Papa expidió la bula «*Etsi*» en favor del Infante D. Sancho, hijo de San Fernando, discípulo del Arzobispo, y canónigo de Toledo, para que, además de la canongía, pudiera recibir muchos beneficios y dignidades eclesiásticas, en atención a los buenos informes dados por D. Rodrigo. Notemos aquí que consta por varias partes del Bulario que el ser hijo del rey Fernando influía para que se abriera más de lo conveniente la lista de las dispensas pontificias de esa y otras clases, aunque también se cerraba cuando se iba a los extremos. Ejemplo tenemos en el segundo discípulo regio de D. Rodrigo. Inocencio IV, el 14 de octubre de 1243, decía a Felipe, clérigo de Burgos, hermano de Sancho, que aún cuando sólo tiene 15 o 16 años, se le faculta para que pueda ser Abad de Valladolid, a petición del Cabildo, por ser hijo del rey de Castilla y León. En cambio, el 9 de noviembre de 1246, escribe a San Fernando y al Cabildo de Osma, que no accede a su petición, de que Felipe sea hecho Obispo de Osma. Harto cargo tiene, añade, con la Abadía de Valladolid. (2)

Hay más: El 10 de Julio, en los mismos días del Concilio, confirmó Inocencio IV la concordia extensísima, que habían hecho la Orden de Calatrava y D. Rodrigo, y que el día 7 del mayo anterior había autorizado San Fernando, para poner término a una serie inacabable de disputas y pleitos embrollados, que no tenían solución por vía judicial. (3) Versaban las diferencias sobre décimas, la visita de iglesias, nombramientos de curas y otros derechos. Parece que lo gestionó en Lyon el mismo Arzobispo.

Inocencio IV concedió a D. Rodrigo el 25 de octubre del mismo año la rara gracia siguiente, con palabras, que hay que leer, para apreciar cuánto le estimaba el Padre Santo: «*Digno eres por tus méritos, que te distingamos con especial gracia de la Santa Sede, tu que procuras resplandecer con el brillo de la pureza de la conciencia, con opinión de virtud y celo entre los prójimos y los que están bajo tu solicitud, de tal modo cumples con tu ministerio, que mereces oír del Supremo Padre de familia: «Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de su Señor» entregándote a la vez los talentos duplicados. De aquí es que deseando honrar a tu persona, concedemos por las presentes, que ningún ejecutor delegado o subdelegado o conservador deputado por la Sede Apostólica, ni su Legado, pueda pronunciar ninguna sentencia de suspensión, entredicho o excomunión contra tu persona, sin mandato particular de la Sede Apostólica, y haciendo expresa mención de semejante concesión. A nadie sea lícito quebrantar o contradecir temerariamente esta concesión. Si, empero, alguien lo presumiere, sepa que incurrirá en la indignación del Dios omnipotente y de sus Apóstoles, Pedro y Pablo. Dado en Lyon, octavo de las calendas de noviembre, año III de nuestro pontificado.» (4) Bien se ve que tan excepcional privilegio concede el Papa a un varón, en su concepto, consumado en las virtudes pastorales y cristianas. Semejantes concesiones había hecho poco antes a los Obispos de Oviedo (5) y Salamanca, (6) pero sin el especial elogio de sus personas. Hemos de consignar también, respecto de la correspondencia de Inocencio IV con D. Rodrigo en 1245, que el 29 de agosto del mismo le dirigió, a la par que a todos los demás Obispos de España, el encargo y la amonestación para que excomulgara a todo Caballero de Santiago, que apostatara de su Orden y viviera *turpiter*, cuando así se lo requieran el Maestre General o los Comendadores de la misma. (7)*

(1) Berger. 1434. (2) Berger. 2215 y 2216. (3) *Bullarium S. Jacobi*. P. 78 y 82. (4) Ap. 176. (5) Berger. 1432. (6) Berger 1440. (7) *Bull. S. Jacobi*. P. 133.

He aquí ahora los sucesos relativos a su persona, que este año transcurrieron en España. San Fernando, el 12 de Abril, estando en Pozuelo, donó a los Caballeros de Alcántara el castillo de Alcocer; pero declara en la carta, que está en la misma comarca el castillo de Peña, propiedad de D. Rodrigo, y resuelve así sobre sus términos y los del de Alcocer: «De tal manera se divida lo que hay entre el castillo de Peña y el de Alcocer, que el de Peña tenga las dos terceras partes y el de Alcocer la tercera parte.» (1) Del 8 de octubre transcribo el documento de reconocimiento de un crédito, por ser de una sobrina del Arzobispo, y como muestra del romance de entonces:

«Conoszuda cosa sea a todos los que esta carta vieren, como yo, donna Mari Ibanes, mugier, que fu de don Rodrigo García, otorgo et vengo conoszuda, que debo a mio tio, honrado Sennor et Padre en Cristo don Rodrigo, por la gracia de Dios, Arzobispo de Toledo... trescientos maravedís, que me emprestó para pagar lo que despís (dispuse) en el soterrario de mi marido. Et a mis arras et quanto que al Arzobispo et meto gelo todo en poder, en tal manera, que yo ni otri por mi non lo pueda dar ni vender nin empennar ni enagenar por ninguna manera, fasta que el Arzobispo sea pagado entregadamiente (integralmente) de aquellos ccc tos maravedís sobre dichos, que me emprestó. Et porque esta cosa sea más firme mande fazer esta carta con mi sello et robrada (rubricada) de los testigos que aquí son escriptos. Facta carta en Brioga, VIII días andados del mes de octub, en la era mil e cc et LXXXIII annos. Testigos que fueron presentes: don Martin de Cunca, jurado de Brioga, et don Guillen de Sendina.» (2) ¿Indica esto que don Rodrigo descansaba ya en Brihuega, de vuelta de Francia? Puede creerse.

Parece que es de este año el arreglo que D. Rodrigo hizo con el Maestre de Santiago sobre las iglesias del campo de Montiel, acerca del cual el gran Cardenal de España, Pedro González de Mendoza, en la concordia que hizo el 30 de Julio de 1491, en Ocaña, como Arzobispo de Toledo, con la Orden de Santiago, dejó consignado: (3) «Iten es concordado quanto a la provisión e presentación de los beneficios curatos se guarde la composición antigua fecha entre el Arzobispo don Rodrigo y el Maestre Pelay Pérez, segund e como en ella se contiene.»

Años había que San Fernando ansiaba apoderarse de Jaén, a la que reiteradas veces había cercado infructuosamente. Resolvió a fines de 1245 no volver de una nueva expedición sin conquistarla. Por lo que, hechos unos preparativos desusados, recibida la aprobación del plan, que solicitó del Maestre de Santiago, don Pelayo, (4) se fué, en diciembre, a circunvalar a la poderosa ciudad, cuya defensa se prolongó hasta la primavera de 1246, gracias al valor del bravo valí, Omar Aben Muza, que hizo sufrir grandes penalidades a la hueste cristiana. Mas un suceso inopinado precipitó la toma de Jaén y recompensó a los cristianos los males sufridos. El valeroso y sagaz Rey moro granadino, Alhamar, fatigado por la guerra intestina, ofreció a San Fernando la ciudad de Jaén y la mitad de las rentas de su Reino a cambio de paz y eficaz amparo contra los rebeldes, y reconocimiento de su Soberanía en Granada. Gustoso accedió el Rey de Castilla, y recibió la ciudad a mediados de Abril, según los Anales Toledanos, (5) en marzo, según el Cronicón de Cardeña. (6) Presente estaba, además de San Fernando, su heredero, D. Alfonso: parece que no estaba D. Rodrigo, por cuanto se dice que consagró

(1) *Bull. Ordinis Militiæ de Alcantara*. P. 53. (2) Pergamino original en Toledo. Sello. Archivo. Lo copió Burriel. Lo publicaron La Fuente. *Elogio*. Ap. V. y Pereja. P. 643. (3) *Bull. S. Jacobi*. 133. Número 12 de la concordia. (4) M. La Fuente. *Hist. Part. II. C. 14 del Lib. II*. (5) Huici. . P. 363. (6) Huici. . P. 375.

la mezquita principal en templo católico el Obispo de Córdoba, D. Gutierre, que con el tiempo sucedió brevemente a D. Rodrigo, en la Sede toledana.

No hay duda que Jiménez de Rada, si no estaba con San Fernando en los días de la entrega de Jaén, o en los días de la consagración del templo musulmán, sino obró por delegación el Obispo de Córdoba, tomó parte en la expedición, como lo hacía en todas. Prueba de su paso por Jaén es el documento siguiente, escrito antes de la ocupación de la ciudad. Dice así. «Conoszuda cosa sea que yo don Fernando, rey, do a vos, don Rodrigo, Arzobispo de Toledo.. mil maravedís alfonsis por toda la vida, después que vos oviese dado Batza (Baeza) non vos diere los cinco maravedís, según pacto es en otra carta. Estos mil maravedís vos pongo de mi rueda en tierra de Granada. Apud Jaen, rege exprimente, ultimo die martii, era 1274. (1246) (1) Ni podía faltar el Arzobispo, a causa de los dominios propios que tenía cerca, y que aún sin este motivo de la guerra, le incitaban a frecuentes viajes a aquella tierra. Pues el Adelantado de Cazorla y Quesada llegaba hasta las puertas de Jaén. Esto fué motivo para que en seguida negociase y consiguiese la agregación del territorio de Jaén a su Archidiócesis, «contribuyendo, como dice La Fuente, la grande importancia del Arzobispo D. Rodrigo» para que se consumase la anexión. (2) En 1249, se trasladó allí la Sede del Obispado de Baeza, como población más principal, y siguió siendo sufragánea de Toledo, pero éste perdió la propiedad de la ciudad, con harta pena.

Plació a San Fernando la vida en Jaén, y quedóse allí durante ocho meses continuos, reedificando y fortaleciendo la ciudad, organizando sabiamente la vida civil con buenas leyes, para armonizar la convivencia de cristianos y árabes, pues éstos quedaron en la capitulación con todo lo que poseían, maldiciendo cordialmente el tratado hecho por el rey moro de Granada con San Fernando, como una traición hecha a su patria y religión, cuando precisamente en esta ocasión Alhamar había superado en intuición y acierto diplomáticos al rey de Castilla y su Corte. Con esta alianza y con la fidelidad en cumplirla, salvó su reino y su autoridad, y puso sólidos fundamentos para un Estado brillante. Los castellanos firmaron con ella la prolongación de la vida del árabe en España, por tres siglos más. San Fernando dotó espléndidamente a las iglesias de Jaén. Hasta otoño de 1246 no se movió el santo rey, feliz en la buena compañía de su querida consorte, Doña Juana, que no se alejaba de él, sin sentir la necesidad de las maternales caricias, que tanto le acució durante la organización de la vida de la ciudad cordobesa, en su viudez, siendo eso causa de las idas y venidas de Castilla a Córdoba. En cuanto a D. Rodrigo no hay posibilidad de determinar el tiempo, que estuvo con el rey. Ya hemos dicho que las firmas suyas en los documentos reales no sirven para dictaminar acerca de su presencia en el lugar, en que se expiden. Desde luego que en todos los que expidió San Fernando aparece la de D. Rodrigo, durante toda la temporada, desde el cerco de la ciudad hasta que de ella se ausentó, casi al año completo. El 31 de diciembre de 1245 dió el primer documento, durante el asedio de Jaén, para permutar la villa de Pego con otros lugares con los Calatravos. (3)

En uno de esos documentos consta la venta de varios lugares y tierras del Arzobispo hecha, no se sabe por qué, por San Fernando. (4)

Mientras así demoraba San Fernando en Jaén, sorprendió a Castilla, y mucho más al santo Rey, la muerte de su madre, D.^a Berenguela, a los 75 años y dos me-

(1) *Memorias*.. p. 426. (2) *Hist. Ecl. de España*. t. IV. p. 264. (ed. 2.) (3) *Memorias*.. p. 479.
(4) *Memorias*.. 482.

ses y medio de su edad; probablemente falleció en Toledo, desde donde solía gobernar el Reino, mientras su hijo peleaba al sur. Según el calendario burgalés murió el 8 de noviembre de 1246; (1) según Mondéjar el 8 de octubre; (2) pero no alega ninguna razón. Dispuso la inmortal reina que se la enterrara en las Huelgas de Burgos, «en sepultura llana y humilde» como dice su testamento. Podía la admirable madre partir tranquila del mundo. Grande era su hijo por la grandeza de las conquistas, por la grandeza de la monarquía castellano-leonesa, una y fuerte, y lo que más anhelaba ella por la grandeza de las virtudes. Tuvo que ser rápido e inopinado el fatal desenlace: de haber tiempo para que se notificase la nueva del mal, hubiera acudido Fernando. No vino ni al enterramiento, ni volvió ya en su vida a pisar el suelo castellano, (3) como si el dolor le alejara de él, por no poder contemplar ya más la celestial mirada de su idolatrada madre, a la cual en todo tiempo la trató como a verdadera reina de Castilla.

Para D. Rodrigo fué un golpe tremendo. La quería y admiraba tanto por lo menos como San Fernando, por motivos sacratísimos de índole distinta. Pues no cabe duda que dirigía su alma en los caminos de la virtud, y además a ningún miembro de la familia real de Castilla trató D. Rodrigo tanto tiempo y en tan variadas y azarosas circunstancias como a ella. Desde que entró en la Corte de Alfonso VIII, en 1207, hasta la fecha de su fallecimiento, estuvo a su lado, dirigiéndola y sosteniéndola en los días agrios de Enrique I. La apreció y la encomió como nadie. Tres años antes de este suceso, escribió su elogio, en el capítulo penúltimo de su Historia, con rasgos, que transparentan, que el Arzobispo habla como padre de su hija espiritual, descubriéndonos los arcanos del interior de aquella excelsa alma, que conocía profundamente, y elevando a Dios a favor suyo sus paternales plegarias. Dice así: «Pues esta reina conservó con tan gran cuidado y acrecentó de tal modo los carismas de las gracias, que recibió, que toda edad, todo sexo, toda condición, toda nación, toda lengua siente hacia ella un afecto expresado con obras; ella distribuye a todos los tesoros de su misericordia, sin que el haz de sus virtudes se descomponga; y ejecutora cuidadosa de las obras de su padre, se prodiga aún más a los negocios del reino y a las vicisitudes de las cosas que a la misma adquisición de las virtudes, y la admiran justamente nuestros tiempos, y no tuvieron nunca otra semejante ni nuestros tiempos ni los de nuestros padres. *Por ella rogamos al Señor*, para que se digne conservarla mucho más tiempo, que le conceda lo que le conviene, y que abunde en buenas obras hasta que restituya su dichoso espíritu a su Redentor.» Otro dato, que denuncia que Don Rodrigo estaba en comunicación con las cosas de la conciencia de Doña Berenguela es aquel, de que hemos hablado: Que procuró a su hijo segundas nupcias por temor de que no se empañara con ajenos tratos la pureza del mismo. (4) Conjetura la historia que D. Rodrigo dió sepultura a los restos mortales de la madre de San Fernando, como dió a los de su hermano, el Infante D. Fernando, de sus padres, Alfonso VIII y Doña Leonor y de otros personajes reales. Acaso vino al mismo acto el nieto de la difunta, el Infante Alfonso, heredero de la corona, el cual celebró los esponsales con Doña Violante, hija de Jaime el Conquistador, en Valladolid, en el mismo mes de la muerte de su abuela, y según parece, para confirmar aquel admirable tratado, que los monarcas de Castilla y Aragón habían concertado respecto de las conquistas de Murcia. (5) Se acordó allí pelear juntas

(1) Flórez. *Reinas Católicas*. p. 472. (2) *Crónica de Alfonso VIII*. Ap. 8. c. 6. (3) Cabanilles. *Hist. de España*. III. p. 77. (4) Lib. IX. c. 18. (5) Modesto La Fuente. *Hist. de España*. Part. II. L. II. c. 14.

las huestes de los dos reinos contra el árabe, y repartirse lo adquirido, reteniendo lo que cada cual ocupara. Esta campaña de Murcia la inició y ejecutó el Infante Alfonso en nombre propio, con la venia y apoyo de su padre, por eso Inocencio IV despachó el 24 de abril de 1246, la bula de indulgencias de la cruzada en pro de todos los que siguieran al primogénito del rey de Castilla, para pelear contra los sarracenos de la frontera. (1)

En la segunda parte del año 1246 fué nombrado Obispo de Marruecos un franciscano, llamado Lope, español, promovido y consagrado indudablemente por nuestro Arzobispo de Toledo, que según hemos visto, tenía la dirección efectiva de las misiones del norte de África y del sur de España, entre los sarracenos, con derecho y obligación de nombrar los Obispos necesarios. Nada menos que veinte cartas escribió Inocencio IV, con esta ocasión, desde el 23 de octubre al 11 de noviembre de 1246 por el éxito de los trabajos apostólicos del Obispo recién nombrado, y de los cooperadores suyos en aquellas vastas y peligrosas comarcas. (2) Recomienda Obispo y misioneros a los Reyes de Marruecos y Túnez, a los de Aragón, Navarra, Castilla y Portugal, a los Prelados de España y a otros, que están en el caso de ayudarles, a todos los fieles españoles, a los Santiaguistas, si de ellos reclaman auxilio los misioneros, y por fin a los Superiores de los mismos Franciscanos, ¡Qué penal! No hay noticias de lo que se hizo, como consecuencia de estas bulas.

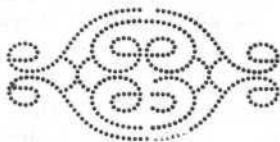
Fuera de esas bulas generales no hay rastros, ni en los *Regesta*, ni en los Archivos españoles, de que D. Rodrigo recibiera en 1246 otras particulares, como ocurre en los años anteriores. Esto hace pensar que el Arzobispo no se comunicó con la Santa Sede en ese año, a causa de sus trabajos, al lado de San Fernando, en la conquista y organización civil y eclesiástica de la ciudad de Jaén y su territorio. En cambio no sucede así en los meses de Marzo, Abril y Mayo de 1247. El 27 de Marzo participó el Papa a D. Rodrigo, que había resuelto consagrar por sus manos al Obispo de Osma, pero que con esto no quiere perjudicar sus derechos de Metropolitano. (3) Lo mismo determinó la Santa Sede con respecto del Obispo de Córdoba; pero Jiménez de Rada escribió al Padre Santo asegurándole que en todos los tiempos este derecho correspondió al Arzobispo de Toledo. El Papa le tranquilizó con otra declaración semejante. (4)

Don Rodrigo hacía resonar, como en los días de sus más altas empresas guerreras, su ardorosa e inflamadora voz de santa cruzada contra el sarraceno, por los ámbitos de Castilla y León, para lanzar sobre los muros de Sevilla los valientes del Reino; y al eco de ella y al mandato de San Fernando se hacían extraordinarios preparativos para conquistar aquella ciudad célebre. Inocencio IV se unió a esto, escribiendo al mismo D. Rodrigo y demás Prelados de Castilla del modo siguiente: «Al Arzobispo de Toledo y a los otros Obispos del Reino de Castilla, sujetos directamente a la Iglesia Romana. Como nuestro carísimo hijo en Cristo, el ilustre rey de Castilla, ha combatido hasta ahora como atleta de Cristo, contra los moros, y con la ayuda de Dios se propone atacar varonilmente la ciudad de Sevilla, poseída por ellos, y otras tierras de los sarracenos, Nos, pensando que es digno y justo que los fieles presten su auxilio a los que van a combatir en honra de Cristo, ordenamos, que en vuestras ciudades y diócesis hagáis entregar al mismo Rey la mitad de los diezmos destinados a la fábrica de las iglesias del Reino de Castilla, durante un triennio, salvo ciertas concesiones, hechas para algún tiempo, a algunas personas, según se dice. Pero queremos que

(1) Berger. 1832. (2) Berger. 2242-2251. (3) Berger. 2503. (4) Berger. 2604.

terminado el tiempo, dicho triennio comience a computarse en cuanto a los diezmos concedidos a las mismas personas. Dado en Lyon, 15 de Abril, año cuarto de nuestro pontificado. (1247) (1) Igual bula escribió a la Archidiócesis de Santiago.

El 6 de Mayo Inocencio IV recomendó al Episcopado español, que socorriera a los clérigos procedentes de Italia. (2) Eran víctimas de las salvajadas de Federico II, lo mismo que otros muchos desgraciados de muchas partes de Europa, por los cuales tres días antes suplicaba a todos príncipes de la cristiandad, que enviasen subsidios a las manos apostólicas. (3) El 9 de Mayo aprobó el Papa el estatuto del Cabildo toledano, el cual acordó, que dos o varios canónigos se eligieran anualmente para que inspeccionaran los bienes pertenecientes a la mesa del Cabildo. (4) En el breve no se menciona al Arzobispo. Al día siguiente, Inocencio IV dirigió al Arzobispo de Toledo la bula *Cum sicut Fraternitas...* contestando a una petición suya. En ella ratifica las concesiones de los castillos de Eruela, Toya y de varios otros, que el Arzobispo adquirió de los sarracenos en la frontera, concesiones hechas a ciertos nobles; y además le da licencia para hacer otros, con el asenso del Cabildo. (5) Esos castillos se hallaban en el Adelantado de Cazorla. Es la postrera noticia de los actos de gobierno de D. Rodrigo en el famoso Adelantado, y también en todos sus muchos señoríos y en todo su Arzobispado. La hora solemne se aproxima.



(1) Berger. 2533. (2) Berger. 2997. (3) Pottahts. II. P. 1058. (4) Berger. 2653. (5) Berger. 2654.

CAPÍTULO XX

(1247)

Santidad y virtudes de D. Rodrigo.—Objeciones.—Visita a Inocencio IV en Lyon.—Muere en el Ródano el 10 de Junio de 1247.—Aspecto físico de D. Rodrigo.—Sus testamentos.—Pleito sobre su sepultura.—Singular grandeza de D. Rodrigo.—Su siglo.—Provisión de Toledo a la muerte de Jiménez de Rada.—Historia de su cuerpo incorrupto.

Escribamos ya del mayor título de verdadera grandeza de D. Rodrigo, de la grandeza que le ha llevado a disfrutar de una vida cierta y sabrosamente inmortal en los esplendores de la vida divina, por haber ejecutado durante su existencia obras más valiosas y más intrínsecamente immortalizadoras de su grande alma. Las obras de virtud y santidad; las únicas meritorias ante Dios; las únicas, que confieren al hombre la posesión de una inmortalidad real y eterna, sobrenaturalizando primero a la humana naturaleza con la investidura interior de la gracia, y glorificándola después por la inmersión de la contemplación facial de la divina esencia. El poeta provenzal, de la capital de Languedoc, coetáneo de su vejez, eso cantaba en su poema más que sus grandezas humanas, que hemos narrado hasta ahora, exclamando: «*Que fo moltz Santz et justz, e havia nom Rodrigo.*» (1) (Que fué muy santo y justo, y se llamó Rodrigo.) Otro poeta, también coetáneo, conocedor más exacto del Arzobispo, como monje de Huerta, desarrolló con estas palabras esa afirmación del vate lemosín: «Rodrigo, flor de los Prelados, odorífera rosa, Reina de las flores, y sobremanera pudorosa: norma de los Prelados, lumbrera del clero, ornamento de los pueblos: fué ejemplar de virtudes, muerte de los vicios, defensor de la justicia, tranquilidad de la Patria, caudillo de la probidad, escuela de la pureza, camino del derecho, vaso de bondad, munífico en obsequiar al prójimo, de vida sagrada, que con las palmas extendidas, sin quejas, dedicaba sus ofrendas al cielo. Doctor esclarecido, orador brillante y esplendoroso; prudente, sabio, henchido de celestial doctrina, dadivoso con los pobres, distribuyendo entre los dignos sus piadosas limosnas, pródigo con los huéspedes, negando a los malignos sus dones. Así rigió la Sede de Toledo durante muchos años. Predicaba la doctrina de la salvación a gentes incultas, enseñando, reprimiendo, y dando así vigor de vida, a la vez que amonesta, ruega, instruye e increpa para que se eviten las obras malas.» Con estos desnudos trazos dejó descrito a la posteridad el monje cisterciense, Ricardo, el retrato moral del gran amigo de su mo-

(1) Guillermo Aneliers. *La Guerra civil de Pamplona*. Poema Ca: 3 II. Verso 17.

nasterio; y todos los hijos de este monasterio proclamaron constantemente la santidad de D. Rodrigo, llamándole «santo» sin restricciones, como lo hacía el sabio P. Luis de Estrada en el siglo XVI, lo mismo que el historiador Angel Manrique. La fama de esa santidad no fué local, sino general y constante. El mencionado A. Manrique (1) y Gil González Dávila refieren el hecho de que, el Papa Gregorio XIII lo tuvo por Santo, y por eso, cuando estuvo en España, como Legado a latere de San Pío V, fuese a visitar su sepulcro, y cuando fué promovido al Sumo Pontificado, concedió a la Iglesia de Huerta un altar privilegiado por la santidad del tío de D. Rodrigo, San Martín y por la del mismo Arzobispo. (2) El austero Mariana escribía: «Su cuerpo murió. La fama de sus virtudes durará por muchos siglos.» (3) El Cardenal Lorenzana dice: «Aunque no veneramos a Rodrigo en el número de los Santos por declaración pública de la Iglesia, sin embargo los actos de su vida inmaculada, las costumbres puras de sus Santos predecesores, que él diligente reprodujo, la sabiduría con que en aquel siglo resplandeció, parece como que exigían por derecho propio, que le diéramos un puesto en el número de los Santos Padres antiguos; ya que se aproxima a ellos por su antigüedad.»

Este retrato espiritual de D. Rodrigo es exacto y auténtico; y, puede decirse también que el lector lo ha contemplado y admirado en los innumerables hechos de toda clase de virtudes, que ante sus ojos han desfilado en las páginas de esta historia; si bien echando de menos los pequeños episodios particulares y circunstanciales que matizan y amenizan las vidas de los Santos, haciendo resaltar los pormenores, al parecer, insignificantes, la elevación y grandeza de esas almas privilegiadas, ornamentos y modelos de la humanidad. Pero esto es muy frecuente en santos eminentes y populares de aquellos tiempos, en que, por rara excepción, se recogían las noticias biográficas de los varones virtuosos y preclaros con detalles minuciosos y característicos, como en edades muy posteriores se ha hecho: y sólo ciertos sujetos particulares, pertenecientes a las familias religiosas, han tenido en esto suerte especial, como lo saben todos los lectores conocedores de la historia hagiográfica, y mucho mejor los eruditos. Llamemos ahora atención someramente acerca de las virtudes, que especialmente brillan en nuestro Arzobispo, y hagámonos cargo de alguna que otra objeción, a que se presta su vida.

Lo que llena todos los inmensos ámbitos del espíritu y corazón de D. Rodrigo es un amor inconmensurable y vivísimo a la fe cristiana y un celo ardoroso por el triunfo de religión de Cristo. Fulguran estos dos sentimientos en todos sus escritos, en sus actos, en sus empresas, en sus sacrificios. En todos los capítulos de la historia corre el ardor de esos dos sentimientos. Al darnos las notas distintivas de los personajes, que allí retrata, a penas se encuentra uno, del cual no diga si era o no religioso, si favorable o contrario a la fe. Emociona su sentidísima pena al narrar los dolores de la cristiandad en la irrupción de los árabes. Exclama dolorido: «¿Quién dará aguas a mi cabeza, y fuente de lágrimas a mis ojos, para llorar la matanza de los españoles y la miseria de los godos? Ha enmudecido la religión de los sacerdotes, ha desaparecido la muchedumbre de los ministros, cesó la diligencia de los prelados, pereció la doctrina de la fe y la unión de los santos: se destruyen los santuarios, se arruinan las iglesias, las cosas que se celebraban con címbalos son blasfemadas, el leño de salvación (la cruz) es arrojado de lugares sagrados, y nadie hay que pueda salvar nada. Las solemnidades religiosas cesaron y los órganos de la Iglesia sirven para blasfemar, y nadie jubila en los tem-

(1) *Santoral Cisterciense*. Lib. II. C. 18. (2) *Treatro de la Iglesia de Osma*. C. 7. (3) *Historia de España*. Lib. XIII. C. 5.

plos...., De tal modo la peste de la maldad ha triunfado que en toda España no ha quedado ciudad episcopal que no haya sido quemada o destruída. *Porque los árabes, lo que no pudieron tomar por fuerza, corrompieron con pactos falaces.*» (Esta última frase prueba que gran parte de España apostató y traicionó a su fe.)

El celo con que trabajó por esa fe y religión tan amadas está patente en las grandes acciones de su vida, que hemos referido en el curso de esta obra, como consejero de Reyes, como conquistador de comarcas, para rescatarlas de los moros, como promotor constante y fogoso de guerras religiosas, como restaurador de Obispados e incontables iglesias. Ya hemos probado arriba cuán grande era su horror a las herejías, al mahometanismo y judaísmo, que tanto daño causaban en su tiempo en España. Por eso en sus escritos se hace a cada paso apologista y defensor de la fe, contra todos los errores.

Egregias son las pruebas de sus insignes virtudes pastorales, y no sé qué Pastor de la Iglesia española podrá comparársele en la multitud y grandeza de las cosas, que por el florecimiento de la Iglesia realizó, tanto en el acrecentamiento de los límites de su diócesis, como en las grandes e innumerables construcciones, lo mismo en las sabias instituciones de piedad que fomentó, como en los estatutos y constituciones, con que reformó y organizó la vida de los Cabildos e iglesias, según largamente hemos escrito. Citemos algo de otras cosas.

Su mismo epitafio dice que sin cesar predicaba su elocuente palabra a sus diocesanos, y también a los infieles y gentes incultas. Los itinerarios anuales de don Rodrigo, que conocemos por los datos de los documentos, que expedía o autorizaba con su firma, demuestran que frecuentemente recorría los diversos pueblos de su diócesis; y como es natural, su presencia en esos puntos, generalmente obedecía al cumplimiento del precepto de la visita pastoral. Pues este era uno de los deberes más importantes y más recomendados de la Iglesia, como el medio más eficaz de vigilar al clero, enfervorizar al pueblo y desterrar los vicios. Se rodeaba a la visita pastoral de un aparato exterior grandísimo a fin de producir en los fieles una impresión honda y lograr frutos verdaderos. Esto degeneró en lujo y ostentación antes de este tiempo en los prelados demasiado mundanos. El Concilio lateranense, en 1179, decía en su canon cuarto: «El concilio manda, que los Arzobispos lleven, en las visitas, a lo más cincuenta caballos, los *Cardenales* veinticinco, los Obispos veinte o treinta, los Arcedianos siete, los Deanes y los inferiores a él, dos: que no lleven perros, ni aves de caza, y se contentarán en la comida con lo que se les sirva moderadamente.» Figúrese el lector lo que llevarían los que en este punto abusaban. En los días de D. Rodrigo nada había variado, y estaba en vigor ese cañón, que confirmó el mismo Arzobispo en el Concilio lateranense de 1215. En todos los concilios de la época de D. Rodrigo se renueva el precepto de que los Prelados no sean gravosos a sus diocesanos en las visitas. (1) Algunos lo eran tanto, que ponían a los párrocos en la precisión de vender los ornamentos de sus iglesias. No existen indicios de faltas en estas cosas. Que si no se lee de D. Rodrigo que viajara montado sobre un asnillo, como Cisneros, tampoco se lee que pecara por exceso de boato, como tampoco en la vanidad de construir para su enterramiento, suntuoso mausoleo, según lo hacían los Prelados de su tiempo, y que el Concilio de Lyon refrenó enérgicamente con voto del mismo D. Rodrigo, lo mismo que el prurito de erigir suntuosos edificios con el fin de inmortalizar su nombre, sin mirar que arruinaban a sus Iglesias. Nuestro Arzobispo se hizo labrar muy modesto sepulcro en Fitero y erigió soberbios templos, pero

(1) Véase esto en Richard. *Concilios generales*. Siglo XIII.

a la par acrecentando las rentas de su Iglesia, y consolidando el estado económico de su Catedral, de su Cabildo y de toda la Diócesis con innumerables adquisiciones de bienes, y aumentando prodigiosamente la dotación del culto y el esplendor de los oficios con la multiplicación de pingües canongías y capellanías, gracias a los caudales que consiguió por sus grandes conquistas, por su recta administración y por las donaciones del Soberano y los particulares.

Una tacha podía ponerse a su calidad de Pastor de almas: que no residía en su Sede habitualmente, sino en la Corte de los Reyes. Ciertamente a eso le obligaban sus cargos de Canciller Mayor, y Ministro y Consejero principal de la corona, como siglos después a su semejante, Jimenez de Cisneros, del cual, sin escandalizarse nadie, se lee, que dos años seguidos después de su consagración no se arrió a Toledo, por seguir a la Corte, y posteriormente hizo lo propio por el régimen del Reino. Pero era por el bien mayor de la misma Iglesia y de la república cristiana; cosa loada por la misma Iglesia y que se armoniza perfectamente, siempre que se provea adecuadamente por medio de los subalternos al bien de las propias ovejas. Así lo hacía D. Rodrigo; pues trabajaba por el bien de la Iglesia de Castilla, por el de la religión y por el de los suyos. Además llena está su vida de trabajos incesantes por su Arzobispado, de viajes por los pueblos de su diócesis, según lo vemos en esta historia. Tan pía, honda y pública era su veneración rendida y devota a la suprema cabeza de la Iglesia, por su incesante comunicación con el Papa y por el acatamiento absoluto, que prestaba a todas las órdenes del Sumo Pontífice, que los Vicarios de Cristo en Roma reiteradas veces expresan en sus cartas, que la Sede toledana brilla por esta cualidad, y que por eso otorgan a Rodrigo privilegios particulares. (1) No era Jiménez de Rada de aquellos Prelados, de que decía el socarrón autor de la «*Disciplina Clericalis*» que tienen las siete siguientes «*probitates*» que practicaban: nadar, cabalgar, tirar con el arco, pelear, cazar con aves de reclamo, jugar al ajedrez, y componer versos. Su vida era extraordinariamente seria, laboriosa y edificante. De ninguna de esas frivolidades le acusa la historia; porque no la halla en él. Hemos narrado muchos ejemplos de su modestia, de su caridad para con el prójimo, de su prodigalidad inagotable en las limosnas para que ya insistamos en esto.

De su piedad muchas pruebas existen; yo me limitaré a indicar unas pocas. La piedad habitual de su alma en orden a Dios la pintó el mismo D. Rodrigo en un pasaje de sus obras, sin pensar en ello. Vedlo. Obraba él: «*con las manos tendidas hacia el cielo, fijos los ojos en Dios, preparado el corazón para el martirio, desplegadas las banderas de la fe e invocado el nombre de Dios.*» (2) Así corría D. Rodrigo a todas las obras y empresas de su vida. Y ¡qué enamorado aparece siempre de María Santísima! Su blasón es la Madre de Dios con el Niño Jesús en los brazos, según se ve en muchos sellos céreos suyos. (3) En las guerras lleva, ya la escultura ya la imagen de María en los estandartes, conforme lo referimos al hablar de las Navas de Tolosa. (4) Crea una orden de Caballeros bajo su nombre. Funda capellanías de misas perpetuas para fomentar su devoción y loarla. Además ¡qué edificante piedad en establecer tantas capellanías de misas en la Catedral de Toledo, como no se lee de los más espléndidos fundadores de cosas tan sagradas, que en aquella época y las siguientes tanto abundan.

Se objeta. D. Rodrigo era demasiado guerrero. Es cierto; es uno de los más glo-

(1) Las pruebas están en las bulas copiadas antes. (2) Lib. IX. C. 9. (3) En Toledo está el original del Fuero de las Aldeas de Alcalá de Henares con un sello así. (4) Vicente de la Fuente. *Boletín de la A. de H. T. X.* P. 239.

riosos guerreros de la edad media. Pero esto nada obsta a su santidad, como no obstó a San Fernando. Se dice: obsta para llamarle Pastor de la caridad y heraldo de la paz y clemencia evangélicas, como Prelado de la Iglesia de Cristo. No tiene valor la acusación. La Iglesia de Cristo condena la profesión de las armas para sus ministros, y repugna que sean alistados para que vayan a pelear en las filas de los soldados; porque desdice de su misión y no es necesaria su participación en guerra alguna. Pero jamás ha reprobado en absoluto en circunstancias particulares, y dentro de ciertas normas, la participación de sus ministros en las empresas guerreras justas. En la necesidad aún lo ha bendecido. Y en España era entonces mayor que en parte alguna esa necesidad, según proclama el canonista Tomassin. (1) De aquí la participación de los Prelados españoles en la guerra contra los sarracenos, y más que nadie la de los Arzobispos de Toledo.

Por eso San Bernardo Calvó, Abad de Santas Creuses en Cataluña y Obispo de Vich, en la época de Rodrigo, que acabó sus días cuatro años antes que don Rodrigo, por orden del Papa organizó y dirigió ejércitos para extender los dominios cristianos por el Reino de Valencia. (2) Recuerda la historia que en el siglo XI murieron en la pelea los Obispos Sisenando, de Santiago, Atón, de Gerona y otros; en el XII los de Barcelona y Huesca, &c. Sin embargo no se crea que los Prelados cruzaban sus espadas con las del enemigo en tiempo de D. Rodrigo, a excepción de un caso raro. El mismo D. Rodrigo nos cuenta el puesto que los Obispos ocupaban y los oficios, que ellos y los demás eclesiásticos ejercitaban, en la gran batalla de las Navas. Es decir que estaban a retaguardia (*in secunda acie*) todos los Obispos, clérigos y órdenes religiosas, y que se ocuparon en administrar sacramentos, alentar los sentimientos religiosos, y proponer sus consejos referentes a la salvación del alma. Lo que pasma, diré para terminar este punto, es la portentosa actividad de Jiménez de Rada en la variedad, multiplicidad e intensidad de las empresas y negocios tan trascendentales y absorbentes, como hemos visto en el curso de esta vida maravillosa. No se concibe de dónde sacaba fuerzas, tiempo y recursos para tantas cosas grandes, tan difíciles y tan diversas, ni se comprende cómo resistía a tanto trabajo aquella naturaleza. Pero va a parar pronto la máquina de tan milagrosa actividad intelectual y física.

La última bula de los Registros pontificios dirigida al Arzobispo de Toledo, Sede plena, el año 1247, es del 10 de mayo. Varios meses después comienzan las bulas de Sede vacante para procurar la elección de un nuevo Arzobispo. Esa bula con otras disipa una duda, que ha existido sobre la fecha del año cierto de la muerte de D. Rodrigo. Ciertamente esa bula no fué recibida por el Arzobispo en España. Antes que pudiera llegar en ella a sus manos, había salido para Francia, con el objeto de visitar al Sumo Pontífice; y se puede asegurar también que estaba en Lyon el 13 de mayo de ese año y que influyó eficazmente para que se concediera a los cistercienses de Fitero la bula de indulgencias, para la inauguración de la iglesia, que la bula dice haber sido allí fabricada por el mismo Arzobispo. (3)

Sobre el motivo de este viaje a la Corte de Inocencio IV se ha escrito muy diversamente, aún por autores de nota. Los que confunden este viaje con el del año 1245, para asistir al Concilio ecuménico de Lyon, dicen que esa fué la causa de este viaje. Los que no caen en ese error dan diversas razones. Feller escribe que acudió para defender los derechos de su Primacía contra las pretensiones del Compostelano, y que Inocencio IV le dió la razón. (4) Amador de los Ríos, que

(1) Part. III. Lib. I. C. 47. N. 8. (2) Lib. VIII. C. 10 y 12. (3) Ap. 181. (4) *Bibliografía...* Tom. 17. Art. Ximenes.

acudió para defenderse contra el Arzobispo de Tarragona (1) Cerralbo dice «que había ido a Lyon a lograr del Papa la declaración de la Primacia de Toledo.» (2) Mariana escribía también que se fué para «allanar a los aragoneses en lo tocante a la Primacia.» haciéndolo derivar del episodio ruidoso de la excomunión, de que hablamos arriba. Mas lo único cierto es lo que dice su epitafio: «El Arzobispo, (se lee allí) se fué al Sumo Pontífice, a Lyon; porque deseó que el Padre viviera feliz, y con él quiso tener coloquio el varón justo.» (*Summum Pontificem Lugduno Præsul adivit: Patrem felicem lætus quia vivere quivit, Cum quo colloquium vir justus habere cupivit.*) De estas palabras no se saca que D. Rodrigo fuera a Lyon por asuntos de pleitos, sino por motivos de filial afecto. Claro está que pudo al mismo tiempo gestionar muchos asuntos importantes de su cargo y Sede; pero en concreto de ninguno hay noticias autorizadas.

No podía D. Rodrigo estar mucho tiempo al lado del Papa en aquella fecha. Había dejado a Castilla a punto de lanzarse sobre Sevilla, y a San Fernando reuniendo la hueste, para asediar a la codiciada capital del Guadalquivir, la cual ya estaba sitiada formalmente el 20 de agosto de este año. Por eso, arrastrado por el deseo de asistir a la gloriosa campaña, emprendió el regreso a España, que ya no iba a ver más. En la misma ciudad de Lyon se reúnen los ríos Ródano y Saona, y el Ródano, engrosado así, camina raudamente al golfo de su mismo nombre, pres-tándose a la navegación por el caudal de sus aguas, si bien, siempre amenazador por su rápido y precipitado curso. Como el navegar unos cientos de kilómetros facilitaba y abreviaba el viaje a España, D. Rodrigo se embarcó en una navicilla: señal de que su impedimenta era sencilla y ligera, y se dirigió así, probablemente para desembarcar frente a Aviñón, con el objeto de penetrar por Cataluña en España, después de atravesar Nîmes, Montpellier y Narbona, ruta natural para hacer el viaje de Lyon a Toledo.

Pero no desembarcó vivo, sino muerto. ¿Más cómo fué su muerte? Unos han escrito que murió consumido de maligna fiebre, otros que por desastroso naufragio de la nave. No tenemos otras noticias ciertas que las que nos da el monje Ricardo, el cual dice, que habiendo venido al Ródano, murió en el mismo Ródano. (*In Rodano moritur.*) Esta expresión parece que significa que murió ahogado en el famoso río por algún contratiempo de la navegación. Imposible es que estando atacado por la fiebre no se detuviera en alguna de las poblaciones del tránsito, abandonando prudentemente la embarcación. Su fallecimiento por la fiebre en el Ródano no es admirable; por lo tanto habrá que decir que el glorioso D. Rodrigo Jiménez de Rada terminó su vida en el Ródano por algún accidente funesto de la navegación, con muerte violenta.

Respecto de la fecha de su muerte creo que no puede haber duda alguna seria, a pesar de que tanto se ha divagado, de tal suerte, que Mariana escribió así: «Hace maravillar que en el fallecimiento de una persona tan señalada no concuerden los autores y las memorias, sin que se pueda averiguar la verdad.» Procedamos con orden. En primer lugar en cuanto a las memorias, que merecen estimación, hay que decir que están concordes. Son tres; el epitafio tantas veces citado, los Anales segundos toledanos y los Anales terceros toledanos. Las dos primeras memorias están completamente acordes. Ambas dicen que murió el 10 de Junio de 1247. Los Anales terceros dicen que falleció el 2 de Junio de 1248. Mas esta fecha es ciertamente falsa en cuanto al año. Porque consta por la carta del 5 de Enero de 1248 de San Fernando a los Caballeros Alcantarinos, que en ese tiempo estaba va-

(1) *Histor. Crit. Lit.* Vol. III. Part. II. C. 8. (2) *Discursos* P. 264.

cante la Sede Toledana. (1) Consta igualmente por la bula del 21 de febrero de 1248 que Inocencio IV rechazó la elección hecha por el Cabildo toledano para sucesor de D. Rodrigo. El elegido era el Cardenal Gil de Torres. (2) Lo mismo resulta de la bula que el día anterior el Papa escribió a la Corte de Castilla y otras más, que en Berger pueden verse. (ib.) Tampoco merecen fe esos Anales en cuanto al día; porque, por estar en general plagados de errores en todo el curso de las notas, están desautorizados. En cambio el epitafio que consigna la noticia de los monjes de Huerta, poseedores dichosos de las reliquias del Arzobispo, y los Anales Segundos, que son los más fidedignos, nos transmiten la noticia de la Sede toledana, y no se halla otro documento serio, que lo contradiga.

En cuanto a la divergencia de los autores es todavía mayor. Los que confunden los dos viajes de 1245 y 1247, según hemos observado antes, colocan la fecha en 1245; (3) pero generalmente con indecisión. (4) En Vicente de la Fuente esa indecisión llega a ser una desorientación y una contradicción reiterada consigo mismo, formulando argumentos desgraciadísimos. Dice en una parte: «Falleció D. Rodrigo en el año 1245, bajando en un barquecillo por el Ródano..... Sobre la fecha de su muerte hay dudas; pues se ha fijado la de 1246 y 47.» (5) Para sostener su opinión de que es la de 1245, rechaza la aserción del epitafio, y para salir con la suya, no teme suponer que el autor del mismo acaso vivió cien años después: sien así que allí se dice en prosa, que era coetáneo de D. Rodrigo. En su *Elogio* pone que murió en 1247. (6) En la última edición de su *Historia Eclesiástica de España* tomo IV, *passim*, más de cinco veces alude a esta muerte, y unas veces la pone en 1245 y otras en 1247. Mas por lo dicho aparece ya suficientemente claro que lo único, que debe admitirse es que el Arzobispo D. Rodrigo falleció el 10 de Junio de 1247, como lo dicen harto artificiosamente los versos tan célebres en esta forma:

*«Annus millesimus biscentum sextus et unus
Et quadrigenus dedit hoc venerabile funus
Idus bisbino junii migrat Rodericus.»*

Vicente de la Fuente contempló en un raptó de su fantasía la figura física de don Rodrigo en esta forma: «Ocupa un lado preferente, al par del gran Isidoro, otro venerable Prelado, de luenga barba y majestuosa talla, de varonil rostro, curtido al sol de los campamentos y el polvo de las batallas. Empuña su diestra la cruz primacial de España y guarda el sello de oro de los castillos y leones. Es don Rodrigo Jiménez de Rada...» (7) Algunos de estos rasgos no son auténticos, y felizmente podemos rectificarlos, para satisfacción de la legítima curiosidad, que inspira el deseo de conocer la figura exterior de un personaje tan extraordinario. Don Rodrigo nos ofrece la emocionante sorpresa de prestar, al cabo de siete siglos aproximados de enterramiento en la húmeda tumba de una iglesia, su rostro, sus manos y pies a la impresión de la placa fotográfica, y todo su cuerpo a las observaciones de la dimensión. Dios le ha concedido hasta ahora el privilegio de la incorruptibilidad; y aquel cuerpo, que pasó tantas fatigas y afanes bajo el torbellino de las infinitas ideas de su cerebro y de los impulsos ardorosos

(1) *Bullarium...* Anno 1248. (2) Berger 3654. (3) Garibay. *Crónica General*. Lib. XIX. C. 42. Mariana. Lib. XIII. C. V. Pero nota que otros ponen en 1247; y lo más raro es que señala el día de la muerte el 15 de agosto, y le hace morir en Huerta. (4) Porreño Ms. Folio 154. (5) «*Restos mortales del Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada y estado de su sepulcro en la iglesia exabacial y ahora parroquial del exmonasterio cisterciense de Santa María de Huerta*.» *Boletín de la A. de Historia*. 1885. P. 362 y sig. (6) Ap. XVII. (7) *Elogio*. P. 7 y 8. Ya se verá abajo que en parte le indujo en el error una de las actas de la apertura de su sepulcro.

de su corazón, que descendían del alma grande, que lo habitó, se halla momificado todavía, y por eso podemos dar noticias exactas de su parte física, y se puede recibir la honda sensación de sacar la imagen fotográfica de un hombre, que nació hace más de setecientos cincuenta años. La momia de D. Rodrigo mide un metro y sesenta centímetros de estatura; luego no era de procer, sino de mediana estatura. Su busto tiene frente ancha y abultada, las facciones de la cara onduladas y graves, sin barba todo el rostro; y sin barba lo esculpió el artista sobre la losa sepulcral de su mausoleo, y sin ella aparece siempre en los medallones, en los sellos céreos, que se conservan, en los frescos de la iglesia de Santa María de Huerta, tanto en la cúpula como en los lienzos laterales, y lo mismo en otros, que se hallan en diversos puntos. Por lo cual lo de la lengua barba es una ficción fantástica. Las dimensiones de sus pies y manos son proporcionadas a su cuerpo. De las galas con que se vestía nada sabemos; pero podemos presumir que eran graves, severas y modestas, por cuanto era varón de ánimo tan severo, digno y virtuoso. En cuanto a la índole, cualidades, grandeza y galas de su elevado espíritu, nada añadiremos a lo dicho en el decurso de la Historia.

El cadáver de D. Rodrigo, que debía ser traído a España, fué debidamente embalsamado, para preservarlo de la corrupción durante el largo y peligroso itinerario, desde las orillas del Ródano hasta su última morada, bajo los ardores de sol de verano. Los vestidos con que debieron envolverlo son los siguientes, que todavía se aprecian sobre su momia. La cubren desde el vientre hasta más abajo de las rodillas unos calzones de paño tosco y oscuro, y bandas de carmesí sujetas a las piernas con cintas del mismo color. Sospecho que es la única vestimenta de lo que recibió en el acto del embalsamamiento, que aun conserva. Lo demás se le quitó en el momento del sepelio y se le vistió con las prendas siguientes, después de despojarle de lo que traía en el camino. Sin ropas interiores, ni amito, ni alba ni roquete, envolvieron al cadáver con una casulla riquísima y amplísima, de tela oriental; todo lo rodea como un manto con holgados y elegantes pliegues. La tela es de estilo árabe, y pasan la riqueza, el arte y la paciencia empleadas en su fabricación. Después de tantos años se conserva en tal estado que el Marqués de Cerralbo afirma fundadamente, que no existe un traje tan completo, ni manto tan rico de aquella edad, que pueda comparársele, ni que pueda el arqueólogo admirar y estudiar, constituyendo por sí solo una de las mayores curiosidades de la indumentaria. Sobre esta casulla descende del cuello abajo un palio de lana blanca, de dos dedos de anchura, adornada con una cruz negra en el punto en que rodea el cuello, y ambos lados bajan airoosamente por los dos costados hasta los pies. Cubre la cabeza una mitra demasiado pequeña. Calza sandalias de paño negro, bordadas con un cordoncillo de seda y filamentos de oro. Lleva guantes en la mano, y en el dedo cordial un anillo, que parece ser de oro, pero de escaso valor artístico, y esculpida en él una cruz de San Juan. Sobre el pecho aparece el pergamino famoso de su testamento, en que dispone donde ha de ser sepultado su cuerpo, según se cree, con letra de su puño, que es hermosa, y pendiente de un alfiler de metal, que no se oxida. En el sepulcro recostaron los monjes su cabeza sobre una almohada, de fabricación francesa, con escudos y varias flores de lis. Cerralbo conjetura que la suntuosa casulla y demás prendas de vestir fueron regaladas por San Fernando. No veo motivo alguno positivo para esta conjetura. Sospecha también que la almohada se la regaló algún Señor de Francia para sostener la cabeza en el viaje, lo mismo podía haber dicho que se la regaló San Luis, que le estimaba mucho, pero muy natural es creer que se la compró para el menester del viaje. D. Rodrigo había sido harto grande y rico Señor para que con sus bienes se le

podieran adquirir estas y otras prendas sepulcrales, dignas de sus méritos y preeminencias. Aun más, ¿por qué los monjes de Huerta, que tantísimos bienes y beneficios habían recibido de él, y que tanta honra se les venía con la posesión de sus santas reliquias, no habían de esmerarse, a costa propia, en vestirle con los más ricos ornamentos, que podían adquirir.? Exclama Cerralbo, después de relatar la impresión, que les hizo la vista de las vestiduras de D. Rodrigo, tanto a él como a los inteligentes acompañantes, que presenciaron la apertura del sepulcro, el 28 de septiembre de 1907, «todos afirmamos que constituyen tan rara excepción, como que no hay en el mundo otro traje completo del siglo XIII que éste, y sobrepasa en riqueza al célebre manto del mudable y revoltoso infante don Felipe, el quinto hijo de San Fernando, no engendrándose de éste en aquel ninguna de sus cualidades, ni aprendiendo de su maestro y protector el Arzobispo D. Rodrigo, ninguna de sus enseñanzas.» (1)

Amortajado el cadaver de D. Rodrigo, dirijamos los ojos a lo único a que su muerte dió vida, a sus voluntades testamentarias, para conocer la suerte, que han de tener sus restos mortales y los demás bienes suyos. Dejó tres disposiciones de caracter testamentario. Se conservan y hemos transcrito íntegramente dos de ellas. La primera es el escrito de París, en que D. Rodrigo legó al monasterio de Huerta su cuerpo, sin duda con el fin de descansar al lado de su abuela D.^a Sancha Gómez, de su tío y maestro, San Martín de Hinojosa y de otros parientes de línea materna, que habían procurado el engrandecimiento de aquel asilo de santidad, y también para asegurar a aquella casa ciertos derechos, que la posesión de su cuerpo implicaba. (2) La segunda es la escritura de donación de su librería, en 1235, para después de sus días, al mismo monasterio, según lo referimos a su tiempo. La tercera disposición testamentaria, que era el testamento formal del Arzobispo, no ha llegado a nuestras manos, después de haber realizado todos los esfuerzos posibles. Hay sólo las noticias, que siguen, acerca de él, conservadas en las crónicas de Huerta. Los testamentarios nombrados por el Arzobispo eran don Gil Sánchez y Busgo, ambos Arcedianos y constantes compañeros de su Prelado en todos los azares. Ellos, en cumplimiento de lo mandado, entregaron a Huerta la librería y los ornamentos del difunto; fueron también amigos de aquel cenobio y costearon la construcción del ala mayor del claustro. A la muerte fueron enterrados en el muro gruesísimo de la iglesia de Huerta, en los años 1256 y 1259 respectivamente, junto con el Deán de Toledo, D. Ruselus, también íntimo del Arzobispo. (3)

No sabemos qué ornamentos de D. Rodrigo entregaron a Huerta. De la Biblioteca hay más noticias. Angel Manrique, que pudo apreciar, siquier parte de lo que recibió su monasterio, escribe: «Regaló (Rodrigo) su insigne biblioteca enriquecida desde los tiernos años con muchos libros que acumuló.» «Se ven en la biblioteca, que Rodrigo de Toledo, gloria y lumbrera de su siglo, durante su vida, coleccionó bellamente... ingentes manuscritos, copiados en pergaminos, pues no se había inventado todavía la imprenta, y entre ellos algunas obras de Esteban de Lantgon: a saber: en el primer tomo *«Commentaria in Genesim, Exodum, Leviticum, Numeros, Deuteronomium, Jossue et libri Regum.»* En el segundo tomo *«Commentaria in Esdram, Macabeos, Isaiam, Ecequielem, Jeremiam, Danielelem et Baruch.»* En el tercero: *«In Paralipomenon, Tobiam, Judit, Esther et Prophetas Mino-*

(1) *Discurso...* 135. (2) Esta clase de legados de su cuerpo era frecuente entonces. Cerralbo cita dos más casi de los mismos días que D. Rodrigo, hechos a Huerta. *Discurso.* p. 286. (3) Cerralbo. *Discurso.* p. 207.

res.» (1) Ese Esteban de Lantgón es aquel gigante Arzobispo de Cantorbery, riguroso coetáneo de D. Rodrigo, muy semejante en su actividad constante, elegido por Inocencio III para Arzobispo de la mencionada Iglesia, autor del juramento de la Carta Magna por Juan Sin Tierra, con lo que desagradó al Papa, el cual le excomulgó, y le citó a Roma en 1216. Se reconcilió sinceramente con el Padre Santo, y murió el 9 de julio de 1228, después de haber ilustrado a la Iglesia con sus escritos. Se le atribuye la división de la Biblia en capítulos. Sus comentarios sobre la Sagrada Escritura debieron ser útiles a D. Rodrigo para su trabajo exegético e histórico de la Biblia.

No hay posibilidad de fijar el tesoro de libros, códices, papeles y manuscritos propios y ajenos, que Huerta recibió de la testamentaria del Arzobispo D. Rodrigo; porque ni se ha conservado el inventario, si alguna vez se formó, ni se han conservado esas obras, a causa de los trastornos repetidos, que ha padecido el monasterio de Huerta, y de las bárbaras y vergonzosas expoliaciones y devastaciones, que ha sufrido la monumental biblioteca, en que se guardaban tan inestimables preciosidades. Cerralbo ha intentado dar idea aproximada de esos tesoros de ciencia y erudición, que D. Rodrigo legó, y ha formado para ello ingeniosos raciocinios (2) y al fin ha hecho una lista de algunos de los libros, que existían allí en la incautación de 1835, y que se consideraban como procedentes de la biblioteca del Arzobispo. Pero no se puede aceptar esa lista como auténtica. Por ejemplo: ¿cómo va a figurar entre las obras que poseía D. Rodrigo el *Prima pars Sancti Thomæ*, cuando en la fecha que fenecía el sabio navarro, Santo Tomás era un joven de 20 años? Es muy probable que la mayor parte de las cuarenta y una obras restantes perteneciesen al Arzobispo; pues son anteriores a él, y se conservan manuscritas, con caligrafía de aquella edad; pero no hay dato que lo confirme.

Lo que promovió pleito de gran revuelo fué la disposición testamentaria de don Rodrigo acerca de su cuerpo, siendo de extrañar que en él no figure el Cabildo de Toledo, que no reclamó para sí las reliquias del constructor de la Catedral y del más munífico ampliador del número de los capitulares y capellanes de la Iglesia primada, además de ser el más espléndido fundador de misas y capellanías. Debió parecerle terminante la voluntad de su Prelado. Estalló el pleito sobre el derecho de poseer los restos mortales del Santo Arzobispo entre los dos monasterios de la misma Orden Cisterciense, que más había amado y favorecido el difunto, Santa María de Huerta y Santa María de Fitero, en Navarra. Ya sabe el lector que al primero amaba por herencia materna, al segundo por la paterna. Como heredero del afecto paterno fabricó a los monjes de Fitero el soberbio templo gótico, que hoy mismo nos encanta, como heredero del afecto materno enriqueció y favoreció sin cesar a los hijos de Huerta, acrecentando así las donaciones de Pedro Tizón de Cadreita y de Sancha Gómez, que habían sido base principal de las respectivas fundaciones de ambos cenobios, pero con acrecentamiento tal que dejó asombrada a la posteridad. Y cosa notable, cuando en la primera vez se hallaba con temores de muerte en la capital de Francia se acordaba de Huerta, para escogerla, para reposo de su cadáver, cuando en Lyon de Francia se le aproximaba en junio de 1247 el último fin, se preocupaba de las cosas de Fitero y gestionaba las gracias pontificias para la inauguración de la iglesia, que a su costa se había erigido, y en esa iglesia había mandado él, que se construyera un

(1) *Annales*. 1213. Cap. 4. n. 12. (2) Véase la lista con otros pormenores en su *Discursos...* páginas 243-249.

mausoleo para un Obispo, y al poco terminó su carrera terrestre. Según los religiosos de Fitero aquel mausoleo era para su enterramiento; de donde deducían que Jiménez de Rada había revocado su testamento de 1201.

No lo entendieron así los familiares, que le acompañaron a Lyón y recibieron su postrer aliento. Sea que el difunto explícitamente les reiterara su voluntad, o que consideraran como válido lo escrito, o que no fuera para él la sepultura fabricada en Fitero, los familiares condujeron los restos del Arzobispo al monasterio de Huerta. Disgustados los cistercienses reclamaron el cuerpo, diciendo, según escribe La Fuente «*que D. Rodrigo tenía estipulado con ellos enterrarse en su monasterio, por ser navarro y nieto de D. Pedro Tizón, amigo de San Raimundo y gran bienhechor del monasterio.*» «*Y cuando se les argüía con el testamento, que sobre su pecho tenía el cadáver, lo redargüían de falsedad, añadiendo que lo habían fingido sus criados, partidarios de los de Huerta.*» (1) Estas y otras cosas las recoge el erudito historiador, de un Códice antiguo de Fitero, que ya antes habían visto algunos analistas navarros, como Moret y Alesón. (2) Sin embargo es imposible determinar de qué documentos datan, y qué peripecias tuvo la discusión. Lo cierto es que fué estéril, y el sagrado cuerpo de D. Rodrigo quedó definitivamente en poder de los monjes de Huerta, como gran joya de aquel monasterio para los tiempos venideros, y hoy es su más rico y famoso ornamento, ya por la honra y celebridad que le da en el mundo ya por el ambiente de veneración con que lo envuelve.

En efecto, D. Rodrigo murió en olor de santidad, y como reliquias santas se veneraron sus restos mortales desde el principio; como a santo lo honraron los monjes de Huerta, y como a santo poderoso los fieles le pidieron favores y milagros. Cuenta el sabio y famoso P. Luis de Estrada, honra del siglo de oro de España, que en el encabezamiento del elogio latino, que estaba escrito en el pergamino vetusto clavado en una tabla, que está colgada sobre el sepulcro del Arzobispo, estaba D. Rodrigo representado por los monjes con atributos de santo. Dice así: «Y tiene (el pergamino) en la parte superior pintado de iluminación al Arzobispo y a los lados unos Angeles, que lo llevan al cielo, como suelen pintar la Asunción de nuestra Señora; y están escritos dos versos de una parte y otra, que dicen de esta manera:

*Angelis manibus ad sidera tollitur iste;
Cœli numinibus sociandus. Laus tibi Christe.*

(Es llevado éste a los astros por manos angélicas:

Para ser asociado a los habitantes del cielo. Loado seas, oh Cristo.)

De los cuales versos y de otras letras, que aquí dexo la antigüedad, se puede bien colegir en cuánta reputación de santidad debía estar este Señor; pues los santos en el principio de la orden públicamente lo apregonan por tan santo.» (3) Esto nos atestigua la opinión y sentimiento tradicionales y perpetuos de los cistercienses de Huerta, desde que en su iglesia recibieron el cadáver de D. Rodrigo, y refleja el P. Estrada ese sentir, que todavía perduraba en sus días, llamando a ese cadáver en todo su escrito (del que son las frases anteriores) «cuerpo santo del Arzobispo.» Y la noticia breve en castellano, que el mismo Padre puso en otra tabla para mayor difusión de las grandezas del mismo Prelado, comienza así: «Aquí yace sepultado el Santo Arzobispo Don Rodrigo Ximénez, de la muy clara sangre de Navarra. y muy esclarecido en letras, gobierno y santidad... Finalmente

(1) *Bol. de la R. A. de Hist.* Año 1885. P. 365 adelan. (2) *Anales de Navarra.* Lib. 21. C. 2 y 3 y notas en el Apéndice a ese Libro. (3) Relación de vida de D. Rodrigo Ximénez... (Elogio. Ap. XVIII.)

la santidad deste varón de Dios se colige de las grandes jornadas, que hizo en servicio de la Iglesia Romana, del celo de Dios con que hablaba en diversas lenguas en los concilios de su siglo y predicando la palabra de Dios, quando se ofrecía necesidad, y de limosnas largas, que hizo en el Arzobispado, desposeyéndose de su plata y halhajas en los tiempos de hambre para socorrer a los pobres. También pareció tener espíritu de profecía, quando prometió vida y victoria dos veces al Rey Don Alonso al tiempo que viendo el Rey que desmayava y se retirava a una parte del ejército catholico en la guerra de las Navas de Tolosa, le dixo: muramos aquí yo y vos en este día, Arzobispo, por la gloria de Dios. A las quales palabras respondió el Santo Arzobispo prophetizando la victoria: no morireis por cierto, Señor, mas vencereis a vuestros enemigos sin ninguna dubda, como sucedió a la letra. La santidad de este Señor se infiere también de la reputación en que ha estado siempre su sepulchro; porque las Escripturas authorizadas antiguas de esta Santa casa, allende de lo que avemos visto en nuestros siglos, afirman queste cuerpo deste bendito Señor ha sido tenido por Sancto desde la antigüedad, y que los enfermos sanaban al tocamiento deste sepulchro, y para remedio de los afligidos se lleva la tierra de él, y por esta causa su vulto y figura está tan mal trasladada de fuera. Pero dentro está el cuerpo del bendito Pontifice todo entero hasta el día de hoy, vestido con su rico pontifical, mitra, guantes y anillos con una piedra que parece ser rubí, y el palio del Arzobispo está prendido en su pecho con una aguja de plata grande, en la cual está engastada otra piedra preciosa, y las sandalias están bordadas con aljofar y su cabeza está llena canas en toda la corona reclinada sobre almohada, bordada de Castillos y Leones y la casulla, que tiene encima está toda llena de castillos de oro, y de la misma forma y figura questa figurado el vulto en la delantera de este sepulchro de piedra... cuya anima entendemos que goza de Dios por las causas dichas y por el testimonio gravísimo que vieron los Padres antiguos de la santidad de este Señor, como parece mas claro en los versos escriptos en la pared en su loor, y en una tabla de antigüedad y en la pared, de más de trescientos años en esta capilla de esta Sancta Casa de nuestra Señora de Huerta, donde es celebre y de inmortal memoria para siempre el día señalado en que este Señor pasó a la inmortalidad bienventurada, después de tan ilustres hazañas, que fué a diez de junio del año de mil y doscientos y quarenta y siete.» (1)

Juán de Buitrago, Notario Apostólico, copió de papeles de Huerta, para que no pereciese, este testimonio respecto de los milagros de las reliquias de D. Rodrigo: «Otro si jace el Arzobispo D. Rodrigo, cuerpo santo, el cual fué lumbr e alumbra miento de la cristiandad, el que ganó muchas villas e lugares de los moros, enemigos de la fé...; que oy día los que dolencia o enfermedad han sanan con la tierra de su sepultura.» (2)

No se puede pasar adelante sin exclamar con asombro: ¡qué excelso fué D. Rodrigo Jiménez de Rada! ¿Quién, bajo tantos conceptos, tan grande y tan completo como él entre los varones más eminentes de España, por su genio, por su originalidad, por sus empresas, por sus escritos, por su divino consejo, por los innumerables beneficios reportados para la Iglesia, para la nación, para la cultura y por tantas obras más? El apasionado cantor de Jiménez de Cisneros, Nicolás Antonio, recogió estos versos en su biografía.

Qui nil majus meliusque terris
Fata donavere, bonusve Deus,

(1) *Elogio...* 100-102. (2) *Discursos*, p. 353-354.

Nec dabunt, quamvis rédeant
In aurum tempora priscum. (1)

Sin embargo no resplandecen en su frente tantas estrellas de grandeza como en la de Jiménez de Rada, debiéndose conceder sólo que se destacó más en la política...! ¡Qué mal se le ha premiado! ¡Cuánto peor aún se han estudiado sus hechos!

¿Qué pasaba entre tanto en la Sede vacante de Toledo? Acerca de lo que la Diócesis sintió y lo que hizo la ciudad de Toledo no hay noticia alguna. Sin duda se lloró mucho la muerte del varón santo y grande, que durante cuarenta años había engrandecido tanto a la Sede, a la ciudad y a Castilla. No se dice qué honores ni qué exequias le tributaron. El único rastro de obsequios espirituales que hallo es que el Arcediano de Toledo, Beltrán, legó una gran finca al monasterio de Huerta en bien, «del alma del Arzobispo D. Rodrigo, que Dios perdone.» (2) No se sabe en qué tiempo fijo lo dejó.

Por su lado el populacho pobre se regocijó, invadiendo el palacio arzobispal, vacío de su prelado, para saquearlo de todos los bienes privados del difunto, como ya era viciosa costumbre en las vacantes de la Silla de Toledo. Alfonso el Sabio la reprobó, en tiempo de Sancho, hermano suyo, discípulo y sucesor de D. Rodrigo en el Arzobispado, diciendo, que prohibía a los toledanos que continuasen practicándola.

El Cabildo toledano trabajaba en la elección del sucesor de D. Rodrigo por el otoño de 1247, y antes de fines del año se había decidido en favor del Cardenal Gil de Torres, del título de San Cosme y San Damián, pidiendo al Papa para que confirmase su elección. Era el Cardenal un sujeto de fama, de muchos méritos y excelentes prendas pontificales, lo cual indica que los capitulares de Toledo quisieron confiar la Sede primada a un varón, que dignamente sucediese a Jiménez de Rada. Ya hemos visto cómo Inocencio IV no accedió, dirigiendo media docena de cartas, para explicar su negativa al Cabildo, a los Reyes castellanos, a la ciudad de Toledo, al Deán y a algunos cabildantes particulares. Por cierto que la petición era excesiva, contraria a los costumbres de la época. Porque entonces no se consentía que los Cardenales residiesen fijamente en determinada Iglesia, fuera de Roma. Bastante después se introdujo la práctica de nombrar Cardenales a Obispos, que tuviesen Diócesis propias, con residencia. Así se explica que hombres de tanto mérito, como D. Rodrigo, no perteneciesen al Colegio Cardenalicio; yerran por eso los que le llaman Cardenal. (3) Los Cardenales eran en aquel tiempo principalmente eclesiásticos, a las órdenes del Sumo Pontífice, para que desempeñasen los cargos de la Curia pontificia y para que ejerciesen diversas misiones de importancia en las cortes de los príncipes, en las legacias por cruzadas y en otros asuntos granados de observancia de la disciplina eclesiástica. Precisamente durante el pontificado de D. Rodrigo fueron nombrados los tres primeros Cardenales de España. El primero D. Pelayo, del Reino de León, Obispo titular de Albano, que recibió el encargo de presidir como Legado de Honorio III, en 1218, la cruzada de Oriente, que fracasó ante Damietta. Vuelto a León, se ilustró en la reforma del Cabildo legionense; murió el 11 de mayo de 1240. El segundo fué el citado Gil de Torres, castellano, que sirvió a la Iglesia universal, cumpliendo los encargos de resolver negocios de muchas Sedes y Catedrales de España; murió en 1254. El tercero fué San Ramón Nonat, catalán, procurador de los Mercedarios en

(1) *Bibliotheca Nova*. II. p. 388. (2) Lib. Priv. Eccl. Tol. II. Fol. 64. (3) Es frecuente en los autores que a D. Rodrigo llamen Cardenal.

Roma, que fué el que primero glorificó la púrpura Cardenalicia con los rayos de la santidad. Murió el 31 de agosto de 1240.

El sucesor de D. Rodrigo fué Juan de Medina de Pomar, sobrino del Cardenal Torres, y canónigo de Toledo, que apenas rigió un año entero su Arzobispo; porque a fines de 1248 ocupaba, por muerte suya, la Sede primada D. Gutierre de Córdoba, que como electo de Toledo bendijo la Catedral toledana el 23 de diciembre de ese año; el 6 de enero del siguiente le confirmó el Papa. D. Gutierre era amigo de D. Rodrigo, quien le confirmó en la Silla de Córdoba, fué uno de los héroes en la conquista de Sevilla, y murió a poco de tomar el gobierno del Arzobispado de Toledo. Le sucedió el Infante D. Sancho, hijo de San Fernando y discípulo de don Rodrigo, por nombramiento del Papa Inocencio IV, que debió acceder a la presión de la Corte castellana, para que consintiese en el funesto mal de hacerle administrador perpetuo de la Iglesia primada, sin estar ordenado *in sacris*. Como se ve, la Sede de Toledo no tuvo suerte en los inmediatos sucesores de D. Rodrigo Jiménez de Rada, cuya falta por lo tanto se hizo sentir enormemente en el Reino y en la Iglesia de Castilla. Como no existen noticias de lo que San Fernando y su Corte sintieron e hicieron, sin perder tiempo en suposiciones de cierto muy lógicas, pasaré a tejer la originalísima e interesante historia póstuma de D. Rodrigo.

El Abad que recibió el cadáver de D. Rodrigo en Huerta fué Pedro, tercero de ese nombre, quien, para honrar al incomparable amigo del monasterio, dispuso que se le enterrara en el altar mayor, por el lado del Evangelio, en una hornacina de la pared, abierta a poca altura del suelo; y mandó fabricar encima una muy suntuosa sepultura de piedra sobre cuatro leones. Sobre la lápida sepulcral están excelentemente dibujadas y labradas las majestuosas vestiduras del Arzobispo: tal como le cubren en el interior, con una reproducción exacta de la postura del cadáver y de los pliegues y vuelos de la amplísima casulla, junto con la mitra y las sandalias. Exactamente están talladas las prendas que hay en el interior. Prueba de que el escultor estaba perfectamente enterado, y de que vió el cadáver al ser enterrado. Entre el sepulcro y la tapa de piedra, en la misma juntura, escribieron los monjes, antes de cerrarlo, con letras de oro, estas palabras, que el Padre Estrada vió, cuando por primera vez fué abierto, después de tres siglos, en 1511: «*Hic jacet Dominus Rodericus, felicitis recordationis Archieps. Toletanus.*» Como dice, esa letra se deshizo cuando se abrió el sepulcro con las palancas. (1)

Escribióse sobre el sepulcro este epitafio.

*Continet hæc fossa Roderici corpus et ossa;
De cujus morte soli bene contigit Hortæ,
Præsulum gemma, totius gloria gentis,
Lux, decus Hispaniæ, verus fons, arca sophiæ,
Et pius et mitis, cunctis uberrima vitis
Extitit alumnis, caruit sua vita calumniis.
Mater Navarra, nutrix Castella, Toletum
Sedes, Parisius studium, mors Rhodanus, Hortæ
Mausoleum, cælum requies, nomen Rodericus.
Bis quater adde fuit, erit constructio plana.
Anno Domini 1247 obiit Rodericus
Archips. Toletanus, 4 idus junii.*

«Este epitafio es parte del que hay en el monasterio de Huerta añade José Rodríguez de Castro, y está entero en un códice, en folio, de la Real biblioteca del

(1) *Elogio*. P. 97.

Escorial, escrito en papel, de letra, según parece, del siglo XIV, que tiene este título. «*Prologus in Cronica, quam Magister Rodericus, toletanus Archiepiscopus composuit, rogatus a Domino Ferrando, Rege Castellæ.*»

Mas yo no opino así. Ese es el epitafio sepulcral primero, al que añadió un encomio más extenso el monje Ricardo, autor de esos versos, como lo fué del elogio largo de San Martín de Finojosa, que se halla encima de su sepulcro, abierto en la parte de la epístola, frente a la tumba de D. Rodrigo. El trozo, que comienza con el verso *Fontibus Bononiæ potatus*, parece ser continuación ampliatoria del breve y substancioso epitafio, que acabo de copiar, y que se halla escrito con tinta negra y letra primitiva en la misma pared. En cambio el epitafio largo, que amplifica el primero, está escrito en un pergamino pegado en una tabla, la cual está colgada debajo de la inscripción parietal y encima del sepulcro. Si no fuera continuación daría notas especiales declaratorias del que está en el sepulcro. Como dijimos, antes de *Fontibus* está en la tabla el dístico arriba copiado:

Angelis manibus....

Sobre el dístico se halla la imagen nimbada de gloria del Santo Prelado. El Padre Estrada advierte sobre la antigüedad de ese trozo de Ricardo, escrito en la tabla, que «ha durado hasta nuestros días tres siglos; y de la manera que yo he reparado a ella misma, sin mudar letra ni pergamino, podría durar otros cuatrocientos años.» (1) El copista citado por Rodríguez de Castro, que en el siglo catorce trasladó también ese trozo, junto con el que ya he transcrito arriba, (*en el Prologus in Cronica...*) observa que se lee así en el original del sepulcro. (*Ita legitur in archetypo.*) En fin en la tabla mencionada puso el P. Estrada, al reparar lo escrito, las noticias, que había encontrado en las crónicas de la casa, sobre el monje Ricardo, en estos términos: «Ricardo, monje de este Real e imperial monasterio de Huerta, hijo del mismo, que vivió en el mismo siglo con el ilustrísimo, venerable y verdaderamente santo, D. Rodrigo Jiménez de Rada, primero Obispo de Osmá, después Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas, lumbrera singular de toda España, compuso el siguiente poema leonino encomiástico y obsequio de la memoria del Ilustrísimo Señor.» (2)

He aquí la composición métrica arriba mencionada.

*Fontibus Bononiæ potatus philosophiæ,
Primus Hispaniæ, patrum pater, arca sophiæ,
Flos sanctorum, jacet hic præsul Rodericus,
Ut rosa; flos florum redolens et valde pudicus,
Pontificum norma, lux cleri, laus populorum,
Iste fuit forma virtutum, mors vitiorum:
Cultor justitiæ, patriæ pax, dux probitatis,
Schola pudicitæ, via juris, vas bonitatis;
Dapsilis in mensis, vita sacer, absque querelis,
Palmis extensis mittebat munera cœlis.
Doctor præclarus, linguæ splendore serenus,
Prudens et gnarus, cœlesti dogmate plenus,
Largus pauperibus, tribuens pia munera dignis,
Prodigus hospitibus, adimens sua dona malignis:
Sic annis multis Toleti Sede sedebat.
Gentibus incultis vitalia verba serebat.
Prædicat, erudit, arguit, allicit, arcet et viget*

(1) *Elogio...* P. 98. (2) Loperráez. Tom. I. P. 204.

*Corripit, obsecrat, instruit, increpat ut mala:
Summum Pontificem Lugduno præsul adivit,
Hispaniam rediens, affatu percelebrato,
Ad Rhodanum veniens; requievit fine beato,
In Rhodano moritur, et mortuus hic tumultatur:
Hic corpus tegitur, sed spiritus astra rimatur.
Annus millesimus bis centum sextus et unus
Et quadragenus dedit hoc venerabile funus.
Idus bis bino junii migravit Rodericus.
Nutu divino, felix hortensis amicus.
Frater Ricardus, bona sectans, ad mala tardus,
Hæc prompsit metra: cui detur sors sempiterna.*

Con estas inscripciones y en esta forma legaron a la posteridad los cistercienses de Huerta el mausoleo de D. Rodrigo; y además enterraron junto a él cuatro caballeros navarros, parientes suyos, que habían donado al monasterio 4.000 moribies, gran cantidad para entonces, con que el cenobio compró en 1269 la hacienda de Esteras. (1) Dice de ellos González Dávila: «También yacen cerca de la misma sepultura cuatro caballeros ricos hombres de Navarra, D. Tello García, Mudarra Gonzalo, Rodrigo Gonzalo e Ximen Gonzalo, que fueron de la *mesnada* del Arzo. bispo.» (2)

Ahora vamos a relatar la parte verdaderamente nueva y curiosa de la historia póstuma del Arzobispo, o mejor, de su sagrado cuerpo, que ha llegado hasta nosotros incorrupto, a pesar de que tanto se ha hecho desde el siglo XVI, para que penetrara en él la corrupción, después que entonces con admiración universal y piísima se le encontró en ese estado. Pues no se halla noticia alguna de que jamás se abriera el sepulcro de D. Rodrigo hasta el expresado siglo.

Cuenta el célebre P. Estrada, que siendo él niño, y gobernando la abadía de Huerta Fray Bartolomé Enríquez, sobrino del Almirante de Castilla, «quisieron poner duda los canónigos de Toledo en si estaba aquí este cuerpo sancto o no.» (3) No satisface la duda para pedir que se abriese el sepulcro. Más fundado parece lo que Cerralbo sospecha, que Cisneros, entonces Arzobispo de Toledo, gran admirador de Jiménez de Rada, como se ha visto, tuvo el intento de trasladar a la catedral de Toledo los restos de su fundador. (4) El hecho es, que una comisión del Cabildo de Toledo pasó a Huerta a solicitar que se abriese la sepultura del Arzobispo, para cerciorarse de que allí estaban los restos mortales de aquel personaje. El predicho Abad condescendió, y por primera vez se abrió el sepulcro, y los testigos pudieron asombrarse al ver incorrupto el cadáver; pero el P. Estrada no da noticias de cómo lo hallaron, sino sólo sí, cómo se descubrió en la juntura de la losa sepulcral, en letras de oro, el *Hic jacet*, que hemos copiado. Esto pasaba hacia el año 1511, en que el sobrino del Almirante de Castilla era Abad de Huerta.

El monasterio de Huerta y el alma del P. Estrada se poblaron de santa y ávida curiosidad de contemplar otra vez las imponentes y venerables facciones de don Rodrigo, y por eso el niño Estrada, después de 22 años de estudios en la Universidad de Alcalá de Henares, como alumno brillante y catedrático insuperable, al llegar a sentarse varias veces en el sillón abacial, volvió a levantar la losa del sepulcro, para satisfacer sus ansias y las de sus monjes, en 1558, con ocasión de abrir el de San Martín de Hinojosa. Enumera el Padre todas las prendas con que

(1) Cerralbo. (2) *Teatro Eccl. de Sigüenza*. Cap. 7. (3) *Elogio...* P. 97. (4) *Discursos...* P. 140.

está vestido el cuerpo, y que ya conocemos. Del mismo cuerpo lo único que dice es, que está «*todo entero* hasta el día de hoy» «y su cabeza está llena de canas.»

No pareció bien a la autoridad eclesiástica que reliquia tan extraordinaria se anduviese así, al capricho de la devota curiosidad particular, expuesta a despojos piadosos y poniendo en peligro de corrupción sus vestidos y también las mismas reliquias, con tanto movimiento y contacto del aire; por lo que se prohibió se abriese más. Pues añade el P. Estrada «el cual sepulcro no se permite *ya abrir*, porque a título de devoción diversos Señores pretendían despojar de su lustre y *entereza* este cuerpo sancto.» (1) Esto prueba que hubo intentos de hurtos devotos para poseer y venerar como reliquias sagradas las prendas y partes del cuerpo del Arzobispo.

No obstante esta prohibición, por tercera vez se abrió el sepulcro seis años después, como consta por el papel con versos, que apareció debajo de la momia en 1660. Decía el papel.

«Aquí yace un varón ilustre en fama,
En obras Santo, Justo y glorioso,
De Toledo fué Arzobispo poderoso,
De nombre D. Rodrigo el vulgo llama.
Anno 1564. Ora pro peccato istius hominis.

Julii die 8.» (2)

Vemos que en 1600 se abrió otra vez el sepulcro, no por curiosidad, sino por trasladarle a otro sepulcro más lujoso, costado por el Duque de Medinaceli, a la vez que el cuerpo del tío de Rodrigo, San Martín, del que había escasísimos restos. En cambio D. Rodrigo muy entero en todo, como consta minuciosamente en el acta notarial, que se levantó, ya publicada por Cerralbo. (3) He aquí lo que dice del alfiler que cerraba el testamento de D. Rodrigo, en ocho renglones y medio: «Encima del dicho cuerpo se halló un papel, que estaba cerrado con un alfiler de oro, en que había una piedra azul... y por arriba pareció dicho alfiler estar quebrado, y quitado el alfiler, se abrió dicho papel, y dentro se halló un pergamino, en que estaba un granate colorado, oscuro, grande, guarnecido de oro.»

Por sexta vez se abrió en 1798 por complacer la devoción del Arzobispo de Valencia, D. Francisco Julián y Tuero, gran admirador de D. Rodrigo. Otra vez lo hicieron en 1865 los ingenieros constructores del ferrocarril de Madrid a Zaragoza, y el ingeniero alemán Gregorio Helzel compuso una memoria de ello, y la publicó Vicente de la Fuente en el tomo sexto del Boletín de la Academia de Historia.

Siguió a esto un periodo de abusivas y frecuentes visitas con gran perjuicio del santo cadáver; y por disposición de las dos Academias de la Historia y de Bellas Artes de Madrid, oficialmente visitó de nuevo Vicente de la Fuente en 1876 el famoso sepulcro, y se levantó de esta inspección una acta de la que copiaré lo más interesante, que se leerá con gusto. Dice:

«Alzada la plancha de cinc y un sudario, amarillento por el tiempo, se descubrió la momia en la forma siguiente.... El cadáver del Arzobispo no yace boca arriba.... Aquel rostro no presenta ya a penas forma humana, sino solamente una masa cenicienta, como de piedra pomez, sin *pelo* ni *cejas*, con unas pocas perceptibles hendiduras, que indican las cavidades de boca y ojos (4) Tiene puesta una mitra pequeña de tela blanca, con un galón sencillo, al parecer de seda morada, con

(1) *Elogio*... P. 102. (2) *Discursos*... P. 351. (3) *Discursos*. P. 348 y sig. (4) Las fotografías de Cerralbo sacadas en 1907 prueban que es exagerada esta descripción de la depresión de las formas de D. Rodrigo.

dos pequeñas florecitas... La mitra está arrugada, por no haber de otro modo en el sarcófago, y que no se tomaron las dimensiones, ni se dibujó, por no menear o remover la venerable cabeza en el estado de descomposición, que ya presenta; pero desde luego se ve que la mitra es la mitad más pequeña que la que actualmente usan los Prelados, y de hechura achatada y bien conocida de las de aquella época. El cadáver está [amortajado] muy lijera y sin [ropas interiores, sin alba, sin amito, ni roquete. El vientre, muslos y rodillas están cubiertos con unos calzones de paño negruzco y tosco, y las piernas con unas bandas de tela carmesí, sujetas con cintas del mismo color. Las sandalias de paño negro, bordadas lijera y con un cordoncillo de seda y muy pocos filamentos de oro, están suspendidas de las suelas de corcho, sujetas con ligeras estaquillas de caña. Por entre las suelas y paño de las sandalias aparecen los dedos de color amoratado, con las uñas, como también las manos, que se descubren al través de guantes apolillados. En el índice de la mano derecha tiene un solo anillo, pequeño, al parecer de oro, y muy sencillo, con una cruz de la Orden de San Juan, toscamente perfilada. En el pecho tiene fijo con un alfiler, al parecer de oro, el pergamino llamado Testamento, de siete centímetros de largo por cinco de ancho.... En el reverso dice, de distinta letra más diminuta y moderna: *Rodericus Semen*. Lo mismo las piernas que los dedos de los pies y manos se hallan endurecidas. La grande y amplia casulla de tela oriental cubre completamente el cadáver con sus anchos pliegues en la forma, que se ve representado en la cubierta del sepulcro antiguo, que se conserva a los pies de la iglesia, con la estatua yacente del Arzobispo.... El palio metropolitano consiste en una tira larga y estrecha de lana blanca, de unos dos dedos de anchura, con una sola cruz negra en el parage, en que se une a la parte, que rodea el cuello; dicha faja, o tira, desciende hasta los pies, tal, cual se ve en la dicha lápida sepulcral, ya más deteriorada. Ni el cadáver, ni su efigie pectoral tienen pectoral ni báculo... La hechura de la mitra parece a la que tiene en la losa sepulcral.» (1)

Recogidas estas noticias y ofrecido el homenaje de veneración al sagrado tesoro. ya anochecido, se cerró el sepulcro con una rapidez tal, que degeneró en precipitación, por la falta de tiempo. Esta precipitación suscitó en el pecho de Cerralbo la inextinguible carcoma de temores de que la lápida de la urna no se había acaso ajustado hermética y sólidamente a la boca de la sepultura, quedándose en peligro de que estuviesen las reliquias en contacto con el aire por algún resquicio. Más aun, quería Cerralbo hacer un examen más detenido, y como él escribe, «tomar características y comprobadoras fotografías del admirable personaje y sus espléndidas vestiduras, con todo lo cual se sirviese a los estudios históricos y a las observaciones de la arqueología, y sobre todo a la gloria de aquel hombre extraordinario, que, fuera de los tronos, personifica y representa los eslabones maravillosos con que se enlaza el tradicional heroico siglo doce a las grandezas e innovaciones del trece.» (2) Con estos sentimientos contagió al alma noble del sabio Obispo e historiador, el ilustre Fray Toribio Minguella y Arnedo, que en 1907 regía la Sede de Sigüenza, y con facilidad le indujo, a que en su presencia se volviese a descubrir una vez más el sagrado cuerpo del grande e inolvidable navarro, destinado a no gozar reposo, al cabo de setecientos años después de su muerte, para pregonar de siglo en siglo la inmensa actividad de su vida, sus hazañas inmortales, sus virtudes sublimes, la superioridad sin par de su grandeza, glorificada por Dios, suspendiendo las leyes de la naturaleza. Porque tantas visitas de su se-

(1) *Boletín de la R. A. de Hist.* tom. VIII. (2) *Discursos.* p. 143.

pulcro y tantos escrutinios de su cuerpo, exponiéndolo tantas veces a la acción de la atmósfera, hubieran debido producir la total descomposición y pulverización de todos aquellos restos heroicos, a no mediar la acción misteriosamente preservadora de una providencia especial de Dios.

Como los datos aportados en esta postrera visita en parte son nuevos y a la vez señalan lo que ha hecho el tiempo, en el transcurso de esos 21 años, y prueban también cuánto dañan a esos restos mortales las reiteradas visitas de los curiosos, transcribiré aquellos trozos íntegros, que merecen leerse.

«Era pues el día 28 de septiembre de 1907, domingo, y después de un solemne acto religioso, que celebró de pontifical el Excmo. el Ilmo. Sr. Obispo de Sigüenza asistido por su Secretario de Cámara, el docto y respetable Sr. D. Ambrosio Mambona, dignidad de Chantre de aquella Catedral, y por los dignísimos presbíteros D. Justo Juberías.. y D. Pedro Peralta... con asistencia de las autoridades, Guardia civil y todo el vecindario, armados los fuertes andamios, que son precisos para subir los sarcófagos, y que aquellos resistan al gran peso de las altas marmoreas tapas, que sobre ellos habían de correrse, y con la llave que trajo y guarda el Sr. Obispo, abriéronse los dobles candados, que cierran las verjas de hierro, tras de los cuales, ya dijimos, están depositados los dos sarcófagos, conteniendo el cadáver momificado del Arzobispo D. Rodrigo y los ya escasos restos de San Martín de Pinjosa, aquel muerto en 1247, y éste en 1213. Corridas las laudas, no sin gran trabajo, y extraídos los ataúdes, pudimos contemplarlos.

En cajas de plomo, cuyos ángulos están ya medio desoldados y alzada la tapa, sobre la que aparece grabada con punzón la inscripción siguiente: «29 de febrero de 1660 se puso aquí el cuerpo del Arzobispo D. R. Ximenez» apareció envuelto en amplísimo y grueso sudario de algodón y lino, como el fustían de la edad media, pero cuyo antiguo color blanco tñieron los siglos con el polvoriento del de la Siena.

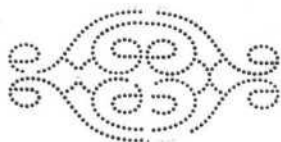
Desdoblados los múltiples pliegues, quedó al descubierto la venerable e imponente figura de aquel Santo, de aquel héroe, de aquel gran español, y caímos de rodillas, como si por sus relevantes virtudes le vieramos erguido en un altar, como si le admiráramos..... y le vimos como hoy en día; reclinada la cabeza sobre el hombro derecho, que parece que lo levanta hasta el oído la mano izquierda, cual si apenado por las desgracias de la patria, aspirase a oír repalpar su corazón con todos sus peculiares y regeneradores ardimientos; tiene los cerrados..... (Siguen reflexiones de objetos, que ya están descritos antes.)

Desde hace treinta años, que contemplé por primera vez esta impresionante figura, hasta hoy, se manifiesta bastante alterada; pues todo lo carcomido del rostro era tersura, y sólo en la nariz se veía, y se vió siempre, alguna falta, sin duda el contacto del aire, y más que todo las fervorosas muchedumbres, que al verlo, tocáronle, han influido en la relativa descomposición, pero se apreciará por la fototipia cómo aún se conserva más que admirablemente para tantos cambios, que se le impusieron.... pero con solo contemplar su enjuto rostro, aquellas nobles líneas, y recordar su historia, se convence uno de que ha sido preservado de la destrucción, porque aquel mermado físico vivió solamente del espíritu, y éste ha embalsamado el cuerpo, corriendo por las venas los aromas de la virtud, afirmando las carnes con las estatuarias modelaciones de la sublimidad y dando a los huesos el temple del férreo arnés del heroísmo.» (1)

Según era alto deber, por evitar la aceleración mayor de la corrupción y el des-

(1) Ib. p. 144-147. Léase allí mismo la notable noticia de los vestidos. 148-163.

moronamiento del venerando tesoro, y por el respeto que inspiraba, no se movió la momia; pero Cerralbo sacó fotografías del aspecto general, y además de las manos y de los pies en particular, y estudió con detención las preciosas vestiduras, de las cuales hace el asombrado procer una larga descripción, que merece leerse, diciendo así su causa: «Pues si es bien natural rendirse en éxtasis de admiración ante personaje de tan excelsa historia, no es fácil callar ante el encanto producido por aquellas vestiduras, que atestiguan el sublime arte a que se llegó en España.» (1) Terminó el reconocimiento, tributando toda aquella grande muchedumbre honores de santo al sagrado cadáver. Desfilaron todos adorando de rodillas con ósculo de veneración la mano o el pie, suyugados por la consideración de las virtudes del santo Arzobispo, y aspirando el perfume de olor de santidad, que perdura al través de los siglos en aquel recinto sagrado por la presencia de aquellas maravillosas reliquias. Ojalá que no sean turbadas otra vez por la curiosidad humana, y sí glorificadas por el fallo de la Iglesia, que proclame la santidad del grande varón, D. Rodrigo Jiménez de Rada.

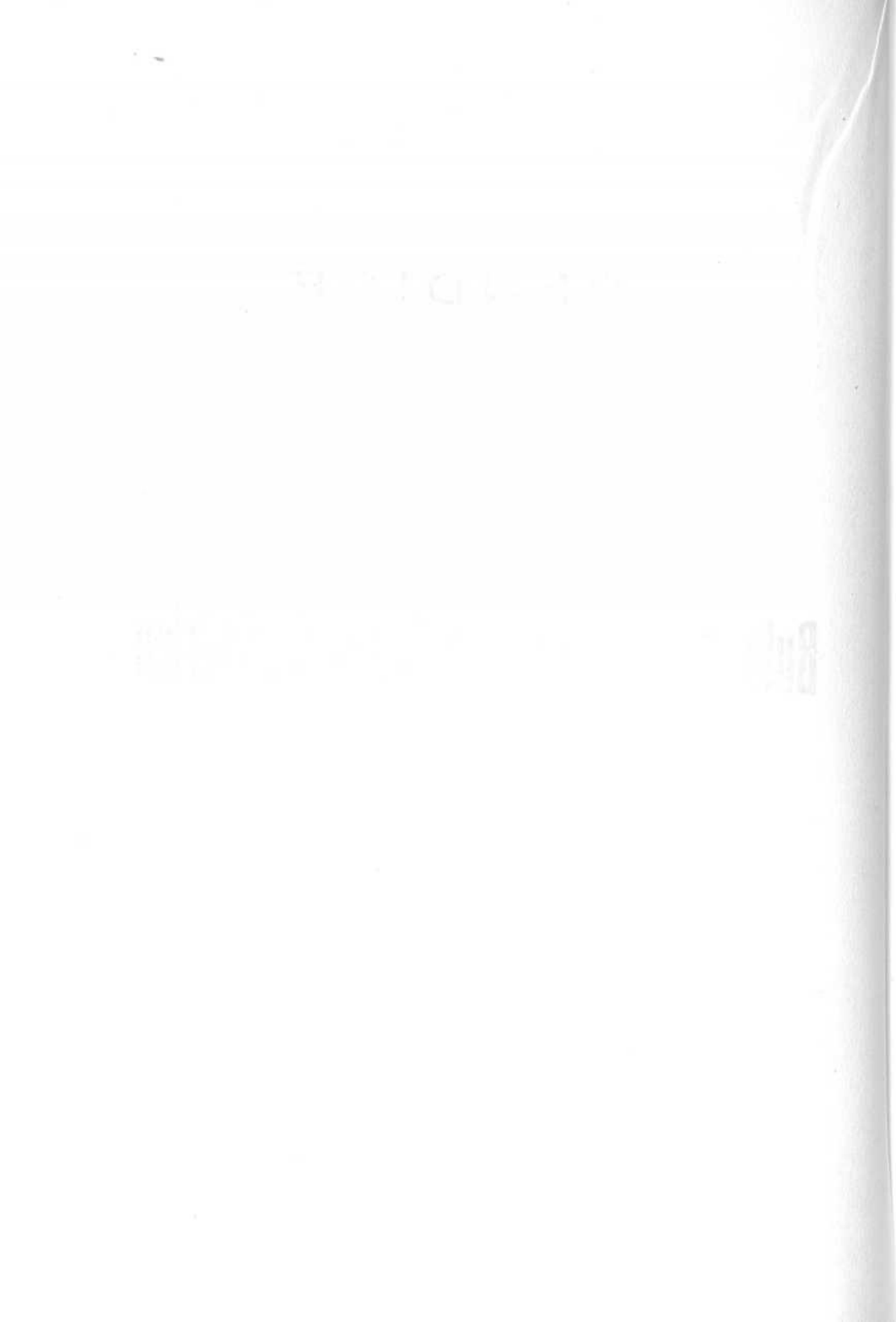


(1) *Discursos*. 162.

APÉNDICE

Bulario Pontificio relativo a D. Rodrigo





Bulario Pontificio relativo a don Rodrigo

I

BULAS DE INOCENCIO III.

1.—*Exhorta Inocencio al Toledano y a sus sufragáneos para que muevan a la cruzada a su Rey.* (1) Venerabilibus Fratribus Toletano Archiepiscopo et sufraganeis ejus. Exemplo miserabilis exterminii, quod populus christianus in sancie Christi hereditatis amissione sustinere debetis, ut paganorum conatibus, ubi decet et expedit, obvietis, invalescere opponat etiam sancta nostra, sicut in oriente, pollutionum suarum spurcitiis. Cum igitur charissimus in Christo filius noster, Petrus Aragonum, rex illustris, orthodoxe fidei zelo succensus, quam perfidia sarracenorum impugnatur, viriliter se accingit, Fraternitatem vestram moneamus attentius et hortamur, per apostolica vobis scripta precipiendo mandantes, quatenus charissimum in Christo filium nostrum A. illustrem regem Castelle simul et singillatim, quemadmodum expedierit, monere prudenter, et efficaciter inducere procuretis, ut et ipse pro Christi nomine, tam pium propositum emulando, ad opus hujusmodi pietatis, simili devotione consurgat; cum id, et instans occasio persuadeat tempus opportunum. Quod si ad id non poterit fortassis induci, districtius inhibeatis eidem, ne quoquo modo subditos suos impediatur, quominus inspiraverit eis Deus, prefato regi suum in hoc auxilium largiantur. Alios quoque fideles, in vestris diecesibus constitutos, generaliter exhortamini, auctoritate nostra remissionem eis peccaminum indulgentes, ut dicto regi ad promovendum tantum Dei servitium, consilium et auxilium impendant, mandatum taliter impleturi, quod in ejus executione monstretis quam sinceri sitis christiani nominis zelatores. Dat Laterani, XIV Kal. Martii, pontif. Nostri anno XII. (16 febrero, 1209.)

Original en el Archivo de la Catedral de Toledo. Copia directa.

2.—*Confirmación de D. Rodrigo para la Sede toledana.* Sufraganeis Ecclesie Toletane. Ad Sedem Apostolicam venientes dilecti Filii, Decanus, Magister Scholarum, R. et E. et I., canonici Ecclesie Toletane, nostro Apostolatu reseraverunt, quod, defuncto bone memorie Martino, Toletano Archiepiscopo, cum Capitulum ejusdem Ecclesie in quosdam Canonicos suos providendi eidem Ecclesie potestatem unanimiter contulisset, ipsi, deliberatione prehabita, dilectum Filium, Oxomensium Electum, concorditer elegerunt in Toletanum Archiepiscopum postulandum. Unde Decanus et alii supradicti super hoc, tam decreto Capituli, quam etiam carissimi in Christo Filii nostri Alfonsi, illustris regis Castelle, vestris, ac quorundam religiosorum, qui de literatura, prudentia et honestate morum ipsum multipliciter commendabant, litteris presentatis, postulationem ipsam approbari a nobis humiliter petierunt. Nos igitur pro certo sperantes translationem ipsius, non solum Ecclesie Toletane, verum etiam universe Provintie, dante Domino, fructuosam, foret de Fratrum nostrorum consilio, postulationem eandem ex benignitate duximus ad-

(1) Como ya es costumbre corriente en las modernas Colecciones de Bularios y exige además el volumen de este libro, suprimo todas las fórmulas comunes, que no pertenecen a la substancia de cada bula. Por dar uniformidad ortográfica a todas las piezas pontificias, que yo he encontrado diversamente escritas, pues unas las recojo directamente de los Archivos y otras las copio de diferentes autores, que han seguido distintos métodos en la impresión de las bulas, he preferido imprimirlas ajustándolas a la ortografía moderna. Sólo he conservado la e sencilla para la expresión de los diptongos, por razones particulares.

mittendam, a vinculo, quo Ecclesie Oxomensi tenebatur astrictus, reddentes ipsum penitus absolutum. Unde ipsi per nostra scripta precipiendo mandamus, ut ad regimem Ecclesie Toletane accedere non postponat, ab aliquo vestrum, opportuno tempore in *presbyterum ordinandus*. Quocirca presentium vobis auctoritate mandamus, quatenus eidem Electo Ecclesie Toletane intendatis de cetero humiliter et devote. Datum Laterani, tertio Kalendas martii, Pontificatus nostri anno duodecimo. (27. Feb. 1209.)

Loperráez, Tom. III. Documento 36. Se halla original en el Archivo de la Catedral de Toledo.

3.—*Comisión a D. Rodrigo sobre el Obispo de Sigüenza*. Episcopo Seguntino. Olim nobis per tuas litteras indicasti, quod, cum, te presente, Archipresbyter quidam missam in sua ecclesia celebraret et populi multitudo in chorum canonicorum et usque ad altare se ingereret importune, tu diligenter monuisti ministros, ut turbam irruentem arcerent, quatenus sic divina possent liberius officia celebrari. Quibus id efficere non valentibus, existimans, quod, super hoc tibi majorem reverentiam exhiberent, populum arcere, accepto baculo, incepisti, quosdam impellens, quosdam percutiens leviter, quosdam terrens, ut sic saltem opportunitas preberetur sacris officiis. Alii siquidem percutiebant cum baculis, populum repellendo, inter quos juvenis quidam in capite dicitur fuisse percussus; qui postea, post mensem sanus apparens, et indifferenter utens cibis et potibus universis, ad lapides ferendos, et calcem, in diebus maji, prout sibi expediebat, locavit operas suas, ad vineas fodiendas, intrans nihilominus balneas et tabernas. Post tricesimum vero diem, ad suggestionem quorundam, te quidem inscio, et ignaro, quidam medicus imperitus et senex, carnem capitis ejus et testam secuit indiscrete, licet nullum signum percussionis in capite appareret, quem in sectione illa, quatuor supervenientes medici erravisse, dixerunt, asserentes hujus modi sectionem inducere causam mortis. Juvenis autem, quarta decima die post sectionem eandem, diem clausit extremam. Post cujus obitum in populo rumor insonuit, quod ex percussione tua mortuus fuerat homo ille. Que quidem infamia, sicut firmiter per easdem litteras intimasti, a peronnis vilibus, emulis, atque malevolis dignoscitur initium habuisse. Unde humilitatis causa, licet tua te conscientia minime reprehenderet, abstinendum duxisti a celebratione missarum, donec super hoc nostre reciperes beneplacitum voluntatis. Nos autem dilecto filio Toletano Electo, nostris dedimus litteris in mandatis, ut inquireret super hoc diligentissime veritatem, et si ei de premissis constaret, tibi daret licentiam cum timore Dei divina officia celebrandi: injungens etiam, ut de cetero studiosius vacares operibus pietatis, pro eo quidem, quod verbum Apostoli minus provide observasti, dicens: *Opportet Episcopum esse non percussorem*; cum etsi non illum, alios tamen leviter percussisse dicaris, ex quo rumor hujusmodi est subortus: oblocutores insuper et infamatores tuos, ut ab hujusmodi presumptione desisterent, monitione premissa, per censuram ecclesiasticam, appellatione remota, compellere non differret. Prefatus vero Electus, sicut ex litteris ejus accepimus, nostris volens obedire mandatis, accessit ad Ecclesiam Seguntinam, et ab omnibus canonicis, quos ibidem invenit, amicis et inimicis tuis, juramento exigens, ab unoquoque super predicto facto rei veritatem diligentissime inquisivit: et que dixerant in scriptis redigens, licet jurisperiti, et quidam Episcopi ei consulerent, ut tibi licentiam concederet celebrandi, quia tamen ei consultius visum fuit, ut negotium ipsum ad nos instructum remitteret, dicta canonicorum et aliorum, sigillo suo signata, nobis destinare curavit. Ceterum nobis inquisitionem ipsam examinari cum diligentia facientibus, examinatores ipsius nobis fideliter retulerunt, quod unus tantum de visu deposuit, alii de auditu. Duo vero chirurgici et unus physicus, jurati, dixerunt quod non ex percussione, sed indiscreta incisione obierat juvenis memoratus. Nos igitur inter culpam et infamiam distinguentes; quia culpa probata non est; tue te conscientie relinquimus quoad Deum; et super infamia, quoad homines, ita tibi duximus providendum: ut Clero et populo convocatis, chirurgicorum et physici testimonia publicentur, qui tuam videntur innocentiam expurgare, ut cum infamia conquieverit, pontificale officium liberius exequaris: dantes Venerabili Fratri nostro Episcopo Segobiensi et dilectis Filiis Palentino Electo et Ardiacono Septempubliensi, Segobiensis diocesis, in mandatis, ut, si quis super hoc te presumpserit temere molestare, ab hujusmodi presumptione desistat, monitione premissa, per censuram ecclesiasticam, appellatione remota, compescant. Datum Laterani, octavo kalendas decembris, Pontificatus nostri anno duodecimo. (24 nov. 1209.)

Aguirre. Tom. V. P. 146. Migne. Patrologie. Tom. CCXVI. lib. 12. P. 160. Lib. Priv. I. F. 44. v. En es-

te lleva el encabezamiento íntegro, y la fecha mucho más anterior, así: Datum Laterani, quinto idus aprilis, Pontificatus nostri anno duodecimo. Otra idéntica bula a varios Prelados más dió Inocencio III en este día. Aguirre. Tom. V. 146.

4.—*Una orden del Papa a ruegos de D. Rodrigo.*Segobiensi Episcopo et Palentino Electo et Archidiacono Septemduplicensi, Secobiensis Diocesis... Venerabilis Frater noster, Archiepiscopus Toletanus, nostris auribus intimavit, quod Ecclesia Talaverensis et quidam alii Toletane Diocesis, super procurationibus cathedralitio communi. decimis, oblationibus mortuorum et aliis rebus injuriantur eidem. Ideoque, discretionis vestre, per apostolica scripta mandamus, quatenus, partibus convocatis, et auditis hinc inde propositis, quod canonicum fuerit, posposita appellatione, statuat, quod decernitis, per censuram ecclesiasticam firmiter. Testes autem, qui fuerint nominati..... Quod si non omnes... Dat. Laterani, secundo kal. martii, pontificatus nost. An. XIII. (28 feb. 1210.)

Liber privil. II. Fol. 44.

5.—*Inocencio III agradece una deferencia a D. Rodrigo.* Hispano, Ecclesie Toletane Decano. Placuit Venerabili Fratri nostro Archiepiscopo ac tibi, fili Decane, et canonicis Toletanis, qui cum ipso erant apud Sedem Apostolicam constituti, dilectum filium Andream de Gabiniano, Subdiaconum et Capellanum nostrum, ad preces nostras, in Fratrem et Canonicum recipere coram nobis. Quod nos tanto gratum habemus, quanto Subdiaconus ipse, pro merito bonitatis, nobis et Fratribus nostris carus et acceptus existit. Quum igitur ex hoc, non minus Ecclesie in persona et persone in Ecclesia credamus esse provisum; dilectos filios Toletanum Capitulum, per scripta nostra rogavimus attentius et monuimus, nihilominus ei precipiendo mandantes, ut quod per dictos Archiepiscopum et canonicos liberaliter factum est, hilari prosequentes favore, dictum Subdiaconum, per procuratorem, in corporalem possessionem concessi sibi canonicatus inducant; et cum ad locum residentium sit receptus, vestiarum et alia, que residentes percipiunt, per eundem procuratorem, sibi, cum integritate debita, conferre procurent: juramento, quod fecisse dicuntur, nequaquam obstante; cum illud mandato nostro nec possit obstare. Quum igitur Subdiaconus antedictus, vices super his tibi duxerit committendas, devotionem tuam rogamus attentius et monemus, quatenus ea taliter studeas procurare, quod, et tibi utile et nobis esse possit acceptum. Dat. Laterani Kal. Martii, pontificatus nostri anno XIII. (1 marzo, 1210. Migne, Patrol. T. 216. P. 9. Aguirre. V. 149.)

6.—*Otra bula sobre lo mismo al Cabildo de Toledo, en la que Inocencio, dice que otros canónigos «cum ipso (Roderico) erant apud Sedem Apostolicam.» (Según las dos bulas Rodrigo estuvo en Roma en 1210.)*

Patrologie Migne. Loco cit. Aguirre. V. 148 y 149.

7.—*Confirmación de la Primacía de Rodrigo en España.* Innocentius Episcopus, Servus servorum Dei, Roderico, Toletano Archiepiscopo, (Hispaniarum Primati), ejusque successoribus canonice instituendis, in perpetuum. Sacrosanta Romana Ecclesia in Beato Petro, Apostolorum Principe ab ipso Salvatore omnium, Domino Jesu Christo, caput est Ecclesiarum omnium constituta. Unde membra non decet a capite defficere, sed eminenti ratione et supreme provisioni capitis obedire. Moderatrix autem directio capitis singulorum membrorum officiosas actiones considerans, unicuique jus et ordinem a natura constitutum conservat, et quibuscumque nobilibus venustatis sue dignitatem sine invidia, sociali charitate custodit. Hac igitur ratione prudenter inducti jura nobilis ac famose Toletane Ecclesie, Apostolice Sedis proprie ac specialis Filie conservare volentes, tuis, Venerabilis Frater Roderice, quem vera in Christo charitate diligimus, rationabilibus postulationibus paterne pietatis affectu duximus annuendum. Unde per presentem privilegii paginam, ad exemplar felicitis recordationis Urbani, Gelasii, Honorii, Eugenii, Adriani, Alexandri I, Alexandri II, Urbani et Celestini, per Hispaniarum regna, tibi et Ecclesie Toletane, auctoritate apostolica confirmamus, teque Primatum Presules Hispanie respicient, et ad te referent si quid inter eos exortum fuerit questionis, salva tamen in omnibus Apostolice Sedis auctoritate. Verum personam tuam in manu nostra propensiori gratia retinentes, censemus ut solius Romani Pontificis judicio, ejus causa, si qua fuerit, decidatur. Sane, Toletanam Ecclesiam presentis privilegii stabilitate munientes, Complutensem parochiam et Concham eidem, tamquam Metropoli subditas esse decernimus, cum terminis suis: necnon Eccle-

sias omnes, quas jure proprio ab antiquo possedissee cognoscitur; confirmantes preterea Episcopales Sedes, quas in presentiarum juste ac canonice possides, scilicet, Palentiam, Segoviam, Osmam, Segontiam. Reliquas vero, que ab antiquis ei temporibus subiacebant, cum Dominus Omnipotens Christianorum restituerit potestati, sue dignatione misericordie, ad caput proprium referendas, decreti hujus auctoritate sancimus. Porro illarum Dieceses civitatum, que sarracenis invadentibus, Metropolitanos proprios amiserunt, eo tenore vestre sujicimus ditioni, ut quandiu sine proprio Metropolitano extiterint, tibi ut proprio debeant subiacere; ita quidem, ut in Sedibus Episcopalibus liberam auctoritate nostra habeas potestatem Episcopos in castellis et in villis presbyteros instituere, et prout tibi Dominus administraverit, ordinare tam in Episcopatibus, qui de antiquis Ecclesie tue terminis noscuntur, quam in illis qui proprium non habuerint Metropolitatum.

Si que autem Metropoles in statum fuerint proprium restituta, suo queque Diecesis Metropolitano restituatur, ut sub proprii regimine Pastoris super divini collatione beneficii gloriatur. Preterea quascumque possessiones, quecumque bona predicta Ecclesia Toletana in presentiarum juste et canonice possidet, aut in futurum, concessione Pontificum, largitione Regum vel Principum, oblatione fidelium, aut aliis justis modis, prestante Domino, poterit adipisci, firma tibi tuisque successoribus et illibata permaneant. In quibus hec propriis duximus exprimenda vocabulis: Ecclesiam St. Justi et Pastoris, Abbatiam Sancte Marie de Tocha (Atocha en Madrid) Ecclesiam Sancte Marie de Datres, Ecclesiam Sancti Vincentii de Monte, Ecclesiam Sancte Marie de Valle Ecclesiarum, (Val de Iglesias?) Ecclesiam Sancte Marie de Valdemech, Ecclesiam de Calatrava, Castrum quoque Alcala, Castrum de Brioga, Castrum de Canales, Castrum de Alfamin, cum pertinentiis eorum; Domum Regine in Toletum cum hereditate sibi pertinente, Domum Sancte, sororis illustris memorie Regis Aldephonsi cum hereditate patris Raymundi Comitiss, quam ipse, de consensu fratris sui, Ecclesie tue donavit et seipso confirmavit; Castrum quoque Bencarentie et Aldeam, que vacatur Azueuch cum pertinentiis suis et Alcobrogam. Decimas quoque omnium regalium reddituum de sancta Eulalia, de Maqueda et Ascalona. Statuimus etiam ut universi parochi tui fines, qui jam, Deo autore, a Christi fidelibus habitantur, vel qui in futurum a sarracenorum potestate, auxiliante Domino, excipientur, omnino integri tam tibi quam tuis successoribus in perpetuum conserventur. Nomina vero oppidum, que in tua Diocesi, a Dei fidelibus incoluntur, a presenti pagina duximus adnotanda. Talavera, Alfamin, Makeda, Sancta Eulalia, Hulmus, Canales, Majeritum, Alcala, Uceda, Talamanca, Calatrava, Almogera et Alcolea. Decernimus ergo, ut nulli omnino hominum liceat Butracum, Calatalifa, Uadalfaiara, Fita, Pennaforada, Delegra, Ascalona, Zurita, prefatam Ecclesiam temere perturbare, aut ejus possessiones auferre, ablatas retinere, minuire, seu quibuslibet vexationibus fatigare: sed omnia integra conserventur eorum pro quorum gubernatione ac sustentatione concessa sunt usibus omnimodis profutura, salva Sedis Apostolice auctoritate. Si que igitur in futurum ecclesiastica secularisve persona hanc constitutionis nostre paginam, sciens, contra eam temere venire tentaverit, secundo tertiove admonita, nisi reatum suum digna satisfactione correxerit, potestatis honorisque sui careat dignitate, reamque divino iudicio existere de perpetrata iniquitate cognoscat, et a sacratissimo corpore et sanguine Dei Redemptoris Jesu Christi aliena fiat, atque in extremo examini districte subiaceat ultioni. Cunctis autem eidem loco jura servantibus sit pax Domini nostri Jesu Christi; quatenus et hic fructum bone actionis percipiat, et apud districtum iudicem premia eterne pacis obtineat. Amen. Datum Laterani per manus Fratris Sancte Ecclesie Romane Cancellarii. Quarto nonas martii: indictione XIII. Incarnatio-nis Dominice anno millesimo ducentesimo nono. Pontificatus nostri anno decimo festio. (Innocentius III 4 marzo, 1210.)

Aguirre. Tom. V. p. 147 y 148. Migne. Tom. CCXVI. P. 199. *Cartulario Pequeño* de la Biblioteca de la Catedral de Toledo. Fol. 1921. Donde está con algunas variantes de poca importancia. (Iten Liber priv. II. F. 106, v. 107, r. yv. Con idéntica fecha y además la subscriben los Cardenales y Obispos de la Iglesia Romana.

8.—*Acerca de la guerra contra los sarracenos.* Significavit nobis dilectus filius Ferdinandus, primogenitus charissimi in Christo filii nostri Aldefonsi, illustris Regis Castelle, quod ipse militie sue primitias omnipotenti Deo desiderans dedicare, ad exterminandum inimicos nominis Christiani de finibus hereditatis ipsius, quam impie occuparunt, intentionis studium toto conamine satagit impertiri, suppliciter postulans et devote requirens, ut ei ad hoc opus feliciter consummandum, et nos

ipsi Apostolicum impendamus suffragium, et ab aliis faciamus opportunum subsidium exhiberi. Nos igitur pium ejus propositum in Domino commendantes, Fraternitati vestre, per Apostolica scripta mandamus, quatenus Reges et Principes vestros, qui non sunt cum illis ad treugas observandas adstricti, ad opus simile peragendum, sedulis exhortationibus inducatis: monentes ex parte Dei et nostra, subditos vestros, et in remissionem eis omnium peccaminum injungentes, quatenus tan prefato primogenito Regis Castelle, quam aliis Regibus et Principibus vestris ad hoc opus salubriter intendentibus impendant auxilium, in rebus pariter et in personis, ut per hoc et alia bona, que fecerint, celestis regni gloriam consequi mereantur. Pari quoque remissione gaudere concedimus peregrinos, qui propria devotione undecumque processerint, ad idem opus fideliter exequendum. Taliter autem studeatis exequi, quod mandamus, ut sollicitudo vestra clareat in effectu, nosque devotionem vestram valeamus merito commendare. Datum Laterani, IV idus decembris, anno tertiodecimo. (10 Diciembre, 1210.)

Aguirre. Tomo V. 156 y 157 de la segunda edición de su obra *Concilio*.

9.—*Sobre lo mismo al Toledano y tres Obispos más.* Significavit nobis dilectus filius Ferdinandus, primogenitus charissimi in Christo Aldeponsi, illustris Regis Castelle, quod ipse militie sue primitias omnipotenti Deo desiderans dedicare, ad exterminandum inimicos nominis christiani de finibus hereditatis ipsius, quam impie occuparunt, intentionis studium toto conamine satagit impediri, suppliciter postulans et devote requirens, ut ei ad hoc opus fideliter consummandum, et nos ipsi Apostolicum impendamus suffragium et ab aliis faciamus opportunum subsidium exhiberi. Nos igitur, pium ejus propositum in Domino commendantes, Fraternitati vestre, per apostolica scripta mandamus, quatenus Reges et Principes vestros, qui non sunt cum illis ad treugas observandas adstricti, ad opus simile peragendum, sedulis exhortationibus inducere minime postponatis, monentes ex parte Dei et nostra subditos vestros in remissionem eis omnium peccatorum injungendo, ut tam prefato primogenito Regis Castelle, quam aliis Regibus et Principibus vestris, ad hoc opus salubriter intendentibus, necessarium impendant auxilium in rebus pariter et personis, ut per hec et alia bona, que fecerint, celestis regni gloriam assequi mereantur. Parique remissione gaudere concedimus peregrinos, qui propria devotione undecumque processerint ad idem opus fideliter exequendum. Ceterum, ne ipsius Ferdinandi laudabile propositum ab aliquo posset temere impediri, presentium vobis auctoritate precipiendo mandamus, quatenus si quis forte Regum Hispanie, cum quo predictus Rex Castelle treugam vel pacem firmavit, tempore, quo idem Rex vel filius ejus sarracenos impugnabat, ipsum presumperit violare, vos eum, per censuram ecclesiasticam, sublato appellationis obstaculo, compescatis. Datum Laterani VII, Kal. Martii, pontificatus nostri anno quarto decimo. (22 feb. 1211)

Aguirre. t. V. p. 157. Migne. tom. 216.

10.—*Se participa la concesión de la Cruzada.* Cum personam tuam inter christianissimos Reges et catholicos Principes specialis dilectionis prerogativa in Domino ampletemur, preces ac petitiones, in quibus possumus, libenti animo exaudimus, et ad ea gratanter intendimus, que Serenitati regie novimus placere. Sane, venientem ad Apostolicam Sedem dilectum filium, Palatinum Electum, Nuntium tuum, virum utique providum et honestum, benigne recepimus; et petitiones, quas nobis ex parte tua porrexit, libenti animo curavimus promovere. Super eo autem, quod ex parte tua Legatum requisivit a nobis ad partes Hispanie destinandum, ad presens, propter tempora impacata, nequivimus regie satisfacere voluntati, sed opportunitate accepta, petitioni regie, dante Domino, satisfiet. Nos vero ne laudabile tuum et Ferdinandi, filii tui, propositum valeat ab aliquibus aliquatenus impediri, Venerabili fratri nostro Archiepiscopo Toletano, et Zamorensi, Tarasonensi et Colimbricensi Episcopis, nostris damus in litteris in mandatis, ut si quis Regum Hispanie, cum quo treugam vel pacem firmasti, tempore, quo tu, vel filius tuus sarracenos impugnatis, ipsam presumpserit violare, ipsi eum per censuram ecclesiasticam, sublato appellationis impedimento, compescant. Monemus igitur Serenitatem tuam attentius et hortamur, quatenus in devotione nostra et Sacrosante Romane Ecclesie, Matris tue firmiter perseveres; quia nos in que a nobis secundum Deum duxeris postulanda, regie Serenitati assensum Apostolicum libenti ani-

mo impendemus. Datum Laterani, VIII kal. Martii, pontificatus nostri anno quarto decimo. (22 feb. 1211.)

Aguirre. T. V. pág. 157.

11.—*Bula de Inocencio III acerca de la paz, inserta en un Decreto de D. Rodrigo.* Illustrissimo Domino Alfonso, Dei gratia regi legionensi et Gallecie, per Petrum Compostelanum et Rodericum, Archipos. Regi regum perpetuo adherere. Celsitudini vestre significatione presentium innotescat nos litteras a Domino Papa sub hac forma recepisse: *Innocentius. Fratribus Toletano et Compostelano Archiepis. Quanta nunc necessitas vestre Hispanie (aqui ilegible.) Sic autem preceptum apostolicum persequimini ad id districte ut sollicitudo tanta vestra clareat in effectum, ut reprehendi non possitis de negligentia aut contemptu, et obedientiam presenti... commendamus. Nonis aprilis, pontif. Nostri anno quarto decimo. Innocentius III Papa.* Nos itaque auctoritate presentium vos in Domino admonemus, quatenus, cum hi guerram faciunt sarracenis, pacem ac stabiles treugas habeatis, eisdem contra crucis dominice inimicos prestantes. (No se lee más.) Este decreto encabeza así: *De admonitione regum ad pacem observandam.*

(Lib. priv. II. f. 39-40.)

12.—*Suspensión del pleito de la Primacia.* Venerabili Roderico, Archiepiscopo Toletano. Quoad petitiones tuas, quas obtulisti nobis per Mauricum, clericum tuum, super negotio Primatie, nondum admisimus, non ex duritia, sed ex providentia noveris processisse. Cum in his et in aliis, opportuno tempore velimus, quantum cum Deo possumus, exaudire. Sed cum ex sarracenorum incurso grave nunc timetur Hispanie dispendium imminere, non oportet, occasione hujusmodi, Primatie illud in Hispania modo scandalum suscitari, presertim, cum tibi jus tuum minime neglegenti, providentiam ipsam nolimus esse damnosam. Ejus igitur exemplo, qui ait. *Cum accepero tempus ego justitiam judicabo*, cum opportunum tempus advenerit, tibi iudicium et justitiam faciemus. Datum Laterani Kalendis junii, Pontificatus nostri anno decimo quarto.

Liber priv. II. fol. 113. v. La traen Migne. Patrol. t. 216. P. 423. Aguirre. En Toledo el Original Alacena. 21. n. 3.

13.—*Inocencio III apremia la cruzada general.* Toletano et Compostelano Archiepiscopis. Quanta nunc necessitas terre Hispaniarum immineat eo plenius prudentia vestra novit quo ipsam viciniis experitur. Eapropter Fraternitati vestre, per apostolica scripta mandamus, et districte precipimus, quatenus reges Hispaniarum moveatis prudenter, et efficaciter inducatis, ut pacem aut treugam servant ad invicem illibatam, presertim hac imminente sarracenorum guerra durante. Ad quod eos per censuram ecclesiasticam, appellatione remota, si necesse fuerit, compelli volumus et mandamus: quin etiam, mutuum auxilium sibi prestant adversus Crucis Dominice inimicos, qui non solum ad destructionem Hispaniarum aspirant, verum etiam in aliis fidelium Christi terris comminantur suam sevitiā exercere ac nomen, quod absit, si possint, opprimere christianorum. Auctoritate nostra tam ipsis regibus quam aliis christianis omnibus sub pena excommunicationis et interdicti firmiter inhiabentes, ne se presumant jungere sarracenis, vel contra christianos illis consilium vel auxilium impertiri. Quod si forte rex Legionensis, de quo specialiter dicitur, sive cum sarracenis offendere presumpserit christianos, denuntiatis, sublato appellationis obstaculo, personam illius excommunicationis vinculo innodatan, et interdicto suppositam terram ejus. Hominibus suis, ne in hoc sequantur eundem, sub interminatione anatematis inhiabentes: denuntiaturi nihilo minus reges alios et quoslibet christianos ac terras eorum eisdem sententiis subiacere, homines eorumdem ab ipsorum sequela prohibitione consilii retrahendo. Preterea ex parte nostra injungatis eisdem, ut, si aliquas habent ad invicem questiones, propter instantem necessitatem illas ad tempus persequi differant, et tempore opportuno, cum potentes existant, ad presentiam nostram tam procuratores quam testes et alia que ad causam fuerint necessaria destinantes, suam coram nobis justitiam prosequantur, quum per alias orte intes eos, quamquam multoties sit tentatum, terminari nequeant questiones, et nos ipsis, Deo auctore, curabimus justitie plenitudinem exhibere. Sic autem preceptum apostolicum circumspecte persequamini ac districte, ut sollicitudo et diligentia vestra clareant in effectum, et reprehendi merito non possitis de negligentia vel de contemptu, sed studio et obedientia

potius commendari. Datum Laterani, nonis aprilis, Pontificatus nostri anno decimo quinto. (5 Abril 1212.)

Aguirre. V. 164. Migne. tom. 216 p. 553.

14.—*Se notifica la concesión de la Cruzada de 1212.* Cum personam tuam inter catholicos Reges speciali diligamus in Domino charitate, in his, que secundum Deum requiris a nobis favorem tibi Apostolicum, libenti animo impertimur. De infortuniis ergo, que nuper Serenitati regie acciderunt, paterno tibi condolemus affectu. Et ut favorem Apostolicum excellentie regie sentias non dessee, juxta petitionem tuam, et instantiam dilecti filii Segobiensis electi, nuntii tui, qui circa promotionem ejusdem negotii extitit sollicitus et attentus, Archiepiscopis et Episcopis per regnum Francie ac Provinciam constitutis, nostris damus litteris in mandatis, ut subditos suos sedulis exhortationibus moveant et inducant, in remissionem omnium ex parte Dei et nostra vere penitentibus injungentes, ut cum sarracenis, in octavis Pentecostes proximo futuris, campestre bellum indixeris, in hoc tibi necessitatis articulo succurrentes, necessarium impendant auxilium, in rebus pariter et personis; ut per hec et alia, que fecerint, celestis regni gloriam consequantur. Pari quoque remissione gaudere concedimus peregrinos, qui propria devotione undecumque processerint ad idem opus feliciter exequendum. Monemus igitur Serenitatem regiam et hortamur, quatenus totam spem ponens in Domino Deo tuo, te humiliter coram ipso, qui gratiam dat humilibus, et reddit retributionem superbis; qui potens est ut te faciat de inimicis crucis Christi magnifice triumphare. Ceterum, quia nunc fere totus mundus turbatus est et positus in maligno, consulimus et monemus, ut, si competentes treugas inveneris, ipsas recipias, donec opportunius tempus adveniat, quo valeas ipsos securius expugnare. Dat. Laterani, secundo nonas febr., pontificatus anno decimo quarto, (es quinto) (4 feb. 1212.)

Aguirre. V. p. 164. ed. 2.

15.—*Recomendación de la Cruzada española a Prelados franceses.* Archiepiscopo Senonensi et Suffraganeis ejus. Recepimus litteras dolore plenas et clamore non vacuas, quibus charissimus in Cristo filius noster Alfonsus, Rex Castellae illustris, significare curavit, quod sarraceni hoc anno intrantes Hispaniam, in multitudine gravi, quoddam castrum Cisterciensis Ordinis Fratrum, quod Salvaterra vocatur, hostiliter obsederunt, quod bellicis machinis infestantes, ad ultimum occuparunt. Videns ergo prefatus Rex, quod nisi eis campestri bello fortiter resistat, ipsi, cum propter innumerabilem multitudinem personarum, tum propter irruptionem machinarum durissimam, universas Hispanie urbes sue possent subicere nefande ditioni, campestre illis bellum indixit in octavis Pentecostes proxime futuris, eligens mori potius quam Christiane gentis mala videre. Unde nobis humiliter supplicavit, quatenus ei necessarium faceremus auxilium impertiri per catholice fidei profesores. Nos igitur pium ejus propositum in Domino commendantes, Fraternitati vestre, per apostolica scripta mandamus, quatenus subditos vestros sedulis exhortationibus moneatis, in remissionem omnium peccatorum, ex parte Dei et nostra, vere penitentibus injungentes, ut eis, *prescripto termino*, in hoc necessitatis articulo succurrentes, necessarium impendant auxilium in rebus pariter et personis, ut per hec et alia bona, que fecerint, celestis Regni gloriam consequi mereantur. Pari quoque remissione, qua hi, qui terram Sanctam proficiscuntur gaudere concedimus peregrinos, qui debita devotione undecumque processerint ad idem opus fideliter exequendum. Taliter autem studeatis exequi ea, que mandamus, ut sollicitudo vestra in effectu, nosque devotionem vestram merito valeamus commendare. Datum Laterani, kal. feb. pontif. nostri anno quarto decimo. (1 febrero 1212.)

Manrique. An. 1212. Cap. I. n. 4-5. el cual añade. Hactenus Innocentius ad Senonensem et suffraganeos ejus, inque eadem forma ceteris Archiepiscopis et Episcopis Gallie scriptum lego.

16.—*Bula en que Inocencio III ordena al Bracarense que envíe apoderados para la causa de la Primacia.*

Dat. lat. secundo idus januarii, pontif. nostri anno decimo tertio. (12 enero 1213.)

Integra en el Lib. priv. II. 113 v.

17.—*Se concede a D. Rodrigo facultad de absolver.* Archiepiscopo Toletano. Gerentes de tue Fraternitatis discretionis confidentiam specialem, dispensandi cum clericis de Guadalaxara, qui post latam a te in eos suspensionis et excommunicatio-

nis sententiam, pro eo quod negabant tibi procuracionem debitam, cathedraticum exhibere, divina officia celebrarunt, liberam tibi concedimus facultatem, auctoritate presentium, quamvis ante hujusmodi setentiam dicantur appellasse. Dat. Lat. VIII idus april. pontifici. anno XV.

B. N. signat. antigua. Dd. 47.

18.—*Inocencio III dirige a D. Rodrigo la bula de convocación al Concilio ecuménico. Se titula Vineam Domini Sabaoth.*

Léase en Harduino. 7 P. 6 y 7 y en otros grandes Coletores de Concilios.

19.—*Albarracín sometida a D. Rodrigo.* Archiepiscopo Toletano. Justis pretentium desideriis dignum est facilem consensum prebere et nova, que a rationis ordine non discordant, effectu consequente complere. Eapropter, tuis, Venerab. in Christo Frater, justis precibus inclinati, Segobricensem Diocesim tibi et Ecclesie tue, metropolitano jure, sicut eam juste possides et quiete, auctoritate apostolica confirmamus, et presentis scripti patrocinio roboramus... Dat. Later. IV Kal. decem. pontif. anno decimo sexto.

Lib. priv II 112. Original en Toledo, en el Archiv. Copia en la B. N. sig. 13074. fol. 93.

20.—*Acerca del derecho de Rodrigo sobre Palencia.* Abbati Salis, Burgensis Diocesis, et C. Archidiacono et Sacriste Burgensi. Venerab. Frater noster Palent. Episcopus super appellationibus et rebus aliis, ad eum metropolitano jure pertinentibus, injuriantur eidem. Quocirca discretionis vestre per apostolica scripta mandamus, quatenus, partibus convocatis et auditis hinc inde propositis, quod canonicum fuerit, appellatione postposita decernatis, facientes quod decreveritis, per censuram ecclesiasticam observari. Dat. Later. II nonas decemb. anno XVI.

B. N. sig. 13074. fol. 153.

21.—*Inocencio confirma a D. Rodrigo las donaciones reales de Alcaraz y otros puntos.*—Dat. Lat. IV. Kal. de cemb. pontif. anno XVI.

Lib. priv. II. 117. r.

22.—*Comisión sobre el pleito de la Primacia.* Episcopo Placentino et Martino Roderici, Legionensi Archidiacono. Sua nobis Venerabilis Frater noster Rodericus, Archiepiscopus Toletanus, conquestione monstravit, quod Venerabilis Frater noster, Compostelanus Archiepiscopus, super jure metropolitano in ecclesiis Palentine Diocesis, et rebus aliis injuriosus existit eidem. Quocirca discretionis vestre, per apostolica scripta mandamus, quatenus, partibus convocatis, auditis hinc inde propositis, quod canonicum fuerit, appellatione postposita, decernatis, facientes quod decreveritis per censuram ecclesiasticam firmiter observari. Testes autem..... Tu denique, Frater Episcope... Dat. Lateran. secundo idus decembris, pontif., nostri anno decimo sexto. (12 diciemb. 1213.)

Bib. Nac. sig. 13074. Fol. 151.

23.—*Sobre las Sedes reconquistadas.* Roderico Toletano: Quum quedam dioceses olim Ecclesie Toletane subjecte, quas christianorum exigentibus culpis, inimici nominis christiani diutius occupatas, nuper, dextera Domini faciente virtutem, per studium et prudentiam carissimi in Christo Aldefonsi, Filii nostri, illustris regis Castelle, sint exorte de manibus impiorum: ne cura Pastoris desit fidelibus possitis in eisdem, easdem sollicitudini tue duximus committendas, donec Apostolica Sedes de illis aliter duxerit disponendum, curam eis exhibeas pastorem. Ideoque Fraternitati tue per apostolica scripta mandamus, quatenus eas habeas taliter commendatas, quod divini nominis cultus in eis per tuam sollicitudinem ampliatur: ad restaurandum tamen eis episcopatibus impendas studium et operam efficacem. Tu demique, Frater Archiepiscope, &, &. Datum Laterani, decimo tertio Kalendas januarii, Pontificatus nostri anno decimo sexto.

Migne. Tom. 216. Lib. XVI.

24.—*Bula de Inocencio III en 1213 a D. Rodrigo para confirmar las donaciones que Alfonso VIII, otorgó por sus servicios en la empresa de las Navas.* La copió el Padre Burriel, pero se perdió la copia, como lo advierte el Índice de Manuscritos de la Bib. Nacional; y en efecto, falta la hoja en el tomo 47, Dd. sign. anti., que está en la sala citada.

25.—*Acerca de la Primacia, referente a Braga.* Abbatibus et Prioribus de Spina et Mataplana, Palentine Diocesis. Presentium vobis auctoritate mandamus, quod citationis litteras, quas dirigimus Venerabili Fratri nostro Archiepiscopo et dilectis filiis Capitulo Bracharensibus super questione primatie, quam adversus eos Venerabilis Frater noster Archiepiscopus Toletanus movit, eisdem Archiepiscopo et Capitulo presentetis, ex parte nostra firmiter injungentes eisdem, ut, quod his litteris statuitur, studeant adimplere. Quod autem, Frater, hoc a vobis sciamus executum, nobis, per litteras vestras, intimantes. Quod si non omnes his exequendis..... Dat. Laterani, secundo idus januarii, pontif. nostri anno decimo octavo. (12 enero 1216.)

Cartulario pequeño. Fol. 54. r.

26.—*Que se recojan testimonios sobre la Primacia.* Abbatibus et Prioribus Spine et Mataplana, Palentine Diocesis. Cum causa, que inter Venerabiles Fratres nostros, Toletanum et Bracharensem super primatia agitari noscitur, per litis contestationem iniciata fuerit coram nobis, de consensu ipsius Toletani et Procuratoris partis alterius, per apostolica vobis scripta mandamus, quatenus testes, quos Venerabi. predicii duxerint nominandos, recipiatis prudenter, et depositiones eorum nobis, sub sigillis vestris inclusas, fideliter remittatis. Illos, qui gratia, odio..... Quod si non omnes..... Dat. Laterani, quarto idus februarii, pontificatus nostri anno decimo octavo. (10 feb. 1216.)

Cartulario pequeño. Fol. 54. r.

27.—*Que se acate la Primacia de D. Rodrigo.* Archiepiscopis et Episcopis per Hispaniam constitutis. Apostolice Sedis clementia singulis Ecclesiis et ecclesiasticis personis suam dignitatem et justiam servare consuevit. Unde, nos, quarum interest Ecclesiarum omnium curam gerere, venientem ad nos Vener. Fratrem nostrum Rodericum, Arch. Toletanum, benigne recepimus; et inspectis predecessorum nostrorum privilegiis, Primatus dignitatem, per universa Hispaniarum regna, iuxta eorundem privilegiorum tenorem confirmamus. Ipsum itaque, cum gratia Sedis Apostolice, litterarumstrarum presentatione ad Sedem ipsam remittentes, universitati vestre mandamus, quatenus tamquam Primati vestro, eidem, absque ulla contradictione, canonicam obedienciam et debitam reverentiam exhibere curetis. Dignum nanque est ut qui... Dat. ¿Terni? decimo sexto Kal. maji. (falta el año de pontificado. Pero sólo puede ser éste de 1215, de vuelta del Concilio lateranense. Murió al poco el Papa. En 1211 le dió otra bula.)

Liber priv. II. fol. 118. v.

II

BULAS DE HONORIO III

28.—*Rehusa Honorio aceptar procuradores.* Te ac Joanne, Bracharensi clerico, procuratore Venerabilis Fratris nostri Bracharensis Archiepiscopi, in nostra presentia constitutis, idem procurator terminum tibi et prefato Archiepiscopo ejusque Capitulo, in causa, que super Primatia inter te et eosdem vertitur, a felicis memorie Innocentio Papa, predecessore nostro, peremptorie assignatum et postmodum approbatum a nobis, proximum festum Omnium Sanctorum, petiit prorogari, et sibi dari ad producendos testes inducias largiores, pro eo quod I. Guterii, Canonicus Toletanus, quem procuratorem ad eorum presentiam, quibus commissa fuerat receptio testium, destinasti, judicatus fuit insufficiens ab eisdem. Nos igitur, attendentes, quod ipsi receptores testium in suis litteris testabantur expresse, quod idem Procurator necessaria in itinere ministravit, et productioni multorum testium interfuit, ac etiam prestare voluit fidei jussoriam cautionem, te rem ratam omnimodis habiturum; ipse Archiepiscopus id acceptare non curans, recusavit plures testes producere, ab ipsis receptoribus requisitus; ejusdem Procuratoris petitionem, de Fratrum nostrorum consilio, non duximus admittendam, tibi presentes litteras in hujus rei testimonium concedentes, ne occasione hujusmodi alicui poses in posterum dispendio subiacere. Datum Laterani, decimo Kal. octobris, Pon-

tificatus nostri anno primo. (22 Set. 1216.) Pressutti pone: 12 novemb. X Kal. octobris, anno primo.

Lib. pri. Eccl. Tol. II. fol. 101. v.

29.—*Bulas dirigidas para el Bracarense*. Abbatibus et Prioribus Spine et Mataplance, Palentine Diocesis. Presentium vobis mandamus, quod litteras, quas Venerabil. Fratri nostro Archiepiscopo et dilectis Filiis Capitulo Bracharensibus pro Venerab. Fratre nostro Archiepiscopo Toletano destinamus, eisdem Bracharensibus presentetis, quod inde facietis per vestras nobis litteras intimantes. Dat. Perusii, secundo idus augusti, pontif. nostri anno primo. (18, agosto, 1216.)

Cartulario pequeño. Fol. 54. V. Original en Toledo, 21. n. 3.

30.—Archiepiscopo Toletano, Burgensi et Palentino Episcopis. *Sobre la paz entre León y Castilla: bula idéntica a la del número siguiente.*

Reg. Honorii. Lib. I. 55. Fecha igual.

31.—*Sobre la paz entre León y Castilla*. Archipo. Compostelano et Legionensi et Astoricensi Episcopis... Cum pacem inter carissimos in Christo filios nostros Alfonso Legionis et Heuricum Castelle, Reges illustres, de consensu et voluntate omnium Episcoporum et Baronum utriusque Regni ad invicem initam et a nobis auctoritate apostolica confirmatam, nolumus violari temeritate cuiusquam, Fraternitati vestre, per apostolica scripta precipiendo mandamus, quatenus predictus rex Legionis vel sui contraire presumpserint, vos eos, per censuram ecclesiasticam, quod forma pacis continetur ejusdem, appellatione postposita, compescatis. Dat. Lat. II. idus nov. Pont. nostri anno primo.

32.—*Honorio III confirma la fórmula de paz*. Alfonso, Regi Legionensi illustri. Justis petentium..... usque complere. Ea propter, charissime in Christo fili, tuis et charissimi in Christo filii nostri Henrici, Castelle regis illustris, precibus inclinati, pacem inter vos initam in perpetuum observandam, sicut, de consensu et voluntate Episcoporum et Baronum utriusque regni perinde facta est et ab utraque parte sponte recepta et in authentico exinde confecto documento plenius continetur, auctoritate apostolica confirmamus et presentis scripti patrocinio confirmamus. Ad majorem autem evidentiam, formam pacis ipsius de verbo ad verbum huic nostre pagine duximus inserendum: «In Dei nomine et ejus gratia. Hec est forma pacis inter regem Legion. Dominum Alfonso et regem Castelle, Dominum Henricum, facta secundum mandatum Domini Pape, que debet in perpetuum inter eos bona fide et sine malo ingenio observari. Si quis igitur de Regno Castelle damnum aliquod aut malum fecerit in Regno Legionis, quocumque modo, a Dorio usque ad Tagum, omnia emendentur per decem nuntios ad hoc electos in singulis civitatibus et villis, sic, scilicet, ut statim emendetur quicquid poterit emendari, et omnis emendatio plene fiat usque ad novem dies, et nullus pignoret pro aliquo damno nec pro aliqua causa. Quicumque autem a Dorio usque ad Tagum pignorerit dupplicet pignus pignorato; quod si negaverit quod pignorerit, de Concilio illo quatuor, electi secundum arbitrium pignorati, jurent, quod ille qui dicitur pignorasse non pignorerit, et ab hoc juramento nullus excusetur nec per Alcaidem nec per aliquam rationem. Idem judicium erit si quis de uno Regnoprehenderit aliquid de alio Regno, vel per furtum vel per rapinam vel aliquo quocumque modo per se. Idem fiat in omnibus Conciliis a Dorio usque ubi mittit fluvius Deva in mare. Quod si nec sic emendatum fuit, decem jurati illius ville, que damnum fecit, vel unde damnum factum est, veniant in captionem illius ville, que damnum recepit; et maneant in captionem, usque ad emendationem completam. Et si forte in captionem illius, que damnum recepit venire noluerint, ab Episcopo loci in continenti excommunicentur illi decem, et remaneant pro traditoribus et alevisset tota villa interdicto supponatur usque ad emendationem. Et si forte, quod absit, per hec omnia malefactura non fuerint emendata, milites electi a Rege Legionensi in Regno regis Castelle ad pacem observandam debent ipsum damnum injuriatis emendare, usque ad triginta dies per hominum, et juramento quod fecerant. Quod si non fecerint, veniant incontinenti, omni occasione remota, in captionem Regis Legionensis, et remaneant usque ad plenam emendationem, et damnis emendatis et integratis, milites fiant ab omnibus liberi et absoluti: si predicti milites hec non adimpleverint, ab Episcopis, quibus hoc fuerit commissum, excommunicentur. Insuper totum Regnum interdicto ab Episcopis supponatur usque ad emendationem, et dic-

ti milites, qui ad captionem non venerint, sint perinde traditores et alevosi. Si vero a Dorio usque ad ubi intrat fluvius Deva in mare, damnum aliquod factum fuerit in Regno Legionensi a parte Regni Castelle, si a Conciliis illatum fuit, emendetur per juratos pacis, ut supra dictum est, et pro nullo danno vel malefactura aliqua, que stat in Regno Legionensi a parte regis Castelle debent pignorare, vel guerreare, (sic) vel aliud malum facere, sed emendari totum debet, ut supra dictum est, nec pro aliquo modo insurgant pro aliqua causa vel aliqua occasione. Sicut positum est de emendatione damnorum, que illata fuerint ex parte Regni Castelle in Regno Legionensi, eodem modo penitus et per omnia emendentur omnia damna, que illata fuerint ex parte Regni Legionensis in Regno Castelle, et non fiat alia pignoratione nec alia guerra, sed pax semper firma inter reges et Regna servetur. Pro pace autem ista et aliis, que supra dicta sunt, observandis, ex parte Regni Legionis jurant, et hominum faciunt Dominus S. Fernandi, I. Gunzalvi et ceteri plures vassalli regis Legionensis; ex parte Regni Castelle jurant et hominum faciunt Comites J. et A. et G. et alii plures vassalli regis Castelle. Preterea Archiepiscopus Compostellanus, et Legionensis et Astoricensis Episcopi de auctoritate et voluntate omnium Episcoporum Regni Castelle, et regis et Baronum et Conciliorum habeant potestatem excommunicandi milites Regni Castelle juratos ad pacem observandam, et homines, villam et totum Regnum interdicendi, si per Regnum Castelle, vel suos steterit quin pax observetur. Similiter Archiepiscopus Toletanus et Burgensis et Palentinus? (Palentinus) Episcopi de voluntate et auctoritate omnium Episcoporum Regni Legionis, et regis et Baronum et Conciliorum habeant potestatem excommunicandi milites Regni Legionensis juratos ad pacem observandam, et homines, villam et totum Regnum interdicendi, si per regem Legionensem vel suos steterit quin pax observetur. Pace autem firmata, statim debent mittere ambo reges ad Dominum Papam, ut pacem istam confirmet, et det auctoritatem predictis Archiepiscopis et Episcopis, quod predicto modo pacem istam faciant observari, nec contra observantiam pacis fiet si alteruter Regum jus suum repetiet vel defendere per Summum Pontificem. Nulli ergo... pagina nostre confirmationis &. Si quis autem... Datum Laterani, (III), 18 novembris: Pontificatus nostri anno primo. (18 nov. 1216.)

In eodem modo scriptum est Henrico Castelle, Regi illustri.
Archiepiscopo Toletano, Burgensi et Palentino Episcopis.

Archivo Vaticano. Regestum Vatican. Lib. I. Ep. 55. F. 14. Copia directa.

33.—*Que se respeten los derechos de la Sede toledana.* Henrico Illustri Regi Castelle. Accepimus, Venerabili Fratre nostro, Toletano Archiepiscopo, intimante, quod tu et quidam principes regni tui, contra privilegia Regum indulta Ecclesie Toletane, et a te etiam confirmata, illam super vasallos, suis et rebus aliis indebite molestantes, quas tam possessiones et alia bona ejus contra justitiam occupastis. Cum igitur ecclesiastica jura minuire non debeas, sed augere, Serenitatem tuam attentius rogandam duximus et monendam, quatenus taliter occupata ipse restituas et a dictis principibus restitui facias Ecclesie memorate, ac de cetero sic ab ipsius indebite molestatione desistas et desistere facias principes sepe dictos, quod idem Archiepiscopus justam non habeat materiam querelandi. Alioquin, quum eidem Ecclesie in sua deesse justitia non possimus, qui sumus in ea omnibus debitores, Venerabilibus Fratribus nostris, Conchensi, Seguntino et Placentino Episcopis nostris damus litteris in mandatis, ut contra tenorem privilegiorum ipsorum non permittant predictam Ecclesiam vel ejus vasallos indebite molestari; molestatores indebitos per censuras ecclesiasticas apostolicas preterea compescendo. Datum Rome, apud S. Petrum, X Kal, decembris, Pontificatus nostri anno primo, (22, novembre, 1216.)

Regestum Vaticanum. Lib. 9. fol. XXII. Copia directa del original.

34.—*Pleito entre Rodrigo y el Abulense.* Roderico Legionensi et Menendo Oxomensi Episcopis, et J. Archidiacono Oxomensi. Venerabili Fratri nostro Toletano Archiepiscopo, et dilecto Filio P. Procuratore Venerabilis Fratris nostri Episcopi Abulensis, Venerabili Fratri nostro Episcopo Albanensi a bone memorie Innocentio Papa, predecessore nostro, auditore concesso, idem Procurator proposuit coram eo, quod, cum Prelatus Toletanus contra predecessorem ipsius Episcopi ad Abbatem, Priorem et Cantorem Sancti Facundi quasdam litteras impetravit, proponens eundem Episcopum quasdam ecclesias circa Alpes, que pro limitibus vestre Tole-

tane et alias dioceses vicinas habent in ejus prejudicium occupasse, ac occupare alias illicite non vereri, dictus Episcopus, citatus ab ipsis, suo Capitulo inconsulto, liti se obtulit; et deducens in iudicium ea que prefatum Capitulum possidebat, illegitime ac inconsulte litem fuisse dicitur contestatam super monasterio Sante Marie de Jundo et multis aliis, que non fuerunt in litteris commissionis expressa, Procuratore ipsius Toletani lite in reconventionem nihilominus contestante. Cumque prefato Episcopo viam universe carnis ingresso, iudices memorati, predictum Episcopum, successorem illius, volentes ad testium productionem procedere, citavissent, idem proposuit coram eis, quod locum productionis testium non habebat, eo quod illa super quibus lis, ut dicebatur fuerat contestata, in commissionem non venerat, effrenata, videlicet, multitudo que non debebat intelligi per clausulam generalem et Monasterium memoratum, quod majus erat aliis, que in commissione fuerant comprehensa. Preterea proposuit, quod cum Toletanus dixerit Alpes esse pro limite, nihil petere poterat circa illas. Unde prefatam litem contestationem inseruit non valere, et si aliquatenus valuit, jure minoris restitui postulabat. Iudices vero: Licet proposuit, hoc receptioni testium supersedere: postmodum tamen non expedit hujus modi articulo, per sententiam mandaverunt testes senes et valetudinarios ex parte recipi Toletani, quasi hoc cuilibet iudici, lite non contestata liceret; postmodum autem iudices memorati contradicente et reclamante, necnon etiam protestante gravamen hujus modi, parte ipsius Episcopi se habere jurisdictionem in omnibus, utpote in commissionem venientibus, pronuntiarunt, pro sue voluntatis libitu, omnia per antecessorem ejusdem Episcopi acta fuisse legitime asserentes, Procuratore prefati Capituli contradicente ac ad Sedem Apostolicam appellante. Postea vero, pars utraque, sub pena mille morabetinorum et expensarum, que fuerant facte, vel de cetero fierent, in arbitros compromisit. Sed Toletanus ab eorum recedens arbitrio, et per novum Procuratorem ad predictos Iudices rediens, per eos citare fecit Episcopum memoratum, coram quibus, licet Procurator Capituli Abulensis proponens causam ipsam, que inter supradictum Archiepiscopum et eundem Episcopum vertitur, ad ipsum Capitulum pertinere ne procederent, pro eodem Capitulo appellavit, fuit tamen altercatum diutius, utrum per litteras illas ex tunc procedere possent, cum de ipsius Toletani Procuratoris assensu fuerit ad arbitros convolutum, et etiam renuntiasset litteris apostolicis credebatur, nisi ad arbitrium fuisset processum, testibus super hoc siquidem producendis et ad terminum alium ab eisdem Iudicibus, partibus evocatis ad eundem terminum. Abbas tantummodo apparuerit et Cantor; et cum citius requisitus Abbas respondit quod eum ab administratione amoverat prioratus. Unde Procurator ipsius Episcopi allegavit, quod Abbas Priorem cum esset perpetuus amovere non poterat, et etiam foret similiter hoc ad Sedem Apostolicam appellatum; nec etiam super emergenti pronuntiare valebat, cum ipsum Abbatem tangentem et unus esset de articulis illis, de quibus quidam monachi sui eum ad Sedem Apostolicam accesserant delaturi. Ceterum, eidem Priori alio substituto, Abbas pronuntiavit predictum se posse procedere cum eodem. Cumque Magister F. advocatus ejusdem Episcopi cum Magistro Scholarum Astoricensi, qui contra voluntatem Procuratoris ipsius Episcopi prefatis Iudicibus assidebat jurgium non modicum habuisset, ita quod in villa Sancti Facundi dictus advocatus non auderet comparere, licet hoc pars Abulensis fuerit protestata; adveniente tamen termino partibus assignato, securitatem advocato producta ab Abbate Sancti Facundi, qui ville dominus erat, non potuit impetrare, nec obtinere ut extra villam predictam pro audienda causa eadem ad aldeam aliquam declinaret. Quare Procurator ejusdem Episcopi predicta gravamina repetens, et quedam alia superaddens, eo quod ad ipsas cum aliquibus, per quos si opus esset gravamen vel appellationem si eam interponeret probare valerent, libere non permittebant intrare, ad Sedem Apostolicam appellavit, et recedens ab eis, *invenit Episcopum ad generale Concilium venientem*; sed prefati Iudices ipsum nihilominus citaverunt Kalendas Septembris tunc venturas sibi terminum prefigentes, quorum postmodum ante terminum memoratum litteras in egressu regni recepit; in quibus continebatur, quod cum parti alteri condemnarent in expensis, propter quod idem Episcopus pro se ac Capitulo suo appellationem innovavit emissam, et repetens predicta gravamina et alia quedam proponens, provocavit, etiam de futuro; sed ipsi nihilominus, ut audivit peritorum possessionem, adjudicaverunt Archiepiscopo sepedicto. Unde Procurator prefatus ea que per eosdem Iudices acta sunt illegitime, et quidquid post appellationem ad nos rationabiliter interpositam, et iter arreptum ad Sedem Apostolicam veniendi, sunt perperam attemptata, revocari in

irritum petiit, et tam super principali quam reconventione committi negotium sine debito terminandum, postulans nihilominus litteras, quas super restitutionem de De Fundo et Alberice, ac quamdam aliam ecclesiam, quibus se asseruit spoliatum contra Episcopum, Archidiaconum, Capitulum et cives Abulens. ad Episcopum Placentinum et conjudices suos, lite in auditorio ejusdem auditoris pendente, predictus Archiepiscopus impetravit, et, siquid per eos actum fuit, revocari; ad hec autem nihil respondit Archiepiscopus memoratus, et asserens se nihil scire de facto, cum per Procuratorem suum omnia fuerint tractata, petiit, ut antequam cognoscatur de causa, predictam ecclesiam et aliam quamdam, prout justitia exigit, sibi restitatur possessio, quam nactus fuerat auctoritate judicum predictorum; cum ea sit, sicut asserit, pretermisso juris ordine, spoliatus, et confirmetur quidquid actum est legitime per eosdem et executioni mandetur, si nondum est forsitan demandatum, ac ecclesiastica compescatur censura, qui presumpserint contraire. His igitur et aliis que fuerunt proposita coram auditore predicto, intellectis per relationem ipsius, quia nobis de illis fieri non potuit plena fides de ipsius Archiepiscopi et Procuratoris Episcopi memorati assensu, super omnibus impetrationibus dictorum Archiepiscopi et Procuratoris Episcopi comprehensis, coram nobis duximus comittendam, per apostolica scripta mandantes, *quatenus illo quem Archiepiscopus, qui utpote aliquamdiu apud Sedem Apostolicam moraturus, comparere non potest, constituerit Procuratorem in causa predicta, juxta quod dictus predecessor noster viva voce injunxit eidem, ac parte altera advocatis et eodem Archiepiscopo, sicut visum fuerit restituito, ac non obstantibus litteris ad predictum Placentinum et ejus conjudices impetratis, revocato in irritum quidquid in prejudicium dicti Episcopi, postquam iter arripuit veniendi ad Concilium generale, temere invenitis attemptatum tam super principali quam super reconventione ac aliis omnibus; ad processum vertentibus, sublato Apostolice Sedis obstaculo, audiat causam, et eam, si de partium fuerit voluntate fine debito terminetis. Alioquin eandem ad nos remittatis sufficienter instructam, prefigentes partibus terminum competentem, quo per se vel per Procuratores idoneos nostro se conspectui representent, justam, dante Damiano, sententiam recepture. Testes autem..... Quod si non. A duo vestrum..... Datum Rome, apud Sanctum Petrum; XIII Kal. januarii, pontificatus nostri anno primo (19 Dic. 1216.)*

Regestum Vaticanum. Lib. I. Ep. 122. f. 29. v. Copia directa.

35.—*Confirma Honorio III la posesión de iglesias y bienes.* Roderico Archiepiscopo. Cum a nobis petitur quod justum est et honestum, tam vigor equitatis quam ordo exigit rationis, ut id, per sollicitudinem officii ad debitum perducatur effectum. Eapropter, Venerabilis in Christo Frater, tuis justis postulationibus grato concurrentes assensu, ecclesias de Alcaraz cum omnibus pertinentiis, ecclesias de Riopal, de Hezonaver, de Castro Dominarum, de Bilche, de Bannos, de Tolosa, de Alarcos, de Caracuel, de Benavent, de Zuqueda, (1) de Petrabona, de Guadalferza, cum omnibus terminis suis: Decimas omnium reddituum regalium supradictorum locorum: Ecclesias de Avenzaier, et de Colcinis, que tempore suo a saracenorum manibus erepte, divina gratia inspirante, ad manus tuas devenisse noscuntur: Quin etiam omnes illas ecclesias, que sunt circa Montana de Rupe Sancti Petri, et de Riopal, et de Secura, et de Torre Albez, de Portu de Muradal, et de Bar Jalamel, et Andujar, et citra Chilon, et Migueza, et Magazella, et Medellin et de Turgellum, et Sofariz, juxta flumen, quod dicitur Tytar, cum toto campo de Aranuelo, versus Toletum construende sunt, tibi et per te Ecclesie Toletane concedimus, et presentis scripti patrocinio communimus. Nulli ergo omnino hominum liceat hanc paginam nostre concessionis infringere et ausu temerari contraire. Sic quis autem hoc attentare... Datum Later. sexto idus februarii, pontif. nostri anno primo. (8 feb. 1217.)

Lib. priv. En tres puntos: I. Fol. 192. II. Fol. 92, r. Y fol. 107. V. Bull. San Jacobi. 63 y 64.

36.—*Otra bula de confirmación.* Roderico Archipo. Cum a nobis petitur quod justum et honestum est, tam vigor equitatis quam ordo exigit rationis, ut id, per sollicitudinem officii nostri ad debitum ducatur effectum. Eapropter, Venerabilis in Christo Frater, tuis justis postulationibus grato concurrentes assensu, domos, vineas, molendina, furnum, sernas et molendina de Turre rub villa; vineam, hortos, sernas Zuferolam cum omnibus terminis suis, scilicet, de Turre, Orgaz ad Hieve-nes, et Albanuel, et Fontes de Rabinat, et Corral Rubio, Avenogiam, et Caveas de

Guadiana, et Espinaz de Car, et Esternas, et Esteves, et postum Maches, et Avellanar, et portum de Alfober, et Marializa usque ad Orgaz; Castrum de Polgar cum omnibus terminis suis; villam de Molas cum omnibus terminis suis; Cervam Longam cum omnibus terminis suis; villam de Palumbis cum omnibus terminis suis; et hereditatem de Daganciolo; aldeam de Torrigos cum omnibus terminis suis; Esquivias cum omnibus terminis suis; Val de Torres cum omnibus terminis suis; Aldeam Campi cum omnibus terminis suis; Argandam cum omnibus terminis suis; Ulmetam cum terminis suis; et villam de Talamanca cum omnibus terminis suis; domos vinea et hereditatem de Medina et de Viana cum terminis suis; hereditatem et vineas et domos de Precienzo et domos de Burgis, sicut ea omnia, que iuste possides et quiete, tibi et Ecclesie Tolet. auctoritate apostolica confirmamus, et presentis scripti patrocinio communimus..... Dat. Later. V idus feb. pontif. anno primo.

Lib. priv. II. 330. r y v.

37.—*Del cobro de la Vigésima.* Archiepiscopo Tolet. et suffraganeis ejus. Cum felicis recordationis Innocentius Papa, predecessor noster, vobis dudum dederit suis litteris in preceptis, ut pro vicesima ecclesiasticorum proventuum usque ad triennium, integre in Terre Sancte subsidium conferenda, vestris et subditorum vestrorum redditibus diligentius computatis, parati essetis usque ad festum Omnium Sanctorum proximo jam transactum, de vestris certis redditibus certam summam vicesime proventure solvere, de ipsis nuntiis dilectorum filiorum Magistri domorum Militie Templi et Priorum Hospitalis Jerosolimitani in Toletana Provincia constitutor (um) ac Cautoris et Archidiaconi Zamorensis, quibus hoc idem predecessor commiserat declarare, ac ipsis usque ad Kalendas maji proximo tunc sequentes sine difficultate ac dilatione qualibet, tam de ipsis certis proventibus, quam etiam de incertis, vicesimam integraliter exhibere, monentes diligenter auctoritate apostolica, et efficaciter inducentes Abbates, Capitula et Decanos, necnon et in singulis vestris synodis, sacerdotes et alios ecclesiasticos universos in vestris diocesibus, constitutos; ut in diebus super hoc ordinandis, a vobis in singulis civitatibus essent parati, per triennium, annuatim nuntiis antedictis plenarie solvere, secundum terminos constitutos, dolentes non possumus non mirari, quod hostis humani generis, que bonis insidiari operibus non desistit, promotioni hujusmodi salutari negotii sic sue malignitatis obstaculum potuit preparare; Quod quorundam vestrorum vota super executione ipsius negotii divisa sunt, prout accepimus, in diversa, quibus super hoc si datum esset, a Deo cor unum, et anima deberet esse una. Nam sicut dicti Magister, Prior et Cantor et Archidiaconus suis nobis litteris intimarunt, licet diceretis omnes vos in hoc ad obediendum paratos existere, quidam tamen vestrorum, se per hujusmodi litteras non debere cogi, nec posse ad vicesimam in pecunia numerata solvendam firmiter asserere. Alii vero dicebant quod eam predicto modo libenter solverent, sed ecclesiasticos in suis diocesibus constitutos eo modo non compellerent ad solvendum; quia cum in rescripto non contineretur explicate quod in pecunia solverent numerata, eos ad hoc cogere non poterant nec debebant; sed dicebant quod collectores discurrerent per aldeas, et ibidem tam de suis quam de subditorum redditibus in tritico, siligine, ordeo et vino et ab aliis fructibus, et decimis et oblationibus quotidianis vicesimam eis mandarent fideliter exhiberi. Talis enim collectio dispersio potius videbatur, cum ipsis collectoribus ad expensas necessarias non sufficienter colligenda. Cum enim Toletana Provincia per duo sit Regna longe lateque diffusa, ne duo ecclesiastici et duo Fratres, verum etiam quinquaginta vix ad colligendam vicesimam ipsam sufficerent, per aldeas singulas discurrendo. Cum igitur tempus instet, quod ad se periculum trahit, mora pati nolentes, prefati executionem negotii aliquibus exceptionibus ulterius retardari, ad quam totis affectibus medullitus aspiramus, Fraternitati vestre in virtute obedientie districte precipiendo mandamus, quatenus predecessoris litteras interpretantes sano et simplici intellectu, iusta ipsarum litterarum tenorem, vestris et subditorum vestrorum redditibus, diligentius computatis in termino, quem dicti Magister, Prior, Cantor et Archidiaconus vobis duxerint statuendum, ipsorum nuntius in tribus locis statuendis, ab ipsis omni occasione a dilatione cessantibus, vicesimam ex vestris et subditorum vestrorum redditibus omnibus usque ad triennium, per mensuram in pecunia numerata integraliter assignetis, et faciatis ab eisdem subditis assignari, ita videlicet, ut omnis malignandi

(1) «Zuquera», «Penabona», «Malagon» y «Guadalzarra».

occassio amputetur: quod vos et ipsi subditi, vicesimam ipsam colligi et in expensis singularum Ecclesiarum faciatis ad loca predica deferri. Ne autem hoc urgens negotium de cetero valeat quomodolibet impediri, novenitis, nos. predictis Magistro, Priori, Cantori et Archidiacono precepisse, ut si, quiddam credimus, supradicta neglexeritis adimplere, ipsi vos et subditos vestros ad ea, sublato cujuslibet contradictionis et appellationis obstaculo, ecclesiastica censura compellant. Dat. Laterani., idibus februarii, pontif. nostri anno primo. (13. Feb. 1217.)

Regest. Vatic. 9. Lib. I. 255. P. 65. Copia directa.

38.—*Fecha fija sobre el pleito de la Primacia.* Coram felicis memorie Innocentio Papa, predecessore nostro, lite inter Venerabilem Fratrem nostrum Archiepiscopum Toletanum et te, Frater Archiepiscopo, super Primatia solemniter contestata, vobis fuit peremptorius terminus assignatus, quo cum rationibus et defensionibus vestris Procuratores idoneos ad Sedem Apostolicam mitteretis. Nos autem habentes rata predicta, vobis denunciavimus, ne denuo expectaretis citari; quia nisi compareretis termino assignato, tu, Frater Archiepiscopo, per te vel per sufficientem Procuratorem, vosque Filii Capitulum per idoneos responsales, nos nihilominus procederemus in ipso negotio, quantum iustitia postularet. Verum elapso termino constituto, port expectationem non modicam, comparuerunt dilecti Filii Magister Scholarum et Magister Dominicus canonicus Bracarensis, vestras nobis litteras presentantes, quibus, hos esse Procuratores vestros in causa predicta, ita quod uterque in solidum apparebat. Sed quia, ut dicebant, non attulerunt depositionem testium et alia munimenta, dilationem cum instantia postularunt. Postquam vero contra eos interloquuti fuimus super dilatione petita, tandem indulgeri Ecclesie Bracarensi dilationem, propter instructionem cause, per auxilium restitutionis in integrum postularunt, exhibentes super hoc, ex parte vestra, speciale mandatum. Nos autem, de Fratrum nostrorum consilio, usque ad octavas Pentecostes proxime futuras, per restitutionis beneficium, ad id vobis terminum duximus indulgendum, per Apostolicam vobis sententiam precipiendo mandantes; quatenus sic instituti compareatis in termino quod causa suum sortiri possit effectum; quia cum ultra peremptorium assignatum diu sit in ipsius Toletani dispendium ejusdem cause deciso protelata, tum profecto in ea, quantum postulat ratio procedemus.

Dat. Lat. X Kal. martii pontif. nostri anno primo.

39.—*Honorio III encarga a Rodrigo la Sede de Segovia.* Capitulo Segobiensi et universis clericis et laicis tam civitatis quam diocesis segobiensis. Cum ex infirmitate Venerab. Fratris nostri, Episcopi vestri, segobiensis Ecclesie, grave incurere dicatur detrimentum, nos, quorum instantia est Ecclesiarum omnium sollicitudo continuata, cupientes ipsius Ecclesie indemnitatibus paterne sollicitudinis studio precavere, Vener. Fratris, Archipo. Toletano, de cuius fide, honestate ac prudentia indubitata fiduciam obtinemus, illius provisionem et curam in spiritualibus et temporalibus duximus communicandam, concessa sibi plenaria potestate disponendi de illa, per se vel per alios, sicut faceret idem Episcopus, prout secundum Deum ipsi Ecclesie viderit expedire. Ita videlicet, ut ipsi Episcopo et necessarie sibi familie de proventibus Ecclesie supradicte necessaria faciat liberaliter ministrari, relicurum eidem liberam administrationem illius, si ab eo, qui percussit et medetur, restitutus fuerit sanitati. Quocirca Fraternitati vestre, per apostolica scripta mandamus, quatenus eidem Archiepo. quasi Diocesano vestro interim intendatis et obediatis humiliter et devote. Nos, sententiam, quam rationaliter tulerit in rebelles, usque ad satisfactionem condignam faciemus firmiter observari. Dat. Lat. VII Kal. april. pontif. nostri anno primo. Honorius Papa III.

Bib. N. signat. Dd. 41.

40.—*Dice Pottahast: «In eodem fere modo scriptum invenio eidem Archiepiscopo.»*

Tom. II. P. 2075. Pero no he hallado su texto íntegro en los Archivos.

41.—*Sobre el pleito de D. Rodrigo y el Abuleuse.* Episcopo et Sacriste et et A. Canonico Burgensis. In presentia Venerabilis Fratris nostri Albanensis Episcopi, quem Venerabilibus Fratribus Toletano Archiepiscopo et Abulensi, bone memorie Innocentius Papa, predecessor noster, Auditorem concessit, proposuit memoratus, quod cum inter ipsum et prefatum Archiepiscopum coram Abbate Sancti

Facundi et conjudicibus suis, auctoritate ejusdem predecessoris nostri, super quibusdam ecclesiis questio verteretur, tandem in Magistrum A. Segobiensem et de Cesaraguste pro-portionarium Ecclesie Toletane, sub pena mille morabetinorum et expensarum factarum et faciendarum in lite, fuit a predictis compromissum. Coram quibus mutuis petitionibus propositis hinc inde, fuit adeo ia causa processum, quod arbitri loca, de quibus inter eos erat contentio, inspexerint. Archiepiscopus vero predictus arbitrio suo sua voluntate divertens, ad supradictos iudices ipsum trahi fecit in causam, et per eosdem diutius fatigari. Quare idem Episcopus petiit a predicto Archiepiscopo sibi solvi mille morabetinos et expensas factas et faciendas, ut extitit compromissum. Ad hec autem fuit ab Archiepiscopo sepe facto responsum, se minime ad penam vel expensas predictas teneri, cum hi, quos arbitros pars adversa dicebat, non pure fuissent arbitri, sed potius arbitantes seu compositores amicabiliter inter eos: adjungens quod si pure in eos compromissum fuisset, qui tunc erant absentes a compromissariis, tamen non pure, sed sub modo receptum extitit compromissum, videlicet, ut eis a presenti forma compromissi corrigere, addere, subtrahere, quantum etiam socium scilicet merite recordationis Alfonso, Regem Castelle, adjungere sibi liceat, et ut forma compromissi exhiberetur eisdem, que numquam fuit eidem ostensa. Adjecit insuper se in penam nullatenus incidisse, cum nihil sibi fuisset ab arbitrantibus prefatis mandatum aut sententiatum, cui paritum nom fuisset; imo si quomodo ab alterutra partium potuit in penam committi, Episcopus a principio penam incurrit, cum mandatis arbitrorum seu arbitrantium super ducatu secure prestando, ad suspiciendum limites, de quibus erat contentio, non paruisset, protestans se penam non remittere incommissam. Adjunxit etiam, quod prefati compositores numquam ut arbitri processerunt, nec motu suo, sed ad instantiam partium inspexerunt limites, ut commodius possent componere inter partes. Preter has et alias rationes firmiter asseruit Archiepiscopus sepe dictus, quod antequam ad delegatos iudices redisset, prefati arbitri seu arbitantes diu laboraverunt, ut possent componere inter eos, sed spe componendi nulla penitus remanente, renuntiaverunt arbitrio, seu officio sic suscepto. Et quia coram supra dicto Episcopo Albanensi et dilecto Jilio G. titulo Sancti Martini Presbytero Cardinali Auditoribus, a bone memorie Innocentio Papa, predeessore nostro, concessis, fuerit super his solemniter contestata, et testes fuerint ab Archiepiscopi parte producti, et alias paratus erat producere, causam instructam usque ad finem, secundum regulam juris civilis producere sub dicto Episcopo Albanensi, qui post recessum Cardinalis ejusdem fuerat concessus Auditor. Petebat idem Archiepiscopus absolutionem ab impetione ipsius Episcopi, qui pro se probatione nulla data, recessit, iudicio derelicto. Item Archiepiscopus allegabat, quod si ab initio cause Episcopus commisit in penam, secundum jus civile solum extitit compromissum, nec potuit amplius in penam committi. Preterea quia Episcopus, lite pendente, recessit, ad lites, procuratore nullo relicto, sed ad contradicendum et impetrandum duntaxat petebat Archiepiscopus ab Episcopo sibi iudicio? litisque sumptus persolvi, prout postulat ordo juris. Ad ultimum autem petit Procurator Episcopi Abulensis, ut quia forsam sepefactus Archiepiscopus apud Sedem Apostolicam moram debet trahere longiorem, ab ipso Archiepiscopo in partibus suis Procuratorem in causa, justa quod sibi fuerat iunctum a predicto predeessore nostro dari faceremus eidem. Quia vero super his et aliis, que coram eodem Episcopo fuerunt proposita, nobis fieri non potuit plena fides, discretioni vestre per apostolica scripta mandamus, quatenus C. Talaverense Archidiacono, quem predictus Archiepiscopus in nostra presentia suum Procuratorem constituit in hac causa, et parte altera evocatis, si vobis constiterit prescriptos arbitros ad arbitrandum procedere noluisse, a pena expressa in compromisso Archiepiscopum absolvatis. Alioquin quod canonicum fuerit, appellatione postposita, statuatis, facientes, quod decreveritis, per censuram ecclesiasticam observari. Testes autem... Dat. Later. II idus aprilis, pontifi. nostri anno primo.

B. N. *Papeles varios*. Fol. 143. y 145.

42.—*Honorio III recomienda al Arzobispo de Burdeos la persona de D. Rodrigo a su paso para España.*

Dat. Lat. X Kal. jan. pontif. anno II. En el texto está entera.

Su original en Toledo. Copia en la B. N. sig. Dd. 41, antigua.

43.—*Escritura de liquidación de cuentas.* In nomine Domini. Anno incarnationis Christi millesimo ducentesimo septimodecimo, Pontificatus Domini Honorii Pa-

pe anno secundo, mense decembri, die XXIII indictionis sexta: Nos quidam Philippus Joannes et Maximus Silis, quondam Petri Falconis Roman cives, pro nobis et aliis fratribus nostris et heredibus et successoribus nostris, hoc die p[re]sena propria et spontanea voluntate renuntiamus et refutamus tibi, Domino Dominico Pascali, Camerario Domini Roderici, Dei gratia, Toletani Archiepiscopi, procuratoris nomine recipienti, pro ipso et ejusdem successoribus in perpetuum: Hoc est, omne jus et omnem actionem, quam */quoscumque abusus/* in dictum Archiepiscopum et Ecclesiam Toletanam hactenus habuimus aut habere possemus, utiliter aut directe, tacite aut expresse pro solutione debita octoginta librarum bonorum proventuum (i) senatus (l) *quas eidem Archiepiscopo in Romana Curia constituto pro suis et Ecclesie sue negotiis mutuumur*, et pro ipsius et earum fructibus et accessionibus idem Archiepiscopus se nobis per instrumentum publicum obligavit. Cui utique instrumento et dictis et rogationibus instrumenti et cuilibet scripto et contractui super hoc ab ipso nobis confecto, omnino renuntiamus, ut quocumque tempore predictum Archiepiscopum et successores ejusdem apparebunt vacua (instrumenta?) et nullius momenti. Specialiter autem renuntians tibi et predicto Archiepiscopo et ejusdem successoribus recipienti per taxatas octoginta libras proventuum senacti et eorumdem usuras fructuum et accessionum, et quidquid occasione aut respectu dicti debiti usuras fructuum et accessionum, pene etiam et damna et expensas ab ipso Archiepiscopo et successoribus ejusdem aut alia qualibet persona pro eis deinceps petere, exigere, et obtinere quolibet modo possem, ita ut de cetero a nobis et heredibus et successoribus nostris predictus Archiepiscopus et successores ipsius et quelibet alia persona pro eis quieti et pacifici et tranquilli et ab omni lite remoti perpetuo super premissis omnibus debeant permanere. Pro qua utique refutatione et renuntiatione profitemur nos recepisse et habuisse in integrum nonaginta libras bonorum proventuum *senac'*, pro solutione, videlicet lucris... damnis et expensis plenarie computatas et integre numeratas, de quibuslibet omnibus plane nos quietos vocamus acceptandi, nostre *mutuate?* pecunie renuntiantes. Et prestamus in veritate firmiter promittentes sub obligatione omnium bonorum nostrorum, mobilium et immobilium, nos prefatum jus et actionem nostram super premissis habituram, nulli persone donasse, cedissee aut renuntiasse. Et si quis pro hoc, aut occasione hujusmodi eidem Archiepiscopo aut successoribus ejus aut alii persone pro eis, damnum aliquod acciderit aut gravamen, promittimus tibi, predicto Dominico, nomine ipsorum recipienti, predictum damnum et gravamen eis in integrum restaurare, et omnia supradicta sub eadem bonorum nostrorum obligatione rata et firma semper habere, et contra nos venire sub pena pretaxate pecunie dupla, et pena soluta ante aliquem litis ingressum; omnia supradicta nihilominus firma permaneant. Factum est ante ecclesiam Sancti Laconen. presentibus testibus ad hoc specialiter rogatis: scilicet.

Ego Marcus Joannes Darie.

Ego Angelus Romani de Sponsa.

Ego Petrus Toris Darie.

Ego Rodulfus Alexii.

Ego Guindone Pechon.

Ego Richardus imperialis aule secretarium, hanc cartam, utriusque partis conplevi rogatus.

Liber pri. II. F. 84, r y v.

44.—*Pleito de la Primacia; sobreseído por el Papa.* Decano et Capitulo Toletanis. Licet Venerab. Frater Toletanus Arch. ita in scientia, honestate, et omnium dote virtutum imminere noscatur, ut commendatitiis litteris non indigeat, urgente tamen abundantia caritatis, qua ipsum in Domino, suis exigentibus meritis amplexamur, eundem universitati vestre propensius commendamus, auctoritate vobis presentium declarantes, quod idem Archiepiscopus in prosecutione negotii Primatie sic studiosus ac diligens extitit, ut dicere in veritate possimus, eum nihil de contingentibus omississe. Verum nos, de consilio Fratrum nostrorum, pensatis rerum et temporum circumstantiis, eidem negotio duximus supersedendum ad presens, nullo ex hoc sibi, vel Ecclesie Tolet. prejudicio generando quominus suam petere possit et obtinere justitiam, quum Apostolica Sedes judicandi tempus acceperit opportunum. Dat. Later. secundo Kal. januarii, pontif. nostri anno secundo, (31. Dic. 1217.)

Hállase el original en el Archivo de Toledo A. 6. 1. 5.

45.—*Honorio III con fecha 7 enero 1218 dirige a D. Rodrigo una bula autenticando siete bulas de Urbano II referentes a la Primacia, por petición del mismo don Rodrigo.* Dat. Lat. VII idus jan. pontif. nostri anno secundo.

Lib. pri. Eccl. Tolet. Fol. 86 y 88. Es común el texto en que se conceden las bulas.

46.—*Con la fecha 8 de enero de 1218 dice Raynaldo, que también al mismo Rodrigo «prestitit de pluribus Urbani II, Paschalis II, Adriani IV, Atanasii IV, Alexandri III, Gelasii II, Lucii II, Romanorum Pontificum.»*

Annal. Tom. XIII. N. 63. P. 288. No las he visto en ninguna parte.

47.—*Sobre un Beneficio.* Cum igitur Venerabilis Frater noster Archiepiscopus Toletanus, administrationem ecclesie Sancti Vincentii de Monte, ad eum spectantis, tibi duxerit de speciali gratia concedendam, sicut in ejusdem Archiepiscopi perspeximus litteris contineri. Nos concessionem ipsius Archiepiscopi gratiam et ratam habentes, eandem ecclesiam autoritate tibi apostolica confirmamus, et presentis scripti patrocinio communimus. Ad majorem vero firmitatem, tenorem litterarum prefati Archiepiscopi presentibus jussimus annotari: qui talis est: «Rodericus, Dei gratia Toletane Sedis Archiepiscopus, Hispaniarum Primas, dilecto in Christo filio et amico Fratri Gundisalvo, familiari Domini Jesu Christo. Cum jus representandi Prelatum in ecclesia Sancti Vincentii de Monte, tamquam uni ex patronis nobis pertineat, et jure metropolitano a nobis ipsa electio debeat confirmari, vobis, dilecto Fratri Gundisalvo, familiari Domini Pape, circa quem vestris meritis precedentibus, speciali quadam affectione movemur, administrationem ejusdem ecclesie, in eo quod nos utroque jure tangit, duximus, de speciali gratia, concedendam, ratum habentes et gratum quidquid circa hoc, si in aliquo est invalidum, Domini Pape Sanctitas duxerit providendum. Ut autem de premissis possit fieri plena fides, presentem paginam sigilli nostri munimine fecimus roborari. Nulli ergo omnino hominum & & nostro confirmationis &. Si quis autem &, &» Datum Laterani: IV idus januarii, pontificatus nostri anno secundo. (10 enero 1218.)

Regestum Vaticanum. Lib. I. Ep. 139. F. 34. N. 223. Copia directa.

48.—*Comisiona Honorio III al Cabildo Burgalés para que examine el pleito de Rodrigo y el Compostelano sobre la diócesis palentina.*

Regestum. I. P. 169. P. Serrano. D. Mauricio 52.

49.—*Suspensión de la sentencia sobre la Primacia.* Roderico Archiepiscopo et Capitulo Toletano. Cum tu, Frater Archiepiscopo, jus Primatie in Regnis Hispaniarum tibi vindicare contendens, super hoc, coram felicis memorie Innocentio Papa, predecessore nostro, litem fuisses cum Venerabili Fratre nostro (Stephano) Bracharensi Archiepiscopo sollemniter contestatus, demum causa coram nobis diutius ventilata, tandem te ac eodem Archiepiscopo in nostra presentia constitutis, fuit probationibus et allegationibus renuntiatum hinc inde, et a partibus postulatum instanter, ut definitivam sententiam proferremus. Nos vero, pensatis rerum circumstantiis, de Fratrum nostrorum consilio, suspendentes ad presens, procedendum non duximus ad sententiam proferendam. Munimenta vero et acta omnia, ad instantiam partium clausa sub bulle nostre munimine, penes nos retinuimus, et tradidimus etiam partibus, sub bulla nostra inclusa. Quod autem quedam ex munimentis hujusmodi sunt decisa factum est de utriusque partis assensu; cum per inspectionem eorum in Regestis cognoverint, que omisa sunt, ad hanc causam nihil penitus faciebant. Dat. Laterani, decimo quarto Kalen. februarii, pontificatus nostri anno II. (19 enero, 1218.)

Reges. Vaticanum. T. 9. Ep. 819. F. 200. R. Copia directa.

Está en el Lib. priv. II. Fol. 100, con tres leves variantes. La editó, tomándola de aquí el P. Fita. *Estudios Históricos.* Pag. 31 y 32.

50.—*Honorio III concede la Primacia sobre Sevilla.* Roderico, Archiepiscopo Toletano. Apostolice Sedis benignitas provide pensans merita singulorum, quos plus fervere in sua devotione cognoscit, majorem consuevit gratiam exhibere, ut non solum e devotis devotiores efficiat, verum etiam illorum exemplo indevotos ad suam devotionem inducat. Hinc est, quod attendentes nobilitatem Ecclesie Toletane, intuitu specialis devotionis, quam ad Apostolicam Sedem habere dignoscitur, volentes facere gratiam specialem, in Hispalensi Metropoli ac in ejus Provin-

tia, eidem Ecclesie, presentis scripti privilegio, jus concedimus primatue; statuentes, ut cum prefata Metropolis ad christianorum manus, Deo favente, redierit, tu, Frater Archiepiscopo, ac successores tui, ea que spectant ad primatus officium, exerceatis libere in eadem. Adjudicamus tamen, ex concessione hujusmodi, quam *motu proprio* fecimus, tibi vel ipsi Ecclesie Toletane, nullum omnino prejudicium generetur. Decernimus igitur ut nulli omnino hominum liceat.... Dat. Late. VIII Kal. Feb. pontif. Domini Honorii III anno secundo.

Lo confirman once Prelados. Lib. Priv. II. 108 y 109. Según Aguirre y Castejón 1 feb. 1219: es equivocación. La bula dirigida a los Reyes prueba la dicha fecha, que hemos copiado del Liber.

51.—*Sobre cumplimiento de cánones.* Roderico Arch. Apostolice Sedis Legato. In Concilio Generali proinde fuit deliberatione statutum ut judei a Christianis per habitus differentiam distinguerentur, et compellantur ad satisfaciendum Ecclesiis pro decimis et oblationibus debitis, quas christianis de domibus et possessionibus aliis percipere consueverunt, antequam ad judeos quocunque (titulo) devenirent, que, sicut accepimus, judei existentes in tua Provincia, quorundam christianorum favore suffulti, observare non curant. Idemque presentium tibi auctoritate mandamus, quatenus tam illos quam quoslibet alios judeos, infra *tue legationis* terminos consistentes, per subtractionem participii christianorum, ad observanda predicta compellas, christianos, qui contra prohibitionem tuam illis participare presumperint, per censuram ecclesiasticam, appellatione postposita, compellendo. Datum Laterani, VII Kal. februarii Pont. nostri anno secundo. (26 enero 1218.)

Liber privil. I. Fol. 47, v.

52.—*Reconocimiento de la iglesia de Zudereta.* Archiepiscopo Toletano. Tranquilitati tue precavere satagens in futurum, humili nobis instantia supplicasti, ut cum Ecclesia ipsa locum, qui dicitur Zudereta cum circumadjacentibus locis, a tempore cujus non extet memoria, possederit, et possideat sine lite; ne forsan, ex eo quod fama est locum ipsum fuisse antiquitus civitatem pontificali dignitate insignem, dictam Oretum, posset contra jam dictam Ecclesiam questio futuris temporibus suboriri, super hoc paterna providere sollicitudine dignaremur. Nos igitur, tue sollicitudinis providentiam commendantes, locum et circumjacentia (loca) quorum pacificam possessionem habet Ecclesia supradicta, auctoritate presentiam (confirmamus...) Diocesim Toletane, et ea tibi ac successoribus tuis jure diocesano perpetuo subjacere sancimus. Nulli ergo.... Dad. Later. VI Kal. Feb. anno II pontif. nostri.

Bib. Nacional. P. Burriel. Sign. D y D 41 (antigua.)

53.—*Honorio III encarga al Ob. de Burgos y otros para que examinen si don Rodrigo pide rectamente la división de la diócesis de Cuenca.* Dat. Lat. IV Kal. Feb. pontif. anno II. (29 enero 1218.)

Manrique. An. 1218. C. VIII. N. 3. No he logrado la bula completa.

54.—*Rodrigo, Legado de la Cruzada Occidental.* Abulensi et Burgensi suffraganeis... Ecce tempus opportunum, ut credimus, ad insurgendum contra eos, quibus estis circumdati, agarenos... Et licet, dignum ac necessarium videretur, ut propter hoc ad vos destinare Legatum a latum deberemus; quia tamen dubium sit nobis utrum in movendis illis guerra regum consilia concordent, nos tamen pensantes prudentiam Venerabilis Fratris nostri Archiepiscopi Toletani, odorem nominis, cujus etsi fama dudum ad nos preconio tanto pertulerit, ut profusa in ejus laudibus videretur, nunc tamen illam avaram in eisdem comperimus extitisse; quum scientie, circumspectionis, modestie, honestatis ac omnis industrie, longe plus quam illa retulerit, inveniremus in eodem: ei onus hujusmodi duximus imponendum, legationis officium eidem ad id per vestras Provincias concedendo, ut cum ad guerram illis movendam ipsorum Regum consilia concordaverint, ipse, quasi alter Jossue vos precedat, ad eruendam de illorum manibus terram, quam, prophantis Dei sanctuariis, delinunt occupatam, animos vestros eteruis et temporalibus premiis incitatos, secundum sibi (datam) prudentiam, moneat, exhortetur et dirigat, vosque in eam, ejectionis ancille filii, qui heredes esse cum filiis libere non merentur, divino commutatus auxilio introducat. & Datum Laterani; III Kale. februarii: Pontificatus nostri anno secundo.

Raynaldo. Tom. XIII. N. 69 y 70. Año 1218.

55.—*Ampliación de poderes a Rodrigo*. Archiepisco Tolet. Licet concesserimus tibi legationis officium specialiter per Hispaniarum fines, adjuvante Deo, diltandos, ut tamen concessa tibi auctoritas tanto sit aliis gravior quanto ex illis poterit utilitas provenire offerendi et prestandi legationis tue beneficia, que tanto tempore vacaverunt, ut ad S. Sedem Apostolicam sint devoluta, tibi, jam dicte legationis officium exercenti, liberam auctoritate presentium concedimus facultatem. Dat. Later. II Kal. feb. pontif. anno II. (Honorius.)

Lib. priv. II. 108 r. B. N. Dd. 41.

56.—*Para absolver de censuras*. Roderico, Tol. Archip... Et operum exhibitione monstraremus te in nostris esse oculis gratiosum, ac etiam aliis per concessam tibi gratiam consulamus, absolvi concedimus eos de Provincia tua, qui violentas manus in clericos iniecerunt, dummodo casus non sit gravis et enormis excessus, et ipsi juxta providentiam tuam, passis injuriam satisfecerint competenter, ac dispensandi etiam, si quis tales celebrarunt interim, aut ordines susceperunt. Dat. Late. II. (31 enero 1218.)

Archivo Toledano. Alacena. 214. B. Nacional. 47. Fol. 123.

57.—*Poderes para dar beneficios*. Roderico, Archiepiscopo Toletano. Quia gratia datur ex gratia, ut tu, in quem multa dona charismatum confluerunt, apud nos gratiam te gaudeas invenire, auctoritate tibi presentium indulgemus, ut Ecclesiis tibi imetropolitano jure subjectis, Pastore vacantibus et beneficiis earumdem ex jure cessantibus, (sine) cujuslibet contradictione et appellatione fungaris, quod ad ipsarum Episcopos noscitur pertinere, nisi forsam tanto tempore vacaverint, quod eorum donatio sit ad Summum Pontificem devoluta, salvo in omnibus Apostolice Sedis mandato. Nulli ergo.... Dat. Later. II. Kal. Febr., pont. nostri anno II. (31 enero 1218.)

Bib. Nac. Dd. 41. sig. antigua.

59.—*Honorio III dice que recibió a D. Rodrigo y ordena al clero español que reconozca su Primacia*. Roderico Arch. Tol. et Capitulo Tolet. (Después de decir que autentica las bulas que le pidió Rodrigo, sigue así, dirigiéndose) Archipis. et Episcopis per Hispaniam constitutis... Unde nos, quorum precipue interest Ecclesiarum omnium curam gerere, venientem ad nos Venerab. Fratrem nostrum Rodericum, Tol. Arch. benigne recepimus; et inspetis predecessorum nostrorum privilegiis, primatus dignitatem per universa Hispaniarum Regna, juxta eorumdem privilegiorum tenorem et confirmamus. Ipsum itaque Apostolice Sedis et nostrarum litterarum presentatione ad Sedem ipsam remittentes, universitati vestre mandando precipimus, qualenus eidem tamquam Primati vestro, absque ulla contradictione, canonicam obedientiam et debitam reverentiam exhibere curetis. Dignum nanque est ut qui multis... (Dat. Lat. III idus madii) Dat. Lat. II nonas feb. pontifice anno II.

Lib. priv. II. Fol. 108. R y v. Su texto es de tenor corriente.

60.—*Honorio III, a petición de Rodrigo, autentica una bula de Pasual II sobre sus derechos en Burgos*. Dat. Lat. nonas feb. pontif. anno II. (5 feb. 1218.)

Lib. priv. II. 111. R. y v. No la he hallado.

61.—*Sobre la división de la diócesis de Cuenca el 28 de mayo 1218*.

Manrique. An. 1218. C. VIII. N. 5.

62.—*Que Rodrigo el Palentino y el Burgense repriman con censuras a los rebeldes contra San Fernando*. 19 ag. 1219.

Raynaldo. Comp. 64 y 65... Serrano. Mauricio 53. Tampoco le he hallado.

63.—*Honorio III reclama la vigésima*. Archiepiscopis, Episcopis, Abbatibus, Prioribus et Prelatis et clericis universis tam exemptis quam aliis per Hispaniam constitutis. Ille solus, qui est omnium cognitor secretorum, novit anxietates continuas, quas tempore tam longo pertulimus pro negotio Terre Sancte. Quanto au-

tem majores propter hoc sustinimus expensas, sollicitudines et labores, tanto amplius nobis cederet ad opprobrium et dolorem, si fideles, qui pro ipso negotio exposuerunt res pariter et personas, pro rerum defectu, a suo cogerentur proposito resilire. Sane, Venerab. noster Frater Patriarcha et carissimus in Christo filius noster Joannes, illustris rex Hierosolymitanus, Magistri quoque Hospitalis et Templi, et universi Principes et Barones exercitus christiani existentis in transmanis, suis nobis litteris intimarunt, quod tam importabiles expensas facere compelluntur, tum in machinis et galeis, tum in alio bellico apparatu, quod, nisi ad eas faciendas subveniamus eisdem, eos nullatenus, quod Dominus avertat, ab incepto desistere compellantur. Cum igitur pro navigio romanorum, in quo ultra viginti millia marchorum expendimus, Camera nostra pene penitus sit exausta, nec de illa possumus eisdem opportunum subsidium ministrare, Hispaniarum vicesimam, secundum ordinationem Concilii Generalis, providimus congregandam, ut subveniamus exercitui supradicto. Dilectos itaque filios, Hugonem, Subdiaconum et Capellanum nostrum, et Magistrum Cinthium, Presbyterum Basilice Principis Apostolorum, Canonicos, latores presentium, viros utique providos et fideles, ac nobis et fratribus nostris caros suis exigentibus meritis, et acceptos, ad partes vestras, pro hujusmodi negotio destinantes, universitatem vestram monemus ac rogamus attente, ac per apostolica vobis scripta precipimus, quatenus ipsos, ob reverentiam nostram habentes propensius commendatos, eisque in securo conducto et aliis necessariis hilariter providentes, vicesimam ipsam, et Ecclesie Romane census, sine difficultate assignetis eisdem. Quod, si qui forte se in illorum sollitione difficiles exhibuerint, vel rebelles, vos, Fratres, Archiepiscopi et Episcopi singuli, sue jurisdictioni subjectos, ad id, quum ab eis fueritis requisiti, per censuras ecclesiasticas, appellatione postposita, compellatis. Alioquin sententiam, quam ipsi, vel alter eorum tulerint, in eosdem precipimus, usque ad satisfactionem condignam firmiter observari. Datum Laterani, tertio nonas octobris, Pontificatus nostri anno secundo. (5 octubre 1218.)

Bullarium Vaticanum. Tm. III. S. 14. (3).

64.—*Se concede la mitad de la Vigésima.* Roderico, Arch. Tol. Apost. Sedis Legato. Ad exaudiendum preces, quas tua charitas nobis offert pro conservandis christianorum finibus et etiam ampliandis, ipsorum favorabilitate precum inducimur et persone tue meritis provocamur. Licet igitur Vicesima ecclesiastica vestrorum proventuum deputata fuerit specialiter negotio Terre Sancte, nos tamen attendentes, quod fideles de partibus tuis contra mauros in Hispanie finibus constitutos, verbo provocatos, et exemplo proprio hoc, exponendo te multis laboribus et expensis, medietatem totius vicesime Diocesis Toletane ac Segobiensis, que tue sollicitudini est specialiter commissa, tibi presentium auctoritate concedimus, in his que ad defensionem fidelium et expugnationem maurorum fuerint precipue *satim* per providentie (tue) arbitrium expendendam: medietatem vero reliquam ad opus terre sancte (in) subsidium reservandam; nolentes te incurrere sententiam in Concilio generali prolatam, si circa medietatem ipsam errari contigerit, cum difficile sit in talibus ad unguem omnia computare. Dictam autem medietatem vicesime nuntiis nostris assignes, ad opus terre sancte, cum alia disponenda (sit) juxta datam tibi a Deo providentiam, ita studens ad exaltationem fidei christiane, detinendo mauros, *ne ultramontanis terre possint auxilium*, et terras, quas in Hispania detinent, ab eorum manibus, *si desuper datum fuerint, extorquendo*. Quod, qui de bono principio gaudium letitiamque concepimus, de fine illo, qui principium et finis est omnium, faciente, majorem concipere valeamus. Datum Laterani, quinto kalendas februarii, Pontificatus nostri anno tertio. (28, enero 1219.)

Lib. priv. I. F. 47, r.

65.—*Bula de tenor corriente confirmando la Primacia.* Dat. Lat. VIII die feb. pontif. anno III.

Notule. Fol. 19 v. en resumen.

66.—*Honorio confirma la posesión de parroquias.* Roderico, Archiepiscopo Toletano ejusque successoribus cononice instituendis in perpetuum. Justitie est unicuique conservare quod suum est. Eapropter, charissime in Christo Frater, Archiepiscopo Toletane Ecclesie, cujus tibi a Domino cura commissa est salubriter. Providenter statutum est ut unicuique pareat tue fines, qui jam, Deo auctore a

spiculis inhabitantur, aut in futurum, auxiliante Domino, sarracenis eripientur, omnino integri, tam tibi, quam tuis successoribus in perpetuum conserventur. In finibus itaque tue diocesis, que a christianis incoluntur, hec sunt oppida: Talavera, Alfamin, Maqueda, Sancta Eulalia, Ulmus, Canales, Magerit, Alcala, Godelfajada, Santa Cenofora, Belenno, (?) Uceda et Butracum. Confirmamus etiam tibi et Ecclesie tue domum *reguiam* in Toletum cum hereditate sibi pertinente, quam predecessores tui, pro vita, ab Urraca Regina adquirevere, et decimas omnium regaliū reddituum in Toletum, Talavera, Majerico et Godelfajara, quos rex Aldephonsus, junior, eidem antecessori tuo et prefate Ecclesie, genitrice sua Urraca favente, liberaliter donavit, et testamenti sui serie confirmavit. Porro quicumque predia, quascumque possessiones gloriosissimi Hispanorum Reges et alii fideles eidem Ecclesie contulerunt, illibata tam tibi quam tuis successoribus in perpetuum confirmari sancimus et conservari. Decernimus ergo ut nulli omnino hominum liceat Toletanam Ecclesiam perturbare..... Dat. Laterani, IV idus martii, pontificus anno III.

Lib. priv. I. 115, v.

67.—*Honorio III facultas commutare votos.* Archiepiscopo Toletano, Apostolice Sedis Legato. Supplicasti nobis, ut, cum multi per Hispanias constituti signum crucis acceperint pro subsidio Terre Sancte, qui nullum aut parvum fructum ibi facere poterant respectu ejus, quem facerent pugnando in Hispania contra mauros, vota talium in laborem pugnandi contra mauros ipsos tibi liceret, de permissione apostolica, commutare. Nos igitur, presentium tibi auctoritate concedimus, ut in laborem predictum talium vota libere valeas commutare, Magnatibus et Militibus duntaxat exceptis, quos a voto, quos de ipsius Terre Sancte subsidio emisierint, nolumus aliquatenus excusari, nisi forsam aliqui essent ita infirmi vel pauperes, quod eorum accessus ad eandem Terram inutilis videretur, quorum hominum vota poteris commutare, ipsis juxta consilium et arbitrium tuum, aliquid de bonis suis, juxta facultates proprias destinantibus ad ejusdem subsidium Terre Sancte. Dat. Later., idus martii, pont. nostri anno tertio. (15, marzo, 1219.)

Cartulario pequeño. Fol. 50 y 51, v. r.

t 68.—*Exhortación para alistarse en la cruzada de D. Rodrigo.* Universis Christi fidelibus per Hispaniam constitutis. Divini altitudo consilii, que a facie israelitici populi gentes non insimul expulit, sed per partes, ne vepres in terram excrescerent, et insurgentes (insurgerent) male bestie contra eos, circa christianos, quorum iypum gerebat populus ante dictus (antecedens) dimissit gentem incredulam et vnicam nomini christiano, ut fidelibus ad exercitum sint virtutis, ne vitionum epres ac monstra in terra eorumdem cordis (*cordis eorumdem*) excrescerent, quin imo (*quiuimo*) suorum peccatorum veniam promererent. (*ipsi fideles contra eos pro Christi gloria dimicantes, suam promereant veniam peccatorum.*) Cum igitur Venerabilis Frater noster Toletanus Archiepiscopus, Apostolice Sedis Lagatus ac nonnulli Magnates Hispanie contra mauros, in illis partibus existentes, signo vivifice crucis assumpto, procedere disposuerunt, (*disposuerint*) ac divino preeunte auxilio, de manibus eorum eripere terram, quam tenent injuria nominis christiani: universitatem vestram rogamus et in remissionem vobis injungimus peccatorum, quatenus una cum ipsis contra mauros ipsos, in nomine Domini Sabaoth viriliter procedatis; et qui personaliter procedere nequiverint aut noluerint, (*eumtibus*) impendant consilium et auxilium opportunum. Nos autem de omnipotentis Dei misericordia et Beatorum Apostolorum Petri et Pauli auctoritate confisi, omnibus per Hispaniam (Hispanias) constitutis, qui laborem istam in personis et in expensis assumentes, contra mauros militaverint antedictos, plenam suorum peccatorum, de quibus veraciter fuerint corde contriti et ore confesi, veniam indulgemus: eis autem, qui non in propriis personis illuc accesserunt, (*acceceserint*) sed in suis duntaxat expensis, juxta facultatem et qualitatem suam viros idoneos destina-verint, et illis etiam, qui licet (falta in el de Toledo) in alienis expensis, in propriis tamen personis illuc accesserint pugnaturi, plenam similiter suorum concedimus veniam peccatorum: hujus quoque remissionis volumus et concedimus esse participes, juxta quantitatem (qualitatem) subsidii et devotionis affectum omnes, qui ad subventionem exercitus contra eosdem mauros, pro divini nominis gloria militantes, de bonis suis (congrue) ministrabunt, aut circa ipsos impendent consilium et

auxilium opportunum. Datum Laterani, idibus martii, Pontificatus nostri anno tertio. (15. marzo. 1219.)

Del P. Andrés Burriel. B. N. tom. 47 Dd. Ms. Lo copió del original de Toledo. Alacena. 21. N. 3. Está copiado en el Cartulario 42 y 22 de Toledo. Fol. 60. V. y 61. z., que trata de la Primacia, y escrito por los años 1250. Lo que está entre paréntesis y subrayado son las diferencias del Cartulario de Toledo.

69.—*Ejecución de los cánones contra los judíos.* Archiepiscopo Toletano Apostolice Sedis Legato. Ad audientiam nostram noveris pervenisse, quod judei, per tuam Provintiam constituti constitutionem Concilii Generalis, qua fuit provida deliberatione statutum ut ipsi judei cogantur ad satisfaciendum ecclesiis pro decimis et oblationibus debitis, quas a christianis, de domibus et possessionibus aliis percipere consueverant, antequam ad judeos, quocumque titulo devenissent, evacuare suis adinvestitionibus molientes, domos novas edificant, de quibus nolunt ecclesiis, in quarum parochiis construuntur, juxta predictam constitutionem aliquatenus respondere. Volentes igitur commento fraudis hujusmodi obviare, Fraternitate tue, per Apostolica scripta mandamus, quatinus constitutionem predictam, tam circa emptas, sive conductas ab ipsis, per Provintiam tuam ac etiam per terram, in qua commissum est tibi legationis officium, facias per penam in Concilio statutam, appellatione remota, firmiter observari. Datum Laterani, XV Kalendas aprilis, Pontificatus nostri anno tertio.

Liber priv. II. Fol. 112 r. Liber. I. Fol. 47 r. Le editó Pita en *Actas Inéditas*. P. 234.

70.—*Poderes a Rodrigo acerca de los judíos.* (1) Archiepiscopo Toletano, Apostolice Sedis Legato. Ex parte carissimi (2) filii nostri (3) Fernandi, illustris regis Castelle ac etiam tua (4) fuit propositum coram nobis, quod judei existentes Castelle (5) adeo graviter ferunt quod de signis ferendis statutum fuit in Concilio Generali, ut nonnulli eorum potius eligant ad mauros confugere quam signa hujusmodi bojulare, alias, occasione hujusmodi conspirantes et conventicula facientes, ex quibus ipsi regi, cujus proventus in judeis ipsis pro magna parte consistunt, (6) grave posset (7) generare dispendium et in ipso Regno scandalum suboriri. Quare, nobis fuit, tam ex dicti Regis quam ex tua parte humiliter supplicatum, ut executioni constitutionis super hoc edite, tibi supersedere de nostra permissione (8) liceret, cum (9) absque scandalo procedere non valeas in eadem. Volentes igitur tranquillitati dicti regis et Regni, paterna sollicitudine providere, presentium tibi auctoritate mandamus, quatinus executionem constitutionis supradicte suspendas, quamdiu expedire cognoveris, nisi forsam super (10) exequenda eadem Apostolicum mandatum reciperes speciale; nullis litteris obstantibus, harum tenere tacto, a Sede (11) apostolica impetratis. Datum Laterani, XIII (12) Kalendas aprilis, Pontificatus nostri anno tertio. (20 marzo 1219.)

Liber privi. I. Fol. 46. V. col. II.

P. Fita la copió del Becerro Toledano^T, 46 vuelto 47, recto, editada en las *Actas Inéditas*. Parte 2.^a

71.—*Honorio III encarga a D. Rodrigo para que mire por el Rey de Navarra.* Archiepiscopo Toletano Apostolice Sedis Legato. Cum illustris rex Navarre, succensus zelo fidei christiane, suscepit signum crucis contra mauros Hispanie profecturus, Fraternitati tue, per apostolica scripta mandamus, ut, si quis eodem rege in hujusmodi obsequiis occupato, presumpserit jura ei invadere, vel ejus Regnum temere perturbare, tu eos, monitione premissa, debita discretione, compescas. Volumus tamen ut idem rex Navarre ac sui, eundo contra sarracenos et redeundo, regem Aragonum et Regnum ejus aliquatenus non offendant. Dat. Rome, apud Sanctum Petrum, tertio, Kal. Maji, pontif. anno tertio. (20, abril, 1219.)

Original en el Archivo de Navarra. Cajón 4. N. 4.

72.—*Honorio III urge la celebración de concilios a D. Rodrigo y sufragáneos suyos.* Archiepiscopo Toletano et sufraganeis ejus ac dilectis filiis ceteris ecclesiarum Prelatis in Toletana Provintia constitutis. Expectavimus hactenus expectantes, si monitis et statutis Concilii Generalis, exculpta vinea Domini Sabaoth flo-

(1) Amador de los Ríos sacó su copia del Archivo de Toledo, y la publicó en el t. I. de la Historia de los judíos, con las variantes, que van en las notas. (2) Reverendisimi. (3) In Christo. (4) No está en Amador. (5) In regno Castelle. (6) Existunt (A.) (7) Possit. (8) Promisione. (9) Cum-que. (10) Falta super en A. (11) Auctoritate. (12) Falta XIII en A.

ruisset; si Aaron virga turgentibus gemmis erumpens in flores, et dilatatis foliis, amigdala produxisset; si germinassent mala punica, et ficus produceret grossos suos; quia ficus precoquas anima Sponsi desiderat, et Sponsa diligit botros Cipri. Sed ecce quod dolentes discimus, ante messem seges effloruit, et vinea fere tota et ficus, et virga magis aruit, et vindemiator manum ad castellum non revocat, sed sic semper vindemiatur quod post vindemiatores racemos aliquos colligere vix valeamus. Nam unusquisque fere in viam suam abiit et ad suam negotiationem revolat, a regis nuptiis damnabiliter se excusans. Jam *quidam ministri altaris, sicut jumenta, non solum in stercore computrescunt, sed peccatum sicut Sodoma predicant, nec abscondunt, facti ruina et laqueus populorum*. Quidam etiam *Ecclesiarum Prelati*, qui gladios ancipites in suis manibus acceperunt ad faciendum vindictam et increpationes in populis, *errantes non corrigunt*, membra putrida non excidunt, caulis oves contagiosas et morbidas non excludunt, vulnus livorem et plagam non ligant nec curant, neque fovant oleo vel emplastro. Propter quod, quia cicatrix populi non abducitur in Galaad non censetur esse medicus vel resina. Proinde in concilium subditorum venire anima Prelatorum convincitur. Tum iidem proximorum vitis non resistunt, sicque manus mulierum misericordium parvulos suos coquunt. Hi etiam bona sibi commissa dissipant et consumunt, dispergunt sanctuarii lapides in capite omnium platearum, indignos promovent, perniciosis ecclesiastica stipendia largiuntur, in suis ecclesiis conventicula de sanguinibus congregantes. Tales equidem non attendunt, quod Heli, filios suo palpanis, de sella retrocessum cecidit; et principes populorum, quia non cohibebant hebreos initiantes Behelfhegor, et cum madianitis in eorum oculis coeuntes, precepto Domini suspensi sunt in patibulo contra solem. Quia cum de manibus Prelatorum negligentium sanguis requiratur pereuntium subditorum, dum fortioribus instat fortior cruciatus sit durum iudicium iis qui presunt. Claustrales (1) autem plurimi, qui fregerunt jugum, ruperunt vincula, qui etiam sicut stercus terre jam contemptibiles sunt *effecti, se non corrigunt, subditos* non castigant, Capitula juxta Concilii Generalis statutum non celebrant, ne in lucem prodant opera tenebrarum et a lumine arguantur. Propter hoc siquidem hereses. (2) invalescunt; quia perpauci hodie murus eneus vel columna ferrea sunt Prelati. Vix est qui se opponat murum pro domo Domini ascendentibus ex adverso, eo quod conscientia remordente, dum canes muti projectum ramunculum in ore habent, et sunt quasi baculus arundineus jam contractus, nec latratu nec baculo arcent lupos dilacerantes Ecclesiam et in ipsam ululatus validos emittentes. Cum igitur non possimus dissimulare de cetero, vel conniventibus oculis pertransire tantum cleri contagium et populi christiani discrimen, quod procedit et proficit ex negligentia Prelatorum, evacuantium per incuriam et torporem sanctiones canonicas statuta salubria Concilii Generalis, increpationis securim comminantem excidium nunc radicibus infructuose arboris applicamus, confosse ficulnee cophinum stercoris apponentes, antequam maledictionis gradio feriat et areat, si fructum non fecerit in futurum jam diutius expectatum. Quocirca universitati vestre, per apostolica scripta mandamus et districte precipimus, quatinus *preteritam negligentiam* novo studio redimentes, per sollicitudinem geminam sic prefati statuta Concilii, et illa presertim, que salutem respiciunt animarum, deinceps observetis et faciatis a vestris subditis inviolabiliter observari. Nec quemquam vestrum penam oporteat formidare, ad quam ex nunc potenter accingimur contra desides et remissos. Invigiletis autem propensius *ad hereticam* pravitatem de vestris finibus, si *forsam* irreperit, penitus extirpandam: quia serpit ut cancer, capita ut idra multiplicat, ut draco de celo stellas detrahi et mulieri fendit insidias, cupiens filium, quem accipit, devorare. Ponat etiam unusquisque gladium super femur per medium castrorum transiens de porta in portam: nec parcat fratri, proximo vel amico, qui statutis Concilii vilipensis, morum vel vite abjiciat honestatem; vel non observat in tonsura, vestibus et aliis modestiam clericalem; precaventes sollicite ne plura beneficia conferatis indignis, nec quemquam permittatis habere plures personatus vel parochiales ecclesias habitas post Concilium Generale, quibus sit cura animarum annexa, nisi forsam super hoc habeat indulgentiam Sedis Apostolica specialem. Abbates vero nigri Ordinis celebrare hoc anno provincialia concilia non omittant, prout extitit in prescripto concilio stabilitum. Ut et canonum studium commendare possimus et punire negligentiam perversorum, super hoc ab illis certiorari volumus et mandamus. Attendat igitur

(1) ¿Religiosas? Mejor los Cabildos. (2) Albigenses, &.

unusquisque, ut sic mandatum nostrum juxta susceptum officium exequatur, quod nemo coronam ejus accipiat, vel de loco suo ejus candelabrum amoveri contingat, sed potius mereatur coronari gloria et honore. Datum Viterbii, septimo Kalendas novembris, Pontificatus nostri anno quarto. (26. Octubre 1219.)

P. Burriel. Ms. stgn. 138 fol. 10. B. N.

73.—*Honorio comisiona el asunto de Silos a Rodrigo.* Archipo. Toletano, Apostolice Legato et toletano et segobiensi Decanis. Sua nobis Abbas et Conventus monasterii Sancti Dominici de Silos insinuatione monstrarunt quod Venerab. Frater noster Mauricius, Burgensis Episcopus, ad inquisitionem contra ipsum Abbatem et bellarium loci ejusdem auctoritate propria descendere niteretur, cum injuriosus eis existeret, super Sancti Miliani de Lara et Sancti Miliani de Perros monasteriis, et ecclesia Sancti Petri de Mercatello, quibus etiam predecessores ipsius predictum monasterium de Silos contra justitiam spoliaverunt et occupatam detinet, ecclesiam Sancti Pelagii ejusdem loci spectantem ad eos, quam parochialem in eorum constituit detrimentum, impetrasset ad Venerabilem Fratrem nostrum Episcopum Palentinum et suos conjudices, super ecclesia Sancti Petri et Sancti Dominici de Silos, decimis et rebus aliis, a Sede Apostolica litteras contra ipsos, ac eis litterarum predictarum auctoritate citatis, Archipresbyter de Bahabon et Magister Aparitius, canonicus Burgensis, cum litteris accedentes ipsius, indebite a parochianis eorum decimas recepissent, iidem Abbas et Conventus, antequam idem Episcopus Burgensis ad eorum accederet monasterium, protestantes se in illius non esse diocesi, ac pati nolentes, quod, is, qui nec delegatus nec ordinarius erat Iudex ipsorum, et quem habebat in his et aliis adversarium, famam predictorum Abbatis et Cellarii et eorum monasterii laceraret, ad nos interposuere appellationis objectum, quam postmodum in Capitulo, eadem protestantes, parati ubi debant ostendere sue libertatis privilegia, innovarunt; sed idem Burgensis ad prefatum Conventum fulminans excommunicationis sententiam, excommunicatum ipsum per regnum Castelle publice nuntiavit. Postmodum vero, cum quidem de ipso Conventu ad ejusdem Episcopum accedentes, eum ne Concilium dicti Burgi de Silos... triginta septem ex eis nominibus expressis exceptis, pro ipsorum monasterio, auctoritate apostolica vinculo excommunicationis adstrictum..... suam communionem permansissent, quod etiam injunctum ei fuerat ab Archidiacono et conjudicibus Oxomensibus. a Sede Apostolica delegatis, ipse furens in eos Pontificis..... et manus violentas in ipsos (injicientes) et quibusdam clericis suis fecit, ita quod unus ipsorum, constitutus in ordine diaconi, lectum doloris ingressus..... de... plurim.. non surrexit. (ilegible) Adeo etiam contra ipsos incitavit homines de Burgo Sancti Dominici, vasallos eorum, quod iidem armata manu in suum monasterium irruentes, confractis cum hominum ejusdem Burgensis auxilio ipsius monasterii et cellarii ejus portis, res ibidem inventas hostiliter asportarunt. Preterea, idem Episcopus multiplices alias injurias et damna innumera, que foret explicare difficile, sibi et eorum monasterio contra justitiam irrogavit. Unde nobis humiliter supplicarunt, ut providere super his eisdem et monasterio suo paterna sollicitudine dignaremur. Quocirca discretioni vestre per apostolica scripta mandamus, quatenus, si dictam excommunicationis sententiam inveneritis post appellationem ad nos legitime interpositam, vel alias a non suo iudice fuisse latam eam nullam esse penitus nuntiatis; et si vobis constiterit de predicta injectione manuum violenta, tam dictum Episcopum, quam predictos clericos et laicos tamdiu, appellatione remota excommunicatos publice nuntiatis, et faciatis ab omnibus arctius evitari, donec passis injuriis satisfecerint competenter et cum vestrarum testimonio litterarum ad Sedem venerint Apostolicam absolvendi. Super his vero, partibus convocatis, sublato appellationis obstaculo, audiatis causam, et si de partium voluntate processerit, fine debito terminetis. Alioquin eam sufficienter instructam ad nostrum remittatis examen, prefigentes partibus terminum competentem, quo se nostro conspectui representent, justam, dante Domino, sententiam recepture, non obstante constitutione Concilii Generalis. Quod si tu, Frater Archiepiscopo, cum altero eorum ea exequaris.... Datum Viterbii, nonis decembris, Pontificatus nostri anno quarto. (5. Dic. 1219.)

Ferotin. P. 148. 150.

74.—*Que se apoye la Cruzada de D. Rodrigo.* Honorius Episcopus, servus servorum Dei, Venerabilibus Fratribus, Archiepiscopo Tarraconensi, Esparrago de

Barca, et Episcopis et dilectis Filiis et aliis Ecclesiarum Prelatis in Legatione Venerabilis Fratris nostri Toletani Archiepiscopi constitutis, salutem et apostolicam benedictionem. Accensus zelo fidei christiane, Venerabilis Frater noster Archiepiscopus Toletanus, Apostolice Sedis Legatus, maurorum terram, sicut letanter accepimus, *intravit viriliter et potenter*, et Domino faciente cum eo signum, quedam feliciter occupavit. Sperantes igitur quod ejus labor esse debeat, divino cooperante auxilio, fructuosus in mauris conferendis, per sollicitudinis ejus prudentiam et ab orientalium sarracenorum retrahendis, discretionem vestram rogandam duximus et hortandam, per apostolica scripta vobis mandantes, quatenus auxilium personarum et rerum eidem Archiepiscopo taliter impendatis, quod commendabile ipsius principium ad felicem mediante vestro auxilio perducatur effectum, et vos per hoc tamdem assequamini apud homines et meritum apud Deum. Datum Viterbii, secundo nonas februarii, Pontificatus nostri anno quarto. (4 feb. 1220.)

Original en el Archivo de Toledo. La publicó en 1887 D. Román Riu y Cadenas, Doctoral de Toledo en el Apéndice de un sermón.

75.—*Cesión de la colecta por la cruzada.* Honorius Episcopus, servus servorum Dei, dilecto Filio Hugoni, subdiacono et capellano nostro, salutem et apostolicam benedictionem. Attendentes expensas et discrimina et labores, quas Venerabilis Frater noster Toletanus Archiepiscopus, Apostolice Sedis Legatus, aggressus est mauros viriliter impugnando, vicesimam legationis sue (excepta ea quam tu et dilectus Filius C. Basilice Principis Apostolorum Canonicus collegistis), sibi concessimus in expugnationem eorum fideliter convertendam, quod tue discretionis duximus intimandum, ut id per te, si opus fuerit, aliis innatescat, et tu circa eam colligendam de cetero non labores. Et quoniam varia sunt viarum discrimina, ne possit evacuari seu etiam extenuari nostre concessionis effectus volumus, ut tempus concessionis ejusdem a tempore date litterarum presentium computetur. Dat. Viterbii, nonas feb... pontif. anno IV. (5 feb. 1220.)

Original en Toledo. A. C. 17 = B. N. tom. 41.

76.—*Honorio III amonesta a Rodrigo sobre Segovia.* Archiepiscopo Toletano. Venerabili Fratri nostro Episcopo Segobiensi, olim, ea qua nunc quoque tenetur infirmitate correpto, nos Segobiensi Ecclesie, sub viro viduitatis incommoda sustinendi debita volentes sollicitudine providere, eam cure ac sollicitudini tue duximus committendam, injuncto tibi, ut exequeris in spiritualibus et temporalibus universa, que ad episcopale noscuntur officium pertinere: ac ipsi Episcopo et necessarie sibi familie de ipsius Ecclesie proventus ministras. Tu vero, sive propter creditorum, sive quorundam Secobiensium Canonicorum molestias, onus tibi a nobis impositum, sine nostra licentia et conscientia, sicut mox didicimus, sine administratione rei... isti (rejecisti aut remisisti) Quod si tibi molestum et impossibile videbatur, non quidem rejicere, sed nobis, a quibus illud acceperas, debueras resignare. Nunc autem ipsi Ecclesie pastoralis officii cura periculose subtrahitur, episcopalia cura dispendiose obfuscantur et pereunt, nec prefato Episcopo necessaria ministrantur: Ideoque presentium auctoritate tibi districte mandamus, quatenus curam Ecclesie memorate resumas, eamque studeas sic sollicite ac prudenter, jam dicto Episcopo congrue providendo, quod Deo et nobis dignam possis reddere rationem. Dat. apud Urbem Veterem, decimo septimo Kal. octobris, pontif. nostri anno quinto. (15, seti. 1220.)

Original en Toledo con sus plomos R. N. sig. 13.074. fol. 61.

77.—*Revocación de facultades acerca de los judíos.* Roderico, Archiepiscopo Toletano, Apostolice Sedis Legato. Cum Generali Concilio, cujus statuta volumus illibata servari, fuerit constitutum, ut ubique terrarum judei a christianis diversitate habitus distinguantur, ne illorum isti et istorum illi *mulieribus* possint damnabiliter commisceri, et judei hoc in Diocesi Toletana, sicut a dilecto Filio Gundisalvo, Fratre Hospitalis Jerosolimitani, accepimus, non observent, propter quod damnat commixtionis excessus.... erroris potest velamento presumi, Fraternitati tue, per apostolica scripta mandamus, quatenus judeos eosdem ad ferendum, que a christianis distinguantur, habitum, per penam a Concilio Generali contra judeos editam, appellatione remota, compellas. Dat. Later. octavo Kal. decembris, pontif. nostri anno sexto. (24, nov. 1221.)

Original en Toledo. Legajo. La publicó P. Fita en *Actas Inéditas*. A p.

78.—*Concesión de tributos para la edificación de la Catedral.* Archiepiscopo Toletano. In nostra fecisti presentia recitari, quod ecclesia tua, que deputata quondam fuerat cultui paganorum, toletana tandem civitate, misericordia operante divina, de illorum manibus eruta, christiano cultui dedicata, cum ejus fabrica, processu temporis, propter sui vetustatem, minaretur, manifeste ruinam, bone memorie predecessor tuus, casum preveniens forsitan improvisum, dirui fecit eandem. Ad cuius perfectionem, tum pro sui magnitudine, tum pro tenuitate reddituum ipsius fabricæ, tum pro lignorum et lapidum raritate, usque adeo insufficientem proponis ecclesiam memoratam, ut de ejusdem consummatione fabricæ penitus desperetur, nisi aliud remedium apponatur. Estimās ergo quod ecclesie tue diocesi subiecte, tante matris necessitati tamquam devote communicare filie teneantur, et congruum ei super hoc auxilium impertiri; quando etiam lex est Christi, ut alter alterius onus portet. Quare Fraternitati tue, presentium auctoritate concedimus, ut tertiam fabricarum partem ecclesiarum ipsarum convertere in fabricæ opus ecclesie tue possis, ita quod, si opus fabricarum ecclesiarum earumdem graviter ex hoc incommodari contingat, sis quam minori expedire videris portione contentus: Presentibus litteris post quinquennium minime valituris. Datum Laterani, nonis januarii, pontificatus nostri anno sexto. (5 enero, 1222.)

Arch. Segr. Vat. Reg. Vatic. 11. fol. 181 n. 154.

79.—*Confirma Honorio III la posesión de Molina de Aragón.* Archiepiscopo Toletano. Cum a nobis petitur quod justum est et honestum, tam vigor equitatis quam ordo exigit rationis, ut id, per sollicitudinem officii nostri ad debitum perducat effectum. Quapropter, Venerabilis in Christo Frater, tuis justis postulacionibus grato concurrentes assensu, villam de Molina cum pertinentiis suis, quam nobilis vir E., predictæ Ecclesie Toletane, pia liberalitate donavit, sicut eam juste et canonice possides et quiete, sicut in instrumento ipsius plenius continetur, tibi et predictæ Ecclesie auctoritate nostra confirmamus, et presentis scripti patrocinio communimus. Nulli ergo..... Si quis autem... Dat... decimo quinto Kal. junii, pontificatus nostri anno sexto. (17 mayo. 1222.)

ib. priv. II fol. 117. v.

80.—*Restitución a los Santiaguistas.* Sancti Vincentii de Monte et de Fundo Abbatibus Toletane Diocesis et Cantori Abulensi. Dilecti Magister et fratres Militie S. Jacobi nobis conquerendo monstrarunt, quod Venerab. Frater noster Rodericus Tol. Archpus. quandam eorum possessionem de Villa de Lapa contra justitiam detinet et reddere contradicit. Ideoque discretioni vestre... Dat. Signie, XII Kal. aug. pontif. anno VII. (21 julio 1222.)

Bull. S. Jacobi. 90.

81.—*Pleito del Abulense.* Abbati et Priori S. Dominici de Silos, Burgensis Diocesis. Significavit nobis Venerab. Frater noster Arch. Tolet. quod cum olim inter ipsum et Venerab. Fratrem nostrum Abulensem Episcopum, super de Ponte de Alberich et S. Marie de Tumulo, ac S. Marie de Tortolis, et quibusdam aliis ecclesiis coram Abbate S. Facundi et judicibus ejus a Sede Apostolica delegatis questio verteretur, definitiva sententia pro eodem Archiepiscopo promulgata, prefatus Episcopus eidem sententie, parere non curans, postmodum super hoc ad Venerabilem Fratrem nostrum, Episcopum Legionensem et comjudices ejus apostolicas litteras impetravit. Cumque idem Archiepiscopus fuisset ipsarum litterarum auctoritate citatus, et demum a dictis judicibus fuerit expresse recessum, et a partibus in duos fuisset a se arbitros compromissum, altero eorum recusante procedere ini ipso negotio, et reliqu. interim rebus humanis exemplo non fuit processum in aliquo per eosdem. Quare idem Archiepiscopus humilis supplicavit, ut cum a predictis judicibus fuerit, ut dictum est, in arbitros compromittendo recessum, et executio prefate sententie sit jam per sex annos et amplius retardata, executioni mandare faceremus. Quocirca discretioni vestre per apostolica scripta mandamus, quatenus, si ita est, sententiam ipsam, sicut est justa, faciatis, non obstante hujusmodi compromisso, per censuram eccles. appellatione remota, firmiter observari. Testes autem..... Quod si nom. Dat. Lat. nonis julii, pontif. nostri anno VIII.

Bib. Nacional. P. Burriel. Dd. 47 - fol. 141.

82.—*Nueva facultad para coleccionar la tercia de las iglesias para la Catedral de Toledo, concedida por Honorio III, el año 1224.*

Regestum Lib. VIII. 511 - L. Serrano Don Mauricio. 64.

83.—*Honorio III reprendre a S. Fernando por su conducta en el asunto de. Obispo Bernardo, de Segovia.* Dat. Rome, III nonas, pontif. anno IX.

Guerra - Epitome Pontificalium Constitutionum. II. año 1225.

84.—*Honorio III concede a Rodrigo la prefectura universal de las misiones de Marruecos.* Venerabili Fratri Archiepiscopo Toletano. Urgente officii nostri debito, quo sapientibus et insipientibus, fidelibus et infidelibus efficimur debitores sumus, dudum Fraternitati tue dedimus in mandatis, ut cum in regno Miramalini plures christiani captivi terrore penarum et mortis apostatasse dicantur, quidam etiam pusillanimes in fide nutantes ad precipitium essent proni; aliquos viros prudentes ex Fratribus Predicatoribus et Fratribus Minoribus, illuc auctoritate nostra transmitteres, ad convertendum infideles, divina gratia preunte, predicationibus et exemplis; erigendum collapsos; confortandum dubios, et confirmandum robustos. Adjecimus insuper ut aliquem ex ipsis Fratribus, auctoritate apostolica in Episcopum consecrasses, qui pontificale ibidem officium exerceret, quo fideles illarum partium, a tempore, quo non extat memoria, caruerunt. Unde tu, ut devotus Ecclesie filius, diligenter mandatum apostolicum per omnia exequi curavisti; super quo caritatem tuam debita prosequimur gratiarum actione. Verum fideles regionis illius, ut veridica relatione accepimus, tanto propter hoc (?) trysudio (?) exultarunt, ac si novus eis lucifer illuxisset, multaque spiritualia beneficia per Episcopum, et Fratres predictos, divina favente gratia, tam ipsis quam aliis provenerunt; de quo gaudemus plurimum in Domino et letamur. Sane, cum christiani per diversa et remota loca illius regni, quod vaste amplitudinis esse describitur, ubique dispersi, non possint ab uno Episcopo et paucis Fratribus visitari, presertim propter feritatem gentis illius, que crudelitate nimia persequitur christiani nominis professores, et Fratres etiam, inter hostes et rabies sevientium discurrentes, sacerdotalia indumenta et vasa ministerio divino dicata secum deferre non valeant absque mortis discrimine manifestus; inevitabilis necessitatis articulus instanter exposcit in hoc negotio abundantius provideri. Quocirca Fraternitati tue per apostolica scripta precipiendo mandamus, quatenus ut Fratres utriusque Ordinis providos et discretos celatores, et in Christi nominis confessione constantes, quoties opus fuerit et expedierit, ad illam Provintiam pro tam necessario et excelenti opere destinare procures: et si, ut nobis sugeritur, pernecessarium esse cognoveris et expediens, unum vel duos ex ipsis magis eruditos in lege Domini et in Christi dilectione ferventes, in Episcopos consecrare, et ad diversa loca illarum partium ad evangelizandum et pontificale officium exercendum in suscepte paupertatis humilitate dirigere, poteris, prout fuerit opportunum, dans ipsis consilia salubria et salutis monita, quomodo caute apud illos ambulare studeant, qui sunt foris non quasi insipientes, indiscreti et precipites, sed ut sapientes, providi et maturi tempus, ut expedierit, redimentes; omnibus omnia facti, secundum Apostoli magisterium ut Christo multos lucrificent, et copiose mesis abundantiam inferant horreis dominicis, mercedis immensitatem pro laboris magnitudine postmodum recepturi - Datum Laterani, X Kal. martii anno decimo. (20 febr. 1226.)

Sbaralea - Bullarium Franciscanum - p. 24-25. Véanse allí notas eruditas.

85.—*Honorio III absuelve a D. Rodrigo ad cautelam.* Toletano et Almazarensi, Seguntine Diocesis Archidiaconis. Venerabilis Frater noster, Toletanus Archiepiscopus, transmissa, nobis petitione monstravit, quod, eo quondam habente administrationem Segobiensis Episcopatus, propter infirmitatem Episcopi, de nostro speciali mandato; Venerabilis Frater noster, Petrus, Oxomensis Episcopus, ipsum coram Archidiacono de Campis et conjudicibus suis, super ecclesia Navalperal, ratione administrationis predictae, auctoritate predicta convenit; a quo idem Archiepiscopus ad Apostolicam Sedem appellans, ad consequendum appellationem suam, nuntium destinavit; licet eam, prout debuit non constititit prosecutus: prefati rei Iudices ejus optioni minime deferentes, partem adversam in possessione ejusdem ecclesie, causa custodie, induxerunt, contradictores et rebelles excommunicationis sententie supponendo. Cum autem dictus Segobiensis Episcopus debitum nature persolverit, Archiepiscopus ipse asserens se administrationem eandem et ad illius prosecutionem cause non teneri, humiliter supplicavit, ut cum advocatus non fuerit nominatum, quamvis de appellatione confisus procesui predictorum Iudicum seduxerit apponendum, eum ab eadem excommunicationis sententia dignaremur absolvere ad cautelam, D. et B. Canonicis Toletanis Procuratoribus consti-

tutis ab ipso, quibus per litteras suas potestatem dedit in animam suam jurandi, quod super hoc Ecclesie mandati, parebit, paratis juramentum hujusmodi exhibere, quamquam, sicut in litteris continebatur, eisdem predicta sententia se teneri non credat idem Archiepiscopus, neque conscientia super hoc ipsum accuset. Quocirca discretioni vestre per apostolica scripta mandamus, quatenus.... cum nemini officium suum debeat esse damnosum, quod quidem existeret si premonitus Archiepiscopus administratione Segobiensis Episcopatus deposita, ejus occasione gravamen aliquod pateretur, auctoritate nostra ad cautelam absolvatis eundem a sententia memorata. Datum Reate: II idus octobris, Pontificatus nostri anno decimo. Honorius Papa III. (14 octob. 1226.)

Mss. de P. Burriel. Bib. Nac. D - D. 41.

BULAS DE GREGORIO IX

86.—*Urge Gregorio IX que se paguen las rentas a D. Rodrigo.* Episcopo Segontino et... Malinensi, et Almazarensi Archidiaconis, Segontinensis diocesis. Ex parte Venerabilis Fratris, Toletanis Archiepiscopi, nobis oblata est querela, quod Sancte Marie de Parraces, Sancti Leocadie et Sancti Vincentii Abbates, Segobienensis diocesis, quas de possessionibus habuit diocesis Toletana, de jure spectantes ad ipsum, sibi contra justitiam subtrahente, eos sibi solvere contradicunt. Quocirca discretioni vestre, per apostolica scripta mandamus, ipsos eidem exhibeant, ut tenentur, et de subtractis debitam satisfactionem impendant, monitione premissa, per censuram ecclesiasticam, sicut justum fuerit, appellatione remota, cogatis. Testes autem... Dat. Lat. V idus feb. pontif. anno primo.

Lit. priv. II. f. 101, r y v. Falta en Auvray.

87.—*Sobre el monasterio de Covarrubias.* Berengarie illustri regine quondam Legionensi. Quum pia facta clare memorie Ildefonsi, regis Castelle, patris tui, benigno prosequi favore te deceat, et in suo statu, ob gratiam ejusdem patris memoriam conservare, serenitatem tuam rogandam duximus et hortandam, quatenus monasterium CaveisRubeis, quod ejus studio fuit Ecclesie Toletane, salvo jure Diocesaní, collatum eidem Ecclesie, que illo dicitur spoliata, restituas, et ab ea sinas, salvo ipsius Diocesaní jure, pacifice possideri, non molestando super hoc ipsam Ecclesiam, nec molestare ab aliis, quantum in te fuerit, permittendo. Datum Laterani, decimo quarto Kal. martii, pontifi. nostri anno primo. (16, feb. 1228.)

Memorias... p. 350. Falta en Auvray.

88.—*Otra de Honorio III, de 28 de julio 1228 a S. Fernando sobre lo mismo.* Memorias... 364.

89.—*Idem de Gregorio IX de lo mismo al Oxomense y otras. 14 feb. 1228.* Cartulario de Covarrubias p. 86. Falta en Auvray.

90.—*Que se reprima a S. Fernando en el cobro de las décimas.* Archiepiscopo Toletano et suffraganeis ejus et aliis Episcopis in regno Castelle constitutis. Quanto charissimum in Christo Filium Ferdinandum... regem Castelle pleniori charitate diligimus, tanto studiosius his, que contra suam salutem faciunt et honorem obviare debemus, ne per dissimulationem nostram talibus assuecat, ejusque peccatum Dominus de manu nostra requirat. Cum ergo idem rex occupare dicatur decimarum tertias, ecclesiarum fabricis deputatas, et eas, non sine offensione divina, suis usibus applicare, universitati vestre, per apostolica scripta firmiter mandamus, quatenus, ipsum regem ab hujusmodi usurpatione desistat, moneatis... indicatis ipsarum ecclesiarum retoribus, ne Baldís regis ipsi presumant tertias exhibere Dat. Later. decimo sexto kal. martii, pontific. nostri anno primo. (14 febr. 1228.)

Original en Toledo. Bib. Nac. signatura. 13.094. fol. 67. Falta en Auvray.

91.—*Gregorio IX, a ruegos de D. Rodrigo, reprime al Concejo de Madrid en sus excesos.* P. Sancti, Canonico Segontino, et Molinensi Archidiacono, Segontine Diocesis. Querelam Venerabilis Fratris nostri, Toletani Archiepiscopi recepimus

continentem, quod homines de Majerico et quidam alii laici sue Diocesis tertias decimarum, ecclesiarum fabricis deputatas, pro sue voluntatis arbitrio subtrahentes, in munitiones villarum et alios usos illicitos expendere non verentur. Ideoque discretioni vestre per apostolica scripta mandamus, quatenus laicos ipsos ab huiusmodi presumptione desistant, monitione premissa, per censuram eccles., appellatione remota, iustitia mediante, cogatis. Proviso tamen ne in Commune (Concejo) de Majerico excommunicationis vel interdicti sententias perferatis, nisi super hoc mandatum a nobis receperitis speciale. Testes autem... Quod si non omnes.... Dat. Later. sexto decimo kal. martii, pontif. nostri anno primo. (14, feb. 1228.)

Bib. N. Sig. 13.094. f. 71. — Falta en Auvray.

92.—*Gregorio IX da a Rodrigo una delicada delegación sobre el Obispo de Baeza.* Toletano Archiepiscopo. Cum olim bone memorie Honorii Pape, predecessoris nostri mandatum reciperes, ut in Episcopum consecrasses aliquem de ordine Fratrum Predicatorum, Marroquiis mittendum, qui Christianis ibi morantibus spiritualia ministraret, et eos in fide instrueret orthodoxa; tu, sicut intelleximus, Fratrem D(ominicum) de Ordine supradicto, ad titulum Beacensis Ecclesie, que tunc definebatur ab inimicis fidei christiane in Episcopum consecrasti. Nunc vero, cum, per, Dei misericordiam et tuam sollicitudinem, restituta sit ipsa Ecclesia cultui christiano, nos consulere voluisti, an ad eam revocare dictum Episcopum debeas, vel alium instituere in eadem. Nos igitur, de discretione tua plenam in Domino fiduciam obtinentes, tibi, qui melius scire poteris negotii circumstantias, et per consequens, quid expediat in hoc casu, negotium ipsum duximus committendum, Fraternitati tue per apostolica scripta mandantes, quatenus in eodem, auctoritate nostra procedas, prout secundum Deum videris expedire. Dat. Perusii tertio idus iulii, pontif. nostri anno secundo. (13, julio, 1228.)

Bib. N. sig. 13.022. fol. 84 - Falta en Auvray.

93.—*Sobre el sufragáneo de Zamora.* Episco, Decano et Sacriste (Tyraonantis Diocesis) Archiepiscopus Tolet. nobis significare curavit, quod cum Zamorensis Episcopus olim esset metropolitano iure. subiectum Ecclesie Toletane Venerabilis Frater noster Compostelanus Archiepus. contra ipsius loci Episcopum commissionem quamdam, per quam sibi subiecisse nitebatur, a Sede Apostolica impetravit, que licet, postmodum per felices memorie Innocentium Papam, predecessorem nostrum fuerit revocata, dictus tamen Compostelanus ejusdem comissionis obtentu, possessione dicti Episcopus Toletanus indebite spoliavit. Unde idem Toletanus nobis supplicavit instanter, ut cum spoliatis injuste sit restitutionis beneficio succurrendum, et vel inter alios acta aliis prejudicare non debeat, ipsum ad possessionem predictam restitui faceremus, si remaneat aliquid questionis inter partes. Cum igitur, iusta petentibus assensum prebere facilem debeamus, discretioni vestre, per apostolica scripta mandamus, quatenus, vocatis qui propter hoc fuerint evocandi, et auditis his et aliis, que hinc inde partes duxerint proponenda, quod canonicum fuerit, appellatione postposita, statuatis; facientes quod statueritis, auctoritate nostra firmiter observari. Testes autem, qui fuerint nominati. ..Dat. Perusii XIV Kal. augi, pont. anno I. (19 julio, 1228.)

B. N. sig. 13.044. fol. 159. - Falta en Auvray.

94.—*Recomendación del Papa al Toledano y sus sufragáneos para que exhorten a San Fernando a la guerra contra los infieles.*

Auvray. 255. Íntegra en el cuerpo de la obra.

95.—*Se autoriza al Legado Juan de Abdeville para conceder las gracias de la cruzada al ejército, que se formare. 6 de febrero de 1229.*

Auvray. 268.

96.—*Se notifican los desmanes de Federico de Alemania.* Toletano Archiepiscopo et Sufraganeis ejus. Cum Duce Austrie conqueritur, quod Fridericus dictus imperator, arma christianae milite, gladii potestatem de altari Beati Petri sumpti, Soldano Babylonie, periti Machomete, resignavit - per quod patenter arguitur quod dignitati et honori imperii renunciavit - nefandam legem Machometi in templo Dei predicari concessit, et contra totum populum christianum apparet et ipsius

et paganorum confederatio manifesta; quocirca ipsum Archiepiscopum et suffraganeos suos rogat et monet quatenus ad vindicandam injuriam Salvatoris ita surgant ut Ecclesia inveniat eos paratos ad exprobandum opprobrium hostium crucis Christi. Dat. Perusii decimo quinto anno. (8, julio, 1229.) *Empieza: Inter alia flagitia...*

Regestum Greg. 14. fol. 131.

Auvray, 324, en compendio lo del Duque de Austria, que es igual a todas las demás.

97.—*Se notifica la provisión de la Sede de Braga.* Archiepiscopo Toletano Vacanti nuper Ecclesie Bracharensi, de dilecto filio Magistro Siluro?, Decano ejusdem Ecclesie duximus providendum, nulli per hoc providentiam facientes. Dat. Perusii, sexto idus augusti, pontif. nostri anno tertio. (8 agosto, 1229.)

Lib. pri. I. fol. 113. v. - Falta en Auvray.

98.—*Que Rodrigo promueva la cruzada.* Archiepiscopo Toletano. Sicut, dum in filiis Abrahe, is, qui secundum carnem natus ex ancilla, persequabatur illum, qui secundum spiritum de libera natus est, ita et nunc infideles et miseri agarenti, qui adhuc in tenebris ambulant, necdum lucem videre magnam, que Christus est, meruerunt, sed infidelitatis tenebris obvoluti, iugo premuntur vehementissime servitutis, nos, qui non sumus filii ancilla, sed libere, qua libertate, Christus nos liberavit, persequi non desistunt. Qui si evanuerint in cogitationibus suis, ut illum, qui iugum captivitatis eorum dissolvere ac illuminare sedentes in tenebris et in umbra mortis, noluerunt agnoscere, quinimo etiam nomen ejus, quo flectitur omne genu, preter quod non est nomen sub celo, in quo salvari oporteat, extinguere machinantur, ipsa eos ineffabili providentia tolerantes, ut vel ad eum redeant, utendo libertate arbitrii, vel saltem excusationem non habeant contra ipsum tamdiu misericorditer expectatam. Sed tu, prudenter attendens, sicut accepimus, quod non debet ancille filius cum libere filio heres esse, ad expugnandum Christi blasphemum, ad exterminandum huiusmodi jebuseum et ad eruendam terram de manibus impiorum qui prophanare sanctuaria detinent, occupatam, *potenter et viriliter te accingis*, et ut eam, ejectis ancille filiis, qui heredes esse cum filiis libere non merentur, populum acceptabilem Domino, divino auxilio introducas. Nos itaque, quia cupimus sponse Christi tentoria dilatari, ut funiculos suos faciat longiores, prudentia tua et honestate pensatis, propositum tuum dignis in Domino laudibus favore benigno prosequentes, de omnipotentis Dei misericordia et Beatorum Petri et Pauli, Apostolorum ejus, auctoritate confisi, et ex illa, quam nobis, liceat indignis, Deus ligandi atque solvendi contulit potestate, auctoritate tibi presentium indulgemus, ut omnibus qui tecum vel cum carissimo in Christo filio, nostro illustri rege Castelle, in personis propriis vel expensis terram sarracenorum intraverint et injuriam Crucifixi studuerint vindicare, illam indulgentiam, quam secundum Lateranense Concilium recepturi essent in terre Sancte subsidium profecturi. Datum Laterani, septimo idus aprilis, Pontificatus nostri anno quarto. (4, Abril, 1230.)

Original en la Catedral de Toledo. La publicó en 1885. D. Ramón Riu. En Auvray dice: pontificatus anno quinto. n. 606.

99.—*Gregorio IX manda a los Reyes de España acatar la Primacia de Rodrigo sobre Sevilla, y otros derechos suyos.* Dat. Lat. II nonas aprilis, pontif. anno V. Está en términos comunes.

Lib. priv. II. Falta en Auvray.

100.—*Poderes para absolver a los Calatravos.* Toletano Archiepiscopo. Quanto amplius sacre religionis zelatores existimamus et in bone opinionis ipsius delectamur odore, tanto libentius petitionibus, que ad salutem pertinent animarum, congruum favorem impendimus, eosque benevolentia prosequimur speciali. Sane dilecti Filii Magister et Fratres Ordinis Calatravensis nobis humiliter supplicarunt, ut cum eos, qui in frontaria sarracenorum sunt positi, quasi necessario contra illos quotidie decertare, et aliqui ex eisdem, pro injectione manuum in seips. et in alias personas, ecclesiasticas excommunicationis sententias frequenter incurrant, providere misericorditer dignaremur, ne taliter excommunicati cogantur pro absolutione sua laborare ad Sedem Apostolicam, Dei servitio intermisso, vel si, absolutionis beneficio non obtento, in bello decesserint, animarum suarum dispendium sustinere. Cum igitur, guerram, quasi continue iidem infidelibus facien-

tes, parati semper sint ire post Christum in carcerem et in mortem pro exaltatione fidei christiane, propter quod dignum est, sic nos eorum precavere periculis, ut in suo proposito non tepescant, sed zelus potius, quem ad congregationem cultus christiani habere noscuntur, fortius accendatur: eorum devotis supplicationibus inclinati, Fraternitati tue presentium auctoritate concedimus, ut ejusdem Ordinis Fratres, cum ab ipsis fueris requiritus, injuncto eis, pro excessus qualitate ac laboris itineris penitentia competenti, auctoritate nostra, ab hujusmodi sententia possis absolvere, juxta formam Ecclesie in talibus consuetam; nisi forte tam gravis esset et enormis excessus, quod merito deberent ad Sedem Apostolicam destinari. Datum Laterani, III kalendas maji, Pontificatus nostri anno quinto. (30 Abril. 1231.)

Concordat cum originali. dice el Bulario de Calatrava. P. 63. Falta en Auvray.

101.—*Gregorio IX manda a los Obispos de Zamora, Salamanca y Segovia que instruyan y remitan el proceso de la Primacia a Roma, y allí se dice que antes eso estaba encomendado a los últimos y al electo de León. Dat. Viterbii, nonis maii, pontif. anno V.*

Notule. fol. 19. Falta en Auvray.

102.—*Confirmación de la Primacia sobre Sevilla. Venerabili Fratri Roderico, Archiepiscopo ejusque successoribus canonice substituendis in perpetuum. Apostolice Sedis benignitas provide pensans merita singulorum, his quos plus servare in sua devotione cognoscit majorem convenit gratiam exhibere; ut non solum illos e devotis devotiores efficiat, verum etiam exemplo indevotos ad suam devotionem inducat. Hinc est quod attendens nobilitatem Ecclesie Toletane eique (per) meritum speciale devotionis, quod ad Apostolicam Sedem habere dignoscitur, volentes gratiam specialem facere in Hispalensi Metropoli ac ejus Provincia, ad exemplar bone memorie Honorii Pape, predecessoris nostri, eidem Ecclesie, presentis scripti privilegio, jus concedimus Primatie; statuens ut cum prefata Metropolis ad christianorum manus, Deo favente, redierit, tu Frater Archiepiscope ac successores tui, ea que spectant ad Primatie officium, exerceatis libere in eadem: et addicimus etiam ut ex concessione hujusmodi, quam dictus predecessor noster proprio motu fecit tibi, ipsi Ecclesie tue Toletane, quoad jus Primatie.... nullum omnino prejudicium generetur. Decernimus ergo ut nulli omnino hominum liceat hanc paginam nostre concessionis et constitutionis infringere aut ausu temerario contraire. Si qua igitur in futurum ecclesiastica secularisve persona hanc nostre concessionis et constitutionis paginam sciens contra eam temere venire tentaverit, secundo texitiove admonita, nisi reatum suum congrua satisfactione correxerit potestatis honorisque sui careat dignitate, reamque divino iudicio existere de perpetrata iniquitate cognoscat et a sacratissimo Corpore ac Sanguine Dei et Domini Redemptoris nostri Jesu Christi anathemate fiat, atque in extremo examine districte subiaceat ultioni. Cunctis autem eidem Ecclesie sua jura servantibus sit pax Domini nostri Jesu Christi, quatenus et hic fructum bone actionis percipiat et apud districtum iudicem premia eterne pacis inveniat. Amen.*

Ego... Catholice Ecclesie Episcopus; Ego Joannes Sabiniensis Ep. E. Jacobus Tusculanus Ep. E. Thomas, titularis Sancte? Presby. Cardinalis; Ego Joannes, Titularis Sancte Praxedis Presbyter Cardinalis. Ego Sigebarchus Titularis Sancti Laurentii in Licina, Presbyter Cardinalis. Ego Stephamus Sancte Marie transtiberiane Titularis Calixti, Presbyter Cardinalis. Ego Octavianus Sanctorum Sergii et Bachi, Diaconus Cardinalis. Ego Rennerius, Sancte Marie in Casmodim, Diaconus Cardinalis. Ego Egidius Sanctorum Cosme et Damiane. Datum Laterani per manus Magistri Martini, Sancte Romane Ecclesie Vicecancellarii, undecimo kalendas junii... Pontificatus Damini Pape Gregorio IX anno quinto. (22, marzo. 1231.)

Liber privl. II. fol. 114. r. y v. Falta en Auvray.

103.—*Gregorio IX confirma los derechos primaciales de Rodrigo en toda España. Dat. Lat. VI kal. junii. pontif. anno V. Bula común.*

Notule. fol. 18. Falta en Auvray.

104.—*Sobre los Santiaguistas. Episcopo et Decano Tyrason. et Archiadie. de Calataut... Ex parte Venerab. Fratris nostri Arch. Tolet. fuit propositum coram nobis quod cum scilicet, felices recordationis Alexander Papa, predecessor noster, dilectis filiis Magistro et Fratribus Militie S. Jacobi duxerit indulgendum, ut*

si in locis desertis aut terris sarracenorum, si per ipsorum diligentiam ad cultum christianum redirent, construerent de novo ecclesias, ipse ecclesie plena libertate gauderent, ita quod nec decimorum, nec cuiuslibet rei alterius exactione per Episcoporum *aliquem gravarentur*, liceretque eis per clericos idoneos, eorundem dictas ecclesias cum suis plebibus gubernare, nullius Episcopi interdicto vel excommunicationi subeundas, essetque fas eis, tam in majori, que caput est ordinis, quam in jam dictis ecclesiis, interdictis et excommunicationibus exclusis, divina officia celebrare. Predicti Magister et Fratres, occasione privilegii memorati, quamquam laici sint, et quidam eorum etiam uxorati, loca, in quibus ecclesie consueverunt esse antiquitus, deserta vocantes, in ipsis et aliis locis, eodem Archiepiscopo irrequisito et penitus inconsulto, construunt de novo ecclesias, et altaria erigunt, non recipientes aquam lustrationis ab ipso, nec clericos ribi instituendos in eisdem ecclesiis presentantes, in non modicum ipsius et Toletane Ecclesie detrimentum, presertim cum occasione privilegii antedicti, et Fratrum insolentia predictorum, Ecclesia in non modica parte sue Diocesis jurisdictione privetur. Qui vero sic volumus et debemus predictis Magistro et Fratribus favorem apostolicum impertiri, quod Toletana Ecclesia, propter hoc enormiter non ledatur, discrecioni vestre per apostolica scripta mandamus, quatenus Magistrum et Fratres eosdem exhibere privilegia, que a Sede Apostolica asserunt impetrasse, monere attentius et inducere procuretis, ipsos, si opus fuerit, ecclesiastica districtione cogentes, quibus exhibitis, tractetis de compositione amicabiliter inter partes, ad quam, si per sollicitudinem vestram nequiverint pervenire, vocatis, propter hoc, qui fuerint evocandi, et auditis hic inde propositis, causam sufficienter instructam ad nostrum remittatis examen, prefigentes partibus terminum peremptorium competentem, quo per se vel procuratores, cum omnibus privilegiis, munimentis et rationibus suis compareant coram nobis, nostris beneplacitis parituri. Non obstante constitutione de duabus Dietis, edita in Concilio Generali. Quod si non omnes his exequendis poteritis interesse, tu, Frater Episcopo, cum eorum altero ea nihilominus exequaris. Datum Reate: XIII kalendas julii: Pontificatus anno quinto. (18 junio. 1231.)

Bullarium S. Jacobi. p. 94. Falta en Auvray. Constitense alii otros documentos útiles.

105.—*Episcopo Oxomensí, Decano Zamorensí et Sacriste Palentino* mandat quatenus beacensem Diocesim, secundum antiquos terminos limitent. Dat. Agnatie, VIII kal. feb. anno VI. «Venerabilis Frater noster.»

Auvray. n. 1066.

106.—*Sobre el contrato de Bosque Bertrando.* Archiepiscopo Toletano confirmat concessionem ei et ejus successoribus a Priore et conventu de Bosco Bertrandi, ordinis Sancti Augustini, Xantorensis diocesis, factam, de quadam ecclesia quam predicti Prior et Conventus habebant in Hispania, ita tamen, quod ipse Archiepiscopus et ipsius successores quatuor Canonici ejusdem Ordinis, ibidem perpetuo permansuris, sufficienter necessaria ministrent de proventibus ecclesie supradicte. Dat. Later. quindecim kal. junii, pot. anno septimo.

Empieza: «*Exposita nobis ex.*»

Auvray. n. 1319.

107.—*Se elige la comisión informadora sobre la Primacia.* Segobiensi et Salmanticensi Episcopis... et Magistro A. Electo Legionensi. Cum super causa Primatie, que inter Venerabiles Metropolitanos, Archiepiscopum et Capitulum Toletanum ex una parte et Archiepiscopum et Capitulum Compostelanum ex altera vertitur, lis fuit iniciata, et *Fratrum nostrorum presentia* legitime contestata, presentium vobis auctoritate, de utriusque procuratorum assensu, mandamus, quatenus et alia munimenta, que super articulis inferius adnotatis et aliis, dictum negotium contingentibus, utraque pars duxerit produciendo, a festo Omnium Sanctorum proxime venturo usque ad annum recipere procuretis, mittentes ad nos eam sufficienter instructam, et prefigentes ex tunc partibus quatuor mensium terminum peremptorium, quo nostro se conspectui representent, justam, dante Domino, sententiam recepture. Sane Articuli prefati sunt tales. Intendit probare pars predictorum Archiepiscopi et Capituli Toletani contra memoratos Archiepiscopum et Capitulum Compostelanum usum eorum, que Primatiam contingunt, coram auditoribus exprimenda. Item vult probare tempore vacationis Toletane, hostilitatis et alia, que probata de jure fuerint, subducenda. Item intendit exhibere privilegia Roma-

norum Pontificum et alia munimenta causam contingentia Primatie. Testes autem qui... Et si non omnes... Dat. Later. secundo nonas maji, pontif. nostri anno octavo. (6, mayo, 1234.)

Lib. priv. II. f. 115. Auvray la trae integra. n. 1907.

108.—*A petición de S. Fernando, Gregorio IX comisiona a D. Rodrigo y al Compostelano la cuestión de la inmunidad eclesiástica.* Dat. Rieti, VI kal. jul. pontif. anno VIII.

En Auvray. 1987 y en todos los Corpus Juris.

109.—*Toletano et Compostelano Archips...* Ad supplicationem regis Castelle et Legionis committit ut, si qui de exercitu ipsius regis, bellum cum sarracenis gerentis, pro violenta manuum injectione in canonem inciderint sententie promulgate, possint eis, dummodo passis injuriam satisfecerint competenter, justa formam Ecclesie, absolutionem impertiri, nisi eorum fuerit adeo gravis et enormis excessus, quod merito ipsos apostolico conspectui presentari oporteret; presentibus post triennium minime valeturis. Dat. VI. kal. jul. pontif. anno VIII.

Auvray. 1988.

110.—*Restauración de Sedes vacantes.* Roderico, Arch. Tol. Misericors et miserator Dominus, cujus miserationes super omnia opera sunt ipsius, misertus fidei christiane, quam a quibusdam partibus Hispanie sarracenorum infidelitas a longe retro temporibus exulare coegit, christianissimi in Christo filii nostri, illustris regis Castelle et Legionis, et clare memorie patris sui, partem magnam regionis illius de manibus eripiens eorumdam paganorum, inde abominatione depulsa, reduxit eamdem ad nominis sui cultum, innumera ibidem christianorum multitudine introducta. Ut igitur gregi dominico non desit cura pastoris, sed per pastoralementem sollicitudinem numero et merito populus credentium augeatur, et Christi fides suscipiat incrementum, mandamus quatenus in civitatibus tue Provintie, que Sedem episcopalem antiquitus habuerunt, et apte esse nunc noscuntur, ad pontificalem honorem studeas, auctoritate nostra, viros idoneos in episcopos promovere, sicut discretio tua viderit expedire. Dat. Reate, VI kal. jul. pontif. anno VIII.

Raynaldo, tom. XIII. Año 1234. N. 50. Auvray. 1989, resumen.

111.—*Gregorio ordena Episcopo et Decano Conchensis, que examinem lo que los Santiaguistas dicen contra Rodrigo, qui, quasdam villas et res alias de jure spectantes ad ipsos, contra justitiam detinet et restituere contradicit.* Dat. Reate, V kal. julii pontif. anno VIII.

Bull. S. Jacobi. 101. Falta en Auvray.

112.—*Gregorio IX ordena examinar las injusticias cometidas en la enfermedad del Obispo de Segovia en aquella diócesis.* Reate, kal. martii pontif. anno IX.

Colmenares. Cap. 21 n. II. Falta en Auvray.

113.—*Deliminación de los términos de Baeza.* Joanni Calagurritano et Joanni Oxomensis, Episcopis et Florentio, Decano Zamorensis. Cum Beacensis Ecclesia, propter sui captivitatem diuturnam, non habeat, ut dicitur, super limitibus sue Diocesis legitima documenta, et Venerabilis Frater noster, Beacensis Episcopus diligit magis cedere quam strepitu judicii seu cause disceptatione periculose forte prosequi jura Ecclesie antedictae; pio, sicut dignum est, compatiens affectu, et ex officio nostro paterna volentes consulere pietate, de ipsius Episcopi et procuratorum Venerab. Fratris nostri Archiepiscopi Toletani assensu, presentium vobis auctoritate mandamus districte, in virtute obedientie, quatenus, absque alicujus contradictionis et more dispendio, Beatiam personaliter accedentes, et habentes pre oculis solum Deum, vocatis qui fuerint vocandi, et maxime predicto Archiepiscopo, vel ejus Vicario, si memoratum Archiepiscopum abesse contigerit, de plano et absque strepitu judicii, limitetis Diocesim predictam, juxta discretionem vestram videbitur expedire, non obstantibus privilegiis vel indulgentiis in preiudicium ipsius Ecclesie ad impedimentum limitationis hujusmodi aut aliis litteris a Sede Apostolica impetratis. Dat. Reate, decimo tertio kal. augusti, pontif. nostri anno octavo. (20, ag. 1234.)

Bull. S. Jacobi. 103. Falta en Auvray.

114.—*Sobre los cristianos de Quesada*. Archiepiscopo Toletano... qui castrum, uestata vulgariter appellatum, situm inter sarracenos christianum populum impug- nantes, non sine magnis periculis et sumptibus copiosis acquisiverat, ad dilatan- dum cultum catholice fidei ac tutelam populi defendendam - cum ejusdem castri homines, vite necessaria non habentes, sine incommodo magno nequirent a cir- cumpositorum sarracenorum commerciis obstinere - mandat, quatenus exceptis armis et equis, ferro et ligaminibus, dictos homines permittat in necessariis sibi commerciis communicare cum circumpositis sarracenis. Dat. Reate, octavo kal. augusti, pont. nost. anno octavo. (24 julio, 1234.)

Empieza: «*Ex parte tua.*»

Auvray. n. 2.063.

115.—*Acerca del Obispado de Calahorra*. Archiepiscopo Toletano et ...Episco- po Burgensi et... Archidiacono Toletano... Illa carissima in.... Sane cum olim vene- rabilis frater noster ...Calagurritanus et Calciatensis episcopus, tam auctoritate fel- icis recordationis Honorii Pape, predecessoris nostri, quam venerabilis Fratris nostri... Sabiniensis episcopi, qui super hoc a nobis mandatum receperat speciale, (1) Sedem episcopalem de Calagurritana ad Ecclesiam Calciatensem duxerit transfe- rendam, et alteram alteri uniens, utramque pari statuerit dignitate potiri, nosque ad petitionem Procuratorum utriusque Ecclesie, predictas traslationem et unionem duxerimus confirmandas: dictus rex (Castelle), sicut idem episcopus in nostra pre- sentia constitutus exposuit, quominus id in sua firmitate consistat, impedit, et dic- tam Calciatensem Ecclesiam cum suis pertinentiis, quod dolentes inviti referimus, per Didacum, filium nobilis viri Lupi, dicitur occupasse: et quamvis super hoc alia sibi vice scripserimus, idem tamen, quod eum non deuit, apostolicis litteris non deferens, nec sic occupata restituit, nec dictos Didacum et Lop (2) a predicti epis- copi molestatione compescit; quin potius, sibi et suis injuriosus existit plurimum et molestus. Unde Serenitatem regiam rogamus attentius et obsecramus in Domi- no, ut ob reverentiam Jesu Christi et Apostolice Sedis et nostram Ecclesiam ipsam et bona ejus episcopo restituat, et sibi et suis de illatis injuriis satisfaciens, ac ab eorum molestatione de cetero conquiescens, tam dictum Nobilem, quam alios, ab ipsius episcopi super premissis molestatione desistere, tradita sibi celitus potestate compellat, ita quod, ex hoc propitiationem divinam mereatur uberius, et nos ex- cellentiam suam dignis in Domino laudibus commendemus. Quocirca discretionem vestre, per apostolica scripta, in virtute obedientie districte precipiendo manda- mus, quatenus, infra mensem ad regis ipsius presentiam personaliter accedentes, et litteras, quas ei super hoc dirigimus, presentantes eidem, ipsum ad hoc monea- tis attentius et inducere procuretis, quod super hoc inveneritis sine moris dispen- dio, per vestras nobis litteras intimantes. Quod si non omnes.... Datum Perusii, octavo kal. octobris, anno pontificatus nostri octavo. (23 setiemb. 1234)

Auvray. 2105.

116.—*Poder para absolver excomulgados*. Archiepiscopo Tolet. Ex parte tua nostris fuit auribus intimatum, quod interdum laici, familiares tui, in clericos tue familie et iidem clerici in seipsos manus injiciunt temere violentes, quorum cleri- corum quidam absolutionis beneficio non obtento, per simplicitatem et juris igno- ratiam, in susceptis ministrant ordinibus et ascendunt ad majores. Quare nobis humiliter supplicasti, ut eis super hoc providere misericorditer dignaremur. Sincera- ram de tua sinceritate gerentes fiduciam, Fraternitati tue, presentium auctorita- te concedimus, ut predictis manus injicientibus, parem injuriarum satisfactionem impendentibus congruentem, nisi adeo eadem fuerit gravis et enormis excessus, propter quem merito fuerint ad Sedem Apostol. destinandi, juxta formam Ecclesie absolutionis beneficium valeas impertiri, et cum eis, qui sic recepisce ordines, vel celebrare dicuntur, auctoritate tua, prout salutem animarum suarum expedire videris, dispensare. Si vero scienter talia presumpserint, eis per biennium ab ordinum execu- tionibus suspensis, et injuncta eis penitentia salutari, si fuerint bone conversationis et vite eadem auctoritate dispenses. Dat. Perusii, kal decemb. pontif. anno VIII. Gregorior. Papa IX.

B. N. Dd. 41. Avray, en resumen. 2297.

(1) N. 247 Auvray. (2) Creo que es «per dictum Didacum de Lupi.

117.—*Reclamación de informes matrimoniales.* Archiepiscopo Toletano et Episcopo Palentino mandat quatenus, cum nobilis vir L. Didaci de Faro, qui cum nobili muliere. N., jam dudum in Ecclesie facie legitimum matrimonium contraxerat, et ex ea sedecim filios procreaverat necnon et ipsa uxor in dubio super ipsorum matrimonii validitate ex eo esset, quod ipsi a quibusdam in quarti, ab aliis vero in quarti et quinti gradus (affinitatis) esse distantia referebantur - inquisita super premissis veritate, quod invenerint ipsi Pape suis litteris rescribant» Dat. Perusii, decimo kal. februarii, pontificatus anno octavo. (23 enero, 1235.)

Empieza: «*Pervenit ad audientiam*»

Auvray. 2403.

118.—*Resumen de la extensa bula acerca de un gran pleito.* Daré un extracto y copiaré los puntos substanciales.

Expone primero a los jueces de la causa, los Obispos de Segovia y Salamanca y a Martín de Talavera lo que está referido en la bula de 1231. Declara también que escribe por insinuación de D. Rodrigo. Luego pasa a dar razón de las gestiones realizadas por los jueces, y en la forma siguiente puntualiza el resultado de las mismas:

Predicti vero iudices, causa super premissis coram eis diutius agitata, et prefixo partibus termino, in nostra presentia constitutis, Venerabilem Fratrem nostrum, Sabinensem Episcopum dedimus auditorem, coram quo exhibitis et actis iudicum predictorum, prefati Archiepiscopi Procurator cum instantia postulabat ut interpretari, seu modificare dictorum Fratrum privilegia dignaremur, cum jam per quadriennium prorrogatum esset negotium in grave damnum ipsius Archiepiscopi et gravamen non modicum expensarum. Econtra Procurator Magistri et Fratrum S. Jacobi proponebat, quod ad interpretationem privilegiorum non erat aliquatenus procedendum, cum ad hoc non haberet mandatum, sed missus fuisset ad Sedem Apostolicam interjecte, adjiciens quod ipsi Iudices non instructum transmississent negotium, nec in actis integre, sed particulariter privilegiorum suorum tenor esset incertus, sicut ex eisdem actis manifestius apparet. Quia vero per relationem predictorum iudicum ad decisionem negotii procedi non poterat, nos, volentes ut finis litibus imponatur, discretioni vestre per Apostolica scripta mandamus, quatenus predictis Archiepiscopo ac Fratribus, initum Quadragesime proximo future terminum peremptorium, quo cum privilegiis, munimentis et rationibus suis per se vel Procuratores idoneos coram nobis, super premissis, iustitie plenitudinem recipere, compareant, prefigatis, rescripturi nobis quidquid exinde duxeritis faciendum. Quod si non ambo his exequendis poteritis interesse, alter vestrum ea nihilominus exequatur. Datum Perusii, kalendas martii, Pontificatus nostri anno octavo. (1 marzo, 1235.)

Bullarium S. Jacobi. P. 105. Falta en Auvray.

119.—*Gregorio cita a Roma a D. Rodrigo.* Episcopo Burgensi et Electo Legionensi. Dilecti Filii Magister et Fratres Militie S. Jacobi nobis graviter sunt conquesti, quod, cum in quibusdam locis per multos eorum labores, personarum et gravia onera expensarum, erutis de paganorum manibus, et christiano cultui restitutis, juxta indulta sibi a Sede Apostolica privilegia construxissent quasdam ecclesias, Venerab. Frater noster, Toletanus Archiepiscopus, ipsas ab omni episcopali jure per jam dicta privilegia liberas et exceptas, diocesano sibi jure usurpare contendens super eis ad Iudices per Dietas sex, et ultra distantes contra ipsos litteras impetravit, ut iisdem fatigati laboribus et expensis, vel cum eo componere vel jure suo cedere cogeremur; et, pendente iudicio, coram illis denunciari fecit dictorum locorum hominibus, quod nec eorum pueri baptizari ab ecclesiarum earum ministris, qui curam ab eo non susceperint animarum, nec in locis iisdem contrahi matrimonia poterant, nec contracta tenebant, nec licebat prefatis ministris in eis celebrare officia divina, vel sacramenta ecclesiastica ministrare. Inhibuit quoque diocesanis locorum ne crisma et oleum sanctum, quae possunt a quocumque volunt Episcopo, secundum privilegia ipsa recipere, ecclesiis exhibeant memoratis, sententia excommunicationis in omnes, qui ad nundinas accederent eorundem, universis vero quantumcumque modici valoris mercationes in suis nundinis exercentibus nonnulla indulta concedens. Eos propterea super quibusdam castris et villis, quarum quedam Bogas et alia Colmenares vulgariter appellantur, contra justitiam multipliciter inquietat, quos et ipsorum homines idem et Archidiaconus Toletanus

multis afferunt dispendiis et exactionibus aggravarunt, trahentes eosdem ad diversa iudicia et remota, propter quod graves expensas facere suat coacti. Pretextu quoque quorundam privilegiorum, que memoratus Archiepiscopus a Sede Apostolica se habere proponit, gravibus ipsis injuriis oppromit et jacturis; alias per se et homines suos et eorum hominibus injuriosi existentes plurimum et molesti. Quare nobis humiliter supplicarunt ut possint impugnationi paganorum insistere, cui totaliter intendere dignoscuntur, causam remitti decisioni vel provisioni Sedis Apostolice mandaremus. Quocirca de utriusque partis Procuratorum consensu, discretioni vestre per apostolica scripta mandamus, quatenus Archiepiscopus et Capitulum Toletanum citantes, injungantis eisdem usque ad initium primo venture Quadragesime, quod eis terminum peremptorium assignamus, cum privilegiis, munimentis et rationibus suis, per se vel per Procuratores idoneos compareant coram nobis, recepturi justitiam et facturi. Quod autem super his duxeritis faciendum per vestras nobis litteras fideliter intimetis. Datum Perussii, idibus martii: Pontificatus anno octavo. (15, marzo, 1235.)

Bullarium S. Jacobi. P. 105 y 106. Falta en Auvray.

120.—*Sobre el Obispado de Sigüenza.* Archiepiscopo Toletano. Ex parte venerabilis Fratris nostri. episcopi et capituli saguntinorum nostris fuit auribus intimatum, quod, cum olim bone memorie R(odericum) predecessorem ipsius episcopi, ex una parte et dict. Capitulum ex alia, super eo quod idem predecessor institutionem majoris domus, camerarii et infirmarii ad se spectare dicebat, objiciens quod iidem ordinem et institutiones in Ecclesia Seguntina ab antiquis observatas temporibus non servabant, beneficia ecclesiastica et quedam alia contra justitiam retinentis; eisdem e contrario respondentibus quod prefatus predecessor, in his aliis gravis et injuriosus existens, eos suis privare libertatibus, et ad quasdam inconsumtas observantias compellere nitebatur, exorta fuisset materia questionis; tandem super hoc bone memorie Martinum, Toletanum Archiepiscopum, et quosdam alios fuit a partibus compromissum: qui, questionibus quibusdam hinc inde objectis, sententialiter terminatis, quasdam super quibus inter eos contentiones et lites emergunt quotidie, indiscusas penitus dimiserunt; propter quod eadem Ecclesia leditur et status ejus non modicum perturbatur. Quare iidem episcopus et capitulum nobis humiliter supplicarunt, ut super his eorum quieti et concordie dignaremur misericorditer providere. Eorum igitur supplicationibus inclinati, *mandamus quatenus personaliter ad Ecclesiam Seguntinam accedens, inquisita et cognita super premissis diligentius veritate, ea que per dictos Martinum, predecessorem tuum et alios arbitros, provide inveneritis terminata, appellatione remota, firmiter facias observari, et alia statum eorum et Ecclesiam perturbantia provida consideratione determinans, si qua in predicta Ecclesia ordinanda et reformanda inveneris, secundum datam tibi a Domino gratiam ordines et reformes: Contradictores, si quos inveneris, vel rebelles....* Datum Perussii, secundo idus aprilis, pontificatus nostri anno nono. (12, Abril, 1235.)

Auvray. N. 2509.

121.—*Gregorio IX comisiona a D. Rodrigo y otros Prelados un asunto de los Calatravos.* Dilecto Filio Abbati Morimundi, Cisterciensis Ordinis, Limogensis Diocesis. Sua nobis carissimus in Christo Filius noster, illustris rex Castellæ, petitione monstravit, quod Militia Calatravensis Cisterciensis Ordinis, castra que de manibus sarracenorum idem rex eriperet, sue commissa fidei custodire et ei ad defensionem christiane fidei militare teneantur, et ad ipsius et preces ejusdem Militie, que tibi in spiritualibus subesse dignoscuntur, Abbas monasterii Sancti Petri de Gumiel, tibi subditus, ejusdem Ordinis, Oxomiensis Diocesis, sibi potestate concessa, ut ipse aliquos monachos ibidem institueret, qui eandem Militiam informarent regularibus disciplinis, a predecessoribus tuis perpetuus datus fuerit visitator: tu Calatravam accedens, dicto Abbati, qui terre conditionem et Ordinis constitutionem bene novit, ad ipsam Militiam visitaret, more solito, precepisti: et Fratres de illis partibus ibidem institutis per eum, amovens alios ibidem, qui de aliena patria traxisse originem dignoscuntur, ignaros conditionis terre ipsius et Ordinis, ab eorum moribus penitus discordantes, pro tue institutis arbitrio voluntatis. Quare inter eandem Militiam et alios de novo per te institutos ibidem, cum nec moribus nec vita conveniant, tanta scandalum materia est exorta, quod dicta Militia in temporalibus omnino dilabatur, et dictus rex debito sibi servitio defraudatur. Quocirca

mandamus, quatenus si est ita, sic super premissis statuere et ordinare procures, quod inter eos plena charitas et sinceritas vigeat, et idem rex debito sibi, imo christiane fidei servitio non fraudetur. Alioquin Venerabili Fratri nostro Archiepiscopo Toletano, Segobiensi et Conchensi Episcopis, nostris damus litteris in mandatis, ut accedentes ad locum, et habentes pre oculis solum Dominum, super hoc inquisita et cognitate veritate, super statuta ejusdem Ordinis statuant, quod quieti et saluti ejusdem Militie noverint expedire. Datum Viterbii, decimo nono kalendas januarii, Pontificatus anno nono. (14, diciemb. 1235.)

Manrique. Año 1235. Cap. 8. N. 11. Falta en Auvray.

122.—*Beacensi Episcopo significat se Beacensis Ecclesie limitationem confirmare*, que, non habente dicta Ecclesia propter sui captivitatem diutnam super limitibus sue diocesis legitima documenta, de mandato apostolico, per curam Calagurritani et Oxomensis Episcoporum et Decani Zamorensis, de ipsius Beacensis Episcopi et Archiepi. Tol. assensu facta fuerat. Dat. Viterbii, nonas kal. jan. pontif. anno IX. (*Cum a nobis.*)

Auvrey. 2923.

123.—*Se aprueba el aumento del Cabildo de Toledo por D. Rodrigo. Archiepiscopo Toletano et Capitulo.*

Por estar íntegra en el texto dejo de copiarla aquí.

Liber. priv. II. 103. R y V. Auvray. 2904.

124.—*Cita Gregorio IX a los Calatravos para que respondan a los cargos, que don Rodrigo les dirige.* Datum VIII idus januarii, pontificatus anno X.

Boletín de la R. A. de Hist. tom. 35.

125.—*Sobre la causa de la Primacia con Compostela.* Burgensi, Segobiensi et Salmanti. Episcopis. Venerabilis Frater noster Archiepiscopus et dilecti Fratres Capitulum Toletanum, sua nobis petitione monstrant, quod cum causa, que inter ipsos ex una parte et Venerab. Fratrem nostrum Archiepiscopum et Capitulum Compostelanum ex altera, super Primatiam dignoscitur agitari, vobis, Fratres, Segobiens. et Salmanticens. ac bone memorie Legionensi Electo cognoscenda infra certum tempus, sub certa forma duxerimus committenda. Quia vero Episcopus, quem ex officio nostro vobis adnumeravimus, de medio est sublatus, causa ipsa remansit hactenus indecisa. Te igitur, Frater Episcopo, eidem Legionensi in hujusmodi negotio subrogantes, Fraternitati vestre, per apostolica scripta, mandamus, quatenus intra duos menses post susceptionem presentium, in causa ipsa, ratione previa procedentes, juxta ipsarum convenientiam litterarum, eam, ea sufficienter instructa, infra quatuor mensium spatium ad examen apostolicum remittatis, prefixo partibus termino paremptorio competenti, quo nostro se consecui representent, juxtam, auctore Domino, sententiam recepture. quod si non omnes his exequendis potueritis interesse, duo alterutrum ea nihilominus exequantur. Datum Viterbii, decimo nono Kalendas Februarii, Pontificatus nostri anno nono. (14 Enero. 1236.)

126.—*Gregorio IX manda a Rodrigo que no consienta que sea molestado el monasterio de Sahagún contra los indultos papales.* Dat. Viterbii XVII kal. maji, pontife anno X.

Auvray. 3210.

127.—*Otra vez sobre la Primacia con Compostela.* Burgensi, Segobiensi et Salmanticensi Episcopis. Cum super causa Primatie, que inter Venerabiles Fratres nostros Archiepiscopum et Capitulum Toletanum ex parte una et Archiepiscopum et Capitulum Compostelorum ex altera vertatur, his fuit in nostro et Fratrum nostrorum presentia legitime contestata, Fraternitati vestre, per apostolica scripta mandamus, quatenus non obstantibus literis nuper ad nos super eodem negotio impetratis, eisdem, secundum ipsarum litterarum convenientiam directarum, vobis Fratribus, Segobiensis et Salmanticensis et bone memorie Legionensis Episcopus electus, producentes in negotio commemorato testes et munimenta, que pars utraque duxerit producenda, a primo venturo festo Nativitatis Dominice

usque ad annum, nisi assensu partium terminum contingant prorogari, recipere et instructum negotium ad nos remittere procuretis, partibus ex tunc, secundum vestre discretionis arbitrium terminum prefigentes, quo se apostolico conspectui, dante Domino, sententiam recepture: non obstante Constitutione de *Duabus Dieti...* Dat. Viterbii, pridie nonas maji, pontif. anno X.

Lib priv. II. 101.—Auvray 3.148, en resumen.

128.—*Subsidios de guerra a San Fernando.* Archiep. Tol. et Burgensi et Oxo-
mensi. Exposito nobis devotionis zelo, quo fervet charissimus in Christo filius nos-
ter, illustris rex Castellæ et Legionis, ad gloriam et exaltationem nominis christia-
ni, merito eum tamquam Christi atletam in gracia benedictionis prosequimur, et in
suis honestis petitionibus, quantum cum Deo possumus, favorem sibi benevolum
impertimur: Sane idem rex humiliter supplicavit ut cum super civitatem Cordubam
potentissimam inter alias, et quasdam civitates et terras a paganis diu detentas,
misericors Dominus. per sudores ipsius belicos et sumptus multiplices cultui res-
titueretur christiano, manusque ipsius ad recuperacionem videatur extensa; ad con-
servacionem adq̄site et auctore Domino, adquirende, aliquid subventionis auxi-
lium de bonis Ecclesiarum et Monasteriorum regni Castellæ ipsi fieri faceremus.
quia vero decet Ecclesiam Christi hoc negotium pietatis studio prosequi ac favore,
ipsius regis devotis supplicationibus inclinati, mandamus, quatenus de proventibus
Ecclesiarum et Monasteriorum ipsorum subsidium vigintimillium aureorum monete
regni predicti ad opus prefatum faciatis eidem annuatim per triennium exhiberi,
diviso per singula hujusmodi, juxta proprias facultates. Datum Reate: III nonas
sept. pontificatus anno X. (3 setiemb. 1.236,)

Raynaldo. An. 1.236. n. 60. En Auvray, 3.315.

129.—*Indulgencia para la cruzada.* Archiepiscopo Toletano et universis Epis-
copis per regnum Castellæ constitutis mandat, quatenus omnibus subditis suis, qui
proficiscuntur cum rege Castellæ et Legionis, proponenti, civitate Corduba jan ac-
quisita, negotium contra Agarenos paganos consequi, illam indulgentiam tribuant,
que secundum statuta Concilii generalis haberent proficiscentes in subsidium Te-
rre Sancte. Dat Reate, secundas nonas septembris, pontificatus anno decimo. (4
set. 1236.) Empieza: *Sicut olim in.*

Auvray. 3.313.

130.—*Exposición del Cardenal Otton sobre un pleito.* Otton, miseratione divina
Sancti Nicolai in Carcere Tulliano Diaconus Cardinalis, universis presentes litte-
ras inspecturis salutem in Domino. Noverint universi quod nos presenti scripto fa-
cimus manifestum, quod in lite quam movent P. Capellanus et G. Petri, Portiona-
rii Toletani, contra Venerabilem Fratrem Archiepiscopum Toletanum, nobis audien-
da commissæ de mandato Domini Pape, interloquuti sumus ut in omnibus articulis
in libello coprehensis, in quibus ad Capitulum pro parte vel in solidum actio vel
defensio pertinet ipsam Copitulum requiratur, prius quam audiantur predicti
utrum agere velit super his, in quibus mensa ejus graviter lesa esse, vel rationibus
attendere quare agi non expediat super illis; et utrum velit se opponere in eo quod
statutum quoddam petitur observari. Super hoc autem quod conqueruntur prefati;
Archiepiscopum quedam castra alienare, agant si velint contra eos in quos alienata
dicuntur. Idem in illis dicimus quod dicunt, procurante Archiepiscopo, alienata de
mensa Capituli memorati. Agant etiam, si velint et possint, contra illos, quos dicunt
male esse institutos per eundem Archiepiscopum in prebendis et portionibus, in
eorum prejudicium vel gravamen. Item si compelluntur ad serviendum indebite
pro absentibus se defendant, si velint. Et si fiat eis propter hoc violentia, conque-
rantur. Ad majorem autem cautelam libellum ipsorum adnecti fecimus, qui est
talis:

Coram vobis, Reverende Pater, Domine Otton Cardinalis, quem Dominus Papa
dedit partibus auditorem, proponunt P., Capellanus et G. Petri, Portionarii Toleta-
ni, nomine suo et Ecclesie Toletane, contra Archiepiscopum Toletanum, quod cum
in Ecclesia Toletana sit statutum de certo numero sociorum et auctoritate Legati
formatum, incavetur quod quadraginta sint Canonici Mansionarii, et triginta Por-
tionarii Mansionarii, et viginti Canonici extravagantes, de quibus Portionariis Ca-
nonici Mansionarii assumi debent, Archiepiscopus, postpositis semper Portionariis
antiquis et residentibus, quibusdam extraneis et non residentibus et alias benefi-

ciatis, tot contulit canonicas et portiones, quod hac occasione ex septuaginta personis, quadraginta, scilicet, Canonicis et triginta Portionariis, non sunt in Ecclesia Toletana nisi vel octo vel novem Caninici et pauci Portionarii oriundi de patria continue servientes. Unde petit observari statutum et Ecclesie Toletane defraudate debito, solito et honesto servitio provideri, et non residentes ad residentiam compelli, et Archiepiscopum, cum ei jus non sit, in futurum a similibus prohiberi. Item agunt, quod omnia que legantur Toletane Ecclesie pro anniversariis ad communem mensam Canonicorum, Portionariorum plane pertineant, tam ex consuetudine antiqua quam ex privilegio speciali, et bone memorie inclitus Alfonsus pro anniversario suo tres possessiones legaverat Ecclesie Toletane, scilicet, medietatem de Exquivias et Torrigias et apothecam de Talavera, pro (quibus) Archiepiscopus Talamancam suscepit in cambium. Et Ferrandus Infans, filius predicti regis quamdam aliam villam, cum pertinentiis suis, que vocatur Lawarda; et Ferrandus Sanctii Villam Umbrales; et Sanctius Archidiaconus Magaritensis et P. Roderici; et M. Lupi, Archidiaconus Calatravensis; et C. Archidiaconus Talavarensis; item Archidiaconus Colariensis (Cuellar) pecuniam, libros et alias res legaverint, Archiepiscopus, non impleta voluntate testatorum, contra predictum privilegium et consuetudinem, in grave prejudicium mense communis, et periculum non modicum in futurum, *definet occupata*. Unde petit dictas possessiones et villas cum fructibus inde perceptis et percipiendis, et omnia alia mense communi restitui et ad jus et proprietatem ipsius revocari et voluntatem testatorum adimpleri et Archiepiscopum, cum ei jus non sit, in futurum a talibus prohiberi. Item agunt quod cum Archiepiscopus arrendaverit sive conduxerit contra formam juris quamdam villam de mensa communi, que vocatur Hyliescas, ipsis et aliis pluribus absentibus, pro septuaginta aureis, quam incontinenti locavit pro mille aureis de redditu annuali, calumniis etiam exceptis, et tali pacto adjecto conduxerit, quod ipsi et Archidiaconus Majarensis habeant predictam villam omnibus diebus suis, et si unus decessit, alius ei succedat; et conduxerit in perpetuum tres alias villas de mensa communi, scilicet, Fuentelmadero, Cespedosa et Alcavon. Petit predictas villas preter juris normam alienatas, mense communi restitui cum fructibus ultra sortem perceptis et percipiendis et contractum hujusmodi irritari. Item agunt quod cum in Ecclesia Toletana non dentur portiones absentibus, nisi absint causa studii, scilicet, solis residentibus et presentibus dentur, et portiones absentium sociorum consueverint converti in utilitatem communem, Archiepiscopus arrendavit sive conduxit universos redditus et proventus mense communis; et quidquid de mensa nostra, hoc inde percepit modo ipse in prejudicium mense nostre, prebendas absentium sociorum, benevalentes tres aureos omni die, qui converti consueverant in utilitatem communem. Unde petit conductionem vel negotiationem hujusmodi, contra formam juris faciam et in damnum cause communis, irritari vel irritum nuntiari, et omnia sic conducta cum fructibus ultra sortem perceptis vel percipiendis, mense communi restitui. Item cum dederit in perpetuum vel procuraverit dari quamdam villam aliam de mensa communi, que valet quinquaginta aureos de redditu centum aureis, quos dedit Ecclesie, transacti sunt decem anni. Petit Archiepiscopum ad restituendam predictam villam mense communi contra formam juris alienatam, compelli cum fructibus inde perceptis vel percipiendis. Item cum bona mense Archiepiscopalis sint segregata a bonis mense communis, Archiepiscopus gravans vassallos Ecclesie, usurpavit sibi jura in villis mense communis, et ingerit se tractatibus mense communis contra iustitiam. Quare petit Archiepiscopum, cum ei jus non sit, talia facere et a talibus prohiberi. Item cum in mensa communi *Judeos prepositos* fecerit, quam mensam communem et socios ecclesie cum usuris et alias defraudantes, per mediam ecclesiam intrant sepe Capitulum, non sine magno et gravi scandalo populi christiani: et decimas et tertias recipientes, et in vassallis et possessionibus ecclesie dominantes, de *patrimonio Crucifixi non modicum sunt ditati* et deteriora faciunt. Petit judeos a prepositura expelli, et a predictis arceri, et ad restituenda predicta compelli. Item cum alienaverit duo castra Ecclesie, petunt ea restitui. Item agunt quod cum ipse vellet dividere portiones contra statutum juratum et auctoritate Legati firmatum et quosdam instituere capellanos contra consuetudinem antiquam et in prejudicium istorum et ecclesie totius, ipsi cum aliis pluribus supponentes personas, portiones et quidquid juris habebant in Ecclesia Toletana et cetera bona tam spiritualia, quam temporalia, appellarent, ne dividerentur portiones et ne instituerentur capellani contra consuetudinem antiquam et in prejudicium Ecclesie et mense communis; et ne canonice vel portiones darentur contra supra-

dictum statutum, et ne attentarent in prejudicium, Archiepiscopus, post appellationem ipsas gravans, Magistro Petro Simoni, contra jura et statuta Legati, contulit canoniam; et Magistro Willelmo et Magistro Petro de Baiona portiones; et super instituendis capellanis, *non facta mentione de appellatione*, litteras impe-travit. Unde petit casari vel cassum et irritum nuntiari quidquid post appellationem predictam extitit attentatum vel contra statuta Legati. Item agunt quod cum ipsi et alii paucissimi residentes non habeant sufficiens beneficium unde vivant, et non residentes canonicas mansionarias et alios pinguissimos redditus habeant, ipsi compellantur, a quo vel a quibus invite tenere hebdomadas non residentium, et subire servitium Ecclesie Toletane. Unde petunt ne compellantur invite tenere hebdomadas non residentium.» In cujus testimonium, litteras nostri sigilli munimine fecimus roborari. Dat. Reate, secundo kal. novembris, pontif. nostri anno decimo. (31 octubre 1236.)

Original en Toledo. P. Burriel. Dd. 41. Fol. 94. B. N.

131.—«*Letras citatorias de un auditor del Papa al Cabildo de Toledo para que comparezcan a probar las quejas dirigidas contra D. Rodrigo.*»

Archiv. de Toledo. Arzobispos.

132.—*Pleito de Calatrava.* Olim Venerab. Fratre nostro Arch. Tol. nobis humiliter supplicante, ut cum causa, que inter ipsum ex parte una, et Magistrum et Fratres Calatravenses, Cisterciensis Ordinis, Toletane diocesis, ex altera, super obedientia, quibusdam ecclesiis, (1) decimis regalium reddituum in Calatrava et locis aliis, seu villis in eadem diocesi constitutis, decimis quoque quintariorum et molendinorum ac libertatis clericorum, pedagiis etiam et exactionibus indebitis, ac quibusdam aliis articulis (est exorta) coram iudicibus diversis, auctoritate apostolica per decem annos et amplius agitata, non solum debitum finem nondum accipere, sed nec etiam ad litis contestationem potuit pervenire, ipsam, ne immortalis existeret, ad examen curarem apostolicum revocare. Nos finem litibus cupientes imponi, dilectis filiis. Abbati et. Priori Vallis Ecclesiarum, ejusdem Ordinis, nostris dedimus litteris in mandatis, ut eosdem Magistrum et Fratres preemtorie auctoritate nostra citarent, quod per se vel responsalem idoneum sufficienter instructum, cum privilegiis et munimentis aliis, que haberent, infra annum, post citationem eorum, nostro se conspectui presentarent, exhibituri eidem Archiepiscopo super premissis complementum: qui predictis Magistro et Fratribus festum Pentecostes proximo preteritum preemtorium terminum prefixerunt, prout ipsi nobis suis litteris intimarunt. In quod, licet idem *Archiepiscopus personaliter comparuerit coram nobis*, dicti tamen Magister et Fratres nec venerunt, nec sufficientem pro se curaverunt dirigere responsalem, per quadraginta dies et amplius post expectati. Quare a nobis cum instantia postulabat, ut in eosdem Magistrum et Fratres, tamquam in contumaces procedere curarem. Cumque coram venerabili Fratre nostro Episcopo Ostiensi, quem super hoc eidem Archiepiscopo cedimus auditorem, quidam comparuisset ex Fratribus dicti Ordinis, qui se non procuratorem, sed specialem ipsarum nuntium asserebat, proposuit (nuntius) quod in nullo debet procedi, nec de jure poterat contra eos, cum nec sint nec fuerint in aliquo contumaces, utpote hi, ad quos nulla legitima citatio pervenerat, et qui causa rei publice erant absentes pro servitio Jesu Christi: presertim cum citatores predicti copiam rescripti apostolici, cujus auctoritate eos citabant, eis facere denegassent: adjiciens quod, cum causa ipsa jam aliis iudicibus fuisset ab Apostolica Sede commissa, qui nec recusati fuerant, nec ab ipsis extiterat legitime provocatum, non erat super eadem causa in alio iudicio procedendum; maxime cum hujusmodi causa sit ardua, et Magister ipsorum prosecutioni ejus cupiat personaliter interesse; quod cum ad presens, ex causa superius expressa, fieri minime potuisset idem nuntius suppliciter postulabat, ut causam predictam in Hispania viris discretis committere deberemus, ut idem Magister prosecutioni ejusdem cause posset personaliter interesse. Cum dictus Episcopus hec et alia proposita coram ipso nobis et Fratribus nostris prudenter et diligenter retulisset, nos, super his tractatu habito diligentibus, volentes Magistro et Fratribus memoratis, obtentu carissimam in Christo filii nostri. regis Castellae illustris, nobis pro eis per suas litteras supplicantis, facere gratiam specialem, sic duximus providendum, ut, questione expensarum nostro

(1) De Cuellar y otros.

beneplacito reservata, idem Magister et Fratres super his denuo citaremur. Quocirca precipiendo mandamus, quatenus jam dictos Magistrum et Fratres ex parte nostra citantes, eisdem festum Assumptionis Beate Marie proximo venturum terminum peremptorium assignetis, quo, cum omnibus privilegiis, munimentis et rationibus suis, per se vel per procuratores idoneos compareant coram nobis. facturi super premissis eidem Archiepiscopo quod dictaverit ordo juris. Quidquid autem inde feceritis nobis fideliter rescribatis. Quod si non omnes & Datum Interamne, octavo idus novembris, pontificatus nostri anno decimo. (6, nov. 1236.)

Auvray. 3374.

133.—*Otra bula de Gregorio IX del 8 de nov. del mismo año a los Superiores de Calatrava, citándoles para que litiguen con D. Rodrigo, según aparece en el número anterior.*

Manrique. Anales. Año 1236. Falta en Auvray.

134.—*Sobre los Calatravos.* Archiepiscopo Toletano.. Cum dilectis filiis Magistro et Fratribus Calatravensibus, Toletane Diocesis, super castellis, villis, possessionibus, redditibus ac aliis bonis, in communi forma, confirmationis litteras duxeremus concedendas, quibus a procuratore tuo in publica audientia extiterit contradictum, nos Fraternitatis tue supplicationibus inclinati, presentium auctoritate statuimus, ut in omnibus terminis et rebus aliis, super quibus inter te et alios questio est suborta, nullum juri tuo prejudicium generetur. Dat. Interamnie, IV kal. decembre. pontif. anno X.

Lib. priv. I. 112. R y V. Auvray. 3386, resumen.

135.—*Gregorio IX contesta a D. Rodrigo acerca de las dudas sobre los privilegios de la Orden de Santiago.* Gregorius Episcopus, servus servorum Dei, Venerabili Fratri Archiepiscopo Toletano, salutem et apostolicam benedictionem. Veniens ad Apostolicam Sedem, in nostra presentia proponere curavisti, quod occasione privilegii a felici recordationis Alexandro Papa, predecesore nostro Fratribus Militie S. Jacobi indulti, multipliciter leditur Ecclesia Toletana; et quia juri tuo sine aliorum injuria uti desideras, interpretationem quorundam, que in dicto privilegio dubia videbantur a nobis fieri postulabas. Supplicans in primis illud capitulum predicti privilegii declarari, quod tale est: «Dilete in Christo filii Petre Fernandi ad presentiam nostram accedens cum humilitate, qua decuit, a Sede Apostolica, requisitis, ut vos tamquam peculiare filios ad defensionem nostram, et locum in quo caput Ordinis factum fuerit, in jus et proprietatem Sacrosancte Romane Ecclesie recipere deberemus; sane, nos devotionem vestram et bonum in Domino desiderium attendentes, de communi Fratrum nostrorum consilio, in speciales et proprios Sacrosancte Romane Ecclesie filios vos recipimus, et Ordinem vestrum auctoritate apostolica confirmantes, presentis scripti patrocinio communimus.»

Asserebas enim quod occasione prefati capituli, dicti Fratres non intelliguntur exempti, quia cum ab eodem Alexandro se in peculiare filios recipi et locum in quo caput est Ordinis in jus petiverint et proprietatem Apostolicę Sedis assumi, idem Alexander illud oblatus sibi petitorii mancipavit effectum, per quod juri non credebatur derogari; et id in quo jus alienum enervari credit, exemptionis petite desiderio vacuavit. Nam ipsos in filios speciales, quod quantum ad defensionem, sicut petendum fuit, intelligi debet, recipiens ei, per quod petebatur, locum in quo caput existeret Ordinis, in jus Ecclesie Romane recipi, responsum non prebuit. Per quod patet expresse quod in hoc petitionem eorum, que sine alterius prejudicio impleri non poterat, non admisit.

Nec illud quod in privilegio continetur, scilicet: Nec personas eorum quisquam, preter Romanum Pontificem aut Legatum ab ejus latere destinatum, interdicere aut excommunicare presumat, intentioni tue obstare dicebas; quia, etsi excommunicationi vel interdicto per Diocesanas non possint ipsi subijci, alia tamen pena possunt canonica es coarctari.

Preterea cum Apostolica Sedes aliquos in proprios filios et sub protectione apostolica recipit, in eis vigorem proprium Episcopalis jurisdictionis non amittit; quia in exemptionum privilegiis Romana Ecclesia solet aliis uti verbis; et ideo, quum privilegia, quorum stricte servandi sunt tenores, in aliorum prejudicium proprias metas non debeant transgredi, ea, in quantum verba patiuntur ipsorum, ad jus

convenit commune reduci; quoniam in ambiguis et obscuris orationibus ad id quod plerumque fit, vel est verimilius, sanus redducitur intellectus: quum non ex opinionibus singulorum, sed ex communi usu loquendi nomina debeant exaudiri.

Ex adverso vero in contrarium videbatur, quod predictus Alexander eos in filios Ecclesie Romane proprios et speciales recepit, ipsos ab aliorum potestate subtrahit: cum illud sit aliquid proprium et speciale quod ad alium minime noscitur pertinere. Ex eo etiam aperte conjicitur quod dictus Papa eos a jurisdictione Diacesanorum exemerit, quia in ipsos ab alio quam a Romano Pontifice vel Legato ab ejus latere destinato excommunicationis vel interdicti proferri sententias interdixit. Secundo enim illius capituli predicti privilegii declarationem fieri postulabas, quod sic incipit: «Si autem in locis desertis aut ipsis terris sarracenorum de novo ecclesias construeritis, ecclesie ille plena gaudeant libertate, nec aliqua per Episcopos decimarum vel alterius rei exactione graventur, liceatque vobis per clericos vestros idoneos ipsas ecclesias cum suis plebibus gubernare, nec interdicto per Episcopos nec excommunicationi subdantur; sed fas sit vobis, tam in majori ecclesia, que caput est Ordinis, quam in illis etiam excommunicatis et interdictis exclusis, divina semper officia celebrare»

Dicebas enim quod cum bone memorie Lucius Papa interpretatus fuerit desertum esse censendum quod ultra memoriam hominum sub sarracenorum detentum est potestate; talis locus citra mare in Hispania non existit; cum in celebri memoria hominum per famam publicam et documenta legitima, quod Hispania citra Christianorum fuit, habeatur. Idcirco concessum predictis Fratribus privilegium ad construendas ab eis infra ipsam ecclesias, non est aliquatenus extendendum; et ex illa oratione «*De novo*» que ibidem subjicitur, id de locis ubi nullo tempore fuerunt ecclesie intelligendum esse docemur. Per hoc autem quod ibi dicitur «*plena gaudeant libertate*», cum quod de libertate dictorum clericorum dicitur, ut non lege jurisdictionis, sed Diocesis credantur libere ab eodem declaratur. Item cum hec oratio «*exactione graventur*» sonet in vitium, constat easdem ecclesias obligari ad solvendum Episcopis partem debitam decimarum.

Per illud autem quod in predicto privilegio sequitur, scilicet. Ut predicti Fratres per clericos idoneos ecclesias ab ipsis in locis desertis constructas cum suis plebibus valeant gubernare, ipsas exemptas non esse, sicut allegabas, convincitur, cum cura illorum plebium de jure a Diocesanis duntaxat Episcopis comititur. Propter quod ut sciatur an rector existat idoneus est Episcopi, a quo animarum curam recipit, examini comitendus. Nec tua intentio ex eo, sicut allegabas, eliditur, quod prefatas ecclesias, que alias possunt censurę ecclesiasticę subjici; in eodem excommunicari vel interdici privilegio prohibetur.

Super eo autem capitulo predicti privilegii, cujus talis tenor: «Clericis de laboribus et aliis bonis a Deo prestitis, decime reddantur a Fratribus, unde libros et congrua ecclesiarum faciant ornamenta et in necessitatibus corporis convenienter sibi provideant, et si aliquid superaverit, secundum Magistri providentiam pauperibus erogatur» ostendere nitebaris, quod etsi solvantur clericis a Fratribus laicis decime, sunt tamen debite ex ipsis decimis tertie Episcoporum deducende; quia cum clericis solutio decimarum conceditur, nihilominus in ipsis jus Episcoporum integrum reservatur. Nec etiam hujusmodi solutio ad decimas adquirentium post tempus Concilii Generalis extendi potuit, quod parochialibus ecclesiis in hujusmodi acquisitis *religiosorum auferri decimas* interdixit.

Ad ista vero contrarium occurrebat, quod etsi de locis illis, quod quandoque christianorum fuerint, aliqua scriptura innuit, tamen id jam in memoria hominum existit. Alioquin eodem errore poterit argui in hominum memoria mundi exordium contineri. Prefate etenim ecclesie in locis desertis ab ipsis concessi sibi privilegii auctoritate constructe ea reputari debent exemptę precipue ratione, quod decimarum et cujuslibet rei exactione ac lege diocesana (sicut idem locus declarat) sunt libere, nec secundum privilegium Alexandri quisquam Diocesanus in eas excommunicationis vel interdicti potest, sententias promulgare. Et cum decimas de laboribus et aliis bonis, suis conventibus clericorum suorum solvere teneantur, non possunt per Diocesanos ab illis requiri decime in quorum non contingit usibus remanere.

Nos igitur dicto privilegio ac duobus indulgentiis ejusdem Lucii; quorum una incipit «*Si velletis*» et alia «*Attendens*», inspectis et intellectis his et aliis, de Fratrum nostrorum consilio, per illa verba privilegii: In speciales et proprios Ecclesie Romane filios vos recipimus» dictos Fratres *exemptos non* intelligi, et ipsos ex illo

in proprios ejusdem Ecclesie filios fuisse receptos, quod ab alio quam a Romano Pontifice vel Legato ab ejus latere destinato interdici vel excommunicari non valeant declarantes: *illum locum desertum* in premissis intelligimus, qui non habitatus, penitus nec cultus ultra memoriam hominum, secundum indulgentiam Lucii, est sub sarracenorum detentus potestate, censes, ecclesias in talibus desertis a Fratribus ipsis constructas seu etiam construendas in eo, plena libertate gaudere, quod secundum indulgentiam nihil ab ipsis, legis diocesane nomine valeant per Episcopos exigi, et secundum privilegium non possunt interdicto aut excommunicationi supponi, quas in locis hujusmodi dicti Fratres habentes potestatem, petiti a Sancta Sede Apostolica licentia construendi, eas cum suis plebibus per suos clericos gubernant idoneas, qui ratione plebium examinandi Episcopis presententur, ut ab ipsis curam recipiant animarum, cum plebes sint Episcopis subjecte. Ceterum dicti Fratres decimas de laboribus et novalibus suis, quas propriis manibus aut sumptibus excolunt, et aliis bonis sibi a Deo prestitis conventibus clericorum Ordinis sui, a quibus *Quarta* vel *Tertia* nullatenus exigatur, cum integritate persolvant. Salva moderatione Prelati, Generalis Concilii in aliis eorum possessionibus, jure communi, seu quolibet alio ecclesiis parochialibus reservato. Per declarationem autem hujusmodi nolumus aliis defensionibus seu juribus partium derogari. Datum Interamnie, decimo octavo kalendas januarii, Pontificatus nostri, anno X.

Auvray 3405. Integra en el Bull. S. Jacobi. P. 109 - 111.

136.—*Facultad para conferir prebendas.* Archiepiscopo Toletano. Volentes tuam honorare personam, et per exhibitum tibi honorem aliis provideri, conferendi duobus clericis idoneis et litteratis duas prebendas, cum in Ecclesia Toletana vacaverint, auctoritate tibi presentium concedimus facultatem. Contradictores autem, si qui fuerint, vel rebelles (per) censuram ecclesiasticam, sublato appellationis objecto, compescas. Dat. Interamnie, decimo quinto kal. februarii, pontif. anno decimo. (18, Diciemb. 1236.)

Bib. Nacion. - P. Burriel - Dd. 41 antiguo.

137.—*Que se socorra al Obispo de Albarracín.* Archiepiscopo Toletano et suffraganeis suis. Cum Segobricensis Ecclesia, tam a sarracenis quam ab aliis dicatur opresa, quod Segobricensis Electus de bonis ipsius nequeat commode sustinere, Fraternitatem vestram rogamus et attentius per apostolica scripta mandamus, quatenus eidem Electo, donec eadem Diecesis christianis cultibus reformetur, divine pietatis intuitu, et ad reverentiam Apostolicæ Sedis et nostram, tale auxilium exhibere curetis, quod idem in Segobricensi Ecclesia ad servitium Dei et christiane religionis remanere valeat, et non cogatur, in opprobrium pontificalis officii, mendicare: et nos devotionem vestram possimus exinde commendare. Datum Interamnie, quinto idus januarii, pontif. nostri anno dextimo. (9, enero 1237)

Aguirre, V. 187 - Falta en Auvray.

138.—*Que D. Rodrigo procure la paz entre Castilla y Navarra.* Archiepiscopo Toletano. Sicut enim nuper nostris auribus est relatum, quamquam inter illustrem regem Castelle et carissimum in Christo filium nostrum illustrem, regem Navarre cruce signatum, ut dicitur, rationabilis causa non subsit, ut vexilla militie regie, que jam ad conterendos hostes catholice fidei prodierunt, in defensores ejusdem fidei convertantur; ille tamen, qui dissensionis est autor, Regem Castelle adversus regem Navarre, dicitur, commovisse; per quod timeatur Terre Sancte grave periculum imminere et regna Hispaniarum et Gallie gravissime conturbari: ita quod, preter animarum pericula, multorum excidia ex turbatione hujusmodi creduntur perspicuis indiciis secutura. Cum igitur indignum sit, ut, dum rex militat Regi regum, aliquod sui regni dispendium patiat, quin potius, ejus inherens obsequiis, speciali debeat prerogativa gaudere; propter quod ipsum cum omnibus bonis suis sub Beati Petri et nostra protectione suscepimus speciali, ac per hoc deesse illi, quim potius Domino Jesu Christo, salva conscientia, non possimus: Fraternitatem tuam rogandam duximus attentius et hortandam, obsecrantes per Patrem et Filium et Spiritum Sanctum ac per aspersionem sanguinis Jesu Christi; et petentes pro munere speciali, quatenus, prudenter considerans qua conscientia, quave securitate comparare poterunt coram Unigenito Dei Filio, cui omnia dedit Pater in manus, qui ei pro peccatoribus crucifixo, in hoc necessitatis articulo non solum non subveniunt per se ipsos, verum etiam alios nituntur ne subveniant, impedire,

verum etiam dictum regem Castelle cum eodem rege Navarre facias veram pacem inire inviolabiliter observandam, aut treugas usque ad redditum suum competentes, ita quod injuriam Christi tui tangere te ostendas, et nos sinceritatis tue zelum possimus dignis in Domino laudibus commendare. Quod si forsam ab eo in aliquo reputaverit se offensum, prout recipientem et exhibentem decuerit, ipsi satisfacere congrue faciemus. Quocirca mandamus quatenus eundem regem Castelle auctoritate apostolica ad predicta moneas et efficaciter inducas. Datum Interamne, tertio kalendas februarii, pontificatus nostri anno decimo. (30, enero, 1237.)

Regestum Romanum. 18. Fol. 225. Resumen en Auvray, 3477.

En Auvray está la bula, que el Papa dirigió a San Fernando para lo mismo, casi en los mismos términos, y otras dos semejantes, una a la Reina y otra al Obispo de Osma, Canciller del Rey en los n. 3475; 3476 y 3478.

139.—*Que D. Rodrigo reprima al Infante portugués, Fernando.* Archiepiscopo Toletano et Legionensi Episcopo. Lacrymabilem Venerabilis Fratris nostri Egitarensis Episcopi accepimus questionem, quod nobilis vir Fernandus, dictus Infans, carissimi in Christo filii nostri illustris regis Portugalie germanus, domus sue beniginitate relictā, sumpta inde majori audacia delinquendi, quod in regno Portugalie Ecclesias et ecclesiasticos viros passim pro arbitrio ledit; bona ejus et suorum, tam in civitate quam in Diecesi Ulixbonensi et Egitarensi, cum fautoribus suis invadens, (ea) enormiter dissipavit, ipsum et Ecclesiam Egitarensē ac suos gravissimo afficiens detrimento; quosdam quoque clericos ejus in sacris ordinibus constitutos, scriptores regis ejusdem, in Castro Sanctaranensi, ipso ibi presente, crudeliter interfecit: et quasi hec non sufficiant, alia sibi pericula comminatur, damna damnis adicere non desistens. Ut igitur idem nobilis percusus, ad percutiendum se rediens, non differat querere medicinam, per quam fame sue consulat et saluti, mandamus quatenus, si est ita, eum cum predictis fautoribus, donec Deo et Ecclesie sue et sibi, super preminis satisfecerint competenter, appellatione postposita, excommunicatos nuatiantes, loca ad que ille devenierit, quamdiu fuerit ibi presens, interdicto ecclesiastico supponatis. Ceterum quia presumitur quod idem Episcopus et sui libere nequeant in regno Portugalie negotium procurare, vos de aliquo monasterio assumatis auctoritate nostra viros religiosos, quos ad id videritis expedire. Non obstante constitutione de Duabus Dietis, edita in Concilio generali. Dat. Viterbii, tertio kal. maji, pontificatus nostri anno undecimo.

Auvray. 3615. Rainaldo. An. 1237. N. 30.

140.—*Que D. Rodrigo socorra al clero portugués.* Roderico, Archiepiscopo Toletano. Tyrannidem, quam Portugalie rex illustris dudum exercuit in Ecclesias regni sui, diutius divulgatam, Fratritatem tuam credimus non latere. Ipse enim cum a primevo adolescente flore se assuefecisse debuerit timori divini nominis et amori, immaturos juventutis sue fructus in flore corrumpens, ac vestigia patris sui deserenda non desserens, qui Ecclesias et personas ecclesiasticas pene importabilibus oppressionibus tribulavit a principio regni sui, quod a Rege regum, prout ostendit operibus, non agnoscit, Ecclesias omnes et viros ecclesiasticos, pravis instructus, et utinam non seductus, consiliis, sic opprēsit et opprimit incessanter, quod nulla in regno ipso libertatis ecclesiastice vestigia remanserunt; nec his contentus, tamquam ingrati tudinis filius, oblitus beneficiorum a Sede Apostolica perceptorum, ad desiderabilia nostra, familiares nostros, videlicet, qui deberent ob reverentiam nostram esse ab omni prorsus incursione securi, extendit presumptione damnabili manus suas. Nam quasi ei modicum videretur, quod olim dilectum filium, Magistrum Joannem, Decanum Ulixbonensem, Capellanum nostrum, qui, sicut tua circumspectio non ignorat, ob prerogativam meritorum in nostris et Fratrum nostrorum oculis invenit gratiam et favorem, et eidem regi dudum obsequiosus fuerat et devotus, nostris obsequiis insistentem, sine omni culpa, his spoliaverat bonis suis; nuper, quod non absque amaritudine cordis audivimus, nec sine pudore narramus, motus ex eo, ut dicitur, graviter contra ipsum, quod se, prosequendo jus suum, S. Gometii, qui se pro Electo Ulixbonensi gerebat, opposuit; quanquam idem S. nihil juris haberet penitus, sicut patuit ex post facto, eundem Decanum per F. Serpentinum, Fratrem suum, dictum Infantem, et quosdam alios spoliari tertio fecit omnibus bonis suis, domus dirui decanatus, et utensilia omnia, et quecumque ibidem reperta sunt more predonum, hostiliter concremari, et ad-

dens afflictionem afflicto, excogitato novo supplicii genere, universos, qui eum consanguinitate vel affinitate contingunt, post spoliationem bonorum, coegit miserabiliter exulare, ac aliis persecutionum generibus illos persequitur quasi hostes, ita quod jam non audent per regnum ambulare in publico, sed latent, non absque timore gravis periculi, in occulto; et qui alias affluebant, pro dolor! vite necessaria mendicare ab aliis compelluntur. Ad majoris etiam ipsius regis cumulum damnationis accedit, quod cum quidam Decano adherentes eidem, persecutionis rabiem fugientes cum suis et ejusdem Decani bonis ad quamdam ecclesiam confuissent, dictus Frater ejus, quod est auditu horribile, non absque ipsius regis conniventia, cum, eo prohibente, talia fieri nequiverant, sarracenos, cum fores essent clausae, nec christiani vellent inferre tantam contumeliam Creatori, fecit intrare per tectum, qui altare pollutis pedibus conculcantes, vexillo vivifice crucis fracto, chrismate et Eucharistia pedibus, quasi luto, viliter conculcantes, diripuerunt bona hujusmodi ut predones. Illius igitur vestigia imitati, qui honorari in honore morum et contemni se asserit in contemptu, eidem Decano, cujus anxietates non ambigimus esse nostras, ac suis illatas nobis irrogatas injurias reputantes, paterno eis affectu compatimur, et ne persecutores ipsorum eis, tamquam penuriam patientibus valeant insultare, dignum duximus ipsis congrue providere. De tua ergo sinceritate, qui Romane Ecclesiae ac suorum celaris honorem, indubitatam fiduciam obtinentes, Fraternalitatem tuam affectuose rogamus, monemus et hortamur attente ac per apostolica scripta districte precipiendo mandamus, quatenus, sicut de gratia nostra confidis. tam ab ecclesiis Cathedralibus et aliis quam monasteriis regnorum Castelle et Legionis, ubi commodius expedire videris, facias Decano predicto et suis, clericis et laicis, persecutionem hujusmodi patientibus, provisionem decentem et congruam, dilatazione ac excusatione cessantibus, donec persecutione ipsa cessante, pacificam possessionem ablatores habuerint, assignari (ac procuratori Decani hujusmodi negotium prosequenti in expensis necessariis provideri. Quidquid autem inde feceris nobis studeas litteris fideliter intimare.) Dat. Laterani; secundo nonas maji, pontificatus nostri anno duo decimo. (6 Mayo 1238.)

Auvray. 4333. En la copia adquirida directamente de otras fuentes faltan las frases puestas entre paréntesis, v. g. Apéndice dei Documenti. N. 1.

141.—Roderico, Archiepiscopo Toletano. Devotionem tuam, de qua specialem in Domino fiduciam gerimus, rogamus attentius et monemus, per apostolica tibi scripta mandantes, quatenus ea, que dilectus filius, Frater Carsilius, familiaris noster, ex parte nostra tibi proponet, diligenter audias, firmiter credas et effective non postpones; ita quod tue devotionis sinceritatem ipsius operis exhibitione possumus merito commendare - Dat. Agnania, quinto kal. sept., pontif. nostri anno decimo secundo. (28, Agosto, 1238.)

Bib. Nac. P. Burriel. Dd. 41. antiguo. Falta en Auvray.

142.—*Información de la causa con Calatrava.* Segobiensi et... Colarensi Archidiacono et Abbati Saltibus Albis (1) Segobiensis Diocesis. Significante Venerabili Fratre nostro Toletano Archiepiscopo, nos noveritis accepisse, quod cum nos olim, intellecto per eum, quod causa, que inter ipsum, ex parte una et Magistrum ac Fratres Calatravenses, qui se Cisterciensis Ordinis asseverant, ex altera, super quibusdam ecclesiis, decimis, libertatibus clericorum et aliis articulis vertitur, coram diversis iudicibus, auctoritate apostolica, per decem annos et amplius agitata, non solum finem debitum non obtinuerat, sed nec etiam ad contestationem litis potuerat aliquatenus pervenire, dilectis Filiis... Abbati et... Priori Vallis Ecclesiarum, Cisterciensis Ordinis, dedissemus nostris litteris in mandatis, ut dictos Magistrum et Fratres peremptorie auctoritate nostra citarent, quod per se vel responsalem idoneum, sufficienter instructum, cum privilegiis et munimentis aliis, in certo termino, nostro se conspectui presentarent, exhibituri eidem Archiepiscopo justitiae complementum: ipso Archiepiscopo in dicto termino coram nobis personaliter comparente, ac petente, quod contra Magistrum et Fratres predictos, tamquam contra contumaces, cum nec venissent nec curassent sufficientem mittere responsalem, per quadraginta dies et amplius expectati, procedere deberemus, tandem, obtentu

(1) Saltas Albas.

carissimi in Christo filii nostri Castelle et Legionis regis illustris, nobis pro eis per suas litteras supplicantis, providimus, ut, questione expensarum nostro beneplacito reservata, prefati Magister et Fratres a nobis denuo citarentur. Demum vero procuratoribus partium in nostra presentia constitutis, dilectum filium nostrum Sinibaldum, tituli Sancti Laurentii in Lucina Presbyterum Cardinalem, dedimus auditorem. In cujus presentia constitutis eisdem, post multa diffugia et exceptiones varias, quas premissorum Magistri et Fratrum proposuit procurator, idem illicentiatius recessit, eo pretexto, videlicet, quod Magister predictus, causa coram Auditore jam dicto pendente, dicebatur, de hoc seculo migravisse; licet Magistri nomen in citatione non fuisset expressum, et in Magistrum substitutus fuisset, qui Calatravensium fuerat Commendator et post Magistrum major inter Fratres haberetur predictos, eo tempore, quo citatio ad Magistrum et Conventum, in quo idem erat, dicitur pervenisse. Quare a nobis petiit supradicti Archiepiscopi procurator, ut, ne lis prefata fieret nostris temporibus immortalis, aliquibus bonis viris, qui causam audirent eandem et finaliter terminarent (eam) committere curaremus. Nolentes igitur ut causa predicta remaneat diutius indecisa, mandamus, quatenus, in ea super articulis contentis in libello coram nominato Cardinali porrecto, quem idem mittit vobis suis litteris interclusum, infra duos menses, faciatis coram vobis, item, appellatione remota, legitime contestari. Ad quod, si necesse fuerit, partes compelli volumus et mandamus. Ac procedentes in ipsa, eam, si de partium voluntate processerit, fine debito terminetis: Alioquin eam sufficienter instructam ad Sedem Apostolicam remittatis, prefigentes partibus terminum peremptorium competentem, quo nostro se conspectui representent, justam, dante Domino, sententiam recepture. Quod si forte, ab alterutra partium dictum negotium ad nos per appellationem deferri contigerit, terminum peremptorium assignetis eisdem, quo, cum privilegiis et aliis munimentis ad causam pertinentibus antedictam compareant coram nobis, recepture justitie complementum. Proviso, ut, ea que alterutra partium temeritate propria in alterius prejudicium post factam citationem inveneritis innovata, in statum pristinum reducentes, non permittatis, lite pendente, aliquid innovari. Dat. Laterani, quarto kal. februarii, pontificatus nostri anno duodecimo. (29, enero, 1239.)

Auvray. 4717.

143.—*Tribunal sobre el asunto de Palencia.* Segobiensi et Salmanticensi Episcopis et Magistro Decano Palentino. Significante Venerabili Fratre nostro Roderico, Toletano Archiepiscopo, nostris auribus intimatum est, quod cum causa, que inter ipsum et Venerabilem Fratrem nostrum Compostelanum Archiepiscopum, super quod dicebat predecessorem suum, ipsum jure spirituali, quod in Ecclesia Palentina se proponit habere, antequam institueretur Episcopus, contra justitiam spoliasset, vertitur quondam..... Decano Zamorensi et Martino Legionensi ac J. Palentino Archidiaconis a nobis commissa fuisse, demum dictis Decano et Martino viam carnis universe ingressis, in causa ipsa nullus potuit haberi processus. Quare a nobis idem Toletanus humiliter postulabat, ut super hoc providere benignius curaremus. Volentes igitur ut finis litibus imponatur, de utriusque partis procuratorum consensu, eandem vobis duximus committendam, discretionis vestre, per apostolica scripta mandantes, quatenus, predictis iudicibus, si ita sit in negatio ipso, juxta formam traditam, appellatione remota, ratione precissa procedatis. Quod si non omnes..... Datum Laterani, septimo kalendas martii, Pontificatus nostri anno duodecimo. (23, feb. 1239.)

Ms. del P. Burriel. Sig. 13074. Fol. 78. B. N. Falta en Auvray.

144.—*Confirmación de los derechos de Oreto.* Roderico Archiepiscopo Toletano confirmat et repetit de verbo ad verbum litteras Honorii III Pape, (1) qui Diecesi Toletane communiverat locum dictum Zucheta cum circumadjacentibus locis; quem locum, fama erat, fuisse antiquitus civitatem, que dignitate pontificali insignis, dicebatur Oretum, et ex ea eidem Episcopo ejusque successoribus jure diecesano perpetuo subiacere sanxerat.»

Datum Later. sexto idus aprilis, pontificatus nostri anno quinto

Empieza: *In litteris felicis...*

Auvray. 614.

(1) En Pressuti n. 1632. Empieza: *Tranquillitati Ecclesie tue...* Dat. Laterani sexto kal. februarii. 27 de enero. Pontif. Honorii anno secundo. 1218.

145.—*Tribunal para dirimir la causa de Valencia.* Joanni, Episcopo Olorensi... Magistro Joanni de Arroniz, Canonico Toletano et Guilielmo Vitalis Officiali Venerabilis Fratris nostri Tarraconensis Archiepiscopi. Ex parte venerabilis Fratris nostri Archiepiscopi Toletani fuit propositum coram nobis, quod ordinatio Ecclesie Valentine ad ipsum pertineat de jure communi et etiam speciali. De communi quidem, quod ipsa sita est in Provincia Toletana. De speciali vero, quia pie memorie Alexander Papa, predecessor noster, sicut ab ejus privilegio prospeximus contineri illarum civitatum Dioceses, que sarracenis invadentibus, metropolitanos proprios amiserunt, eo tenore jurisdictioni Archiepiscopi Toletani subjecit, ut sibi, quousque sine propriis metropolitans extiterint, tamquam sibi proprie debeant subiacere, ita quidem, quod episcopos in sedibus episcopalibus, in castellis vero et villis instituendi et ordinandi presbyteros auctoritate apostolica liberam habeat facultatem, scilicet, tam in illis episcopalibus, qui esse dignoscuntur de antiquis Ecclesie sue terminis, quam in illis, qui metropolitanum proprium non haberent. Pro parte vero Venerabilis fratris nostri Tarraconensis Archiepiscopi fuit propositum ex adverso, quod cum Civitas Valentie sit intra terminos sue provincie constituta ipsius Ecclesie ordinatio pertineat ad eundem.

Quia vero nobis non constitit de premissis, discretionis vestre, de utriusque partis procuratorum assensu, per apostolica scripta mandamus, quatenus, inspectis privilegiis et aliis rationibus dictorum Archiepiscoporum, illi ordinationem ipsius adjudicetis Ecclesie, de quo, per summariam cognitionem, infra duos menses post vestre citationis edictum vobis constiterit, quod jus ordinationis habeat in eadem. Si vero infra idem spatium de hoc liquere non poterit, vos ex tunc eidem Ecclesie, ne per vacationem diutnam, novella in partibus illis Patris eterni plantatio, exquiritis colenda studiis, aliquibus, quod absit, reddatur obnoxia detrimentis, auctoritate nostra provideatis de persona idonea in pastorem, utriusque partis in posterum per omnia, salvo jure, cui tandem a subditis obedientiam et reverentiam exhiberi ac munus faciatis consecrationis impendi; contradictores auctoritate nostra, appellacione postposita compescendo, recepturi ab eo postmodum pro nobis et Ecclesie Romane fidelitatis solite juramentum juxta normam, quam vobis sub bulla nostra mittimus interclusam. Forma autem juramenti, quod ipse prestabit de verbo ad verbum, per ejus patentes litteras, suo sigillo signatas, per proprium nuntium nobis destinatis. Post factam vero provisionem hujusmodi, vocatis qui fuerint evocandi, et auditis hinc inde propositis, causam, si de partium voluntate processerit, fine canonico terminetis, facientes quod decreveritis, auctoritate nostra firmiter observari. Alioquin ad nos eam remittatis, sufficienter prefigentes partibus terminum peremptorium competentem, quod per procuratores idoneos compareant coram nobis, justam, dante Domino, sententiam recepture. Testes autem, qui fuerint nominati, si de gratia, odio vel timore subtraxerint, per censuram ecclesiasticam, appellacione cessante, cogatis veritati testimonium perhibere. Ceterum, carissimum in Christo filium nostrum, illustrem Regem Aragonum, secundum datam vobis a Deo prudentiam, efficaciter moneatis ut pia meditatione considerans, quod in celestes thesauros congeritur quidquid ad laudem et gloriam divini nominis deputatur, futuro Episcopo et Cathedrali ac aliis ecclesiis civitatis predictae dotes ita congruenter assignari, et sicut olim sic in posterum, munificam in prosperos sentiat dextram majestatis. Quod si non omnes... Dat. Later. decimo kal. maji, pontificatus anno tertio decimo. (22, Abril, 1239.)

Auvray. 4815. Y otros autores.

146.—*Notificación de que se confirma la Primacia toledana.* Archiepiscopis et Episcopis per Hispaniam constitutis. Apostolice Sedis clementie sigulis Ecclesiis et personis ecclesiasticis suam servare dignitatem et justitiam convenit. Unde nos, quorum precipue interest Ecclesiarum omnium curam gerere, Venerabilem Fratrem nostrum Rodericum, Taletanum Archiepiscopum, ad nos venientem, benigne suscepimus, et inspectis predecessorum nostrorum privilegiis, Primatus dignitatem, per universa Hispaniarum regna, juxta eorundem privilegiorum tenorem confirmamus. Ipsum itaque cum gratia Sedis Apostolice litterarum nostrarum patrocinio ad Sedem ipsam remittentes, universitati vestre mandato precipimus, quatenus eidem, tamquam Primati vestro, absque ulla contradictione, canonicam obedientiam et debitam reverentiam exhibere curetis. Dignum nanque est ut qui mul-

tis letatur preesse subditis nullatenus erubeat suis subesse prelati - Datum Laterani, octavo kalendas maji. (24 Abril 1239.)

Lib. priv. Eccl. Tol. I. Fol. 118. Auvray no la trae.

Falta el año del pontificado, que es, a no dudarlo, el de 1239, año en que solicitó Rodrigo las bulas de la Primacia en Roma. Entonces estaba en Roma. En 1236 el Papa no estaba allí. En 1241 no hizo el viaje por estos asuntos. Absorbía entonces al Papa la perversidad de Federico II.

147.—*Se notifica la elección del Obispo de Lisboa.* Archiepiscopo Toletano et et Episcopo Palentino mandat quatenus, dilatione et excusatione cessantibus, Ecclesie Ulixbonensi pastore destitute in Episcopum de persona idonea provideant et faciant eidem a predictae Ecclesie subditis obedientiam et reverentiam debitam exhiberi. Dat. Later. III kal. maji, pontif. anno XIII. «*Ecclesia Ulixbonensi destituta.*»

Auvray. 4835.

148.—*Gregorio IX dice en la bula del 27 de nov. de 1240, que Rodrigo eligió Obispo de Lisboa «pre oculis solum Deum» habens.*

Auvray. 5316.

149.—*Gregorio IX a petición de Rodrigo expide una serie de bulas de autenticación acerca de muchas cosas el 26 de Mayo de 1239.*

Dat. Later. VIII. kal. junii, pontif. anno XIII. En Auvray están del n. 5025 al 5032 y del 5033 al 5040 las del uno de junio. Todas en el Lib. priv. I. Fol. 198 al 123, en apiñada letra, en dos columnas. De las once últimas nadie ha hablado. Son excelente tesoro histórico.

150.—*Privilegios de la Sede de Toledo.* Archiepiscopo Toletano: Supplicasti nobis, ut, cum privilegium, quod felices recordationis Alexander Papa, predecessor noster, bone memorie, Joanni, predecessori tuo, Archiepiscopo Toletano, concessit, jam incipiat vetustate consumi illud conscribi et tradi tibi, sub bulle nostre munimine, faceremus. Nos igitur, tuis precibus inclinati privilegium ipsum, inspectum a nobis, de verbo ad verbum presentibus facimus annotari. Cujus tenor talis est.

Alexander, Episcopus, servus servorum Dei, Venerabili Fratri Joanni, Toletano Archiepiscopo Hispaniarum Primati ejusque successoribus canonice substituendis, in perpetuum. Sacrosanta Romana et Apostolica Ecclesia ab ipso Salvatore omnium, Domino Jesu Christo, caput et cardo est Ecclesiarum constituta. Non decet igitur a capite membra dissidere, sed eminenti ratione et superne provisioni capitis obedire. Moderatrix autem discretio capitis, singulorum membrorum officiosas actiones considerans, unicuique jus et ordinem a natura constitutum distincte conservat, et quibusque nobilibus venustatis sue dignitatem, sine invidia, sociali caritate custodit. Hac igitur inducti ratione honorem nobilis et famose Toletane Ecclesie, Apostolice Sedis proprie et specialis Filie, volumus conservare. Ideoque, Venerabilis Frater noster Joannes, quem vera in Christo caritate diligimus, tuis rationabilibus postulationibus paterne pietatis affectu duximus annuendum, Per presentis igitur privilegii paginam Primatus dignitatem per Hispaniarum regna tibi et Ecclesie Toletane auctoritate apostolica confirmamus. Palleo itaque a Sede Apostolica tue caritati concesso, in missarum celebrationibus uti debebis tantum in prefestibitibus, tribus, videlicet, diebus in Natale Domini, in Epiphania, Hypapanton, Cena Domini, Sabato Sancto, in sollemnitatibus Sancte Marie, Sancti quoque Michaelis, et Sancti Joannis Baptiste, in omnibus Natalibus Apostolorum, et eorum Martirum quorum pignora in vestra ecclesia requiescunt, Sancti quoque Martini et Ildefonsi confessorum, et Omnium Commemoratione Sanctorum, in consecrationibus ecclesiarum, episcoporum et clericorum, in annuo consecrationis tue die, in Natale Sancti Isidori et Leandri. Primatem te Presules Hispaniarum recipient, et ad te, si quid inter eos questione dignum exortum fuerit, referent, salva tamen in omnibus Apostolice Sedis auctoritate. Verum personam tuam in manu nostra propensiori gratia retinentes, censemus ut solius Romani Pontificis judicio ejus causa, si qua fuerit, decidatur. Sane Toletanam Ecclesiam presentis privilegii stabilitate munimus, Complutensem ei Parroquiam, cum terminis suis, nec non ecclesias omnes, quas jure proprio antiquitus possedissemus cognoscitur, confirmantes. Episcopales preterea Sedes, quas in presentiarum juste et quiete possides, scilicet, Palentiam, Segobiam, Oxomam et Seguntiam, eidem Toletane Ecclesie tamquam Metropolitane subditas esse decernimus. Reliquas vero, que antiquis ei

temporibus subiacebant, cum Dominus omnipotens christianorum restituerit potestati, sue dignatione misericordie, ad caput proprium referendas decreti hujus auctoritate sancimus. Porro illarum Diocesis civitatum, que sarracenis invadentibus, Metropolitanos proprios amiserunt, eo tenore vestre subijcimus ditioni, ut quoad sine propriis extiterint Metropolitanis, (tibi) ut proprio debeant subiacere: ita quidem quod in Sedibus Episcopalibus liberam habeas potestatem Episcopos, in castellis vero et villis presbyteros, auctoritate nostra, instituere, et, prout tibi Dominus administraverit, ordinare, scilicet, tam in his Episcopatibus, qui de antiquis Ecclesie tue terminis esse noscuntur, quam in illis, qui proprium non habuerint Metropolitanum. Si que autem Metropoles in statum fuerint proprium restitute, suo queque Diocesis Metropolitano restituantur, ut sub proprii regimine pastoris super divini collatione beneficii gloriatur. Si qua igitur in futurum..... usque. Cunctis autem..... Amen. Datum Laterani, per manum Gerardi, S. R. E. scriptoris, tertio idus decembris, indictione XV, Incarnationis Dominice anno MCLXVI, pontificatus vero Domini Alexandri Pape III anno tertio - decimo pontificatus nostri.

Auvray 5042.

Se halla entero en el Liber privil. Eccl. Tol. I fol. 124 y 125

151.—*Se manda recoger el Talmud y otros libros.* Universis Archiepiscopis per regna Hispaniarum, Aragonum, Portugalie, Castelle ac Legionis constitutis, et ceteris ad quos littere iste pervenerint. Si vera sunt, que de judeis in regnis Aragonum, Portugalie, Castelle ac Legionis et aliis Provinciis commorantibus efferuntur, nulla de ipsis pena esset sufficiens, sive digna. Ipsi enim, sicut accepimus, lege veteri, quam Dominus per Moyssem in Scripturis dedit, non contenti, imo prorsus pretermittentes eandem, affirmant aliam, que Talmut doctrina dicitur, Dominum edidisse, ac verbo Moise traditam et insertam in eorum mentibus menstruantur tamdiu, sive scriptis servatam, donec quidam venerunt, quos sapientes et scribas appellant, qui eam ne per oblivionem a mentibus hominum laberetur in scripturam, cujus volumen in immensum excedit, typum biblie redegerunt, in qua tot abusiones et tot nefaria continentur, quod pudori referendis et audiendis sunt horrores. Cum igitur hec dicatur causa precipua, que judeos in sua retinet perfidia obstinatos, Fraternalitatem vestram monendam duximus attentius et hortandam, per apostolica scripta vobis precipiendo mandantes, quatenus primo sabbato Quadragesime proxime venture mane, quando judei in sinagogis conveniunt, universos libros judeorum vestrarum provinciarum, auctoritate nostra capi et apud Fratres Predicadores vel Minores faciatis fideliter conservari, invocato ad hoc, si necesse fuerit, auxilio brachii secularis, et nihilominus in omnes, tam clericos quam laicos vestre jurisdictionis subditos, qui libros hebraicos, si quos habent, per vos generaliter in ecclesiis vel specialiter moniti noluerint assignare, excommunicationis sententiam promulgando. Datum Laterani, XIII kalendas julii, Pontificatus nostri anno tertio decimo. (18 junio, 1239.)

Copia del original en el Archivo de la Catedral de Toledo. Lleva aun el sello - Caj. A. Leg. 4. N. 11. P. Burriel - Sign. 13089.

Falta en Auvray.

152.—*Que se haga justicia a Rodrigo.* Episcopo Tyrasonensi et Decano Tyrasonensi et Abbati de Petra, Cisterciensis Ordinis, Tyrasonensis Diocesis. Presentium vobis auctoritate mandamus, quatenus super bonis Venerabilis Fratris nostri, Archiepiscopi et Ecclesie Toletane, postquam idem Archiepiscopus iter scripuit ad Sedem Apostolicam veniendi, ia eorum prejudicium inveneritis temere attentatum, in statum, debitum legitime revocetis, contradictores, per ensuram ecclesiasticam, appellatione postposita, compescendo. Testes autem, qui..... Quod si..... Dat. Agnatie, decimo quarto kal. augusti, pontif. nostri anno tertio decimo. (19 julio 1239.)

Original en Toledo - Caj. C. 1. 16 - B. N. de Madrid. 13094. F. 80.

Falta en Auvray.

153.—*Nombramiento de jueces.* (1) Segobiensi et Salmantino Episcopis et Magistro Martino de Talavera, Archidiacono Burgensi. In causis, que super diversis articulis inter Venerabilem Fratrem nostrum Archiepiscopum Toletanum ex una

(1) Otra providencia análoga se dió más adelante para Francia.

parte et Magistrum et Fratres Militie S. Jacobi ex altera vertuntur coram dilecto Filio nostro, Egidio, Sanctorum Cosme et Damiani Diacono Cardinali, dato a nobis partibus auditore, litis contestatio et quedam positiones facte fuerunt, prout in actis ab eodem Cardinali confectis et ipsius sigillo signatis evidenter apparet. Nonnullae etiam positiones et responsiones coram bone memorie Thomasio, titulo Sancte Sabine presbytero Cardinali, cui, eodem Egidio apud Sedem Apostolicam non presente, causas ipsas commisimus audiendas, facte fuerunt, quas Vobis sub bulla nostra mittimus interclusas. Quia tamen apud Sedem Apostolicam non potuit de veritate liquere, de consensu procuratorum utriusque partis, discretionem vestre per apostolica scripta mandamus, quatenus causas ipsas, per inspectionem locorum, si opus fuerit, insruere, et alia legitima documenta, prout ordo juris exposulat, et eas, si de partium voluntate processerit, iudicio vel concordia fine debito terminare curetis: alioquin ipsas sufficienter instructas ad Sedem Apostolicam remittatis, prefigentes partibus terminum peremptorium competentem, quo se nostro conspectui representent, justam, auctore Domino, sententiam recepture. Sane in quibus juramento calumnie vel de veritate dicenda secundum naturam iudicii locus erit, prout exigerit ratio, procedatis. Testes autem & &. Quod si non omnes & &.

Datum Agnanie, octavo idus octobris, Pontificatus anno tertio decimo. (8, octubre, 1239.)

Bull. S. Jacobi. P. 112-113.
Falta en Auvray.

154.—*Archiepiscopo Tol. mandat quatenus* nonnullos regni Portugalie Milites qui crucis signum humeris suis afixerunt, compellat ut infra competentem terminum, ab ipso Archiepo. prefiniendum, vota exequantur, quod efficere minime curabant. Dat. Lat. III idus decemb. pontif. anno XIII. «Cum sicut delectus»

Auvray. 4977.

155.—*Toletano et Tarraconensi Archiepiscopis*, significat se litteras ipsius Tarracon. Archiepi. recepisse et «processus electionis de VV. Oriz, Archidiacono, et postulationis de Lupo Garcie clerico, pampilonensibus, in Pampilonensi Ecclesia minus canonice presumporum» necnon processus per ipsum Tarracon. Archiepiscopum super provisione ejusdem Ecclesie Pampilonensis habitos, non duxisse admittendos: unde eis mandat quatenus eidem Ecclesie de persona idonea provideant. Dat. Lat. XIII kal. januarii, pontif. anno XIII. (20 Dic. 1239.)

Auvray. 5020.

156.—*Elección y confirmación del Lisbonense*. Capitulum Ulixbonensi. Multe compassionis affectus, quem, juxta debitum officii pastoralis, ad Ulixbonensem Ecclesiam habuimus hactenus, nos induxit, ut quia in spiritualibus et temporalibus, propter vacationem diutinam, gravia sustinuit detrimenta, de sui substitutione pastoris deberemus, inter alias occupationes innumeras, quibus angimur quotidie, cogitare. Sane prefata Ecclesia jamdudum pontificali solatio destituta, et provisione illius Sedi Apostolice reservata, nos venerabilibus Fratribus nostris, Archiepiscopo Toletano et Episcopo Palentino dedimus nostris litteris in mandatis, ut, dilatione et excusatione cessantibus providerent ipsi Ecclesie, vice nostra, de persona idonea, que tante dignitati congrueret, in pastorem; Qui tamquam honestatis et utilitatis ecclesiastice dilectores, ad illum solummodo respectum habentes, qui suorum mentes illustrat et dirigit in salutem, Venerabilem Fratrem nostrum Magistrum Joannem, Ulixbonensem Episcopum, tunc Capellanum nostrum et Decanum ejusdem Ecclesie virum litteratum, providum et discretum, cujus probitatem et suavem opinionis odorem nos et Fratres nostri liquido cognovimus per effectum, eidem Ecclesie in pastorem et Episcopum prefecerunt. Sperantes igitur firmiter prefatam Ecclesiam per eum.... Añade que confirma ese nombramiento, y ordena que se le preste la debida obediencia. Dat. Later. decimo tertio kal. januarii, pontificatus nostri anno tertiodecimo. (20 Dic. 1239.)

Auvray. 5004.

157.—*No fulminar censuras contra los Calatravos*. Archiepiscopo Toletano et suffraganeis ejus. Querelam dilectorum filiorum Magistri et Fratrum domus Militie Calatravensis, Cisterciensis Ordinis, accepimus, continentem, quod quidam ves-

trorum officiales, cum in eos et alios ejusdem Militie Fratres non possint excommunicationis, suspensionis et interdicti proferre sententiam, eo quod Apostolicæ Sedis privilegiis sint muniti, in eos, qui molunt, in molendinis, vel coquunt in furnis eorum, quique vendendo seu emendo, aut alias eis communicant, sententias proferunt memoratas, et sic non apostolicum privilegium et potestatem, sed sola verba servantes, Fratres ipsos quodammodo excommunicant, dum eis alios communicare non sinunt ex quo illud etiam evenit inconveniens, ut predicti Fratres, quantum ad hoc judicantur judicio judeorum, ut qui eis communicant in predictis majorem excommunicationem incurrant quam etiam excommunicatis communicando fuerant incursuri. Nolentes igitur hec crebris ad nos clamoribus jam perlata ulterius sub dissimulatione transire, universitatem vertram monemus et hortamur attente, per apostolica vobis scripta mandantes, quatenus hujusmodi sententias in fraudem privilegiorum nostrorum de cetero non feratis, quia si super hoc ad nos denuo clamor ascenderit, non poterimus convenientibus oculis pertransire, quin promulgatores talium sententiarum severitate debita castigemus. Datum Laterani, tertio kalendas aprilis, Pontificatus nostri anno decimo quarto. (30, marzo, 1240.)

Bullarium, de Calatrava. P. 70.
Falta en Auvray.

158.—*Acerca del pleito con los Calatrayos.* Abbati Sancti Petri de Arlanzon de Lara et de Palentiola, Archidiaconis Diœcesis Burgensis. Sua nobis Magister et Fratres Militie Calatravensis petitione monstrarunt, quod cum super causa, que inter ipsos ex parte una et Venerabilem Fratrem nostrum Archiepiscopum Toletanum ex altera, super quam idem Archiepiscopus exigit, indebite ab eisdem, quibusdam ecclesiis, decimis et libertatibus quorundam clericorum eorundem Magistri et Fratrum ac aliis articulis, vertitur, diverse littere ad diversos iudices fuissent ab ipso Archiepiscopo a Sede Apostolica impetrate; ac postmodum utriusque partis procuratores, tunc apud Sedem Apostolicam constituti, coram dilecto Filio nostro S. Tituli S. Laurentii in Lucina Presbytero Cardinali, super his a nobis Auditore concesso, aliquandiu litigassent; tandem Archidiacono Secobiensi et conjudicibus suis nostras direximus litteras continentes, ut in causam ipsam, super articulis, qui continebantur in libello, quem dictus Cardinalis porrectum sibi a procuratore ipsius Archiepiscopi, eisdem Judicibus suis missit interclusum, intra duos menses litem facerent coram se legitime contestari; partes ad id, si necesse foret, per censuram ecclesiasticam compellendo, et procedentes in ipsam, eam si de partium voluntate procederet, sine debito terminarent; alioquin illam ad Apostolicam Sedem remitterent sufficienter instructam, prefigentes partibus terminum peremptorium competentem, quo nostro se conspectui presentarent, justam, auctore Domino, sententiam recepture; si vero dictum negotium ad nos contingeret per appellationem deferri, terminum peremptorium assignatum eisdem, quo cum privilegiis et aliis munimentis ad causam pertinentibus, mandamus ad nostram venire presentiam recepture justitie complementum. Demum partibus litterarum ipsarum auctoritate citatis, fuit ab ipsis in Venerabiles Fratres nostros Oxomensis et Secobiensis episcopos tamquam in arbitros expresse renuntiatis ab eodem Archiepiscopo litteris supradictis, certa pena interposita, concorditer compromissimus, qui licet super dicenda hujusmodi causa, inter se aliquandiu tractavissent, quia tamen non poterant partes ad concordiam revocare negotii supersederunt eidem. Cumque jurisdictionem de facto, cum de jure non possent, dicti iudices resumptes eas ad presentiam citavissent ex parte ipsorum fuit excipiendo propositum coram ipsis, quod auctoritate litterarum directarum ad eos, quibus renuntiatum erat, expresse de ipsa questione ulterius cognoscere non poterant nec debeant, et quia iidem iudices hac eorum exceptione legitime contra justitiam non admissa, in eadem causa perperam procedentes, inter loquendo pronuntiaverunt procuratorem ipsorum debere coram ipsis, libello partis alterius respondere, procuratorem ipsum, si non responderet, et in eundem Magistrum, nisi intra certum tempus sibi ab eis prefixum, dicti procuratoris contumaciam excommunicationis sententiam proferendo; ipsi concordiam appellarunt. Quocirca discretioni vestre per apostolica scripta mandamus, quatenus si est ita excommunicationis sententiam denuntietis penitus non tenere, revocantes in statum debitum, quidquid propter appellationem eandem vobis consisterit temere attentatam; alioquin partes ad eorundem Archidiaconi et conjudicium ejus remittatis examen, appellantes in odio vel legitimis condemnando. Testes autem, qui fuerint nominati, si se gratia, expensio vel

timore subtraxerint, per censuram ecclesiasticam, appellatione cessante, cogatis veritati testimonium perhibere. Quod si non omnes his exquendis potueritis interesse, duo vestrum ea nihilominus exequantur. Datum Laterani, quarto nonas maji, Pontificatus nostri anno quarto decimo. (4 marzo. 1240.)

Bullarium de Calatrava. P. 71 y 72.
Falta en Auvray.

159.—*Elección del Obispo de Burgos.* Archiepiscopo Toletano et Episcopo Palentino mandat quatenus cum de circumstantiis postulationis a Decano et Capitulo Ecclesie Burgensis facte de Oxomensi Episcopo, regni Castelle et Legionis Cancellario, in suum Episcopum, ipse Papa nondum veritatem scire potuisset ad eandem Ecclesiam accedentes, de modo postulationis et studiis postulantium inquisita veritate, si postulationem eandem invenerint, concorditer et canonice celebratam, et, consideratis necessitate et utilitate ac circumstantiis universis, viderint expedire, prefato Episcopo, a cura Oxomensis Ecclesie absoluto, transeundi ad jam dictam Ecclesiam Burgensem, licentiam tribuant, et recepto ab eo, Ecclesie Romane nomine, fedelitatis solite juramento, juxta formam eis sub ipsius Pape bulla missam, eidem a predictae Ecclesie Burgensis subditis obedientiam et reverentiam debitam exhiberi faciant: alioquin eidem Ecclesie de persona idonea faciant provideri: formam juramenti, quod ille prestiterit, de verbo ad verbum, per ejus patentes litteras, ejusdem sigillo signatas, per proprium nuntium ad Sedem Apostolicam quantocius destinent.»

Resumen de Auvray. 5379.

Las palabras textuales con que expone el Papa la petición son las que siguen: Dilectus filius R. Archidiaconus Burgensis, procurator dilectorum filiorum Decani et Capituli Ecclesie Burgensis, in nostra proposuit presentia constitutus, quod, Ecclesia ipsa vacante, ipsi convenientes in unum, de futuri substitutione Pontificis tractaturi, post tractatus varios et diversos, tandem venerabilem Fratrem nostrum Oxomensem Episcopum, regni Castelle et Legionis Cancellarium in suum Episcopum unanimiter postularunt. Quare dictus Archidiaconus nobis humiliter supplicavit, ut, cum eadem Ecclesia, que, ob vacationem diutinam, gravem in spiritualibus et temporalibus sustinuit hactenus lesionem, grata speretur in utrisque incrementa, per eum, auctore Domino, susceptura et in suis juribus et libertatibus conservanda, hujusmodi postulationem admittere de benignitate Sedis Apostolice curaremus..... (Aquí viene difusamente el encargo, que omite Auvray.) Dat. Laterani, secundo nonas martii, pontificatus nostri anno tertio - decimo. (6 marzo. 1240.)

Auvray ibidem.

160.—*Primera llamada de D. Rodrigo para el Concilio general.* Archiepiscopo Toletano. Eterna Providentia Conditoris Sanctam et Immaculatam Ecclesiam a sue fundationis exordio voluit ordine gubernare, ut uni Pastori potestatis plenitudinem obtinenti, ceteri partem sollicitudinis assumentes, tamquam membra capiti communicatis, alternatim emergentibus casibus unione indissolubili coherent, per quam, eis, consensibus mutuis solidatis, caput famulatus membris vigorem assumeret, et membrorum conditio a sui principis robore formaretur. Quia igitur grandes Apostolice Sedis eventus et causas te ignorare non convenit, tamquam Matris Ecclesie munimentum; propter quod, necessitate urgente, tuam et aliorum videmus presentiam opportunam: plurimum Fraternitatem tuam rogamus et hortamur attente, per apostolica tibi scripta precipiendo mandantes, quatenus usque ad proximum festum Resurrectionis Dominice ad nostram presentiam personaliter venias, omni occasione cessante, ut habeat Ecclesia a Filio speratum in tua visitatione solatium, et gratum providi consilii fulcimentum. Provisurus ut in personarum et questionum moderato numero venias, ne nimis Ecclesie tue onerosus existas. Preterea volumus et mandamus ut suffraganeis tuis, qui specialiter non vocantur, Capitulis et aliis Provincie tue Prelatis auctoritate nostra injungas, ut super his, eodem termino, ad Sedem Apostolicam fideles et providos nuntios mittere non postponant. Dat. apud Criptam Ferratam, octavo kal. septembris, pontif. nostri anno decimo quarto. (25, agosto, 1240.)

Mr. del P. Burriel, 40. 41. Fol. 78. B. N. sig. antigua.

161.—*Segunda convocatoria al Concilio.* Archiepiscopo Toletano. Petri navicula, matris... (inserta aquí un resumen brevísimo de las «*Capitula*, hasta *Apostoli dignitatis auctoritas*» y prosigue) ut omnium generalis et una mater utilitati provideat singulorum, manus fortium, regum, Prelatorum, principum et aliorum fidelium non indigne advocare decrevit, ut multiplicatis clamoribus Dominum suscitet dormientem, et plurium adjuta consiliis, prementia faciat onera leviora, expeditionis optate partium feliciter petitura. Verum, sicut pro certo didicimus, singularis ille dudum Ecclesie filius, apostolico proventus et defensum auxilio, de puero tunc omni destituto suffragio, ad Imperii culmen humero materno translatus, ea non contentus injuria, qua, mercede recompensans iniqua, patris irrupit solium, matris exponere pudicitiam et venditare sanctuarium indevus intentat, astutis adhuc in ipsam armatur insidiis, Prelatis vocatis a nobis accessum suis terroribus interdicens, ut, nullius expers calumnie, illam, quam gravibus infestat molestiis, nec in filiorum patiat solatio respirare. Cum igitur tam sanctum generalis utilitatis propositum, sub fiducia divini favoris assumptum, humanis non debeat versutis retardari, Fraternalitatem tuam rogamus et monemus attente, per apostolica tibi scripta in virtute obedientie districte precipiendo mandantes, quatenus, Deum preferens homini, et difficultatibus obedientie meritum anteponeas, usque ad proximum venturum festum Resurrectionis Dominice ad Sedem Apostolicam accedere personaliter non omittas; ut mater, filiorum roborata presentia, hostis, et adversantis obstaculo providentia divina sublato, pie intentionis exordia felici consummatione concludat. Nos enim super omnibus, que ad tantum negotium exequendum expediunt, annuente Domino, curabimus providere, *prout tibi lator presentium plenius intimabit.* Preterea volumus et mandamus, ut suffraganeis tuis, qui specialiter non vocantur, Capitulis et aliis Provincie tue Prelatis, auctoritate nostra injungas, ut super his eodem termino ad Sedem Apostolicam fideles et providos nuntios mittere non postponant. Dat. Later. idibus octobris, pontif. anno quarto decimo. (15, octubre, 1240.)

Regestum Gregorii. 20. Fol. 51. Auvray indica solo.. 5775.

162.—*Sobre el pleito de Valencia.* In nomine Domini nostri Jesu Christi, universis presentem inspecturis, Sinibaldus, miseratione divina tituli Sancti Laurerii in Licina Presbyter Cardinalis, salutem in eo, qui est vera salus. Constitutis in presentia nostra Magistro Guillermo de Solerio, Venerabilis Fratris Archiepiscopi Tarraconensis et Magistro Bernardo, Archidiacono de Calatrava, Venerabilis Patris Domini Toletani Archiepiscopi, procuratoribus, iidem sibi ad invicem libellos porrexerunt in hunc modum.... in Lucina Presbytero Cardinali proponit Magister Guillelmus de Solerio nomine Domini Tarraconensis Archiepiscopi, cujus est procurator quod cum causa ordinationis Ecclesie Valentine esset commissa tribus iudicibus... v. olerensis et ejus collegio per Dominum Papam, sicut in tenore rescripti apostolici continetur, cum coram predictis iudicibus esset ab utraque parte processum, et postquam ad notitiam Tarraconensis Archiepiscopi procuracionis de novo pervenisset, quod Magister Joannes Petri de Arroniz, canonicus Toletanus et tertius confudex, esset excommunicatus propter pluralitatem beneficiorum habentium curam animarum anexam in ipsis iudiciis a Procuratore Tarraconensi fuisset postpositum, quod cum ipso non procedere in causa, nec ipse procederet, quod pars Archiepiscopi Tarraconensis se obtulit probaturum et.... su... fuisset ad Sedem Apostolicam appellatum predicti Olerensis Episcopus et Joannes Petri sine tertio confudex, dicuntur predictae exceptiones non admisse, post predictam appellationem ad sententiam pro.... et adjudicasse? Archiepiscopo Toletano de facto ordinationem Ecclesie Valentine, cum etiam nihil de intentione Toletani per attestaciones nec per privilegia constitisset et de intentione Fer.... tam per attestaciones quam per privilegia super possessione et proprietate plenarie constitisset, sicut etiam ex ipsis actis constare potest. Quare petit quidquid factum (est) (per) Olerensem Episcopum et Joannem Petri dictum, sive pronuntiatum super ordinatione predictae Ecclesie pro Archiepiscopo Toletano irritari, cassum, et irritum nuntiari, salvo jure &c. Petit expensas factas et faciendas usque ad finem litis, scilicet duo millia aurea, mense decembris, die tertio decimo. Magister Bernardus, Archidiaconus de Calatrava Procurator Domini Archiepiscopi Toletani.... contestando respondit petita fieri non debere et negat narrata ut narrantur, et vobis, Venerabilis Pater Domine Sinebalde Cardinalis, petit Magister Bernardus, Archidiaconus de Calatrava, Syndicus et Procurator Domini Archiepiscopi Toletani sententiam latam per Venera-

bilem Patrem Episcopum Olerensem et Joannem Petri, Collegii ipsius iudices Domini Pape, per quam eidem Archiepiscopo adjudicaverunt ordinationem Ecclesie Valentine, confirmari et executioni mandari, et irritari casum, et irritum nuntiarum quicquid contra ipsam sententiam per officialem Archiepiscopi Tarraconensis tertium conjudicem pro Archiepiscopo et Ecclesia Tarraconensi extitit dictum vel pronuntiatum, vel per Archiepiscopum Tarraconensem, post ipsam sententiam vel ante, in prejudicium Archiepiscopi Toletani in dicta Ecclesia Valentina vel ejus Diocesis fuit ordinatum aut presumptum. Petit etiam eundem Tarraconensem vel ejus Procuratorem sibi vel Domino suo condemnari in expensis, quas fecit in causa ista. Expensas factas extimat mille marcos, faciendas autem usque ad finem litis pro testatum, salvo jure & c. Mense Decembris, die quarto decimo, Magister Guillelmus, Procurator Domini Archiepiscopi Tarraconensis litem contestando, respondit, petita fieri non debere, et negat narrata prout narrantur. Litis autem contestatione facta super dictis libellis, ut dictum est superius, coram nobis et auditis.... partes hinc inde proponere voluerunt, dicimus et pronuntiamus sententiam latam ab Episcopo Olerensi et Joanne Petri Arroniz non esse irritam nuntiandam ex causa, scilicet, quod data est per appellationem factam a Procuratore Archiepiscopi Tarraconensis, cum causam vel causas appellationis, quas expressit coram predictis Episcopo Olerensi et Joanne Petri, coram eisdem se non obtulit probaturum. Item irritam decernimus sententiam Guillelmi Vitalis, Officialis Domini Tarraconensis, quam pro eodem Domino Tarraconensi promulgavit. Utrum autem sit irritandi vel confirmandi et executioni mandandi sententia pro.... Toletano lata, ad presens non definimus, cum primo recipiende sint probationes super veritate cavere - quam Procurator dicti Domini Archiepiscopi Tarraconensis in sua appellatione expressit cum ex eo plurimum appareat sententiam confirmandam esse vel informandam vel non executioni mandandam. In hujus itaque rei testimonium et evidentiam plenioris presentiam, nostri sigilli munimine fecimus communiri. Lata est et recitata in scriptis presens sententia apud ecclesiam Sancti Martini in Montibus, in palacio ejusdem Domini Cardinalis, presentibus his testibus, scilicet: Domino Raymundo, Episcopo Rocanatensi teste - Magistro Raymundo teste - Magistro Balduino teste, et Magistro Tedaldo, Capellani Domini Cardinalis superius nominati teste. Lanfranco familiari ejusdem teste, et Presbytero Rosaler teste. Et ego Henricus sacri Romani Imperii..... de mandato dicti Domini Sinibaldi Cardinalis superius nominati, et hanc sententiam scripsi et in publicam formam redegi, sub anno Domini millesimo ducentesimo.... Pape nono (Gregorii) anno quarto decimo. Indictione quarta decima, mense martii die quarto decimo. (14, marzo, 1240.)

Primacia - Conservatorios de algunos Pontífices - Fol. 2 r. 4 v. B. N.

163.—*Se reprueba la censura fulminada contra D. Rodrigo.* Gregorius Episcopus, servus servorum Dei, Venerabili Archiepiscopo Tarraconensi, salutem et apostolicam benedictionem. Venerabili Fratre nostro Toletano Archiepiscopo intimante accepimus, quod tu, apud Valentiam, quam ad suam asserit Provinciam pertinere, congregato in grave prejudicium ipsius et Ecclesie Toletane concilio, statuisti ut si Archiepiscopus per Tarraconensem Provinciam transitum habens, ante se crucem deferri fecerit, vel pallio usus fuerit, seu indulgentias duxerit concedendas, loca ad que taliter venerit et in quibus ista presumpserit, quandiu manserit ibi, sint supposito interdicto, decernens tua et ejusdem concilii auctoritate, Archiepiscopum ipsum talia in predicta Provincia de cetero attentantem, excommunicationis sententie subjacere. Verum, si, tu, ut decuit attendisses premissa ad ea forte minime processisses, cum non pro certo constaret, memoratum Archiepiscopum delinquere in predictis, que sibi competere poterant ex indulgentia Sedis Apostolicæ speciali. Ac si eundem Archiepiscopum tibi ac Ecclesie tue per hoc injuriari credebas, potuisses apud Apostolicam Sedem querelam deponere contra eum. Ne igitur hoc remaneat aliis per tolerantiam presumptionis exemplum, nos prefatam excommunicationis sententiam, de Fratrum nostrorum consilio, denuntiamus irritam et inanem. Datum Laterani, sexto decimo kalendas maji, Pontificatus nostri anno decimo quinto. (Abril, 1241.) Liber priv. I. F. 116. V.

Auvray. 5978.

164.—*Comisión para la causa de Valencia.* Magistro P. de Bajona, Toletano canonico, P. Alberti Barchinonensi canonico, et Fratri Petro Guarnerii, Ordinis

Fratrum Predicatorum de Burdegala, mandat quatenus - cum non potuisset liquere de meritis cause, que inter Toletanum et Tarraconensem Archiepiscopos super ordinatione Ecclesie Valentine vertebatur - quorum Archiepiscoporum procuratoribus ob hoc apud Sedem Apostolicam constitutis, Sinibaldus, tituli Sancti Laurentii in Lucina, presbyter Cardinalis datus fuerat auditor - infra quatuor menses recipiant super articulis, quos predictus Cardinalis ipsis sub sigillo suo transmittit inclusos, seu contra personas festium jam productorum duxerint producendos; testium, qui fuerint sic producti dicta ad Sedem Apostolicam sub suis, id est, sub ipsorum canonicorum et Fratris Petri Guarnerii, sigillis inclusa, remittant; prefixo partibus termino, quo coram ipso Papa compareant.

Dat. Lat. secundo idus iulii, pontif. nostri anno quinto decimo.

Empieza: *Nuper in causa.* (14, julio, 1241.)

Auvray. 6.086.

IV

BULAS DE INOCENCIO IV

165.—*Nombramiento de una comisión:* «ut in causa Toletani et Tarraconensi Archiepiscoporum super Ordinationem Ecclesie Valentine, infra quatuor menses, testes recipiant ac diligenter examinent... Agnatie, II idus iulii, anno primo pontif.

Berger. 17.

166.—*Confirmación de la donación que, a ruegos de D. Rodrigo, había hecho a Huerta el Obispo de Osma. El 8 de julio de 1244.*

Loperráez. III. Docum. 55.

167.—*Se aprueba la conducta del Cabildo toledano.* Capitulo Toletano. Libenter illis petitionibus -- Ex parte si quidem vestra nobis extitit intimatum quod, cum civitatis toletane communitas castra et villas, que Venerabilis Frater noster Archiepiscopus Toletanus, non sine laboribus multis et sumptibus, de manibus saracenorum eripiens, christiano acquisivit cultui et Ecclesie Toletane, invadens... graves contumelias irrogavit...» quapropter ecclesiam Sancti Justi, in qua secure possunt morari, elegerunt, quum non possint in ecclesia sua, paucis exceptis, qui de illis partibus oriundi sunt, remanere. Quidquid autem in hac re decreverunt confirmat Innocentius. Dat. Lugduni, XV kal. febru. pont. anno secundo. (18 enero 1245.)

Berger. 908.

168.—*Sobre el Arzobispo de Braga.* Archiepiscopo Toletano, qui per Vivianum thesaurarium Toletanum, procuratorem suum, exposuerat se jus primatie in Ecclesia «Bracatensi» vindicare, scribit, se non velle ut per confirmationem a semetipso de J. Bracatensi electo factam prejudicium illum in posterum Ecclesie Toletane generetur «Dat. Lugd. VI kal. febr. anno II. Empieza: *Cum sicut dilectus*» (27, enero, 1245.)

Berger. 950.

169.—*Una composición de D. Rodrigo con los Santiaguistas.* Venerabili Fratri Roderico Archiepiscopo et dilectis filiis Capitulo Toletano ac Petri Magistro et Fratribus Militie S. Jacobi. Longinquitate sepe fit temporis quod res clara presentibus reddatur obscura futuris; sed in his memorie attulit scriptura suffragium, dum modernis presentat preferita, et presentia protrahit ad futuros. Unde contentiones et lites, que amicabili compositione vel mediante iustitia sopiuntur, ne in recidive contentionis scrupulum quibuslibet temporibus iterum suscitentur et certa in dubia convertantur, apostolico convenit presidio communiri. Siquidem ex parte vestra fuit propositum coram nobis, quod inter vos, Frater Archiepiscopo, et Filii Magister et Fratres Militie S. Jacobi ex altera parte super quibusdam ecclesiis diversis articulis orta materia questionis, nuper divina gratia mediante, amicalis inter vos compositio intercessit, quam apostolico petitis munimine roborari. Nos

igitur vestris supplicationibus inclinati, compositionem ipsam sicut sine pravitate provide facta est, et sponte ab *utraque parte recepta*, necnon et in alicujus *prejudicium* non redundat, auctoritate apostolica confirmamus, et presentis scripti patrocinio communimus, cujus compositionis tenorem presentibus, de verbo ad verbum inseri, fecimus, qui talis est: Notum sit omnibus quod & Nulli ergo hominum liceat hanc paginam nostre confirmationis infringere, vel ei ausu temerario contraire. Si quis autem.... Datum Lugduni, octavo idus februarii, Pontificatus anno secundo. (6 februarii 1245.) Falta en Auvery.

Bull. S. Jacobi. 128 - 129.

El colector de las bulas dice así:

«Pseudo concordia, cujus originalis, Ordini restituta, servatur, super ecclesiis in Diecesi Toletana, et extra in Montiel, inter non partes, iudicibus delegatis inconsultis, Tredecim ac commendatoribus ignaris et aliis defectibus inita.....» P. 128.»

170.—*Convenio entre Rodrigo y los Santiaguistas.* Venerabili Fratri Roderico, Archiepiscopo Toletano et dilectis Filiis, Capitulo Toletano ac Permagistro et Fratibus Militie Sancti Jacobi. Longinquitate sepe temporis, quo res clara presentibus redditur obscura futuris; sed in his memoria attulit scriptura suffragium, dum modernis presentat preterita et presentia pertrahit ad futuros. Unde contentiones et lites, que amicabili compositione vel mediante justitia supprimuntur, ne in resolutione contentionis scrupulum quibuslibet temporibus iterum suscitetur, et certo convenit presidio communiri: Siquidem ex parte vestra fuit propositum coram nobis, quod olim inter vos, Frater Archiepiscopo ex una ac Filii Magister et Fratres ex altera, super quibusdam ecclesiis, decimis et aliis diversis articulis fuit materia questionis; nuper divina gratia mediante, amicabilis inter vos compositio intercessit, quam apostolico petitis munimine roborari. Nos, igitur vestris supplicationibus inclinati, compositionem ipsam, sicut sine pravitate provide facta est, et sponte ab *utraque parte recepta*, necnon et in alicujus *prejudicium* non redundat, auctoritate apostolica confirmamus et presentis scripti patrocinio communimus, cujus compositionis tenorem presentibus, et verbo ad verbum inseri facimus ad cautelam, qui talis est: Notum sit omnibus quod cum inter Nos, Rodericum Archiepiscopum et Capitulum Toletanum ex una parte et nos Magistrum et Fratres Militares Sancti Jacobi ex altera, questio super diversis articulis verteretur, tandem post multas altercationes inter nos, amicabiliter fuit compositum in hunc modum; scilicet quod ecclesia de Moratella et aldearum suarum, et Orefa et aldearum suarum, de Biethme, Villahandim, Albuher, Fuenticluena, Salvanes, Val el Puerco, Fuente Sauco, Valdezderet, Paracuellos, et si que alie in predictis villis vel earum terminis constructe sint vel construi debeant in futuro, hoc jure per omnibus istis ecclesiis Dominus Archiepiscopus vel ejus Ecclesia Toletana percipiat integre medietatem omnium decimarum et primitiarum et tertiam partem mortuorum; et Magister et Fratres percipiant integre aliam partem. (Luego señala lo que el Arzobispo debe recibir por la visita y prosigue:) Quum vero Archiepiscopus predictas ecclesias visitaverit, eo anno Archidiaconus non visitet: quod si Archidiaconus Archiepiscopum in visitando pervenerit, talis vero visitatio Archiepiscopo non excludat, Archidiaconi, conquiescat, quousque compositio recta fiat. (Continúan las cláusulas de arreglo sobre otras muchas iglesias con monotonía, y pone luego esta regla curiosa, que consignaré.) Hec regula habeat locum quantum ad has et alias ecclesias (de Santiago) presentandas. Quod si clericus secularis seu Frater Ordinis, qui fuerit presentandus, Archiepiscopum aut Archidiaconum de facili adire non possit, Prior Ordinis in ecclesiis vacantium, auctoritate Archiepiscopi super hoc eidem delegata, curam vacantium ecclesiarum eisdem commendet, quosque infra mensem Commentator loci curet eos Archiepiscopo vel Archidiacono, si in diecesi toletana fuerit, presentare. Si autem in diecesi non fuerit, postquam intraverint Archidiaconum infra mensem eos presentent, ut ab eis institutionem et curam recipiant animarum. De vocatione autem ad synodum, de qua superius fecimus mentionem, statuimus: Quod de ecclesiis, que continentur ultra Guadamam versus terminos supradictas, tres veniant tantum pro omnibus ecclesiis aliis, et alii ratum habeant (Trata luego de la parte que le corresponde cobrar de las muchas impuestas por culpas, y prosigue:) Insuper Venerabilem Patrem Archiepiscopum recognoscimus diocesano Episcopum et Pastorem in omnibus lo-

cis et ecclesiis, qui infra terminos, qui in indulgentia Honorii (III) continentur, (y decláranse puntos particulares en que se someterán y que son comunes.) La fecha del convenio es así: Anno Domini 1243, tertio idus martii, pontificatus Innocentii Pape III anno primo - La de bula confirmatoria es así: Datum Lugduni, septimo idus februarii, pontificatus nostri anno secundo. (7, feb. 1245.)

Lib. priv. I fol. 192 v. 195. R. Burriel Sign. 13039 fol. 75 - 86.
Falta en Berger.

171.—*Inocencio IV el 10 de julio de 1245 confirma la concordia última de Rodrigo y Calatrava.* Lugduni, VI idus iulii, pontif. anno III. Larga bula.

Bullarium de Calatrava. P. 78 y 82.

172.—*Sobre el Infante Sancho. Sancio, Canonico Toletano*, nato carissimi in Christo Filii nostri, illustris regis Castelle et Legionis - Sancius, preter canoniam Ecclesie Toletane, possit plura beneficia et dignitates ecclesiasticas recipere - Dat. Lugduni, quinto idus augusti, pontif. nostri anno tertio. (13 agosto, 1245.)

Berger. 1434 -

173.—*Se prohibe fulminar censura contra Rodrigo.* Venerabili Fratri (Roderico) Archiepiscopo Toletano. Dignus es ut tuis meritis tibi comparare, ut te specialiter Apostolice Sedis gratia prosequamur, qui nitorem conscientie retinere in te ipso eniteris, ad proximos opinionis odorem et in partem sollicitudinis evocatus sic adimplere ministerium tibi commissum quod a supremo Patre familias, cujus «*Serve, fidelis intra in gaudium Domini tui*» merearis audire, offerendo talenta tibi exhibita duplicata. Hinc est quod personam tuam honorare volentes, auctoritate tibi presentium indulgemus, ut nullus delegatus, vel subdelegatus executor, aut conservator, deputatus a Sede Apostolica, vel Legatus ipsius, possit in personam tuam, suspensionis, interdicti, vel excommunicationis sententiam pronuntiare, absque mandato Sedis Apostolice speciali, expressam faciente de indulgentie huiusmodi mentionem. Nulli ergo omnino hominum liceat hanc paginam nostre concessionis infringere, vel ei ausu temerario contraire. Si quis autem hoc attentare presumpserit indignationem Die omnipotentis et Petri et Pauli Apostolorum ejus noverit se incursurum. Datum Lugduni, octavo kalendas novembris, Pontificatus nostri anno tertio. (25. Oct. 1245.)

Manuscrito del P. Burriel - B. N. tomo 41. Fol. 48. - Original en Toledo: pergamino de un tercio en cuarto: letra de bulas, de hilos de seda amarilla y encarnada: rostros de S. Pedro y S. Pablo. Al reverso la leyenda «*Innoctius Papa III.*»

174.—*Archiepiscopo Toletano*, quum S. A. O. Oxomensis Episcopo Archiepiscopo Tolani, munus consecrationis manibus propriis duxerit impendendum, scribit eidem Archpo. se nolle ut per hanc consecrationem juri ejus et Ecclesie Toletane aliquod in posterum prejudicium generetur. Dat. Lugd. VI kal. april. pontife anno IV.

Berger. 2503.

175.—*Archipo. Tolet. Licet.. G. Cordubensi Episcopo.* manus consecrationis manibus propriis duxerit impendendum - nolumus tamen - ut per hoc quod possessionem vel jus quod in Ecclesia Cordubensi asseris te habere processu temporis tibi vel Ecclesie Tolat. aliquod prejudicium generetur. Dat. Lug. II idus april. pontife anno IV.

Berger. 2604.

176.—*Archiepiscopo Toletano.* Cum sicut Fraternitas... Concessionem castrorum de Eruela, de Toya, quorundamque aliorum, que in frontoria sarracenorum adquisivit Archipus. Toletanus, quibusdam Nobilibus et aliis ab ipso factas ratificat, licentiamque ei indulget faciendi alias, de Capituli tamen consensu. Dat. Lugd. VI idus majii, pontif. anno IV.

Berger. 2654.

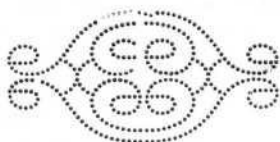
177.—*Subsidios de guerra para San Fernando.* Archiepiscopo Toletano et suffraganeis ac aliis Episcopis Ecclesie Romane immediate subjectis per regnum Castelle constitutis. Cum carissimus in Christo filius noster, rex Castelle illustris, tamquam specialis atleta Christi, saracenos hactenus expugnavit, et civitatem Hispa-

lensem, ab ipsis detentam ac alias sarracenorum partes, Domino adjuvante, proponat viriliter expugnare; nos, credentes justum et dignum existere, ut transeuntibus ad Christi obsequium ab ejus fidelibus subsidium porrigatur; mandamus, quatenus eidem regi medietatem tertie decimarum ecclesiarum regni Castelle fabricis deputate, faciatis in vestris civitatibus et Diecesibus, auctoritate nostra, per triennium exhiberi, salvis concessionibus quibusdam personis, ad certum tempus, sicut dicitur, per nos factis. Volumus autem ut tempore ipso finito, predictum triennium quoad decimas personis ipsis concessas incipiat compleri. Dat. Lugduni, XIII. kal... pont. anno IV. (15 abril 1247.)

Berger. 2533 - Regestum. Lib. IV.

178.—*Indulgencias para la iglesia de Fitero.* Abbati et Conventui S. Marie de Fitero, Cistenciensis Ordinis. Licet de cujus munere venit ut sibi a fidelibus suis digne et laudabiliter serviatur, de abundantia pietatis sue, que merita supplicum excedit et vota, bene servantibus multo majora retribuat quam valeant promereri. Nihilominus tamen, cupientes reddere Domino populum acceptum, fideles Christi ad complacendum ei, quasi quibusdam illectis premiis, indulgentiis, scilicet, et remissionibus invitamus, ut exinde reddantur aptiores. Volentes ut ecclesia vestra, tum ob reverentiam B. Marie Virginis, in cujus est dedicata honorem, tum etiam consideratione Venerab. Fratris nostri Archipi. Tolet., qui propriis sumptibus eam construxisse dicitur, congruis honoribus frequentetur: omnibus vere penitentibus et confessis, qui ecclesiam ipsam visitaverint, de omnipotentis Die misericordia, et Beatorum Petri et Pauli Apostolorum ejus auctoritate confisi, quadraginta dies de injunctis sibi penitentiis, annis singulis relaxamus. Dat. Lugd. III idus maji, pontifi. anno. IV.

Según veo en los Anales de Navarra. (Lib. 21. C. 2. Escolios y Adiciones. N. 38) en el Archivo de Fitero estaba el original. Caj. 3. Fol. 3. N. 21. - Falta en Berger.



F E D E R R A T A S (1)

PÁGINA	LÍNEA	SE LEE	DEBE LEERSE
2	25	Recueiles	Recueilles
"	50	escritas	crítico
9	39	Arzobispo	Arzobispado
12	nota 1	Lib.	Lib. III
16	22	O	A
29	25	Silvio	Salvio
51	42	1028	1208
52	última	exoterismo	esoterismo
58	40	1203	1208
63	27	Gozmar	Gormaz
80	41	Poitau	Poitou
"	46	consiguió	consigné
136	35	invitos	invictos
146	11	Descripto	Descriptio
157	40	posiciones	posesiones
161	27	cuarenta y cuatro	cuarenta y seis
201	5	Obispo	Obispado
"	42	Agotadornas	Agotadoras
234	12	muslismes	muslimes
"	36	Malmenoneda	Malmoneda
236	13	la voz	favor
240	17	deó	dejó
285	37	Cámara	Camarasa
317	41	propongas	pospongas
347	30 y 32	Breviarum	Breviarium
"	43	Las	Los
354	9	Galicismo	Goticismo
390	38	cañón	canon
394	19	sien	siendo

(1) Sólo anoto las principales; las que pueden inducir en el error. Las obvias las reparará el lector. Por razones especiales también dejo de tachar las de los diptongos latinos. Hice mal en no seguir el método que he seguido después al imprimir el Apéndice.

Me advierte además el sabio y benévolo autor de la carta - prólogo, que honra esta obra, que no es extraña, como en ella se dice, en la pág. 20, la evolución de Simón en Ximénez y Jiménez. Así es verdad, que no es extraña en cuanto al modo con que se ha verificado el cambio; porque harto claro es que la S de Simón cambió en X primero, y después en J. Mi extrañeza no versa sobre eso, sino sobre el fenómeno raro de que en los labios del pueblo español se haya obrado esa evolución de una S en la gutural áspera J; porque no aparece la razón del cambio por ningún lado, estudiando la lengua castellana. Tenga igualmente en cuenta el lector que en la pág. 205 debiera decirse para mayor claridad y propiedad, en lugar de semita, judío; porque así se entiende mejor la contraposición de las culturas árabe y judía, que allí se insinúa. También en la pág. 350 aparece como autor Mileto; pero no ha de leerse así, sino el autor de la Crónica de Mileto. Los eruditos denominan así a la crónica mencionada, porque se la halló en aquella ciudad.

INVESTIGACIONES
HISTORICAS

Rodrigo Jiménez de Rada

G 41549